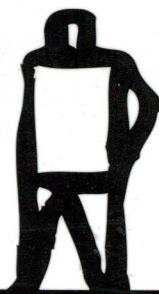


# Políticas de la Memoria

Anuario de investigación e información del CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina)

n° 13 | Verano 2012/13



## José Ingenieros y sus mundos

Escriben Hugo Vezzetti,

Ana María Talak, Lila Caimari,

Laura Fernández Cordero, Claudio

Batalha, Osmar Gonzales, Ricardo

Melgar Bao, Martín Castilla, Pablo Yankelevich

/ **Los Lugares de la Memoria:** Philippe Artières y

Dominique Kalifa, Bruno Groppo, Lucas Domínguez

Rubio / **Historia del libro y la edición:** Martín Ribadero,

Emiliano Álvarez / **Historia Intelectual:** Carlos Altamirano,

Emiliano Sánchez / **La "crisis del marxismo":** Sorel inédito / **Encuesta:**

**Peronismo y Cultura de Izquierdas:** Aboy Carlés, Adamovsky, Aguilar,

Anguita, Bergel, Feinmann, Fernández Vega, Freibrun, Grimson, Jacoby,

Kaufman, Mosquera, Salas Oroño, Sanmartino, Sarlo, D. Sazbón, Solana,

Stefanoni, Tarcus / **Marxismo hoy:** Vivek Chibber, Federico Mare /

Adrián Gorelik sobre Sebrel y Buenos Aires / **Las cartas del joven Aricó /**

Ilustraciones de Sergio Bordón.



# Índice

<b>Instantáneas: Más allá de la Academia</b> .....	1
--	---

## **Los Lugares de la Memoria: archivos, hemerotecas y diccionarios**

Philippe Artières y Dominique Kalifa, <i>El historiador y los archivos personales: paso a paso</i> .....	7
Bruno Groppo, <i>Los diccionarios biográficos del movimiento obrero: análisis comparado de un género científico</i> .....	13
Lucas Domínguez Rubio, <i>Las publicaciones periódicas libertarias argentinas en el acervo del CeDInCl: "una hemerografía local esmerada"</i> .....	23

## **Dossier: José Ingenieros y sus mundos**

Hugo Vezzetti, <i>Los ensayos sobre el amor en los primeros escritos de José Ingenieros</i> .....	51
Ana María Talak, <i>Psicología y política en la interpretación de la sociedad</i> .....	59
Lila Caimari, <i>Ingenieros y el proyecto criminológico. Notas sobre un derrotero</i> .....	64
Laura Fernández Cordero, <i>José Ingenieros y Eva Rutenberg: cartas de amor para una historia intelectual</i> .....	67
Claudio Batalha, <i>José Ingenieros y los socialistas brasileños en el pasaje del siglo XIX al XX</i> .....	73
Osmar Gonzalez, <i>Del Novecientos al Centenario. La influencia de José Ingenieros en dos generaciones en el Perú</i> .....	78
Ricardo Melgar Bao, <i>José Ingenieros en el imaginario intelectual y político peruano: Más allá de la recepción aprista</i> .....	96
Martín Castilla, <i>Mariátegui ante la muerte de Ingenieros: apropiación simbólica y construcción de un paradigma intelectual</i> .....	110
Pablo Yankelevich, <i>José Ingenieros y la Revolución Mexicana</i> .....	119

## **Historia del libro, la edición y la lectura en Argentina**

Martín Ribadero, <i>Política editorial, proyecto intelectual y literatura de izquierda: notas sobre el caso de la editorial Indoamérica (1949-1955)</i> .....	133
Emiliano Álvarez, <i>Tiempo Contemporáneo. Una Editorial de la Nueva Izquierda</i> .....	143

## **Historia Intelectual "Homenaje a José Szabón"**

Carlos Altamirano, <i>Sobre la Historia intelectual</i> .....	157
Emiliano Sánchez, <i>Ecos argentinos de la contienda europea. La historiografía sobre la Primera Guerra Mundial en la Argentina</i> .....	163
Georges Sorel, <i>La descomposición del marxismo</i> . Introducción de Daniel Szabón .....	170

## **Encuesta: Peronismo y Cultura de Izquierdas** .....

Gerardo Aboy Carlés, Ezequiel Adamovsky, Gonzalo Aguilar, Eduardo Anguita, Martín Bergel, José Pablo Feinmann, José Fernández Vega, Nicolás Freibrun, Alejandro Grimson, Roberto Jacoby, Alejandro Kaufman, Martín Mosquera, Amílcar Salas Oroño, José Sanmartino, Beatriz Sarlo, Daniel Szabón, Pablo Solana, Pablo Stefanoni, Horacio Tarcus.

## **Dossier: El marxismo hoy**

Vivek Chibber, <i>Qué vive y qué ha muerto de la teoría marxista</i> .....	225
Federico Mare, <i>El "modelo PRP": hacia una nueva teoría marxista de la historia. Acerca de Materialismo histórico: interpretaciones y controversias de A. Petrucci</i> .....	238

José Fernández Vega, *Crisis, representación y capital* ..... 253

### Intervenciones

Adrián Gorelik, *El camino que lleva a la ciudad. Juan José Sebreli, una memoria de Buenos Aires* ..... 257

### Documentos

Adriana Petra y Horacio Tarcus, *Descubriendo Gramsci en Córdoba. Contribución a un epistolario de José María Aricó (1956-1963)* ..... 267

### Reseñas críticas

Mariano Codera: A propósito de Paula Bruno, **Pioneros Culturales de la Argentina.**

**Biografías de una época, 1860-1910** ..... 283

Silvina Cormick: A propósito de Axejandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (coords.), **Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930** ..... 284

Natalia Bustelo: A propósito de Mina Alejandra Navarro, **Los jóvenes de la "Córdoba libre!". Un proyecto de regeneración moral y cultural** ..... 285

Sebastián Malecki: A propósito de Luis Ignacio García, **La crítica entre culturas. Estética, política, recepción** ..... 286

Analía Rey: A propósito de Pablo Ansolabehere, **Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)** ..... 288

Karina Jannello: A propósito de Alejandro E. Parada, **El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en Argentina** ..... 289

Laura Fernández Cordero: A propósito de Felipe Pigna, **Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras. Desde los orígenes hasta 1930** ..... 290

Fernando Gómez: A propósito de Gabriel Di Meglio, **Historia de las clases populares en la Argentina: Desde 1516 hasta 1880, Tomo I** ..... 291

Agustín Nieto: A propósito de Ezequiel Adamovsky, **Historia de las clases populares en la Argentina (desde 1880 hasta 2003), Tomo II** ..... 291

Alexia Massholder: A propósito de Gerardo Leibner, **Camaradas y Compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay** ..... 292

Cecilia Lacruz: A propósito de Vania Markarian, **El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat** ..... 293

Martín Ribadero: A propósito de Carlos Altamirano, **Peronismo y cultura de izquierda** ..... 294

Laura Prado Acosta: A propósito de Karin Grammático, **Mujeres Montoneras, una historia de la Agrupación Evita 1973-1974** ..... 295

Hugo Vezzetti: A propósito de Vera Carnovale, **Los combatientes. Historia del PRT-ERP** ..... 296

Vera Carnovale: A propósito de Marina Franco, **Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976** ..... 296

### Fichas de libros

Carl Schorske, **La Viena de fin de siglo. Política y Cultura** ..... 297

José Fernández Vega, **Lugar a dudas. Cultura y política en la Argentina** ..... 298

Carlos Abraham, **La Editorial Tor. Medio siglo de libros populares** ..... 298

Kepa Artaraz, **Cuba y la Nueva Izquierda. Una relación que marcó los años 60** ..... 298

Héctor Pavón, **Los intelectuales y la política en la Argentina. El combate por las ideas. 1983-2012** ..... 299

---

## Instantáneas

# Más allá de la Academia

---

A lo largo de 2012 quienes hacemos **Políticas de la Memoria** intervinimos en debates generados a partir de algunos acontecimientos de carácter público. En esos debates reaparecieron distintas versiones de viejas antinomias: escritura científico-académica / divulgación, academia/política, conocimiento científico / acción política, intereses académico-corporativos / intereses de la Nación (o el Pueblo). Sobre estos pares de antemano opuestos, con sus mayúsculas y sus jerarquías, **Políticas de la Memoria** quisiera decir algo más de lo que por sí mismos expresan sus índices número a número.

### I

El 17 de noviembre de 2011, cuando faltaban pocos días para que se celebraran oficialmente los 166 años de la Vuelta de Obligado, la presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner creó por el decreto 1880/2011 el Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano "Manuel Dorrego". Entre sus objetivos establecía "profundizar el conocimiento de la vida y obra de los mayores exponentes del ideario nacional, popular, federalista e iberoamericano" así como "el estudio, la ponderación y la enseñanza de la vida y obra de las personalidades de nuestra historia y de la Historia Iberoamericana" que "obligan a revisar el lugar y el sentido que les fuera adjudicado por la historia oficial, escrita por los vencedores de las guerras civiles del siglo XIX".

Toda una serie de voces críticas se ha levantado para señalar múltiples reparos a la creación presidencial, destacándose sobre todo el argumento del carácter anacrónico de la oposición "revisionismo histórico" versus "historia oficial liberal" y el carácter demagógico que contrapone investigación histórica académica (por ende, oscura y elitista) con ensayo divulgativo de formas y contenidos populares (que relata en forma popular las gestas también populares que ocluye la primera).

El desarrollo de la historiografía argentina contemporánea, se ha señalado, muestra hoy tal variedad de influencias, corrientes, metodologías, estilos y perspectivas que es imposible reducirlo y retrotraerlo a la confrontación entre historia liberal e historia revisionista de los años '30 del siglo pasado. Desde el inicio de la transición democrática, y sobre todo en la última década —paradójicamente la década kirchnerista—, la ampliación (y consecuente democratización) del campo de la investigación científica favoreció la pluralidad de escuelas, de enfoques y de registros. La profesionalización del campo académico que se fue abriendo lugar implicó la progresiva deslegitimación de las visiones simplificadoras y los esquemas omnicomprensivos y binarios en favor de una mayor complejidad explicativa y un mayor rigor metodológico. Quienes propugnaban (propugnábamos) visiones de la historia comprometidas con los desplazados de la vieja historiografía (la clase obrera, los sectores populares, las mujeres, las comunidades indígenas, las minorías sexuales, las naciones oprimidas, las culturas subalternas y un largo etcétera) fueron(imos) conquistando espacios y legitimidades en los ámbitos universitarios y en el sistema nacional de investigación. En muchas canteras y subdisciplinas de la historia —como la historia de las mujeres, la historia urbana, o la historia de los movimientos populares, por citar sólo tres— los historiadores argentinos se revelaron altamente competentes e inauguraron visiones que gozan de sólido prestigio en muchos lugares de América Latina y del mundo. Y no es que todo brille y sea armónico en el campo académico: a menudo nos hemos despachado sobre nuestro "malestar en la academia". Sin duda, lo seguiremos haciendo. Pero ante este tipo de cuestionamientos, que para peor buscan y alcanzan legitimación y hasta institucionalización estatal, no dudamos en salir en defensa de la aca-



demia, de la investigación, de la escritura compleja que quiere dar cuenta de la complejidad de lo real. No queremos ceder a ninguna de las formas de anti-intelectualismo que, en definitiva, siempre emergen en los discursos nacional-populistas. Discursos que, como sabemos, elaboran y sofistican a menudo los intelectuales. O ciertos intelectuales.

Pero volvamos a esta gran paradoja: cuando estos nuevos discursos, visiones y metodologías se inscriben dentro de los programas académicos y comienzan a dar sus frutos en una nueva historiografía argentina, el discurso nacional-populista acusa a la “academia” como si esta fuera hoy una mera prolongación de la historia oficial mitrista de los Grandes Hombres empeñados en la Gesta de la Libertad. Y le opone la “otra historia” (¿como si los relatos historiográficos pudieran reducirse a dos!): la contra-gesta de los Verdaderos Grandes Hombres que encarnan el desenvolvimiento del Pueblo Nación.

Además, la nueva historiografía argentina fue dando muestras, estos últimos años, a medida que se consolidaban nuevos relatos, de una nueva voluntad de divulgación histórica. Sin el éxito, claro está, de los *best-sellers* historiográficos que se mueven en el registro de los Grandes Hombres (o Grandes Mujeres) o que aplanan la historia para presentificar el pasado (“Mariano Moreno fue el primer desaparecido”, “La deuda externa argentina empezó con la Baring Brothers”, etc.), estas décadas asistieron a la aparición de colecciones de libros de divulgación histórica producidos por académicos así como a la emergencia de textos de enseñanza media que invitan a pensar la historia a partir del conflicto social, sobre la base de la confrontación de visiones historiográficas, que problematizan la relación con las fuentes, etc. Nada más empobrecedor, entonces, que levantar la dicotomía entre discurso complejo y erudito de la academia, versus divulgación de los ensayistas. Aún un historiador con una prosa compleja como Tulio Halperin puede escribir ensayos breves e incisivos, sin notas al pie, que se leen de un tirón y merecen sucesivas reediciones, mientras que revisionistas como Galasso pueden escribir extenuantes biografías de San Martín o Perón cuya lectura hasta el momento ni sus más devotos seguidores han atinado a concluir.

Buena parte de la intelectualidad kirchnerista se tuvo que limitar a rumiar su descontento ante el encumbramiento de los que mira como advenedizos. Ello, sin embargo, no impidió a algunas voces de esta franja calificar a las reacciones críticas como “excesivas”. Otras quisieron ver el episodio como “un hecho aislado”. Sin embargo, tememos que no sea así.

Nos explicamos. Muchos ignoran que buena parte del proyecto y casi todo el staff del Instituto proviene de un posgrado que hasta hace poco se dictaba en una universidad privada: se trata de la “Diplomatura en ‘la otra historia’ (revisionismo histórico)” (sic), que ofrece una institución de escaso reconocimiento, la UCES, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. Su director es Mario “Pacho” O’Donnell y sus docentes son casi los mismos que los miembros del Instituto.<sup>1</sup> Una diplomatura privada concebida para otorgar títulos a los empresarios devenida por decreto instituto del Estado... ¿Vicios privados, virtudes públicas?

Por otra parte, como decíamos, la ampliación y la diversificación del campo académico es, en buena medida, resultado del aumento de presupuesto educativo en general, y el destinado a la investigación científica en particular. Esta mejora sustantiva es, sin duda alguna, un mérito del kirchnerismo. Pero el gobierno, en lugar de apoyarse en los resultados de su propia política, los niega con la creación por decreto de un instituto que vendría a rectificar “la” historia que “la” academia produce... ¿No puede pensarse, pues, “el Dorrego” como un síntoma de las contradicciones inherentes al kirchnerismo?

Es también mérito del kirchnerismo haber garantizado durante diez años la mayor libertad de expresión en el país (hasta tal punto cada cual dice y publica lo que quiere, que algunos afirman que no hay libertad de expresión). Si hay algo que pueda llamarse un Estado democrático, es aquel que funciona como garante de la pluralidad de opiniones. Ahora bien, el establecer una “historia oficial” enemiga, la “mitrista”, y erigir por decreto una “otra historia”, la revisionista, como nuevo relato estatal, el gobierno se confunde con el Estado y niega esa pluralidad que debe garantizar. La presidenta puede tener las ideas que quiera sobre la historia,

<sup>1</sup> Todavía puede consultarse el “programa” en la web: <http://www.uces.edu.ar/posgrado/carreras/area-ciencias-juridicas/diplomaturas/diplomatura-otra-historia.php>

y es legítimo que el gobierno nacional enarbole las banderas que desee, ya sean las del peronismo histórico, las del camporismo, el revisionismo, o las que fuere. Pero un Estado democrático no debería suscribir escuelas historiográficas, ni artísticas ni filosóficas, sino ser el garante de la pluralidad de todas ellas; la suerte de estas escuelas o corrientes se debe jugar en el campo específico de la historia, del arte o de la filosofía, con sus propias reglas de juego: las de la producción, la creación y del libre debate, sin la menor interferencia del poder estatal. Es así que el Dorrego puede pensarse como un síntoma de la naturaleza contradictoria del kirchnerismo: por un lado, eleva el presupuesto a la investigación, amplía, incluye y democratiza; por otro, con un decreto, eleva una perspectiva parcial a Escuela de Estado.

Por último, no queremos dejar de señalar que el nuevo Instituto se inscribe en una serie de gestos y prácticas que, en conjunto, dan cuenta de una insistente tentativa por construir un relato histórico desde el Estado. Tentativa que puede remontarse al giro que efectuó el gobierno a partir del año 2008, que se consolidó luego con la aprobación de la Ley de medios audiovisuales, y terminó de configurarse con la sorprendente muerte del ex presidente. Dicho giro operó un fuerte cambio en el escenario político y cultural que se manifestó sobre todo en el relato que articuló la celebración del Bicentenario. Produjo un nuevo deslizamiento hacia las lecturas binarias y el comienzo de un período de exacerbación de la lógica identitaria nacional-populista, contrastante con el discurso kirchnerista de 2003 y años inmediatamente posteriores, de transversalidad (construcción política por fuera o más allá del Partido Justicialista) y sin iconografía de Perón y Evita.

Tal historia, pues, para tal política. Si hay dos proyectos de país, el oligárquico de **La Nación** y **Clarín**, y el nacional-popular que encabeza nuestra presidenta, tendrá que haber también dos historias. Es así que el relato histórico kirchnerista cumple una función que, curiosamente, es detectable tanto en el Partido de la Libertad de Bartolomé Mitre como en el radicalismo y el peronismo históricos: la de restar legitimidad a todo aquel que no está dentro de sus fronteras. Por fuera del “campo nacional y popular”, como sabemos, acechan los enemigos, la antiPatria. Si se atiende al hecho de que ni siquiera el propio peronismo histórico puso demasiado énfasis en la construcción de una visión de la historia argentina articulada —en rigor, el revisionismo se solapó al peronismo sólo luego de que éste fue desalojado del poder luego de 1955—, quizás, curiosamente, el grado en que desde múltiples ámbitos del kirchnerismo se busca construir un relato histórico va camino a ser sólo parangonable, por su extendida proliferación, con el lugar prominente que tuvo la historia como dispositivo al servicio de la empresa de nacionalización de las masas en el período del llamado orden conservador que se abre en el país en 1880.

## II

En agosto de este año una historiadora del CeDInCI prestó declaración como “testigo de contexto” en el juicio oral y público por la Masacre de Trelew. La instancia en la que se encontraba la causa era crucial: el Tribunal Oral Federal de Comodoro Rivadavia debía determinar si el fusilamiento de diecinueve presos políticos, ocurrido la madrugada del 22 de agosto de 1972, debía ser considerado o no como un crimen de lesa humanidad. No se trataba, por cierto, de una resolución de alcances puramente formales o simbólicos: si se dictaminaba que la Masacre había sido al fin de cuentas un hecho aislado atribuible a la animosidad, torpeza o brutalidad de unos pocos marinos (los perpetradores), la causa quedaba sin efecto puesto que el delito había prescripto décadas atrás.

Si, por el contrario, el Tribunal entendía que la Masacre había tenido carácter institucional, es decir, que había formado parte de la política represiva estatal implementada por la dictadura instaurada en 1966 y encabezada al momento de los hechos por el general Alejandro Lanusse, pues entonces se trataba de un crimen de lesa humanidad —esto es, que *ofende a la conciencia humana*— y como tal es imprescriptible y no amnistiable; y, en consecuencia, los marinos involucrados *debían* ser juzgados.



En su declaración, la “testigo de contexto”, Vera Carnovale, que había sido citada por la parte querellante, el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), debía caracterizar, precisamente, el “contexto” en el que los hechos habían tenido lugar. A tal fin —vicios profesionales mediante, de esos que algunos gustan llamar despectivamente “academicistas”— buscó documentación de época que sirviera para fundamentar su intervención, intervención que centraría en la movilización de masas, por un lado, y en la legislación y las prácticas represivas, por el otro. Por esas cosas no tan caprichosas de la memoria, recordó que diez años atrás, en una entrevista a Noé Jitrik, éste le había contado acerca de su participación en el Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos, una comisión formada durante los últimos tiempos de la dictadura de Onganía-Levingston-Lanusse, cuya principal actividad fue la recopilación de datos, documentos, testimonios e información en general que, en conjunto, daba cuenta de las muchas formas en que estaban siendo violados los derechos humanos en la Argentina. La investigación del Foro quedó plasmada en un documento, **Proceso a la explotación y la represión en la Argentina**, publicado como libro en 1973. Quizás por el clima de algarabía que signó a “la primavera camporista”, quizás por los vientos del horror que comenzaron a rugir cuando la primavera llegó a su fin, lo cierto es que el libro no tuvo mayor repercusión pública y, con el paso del tiempo, podría haber sido devorado por las brumas del olvido.

Pero no fue así. Por esas cosas tampoco tan caprichosas que tiene la historia, se encontraba catalogado, archivado y disponible para la consulta pública en el CeDInCI. Manos amigas y solidarias lo habían llevado allí hace varios años ya. De modo que la “testigo de contexto” —autorización del CeDInCI mediante— pudo hacerse de él y llevarlo a su declaración para respaldarla demostrando con las leyes y las denuncias allí reproducidas, el carácter represivo y por qué no criminal, del Estado argentino en aquel período. Que se trataba de un documento importante quedó rápidamente en evidencia cuando, presentado por la testigo, fue impugnada su inclusión como prueba en la causa por la defensa. La fiscalía y la querrela, por su parte, insistieron en que se lo incluyera por considerarlo “vital para definir si la Masacre de Trelew fue un delito de lesa humanidad”. Como resultado de la deliberación, el Tribunal decidió incorporarlo como prueba y, tras finalizar su declaración, la testigo debió dejar el viejo y valioso libro en la sede judicial.

Lo que siguió es de público conocimiento: el 15 de octubre el Tribunal, tras considerar a los fusilamientos como crímenes de lesa humanidad, condenó a cadena perpetua a tres de los cinco acusados poniendo así punto final a cuarenta años de impunidad.

Algunos días más tarde, el **Proceso a la explotación y la represión en la Argentina**, regresaba al CeDInCI en un sobre despachado en Comodoro Rivadavia, tras haber *hecho justicia*, que era, en definitiva, el destino que imaginaron sus autores para él, treinta y nueve años atrás. Y podría decirse también que, en cierta medida, vino a ejecutar el antiguo mandato de aquellos otros documentos celosamente custodiados en el *arkheion* griego: decir la ley, recordar la ley, llamar a cumplir la ley. En un extendido sentido común, el archivo connota lo viejo, lo estanco, lo muerto; al tiempo que la actividad académica que lo involucra es despreciada por considerársela encapsulada, ajena a la realidad, demasiado cercana a la torre de marfil.

Pero el caso que aquí presentamos viene a demostrar que el archivo —y la actividad profesional que le atañe— puede también ser vida y, en tanto es capaz de reponer dignidad a la conciencia humana ofendida por el crimen, puede ser también lazo social entre el pasado y el presente, y también futuro. Nuestro caso viene a querer decir, que, *más allá de la Academia*, aquello que contribuye al Saber puede formar parte finalmente de las extensas y sinuosas cadenas de solidaridad que a lo largo de la Historia se han encolumnado en la causa de la emancipación humana.

### III

En su número del 24 de mayo la revista **Ventitrés** se sumó con una tapa provocativa al paisaje de mujeres semidesnudas que pueblan los puntos de venta: “Tetas o culo. El fin de un

debate nacional. ¿Qué nos gusta más?” Generosamente ilustrada, con sendas delanteras y espaldas pintadas con los colores nacionales, la tapa prometía que un estudio de la UBA dirimía un entuerto fundamental. Es así que el corazón de la nota contenía una entrevista a Mariano Sigman —director del Laboratorio de Neurociencia Integrativa— en la que difundía los resultados de una investigación realizada en ese laboratorio y publicada en **Archives of Sexual Behavior**, según la cual los varones gustan más de los traseros femeninos que de sus pechos. Como era de esperar, la nota se ganó de inmediato las críticas que se merecía en su costado misógino, machista, sexista, discriminatorio, ofensivo, etc. El suplemento *Las 12* del diario **Página/12** fue el espacio más visible para ese señalamiento, pero tampoco escapó al ojo revulsivo de **Barcelona**.

Por su parte, **Políticas de la Memoria** remarca y acompaña la denuncia a ese aspecto del estudio, cuya divulgación no hizo más que exacerbar al ritmo efectista y elemental de los medios elegidos (revista **Veintitrés**, programa televisivo *Caiga quien caiga* de Telefé y *Perros de la calle* de la radio Metro). Sin embargo, nos interesa recuperar otra dimensión del debate, la que asomó en las explicaciones que el investigador responsable ofreció en el cuerpo principal del diario unos días después. Allí intentaba aclarar las razones del estudio y extendió su reflexión sobre la investigación en su relación con la sociedad, y sobre el difícil arte de divulgar el trabajo científico.

Esos temas rondaron también la charla en la que tomó la palabra una integrante de nuestra revista y que fuera organizada por la Asociación Gremial Docente de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales con el objetivo de contrarrestar el silencio de la institución y el apoyo que recibió el docente e investigador por parte de las autoridades, aun cuando otras voces de la facultad exigían acciones que iban de un mínimo pronunciamiento al activo repudio público del estudio. A pesar de que esas acciones no prosperaron, la cuestión ganó espacio en una reunión del Consejo Directivo y en la citada charla, donde un grupo de alumnos y docentes se dio al debate en torno a numerosas preguntas que hacían a sus disciplinas y al quehacer científico en general. Es que las explicaciones de Sigman y la bienvenida controversia generada permiten visibilizar y confrontar dos supuestos que se han instalado en los últimos años al calor de la reactivación de la actividad científica local. Uno: es imprescindible publicar en revistas científicas del exterior (*journals*) porque sus criterios de referato y su factor de impacto son fundamentales en un curriculum que pretenda seguir “en carrera”. Dos: el país necesita derivar la mayor parte de su presupuesto hacia las ciencias exactas y naturales, con sus consiguientes proyectos articulables con el mercado local e internacional.

Efectivamente, una certeza recorre el mundillo de los becarios que quieren seguir siéndolo hasta la tesis, y alcanza a los candidatos a esa situación de cierto privilegio y segura precariedad: lo que vale (más que un congreso, más que una sesuda reseña crítica, más que un artículo en una revista local) es un artículo con referato en un *journal*. Esta lógica ya gobierna el trabajo de quienes se dedican a las ciencias exactas y naturales, pero no deja de tener impacto en las ciencias sociales y humanas. Los formularios *on line* no aceptan publicaciones sin ISSN, y los criterios de evaluación otorgan mayor puntaje a las publicaciones indexadas y con referato. Podría argumentarse que es ese un modo de garantizar la calidad del artículo y, por tanto, el nivel del trabajo científico en general, así como su visibilidad. Sin embargo, el debate surgido a partir de un trabajo científico como el mencionado, realizado en el seno de una universidad pública, escrito en inglés para ser publicado en una revista de carácter global y luego traducido al lenguaje de los medios masivos demuestra que ni la calidad ni la visibilidad están garantizadas.

En principio porque el prestigio de las revistas es establecido por un índice cuantitativo (*Impact Factor*) muy controvertido. Según los numerosos críticos del Factor de Impacto (FI), la reputación de una revista crece en función de las citas que recibe y eso retroalimenta el mecanismo porque la hace más atractiva para los autores, quienes intentan afanosamente publicar allí. Ese interés puede conllevar el formateo de estilo, las largas esperas para recibir la evaluación e, incluso, la elección de temas en función del mandato de las revistas mejor ubicadas en el *ranking*, una lista en la que domina un centro académico (EEUU y Europa) y donde se registra en menor medida la producción de las academias “periféricas”. Lógica que el IF





no hace más que reforzar impulsando incluso a los autores a escribir directamente en inglés.

Finalmente, la hiperespecialización de los *journals*, su lenguaje técnico, sus párrafos formalizados y sus canales de difusión pagos o de acceso restringido hacen que la lectura sea escasa y para entendidos. De hecho, paradójicamente fue su eco en los medios masivos lo que permitió que la investigación en cuestión —*Eye Fixations Indicate Men's Preference for Female Breasts or Buttocks*— fuera leída y, más allá del *Impact Factor* del *Journal*, alcanzara un impacto real; es decir, que formara parte de una polémica, que sus supuestos se pusieran en discusión, que se diera un diálogo entre científicos de distintas disciplinas. Es por eso que las estrategias para dar a conocer el trabajo científico no deberían atentar contra eso que lo hace vital, productivo, y lo pone en diálogo con “los intereses del país” o “las necesidades de la gente”.

De hecho, el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva se estrenó en 2008 con una polémica, nunca resuelta, desatada a partir de una de las primeras entrevistas al ministro, Lino Barañao, en la que anunciaba las principales líneas de acción orientadas al software, la biotecnología y la nanotecnología. Su opinión sobre las ciencias humanas y sociales (“a veces me parecen teología” y “Creo que no hay un motivo por el cual las áreas humanísticas deban prescindir de la metodología que usan otras áreas de las ciencias”) le valieron la crítica de reconocidas personalidades de esas áreas y lo llevó a reconsiderar o, al menos a reformular en público, sus apreciaciones. Así, a fines de 2011, en el balance de una gestión de cuatro años, el ministro mencionó especialmente el trabajo conjunto con las Ciencias Sociales (Programa PISAC) y se declaró preocupado, precisamente, por la divulgación del conocimiento científico. El funcionario señaló la importancia del periodismo científico y, en cierto modo, criticó que el único parámetro de calidad fuera el de las revistas internacionales “con puntaje”. De esta manera, reflexionó, las revistas nacionales quedan relegadas y, podríamos agregar nosotros: las regionales también. Para salvar esa situación en la que domina el Factor de Impacto de las publicaciones, el ministro señaló, sin mayor precisión, la necesidad de establecer un “factor de impacto social”, algo así como una medida de intervención en la “actividad concreta”. Este rasgo coincidiría con el objetivo de “bajar” una “línea política” que “marcó Presidencia” a partir de la cual se prioriza la “ciencia aplicada” por sobre la ciencia entendida “como un hecho meramente cultural y meramente motivado por la curiosidad y el avance del conocimiento”. No está demás decir que esas líneas y sus bajadas deberían ser discutidas, y de hecho lo son, para que logremos encontrar en conjunto qué tipo de ciencia es la que habremos de hacer y cómo articulará con otras instancias del Estado, con el mercado mismo, con las organizaciones sociales, etc.

En este sentido, tanto la interacción entre las distintas áreas de la ciencia, como el fortalecimiento equilibrado de las distintas disciplinas, son primordiales. Para volver al estudio comentado, la elección del objeto de investigación tanto como la generalización de sus resultados hubiera ganado en calidad y en impacto en un intercambio con la sociología o la psicología, también preocupadas por los fenómenos del comportamiento y la percepción, al igual que la neurociencia tan en boga. Para ello, es claro no basta con un cambio de paradigma, sino que requiere de una distribución equitativa de presupuestos y oportunidades para todas las áreas.

Al mismo tiempo es necesario repensar el mundo de las publicaciones sin desconocer la larga tradición de revistas culturales y políticas que ha producido la región. Por lo menos en nuestro país, el imperio del *journal* no se da sobre un desierto, sino en un territorio todavía cruzado con valiosísimas publicaciones locales, no todas ellas indexadas, por cierto, y que en muchos casos logran resistir la agobiante uniformización estilística e incluso tipográfica que se viene imponiendo.

Sólo un profundo y permanente debate sobre la práctica científica nos permitirá sumarnos al concierto de la producción de conocimiento global de manera crítica, y no necesariamente copiando modelos o caminos recorridos por otras comunidades políticas y científicas.

# El historiador y los archivos personales: paso a paso

Philippe Artières y Dominique Kalifa

En su número 13 de 2002, **Sociétés & Représentations**, revista interdisciplinaria editada por el equipo *Images, Sociétés et Représentations* (ISOR) de la Universidad de Paris I Panthéon-Sorbonne, se dedicó íntegramente al tema de las fuentes autobiográficas y los archivos personales. Bajo el título “El historiador y los archivos de sí”, reunió colaboraciones de Daniel Fabre, Cécile Dauphin, Danièle Pouban, Vincent Duclert, Philippe Lejeune, Corinne Pelta, Anne-Emmanuelle Demartini, François Godicheau, Paula Cossart, Corinne Krouck, Renaud Dulong, Christophe Prochasson, Philippe Carrard y Jean-François Laé. Los historiadores Philippe Artières y Dominique Kalifa, ambos con una nutrida trayectoria dedicada a la reflexión sobre los archivos y los dispositivos de escritura (que incluye un libro conjunto, **Vidal, le tueur de femmes. Une biographie sociale**, un original trabajo biográfico sobre un asesino de prostitutas de principios de siglo XX compuesto mediante el montaje de los diferentes discursos que, multiplicados, construyeron la figura del criminal mediante un “aceleramiento de la maquinaria grofomaniaca”), tomaron a su cargo el texto de presentación que aquí reproducimos. Con una clara apuesta por la microhistoria y el análisis de los dispositivos discursivos, los autores repasan casi cincuenta años de historiografía francesa a partir del lugar que en ella han ocupado los archivos personales y las fuentes autobiográficas.

En los últimos treinta años, y particularmente a partir de la publicación por Michel Foucault de las **Memorias del parricida Pierre Riviere**,<sup>1</sup> la historiografía francesa se ha caracterizado por una creciente valorización de las fuentes autobiográficas. Jacques-Louis Ménétra, Nicolas Contat, Charles Noiret, Caroline Brame, Jean-Baptiste Dumay, Louis Barthas, Jeanne Bouvier, y otros tantos individuos hasta entonces sin rostro ni espesor han venido a poblar la historia de los últimos siglos, dotándola de lo que el propio Foucault llamó el “murmullo del mundo”.<sup>2</sup> El mayor interés puesto en el “testimonio” y sus relaciones con la “verdad”, los diversos desplazamientos propuestos u operados por la microhistoria, la reconsideración del rol y de las competencias de los actores, e incluso la creciente atención prestada a la escritura en la construcción de los objetos históricos, han contribuido mucho a acentuar este movimiento. La impresionante teoría de las publicaciones dedicadas a los relatos y testimonios de la Shoah<sup>3</sup> o el renovado interés por los trabajos de Jean Norton Cru,<sup>4</sup> las correspondencias y memorias de los combatientes de la Gran Guerra, constituyen un claro ejemplo de este fenómeno, en donde lo que está en juego son cuestiones a la vez memorialísticas, científicas y editoriales.<sup>5</sup>

<sup>1</sup> Michel Foucault et alii, **Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère... Un cas de parricide au XIXe siècle**, Paris, Gallimard/Julliard, 1973 (Traducción al español: **Yo Pierre Riviere, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y mi hermano...**, Barcelona, Tusquets, 1976).

<sup>2</sup> Michel Foucault, prefacio a **Raison et déraison**, Paris, Plon, 1961 recuperado en **Dits et écrits**, Paris, Gallimard, 1994, t. 1, p. 164. (Traducción al español: **Entre filosofía y literatura. Obras esenciales volumen I**, Buenos Aires, Paidós, 1999, p. 162).

<sup>3</sup> Annette Wieviorka, **Déportation et Génocide. Entre la mémoire et l'oubli**, Paris, Plon, 1992.

<sup>4</sup> Cf. la reciente aproximación de Christophe Prochasson, “Jean-Norton Cru, du témoignage à l'histoire”, en **Revue d'histoire moderne et contemporaine**, n° 48-4, 2001, pp. 160-189.

<sup>5</sup> Sobre este último punto, al que consideramos esencial, este dossier lamentablemente se mantiene en silencio. El cuestionario enviado a cuarenta edi-

A pesar de estos avances, el lugar otorgado al “yo” en la historiografía continúa siendo incierto; y el estatus y el uso de estos archivos en la investigación histórica, problemático y discutido. Mientras muchos consideran que los escritos autobiográficos y los archivos personales mantienen con lo verídico una relación siempre equívoca y que no pueden ser utilizados sino a título indicativo o ilustrativo; otros, a la inversa, ven en ellos un material privilegiado, a veces único, para aprehender “lo infraordinario”, para captar las emociones, las sensibilidades y las representaciones sociales, para restituir las experiencias en toda su discontinuidad (o por el contrario para captar las tentativas de su reorganización y reescritura). El uso de estas fuentes, su crítica, su entrecruzamiento con otros tipos de documentos, provoca numerosos interrogantes a los cuales las prácticas historiográficas han respondido de forma muy diversa. En la medida que la escritura autobiográfica deviene por fin en un objeto historiográfico por derecho propio; algunos análisis recientes tienden a reconstituir la historia de estos materiales, a estudiar estas formas de escritura múltiple como tantos otros “acontecimientos”. Unas veces ponderados, otras veces devaluados, el inmenso y a veces indelimitable mundo de los archivos personales (correspondencias, diarios íntimos, memorias, autobiografías), a los que podría agregarse la masa creciente de archivos orales, diferentes por su naturaleza, pero cuya puesta en práctica y uso histórico revisten preocupaciones similares, no ha cesado de interpelar al historiador. Algunos de estos interrogantes son los que intentará explorar este dossier.

Reconocimiento del individuo común como actor con derecho propio de la historia o tentativa por captar la complejidad del mundo social, el recurso a los archivos de sí traza a su alrededor una historia propia. Rápidamente podemos distinguir tres momentos, que no excluyen las etapas de su encadenamiento. El primero se caracteriza por una fuerte revalorización de los archivos personales. Sus objetos privilegiados son los documentos producidos por los “condenados de la tierra” y se inscribe explícitamente en el contexto de las luchas abiertas por Mayo del 68. Se trata de abrir la historia a

sus víctimas, a sus excluidos, a aquellos que habían sido privados de la palabra —los obreros primero y sobre todo, pero también los marginales—<sup>6</sup> y de constituir esa palabra en instrumento de lucha. Así, Carlo Guinzburg escribía en el prefacio de su libro **El queso y los gusanos**: “Antes era válido acusar a quienes historiaban el pasado, de consignar únicamente las ‘gestas de los reyes’. Hoy día ya no lo es, pues cada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron. ‘¿Quién construyó Tebas de las siete puertas?’ pregunte el lector obrero de Brecht”<sup>7</sup>.

Numerosas autobiografías y diarios de obreros<sup>8</sup> o marginales fueron entonces publicados, dentro de una concepción militante de la historia, y acogidos dentro de editoriales comprometidas. La colección “Actos y memorias del pueblo”, de François Maspéro, es característica de este primer momento: “Traer, a la escucha de la historia, voces diferentes de aquellas que siempre hablaron más alto y más fuerte. Se trata de ir hacia el pasado y de aportar para el futuro, los elementos para una cultura popular”<sup>9</sup>. Es la misma preocupación que llevó a Michel Foucault a publicar las **Memorias del parricida Pierre Rivière**, y a proponer en 1973 al diario **Liberation** abrir una sección titulada “Crónica de la memoria obrera”, constituida por escritos de trabajadores: “sería interesante que alrededor del periódico se reagruparan todos estos recuerdos, no solo para contarlos sino, sobre todo, para definir a partir de ellos los instrumentos de una lucha posible”<sup>10</sup>. El archivo personal fue percibido como una contrafuente, enunciando lo que se había callado, poniendo palabras al reverso de la historia. “Hoy como ayer, decía Daniel Roche en 1980, la apuesta de la biografía auténtica es devolverles la palabra a aquellos a los que les fue desposeída”<sup>11</sup>. En muchos casos, este uso se limitaba a una publicación acompañada de una simple contextualización, el discurso del testigo que otorgaba la prueba. Del otro lado del Atlántico se asistía a un fenómeno bastante comparable, relacionado con el uso de los archivos en las investigaciones dedicadas a las minorías. En los Black Studies y Gay Studies, las autobiografías y otros escritos de esclavos y homosexuales constituían una fuente privilegiada, como si se estuviera a la pesca de la palabra virgen de los individuos con identidades minoritarias, una palabra que vendría a restablecer la verdad sobre una serie de acontecimientos traumáticos.<sup>12</sup> Cabe subrayar que este fan-

tores franceses en febrero de 2001 no obtuvo ninguna respuesta. Aquí reproducimos las cuatro series de preguntas que les habían sido formuladas:

- ¿Qué opina sobre el lugar ocupado, en los últimos veinte años, por los archivos autobiográficos en la edición de ciencias sociales? ¿Se asiste a un crecimiento de este tipo de publicaciones? ¿Qué riesgos representa para usted esta valorización de la palabra autobiográfica?
- ¿Publicó textos autobiográficos? Si la respuesta es afirmativa ¿según qué criterios: notoriedad del autor?, ¿“Revelaciones” particulares del texto? ¿Estatus de “testimonio” privilegiado? ¿Posible interés del público? ¿Calidad literaria o dramática del documento? ¿Aniversario, conmemoración, actualidad? ¿Notoriedad del investigador que presenta el texto?
- ¿Cómo se publica un texto autobiográfico? ¿Dentro de una colección con un estatuto específico o como cualquier otro título de ciencias sociales? ¿Con qué frecuencia? ¿Acompañado o no de un aparato crítico? Si la respuesta es afirmativa ¿a quién se lo encarga y qué proporción del libro se le atribuye?
- Tratándose de la difusión de estas obras ¿considera que exigen estrategias específicas de edición? ¿Tirajes especiales? ¿Recurrir a circuitos diferentes? ¿Piensa que estas obras reciben de parte del público y de la crítica una respuesta favorable? ¿Estas respuestas coinciden? Si la respuesta es no ¿cómo analiza estas divergencias?

<sup>6</sup> Sobre este contexto ver Bernard Vincent (dir.), **Les Marginaux et exclus dans l'Histoire**, Paris, Cahiers Jussieu, 10/18-UGE, 1979.

<sup>7</sup> Carlo Guinzburg, **Le Fromage et les vers. L'univers d'un meunier au XVI<sup>e</sup> siècle**, Paris, Flammarion, 1980, p. 7. (Traducción al español: **El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI**, Barcelona, Muchnik, 1976).

<sup>8</sup> Sobre las autobiografías de obreros ver Michelle Perrot, “Les Vies ouvrières”, en Pierre Nora (dir.), **Les Lieux de mémoires**, vol. III, “Les France”, t. 3, Paris, Gallimard, 1992, pp. 87-129.

<sup>9</sup> En esta colección, animada por Louis Constant, fueron publicados: **Souvenirs d'une morte vivante (1848-1871)** por Victorine B., **J'étais deuxième classe dans l'armée républicaine espagnole** por Lluís Montagut, **Les Carnets de guerre de Louis Barthas, tonnelier (1914-1918)**, **Mémoires d'un compagnon** por Agricol Perdiguier.

<sup>10</sup> Michel Foucault, “Pour une chronique de la mémoire ouvrière” (febrero de 1973), n° 117, reproducido en **Dits et écrits**, Paris, Gallimard, 1995, t. II, pp. 399-400 (Traducción al español en: **Estrategias de poder. Obras esenciales**, Buenos Aires, Paidós, 1999).

<sup>11</sup> **Journal de ma vie. Jacques-Louis Ménétra, compagnon vitrier au XVIII<sup>e</sup> siècle**, presentado por Daniel Roche, Paris, Montalba, 1982, réédité por Albin Michel, 1998.

<sup>12</sup> Testimonio de este movimiento es el éxito de las reediciones de los recuer-

tasma del escrito en bruto, de la palabra intacta y preservada del dominado, de la víctima o del vencido, todavía acecha a un cierto número de investigaciones y publicaciones europeas.

El segundo momento de esta historia emerge con el desarrollo de una investigación histórica que no se preocupa solamente de los silenciados de la historia sino más bien, desde una perspectiva más antropológica, de sus silencios. Bajo la iniciativa de las historiadoras de las mujeres, la mirada historiográfica se posó sobre un conjunto de gestos y prácticas que hasta entonces había abandonado.<sup>13</sup> La **Historia de la Vida Privada** es ejemplar de este cambio de óptica. Estas investigaciones sobre lo íntimo otorgan a los archivos de sí un lugar privilegiado, como lo señaló Michelle Perrot en la introducción al volumen por ella dirigido:

Las fuentes más directas y más ricas, los archivos privados, son, sin embargo, disimétricos y de un acceso aleatorio. Su conservación es tan arriesgada como su consulta [...]. La coyuntura actual tiende a revalorizar estos restos. Correspondencias familiares y literatura "personal" (diarios íntimos, autobiografías, memorias), irreemplazables testimonios que no constituyen por eso los documentos "verdaderos" de lo privado. Obedecen a reglas de urbanidad y de puesta en escena de sí para sí que rigen la naturaleza de su comunicación y el estatuto de su ficción. Nada menos espontáneo que una carta; nada menos transparente que una autobiografía, hechas tanto para cerrar como para revelar. Pero estas sutiles maneras de ocultar/mostrar nos ponen al menos a las puertas de la fortaleza.<sup>14</sup>

En efecto, en esta segunda fase, el interés de los historiadores comenzó a focalizarse no solamente en el contenido de los discursos, sino en sus condiciones de producción, en los gestos, en las prácticas de las cuales provienen los archivos. Los trabajos y reflexiones sobre los diarios de jovencitas probablemente sean el mejor ejemplo de este segundo momento.<sup>15</sup> Dos grandes grupos de obras contribuyeron en el curso de los años '80 a convertir este interrogante inicialmente marginal en un verdadero objeto historiográfico. El primero provino de los márgenes de la historia, de la antropología y la literatura, y lo constituyen las investigaciones realizadas sobre las escrituras ordinarias (Daniel Fabre)<sup>16</sup> y sobre el género autobiográfico (Philippe Lejeune<sup>17</sup>). El segundo se desarrolló en el seno mismo de la disciplina y en el cuadro global de la historia de la lectura y la escritura, impulsado especialmente por Roger Chartier. Los archivos personales se

convierten en objetos históricos en sí mismos: la historia de la correspondencia constituye un buen ejemplo de este conjunto de prácticas, tanto individuales como colectivas, que pudieron salir de las sombras gracias al análisis de estas fuentes.<sup>18</sup>

Asistimos, desde hace varios años, a una nueva etapa en esta historia de los archivos personales. Gracias a este conjunto de investigaciones, los historiadores mantienen una relación más crítica, y sin duda más libre, con estos materiales. Los archivos personales no solamente han encontrado su sitio en todos los campos historiográficos, sino que son objeto de una verdadera crítica, a la misma altura que otro tipo de fuentes. Así, después de una fase de sacralización y una siguiente de problematización, los archivos personales entran en una fase de trivialización, del mismo modo que ocurrió con otros documentos, como los archivos judiciales.<sup>19</sup> Los trabajos ya no se ocupan solamente de cierta categoría de individuos: la gente de pueblo, los "hombres infames", las mujeres; lo que hoy parece interesar al historiador es la riqueza que estos materiales ofrecen para aprehender todo aquello que procede de lo que Georges Perec ha llamado lo "infraordinario".<sup>20</sup> Ocupándose de acontecimientos o de situaciones extremas —la enfermedad, la guerra, la Shoah—, los archivos personales son cada vez más utilizados para comprender —la mayoría de las veces desde una perspectiva antropológica— las experiencias cotidianas, las emociones minúsculas, las prácticas comunes y banales que escapaban hasta entonces a los ojos del historiador. En lo relativo a la Gran Guerra, este es el caso de numerosos trabajos sobre el universo de los combatientes en el frente de batalla o de las mujeres en la retaguardia.<sup>21</sup> Pero el recurso a estas fuentes se hace aún de manera tímida para comprender los acontecimientos de "baja intensidad", al estilo de los trabajos en curso de Arlette Farge sobre los escritos de los ahogados en el Sena en el siglo XVIII.

Esta trivialización de los archivos ordinarios coincide igualmente con una muy fuerte valorización social del testimonio individual, y con su intensa instrumentalización mediática y judicial, como lo han señalado en otro lugar Annette Wieviorka o Pierre Laborie. Hoy también se desarrollan investigaciones que proceden a una deconstrucción del archivo de sí: estos trabajos muestran tanto la manera en que estos documentos fueron producidos como los usos contemporáneos de los que son objeto. Desde hace algunos años emerge una inmensa obra histórica, la de los usos sociales de los archivos personales. Dentro de este mismo cuadro, se

dos y memorias de esclavos, por ejemplo: **Incidents dans la vie d'une jeune esclave** de Harriet A. Jacobs (publicado en francés por Viviane Hamy en 1992).

<sup>13</sup> Esta preocupación está todavía muy presente en la historia de las mujeres. Ver por ejemplo el dossier: "Parler, chanter, lire, écrire", **Clio. Histoire, Femmes et Société**, n° 11, 2000.

<sup>14</sup> Michelle Perrot, "Introducción", en Philippe Ariès y Georges Duby (dir.), **Historia de la vida privada**, t. 4, "De la Révolution à la Grande Guerre", Paris, Le Seuil, 1987, p. 11. (Traducción al español: **Historia de la vida privada**, Madrid, Taurus, 2001)

<sup>15</sup> Ver Alain Corbin, "Le secret de l'individu", en *Ibid.*, 419-501.

<sup>16</sup> Daniel Fabre (dir.), **Écritures ordinaires**, Paris, POL, 1993; **Par écrit, Éthnologie des écritures quotidiennes**, Paris, MSH, 1997.

<sup>17</sup> Entre los trabajos de Philippe Lejeune, citamos especialmente su investigación sobre el diario de jovencitas en el siglo XIX: **Le Moi des demoiselles**, Paris, Le Seuil, 1992.

<sup>18</sup> Cfr. Roger Chartier (dir.), **La Correspondance**, Paris, Fayard, 1991; Cécile Dauphin, Pierette Lebrun-Pézerat, Dominique Pouban, **Ces bonnes lettres. Une correspondance familiale au XIXe siècle**, Paris, Albin-Michel, 1995; ver también, por ejemplo, las actas del coloquio **Expériences limites de l'épistolaire**, reunidos por André Magnan, Paris, Honoré Champion, 1993, e incluso Mireille Bossis (dir.), **La Lettre à la croisée de l'individuel et du social**, Paris, Kimé, 1994.

<sup>19</sup> Frédéric Chauvaud et Jacques-Guy Petit (dir.), **L'Histoire contemporaine et les usages des archives judiciaires (1800-1939)**, **Histoire et archives**, hors-série n° 2, Paris, Champion, 1998.

<sup>20</sup> Georges Perec, **L'Infra-ordinaire**, Paris, Le Seuil, 1989 (Traducción al español: **Lo infraordinario**, Madrid, Impedimenta, 2008)

<sup>21</sup> Ver por ejemplo las diversas entregas de la revista del Centre de recherches de l'Historial de la grande Guerre, **14-18 Aujourd'hui, Heute, Today**.



asiste también a una mayor visibilidad de los fondos, tanto en el dominio privado<sup>22</sup> como en los archivos públicos. Paralelamente a la reflexión sobre las fuentes y sus especificidades, se ha realizado todo un trabajo de localización y de inventario, del que la primera parte de este dossier da cuenta en parte.

Pero esta mayor presencia de los archivos de sí, que parecen haber encontrado su sitio en el “pozo común” de las fuentes del historiador, trae consigo su parte de inquietud y sus interrogantes. Dos cuestiones, sobre todo, canalizan la ansiedad. La primera concierne a la naturaleza y la composición misma de “lo social”, lo que se podrá convenir aquí que constituye, en su dimensión diacrónica, el objeto propio de la historia. Sabemos, en efecto, que la disciplina se constituyó sobre el rechazo del “ídolo” individual, que significa mucho más que la simple condenación de la biografía,<sup>23</sup> y sobre una acepción muy holística de lo social. “La sociedad no es una simple suma de individuos, sino que el sistema formado por su asociación representa una realidad con características propias”, escribía Émile Durkheim, invitando a buscar las causas de los hechos “entre los hechos sociales antecedentes y no entre los estados de conciencia individual”.<sup>24</sup> Si después de medio siglo los diversos “constructivismos” han ayudado a los sociólogos a superar este dualismo paralizante, los historiadores han tardado más, y con mayores penurias, en salir de esta oposición entre lo individual y lo colectivo. De este modo, los momentos cumbre de la historiografía contemporánea se respaldaron en un enfoque casi exclusivamente estructural de lo social. Sin duda, conviene subrayar hasta qué punto los últimos veinte años han estado marcados por el retroceso de los paradigmas holísticos y el “interés creciente otorgado a la historia de la singularidad”.<sup>25</sup> En cierto sentido, toda la historia llamada “cultural”<sup>26</sup> procede de este cambio de perspectiva. Pero conviene ser mesurados. Aunque hoy es mucho más apreciado, este movimiento no afecta sino a una minoría de investigadores, lo esencial de la producción continúa atada a una concepción muy estructural de la sociedad. Así lo demuestran los juicios de observadores externos, pero informados, que continúan percibiendo a la historia como una disciplina aplastante, “una potencia arrogante y censora que asfixia las voces individuales y equivoca los destinos personales”.<sup>27</sup>

<sup>22</sup> Al estilo del considerable fondo reunido por la Association pour l'autobiographie (APA), ubicado en Ambérieu-en-Bugey, que publica tres veces al año la revista **La Faute à Rousseau**, y cada año un **Gardemémoire** (inventario e índice de los textos depositados), dos preciadas herramientas para los investigadores.

<sup>23</sup> Cfr. El célebre artículo de François Simiand, “Méthode historique et science sociale”, en **Revue de synthèse historique**, 1903, reproducido en **Annales ESC**, 1953-1, pp. 83-119.

<sup>24</sup> Émile Durkheim, **Les Règles de la méthode sociologique** (1895), reedición en París, PUF, colección “Quadrige”, 1981, pp. 102 et 109 (Varias traducciones al español).

<sup>25</sup> Ver Alain Corbin, “Histoire et subjectivités”, en Yves Michaud (dir.), **L'Université de tous les savoirs**, t. 2, **L'Histoire, la Sociologie et l'Anthropologie**, París, Odile Jacob, 2002, pp. 139-154.

<sup>26</sup> Para una definición reciente y sintética de esta noción dada por uno de sus principales (y primeros) iniciadores, ver Pascal Ory, “Qu'est-ce que l'histoire culturelle?”, en Yves Michaud, **L'Université de tous les savoirs**, op. cit., pp. 93-106.

<sup>27</sup> Claude Burgelin, “Écriture de soi, écriture de l'histoire: esquisses autour d'un conflit”, en Jean-François Chiantaretto (dir.), **Écriture de soi, écriture de l'histoire**, París, In Press, 1997, p. 105.

Aunque no agoten las prácticas historiadoras, los diversos trabajos que se han ocupado, a partir de archivos personales, de la exhumación e interpretación de las conductas individuales, vinieron a minar desde el interior la coherencia y el orden tradicional de “lo social” propio del historiador. Poniendo el énfasis sobre la subjetividad de los actores y la singularidad de las trayectorias, privilegiando la revelación de la desviación o del margen sobre la búsqueda de las regularidades, la multiplicidad de las experiencias sobre la racionalidad de las limitaciones, en síntesis, lo variable sobre lo modélico, han contribuido a reabrir un viejo debate, tomando el riesgo de hacer una historia cada vez más fragmentada, una simple yuxtaposición de itinerarios e individuos siempre percibidos como irreductibles. ¿Podríamos, tal vez, sostener que la sociedad no existe más que en aquel estallido, que su textura propia reside en ese encabestramiento de experiencias, de prácticas, de representaciones, todas diferentes y todas pertinentes? ¿Y que la tarea del historiador consiste, en consecuencia, en un paciente trabajo de desciframiento, de comprensión y de deconstrucción de los archivos de sí? Posición defendible pero que rebaja las ambiciones de la disciplina, que termina reducida a la impotencia por la abundancia de prácticas individuales tan densas que se vuelven imposibles de circunscribir.

Sin duda, más bien hay que reconocer, como nos invitan otras ciencias sociales y como lo proponen aquí varias contribuciones, que esta oposición entre lo individual y lo colectivo, entre el individuo y la sociedad, en resumidas cuentas no constituye más que una engañifa. En primer lugar porque, como lo señala Philippe Lejeune, el mundo de lo autobiográfico es raramente el de la singularidad. Por el contrario, el tipo de escritura o de palabra que conduce al archivo personal procede de un mandato de orden social. En efecto, el archivo personal está frecuentemente emparentado a una suerte de biografía colectiva, a una “historia de la vida social”, que señala la fusión de la individualidad dentro del grupo y participa activamente en el proceso de construcción de identidades, a la vez individuales y sociales. Pero sobre todo, como lo dicen aquí Daniel Fabre o Corinne Pelta, los archivos personales funcionan la mayoría de las veces en serie, en red, en *continuum*. Forman “comunidades textuales” cuyas configuraciones se revelan muy propicias a la expresión de la *socialité* del yo. Lejos de oponerse, el individuo y la sociedad emergen como dos abstracciones complementarias que se soportan mutuamente y funcionan dentro de una relación de validación recíproca. Sabemos hasta qué punto la conciencia de sí transita por los marcos sociales de la memoria y de la representación. A través de la observación y de la escritura de sí parecen difuminarse las fronteras convenidas entre lo íntimo y lo público, lo personal y lo social, en provecho de una suerte de yo colectivo donde las desviaciones y las singularidades solo toman en sentido cuando se las relaciona con un sistema de limitaciones y de normas. Y sin duda lo “real” emerge de esta articulación. A partir de situaciones (el crimen, el amor, la guerra) y de materiales diferentes (correspondencias, memorias, diarios íntimos, etc.), estas son las cuestiones que abordan la mayor parte de los materiales reunidos en este dossier.

La segunda serie de interrogantes concierne al régimen de cientificidad, y particularmente a los procedimientos de administración

de la prueba, que el recurso a este tipo de fuentes complica singularmente. No es que los archivos de sí sean necesariamente más engañosos que los otros, que pueden serlo otro tanto. La idea de que los procedimientos de autentificación, de verificación y de intersección no funcionan con la escritura de sí (o con el archivo oral) no parece defendible, y ya no es más el tiempo en que por esta razón Augusto Comte excluía la introspección de su clasificación positiva de las ciencias. No hay duda que los archivos íntimos no están al amparo de falsificaciones ni mitificaciones (ver el affaire Wilkomirski<sup>28</sup>) y que necesitan, como cualquier otra fuente, protocolos de peritaje y validación. Pero esto no basta para descalificarlos. En verdad, las dificultades provienen de otros obstáculos, que la mayor parte de las contribuciones de este dossier evocan a su manera. El primero proviene del estatuto adquirido en los últimos treinta años por la noción de testimonio.<sup>29</sup> Cuestionando las acepciones jurídicas del término, que diferencian radicalmente el testimonio de los acusados y de sus víctimas, el término ha llegado a designar toda palabra o relato que emana de los actores de la historia, y es proyectado a una suerte de dimensión absoluta, a la vez ética, social e histórica, que liga en un mismo movimiento el testimonio, el acontecimiento y su comprensión. De estos usos imperiosos, ni la historia ni la escritura de sí pueden salir victoriosos. Una segunda serie de dificultades nace del dominio de lo sensible, de los afectos, que recubren estos relatos o tomas de la palabra y que necesariamente desbordan el universo de las "fuentes" hacia el del historiador. Desentrañar estas emociones sin alterar su signo, respaldándose en ellas para comprender sus posibilidades y lo que contienen de conocimiento, puede aparecer como una delicada vía a seguir. Se articula allí estrechamente toda la cuestión de la escritura y el "yo" del investigador, cuyo lento avance frente al tradicional "nosotros" colectivo del científico señala la entrada progresiva del historiador a otro régimen de cientificidad, más próximo al del hermeneuta y el antropólogo, que al del demógrafo o el estadista. Para terminar, una última dificultad, sin duda la más compleja, reside en la diversidad de temporalidades inscritas en estas fuentes, en la imbricación de regímenes de historicidad donde los conflictos, ligados a los juegos de la memoria y el testimonio, constituyen otros tantos obstáculos a la comprensión. Desentrañar los múltiples relaciones temporales que se entretienen en estos textos, y luego en los usos que de ellos efectúa el historiador, constituye de hecho, a la manera de ciertos trabajos realizados en genética textual,<sup>30</sup> una de las principales tareas de la disciplina cuando se confronta con los archivos personales.

Seguramente podemos considerar que el pliego de condiciones de una historiografía de estas características es muy pesado y exi-

gente. Sin embargo, las ganancias nos parecen estar a la medida de las inversiones. Adosado a lo que constituye sin duda el corazón y la esencia misma de su práctica, a saber, una reflexión sobre las fuentes, su génesis, sus limitaciones y sus intenciones, el historiador puede esperar encontrar en estos archivos los medios de convocar juntos a los actores sociales y las estructuras que los contienen, de ligar y leer juntos sociedades y representaciones.

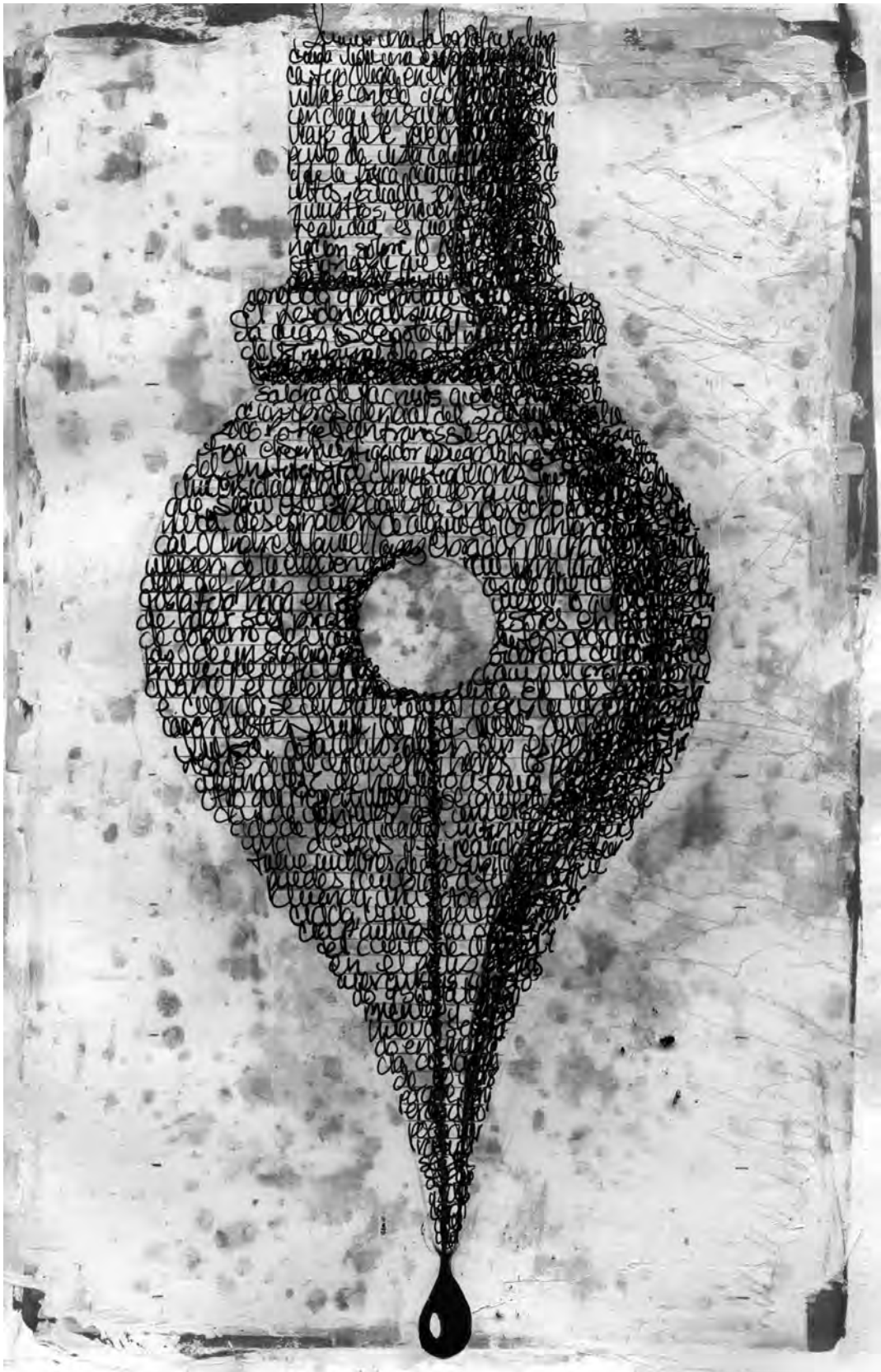
[L' "historien et les archives personnelles: Pas à pas", en **Sociétés & Représentations**, n° 13, 2002/1, Paris, pp. 7-15.

Traducido del francés por Adriana Petra]

<sup>28</sup> Sobre la génesis de este falso testimonio histórico ver Élena Lappin, **L'Homme qui avait deux têtes**, Paris, de L'Olivier, 2000.

<sup>29</sup> Sobre esta cuestión ver las dos importantes obras de Renaud Dulong, **Le Témoin oculaire. Les conditions sociales de l'attestation personnelle**, Paris, EHESS, 1998, y de Annette Wieviorka, **L'Ère du témoin**, Paris, Plon, 1999, ambos reseñados en esta entrega. Señalamos igualmente el reciente encuentro de Cerisy, **Témoignage et écriture de l'histoire** (dir. Jean-François Chiantaretto et Régine Robin, 21-31 juillet 2001), cuyas actas aparecerán próximamente.

<sup>30</sup> Ver por ejemplo el número "Autobiographies" (dirigido por Phippe Lejeune y Catherine Viollet) de la revista **Genesis. Manuscrits, Recherche, Invention. Revue internationale de critique génétique**, n° 16, 2001.



# Los diccionarios biográficos del movimiento obrero: análisis comparado de un género científico

Bruno Groppo\*

A partir de los años 1960, los estudios de biografía colectiva acerca del movimiento obrero tuvieron un importante desarrollo tanto en Francia como en otros países, dando lugar a la elaboración de varios diccionarios y bases de datos biográficos. El ejemplo del **Dictionnaire Biographique du Mouvement Ouvrier Français** (DBMOF)<sup>1</sup>, también conocido como “el Maitron” —en alusión a su mentor y iniciador Jean Maitron— es seguramente el más significativo de este género que ha alcanzado un completo estatuto científico y un modo original de abordar la historia de los movimientos sociales: tuvo un rol precursor, al tiempo que se convirtió en referencia insoslayable y fuente de inspiración de otros diccionarios biográficos. Debe destacarse, sin embargo, la existencia de un amplio movimiento esbozado a partir de los años 1960 y más aun en la década siguiente, en numerosos países.<sup>2</sup> Vinculados al dic-

cionario francés, cabe mencionar, por ejemplo, el diccionario británico en diez volúmenes dirigido por John Saville y James Bellamy,<sup>3</sup> el diccionario italiano en cinco volúmenes dirigido por Franco Andreucci y Tommaso Detti<sup>4</sup>, y otros que ha sido publicados o están en preparación en otros países como Bélgica<sup>5</sup>, Países Bajos<sup>6</sup>, España, Estados Unidos, Australia, Brasil<sup>7</sup>, en muchos casos con el propó-

\* Centre d'Histoire Sociale du XXe Siècle / CNRS / Université de Paris I Panthéon-Sorbonne

<sup>1</sup> **Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français** (DBMOF), dirigido por Jean Maitron y luego por Claude Pennetier, Paris, Editions ouvrières / Editions de l'Atelier, 1964-1997, 44 vol.

<sup>2</sup> En Francia, paralelamente al DBMOF, se publicaron nueve volúmenes de un Diccionario biográfico del movimiento obrero internacional. Estos fueron, en orden de aparición: **Autriche** (dirigido por Yvon Bourdet, Georges Haupt, Félix Kreissler y Herbert Steiner, Paris, Éditions ouvrières, 1971); **Grande-Bretagne** (dirigido por Joyce Bellamy, David Martin, John Saville, adaptación de François Bédarida, Éditions ouvrières, 2 vols: 1979 et 1986); **Japon** (dirigido por Shiota Shobei, Paris, Éditions ouvrières, 2 vols: A-L, 1978 y M-Z, 1979); **Chine** (dirigido por Lucien Bianco y Yves Chevrier, Paris, Éditions ouvrières y Presses de la FNSP, 1985); **Allemagne** (bajo la dirección de Jacques Droz, Paris, Éditions ouvrières, 1990); **Maroc** (dirigido por Albert Ayache, Paris, Éditions de l'Atelier, 1998); **Algérie: engagements sociaux et question nationale. De la colonisation à l'indépendance** (dirigido por René Gallissot, Paris, Éditions de l'Atelier, 2006). También pertenecen a esta colección los siguientes dos volúmenes: **Komintern, l'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l'Internationale communiste en France, en Belgique, au Luxembourg, en Suisse et à Moscou: 1919-1943** (dirigido por José Gotovitch y Mikhaïl Narinski, Paris, Editions de l'Atelier, 2001); **La Sociale en Amérique. Dictionnaire biographique du mouvement social francophone aux États-Unis, 1848-1922** (dirigido por Michel Cordillot, Paris, Éditions de l'Atelier, 2002). Asimismo, en el marco del Maitron, fueron publicados un diccionario departamental (**Figures militantes en Val-de-Marne 1870-1970**, dirigido por Claude Pennetier, Paris, Editions de l'Atelier, 2009) y diccionarios temáticos: **Gaziers-électriciens**, bajo la dirección de Michel Dreyfus, Paris, Editions de l'Atelier,

1996; **Cheminots et militants. Un siècle de syndicalisme ferroviaire**, bajo la dirección de Marie-Louise Goergen, Paris, Éditions de l'Atelier, 2003; CDrom **Dictionnaire biographique del SGEN (1937-1968)**, por Madeleine Singer, Paris, Éditions de l'Atelier; CDrom + dossier: **Cheminots engagés. 9 500 biographies en mémoire**, dirigido por Marie-Louise Goergen, Paris, Éditions de l'Atelier, 2007.

<sup>3</sup> John Saville y James Bellamy (ed.), **Dictionary of Labour Biography**, Londres, MacMillan, 1971-2000, 10 vol. El trabajo continúa, desde 2000, bajo la dirección de un nuevo equipo compuesto por David Howell, Neville Kirk y Keith Gildart. Tres nuevos volúmenes fueron publicados. A diferencia del Maitron, cada volumen del **DLB** contiene entradas que van de la A a la Z. En noviembre de 2001 el **Dictionary of Labour Biography**, en colaboración con el Communist Party Biographical Project de la Universidad de Manchester, organizó la conferencia “Labouring Lives”, en el marco de la Society for the Study of Labour History.

<sup>4</sup> Franco Andreucci y Tommaso Detti (dir.), **Il movimento operaio italiano. Dizionario biografico**, 5 vols., Rome, Editori Riuniti, 1975-1979. Puede citarse además Maurizio Antonioli et al., **Dizionario biografico degli anarchici italiani**, Pisa, BFS, 2003-2004, 2 vols. A nivel regional, ver por ejemplo, Roberto Giulianelli / Massimo Papini (dir.), **Dizionario biografico del movimento sindacale nelle Marche (1900-1970)**, Rome, Ediesse, 2006.

<sup>5</sup> **Dictionnaire biographique des militants du mouvement ouvrier en Belgique**. Tomo 1: A-B, Bruxelles, Editions Vie Ouvrière, 1995 (Collection “Histoire du mouvement ouvrier en Belgique” dirigida por Jean Neuville).

<sup>6</sup> **Biographical Dictionary of Socialism and the Labour Movement in the Netherlands (Biografisch Woordenboek van het Socialisme en de Arbeidersbeweging in Nederland, BWSA)**, ed. by Bob Reinalda et al., 9 vols., 1986-2003. Abarca el período 1848-1940 y posee más de 570 entradas. Se lo puede consultar on-line en el sitio del Institut International d'Histoire Sociale d'Amsterdam. En la actualidad, se está estudiando un proyecto destinado a actualizarlo y completarlo con nuevas biografías.

<sup>7</sup> En el caso de Estados Unidos, ver **Who's Who in Labor**. 1º ed. New York: Arno Press, 1976 (se trata sólo de biografías de personas que actuaron en los años 70); Fink, Gary M. et al., eds. **Biographical Dictionary of American Labor Leaders**. Westport, CT: Greenwood Press, 1974; Fink, Gary M., ed. **Biographical Dictionary of American Labor**. Westport, CT: Greenwood Press, 1984. En Australia, cf. **The Biographical Register of the Australian Labour Movement, 1788-1975**, a concluirse próximamente y publicado en papel y en CD-Rom, con más de 2.000 reseñas biográficas. Cfr. John Shields et Andrew Moore, “Collective Biography and Labour History: The Case of



sito de abarcar el conjunto del movimiento obrero europeo<sup>8</sup>; así es como ha nacido una verdadera “Internacional de los diccionarios”, para retomar el título de un número especial de 1994 de la revista *Matériaux pour l'histoire de notre temps* dedicado a esta problemática<sup>9</sup>. Se trata entonces de un fenómeno científico relevante, que ha movilizado hasta el presente, a un número importante de historiadores. En efecto, un diccionario biográfico de este tipo no puede resultar del trabajo aislado de una sola persona. Para llevarlo a cabo, se necesita la colaboración de muchos especialistas, que comparten no sólo un mismo interés por este campo de investigación sino determinadas líneas y métodos. De modo que la multiplicación de trabajos colectivos de este tipo da cuenta del desarrollo de una nueva sensibilidad histórica. El enfoque socio-biográfico inaugurado por el *Maitron* permitió superar la historiografía tradicional del movimiento obrero que estaba focalizada en las organizaciones, ideologías y dirigentes. Al interesarse por el rol de los militantes desconocidos, dio lugar, entre otras cosas, a la reconstrucción del perfil de las diferentes generaciones del movimiento obrero, sobre la base de los itinerarios individuales.

En este sentido, la perspectiva socio-biográfica no quedó relegada a la historia obrera y social sino que abarcó otros ámbitos más o menos vinculados al movimiento obrero. Ese fue el caso de varios diccionarios o enciclopedias dedicados a la izquierda en general<sup>10</sup> o a algunas de sus corrientes, a las mujeres (que habían quedado subrepresentadas en la mayoría de los diccionarios del movimiento obrero) o a grupos particulares (por ejemplo, los voluntarios de las brigadas internacionales de España). Una parte de las biografías que figuran en estos libros también aparece en los diccionarios biográficos del movimiento obrero, cuando se trata de personas que militaron en varios movimientos. Con respecto a las mujeres, puede mencionarse entre otros, la enciclopedia dirigida por Paula Hyman y Deborah Dash sobre las mujeres judías en Estados Unidos, que incluye también numerosas biografías de otras militantes del movimiento obrero<sup>11</sup>, el diccionario de las mujeres belgas<sup>12</sup>, o el de las mujeres franco-masonas de España.<sup>13</sup> Por su

parte, Benjamin Stora compiló un diccionario biográfico de los militantes nacionalistas argelinos<sup>14</sup>. En cuanto al diccionario biográfico de la emigración de habla alemana durante la dictadura nazi, significó un trabajo socio-biográfico de enorme alcance. En él figuran numerosos militantes de los movimientos obreros alemán y austriaco<sup>15</sup>. Por último, quisiera mencionar, como un ejemplo de este enfoque socio-biográfico, aunque no se trate de un diccionario biográfico en sentido estricto, el trabajo de Michael Wildt sobre los cuadros del Reichssicherheitshauptamt (RSHA), el principal organismo represivo del régimen nazi de 1939 a 1945.<sup>16</sup>

Si bien no es exhaustiva, esta enumeración muestra claramente que la perspectiva socio-biográfica se ha verdaderamente generalizado durante las últimas décadas, en el marco de un interés cada vez mayor por el individuo, la biografía, la microhistoria, la historia de la vida cotidiana. Más allá de esto, restringiré mi análisis a los diccionarios biográficos del movimiento obrero y a aquellos referidos al movimiento comunista considerado como una de las corrientes del movimiento obrero. En este ámbito, tal como ya lo he observado, el *Maitron* inauguró una línea que luego fue continuada por otros diccionarios: el interés dejó de centrarse exclusivamente en la dirigencia y las figuras salientes del movimiento obrero, para extenderse a los militantes de base y a los responsables intermedios, actores más o menos conocidos de este movimiento.<sup>17</sup> Esta atención puesta en las figuras menos conocidas constituye una característica específica de los diccionarios del movimiento obrero.

La mayoría de los diccionarios adoptó un marco nacional, que se consideró como el más apropiado para estudiar el movimiento. Esto se corresponde con la perspectiva que generalmente tomó hasta hace poco la historiografía del movimiento obrero. Algunos llegaron incluso a elegir un marco geográfico más restringido, como fue el caso del diccionario del movimiento obrero catalán<sup>18</sup>, el del movimiento obrero escosés<sup>19</sup>, o aquel dedicado al movimiento obrero de Río de Janeiro<sup>20</sup>. Son pocos los casos en que se optó de entrada por un marco internacional, como el ya citado de Aldo Agosti, o los diccionarios sobre los cuadros del Comintern, al que me referiré más adelante, o el diccionario internacional de

<sup>8</sup> The Biographical Register of the Australian Labour Movement, 1788-1975" (History in Australian and New Zealand Business Schools: The Proceedings of the First AAHANZBS Conference, The University of Sydney, 14-15 December 2009 / edited by Greg Patmore).

<sup>8</sup> Cfr. Thomas Lane (ed.), *Biographical Dictionary of European Labor Leaders*, 2 vol., Westport (Connecticut), Greenwood Press, 1995. Esta publicación de 1204 páginas contiene aproximadamente 1500 biografías.

<sup>9</sup> *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n° 34, 1994. Número especial "L'Internationale des dictionnaires".

<sup>10</sup> Aldo Agosti (dir.), *Enciclopedia della sinistra europea nel XX secolo*, Rome, Editori Riuniti, 2000; Mari Jo Buhle, Paul Buhle, and Dan Georgakas (dir.), *Encyclopedia of the American Left*, 2° ed., New York, Oxford University Press, 1998; Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda"*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

<sup>11</sup> Por ejemplo Hyman, Paula E. and Moore, Deborah Dash, eds., *Jewish Women in America: An Historical Encyclopedia*. 2 vols. New York: Routledge, 1997. El segundo volumen incluye biografías de mujeres que fueron activas militantes del movimiento obrero.

<sup>12</sup> *Dictionnaire des femmes belges, XIXe et XXe siècles*, dirigido por Eliane Gubin, Catherine Jacques, Valérie Piette y Jean Puissant; con la colaboración de Marie-Sylvie Dupont-Bouchat y Jean-Pierre Nandrin, Bruxelles, Racine, [2006], 637 pp.

<sup>13</sup> Natividad Ortiz Albear (dir.), *Mujeres masonas en España. Diccionario biográfico (1868-1939)*, Santa Cruz de Tenerife [etc.], Escuadra y Compás, 2007, 469 pp.

<sup>14</sup> Benjamin Stora, *Dictionnaire biographique de militants nationalistes algériens, 1926-1954*, Paris, L'Harmattan, 1985.

<sup>15</sup> *Biographisches Handbuch der deutschsprachigen Emigration nach 1933-1945 / International Biographical Dictionary of Central European Emigrés 1933-1945*, Werner Röder, Herbert A. Strauss (dir.), München-New York-London-Paris, K.G. Saur, 1980.

<sup>16</sup> Michael Wildt, *Generation des Unbedingten. Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburg, Hamburger Edition, 2002.

<sup>17</sup> Cabe observar que ciertos dirigentes del movimiento obrero que tuvieron un rol importante en la vida social y/o política de su país, también figuran en diccionarios biográficos nacionales de sus respectivos países.

<sup>18</sup> *Diccionari biogràfic del moviment obrer als Països catalans*, coordinado por María Teresa Martínez de Sans (siglo XIX) y Pelai Pagès Blanch (siglo XX), Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2000, 1482 pp. El marco incluye tanto la Cataluña española como Valencia y las Baleares.

<sup>19</sup> Knox, William, ed. *Scottish Labour Leaders, 1918-39: A Biographical Dictionary*, Edinburgh, Mainstream Publishing, 1984.

<sup>20</sup> Claudio Batalha (dir.), *Dicionário do movimento operário - Rio de Janeiro do século XIX aos anos 1920 - militantes e organizações*, 2. vols., Sao Paulo, Fundação Perseu Abramo, 2009.

los militantes anarquistas<sup>21</sup>. Es evidente que la elección del ámbito nacional responde a exigencias prácticas, pero no deja de implicar ciertas limitaciones: principalmente porque condiciona el examen de los militantes, al no otorgar la atención que merecerían la naturaleza internacional del movimiento obrero, las influencias recíprocas o las transferencias culturales. Por el contrario, el libro de Michel Cordillot **La Sociale en Amérique**<sup>22</sup>, cuyo subtítulo es “Diccionario del movimiento social francófono en Estados Unidos”, revela la pertinencia de considerar estos aspectos, especialmente en lo referido a los problemas en torno a las migraciones. Esta cuestión fue destacada en varias oportunidades por Georges Haupt, a propósito de la difusión del socialismo<sup>23</sup>. Entre los estudios socio-biográficos sobre el movimiento obrero, Francia ocupa una posición particular en la medida en que, en la línea abierta por el **Maitron**, también se realizaron y publicaron diccionarios biográficos dedicados a los movimientos obreros de otros países, tanto dentro como fuera de Europa. Esto da cuenta no sólo del interés por la historia de estos movimientos sino también de una toma conciencia acerca de la importancia de considerar la dimensión internacional del movimiento obrero.

Una de las principales características de los diccionarios biográficos aparecidos a partir de los años 1960 son el respeto de criterios científicos y el hecho de haber sido coordinados y realizados por historiadores profesionales. Las simpatías militantes que podían estar presentes en la mayoría de los autores no redundaron, en términos generales, en una escritura hagiográfica ni discriminatoria. Este giro hacia una historia científica, aunque impulsaba por un ánimo militante, se esbozó a comienzos de los años 1960 en una particular coyuntura política e intelectual. El interés por una perspectiva socio-biográfica está vinculado, en gran medida, a los cambios producidos en aquel momento en torno a la *labour history*, con el pasaje de una historiografía institucional político-ideológica, a una historia social y cultural de los trabajadores y del mundo del trabajo, en especial por influencia de los historiadores marxistas ingleses Edward Thompson y Eric Hobsbawm. Esta transición se vio acompañada por una profesionalización de la disciplina, que comenzó a adquirir reconocimiento y legitimidad académica. La coyuntura histórica incidió fuertemente sobre estos cambios. En muchos países, los años 1960 y 1970 estuvieron marcados por un gran interés acerca de la historia de los trabajadores y sus movimientos como lo muestra, por ejemplo, la multiplicación de revistas aparecidas sobre estos temas. En el plano político, al debilitarse la influencia del estalinismo y de la ortodoxia soviética, surge una nueva izquierda que emprende una relectura de la historia del movimiento obrero. Pese a la aparición de nuevos dogmatismos y ortodoxias, se abre un nuevo espacio intelectual y político que vuelve posible una mirada crítica sobre el pasado y el presente del

movimiento obrero y del socialismo. Se deja atrás el tiempo de las biografías “ejemplares”, de la hagiografía, de la “vida de los santos” del proletariado. En el ámbito historiográfico, los partidos comunistas perdieron la capacidad de poseer el monopolio de la interpretación de su propia historia, como consecuencia de la conmoción interna producida por la desestalinización. En términos generales, puede decirse que se cerraba una época y se iniciaba otra, tanto a nivel político como historiográfico. En este contexto fue que muchos historiadores comenzaron a orientarse hacia la sociobiografía y a emprender proyectos colectivos que derivaron en la preparación de varios diccionarios biográficos sobre el movimiento obrero. Por entonces, tomaron conciencia acerca de la deficiencia de los instrumentos de que disponían para estudiar la historia obrera y a la vez de la necesidad de orientarse no sólo hacia las grandes figuras del pasado sino también hacia los militantes ocultos y la historia “desde abajo”. Así, un reflejo de aquellos tiempos puede verse en el coloquio sobre “el militante obrero” organizado por el Instituto Francés de Historia Social en 1960.<sup>24</sup> En Francia, fue decisiva la actuación de Jean Maitron, en tanto consiguió convencer y poner a trabajar conjuntamente a historiadores con convicciones políticas muy diferentes y, en algunos casos, opuestas. Lo hizo además en una época en que las divisiones ideológicas eran aún más fuertes. Es posible que fuera el único capaz de lograr esta suerte de milagro, gracias a su calidez y a su pasado.

Los diccionarios biográficos del movimiento obrero iniciados a partir de los años 1960 no eran, en sí mismos una novedad absoluta; existían antecedentes en Francia y en otros países. En Francia, los doce volúmenes de la **Encyclopédie socialiste, syndicale et coopérative de l'Internationale ouvrière**, publicada de 1912 a 1921 por Adéodat Compère-Morel, ya contenían reseñas biográficas. O también el **Grand dictionnaire socialiste** del mismo autor, editado en 1924,<sup>25</sup> el **Dictionnaire du socialisme** de Charles Vérecque, publicado en 1911, y la **Encyclopédie anarchiste**, de 1934 dirigida por Sébastien Faure. Estas iniciativas habían surgido en el seno de las distintas corrientes socialistas y anarquistas de la época. En Estados Unidos, puede mencionarse un **Who is who** del movimiento obrero editado en 1925, aunque sólo incluía a las figuras más salientes<sup>26</sup>; otro **Who is who**, que comprendía también a Canadá, salió en 1946.<sup>27</sup> Resulta interesante observar que a comienzos de los años 1930, la Internacional Obrera Socialista tenía el proyecto de elaborar una “Diccionario (*Handbuch*) del socialismo y el movimiento obrero” con una gran cantidad de biografías. Sin embargo, el proyecto fue abandonado en 1933 luego de la llegada de Hitler al poder y de la destrucción del movimiento obrero alemán.<sup>28</sup>

<sup>21</sup> **Dictionnaire international des militants anarchistes**, sólo disponible en internet (<http://militants-anarchistes.info/>).

<sup>22</sup> Michel Cordillot, **La Sociale en Amérique. Dictionnaire biographique du mouvement social francophone aux Etats-Unis 1848-1922**, Paris, Editions de l'Atelier, 2002.

<sup>23</sup> Georges Haupt, **L'historien et le mouvement social**, Paris, La Découverte, 1980, *passim*. Ver también el número especial de **Le Mouvement social** dedicado a Georges Haupt (n° 111, abril-junio de 1980).

<sup>24</sup> Publicado después en **Le Mouvement social**, n° 33-34, octubre 1960-marzo 1961.

<sup>25</sup> El título completo es **Grand dictionnaire socialiste du mouvement politique et économique national et international**, Paris, Publications Sociales, 1924.

<sup>26</sup> De Leon, Solon, **The American Labor: Who's Who (for the Labor Movement)**, New York City, Hanford Press, 1925.

<sup>27</sup> **Who's Who in Labor: The Authorized Biographies of the Men and Women Who Lead Labor in the United States and Canada**, New York, Dryden Press, 1946. Otro libro de este tipo fue publicado en 1976 (**Who's Who in Labor**, 1° ed. New York: Arno Press, 1976).

<sup>28</sup> Cfr. el plan del libro en los archivos de la IOS, en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. (SAI-Archiv 340 Plan 'Handbuch des

Las publicaciones mencionadas se ubicaban en una perspectiva muy distinta de la del **Maitron**. Contienen información útil, bastante fragmentaria, y limitada, por lo general, a las personalidades más conocidas. Frente a éstas, los diccionarios de los años 1960 significaron una verdadera innovación al plantear nuevas preguntas metodológicas y epistemológicas. El trabajo sociobiográfico se vio acompañado por la realización de coloquios y seminarios, muchos de los cuales fueron organizados en torno al **Maitron**. Más allá de Francia, pueden recordarse el seminario internacional sobre los diccionarios biográficos del movimiento obrero organizado en 1984 en Milán por la Fundación Brodolini y la Fundación Feltrinelli<sup>29</sup>; el coloquio organizado en 2005 en Linz por la International Conference of Labour and Social History<sup>30</sup>; el taller "Vidas obreras: historia del trabajo y autobiografía / Working Lives: Labour History and Autobiography" desarrollado en el XXe Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Sidney, en 2005. Asimismo, otros coloquios específicos estuvieron dedicados a la sociobiografía de los militantes comunistas.

Considero especialmente significativas dos experiencias de biografía colectiva, realizadas en Alemania y Brasil respectivamente, y distintas entre sí. En Alemania Federal, el abordaje de la historia del movimiento obrero desde la biografía colectiva fue desarrollado principalmente desde fines de los años 1970 en el Zentrum für Historische Sozialforschung (Centro de investigación social histórica) de la Universidad de Colonia, por iniciativa del profesor Wilhelm Heinz Schröder, quien se ocupó principalmente de los militantes social-demócratas anteriores a 1933. Entre los trabajos de Schröder figuran un diccionario biográfico de los diputados y candidatos socialdemócratas al Parlamento del Reich (Reichstag) entre 1898 y 1918,<sup>31</sup> y una importante base de datos denominada BIOSOP dedicada a los parlamentarios socialdemócratas del Reichstag y de los parlamentos regionales (Landtage) de 1867 a 1933.<sup>32</sup> En ambos casos, Schröder investigó un sector bien recortado —los parlamentarios nacionales y regionales— de la Social Democracia, la principal corriente del movimiento obrero alemán de aquella época. No se trata, en sentido estricto, de un diccionario biográfico de la Socialdemocracia alemana ni del movimiento obrero alemán en su conjunto, sino exclusivamente de un segmento de aquel conjunto. Al elegir un corpus estrictamente delimitado, Schröder fue capaz de realizar un relevamiento exhaustivo, tarea obviamente imposible de llevar a cabo en el caso de los diccionarios biográficos generales del movimiento obrero. El trabajo de Schröder da cuenta del itinerario

profesional y político, de la formación y características sociológicas de un conjunto de militantes y cuadros que pertenecieron fundamentalmente a la principal corriente del movimiento obrero alemán. Las reseñas biográficas de la base BIOSOP se presentan en forma de fichas, ofreciendo así la posibilidad de realizar investigaciones cruzadas.

El diccionario biográfico del movimiento obrero de Río de Janeiro dirigido por Claudio Batalha,<sup>33</sup> uno de los principales especialistas brasileños en *labour history*, es un diccionario clásico, inspirado en el **Maitron**. En él se relevan no sólo a los militantes sino también a numerosas organizaciones obreras aparecidas en Río entre 1830 y 1930. Este trabajo es el resultado de un largo proceso iniciado en los años 1980 en París, adonde Claudio Batalha realizaba su doctorado y cursaba el seminario de Robert Paris en la EHESS. Allí colaboró con el proyecto de este investigador de realizar un diccionario biográfico del movimiento obrero en América Latina.<sup>34</sup> De regreso en Brasil, comenzó a trabajar en un proyecto de diccionario brasileño, que fue discutido durante un encuentro con alrededor de doce historiadores interesados en el tema, en el congreso nacional de la Asociación de Profesores Universitarios de Historia (ANPUH) de 1997. A raíz de esas discusiones, en el Estado de Rio Grande do Sul, unos historiadores comenzaron a construir bajo la coordinación de Silvia Petersen, una base de datos biográficos de los militantes de dicho Estado.

El proyecto de diccionario conoció un nuevo impulso en 2000, con la creación, en el seno de la ANPUH, de un grupo de trabajo sobre historia obrera y social denominado "Mundos del Trabajo". El diccionario coordinado por Batalha es el primer resultado de la actividad de esta red. Luego fueron apareciendo otros diccionarios. El de Rio Grande do Sul ya está concluido y debería publicarse en breve.<sup>35</sup> Otros dos diccionarios, del Estado de Minas Gerais y del Estado de Sao Pablo<sup>36</sup> se encuentran en proceso de realización. De este modo, el proyecto de diccionario brasileño ha dado lugar, por el momento, a diccionarios "regionales". En efecto, los historiadores brasileños consideraron que ésa era la vía más apropiada debido a las dimensiones cuasi continentales de su país, que torna difícil la realización de un programa sociobiográfico a nivel nacional. La otra razón, como ha explicado Claudio Batalha, es que desde sus comienzos, el movimiento obrero brasileño se desarrolló sobre la base de organizaciones locales y no alcanzó a cobrar un carácter verdaderamente nacional.<sup>37</sup> En cuanto a la elección de las biografías, el criterio adoptado ha sido el de una historia desde abajo: de los militantes poco conocidos pero que dejaron su huella en la historia del mundo del trabajo en Río. Muchas reseñas biográficas dan cuenta del importante rol que tuvieron, en el caso de Brasil, los trabajadores y militantes emigrados desde Europa. Este rasgo ha sido objeto de

Sozialismus und der Arbeiterbewegung', 41 Bl.).

<sup>29</sup> Publicado en Felicia Giagnotti (dir.), **Storie individuali e movimenti collettivi. I dizionari biografici del movimento operaio**, Milan, Angeli, 1988.

<sup>30</sup> Bruno Groppo y Berthold Unfried (dir.), **Gesichter in der Menge. Kollektivbiographische Forschungen zur Geschichte der Arbeiterbewegung / Mouvement ouvrier, biographie collective, prosopographie**, Viena, Akademische Verlagsanstalt, 2006.

<sup>31</sup> Wilhelm Heinz Schröder, **Sozialdemokratische Reichstagsabgeordnete und Reichstagskandidaten 1898-1918. Biographisch-statistisches Handbuch**, Düsseldorf, 1986.

<sup>32</sup> Wilhelm Heinz Schröder, **Sozialdemokratische Parlamentarier in den deutschen Reichs- und Landtagen 1867-1933**, Düsseldorf, 1995. La base de datos BIOSOP puede consultarse directamente en internet en el sitio web de dicho Centro en la Universidad de Colonia (biosop.zhsf.uni-koeln.de) o en el de la Fundación Friedrich Ebert (www.fes.de/hfz/arbeiterbewegung/Members/schochr/biosop-online).

<sup>33</sup> Claudio Batalha (dir.), **Dicionário do movimento operário - Rio de Janeiro do século XIX aos anos 1920 - militantes e organizações**, op. cit.

<sup>34</sup> Ver Robert Paris, "Biografias e 'Perfil' do Movimento Operário—Algumas reflexões em torno de um dicionário", **Revista brasileira de história**, número spécial "Biografia, biografias", vol. 17, n° 33, 1997, pp. 9-31.

<sup>35</sup> Información fue brindada al autor por Silvia Peterson y Benito Bisso Schmidt.

<sup>36</sup> Este último está coordinado por Luigi Biondi.

<sup>37</sup> Claudio Batalha, "Labour Biography and Labour Biographical Dictionaries in Brazil", ponencia presentada en el Congreso Mundial de Ciencias Históricas (Sidney 2005).

varios estudios, en particular sobre los italianos, como el de Regina Horta Duarte sobre el anarquista italiano Avelino Foscolo<sup>38</sup>, el de Carlo Romani sobre otro anarquista italiano, Oreste Ristori<sup>39</sup>, o finalmente, el de Edilene Toledo sobre los sindicalistas revolucionarios italianos en Sao Paulo<sup>40</sup>.

El proyecto de un diccionario biográfico latinoamericano, en el que tanto trabajó Robert Paris, ha quedado inconcluso. Lo mismo sucedió con el proyecto de diccionario biográfico del movimiento obrero argentino al que se abocaron Edgardo Bilsky y Ricardo Falcon. Sin embargo, se está discutiendo en la actualidad un proyecto de diccionario biográfico de la izquierda latinoamericana entre historiadores provenientes de distintos países latinoamericanos (Horacio Tarcus, Olga Ulianova, Gerardo Caetano, Ricardo Melgar Bao, Fernando Texeira da Silva).

### Biografías colectivas de militantes y cuadros comunistas: una etapa preliminar

Las biografías colectivas sobre el movimiento y los regímenes comunistas presentan algunas especificidades, vinculadas al estatus particular que tenían la biografía y la autobiografía, dentro de los partidos y de los sistemas políticos comunistas. Puesto que el comunismo ha sido una corriente del movimiento obrero y de la izquierda, una cierta parte de sus militantes figuran ya en los diccionarios biográficos del movimiento obrero y de la izquierda antes mencionados. Existen sin embargo biografías colectivas dedicadas específicamente a los militantes y cuadros comunistas, a las que nos dedicamos en este apartado. Me resulta imposible detenerme aquí en la problemática general de la biografía y del control biográfico dentro del movimiento y de los regímenes comunistas, sobre la que existen numerosos trabajos de Claude Pénnetier, Bernard Pudal, Brigitte Studer, Berthold Unfried, entre otros investigadores<sup>41</sup>. Me limitaré a mencionar la doble naturaleza del comunismo en el siglo XX: por un lado, un movimiento político y social, por el otro, un régimen político fundado en el monopolio del poder por parte del partido comunista.

Desde el punto de vista de la biografía colectiva, la coexistencia de ambos aspectos a lo largo de la historia comunista del siglo XX plantea diversos problemas. Por ejemplo, la cuestión de establecer si los burócratas en el poder dentro de los regímenes comunistas deben figurar en un diccionario del movimiento obrero, y en qué medida. Una pregunta similar se plantea respecto de los dirigentes sindicales estrechamente sometidos al Estado, como

sucedía en los sistemas de tipo soviético: ¿deben ser considerados como sindicalistas en el mismo sentido que los representantes de sindicatos independientes? Finalmente, ¿A qué nos referimos con el término de “movimiento obrero” en los sistemas políticos comunistas, que eliminaron la independencia y autonomía de las organizaciones de trabajadores?

En la Unión Soviética, el **Diccionario enciclopédico soviético Granat** publicó de 1927 a 1929, al cumplirse el décimo aniversario de la Revolución de Octubre, una serie de biografías autorizadas referidas a personalidades bolcheviques. Fueron redactadas entre 1924 y 1925 (o sea antes de la victoria de Stalin sobre los demás aspirantes a la sucesión de Lenin y de la eliminación de toda oposición en el interior del partido).<sup>42</sup> Como ha observado Georges Haupt<sup>43</sup>, dichas biografías dan cuenta de una gran diversidad ideológica y política en la vieja guardia bolchevique y pueden ser consideradas como el primer esbozo de biografía colectiva de los dirigentes del partido dominante. A medida que se fue consolidando el estalinismo, tanto en la Unión Soviética como en el interior del movimiento comunista, las publicaciones de ese tipo se volvieron imposibles de realizar puesto que para el sistema estalinista los dirigentes que caían en desgracia, eran excluidos del partido o directamente víctimas de la represión, se convertían en “no-personas”; no se podía mencionar sus nombres, excepto en los cargos acusatorios y sentencias condenatorias dictadas por los tribunales soviéticos durante los juicios políticos de amplia difusión (en particular los “Procesos de Moscú” de 1936-1938, que aniquilaron a la vieja guardia bolchevique). La práctica soviética de convertir en “no personas” y de condenar al olvido a los comunistas *caídos en desgracia*, disidentes o heréticos también se institucionalizó en el resto de los partidos comunistas “estalinizados”. Lo mismo ocurrió con otras prácticas también surgidas de la experiencia soviética, como las sesiones de autocritica,<sup>44</sup> la confesión pública sobre los “desvíos” cometidos, e incluso los juicios políticos.<sup>45</sup>

El comunismo en el poder publicó muy tardíamente diccionarios biográficos<sup>46</sup>. Estos fueron redactados por “colectivos de historiadores” de los Institutos Marxistas-Leninistas —la institución a cargo de la historia y la memoria “oficiales” en los regímenes comunistas— ellos obedecían a los criterios políticos tanto en la selección de nombres como en la escritura de las reseñas. Dado que los partidos comunistas pretendían ser los únicos representantes auténticos del movimiento obrero y del socialismo, “Movimiento obrero” pasó a ser sinónimo de “movimiento comunista” y, más

<sup>38</sup> Regina Horta Duarte, **A imagem rebelde. A trajetória libertária de Avelino Foscolo**, Campinas: Pontes/Editora da UNICAMP, 1991.

<sup>39</sup> Carlo Romani, **Oreste Ristori: uma aventura anarquista**, São Paulo: FAPESP/Annablume, 2002.

<sup>40</sup> Edilene Toledo, **Travessias revolucionárias: Idéias e militantes sindicalistas em São Paulo e na Itália (1890-1945)**, Campinas: Editora da UNICAMP, 2004.

<sup>41</sup> Brigitte Studer, Berthold Unfried, **Der stalinistische Parteikader**, Köln/Wien, Böhlau, 2001; Brigitte Studer, Berthold Unfried, Irène Herrmann (dir.), **Parler de soi sous Staline. La construction identitaire dans le communisme des années Trente**, Paris, Editions de la MSH, 2002; Berthold Unfried, **“Ich bekenne” : katholische Beichte und sowjetische Selbstkritik**, Frankfurt/M., Campus, 2006; Claude Pénnetier et Bernard Pudal (dir.), **Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste**, Paris, Belin, 2002; Sheila Fitzpatrick, **Le stalinisme au quotidien. La Russie soviétique dans les années 30**, Paris, Flammarion, 2002; Id., **Tear Off The Masks: Identity and Imposition in Twentieth-Century Russia**, Princeton, Princeton University Press, 2005.

<sup>42</sup> Enciclopedia Granat, **Deiateli SSSR y Oktiabr'skoi Revoliutsii**, Moscú, 1927-1929. Cfr. la traducción al francés en Georges Haupt, Jean-Jacques Marie, **Les Bolchéviques par eux-mêmes**, Paris, Maspéro, 1969. Ver también el análisis de esas biografías que realizó Werner Mosse, “Makers of the Soviet Union”, **Slavonic and East European Review**, London, n° 46, 1968, pp. 141-154.

<sup>43</sup> G. Haupt, J.-J. Marie, *op. cit.*, p. 19.

<sup>44</sup> C. Pénnetier y B. Pudal (dir.), **Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste**, *op. cit.*; Berthold Unfried, “L'autocritique dans les milieux cominterniens des années 1930”, en C. Pénnetier et B. Pudal, *op. cit.*, pp. 43-62; Id., “Parler de soi au parti. L'autocritique dans les milieux du Komintern en URSS dans les années trente”, en B. Studer, B. Unfried, I. Herrmann (dir.), **Parler de soi sous Staline**, *op. cit.*, pp. 147 y ss.; B. Unfried, **“Ich bekenne”**, *op. cit.*

<sup>45</sup> Se realizaron “Juicios de Moscú” después de 1945 en varios países comunistas de Europa del Este (el Juicio Rajk en Hungría, el Juicio Kostov en Bulgaria, el Juicio Slansky en Checoslovaquia). Algo semejante se produjo en Francia con el “caso” Marty-Tillon y en Italia con el “caso” Cucchi-Magnani.

<sup>46</sup> Ver por ejemplo, en la República Democrática Alemana, el Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, **Geschichte der deutschen**





precisamente, del partido comunista y sus precursores. Sobre la base de estos criterios, quedaba excluida la mayoría de las figuras que habían pertenecido a otras corrientes, no comunistas, del movimiento obrero. La selección de las personalidades comunistas dignas de aparecer en el diccionario oficial concebido de este modo también planteaba varios problemas, debido a los constantes retoques que recibía la "historia oficial", en función de las necesidades políticas de la hora: figuras que en un momento habían sido celebradas, más adelante podían haberse alejado de la línea partidaria, de modo tal que resultaba inadmisibles que aparecieran en un diccionario biográfico junto a los "verdaderos" comunistas. Uno de los problemas más delicados, surgido con la denuncia de los crímenes de Stalin en el XX Congreso del PCUS de 1956, fue el de la enorme cantidad de comunistas extranjeros que habían sido víctimas de la represión estalinista durante los años 1930 en la Unión Soviética. Ese fue el caso del Partido Comunista alemán, que tuvo cientos de militantes y cuadros militantes ejecutados por la policía soviética o condenados al Gulag; o del Partido Comunista polaco cuya mayoría de cuadros dirigentes se encontraba en la Unión soviética tras haber sido disuelto el partido por decisión de Stalin, y fueron aniquilados en ese país. Incluir a estos nombres en un diccionario biográfico significaba reconocer que ni el partido comunista ni la Unión Soviética tenían siempre razón. Al mismo tiempo, resultaba difícil dejar de mencionar a aquellos que en un momento dado habían cumplido un rol decisivo en la historia del Partido, y que siempre se habían mantenido dentro de la línea partidaria. Un ejemplo interesante respecto de estos dilemas es el del **Biographisches Lexikon** de 1970 de Alemania Oriental, que incluyó por primera vez las biografías de diez dirigentes comunistas alemanes, víctimas de la represión en la Unión Soviética, mencionando que eran inocentes. Resulta fácil suponer que no se trató de una decisión improvisada sino muy discutida previamente, y a la que se había concedido el *imprimatur* desde las altas esferas. Sin embargo, después de su publicación, el volumen fue retirado de circulación y recién volvió a aparecer en las librerías diez años después.<sup>47</sup> Así, mientras el partido persistiera en su voluntad de ejercer el monopolio sobre la verdad histórica, la elaboración de cualquier diccionario biográfico podía resultar peligrosa desde el punto de vista político, de modo que resultaba incierta la suerte de este tipo de libros.

En el marco general del comunismo, los historiadores interesados en la biografía se focalizaron principalmente en el Comintern, es decir en las primeras décadas del movimiento. La primera investigación de carácter científico sobre la dimensión biográfico del Comintern fue la del **Biographical Dictionary of the Comintern**, publicado por Branko Lazitch con la colaboración de Milorad Drachkovitch en 1973, en una época en que los archivos de dicha organización se encontraban rigurosamente cerrados. Este constaba de 718 biografías de cuadros comunistas con un rol importante en el seno de la organización.<sup>48</sup> En el mismo período, el enfoque sociobiográfico se fue consolidando en el campo académico como

**Arbeiterbewegung. Biographisches Lexikon**, Dietz, Berlin, 1970; en Checoslovaquia, **Priručni Slovník k Dejčinám KSČ** [A Concise Dictionary of the History of the CPCŠ], Praga, Nakl. politické literatury SNPL, 1964.

<sup>47</sup> H. Weber, "Weisse Flecken" in der Geschichte, *op. cit.*, Berlin 1990, pp. 45-47. Figuran en el mismo volumen, por primera vez, los nombres de ex dirigentes comunistas caídos en desgracia como Paul Levi, Heinrich Brandler, Ruth Fischer, entre otros.

<sup>48</sup> Branko Lazitch, Milorad Drachkovitch, **Biographical Dictionary of the**

un método original de la historia social, especialmente en la *labour history*.<sup>49</sup> Otro giro decisivo para las investigaciones sobre el comunismo se produjo con la apertura de los archivos de Moscú, y en particular los del Comintern, con el fin de la Unión Soviética en 1991.

## Tras la apertura de los archivos de Moscú

Entre la inmensa cantidad de documentos del Comintern que resultaron accesibles a partir de los años 1990, se encontraba una fuente especialmente interesante desde el punto de vista socio biográfico: los archivos habían conservado las biografías o cuestionarios ("anketi") biográficos de cuadros y militantes comunistas del mundo entero. En efecto, desde los años 1920, una particularidad del movimiento comunista fue la exigencia de que los militantes y cuadros escribieran breves autobiografías dirigidas al Partido (conocidas, en la jerga del Partido Comunista Francés, como "bios") o completaran cuestionarios biográficos detallados en los que debían describir su itinerario político, entorno familiar, nivel de estudios y profesión ejercida, funciones dentro del partido, etc. Muchos de estos documentos biográficos fueron conservados en el archivo del Comintern: al volverse parcialmente accesibles con la apertura de este archivo, significaron una fuente valiosísima para los historiadores que abordaban un enfoque sociobiográfico, como así también para sociólogos y antropólogos. Antes de la apertura de los archivos, los historiadores interesados en la sociobiografía contaban con tres tipos de fuentes: en primer lugar, las biografías y autobiografías "oficiales" de dirigentes comunistas<sup>50</sup>, escritas en una lógica hagiográfica y de legitimación política y construcción identitaria; en segundo lugar, los relatos autobiográficos de ex comunistas, que responden por lo general al registro de la confesión (de errores o ilusiones pasadas) y procuran saldar cuentas con el partido y los antiguos camaradas;<sup>51</sup> finalmente, los documentos conservados en archivos policiales.<sup>52</sup> A ellos se agregaban en menos casos, ciertas biografías "atípicas" como por ejemplo la biografía de Stalin escrita por Boris Suvarin<sup>53</sup> o las de Trotsky y Stalin por Isaac Deutscher<sup>54</sup>. Pero

**Comintern**, Stanford, Hoover Institution Press, 1973, 458 pp. En 1986 apareció una nueva edición, revisada y aumentada, esta vez con 753 biografías.

<sup>49</sup> Alexander Gallus, "Biographie und Zeitgeschichte", **Aus Politik und Zeitgeschichte**, (Bonn) 2005, n° 1-2, pp. 40-46.

<sup>50</sup> Un caso típico es el de la autobiografía del dirigente comunista francés Maurice Thorez, **Fils du peuple**, publicada en 1937. Ver Claude Penetier, Bernard Pudal, "Les autobiographies des 'fils du peuple'. De l'autobiographie édifiante à l'autobiographie auto-analytique", in Claude Penetier, Bernard Pudal, *op. cit.*, pp. 217-246; Bruno Groppo, "Entre autobiographie et histoire. Les récits autobiographiques de communistes italiens publiés après 1945", in Claude Penetier, Bernard Pudal, *op. cit.*, pp. 247-265.

<sup>51</sup> Las autobiografías de ex comunistas constituyen un género literario en sí mismo. Ver Ernst-August Roloff, **Ex-Kommunisten. Abtrünnige des Weltkommunismus. Ihr Leben und ihr Bruch mit der Partei in Selbstdarstellungen**, Mainz, 1968; Hermann Kühn, **Bruch mit dem Kommunismus. Über autobiographische Schriften von Ex-Kommunisten im geteilten Deutschland**, Münster, 1990.

<sup>52</sup> En el caso italiano están, por ejemplo, los expedientes del Casellario Politico Centrale (Fichero Político Central, en el Archivio Generale dello Stato), que fueron meticulosamente establecidos por el régimen fascista con el propósito de vigilar y reprimir a sus adversarios políticos en Italia y en el exterior.

<sup>53</sup> Boris Souvarine, **Staline. Aperçu historique du bolchevisme**, Paris, Plon, 1935.

<sup>54</sup> Isaac Deutscher, **Trotsky I. Le prophète armé, 1879-1921**, Paris, Éd. Omnibus, 1996 (1° éd.: 1954); Id., **Trotsky II. Le prophète désarmé, 1921-1929**, Paris, Éd. Omnibus, 1996 (1° éd.: 1959); Id., **Trotsky III. Le prophète hors-la-loi, 1929-1940**, Paris, Éd. 10-18, 1998 (1° éd.: 1963); Id., **Staline**, Paris, Gallimard, 1973 (1° éd.: 1949).

en todos los casos, faltaba un elemento clave: la posibilidad de acceder directamente a los archivos de los partidos comunistas y del Comintern. Durante años, la característica obsesión por el secreto propia del movimiento comunista junto a la inaccesibilidad de los documentos obstaculizaron el avance de las investigaciones sobre el comunismo.

La apertura de los archivos de los partidos comunistas en los países ex comunistas de Europa Central y Oriental después de 1989, y más aun, la de los archivos rusos con el fin de la Unión Soviética, modificaron profundamente la situación y perspectivas de investigación en torno al comunismo. Por primera vez, los documentos internos del Comintern y demás organizaciones comunistas se volvían accesibles a los investigadores, quienes podían entonces reconstruir la historia del movimiento comunista sobre la base de fuentes originales. De este modo, llegaba a su fin la práctica del secreto que durante tantos años había estado asociada a los archivos del comunismo y a las relaciones de los partidos comunistas respecto de su propia historia.

Los cambios ocurridos en los archivos de Rusia se insertaron en el proceso general de apertura de archivos en los demás países ex comunistas de Europa Central y Oriental.<sup>55</sup> Al mismo tiempo, varios partidos comunistas occidentales, algunos de los cuales habían comenzado a abrir parcialmente sus archivos antes de 1989, eliminaron los últimos obstáculos existentes respecto del acceso a los documentos. Así, decidieron darlos en custodia a instituciones públicas (archivos nacionales o departamentales) o a fundaciones, con el propósito de que estuvieran a disposición del público. En Alemania se produjo una situación paradójica: luego de la reunificación, los archivos de la ex RDA y, entre ellos, los del Partido Comunista, estuvieron inmediatamente disponibles desde 1989. Por el contrario, en la parte occidental, siguió vigente el plazo de 30 años requerido para poder acceder a los documentos de la historia contemporánea. Con todo, el destino final de los archivos comunistas significó una vuelta de página definitiva a esa parte de la historia.

No es mi intención ofrecer aquí un balance de las repercusiones que tuvo la “revolución de los archivos” sobre la historiografía del comunismo en general. Me limitaré a evaluar las que están vinculadas a la problemática sociobiográfica.

En primer lugar, debe observarse que la apertura de los archivos rusos no fue completa. Algunas partes, consideradas políticamente delicadas, han permanecido cerradas. Otras fueron abiertas durante algunos años y luego vueltas a cerrar. En el caso de los expedientes individuales de militantes comunistas conservados en los archivos del Comintern, sólo existió una apertura parcial, puesto que contienen documentos sobre la vida privada y, en tanto tales,

están sujetos a las restricciones de protección de la vida privada. Los investigadores pudieron tener acceso a una parte de los documentos incluidos en dichos legajos y específicamente a los cuestionarios biográficos y a las autobiografías del Partido. Este acceso se implementó, por lo general, a través de convenios de cooperación científica entre, por un lado, el RGASPI (Archivos del Estado Ruso de Historia Social y Política) y los historiadores rusos, y por el otro, los historiadores occidentales. Tres proyectos permitieron avanzar considerablemente sobre el conocimiento biográfico de los comunistas que cumplieron roles dentro del Comintern. El más ambicioso estuvo a cargo de la Universidad de Hannover, bajo la dirección de Michael Buckmiller y Klaus Meschkat, y culminó en la creación de una base de datos como así también en la publicación de un volumen titulado “**Manual [o Diccionario] biográfico sobre la historia del Comintern**”.<sup>56</sup> Un segundo proyecto, más restringido, fue dedicado a los cuadros de habla francesa en el Comintern, y realizado por un equipo de historiadores franceses, belgas, suizos, luxemburgueses y rusos (Claude Penetier, Serge Wolikow, Michel Dreyfus, José Gotovitch, Brigitte Studer, Peter Huber, Henri Wehenkel, Mikhaïl Narinski) en el marco del Centre d’Histoire Sociale du XXe Siècle (Université Paris I / CNRS), en asociación con el Centre d’Histoire et de Sociologie des Gauches (Université Libre de Bruxelles), el Centre de Recherches d’Histoire Contemporaine (Université de Dijon), y el RGASPI de Moscú.<sup>57</sup> La tercera iniciativa, vinculada al proyecto biográfico de Hannover, dio lugar a un diccionario biográfico publicado en español, sobre el Comintern y América Latina, que fue realizado por dos historiadores rusos (Lazar Jeifets y Victor Jeifets) y un historiador suizo, Peter Huber<sup>58</sup>.

Los tres diccionarios coinciden, en primer lugar, en su objeto de estudio: el Comintern y por lo tanto, las primeras décadas del movimiento comunista. Tal coincidencia no es producto del azar, puesto que fue sobre ese período que se encontraron en Moscú la mayor cantidad de datos. Además, ese período corresponde al momento en que, dentro del movimiento comunista y conforme a un nuevo tipo de militante y de cuadros fomentado por los bolcheviques, se formaron numerosos dirigentes cuyo rol fue decisivo dentro de los partidos comunistas, aun después de la disolución del Comintern. Finalmente, se trata del período en que el comunismo llegó a tener la mayor homogeneidad. Después de

<sup>55</sup> Se trató de un complejo proceso puesto que fue necesario, entre otras cuestiones, decidir sobre el futuro estatuto de los archivos de los partidos comunistas que acababan de ser desplazados del poder, y a la vez, en un plano más general, sobre todos los archivos en custodia de los Institutos de Marxismo-Leninismo, también condenados a desaparecer. Resulta aquí imposible dar cuenta de este aspecto más en profundidad, por eso me limitaré a señalar que, en general, los archivos de los partidos comunistas fueron transferidos, bajo distintas modalidades, a los archivos nacionales de los respectivos países. Otro aspecto del problema se planteó frente a los archivos de las diversas policías políticas del período comunista.

<sup>56</sup> Michael Buckmiller, Klaus Meshkat (dir.), **Biographisches Handbuch zur Geschichte der Kommunistischen Internationale**, Berlin, Akademie Verlag, 2007, 484 p. La base de datos se presenta en formato de CD-Rom. El libro contiene las actas de un coloquio realizado en 2005 en la Universidad de Hannover al concluirse el proyecto de investigación.

<sup>57</sup> José Gotovitch y Mikhaïl Narinski (dir.), **Komintern: l’histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l’Internationale communiste en France, en Belgique, au Luxembourg, en Suisse et à Moscou (1919-1943)**, Paris, Editions de l’Atelier, 2001, 604 p.

<sup>58</sup> Lazar Jeifets, Victor Jeifets, Peter Huber, **La Internacional comunista y America Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico**, Moscou/Génève, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las ciencias/Institut pour l’histoire du communisme, 2004. En la base de este diccionario, figura un libro publicado en ruso por Lazar y Victor Jeifets, titulado “América Latina en la órbita del Comintern. Ensayo de diccionario biográfico” (Lazar Jeifets, Victor Jeifets, **Latinskaia Amerika v orbite kominterna. Opyt biograficheskogo slovara**, Mosscou, 2000). El diccionario de Jeifets y Huber contiene 900 biografías de comunistas latinoamericanos o vinculados a América Latina (por ejemplo en calidad de emisarios del Comintern). Pese a cierta ausencia de datos, el libro resulta particularmente útil dada la carencia anterior en el tema. El trabajo fue realizado en el marco del “Proyecto de investigación biográfica sobre el Comintern” desarrollado por el Instituto de Ciencia Política y Sociología de la Universidad de Hannover, dirigido por Michael Buckmiller et Klaus Meshkat.

1945, en efecto, se produce una primera fragmentación del movimiento, producto de la escisión de Yugoslavia, y luego, fundamentalmente, la escisión china (y albanesa), que terminará dividiéndolo de un modo irreversible.

La segunda característica que comparten estas iniciativas está dada por el hecho de que fueron realizadas en colaboración con historiadores y archivistas rusos que trabajaban en el marco del RGASPI, el heredero del Instituto de Marxismo-Leninismo y de sus archivos entre los cuales figuraba el del Comintern. Esa colaboración entre especialistas occidentales y rusos, y motivada por preocupaciones científicas antes que políticas, era impensable en tiempos de la guerra fría y habría sido imposible de realizar antes de que se abrieran los archivos.

Por último, cabe destacar que las tres iniciativas confluyen en algunos aspectos. Los miembros del Comintern de habla francesa y los de América Latina (o que realizaron tareas en ese continente) ya figuraban, en teoría, en la base de datos de Hannover; asimismo, miembros del Comintern francoparlantes como el suizo Jules Humbert-Droz estuvieron estrechamente ligados a cuestiones relativas a América Latina, por lo cual también figuran en el diccionario latinoamericano.

El proyecto germano-ruso de Michael Buckmiller y Klaus Meschkat se había propuesto realizar, en base a los archivos de Moscú y otras fuentes disponibles, un registro lo más exhaustivo posible de los comunistas que habían cumplido un rol de cualquier tipo dentro del Comintern. Eso tuvo como resultado un conjunto de 28.626 nombres registrados y de 15.815 biografías; se trata del más importante, desde el punto de vista de sus dimensiones, realizado hasta el momento. Entre los nombres presentes en esa base de datos, 6.000 eran completamente desconocidos antes de este trabajo. Los datos no se presentan en forma de relato biográfico sino de fichas elaboradas sobre un mismo modelo. Cada una tiene seis secciones en las que figuran todo tipo de datos sobre el militante en cuestión. En una de ellas, se indica si existe un legajo personal del militante en los archivos de Moscú, como así también las referencias de los documentos de archivos utilizados. Esta base de datos no está disponible en papel sino sólo en CD-Rom y en idioma alemán. La publicación que acompaña el CD-Rom contiene las actas de un coloquio internacional realizado en 2004 en la Universidad de Hannover al concluirse el proyecto. Esta incluye las ponencias presentadas durante el coloquio por los principales colaboradores alemanes y rusos del proyecto, como así también por otros especialistas (José Gotovitch, Felx Tych, Hermann Weber). Esta publicación resulta interesante tanto en términos metodológicos como por las reflexiones planteadas en torno a la problemática de la biografía colectiva, y por la información aportada por los archivistas rusos sobre diversos aspectos del archivo del Comintern. El proyecto autobiográfico se inspiró en los trabajos de biografía colectiva realizados en la Universidad de Colonia bajo la dirección del profesor Schröder, en particular del BIOSOP, mencionado más arriba<sup>59</sup>.

<sup>59</sup> Lamentablemente, la base de datos de Hannover, a diferencia de BIOSOP, no está disponible on-line.

El diccionario biográfico sobre el Comintern y América Latina publicado en 2004, en español, por Peter Huber, Lazar JEIFETS y Victor JEIFETS<sup>60</sup>, fue realizado en gran parte en el marco del proyecto biográfico de Hannover en el que los autores colaboraron. En el año 2000 ya había aparecido en Moscú una primera versión en ruso, sólo a cargo de Lazar JEIFETS, titulada "América Latina en la órbita del Comintern. Ensayo de diccionario biográfico"<sup>61</sup>. El diccionario de 2004 contiene 900 reseñas biográficas de comunistas latinoamericanos o relacionados con América Latina (como por ejemplo los emisarios del Comintern). Están presentadas en base a una enumeración de datos fácticos (etapas del itinerario político, funciones ejercidas, etc.), lo que torna áspera la lectura. Pese a esta limitación, y también a algunos errores o imprecisiones —inevitables en este tipo de trabajos—, el libro viene a suplir una carencia y constituye el punto de partida para futuras investigaciones más completas. La dimensión biográfica del comunismo en América Latina ha sido estudiada hasta el momento en forma fragmentaria. Se trata de una difícil y compleja tarea por la carencia de documentos y la precariedad de los archivos del movimiento comunista en la mayoría de los países latinoamericanos. Más allá de esto, últimamente han aparecido valiosas publicaciones para un enfoque biográfico del comunismo latinoamericano. Es el caso, por ejemplo, del diccionario biográfico de la izquierda argentina publicado en 2007 bajo la dirección de Horacio Tarcus<sup>62</sup>. Este trabajo pionero —que se inspira en el **Maitron**— abarca un período de más de un siglo, de 1870 a 1976, y está dedicado sólo en parte a los comunistas, a los que dedica sin embargo un centenar de biografías, a menudo muy detalladas, sobre un total de 500. El interés que tienen estas biografías comunistas va incluso más allá del ámbito argentino puesto que muchas de ellas (por ejemplo, la de Victorio Codovilla, los hermanos Rodolfo y Oreste Ghioldi, o Carlos Dujobne, etc.) contienen datos sobre el funcionamiento de las redes comunistas a nivel latinoamericano, y también sobre las relaciones que existieron entre los distintos partidos comunistas de la región.

El proyecto sobre los miembros del Comintern de habla francesa se planteó un objetivo más restringido que el de Hannover: se trataba de relevar a cuadros y militantes de habla francesa que habían cumplido un rol activo en el interior del Comintern. De este modo, estaba dirigido principalmente a Francia, Bélgica, Suiza y Luxemburgo<sup>63</sup>. Este proyecto, que también fue realizado en colaboración con especialistas rusos, se inscribió en la línea del **Maitron**, puesto que varios de sus responsables venían trabajando desde hacía tiempo en él. Es más, los volúmenes del **Maitron** relativos al período 1914-1939 también abarcan el comunismo en tanto corriente del movimiento obrero francés<sup>64</sup>. El diccionario biográfico de los miembros del Comintern de habla francesa nació de una red informal de investigadores interesados por incluir

<sup>60</sup> JEIFETS Lazar; JEIFETS Victor, Peter Huber, **La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico**, Moscou/Génève, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las ciencias/Institut pour l'histoire du communisme, 2004.

<sup>61</sup> JEIFETS Lazar; JEIFETS Victor, **Latinskaia Amerika v orbite kominterna**, op. cit.

<sup>62</sup> Horacio Tarcus (dir.), **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)**, Buenos Aires, Emecé, 2007.

<sup>63</sup> Sobre el nacimiento y desarrollo de este proyecto, ver José Gotovitch, "Zum biographischen Wörterbuch der Kommunistischen Internationale für die französischsprachenden Länder", en M. Buckmiller, K. Meshkat, op. cit., pp. 101-110.

<sup>64</sup> **DBMOF. Quatrième partie : 1914-1939. De la Première à la Seconde guerre mondiale**, dirigido por Jean Maitron y Claude Penneier, vol. 16-43, Paris, 1981.

un enfoque sociobiográfico en la historia del movimiento obrero y del comunismo, que ya venían trabajando juntos. Siendo franceses, belgas, suizos, luxemburgueses, todos tenían en común una misma lengua, y fue precisamente este rasgo que los llevó a delimitar el proyecto. Este grupo tenía contactos regulares con historiadores y archivistas rusos (Mikhail Narinski, Michel Panteleiev, Marina Smolina), lo que dio lugar finalmente a la elaboración del diccionario. El libro presenta al comienzo una historia del Comintern a cargo de Serge Wolikow, y presenta luego cerca de 500 biografías, redactadas en base al modelo del *Maitron*: se trata de verdaderas historias de vida, detalladas, rigurosamente documentadas y claramente presentadas<sup>65</sup>. Como escribe Claude Pennetier en la presentación, este libro, al que describe como “un ensayo de biografía colectiva”,

“permite descubrir detrás de la imagen rígida del kominterniano, aventurero y al mismo tiempo agente disciplinado, la vida de los actores de la Internacional Comunista en sus distintos períodos. Después de los iniciadores, que en ocasiones fueron desplazados por la propia evolución de la Internacional, vino una generación bolchevique formada en las Escuelas leninistas, encuadrada, “verificada”, disciplinada que forjará las direcciones de los partidos nacionales, no sin dificultades, y exaltarán a la vez al “hombre nuevo” (...) Los kominternianos eran ante todo los actores de la vida de las instancias internacionales (congresos, plenarios), como así también eran los emisarios políticos y técnicos en las distintas secciones, o responsables de distintas reparticiones en la sede del Comintern. Lo secundario se fue convirtiendo en lo principal. Al presentar a estos quinientos itinerarios, esperamos que esto lleve a una relectura de la dimensión internacional del comunismo en tiempos del bolchevismo y del estalinismo”<sup>66</sup>.

Ciertos trabajos recientes de biografía colectiva están dedicados más específicamente a algunos partidos comunistas. El más destacable es, en mi opinión, el diccionario biográfico de los comunistas alemanes publicado en 2004 por Hermann Weber y Andreas Herbst, que abarca el período 1918-1945<sup>67</sup>. Este libro es el resultado de una larga serie de trabajos en los cuales Hermann Weber, el mayor especialista en el comunismo alemán, había explorado también la dimensión biográfica de ese movimiento. Su estudio sobre el comunismo alemán durante la República de Weimar, publicado en 1969<sup>68</sup>, que desde entonces se ha convertido en libro de referencia, contenía más de 500 biografías de cuadros comunistas alemanes, escritas a partir de las informaciones disponibles en aquel

momento. Las biografías no se limitaban al período de la República de Weimar (1919-1933), sino que tenían en cuenta la trayectoria política posterior de estos cuadros, durante la dictadura nacional-socialista y después de 1945. En 1989 Weber publicó otro libro sobre los comunistas alemanes víctimas de la represión estalinista<sup>69</sup>. Contenía breves biografías de aproximadamente 400 comunistas alemanes que habían muerto en las cárceles o campos soviéticos o incluso, en algunos casos, en Alemania, al haber sido entregados por la URSS a la Gestapo durante el pacto germano-soviético. La apertura de los archivos comunistas de la ex República Democrática Alemana tras la reunificación, como la de los archivos del Comintern con el fin de la URSS, le permitieron a Hermann Weber ampliar y profundizar, en colaboración con Andreas Herbst, las investigaciones biográficas sobre los comunistas alemanes, dando lugar a lo que verdaderamente puede llamarse una biografía colectiva de los comunistas alemanes hasta 1945.

Este libro, editado en 2004 y reeditado en 2008, contiene las biografías de 1400 cuadros comunistas con responsabilidades en el seno del KPD y otras organizaciones de masas entre 1918 y 1945. No existe, hasta donde yo sé, ningún otro trabajo de semejante amplitud, que esté dedicado a otros partidos comunistas. Puede señalarse al menos, dentro del ámbito sociobiográfico, las investigaciones de Kevin Morgan sobre los comunistas británicos<sup>70</sup>; los trabajos realizados en distintos países sobre los voluntarios de las brigadas internacionales durante la Guerra Civil española<sup>71</sup>, o aquellos dedicados a los diversos exiliados políticos en el movimiento obrero, etc.<sup>72</sup> Todos estos trabajos tuvieron lugar en un contexto académico y cultural favorable al desarrollo del método sociobiográfico.

[Ponencia presentada en el coloquio

“La sociobiographie des militants: autour des chantiers du *Maitron*”, París, 7-8 de diciembre de 2010).

Traducción del francés de Margarita Merbilháa]

1993. La cuarta parte del DBMOF se escribió antes de la apertura de los archivos de Moscú. Cuando éstos se abrieron, se pudieron agregar nuevos nombres que figuran en la nueva edición del *Maitron* en formato de CD-Rom.

<sup>65</sup> El libro Serge Wolikow *L'Internationale communiste (1919-1943). Le Komintern ou le rêve déchu du parti mondial de la révolution* (Paris, Editions de l'Atelier, 2010) contiene un CD-rom con todas esas biografías y otras más.

<sup>66</sup> Claude Pennetier, “Présentation”, in *Komintern; l'histoire et les homes*, op. cit., p. 8.

<sup>67</sup> Hermann Weber, Andreas Herbst, *Deutsche Kommunisten. Biographisches Handbuch 1918 bis 1945*, Berlin, Dietz, 2004. Se publicó una nueva edición aumentada y revisada, en 2008.

<sup>68</sup> Hermann Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus; die Stalinisierung der KPD in der Weimarer Republik* Frankfurt am Main, Europäische Verlagsanstalt, 1969, 2 vols.

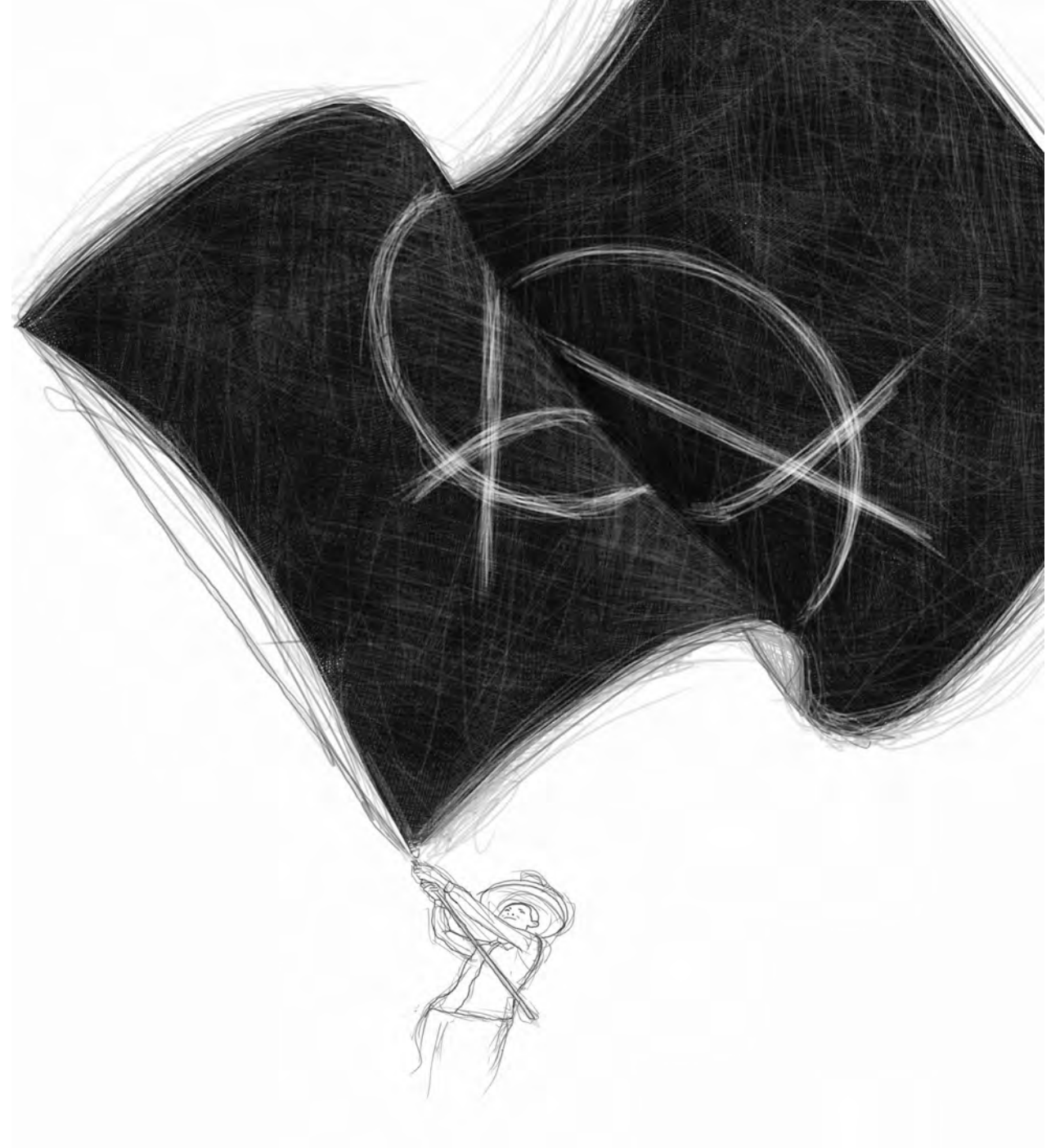
<sup>69</sup> Hermann Weber, *Weisse Flecken in der Geschichte. Die KPD-Opfer der stalinischen Säuberungen und ihre Rehabilitierung*, Frankfurt am Main, ISP-Verlag, 1989. Una nueva edición ampliada se publicó al año siguiente en Berlín, en la editorial Christoph Links. En 1998 Weber dirigió, junto a Ulrich Mählert, un grueso volumen sobre las purgas estalinistas: ver Hermann WEBER / Ulrich Mählert (dir.), *Terror: Stalinistische Parteisauberungen 1936-1953*, Schöningh, Paderborn, 1998 (nueva edición ampliada en 2001). Sobre el destino trágico de la mayoría de los comunistas alemanes refugiados en la URSS ver también Reinhard Müller, *Menschenfalle Moskau. Exil und stalinistische Verfolgung*, Hamburg, Hamburger Edition HIS Verlag, 2001. (El libro contiene también una lista de las víctimas, con reseñas biográficas).

<sup>70</sup> Kevin Morgan, Gidon Cohen and Andrew Flynn, *Communists in British Society 1921-1991*, London, Rivers Oram Press, 2006; KEVIN MORGAN and Alan Campbell (ed.), *Party People. Communist Lives*, London, Lawrence & Wishart, 2001.

<sup>71</sup> Rémi Skoutelsky, *L'espoir guidait leurs pas. Les volontaires français dans les brigades internationales 1936-1939*, Paris, Grasset, 1998; Alexander Bill, *British Volunteers for Liberty: Spain 1936-1939*, London, 1982; Hans Landauer in Zusammenarbeit mit Erich Hack, *Lexikon der österreichischen Spanienkämpfer 1936-1939*, Wien, 2003; Henri Wehenkel, *D'Espagnekämpfer. Volontaires de la guerre d'Espagne partis du Luxembourg*, Dudelange, 1997; Ulmi Nic et Peter Huber, *Les combattants Suisses en Espagne républicaine (1936-1939)*, Lausanne, Verlag Antipodes, 2001; Gino Gerold Baumann, *Los voluntarios latinoamericanos en la guerra civil española*, San José de Costa Rica, Editorial Guayacán, 1997.

<sup>72</sup> Ver también los ensayos compilados en Bruno Groppo und Berthold Unfried (dir.), *Gesichter in der Menge*. op. cit.





# Las publicaciones periódicas libertarias argentinas en el acervo del CeDInCI: “una hemerografía local esmerada”

Lucas Domínguez

## Introducción

Con el fin de confeccionar una herramienta útil para futuras investigaciones, la hemerografía que aquí se presenta se propone contribuir a ordenar y sistematizar el conocimiento hasta ahora reunido sobre algunos aspectos de la existencia de las publicaciones periódicas argentinas de tendencia anarquista. A partir de un relevamiento atento del material detallado y de la información que brindan las investigaciones y catálogos que se han publicado en los últimos años, suministramos una base bibliográfica que incluye tanto diarios, periódicos, revistas y boletines como algunas circulares, dos series de folletos y un almanaque.

Por un lado, se trata de un conjunto de publicaciones periódicas que fueron adquiridas mediante donaciones, canjes y compras durante los catorce años de existencia del CeDInCI y que se encuentran abiertas a la consulta en su formato original. A éstas se les suma una gran parte de los periódicos microfilmados pertenecientes a la sección argentina del International Institute of Social History (IISH) de Ámsterdam, también disponibles en el CeDInCI. Respecto a la procedencia de estos últimos, en su mayoría los periódicos latinoamericanos presentes en el Instituto de Ámsterdam provienen de la voluminosa colección de Max Nettlau (1865-1944), quien ya en 1927 da cuenta de la gran cantidad de material que disponía gracias a los envíos y canjes que le llegaban. Pero, además, la sección argentina de dicho instituto se vio ampliamente enriquecida cuando en la década del '80 fue a parar allí una gran parte de la biblioteca, hemeroteca y archivo de Diego Abad de Santillán (1897-1983). También, en menor medida, mediante el trabajo de microfilmación realizado en Ámsterdam nos llegan ejemplares de publicaciones argentinas que pertenecieron a Luigi Fabbri (1877-1935), a Luce Fabbri (1908-2000), y, sólo unas pocas, a Ugo Treni (o Ugo Fedeli) (1898-1964).

Gracias a la conjunción de estas colecciones contamos con periódicos que dan cuenta del gran espectro de intervenciones sociales en las que intermitentemente se vio involucrado el anarquismo argentino. En primer lugar, partimos de nombrar un numeroso conjunto de publicaciones iniciáticas en lengua extranjera como **La Questione Sociale**, **La Liberté**, **Le Cyclone**, **La Riscossa** y **L'Agitatore**, y otras que también surgen desde una determinada comunidad lingüística editándose en italiano, francés, ruso o idish hasta bien entrado el siglo XX (**Anarchija**, **La Voz Libertaria**, **Dos Fraie Vort** y **Golos Truda**). También con columnas en varios idiomas, afortunadamente quedaron constituidas colecciones muy completas de las primeras publicaciones que lograron estabilidad y marcaron los lineamientos y discusiones iniciales dentro del campo anarquista, nos referimos a: **El Perseguido**, en primer lugar, y a **El Oprimido**, **L'Avennire** y **La Protesta**. Posicionándose en contra estas tres últimas publicaciones, también han quedado bien representados periódicos de línea antiorganizadora como **El Rebelde**, **Estudios**, **L'Agitatore**, **La Expansión Individual** y **La Libre Iniciativa**. En cuanto a las revistas literarias y/o científicas presentes en esta bibliografía, podemos nombrar **Ciencia Social**, **El Sol**, **Martín Fierro**, **Los Nuevos Caminos**, **Germen**, **Ideas y Figuras**, **Ideas**, **Estudios** y **La campana**. Entre ellas también incluimos una revista sobre criminología positivista que no es propiamente anarquista, ya que, aunque fue dirigida por Pietro Gori, en **Criminología Moderna** conviven autores que bogan desde la elite por sofisticar el control social desde un proyecto liberal de nación.

A su vez, algunas de las temáticas y preocupaciones características del campo anarquista tuvieron además un desarrollo particular en publicaciones específicas sobre determinadas cuestiones como el antimilitarismo (**¡Rebelión!**, **Antimilitarista**, **Bandera Negra**), la educación (**Francisco Ferrer**, **La Escuela Popular**, **Renovación**), el anticlericalismo (**El Azote**, **El Burro**, **El Peludo**), los presos políticos (**El Preso Social**, **Sacco y Vanzetti**, **Agitación**, **Justicia!**) y el librepensamiento (**Libre Examen**, **Verdad!**, **Amor y libertad**). Asimismo contamos con dos periódicos realizados

\* CeDInCI/UNSAM — FFyL/UBA



por mujeres desde el campo ácrata (**La Voz de la Mujer y Nuestra Tribuna**) y una serie de revistas estudiantiles de fines de la década del '10 y principios del '20 de claro carácter anarquista como **Clarín, Alborada e Insurrexit**.

Dentro de la prensa específicamente obrera, incluimos tanto aquellas publicaciones gremiales que antes de cualquier organización obrera citan y reproducen textos de autores ácratas (entre ellas: **La Acracia y El Obrero Albañil**), como aquellas pertenecientes a agrupaciones relacionadas con la Federación Obrera Regional Argentina (**La Acción Obrera, El Albañil, Bandera Negra y El Carpintero y Aserrador**, entre otras). Pero también incluimos publicaciones como **La Acción Obrera** o **La Batalla Sindicalista** que, si bien toman autores comunes al anarquismo, se enmarcan en un sindicalismo revolucionario que evita especialmente autodenominarse anarquista. Así tenemos aquí representados periódicos del sindicalismo revolucionario ligados a la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA) (**Boletín de la CORA y La Confederación**) o a la FORA del IX Congreso. Del mismo modo se han incluido publicaciones de la vertiente anarcobolchevique y anarcosindicalista que se abre con **El Comunista, El Trabajo y Bandera Roja** y pugnan por formar parte de la organización de la Unión Sindical Argentina (USA) (**Unión Sindical, Bandera proletaria**), así como las publicaciones periódicas que sostenían los gremios adheridos a la USA (**Acción obrera, El Constructor Naval, El Obrero del Mueble, El Obrero Ebanista**). Además resaltamos la presencia de una importante colección de periódicos obreros del interior del país mucho menos estudiados que se centran en problemas campesinos y de los trabajadores del campo como **Avance, Pampa Libre, Tierra Libre, El Coya, La voz del campesino y La Batalla**.

Para finalizar, como último eje temático a destacar, encontramos las distintas publicaciones del movimiento anarquista argentino en apoyo a la CNT – FAI durante la Guerra Civil española (**España Proa al Futuro!!, Ayuda al Pueblo Español, La Nueva España, Boletín de información interno del Comité Anarquista de Defensa y Ayuda a la CNT y FAI y Documentos Históricos de España**).

Si bien en comparación con otros movimientos políticos, al menos en Argentina, el anarquismo ha constituido un foco de interés para un número importante de investigaciones, sus respectivos recortes temporales, temáticos y geográficos han dejado fuera tanto gran parte de la actividad posterior a la década de 1910 como aquella llevada a cabo en las provincias del interior del país. De este modo los registros bibliográficos de las publicaciones a las que se le han dado mayor importancia cuentan con bastante información y precisiones, mientras que otras entradas han quedado comparativamente incompletas. Confiamos en que presentar este catálogo bibliográfico en el país en el que surgieron las publicaciones consignadas sirva para impulsar y nutrir nuevos estudios e investigaciones.

### Algunas indicaciones

Como recién se dijo, en muchos casos se trata de publicaciones apenas nombradas por las investigaciones hasta ahora realizadas,

y que no sólo tuvieron corta vida, sino que además se cuenta con escasos números disponibles de donde obtener datos de edición. Se ha intentado recopilar la mayor cantidad de información bibliográfica posible, dando cuenta de la modificación de sus formatos y subtítulos, sus colaboradores habituales, su lugar de edición, y sus responsables, así como las épocas que tuvieron, los momentos de clausura o cierre que sufrieron y la periodicidad de la publicación cuando aparece explícita en la portada, aunque luego no se haya respetado. Así y todo, muchos de estos datos se presentan de modo hipotético por carecer de fuentes de información que permitan asegurarlo, y en dichos casos la información está consignada entre corchetes. Por ejemplo, se han cerrado entre corchetes las fechas límite de las publicaciones cuando no hay noticia de que hayan aparecido más números de los que se conocen. Por los mismos motivos, sólo en algunos casos es posible diferenciar a los participantes y colaboradores habituales de una determinada publicación de aquellos que sólo extraordinariamente conceden la publicación de un texto propio, o de aquellos de los que se publican textos sin autorización. De manera que en la mayoría de los casos se ha optado simplemente por nombrar a los autores de los textos, columnas, poemas, cuentos o crónicas que aparecen reproducidos en las páginas de determinado periódico. Al respecto, se han aclarado además los seudónimos que conocemos. Por último, la presencia del símbolo "" junto al nombre de una publicación periódica indica una referencia interna a otro periódico que tiene entrada en esta misma bibliografía.

### Fuentes: Investigaciones, estudios y catálogos

-Abad de Santillán, Diego, **El movimiento anarquista en la Argentina (desde sus comienzos hasta 1910)**, Buenos Aires, Argonauta, 1930.

-Biblioteca pública Arús, **Catàleg de revistes**, Barcelona, [1985].

-Cúneo, Dardo, **El periodismo de la disidencia social (1858-1900)**, Buenos Aires, CEAL, 1994.

—, **El primer periodismo obrero y socialista en la Argentina**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1945.

-De Groor, P.L., "A survey of Latin American materials: The international Instituut voor Sociale Geschiedenis in Amsterdam", **Latin American research review**, n° 2, 1977.

-Doeswijk, Andreas J., **Entre camaleones y cristalizados: los anarcobolcheviques rioplatenses, 1917-1930**, [Tesis de Doctorado sin editar], Campinas, 1998.

-Geli, Patricio, "El Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam. Modelo para armar", **Entrepasados. Revista de Historia**, n° 10, 1996, pp. 163-168.

-Gordon, Eric; HALL, Michael; Spalding, Hobart A., "A survey of Brazilian and Argentine materials at the Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis in Amsterdam", **Latin American Research Review**, n° 3, 1973.

—, "Un levantamento dos materiais brasileiros e argentines no internacional instituut voor sociale geschiedenis de amserdá", **Cadernos AEL**, n° 5/6, 1996/1997, pp. 74-168.

-Gutiérrez, Leandro, **Recopilación bibliográfica y de fuentes para el estudio de la historia y situación actual de la clase obrera**

**argentina** [Documento de trabajo], Centro de Investigaciones Sociales–Instituto Torcuato Di Tella, 1969.

-International Institute of Social History (IISH), **Latin American Anarchist and Labour Periodicals (c. 1880 – 1940): Guide to the microform collection**, Amsterdam, IDC, 1999.

-HAAG, Jaap and van der Horst, Atie (eds.), **Guide to the International Archives and Collections at the IISH, Ámsterdam**, Ámsterdam, International Institute of Social History, 1999.

-Lobato, Mirta Zaida, **La prensa obrera: Buenos Aires y Montevideo (1890 – 1958)**, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

-Minguzzi, Armando, **Martín Fierro, Revista Popular ilustrada de crítica y arte (1904-1905)**, Buenos Aires, CeDInCI–Academia Argentina de Letras, 2007.

-Monserrat, María Alejandra, **Consideraciones en torno a una investigación sobre el anarquismo rosarino: la prensa anarquista en Rosario (1880-1914)**, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 1986.

-Nettlau, Max, "Contribución a la Bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914", en **Certamen Internacional de La Protesta**, Buenos Aires, Ed. La Protesta, 13 de Junio de 1927.

-Oved, Iacov, **El anarquismo y el movimiento obrero**, Buenos

Aires, Siglo XXI, 1978.

-Pereyra, Washington, **La prensa literaria argentina, 1890 – 1974: Tomo primero, los años dorados**, - Buenos Aires, Librería Colonial, 1993.

-Pérez, Pablo (coord.), **Catálogo de publicaciones políticas, sociales y culturales anarquistas (1890-1945)**, Buenos Aires, Reconstruir, 2002.

—, **Catálogo de publicaciones, folletos y documentos anarquistas españoles (1890-1939)**, Buenos Aires, Reconstruir, 2005.

-Quesada, Fernando, "La Protesta, una longeva voz libertaria", en **Todo es Historia** n° 82 y 83, Buenos Aires, marzo 1974.

-Rocker, Rudolf, **Max Nettlau: el Herodoto de la anarquía**, México DF, Estela, 1950.

-Suriano, Juan, **Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires (1890-1910)**, Buenos Aires, Manantial, 2001.

-Tarcus, Horacio (dir.), **Diccionario biográfico de la izquierda argentina: de los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)**, Buenos Aires, Emecé, 2007.

-Zaragoza, Gonzalo, **Anarquismo argentino (1876-1902)**, Madrid, de la Torre, 1996.

## Hemerografía

**1870 - XX DE SETIEMBRE - 1901** / número extraordinario editado por **La Protesta Humana** y **L' Avvenire**.

Buenos Aires: L' Avvenire - La Protesta Humana, número único (20/9/1901).

Disp.: número único (20/9/1901).

**ACCIÓN** / Editado por la A. A. Amor y cultura. Necochea: Agrupación anarquista Amor y Cultura, n° 1 (12/2/1930) –[n° 2 (1930)]. [Periodicidad quincenal]

Disp.: n° 1, 2.

**ACCIÓN DIRECTA**. Por la revolución social / Dir.: L. Akrato. Buenos Aires: [s.n.], n° 1: octubre 1973 - [n° 6: marzo 1974].

Disp.: n° 1, 2, 4, 6.

**ACCIÓN LIBERTARIA** / Comité Regional de Relaciones Anarquistas.

Buenos Aires: Federación Anarco Comunista de la Argentina, n° 1: septiembre 1933 - n° 210: 1971. En 1935 cambia su subtítulo a: Federación Anarco Comunista Argentina (FACA); y luego desde 1955 pasa a titularse: Vocero de la Federación Libertaria Argentina (FLA). Durante 1942 además apareció una publicación relacionada llama-

mada **Boletín de Acción Libertaria / Órgano de la FACA**. Su editor responsable fue Raimundo Díaz hasta 1967 y luego Antonio J. Coria. Aquí escribieron: Gastón Leval, Jacobo Prince, Jacobo Maguid, Fernando Quesada, Luis Danussi, José Grunfeld (quien además fue uno de sus editores), Fernando Quesada, Alberto Palazzo, Angueira Miranda, Jorge Ballesteros, Ciriaco Duarte, Osmar Suárez, Fernando Rubén, Juan Pérez, Diego Abad de Santillán [seud.] y Horacio Elite Roqué, entre otros.

Disp.: n° 5 (20/4/1933), 11 (17/9/1937), 13 (7/10/1937).16, 19, 25, 63, 95, 103, 167, n° extra (mayo 1937).

**ACCIÓN OBRERA** / Órgano oficial del sindicato obrero de la Industria del Mueble.

Buenos Aires: Sindicato Obrero de la Industria del Mueble, n° 1: febrero 1924 - [1930].

Sindicato adherido a la Unión Sindical Argentina (USA) y a su vez constituido por los sindicatos de Ebanistas, Tapiceros, Escultores y Torneros. Disp.: n° 1-6, 11, 12, 15-43, 45-48, 50-62 (octubre-noviembre 1930).

**LA ACCIÓN OBRERA**. Diario sindicalista de la mañana

Buenos Aires: [s.n.], [1904 - n° 359: 1/2/1916].

Luego cambia el subtítulo a: Periódico Sindicalista Revolucionario; y luego a: Semanario Sindicalista Revolucionario. Probablemente nace

como periódico y en 1910 se transforma en diario para luego pasar a ser semanal. Dedicó gran parte de sus secciones a la política internacional mediante notas firmadas por corresponsales. Discuten con **La Protesta** y aparecen notas "antifusionistas". Algunos de los nombres y seudónimos que aparecen como colaboradores son: D. Radice, Madama de Stael, Marco Viamonte, Nuncio Tringuli, Pi-Ouit, Julio, Florio Rosa, M. Gutiérrez, Barreno, Guerin, Emilio V. Santolaria, Alba Fucenia, León Martín, Alfredo Dorion, Antonio Sánchez, Juandiedat, Verídico.

Disp.: n° 149, 166-171, 173-290, 292-301, 303-308. 310-316, 318-343, 347-354, 358, 359. Además: volante publicitando la suscripción para el número especial del 1° de mayo.

**LA ACCIÓN OBRERA** / Órgano de la Federación Obrera Provincial Sanjuanina (Adherida a la FORA comunista).

San Juan: Federación Obrera Provincial Sanjuanina, 1920 - [1926].

Textos: José M. Acha, Maurice Maeterlinck, Héctor Brizio, Miguel Thivars, Luis Ortega, Serafín Moran.

Disp.: n° 4 (abril 1920), 7, 11-16, 18-22, 24-26, 29.

**LA ACRACIA**. Periódico defensor de los intereses económico-sociales de la clase obrera.

Santa Clara: [s.n.], n° 1 [octubre 1899] – [1899]. Disponible: n°5 (1/11/1899).





### **ADELANTE!** Periódico anarquista

San Miguel de Tucumán: Asociación anarquista Brazo y Cerebro, n° 1: 1922 - [n° 19: 1927].

Periodicidad mensual. Poco después cambia el subtítulo a: Periódico Anarquista editado por la A. Brazo y Cerebro. En los primeros números la correspondencia y los giros piden ser enviados a P. Fernández, y luego a J.B. Aparicio, y a partir del n° 13 a Eusebio Tapia. Además de ellos, algunos colaboradores son: Vicente Guy, Agustín Ferraris, Antonio Vilchez, Sirs, D. Ovejero, Ognimod, Renato, Arturo Romano. Probablemente continua como **La Obra** (Tucumán, 1928).

Disp.: n° 1, 3, 4-11, 13, 14, 17, 19.

### **AFIRMACIÓN.** Publicación anarquista

Buenos Aires: [s.n.], n°1: 1928 - [n° 10: 1929].

Periódico opuesto a **La Protesta** con textos de: Francisco Lattelaró, F. Martínez, Fernando del Intento, A. Scarfó, Guyau, R. Mella, E.B. Cienfuegos, Oscar Belda, Miguel Ramos, Jesús Montoya, Rodó, R. B. Zeta, Juan Crusas.

Disp.: n° 1-10.

### **AGITACIÓN** / Publicación del Comité de Agitación pro libertad de Sacco y Vanzetti.

Buenos Aires: Comité de Agitación pro libertad de Sacco y Vanzetti, n° 1: mayo 1926 - n° 7: septiembre 1927.

Posee columnas en castellano e italiano. Textos: Severine, Han Ryner, Luis Fabbri, Eugenio V. Debs, etc.

Disp.: completa.

### **AGITACIÓN.** Periódico anarquista.

San Miguel de Tucumán: [s.n.], n°1: 30/10/1936 Su administrador fue Tomás Soria. Textos: R. Mella, Orfeo, Demos, Vir, Themis.

Disponible: n° 1.

### **AGITACIÓN A.** Publicación anarquista.

Buenos Aires: [s.n.], 1989.

Disp.: n° 3 (marzo 1989), 4, 6 (octubre - noviembre 1989).

### **LA AGITACIÓN.** Periódico libertario / Dir.: Luis Lasdica.

Bahía Blanca, n°1: octubre 1901.

Disp.: n° 1 (edición facsimilar de la portada editada por el museo del puerto de Ingeniero White en 2007), 9 (1/12/1901).

### **L' AGITATORE** / gruppo "Azione".

Bahía Blanca: gruppo "Azione", [1904 - 1908].

Periódico en italiano que más tarde adopta el subtítulo: Bi-mensile individualista. El adminis-

trador fue F. Guermanetto, quien firma muchas de las columnas del periódico. Además escribieron: Humberto Faina, A.M., Vincenzo Salamote, Fedora G., Teodoro Aubanel, E. Almada, Julio Camba, G. Federico, I. Ugo Partini, F. Santomé, Pablo Natale Milani, Pascual Peura, A. Casubolo, Manuel Magdalena, Frederik Vandalo.

Disp.: n° 6 (30/3/1905)- 8, 10-16 (13/11/1907), 19 (25/9/1908), n° 20 (17/12/1908).

### **EL ALBA DEL SIGLO XX.** Publicación socialista-anárquica.

Buenos Aires, 31/12/1900.

Disp.: número único

### **EL ALBAÑIL** / Órgano de los Obreros Albañiles de la Capital y pueblos circunvecinos, Adherida a la FORA y la AIT.

Buenos Aires: Obreros Albañiles de la Capital y pueblos circunvecinos, 1929 - 1936.

Periódico mensual que recomenzó una nueva época adherida a la FORA también en 1960.

Disp.: 1ª época: n° 6 (1930); 3ª época: n° 1 (18/12/1935), 2 (1/5/1936).

### **ALBORADA.** Órgano del ateneo estudiantil / Directora: Mercedes Gauna.

Buenos Aires: Talleres Gráficos "La Protesta", n° 1: [abril 1917] - [n° 18: julio 1918].

Publicación de periodicidad semanal que ya en el número 3 cambia su subtítulo a: Revista de ciencias, sociología, literatura y arte. Desde el número 9, Mario Cataldo Marcial aparece como director. Colaboraciones de Emilio López Arango, José Torralvo, R. Ruiz Cruces, Máximo Massini, Santos Cervoni, López de Molina, Víctor Delfino, Alfredo Fernández, Leopoldo Ramos Giménez, Manuel de Castro, Daniel D. Quijano, Gabriel Biagotti, Severo Bruno, José M. Acha, Mario C. Marcial, Gabriel D'Annunzio, entre otros.

Disp.: n° 3 (1/5/1917) - 9 (agosto 1917), 11 (septiembre 1917) - 18 (julio 1918).

### **L' ALLARME.** Foglio anarchico di propaganda e d'agitazione

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 25/1/1928 - [n°14: 1/5/1929].

Publicación mensual administrada por Aldo Aguzzi.

Disp.: n° 1, 4-14.

### **ALMANAQUE POPULAR DE "LA QUESTIONE SOCIALE"**

Buenos Aires: [s.n.], 1895 - 1905.

Desde el año 1897 se titula Almanaque ilustra-

do de "La Questione Sociale". Ver: **La Questione Sociale**.

Disp.: años 1895, 1897, 1898, 1899, 1900, 1901, 1902, 1905.

### **AMOR Y LIBERTAD.** Publicación Racionalista

Buenos Aires: [s.n.], 1922 - 1923.

José Fernández Otero y Argelini fueron administradores de esta publicación en la que escribieron: Samuel Torrier, Lucila Vargas, José Romano. Favio Maffi, Mariano J. de Larra, Isabel Mancebo, etc.

Disp.: n° 18 (enero 1923).

### **ANARCHIJA.** Ezemesjacnaja raboce-krest'janskaja gazeta [Anarquía. Periódico obrero-revista campesina].

Buenos Aires: [s.n.], n°1: mayo 1930 - [n°4/5: ago-sep. 1930].

Mensual

Disp.: n° 1-5.

### **LA ANARQUÍA.** Periódico comunista-anárquico / [Editor:] J. Rojo.

La Plata: [s.n.], n°1: 27/1/1895 - n°26: 3/4/1898.

José Junco Rojo y luego J. Gimenez fueron editores de esta publicación. Además de ellos participaba José Castro y aquí comenzó a publicar Pepita Gherra. Sigue la línea anti-organizadora y comparte colaboradores con **Germinal**.

Disp.: completa. Además: suplemento al n° 3 (11/3/1895).

### **LA ANARQUÍA** / Boletín mensual de la Confederación Anarquista RA.

Buenos Aires: Comité pro presos sociales de Buenos Aires, n° 1: noviembre 1912 - [n° 4: 24/8/1913].

Disp.: n° 1, 2, 4.

### **ANTECEDENTES.** Periódico de batalla / Administrador: Alejandro Bergonzi.

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 17/7/1923 - [n° 2: 28/7/1923].

Publicación especialmente ensañada en combatir la línea anarcobolchevique de García Thomas, Pérez, Castelnuovo y Gonçalves.

Disp.: n° 1, 2.

### **ANTIMILITARISTA.** Boletín de la Asociación Antimilitarista Argentina.

Buenos Aires: Asociación Antimilitarista Argentina, 1932.

Disp.: [julio 1932].

### **LA ANTORCHA.** Pro-Federación Gastronómica / Redacción y administración: Emilio Santolaria.

Buenos Aires: Pro-Federación Gastronómica, n° 1: 25/5/1911 – [1914].

Desde n° 111 cambia subtítulo a: Periódico de Ideas. Textos de: A Rastiñac, M. R. Correa, Manuel Álvares, A. D'Ambra, Juan del Pol, E. Ramos, Franco Ciarlantini, Ramón Panades, Francisco Dopazo, Jacinto Benavente, Edmundo de Amicis, J. Marañón, Anselmo Lorenzo, R. González Pacheco, Joaquín Pesqueira, etc.  
Disp.: n° 1, 2, 12, 24-27, 32-39, 49-51, 111-113 (15/12/1914).

**LA ANTORCHA.** Semanario anarquista de la mañana / Ed. responsable: Alberto S. Bianchi. Buenos Aires: [s.n.], n°1: 25/3/1921 - n° 314:1932. Inicialmente nace como semanario, luego pasa a ser quincenal y en abril de 1924, deja de ser quincenal para ser diario durante unos meses. Publicó textos de: Rodolfo González Pacheco, Teodoro Antillí, Alberto S. Bianchi, Horacio Baradaco, Simplicio de la Fuente, Anatol Gorelik y Antonio Rizo. De los cinco folletos titulados "La huelga general" sólo uno pudo salir efectivamente a la calle. Disponible casi completa: n° 1 - 314 (faltan n° 182, 267, 301-309); Además: disponible "La huelga general" (n° 1-5), cinco folletos editados por La Antorcha en 1924.

**LA ANTORCHA.** Publicación anarquista (luego subtitulada: Vocero de los partidarios anarquistas) / Ed. Respons.: Juan Carlos Gianantonio Di Giovanni. Buenos Aires, luego Córdoba: [s.n.], 2ª época: n° 1: oct.-nov. 1984. Se presenta como segunda época del periódico homónimo iniciado en 1921 manteniendo la misma tipografía del título.  
Disp. n° 1, 62, 63 (octubre 1989).

**EL ASERRADOR.** Revista mensual de la sociedad de resistencia de aserradores y anexos. Buenos Aires: Sociedad de Resistencia de Obreros Aserradores y Anexos, n°1: nov. 1911 - Disp.: n° 2-4.

**LA AURORA /** Órgano de la Sociedad Obreros Mecánicos y Anexos. Buenos Aires: Sociedad Obreros Mecánicos y Anexos, 1913. Textos de P. Quiroule [seud. de Joaquín Alejo Falconnet], Luis Grandidier, etc.  
Disp.: n° 1 (5/10/1913).

**LA AURORA DEL MARINO /** Órgano de la Sociedad de Resistencia Marineros y Foguistas de Buenos Aires

Buenos Aires: Sociedad de Resistencia Marineros y Foguistas de Buenos Aires, n° 1: 1904 - 1909. Disp.: n° 11 (agosto 1905), 14-18 (diciembre 1906).

**LA AUTONOMIA.** Periódico libertario / [B. Salbans]. Buenos Aires, n° 1: 1897 - [n° 2: 1/8/1897]. En el primer número se avisa que la intención es continuar al "viejo" **EL Perseguido**. Y ya en el número siguiente anuncian su unión con el grupo "El libertario", fusión por la cual el periódico cambia su título a: **La Autonomía Individual**.  
Disp.: n° 1-2.

**AVANCE.** Periódico de la Federación Obrera Comarcal Entrerriana / Redactor: V. A. González. Diamante: Federación Obrera Comarcal Entrerriana, n° 1: agosto 1935 - n° 7: 30/6/1936. Textos: E. Latelaro, Luis Woolands (Juan Crusao), Un croto enojado, J. Aguilera, C. A. Altamirano, etc.  
Disp.: completa.

**L' AVVENIRE.** L' anarchia e l' avvenire dell' umana. Buenos Aires: Imprenta Elzeviriana de P. Tonini, n° 1: 10/11/1895 - n° 250: 20/2/1904. Periódico en italiano. A sus dos años de existencia cambia el subtítulo a: Periódico comunista-anarchico; y luego en 1902 a: Periódico socialista-anarchico. Finalmente, al iniciar la nueva época en el número 217 toma el subtítulo Periódico anarchico settimanale. Durante los primeros años su administrador fue Giuseppe Conserti, y después A. Mafucci. Si bien, avisa que "Esce quando puó", claramente primero tiende a ser mensual, luego quincenal y, finalmente ya en el 1900 se establece como semanal. A partir del n° 217 comienza la "Segunda época" del periódico, durante la cual se mantienen las dos numeraciones y se nombra a un director (C. Passerini), y a un grupo editor (Grupo L'Avvenire). Héctor Mattei, primero, y Felipe Vezzani, después, estuvieron entres sus principales animadores. Pietro Gori fue colaborador frecuente de esta publicación y sabemos que Orestes Ristori fue uno de sus impulsores desde 1901.  
Disp: n° 1-90, 92-132, 135, 140, 142-161, 163, 164, 167-169, 173-175, 178-181, 183, 185-195, 197-216, 218-221, 223, 224, 226, 229-235, 237-250.

**AYUDA** al pueblo español / Órgano del movimiento argentino de solidaridad con el pueblo español. Buenos Aires: Movimiento Argentino de

Solidaridad con el Pueblo Español, 1936 - [1941]. Este periódico continuó a **La Nueva España** como su segunda época.  
Disp.: n° 387 (21/6/1941).

**EL AZOTE.** Periódico hebdomario contra la lepra clerical y los gobernantes a base de machete Buenos Aires, [s.n.], n° 1 (julio 1909) - n° 156 (19-20/9/1913). Luego de su inicio como semanario en 1909, la publicación tiene un período sin publicarse desde mayo de 1910, cuando reaparece, en el n° 31 (febrero 1911), lo hace como 2ª época, continuando con la numeración anterior. Desde el número 141 cambia la frecuencia y el subtítulo a Periódico decenario contra la lepra clerical y los gobernantes de escapulario. Y desde el número 144 figura Eugenio Pérez Choza como director y Felipe Gauna como administrador. Aquí publicaron entre otros: Francisco Dagnino, Tábano (seud.) y Jufemante (seud.), José Muzilli y Estamislao Rosi, Erminda Rossi, Martín Casaretto, A.A. Donadella, R. Vereá, Francisco L. Villafañe, José Ingenieros, Miguel Pérez, Eugenio Pérez Choza. Augusto Feijóo. Ilustraciones: Píoñoño, [Terri] y G. Courtis.  
Disp.: n° 3, 4, 5, 10-14, 20-29, 31-142, 144-156 (19-20/9/1913).

**BANDERA DE COMBATE.** Órgano de los Trabajadores de Córdoba, adheridos y simpatizantes de la FORA / Adm.: E. Domingo. Córdoba: [s.n.], n° 1: noviembre 1925 - n° 4: agosto 1926. Textos: C. Mancini, J. Barcas, Vicente Allesandrelli, A. Domínguez, Alejandro Berkman, Francisco L. Rivolta, Andrés Lampón, etc.  
Disp.: completa. También disponible: **Boletín de Bandera de Combate** (1/5/1926).

**BANDERA DEL PUEBLO.** Diario obrero de la mañana Buenos Aires: [s.n.], n°1: octubre 1920 - n° 160: abril de 1921. Redactores: David Valdés, José González Lemos, Jorge Rey Villalba, Teófilo Dúctil.  
Disp.: n° 84 (enero 1921), 130 (17/3/1921).

**BANDERA NEGRA /** Órgano de la Agrupación Anarquista de Obreros Lavadores y Limpiabronces de Autos. Buenos Aires: Agrupación Anarquista de Obreros Lavadores y Limpiabronces de Autos, n° 1: febrero 1922 – [1923].  
Disp.: n° 1, 2 (septiembre 1922).



**BANDERA NEGRA** / Órgano de la Agrupación Comunista de Obreros Ebanistas.

Buenos Aires: Agrupación Comunista de Obreros Ebanistas, n° 1: 5/8/1920 - [n° 9: noviembre 1923].  
Publicación cuyo gremio responsable estuvo relacionado a la FORA, con textos de Henry Dubois, Helios, Mario Anderson Pacheco, E. Carbalin, Juan Obligado, Rafael Barret, Roberto Thal, Gabriel Biagiotti, Rómulo Remo, Isidoro García, Olivieri Secondo, José Tato Lorenzo, R. Sánchez Díaz, Francisco Pi y Arzuaga, Fernando Lys, Luis Fabbri, Roque Matera, A. Silex.  
Disp.: n° 1-9.

**BANDERA NEGRA** / Órgano de la Asociación Antimilitarista Argentina / Redacción y administración: José Berenguer, luego Anastasio Luna.  
Buenos Aires: Asociación Antimilitarista Argentina, n°1: 1930 - n° 8: junio 1932.  
Colaboraciones de Luis Danussi, Herminia Brumana, Jorge de La Fuente, entre otros.  
Disp.: n° 4 (1/7/1930), 6, 7, 8.

**BANDERA PROLETARIA**. Diario de la mañana / Órgano de la Unión Sindical Argentina (USA).  
Buenos Aires: Unión Sindical Argentina, n°1: 8/9/1922 - n° 471: 27/9/1930.  
Continúa al semanario **Unión Sindical** (1922). Desde diciembre de 1922 deja de ser una publicación diaria y a partir del n° 136 se subtitula: Órgano de la Unión Sindical Argentina. Algunos de los directores de esta publicación fueron: Alejandro Silveti [seud. de Manuel Fandiño], Leopoldo Alonso (quien firmaba con el seudónimo "Leo Aló") y Sebastián Ferrer. Sus redactores fueron Sebastián Marotta, Luis Lotito, Eduardo Pereyra, Augusto Pellegrini y Fortunato Marinelli.  
Disp. casi completa: n° 1-100, 102-105, 120-122, 128-131, 133, 134, 136-145, 147-160, 162-196, 200 (24/1/1925), 201, 203-205, 207-324, 326-359, 361-471 (27/9/1930).

**BANDERA ROJA**. Diario de la mañana / [Grupo editor: García Thomas, Hemerérgildo Rosales, Atilio Biondi, Alejandro Alba, Leopoldo Rodríguez, Gervasio Burdas, Horacio Baradaco].  
Buenos Aires: [s.n.], n°1: 1/4/1919 - [n°36: mayo 1919]. Según Quesada (1974), García Thomas y Félix Bastera fueron los creadores de esta publicación de tendencia anarcobolchevique. Probablemente aquí el seudónimo "Espartaco" fue usado por Enrique García Tomás. Manuel Fandiño publicó aquí con los seudónimos de Alejandro Silveti o Alejandro Alba.  
Disp.: n° 21, 23-25, 29-34; Además: "La defensa jurídica de Bandera Roja" por el Dr. Ricardo A. Paz.

**EL BARBERO** / Órgano defensor del gremio de peluqueros  
Buenos Aires: Gremio de Peluqueros, [n° 1: febrero 1903] - [1903].  
Disp.: n° 9 (1/10/1903).

**LA BATALLA**. Diario anarquista de la tarde / [Redactores: Teodoro Antillí y Rodolfo González Pacheco].  
Buenos Aires: La Protesta, n°1: (7/3/1910) - n° 63 (13/5/1910).  
Suplemento vespertino de **La Protesta**. Sus redactores fueron Teodoro Antillí y Rodolfo González Pacheco, y Carlos Balsan fue su administrador. Textos de: M. de Maigret, Candelario Olivera, Alfredo Pastorino, A. González, María G. de Schauman, G. Piazz, Raúl Villarrel, Eduardo Talero, Casimiro Prado, etc.  
Disp.: completa.

**LA BATALLA**. Idea, acción / Director: Leopoldo Alonso.  
Posadas (Misiones): [s.n.], n° 1 (agosto 1929) - [n° 5 (octubre 1929)].  
Publicación dirigida por Leopoldo Alonso y administrada por Martín Gamínez que se enfoca especialmente a la cuestión laboral de los trabajadores yerbateros. Cada número está dedicado a un autor diferente: José Torralvo, Luis Di Filippo y el mismo Leopoldo Alonso.  
Disp.: n° 1-5.

**LA BATALLA** / Órgano oficial de la Agrupación anarquista "La Batalla", ex integrante del CRGA (CF).  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: abril 1935 - [1939].  
Disp.: n° 2 (1935), 4 (1937), 6, 7, 10, 11 (septiembre 1939), 12; Además: "Boletín informativo de La Batalla" n° 1 (julio 1937).

**LA BATALLA SINDICALISTA** / Editado por la Agrupación de Propaganda Sindicalista [luego: Órgano de la Federación Sindicalista].  
Buenos Aires: Federación Sindicalista, n° 1: 1/5/1920 - 1923.  
Aparentemente existió una primera época de la publicación durante 1919 (Gutiérrez, 1969). Textos: Oscar Petrarca, A. Arraga, Carso Catrarpe, Bartolomé Bosio, H. Lagardelle, Aurelio H. Hernández, Sebastián Marotta, Luis Lauzet, Enrique Leone, Emilio Troise, Videla Reyna, Víctor Grffuelhes, P. Mantica, Fortunato Marinelli, Luis Bartolo, Eduardo Pereyra, Leo López, Leo López, Augusto Pellegrini, E. Mársico, entre otros.  
Disp.: n° 2 (15/5/1920)-12, 16, 21.

**BOLETÍN** / Editado por el Consejo Federal de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), Biblioteca Popular José Ingenieros, Agrupaciones anarquistas, La Protesta, La Obra, Emancipación.  
Buenos Aires, octubre de 1958.  
Probablemente se trató de un número único titulado: "Nuestra posición frente al problema educacional".  
Disp.: octubre 1958.

**BOLETÍN 5° CONGRESO ORDINARIO**. Información, consulta, iniciativas, actividades, proposiciones, ponencias / Comisión Organizadora Quinto Congreso Federación Libertaria Argentina.  
Rosario: Federación Libertaria Argentina, 1961.  
Disp.: n°1-8.

**BOLETÍN DE INFORMACIÓN INTERNO** / Comité Anarquista de Defensa y Ayuda a la CNT y FAI.  
Buenos Aires: Comité Anarquista de Defensa y Ayuda a la CNT y FAI, [1936 - 1937].  
Principalmente el periódico reproduce textos de publicaciones españolas como **Frente Libertario**, **Solidaridad Obrera**, **Campo Libre**, etc. Textos de Simón Radowitsky y Pierre Besnard, entre otros.  
Disp.: n° 2 (15/8/1937), 3, 5-13 (30/1/1939).  
Además disponible "Boletín extraordinario": n° 1 (mayo 1938), n° 2 (julio 1938); y dos folletos seriados: "Manifiesto n° 8" y "Manifiesto n° 9" [septiembre y noviembre 1937].

**BOLETÍN DE LA ASAMBLEA PROVISORIA DE ANARQUISTAS MILITANTES DISIDENTES DEL CRRA**  
Buenos Aires, n°1: abril 1935 -  
Disp.: n° 1.

**BOLETÍN de la Confederación Obrera Regional Argentina**  
Buenos Aires: Confederación Obrera Regional Argentina, 1910.  
Continúa luego como **La Confederación**.  
Disp.: n° 3 (23/5/1910).

**BOLETÍN DE LA FEDERACIÓN REGIONAL ANARQUISTA** / Redacción y administración: José Sarmiento Márquez.  
Buenos Aires: Federación Regional Anarquista, 1909.  
Periódico mensual con textos de J. Lucero, A. Ruiz Díaz, Martín Aguirre.  
Disp.: n° 1 (agosto 1909).

**BOLETÍN DE LA LIGA DE EDUCACIÓN RACIONALISTA**

Buenos Aires: Liga de Educación Racionalista, n° 1: octubre 1914 – [1915].

La Liga de Educación Racionalista se creó en 1912 y hasta 1914 publicó **Francisco Ferrer y La Escuela Popular**.

Disp.: n° 2 (15/11/1914), 4, 6 (mayo 1915).

**BOLETÍN DE LA UNIÓN DEL MARINO / Órgano de la Federación Obrera Marítima (FOM).**

Buenos Aires: Federación Obrera Marítima, [1919-1921].

Aparentemente este boletín tuvo una primera época en la que aparecía como diario y la FOM estaba adherida a la FORA sindicalista del IX congreso.

Disp.: 2ª época: n° 2, 5-19, 21, 23-25, 27, 29, 76-78.

**BOLETÍN DEL COMITÉ DE AGITACIÓN PRO LIBERTAD DE LOS ANARQUISTAS PRESOS EN RUSIA**

Buenos Aires: Comité de Agitación pro libertad de los anarquistas presos en Rusia, n° 1: 1924.

Disp.: n° 1 (7/11/1924).

**BOLETÍN DEL COMITÉ REGIONAL DE RELACIONES ANARQUISTAS**

Buenos Aires: Comité Regional de Relaciones Anarquistas, n° 1: 1932.

Disp.: n° 1 (22/10/1932).

**BOLETÍN DEL CONGRESO UNIVERSAL** en Buenos Aires / Federación Internacional del Libre Pensamiento. Comité Nacional de la República Argentina.

Buenos Aires: Federación Internacional del Libre Pensamiento, [1906].

Boletín de dedicado a la organización y difusión del Congreso de librepensamiento a realizarse en Buenos Aires entre los días 20 y 23 de septiembre de 1906.

Disp.: n° 7 (1/6/1906).

**BOLETÍN INFORMATIVO SOBRE ESPAÑA.**

Suplemento del periódico **Acción Libertaria**.

Buenos Aires: Acción Libertaria, 1937.

Disp.: n° 11 (17/9/1937), 12, 13 (7/10/1937).

**BOLETÍN OFICIAL DEL SINDICATO UNIÓN DE COCINEROS, MOZOS Y ANEXOS DE A BORDO / Federación Obrera Marítima (FOM).**

Buenos Aires: Sindicato Unión de Cocineros, Mozos y Anexos de a Bordo, 1919 - [1922].

Disp.: n° 4, 5 (octubre 1922).

**BOLETÍN ROJO / Agrupación Libertaria.**

Tres arroyos (Pcia. de Buenos Aires): Agrupación Libertaria, [1921].

Disp.: n° 3 (septiembre 1921).

**BRAZO Y CEREBRO.** Sociología e información gremial

Bahía Blanca - Ingeniero White: [s.n.], primera época: n° 1 (enero 1922) - [1923] // segunda época: 1924 - [n° 103: 1/5/1930]

En la primera época lleva el subtítulo Sociología e información gremial y tiene una salida mensual; luego, en la segunda época, el subtítulo cambia a Periódico quincenal anarquista modificando así su periodicidad. Los redactores de esta publicación han sido: Bautista Mattalía, Peraru, Domingo Varone, Mario Anderson Pacheco, Julio Díaz, Antonio López Almada y Manuel Baba. También Fernando Quesada participó de las actividades de edición e impresión de este periódico. Durante los primeros números de la segunda época, la correspondencia de redacción y administración debe ser dirigida a J. Olcese. Luego, desde la mitad de la segunda época, el destinatario cambia en cada número: Ramón Lagos, Oscar Peralta, Juan Sohanet. Finalmente, esta publicación se une a **Pampa Libre** para editar de manera conjunta el periódico **Tierra Libre**. Entre otros, aquí han escrito: J. Tato Lorenzo, Siberiano Domínguez, B. Massiolotiti, Pedro Darío Fuscós, A. Cachón Acosta (Almasola), "El hombre de Montevideo", García Plido, A. Casarola, Raúl P. Pintos, Domingo C. Marconi Caiola. Sebastián Faure, Llopis.

Disp.:

-primera época: n° 7 (agosto 1922);

-segunda época: n°: 34 (20/5/1924)-58, 60-67, 69-74, 76-79, 81-103 (1/5/1930).

**EL BURRO.** Semanario anti-clerical ilustrado / Dirección y administración: César Montemayor [seud.]

Buenos Aires: [s.n.], primera época: n° 1: 29/9/1918 - [n° 14: 29/12/1918].

Periódico semanal fundado y dirigido por Oreste Ristori bajo el seudónimo de César Montemayor. Algunos de los nombres y seudónimos que aparecen como colaboradores son: Emilio López Arango, Vargas Vila, Cura Párroco, Luis Gardoqueea, Agustín Álvarez, Anacreonte, Helios, Mauricio Alsina. Además se reproducen fragmentos de textos de Tolstói, Luisa Michel, Víctor Hugo, Diderot, Sitrner y Paul Groussac, entre otros.

Disp.: n° 1-14 (29/5/1918). Además: circular previa fechada en agosto de 1930 que anuncia la

reaparición de la cuarta época del semanario para noviembre de 1930.

**LA CAMPANA.** Arte, literatura y crítica

Santa Fe: [s.n.], n° 1: 29/6/1919 - [n° 6:7/6/1919].

Posteriormente cambia su subtítulo a: Semanario Ilustrado de Arte, Literatura y Crítica. Textos de: Pedro Gutiérrez, José Torralvo, Diego Abad de Santillán [seud. Sinesio García Fernández], Haroldo Hoffding, Lego Benvenuto, E. Cimbali, José J. Boni, Félix A. Ramella, Ramón de Campoamor, Gustavo de Castilla, Emilio López Arango, Luis María Campos, Teófilo Dúctil, Luis María López, entre otros.

Disp.: n° 1, 4 (3/8/1919)-6 (7/9/1919).

**LA CAMPANA.** Revista Mensual de Estudios Sociales / Dir.: Diego Abad de Santillán [seud.]. Buenos Aires: [s.n.], n° 0: mayo 1948 - n° 0000 (diciembre 1949).

El redactor fue Víctor Fernández Anca y el administrador J. Raggio.

Textos de Diego Abad de Santillán, Helmut Rudiger, Eygen Relgis, Demetrio Urruchua, Nicolás Rego.

Disp.: n° 0, 00, 000 (febrero 1949).

**LA CAMPANA DE PALO.** Quincenario de actualidades, crítica y arte / Dir.: Carlos Giambiaggi y Alfredo Chabra Acosta [seud.: Atalaya].

Buenos Aires: [s.n.], Primera época: n° 1: 17/6/1925 - n° 6: 1/12/1925; Segunda época: n° 7: septiembre 1926 - n° 17: septiembre/octubre 1927.

Luego cambia su subtítulo a: Periódico mensual de bellas artes y polémica. Textos: Alfredo Chiabra Acosta (At. o Atalaya), Carlos Giambiaggi (Yamb, Yamba o el Hombre de la selva), Juan Carlos Paz, Aristides Gandolfi Guerrero (Álvaro Yunque), Augusto Gandolfi Herrero (Juan Guijarro o Guijarros), Armanso Cascella, Luis Falcini, Israel Zeitlin (César Tiempo), Carlos Astrada, Jaime Torre Bodet, B. Encina, Hernán Rahiz, Berta Sigermann, León Felipe, Luis Emilio Soto, Raúl González Tuñón, Roberto Mariani, Miguel Arce, Claudio Torre, Mateo Escagedo Salmon, etc. Ilustradores: Juan Antonio Ballester Peña (Ret Sellawaj o Sellabaj), José Sebastián Tallon.

Disp.: n° 1-6, ejemplar sin número (septiembre 1926), 14, 15, 17.

**LA CANCIÓN MODERNA /** Director: Dante A. Linyera; Administrador: Julio Korn.

Buenos Aires: [s.n.], 1928 – [1929].

Publicación ácrata dedicada a poesía y música popular.

Disp.: n° 58 (29/4/1929).



**CARÁCTER.** Publicación anarquista / Redacción y administración: Eugenio Mirvielli Alvarado. Corrientes: [s.n.], n°1: 15/5/1930 - [n° 2: 26/5/1930]. Algunos de los colaboradores fueron Alejandro R. Scarfó, Prada, R. González Pacheco y Siberiano Domínguez.  
Disp.: n° 1, 2.

**EL CARPINTERO /** Órgano de la Sociedad Obreros en madera.  
Rosario: Sociedad Obreros en Madera, [1896].  
Disp.: n° 1 (31/1/1896), 2 (29/2/1896).

**EL CARPINTERO Y ASERRADOR /** Órgano del Sindicato Carpinteros, Aserradores y Anexos - Federación de Construcciones y T. en Madera. Buenos Aires: Sindicato Carpinteros (Aserradores y Anexos), [1905] - [1930].  
Sindicato adherido a la FORA del V Congreso. Textos de: Ligio Rosal, Nicolás Bujarín, P. Virano, Ángel Samblanca, Helios, Aureliano Lorenzo, José Marinero, Juan Crusao, Sebastián Faure, Gabriel Biagiotti, Ana Angélica Orlando, Emilio López Arango, Ricardo Flores Magón, etc.  
Disp.: n° 18 (febrero 1921), 31-88, 90-92 (septiembre 1930).

**CASERIO.** Periódico comunista-anárquico / Dir: H. W. Haufman.  
Buenos Aires: [s.n.], n°1: 14/2/1896 - [n° 2: 18/4/1896].  
El subtítulo es adoptado en el segundo número. Dos de los colaboradores que se repiten son: Depetris y Adolfo Argentino Suárez.  
Disp. n° 1, 2.

**EL CENTINELA /** Órgano del Sindicato de Mozos y Anexos de Buenos Aires.  
Buenos Aires: Sindicato de Mozos y Anexos de Buenos Aires, 1918 - [1922].  
Disp.: n° 73 (septiembre 1922).

**CERTÁMEN SOCIALISTA LIBERTARIO.** Tercer Certamen celebrado en La Plata los días 14 y 15 de mayo de 1898  
La Plata: [s.n.], 1899.  
Se trata de la publicación por entregas de algunos de los textos difundidos durante este certamen.

**CIENCIA SOCIAL.** Sociología, artes y letras / Dir.: Fortunato Serantoni.  
Buenos Aires: [s.n.], 1° época: n° 1 (abril 1897) - n° 13 ([abril] 1898); 2° época: 1898-1901.  
Se publicó como continuación de **La cuestión social**. Apareció en abril de 1897 y publicó

trece números hasta 1898. Posee una segunda época mensual entre 1898 y 1901. Fue dirigida por Fortunato Serantoni, propietario de la editorial y librería anarquista "Librería Sociológica" donde también funcionaba la redacción de la revista. Textos de R. Mella, Luígi Fabbri, A. Fernando Hérold, José Prat, Soledad Gustavo, Edmundo About, Paraíre, Joaquín Dicienta, J. Degalvés, Altaír (seudónimo de Mariano Cortés), Emilio Z. Arana, Félix B. Basterra (quien fue redactor de la publicación), Pascual Guaglianone, Julio Molina y Vedia, Antonio Pellicer Paraire, Alberto Ghiraldo.

Disp.: 2° época, n° 1 (julio 1898) - n° 15 (febrero 1900).

**CLARÍN.** Revista quincenal editada por el Ateneo Universitario  
Buenos Aires: Ateneo Universitario, n° 1: 15 septiembre 1919 - n° 19: marzo 1920.  
Comienza como quincenal pero desde el número 7 la publicación pasa ser semanal. Textos: Jorge David Requena, Mario Bravo, Modesto Cero (hijo), Adolfo Casablanca, Ricardo Rojas, Esteban Arroyuelo, Valentín Méndez Calzada, Francisco de Aparicio, Fabricio Núñez, Leopoldo Hurtado, Luis María Jordan, Martín Cruz, Arturo Capdevilla, Osvaldo Loudet, Carmelo M. Monet, José Ingenieros, Arturo González Arce, Emilio Troise, Rafael Alberto Arrieta, C. Villalobos Domínguez, Juan José Díaz Arana, José Muzzilli, Roberto F. Giusti, Alfredo Colmo, Andrés Máspero Castro, etc.  
Disp. Completa

**COMBATE! /** Órgano de la Unión Lavadores y Lustradores de Bronces de Autos, adherido a la FORA, ACAT, AIT.  
Buenos Aires: Unión Lavadores y Lustradores de Bronces de Autos, n° 1: octubre 1933–  
Disp.: n° 1.

**EL COMBATE.** Periódico independiente, defensor de los intereses del pueblo / Dir.: Pablo Ingegnieros.  
Magdalena (Pcia. de Buenos Aires): [s.n.], n° 1: enero de 1901 - [n° 88: octubre 1902].  
Publicación semanal que se manifiesta dedicada a intervenir en la administración política municipal. Posee colaboradores en otros pueblos y ciudades de la Provincia de Buenos Aires, y analiza y discute artículos aparecidos en La Nación y La Prensa. Algunos de los nombres y seudónimos que aparecen firmando las notas del periódico son: Francisco Gicca, Monaguillo, Scalvinani, Glumen, P. Ruíz Enriquez, R. Lavigne, C. Gutiérrez,

Augusto Francisco de la Serna, Catalino Sandobal, Adrián Patroni, Gregorio Asturillo, Ramón Vereá, Ruíz Enriquez, Aristóbulo Urbano, José María Vargas Vila, Emiliano Solá, Leonardo Moreti.  
Disp.: n° 29 (26/5/1901), 30, 32, 33, 38-41, 44-54, 64, 66-70 (5/5/1902).

**EL COMUNISTA.** Periódico semanal / Dir.: Jesús M. Suárez.  
Rosario: [s.n.], 1920 – [agosto 1921].  
Periódico anarcobolchevique financiado por Enrique García Thomas quien también fue parte del grupo editor. En septiembre de 1921 continúa como **El Trabajo**.  
Disp.: n° 38 (11/5/1921).

**EL COMPAÑERO /** Órgano de la Sociedad de Ayudantes y Peones de Cocina.  
Buenos Aires: Sociedad de Ayudantes y Peones de Cocina, 1904 - [1907].  
Disp.: n° 9 (15/12/1906), 10 (15/1/1907).

**LA CONFEDERACIÓN /** Órgano de la Confederación Obrera Regional Argentina.  
Buenos Aires: Confederación Obrera Regional Argentina, n° 1: 15/5/1910 - [n° 16: abril 1914].  
Publicación cuyo redactor fue Sebastián Marotta; continúa al **Boletín de la Confederación Obrera Regional Argentina**.  
Disp.: n° 1, 2, 4-16 (abril 1914).

**EL CONSTRUCTOR NAVAL /** Órgano de la Federación de Obreros en Construcciones Navales.  
Buenos Aires: Federación de Obreros en Construcciones Navales, 1918 -  
Durante la primera época la Federación de Obreros en Construcciones Navales está adherida a la USA y se muestra claramente relacionada al movimiento anarquista argentino; fue editada por Hemerigildo Rosales y en ella escribieron: J. L. Cámara, José Tato Lorenzo, Samuel Blois, Eduardo G. Gilimón, Juan Papini, Sebastián Ferrer, F. Ricard, Braulio Zarga, etc.  
Disp.:  
-[1° época]: n° 45 (septiembre 1922) - 53 (septiembre 1923), n° 51 (mayo 1924), 52 (agosto 1924), 59 (mayo 1925)-62, 62-66, 68 (diciembre 1926);  
-2° época: 18 (marzo 1936), 20 (septiembre 1939), 23, 26-28 (mayo 1940), 29 (julio 1940), 27 (febrero 1937), 33/34/35 (nov.-dic.-ene 1941), 98-99 (ene-feb 1949);  
-3° época: 20/04/1985, oct-nov 1986, abril 1988, noviembre 1989, mayo 1990, noviembre-diciembre 1990, octubre-noviembre 1991, abril-mayo 1992,

octubre-noviembre 1992, octubre 1993, diciembre-enero 1994/95, abril-mayo 1996, abril-mayo 1997, noviembre-diciembre 1999, mayo 2000.

**LA CONTINENTAL OBRERA** / Órgano de la Asociación Continental Americana de los Trabajadores.

Buenos Aires: Asociación Continental Americana de los Trabajadores (ACAT), 1ª época: n° 1, julio 1929 - n° 13, septiembre 1930; 2ª época: n° 1, 15/9/1932 - n° 3: 1/2/1933.

Publicación ligada a la FORA, órgano de la Asociación Continental Americana de Trabajadores (ACAT) y adherida a la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), especialmente dedicada a la situación del movimiento obrero en América Latina. Textos y colaboraciones desde muchos países de Latinoamérica: Manuel Villar, Emilio López Arango, José Borrego, Diego Abad de Santillán [seud. Sinesio García Fernández], E. Rangel, Estebán Hernández, Max Nettlau, Juan de la Ramee, Carlos Harapo, Agustín Souchy, Elías Castelnuovo, Julio Stefani, Severino González, etc. Se imprimió en los talleres de La Protesta, excepto el último número de la segunda época se editó en Santiago de Chile.

Disp.: comp.

**LA COOPERATIVA GENERAL.** Periódico de estudio, propaganda y organización para el mismo objeto

Buenos Aires: [s.n.], 1900.

Disp.: n° de prueba (septiembre de 1900).

**EL COYA** / Órgano de los Sindicatos Obreros de la Provincia de Salta

Salta: El Coya, [1927]-[1930].

La correspondencia al periódico pide ser dirigida a Rafael Francés y luego desde 1929 a nombre de E. Bau, cuando el periódico cambia de subtítulo a: Editado por la agrupación del mismo nombre. Algunos de los nombres y seudónimos de sus colaboradores son: César A. Balbrena, Pascual Minotti, A. Lorenzo, Anarkos, Anibal, Sebastián Faure, Juan Fierro, Crotto, Siberiano Domínguez, Gregorio Rissin, Petronio, Guerra Junqueiro.

Disp.: 2ª época: n° 4 (agosto 1928), n° 11 (septiembre 1929), 12, 13, 18 (junio 1930).

**CRIMINOLOGÍA MODERNA.** Contra violentiam ratio / Dir: Dr. Pedro Gori; Secretario de Redacción: Dr. Ricardo del Campo.

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 20/11/1898 - n° 21: enero 1901.

"Revista mensual de Derecho penal; Legislación y

jurisprudencia; Resúmenes de los procesos célebres universales y especialmente locales; Biografías y estudios positivos sobre personalidades culminantes del mundo científico, judicial y criminal; Crónica y estadística, judicial, policial y carcelaria; Bibliografía; Variedades e ilustraciones, etc., etc.". Cuenta entre sus colaboradores con reconocidos positivistas italianos de ese momento: Cesar Lombroso, Enrico Ferri, Rafael Garofalo y Roberto Ardigó. Además colaboran habitualmente Francisco Ramos Mejía, Luis María Drago, Norberto, Horacio Piñero, A. Alsterne, C. Alderman, Juan Bovio, P. Bournet, Pedro Cagliario y José Ingenieros. Luego de la partida de Pietro Gori de la Argentina, la revista deja de publicarse y es reemplazada en 1902 por la aparición de la publicación **Archivos de Psiquiatría y Criminología** que dirigió José Ingenieros.

Disp.: comp.

**EL CUARTEL.** Periódico mensual antimilitarista

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: marzo 1909 - Colaboradores: Arnaldo de Ghade, C.B, Pedro Planas Carbonell, Walter Ruíz, Max Rouen, B.V. Mansilla, Ricardo Carrecio, Carolus Balsan, Horacio B. Rosotti.

Disp.: n° 1, 3 [mayo 1909].

**CUASIMODO** / Editores: Nemesio Canales y Julio R. Barcos.

Panamá - Buenos Aires: [s.n.], n° 1: junio 1919 - n° 27: diciembre 1921.

Los 13 números de la primera época dirigida por Nemesio Canales se publicaron quincenalmente en Panamá (n° 1: junio 1919 - n° 13, septiembre 1920). Su subtítulo era: Magazine interamericano de información mundial, afirmación de ideas renovadoras y aquilatación de los valores intelectuales predominantes en España y América, y J.D. Moscote fue el administrador durante esta etapa. El inicio de la segunda época en Buenos Aires continúa entonces desde el número 14 en abril de 1921 con periodicidad decenal. Desde abril hasta julio de 1921 los redactores fueron Julio R. Barcos y Nemesio Canales. Desde noviembre en lugar de Canales, aparece Rómulo Schemini. Destacan la cantidad de artículos que piensan y discuten la revolución rusa siendo esta una publicación de la que participó el grupo anarcobolchevique ligado a García Thomas. Escriben en sus páginas Juan Lazarte, Luis Di Filippo, Elías Castelnuovo, Herminia Brumana, Orestes Ristori, Luis Enrique Osorno, Lelio O. Zeno, E. Samor Vigatti, Porfirio Esteves, Alejandro Alba, Juan Lazarte, Saúl Taborda, Pilar de Lusareta, José Guerrero y Jorge L. Borges.

Disp.: completa.

**LE CYCLONE.** Órgano comunista anarquista

Buenos Aires: [s.n.], n°1: 12/11/1895 - [n°4: 20/1/1896].

Pierre Quiroulet colaboró con esta publicación que probablemente continua a **La Liberté**.

Disp.: n° 1-4.

**DE PIE** / Agrupación Estudiantil Anarquista.

Buenos Aires: Agrupación Estudiantil Anarquista, 1946.

Disp.: n° 2 (noviembre 1946).

**LA DEBACLE**

Buenos Aires: [s.n.], n°1: febrero 1909 -

Publicación ilustrada cuyo primer número pone en imágenes el texto "La moral católica" de Eduardo G. Gilimón.

Disp.: n° 1 (febrero 1909).

**DEL EXTERIOR** / Boletín del Secretariado Exterior del CRRRA Buenos Aires.

Buenos Aires: Comité Regional de Relaciones Anarquistas, [1934].

Disp.: ejemplar sin número, octubre 1934.

**DESPERTAR** / Editado por el Grupo Despertar.

Buenos Aires: Despertar, 1921 - [1921].

La correspondencia pide ser reenviada a Luis Martínez Fresco, quien también firma varias notas del periódico. Otros de los colaboradores son Luis Mallol, Juan Nuche, García Thomas, García de Vallo, Nélica V. Esparta, Emma Catalina Boccano.

Disp.: n° 6 (1/5/1921), 7 (4/7/1921).

**EL DESPERTAR ISLEÑO.** Periódico libertario / Agrupación "Pedro Kropotkin".

Islas de San Fernando, Arroyo Inatonta: Agrupación "Pedro Kropotkin", [1923].

Textos: Francisco Frade, Gaviota, C.L. Hernández, José Ingenieros.

Disp.: n° 2 (septiembre 1923).

**EL DIARIO DEL PUEBLO**

Buenos Aires: [s.n.], 1899.

Disp.: n° 5 (5/10/1899), 15.

**DIQUES Y DÁRSENAS** / Periódico Oficial del Sindicato de Obreros Portuarios de Diques y Dársenas

Buenos Aires: Sindicato de Obreros Portuarios de Diques y Dársenas, n° 1: julio 1930 -

Sindicato adherido a la Unión Sindical Argentina (USA).

Disp.: n° 1.



### DOCUMENTOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA /

Adm.: Juan Pereyra.

Buenos Aires: Servicio de Propaganda de España, n° 1: octubre 1937 - n° 11: mayo 1939.

Publicación de la FACA que edita notas de periódicos españoles de esos años.

Disp.: n° 1-5, 7-10.

### DOS FRAIE VORT (LIBRE PALABRA) / Dir.: José Gold.

Buenos Aires: [s.n.], 1920 - [1967].

Periódico en idish.

Disp.: n° 4 (1920) [fotoc.], n° 101 (1964) -131 [enc.], 132 [incomp.], 133-136 (1967).

### ELEVACIÓN. Publicación ecléctica mensual. Arte, ciencia, literatura, sociología / Redacción y administración: Juan Raggio.

Buenos Aires, n°1: marzo de 1929 - [n°3/4: diciembre de 1929]

Publicación mensual fundada en marzo de 1929 y dirigida por Juan Raggio. Muy ligada a las editoriales Argonauta y Atlas. En ella aparecen textos de Michael Sadler, Paul Colin, Junio Gara, P. Larivière y Benjamin Casseres.

Disp.: n° 1, 2 (mayo 1929), 3/4.

### EMANCIPACIÓN FERROVIARIA / Órgano de los Trabajadores de los FFCC del Estado, adheridos a la FORA.

Tucumán: Trabajadores de los Ferrocarriles del Estado, 2° época: 1941 - [194-].

Textos: Emilio López Arango, Manuel López, M. Gulies, etc.

Disp.: n° 5 (junio 1941).

### EL EMANCIPADO / Órgano de la Sociedad de Resistencia "Obreros del Puerto de la Capital".

Buenos Aires: Sociedad de Resistencia "Obreros del Puerto de la Capital", n° 1: 15/6/1907 -

Textos: Rodolfo Sánchez, Ángel Fernández, F. Nieves, etc.

Disp.: n° 1.

### EN EL CAMINO

Bahía Blanca, n°1: 1/5/1923 - [n°13: mayo 1925]

Publicación mensual cuyo redactor fue J.L. Guillén, y tuvo a José Rodríguez como administrador.

Disp.: n° 1-8, 10, 11, 13.

### EL ESCALPELO. Periódico bi-mensual de filosofía, letras y artes

Buenos Aires, [s.n.], Primera época: n° 1 (10/10/1899) - 2 (27/8/1899) // Segunda época: n° 1 (12/12/1899) - 13 [11/2/1900].

En la segunda época cambia su periodicidad y subtítulo a: Revista mensual de filosofía y sociología.

Disp.: n° 1-8, 10, 11, 13.

### LA ESCUELA POPULAR / Órgano de la Liga de Educación Racionalista.

Buenos Aires, [s.n.], n° 1: 1/10/1912 - n° 20: 15/7/1914.

Julio Barcos aparece como director de la revista desde el n°6, y el n° 14 aparece dirigido por Mercedes Gauna. Luis Magrassi y Ramón Güimil se sucedieron como administradores de esta publicación mientras Renato Ghia fue su redactor. La Comisión técnico administrativa de la Liga de Educación Racionalista estaba compuesta por: Alicia Moreau, Julio R. Barcos, Enrique del Valle Ibarlucea, Urbano Rodríguez, Juan Emiliano Carulla, Luis Magrassi, Vicente Fonda, Baldomero Herrero, Apolinario Barrera y Miguel Cabrera. Además de los textos de su autoría, escriben: Laureano D' Ore, H.D. Staffa, Juan Dercu, Regina Feruzzi, Gregorio Berman, J. Zimmerman, entre otros.

Disp.: comp.

### ESPAÑA. Proa al futuro! / Administrador: Agustín Hernández.

Buenos Aires, [s.n.], [1937].

En el amplio número anuncio se proyecta como diario y escriben: Manuel Penella, Manuel Blasco Garzón, Dolores Ibarruri, José Romero Cuesta, Alberto Ghiraldo, Hermina Brumana, Benjamín Pert, Julio Figueroa, Ángel Osorio, Mauro Bajatierra, Julio Barcos, Haya de la Torre.

Disp.: número anuncio (12/10/1937), n° 1 (23/10/1937).

### LA ESPAÑA INQUISITORIAL

Buenos Aires, [s.n.], 1897.

Probablemente se trate de un número único vinculado a la redacción de **El Oprimido**. Reproducen textos de Terradas, Federico Urales, Pedro Carominas, Ácrata B, etc.

Disp.: número único (9/5/1897).

### L' ESPIGA. Periódico mensual agrario / [Dir.: Alfredo Protti].

Buenos Aires: [s.n.], n°1: agosto 1921.

mensual

n° 1: agosto 1921 - [1921]

Disp.: n° 1.

### ESTUDIOS. Pedagogía, sociología, crítica y arte / Dirección: José Torralvo y F. Ricard.

Rosario: [s.n.], Primera época: 1914-1916. Segunda

época: año III, n° 1: 26/6/1916 - n° 6: 5/9/1917.

Publicación dirigida por José Torralvo y Fernan Ricard, quien figura como administrador sin seudónimo: A.M. Dopico. También fue su editor Enrique Nido. La segunda época recomienza la numeración pero mantiene la cuenta de los años. Además de los directores, escriben: J.L. Tato, Armando Larrosa, A. Rodríguez, Natal de Barbieri, Juan Palazzo, Pierre Quiroule [seud. de Joaquín Alejo Falconnet].

Disp. 2° época: n° 1-6.

### EVOLUCIÓN / Órgano de la Unión Gastronómica de la Plata, mozos, cocineros y anexos (adherido a la FORA).

La Plata: Unión Gastronómica de La Plata, 1928 - [1943].

Textos: Luigi Fabri, Bartolomé Bosio, Juan B. Neyra, Enrique José Varone, Carlos S. Bianchi, A. Martínez Civelli, José Grunfeld, Daniel Domínguez, J. García Pradas. Con ilustraciones de Lobo y Clement Moreau.

Disp.: n° 132 (marzo 1939), 142 (enero 1940).

### LA EXPANSIÓN INDIVIDUAL

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 1896-

Textos de: M. Guyau, Multatuli, Julio Molina y Vedia, Heriberto, Edward Carpenter.

Disp.: n° 1.

### LA FAVILLA / Publicatto per libera iniziativa dal gruppo L' Azione.

Bahía Blanca : Gruppo L` Azione, 1903.

Disp.: n° único (fines 1903).

### LA FIACCOLA. Periódico Anárchico editato dal gruppo "Risurrezione" / Editore responsabile: Agostino Castiglioni.

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 5/12/1912 -

Disp.: n° 1.

### LA FORA / Órgano de la Federación Obrera Provincial de Santa Fe.

Rosario: Federación Obrera Regional Argentina, 1933 - [1934].

Disp.: n° 11 (agosto 1934).

### FULGOR. Periódico anarquista / Agrupación Fulgor.

Buenos Aires: Agrupación Fulgor, n°1: 8/3/1906 - [n°14: 12/12/1906].

De "redacción anónima", entre seudónimos y firmas se reproducen textos de: J. Giribaldi, S. Marque, E. Malbrán, Desiderio Tracroy, Mario Kleper, Eduardo G. Gilimón, R. Farigola, J.M. Acha, Máximo Suárez (probablemente en el grupo edi-

tor), Lumemar, Carmilo Freda, Rafael E. Represas, Alejandro Sux, etc.  
Disp.: n° 1-3, 5-14.

**FRANCISCO FERRER.** Revista de educación racional continuadora de la obra de La Escuela Moderna / Director: Prof. Samuel Torner. Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 1/5/1911 - n° 17: 1/12/1912. El administrador fue Baldomero Herrero. Textos de: Celestino Mibelli, Augusto Guzalbo, Alberto Ghirardo, Nicolás Estévez, Soledad Villafranca, Carmen de Burgos, Consuelo Álvarez, del Valle Ibarlucea, Julio Barcos, Anatole France, Ángel Falco, Alicia Moreau, William Heaford, etc.  
Disp.: n° 1, 4-17.

**LA FUSTA.** Revista crítica del anarquismo / Administrador general: R. Nello Damonio. Buenos Aires: [s.n.], n°1: 22/3/1910 - [1910]. Al menos en el único número con el que contamos, la publicación parece tener tres secciones: (1) sección El Despertar (3ª época); (2) sección L' Agitatore (2ª época), en italiano y explícitamente individualista; y (3) sección La Revuelta. Aparecen textos de Juan Más y Pi, Arnaldo Galea Espi, Max, Rouen, Samuel Blois, entre otros.  
Disp.: n° 1.

**GERMEN.** Revista popular de sociología / Dir.: Alejandro Sux [seud.]. Buenos Aires: [s.n.], n° 1: octubre 1906 - 1912. A partir de 1910, Alejandro Sux es deportado y Santiago Locascio se hace cargo de la dirección de la revista. Sus redactores fueron José Delicia, Vicente A. Salaverri, Bachiller Viñega. Colaboradores: Constantino Piquer, Luis Roberto Boza, José Delicia, Benjamín Velasco Reyes, Fabricio Falk, Vicente A. Salaverri, Luis M. Rovira, Santiago Puccio, A. Borquez Solar, Julio Laurents Páges, Davis Lescano, Alejandro Bouquet, Santiago Locascio, Luis Martínez Urrutía, Juan Más y Pi, Pedro J. Calou, Albert Juhellé, Octavio Mirbeau, entre otros. Ilustradores Sparoni, Barbieri y José de Maturana, entre otros.  
Disp.: n° 1-12 (1/9/1907).

**GERMINAL.** Periódico anarquista Buenos Aires: [s.n.], n°1: 14/11/1897 - [n°25: 5/3/1898]. Durante los primeros cuatro números aparece B. Salbans como director, a partir del número 5 y hasta el 24, el director pasa a ser Francisco García, y finalmente en el n° 25 queda León S. Urrutía como director. Tanto en el número 3 como en el número cuatro se avisa que en el número por venir el periódico vendrá acompañado de una

página sobre feminismo. Además cada número cuenta con una columna en italiano. Algunos de los colaboradores habituales son: G. Montero, I. Muñoz. F. Muñoz, M.R. Muñoz, Laurentina Sauvray, Virgilio P., Francisco García, León Urrutía y Julio Molina y Vedia; Santiago Locascio también estuvo vinculado a este periódico.  
Disp.: n° 1-25.

**GERMINAL.** Semanario de sociología, ciencias y letras Salto: [s.n.], n°1: 1/4/1906 - [n°3: 15/4/1906]. Publicación semanal "Publicada bajo los auspicios del 'Grupo Libertario Germinal'", en el cual contamos a Rodolfo González Pacheco y a Teodoro Antillí, entre otros; con textos de: Alberto Ghirardo, Angel Guerra, Francisco Carrara, Silvestre Quintana, etc.  
Disp.: n°1-3.

**GERMINAL /** Editado por la Federación Obrera Local Tucumana. Tucumán: Federación Obrera Local Tucumana, n° único (1º/5/1908). Textos. Roch Naboulet, Tomás Delgado, J. Guerra, Horacio Stabile, Zeon J. López, Manuel Flores, Pedro P. Pizzaro, Santos J. Massa.  
Disp.: n° único dedicado al primero de mayo.

**GERMINAL.** Publicaciones mensuales / Dir.: Fernando Giacobini; José Tempone. Buenos Aires: [s.n.], n° 1: noviembre 1920 - n° 4: 1921. Serie de folletos que fue dirigida por Fernando Giacobini y José Tempone, con colaboraciones de Enrique Mouchet, Roberto F. Giusti, Eugenio Nájera, Alfredo A. Bianchi, José P. Barreiro.  
Disp.: n° 1 ("Evolución y revolución" / A. Malatesta); n° 3 ("El Partido Socialista y la tercera internacional", enero 1921).

**GESTA.** Tribuna del pensamiento anarquista Buenos Aires: [s.n.], 1956 - [1957].  
Disp. n° 2 (enero 1957).

**GOLOS TRUDA.** Organ Federatsii Rossiiskikh Rabochikh Organizatsii u Ameriki. [La Voz del Trabajo. Órgano de la Federación Obrera Rusa Sud-Americana] / Dir.: Iakov Sigal, luego V. Levshikov. Buenos Aires: Federacion Obrera Ruso-Sudamericana, [1917] - [1930]. Su primer Director fue Iakov Sigal, luego tomó el puesto V. Levshikov. Escritores frecuentes en sus páginas fueron Grigorii Maer, Fedor luz'kov, T. Khodzinskii, Petr Oleinik, N. A. Cholovskii y Anatole Gorelik. Editado en Buenos Aires y posi-

blemente trasladado a Montevideo entre 1919 y 1921.  
Disp.: n° 264 (29/5/1926), 283 (1/2/1928), 296 (1/6/1929), 297 (18/9/1929).

**EL GRÁFICO /** Órgano de las sociedades de resistencia que forman la "Federación de las Artes Gráficas de la República Argentina". Buenos Aires: Federación Argentina de Trabajadores de las Artes Gráficas, n° 1: marzo 1904 - [n° 20: julio 1906].  
Disp.: n° 1-8, 10-20.

**EL GREMIO /** Órgano de la Sociedad de Resistencia La Unión de Cocheros de Buenos Aires. Buenos Aires: Sociedad de Resistencia La Unión de Cocheros de Buenos Aires, 1902 - [1903]. Publicación quincenal que posiblemente continúa la numeración de **La Razón** (1902). Textos: Sebastián Faure, Anselmo Lorenzo, Francisco Nogales, Alberto Ghirardo, Roque Bercean, etc.  
Disp.: n° 3 (1/10/1902), 4, 6-10 (9/9/1903).

**HIERRO!** Semanario libre / Dir.: Federico Ángel Gutiérrez. Buenos Aires: [s.n.], n°1: 6/10/1904 - [n°2: 14/10/1904]. Notas y textos de Fag Libert (seudónimo de Federico Ángel Gutiérrez), Pío Barola, Enrique Ciroso, Adam Revoltaire, José Macías, F. Cabrera Díaz.  
Disp.: 1 (6/10/1904), 2 (14/10/1904).

**EL HIERRO /** Órgano de la Federación de Obreros Fundidores y Modelistas. Buenos Aires: Federación de Obreros Fundidores y Modelistas, 1906 - [1908]. Publicación mensual. Colaboradores: Francisco Apallaniz, León Havaux, Guerra Junqueiro, Adolfo Albert, F. Pi y Arsuaga.  
n° 15 (diciembre 1907) - 21 (junio 1908).

**HOMBRE DE AMÉRICA fuerte y libre /** Comité directivo: Edgardo Cascella, Aarón Cupit, Jorge Hess, Juan Lazarte, Manuel M. Fernández. Buenos Aires: [s.n.], n° 1: enero 1940 - n° 27: octubre 1945. Publicación mensual muy relacionada a la editorial América Lee, poseía colaboradores de distintos países de sudamérica, ocupándose así de la situación política y social de Argentina, Chile, Perú, Bolivia y Ecuador. Se publicaron textos de Jacobo Prince, Julio R. Barcos, Leonidas Barletta, Campio Carpio, Gonzalo Bosch, O. Rivas Rooney, Pedro Olmos, Víctor Troncoso, Aurelio Martínez, Luis Orsetti, Alfonso Longuet, Fernanda





Quesada, Gustavo Cochet, Jorge Orgaz, Rafael Grunfeld, José Grunfeld, Horacio Elite Roqué, Miguel Ángel Anguerira, Demetrio Urruchúa, Dardo Cúneo, Luce Fabbri, Jacobo Maguid, Diego Abad de Santillan, Jorge Lunazzi, Luis Danussi, Jacobo Prince, Rafael Grinfeld, Juan Lazarte, quien publicaba una columna sobre sexualidad. Disp.: n°1-25.

**HUMANIDAD.** Periódico de idea libertaria / Administrador: J. Balaguer E. Santiago del Estero, [s.n.], 1917. Disp.: n° 2 (18/3/1917).

**HUMANIDAD.** Revista libertaria / [Administrador y redactor: Horacio Elite Roqué]. Buenos Aires: Asociación Libertaria, n°1: junio 1927 - n°9: enero 1929. Publicación mensual en la que escribieron Horacio Elite Roqué, José Lunazzi, Enriqueta Marc, María Álvarez, Irene Boris, Albert Libertad, Jacobo Prince, C.A. Balbuena, José N. Torres, María Montessori, Luis Fabbri, M. González Prada, Godoy Urrutia, Agustín Ferraris y A. Hiper, Agustín Ferraris, Anatol Gorelik, F. Bazal, etc. Disp.: comp.

**IDEA LIBRE.** Periódico mensual de ideas y crítica Buenos Aires: [s.n.], n°1: oct. 1926. Probablemente la administración del periódico estuvo a cargo de R. Matera. En sus páginas han aparecido textos de Ricardo Mella, Silvia D'ámico, Ellen Key, Kropotkin, Anatole France. Disp.: n°1.

**IDEACCIÓN.** Publicación anarquista / [Dir.: Carlos Solero]. Rosario: Grupo Impulso Libertario, n° 1: 1985 - Disp.: n° 10 (abril-mayo-junio 1988), 21 (primavera 1997).

**IDEAS /** Redactores: Fernando del Intento, Enrique Balbuena, José Lunazzi, Segundo del Río. La Plata, Pcia. Bs.As.: [s.n.], 1909-1932. En un principio se subtítulo "Publicación libertaria" y es editada por la Agrupación Ideas. Luego esto se modifica y pasa a ser editada por el Centro de Estudios Sociales. La segunda época que comienza en 1917 inicia la numeración que se mantendrá también durante la tercera época hasta 1931, períodos durante los cuales aparece quincenalmente. Gran parte de la segunda época tiene como administrador a Risto Stoianovich, y finalmente, a partir de la mitad de esta segunda época y durante la tercera y la cuarta, el administrador

estable es Domingo De Agustia. Durante la última época aparece semanalmente. Textos: Fernando del Intento, Enrique Germán Balbuena, José Lunazzi, Segundo del Río, P. Hernández, Antonio Pérez, José Romero, Teodoro Antillí, José Picone, A. Anacreonte, J. Pinedo, Jacobo Maguid, José Grunfeld, Jacobo Prince, José María Lunazzi y Rodolfo González Pacheco.

Disponibilidad:

Primera época: n°3 (20/2/1909); Segunda época (1917-1929): n° 57, 64, 67, 69, 81-85, 87-90, 92-95, 97-100, 102, 103-105, 107-132, 136-150, 152-189, 191-194, 196, 197; Tercera época (1929-1930): 198-207. Cuarta época (1931-1932): n° 1 (8/1/1931)-10 (1932).

**IDEAS Y FIGURAS.** Revista semanal de crítica y arte / Dir.: Alberto Ghirardo. Buenos Aires - Madrid: [s.n.], Primera época (Buenos Aires): n° 1: 13 marzo de 1909 - n° 136: agosto 1916; Segunda época (Madrid): n° 1: 1/5/1918 - n° 11: 18/12/1919.

Colaboradores durante la 1ª época editada en Buenos Aires: Julio R. Barcos, Alberto Ghirardo, Enrique García Velloso, José de Maturana, Alberto Gerchunoff, Marco Nero, Ruy de Lugo Viña, Eduardo Talero, Juan Más y Pi, Joaquín de Vedia, Roberto J. Payró, Alfredo L. Palacios, Luis María Jordán, Evar Méndez, Vicente Medina Florencio Sánchez (con los seudónimos de Luciano Stein o Jack The Ripper). Ilustradores: Alonso, Brughetti, F. Vallo-ton, Rojas, Guarro, Hohmann. Colaboradores durante la segunda época editada en Madrid: B. Pérez Galdós, Rafael Lasso de la Vega, Manuel Machado, Ramón del Valle-Inclán, Max Nordeau, Juan González Olmedilla, B. Fernández y Medina, Luis E. de la Rocha, Antonio de Hoyos y Vinent, Ballesteros de Martos, Eduardo M. del Portillo. Disp.: completa.

**IMPULSO.** Revista mensual / Editada por el Centro "Libertad", agrupación contra el fascismo y el imperialismo Punta Alta - Bahía Blanca - Pcia. de B.A.: Centro "Libertad", [1920-1929]. Textos de Ramiro de Maeztú, Obdulio Barthe, Ricardo Zabalza, Pedro Godoy, Juan Lazarte, Justo García, Rodrigo Soriano, Serafín Angélico, César Tiempo y Emilio Frugoni, etc. Disp.: n° 7 (diciembre 1928).

**INSURREXIT.** Revista Universitaria Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 8/9/1920 - n° 12: noviembre 1921. Entre sus editores y colaboradores estuvieron:

Herminia Brumana, Héctor Raurich, Mika Feldman, Hipólito Etchbèhère, José Paniale, Eduardo González Lanuza, y Francisco Piñero. Aparecen textos de Alfredo L. Palacios, Horacio Quiroga, Marcelino Domingo, Arturo Capdevilla, Julio R. Barcos, Luis Di Filippo, Juan Antonio Solari, Alfonsina Storni, entre otros. Disp.: n° 1, 4, 6, 7, 8, 9, 12.

**IZQUIERDA.** Publicación mensual / Dir.: Elías Castelnuovo. Buenos Aires: Izquierda, n° 1: 1927 - n° 4: abril 1928. Redactores: Julio Barcos, Juan Lazarte, José Torralvo, Luis Di Filippo. Ilustradores: Abraham Vigo, Guillermo Facio Hébequer. Disp.: completa.

**J'ACCUSE /** Editado por el Grupo Caballeros del Ideal. Buenos Aires: Caballeros del Ideal, n° único: 20/7/1907.

**EL JOYERO /** Órgano defensor de los intereses del gremio. Buenos Aires: [s.n.], 1905 - [1906]. Disp.: n° 7 (marzo 1906), 8 (junio 1906).

**LA JUSTICIA.** Defensor de los intereses del gremio y de la clase trabajadora en general / Órgano de la Sociedad de Resistencia Ayudantes y Peones de Cocina, adherida a la FOLB (comunista). Buenos Aires: Sociedad de Resistencia Ayudantes y Peones de Cocina, 1919 - [1926]. 1919 - [1926], Disp.: n° 27 (febrero 1921), n° 36 (octubre 1926).

**JUVENTUD LIBRE /** Alianza Juvenil Anarquista (AJA). Buenos Aires: Alianza Juvenil Anarquista, n°1: 1/5/1939 - Su administrador fue Santiago Calderón. Escriben en este número: Santiago Calderón, Juan Lazarte, Álvaro Yunque, Costa Iscan, Luis Alberto Murray, Augusto Ramoux, entre otros. Disp.: n°1.

**LABOR /** Director: Fag Libert [seud.]. Buenos Aires: [s.n.], n°1: 1/4/1906 - n° 7: 1/7/1907. Publicación quincenal con textos de Fag Libert (seudónimo de Federico Gutiérrez), José de Maturana, Leopoldo Salinas, Eduardo G. Gilimón, Marcela Vives, Miguel Saura, Alejandro Sux (seudónimo de Alejandro Maudet), A. Marino, Enrique Pellegatta. Disp.: n° 2, 3, 6, 7.

**EL LÁTIGO DEL CARRERO** / Órgano defensor del gremio de Conductores de Carros.

Buenos Aires: Gremio de Conductores de Carros, 1904 - [1928].

Publicación quincenal, luego mensual con textos de: Antonio Loredó, José Arbós, J. García, Antonio Zamboni, Anselmo Lorenzo, R.A. del R., Carlos Balsan, Juan S. Giribaldi, Helios, Liberto Lernel, Marcelo del Prado, Antonio López, etc. Aparentemente la publicación posee una cuarta época que comienza en agosto de 1946.

Disp.:

1º época: n° 17 (15/8/1905)-21, 27-35, 37-56, 64, 66-68, 71, 72, 77-83, 86-88;

2º época: n° 21 (enero 1920), 30-34;

3º época: n° 1, 2 (mayo 1928).

**LAVORIAMO.** Periodico di propaganda comunista-anarchica / Indirizzo: Luigi Bruni.

Buenos Aires: Gruppo lavoriamo, n°1: diciembre 1892 - [n° 6: 1/7/1893]

Disp.: 2 (1/1/1893), 3, 6.

**LA LIBERA PAROLA.** Periodico settimanale libertario / Redazione Amministazione: Romolo Ovidi.

Rosario (Pcia. de Santa Fe) : [s.n.], n°1: 1/5/1900-Disp.: n°1.

**LIBERACIÓN** / Agrupación anarquista de lavadores de autos.

Buenos Aires: Agrupación anarquista de lavadores de autos, n°1: 1/1/1932-

Disp.: n°1.

**LIBERACIÓN.** Quincenario de combate

Rosario: [s.n.], n°1: junio 1927 - [n°3: 1/7/1927].

Publicación quincenal cuya administración estaba a cargo de Rafael C. Lavarella. Publicaba textos de A. Ghiraldó, Rodolfo González Pacheco, E. Francia, Arturo Vázquez, Rabindranath Tagore, Grotto, Ñanga-Pirí, J. García y Simplicio de la fuente, entre otros.

Disp.: n° 1-3.

**¡LIBERTAD!** / Órgano de la F. O. Local Bonaerense, adherida a la FORA y a la Asociación Internacional de Trabajadores.

Buenos Aires: Federación Obrera Local Bonaerense, n° 1: 1/5/1926 - [1930].

Textos: H. Marino, Eliseo Rodríguez, Delxis, E. Latoro, Emilio López Arango, Gabriel Biagiotti, José M. Acha, Eliseo Rodríguez, A. Souchy, Manuel Villar.

Disp.: n° 1, 2, 4 (1/5/1930).

**EL LIBERTARIO.** Quincenal Anárquico / Grupo "Trabajo y Libertad".

Buenos Aires: Grupo Trabajo y Libertad, 1911.

Textos: Palmiro, Ramón Díaz, Ernesto Herrera, P. Rapagnetta, Jaime T. Morillo, etc.

Disp.: n° 4 (25/1/1911), 5, 7, 9 (17/3/1911).

**EL LIBERTARIO** / Administrador: Leopoldo Guzmán.

Buenos Aires, n°1: 22/5/1920 - n°15: 23/10/1920.

Aparecen textos de Rubén Coto, Pedro Darío Fusco, Víctor Alferi, T. Antilli, Justo Menéndez, F. Pi y Margall, Helios, Rodolfo González Pacheco, E.G. Gilimón, Manuel Álvarez, José Bulucci, Atilio Navacchia, entre otros.

Disp.: comp.

**EL LIBERTARIO.** Decenario anarquista / Alianza Libertaria Argentina (ALA).

Buenos Aires: Alianza Libertaria Argentina, n°1: 23/4/1923 - n°109: 1932.

Comienza como una publicación decenal, luego cambia el subtítulo a: Órgano Oficial de la Alianza Libertaria Argentina. Probablemente la administración del periódico estuvo a cargo de David Valdes. Entre sus impulsores y editores estuvieron Enrique García Thomas y Hemeregildo Rosales. Escribieron aquí Teodoro Ortega, Alfonso Santos Neira, Luis María López, Teófilo Dúctil, Gabriel Biagotti, Luis Di Filippo, Elina Pombo de Devoto, Luis M. Fresco, Julio Amor, Sara Yacub, Horacio Elite Roqué.

Disp. casi comp. (falta n°103).

**EL LIBERTARIO** / Órgano de la Federación Libertaria Argentina (FLA), adherida a la Internacional de Federaciones Anarquistas (IFA)

Buenos Aires: Federación Libertaria Argentina, n° 1: enero 1985 - [publicación abierta].

Editor Responsable: Antonio José Cora, luego Carlos N. Fariña. Colaboradores: Jacobo Maguid, Enrique Palazzo, Eduardo O. Fagetti, Carlos Penelas, Carlos Solero, Vicente Eloy Cano, Jacobo Prince, Luce Fabbri, etc.

Disp.: n° 1, 4, 17, 20, 26, 30, 35, 38, 41-45, 47-53 (dic. 2003), 64 (otoño 2007).

**LA LIBERTÉ.** Organe ouvrier, parassant tous les dimanches / Redacción: Pierre Quiroule [seud].

Buenos Aires: Imp. de Il Pungolo, enero 1893 – septiembre 1894 .

Publicación que reproducía notas de la prensa anarquista francesa. En total aparecieron 39 números, 13 durante 1893 y 26 en 1894. Además de Gerard Gerombou, en el grupo editor están Emile Piette y a Alexandre Sadier, quienes reci-

bían las publicaciones **Revolté** y **Père-Peinaud** y conformaban el grupo franco-parlante relacionado con **El Oprimido**. Durante 1893 este periódico fue impreso en la Imprenta de Il Pungolo. Probablemente continua como **Le Cyclone**. La gran mayoría de las columnas no están firmadas, las pocas firmas que aparecen son: T. Rusmo, Anatole Baji, Lucien Pemjeam, Víctor Joze, Hanna, Paul Adam, Lucien Descaves, Paul Tachon, E. Renoult. Se reproducen pequeños textos de Tolstoi, Bakunin, Reclús, Emile Henry, Hector France, George Sand, Maupassant y Flaubert.

Disp.: 1893: n° 5 (20/2/1893) y n° 9 (18/3/1893); 1894: n° 1 - 26 (9/9/1894).

**LIBRE EXÁMEN.** Revista semanal ilustrada de sociología, crítica y literatura / Director: R. Elám Ravél.

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 19/6/1904 – [n° 24: 1905].

Textos: Fag Libert (seudónimo de Federico Gutiérrez), Leonardo A. Bazzano, Julio Molina y Vedia, Justus, Octavio Mirbeau, V. Núñez Árrego, E. Tabourich, J. C. Collonges, Cipriano Retolaza, C. Tentes, etc.

Disp.: n° 1 – 18 (23/10/1904).

**LIBRE EXÁMEN** / Órgano oficial del centro de libres pensadores de Bolívar.

Bolivar (Pcia. de Buenos Aires), 1911 - [1915].

Luego en el subtítulo se agrega: órgano oficial del centro local de librepensadores de Bolivar y de la liga de Educación racionalista de 25 de mayo. Aparecen textos de Pi y Margall, Golliardo, James Püedel, José Nakens, Federico Forcada, A. Zozalla, A. Lis, Pascual Celsio, José Novo, Rosa Noctanine, José Borobio, R. González Pacheco, Alfredo Calderón, Armando Larrosa y José Ingenieros, entre otros.

Disp.: n° 42 (25/2/12), 45, 47-63, 65, 66, 68-75, 77-79, 88-93, 35, 96, 99-101, 103-105, 107-111, 113-129, 144, 158-160, 162, 163, 166, 173, 177, 182, 185, 187, 192, 194, 195, 197, 198, 202-206, 208, 210 (30/5/1915).

**LIBRE EXÁMEN.** Publicación anarquista

Buenos Aires: [s.n.], n°1: 15/6/1930 -

Probablemente el administrador de la publicación fue Orestes Bar. En el primer número aparecen textos de Emilio Aliaga, Radowitsky, Costa Istar, Ricardo Mella y José Ingenieros.

Disp.: n°1.

**LA LIBRE INICIATIVA.** Periódico comunista-anárquico / Dir. C. Gino.



Rosario: [s.n.], n°1: 18/9/1895 - [n°7: 7/9/1896]  
A fines de 1896 se une con otro periódico rosario, **La organización obrera**, para dar lugar a **La nueva Humanidad**.  
Disp.: n° 1 - 7.

**LIBRE PALABRA**. Periódico de ideas / Dir.: Tito L. Foppa, Rodolfo González Pacheco.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 2/12/1911-  
Textos: Francisco A. Riu, Javier de Viana, José Ingenieros, Felipe Sassone, Máximo Soto Hall, Natalio Botana, Mónica Martínez de Delgado, Natalio Botana, José de Soiza Reilly, etc.  
Disp.: n° 1.

**LA LUCHA**. Periódico comunista-anárquico / [Adm. J. Rojo].  
La Plata: [s.n.], n°1: 11/11/1894 -  
Disp.: n° 1.

**EL MANIFIESTO** / de R. González Pacheco y T. Antilli.  
Buenos Aires: [s.n.], n°1: 1/10/1912 - [n°7: 5/1/1913].  
Publicación quincenal donde aparecen textos de Julio R. Barcos, Antonio Zazaya, Luis Bonafoux, R. Mella, Alejandro Sux [seud.de Alejandro Maudet], Luis Molinari, Anselmo Lorenzo y Leopoldo Lugones, ente otros.  
Disp.: n°1-7.

**MAR Y TIERRA**. Periódico de divulgación anarquista / Adm.: F. Quesada.  
Bahía Blanca / Ingeniero White: [s.n.], n° 1: primera quincena enero 1924 - [n° 3: abril 1924].  
Disp.: n°1-3.

**MARTÍN FIERRO**. Revista popular ilustrada de crítica y arte / Dir.: Alberto Ghiraldo.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 3 febrero 1904 - n° 48: 6 febrero 1905.  
A partir del n° 32 aparece como suplemento semanal de **La Protesta**. Textos de: Federico Ángel Gutiérrez (con los seudónimos de Juan Pueblo y Fag Libert), Alberto Ghiraldo, María Julia Ghiraldo, Alfredo Palacios, Luis Berisso, Francisco Sicardi, Rafael Obligado, Ricardo Fuentes, Julio Cruz, Marco Nereo, Juan Julián Lastra, Rafael Urbano Stefanello, Ernesto Mario Barreda, Eduardo Bianchi, Félix Basterra, Manuel Ugarte, Juan José de Saiza Reilly, Julio Molina y Vedia, Carlos Martínez Vigil. Ilustraciones: Alfonso Bosco, Pelele (seudónimo de Pedro Zaballa), Otón, Barradas, Veritas, Morelli, Osuna, Schiaffino, Yermau, etc.  
Disp.: completa.

**MENTE**. Publicación de crítica social / [Editada por el grupo "Justicia"].

Córdoba: Grupo "Justicia", n° 1: mayo 1920 - [n° 3: julio 1920].  
El grupo Justicia estaba formado por: Carlos Astrada, Deodoro Roca, Emilio Biagosh, Ceferino Garzón Maceda y Américo Aguilera. Textos: Amelius, Rodolfo González Pacheco, Carlos Astrada, Saúl Taborda, J.M. Suárez, José Torralvo, Eugenio Parajon Ortiz, Juan Lazarte, Luis Monart, Fernan Ricard [seud. de A. M. Dopic], Clas Barri, Antonio Navarro, Luis Di Filippo, Sebastián Faure, Juan Cruet, G. F. Nicolai, Abel Rodríguez.  
Disp.: n° 1-3.

**EL METALÚRGICO** / Periódico de orientación y de combate de la Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos [Adherida a la FORA].  
Buenos Aires: Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos, [1922] - [1930].  
Disp.:  
2° época, n° 3 (septiembre 1924), 5-7;  
3° época: n° 8 (1/5/1927);  
4° época: n° 1 (marzo. 1930), 2, 3 (junio 1930).

**LA MISERIA**  
Buenos Aires: [s.n.], n°1: 16/11/1890 - [n°4:1/1/1891].  
Disp.: n° 1 - 4.

**LA MONTAÑA**. Periódico socialista revolucionario / Dir.: Leopoldo Lugones, José Ingenieros.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 1/4/1897 - n° 12: 15/9/1897.  
Textos de: Julio Molina y Vedia, Gabriel Tarde, Enrique Ferri, José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Claudio Treves, Antonio Renda, Andrés Mata, Sebastián Faure, entre otros.  
Disp.: completa.

**MUNDO NUEVO**. Revista de combate / Director: Emilio Reise.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 1932 - [n° 9: noviembre 1933].  
Textos: J. Mesa, R. González Pacheco, Arturo Labriola, Carlos Poggi, V. Todaro, Aquiles Loria, A. Martínez Rizo, Miguel Aquino, etc.  
Disp.: n° 1- 9.

**NERVIO**. Ciencias, artes, letras / Dir.: V. P. Ferrería, A. Llonguet, I. Aguirrebeña, Saúl Kaplán y Costa Iscar.  
Buenos Aires: Nervio, n° 1: mayo 1931 - n° 48: noviembre 1936.  
A partir del n° 13 cambia el subtítulo por Crítica, artes, letras. Textos de: Herminia Brumana, Jacobo Prince, Han Ryner, Elías Castelnuovo, Falconnet,

Costa Iscar, I. Aguirrebeña, Alfredo Longuet, Santiago Arguello, Augusto Chertkoff, Edgardo Casella, Leónidas Barletta, Fedor Bazarof, Campio Carpio, A. Morozoff, Eugen Relgis, Alberto Maritano, Juan Lazarte, José Portogalo, V.P. Ferreira, Alfonso Longuet, Álvaro Yunque, José M. Lunazzi, Jorge R. Forteza, Julio E. Payró, Armando Panizza, Mario Panizza, Diego Abad de Santillán, Albert de Jong, Arturo Labriola, Alfonsina Storni, Aristóbulo Echegaray, Luis Reisseig, etc. Ilustraciones: José Planas Casas, Dirk Kerst Koopmans, Julio Orione, Valdivia, Marina, Justo Balza, Mario Venturi, Pablo Siena, León Poch, Irma Ofelia Dalconnet.  
Disp.: n° 1-38, 40-46, 48.

**NOSOTROS**. Publicación anarquista  
Buenos Aires: [s.n.], 1942 -  
Probablemente se presenta continuadora de alguna de las publicaciones españolas homónimas editadas en durante la Geurra Civil. Posee muchas notas sobre política internacional desde Perú, Bolivia, Chile. Escriben: Prádexis Guerrero, E. Latelaro, Tomás Soria, P.S. Gorostizo, Pedro A. Molina, J. Tato Lorenzo, Julio Bueno Dara Forti, Carlos Scalise, Francisco Ferrer Guido, entre otros.  
Disp.: n° 4 (octubre 1942), 5 (junio 1943).

**NUESTRA PALABRA** / Órgano de la Agrupación Anarquista "Nuestra Palabra".  
Buenos Aires: Agrupación Anarquista "Nuestra Palabra", n° 1: 1925 - n° 5 (septiembre 1926).  
Textos de D. Maza Oyola, Juan Zamora, Sudra, Miguel A. Arcelles, Jesús Montoya, J. Vera, Miguel Ramos.  
Disp.: n°2 (febrero 1926), 3, 5 (septiembre 1926).

**NUESTRA TRIBUNA**. Quincenario Femenino de Ideas, Arte, Crítica y Literatura / Red. y Adm.: Juana Rouco.  
Necochea/Buenos Aires: [s.n.], n°1: 15/8/1922) - n°39: 1/7/1925.  
Textos: Herminia Brumana, Juana Rouco Buela, Ceferino J. Sánchez, Felisa Scardino, Margarita Mantelli, Esther Rivarola, María R. Méndez, Josefa P. de Larro, Nélica V. Esparta, Pilar Serra, Videla Cuñado, María A. Suarez, Saturnina Gallo, Teresa Pissatti, Federica Montseny, Adelaida Suárez, Concepción G. Ordaz, Teresa Claramant, Angelina Arratia.  
Disp.: completa.

**NUESTRA VOZ**. Número único / Editado por el Grupo "Los Libres".  
Buenos Aires: Los Libres, agosto 1916.

Escriben: José Torralvo, Emilio L. Arango, Rodolfo Moreno, Titania, Octavio Tamoiné, A. Ghirardo, Luis A. Rezzano, Carlos Rodríguez Larreta, Orlando Ángel, Gerónimo Pedriel.  
Disp.: n° único (agosto 1916).

**LA NUEVA ERA** / Redactor: Santiago Locascio. Buenos Aires: [s.n.], n° 1 : 4/8/1901 - [n° 3: 1/12/1902].

Publicación quincenal en la que escriben: Arturo Montesano, Mario M. Guido, Santiago Locascio, T. Ross, Félix Basterra, E.G. Gilimón, Carlos Manco, Francisco Garfias, etc.  
Disp.: n° 1-3.

**LA NUEVA HUMANIDAD.** Órgano de las clases obreras

Rosario: [s.n.], [1896].

Esta publicación es producto de la unión de dos periódicos: **La Libre Iniciativa** y **La Federación Obrera** de Rosario.

Disp.: n° 3 (19/12/1896).

**LA NUEVA HUMANIDAD.** [Segunda época] Periódico sociológico, Ciencias y Letras

Rosario: [s.n.], n° 1 (1/4/1899) - n° 7 (oct. nov. 1899).

Continúa a la publicación homónima de Rosario que apareció en 1896.

Escriben: E. S. Sincero, Sarmento, Mediano, Alberto Palomeque, Latino A. Pon, Palmiro y Emilio Z. Arana, quien probablemente fue su director.

Disp.: n° 1-7.

**LOS NUEVOS CAMINOS.** Revista de Arte, Crítica y Estudios Sociales / Director: José de Maturana. Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (mayo 1906) - [n° 4: 1907].

Primero mensual, luego cambia su periodicidad y su subtítulo a Semanario popular de crítica, arte y sociología. En ella escriben: Alberto Ghirardo, Alfredo Calderón, José de Maturana, Laurent Tailhade, A. Ossorio y Gallardo, José Casasola, Pedro Gori, J.L. Valera, E. David, Manuel Laranjeira, J. Martínez Riz, J. Bruguera, Jacinto Benavente, Julio Barcos, y López Pinillos, Juan Más y Pi, entre otros. Traía editada de manera anexa a la publicación obrera portuaria **El Trabajo** (1906).

Disp.: n° 1 - 4.

**NUEVOS CAMINOS.** Revista quincenal de ideas, crítica y sociología / Redacción: Luis M. López; Administración: M. Gamindez.

Avellaneda: Centro Cultural y Artístico "Nuevos Caminos", n° 1: 18/7/1920 - n°8: 20/11/1920.

Textos de: José Torralvo, Emilio López Arango, Apolonio Scriba, Diego Abad de Santillán [seud.], Elías Castelnuovo, Luis María López, R. Escalante, Germinal Mario, F. Ricard [seud.].

Disp.: n° 1 - 8.

**LA OBRA** / Periódico Anarquista de la Agrupación Comunista Anárquica Brazo y Cerebro.

Tucumán: Agrupación Brazo y Cerebro, 1928.

n° 1: julio 1928 - [n° 6: diciembre 1928].

Muy probablemente se trata de la continuación del periódico **Adelante!**, especialmente dedicado a su región y a las problemáticas de Bolivia y Paraguay. Textos de R. González Pacheco, Tomás Soria, Magda Portal, Remato, A. Bellagarique, M. Martínez, T. Antillí, Joaquín Dicenta, J. Carro, Fermín Atalaya, etc.  
Disp.: n° 1- 6. Además: ejemplar sin número que avisa sobre la pronta aparición de la publicación.

**LA OBRA** / Editado por la Agrupación "El folleto mensual".

Santa Fe: Agrupación "El folleto mensual", 1927  
Disp.: n° 3 (11/6/1927).

**LA OBRA.** Publicación quincenal ilustrada [suplemento de La Protesta] / Editores: Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí.

Buenos Aires: La Protesta, n° 1 (junio 1915) - 1916.

El administrador de la publicación fue F. Gil. Aparecen notas de Eduardo G. Gilimón, Juan Creaghe, Luis Fabri, Teodoro Antillí, Rodolfo González Pacheco y F. Defilippis Novoa, Horacio G. Badaraco, Juan Más y Pi, Carlos Malagarriga, entre otros.

Podemos decir que se trata de la primera época de una publicación que hasta 1916 aparecerá como suplemento quincenal de **La Protesta**. Pero, luego de separarse de esta editorial, el Grupo La Obra (Antillí, González Pacheco y de Larra, entre otros) vuelven a relanzar la publicación en 1917, cuando saldrán 28 números con el subtítulo Periódico de ideas viéndose clausurada en enero de 1919. Finalmente, también impulsada por González Pacheco, comienza una tercera etapa en 1936 que se extiende al menos hasta 1952. Ver los registros correspondientes en esta bibliografía.

Disp.: n° 1, 2, 4 (agosto 1915).

**LA OBRA.** Periódico de ideas [Segunda época] / Dir.: Teodoro Antillí, Rodolfo González Pacheco, José Mariano de Larra.

Buenos Aires, [s.n.], n° 1: 20/5/1917 - n° 28: 28/1/1919.

Surge como periódico disidente de **La Protesta** y es clausurado durante la llamada "Semana trágica". Tuvo como redactores a Teodoro Antillí y Rodolfo González Pacheco, y como administrador a R. H. Díaz. Además de las firmadas por ellos mismos aparecen notas de Carolina Muzilli, Eduardo Zamacois, Leopoldo Santambrogio, Salvador Mendieta, Antonio Zozaya, G. Cabrini, E. Fèvre, G. F. Nicolai, Domingo Ovejero, Luis Bonafoux, Herminia Brumana, Badaraco y Alberto S. Bianchi. .

Disp.: completa.

**LA OBRA.** Publicación anarquista [Tercera época] / [Dir.: Rodolfo González Pacheco].

Buenos Aires: [s.n.], n°1: abril 1936 - [n° 83: diciembre 1952].

Publicación mensual cuyo administrador fue Duilio Martínez. Algunos de los autores y seudónimos que aparecen firmando las notas son: Rodolfo González Pacheco, Juan Pueblo, Agal, A. Aguzzi, Enrique del Solar, Tomás Soria, Alfredo Capus, Teodoro Antillí, Fort, Gabriel, James Dick, El Grillo, Eustasio Rivera, etc. Contiene aguafuertes de Urruchúa y grabados de Gustavo Crochet.

Disp.: n° 1 (Abril 1936) - 28 (agosto 1939), 32, 36, 37 (junio 1941), 42- 44 (diciembre 1942), 48, 50- 55, 57- 61 (octubre 1947), 63, 64, 66, 67, 69, 70, 72, 79.

**LA OBRA** / Órgano del Sindicato de Resistencia Lavadores de Autos y Anexos

Buenos Aires: Sindicato de Resistencia Lavadores de Autos y Anexos, [1930].

Disp.: n° 2 (19/7/1930).

**EL OBRERO.** Órgano de propaganda libertaria Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (27/9/1913) -

Colaboraciones de: Juan Teodoro Rey, Arturo Sgrandoglio, Manuel Frontini, Salvador Caputto, Eugenio Trizoli, Henry D. Mirabelli.

Disp.: n° 1 (27/9/1923).

**EL OBRERO.** Periódico defensor de los trabajadores / Dir.: Fernando Berri.

Buenos Aires: [s.n.], n° 1 [1898] - [1903].

Periódico que continua a **El Obrero Panadero**. Posee colaboraciones de: Germinal, S, K. Ayala, Diego Santiago, Palmiro de Lidia, Pablo Gélon, P. Navallas, Nemésio Rivarola, Ricardo Sañudo, Juan Montalvo, Edmundo L. Séguela, Manuel Pego, Isidro Oliver, José Posse, Antonio Campos, Indalecio, Cuadrado Rodríguez, etc.

Disp.: n° 32 (29/12/1900) - 56, 58, 59 (5/8/1902); Además: "suplemento al n° 46".



**EL OBRERO ALBAÑIL** / Órgano de la Sociedad de Resistencia entre Obreros Albañiles y Anexos. Buenos Aires: Sociedad de Resistencia entre Obreros, albañiles y anexos, 1898 - [1902]. Mensuario redactado en castellano e italiano. Disp.: n° 36 (7/10/1900), 39-45, 47-52 (25/1/1902).

**EL OBRERO ASERRADOR** / Órgano de la Sociedad de Resistencia de Obreros Aserradores y Anexos. Buenos Aires: Sociedad de Resistencia de Obreros Aserradores y Anexos, n° 1: junio 1906 - [1907]. Publicación mensual con textos de: Francisco Pi y Arsuaga, Alberto Ghirardo, Manuel Magdaleno, J. Carceller, Ángel Boltano. Disp.: n° 1, 2, 6 (15/1/1907).

**EL OBRERO CARPINTERO** / Órgano de la Sociedad Carpinteros y Anexos. Buenos Aires: Sociedad Carpinteros y Anexos, [1904] - [1914]. Sociedad fundada el 29 de junio de 1902 y adherida a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA). Disp.: n° 66 (diciembre 1913).

**EL OBRERO CONSTRUCTOR DE RODADOS** / Órgano de la Federación Nacional de Obreros Constructores de Rodados. Buenos Aires: Federación Nacional de Obreros Constructores de Rodados, 1907 - [1911]. Aparentemente esta publicación tuvo una primera etapa en 1894 (Gutiérrez, 1969). Su redactor fue Sebastián Marota. Disp.: n° 30 (marzo 1909), 31, 33-37, 40-42, 46, 48, 49 (julio 1911).

**EL OBRERO DEL MUEBLE** / Órgano oficial del Sindicato obrero de la Industria del mueble. Buenos Aires: Sindicato Obrero de la Industria del Mueble, 1924 - [1925]. Sindicato adherido a la USA y a la Unión Obrera Local de Buenos Aires. Disp.: n° 7 (noviembre 1924) - 10 (febrero 1925).

**EL OBRERO DEL PUERTO** / Órgano de la Sociedad de Resistencia Obreros del Puerto de la Capital. Buenos Aires: Sociedad de Resistencia Obreros del Puerto de la Capital, 1932. Sociedad de Resistencia adherida a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y a la Asociación Continental Americana de Trabajadores (ACAT). Disp.: n° 2 (5/1932), 3, 4 (julio 1932).

**EL OBRERO EBANISTA** / Órgano de la Sociedad de Obreros Ebanistas, Similares y Anexos. Buenos Aires: Sociedad de Obreros Ebanistas, similares y anexos, 1905 - [1923]. Órgano mensual del sindicato primero adherido a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y luego adherida a la Unión Sindical Argentina (USA). Textos de: Luis Malfatto, Luis Macchia, T. Ros, A. Labriola, B. Senra Pacheco, Bartolomé Bosio, A. Maldera, Jenaro Scarano, N. Lenine, Alfonso Silveyra, etc. Disp.: n° 9 (noviembre 1905), 10, 12, 92 (1/5/1920), 94-99, 100-109, 111-116, 118, 119 (noviembre 1923).

**EL OBRERO EN CALZADO** / Periódico del Sindicato de Obreros de la Industria del Calzado. Buenos Aires: Sindicato de Obreros de la Industria del Calzado, 1920 - [1945]. Sindicato adherido a la FORA al menos hasta 1932. Textos: Emilio López Arango, Rudolf Rocker, Arturo Masferrer, José Pedro Bellomo, Genaro Fochille, Cosme Marín, etc. Disp. en microfilm: n° 23 (mayo 1925), 24, 26, 28, 29 (1°/5/1932), 68.

**EL OBRERO EN DULCE** / Órgano oficial de la Sociedad Obreros en Dulce Unidos. Buenos Aires: Sociedad Obreros en Dulce Unidos, n° 1: 1/5/1920 - 1929.

A partir de 1924, cambia subtítulo a: Órgano oficial de las sociedades de Confiteros y Pasteleros de la Región Argentina; cuando también adhiera a la FORA y la AIT. Textos: Damacio Vélez, R. Castelua, Antonio Heger, R. González Pacheco, Jacobo Carro, M. Parga Ferreira, Gabriel Biagiotti, Domingo Fontanarrosa, A. B. Roma, Isidoro Ayala, Ebro, Jacobo Carro, Y. Giménez, Manuel Durán, Juan B. García, P. Quiroule [seud. de Joaquín Alejo Falconnet], E. Domingo, Luisa S., etc. Disp.: n° 1, 4, 6, 14-16, 22-25, 40-44 (marzo 1926).

**EL OBRERO FIDEERO**  
Buenos Aires: [s.n.], 1912 - [1913].  
Disp.: n° 12 (septiembre 1913).

**EL OBRERO GRÁFICO** / Órgano de la Federación Gráfica Bonaerense. Buenos Aires: Federación Gráfica Bonaerense, n° 1: 1/7/1907 - n° 65: marzo-abril 1914. Publicación quincenal. Colaboradores: Martín Casaretto, Julio Celta, Lers, Luis Coch, Santos Morazzani, L. Platina, Evaristo Bozas Urrutía, Fernando López, Juan Antonio, etc. Disp. completa.

**EL OBRERO GRANITERO** / Órgano de la Sociedad de Resistencia Picapedreros y Anexos, adherida a la FORA. Sierra Chica, Buenos Aires: Sociedad de Resistencia Picapedreros y Anexos, 1927 - 1928. Disp.: n° 10 (mayo 1927), 12, 13, 15 (junio 1928).

**EL OBRERO LADRILLERO** / Órgano del Sindicato de Obreros Ladrilleros y Anexos, adherido a la Federación Obrera Regional Argentina (Comunista). Buenos Aires: Sindicato de Obreros Ladrilleros y Anexos, 1921-1932. Luego cambia subtítulo a: Órgano de la Sociedad de Resistencia Obreros Ladrilleros; y más adelante a: Órgano de relaciones del proletariado ladrillero de la región. Disp.: n° 16 (abril 1922), 19-22, 41, 45, 46, 50, 51, 53, 54, s/n° (diciembre 1930), 74 (1°/5/1932).

**EL OBRERO LETRISTA** / Órgano del Sindicato de Letristas, Decoradores y Anexos. Buenos Aires: Sindicato de Letristas (Decoradores y Anexos), n° 1: 1920 - [192-]. Sindicato adherido a la USA. Disp.: n° 7 (1°/5/1921), 8 (1°/5/1922), 9 (mayo 1923).

**EL OBRERO METALÚRGICO** / Órgano del Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM). Buenos Aires: Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica, 1923-[192-]. Adherido a la USA. Disp.: n° 36.

**EL OBRERO MUNICIPAL** / Periódico quincenal de la Unión Obreros Municipales. Buenos Aires: Unión Obreros Municipales, 1921-1945. Adherido a la Unión Obrera Local de Buenos Aires y a la USA. Disp. n° 391, 421 (1941).

**EL OBRERO PANADERO.** Órgano oficial de la Sociedad Cosmopolita de Resistencia y Colocación de Obreros Panaderos / Redactor: Ettore Mattei. Buenos Aires: Panaderos, n° 1: 16/9/1894 - Aparecieron 17 números en 1894 y luego 8 más entre 1895 y 1896. Posteriormente el periódico **El Obrero** se presenta como su continuador en 1898. En 1908 reaparece con su primer nombre y recomienza nuevamente su numeración. En 1930, se relanza una quinta época adherida a la FORA.

Disp.: año 34: n° 102 (sept. 1934), 935, 938, 947, 949 (enero 1958).

**EL OBRERO PELUQUERO** / Órgano defensor del gremio de los peluqueros.

Buenos Aires: Gremio de Peluqueros, 1905 - [1906].

1905 - [1906].

Disp.: n° 8 (enero 1906).

**EL OBRERO SASTRE** / Órgano defensor de los intereses generales del gremio. Editado por el grupo de propaganda gremial de obreros sastres.

Buenos Aires: Grupo de Propaganda Gremial de Obreros Sastres, 1904 - [1906].

1904 - [1906].

Disp.: n° 9 (febrero 1906).

**EL OBRERO SANITARIO** (II Época) / Órgano de la sociedad de resistencia plomeros, cloaquistas, hidráulicos y ayudantes (Adherida a la FORA).

Buenos Aires: Sociedad de resistencia plomeros, cloaquistas, hidráulicos y ayudantes, 1970 -

Disp.: febrero 1970.

**EL OBRERO TANDILENSE** / Órgano de la Agrupación Sindicalista Local.

Tandil: Agrupación Sindicalista Local, 1922 - Mensual.

Notas de Adalberto Amargo, B. Bosio, Huascar, Alcestes de Ambris, A. Game.

Disp.: n° 11 (marzo de 1922).

**EL OBRERO TEXTIL** / Órgano del gremio "Tejedores y Anexos" del Río de la Plata

Buenos Aires: Gremio "Tejedores y Anexos" del Río de la Plata, n° 1: octubre 1912 - [n° 2: enero 1913].

Publicación en español e italiano con textos de Alberto Ghirardo, Ángel Pumarega y Mario Chilotegey, entre otros.

Disp.: n° 1, 2

**EL OBRERO TRANVIARIO** / Órgano del Sindicato "Unión Tranviarios".

Buenos Aires: Sindicato "Unión Tranviarios", 1918 - [1922].

Sindicato adherido a la Unión Sindical Argentina (USA).

Disp.: n° 39 (15/7/1922).

**EL OBRERO VIDRIERO.**

Buenos Aires: [s.n.], Segunda época: n° 1 (1920) - 1921.

Con notas firmadas por: Joel Karnak, José Torralvo, Domingo Sánchez, Luis Cuerno, F. Plumaraja, Santos Vega, F. Ricards, etc.

Disp.: n° 12 (marzo 1921), 13 (1/5/1921).

**EL OFICIAL SASTRE** / Órgano de la Sociedad de Resistencia de oficiales sastres y defensor de los trabajadores en general.

Buenos Aires: Sociedad de Resistencia de oficiales sastres, n° 1: 9/9/1896 -

Disp.: n° 1.

**EL OPRIMIDO.** Periódico comunista - anárquico / redactor: Juan Creaghe

Luján [luego: Buenos Aires]: [s.n.], n° 1 (1893) - n° 27 (14/3/1897).

Probablemente hayan aparecido algunos números durante 1893, luego de los 7 números de 1894, el periódico recomienza su numeración en 1895 que es la que se mantendrá hasta el final. Desde noviembre de ese año, el periódico amplía su tirada y su periodicidad, volviéndose quincenal, cuando además cambia su formato y muda su administración a Buenos Aires. Estos cambios involucran que de ahora en más la numeración sea corrida y no se recomience cada año. Periódico ligado a **La questione sociale**, que polemizará con la postura anti-organizadora de **El Perseguido**. En sus columnas además se hacen muy presentes los debates con otros periódicos como **La Nación**, **La Prensa** y **La Vanguardia**. Colaboraciones: J. Creaghe, J. Alonso, A. Hamon, Palmiro, J. Montseny, Soledad Gustavo, Laurentine Souvraz, J. Molina y Vedia, Emilio Z. Arana.

Disp.:

1893: sin ejemplares;

1894: n° 1 (9/9), 3-5, 7 (diciembre);

1895: n° 2 (1/8), 5-7;

1896: n° 8-16, 18-24;

1897: n° 25-27 (14/3/1897).

Además: los números 18 y 19 reproducen el suplemento literario de **La questione sociale**; y "La inquisición en España", suplemento (17/1/1897).

**LA ORGANIZACIÓN OBRERA** / Órgano oficial de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA).

Buenos Aires: Federación Obrera Regional Argentina, n° 1: agosto 1901 -

A partir de la escisión de la FORA en 1915 hubo dos publicaciones con el mismo nombre: una sindicalista (1915-1922) y otra anarco-comunista (1915-1940). Durante 1957-1958 una fracción en el Consejo Federal de la FORA genera dos periódicos con el mismo nombre y la misma numeración.

A través de sus diferentes etapas escribieron: J.B. Echeverría, J.A.G., Mino Moglia, Luis Juan Guerrero, Emilio López Arango, Jacobo Maguid, Sebastián Marotta, Bisturí (seudónimo de Manuel S. Fandiño), Antonio Abilio Gonçalves, Sebastián Ferrer, Sebastián Marotta, entre otros.

(213.i) **LA ORGANIZACIÓN** / Órgano de las sociedades gremiales. [Fechas límite: n° 1 (diciembre 1900) -]. Disp.: n° 6 (junio 1901), 7-10, 12 (noviembre 1901). Columnas firmadas por: J.B. Echeverría, J.A.G., Mino Moglia, entre otros.

(213.ii) **LA ORGANIZACIÓN OBRERA.** Periódico semanal / Órgano oficial de la Federación Obrera Regional Argentina [Redacción: calle Méjico 2070] Fechas límites: 1916 - [1922].

Disp.: n° 71 (8/3/1919), 72, 73, 88, 89-93, 95-98, 101-113, 115-120, 122-124, 129/30-134, 136-147, 148-160 (11/12/1920), 173-175, 179-203, 205, 207-212, 215-218 (28/1/1922). También: Suplemento extraordinario al n° 42, "1886 - 1° de mayo - 1921", 1°/5/1921.

(213.iii) **LA ORGANIZACIÓN OBRERA.** Nueva época / Órgano oficial de la FORA comunista [Secretaría central: Humberto I 760; Redacción: calle constitución 3451] Fechas límite: 1920 - [1922].

Disp.: n° 36 (27/1/1921), 38-41 (abril 1921); y además: "Boletín de huelga. La huelga general contra la ley de jubilaciones", s/f.; Suplemento Extraordinario n° 2 "1886 - 1° de Mayo - 1922", Buenos Aires, 1° de Mayo de 1922. (128 p.).

(213.iv) **LA ORGANIZACIÓN OBRERA** / Órgano de la Federación Obrera Regional Anarquista (Adherida a la AIT) [Consejo Federal: Constitución 3451].

Disp.: "Edición extraordinaria n° 3 para la propaganda internacional", La Protesta, 1924, 127 p.

(213.v) **LA ORGANIZACIÓN OBRERA.** Nueva época / Órgano de la FORA (Adherida a la AIT) [Sede: Bartolomé Mitre 3270] Disp.: n° 1, noviembre 1928 - n° 4: mayo 1929.

(213.vi) **LA ORGANIZACIÓN OBRERA.** Nueva época / Órgano de la FORA (Adherida a la AIT) [Sede: Bartolomé Mitre 3270] [Giros y valores a José Borrego] Disp.: n° 1 (enero 1930) - 7 (agosto 1930). También disp.: Boletines n° 7 (6/10/1930), 10 (diciembre 1930), s/n° (1°/5/1931).

(213.vii) **LA ORGANIZACIÓN OBRERA.** Nueva época / Órgano oficial de la Federación Obrera

Regional Argentina (Adherida a la ACAT y a la Asociación Internacional de los Trabajadores) [Redacción y administración: Loria 1194, luego Rosetti 75 (Avellaneda), luego Paso de la Patria 2171 (Avellaneda), luego La Madrid 278] [Desde el n° 40, acorta su título a Organización Obrera]; Disp.: n° 3 (1°/5/1933), 4, 7, 7bis, 14, 15-23, 24-33, 37-39 (número especial, 1°/5/1937), 40-57, 61-64, 67, 68, 71, 74, n° 75 (agosto 1941), 82, 106 (julio 1946), 107, 113-119 (julio 1948), 123, 125, 127, 128, 130, 134 (mal numerado como 132), 135, 138 (1/5/1956). Además: Suplemento "Informe y puntos de vista de la FORA al Congreso Ordinario de la AIT y trabajos relacionados con el asunto de la ACAT", Buenos Aires, noviembre 1938.

(213.viii) **ORGANIZACIÓN OBRERA** / Órgano de la Federación Obrera Regional Argentina V° Congreso [Correspondencia: Juan A. Viel] [Dirección Ramón Falcón 3056] [Fecha de inicio 1938] Disp.: n° 102 (abril 1958), 103, 107.

(213.ix) **ORGANIZACIÓN OBRERA**. Nueva época / Órgano de la Federación Obrera Regional Argentina del 5° Congreso [Correspondencia: Alberto J. Balbuena; Valores y giros: Tomas Viri] [Desde 1982 a 2000, valores y correspondencia a Jesús Gil] [Dirección: Coronel Salvadores 1200] [Fecha de inicio: 1966] Disp.: n° 5 (mayo 1967), 17 (mayo 1972), 30 (marzo 1982, 32, 33 (abril-mayo 1987), 35 (febrero-marzo 1988), 37 (mayo 1991), 38 (abril-mayo 1994), 39 (diciembre 1994), 40 (abril-mayo 1996), s/n (agosto 1997), s/n (julio 1998), 46 (octubre 1998), 51 (abril-mayo 2000), 52 (octubre 2000), 53, 54 (octubre 2001).

(213.x) **ORGANIZACIÓN OBRERA** / Órgano de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) Consejo Federal - AIT [Secretaría: Coronel Salvadores 1200]. Disp.: n° 1 (octubre 2002)-4, 11, 12, 14, 15, 18, 19, 34, 35 (mayo-junio 2011).

**ORIENTACIÓN** / Órgano de la Sociedad de Resistencia Lavadores y L. B. de autos de la Capital, adherida a la FORA y a la AIT.

Buenos Aires: Sociedad de Resistencia Lavadores y L. B. de autos de la Capital, n° 1: octubre 1924 - [n° 4: septiembre 1925].

Textos: R. Pedro Tospin, B. Lozada, Raúl P. Pintos, Albor, H. Marino, P. Blanzaco, Juan Zamora, Miguel Ramos.

Disp.: n° 1 - 4.

**ORIENTACIÓN**. Periódico quincenal de propaganda anarquista / Agrupación Libertaria "Orientación".

Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (10/11/1915) -

El administrador de la publicación es B. Senra Pacheco, parte de la agrupación "Orientación" conformada por: J. García, M. Serra, Julián López, H. Rosales, J. Fernández, Bautista. V. Mansilla, Ataliva Guerrero, Enrique Suárez.

Disp.: n° 1. Y además: declaración de la agrupación aparecida junto con la edición del periódico.

**ORIENTACIÓN** / Órgano de la Sociedad de Resistencia de maquinistas de teatro y anexos (fundada el 14 de sept. de 1906).

Buenos Aires: Sociedad de Resistencia de maquinistas de teatro y anexos, n° 1: 1920 - [1924].

Textos: Ana Angélica Orlando, Fernando Gualtieri, R. González Pacheco, Sebastián Brau, Sebastián Faure, Juan Bovio, Ricardo Flores Magón, Federica Montseny, etc.

Disp.: n° 8 (octubre y noviembre 1922) - 12 (octubre de 1923 a enero de 1924).

**ORIENTACIÓN** / Periódico editado por la Biblioteca El Porvenir.

Santa Fe: Biblioteca El Porvenir, 1925 - [1930].

Contamos con una primera serie de números editados en formato boletín que luego se transforman en una revista de mayor cantidad de páginas. Desde 1928 también editan un suplemento que, como avisan en su primer número, quiere ocuparse del movimiento anarquista y sus acontecimientos locales y regionales. Probablemente el administrador de la publicación fue S. San Miguel. Textos: Francisco L. Rivoltta, S. I. Seguro, Carlos Pisacane, E. Girardin, S. San Miguel, E. Lateralo, J. Rat, José Luis Guinard, Francisco Otero, Justo Mongolfier,

Disp.: n° 6 (14/6/1925), 8, 10-12, 14, 15, 19, 20 (diciembre 1927); Además, suplemento quincenal de "Orientación": n° 1 (25/2/1928), 3, 6-8, 10-12, 14-16, 19-24 (20/6/1930).

**LA PALESTRA**. / [Director y Administrador: Fernando Gualtieri].

Buenos Aires: La Palestra, 1922 - [n° 35 (1/5/1929)].

Inicialmente la colección consiste en 21 folletos seriados con el nombre "La Palestra. Publicación mensual. Tribuna libertaria", los cuales, luego del texto principal que da nombre a cada volumen, poseen una sección de poesía, un catálogo de los libros en venta y otro de los textos editados por La Palestra. Continuando la numeración, a partir del n° 22, en noviembre 1924, la publicación cambia de formato transformándose en revista. En este número explican que el cambio de formato se debe a causas económicas.

Notas de: Juan C. Pieerstegui, Elías Kirilovsky,

Fernando Gualtieri, Marcos P. García, L. Malta, F. Russomanno, etc.

Disp.: etapa en formato folletos seriados: n° 8: La carne de los buitres / Adolfo Boyer; n° 10: "Sintéticas" por Armenia García y "No Matarás" por Ana Angélica Orlando; n° 12: Hombres e ideas / P. Cisano; n° 13: Inri o el sueño de don Cirilo: (cuento) / Peregrino Job; n° 14/15: Apuntes biográficos sobre José Scalise / Enrique Serantoni; n° 16/17: Más datos sobre los bochornos sucesos de Santa Cruz / Francisco L. Rivolta; n° 18: El movimiento revolucionario de las masas en Ucrania / Anatol Gorelik; n° 20: Hacia el triunfo del amor / Marcelino J. Sanjurjo; n° 21: Encuesta sobre la unificación obrera / propiciada por Arturo Valdemar y contestada por Fernando Gualtieri, José Scalise y Francisco S. Fígola; etapa revista: n° 22 (noviembre 1924), 23, 25-30, 32-35 (1/5/1929).

**PALOTES**. Revista mensual / Adm.: J. del Río.

Santa Fe: [s.n.], n° 1 (15/11/1929) - n° 4 (15/2/1930). Textos de: Néstor Batuecas, J. Colomá, Sara Dubovsky, J. del Río, M. Silveti, Vicente Pelli, etc.

Disp.: n° 1, 2, 4.

**EL PELUDO**. Semanario satírico anti-clerical ilustrado / Dir.: Julio J. Cemteneri.

Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (1921) - [n° 474 (1929)]. Publicación semanal con textos de Malatesta, Emilio Pirovano, Fellea Scardino, R.A. Esteirrig, F. Defilippis Novoa, Doctore Giacomelli, Alberdi, Victor Hugo, Juan Guillaumondegui, Adelia Di Cario, C. Acón Abad, Bomba Roja, Edmundo De Amicis, Jacinto Benavente, José Romano, Juan Lazarte, Israel Miranda, entre otros.

Disp.: n° 39, 56, 59-61, 63, 74, 76-78, 81, 83-85, 87, 89, 90, 131, 316, 356, 357, 376, 424-428, 470-472, 474.

**EL PERSEGUIDO**. Voz de los explotados

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 18 marzo 1890 - n° 102: 31 enero 1897.

Se trata del primer periódico anarquista de lograr una tirada estable y siete años de permanencia. Mantuvo una postura anti-organizadora y fue editado por el Grupo "Los Desheredados", primero, y por "La Expropiación", después. El subtítulo del periódico cambia a: "Semanario comunista anárquico", y luego a "Periódico comunista-anárquico", manteniéndose este último hasta el final. La editorial de los primeros números aparecía publicada tanto en español, como en francés e italiano, y se anunciaba como un periódico que pretendía ser semanal. El gru-

po inicial estaba integrado por Rafael Roca, Baldomero Salbans, Manuel Reguera, José Reguera, Pierre Quiroule (seud. de Joaquín Alejo Falconnet), Jean Raoux, Francisco Denambride y Orsini Menotti Bertani, a quien Abad de Santillán llama "el alma de **El Perseguido** durante varios años". Algunos de los pocos nombres o seudónimos que aparecen firmando los textos son: X. Merlino, Un Argentino, Un compañero, F. Pi y Margall, José García, Fray Rebenque, Pedro Caldara, Barbarossa, Gabriel Abad, Manuel Ruiz, Palmiro, Ailotrán, G. Bovio, entre otros. Los suplementos aparecen dirigidos por B. Salbans. Disp. casi completa (falta: n° 3). Además: Suplemento al número 75 de *El Perseguido* [18/1/1895] y al n° 78 [18/3/1895].

**EL PINTOR** / Órgano de la Sociedad Cosmopolita de Obreros Pintores.

Buenos Aires: Sociedad Cosmopolita de Obreros Pintores, 1896 - [1930].

Periódico con varias épocas entre 1896 y [1930]. Adrián Patroni fue uno de sus fundadores y Sebastián Marota fue redactor del periódico por un breve período.

Disp.:

1° época: n° 34 (1/10/1898);

2° época: n° 2 (10/9/1899);

4° época: n° 1 (1/10/1912), 3 (1/12/1912);

Nueva época: n° 2 (6/6/1930), 3, 4 (agosto 1930).

**PINTORES UNIDOS** / Órgano del Sindicato de Pintores Unidos.

Buenos Aires: Sindicato de Pintores Unidos, 1922 - [1927].

Sindicato de Pintores Unidos [adherido a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) Comunista].

Disp.: año I, n° 2 (noviembre 1922); año III, n° 10; año V, n° 8 (septiembre 1926), 10, 11, 13, 14.

**LA PLEBE**. diario de la mañana / Administrador: Enrique Bonavita.

Buenos Aires: [s.n.], 1920 - .

Diario organizacionista ligado a la FORA comunista.

Disp.: n° 29 (13/6/1920), 35 (20/6/1920).

**EL PRECURSOR**

Chacabuco: [s.n.], 1909 - .

Disp.: n° 5 (9/6/1909).

**EL PRESO SOCIAL** / Publicación del "Comité pro presos sociales" de Buenos Aires.

Buenos Aires: Comité pro presos sociales de Buenos Aires, 1926 - [1936].

n° 1: mayo 1926 - [1936].

Disp.: n° 1-3, 5-7 (octubre 1931).

**EL PROGRESO**. Periódico ateo, el de más circulación en los países hispano-americanos / Director: Francisco Gicca.

Chivilcoy: [s.n.], [1887 - 1916].

Disp.: n° 138 (año XX, 28/9 de 118 desde la Revolución Francesa).

**PRIMO MAGGIO** / Grupo Anarchico "L'Armonia". Buenos Aires: Grupo Anarchico "L'Armonia", 1926.

Administrador Giuseppe Santoro.

Disp.: n° único (1°/5/1926)

**PROMETEO**. Publicación quincenal

Diamante (Pcia. de Entre Ríos): [s.n.], 1913 -

Textos de Ghiraldo, Juan Lastra, Albino Dardo López, Juan A. Taquela, Manuel González Prada, Candelario Olivera, entre otros.

Posiblemente se trate de una publicación de la cual ha salido un único número.

Disp.: n° 1 y suplemento al n° 1.

**PROMETEO**. Quincenario anarquista

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: segunda quincena ago. 1919 - n° 6: primera quincena nov. 1919.

Textos: Olcese Carón, César Caggiano, Fernan Ricard, Lelio O. Zeno, Marcos Profano, Serafín Moran, Juan Lazarte, Máximo Rollau, S. M. López, Elías Castelnuovo, Adolfo Boyer, Agustín Santos Ferraris, José Torralvo, Helios, Luis María López, A. Scriba.

Disp.: n° 1 - 6.

**LA PROTESTA** [inicialmente titulada *La Protesta Humana*] / [primer director (1897-1902): Gregorio Inglán Lafarga].

Buenos Aires: *La Protesta*, n°1: 1/6/1897 - [publicación abierta].

Desde su nacimiento el 13/6/1897, **La Protesta** aparece quincenalmente hasta octubre de ese mismo año. A partir de allí es semanal hasta el número 30, para luego volver a ser quincenal hasta el n° 98, cuando una vez más retoma la tirada semanal hasta 1904. El 7/11/1903 pasa a llamarse solamente **La Protesta** y el 1 de abril de 1904 fue transformada en diario. Las primeras suscripciones para el periódico se solicitan desde la Librería Sociológica de Serantoni y desde la Librería Francesa de Piette (antes de Sadier). Su primer administrador fue Francisco Berri, y su primer director, Gregorio Inglán Lafarga, se mantiene hasta 1902 cuando es reemplazado por Elam Ravel. En agosto de 1904 asu-

me la dirección Alberto Ghiraldo, quien en octubre de ese mismo año anexó como suplemento cultural de frecuencia semanal la revista **Martín Fierro** (1904-1906) también dirigida por él. Ghiraldo renuncia en 1906 y asume Juan Creaghe como director. En 1907 el periódico incorpora una columna en italiano realizada por Roberto D'Angio, y en 1908 agrega también una columna en idish. Durante once meses, entre 1908 y 1909, se edita además junto al periódico un suplemento mensual (**La Protesta. Suplemento mensual**). Además, antes de ser clausurada en mayo de 1910, **La Protesta** edita a la vez un vespertino: **La Batalla** (1910). Hasta este momento, **La Protesta** había sufrido varias clausuras: entre el 22/11/1902 y el 31/1/1903; entre el 5/2/1905 hasta el 14/5/1905; del 8/10/1905 al 1/1/1906; entre el 14/11/1909 al 16/1/1910. El periódico continuará prohibido hasta 1912, aunque probablemente **El Libertario** (1910-1911) funcionó como su sustitución clandestina desde diciembre de 1910, y el 15/5/1911 **La Protesta** comienza a editarse en forma de diario desde Montevideo. Luego, durante la segunda mitad de 1915, su edición incluye otro suplemento: **La Obra**. Y desde 1922 a 1926 incorpora un suplemento semanal que luego pasa a ser quincenal (1927-1930) (**La Protesta. Suplemento semanal**). Entre 1918 y 1930 edita también un "Almanaque de La Protesta".

Entre quienes dirigieron **La Protesta** cuentan: Gregorio Inglán Lafarga (Seud. Ignotus), Elam Ravel, Alberto Ghiraldo, Juan Creaghe, Félix Basterra (seud. De Vroche), Alcidez Valenzuela, Eduardo Bianchi, Diego Abad de Santillán, Eduardo Colombo, Emilio López Arango, Esteban Delmastro y Amanecer Fiorito, entre otros.

Algunos de los autores que publicaron en sus páginas a través de los años fueron: Mariano Cortés, José Prat, Eduardo Gilimón, Emilio Z. Arana, Pietro Gori, Antoni Pellicer Paraire (Pellico), Juan Creaghe, Alberto Ghiraldo, Florencio Sánchez, Fortunato Serantoni, Pierre Quiroule [seud. de Joaquín Alejo Falconnet], Julio Molina y Vedia, José de Maturana, Elam Ravel, Francisco Berri (R. Osita), R.P. Pretto, García Balsas, Antonio Loredó, Federico Gutiérrez (Fag Libert), Diego Abad de Santillán, Orestes Ristori, Emilio López Arango (quien además firmaba como Xáxara, ELA o XX), Rodolfo González Pacheco, Ricardo Flores Magón, Alejandro Sux [seud.], Manuel Villar, Ángel Cappelletti, Enrique Nido, Oscar Milstein, César Milstein, Eduardo Colombo, Iván Romanoff (quien firmaba como Mishá), Julio Ricardo Barcos, Apolinario Barrera, Félix B. Basterra,



Francisco Berri, Herminia Brumana, Pascual Guaglianone, Federico Ángel Gutiérrez (con los seudónimos de Juan Pueblo y Fag Libert), Francisco Jacquet, Francisco Janin, A. Scopetani, Jacobo Maguid, Salvadora Medina Onrubia, Arturo Montesano, Luis Irineo Woolands (seud. Juan Crusao), etc. Entre sus administradores, editores y trabajadores de imprenta estuvieron: Apolinario Barrera, Francisco Berri, Bautista Fuego y Salvador Planas.

Disp.: n° 1-119,121-125,128-154,160-162,164,168-176,178-180,184-186,188-201, 205, 207-212, 215-219; 221-224, 226-230, 236-238, 240, 241, 243, 244, 245-256, 260, 279, 280, 282-284, 286-295, 319, 325-331, 337, 343, 349, 355, 359, 367, 373, 401-490. 491-646; 648, 649-651, 653, 680, 685-686, 747, 800-803, 841, 852-855, 920, 925-959, 961-970, 972-823, 1003-1004, 1060, 1063, 1064, 1068, 1149-1155, 1230, 1234-1245, 1247-1249, 1254-1255, 1260, 1279-1330, 1333, 1335-1338, 1340-1349, 1351-1362, 1367, 1369, 1376, 1400-1411, 1414-1415, 1420-1421, 1426, 1428-1431, 1433-1434, 1440-1441, 1450-1481, 1483-1490, 1492-1517, 1519-1533, 1534-1567; 1569-1583, 1585-1596; 1598-1642, 1644-1646, 1648-1649, 1651-1656, 1658-1791, 1799-1826, 1828-1834, 1837-1855, 1857-1863, 1865-1867, 1873-1874, 1877-1882, 1884-1886, 1896, 1899-1900, 1902-1904, 1905, 1906, 1907-1908, 1910, 1917-1918, 1919-1924, 1926-1928, 1930-1931, 1935-1942, 1950, 1953, 1955-1963, 1964-1971, 1973, 1975-1982, 1985-1994, 2031-2036, 2047-2054, 2071-2074, 2076-2077, 2080, 2085-2094, 2096-2126, 2127-2212, 2214-2255, 2257-2312, 2314-2330, 2332-2342, 2345-2402, 2404-2427, 2429-2431, 2432-2506, 2507, 2509-2524, 2526-2691, 2704, 2734-2743, 2744-2779, 2781-2788, 2790-2798, 2801-2807, 2809-2850, 2853-2922, 2935-2945, 2947-2949, 2952-2958, 2984-2994, 2996-3005, 3008-3018, 3020-3022, 3023-3047, 3056-3059, 3061-3102, 3104-3111, 3113-3115, 3117-3119, 3124-3133, 3135, 3137-3138, 3143-3145, 3149, 3157, 3163-3168, 3170-3183, 3185, 3187-3188, 3190, 3192-3260, 3284-3287, 3474, 3514, 3516, 3518, 3520, 3522, 3583, 3606-3613, 3617-3621, 3624-3645, 3712-3713, 3716, 3741, 3744-3745, 3747-3749, 3752-3753, 3757, 3766, 3776-3778, 3782-3783, 3787-3790, 3792-3796, 3799, 3802-3803, 3805, 3807-3809, 3811-3812, 3815-3817, 3832-3835, 3850, 3857-3858, 3860, 3864, 3866, 3869-3870, 3875; 3882-3890, 3892, 3912-3914, 3918-3920, 3954-3955, 3960, 3963, 3966, 3974-3975, 4000, 4008, 4013, 4025, 4030, 4038, 4043-4048, 4079-4084, 4086-4087, 4089-4091, 4095, 4102; 4105, 4124, 4126-4128; 4132; 4137; 4140; 4150-4152; 4156-4179; 4183-4784, 4857-5217, 5529-5839, 5840-6050; 6102-6129, 6151-6460, 6461-6681, 6682, 6682-

6762, 6769-6796, 7797-7818, 7839, 7841, 7843-7845, 7846; 7852, 854, 7855, 7857, 7863, 7867, 7880, 7886, 7887, 7903, 7905, 7906, 7914, 7938, 7948, 7952, 7954. 7957, 7959, 7982, 7985, 7986, 7991, 7993, 8001, 8002, 8003-8021, 8023-8027, 8029-8045, 8048-8061, 8063, 8065-8077, 8079-8101, 8103-8160, 8162-8257.

**LA PROTESTA. Suplemento mensual /** Dir.: Emilio López Arango, Diego Abad de Santillán. Buenos Aires: La Protesta, n° 1: 1/5/1908 - n° 11: marzo 1909.

Textos: E. Gilimón, Emilio López Arango, Diego Abad de Santillán [seud.], Alejandro Sux [seud.], Rodolfo González Pacheco, Máximo Aracemi, Marcos Froment, Fernando del Intento, Francisco Sarache, Federico Urales, Pierre Quiroule [seud. de Joaquín Alejo Falconnet], Juan Saturnino Giribaldi, Horacio B. Rossotti, Mario Aldao, etc. Disp.: completa (n° 1-11).

**LA PROTESTA. Suplemento semanal** [luego Quincenal] / Dir.: Emilio López Arango, Diego Abad de Santillán. Buenos Aires: La Protesta, n° 1: 9/1/1922 - n° 335: 1930.

Desde 1927 cambia su periodicidad y se subtitula "Suplemento quincenal". Ilustraciones de José Planas Casas. Textos: Hugo Trene, C. Berneri, D. A. de Santillán, E. López Arango, L. Fabbri, Max Nettlau, Rudolf Rocker, Spartaco Acrate, J. C. Malades, J.J. Ipsen, Juan Guijarro (seudónimo de Augusto Gandolfi Herrero). Disp.: completa.

**LA QUESTIONE SOCIALE.** Organó comunista-anárquico / Ed.: Errico Malatesta. Buenos Aires: [s.n.], n°1: 22/8/1885 - n° 14: 1886. El periódico reproducía gran parte de las notas publicadas en **La Questione Sociale** de Florencia, Italia, y expresaba las ideas del comunismo libertario propio del Círculo de Estudios Sociales de Buenos Aires que había fundado Malatesta y del cual participó también, entre otros, Ettore Mattei. Disp.: n° 2, 3, 6, 8-10.

**LA QUESTIONE SOCIALE.** Revista mensile di studi sociali / Dir.: Fortunato Serantoni. Buenos Aires: Tipográfica Elzaviriana, n°1: 15/7/1894 - [n°24: 20/10/1896]. Publicación mensual en castellano y en italiano que continua las ideas organizacionistas de Malatesta retomando el nombre de la misma publicación editada entre 1885 y 1886. Dedicándose también a la edición de folletos, anualmente publi-

caban el **Almanaque de La Questione Sociale**. Ver también **XX Setiembre**. Los dos últimos números se imprimen reducidos como un suplemento de **El Oprimido**. Publicaron textos de Julio Molina y Vedia, Torquato Guerrieri, Oracio (seud.), Ernesto Lecoq, Juan Montseny, Harmodio (seud.), Emilio Darnaud, Anselmo Lorenzo, etc. Dos años más tarde Serantoni lanza como continuación **Ciencia social**. Disp.: n° 3, 5-12, 14-20.

**LA RÁFAGA.** Periódico mensual. Paraná: [s.n.], n° 1: 15/7/1908 - [n° 12 (22/1/1910)]. Desde el número 3: "Órgano de la Federación Obrera Entrerriana". Periódico mensual ligado a **La Protesta** con textos de: Mariano R. Díaz, Sans Culottes, Max Gzent, Alejandro Sux [seud.], Roch Naboulet, Adolfo A. Guerrero, Candelario Olivera, B. V. Mansilla, E. Santiago Pantoja, Flora Balbo R., etc. Disp. presuntamente completa: n° 1-12.

**LA RAZÓN** / Órgano de la Sociedad de Resistencia La Unión de Cocheros de Buenos Aires. Buenos Aires: Sociedad de Resistencia La Unión de Cocheros de Buenos Aires, n° 1: 15/6/1902 - [n° 2: 1/7/1902]. Continúa como **El Gremio** (1902-1903). Disp.: n° 1, 2.

**EL REBELDE.** Periódico anarquista / Dir.: J. Mayorka [seud.]. Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 11/11/1898 - n° 104: 28/5/1903.

Sólo en los primeros números Manuel Reguera aparece con su seudónimo "J. Mayorka" como director, para luego abandonarlo y firmar con su nombre. Desde de número 89 hasta el n° 96, el director es Juan Valls. Luego lo sucede C. García por algunos números. Ya que desde el n° 100, el director pasa a ser A. V. Riguela Vargas hasta el final de la publicación. Este periódico es patrocinado por el grupo anarco individualista "La Luz" y apoyado también por los grupos "Libertario", "Juventud anárquica", "Anti federativo" y "Los Ácratas". De tendencia antiorganizadora, desde **El Rebelde** estos grupos polemizan con **La Protesta Humana** y **L' Avenir**, y editan algunos folletos entre 1901 y 1903. Finalmente se deja de editar cuando sus dos principales impulsores, Reguera y Locascio, son expulsados del país. Algunos colaboradores del periódico fueron: Blas Catalao, M. Anguera, Braulio Labarta, Francisco Fonseca, Luis Vidal, Juan Valls, José Carbajales. Pedro Carbonell, Juan Casademunt, Santiago Locascio, Sebastián Faure, A. Zozaya, Delafranca, J. Mauri, José Villar,

Cráter, José Reguera, G. Ciancabilla, Miguel Jerz, Félix Corominas, Badaraco Zeo, etc.  
Disp.: n° 1-69, 71-94, 97-98, 100, 102, 104.

**EL REBELDE.** Periódico anarquista  
Rosario: [s.n.], n° 1: octubre 1906 - [n° 6: 9/3/1907].  
Entre sus redactores estuvieron: Félix Corominas y Enrique Viarengo. Firman las columnas: Cronos, Bernardo Lier, Zengirdor D. M., M. D. Rodríguez, Candelairo Olivera, Agustín Testabruna, Ali Manzur, Ramón Magariño, etc.  
Disp.: n° 3 (1/12/1906), 4, 6.

**LA REBELIÓN /** Sociedad de Resistencia Obreros del Puerto de la capital. Sección carboneros.  
Buenos Aires: Sociedad de Resistencia Obreros del Puerto de la capital. Sección carboneros, n° 1: 1920 - [1921].  
Textos: F.L. Brocha, José Ramón Tome, etc.  
Disp.: n° 3 (enero y febrero 1921).

**LA REBELIÓN.** Periódico quincenal  
Rosario: [s.n.], n° 1: enero 1913 - [1914].  
Algunos colaboradores: J.M.A., Teodoro Antillí, Defilippis Novoa, Atalaya, Costanzo P. Panissa, Anselmo Lorenzo, José M. Acha, F. Tárrida de Mármo, Alberto Ghiraldo, Emilio V. Santolaria, José Torralvo, Albino Dardo López, Rogelio Pérez Olivares, Enrique Nido, Juan Shincasa; Enrique García Thomas participa en su edición.  
Disp.: n° 7 (1/5/1913) - 9 (30/6/1913).

**LA REBELIÓN [Segunda época] /** Órgano de la Alianza Libertaria Argentina (ALA).  
Buenos Aires: Alianza Libertaria Argentina, n°1: 15/1/1925 - [n° 11: 1/5/1926].  
Publicación de un grupo disidente del ALA que se aleja de **El Libertario**; probablemente se presenta como la segunda época del periódico **La Rebelión** editado en Rosario. Destacan la cantidad de artículos que piensan y discuten la revolución rusa siendo esta una publicación de la que participó el grupo anarcobolchevique ligado a García Thomas. Mariano Barraón, primero, y Ángel Falcone, después, fueron los administradores de esta publicación. Textos de Vidal Mata, Alejo Molina, Hemeregildo Rosales, Manuel Cevallo, Santiago Locascio, Hugo Bernal, Antonio A. Gonçalves, Manuel Díaz, Eva Vivé.  
Disp.: 1-4, 6-11.

**LA REBELIÓN.** Periódico libertario  
San Francisco (Córdoba): [s.n.], n° 1: 1928 - [n° 9: julio 1929].

Algunos colaboradores: Ángel Delfino, Juan Más y Pi, Alfredo Lebrino, Teodoro Antillí, etc.  
Disp.: n° 8 (mayo 1929), 9.

**¡REBELDÍA!** Periódico anarquista  
Mercedes: [s.n.], [1931].  
Disp.: ejemplar sin número fechado en enero de 1931.

**¡REBELIÓN!** Hoja de difusión antimilitarista / Editada por la Agrupación Anarquista "Brazo y Cerebro".  
Villa Mitre - Bahía Blanca: Agrupación Anarquista "Brazo y Cerebro", n° 1: 1927 - [n° 2: 1930].  
Textos de Alerto Ghiraldo, Pedro Godoy, José Ingenieros.  
Disp.: n° 1, 2.

**REBELIÓN.** Periódico anarquista / Editado por el grupo Rebelión.  
Buenos Aires: Rebelión, n° 1: 1/5/1931 - [n° 3: septiembre 1931].  
Disp.: n° 1, 3 (septiembre 1931).

**RECONSTRUIR.** Por el socialismo y la libertad / [Adm.: Luis Danussi].  
Buenos Aires: Reconstruir, n° 1: 1946 - [n° 88: agosto 1958].  
Disp.: n° 11, 37, 38, 61, 63, 64, 65, 66, 68-70, 72, 74-79, 81-85, 87, 88.

**RECONSTRUIR.** Revista libertaria / Consejo de redacción: G. Andújar, J. Ballesteros, C. de la Reta, Jacobo Prince y Fernando Quesada.  
Buenos Aires/Montevideo: [s.n.], n° 1: 1959 - n° 101: 1976.  
Textos de Herminia Brumana, José María Lunazzi, Jacinto Cimazo (seud. de Jacobo Maguid), José Grunfeld, Jacobo Prince, Juan Corral, Horacio Elite Roqué, etc.  
Disp.: completa.

**REDENCIÓN /** Órgano de la Sociedad de Resistencia obreros cocineros y anexos de la capital, adherida a la F.O.R Argentina y a la A. Internacional de T.  
Buenos Aires: Sociedad de Resistencia obreros cocineros y anexos de la capital, n° 1: diciembre 1924-  
Disp.: n° 1.

**RENACER /** Sociedad de Resistencia de Obreros Mozos y Anexos de la Capital, adherida a la Federación Obrera Regional Argentina y Asociación Internacional de los Trabajadores.  
Buenos Aires: Sociedad de Resistencia de Obreros Mozos y Anexos de la Capital, n° 1: octu-

bre 1924 - [1937].  
Durante la segunda época del periódico sus administradores fueron Juan Guasch y Enrique Ortiz. Textos de: Leopoldo Valle, Francisco Ferrer, Benigno Aries, Héctor Noble, Ricardo Filgueira, F. G. Fresco, Patiño, Enrique Nido, Rumiski, Vicente Paz, Javier Pose, Sebastián Faure, etc.  
Disp.:

[Primera época]: n° 1, 3, 5-9, 11-14 (octubre 1928); Segunda época (septiembre 1934 - diciembre 1937): n° 4 (diciembre 1935) - 6 (diciembre 1937).

**RENACIMIENTO /** Dir.: Florencio César Fernández, Horacio Areco, J.L. Ferrarotti y Juan Más y Pi.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: junio/agosto 1909 - n° 41: octubre 1913.  
Luego agrega como subtítulo Revista quincenal, y posteriormente: Renacimiento Ilustrado, para, finalmente: Revista mensual ilustrada.  
Disp.: 1-36, 40, 41.

**RENOVACIÓN.** Revista mensual de educación, letras y ciencias sociales / Órgano de la Liga Nacional de Maestros.  
Buenos Aires: Liga Nacional de Maestros, n° 1: 30/3/1914 -  
Textos: Julio Barcos, José Ingenieros, Leonilda Barrancos, Dalmiro Gauna, Antonio Medici, Edmundo Bianchi, Carlos N. Caminos, etc.  
Disp.: n° 1.

**RENOVACIÓN.** Quincenario de ideas y crítica social / Editado por la agrupación anarquista Renovación.  
Azul (Buenos Aires): Renovación, 1923 -  
Publicación quincenal. Escriben en el n° 1: Francisco L. Rivolta, R. González Pacheco, Vaivatck.  
Disp.: n° 1.

**RENOVACIÓN.** Publicación mensual de sociología y crítica  
Avellaneda: [s.n.], Segunda época: n° 1 (mayo 1927) -  
Textos de: Pablo Guillé, Diego Abad de Santillán, Emilio López Arango, Miguel Biagiotti, H. Marino, José María Acha, Emilio López Arango.  
Disp.: n° 1.

**RESISTENCIA.** Órgano de Resistencia Anarquista.  
Buenos Aires: [s.n.], 1984 - 1987.  
Disp.: n° 3 (octubre 1984), 5-8, 20 (marzo 1987).

**EL RETROCESO CULINARIO.** Órgano oficial encargado de instruir y civilizar al rebaño del



Camarón del Cangrejo / Dir.: J. Sacristán.  
Buenos Aires: [s.n.], 1907 -  
Disp.: n° 2 (febrero 1907).

**EL REVOLUCIONARIO.** Periódico Comunista Anárquico / Administrador: R. Ponte.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (15/8/1895) - [n° 2 (s/f)]  
Posee columnas en francés.  
Disp.: n° 1-2.

**LA REVISTA OBRERA.** Publicación quincenal de propaganda libertaria / Adm.: Raúl Tejera.  
Buenos Aires: [s.n.], 1922.  
Revista ligada a la publicación **Sembrando Ideas** con textos de: J. García Giménez, Aureliano Lorenzo, Héctor Marino, Inocencio P. Lombardozi, Pierre Quiroule (seud.), Emilio Arguelles, Fernando Golt, T. Morone, Ernesto Piccoli, Juan Crusao, etc.  
Disp.: n° 2 (febrero 1922), n° 8 (mayo 1922).

**LA REVOLUCIÓN SOCIAL.** Órgano Comunista-anárquico / Dir.: M. Reguera.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (8/1/1896) - n° 19 (8/4/1897).  
Publicación precursora de **La Protesta** fundada por Manuel Reguera y Gregorio Inglán Lafarga, quien fue su redactor, de la que también participó Ornisi Menotti Bertani con columnas firmadas por Juan Herrero, Francisco Crispi, Mauricio Barrés, F. Marcial, Francisco Manetti, Bernard Lazare, Roberto D'Angio, Joseph Thioulouze, Alfonso Karr, Pepita Gherra.  
Disp.: completa.

**LA REVUELTA** / Redacción: Teófilo Dúctil.  
Santa Fe: [s.n.], n° 1 (1918) - [n° 15 (1° quincena noviembre 1919)].  
Firman algunas columnas: Clovis Hugues, Renato Giansante, Juan Ru, Julio Díaz, Pío Baroja, J. Carini.  
Disp.: n° 11 (1° quincena 1919), 15 (1° quincena noviembre 1919).

**LA RISCOSSA.** Periodico comunista-anarchico  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (14/10/1893) - [n° 4 (15/4/1894)].  
Periódico en italiano editado por Fortunato Serantoni que continúa a la publicación rosarina **Demoliamo** desde octubre de 1893. Luego del tercer número no se publica hasta abril de 1894. En ese mismo año es clausurado por la policía.  
Disp.: n° 1 - 4.

**LA RIVOLTA.**  
Bahía Blanca: [s.n.], 1° de Mayo 1902.  
Disp.: número único (1/5/1902).

**LA RIVOLTA.** Periodico Anarchico di propaganda spicciola / [Adm.: C. Daleffe].  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (1/12/1925) - [1926].  
Publicación en italiano administrada por C. Daleffe con textos de Tomaso Concordia, Francisco Ferrer, A. Bianchi, Eduardo Llanes, Errico Malatesta, Pietro Gori, Fernando Del Intento.  
Disp.: n° 1, 2 (1/1/1896).

**LA RIVOLTA.** Settimanale Anarchico / Adm: Aldo Pechini.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (1917) - [n° 9: 14/10/1917].  
Publicación semanal en italiano administrada por Aldo Pechini, con colaboraciones de Remo Cotti, Luigi Pieroni, Favino di Salvotonica, Pietro Gori, Luigi Molinari, Giovanni B. Alberdi, etc.  
Disp.: n° 4 (9/9/1917), 6 (23/9/1917), 9.

**RUMBO NUEVO.** Semanario de propaganda, Actualidades y polémica / Dir.: Eduardo T. Calcaño.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (12/4/1906) - [1906].  
Colaboradores habituales: Edmundo T. Calcaño, Federico Iniescar, Pascual Guaglianone, Armand Vasseur, Eduardo García Gilimón, Federico Casado, Enrique Crosa, Roberto de las Carreras, Leonardo Bazzaro, Esteban Almada.  
Disp.: número especial (12/4/1906), n° 1 (22/4/1906), 2 (1/5/1906).

**SACCO Y VANZETTI** / Publicación del Comité de Agitación pro Sacco y Vanzetti.  
Tandil: Publicación del Comité de Agitación pro Sacco y Vanzetti, [1926 - 1927].  
Textos: F. Ascaso, B. Durruti, B.C. Llini, Federica Montseny, etc.  
Disp.: n° 4 (enero 1927).

**EL SEMBRADOR** / Ed. Agrup. Anarquista "El Sembrador".  
Buenos Aires: Agrupación Anarquista "El Sembrador", [1926].  
Disp.: n° 4 (mayo 1926).

**SEMBRANDO IDEAS.** Revista quincenal de divulgación sociológica / Editor: Bautista Fueyo.  
Buenos Aires: [s.n.], 1923-[1924].  
Disp.: n° 1 - 3: "Lo que todos deberían saber (La iniciación sexual)" / G. M. Bessedé; n° 5: Pedro Kropotkin, "La ciencia moderna y el anarquismo", 1923; n° 8-10: "El dolor paraguayo: lo que son los yerbales" / Rafael Barret; n° 16-17: "Justo Vives: episodio dramático social" / Anselmo Lorenzo; n° 22 y 23: Georges Yvetot, "ABC sindicalista"; n° 24: "El dinero" / José Famades; n°

25: "La propiedad" / Lafargue; n° 29-30: "Filosofía del anarquismo" / Carlos Malato; n° 31: "En la soñada tierra del ideas" / Pierre Quiroule; n° 34-35: "La escuela moderna" / Francisco Ferrer Guardia; n° 38: "Dios y el Estado: tres conferencias" / Bakunin.  
Además suplemento al n° 1: Pierre Quiroule, "Los culpables"; n° 6: "Legitimación de los actos de rebeldía" / Etievant; n° 7: "Creced y multiplicaos" / Juan de l' Ourthe;

**SÍMBOLO.** Revista abierta a todas las tendencias modernas del espíritu / Dir.: José Torralvo.  
Rosario, Pcia. de Santa Fe : [s.n.], n° 1: junio 1934 - [n° 7: junio/julio 1936].  
Textos: José Torralvo, Juan Lazarte, José E. Piere, J.R. Forteza, Emilio G. Alsina, Vidal Mata, Aurora Bogú, Roberto Trillo, José A. Lamanuzzi, Vicente J. Morra, Elías Castelnuovo, Bindo Castellano, F. Molina-Tellez, Francisco Romero, etc.  
Disp.: n° 1, 2, 7.

**LA SOCIAL** / Órgano de la Agrupación Anarquista "Aurora Libertaria".  
Buenos Aires: Agrupación Anarquista "Aurora Libertaria", n° 1 (15/4/1923) -  
Textos: Red Struggler, Guillermo Walkingstivk, Cuarajhy Mambul, Joaquín Domínguez, Chevreuil, E. Corrales, etc.  
Disp.: n° 1.

**EL SOL.** Semanario artístico-literario / Dir.: Alberto Ghiraldo.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 1898 - n° 174 (15/7/1903).  
Alfredo Temperley fue el administrador de esta publicación. Al menos desde el número 145 (15/3/1902), la publicación cambia su periodicidad, formato y subtítulo ("Revista de arte y crítica"), volviéndose más pequeña y con más páginas.  
Textos: Enrique García Velloso, Ada Negri, Carlos Martínez Vigil, E. Rodríguez Larreta, Rubén Darío, Leopoldo Díaz, Roberto J. Payró, Luis Berisso, Ángel de Estrada, Ramiro Maeztu, José Enrique Rodó, Bartolomé Mitre y Vedia, Celmira Acosta Cardozo, Luis G. Urbina, Eduardo de Ezcurra, Carlos Ortiz, Vicente Blasco Ibáñez, Eduardo Wilde, José Ingenieros, E. Gómez Carrillo, Diego Fernández Espiro, Almafuerte, Carlos Méndez, Carlos de Soussens, Eduardo Schiaffino, Rufino Blanco Fombona, Eduardo Zamacois, Federico Urales, Eduardo Wilde, Federico Ángel Gutiérrez (con los seudónimos de Juan Pueblo y Fag Libert), Eduardo Ladislao Holmberg, Enrique Malatesta, Francisco Grandmontagne, Félix B. Basterra, Florencio Sánchez (con los seudónimos de Luciano Stein o Jack The Ripper), etc. Ilustraciones: E.

Schaffino, Sasha Schneider, Ángel Della Valle, Angiolo Tommasi, José J. Arandi, Augusto Ballerini, Domenico Morelli, Lazzari, Carlos Blaas, Roberto Assmus, entre otros.  
Disp.: n° 34 (1/5/1899) - 94 (24/9/1900), 145-174.

**EL SOL.** Diario obrero de la mañana  
Buenos Aires: [s.n.], [1921].  
Disp.: n° 12 (17/7/1921)-14 (20/7/1921).

**SOLIDARIDAD.** Periódico obrero / Administrador: Narciso Jardón.  
Rosario: [s.n.], n° 1 (11/11/1902) – [n° 4 (1903)].  
Quincenal, con textos de Pedro A. Goyena, Parsons, Ege, José López Montenegro, Palmiro de Lidia, etc.  
Disp.: n° 1 – 4.

**SOLIDARIDAD.** Periódico de Ideas y Crítica / Editado por la agrupación del mismo nombre.  
Punta Alta: Solidaridad, n° 1 (febrero 1923) - En el n° 1 se reproduce un extracto de "Las Fuerzas Morales" de Ingenieros. Además aparecen textos de Ricardo Flores Magón, Anselmo Lorenzo, Juan Crusao, Estela Ivaldi,  
Disp.: n° 1 (febrero 1923).

**SOLIDARIDAD ANARQUISTA INTERNACIONAL.** Buenos Aires: [s.n.], n° 1: s/f [c. 1949].  
Disp. n° 1.

**EL SOMBRERERO** / Órgano de la Asociación de Trabajadores Sombrereros en general de la República Argentina y del Uruguay.  
Buenos Aires: Asociación de Trabajadores Sombrereros en general de la República Argentina y del Uruguay, n° 1: 1904 - [1906]  
Publicación mensual. En 1906 cambia subtítulo a Órgano de la Asociación de Trabajadores Sombrereros en general de la República Argentina. Textos: José Espanet, Juan S. Giribaldi, José López Montenegro, E. Niqrin, Pedro Bertagni, Rómulo Anichini, etc.  
Disp.: n° 4 (agosto 1904), 16, 23, 24-28, 30 (diciembre 1906).

**SPARTACUS.** Comunista-anárquico / Dir.: H. Badaraco.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 1934 - n° 11: 1938.  
Cambia varias veces el subtítulo: "Obrero-campesino", "Comunista anárquico", "Un programa comunista anárquico para todo el proletariado".  
Publicación en gran parte dedicada a la Guerra Civil Española y la situación política en Rusia, con textos de R. Louzón, P. Aliaga y Horacio Badaraco.  
Disp.: n° 2, 4, 5, 6-8, 10, 11.

**STUDI SOCIALI.** Revista bimensile di libero esame / Dir.: Luigi Fabri y José Berenguer.  
Montevideo - Buenos Aires: La Protesta, 1930-1946.

Publicación en italiano y español que comienza editándose en Montevideo y en Buenos Aires por los talleres La Protesta, aunque rápidamente sólo pasa a editarse en Montevideo. Entre sus colaboradores tuvo a Ugo Fedeli (seudónimo de Ugo Treni). Luce Fabbri continúa en la dirección de la revista durante la segunda y la tercera serie.  
Disp.: [Primera serie]: n° 4 (1/6/1930), 9 (16/1/1931), 10 (18/3/1931), 11 (15/4/1931), 16, 21, 39; Segunda serie: n° 3 (15/8/1936), 4, 7, 9, 12 (27/10/1938); Tercera serie: n° 3 (30/4/1943).

**SUPERACIÓN.** Publicación quincenal anarquista / [Adm.: Agustín Gallo Pecca].  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (4/7/1925) - 4 (15/8/1925).  
Quincenal. Escriben habitualmente: Simplicio, Anderson Pacheco, Costa Iscar, Sebastián Faure, Gastón Leval, G. Villalobos Domínguez, Aldo Aguzzi, M. C. Lértora, H. Noja Ruíz, E. Roqué.  
Disp.: n° 1-4.

**LOS TIEMPOS NUEVOS.** Revista quincenal de ciencia y literatura sociales / Dir.: Félix Basterra.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 1/9/1900 – Textos de: Félix Basterra, Alberto Ghirardo, R. Mella, Pascual Guaglianone, Saverio Merlino.  
Disp.: n° 2 (16/9/1900).

**TIERRA LIBRE** / Órgano Oficial de la Federación Obrera Local Tucumana (comunista) Adherida a la FORA Comunista.  
Tucumán: Federación Obrera Local Tucumana, 1ª época: [1921]-1925; 2ª época: 1927-1936.  
Durante la primera época cambia el subtítulo que mantendrá durante la segunda: Órgano oficioso de la Federación Local y de las Organizaciones del Norte Federación Local y de las Organizaciones del Norte (Adherido a la FORA y a la AIT). Los administradores de esta publicación fueron J. Segade, Justo Graciano, M. Saavedra y Jesús Gil; desde el n° 20 de la segunda época aparece como redactor Julio Díaz Bernabé-Araoz. Textos: Ramón R. Ruíz, Andrés Colomber, Th Ribot, Aureliano Lorenzo, Héctor Marino, Amilcar, M. Abregu, Agustín Robles, Domingo Pintos, J. Viñas Osorio, D. Lescano, F. Martín, J. G. Pineda, Bernardo Díaz, etc.  
Disp.:

1ª época: n° 6 (mayo 1922)-11, 14, 15 (agosto 1925); 2ª época: n° 1-10, 12, 18, 20, 24, 25, 27 (julio 1936).

**TIERRA LIBRE.** Periódico anarquista / [Adm.: Luis Danussi].

Bahía Blanca: Agrupación "Tierra Libre", n° 1 (1/5/1932) - [n°5 (diciembre 1932)].

Como avisa en el primer número, esta publicación surge de la fusión de otros dos periódicos de Bahía Blanca: **Brazo y Cerebro** y **Pampa Libre**. Principalmente se aboca a temas campesinos y además aparecen varias notas sobre los linieyas y su vínculo con el anarquismo. Textos de Roberto Ledesma, Francisco Martínez, José V. Jordan, Lirius, S. Fernández, Rudencindo Luna, C. A. Balbuena, Eugenio Cardenas, C. Rojas, Gener Carré, entre otros.

Disp.: n° 1-5.

**TIMÓN.** Síntesis de orientación político-social / Dir.: Diego Abad de Santillán.

Barcelona - Buenos Aires: [s.n.], Primera etapa: 1938; Segunda etapa: n° 1: noviembre 1939 - n° 7: junio 1940.

Tuvo una primera etapa editada en Barcelona durante 1938 que al menos contó con cinco números. Ya en Buenos Aires, la revista fue dirigida por Diego Abad de Santillán y Carlos de Baraibar, con textos de Jorge F. Nicolai, Rudolf Rocker, José Gabriel, Wenceslao Carrillo, Mauricio Magdaleno, José Asensio, J. García Pradas, Judith Grinfeld, Julio César Jobet, Enrique Espinoza [seud. de Samuel Glusberg], etc. Viñetas y dibujos de: Demetrio Urruchua, George Grosz.

Disp.: completa.

**EL TRABAJO** / Órgano semanal de la Casa del Pueblo.

Buenos Aires: Casa del Pueblo, n° 1: 26/6/1902- Pascual Guaglianone y Florencio Sánchez fueron de los editores de este periódico.

Disp.: 1, 2 (12/7/1902).

**EL TRABAJO** / Revista mensual de la Sociedad de Resistencia del Puerto de Capital

Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (1/2/1906) - [n° 7 (1/11/1906)].

Publicación que al menos el número 6 apareció como anexo a **Los Nuevos Caminos** y que precede a **El Reporter del Puerto**. Su redactor fue Esteban Almada y posee textos de: Pellico, F. Domela Nieuwenhuis, E. Almada, Alfredo Calderón, Enrique Lluria, etc.

Disp.: n° 1-7; también suplementos a los números: 4 (15/5/1906), 6 (15/8/1906), 7 (15/10/1906).

**EL TRABAJO** / Revista mensual de las Sociedades de Conductores de Carros, Aserradores, Obreros del Puerto, Caldereros y Cajoneros de envases





Buenos Aires: Sociedades de Conductores de Carros, n° 1: junio 1911 – [n° 2: julio 1911]  
Disp.: Disp.: n° 1, 2.

#### **EL TRABAJO.** Diario de la mañana

Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (5/9/1921) - n° 87 (23/3/1922).

Publicación de tendencia anarcobolchevique continuadora de **El Comunista**. Está relacionada con **Cuasimodo** y su administrador fue Atilio Juan Brusa. Sigue atentamente la situación rusa y la masacre patagónica. Aparecen textos de Pierre Quiroule [seud. de Joaquín Alejo Falconnet], Mario Villa, José Torralvo, Enrique Flores Magón, Juan Abelardo, A. Caballero, Ana Flores, Álvaro Yunque, Mariano José de Larra, V. Ferreiro, Jenaro Campo, Hemeregildo Rosales, Julio R. Barcos, Sofía Casanova, José Siciliano, Santiago Locascio, Juan Lazarte; posee ilustraciones de Vebar.  
Disp.: n° 1-28, 29, 43-76, 79, 87.

#### **EL TRABAJO / Alianza Libertaria Argentina (ALA) - Agrupación "Armonía".**

Tucumán: Alianza Libertaria Argentina (ALA) - Agrupación Comunista Anárquica "Armonía", n° 1: 25/3/1924 - [n° 6: 6/10/1924].

Publicación quincenal en la que escriben D. Osuna, Fernando Gonzalo, Juan Ortiz, F. Cossio y C.Castex, entre otros.  
Disp.: n° 1-6 (6/10/1924).

#### **TRIBUNA LIBERTARIA / Órgano de la Federación Obrera Local Rosarina y Paraná de Santa Fe.**

Rosario: Federación Obrera Local rosarina, 1921- [1923].

Textos de: Eugenio D` Ors, Germán Posadas, J. Bernabé, Mauricio de Becque, Álvaro Yunque.  
Disp.: n° 21 (27/12/1921), 26 (10/2/1923).

#### **TRIBUNA PROLETARIA.** Diario de la mañana. Órgano de fensor de los intereses gremiales.

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 29/7/1919 - 30/3/1930. Periódico ligado a la FORA cuyo redactores fueron Alberto S. Bianchi, Mario Anderson Pacheco, Teodoro Antillí, Rodolfo González Pacheco, David Valdés, J. González Lemos y Teófilo Dúctil. Escribieron: Luis María López, Diego Abad de Santillan, Lelio O. Zeno, G. de Molinari, E. Nigma, Eduardo Gilimón.  
Disp.: n° 50 (24/9/1919), 83, 96, 102, 104, 105.

#### **UMANITÁ NOVA.** Numero Unico di Propaganda Anarchica / Editado por el grupo Umanitá Nova.

Buenos Aires: Umanitá Nova, 1930-1932. En italiano.  
Disp.: n° 1º/5/1930, 1º/5/1932

#### **LA UNIFICACIÓN OBRERA / Órgano de la Agrupación Pro Moralidad Sindical.**

Buenos Aires: Agrupación Pro Moralidad Sindical, 1923-1924.  
Disp. n° 26 (15/6/1924).

#### **LA UNIÓN DEL MARINO / Órgano de la Federación Obrera Marítima.**

Buenos Aires: Federación Obrera Marítima (FOM), 1911 - [1928]. Adherida a la FORA.  
Disp.: n° 7 (23/8/1911)-16, 43, 44, 54, 56-77, 80-96, 99, 100-103, 105-111, 113, 114, 122, 123 (junio 1928).

#### **LA UNIÓN GREMIAL.** Órgano de las sociedades de resistencia / Publicada por las sociedades Albañiles, Herreros-mecánicos y anexos, Yeseros, Tabaqueros y Marmoleros.

Buenos Aires: Unión Gremial, n° 1: 4/4/1895 - [n° 21: 12/7/1896].  
Publicación quincenal, redactada en castellano, italiano y francés, que va cambiando el subtítulo, agregando o quitando oficios.  
Disp.: n° 1-15, 17-21.

#### **UNIÓN SINDICAL / Órgano semanal de la USA**

Buenos Aires: Unión Sindical Argentina, 1922. n° 1 (8/4/1922) - n° 21 (26/8/1922).  
Publicación entre el anarcobolchevismo y el sindicalismo revolucionario que probablemente continua a **El trabajo**, y posteriormente continuará como **Bandera Proletaria**.  
Disp.: n° 20 (19/8/1922).

#### **VÍA LIBRE / Órgano mensual de la Federación Obrera de Sindicatos Ferroviarios.**

Buenos Aires: Federación Obrera de Sindicatos Ferroviarios, 1921 - [1924].  
F. O. de Sindicatos Ferroviarios (fundada el 3 de julio de 1921).  
Textos: Juan González, Salvador Sereche, T. Morone, Aureliano Lorenzo, C. Medina, Jacinto del Prado, R.S. Gorosito, R. Hauser, J. Morales, Miguel Baker, Teodoro Antillí, T. Moroni, Enrique Serantoni, José Colucci, etc.  
Disp.: n° 36 (mayo 1923)-41 (febrero 1924).

#### **VÍA LIBRE.** Publicación mensual de crítica social / Dir.: Santiago Locascio.

Buenos Aires: [s.n.], n° 1: octubre 1919 - n° 36: septiembre 1922.  
Destacan la cantidad de artículos que piensan y discuten la revolución rusa siendo ésta una publicación de la que participó el grupo anarcobolchevique ligado a García Thomas. Notas firma-

das por: Edmundo Bianchi, Florencio Sánchez, Cantaclaro II, Alejandro Sux [seud.], L.O.S., E. García Thomas, Vicente Salaverri, A. Ucar, Julio Barcos, Emilio Castelar, Edmundo Bianchi, Manuel Patiño, Mauricio L. Roberts, Sebastián Gomila, Vicente A. Salaverri, Walter Crane, H. Rosales, Joaquín Payá, Isaac Morales (hijo), Julio Molina y Vedia, José Prat, Amaro Folgueral, Félix B. Basterra, Santiago Puccio, Roberto J. Payró, Luis C. Frayna, Sebastián Faure, Federico Urales, José Ingenieros, José M. Monner Sans, Luis Cortés, Juan Más y Pi, Pablo Iglesias, etc.  
Disp.: n° 1-11, 13-31.

#### **VIBRACIONES!** Arte, crítica y sociología

La Plata: [Grupo Vibraciones], [n° 1: junio 1909]-  
Publicación quincenal en la que escriben: Pedro Planas Carbonel, Horacio B. Rossotti, Ángel D'Ambrá, Ángel Vira, José Lorenzo Tato, Víctor Arreguine, Rastiñac, Enjolras, Francisco Franschetti, Mario Ricaldoni, Eduardo G. Gilimón, Santiago Dallegri, Renato Ghia.  
Disp.: n° 4 (31/7/1909), 6 (18/9/1909).

#### **VIDA NUEVA.** Semanario de sociología, artes y actualidades / Redactor: Pascual Guaglianone.

Buenas Aires: Centro Internacional de Montevideo, Segunda época: n° 1 (15/11/1903) - [n° 5 (9/1/1904)].  
Periódico semanal com textos de Pascual Guaglianone, M. A. Guyau, Ch. Litoourneau, Pedro Gori, Alberto Ghirardo, J. Miguel Piedrabuena, N. Colajanni, Enrique Morselli, Andrés A. Mata, Enrique Crosa, J.M. Piedrabuena, Elam Ravel, Enrique Crosa, etc.  
Disp.: Segunda época: n° 1 - 5.

#### **VENTI SETTEMBRE.** Pubblicazione fatta a cura di alcuni giovani / [Adm: Galileo Botti]

[Buenos Aires]: [s.n], 1889 -  
Publicación en italiano. Textos de: F.S. Merlino, Dannato, B. Adele.  
Disp.: [ejemplar s/n].

#### **VERBO NUEVO.** Publicación quincenal de doctrina y combate / Órgano de la Federación Obrera Provincial Sanjuanina.

Adherida a la Federación Obrera Regional Argentina y la AIT. San Juan: Federación Obrera Provincial Sanjuanina, 1920 - [1932]  
Periódico también relacionado a **La Protesta**. A partir del n° 82, aparentemente rompe con la FORA, y cambia el subtítulo a: "ex adherida a FORA y AIT". Textos de: José M. Acha, A. Genini, M. Colucci, Zeda, María R. Esteve, Saúl L. Lutzel Schwab, Enrique Zar, P. Guerrero, Juan

Crusao, Francisco Leonel, Sapiña Beltrán, Carlos Bichet, Carmen Sylva, José Yepes.  
Disp.: n° 62 (1/11/1927), 63, 64, 68, 69, 73-75, 77, 80-82, 84-89, 100-109, 127, 130-132, 133 (1/5/1932), 134.

**IEL VERBO NUEVO!** / Órgano del Gremio Obreros Panaderos de Buenos Aires  
Buenos Aires: Obreros Panaderos de Buenos Aires, IV época: 1911; [191-?]  
Se presenta como continuación del primitivo **Obrero Panadero**.  
Disp.: n° 19 (noviembre 1911), 20 (febrero 1912).

**LA VERDAD** [Segunda época] / Órgano de la Agrupación Anarquista Chauffers y Nafteros.  
Buenos Aires: Agrupación Anarquista Chauffers y Nafteros, Segunda época: n° 1 (noviembre 1923)  
Textos de: Helius, E. Silix, Domingo F. Tallarico, Ana Membuli, A. Alba, etc.  
Disp.: n° 1.

**LA VERDAD**. Periódico anarquista / editado por la Agrupación "Aurora Libertaria".  
Tandil: Agrupación Aurora Libertaria, 1921 - 1930.  
1921 - 1930.  
Textos firmados principalmente por seudónimos y, entre otros, José Scalise, T. Fernández, C. Varona, A. C. Morán, D. Martínez, Juan Carterista, José Arias, A. Lopezzi, José Marinero, Helios.  
Disp.: 2-21, 23, 26, 30, 36-45, 48, 53, 54.

**VERDAD!** / Órgano del Sub-Comité local del Libre Pensamiento.  
Pergamino: [s.n.], 1906.  
Disp.: n° 4 (30/9/1906)-8 (28/10/1906).

**VOLUNTAD** / [Adm: Victorio Costantini].  
Rosario: [s.n.], 1929.  
Mensuario con textos de: F. L. Rivolta, Juan C. Romero, F. Garibaldi, Fleur.  
Disp.: n° 7 (5/10/1929).

**VOLUNTAD** / Editado por la Agrupación Armonía Libertaria.  
Mar del Plata: Agrupación Armonía Libertaria, n° 1: (marzo 1924)-  
Textos de: J.E.S., Mercedes Vázquez, Raúl Pierrestegui, J. Prat.  
Disp.: n° 1

**VOLUNTAD**. Periódico anarquista / Adm.: Antonio Nieves.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1 (9/6/1915) - [n° 3 (23/6/1916)].  
Escriben: Antonio Nieves, Mario David, Cabalis,

Saturnino Echeandia, J. Deilla Grossoleil, F. M. Casildo, Alejandro Rogasky, entre otros.  
Disp.: n° 1-3.

**VOLUNTAD**. Periódico anarquista / Adm.: Francisco Marín.  
Mendoza: [s.n.], n° 1 (1/7/1930) - [n° 3 (1/9/1930)].  
Periódico ligado a la Federación Obrera Local Mendocina (Adherida a la FORA).  
Entre textos firmados por muchos seudónimos aparecen los nombres de M. Anderson Pacheco, Fernando Bruseme, Pradexis Guerrero.  
Disp.: n° 1-3.

**LA VOZ DE LA CNT - AIT**. Boletín interno del núcleo en la Argentina / Órgano de la Confederación Nacional del Trabajo de España en el Exilio.  
Buenos Aires: Confederación Nacional del Trabajo de España en el Exilio, n° 1: febrero 1958 - [1958].  
Publicación mensual cuyo director fue Teodoro Monge.  
Disp.: n° 1, 3, 4, 8 (octubre 1958).

**LA VOZ DE LA MUJER**. Periódico comunista-anárquico / Dir.: J. Calvo; desde el n° 2: A. Barcla.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 8/1/1896 - n° 9: 1/1/1897.  
Las redactoras de esta publicación fueron Teresa Marchisio, María Calvia y Virginia Bolten. Además participaron: Pepita Gherra, Anita Lagourdette, María Muñoz, María Villa, Luisa Violeta, Soledad Gustavo, Josefa M.R. Martínez, etc.  
Disp.: completa.

**LA VOZ DE LOS TIEMPOS**. Revista para el pueblo / Orientadores: Martín Castro y Fernando Gualtieri.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 1/5/1927 - n° 6: 20/8/1927.  
Textos de: Leopoldo Marechal, Arturo Garibotto, Fernando Gualtieri, Martín Castro, Silvio Monteverde, Francisco Pi y Arsuaga, Fernando del Intento, etc.  
Disp.: n° 1-6.

**LA VOZ LIBERTARIA**. Buenos Aires: [s.n.], 1923 - [1924].  
Publicación en idish.  
Disp.: n° 4, 5, 7.

**LA VOZ DE RAVACHOL**. Periódico comunista-anárquico / Dir.: F. Vázquez.  
Buenos Aires: [s.n.], n° 1: 11/11/1895 -  
Disp.: n° 1.

**LA VOZ DEL CAMPESINO**. Agrupación libertaria de Trabajadores del campo / Adm.: José Matanzo.  
General Pico: [s.n.], 1925.  
n° 1: septiembre 1925 -  
Textos: J. Prat, R. G. Pacheco, Juan Rastrojo, etc.  
Disp.: n° 1, 2 (dic. 1925).

**LA VOZ DEL ESCLAVO**. Periódico de Emancipación Popular / Centro Unión Obrera.  
Chivilcoy: Centro Unión Obrera, n° 1: 1/9/1901 - [n° 14: 16/11/1902]  
Publicación quincenal con textos de Juan del Molino, P. Carbonel, Edmundo Seguela, S.F. Merlino, A. López Rodrigo, Martín A. Marguleta, etc.  
Disp.: n° 1, 3-4, 14.

**LA VOZ DEL PARIÁ** / Órgano Oficial de las Agrupaciones Anarquistas de Balcarce F.C.S..  
Balcarce: Agrupaciones Anarquistas de Balcarce F.C.S., n° 1: septiembre 1923 - [n° 4: marzo 1924].  
Publicación quincenal con textos de: A. C. Morán, Carmen Magán, Mercedes Vázquez, Juan Félix López, Joaquín P. Guerra, Carlos Guahni, Pradexis G. Guerrero, Gabriel Biagotti, etc.  
Disp.: n° 1- 4.

**LA VOZ DE LOS BALKANES** / Editado por la Unión Anarquista Balcánica Sudamericana.  
Buenos Aires: Unión Anarquista Balcánica Sudamericana, n° 1: dic. 1926 - .  
Disp.: n° 1.

**LA VOZ DEL PUEBLO**. Córdoba: [s.n.], n° 1: 1902 - [n° 22: 28/2/1903].  
Textos: Alfredo C. López, R. Elám Ravel, Diógenes Hernández, etc.  
Disp.: n° 7 (15/11/1902), 8, 16-22.

**XX SETTEMBRE**. Pubblicazione comunista-anarchica / La richieste del presente numero dereso esser direkte a "La Questione Sociale".  
Buenos Aires: La Questione Sociale, 20/9/1893.  
Disp.: número único (20/9/1893).

**Resumen:**

Este artículo describe y ordena en una hemerografía las publicaciones anarquistas argentinas disponibles en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda (CeDInCI). Según el caso, cada entrada incluye: título y subtítulo de cada publicación periódica, las fechas límite entre las que apareció, las épocas que tuvo, sus responsables y sus colaboradores, y otros datos relevantes dependiendo del periódico en cuestión. Su objetivo es constituir una herramienta útil para las futuras investigaciones sobre esta temática en tanto brinda información sobre publicaciones que hasta hace pocos años sólo estaban disponibles en el International Institute of Social History (IISH) de Amsterdam.

**Palabras Clave:** anarquismo argentino, publicaciones periódicas, fuentes documentales.

**Abstract:**

This article describes and organizes the Argentinian anarchist publications available at the Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda (CeDInCI) in a hemerography. As appropriate, each entry of this hemerography includes: title and subtitle of each periodical, dates of publication, their leaders and collaborators, and other relevant information for each particular case. It aims to be a useful tool for future research on this subject, providing information about publications that years ago were only available at the International Institute of Social History (IISH) in Amsterdam.

**Keywords:** Argentine anarchism, periodicals, documentary sources.

# José Ingenieros y sus mundos

---

Las VI° Jornadas de Historia de las Izquierdas que el CeDInCI organiza desde 1998 se desarrollaron en noviembre del 2011 en el Campus Miguelete de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y tuvieron esta vez por eje la polifacética personalidad intelectual de José Ingenieros y la proyección continental de su obra.

Es que entre la última década del siglo XIX y las tres primeras del siglo XX, la figura de José Ingenieros funciona como un prisma que refracta un haz de luces muy diversas: del librepensamiento al anarquismo, del socialismo al antiimperialismo, del positivismo al espiritualismo. Un prisma que ofrece múltiples y acaso desconcertantes facetas: la del masón y la del hombre público; la del militante político y la del hombre de ciencia; la del “fumista” de la bohemia porteña y la del maestro de juventudes de la Reforma Universitaria; la del tratadista científico y la del escritor modernista; la del científicista comprometido con el más férreo determinismo y la del ensayista implicado con el idealismo moral. No es casual, pues, que concitara la atención de tantos investigadores de nuestro país y de todo el continente.

En las jornadas, que se extendieron a lo largo de tres días —9, 10 y 11 de noviembre de 2011— se ofrecieron seis conferencias (a cargo de Javier Garcíadiego y Pablo Yankelevich, Ricardo Melgar Bao y Hugo Biaggini, Claudio Batalha y Horacio Tarcus) y veinticinco ponencias, que contaron además con una quincena de coordinadores y comentadores. En el marco de nuestras Jornadas el Rector de la UNSAM, Dr. Carlos Ruta, le otorgó el doctorado honoris causa al Rector del Colegio de México, Javier Garcíadiego.

Participaron no solo investigadores de distintas instituciones de nuestro país (CONICET, UBA, UNSAM, UNLP, UDESA, UNQ, UNC, UNMdP, UNVM, UNCU) sino de todo el continente: México, Brasil, Perú, Uruguay y Estados Unidos.

Seguramente no fue casualidad que la delegación más numerosa haya sido la mexicana, si se considera que la relación de Ingenieros con México fue intensa, sobre todo a partir de su vínculo con Vasconcelos, el ministro de educación de la Revolución, y con Felipe Carrillo Puerto, el primer gobernador socialista del Yucatán.



Las Jornadas coincidieron con la apertura a la consulta pública del Fondo de Archivo de José Ingenieros, donado a nuestra institución de manos de sus herederos, y con la presentación de la **Guía y Catálogo** de dicho fondo editado por la UNSAM, donde se describen sus miles de cartas con los principales intelectuales de su época, además de sus apuntes, los originales de sus obras y otros documentos en su mayor parte inéditos.

Asimismo, las Jornadas fueron acompañadas por la muestra “José Ingenieros y sus mundos”, compuesta de una serie de paneles originales que Ingenieros utilizaba para el dictado de sus clases de Psiquiatría y Criminología, así como otros semejantes que fueron realizados para nuestro evento y en los que se reproducían fotografías y manuscritos provenientes del Fondo.

De la treintena de ponencias y conferencias, una de ellas apareció en nuestro número anterior de **Políticas de la Memoria** (Horacio Tarcus, “Espigando la correspondencia de José Ingenieros: modernismo y socialismo *fin-de-siècle*”, **PM** n° 10/11/12, verano 2011/12). A continuación, ofrecemos en el presente *dossier* otros nueve estudios sobre Ingenieros, organizados en dos grupos.

En primer lugar, Hugo Vezzetti recupera y actualiza un ensayo sobre el Ingenieros psicólogo del amor avanzado en 1989, mientras que Ana María Talak y Lila Caimari revisitan sucesivamente el Ingenieros psicólogo y el criminólogo, avanzando en el camino abierto desde la década de 1980 por las perspectivas de Oscar Terán y el propio Vezzetti. A continuación, Laura Fernández Cordero ofrece una nueva lectura del **Tratado del amor** a partir del tratamiento que el propio Ingenieros hace de temas como la pasión, la infidelidad, los celos y la domesticidad matrimonial en la correspondencia privada con su mujer, Eva Rutenberg.

En segundo lugar, ofrecemos cinco estudios que abordan la proyección latinoamericana de Ingenieros: Claudio Batalha se ocupa de la relación de José Ingenieros con los socialistas brasileños en el pasaje del siglo XIX al XX; Osmar Gonzales rastrea su influencia en dos generaciones peruanas mientras Ricardo Melgar Bao busca identificarlo dentro del imaginario intelectual y político peruano; Martín Castilla, analiza la operación de apropiación simbólica realizada por Mariátegui ante la muerte de Ingenieros y, finalmente, Pablo Yankelevich nos ofrece un mapa exhaustivo de los posicionamientos del autor de **Los tiempos nuevos** ante los avatares de la Revolución Mexicana.

## Dossier | José Ingenieros y sus mundos

# Los ensayos sobre el amor en los primeros escritos de José Ingenieros

Hugo Vezzetti\*

## Presentación a un ensayo de 1989

El artículo publicado en 1989, y que Políticas de la Memoria reproduce a continuación, daba cuenta de un tema dentro de una investigación, que quedó abandonada, sobre ideas y representaciones de la familia argentina en un período que comprendía más o menos el que había abarcado mi investigación sobre la locura.<sup>1</sup> *Familia* (o ausencia de familia) — *inmigración* (mayormente masculina, solitaria, “desfamiliarizada”) — *locura* (a la vez psíquica, moral y social) conformaban una serie que se me hacía presente en un repertorio de fuentes heterogéneas y un poco azarosas que fui reuniendo para mi primer libro, publicado en 1983. Se hacía presente ante todo en las fuentes que describían la población del Hospicio de las Mercedes y conjeturaban sobre las causas “morales” de la alienación mental según el paradigma alienista. Dos afirmaciones igualmente categóricas, daban cuenta de esa correlación: los inmigrantes enloquecen más fácilmente, se decía; y lo mismo sucede con los solteros. Esa misma constelación alterada, la ausencia de un orden familiar capaz de operar como un soporte primario de la disciplina y la moral, era exhibida directamente en el escenario de la gran ciudad, en los temas de la “mala vida”: las patologías de la sexualidad y el alcohol se anudaban en las figuras y los fantasmas del delito. Psiquiatras, criminólogos, penalistas y policías convergían sobre esa trama extraña, discordante, de desequilibrios que se desplegaban en el espacio público pero también en males-tares y sufrimientos del deseo en la intimidad. Es lo que se revelaba en los notables trabajos sexológicos de Ingenieros sobre casos estudiados en el Servicio de Observación de Alienados de la Policía, publicados en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*.<sup>2</sup>

El tópico de la familia y la inmigración emergía también en otras fuentes, literarias, ensayísticas y aun políticas, en un tiempo más largo, mucho antes de la llegada de un contingente significativo de inmigrantes. En verdad, la construcción de una “familia argentina” formaba parte del programa inicial de una transformación civilizatoria de la sociedad. Alberdi integraba un fantasma sexual familiar en su política de población, que descansaba en la capacidad de seducción de nuestras “hermosas y amables mujeres”, aptas para ser ofrecidas en matrimonio a un conjunto de inmigrantes considerablemente idealizados.<sup>3</sup> De modo que, antes de la medicina pública, de la eugenesia y el higienismo, el matrimonio y la familia ya se dibujaban como organizaciones de un orden político básico que dependía de la moralización de la sociedad. El cuerpo de la sexualidad y del amor, las intimidades de la pasión y el deseo quedaban relegadas en el proyecto utópico de reforma de la población. Hacia el ochenta, la razón médica traducía el fantasma familiar en un rígido lenguaje naturalista: el “cuerpo social”, la especie y la raza, la salud colectiva, la prolifaxis de la degeneración. Las “hermosas y amables mujeres” (un tributo en el que persistían algunos rasgos del amor romántico) se convertían, para la lógica eugenésica, en máquinas de reproducción biológica y social. Y el sueño del matrimonio mixto civilizador se trocaba en una pesadilla en la que un “tano”, Genaro, advenedizo y crapuloso, derramaba su simiente degenerativa en una doncella de buena familia, en una violación que reunía el crimen contra la naturaleza y contra la buena sociedad.<sup>4</sup>

Esas eran, a grandes rasgos, los problemas que tenía presentes en esos años en mi investigación sobre la familia y el matrimo-

\* UBA-CONICET.

<sup>1</sup> H. Vezzetti, “Contribuciones preliminares a la historia intelectual de la familia argentina”, *Anuario de Investigaciones*, Facultad de Psicología, UBA, n.º, 1990-91. *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Folios, 1983.

<sup>2</sup> J. Ingenieros, “Patología de las funciones psicosexuales. Nueva clasificación genética”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias afines*, 1910, tomo IX, pp. 3-80.

<sup>3</sup> Se trata, dice, de “suplantar nuestra actual familia argentina por otra igualmente argentina, pero más capaz de libertad, de riqueza y de progreso”. [...] “La América del Sud posee un ejército a este fin y es el encanto que su hermosas y amables mujeres recibieron en su origen andaluz, mejorado por el cielo espléndido del Nuevo Mundo...” Juan B. Alberdi, *Bases y puntos de partida para a organización política de la República Argentina* (1852), Buenos Aires, CEAL, 1979, p.163.

<sup>4</sup> Véase Eugenio Cambaceres, *En la sangre* (1887), varias ediciones.



nio. Los escritos de José Ingenieros cambiaban radicalmente ese discurso dominado por la gestión de la población (registro biopolítico, podría decir hoy) en la medida en que hacían emerger lo negado y escindido, es decir, la libertad y los derechos en la experiencia subjetiva. En verdad producían un giro complejo, con efectos paradójicos dentro de una cosmovisión naturalista y determinista, en la medida en la afirmación del amor-pasión, singular e irreductible, se enunciaba a la vez como un *derecho* que chocaba con el sistema de obligaciones que buscaban fundar un orden familiar y un orden político.

En los primeros trabajos se deja ver la temprana adhesión socialista revolucionaria y libertaria, la misma con que denunciaba “las inmoralidades de la moral burguesa” en sus artículos de **La Montaña**, el periódico que dirigió, junto con Leopoldo Lugones, en 1897.<sup>5</sup> Que las cuestiones del amor no se separaban, en ese primer Ingenieros, de las batallas políticas lo demuestra un texto incluido en el primer número de esa revista sobre un fallo penal en un crimen pasional. Una mujer, Alcira, de origen obrero, había matado a un hombre que aparentemente había intentado violarla. Como existía una relación previa en la que ella había consentido una intimidad sexual, el juez consideró que no habían circunstancias atenuantes y la condenó. Alegaba que “solamente la mujer que no ha sacrificado su honestidad con ninguna concesión, ni ha violentado su pudor, tiene derecho de herir o matar al que intente violarla”. El mismo juez comparaba el caso con otro crimen del que había quedado exculpada otra joven, burguesa esta vez, Elena, que también había matado a su agresor, pero que no había tenido con él “el menor acto de complacencia que ofendiera su pudor de mujer honesta”.

En ese material encuentra Ingenieros la oportunidad de exponer brevemente sus ideas psicológicas, morales y políticas sobre el amor, incluso de proponer una nítida visión clasista en la comparación de las mujeres involucradas. La intimidad sexual a la que accedió Alcira, dice, sólo demuestra que “amó más sinceramente” que la otra, dado que el afecto en ella “pudo más que todas las estúpidas conveniencias sociales”. El amor, dice Ingenieros, implica la consagración completa al ser amado; y “la naturaleza ha hecho del coito la consagración más sintética y más tangible del amor”. Elena en cambio no amó, no consagró ni sacrificó nada: en esa relación no hubo pasión sino, “como en todos los actos de la vida burguesa” la búsqueda de “satisfacer una conveniencia”. El corolario desemboca en la denuncia del matrimonio burgués, “que es comercio, implica la negación del amor”.

Un año después, en 1898, publica “Bases del feminismo científico”. No me propongo volver en detalle sobre la lectura que hice hace más de veinte años. El registro ha cambiado tanto como el vocabulario, respecto de la nota publicada en **La Montaña**. El evolucionismo y el lenguaje de la ciencia biológica y económico-social han sustituido los desplantes de la prosa modernista. La afirmación de principio de la libertad y la igualdad amorosas, opuestas

a las convenciones burguesas (es decir, el tópico político libertario del “amor libre”), busca ahora un fundamento científico en el dogma transformista, ampliado de un modo que integra las proyecciones revolucionarias sobre el mundo de la sexualidad y los afectos. Pero es muy significativo que la cuestión del amor y el matrimonio sea encarada desde la perspectiva de una idea del feminismo. Si pone allí el foco, sobre la condición de la mujer, es porque, como en el proletariado en la relación social de dominación, en ella, en su cuerpo y sus afectos, se libra la conquista de una libertad amorosa para los dos sexos. Y en la visión juvenil, libertaria, esa libertad requería de la abolición de la familia.

Los primeros trabajos sobre el amor, incluyendo los ensayos y las crónicas de viajes, escritos en los primeros años del siglo, son contemporáneos de **El libro de las madres**.<sup>6</sup> En esos textos, incluso en los que se integran al **Tratado del amor**, es fácil advertir el abismo que separa al pensamiento de Ingenieros del sentido común del higienismo médico, naturalista, moralizante, prescriptivo y unánimemente volcado a edificar y difundir la figura ejemplar de la buena madre. La figura de la mujer como *madre* y la sacralización de sus funciones reproductivas está ausente del elenco de problemas tratados en el **Tratado**, que vuelve sobre la oposición, presente en los primeros escritos, entre el amor (que se asienta en el instinto sexual) y la “domesticidad”, que deriva del instinto maternal. La familia emerge como una consecuencia del instinto maternal que privilegia los fines colectivos, mientras que el amor es una peripecia del sentimiento individualizado. De allí que las figuras de mujer en el elenco ingenieriano encuentren su prototipo no en las madres sino en las heroínas amorosas. Incluso el crimen por amor se sublima y se separa del catálogo de la degeneración: en Alcira, la amante proletaria condenada por un inicuo juez de la burguesía, se adivina la fisonomía sublime de Julieta, la amante inmortal.

En los trabajos posteriores no perduran ni la entonación profética sobre la evolución futura de la monogamia ni la fórmula utópica de una sociedad sin familia. Sin embargo, mantiene la cuestión de la libertad amorosa, focalizada en los derechos de la mujer. En “El renacimiento del amor”, publicado el año de su muerte, conjetura una “revolución de las costumbres y el derecho” que hará posible una expresión más libre de los afectos. Pero además, establece un fundamento de largo alcance, bastante insólito en el pensamiento de su tiempo, un núcleo del nietzscheanismo que siempre lo animó: esa reconquista del amor, que tiene a la mujer como protagonista mayor, depende de la “decadencia de la ‘cultura cristiana’”.<sup>7</sup>

Finalmente, en el reino del sentimiento amoroso lo que está en juego concierne siempre al individuo, sujeto irreductible de la felicidad o la desdicha. El privilegio del cuerpo colectivo y la “defensa social”, que dominaban el abordaje del positivismo penal, ceden frente a este elogio del amor “asocial”, una pasión singularizada

<sup>5</sup> Véase **La Montaña. Periódico socialista revolucionario** (1897), edición integral, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

<sup>6</sup> Gregorio Aráoz Alfaro, **El libro de las madres**, 1899.

<sup>7</sup> J. Ingenieros, “El renacimiento del amor”, 1925, incluido en el **Tratado del amor**, parte tercera, IV; cito por la edición de Elmer, 1956, p.119.

y ajena a las representaciones eugenésicas del matrimonio y la familia como sistema de obligaciones. Se entiende que estos escritos, no sólo los juveniles sino el propio **Tratado**, no tuvieron mayor repercusión en la prensa médica higienista ni en un ensayismo reformista que en general no se planteaba una revolución moral en el terreno de la sexualidad y el matrimonio. Se divulgaron reunidos con la literatura sentimental periódica, poblaron el imaginario amoroso en un tiempo de cambios y encontraron su público en decenas de miles de mujeres que soñaban con las cumbres de la pasión y a veces también actuaban en consecuencia.<sup>8</sup>

Junio de 2012

## 1. Introducción

Esta comunicación forma parte de una investigación de historia de las ideas psicológicas en torno de la familia en Buenos Aires, entre 1900 y 1930. Con la constitución de la familia como objeto de un incipiente “pensamiento psicológico”, la implantación de representaciones y valores “modernos” trajo aparejada cierto relieve novedoso del amor sexual en la pareja y su inclusión, más bien conflictiva, en los fines y las formas de la relación matrimonial y la institución familiar. Ante todo, es fácil advertir que ese campo de problemas, en el clima intelectual propio del fin de siglo, se sitúa en un cruce particular de referencias, entre la tradición filosófica y científica naturalista y la apelación moral, es decir, entre el conocimiento “objetivo” y la interpelación normativa. En esa intersección, en el marco de una atmósfera cultural de transición, enfrentada críticamente con el pasado y alimentada por corrientes filosóficas, estéticas y científicas divergentes, vale la pena situar los trabajos iniciales de José Ingenieros sobre el amor. Se trata de los ensayos publicados en **El Mercurio de América** (Ingenieros, 1898 y 1899) y los artículos incluidos en el volumen **Al margen de la ciencia** (Ingenieros, 1905 y 1906; la obra fue reeditada posteriormente con el título **Crónicas de viaje**). Como es sabido, Ingenieros trabajaba en 1925 en un **Tratado del Amor** que quedó inconcluso cuando lo sorprendió la muerte.

Un rasgo relevante de esos primeros trabajos reside en su cualidad reveladora de la compleja construcción de una zona del pensamiento psicológico y social del autor, que contrasta con la adscripción establecida de su obra a un positivismo biologicista sin matices, o con la exégesis de su psicología que sólo ha considerado su obra sistemática, los **Principios de Psicología**. Estos textos muestran la configuración de un discurso tensionado entre el andamiaje científico “positivo” y la crítica ética y política, atento, a la vez, a la elaboración estética de sus objetos. En ellos el científico y el reformador moral y social se da la mano con el hombre de letras inconformista y sensible a las corrientes del modernismo *fin de siècle*. A la vez, tal diversidad es representativa de los procesos de construcción de nociones, enfoques y valores de las incipientes disciplinas psicológicas, particularmente allí

donde se configura lo que puede considerarse como una *psicología moral*, con raíces bien establecidas en el pensamiento occidental moderno.

A esa configuración peculiar contribuye de modo decisivo el tema mismo del *amor*. En efecto, no puede desconocerse la significación capital del amor como problema presente y repetido en el panorama de la cultura moderna bajo claves diversas, desde la exaltación romántica de un Werther a la fina indagación literaria de Stendhal, del utopismo revolucionario y el “nuevo mundo amoroso” en Fourier al pesimismo de la metafísica vitalista de Schopenhauer, de la biología evolucionista del instinto sexual al “descubrimiento” de la *psychopathia sexualis*, en fin de la prédica emancipadora del feminismo al nacimiento de nuevas disciplinas científico-morales: eugenesia, higiene mental y familiar, sexología.

## 2. El “amor múltiple”

“Bases del feminismo científico” (1898) es el punto de partida de ese primer discurso de Ingenieros acerca del amor, el matrimonio y la familia. El registro “científico” de la primera parte se inspira en un enfoque sociológico bioeconomicista que lee a Engels a través del italiano A. Loria.<sup>9</sup> Así, la condición jurídica y social de la mujer y su posición en la familia está determinada por la dependencia económica respecto del hombre, de modo que, según un paralelismo estricto respecto de las formas de sociedad, la mujer ha sido esclava del hombre en la sociedad esclavista, vasalla bajo el feudalismo y permanece en situación de “asalariada” del esposo en el capitalismo. El camino hacia la igualdad, insiste Ingenieros, debe ser primero económico y social para después expresarse plenamente en el plano jurídico.

La segunda parte se ocupa del “derecho de amar y la pluralidad afectiva” y aborda la cuestión desde un ángulo que, mediante un giro subjetivo, coloca en el centro de su mira a la experiencia del amor y anuncia un recurso necesario a la “psicología de los afectos” (Ingenieros, 1898: 277). Contrariando tesis muy extendidas acerca de la diferente intensidad de las necesidades sexuales en el hombre y la mujer, comienza por afirmar la igualdad de los sexos en materia amorosa. Las diferencias, en todo caso, son debidas a rasgos adquiridos, básicamente por el ambiente y la educación; la moral —“variable en el tiempo y el espacio”— es convencional e impuesta por la supremacía económica del hombre.

Por otra parte, el planteo “igualitarista” se combina con una concepción del instinto que acentúa la preeminencia del impulso vital como voluntad primaria. Y se dibuja allí el camino de una conciliación imposible entre una inspiración explícita en Nietzsche —cuando denuncia a la moral dominante por estar dirigida “en sentido opuesto a los instintos de la vida” (Ingenieros, 1898: p. 280) — y los valores de esa ética social libertaria que constituyó un rasgo destacable de su ideología juvenil. Por poco que se acentúe esa impronta afirmada en la “voluntad de poder” y se encuentre con

<sup>8</sup> Véase Beatriz Sarlo, **El imperio de los sentimientos**, Buenos Aires, Catálogos, 1985.

<sup>9</sup> Para un análisis histórico de las configuraciones del pensamiento social de Ingenieros: O. Terán, 1979.



una concepción de la personalidad individual como progresiva afirmación de sí y superación de los obstáculos ambientales, emergerá más nítidamente el sesgo aristocratizante con que va a afirmar su denuncia moral del “hombre mediocre”.

Pero, en todo caso, interesa destacar en ese pensamiento un núcleo psicológico y moral que privilegia el vínculo afectivo —el amor— por sobre la institución matrimonial, con una argumentación que es, a la vez, naturalista y sensible a la expresión individual, determinista y abierta a la afirmación del deseo en la elección amorosa. Así es como proclama una “nueva concepción” del problema afectivo “que puede armonizarse perfectamente con las más recientes nociones adquiridas en el terreno experimental por la psicología científica”, a saber, la “pluralidad afectiva”, entendida como la “aptitud de cada individuo para sentir emociones afectivas de carácter sexual hacia varios individuos de sexo opuesto” (Ingenieros, 1898: 281). No es fácil determinar cuáles son las nociones de la “psicología científica” a las que hace referencia, no tanto, por lo menos, como detectar el sustrato de ideas, políticas y estéticas, que confluye en ese cuestionamiento de la monogamia y la moral convencional. Al ideario socioanarquista se añade el deliberado propósito de ruptura propio del movimiento de vanguardia literaria que había construido su ámbito en **El Mercurio de América** y el grupo La Syringa.<sup>10</sup>

En la medida en que crecen las posibilidades de libre elección afectiva en el marco de la monogamia contemporánea y en tanto anuncia el proceso de transformación hacia formas sociales de propiedad, Ingenieros pronostica que la reducción de los convencionalismos en los “sentimientos individuales” hará emerger en el futuro esa “afectividad múltiple”. Los *individuos* serán los protagonistas esenciales de esa emancipación —amorosa— y “tenderán insensiblemente a emanciparse del yugo de la monogamia extendiendo en toda su amplitud su potencial afectivo sobre uno o más individuos del sexo opuesto y uniéndose sexualmente con ellos por mutuo consentimiento y por el tiempo que dure la afinidad afectiva” (Ingenieros, 1898: 282). Condición esencial de esa evolución, coincidente con la utopía anarquista de abolición de la familia,<sup>11</sup> es la “manutención social de los hijos”.

Una respuesta crítica a su artículo (Gambarotta, 1899) le permite volver sobre el tema y ampliarlo al año siguiente (Ingenieros, 1899). El amor es definido como un “estado de emoción afectiva nacido en virtud de la fuerza instintiva del principio de reproducción” (Ingenieros, 1899: 357) y por lo tanto, en su génesis se subordina a la tendencia biológica a la conservación. Pero su *morfología* depende de condiciones variables, que en una inicial formulación son absorbidas bajo la categoría común de la lucha, que es lucha de la *especie* y, sobre todo, lucha del *individuo*. La selección sexual había sido afirmada por Darwin como un mecanismo secundario —frente a la “selección natural”— en el mejoramiento de las especies a través de la unión de los “mejores”

individuos. La lógica de la especie, en el marco de una cosmovisión evolucionista que recibe la influencia adicional de la filosofía de Schopenhauer, domina esta fundamentación del discurso sobre el amor: la atracción sexual entre individuos responde a un “ideal de la especie” y su intensidad es proporcional a la capacidad genésica de esos individuos para una reproducción óptima de la prole.

Pero hay condiciones propiamente *humanas* del amor, agrega Ingenieros, que ya no responden a la lógica natural y que relocalizan de un modo diferente esa dialéctica de lo genérico y lo individual en la realización del impulso amoroso. En efecto, frente a un “amor genérico”, pura emergencia del instinto e indiferente a las cualidades individuales, se contraponen un “amor especializado” e individualizado, sin que uno u otro, es decir, “pluriafectividad” y “uniafectividad”, dependan de condiciones biológicas, sino que responden a circunstancias histórico sociales. Aquí el análisis se separa y se sostiene en una distinción nítida de perspectivas: por un lado la evolución social de las formas familiares, por otro la experiencia subjetiva del amor abordada desde una psicología y una psicopatología descriptivas y “literarias”.

Inspirado en la relación establecida por Engels entre monogamia y propiedad privada, Ingenieros insiste en su “previsión sociológica”; en la medida en que la sociedad va hacia “un sistema que tenga por base la propiedad social, las instituciones familiares, junto con las demás instituciones sociales, experimentarán una evolución paralela tendiendo hacia un orden de cosas que determine el amor sexual múltiple” (Ingenieros, 1899: 350). Hasta aquí podría pensarse en la aplicación estricta del dogma evolucionista (que lo lleva a criticar la inconsecuencia de un Spencer por postular a la monogamia como forma familiar estable) con el añadido de un paralelismo estrecho entre formas económico sociales y componentes afectivo sexuales.

Y sin embargo, en la consideración del *amor individualizado*, por un giro que quiebra la lógica de la evolución, la construcción ingenieriana del amor encuentra su originalidad y su apertura hacia una teoría subjetiva. El amor singular, lejos de ser un factor de armonía entre la especie y el individuo, es más bien ruptura del equilibrio entre necesidad instintiva y sentimiento afectivo, “zona neutra” cercana a la patología (Ingenieros, 1899: 338). El que ama intensamente cae en una “crisis afectiva” anormal que afecta su percepción y su capacidad de juicio: el “amor fetichista” vendría a ser la exageración de ese desequilibrio.

En el encuentro de ambas “lógicas” —objetivo-naturalista y subjetiva— el “amor múltiple” aparece doblemente destacado: por un lado como el resultado determinado por un proceso evolutivo que disolverá la monogamia en camino hacia formas colectivas de vínculo amoroso, pero, por otro, como una “forma de unión libre por elección afectiva” (Ingenieros, 1899: 349) plena, libre de ataduras y, al menos en su desarrollo óptimo, resguardada frente a los excesos de la alienación pasional.

<sup>10</sup> Véase A. Ponce, 1977, pp. 10-13; y O. Terán, *op.cit.*, pp. 32-36. Sobre el clima de ideas del fin de siglo: el excelente trabajo de C. Real de Azúa, 1987.

<sup>11</sup> Por ejemplo, P. Quiroulet, 1914.



### 3. La “enfermedad de amar”

El tratamiento de la pasión amorosa como desequilibrio incorpora una faceta literaria al discurso de Ingenieros sobre el amor, como puede apreciarse en algunas de las crónicas escritas desde Europa para el diario *La Nación* (Ingenieros, 1905 y 1906). En Nápoles, el príncipe Pignatelli se había suicidado con un tiro en el corazón la víspera de su matrimonio; tenía un poema de Leopardi en sus manos y estaba rodeado de obras de Nietzsche y Schopenhauer. Tal es el punto de partida de “La enfermedad de amar”. El amor, afirma Ingenieros con el tono de un alienista que observa el mundo a su alrededor, es una enfermedad que se mueve en la órbita de la ilusión y que integra un cortejo de síntomas: timidez, ansiedad, temor por el objeto amado, alteraciones del pensamiento lógico, obsesiones e ideas fijas.

Enfocado desde esa perspectiva —psicopatológica— resalta en el impulso amoroso el gesto de afirmación individual que se revela, paradójicamente, en ese acto de enajenación, y que no resulta fácilmente integrable a los fines de la especie. Más aun, cierto tono de exaltación subjetiva en el texto parece desplazarse del drama de ese Werther napolitano a la propia posición del autor, quien no oculta su simpatía hacia el infortunado príncipe. “No hay enfermedad de amor sino enfermos de amor” (Ingenieros, 1906: 75) consigna Ingenieros para acentuar la cualidad singular de la experiencia amorosa, y establece seguidamente, continuando con la metáfora psiquiátrica, que hay amores “agudos” y “crónicos” con diversos cursos de evolución y curación.

Su visión del matrimonio está bien alejada de esa ficción higiénica y profiláctica construida contemporáneamente por el discurso higienista. En efecto, si la vida conyugal es postulada como el “antídoto más eficaz” (Ingenieros, 1906: 77) contra el desequilibrio amoroso, su potencia curativa reside precisamente en las consecuencias del “tedio y el hartazgo”. Y no se trata tanto del rechazo a la institución matrimonial (“¿medio siglo de amistad completa no vale más que una pasajera fulguración de amor?”, se pregunta el autor) como la afirmación de una separación tajante entre el mundo del amor y el espacio de la vida doméstica, distinción que va a mantenerse como central en su inconcluso **Tratado del Amor**, quince años más tarde.

En esa visión provocadoramente enfrentada al conformismo moral dominante en el campo intelectual porteño, puede apreciarse al mismo tiempo la expresión de una rebeldía estética antiburguesa, herencia de esa bohemia modernista que constituyó para Ingenieros una segunda alma. El suicidio por amor, argumento más que típico de la conciencia romántica, culmina en la exaltación de un “heroísmo protagónico” (Real de Azúa, 1987: 158) que, en el clima cultural del decadentismo finisecular se transforma, en gran medida, en un gesto aristocrático que denuncia la fealdad y la sordidez del mundo. Y frente a él Ingenieros actúa el papel sorprendente de un alienista que desemboca en un “elogio de la locura”. El suicidio del príncipe es “un ejemplo de amor verdadero, ‘como debería ser’ si los hombres supieran mirarse por

dentro”. Pero, entonces ¿por qué no se suicidan miles de enamorados? Sólo porque “no saben comprender la gravedad de su propio mal; los alienistas saben que en muchos casos la locura es un infortunio que se ignora” (Ingenieros, 1906: 78).

La cualidad del “amor verdadero”, por otra parte, introduce una jerarquización que superpone la oposición ética —frente a las “conveniencias” que rigen el matrimonio burgués— con un registro que apela al orden de la belleza: es la separación del amor “sublime” frente a la fea vulgaridad de las uniones convencionales. En esa dirección, adquiere todo su relieve la evocación que hace, en Verona, de Romeo y Julieta (Ingenieros, 1905), esos “amantes sublimes” que representan la “negación de la vulgaridad” (Ingenieros, 1905: 65). Y en esa conmemoración encuentra la ocasión de exhibir algo de esa zona elitista y aristocratizante que ha sido señalada como una marca en sus textos morales.<sup>12</sup>

La vulgaridad coincide con “la incapacidad del ideal” y se corresponde con la sordidez y la grosería de lo “inestético”. Si Romeo y Julieta merecen ser conmemorados y convertirse en objeto de “culto”, si sus figuras deberían desplazar en la plaza pública a tantos “tiranos, jurisconsultos y militares” (Ingenieros, 1905: 66), la dirección propiamente “educativa” de ese ideal encarnado por los amantes de Verona viene a hacer coincidir esos valores inconformistas con la proyección de una acción moral regeneradora que está reservada a ese actor social e intelectual privilegiado del sistema ético político de José Ingenieros: la juventud.

### 4. La obra posterior

Recapitulando, en ese núcleo inicial de pensamiento en torno del amor y el matrimonio es posible advertir una superposición de perspectivas —y de estéticas— no fácilmente conciliables, y que, en todo caso, se ajustan y reformulan en sus textos de madurez. Vale la pena insistir en que, más que la consistencia científica o filosófica, es la colocación intelectual de Ingenieros en relación a la cultura de su tiempo el factor decisivo en esa constelación de ideas y valores, que remite, en términos de Carlos Real de Azúa, a un “ambiente intelectual caracterizado por el signo de lo controvertido y lo caótico” (Real de Azúa, 1987: 145). En primer lugar, como un horizonte firme y perdurable, se sitúa el sistema de certezas y creencias afirmado en una cosmovisión naturalista que desde los temas de la especie se continúa en una sociología evolutiva, “bioeconomicista”, de las formas familiares. Pero cuando el análisis se recorta sobre un primer plano del enamoramiento y el impulso amoroso, se esboza una psicología descriptiva, con resonancias literarias, que se apega a la figura clásica del desequilibrio pasional como experiencia individual irreductible. Finalmente, el papel que atribuye al *ideal* ético y la posición anti-conventional con que interpela la moral dominante se aúnan en el gesto de denuncia estética de la vulgaridad y la “mediocridad”.

<sup>12</sup> En particular H. Agosti, 1958, pp. 164-172. Véase también G. Bermann, 1926, pp.147-179; y J. Dotti, 1983.



¿Qué es lo que queda de esto en el **Tratado del amor**? Su “teoría genérica del amor” (Ingenieros, 1925a: 39-60) constituye la exposición más sistemática de su construcción teórica general consistentemente evolucionista. En ella los temas biológicos de la reproducción y la cuestión del instinto sexual se organizan alrededor de nociones darwinianas muy difundidas: lucha por la vida, selección natural, selección sexual. En ese marco, el amor es “un perfeccionamiento de la selección sexual” (Ingenieros, 1925a: 58) y el deseo, expresión individualizada del instinto, tiene un “valor selectivo y eugénico... de acuerdo con el propio temperamento y tendiendo a mejorar la especie” (Ingenieros, 1925a: 162).

Sin embargo, aunque de modo menos sistemático, persisten ciertos ecos de sus escritos juveniles y la tensión entre el determinismo ciego de la especie y la voluntad consciente del individuo reaparece como un problema irresuelto. Frente a ello parece oscilar entre la postulación de una continuidad evolutiva estricta entre instinto natural y experiencia amorosa y la afirmación del amor como un campo de experiencia nuevo e irreductible a la regulación natural. Por ejemplo: la individualización del deseo “señaló una etapa nueva en las funciones de reproducción”. “Desde ese momento ha brotado sobre el instinto otra cosa, tan diferente como la flor de la raíz” (Ingenieros, 1925a: 52 y 54). En esa misma dirección se sitúa su definición del deseo como “afirmación volitiva” que se orienta entre el “ideal de amor” (“hipótesis individual más o menos consciente”) y la “ilusión de amor” (juicio erróneo) (Ingenieros, 1925a: 54-55).

Por otra parte, si bien la doctrina del “amor múltiple” no es explícitamente reivindicada, encuentra alguna cabida en la promoción de un “derecho de amar”, es decir de perseguir el propio ideal, que enfrenta las regulaciones y limitaciones propias de la familia doméstica (Ingenieros, 1925a: 56-57). Aunque la influencia de Schopenhauer sigue siendo notoria en esa oposición, el propio Ingenieros explicita sus diferencias, precisamente en que el filósofo alemán “ha confundido el Amor individual con su caricatura social, que es la Domesticidad” (Ingenieros, 1925a: 57). Y por esa vía le es posible ser radicalmente optimista respecto de la fuerza del amor y su progresiva posibilidad de superar las coerciones de la familia, concebida en términos “disciplinarios”: “La constitución de una familia... es un acto de disciplina social, rigurosamente condicionado por las conveniencias domésticas y sociales” (Ingenieros, 1925a: 109).

El “sentimiento doméstico” —base de la familia— tiene su origen en la función de protección de la descendencia, que se continúa con la crianza y la primera educación. En cambio el sentimiento amoroso es algo radicalmente distinto y la mezcla que hace la medicina higienista, con intención moralizadora, entre amor y familia tiene, para Ingenieros, el valor de un “mito” (Ingenieros, 1925a: 63). En ese sentido, se nota que tiende a acentuar la distancia que lo separa del discurso muy difundido de la higiene familiar y sexual: ironiza sobre esa “literatura destinada a exaltar las delicias de la vida familiar” (Ingenieros, 1925a: 81) y rechaza por “equivoca” la expresión “amor conyugal” (Ingenieros, 1925a: 109).

Aquella distinción, de raíz romántica, que jerarquizaba el amor “sublime” queda reformulada en los términos de una teoría dualista de los “modos” en que puede nacer el amor. El “flechazo” es una “afirmación que supone la existencia previa del ideal de amor”, mientras que la “intoxicación” es propia de quienes carecen del ideal por incapacidades relativas que pueden estar localizadas en los sentidos, la imaginación, la inteligencia o la voluntad o deberse a fallas de temperamento o educación (Ingenieros, 1919). En cuanto a la “enfermedad de amar”, ha sido trasladada, sin mayores variantes, al análisis del amor-pasión, en un bello texto dedicado a la pasión de Isolda (Ingenieros, 1923).

Por último, su crítica de la monogamia encuentra un curso menos iconoclasta en sus últimos trabajos. En una primera presentación, afín con esa oposición tajante entre amor y domesticidad, la monogamia resulta a la vez “ventajosa para la protección social de los hijos” y un obstáculo a la selección sexual que implica «una nueva y formidable restricción del derecho de amar” (Ingenieros, 1925: 99). Pero, en una perspectiva social reformista, afirma ahora que esas limitaciones no se resolverían con la “unión libre” (“nuevo privilegio de los hombres” en las circunstancias presentes) sino con “la simplificación progresiva del divorcio y la capacitación civil de la mujer” (Ingenieros, 1925: 94). El ideal libertario ha sido ajustado en sus miras a un camino posible de cambios que no desdén el peso de las instituciones, algo que se acentúa notablemente en el artículo final de la serie, “El renacimiento del amor” (1925b). Publicado poco antes de su muerte, si por un lado puede ser tomado como un indicador de la dirección última de su pensamiento, a la vez se presta a ser leído como parte de un programa avanzado de reformas sociales, educativas y jurídicas de la institución familiar. Cierta confianza básica en la “perfectibilidad” humana, individual y social —que ha sido señalada como un rasgo característico de su pensamiento moral (Berman, 1926: 160-162)— parece estar en la base de este texto que si bien retoma temas clásicos de la cultura socialista (como lo muestran los subtítulos: “emancipación de la mujer”, “socialización de los deberes domésticos”, “dignificación de la moral familiar”) a la vez reencontra esa dimensión propiamente subjetiva del amor y la proyecta hacia el futuro mediante la anticipación de una “reconquista del derecho de amar” que coincidirá con la progresiva extinción de la domesticidad en beneficio del amor en el matrimonio.

## Referencias bibliográficas

- Agosti, Héctor P., **Ingenieros, ciudadano de la juventud**, (1ª edición: 1945), Buenos Aires, Hemisferio, 1958.
- Bagú, Sergio, **Vida de José Ingenieros**, (1ª edición: 1936), Buenos Aires, Eudeba, 1963.
- Bermann, Gregorio, **José Ingenieros**, Buenos Aires, M. Gleizer, 1926.
- Dotti, Jorge, "Las hermanas-enemigas. Ciencia y ética en el positivismo del Centenario", mimeo, 1983.
- Engels, Federico, **El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado** (1884), Buenos Aires, Claridad, 1964.
- Gambarotta, Guillermo, "¿Pluralidad afectiva sexual?", **El Mercurio de América**, mayo 1899, pp. 267-270.
- Ingenieros, José, "Bases del feminismo científico", **El Mercurio de América**, noviembre 1898, pp. 269-284; "El amor múltiple en las futuras relaciones sexuales", **El Mercurio de América**, junio 1899, pp. 331-354; "Los amantes sublimes" (1905), en **Al margen de la ciencia**, Buenos Aires, J. Lajouane, 1908; "La enfermedad de amar" (1906), en **Al margen...**, *op.cit.*; "Cómo nace el amor", **Revista de Filosofía**, julio 1919, pp. 141-160, incluido con modificaciones en **Tratado del amor** (1925a), Buenos Aires, Elmer, 1956; "La pasión de Isolda", **Revista de Filosofía**, enero 1923, pp. 1-20, incluido con modificaciones, bajo el título "La pasión del amor" en **Tratado del amor**, *op.cit.*; "El renacimiento del amor", **Revista de Filosofía**, marzo 1925b, pp. 163-182, en **Tratado del amor**, *op.cit.*
- Nosotros**, Buenos Aires, XIX n° 199, dic. 1925, dedicado a José Ingenieros.
- Ponce, Aníbal, "Para una historia de Ingenieros", **Revista de Filosofía**, enero 1926, pp. 1-82. Reedición: **José Ingenieros, su vida y su obra**, Buenos Aires, Axioma, 1977.
- Quiroule, Pierre [Falconet, Joaquín A.] "La ciudad anarquista americana" (1914) En Weinberg, Félix, **Dos utopías argentinas de principios de siglo**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Real de Azúa, Carlos, "Ambiente espiritual del 900", **Escritos**, Montevideo, Arca, 1987.
- Revista de Filosofía**, Buenos Aires, XII n°1, enero 1926, dedicada a Ingenieros.
- Schopenhauer, Arthur, **El amor, las mujeres y la muerte**, Madrid, Edaf, 1966.
- Senet, Rodolfo, "La obra psicológica de Ingenieros", **Revista de Filosofía**, enero de 1926, pp. 114-139.
- Soler, Ricaurte, **El positivismo argentino**, Buenos Aires, Paidós, 1968.
- Terán, Oscar, "José Ingenieros o la voluntad de saber", en Ingenieros, J., **Antiimperialismo y nación**, México, Siglo XXI, 1979.
- Vezzetti, Hugo, "Algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina", **Punto de Vista**, n° 27, agosto 1986, pp. 5-10.





# Psicología y política en la interpretación de la sociedad

Ana María Talak\*

Diversos trabajos en estos últimos años que se han ocupado de analizar en la obra de José Ingenieros, especialmente la vinculación entre la perspectiva política y la sociológica en la interpretación de la sociedad y de su historia (por ejemplo, véase: Terán, 1986, 2000, 2008a, 2008b; Altamirano, 2004; Tarcus, 2007, aunque solo el joven Ingenieros), no han considerado el papel de las ideas psicológicas de este autor, y en el caso de que mencionen algunos aportes en este sentido, lo hacen de una manera marginal o accesoria. Me interesa mostrar que las ideas psicológicas que Ingenieros fue elaborando durante la primera década del siglo XX, hasta la publicación en 1911 de su libro **Principios de psicología biológica**, constituyeron un núcleo conceptual que pervivió en los trabajos posteriores de interpretación de la sociedad y de su historia. Más específicamente, sostengo que sus concepciones psicológicas, a pesar del marco naturalista y determinista, pretendidamente neutro desde el punto de vista valorativo, siempre acogió valoraciones de tipo político —entre otras—, aunque esas valoraciones no eran reconocidas como tales, sino naturalizadas. Estas valoraciones invisibilizadas en las explicaciones psicológicas de corte naturalista, se mantuvieron cuando Ingenieros extendió esta grilla interpretativa a nuevos problemas, de carácter social, histórico, político, y filosófico. En este breve espacio, ilustraré estas tesis a través de algunos conceptos clave, como *adaptación*, *progreso* e *ideales*, que fueron cardinales tanto en su teoría psicológica como en la interpretación de la sociedad, en obras posteriores no estrictamente psicológicas.

Retomaré, para revisar, la afirmación de Oscar Terán de que es a partir de **El hombre mediocre** (1913) que Ingenieros “introduce una serie de categorías “idealistas” difícilmente conciliables con el sistema determinista del positivismo” (Terán, 2008: 38). Considero que la misma cultura intelectual positivista (términos de Carlos Altamirano) poseía ya los elementos valorativos políticos que luego se desplegarían más explícitamente.

Comenzaré por mostrar cómo aparecen articuladas las tres nociones mencionadas, adaptación, progreso e ideales, en **Principios de psicología biológica** (1911, en ediciones posteriores se llamó **Principios de psicología**) y en **El hombre mediocre** (1913), y cómo

encierran diversas dimensiones valorativas que no se tematizan explícitamente, pero que son fundamentales en el armazón de los esquemas interpretativos de conjunto.

## El concepto biológico de adaptación y sus usos psicológicos

El concepto de adaptación se convirtió en una noción básica de la psicología a partir del impacto que tuvo la biología evolucionista en la psicología durante la segunda mitad del siglo XIX. En esa nueva psicología empírica, naturalista y evolucionista, llegó a ser una creencia compartida considerar las funciones psíquicas como funciones biológicas, que cumplen un papel específico en el proceso más amplio de la adaptación del organismo al medio. A lo largo del siglo XX, esta noción fue usada e interpretada de diferentes maneras en las teorías y tradiciones psicológicas. Por un lado, la comprensión y la explicación de la conducta humana, y de sus trastornos, exigían poner en relación al ser humano con el medio, natural y social, y definir las normas de la adaptación normal según criterios que suponían cruces entre interpretaciones biológicas, sociales, políticas y éticas, dimensiones no siempre explicitadas claramente. Por otro lado, la noción de adaptación permitía realizar comparaciones entre los animales y el ser humano, a través de interpretaciones del medio social en términos biológicos, o bien, que leían la relación organismo-medio en términos de las sociedades humanas.

## Adaptación, progreso e ideales en la psicología biológica de José Ingenieros

### Adaptación

En **Principios de psicología biológica** (1911), José Ingenieros definía las funciones psíquicas como funciones biológicas, de adaptación al medio. Las funciones biológicas a su vez eran definidas previamente en términos físico-químicos, como el resultado de continuos intercambios energéticos entre el organismo y el medio. En este nivel de análisis, eran los desequilibrios energéticos del medio los que determinaban desequilibrios energéticos en los orga-

\* Universidad de Buenos Aires – Universidad Nacional de La Plata



nismos, y, por lo tanto, los que determinaban la excitación. El movimiento como respuesta del organismo, era entendido como un desprendimiento de la energía acumulada en los seres vivos para restablecer el equilibrio modificado por la excitación.

Dentro de este esquema energetista monista, la excitación y el movimiento definidos en términos energéticos, definían las propiedades elementales de los seres vivos. A partir de estos dos procesos básicos (excitación y movimiento), Ingenieros explicaba los diversos grados de desarrollo en la evolución filogenética, ontogenética y sociogenética (véase Talak, 2009). Ese desarrollo gradual de complejidad suponía una correlación entre el desarrollo de las estructuras u órganos, y las funciones que estos ejercían, entre las cuales se encontraban las funciones psicológicas entendidas como funciones biológicas. La filogenia orgánica y la filogenia psíquica se consideraban correlativas. Los extremos de esta evolución continua de las funciones de adaptación eran la irritabilidad protoplasmática, en su manifestación más elemental, y la imaginación creadora y la formulación de ideales, en su expresión más compleja.

Dentro de este esquema explicativo, las diferencias individuales provenían, según Ingenieros, de la desigualdad biológica de base de cada organismo, y de los desequilibrios energéticos diversos que originaba el medio. La conducta del ser humano y de los animales eran reacciones determinadas por las causas ambientales y biológicas del organismo. Ahora bien, la *adaptación* postulada como una función que permitía la supervivencia, reducida en última instancia a un modelo mecanicista físico-químico, convertía al ser humano en un organismo que se adaptaba al medio, en tanto solo reaccionaba a los desequilibrios que el medio provocaba. Las diferencias individuales y los cambios en el desarrollo ontogenético, eran resultado de la acción del medio sobre las diferencias biológicas de base que cada organismo traía.

Ingenieros extendió esta idea de la adaptación entendida en términos energéticos mecanicistas, al ámbito social. Las sociedades humanas variaban al adaptarse a las condiciones diferentes del medio. Según Ingenieros, si las condiciones ambientales fueran iguales para todas las sociedades y variarían de la misma manera, entonces todas las sociedades serían iguales y evolucionarían de la misma manera. La desigualdad biológica de base en el plano social estaba dada por las diferencias de razas. Sin embargo, la noción de raza en Ingenieros no aludía solo a caracteres físicos, sino que incluía la homogeneidad cultural que lograba un grupo, lo cual abarcaba las costumbres e ideales que la caracterizaban y permitían diferenciarla de otras razas. Dentro de una misma sociedad, las diferencias entre clases sociales representaban las diferentes etapas recorridas en la formación de la experiencia social.

Las clases inferiores constituyen por su desdesarrollo mental, una verdadera raza primitiva o atrasada dentro del medio en que viven. Ocupan respecto de las superiores, el mismo rango que los pueblos salvajes y primitivos respecto de los civilizados. (Ingenieros, 1946 [1919]: 187)

También aquí se postulaba una correlación entre la estructura social (instituciones) y las funciones psíquicas colectivas (costumbres, manifestadas en las creencias y los hábitos). Las transformaciones dependían de las variaciones adquiridas, producto de las variaciones del ambiente. Las variaciones del ambiente eran entonces el factor que guiaba las variaciones en las sociedades y en los individuos, dentro de las posibilidades que la herencia determinaba. "La historia de una sociedad es el resultado de las condiciones naturales del medio, al que procuran adaptarse sus componentes para hacer sobrevivir su organización y su mentalidad colectivas". (Ingenieros, 1946 [1919]: 191)

---

### Progreso e ideales

Vemos entonces que Ingenieros trasladó las afirmaciones sobre las relaciones entre el organismo y el medio, en términos de acción y reacción, a la interpretación de la evolución de las sociedades. Así como había una experiencia individual, había también una *experiencia social* y una *memoria social*, que conservaban las modificaciones estructurales en el curso de la evolución de los grupos sociales. El progreso era visto como el perfeccionamiento de la adaptación funcional y estructural de una sociedad a las condiciones del medio en que vivía.

Incluso la personalidad individual se formaba en función de la experiencia social. La "mentalidad de la especie" (tendencias e inclinaciones hereditarias) permanecía en el fondo primitivo de la personalidad ya constituida. La "mentalidad social" se desarrollaba en función del medio humano colectivo. La "mentalidad individual" se formaba a partir de las variaciones adquiridas individualmente. Ingenieros sostenía que había una desigualdad mental de base entre los individuos, que la diversa educación reforzaba, a través de la formación de hábitos. No obstante, la imaginación creadora cumplía en este cuadro un papel esencialmente innovador. La imaginación, a partir de la experiencia, podía plantear hipótesis sobre futuros perfeccionamientos posibles. Estas hipótesis constituían los ideales.

Dentro de este esquema fiscalista determinista y evolucionista, Ingenieros postulaba que la vida tendía naturalmente a perfeccionarse, en el sentido de que lo que sobrevivía resultaba ser mejor que las posibilidades que no se habían realizado, que quedaban solo planteadas. El concepto de lo mejor era visto como un resultado natural de la evolución. "El futuro es lo mejor de lo presente, puesto que sobrevive en la selección natural; los ideales son un *élan* hacia lo mejor, en cuanto simples anticipaciones del devenir." (Ingenieros, 1946 [1919]: 325)

La imaginación era la madre de toda originalidad. Ella creaba los ideales. Les daba impulso con el ilusorio sentimiento de la libertad. El libre albedrío era un error útil para la gestación de los ideales. La experiencia era la que legitimaba los ideales en el curso de la vida social, por medio de una selección natural. Ingenieros postulaba que sobrevivían los ideales más adaptados a su función de prevenir el sentido de la evolución. "Sin los ideales sería

inexplicable la evolución humana". (Ingenieros, 1946 [1919]: 331) Los hechos son puntos de partida; los ideales son faros luminosos que de trecho en trecho alumbran la ruta. La historia es una infinita inquietud de perfecciones, que grandes hombres presentan o simbolizan. Frente a ellos, en cada momento de la peregrinación humana, la mediocridad se revela por una incapacidad de ideales. (Ingenieros, 1946 [1919]: 331)

Imitación e invención, tradición e iniciativa individual, memoria e imaginación, rutina y originalidad, serían los componentes necesarios del devenir de las sociedades y de la historia. Sin embargo, los cambios sociológicos e históricos serían producto de las variaciones del ambiente natural, que producirían cambios en las funciones colectivas de adaptación, traducidas en las instituciones y costumbres. No serían los hombres los que hacen la historia, aún cuando algunos pudieran prever su curso inmediato y manifestarlo en ideales. (Ingenieros, 1911: 212-213; 1946 [1919]: 190-191)

---

### Adaptación, progreso e ideales en la vida del hombre mediocre y del hombre superior

En **El hombre mediocre** (1913), en cambio, la noción de adaptación aparecía vinculada más a la rutina, a lo convencional, a los prejuicios. Ingenieros diferenciaba entre aquellos que pertenecían a la masa, que se adaptaban pasivamente al medio, que seguían las ideas de los demás, el sentido común colectivo, y que eran incapaces de tener un pensamiento original, y aquellos pocos hombres superiores que podían formarse un ideal, ser originales y promover el progreso de toda la sociedad.

La razón por la cual algunos hombres pertenecían a la masa y vivían vidas mediocres, honestas pero indiferentes, incoloras, y otros pocos no se adaptaban a las normas sociales ya fijadas, sino que tomaban la iniciativa de pensar futuros perfeccionamientos posibles, se debía en última instancia a diferencias psicológicas de base biológica. La educación intelectual era un requisito ulterior, que solo podía actuar sobre esas diferencias de base.

La adaptación al medio era aquí la causa de las rutinas, vidas vegetativas, que no constituían propiamente la historia, para Ingenieros. Solo tenían historia aquellos que dejaban sus huellas en las sociedades, que perduraban, quienes eran capaces de introducir cambios.

En **Principios de psicología** Ingenieros colocaba la adaptación como un mecanismo básico del desarrollo de todo ser vivo, e incluso definía las funciones psíquicas como funciones de adaptación. La posibilidad de cambio aparecía o bien del lado de los cambios del ambiente, que promovían modificaciones adquiridas que podían llegar a heredarse como instintos o transmitirse educacionalmente como hábitos, costumbres y creencias, o bien del lado de los idealistas, que anticipaban futuros perfeccionamientos posibles.

En **El hombre mediocre**, la distancia entre los hombres mediocres y los hombres superiores era mucho más definida, y usaba solo el concepto de adaptación para el primer caso. Aclaraba explícita-

mente que el hombre mediocre no representaba al hombre medio (en el sentido del promedio estadístico) ni al hombre normal. Si se definía el hombre normal como el que seguía el convencionalismo social, entonces el hombre normal sería el *hombre domesticado* y no el *hombre equilibrado*. En este contexto Ingenieros discutía la idea extendida de que el hombre mediocre era equilibrado y el hombre de genio era desequilibrado o anormal.

Ingenieros planteaba que la imitación cumplía un papel fundamental en la formación de la personalidad social, ya que actuaba creando hábitos. Cumplía un papel conservador en la sociedad. El hombre mediocre era esencialmente imitativo, adaptado al rebaño. Sostenía los prejuicios y dogmatismos útiles para vivir domesticadamente en la sociedad. El hombre mediocre reflejaba el "alma de la sociedad", pensaba por la cabeza de los demás. Era incapaz de formar ideales propios. La mayoría eran hombres mediocres, reflejaban la personalidad social, *adaptada* a la sociedad.

En cambio, la invención era la responsable de la mayor diferenciación individual. Era la que permitía la evolución como progreso, y se desarrollaba mediante la imaginación. La variación individual era producto entonces de la invención, de la imaginación creadora, producía la originalidad. Mientras el hombre mediocre pensaba con la cabeza de la sociedad, el hombre original pensaba con su propia cabeza y *se desadaptaba* de la sociedad.

La diversa adaptación de cada individuo a su medio depende del equilibrio entre lo que imita y lo que inventa. Todos no pueden inventar o imitar de la misma manera, pues esas aptitudes se ejercitan sobre la base de cierta capacidad congénita, inicialmente desigual, recibida mediante la herencia psicológica. (Ingenieros, 2003 [1913]: 21)

Ahora bien, el hombre superior:

es un accidente provechoso para la evolución humana. Es original e imaginativo, desadaptándose del medio social en la medida de su propia variación. Esta se sobrepone a atributos hereditarios del "alma de la especie" y a las adquisiciones imitativas del "alma de la sociedad", constituyendo las aristas singulares del "alma individual", que le distinguen dentro de la sociedad. Es precursor de nuevas formas de perfeccionamiento, piensa mejor que el medio en que vive y puede sobreponer ideales suyos a las rutinas de los demás. (Ingenieros, 2003 [1913]: 23)

---

### Comparación de las interpretaciones en las dos obras

Las dos obras analizadas de José Ingenieros deben verse en relación a los contextos en los que se produjeron. En **Principios de psicología** predominaba un afán sistematizador teórico, y era claro el proyecto de intervenir en el campo teórico de la psicología a nivel local e internacional, brindando un marco teórico que unificara las exigencias naturalistas de la biología evolucionista y de la física energética. En **El hombre mediocre**, en cambio, predominaba un interés por intervenir en el campo intelectual político del país, apuntaba



a un público más amplio, no al estrictamente académico, y se acen- tuaban algunos rasgos apenas esbozados sobre el papel de la cre- atividad en la innovación. Es claro que el concepto de adaptación tomado de la biología evolucionista admitía diversas interpretacio- nes psicológicas, y no constituía un término unívoco.

La noción de adaptación no constituyó un problema a resolver, ni teórico ni práctico. No hacía referencia a una clase de fenóme- nos, procesos o mecanismos que se necesitaban explicar. Fue en cambio una noción que se usó diversamente en hipótesis que intentaban responder otros problemas teóricos y prácticos.

En **Principios de psicología**, el problema fundamental era un pro- blema teórico: definir el estatus teórico de la psicología, elabo- rando un marco coherente e integrador de lo que se considera- ba como los avances más significativos de las ciencias naturales de la época. Constituía además un esquema vertebrador de los contenidos del programa del Segundo Curso de Psicología, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), a cargo de Ingenieros. En **El hombre mediocre**, el pro- blema fundamental era la interpretación de la sociedad argenti- na, de la relación entre las masas y los gobernantes, y del papel de los hombres superiores en esta relación. Todo esto se rela- cionaba directamente con la propia situación de Ingenieros de no haber sido nombrado profesor del curso de Medicina Legal, que había dejado vacante en 1911 Francisco de Veyga.

En **Principios de psicología**, el concepto de adaptación era un con- cepto clave para pasar de un nivel puramente físico-químico a uno biológico, y luego al nivel psicológico y social. Intentaba legitimar desplazamientos teóricos, aunque mal justificados, retóricamente convincentes para la época. La adaptación incluía la imitación y la innovación, esta última como producción de variaciones a causa de los cambios del medio. Por lo tanto, la adaptación se identificaba con la evolución (que incluía la permanencia y los cambios), y esta con el progreso. En **El hombre mediocre**, el concepto de adapta- ción pasaba a representar la actividad conservadora, necesaria para que hubiera continuidad en la evolución (equivalente al papel de la herencia), pero insuficiente e incluso contrapuesta a la innovación que suponía el progreso, y para lo cual era necesario el aporte de los hombres superiores *desadaptados*. Mientras en **Principios** pre- dominaba una perspectiva conservadora de la acción humana y de la sociedad, ya que esta variaba solo como reacción a los cambios del medio, en **El hombre mediocre** primaba el papel de las elites intelectuales en la innovación, en una especie de progreso desde arriba que conducía el avance del resto de la sociedad.

En ambas obras, regía un rígido determinismo biológico, que deter- minaba no solo las diferencias biológicas individuales de base, sino también las posibilidades futuras: el carácter patológico (des- adaptación desviada, que obstaculiza el progreso), el carácter mediocre (adaptación imitativa), o bien, el carácter superior (des- adaptación que promueve el progreso).

Ahora bien, el idealismo y la creatividad presentes en **El hombre mediocre** eran forzados a entrar en el marco determinista, casi en términos de destino, y no de azar e imprevisión. La imposibi- lidad de prever el camino futuro, radicaba solo en que los idea-

les planteados en el presente, tendrían que competir entre sí, y solo después de esa competencia, los que se realizaran efectiva- mente, mostrarían su superioridad frente a los demás. Solo este criterio de competencia y selección, no permitía predecir la mar- cha del futuro real.

---

## El núcleo perdurable

Esta relación conflictiva entre ideales, progreso, evolucionismo y determinismo biológico, variaciones (desigualdades) entre los hombres y adaptaciones al medio social diversamente valora- das, se mantuvo en el tratamiento que Ingenieros realizó de diversos temas.

Un nuevo actor social apareció luego en su discurso como pro- motor valorado del cambio social: los jóvenes. El impacto de la Gran Guerra conduciría a una mirada diferente de la cultura euro- pea, ya no como el modelo de civilización a seguir, sino como la decadencia, la barbarie que se destruía a sí misma (Ingenieros, 1921). En contraposición, Latinoamérica aparecía como el lugar de los pueblos nuevos, jóvenes, en donde se realizarían los valo- res de justicia social. En este contexto se produjo una mirada dife- rente también hacia el papel de las generaciones jóvenes en la historia. De ellos saldrían ahora las minorías intelectuales, crea- tivas e idealistas que conducirían el progreso histórico. Ingenieros proyectaba en la juventud la valoración de la rebelión frente al orden establecido y la búsqueda de nuevos caminos. Aún el aná- lisis de la historia requería distinguir en las tradiciones, según Ingenieros, qué elementos valía la pena mantener, y cuáles cam- biar, y esto suponía criterios valorativos, ya que el solo criterio de la selección natural únicamente podía asegurar que el que se imponía en las costumbres, era el que había triunfado con res- pecto a otros, y por lo tanto, era el mejor. La estricta explicación naturalista seguía siendo tan insuficiente como antes.

Al mismo tiempo, toda esta interpretación mantenía una expli- cación de tipo psicológico: los jóvenes psicológicamente tenían menos ataduras con la historia, eran entusiastas, etc. Sin embar- go, los jóvenes no entusiastas, escépticos, o que no dirigían su entusiasmo con ideales, no eran auténticos jóvenes. Otra vez, Ingenieros caracterizaba psicológicamente la juventud excluyen- do las características que no encajaban con aquellas valoradas. Por ejemplo, un joven apático o escéptico, no era un joven. Un hombre adulto o incluso anciano, entusiasta, con ideales y de acción, seguía siendo un joven.

De esta manera, no era el cambio por el cambio mismo lo valora- do, sino el cambio dirigido por ideales. Si un ideal, para Ingenieros, era un arquetipo hipotético de perfección, abstraído a partir de la experiencia (Ingenieros, 1953 [1918]: 102), de nuevo el estricto natu- ralismo resultaba insuficiente, para seguir identificando legítima- mente evolución y progreso, vinculación explícitamente adoptada ya desde la definición de la sociología como ciencia natural, en 1908 (luego incorporado como primer capítulo de la **Sociología Argentina**, desde la edición de 1910 hasta la 5ª edición definitiva de 1918).

Así como los jóvenes podían ser jóvenes entusiastas, con ideales y de acción, o ser escépticos o apáticos y no ser realmente jóvenes, la historia podía ser una historia viva o una historia muerta (Ingenieros, 1923). La historia viva era la historia que se renovaba constantemente según ideales, juzgaba y diferenciaba los héroes y los villanos, permitiría aprender para el presente y el porvenir. La juventud debía aprender de esa historia. La historia muerta en cambio no hacía diferencias entre lo bueno y lo malo, y consideraba que todo lo pasado, en bloque, siempre había sido mejor y debería mantenerse. Y si la herencia social era propia de las masas pasivas, de su inercia mental, la variación social era obra de minorías pensantes. El progreso resultaría de la lucha entre la variación y la herencia, de “la serie de victorias obtenidas por la inteligencia sobre el hábito, por el ideal sobre la rutina, por el porvenir sobre el pasado” (Ingenieros, 1923, en Kamia, 1961: 223). El concepto de adaptación fue usado en este contexto con un nuevo sentido. “Lo ya inadaptable estorba a toda nueva adaptación” (*Ibidem*). Las viejas instituciones y costumbres, eran lo inadaptable, lo que estorbaba las adaptaciones a lo nuevo. El porvenir eran las posibilidades, en tanto tales, inactuales. Cada ligadura al pasado atenuaba las posibilidades, así como los pueblos que quedaban atados a sus tradiciones y los ancianos a su memoria. De allí la conclusión, de que “los pueblos sin juventud no tienen porvenir” (Ingenieros, 1923, en Kamia, 1961: 226). “Todas las ventajas están a favor de los pueblos nuevos, de las razas en formación, de las culturas incipientes” (*Ibidem*).

No obstante el acento puesto en el cambio y la renovación, permanecía aquí el núcleo de ideas originales, según las cuales, solo las minorías intelectualmente superiores, que lo eran por las desigualdades biológicas de base, podrían dirigir el cambio histórico hacia el progreso, y en esa dirección, no todos los ideales podrían realizarse, ya que estos se atenuaban al ser asumidos por las masas pasivas, en las cuales predominaba la herencia social, la imitación y los hábitos. De ahí que el ritmo, la velocidad del progreso, tendría un límite en la propia naturaleza humana, en la propia biología de los integrantes de la sociedad.

\*\*\*

Se ha mostrado aquí cómo esta forma de interpretar la sociedad en los ejemplos analizados, en momentos posteriores a su etapa de producción en psicología, combinaba elementos psicológicos y valores políticos y éticos, y mantenía algunas ideas previas de su sistema de psicología. A la vez, hemos visto que ya en la producción propiamente psicológica, Ingenieros trataba de reducir toda la explicación psicológica y social a un esquema fiscalista, pretendidamente neutro valorativamente, pero que apelaba a diversas valoraciones al trasladar los argumentos al ámbito humano.

Ingenieros acudió a esas concepciones de psicología previamente elaboradas, para reafirmar un núcleo argumentativo que se vestía de lenguaje científico y filosófico a la vez, que mantenía una concepción naturalista y criterios valorativos, sin reconocer los problemas de articulación entre ellos, al precio de naturalizar las valoraciones propias de su posición en la sociedad y de su

visión del mundo. Podría plantearse en qué medida este núcleo argumentativo, psicológico y político, marcaba a la vez los límites de los cambios posibles en la ideas de Ingenieros.

## Referencias Bibliográficas:

- Altamirano, Carlos (2004), “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina” en F. Neiburg & M. Plotkin (comps.), **Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina**, Buenos Aires, Paidós, pp. 31-65.
- Caimari, Lila (2004), **Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Ingenieros, José (1911), **Principios de psicología biológica**, Madrid, Daniel Jorro.
- (1918), **Sociología Argentina**, 5ª edición definitiva, Buenos Aires, Ediciones L. J. Rosso.
- (1921), **Los tiempos nuevos**, Buenos Aires.
- (1923), “Historia, progreso y porvenir”, **Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación**, XVII, pp. 243-250. [Luego incorporado en la obra póstuma **Las fuerzas morales**.]
- (1946 [1919]), **Principios de psicología**, 6ª edición definitiva, Buenos Aires, Losada.
- (1953 [1916]), **Criminología**, 6ª edición definitiva, Buenos Aires, Ed. Hemisferio.
- (1953 [1918]), **Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía**, Buenos Aires, Losada.
- (2003 [1913]), **El hombre mediocre**, Buenos Aires, Ediciones Libertador.
- Kamia, Delia (1961), **José Ingenieros. Antología. Su pensamiento en sus mejores páginas**, Buenos Aires, Losada.
- Miranda, Marisa & Vallejo, Gustavo (comps.) (2005), **Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Talak, Ana María (2009), “Memoria filogenética, evolución e historia en la primera psicología en la Argentina” en **Anuario de Investigaciones**, vol. XVI, Facultad de Psicología, UBA, tomo II, pp. 199-205.
- Tarcus, Horacio (2007), **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Terán, Oscar (1979), **José Ingenieros: antiimperialismo y nación**, México, Siglo XXI.
- (1986), **José Ingenieros. Pensar la Nación**, Buenos Aires, Alianza.
- (2000), **Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)**.
- Derivas de la “cultura científica”**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2008a), **Historia de las ideas de la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2008b), “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980”, en Oscar Terán (coord.), **Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano**, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 13-95.



## Notas sobre un derrotero

# Ingenieros y el proyecto criminológico

Lila Caimari\*

En esta intervención propongo compartir algunas notas sobre la colocación de José Ingenieros en el marco del proyecto criminológico del temprano siglo XX. Como sabemos, se trata de un ámbito en el que dejó una marca indeleble —baste recordar que el actual Instituto de Clasificación del Servicio Penitenciario Federal es el descendiente del Instituto de Criminología por él inaugurado en 1907 en las dependencias de la Penitenciaría Nacional, y que la célebre revista **Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines** (núcleo fundamental del desarrollo de la criminología argentina) fue creada y dirigida por él durante algo más de una década. Dando este lugar por descontado, entonces, este ensayo ofrece algunas hipótesis sobre la recepción diferenciada del proyecto criminológico ingenieriano, distinguiendo sus contextos específicos de inserción.

Partimos de una constatación: una porción sustantiva de la agenda criminológica de Ingenieros coincide con los trazos generales de un proyecto colectivo de escala trasnacional, una configuración de pensamiento sobre la “cuestión criminal” que es ambiciosa en sus reclamos reformistas. Sus huellas están en las revistas científicas de la época, cuyos autores —juristas y médicos en su mayoría, más algunas autoridades penitenciarias y policiales que coinciden en los postulados de la criminología positivista— pugnan por una reforma en las leyes y las instituciones. Entre otros puntos, dicha agenda incluye una serie de cambios interconectados: a) un movimiento de las “abstracciones” jurídicas nacidas del presupuesto de la homogeneidad del universo de transgresores (propio de la penología “clásica”) a la experimentación científica, que considera cada transgresión en el contexto singular de condiciones que rodean a su agente; b) la individualización y detalle creciente del estudio de ese transgresor, siguiendo el modelo de la historia clínica médica; c) el mandato de reforma de las prisiones, para adaptar el tratamiento a los datos de las circunstancias de cada penado; d) la traducción de nociones fundamentales del dispositivo criminológico (como “peligrosidad”) a nuevas figuras jurídicas, como el secuestro pre-delictual o la condena indeterminada, que transfieren una importante cuota de poder al diagnóstico producido en un gabinete criminológico pluridisciplinario; e) creación de centros de observación en la policía y la prisión. En este marco, es posible distinguir la singularidad de Ingenieros en tres planos.

—*Radicalidad de la agenda*, rasgo que puede atribuirse a su colocación en la constelación criminológica. Se ha dicho muchas veces que Ingenieros es una figura decisiva en la constitución de la disciplina criminológica en Argentina. También es cierto que su paso por este universo es relativamente breve. Parafraseando el título de esta convocatoria, podríamos decir que si para los colegas criminólogos de Ingenieros la cuestión penal y delictiva es el mundo —un mundo cuya complejidad se comprueba a lo largo de muchos años de ponderar el efecto de las intervenciones propuestas— para Ingenieros es sólo *uno* de los mundos de su profusa trayectoria intelectual. Y si bien ese paso es lo suficientemente prolongado (y ejecutivo) para dejar una impronta conceptual, editorial e institucional decisiva, es lo suficientemente corto para no contemplar las implicancias de más largo plazo de sus propuestas, que sí preocupan a otros criminólogos durante décadas. Es Ingenieros, y no otro, quien logra la inserción de su Instituto en la Penitenciaría Nacional, claro. Pero lo que le interesa de ese logro es, sobre todo, la disponibilidad de materia para sus estudios (que luego constituirán su libro **Criminología**), que le aseguran un lugar en la escena científica internacional. Sus intervenciones son, en buena medida, modos de participación en un foro que tiene sede principal en Europa —aunque su revista impulse un diálogo importante con colegas brasileños, cubanos, mexicanos. Esta inscripción explica por qué los dispositivos institucionales que prevé —el Instituto de Criminología en particular— sirven más y mejor para generar conocimiento sobre los sujetos que observa que para intervenir sobre su tratamiento y rehabilitación. Esa modalidad de intervención, rutinaria y sostenida a lo largo de muchos años, es precisamente la que más preocupa a sus interlocutores institucionales. A diferencia de Eusebio Gómez (jurista y director de la Penitenciaría), de De Veyga (médico de larga trayectoria, que en los años treinta sigue escribiendo sobre la cuestión criminal), de Ballvé (policía y director de la Penitenciaría), su interés es eminentemente científico, y se mueve en un circuito internacional donde dialoga con otros científicos sobre los casos que observa. Y luego de su fulgurante actuación, Ingenieros se aleja de este universo, mientras los demás quedan insertos en instituciones (académicas, penales, punitivas) por décadas. Es quizás por esto que Ingenieros subestima las resistencias a su agenda de transformación del estudio del delincuente, dato que salta a la vista cuando salimos de las revistas científicas

\* USAn-CONICET



cas para observar el mundo de las instituciones policiales y punitivas en las que se insertan sus laboratorios de observación.

—*Lugar adjudicado a la psicopatología en el diagnóstico del delito.* Este rasgo, que también se vincula a las estrategias de inserción de Ingenieros en la comunidad científica internacional (donde reclama para sí el diseño de un modelo clasificatorio “de autor”, con énfasis en los rasgos psicopatológicos del delincuente) conduce al reclamo de preeminencia de la autoridad médico-psiquiátrica en la elaboración del diagnóstico de la Historia Criminológica. En este marco, también es relativamente singular la insistencia en el concepto de simulación (que aparece asimismo en los escritos de Francisco De Veyga), de difícil traducción a la norma y las instituciones.

—*Expectativa de que la criminología está destinada a acabar con la moral establecida como criterio punitivo.* Esta premisa —no necesariamente compartida por sus colegas criminólogos, médicos o juristas— es quizás lo que mejor permite conectar la etapa criminológica de Ingenieros a sus orígenes intelectuales, y a su trayectoria ulterior.

\* \* \*

Como sus colegas, Ingenieros es impulsor de una agenda fundamentalmente expansionista, en relación a tres ámbitos: la justicia, la prisión y la policía. Cada una de estas áreas tiene sus lógicas e inercias, su inscripción burocrática específica. Tiene, además, mayor o menos tradición propia. En algunos casos, como el mundo jurídico, se trata de ganar a la agenda criminológica a grupos ya muy establecidos, con sus instituciones y criterios de legitimación propios. En otros, de influir en proyectos reformistas que —como el penitenciario— están en marcha pero muy precariamente establecidos. Por último, se procura una reforma en el ámbito de la policía, donde se están construyendo criterios propios de conocimiento del delincuente. (Arriesgaría que de la constelación criminológica de los **Archivos**... Ingenieros es de los que menos se interesa en estas diferencias.) Aunque nuestro conocimiento del derrotero criminológico en estos ámbitos no está estabilizado aun, algunos estudios recientes nos permiten conocer un poco mejor las implicancias específicas de estas propuestas, y repensar el alcance del impactante proyecto criminológico —sus zonas de conquista, y el avance en el mediano y largo plazo de esta agenda que quiere abarcar al mundo entero en su observación de laboratorio. Ensayemos un balance preliminar.

*Reforma jurídica.* Como todos los partidarios de la reforma criminológica positivista, Ingenieros propone derrumbar la fortaleza de la penología “clásica”, basada en nociones “abstractas” de culpa. (La penología “clásica” es una categoría siempre narrada como simple y homogénea, una suerte de enemigo íntimo que permite definir, por contraste, la brillantez de la modernidad científica criminológica.) Algunos éxitos contundentes de esta empresa están en el plano académico, donde la introducción de concepciones criminológicas en las cátedras de Derecho Penal tiene voceros convencidos en la Universidad de Buenos Aires y la

Universidad Nacional de La Plata. Más aun: como ha mostrado Máximo Sozzo en estudios recientes, las nociones esencialistas (vagamente biologizadas) del delincuente, y la práctica de la observación individual, estaban haciendo su camino bastante antes del “momento criminológico” del cambio de siglo. Estos desarrollos explicarían la recepción favorable de este “ataque” en ámbitos relativamente centrales del mundo jurídico.

Ahora bien: el éxito de la agenda criminológica es mucho más relativo en el ámbito (crucial) de la reforma del Código Penal. Si miramos la composición de las comisiones reformistas, encontramos figuras del mundo médico-psiquiátrico —como Ramos Mejía— junto a juristas positivistas. Sin embargo, y luego de sucesivos proyectos, el Código que finalmente se sanciona en 1922 es considerado por los criminólogos un *fracaso*, una pieza deliberadamente (desafiantemente) *no* positivista. La objeción central de los críticos es que no se ha incorporado el principio rector de “peligrosidad”. Pero lo cierto es que el obstáculo fundamental a ese logro no ha sido, como argumentan, la abstracción moral de la noción de culpa que aqueja a los juristas, sino la inconstitucionalidad implícita en las propuestas criminológicas: incorporar el principio de peligrosidad implica, por ejemplo, introducir en el Código la figura del secuestro *preventivo* por tiempo indeterminado, una opción que contradice el principio jurídico ligado al *acto delictivo previo*. Alfredo Palacios se opone a la reforma positivista con estos mismos argumentos.

Agrego dos reparos tentativos a este diagnóstico general, que dejo sujetos a confirmación por las investigaciones en curso.

- a) Los límites que aparecen en el ámbito de la codificación conviven triunfos importante en la normativa policial. En este ámbito, en efecto, los edictos abren corredores jurídicos *de facto*, por fuera del escrutinio de juristas y legisladores, que permiten la práctica efectiva del secuestro pre-delictual a espaldas del consenso jurídico;
- b) Análisis seriados de los fallos del fuero penal, realizados por Ricardo Salvatore, demuestran una inflación sostenida de las penas en las primeras décadas del siglo XX, que podría ser interpretada como un triunfo soterrado de la agenda positivista —si no del principio de “peligrosidad” en todas sus consecuencias, al menos de la traducción parcial en la figura de la “condena indeterminada”, que abriría un considerable espacio de poder a los gabinetes de expertos.

En cualquier caso, la cuestión del avance de la lógica médico-psiquiátrica en el campo jurídico —cuya formulación programática ya conocemos bien— requiere de más estudios detallados. Los que tenemos sugieren una conquista progresiva de los argumentos de los jueces en las sentencias. Más que el choque entre dos saberes o dos dispositivos institucionales, se observa una batalla más compleja, donde la suerte de los postulados criminológicos depende de qué porciones de dicha agenda se trate, y donde el contexto de las luchas específicas del campo jurídico juega un papel primordial.

*Reforma Penitenciaria.* Se ha señalado muchas veces la afinidad profunda entre el proyecto de reforma de la prisión basado en la

terapia laboral (que es previo a la emergencia de la criminología) y el énfasis en el disciplinamiento por el trabajo de los criminólogos en general, y de Ingenieros en particular. Fuerza redentora y transformadora a la vez, el trabajo tiene efectivamente un lugar central tanto en sus propuestas programáticas como en sus diagnósticos individuales. En mis análisis de un *corpus* de historias criminológicas producida en el Instituto de Criminología, encuentro que el criterio de disciplina laboral o inserción futura en el mercado laboral prevalece sobre consideraciones biológicas o sociológicas en la elaboración de diagnósticos. A la vez, hay una tensión constitutiva, que resumo en la oposición entre la “fábrica de buenos trabajadores” y el “laboratorio científico del delincuente”. Dicho de otro modo: entre la agenda de un Ingenieros que busca observar a los penados para generar conocimiento y diseñar clasificaciones basadas en etiologías múltiples, y una agenda penitenciaria desinteresada de arabescos científicos, urgida por problemas edilicios y burocráticos, e informada por las lógicas de un ideal rehabilitador que es eminentemente optimista. Las clasificaciones “de autor” (cualquiera sea su principio científico) no sirven demasiado a las autoridades penitenciarias, cuyo credo reformista responde a criterios que son optimistas por principio en relación a las posibilidades de rehabilitación del sujeto bajo tratamiento.

*Reforma policial.* La tercera frontera del impulso expansionista criminológico lleva a algunas de sus figuras principales (Ingenieros, De Veyga) a la Policía de la Capital. Sabemos que una porción sustantiva de la observación del *uomo delinquente* argentino proviene del Depósito de Contraventores de la calle 24 de noviembre. Repetido muchas veces, este dato da la impresión de una conquista en el corazón de la Policía de la Capital. Lo es en la medida en que se constituye allí un lugar de producción de conocimiento empírico que será sustento de muchos trabajos. La “avanzada”, sin embargo, es territorial pero no conceptual: de los tres ámbitos considerados aquí, la policía es el menos receptivo a las perspectivas criminológicas, y no solamente por cuestiones de infraestructura (los criminólogos hacen demandas difíciles de satisfacer por las instituciones que los reciben). Más importante: hay entre policías y criminólogos una separación radical en relación a la concepción del conocimiento del delincuente.

Podríamos comenzar recordando que esa separación tiene elementos del genérico anti-intelectualismo policial, que marca su relación con los científicos del crimen, y también con los juristas —una separación con fuertes connotaciones de clase. Hay en este mundo una arraigada desconfianza en lo exótico, una enconada resistencia a categorías y terminologías ajenas al sentido común. Esto no significa que los policías renuncien a generar conocimiento sobre el delincuente. Es un ámbito donde, en cualquier momento dado, circulan varias revistas de la profesión, y donde hay una larga tradición de escritura de memorias y anecdotarios. Pero son aproximaciones que pone la experiencia por sobre todo otro criterio legitimador del saber sobre el delincuente. Podría argumentarse: igual que los criminólogos, que ponen la empiria por sobre las “abstracciones” de los penalistas. Pero la experiencia de la que habla Ingenieros (y de la que hablaba Lombroso) es la de la observación científica, la empiria acumuladora de datos (la cri-

minología positivista fue, como sabemos, voraz acumuladora de información). Es la empiria del laboratorio, diferente de la experiencia policial, que se sitúa *en la calle* —o en esa ventana sobre la calle que es la comisaría. Para los policías, la “empiria” de los criminólogos es tan abstracta como la de los penalistas “clásicos”. No tiene legitimidad, porque en este universo la única legitimidad del saber sobre el delincuente proviene de una definición de experiencia que presupone la puesta en riesgo —y que es, por eso, atributo de masculinidad. La **Galería de Ladrones** de José S. Álvarez, por ejemplo, es un compendio del conocimiento *directo* de los sujetos allí alineados: un alarde del saber hecho en la relación cuerpo a cuerpo con el objeto observado. Ventaja moral y ventaja estética del policía que narra al delincuente son función de la relación que enfatiza la ausencia de mediaciones. También lo es la ventaja cognitiva, la autoridad sobre un saber que es excluyente. Y que dice: otros supuestos detentores de este tesoro no pueden reclamar la legitimidad que otorga el contacto directo (vital, físico) con la ciudad. No la tiene el periodista, que obtiene sus primicias de boca del policía, y debe probarse merecedor de esa confianza (algunos logran este reconocimiento, a fuerza de caminar las calles y pasar noches en vela). Mucho menos la tiene el criminólogo, que la deduce de su aséptica tarea en el laboratorio. Dice el oficial Urricelqui refiriéndose a un científico del crimen: “Por sus trabajos destacados debió concurrir a más de un congreso en la especialidad, a pesar de ello, me atrevería a afirmar que en cuanto a la captación profunda de la personalidad del delincuente sus posibilidades no eran tan plenas. Estimé siempre que el conocimiento de la calle, lo da la calle misma y éste, era específicamente de gabinete.” (Urricelqui, 1977: 85).<sup>1</sup> En última instancia, los criminólogos no tienen chance alguna, porque la relación más pura con este complejísimo objeto llamado delincuente es la que el policía acumula en la memoria de su cuerpo, la de su mente y la de la institución que custodia este saber.

<sup>1</sup> Urricelqui, Evaristo (1977): **Careo**, Buenos Aires, Yala.

## José Ingenieros y Eva Rutenberg: Cartas de amor para una historia intelectual

Laura Fernández Cordero\*

Es el propio Aristófanes quien nos da la alegría de saber que era calvo, y si la nariz chata de Sócrates no hubiera servido a comparaciones literarias, si su costumbre de caminar descalzo no hubiera formado parte de su sistema filosófico de desprecio por el cuerpo, sólo habríamos conservado de él sus interrogatorios morales.

Marcel Schwob, **Vidas Imaginarias**

Tengo en mis manos la carta que una enamorada envió a José Ingenieros hacia 1920. Es una de las no pocas sorpresas que procuró la llegada del Fondo Ingenieros al CeDInCI.<sup>1</sup> Ahora, ¿qué hacer con este tipo de cartas, personales, familiares, íntimas? Inclinación proverbial del bello sexo, diría Ingenieros, es posible que me tiene una lectura simplemente chismosa, atenta a la serie que contiene la carta: más misivas de ella y, en dramático paralelismo, el intercambio entre Ingenieros y Eva Rutenberg, su esposa.

Pero no, un espíritu femenino templado en las lides académicas sabe que existen otros abordajes posibles. Por ejemplo, afirmar que allí, en la privacidad de esas cartas sobre un amor (o varios) existen claves para reinterpretar el lugar de la mujer en los años veinte y su importancia como figura de la historia intelectual; protagonismo que habría sido invisibilizado por la historiografía androcéntrica y que, bajo el dictado de la historia de las mujeres, se debería rescatar para completar la historia. Otra lectura posible indicaría que en la intimidad del mundo amoroso de Ingenieros, habría una verdad subjetiva y personal que espera ser contrastada con las argumentaciones públicas de sus escritos sobre el amor. O, incluso con mayor rédito económico, sería posible fundir esas cartas en una novela histórica que convirtiera a Sara, la amante, y a Eva, la esposa, en sendas heroínas del Ingenieros donjuán.

Aunque parezcan diferentes, estas tres lecturas —el rescate de las mujeres, la búsqueda de la verdad íntima y la historiografía del romance novelado— guardan una lógica similar. Salvo contadísimas excepciones, en ellas persiste un enfoque según el cual el amor, la intimidad, la sexualidad y los sentimientos más que pertenecer a los departamentos de la historiografía y las ciencias sociales, revisiten en la orden de lo accesorio. Dimensiones fácilmente soslayables que, en tanto anécdota y ornamento, nada tienen que hacer frente a la contundencia evidente de temas como, para el caso de Ingenieros, el positivismo o el antiimperialismo.

Esta ponencia propone repensar esa lógica. En ese sentido, las cartas familiares, sentimentales y amorosas del Fondo Ingenieros nos

desafían a reflexionar sobre los aspectos de la subjetividad relacionados con la afectividad, la sexualidad y la vida familiar, y su vinculación con el recorrido productivo y vital de un intelectual.

### El tema del amor, un clásico de Ingenieros.

La cuestión del amor, la relación de los sexos y su articulación con el cambio social fueron problemáticas de constante interés para Ingenieros. Sus escritos sobre el amor y la sexualidad componen una colección de ejercicios de psicología, ensayos científicos, críticas literarias y consideraciones sociológicas que da cuenta de una extendida reflexión sobre el amor y sus temas aledaños. Es decir, la sexualidad, los celos, la cotidianidad, la traición, el abandono, la procreación, las formas de familia, etc. Su interés por esas facetas del lazo social comenzó a expresarse en sus artículos de juventud publicados en **EL Mercurio de América**, continuó en sendas reflexiones durante su primer viaje a Europa, se sistematizó durante el curso de Psicología de los sentimientos que dictó en la Facultad de Filosofía y Letras hacia el Centenario, tomó un cariz popular con las ediciones de **La Novela Semanal** (1917-1918) y culminó con varias intervenciones en la **Revista de Filosofía** desde 1918 y hasta pocos meses antes de su muerte, en 1925. Sobre su escritorio quedaron algunos de esos textos preparados para integrar un nuevo libro que, finalmente, fue compilado y publicado póstumamente como el célebre **Tratado del amor**.

Con mucho acierto Oscar Terán y Hugo Vezzetti, señalaron el matiz libertario de los primeros escritos sobre el amor. Especialmente aquellos artículos de **EL Mercurio de América** en los que destiló lo más cercano a la crítica social-anarquizante (dice Terán)<sup>2</sup> o a la ética social libertaria (dice Vezzetti)<sup>3</sup>. Efectivamente los contactos entre Ingenieros y los anarquistas que agitaban algunas ciudades argentinas a fines del siglo XIX y principios del XX fueron intensos. El periódico que redactó con Leopoldo

\* UBA-CeDInCI-CONICET

<sup>1</sup> Debo a Horacio Tarcus no ya la invitación sino la orden de revisar estas cartas; y agradezco a Alba Lombardi y a Eugenia Sik su ayuda para encontrarlas.

<sup>2</sup> Oscar Terán, **José Ingenieros. Pensar la nación**, Buenos Aires, Alianza, 1986, p.26.

<sup>3</sup> Hugo Vezzetti, "Los ensayos sobre el amor en los primeros escritos de José Ingenieros", **Primer Anuario de Investigaciones**, Facultad de Psicología, UBA, n° 1, 1989, p. 218. Le agradezco al autor el generoso envío de su artículo [Se reproduce en este mismo dossier. Ed.].

Lugones —**La Montaña**— era parte del mismo campo de la propaganda social y se batía a duelo polémico con la mayoría de las publicaciones anarquistas. Pululaban también en los mismos locales, salas que ofrecían conferencias encendidas y controversias feroces con las que socialistas y anarquistas intentaban iluminar las conciencias. En esos años el joven Ingenieros mantuvo una proximidad tensa con el movimiento anarquista y las críticas que les disparaba eran devueltas por ellos con generosa dedicación: “edecán de Roca”, “Pepillo, socialata”, docto archi-adormidera”.<sup>4</sup> Sin embargo, en cuestiones del amor, Ingenieros fue un cultor sofisticado de lo más innovador de la cruzada anarquista. En su **Vida ejemplar...** Sergio Bagú afirma que en estos temas el autor era “un adelantado”.<sup>5</sup> No le falta razón, ya que de manera mediana en la literatura, con escasa presencia entre las incipientes feministas, y rodeada todavía de tecnicismos en la medicina, en aquel momento la sexualidad sólo era tema abierto y desembozado entre los anarquistas.<sup>6</sup>

Coincían los libertarios en una crítica radical al matrimonio burgués y en la necesidad de refundar las formas del amor y la familia según sus principios revolucionarios. Las variantes que podían asumir las relaciones entre los sexos eran parte de una disputa que no sólo tomaba a la prensa como campo de batalla, sino que llegaban hasta la intimidad y el hogar, revolucionando aquello que otras vertientes políticas siguieron considerando privado. Adelantando en décadas al feminismo que incendió corpiños, celebró la píldora y convivió con las nuevas variantes de amor libre que trajo la denominada “revolución sexual”, los anarquistas locales ofrecían a fines del siglo XIX conferencias sobre las relaciones sexuales y desnudaban en sus debates la paradójica condición política de la intimidad. Sin embargo, como en otras tantas cuestiones centrales para el movimiento, el “amor libre” no alcanzará nunca una versión oficializada o, siquiera, consensuada. En un extremo, los anarquistas más moderados proponían la “unión libre”, es decir, relaciones amorosas sin otra justificación que los sentimientos y la voluntad de la pareja (heterosexual). En el otro extremo, los polemistas más radicalizados denunciaban la tibieza con que el movimiento asumía la revolución amorosa, e imaginaban amores verdaderamente libres o libérrimos, es decir, superpuestos, múltiples, variables (aunque, otra vez, heterosexuales). Esta es la vertiente a la que hace honor Ingenieros: el costado más atrevido del amor libertario. Pronto lo traducirá en un problema de psicología afectiva y lo incluirá en una encuesta internacional, a cargo del Dr. Gambarotta, que pregunta por la emancipación de la mujer.<sup>7</sup> Probándose el sayo del cientista social, un todavía muy joven Ingenieros, polemiza con el intelectual italiano y defiende su tesis sobre la afectividad múltiple. En esos textos publicados en **El Mercurio de América** afirma que la eman-

cipación de la mujer y el “derecho de amar” son elementos centrales de la revolución social y política a la que está condenado (con más prisa o con más pausa) el sistema capitalista. Es lo que una Clara Zetkin o una Alejandra Kollantai intentaban hacer recordar a su partido, un par de décadas más tarde, invocando a los mismísimos Marx y Engels. Y es el corazón del anuncio libertario: la emancipación social no está hecha sin la emancipación completa de la sexualidad para ambos sexos.<sup>8</sup> Claro que no coincidirían en los tiempos, la mayoría de los anarquistas que opinaban sobre el tema en la prensa bregaban por una transformación urgente, que bien podría comenzar en ese mismo momento si los amantes se disponían a romper el molde de las costumbres. Ingenieros, en cambio, ya proponía tiempos largos, miles de años de evolución que terminarían por decretar la muerte de la monogamia y el surgimiento de nuevas formas de familia y de amor.

Vezzetti advierte con razón que los devaneos de la pluralidad afectiva y las relaciones múltiples será un destello que Ingenieros pierde tempranamente. Sus escritos siguientes continúan explorando los avatares del enamoramiento, pero al llegar al célebre tratado póstumo, el amor se juega de a dos. Sin embargo, nunca abandonó la preocupación por la tensión entre el amor-pasión, y las tiranías de la sociedad, especialmente, en su aspecto doméstico. Así lo demuestran sus últimos textos publicados en la **Revista de Filosofía**, algunas de cuyas tesis pueden resumirse en una contundente declaración:

Cuando el matrimonio llega a la actual monogamia exclusiva y perpetua, la gravedad de los deberes es tan grande que constituyen una esclavitud de los cónyuges, es concebible que ningún individuo se casara por más enamorado que estuviese, ante el precio que la sociedad pone a la satisfacción de su amor. El sacrificio a la domesticidad es total.<sup>9</sup>

Por ese motivo, Ingenieros considera que “amar es rebelarse a la tiranía social que ha subordinado el amor a la domesticidad.”<sup>10</sup> Su fama de Don Juan —ese personaje clave en la reflexión erótica— lo acompañó toda la vida y ha sido alimentada con numerosas anécdotas. Se había casado recién a los 37 años y al momento de escribir sus últimas reflexiones sobre el amor llevaba once años de matrimonio con Eva Rutenberg. No es ajeno, entonces, a esta problemática de índole psicológica, sociológica e histórica sobre la que descarga todo el aplomo de la ciencia, pero también, sobre la que abre una serie de preguntas que especulan acerca del futuro de las relaciones amorosas. En la misma línea, sus cartas demuestran que no renunció a reflexionar y a reinventar estrategias de resistencia a la tiranía doméstica, sobre todo cuando el sacrificio ponía en peligro su proyecto intelectual.

<sup>4</sup> Terán, *op.cit.*, p.21.n13. **La Protesta Humana**, n° 119, 20 abril de 1901.

<sup>5</sup> Sergio Bagú, **Vida ejemplar de José Ingenieros**, Buenos Aires, Claridad, 1936.

<sup>6</sup> Dora Barrancos, **Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo**, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

<sup>7</sup> Cfr, “Una cuestión palpitante. Variaciones sobre feminismo en el entresiglo argentino (1897-1901)”, **Políticas de la Memoria**, n° 10/11/12, Anuario de información e investigación del CeDInCI, 2011, pp. 67-95.

<sup>8</sup> Laura Fernández Cordero, “Subjetividad, sexualidad y emancipación. Anarquistas en Argentina (1895-1925)”, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2011.

<sup>9</sup> José Ingenieros, “El renacimiento del amor”, **Revista de Filosofía**, n° 2, marzo 1925, p. 170, n. 6.

<sup>10</sup> José Ingenieros, “La inmoralidad social del amor”, **Revista de Filosofía**, n° 1, enero 1925, p. 12 n. 5.

## Epistolario del amor y la vida familiar.

El Fondo Ingenieros presentado por el CeDInCI tiene entre sus principales virtudes la de ofrecer un profuso conjunto de cartas que Ingenieros escribió y recibió a lo largo de su vida. Según informa Horacio Tarcus en el catálogo, fue Delia Ingenieros la primera interesada en resguardar esas cartas.<sup>11</sup> Se había propuesto publicar la correspondencia de su padre y, con ese objetivo, aunque no llegó a concretarlo, a mediados de los años cincuenta reunió y transcribió con su máquina de escribir gran cantidad de misivas. A ella le debemos la posibilidad de asistir al diálogo epistolar de sus padres durante dos momentos muy particulares: el noviazgo y los últimos meses de la relación y de la vida de Ingenieros. Siguiendo el consejo del propio Ingenieros, hacia 1911 Eva Rutenberg se encontraba en Lausanne, Suiza, buscando recuperar su salud. Desde allí le escribía párrafos cariñosos y se lamentaba por extrañar tanto a su novio, todavía en Buenos Aires. Él respondía con igual entusiasmo aunque con una prosa más ocurrente y florida. Incluso, en medio de uno de los párrafos más exaltados, recuerda sus ensayos científicos y literarios sobre el sentimiento que ahora lo embarga:

[principios de 1911] Estoy un colegial. [...] ¿Y yo soy el que escribí un artículo sobre la enfermedad de amar? Si mis lectores pudiesen leer esta carta... y si pudiesen leerme dentro del corazón...

Los novios formalizarían la relación durante el célebre viaje que Ingenieros se impone tras su traspie con la universidad. Mientras él recorría varias ciudades de Europa, ella insistía con los planes de boda y le rogaba al ocupado Pepe “una luna de miel de 1 mes, de 15 días, de 8...”<sup>12</sup> Una vez casados e instalados en Buenos Aires, él no volverá a hacer un viaje al exterior en soledad hasta 1925. No se han conservado, al menos en este Fondo, cartas entre ellos en la década que lleva el matrimonio hasta este nuevo viaje. Sí existen —y podemos leer la traducción de Delia— cartas que Ingenieros intercambia con Salvatore y Mariana, sus padres, quienes vivían en ese momento en Italia. En ellas se perciben ciertos desentendidos familiares. Incluso, Ingenieros opta por no abrir las cartas que ellos envían, aunque sí continúa escribiéndoles con noticias de su vida y de la política del país. Es Delia quien abre por primera vez esos sobres —según consigna prolijamente en lápiz— y nos completa el cuadro de la dinámica familiar. De manera recurrente Ingenieros envía dinero a sus padres y se queja por sus problemas económicos, un tema que parece constantemente irresuelto. A eso se agrega que, entre 1918 y 1919, las circunstancias políticas y su intervención directa en los conflictos de ese momento, lo obligan a permanentes mudanzas en las que, por seguridad, lleva a su mujer y sus hijos de una casa a otra.

<sup>11</sup> Horacio Tarcus, “Para una bio-bibliografía de José Ingenieros”, *Guía y Catálogo del Fondo de archivo de José Ingenieros*. Delia consigna que su padre había comenzado a compilarlas en vistas a la escritura de sus memorias. Delia Kamia, *Antología: Su pensamiento en sus mejores páginas, José Ingenieros*, Buenos Aires, Losada, 1961.

<sup>12</sup> Lausanne, 19 de noviembre de 1914.

Unos años después su situación personal parece más calma y es cuando emprende el que sería su último viaje, invitado a Francia en ocasión de la conmemoración del centenario del nacimiento de Charcot. Su primer destino es París y desde allí escribe cartas cariñosas y nostálgicas. La separación parece haber sido oportuna. Casi simultáneamente y sin leerse aún, él escribe: “mi viaje habría sido ideal con ustedes. Con todo creo que me hará mucho bien, pues me encontraba moralmente fatigado.”<sup>13</sup> Y ella completa el cuadro:

Buenos Aires, 9 de mayo de 1925. Querido Pepe, han cesado de hostilizarnos las circunstancias y una sensación de alivio me domina. Ojalá este viaje te sirva para divertirte, distraerte y renovarte. Cuánto lo habíamos deseado los dos! Aprovechalo!

En las siguientes cartas él repasa casi diariamente sus actividades y sus sentimientos, pero pronto comienza a molestarse porque no ha recibido la respuesta que esperaba.

París, 4 de junio de 1925. Eva querida: Anteayer recibí tu primera carta y las tarjetas de los chicos. Tuve mucho gusto y emoción, aunque tu carta me pareció fría, o triste, no sé. Por contraste me di cuenta de todas las macanas que te he escrito, dejándome llevar por el corazón y olvidándome hasta de mi edad. Pero tené Paciencia [...], querida Eva; después de once años de ser tu marido yo te amo todavía como si fueras mi novia y tuvieses veinte años.

París, 14 de junio de 1925. Mi querida Eva: [...] Estoy todavía con tu primera y única carta. [...] Vivo pensando en ti y los chicos, con la exageración que me es habitual. Pero reconozco que, a pesar de mi nostalgia familiar, este viaje me ha hecho un gran bien intelectual y moral.

Este último comentario revela la clave del intercambio. Ingenieros va a aprovechar la distancia y el alejamiento de las obligaciones de la vida cotidiana para repensar, precisamente, la forma que ha tomado la vida familiar luego de un década y cuatro hijos (Delia, Amalia, Julio y Cecilia).

París, 15 de julio de 1925. Eva querida [...] Tuve la dicha de encontrar aquí tu carta de junio 13 y tu tarjeta de junio 22 que llegaron juntas. [...] Antes de salir te escribiré largamente, por todo lo que se relaciona con nuestro porvenir doméstico. Desde que salí de ésa he pensado constantemente en ello, anhelando conciliar mis deberes para con nuestra familia y mis deberes para conmigo mismo. Espero que te resultará agradable. Muchos besos. Tu Pepe.

Es evidente que el tema estaba tácitamente instalado entre los cónyuges ya que semanas antes era ella quien escribía:

Buenos Aires, 22 de junio de 1925. Dulcísimo Pepe: Tus buenas y cariñosas cartas de París tienen la virtud de suprimir la dis-

<sup>13</sup> A bordo del vapor, 4 de mayo de 1925.





tancia y son para mí como una conversación al oído, como una promesa, una esperanza... Al escribirte siempre me empeño en que sea el cerebro quien me dicte; que si el corazón lo hiciera, diría a veces lo contrario de lo que te digo. [...] Y tiene esta gira a solas, sin familia, un valor especial para ti; 1ro. retrospectivo [sic] y 2do. te permite establecer con independencia un plan para el porvenir. Te quiero sin interés y sin egoísmo, te adoro porque sí y porque lo mereces. Te deseo mucha, mucha suerte y al despedirme te confieso que en este momento es mi mayor anhelo volverte a ver. Eva.

Como puede observarse en ésta y en otras cartas, el intercambio entre los esposos es muy cariñoso y, por momentos, recupera el tono apasionado de las cartas del noviazgo. Lo que está en cuestión no es, según parece, el sentimiento que los une sino la cotidianidad que comparten y, en relación a eso, el impacto que tiene sobre el desarrollo personal e intelectual de Ingenieros, quien se revela como el protagonista de la relación.

Buenos Aires, 23 de julio de 1925. Pepe bueno [...] Al acompañarte con el pensamiento en toda tu interesante jira tengo el gran gusto de ser, aunque de lejos, compañera de tus alegrías [sic]. Y al hacer frente aquí a pequeños e inevitables trastornos de la vida familiar y doméstica, me alegro a veces de que tú no estés aquí para no convertirte en compañero mío de pequeñas molestias; que se sobrellevan mejor, cuando nos animan los éxitos y el bienestar tan merecidos de aquel cuya felicidad tal vez se nos haya hecho más necesaria que la propia. [...] Tuya afma. Eva.

En los fragmentos precedentes resuena la problemática que Ingenieros analizaba desde sus primeros escritos juveniles y hasta los últimos ensayos. Por un lado, la confrontación entre el amor-pasión y la domesticidad; por otro, el impacto de la tiranía doméstica sobre el proyecto personal, en este caso, intelectual.

### Vida familiar, sentimental, intelectual

Con epicentro en el ensayo “Un cuarto propio” de Virginia Woolf existen innumerables reflexiones sobre el modo en que una mujer intelectual logra resolver su situación doméstica para acceder a esa otra dimensión de su recorrido vital. A fines de los años veinte, el gesto de Woolf fue productivamente revulsivo, la convocaron a hablar sobre “la mujer y la novela” y ella se despachó con un ensayo mordaz sobre las condiciones de producción necesarias y negadas a la mayoría de las mujeres. Simple y rotundamente: un cuarto propio. Entre otras cosas, una vida doméstica que no imposibilitara la tarea intelectual. Así, es común que conozcamos con detalle las condiciones de producción de la tarea intelectual femenina, ya sea la típica reclusión en un convento, una viudez por la que inesperadamente acceden a una situación holgada, el papel de madres solteras y abnegadas, etc. Sin embargo, ese tipo de reflexión carece de centralidad (cuando no permanece ausente) en los estudios sobre la vida intelectual de un varón vernáculo. La cantidad de hijos suele ser un ítem al pasar y los

avatares de sus relaciones afectivas, notas de color cuya disposición depende del humor del biógrafo. O, si forman parte de los panegíricos, es para agregar a sus insignes vidas públicas un intachable papel como padre y esposo. “Dentro del hogar, dice Francisco de Veyga, como hijo, primero, como esposo y padre, después, [Ingenieros] fue de una conducta ejemplar”.<sup>14</sup> Incluso si el personaje era un amante célebre entre las mujeres es probable que conociéramos ese dato que reforzaría su hombría, pero si era homosexual esa información será escasamente articulada con su recorrido intelectual; salvo entre quienes abordan específicamente esas cuestiones. Así, frente al despliegue analítico de las condiciones de producción políticas, académicas, editoriales o institucionales —que han ganado merecido espacio en las historias intelectuales de los últimos años— persiste una zona invisibilizada en la vida de un intelectual varón: las condiciones materiales de producción ligadas a la organización de la vida doméstica. Me dirán con razón que no es una zona fácil de explorar, ya que la misma lógica invisibilizadora actúa en las políticas de archivo, o incluso antes, en las propias familias, separando o desconociendo fuentes privadas o alejadas de las peripecias públicas. Precisamente es esa la oportunidad que nos brinda el Fondo recientemente presentado. Sin embargo, antes de adentrarnos allí, es necesario reparar en que el mismo Ingenieros incluye esa dimensión cuando los redactores de **Mundo Estudiantil** se proponen conocer “cómo trabajan nuestros hombres de estudio”.<sup>15</sup>

Personas conozco que dicen admirar mi talento; las más de ellas podrían hacer lo que yo hago, con sólo poseer mi prodigiosa salud física y mental, y mis hábitos de trabajo, nunca interrumpidos de veinte años a esta parte. En suma, tengo una buena máquina lubricada por lecturas incansables y que trabaja siempre, con regularidad [...] Si esta “máquina” aguanta diez o quince años más, podré cumplir un programa que ya me he trazado.<sup>16</sup>

Se trata de una pieza muy citada en la que es el mismo autor quien dispone su autorretrato intelectual incorporando una breve escena familiar.

Me ayuda a crearlo la completa felicidad que me rodea en el hogar, donde mi distracción más agradable consiste, actualmente, en ayudar a mi esposa a cambiarle los pañales a nuestra nena; pongo en ello tanto interés como en leer a Aristóteles y Kant. Ese trabajito lo hago bastante bien, aunque sólo de tarde y a ratos perdidos, cuando mi clientela me deja un momento libre.<sup>17</sup>

Esa información cobra nuevo sentido tras la lectura del intercambio epistolar entre Ingenieros y su esposa, ya que prueba que

<sup>14</sup> Francisco de Veyga, Prólogo a **Vida ejemplar de José Ingenieros** de Sergio Bagú, *op.cit.*

<sup>15</sup> **Mundo Estudiantil**, revista quincenal ilustrada, n° 1, Buenos Aires, 7 de agosto de 1915. Reproducido en **Nosotros**, Buenos Aires, n° 199, dic, 1925. Citado en Delia Kamia, *op.cit.* p. 17.

<sup>16</sup> *Ídem.*

<sup>17</sup> Citado en Sergio Bagú, *op.cit.*, p. 163. Aníbal Ponce también lo cita, pero omite sin ninguna indicación ese párrafo. **José Ingenieros: Su vida y su obra**, Buenos Aires, Axioma, 1977, p. 69.

la articulación vida doméstica-tarea intelectual constituía un tema de particular preocupación para Ingenieros.

En su última carta, antes de partir de París hacia México, Ingenieros se dedica especialmente a esta cuestión que considera crucial, y que adquiere cierto dramatismo cuando sabemos que escribía tres meses antes de morir:

París, 19 de julio de 1925. Eva querida: [...] Suspendo este preámbulo involuntario; mi objeto, hoy, después de haberlo meditado ochenta días es hablarte de esa realidad con el deseo de facilitar nuestra tranquilidad futura, dentro de la situación de hecho creada el día en que el amor nos indujo a formar un hogar, sin medir bien los deberes y las responsabilidades que ello implicaría para el porvenir. Hoy comprendo que después de haber querido ser tu amante durante quince años, es necesario que, además, me pregunte si debo ser tu marido, por mí, por ti, por nuestros hijos. Para este nuevo rol, que hasta ahora no he desempeñado, considero indispensable hablarte en un lenguaje que no es el de los novios ni el de los amantes.

Siguen largos párrafos en los que describe la situación económica que los aqueja: una “holgada pobreza” debido a que las rentas familiares de ella no alcanzan y el dinero que proviene de la actividad profesional de él es insuficiente. Ingenieros se dice agobiado por la situación económica del hogar y, al mismo tiempo, se encuentra llamado por un deber hacia su proyecto intelectual que ya no querrá postergar.

Considero una abdicación seguir viviendo con deberes económicos que me impiden consagrarme a mi obra, única finalidad para un hombre que ha apartado las demás de su camino. Yo no deseo, no puedo, no me interesa trabajar más de lo que ya he trabajado hasta ahora, para aumentar mis entradas; el tiempo que me queda es poco y no puedo cambiarlo por dinero. En resumen, querida Eva, me declaro en quiebra como padre de familia.

Para llegar a una solución, le propone ocuparse de administrar los bienes de ella de un modo más efectivo. Las rentas de la familia Rutenberg coadyuvaban al sostenimiento del hogar de una manera que pesaba en el orgullo de Ingenieros como padre de familia pero, además, resultaban insuficientes tal como eran administradas. La alternativa que planea si ella no aceptara esa solución, sería vivir “en rancho aparte”.

Yo tendré mi Escuela donde tú y los chicos podrán hacerme feliz viniendo a ser mis visitas predilectas; tú tendrías tu casa, donde yo seguiré cultivando el amor que decidió el destino de mi vida. Pero un estrecho hogar común para el que yo deba seguir trabajando al día, o un pobre hogar tuyo en que yo sea un parásito de tus rentas exiguas, son dos cosas que no me interesan ni podría soportar, y mi infelicidad conspiraría constantemente contra tu dicha.

Sin embargo, fiel a sus argumentos sobre la naturaleza libérrima del amor le aclara: “Yo no pretendo que estés obligada a amar-

me por contrato, o a soportarme por subordinación.” De hecho, no es el sentimiento lo que considera en juego (en cualquiera de las dos opciones le ofrece continuar con la relación amorosa), sino la tensión entre su vida intelectual y su vida familiar y, en ella, sus deberes como padre.

Si te basta quererme como amante, podemos continuar viviendo nuestro idilio sentimental, viviendo en rancho aparte; si además me crees conveniente como padre de familia, será necesario movilizar los medios adecuados para que yo represente dignamente ese rol social. En cualquiera de los dos casos seremos más felices, o menos infelices, que hasta ahora.

Finalmente, e intentando librarla de una escritura o una conversación espinosa, le indica que a través de un telegrama responda simplemente con dos palabras: “considero eficaz” o “considero ilusorio”. La carpeta que guarda las cartas termina con un formulario de telegrama en el que, cual protomensaje de texto, ella arriesga un esperanzado “considero eficaz”. El resto es historia conocida, Ingenieros regresa y, apenas un mes y medio después, muere cumpliendo su deseo declarado de no vivir la vejez. Es a la vista de aquella última negociación amorosa que se resignifica la dedicatoria que había elegido para su **Tratado del amor**:

A Eva Rutenberg la esposa elegida por mi corazón —toda inteligencia y toda bondad— para compartir mi sacrificio de constituir un hogar modelo.  
Dante Inf. II, 72 “Amor mi mosse che mi fa parlare”

## Esas cosas de género

Retomo la cuestión esbozada antes de perdernos en las cartas. Los cuartos propios de los intelectuales varones no parecen tan naturalmente dados. Para hacerse de ellos han usufructuado condiciones sociales específicas y han hecho, como las mujeres, numerosos arreglos económicos, institucionales y, también, amorosos y domésticos. Así lo demuestran las cartas de Ingenieros, aunque recuperar esa dimensión no debería depender solamente de un providencial hallazgo de archivo. En ese sentido, la historiadora Joan Scott ha señalado con lucidez que

obviamente no es la falta de información sobre la mujer, sino la idea de que tal información no tenía nada que ver con los intereses de la “historia” lo que condujo a la “invisibilidad” de las mujeres en los relatos del pasado.<sup>18</sup>

Llevar esa idea a una suerte de “historia de los hombres intelectuales” nos permitiría repensar las causas de la invisibilización y, al mismo tiempo, la lógica a la que hacía referencia en el inicio de esta ponencia, es decir, la recurrente condición anecdótica o acce-

<sup>18</sup> Joan Wallach Scott, “El problema de la invisibilidad”, Carmen Ramos Escandón (Comp.) **Género e Historia**, Antologías Universitarias, Inst. Mora, UAM, México, 1992, p.44.

soria de cuestiones como la intimidad, la sexualidad, la afectividad y la domesticidad.

La invisibilización de esas cuestiones en los relatos del hombre intelectual tiene, por supuesto, múltiples causas. Sin embargo, me detendré en dos que considero relacionadas con el mismo concepto: una concepción voluntarista del género, y su extensión como sinónimo de mujer.

En primer lugar, a pesar de que los estudios de género tienen cierta presencia en las academias locales y hay una cantidad de material bibliográfico notable, la perspectiva suele ser descartada por los que no son especialistas, o circula en una versión muy laxa. Esto es, considerar el género como un atributo que se suma a la identidad de un individuo y no como la matriz de significación y materialización en la que es producido como sujeto social.<sup>19</sup> En este último sentido, el género adquiere el carácter de una dimensión constitutiva; razón por la cual también se resignifican aquellos aspectos que generalmente se asocian con un abordaje “de género”: intimidad, afectividad, corporalidad, sexualidad, etc. Así, tales aspectos no se explican por la elección conciente de los individuos, su singular personalidad o su voluntarismo, sino que son —como otros factores determinantes de la acción social— condiciones producidas en relaciones de poder, en escenarios a la vez constrictivos y posibilitadores, en forzada intersubjetividad.

En el caso de Ingenieros, se trataría de percibir que la problemática personal que despliega en su última carta no responde solamente a sus características singulares como subjetividad, sino a su confrontación con un mandato que se le impone y que cree que ya no puede o ya no quiere cumplir: el de padre proveedor. Ese “rol social” que él quisiera cumplir dignamente y para el que se siente, sin embargo, “en quiebra”, pesa sobre Ingenieros del mismo modo en que la falta de recursos pesa sobre la mujer que se recluye y logra escribir, o sobre la poetisa mal paga que no logra sostener a su hijo sola y, pese a todo, escribe. Su impacto es tan considerable que distan de constituir elementos accesorios o anecdóticos, sino que forman parte fundamental de las condiciones de producción intelectual.

En segundo lugar, el concepto de género ha tenido un despliegue irregular con abrumadora presencia en los abordajes sobre mujeres o problemáticas que les atañen directamente, y con mucho menor alcance, aunque en franco avance, sobre la masculinidad. Eso hace que una especie de sentido común académico pueda traducir “estudios de género” como “cosas de mujeres”. Es decir, tiende a posicionar el género como un sinónimo para “mujer” o “femenino”, y es poco proclive a relacionarlo con una perspectiva transversal que invita a repensar la constitución ineludiblemente generizada de los actores sociales.

Estas dos concepciones del concepto de género producen, a mi entender, el mencionado efecto de invisibilización con un resultado sorprendente: ¡los intelectuales varones no tienen género! O, mejor dicho, no resulta pertinente esa variable en el análisis de su obra, ni de sus condiciones materiales de producción.<sup>20</sup>

Una aclaración: no intento proponer que todo abordaje desde la historia intelectual deba incorporar necesariamente una perspectiva de género. Sin embargo, sí quisiera llamar la atención sobre la importancia de visibilizar las dimensiones vitales que generalmente se soslayan en los estudios acerca de intelectuales varones, sobre la necesidad de problematizar el vínculo vida doméstica-tarea intelectual, y sobre el aporte que implica incorporarlas críticamente a las condiciones de producción de un proyecto intelectual. Un camino simple, como siempre, es ensayar otras preguntas, por ejemplo: ¿cómo vive su papel de padre un intelectual en viaje de estudios?; ¿cómo consigue diariamente las horas de silencio que exige su tarea?; ¿quién cuida a sus hijos mientras corrige su obra monumental?; etc.

En suma, esta ponencia escrita sobre las cartas amorosas de Ingenieros pretende invitar a una discusión. Espero haber sido convincente acerca de su importancia, finalmente ustedes podrán decir: “considero ilusorio” o “considero eficaz”.

<sup>19</sup> Para un recorrido histórico-conceptual: Nelly Richard, “Género”, en Carlos Altamirano (comp.), **Términos críticos de Sociología de la Cultura**, Buenos Aires, Paidós, 2002. Para una lectura más avanzada sobre el tema: Judith Butler, **Deshacer el género**, Buenos Aires, Paidós, 2006.

<sup>20</sup> Omar Acha y Pablo Ben analizaron, hace unos años, un tramo de la obra del autor a partir del concepto de género: “La jerga de la autenticidad: relectura de José Ingenieros desde una perspectiva de género”, **Periferias**, n° 6, año 1999.

# José Ingenieros y los socialistas brasileños en el pasaje del siglo XIX al XX

Claudio H. M. Batalha\*

Cuando se piensa la relación de José Ingenieros con el Brasil la primera cosa que se nos ocurre es la imagen del médico positivista, vinculado a la criminología y al pensamiento racial, asociado a autores como Alberto Torres, Nina Rodrigues y Oliveira Vianna. La parte de su correspondencia con el Brasil, disponible en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI), se refiere primordialmente a esta dimensión de su actividad. Los nombres de los corresponsales brasileños que aparecen en la correspondencia preservada son en su mayoría juristas, profesores, médicos, periodistas y hombres de letras, sin veleidades revolucionarias, entre las raras excepciones figuran Octavio Brandão y Maria Lacerda de Moura, los dos próximos del anarquismo.<sup>1</sup> Lo que vamos a ver en estas líneas es otro momento de la relación de Ingenieros con el Brasil, cuando el entonces joven estudiante socialista establece contactos y mantiene una correspondencia con el incipiente movimiento socialista del país vecino, la cual conocemos apenas por las referencias indirectas en la prensa socialista brasileña.

En términos prácticos, sin embargo, como veremos, es difícil establecer una separación total de estos dos momentos de la relación de Ingenieros con los brasileños y de estos dos aspectos de su trayectoria.

## El socialismo en Brasil entre 1895 y 1902

Al contrario del caso de Argentina, que consigue constituir un partido socialista unificado desde el 1894, por medio del Partido Socialista Obrero Internacional, y después del Partido Socialista Obrero Argentino y finalmente por el del Partido Socialista Argentino, entre los socialistas brasileños, entre el 1890 y el 1930, suceden diversas tentativas frustradas de constituir un partido socialista estable. Ya en 1890, cuando del proceso de fundación del Partido Obrero en Rio de Janeiro, los grupos involucrados se dividen en tres facciones antagónicas, de las cuales resultan dos

partidos rivales, el Partido Obrero, bajo el liderazgo del tipógrafo Luiz França e Silva y el Centro de Partido Obrero, que tenía por jefe al teniente José Augusto Vinhaes. Los dos partidos tuvieron una existencia corta y sus esfuerzos para alargar su alcance geográfico fracasaron. En ese caso, como en otros, es difícil establecer la diferencia entre divergencias ideológicas y disputas personales. Ese modelo se repitió durante todo el período mencionado, los partidos creados eran de ámbito local, cuanto mucho alcanzaban el estado de la federación en que estaban situados. Eran creados poco antes de los momentos de elecciones para desaparecer poco tiempo después de su fracaso electoral. Aunque el discurso de los periódicos socialistas, con base en los modelos europeos, en particular del Partido Social-Demócrata alemán, el SPD, veía a los partidos no como un simple agrupamiento electoral, sino como un instrumento permanente de organización y propaganda, en la práctica prevaleció la primera definición.

Las dificultades de organización partidaria pueden en parte ser explicadas por las características del sistema político y de la industrialización. El federalismo del sistema político contribuía a que los partidos con pretensiones nacionales tuviesen dificultades en ampliar su alcance geográfico. Al mismo tiempo, tanto la industrialización, como los centros urbanos en que había una clase trabajadora más antigua, no estaban concentrados sino dispersados en diferentes partes del país. Además de eso, el fraude sistemático en las elecciones desestimulaba la participación de los brasileños en la política institucional y la naturalización de los inmigrantes, uno de los aspectos centrales de las propuestas de los partidos socialistas.

Ante la ausencia de partidos políticos socialistas sólidos, los grupos socialistas en algunos de los principales centros obreros buscarán organizarse por medio de órganos de prensa, uno de los principales medios de propaganda política. Así, hacia la segunda mitad de la década del 1890 es posible encontrar a los grupos socialistas localmente estructurados alrededor de algunos periódicos, tales como: **A Questão Social** (1895-1896) en Santos; **Echo Operario** (1896-1899, 1901) en Rio Grande; **O Socialista** (1896-1898) y **O Grito do Povo** –después en castellano **El Grito del Pueblo** (1899-1901)– en San Pablo; **O Primeiro de Maio** (1898) en Rio de Janeiro; **Aurora Social** (1901-1907) en Recife. Pero, este

\* UNICAMP

<sup>1</sup> Para una lista de los corresponsales de Ingenieros en el fondo documental depositado en el CeDInCI véase Horacio Tarcus y Adriana Petra (coords.), **Fondo de archivo José Ingenieros. Guía y catálogo**, San Martín, Universidad Nacional de Gral. San Martín/UNSAM Edita, 2011, pp. 61-83.



conjunto de periódicos tuvo un carácter bastante particular una vez que sus redactores y principales colaboradores comenzaron a escribir en diversos órganos de prensa, formando una red y estableciendo conexiones nacionales de un movimiento que seguía con una organización local. De manera general, los periódicos de esa red hacían de los redactores de sus congéneres de otros lugares sus corresponsales, garantizando no solo una red nacional de contactos, sino también mecanismos, aunque modestos, de divulgación y distribución fuera de sus ciudades de origen.

Fue con esta red de periódicos de orientación socialista que José Ingenieros mantuvo contacto por medio de correspondencia y del envío de material de propaganda.

### La red de contactos de Ingenieros

No se sabe con exactitud cuándo empezó la relación de Ingenieros con los periódicos socialistas brasileños y sus redactores. Las informaciones disponibles indican que los primeros contactos tuvieron lugar con el periódico de la ciudad de Rio Grande, **Echo Operario**, cuya publicación principió en el 1896, y con su redactor, el sastre y después profesor primario portugués Antonio Guedes Coutinho. Es probable que la iniciativa haya partido de Coutinho y que haya ocurrido antes del inicio de publicación. De todas maneras, Ingenieros terminaría por volverse corresponsal en Buenos Aires del periódico brasileño.<sup>2</sup>

El socialista argentino no se limitó, sin embargo, a enviar noticias de Buenos Aires en su condición de corresponsal, se convertiría en un guía de los socialistas brasileños en su búsqueda del conocimiento de la literatura socialista. Enviaba folletos, libros y periódicos a sus corresponsales brasileños, envíos que eran anoticiados en los periódicos que publicaban.

En el 1898 **Echo Operario** anunciaba que Ingenieros "atendiendo a la falta de libros para la propaganda en Brasil" enviará a los redactores del periódico una serie de folletos de Ferri, Turati, Tolstoi, Lafargue, Plekhanov y del poeta anarquista Adolphe Retté, junto con números de **La Montaña** y del **Lirio Rojo**.<sup>3</sup>

Además de las noticias enviadas por Ingenieros, sus obras también eran publicadas. Así, en el 1897 **Echo Operario** inicia la publicación de **¿Qué es el socialismo?**, traducido al portugués, en capítulos como un folletín. También sus artículos, como "Los sistemas de producción y la organización social", son publicados por el mismo periódico.<sup>4</sup>

A partir de sus contactos con Guedes Coutinho y con el periódico que él dirigía, Ingenieros pasa a tener contacto también con

socialistas brasileños de otros estados que colaboraban con el **Echo Operario**. En Rio de Janeiro, Antonio Mariano García, más conocido como Mariano García (se trata de un homónimo del Mariano García que toma parte del proceso de creación del Partido Socialista Obrero en Argentina y no de la misma persona<sup>5</sup>) recibe del autor **La mentira patriótica, el militarismo y la guerra** y números de **La Vanguardia** y después comenta el libro en el periódico de Rio Grande.<sup>6</sup> En Recife, su contacto es con el tipógrafo João Ezequiel, dirigente del Centro Protector de los Obreros de Pernambuco y redactor de **Aurora Social**. Por medio de esos grupos con los cuales mantiene una correspondencia directa, el nombre de Ingenieros se vuelve conocido también entre otros agrupamientos socialistas. De ese modo, la influencia de los socialistas pernambucanos sobre sus congéneres del estado vecino de Alagoas hace que:

... entre los autores socialistas extranjeros más citados están Karl Marx, Benoît Malon, Enrico Ferri, José Ingenieros, Friedrich Engels, Ferdinand Lassale, Paul Lafargue, Edmundo de Amicis, Kropotkine y otros.<sup>7</sup>

En otras palabras, a Ingenieros lo veían como uno de los autores que servían de referencia teórica e ideológica, al lado de los nombres de aquellos que ayudó a difundir, al punto de ser citado hasta por aquellos que no tenían ninguna afinidad conocida con el socialismo. Como ocurrió en setiembre del 1898, en Rio de Janeiro, en una conferencia del poeta simbolista Gustavo Santiago, realizada en el Centro Obrero Internacional, que hizo menciones a Tolstoi y a Ingenieros.<sup>8</sup>

El papel de Ingenieros al proveer a los socialistas brasileños con textos en castellano fue el de ampliar el acceso a la producción socialista internacional (en el sentido amplio del término) que hasta entonces tenía lugar casi exclusivamente por medio de textos en francés. A pesar de la importancia de la inmigración italiana y española en Brasil y de la existencia de una prensa obrera en estas lenguas, sólo una pequeña parte de los textos de referencia circulaban en estos idiomas. La necesidad de conocer una lengua extranjera es una discusión presente en la prensa obrera brasileña por lo menos desde la década del 1870, y por lengua extranjera de comunicación con el mundo se entendía el francés. Es prácticamente seguro que médicos y abogados que actuaban en el movimiento obrero leyeseen francés, puesto que era frecuente el uso de textos en esta lengua en cursos universitarios, menos probable, sin embargo, es que trabajadores manuales consiguieran a menudo leer esos textos. Muchos de los interlocuto-

<sup>2</sup> Benito Bisso Schmidt, **Um socialista no Rio Grande do Sul: Antônio Guedes Coutinho (1868-1945)**, Porto Alegre, Ed. Universidade/UFRGS, 2000, pp. 77-78; 152.

<sup>3</sup> "Propaganda", **Echo Operario**, Rio Grande, 2 (72), 18 de enero de 1898, p. 4.

<sup>4</sup> **Echo Operario**, Rio Grande, 2 (76), 13 de febrero de 1898, pp. 1-2.

<sup>5</sup> Sobre el Mariano García argentino ver Horacio Tarcus (director), **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)**, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, p. 238.

<sup>6</sup> Margar. [pseud. de Mariano García], "Capital Federal (Correspondencia)", **Echo Operario**, Rio Grande, 3 (98), 7 de agosto de 1898, p. 3; y Margar. "Da Capital Federal (em 8 de agosto 1898)", **Echo Operario**, Rio Grande, 3 (101), 28 de agosto de 1898, p. 3.

<sup>7</sup> Osvaldo Batista Acioly Maciel, **Trabalhadores, identidades de classe e socialismo: os gráficos de Maceió (1895-1905)**, Maceió, EdUFAL, 2009, p. 160.

<sup>8</sup> "Centro Operario Internacional", **Echo Operario**, Rio Grande, 3 (104) 25 de setiembre de 1898, p. 2.



res de Ingenieros entre los socialistas brasileños eran tipógrafos o pertenecían a otros oficios calificados. Apenas una minoría estaba compuesta por abogados, médicos y profesores. De esa manera, los textos en castellano posibilitaban volver accesibles diversos autores europeos a un grupo más amplio de militantes.

Las últimas noticias del cambio de correspondencia de Ingenieros con los socialistas brasileños datan de la época en que éste perderá influencia en el liderazgo del PSA y poco antes de alejarse definitivamente de aquella organización. El periódico **Aurora Social** de Recife, que también recibía números de **Organización Obrera**, órgano de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA)<sup>9</sup>, anuncia, en 1901, la publicación de **Peligros de la legislación penal contemporánea** y agradece al autor el envío.<sup>10</sup>

### El socialismo de Ingenieros y de los socialistas brasileños en el cuadro de la Segunda Internacional

Sería fácil, pero inexacto, suponer que hay un Ingenieros que influencia los primeros pasos del socialismo brasileño y otro que por medio de la criminología dialoga con el pensamiento conservador. Esas dos facetas de Ingenieros —que en la lógica del socialismo de la Segunda Internacional, capaz de juntar al marxismo con el científicismo, el evolucionismo y el positivismo, no eran incompatibles<sup>11</sup>— ya estaban presentes en los contactos mantenidos por el joven Ingenieros con los brasileños.

Ingenieros fue seguramente el introductor de Ferri en Brasil y ayudó a difundir la criminología positiva de Lombroso. Su influencia sobre el pensamiento de varios de sus correspondientes, como en el caso de Guedes Coutinho, estudiado por Benito Schmidt, es evidente:

Antônio Guedes Coutinho, por ejemplo, parece haber tomado contacto con estas teorías, o perfeccionado su conocimiento de ellas, por medio del material bibliográfico que le era enviado por el socialista y criminalista argentino José Ingenieros, principal divulgador de las propuestas de Lombroso en América Latina, con quien mantenía una asidua correspondencia. Fue por intermedio de ese último que llegó a sus manos la edición argentina de la obra **Socialismo y Ciencia Positiva. Darwin-Spencer-Marx** de Ferri. Coutinho tradujo el texto del español y lo publicó como folletín en el periódico que dirigía, el **Echo Operario**.<sup>12</sup>

En el caso de la relación del argentino con el abogado socialista Evaristo de Moraes, vinculado a diversas tentativas de formación de partidos socialistas a lo largo de la Primera República brasileña, las dos dimensiones de Ingenieros se superponen, la del socialista y la del médico criminalista. Ingenieros colaboró en la revista quincenal **Boletim Criminal Brasileiro**, editada por Evaristo de Moraes entre finales de 1900 e inicios de 1901.<sup>13</sup>

No obstante, no se puede pretender que Ingenieros haya sido el responsable exclusivo de la propagación de las ideologías científicas y evolucionistas en Brasil, sino que encontró en el país un cuadro ya propicio para esas concepciones. Además de una importante tradición positivista, ya presente en el movimiento republicano, las concepciones de Ingenieros provenientes del darwinismo y del evolucionismo no tuvieron dificultades para fusionarse con el “socialismo ecléctico” que dominaba a la Segunda Internacional y también, a pesar de su falta de ligación más próxima con la Internacional, el socialismo brasileño.

Percibido por la historiografía como un representante de la extrema izquierda dentro del Partido Socialista Argentino, paradójicamente Ingenieros ayudó a alimentar el reformismo de los socialistas brasileños con autores igualmente reformistas. Luego, la imagen frecuente del joven que está en las fronteras del anarquismo y que poco a poco camina hacia el reformismo hasta el momento de abandonar al Partido Socialista, no creo que tome en cuenta algunas influencias centrales en su pensamiento. No considera la existencia de una fuerte corriente federalista y antiautoritaria en el interior del socialismo del siglo XIX, dentro de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) y después fuera de ella, que tenía raíces en Proudhon o Bakunin, según el caso, pero que ya se distanciaba considerablemente de otros aspectos de esos pensadores como el anti-feminismo y el rechazo de la política en Proudhon y la dimensión insurreccional en Bakunin. Esa corriente es visible en Bélgica con César De Paepe, en Francia con Benoît Malon, Paul Brousse, Jean Allemane, en Italia con Osvaldo Gnocchi Viani, Enrico Bignami y Salvatore Ingegneros Napolitano.<sup>14</sup>

Mi impresión es que el peso de la influencia de Malon sobre el pensamiento del joven Ingenieros fue subestimado en gran medida. Hay estudios que ni siquiera lo mencionan entre los autores que influenciaron al pensador argentino.<sup>15</sup> Las razones por lo que eso ocurre no son claras, cuando las evidencias (como las citas de obras de Malon en **¿Que é o socialismo?**) explicitan esa influencia, eso sin mencionar los diversos pasajes de aquel texto que son casi paráfrasis del socialista francés.

<sup>9</sup> “Noticias”, **Aurora Social**, Recife, 1 (1), 1º de octubre de 1901, p. 3.

<sup>10</sup> “Noticias”, **Aurora Social**, Recife, 1 (16), 15 de diciembre de 1901, p. 4.

<sup>11</sup> Ver como ejemplos, Georges Haupt, “Marx e o marxismo” en: Eric Hobsbawm et al., **História do marxismo**, vol. 1, **O marxismo no tempo de Marx**, trad. de Carlos Nelson Coutinho y Nemésio Salles, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1982; Massimo L. Salvadori, “Kautsky entre ortodoxia e revisionismo”, en: Eric J. Hobsbawm et al., **História do marxismo**, vol. 2, **O marxismo na época da Segunda Internacional (Primeira Parte)**, trad. de Leandro Konder y Carlos Nelson Coutinho, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1982; Mark Pittenger, **American Socialists and Evolutionary Thought, 1870-1920**, Madison (WI), The University of Wisconsin Press, 1993.

<sup>12</sup> Benito Bisso Schmidt, “O deus do progresso: a difusão do científicismo no movimento operário gaúcho da I República”, **Revista Brasileira de História**, 21 (41), 2001, p. 120.

<sup>13</sup> Cfr. Joseli Maria Nunes Mendonça, **Evaristo de Moraes, tribuna da República**, Campinas, Editora da Unicamp, 2007, pp. 133-134.

<sup>14</sup> Letterio Briguglio, **Benoît Malon e il socialismo in Italia**, Pádua, Tipografia Antoniana, 1979.

<sup>15</sup> Caso de Oscar Terán, “Estudio preliminar” en: Oscar Terán (comp.), **José Ingenieros: pensar la nación. Antología de textos**, Madrid/Buenos Aires, Alianza Editorial, 1986, pp. 7-104. Paradójicamente, el propio Terán reconocerá la influencia del socialista francés en otra obra anterior del mismo género, Oscar Terán, “José Ingenieros o la voluntad de saber”, en: Oscar Terán (comp.), **José Ingenieros: antimperialismo y nación**, México, Siglo Veintiuno, 1979, p. 29.



Por lo menos en parte, la influencia de Malon sobre Ingenieros puede ser atribuida a la proximidad que el primero tenía con el padre del último en la Italia de los años 1870, antes mismo del nacimiento del hijo. Malon colaboró en el periódico de Salvatore Ingegneros Napolitano, **Il Povero** de Palermo, entre 1873 y 1877. Así, por medio de su padre es que Malon debe haber llegado a Ingenieros, quien a su vez a través de sus contactos con los socialistas brasileños reforzó la difusión del socialista francés en Brasil, iniciada en 1885 por el participante de la Comuna de Paris, Louis-Xavier de Ricard. Otra fuente para esa difusión de Malon en Brasil, fue, en la misma época de Ingenieros, el republicano social portugués, Sebastião Magalhães Lima. En ese caso, Ingenieros no fue el introductor, pero ayudó a consolidar una cierta lectura del socialismo.

Entretanto, el pensamiento de Ingenieros estaba en proceso de cambio desde la publicación de **¿Que é o socialismo?** Ya en el año siguiente, acompañando la formación y crecimiento del Partido Socialista, Ingenieros y su amigo Leopoldo Lugones, como subrayó Horacio Tarcus, lideraban “una suerte de corriente de opinión izquierdista, socialista revolucionaria de entonaciones libertarias”.<sup>16</sup> En la época del periódico **La Montaña**, que dirigió en 1897 con el poeta Lugones, Ingenieros se alejará de la matriz maloniana, aunque continuará manteniendo buenas relaciones con los redactores de **La Revue Socialiste**, fundada por Malon, y citando a ese autor entre sus referencias. La propia selección del subtítulo de **La Montaña**, periódico socialista revolucionario, indica el peso de las concepciones de Jean Allemane, descrito en sus páginas como: “nuestro amigo y compañero”.<sup>17</sup>

Sin embargo, la visión que los socialistas brasileños tendrán de Ingenieros será estática, fijada en el tiempo, seguirá como el autor de **¿Que es el socialismo?**, el difusor de Ferri y de Malon. Ni el envío de números de **La Montaña** y de algunas de sus obras posteriores, ni tampoco el abandono del autor de su militancia socialista, parecen alterar ese cuadro hasta 1902. Con Ingenieros ocurre lo mismo que con otros pensadores, hay una selección por parte de los socialistas brasileños de algunos aspectos y momentos de su pensamiento y el rechazo o desinterés por otros. Las dimensiones modernistas de **La Montaña** no parecen despertar particular interés en los interlocutores socialistas de Ingenieros en Brasil.<sup>18</sup> Quizás porque la corriente modernista sea un fenómeno tardío en Brasil, que no se manifestó sino hasta la posguerra, o porque las relaciones entre vanguardia estética y vanguardia política sean históricamente menos fecundas de que en otras partes.<sup>19</sup>

<sup>16</sup> Horacio Tarcus, **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2007, p. 412. Agradezco a Horacio Tarcus por llamar mi atención sobre los cambios en el pensamiento de Ingenieros.

<sup>17</sup> “Bibliografía”, **La Montaña**, 1 (2), 15 de abril de 1897 en: **La Montaña. Periódico Socialista Revolucionario. Redactores: José Ingenieros y Leopoldo Lugones, 1897**, edición facsimilar, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, p. 54.

<sup>18</sup> Sobre Ingenieros y el modernismo véase Horacio Tarcus, “Modernismo y socialismo *fin-de-siècle*: espigando la correspondencia de José Ingenieros”, **Políticas de la Memoria**, n° 10/11/12, Buenos Aires, verano 2011-2012, pp. 97-122.

<sup>19</sup> Antonio Arnoni Prado y Francisco Foot Hardman, “Introdução”, en: Antonio Arnoni Prado; Francisco Foot Hardman; Claudia Feierabend Baeta Leal (comps.), **Contos anarquistas: temas & textos da prosa libertária no Brasil (1890-1935)**, São Paulo, Martins Fontes, 2011, p. 21.

Algo similar parece ocurrir en la otra punta de esa relación. Si los brasileños leen a Ingenieros como les apetece, lo mismo parece ocurrir con el director de **La Montaña**, cuando su periódico publica la siguiente noticia:

Hemos recibido el programa que acaban de formular los trabajadores de Rio Grande en el Partido Socialista con el objeto de defender con mejores resultados sus intereses. Precede al programa un manifiesto vibrante y enérgico, que nos da a comprender claramente que nuestras ideas revolucionarias ganan adeptos en todo el continente.<sup>20</sup>

Ocurre que el manifiesto y el programa al que se refiere la noticia —muy probablemente redactada por Ingenieros— del Partido Socialista del Rio Grande do Sul, lanzado en Porto Alegre en el 1° de Mayo de 1897,<sup>21</sup> no difiere del reformismo característico de otras proclamaciones de los grupos socialistas brasileños de ese período, dando particular énfasis a la ampliación del derecho de voto, luego bastante distante del socialismo revolucionario de **La Montaña**.

## Epílogo

Aparentemente, después de 1902 los contactos de Ingenieros con los socialistas brasileños son interrumpidos. Ingenieros continuó figurando en las listas de pensadores socialistas en la prensa obrera brasileña, pero las referencias remiten al socialista del pasado y no al célebre médico o al anti-imperialista de momentos posteriores.

En abril de 1921, por lo visto después de años de silencio, Guedes Coutinho desde Alfredo Chaves (actual Veranópolis), en la región de colonización italiana de Rio Grande do Sul<sup>22</sup>, contestó en un papel que contiene el membrete del Grupo Escolar local (indicando que continuaba en su actividad de profesor) una carta del viejo amigo, con una mezcla de nostalgia y de angustia por el futuro.

Ilustre amigo y compañero Dr. José Ingenieros,  
Abrazo le cordialmente.

Con inmenso placer recibí a su estimada carta y agradezco de todo corazón las palabras de cariñosa simpatía con que recuerda el período de nuestra juventud ardiente y llena de esperanzas, con que el ideal nos impelió uno hacia el otro.

¡Feliz época! Hoy aunque vea aproximarse la Revolución, siento el alma triste y el corazón apretado por una dolorosa sensación de duda... en el futuro tan próximo.

<sup>20</sup> “Movimiento Socialista – Brasil”, **La Montaña**, 1 (7), 1° de julio de 1897 en: **La Montaña... op. cit.**, p. 176.

<sup>21</sup> “Partido Socialista do Rio Grande do Sul (1897)”, en: Edgard Carone (comp.), **Movimento Operário no Brasil (1877-1944)**, São Paulo/Rio de Janeiro, Difel, 1979, pp. 316-322.

<sup>22</sup> Segundo Benito Schmidt, en esa época, a pesar de continuar a colaborar en periódicos, Guedes Coutinho estaba apartado de la militancia y lamentaba la pérdida de muchos antiguos compañeros. Schmidt, **Um socialista...** *op. cit.*, pp. 145-147.

Tengo visto y observado tan extrañas cosas, que tembló por el momento de transformación aunque confiado en la Justicia. [...] <sup>23</sup>

En esa única carta que queda de la correspondencia entre los dos, Guedes Coutinho anexa artículos del periódico del partido dominante en el estado do Rio Grande do Sul, **A Federação** y demuestra su preocupación por no haber recibido los textos que Ingenieros había prometido enviar, llegando a conjeturar sobre la posibilidad de extravió en el correo, lo que se asemeja a una metáfora de la amistad que también se extraviara con el pasar de los años.

Ningún otro liderazgo del socialismo argentino estableció relaciones tan próximas entre los socialistas brasileños y ejerció la influencia que Ingenieros llegó a tener durante un cierto momento sobre ellos. Publicaciones argentinas continuaron llegando a las manos de los brasileños y noticias sobre Juan B. Justo o Alfredo Palacios, como primer diputado socialista aparecerían en la prensa obrera, pero sin alcanzar nunca la prominencia que tuvo Ingenieros.

---

<sup>23</sup> Carta de Antonio Guedes R. Coutinho a José Ingenieros, 24 de abril de 1921, Fondo de archivo José Ingenieros, serie A.6.1 Correspondencia dirigida a José Ingenieros, CeDInCI.



# Del Novecientos al Centenario

## La influencia de José Ingenieros en dos generaciones en el Perú

Osmar González A.\*

Desde fines del siglo XIX, pero especialmente en las primeras décadas del siglo XX, los intelectuales latinoamericanos mantuvieron una estrecha comunicación y constituyeron un conjunto de relaciones que les permitía conocer mutuamente sus obras, propiciar los debates, la comunicación física o epistolar y conformar espacios de reflexión sobre temas que les resultaban comunes<sup>1</sup>. En ese tejido de redes sobresalían algunos autores que adquirirían la importancia de guías intelectuales o de maestros. Uno de ellos, especialmente importante, fue el polígrafo argentino, José Ingenieros. Al lado de otras figuras prominentes como Rubén Darío, José Enrique Rodó o José Vasconcelos, por ejemplo, Ingenieros fue capaz de influir en pensadores sociales de toda América Latina. Al interior de este marco, deseo ofrecer una lectura de la influencia que alcanzó Ingenieros en los intelectuales peruanos sosteniendo que marcó su presencia tanto en la generación del Novecientos (compuesta por José de la Riva Agüero, los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, Víctor Andrés Belaunde, entre otros) como en la llamada generación del Centenario de la Independencia (a la que pertenecieron, principalmente, José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, Manuel Seoane, Eudocio Ravines, entre muchos más), muy imbuida del espíritu de la Reforma Universitaria de Córdoba. Es decir, la figura de Ingenieros fue una especie de puente entre ambas generaciones, aunque sería más justo afirmar que se trataba de un puente inclinado, pues sus ideas estarían más cercanas a la generación radical que a la generación espiritualista, como después podremos ver.

La transversalidad generacional de Ingenieros es importante y marca su singularidad, pues es diferente a Rodó, quien se constituyó en una lectura obligada de los intelectuales novecentistas, pero no de los pertenecientes a las generaciones posteriores. O de Alfredo Palacios o del mismo Manuel Ugarte, quienes marcaron

su presencia de manera especial en la generación post-Córdoba, pero no así en la de inicios del siglo XX. Otro caso diferente —e, incluso, curioso— fue el de Vasconcelos, quien siendo etariamente compañero de los novecentistas, también influyó en los centenaristas, pero paradójicamente, estos radicales peruanos enarbolaban las ideas del mexicano cuando el propio Vasconcelos ya había iniciado su camino a posiciones conservadoras. Solo Ingenieros, considero, fue capaz de influir en ambas generaciones al mismo tiempo que iba sintonizando con las nuevas reflexiones y definiciones políticas que surgían en un mundo que cambiaba violentamente. Su proceso ideológico-intelectual personal fue de la mano del proceso ideológico-intelectual general.

Partiendo de un mirador biologicista que estaba a la base de una mirada racista de la conformación social y atravesando conmovedores sucesos políticos a nivel planetario los pensadores sociales de inicios del siglo XX llegaron al tema fundamental de la justificación de la necesidad de la integración latinoamericana y de la independencia de los centros de poder económico y político mundial. Si bien dichas preocupaciones ya estaban presentes desde la generación del Novecientos (cuyos integrantes también llamaban a la conformación de bloques de países y advertían sobre el vasallaje económico), pero es con la aparición de la generación radical cuando esas ideas adquieren contenidos ideológicos y políticos más precisos que incluso generan corrientes de pensamiento y organización militante.

Como lo ha estudiado Patricia Funes, se trata de un momento de definición de las identidades de nuestras naciones, de realización de preguntas sobre nosotros mismos y también acerca del lugar en el futuro planeta que después de grandes convulsiones sociales reubicaba sus elementos de identificación.<sup>2</sup> En realidad, se puede decir que se trataba del fin del siglo XIX y del ascenso de las burguesías latinoamericanas que luchaban por organizar sus espacios nacional-estatales. Esa posibilidad de definiciones exigía nuevas lecturas y también nuevos intelectuales. Ese peculiar momento nos permite calibrar mejor la emergencia de la perso-

\* FLACSO, Colegio de México.

<sup>1</sup> Sobre la comunicación construida por los intelectuales latinoamericanos de inicios del siglo XX se pueden consultar los trabajos de Ricardo Melgar Bao, **Redes e imaginario del exilio en México y América Latina, 1934-1940**, Buenos Aires, Ediciones Libros en Red, 2003; "Utopía y revolución en el exilio venezolano en México", ponencia presentada en el XXI Congreso Internacional de Latin American Studies Association, (LASA), Guadalajara, 17-19 de abril de 1997; o "Cominternismo internacional: representaciones, redes y prácticas político-culturales en América Central, 1921-1923", en la página: <http://revistas.ucm.es/index.php/RCHA/article/view/RCHA0909110135A>.

<sup>2</sup> Véase al respecto el amplio panorama que presenta Patricia Funes, **Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos**, Buenos Aires, Prometeo, 2006, entre muchos otros.

alidad y la obra de Ingenieros: el pensamiento al servicio de la constitución nacional, pero al mismo tiempo de la definición de sujetos sociales que la harían posible. Como resume la propia Funes: “Solidaridad, humanitarismo e idealismo se enlazarán con la propuesta de un latinoamericanismo que cruzará una buena parte de las corrientes ideológicas de la década del veinte, y reconocen en Ingenieros a uno de sus maestros”.<sup>3</sup>

Este texto se basa principalmente en la correspondencia que el pensador argentino sostuvo con distintos personajes del pensamiento y la política peruanos (23 cartas que el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina-CeDInCI, y su director, Horacio Tarcus, pusieron a mi disposición con generosidad que agradezco infinitamente).<sup>4</sup> A partir de la exploración en ese intercambio epistolar expando mi análisis a los diferentes espacios en los que convergieron Ingenieros con los intelectuales peruanos, como la publicación dirigida y publicada en París por Francisco García Calderón, **Revista de América**, o la revista del propio Ingenieros, **Revista de Filosofía**, donde colaboraron autores peruanos; o entrevistas y encuentros donde coincidieron con Ingenieros hasta llegar, finalmente, a la gran publicación, el boletín **Renovación**. Aclaro que si bien dicha revista llegó hasta 1930 detengo mi análisis en 1925, año en el que muere Ingenieros y en el que también fallece —apenas dos días después— un entusiasta integracionista peruano, Edwin Elmore, quien planeaba organizar un Congreso de Intelectuales Hispanoamericanos. Lamentablemente, la bala disparada contra él por el poeta José Santos Chocano, amigo también de Ingenieros, acabaría dramáticamente con su vida. Se cerraría así un momento en la reflexión propiamente latinoamericanista, aunque seguiría luego con la prédica y la acción de Haya de la Torre y su esfuerzo por constituir una fuerza política continental, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), a la que en un primer momento pertenecería Mariátegui —al menos hasta 1928, cuando adviniera la ruptura y cada uno se enrumbe hacia caminos distintos—. La muerte del Amauta permitiría que Haya de la Torre ocupara la representación popular en el Perú en una trayectoria que después sería motivo de fuertes enjuiciamientos, pero que no es el motivo de estas páginas.

Ingenieros abogó por la especificidad latinoamericana y al mismo tiempo trató de constituir una fuerza de acción, no necesariamente política (aunque siempre se declaró socialista), pero que sí buscara alcanzar resultados concretos en la realidad. Observar este conjunto de personajes, situaciones y experiencias puede permitir entender mejor las razones o naturaleza de la influencia de nuestro personaje.

\*\*\*

El filósofo argentino, José Ingenieros, es parte de la renovación

<sup>3</sup> *op. cit.*, p. 111

<sup>4</sup> Aprovecho la oportunidad para agradecer a Horacio Tarcus por sus puntillosas observaciones que hizo a una versión previa de este texto. Asimismo, a los comentarios y sugerencias de Ricardo Melgar Bao. Igualmente mi reconocimiento al apoyo que recibí en la búsqueda de información y transcripciones de Cecilia Romero Vera Tudela, Gabriela Gonzales Malca, Martha Solano, Hassel Soria y Luis Chevarría.

de la élite intelectual de su país hacia fines del siglo XIX e inicios del XX, cuando decaen los “*gentlemen-escritores*” y emerge la figura del escritor profesional. Los viejos apellidos aristocráticos del pasado empezaron a ser sustituidos por otros nuevos, entre los que se encontraban junto al de nuestro filósofo los Giusti, Ugarte, Molinari, Bunge, Lugones y otros más.<sup>5</sup>

Ingenieros no solo era plebeyo, también era migrante<sup>6</sup> y, después, sería socialista.<sup>7</sup> Es decir, todo lo opuesto a lo que identificaba a los escritores de la oligarquía tradicional. Pero además, era un intelectual que buscó dominar varias áreas del saber: Ingenieros fue acaso el último de los polígrafos latinoamericanos; abordó disciplinas tan diversas como la psicología, la psiquiatría, la criminología, la medicina legal, la sociología, la ética y la historia de las ideas; y tocó temas tan variados como la interpretación materialista de la historia argentina, la risa, el individuo y la multitud, la simulación, el amor, la historia de la locura, la moral emancipada de la religión, la reforma de la universidad, la experiencia soviética, la tradición del pensamiento liberal en España, la reacción de la filosofía espiritualista en Francia y la emancipación de los pueblos latinoamericanos.<sup>8</sup>

Ingenieros adquirió una notoria influencia sobre los jóvenes intelectuales latinoamericanos de las primeras décadas del siglo XX, debido, especialmente, a obras como **El hombre mediocre**, de 1913, en donde criticaba a las oligarquías ineptas en el arte de gobernar por su falta de ideales. La trayectoria de las preocupaciones intelectuales de Ingenieros fue desde temas filosóficos bajo una lectura positivista por lo menos entre 1900 y 1910, hasta hacerla dialogar con una exaltación idealista. Oscar Terán establece un rápido itinerario. Entre 1895 y 1898 se manifiesta socialanarquista, escribe “¿Qué es el socialismo?”, ingresa al Partido Socialista y dirige junto a Leopoldo Lugones el periódico **La Montaña**. Luego, hacia 1898-1899, sus escritos están impregnados de categorías de sociología científica, en donde cruza el positivismo evolucionista con el marxismo dando lugar al “bioeconomismo”. Entre 1900 y 1911 se dedicaría a la investigación psiquiátrica y a la criminológica. En 1905 señalaría que las clases pobres son una raza atrasada y propone como alternativa el socialismo aristocrático. Con **El hombre mediocre**, Ingenieros traza una manera de entender la sociedad así como elabora una teoría

<sup>5</sup> Gerardo Russo, **Los intelectuales y el poder. El caso La Rioja**, Córdoba, eduvim, 2010, p. 26

<sup>6</sup> Nació en Sicilia, Italia, en 1877. Estableciendo un paralelismo entre Lugones e Ingenieros, Horacio Tarcus señala: “Ni Lugones ni Ingenieros nacieron en el seno de familias de la élite porteña; uno llegó a Buenos Aires siendo apenas un niño, el otro como escribió Darío siendo ‘un bizarro muchacho de veintidós años, de chambergo y anteojos’. Si bien terminaron conquistando un lugar de reconocimiento en los cenáculos literarios y políticos de la Gran Ciudad para fines de siglo, ambos debieron trabajar intensamente, desplegando sus múltiples talentos pero también aprovechando cierto capital escolar y familiar”, Horacio Tarcus, “Modernismo y socialismo *fin-de-siècle*. Espigando la correspondencia de José Ingenieros”, en **Políticas de la Memoria** n° 10/11/12, años 2009/2011, p. 97

<sup>7</sup> Ingenieros sería secretario del Exterior y miembro titular del primer Comité Ejecutivo del Partido Socialista Obrero Argentino en 1894. Posteriormente, en 1902 tendría una grave desavenencia con Juan B. Justo y se desafiliaría del partido.

<sup>8</sup> Horacio Tarcus, “Biografía de Ingenieros”, en **José Ingenieros. Guía y catálogo**. Fondo de Archivo, Buenos Aires, CeDInCI, 2011, p. 9



de las élites.<sup>9</sup> Dichas élites debían estar imbuidas de un tono moral y de un impulso juvenil. Luego, Ingenieros (reconocido como Maestro de las juventudes latinoamericanas) se incorporaría al movimiento de Henri Barbusse y su publicación emblemática, la revista **Clarté**,<sup>10</sup> así como consideraría a la Revolución Rusa un avance civilizatorio. De la conjunción de posturas filosóficas aparentemente contrapuestas (positivismo e idealismo) emergería su defensa de la unidad de los países latinoamericanos cuando, identificado plenamente con el socialismo, reivindicó el carácter transformador que conllevaban los procesos revolucionarios, como los sucesos mundiales de su tiempo indicaban.

El amplio espectro de preocupaciones que Ingenieros mostraba y discutía públicamente hizo que rápidamente se convirtiera en una referencia intelectual y moral para las élites intelectuales de las naciones latinoamericanas de principios del siglo XX. Así, tanto para los pensadores de la generación del Novecientos (más reformistas o conservadores, según sea el caso) como para los miembros de la llamada nueva generación que surgió con el movimiento cordobés de Reforma Universitaria, o también llamada radical, Ingenieros se constituyó en una lectura obligada, en motivo de discusión filosófica y, por qué no, inspirador de decisiones de carácter político. Para el caso del Perú se pueden dar nombres que demuestran el amplio abanico de la influencia que gozó el escritor argentino. Se puede afirmar que leyeron sus obras desde Víctor de la Riva Agüero hasta José Carlos Mariátegui, desde Víctor Andrés Belaunde hasta Víctor Raúl Haya de la Torre; que llegó a publicar colaboraciones tanto en **La Revista de América** de Francisco García Calderón, en **Mercurio Peruano** de Víctor Andrés Belaunde, como en **Claridad**, órgano de difusión de las Universidades Populares González Prada que dirigieron en su momento Haya de la Torre y Mariátegui. Reitero pues lo dicho: Ingenieros influyó tanto en la generación arielista como en la centenarista, sin contar a grupos generacionales intermedios.

La relación de Ingenieros con los peruanos fue constante y abundante, y se alimentó por diversos medios: por la identidad intelectual, la correspondencia, los viajes, la suscripción a sus revistas, las publicaciones, las tarjetas. En el Fondo Ingenieros que alberga el CeDInCI se puede revisar el fichero que había ido conformando con diversos intelectuales de casi todos los países latinoamericanos, en el que corresponde al Perú se pueden encontrar nombres de diversos personajes importantes de la vida pública

peruana a los que agrega su ocupación, profesión o adscripción institucional: Luis Fernán Cisneros (poeta y escritor, de la Compañía Nacional de Recaudación), Óscar Miro Quesada, Octavio Espinoza y Luis Varela y Orbegoso del diario **El Comercio**; Alberto Ulloa Sotomayor, director del diario **La Prensa**, y periodistas de este como Leónidas Yerovi, Enrique Bustamante y Ballivián, Alfredo González Prada; Ricardo Walter Stubbs (Presidente del Círculo de Periodistas); poetas como Lastenia Larriva de Llona, José Fianzón y Luis Alayza y Paz Soldán; José Matías Manzanilla (político), Federico Elguera (quien fue un importante Alcalde de Lima), Manuel González Prada (de cuando era director de la Biblioteca Nacional), Enrique Castro Oranguyen (director del Diario Oficial **El Peruano**), Percy Cánepa (director de la revista **Lulú**), Víctor Maúrtua (Ministro de Relaciones Exteriores), Emilio Gutiérrez Quintanilla (director del Museo Histórico), José Balta (Presidente de la Sociedad Geográfica), Raimundo Morales de la Torre (Facultad de Letras), Federico Villarreal (Decano de la Facultad de Ciencias), Francisco Tudela y Varela (Facultad de Ciencias Políticas), Agustín T. Whilar (educador), Felipe Barreda y Laos, entre otros. En el tarjetero se encuentran las credenciales de Víctor Andrés Belaunde (Secretario de la Misión Especial del Perú), Alejandro O. Deustua (filósofo), Francisco García Calderón, y recortes de papel con los nombres de José Antonio Encinas y otro de Haya de la Torre<sup>11</sup> Como se observa, miembros tanto del Novecientos como del Centenario peruanos.

Como vamos a corroborar en las líneas siguientes, Ingenieros mantuvo cordial relación intelectual y hasta personal con diferentes personajes de ambas generaciones de peruanos, que en cierta medida se revela en la correspondencia que mantuvo con algunos de ellos.<sup>12</sup> Mientras los idealistas arielistas lo reconocían como una voz imprescindible de los debates intelectuales, los centenaristas lo aceptaban como maestro.

Esta transversalidad generacional de Ingenieros quizás se deba, primero, a que en sus reflexiones dejaba entrever, como ya seña-

<sup>9</sup> Para conocer con mayor detenimiento el proceso de Ingenieros véanse las obras de Oscar Terán, **Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000; también "Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980", en Oscar Terán (coord), **Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo latinoamericano**, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2008; así como su fundamental **José Ingenieros: antiperualismo y la nación**, México, Siglo XXI, 1979. También véase Sara Makowski Muchnik, "José Ingenieros y la construcción de la nación argentina", en **Contribuciones desde Coatepec**, n° 2, enero-junio, 2002.

<sup>10</sup> **Clarté** fue el nombre de la novela que Barbusse publicó en 1919 y que dio lugar a un importante movimiento cultural amplio en el que también participaron Anatole France y Romain Rolland con el propósito de constituir una "Internacional del pensamiento" a partir del encumbramiento del intelectual comprometido, prédica que tuvo gran repercusión en nuestros países en las primeras décadas del siglo XX. Véase Patricia Funes, *op. cit.*, p. 32.

<sup>11</sup> Archivo Ingenieros en el CeDInCI.

<sup>12</sup> Por ejemplo, en los archivos del CeDInCI se cuenta con un cable que le envía desde Lima a Buenos Aires José Santos Chocano quien, al parecer, retribuye los sentimientos de Ingenieros. La escueta frase dice: "Correspóndote con fortísimo abrazo fraternal", 10 de junio de 1922. Chocano era dos años mayor que Ingenieros —había nacido en 1875, en Lima— y pertenecía a la generación modernista de poetas latinoamericanos y uno de sus más grandes representantes. En un momento apoyó a Pancho Villa y a Venustiano Carranza en pleno proceso revolucionario. Ególatra y arrebatado, sufrió varios destierros y participó en revueltas para destituir gobiernos oligárquicos, como en Venezuela y Guatemala, por ejemplo, en donde paradójicamente estuvo al lado de dictaduras modernizadoras. Como señala Luis Alberto Sánchez, Chocano tenía espíritu de autócrata (coincidía con Leopoldo Lugones en sostener que había llegado "la hora de la espada"), pero antioligárquico (Luis Alberto Sánchez, **Aladino o vida y obra de José Santos Chocano**, Libro Mex Editores, 1960). En esa línea, Chocano apoyó al gobierno de Leguía, quien lo condecoró como "El poeta de América". Luego de matar a Edwin Elmore, fue encarcelado pero indultado dos años después por el propio Leguía. No fue la única vez que Chocano se salvó de circunstancias extremas. En Guatemala luego de la caída de la dictadura, estuvo a punto de ser ahorcado, pero una pronta corrida de firmas en favor de su vida por parte de diversos intelectuales americanos impidió su ajusticiamiento. Chocano, pues, no era un ser querido. Finalmente, se fue a vivir a Santiago de Chile, donde murió en 1934. Entre sus obras se pueden mencionar **Iras santas**, **Fiat Lux**, **Alma América**, entre muchas más.

lé, sus dos vertientes filosóficas (positivismo, idealismo); segundo, por el convencimiento de la necesidad de unir a nuestras naciones, y, tercero, porque supo transmitir la urgencia de definir un plan de acción, aunque él mismo no fuera un hombre de decisiones sino de ideas. En resumen, Ingenieros pudo recabar audiencias disímiles por su peculiar mezcla de exaltación de valores supremos con la propuesta práctica de realizar sustantivos cambios en nuestras jóvenes naciones que buscaban su identidad. De esta manera, podemos comprobar que Ingenieros como en su momento el escritor uruguayo José Enrique Rodó o el filósofo mexicano José Vasconcelos, era una fuente de legitimidad intelectual y política a quien se acudía recurrentemente como alguna vez lo expresara Haya de la Torre, para pedirle apoyo moral a sus luchas.

Es interesante observar cómo los escritores, pensadores y políticos que surgían en América Latina desde fines del siglo XIX, buscaban urgentemente maestros que los guiaran en sus ideales, reflexiones y prácticas políticas. Aquí se puede constatar una relación vertical, al menos en un inicio con relación a los centenaristas, entre discípulo y maestro, aunque después los jóvenes insurgentes pronto se colocarían en los puestos de vanguardia continental. Pero también se descubriría una relación horizontal entre los llamados discípulos que se mantenían en feraz contacto (por las aventuras editoriales y, por qué no, las desventuras políticas) más allá de diferencias generacionales hasta que las distinciones ideológico-políticas produjeran rupturas en el campo intelectual latinoamericano en ciernes: entre quienes estaban con el *statu quo* y los que querían modificarlo de forma drástica. Cuando advenga la convicción revolucionaria, inmediatamente llegarían las opciones políticas profundizando el parteaguas entre los sujetos de ideas.

En otro lugar he mencionado la peculiar recepción de Vasconcelos por la generación del Centenario, que lo flameaba en sus luchas radicales cuando el filósofo mexicano ya había ingresado a una etapa desencantada y reaccionaria<sup>13</sup> No se puede decir que eso haya sucedido con Ingenieros, pues sus combates contra el pasado siguieron siendo parte de sus ideas más arraigadas; por el contrario, la muerte lo sorprendió en medio de una vigorosa defensa de la unidad latinoamericana anti-oligárquica y antimperialista. Al contrario del escritor azteca, el filósofo argentino nunca arrió sus banderas de lucha contra las oligarquías dominantes, por el contrario, sus ideas fueron tomando cada vez con mayor énfasis una viva pasión por el cambio,<sup>14</sup> simultáneamente a cuando se definía la acción continental unificada, se incrementa la conciencia revolucionaria anti-oligárquica y antimperialista. En esta autoconciencia que irían procesando las élites latinoamericanas sería fundamental el papel cumplido por la Reforma Universitaria de 1918.

En el Perú Ingenieros siempre estuvo presente, tanto por medio

de sus escritos como por el contacto personal con destacados pensadores, algo que replicaría en diferentes países latinoamericanos. Por ejemplo, en 1905, en Europa —adonde había viajado por encargo del gobierno argentino a participar en el V Congreso Internacional de Psicología en Roma— Ingenieros conocería a Belaunde, específicamente en Madrid, ciudad que visitaba de paso hacia Italia, para presidir dicho congreso de psicólogos. En ese encuentro, luego de conversar unos momentos, Belaunde le hizo saber que después de estar en la capital española se dirigiría a Buenos Aires. Ante ello, recuerda el peruano: “[Ingenieros] me dijo: esa sí es una ciudad, Madrid es una aldea. Le contesté sarcástico: pero con el Museo del Prado ¿no? No sé si Ingenieros me perdonó la respuesta”<sup>15</sup> Quizás Belaunde sobredimensiona la importancia de la anécdota, aunque por otra parte, recordemos que España recién empezaba a resarcirse de sus derrotas (Filipinas y Cuba fueron las últimas) y sus intelectuales empezaban a dar sentido a la formación de un proyecto nacional moderno: Miguel de Unamuno, Rafael Altamira, José Ortega y Gasset, Joaquín Costa, entre otros, conformarían la modernizadora generación del 98. En ese sentido, la apreciación sobre la vida intelectual que Ingenieros ofrecía sobre España tenía mucho sentido. Pero más allá de lo dicho, hubo una aproximación muy importante —en cuanto a preocupaciones intelectuales que enlazaba a Ingenieros con Belaunde, y es la preocupación por la psicología social, vista como un elemento insustituible en la conformación de las identidades nacionales.<sup>16</sup> El pensador peruano dedicaría varios ensayos a dicho tema, el cual también trató que estuviera presente en la revista que fundara en 1918: **Mercurio Peruano**. La complicidad intelectual se haría realidad, pues Ingenieros publicaría en ella algún artículo y otros intelectuales peruanos escribirían sobre él, así como **Renovación** reproduciría textos publicados en **Mercurio Peruano**.

Pocos años después, en 1910, Ingenieros publicaría **La evolución sociológica. De la barbarie al imperialismo**, pero a pesar de su prominente figura de pensador tuvo un revés en el mundo académico, pues no obstante haber quedado en el primer lugar no le otorgaron la cátedra de Medicina legal a la cual estaba postulando. Ante la injusticia —y culpando del entuerto al propio presidente Roque Sáenz Peña— Ingenieros decide autoexiliarse en Europa, específicamente en Lausana, Suiza.<sup>17</sup> Desde esa estancia, Ingenieros viajaría a diferentes lugares, entre ellos a París, en don-

<sup>13</sup> Véase Osmar Gonzales Alvarado, “José Vasconcelos y los intelectuales peruanos. Cartas con José de la Riva Agüero”, en **Ideas, intelectuales y debates en el Perú**, Lima, Editorial Universitaria-Universidad Ricardo Palma, 2011.

<sup>14</sup> Alexandra Pita González, **La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920**, México, El Colegio de México-El Colegio de Colima, 2009.

<sup>15</sup> Véase Víctor Andrés Belaunde, **Trayectoria y destino. Memorias**, PL Villanueva, 1968. Víctor Andrés Belaunde (Arequipa 1883-Nueva York 1966) fue uno de los más importantes intelectuales del Novecientos peruano. Fue uno de los intelectuales más críticos del orden social y político oligárquico. Por dicha razón sería expulsado del Perú en 1921 junto a Luis Fernán Cisneros, luego de un combativo discurso defendiendo los derechos civiles frente al autocratismo de Leguía, mientras Cisneros se exilió en Argentina, Belaunde lo haría en Estados Unidos. Luego de pasar por una etapa de positivismo y espiritualismo, Belaunde terminaría encarnando las ideas sociales de la Iglesia católica. Entre sus textos más importantes se podría mencionar “La crisis presente” (1914), “Ensayos de psicología nacional” (1912-1917), **La realidad nacional** (1931) y **Peruanidad** (1942). En los años finales de su vida llegaría a ser Presidente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

<sup>16</sup> José Ingenieros, “Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía”, **Mercurio Peruano** n° 21, marzo, 1920. Mariano Ibérico Rodríguez, “José Ingenieros. La evolución de las ideas argentinas”, **Mercurio Peruano** n° 9, marzo de 1919. Julio Endara, “José Ingenieros y el porvenir de la filosofía”, **Mercurio Peruano** n° 47, mayo de 1922.

<sup>17</sup> Su dirección: Montreaux, Avenue Alpes 17, Hotel de Paris, Suisse.



de vivía un par de hermanos peruanos miembros de la élite intelectual del Novecientos: Francisco y Ventura García Calderón. Especialmente con el primero su relación sería muy fluida.

Francisco García Calderón pertenecía a la élite social peruana, su padre fue Presidente de la República en tiempos de la ocupación chilena (1881) durante la Guerra del Pacífico (1879-1883), y que fuera desterrado a Valparaíso por no aceptar los términos de rendición que le pretendía imponer el gobierno de Santiago. Allí, en Valparaíso, nacería su primogénito, Francisco, precisamente. Luego de concluido el conflicto armado, la familia García Calderón regresaría a Lima, no sin antes pasar un tiempo en París, ciudad en la que nacería quien sería otro prominente representante de las letras peruanas: Ventura. Hacia inicios del 900, García Calderón hijo se revelaría como una inteligencia precoz, cuyos ensayos eran alabados por el mismísimo pensador uruguayo, Rodó, quien además lo declararía como su discípulo más destacado en el prólogo que escribió para el primer libro de aquel joven: un conjunto de artículos bajo el título general de **De Litteris**, de 1904.

Al fallecer el patriarca, la familia García Calderón en pleno regresaría a Francia. En dicho país, el joven Francisco terminaría de dar forma al manuscrito que sería el primer libro moderno que analizaría la realidad peruana de una manera integral: **Le Pérou contemporain**, de 1907, con el cual adquiriría gran fama internacional. Al mismo tiempo, ingresaría al servicio diplomático peruano, cumpliendo destacado papel en países de Europa. En 1912 decidió, en parte animado por el prestigio continental que había alcanzado, fundar una revista que fuera capaz de convocar a las mejores inteligencias de nuestros países; es así que decide sacar a la luz pública **Revista de América**<sup>18</sup> (la cual se dejaría de imprimir al iniciar la Gran Guerra, en 1914, luego de 21 entregas, pero para entonces ya García Calderón había logrado su propósito, que era el de reunir en una sola publicación las plumas de los más destacados pensadores sociales latinoamericanos de su tiempo).<sup>19</sup>

García Calderón fue especialmente insistente en lograr la colaboración del filósofo argentino. Le pide que le envíe un artículo o

fragmentos de un libro aún inédito para que, a más tardar, febrero de 1912 (París, 20 de diciembre de 1911), pudiera ver la luz pública. En siguiente carta le insiste que hasta el 20 de febrero puede esperar por su colaboración, pero además le comenta que ha leído un libro suyo (no especifica cuál, pero seguramente se refiere a **La evolución sociológica argentina**) y que le han informado que ha escrito uno sobre **El Hombre Mediocre** (París, 24 de enero de 1912). Al parecer, la esperada contribución es anunciada por carta que no conocemos de Ingenieros, quien, según se colige, le plantea que elija entre dos posibles temas. García Calderón luego de agradecer la deferencia a su corresponsal le dice que prefiere el que se refiere a “hombres de genio”, aunque está seguro que ambos serán de calidad (París, 11 de abril de 1912). Una semana más tarde llega el artículo prometido, pero como se ha pasado de la fecha límite, el escritor peruano le informa a su amigo que el artículo recién saldría en el número II de la revista, de julio de 1912, bajo el título de “Los forjadores de ideales”.<sup>20</sup> Lo que hizo Ingenieros fue, en calidad de primicia, adelantar fragmentos de lo que sería su famoso libro **El hombre mediocre**. En la parte final del artículo de su amigo, García Calderón introduce esta nota de presentación: “Psiquiatra y sociólogo; artista y pensador, es el Sr. Ingenieros una de las más fuertes personalidades americanas. Se le cita y se le discute en obras europeas, por la originalidad de sus estudios científicos y la riqueza de su cultura. Su verbo denso y elocuente anima las más sutiles concepciones”.

García Calderón insiste en seguir contando con las contribuciones de Ingenieros, le pide que si su artículo sobre el Tartufo (evidentemente se refiere a “La moral del Tartufo”, sección de **El hombre mediocre**) está inédito que se lo envíe para incluirlo en el número especial del mes de enero de 1913, “U. es tan amable conmigo” (París, 4 de octubre de 1912). Efectivamente, en el número VIII, de enero de 1913, aparecería la segunda contribución de Ingenieros: “La dignidad”.<sup>21</sup> Las posturas elitistas expresadas por Ingenieros en **El hombre mediocre** son prácticamente las mismas que García Calderón había dejado impresas en diversos textos. Mientras el peruano llamaba a conformar las élites conductoras, el argentino pugnaba por dar forma a las “mentes conspicuas”. La concepción elitista de la sociedad los mancomunaba.

A inicios de 1913 también, García Calderón acusa recibo de un libro que le ha enviado su amigo argentino, el que le informa va a leer con la lentitud que exige. No escatima elogios para su corresponsal: “Está U. a la cabeza de los pensadores americanos y es quizás el único que puede enfrentarse con los de Europa” (París, 17 de enero de 1913). Los encomios prosiguen en la siguiente carta, a propósito del libro de Ingenieros sobre la sociología argentina: “Decididamente ocupa uno de los primeros puestos mi sim-

<sup>18</sup> La importancia de **Revista de América** es valorada por Adolfo Castañón: “La revista de García Calderón es un instrumento precursor: se presentan panoramas, se hacen reseñas, se publican artículos de americanistas y de hispanistas sobre temas americanos, se descubren y publican nuevos autores, tal será el caso de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, entre otros, y está en el origen de revistas posteriores, como la mexicana **Cuadernos Americanos** o la española **Cuadernos Hispanoamericanos**”. Adolfo Castañón, “Rondando a Rodó en su **Ariel**”, que se puede ver en: [aleph.academica.mx/jspui/bitstream/.../DOCT2065557\\_ARTICULO\\_11.pdf](http://aleph.academica.mx/jspui/bitstream/.../DOCT2065557_ARTICULO_11.pdf), p. 158.

<sup>19</sup> Algunas de las cartas que García Calderón le dirigió a Ingenieros tenían impresas el logotipo **Revista de América** y su dirección: 20, Rue Saint Georges, París, así como su teléfono: 208-97. En otras cartas aparecían las iniciales diseñadas en rojo y verticalmente: FGC. Todas, a excepción de un cuestionario, son escritas con la caligrafía imposible del peruano, que hace arduo y hasta imposible el desciframiento de las misivas. Beatriz Colombi señala que la **Revista de América** “impulsó una red arielista-parisina, de marcada impronta pan-latínista, antimperialista y elitista”, en “Una ciudad letrada extraterritorial: escritores hispanoamericanos en París en el fin de siglo”, en la página:

<http://www.iai.spkberlin.de/fileadmin/salalmdocs/Una%20ciudad%20letrada%20extraterritorial%20hispanoamericanos%20en%20Par%EDs%20en%20el%20fin-de-siglo.pdf>.

<sup>20</sup> Esta colaboración de Ingenieros constituiría luego parte del capítulo VIII del mismo nombre, de **El hombre mediocre**. Para comprender mejor la reflexión de Ingenieros puede consultarse el trabajo de Lucía Fox Lockert, “La América ignota en la poesía de Darío, Chocano y Neruda”, en la página:

<http://www.ucm.es/BUCM/revistas/fil/02104547/articulos/ALH/8787110059A.PDF>

<sup>21</sup> Si bien en el índice figura con ese nombre, en interiores el artículo tendría el título de “Hombres y sombras. La vanidad-La dignidad”, que serían las secciones III y IV del capítulo IV, “Los caracteres mediocre” de **El hombre mediocre**.

patía dice el primero entre los hombres de ciencia de nuestra América” (París, 15 de febrero de 1913). Similares palabras se encuentra en una nueva carta: “Es U. profesor en todas partes y lo merece ampliamente” (París, 23 de octubre de 1913).

La simpatía e identificación de García Calderón con la obra de Ingenieros tiene su explicación, al menos en parte, en que el pensador argentino sostenía en páginas de dicha obra, desde una mirada médico-biologicista: que las naciones deben sobrevivir tal como lo hacen los organismos, y para ello quienes deben triunfar y tener un papel hegemónico deberían ser los blancos, que conllevan la civilización. De una manera un poco más matizada, el intelectual peruano también había sostenido que para “regenerar” al Perú había que propiciar la inmigración de las razas superiores, léase europeas, arias, que ayuden a eliminar en un proceso lento pero imparable, la herencia proveniente de razas ya caducas. Hay, pues, similitud de propuestas entre ambos personajes. Pero pronto sucedería un hecho que modificaría el panorama mundial: la explosión de la Gran Guerra que echaría por tierra algunas certezas, como que los civilizados eran europeos y nosotros deberíamos parecerlos a ellos. Los espíritus de la época quedaron desencantados al comprobar que la barbarie habitaba en los países admirados. Por algo, Oswald Spengler hablaba de “la decadencia de Occidente”. Desde ese momento, los intelectuales latinoamericanos voltearon su mirada hacia nuestros países, y en ese giro debieron someter a crítica algunos supuestos previos, como que América Latina estaba conformada en gran parte por “razas inferiores”. Ingenieros, entonces, expresa su decepción y sus planteamientos van adquiriendo otro matiz, dejando de lado las ideas biologicistas y racistas. Su artículo “El suicidio de los bárbaros”, de 1914, marca el inicio de una inflexión en su pensamiento.

Poco después de la anterior comunicación, García Calderón le informa a Ingenieros (París, 28 de noviembre de 1913) que ya han recibido una “aguda nota” sobre su trabajo al que califican de excesivo; lo que le interesa a García Calderón es que su correspondiente sepa cómo van “los humanos juicios”. Pero quien sí hace un comentario generoso es E. Mayer (al parecer peruano también), quien colabora con su artículo titulado “La psicología del hombre mediocre” (que aparecería en el número XVIII, de noviembre de 1913). Concluye el autor su nota con el siguiente párrafo:

En resumen: se trata de un libro profundo, agudo, apasionado y que apasiona al que lo lee; obra que nadie esperaba del ilustre catedrático, cuyos trabajos científicos tanto apreciaba la Europa entera, sin sospechar que en él se ocultaran el filósofo y el moralista que acaba de revelarnos este ensayo, del que rápidamente se han agotado varias ediciones.<sup>22</sup>

Es importante indicar que en esos años García Calderón daba forma a dos obras que resumirían su forma de ver los problemas latinoamericanos: primero **La creación de un continente**, de 1912, y después, **Las democracias latinas de América**, de 1913.

<sup>22</sup> E. Mayer, “La psicología del hombre mediocre. Por el profesor José Ingenieros”, **Revista de América** n° XIII, 1913, p. 228

Admirador de Bolívar, un pugnaz enemigo de las aristocracias, García Calderón planteaba lo que llamaba uniones parciales entre nuestros países, pues veía utópica una comunidad total. Este sentido latinoamericanista lo acercó definitivamente a la prédica de Ingenieros, que más adelante fundaría la Unión Latino Americana (ULA), en marzo de 1925. Hacia fines de 1913, el 17 de diciembre, el Comité de Redacción de la **Revista de América** (compuesto por los hermanos García Calderón<sup>23</sup> y por el escritor uruguayo Hugo Barbagelata)<sup>24</sup> le envía a Ingenieros un cuestionario de cinco preguntas referentes al proceso literario de América Latina. No tengo conocimiento si respondió a las preguntas ofrecidas y si sus respuestas salieron impresas en algún número de la **Revista de América**, pues no he tenido la oportunidad de acceder a la colección completa de dicha publicación.<sup>25</sup>

La correspondencia, hasta donde tenemos evidencias, entre Ingenieros y García Calderón se vería interrumpida, pero ello no impedía que el contacto de aquel con los peruanos fuera constante, es así que en 1915 —el año que Ingenieros funda la revista **Cultura Argentina**, que tuvo un número importante de suscriptores peruanos—,<sup>26</sup> luego de que participara, en Washington, en el II Congreso Científico Panamericano, el destacado cuentista, Abraham Valdelomar, le realizó una comentada entrevista. Si bien Valdelomar no pertenecía plenamente a la generación del Novecientos (nació en 1888), tampoco lo era del centenarismo. Representó un momento intermedio en el proceso de la literatura y de las ideas en el Perú, como el propio Mariátegui lo señalaría en su famoso ensayo sobre la literatura peruana incluido en su célebre **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana**, de 1928.

De origen provinciano había nacido en Ica, departamento al sur de Lima, Valdelomar se asentaría desde muy joven en Lima en donde desarrollaría lo más importante de su producción literaria, hasta reconocerse como el innovador del cuento peruano, en el que incorporó el elemento criollista, reflejando el modo de vida de los pueblos de la costa, especialmente del suyo, Pisco. A pesar que nunca terminó sus estudios universitarios, adquirió un manejo magistral de la escritura que trasladó al periodismo, actividad que contribuyó a modernizarla radicalmente, desde el diario **La Prensa** (que dirigía Alberto Ulloa Cisneros) junto a otros ilustres escritores como Federico More, Leónidas Yerovi, el entonces muy joven Mariátegui, entre otros. A su talento innato Valdelomar le sumó un comportamiento dirigido explícitamente a burlarse de las élites oligárquicas de su tiempo, a cuyos personajes tomaba constantemente como referencia para ridiculizar-

<sup>23</sup> Un dato que retrata perfectamente la importancia de los hermanos García Calderón es que en los años treinta ambos fueron propuestos por la comunidad intelectual conservadora francesa para el premio Nobel de Literatura.

<sup>24</sup> Cabe indicar que Barbagelata se acercó a los hermanos García Calderón por insistencia del propio Rodó, pues este calificaba a la generación peruana como la única que se había mostrado en nuestros países.

<sup>25</sup> El Instituto Riva Agüero de Lima no tiene todos los números que fueron publicados de **Revista de América**.

<sup>26</sup> Por mencionar solo algunos: Carlos Bambarén, Edelberto Boza, Honorio Delgado, Pedro Oliveira, además de diversas publicaciones. En “Carpeta de suscriptores que perteneció a José Ingenieros al parece de su última época. Suscriptores de la **Cultura Argentina**, 1915-1925”, Archivo Ingenieros en el CeDInCI.

los en sus crónicas parlamentarias. Este sentimiento anti-oligárquico explicaría el por qué apoyó la candidatura de Guillermo E. Billinghurst a la presidencia en 1912, quien también hacía evidente su rechazo a la oligarquía dominante y, por el contrario, propiciaba la participación política, como ciudadanos, de los sectores populares, excluidos del sistema político vigente.

Valdelomar apoyó el inicio del populismo en el Perú, lo que el presidente Billinghurst recompensó, primero, encargándole la dirección del Diario Oficial **El Peruano**, y, luego, designándolo como responsable de propaganda del Perú en la Legación en Italia. El rápido golpe de Estado, ocurrido en 1914 ejecutado por la oligarquía apoyada en el ejército obligó a Valdelomar a regresar al país. Su actividad literaria se incrementó, así como su papel de periodista. En ese momento entrevistaría a Ingenieros. En efecto, en el diario **La Crónica**, el 26 de noviembre de 1915, apareció el reportaje (firmado con su seudónimo, "El Conde de Lemos") que le hiciera al maestro argentino en un "tranvía eléctrico" que se dirigía al puerto del Callao bajo el título "Una hora con un hombre célebre".

Más que una entrevista sobre el pensamiento de Ingenieros ("...el autor de **El hombre mediocre** y de diez libros más tan sabrosos y tan llenos de honda meditación, de paciente análisis y plenos de sabiduría..."), se trata de una crónica o reportaje sobre la personalidad y comportamiento de este. Por ello, inicia la nota contraponiendo la celebridad del escritor con la medianía que encontró en la persona: "José Ingenieros es un hombre como cualquiera otro", "...su maravilloso talento, sus notables dotes de escritor no aparecen por más que uno los busque". Además, lo califica de inestable, que padece de infantilismo persistente, aunque le concede el ser un genio, pero inmediatamente acota: "Se puede ser genio y no ser inteligente" (afirmación que no se entiende muy bien, siendo honestos). En diferentes momentos del reportaje, Valdelomar hace referencia a la inclinación a la pose del maestro argentino, y va detallando todos sus movimientos para señalar que hacía mal Ingenieros en ensayar tanta pose frente al maestro del *poseur*, es decir, el propio Valdelomar: "El gran psicólogo ha tenido una falla. No se ha dado cuenta de que el que le estaba haciendo teatro era yo...". Su juicio final no es positivo, por el contrario, se podría decir que es muy adverso, y recomienda al lector que se comunique con los pensadores solo por medio de sus obras, porque los autores son gente como uno.

Es claro que Valdelomar busca aparecer como un par ante Ingenieros, y para ello busca escindir al Ingenieros-autor del Ingenieros-persona, porque de esa manera podía encontrar un espacio por el cual introducirse en la comparación con el escritor argentino, pues Valdelomar no había alcanzado la presencia ni el prestigio de aquel. Algo diferente fue su actitud con Vasconcelos, cuando este visitó Lima en 1916, pues lo invitaría a conocer el barrio chino (a fumar opio) e, incluso, le soltaría un elogio como escritor: "Su estilo es bueno". No se puede afirmar que el escritor peruano era excesivo en el encomio.

Precisamente, en 1916, Valdelomar fundaría una de las más importantes revistas culturales peruanas: **Colónida**. Solo aparecieron

cuatro números en dicho año y se dejó de editar. Es el momento cumbre de Valdelomar, quien además escribía crónicas y reportajes tanto sobre sucesos importantes como acerca de personajes destacados de la cultura. Tres años más tarde (1919), Valdelomar moriría sin poder ejercer el cargo por el cual había sido elegido como representante por Ica, luego de un fatal accidente. Solo llegó a los 31 años de edad. Su muerte, sin embargo, abriría las puertas para que surgiera y brillara la generación del Centenario, repleta de pensadores y políticos fundadores de gran parte de las tradiciones intelectuales y políticas que pueblan la vida moderna del Perú. Algo parecido sucedía en América Latina, un nuevo clima intelectual, social y político empezaba a asomar, y en ello la irrupción de la juventud universitaria reformista sería fundamental.

Tengamos en cuenta el nuevo contexto no solo latinoamericano, sino mundial, para entender las posturas de entonces de Ingenieros. La Gran Guerra había hecho evidente que el llamado mundo civilizado (es decir, Europa, para el sentido común de la época) guardaba en sus entrañas un componente de barbarie que apenas llegaba a controlar. El europeísmo como una forma de mirar el mundo y de aspiración había caído en el descrédito total. Ante ello, Ingenieros vira para mirar la realidad de nuestros países. Es entonces que se empieza a reflexionar en la unidad latinoamericana no solo por medio de los valores espirituales, sino sumándoles las preocupaciones políticas y económicas. Defender la unidad de nuestros países implicaba, simultáneamente, luchar en contra del imperialismo. Ingenieros, en **Las fuerzas morales**, de 1925, le da importancia a las "virtudes cívicas", le interesa descubrir las bases de la argentinidad, y desde esas búsquedas llega a la convicción de que la forma más leal de defender los intereses nacionales es instaurando un gobierno socialista. En todo ello, la juventud latinoamericana marcó su impronta.

Como afirma Alexandra Pita González,<sup>27</sup> el amplio movimiento por la Reforma Universitaria de 1918, en Córdoba, expresa en su plenitud la etapa del nacionalismo latinoamericano, del antimperialismo, de la crítica social, del embate contra las oligarquías, de la defensa de la juventud como actor social y político (reclamando el legado intelectual de Ortega y Gasset y del propio Ingenieros), de un pensamiento humanista que superaba las distinciones de raza, género y nacionalidad y, en sus aspectos más radicales, del marxismo.<sup>28</sup> A esta se le llamó la "nueva generación", que fue capaz de superar la prédica de la integración continental basada en la profundización de ciertos valores y el antimperialismo espiritualista, como proponían los intelectuales novecentistas. Por el contrario, los miembros de esta nueva generación buscaban ofrecer un nuevo sentido a la vida pública (espacio moderno por excelencia), en donde los cambios políticos radicales ocupaban un lugar central, pues las revoluciones de México (1910) y Rusia (1917), además de la emancipación cubana con José Martí a la cabeza (1895), mostraban que ello era posible. Sin contar con el estallido de la Gran Guerra (1914), que dejaba de manifiesto la obsolescencia de un orden social y político heredado del siglo XIX.

<sup>27</sup> Pita González, *op. cit.*

<sup>28</sup> *op. cit.*, p. 21 y ss.



Alfredo Palacios, Ingenieros, Manuel Ugarte se erigían como los líderes intelectuales y morales de la nueva generación latinoamericana, precursores de la Patria Grande. Prédica que influyó notablemente, por ejemplo, en Haya de la Torre. Precisamente, este, junto a otros presidentes de estudiantes como Gabriel del Mazo (de Argentina) y Alfredo Demaría (de Chile) se comprometería, en 1921, a realizar “una propaganda activa por todos los medios para hacer efectivo el ideal del americanismo”.<sup>29</sup> Al año siguiente, Ingenieros ofrecería su famoso discurso “Por la Unión Latino Americana”, pronunciado en Buenos Aires en homenaje a Vasconcelos. En él, Ingenieros promovía la unidad cultural, política y económica de América Latina y relevaba el papel de los intelectuales en ese objetivo. Dicho discurso expresaría el llamado por Óscar Terán “positivismo espiritualista” de Ingenieros.

Como recuerda Pita González, América Latina se convertiría en un tema privilegiado en las preocupaciones de Ingenieros. Si bien fue un puente entre el Novecientos y la nueva generación, el filósofo argentino cada vez se acercaría más a las nuevas posiciones que harían carne en los jóvenes de los años veinte. En 1920, por ejemplo, apoyaría a los jóvenes del Partido Socialista de su país y además postularía la adhesión de dicho partido a la Tercera Internacional y financiaría él mismo su órgano de prensa, **Claridad**, ubicado dentro de la labor que desarrollaba Barbusse y otros intelectuales desde Francia. La crítica que Ingenieros realizaba del panamericanismo sería central en el pensamiento de la generación posterior a la de él. Sus reflexiones se enraizaban en el anti-norteamericanismo de su tiempo, que ya había sido expresado desde la poesía por Rubén Darío, desde el ensayo por Rodó y desde la poesía y la proclama por Martí.<sup>30</sup> Faltaba la acción político-ideológica, que es lo que vendría en los años veinte y después. Ese puente es lo que explica que Ingenieros sea parte de las referencias tanto del Novecientos como de la generación radical.

Un ejemplo de lo anteriormente dicho es la correspondencia que le dirigiera el entonces joven pero ya destacado líder peruano Haya de la Torre (Trujillo 1895-Lima 1978), quien había llegado a Lima en 1918 procedente de su lugar natal, el departamento de La Libertad, en donde pudo observar de cerca la explotación de los hacendados azucareros al naciente proletariado agrícola. Influido primero por las ideas anarquistas (Manuel González Prada fue muy importante) y luego por el marxismo, Haya de la Torre tomaría la decisión de destacar como un líder político estudiantil. En la Universidad de San Marcos fue entrenándose para dirigir multitudes y, en su pretensión de unificar a los universitarios con trabajadores se enfrentó al gobierno de Leguía hasta que este lo desterraría en 1923. Fue el inicio de una prolongada vida polí-

tica y de la constitución de la organización partidaria más importante del Perú: el Partido Aprista Peruano.

Basta dos misivas y una postal para que uno pueda percibir sin dificultad alguna la influencia que ejercía Ingenieros sobre Haya de la Torre, tanto por su ideas como por su ejemplo. En carta mecanografiada que el peruano le envía desde Lima el 11 de abril de 1920, cuando estaba al frente como presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, en donde lo llama “gran maestro argentino”, le solicita un cuadro autografiado para colgarlo en la galería del local de la agrupación de estudiantes universitarios. No sabemos la respuesta, pero es muy probable que Ingenieros haya respondido positivamente al pedido. En ese mismo año, precisamente, Ingenieros había publicado el libro **Tiempos nuevos**, que incluía un artículo titulado “La democracia funcional en Rusia” y que seguramente llegó a leer Haya de la Torre, influyendo profundamente en su pensamiento político. El líder peruano llegaría a proponer una democracia funcional, planteando la constitución de un Congreso económico que sentara a la misma mesa al Estado, a empresarios y trabajadores. Similar sería la propuesta de Belaunde, quien llamaba a un similar espacio de diálogo tripartito Consejo social y económico. Quizás este parecido de planteamientos llevaría a Haya de la Torre a ser excesivamente duro en su polémica con Belaunde; de otra forma no podría reclamar la originalidad que siempre buscó legitimar para sus forma de ver la constitución socio-política para el Perú.

Tres años más tarde, 1923, el joven Haya de la Torre ya había acaparado las primeras planas de los diarios por su enfrentamiento al gobierno autocrático de Augusto B. Leguía (1919-1930) resistiéndose a la consagración del país a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y buscando consolidar la acción conjunta de universitarios con emergente clase trabajadora. Dicha consagración, más que un acto religioso pretendía ser el sello de la alianza entre el presidente y los sectores de la iglesia católica más conservadora y reaccionaria. Haya de la Torre le envía entonces a Ingenieros una nueva carta en papel impreso con su nombre, del 16 de junio de 1923, esta vez a mano, a la que acompaña, orgulloosamente, los diarios que informan de su audacia política.

Ya Haya de la Torre había conocido personalmente a Ingenieros en 1922 luego de lo que denomina una “inolvidable visita” a Buenos Aires —como estación inevitable en el recorrido que realizara como dirigente estudiantil además de Uruguay y Chile—,<sup>31</sup> y aprovecha la oportunidad para pedirle algunas líneas para ser publicadas en el órgano de las Universidades Populares González Prada, **Claridad**, la cual, le dice, está asociada a la gran revista de Barbusse. Le pide especialmente un mensaje “de aliento a la agitación anticlerical que realiza para rendir la anacrónica e implacable tiranía que soportamos”. Lo que quiere Haya es el “apoyo moral” que una figura como la de Ingenieros le puede aportar para que su movi-

<sup>29</sup> *op. cit.*, p. 41

<sup>30</sup> “Esto no era nada nuevo, ya que diversos sucesos habían propiciado que la conducta de Estados Unidos fuera vista categóricamente como opuesta a la independencia latinoamericana. La agresión norteamericana hacia México y Centroamérica durante el siglo XIX, la doctrina Monroe que inicia el neocolonialismo desde 1893, y finalmente el triunfo de los Estados Unidos en 1898 reforzaron la conciencia de una América latina, en necesaria oposición a la América sajona”, Cynthia Vich, **Indigenismo de vanguardia en el Perú. Un estudio sobre el Boletín Titikaka**, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000, p. 55

<sup>31</sup> En 1928, Gabriel del Mazo publicaría el folleto **Teoría y táctica de la acción renovadora y antiimperialista de la juventud en América Latina. Páginas escogidas**, con un texto de José Ingenieros y otro de Víctor Raúl Haya de la Torre, Buenos Aires, FUBA, 1928.

miento adquiriera mayor legitimidad. Nuevamente, lo llama “orgullosamente maestro”. Pero por la misma carta nos enteramos que el líder juvenil está escondido, pues luego de su arenga antibernamental y anticlerical, el leguismo lo estaba persiguiendo. Por esta razón, le pide a su corresponsal que le escriba al nombre de Evarad Hey a la Casilla 930, perteneciente al Colegio Anglo-peruano, hoy San Andrés. No es casual que el futuro líder aprista se refugiara en dichas instalaciones pues su fundador y director, John Mackay,<sup>32</sup> lo protegió e, incluso, lo incorporó como docente a su institución educativa.

Pero la represión leguista no se rindió hasta que apresó a Haya de la Torre y lo envió al exilio. Precisamente, en su viaje al destierro, desde Panamá, el peruano le enviaría a Ingenieros una postal (del 20 de octubre de 1923) con el escueto pero encomiástico mensaje: “Desde el primer alto de mi camino al destierro, envío al gran maestro mi saludo cordial”. Como respuesta, Ingenieros aceptó apoyar la publicación de las Universidades Populares González Prada, **Claridad**, y si bien no publicó artículo alguno en sus páginas su nombre apareció inscrito en el primer lugar en el recuadro de la portada titulado “Bajo los auspicios en América de...”, seguido de nombres como Eugenio Debs, Jorge F. Nicolai, José de Vasconcelos, Alfonso Goldschmidt, Gregorio Berman, Carlos Vicuña Fuentes, Alberto Palcos, Ana Graves, Gabriela Mistral, Amanda Labarca, Alejandro Korn, Antonio Caso y Juan Enrique Lagarrigue. Dicha condición se mantuvo en cinco de los siete números que aparecieron, tanto bajo la dirección de Haya de la Torre como de la de Mariátegui.

Por su parte, José Carlos Mariátegui también manifestaba admiración por José Ingenieros. Seguramente lo atraía, entre otras cosas, el afán de conocimiento amplio del argentino, esfuerzo muy valorado por un autodidacta como Mariátegui. Proveniente del departamento de Moquegua, en donde nació en 1894, llegaría a Lima apenas iniciado el siglo XX para internarse en una clínica para tratarse del inicio de la enfermedad que lo llevaría a la muerte en 1930: tuberculosis a los huesos. Sin poder terminar los estudios primarios ingresó a trabajar al diario **La Prensa** en donde aprendió el oficio del periodismo. Pronto se convertiría en un líder de opinión y en 1919 viajaría a Italia a ocupar el mismo cargo que había ejercido antes su gran amigo Valdelomar. Retornaría al Perú en 1923 y desde entonces se convertiría en un lector de la realidad desde el mirador marxista. La unión del periodismo con el marxismo daría lugar a dos libros: **La escena contemporánea** (1925) y la gran obra del pensamiento social peruano, **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana** (1928). Como Ingenieros, Mariátegui también buscó incorporar en sus reflexiones distintas áreas de pensamiento lo que facilitaba la identificación intelectual. Por ello, no debe extrañar que el autor de **El hombre mediocre** fuera una referencia frecuente

<sup>32</sup> John Mackay (1889-1983) fue un pastor presbiteriano irlandés que tuvo una importante influencia en la educación peruana. En los años veinte fundó el Colegio Anglo-peruano que renovó en gran medida los métodos de enseñanza. En él enseñó, entre otros, Haya de la Torre, y en sus instalaciones se cobijó cuando escapaba del acecho del gobierno. El propio Mariátegui matriculó a sus dos hijos mayores varones en dicha escuela.

en sus artículos, sea para destacar sus reflexiones sobre la risa (“No en vano los hombres, desde Aristóteles hasta José Ingenieros han hecho exaltación y culto de la risa”),<sup>33</sup> o para recordar su sentencia sobre la corrida de toros (“De los toros, dijo José Ingenieros, que son la morfina de España. Es una gran verdad de Ingenieros”),<sup>34</sup> por ejemplo, pero sobre todo para reconocerlo como maestro, al igual que Haya de la Torre. En su Primera conferencia, “La crisis mundial y el proletariado peruano”, del 15 de junio de 1923, afirmaría:

En el Perú, falta por desgracia, una prensa docente que siga con atención, con inteligencia y con filiación ideológica el desarrollo de esta gran crisis, faltan, asimismo, maestros universitarios, del tipo de José Ingenieros, capaces de apasionarse por las ideas de renovación que actualmente transforman el mundo y de liberarse de la influencia y de los prejuicios de una cultura y de una educación conservadora y burguesa...

Más aun, Mariátegui se consideraba un heredero de las preocupaciones de Ingenieros. En una entrevista para la revista **Mundial**, aparecida el 23 de julio de 1926, ante la pregunta: “¿Cree usted que el nuevo estado de espíritu a que alude Ingenieros se deja sentir entre nosotros?”, responde: “Ciertamente. Hay muchas señales de renovación espiritual e ideológica. Yo mismo no soy sino un síntoma”. Para Mariátegui, como para toda su generación en realidad, Ingenieros era un modelo de pensador que había que emular.<sup>35</sup> Como homenaje al filósofo argentino con motivo de su muerte, Mariátegui escribiría: “Nuestra América ha perdido a uno de sus más altos maestros, José Ingenieros era en el Continente uno de los mayores representantes de la Inteligencia y el Espíritu”.<sup>36</sup>

No era para nada extraño que los jóvenes intelectuales y políticos peruanos se refirieran a Ingenieros como maestro. Él, Palacios y Vasconcelos se habían erigido, como ya he dicho, en los faros de la inteligencia de la nueva generación latinoamericana. Otro joven peruano, el ingeniero y escritor limeño Edwin Elmore Letts (1890-1925),<sup>37</sup> conocido como “el soldado del ideal”, tomaría muy en serio el proyecto de la unidad de nuestros países hispanoamericanos (como prefería decir él). Para tal efecto, impulsaría, desde 1923, el Congreso Hispanoamericano de Intelectuales, el cual generó debate y discusiones. Mariátegui, por ejemplo, sos-

<sup>33</sup> “La lista negra”, en **El Tiempo**, Lima, 2 de noviembre de 1916

<sup>34</sup> “Cartas a X. Glosario de las cosas cotidianas”, en **La Prensa**, Lima, 21 de febrero de 1916

<sup>35</sup> “Con Federico Mertens. De periodista a periodista”, en **La Prensa**, 11 de junio de 1916

<sup>36</sup> José Carlos Mariátegui, “José Ingenieros”, en **Varietades**, Lima, 7 de noviembre de 1925. En el análisis exhaustivo que hace Martín Castilla de este artículo concluye: “Bajo la lógica de conjunción entre acción cultural y acción política, Mariátegui busca delinear una militancia bifronte que, más que excluir a los intelectuales filiados con el modelo modernista/arielista, parece formular una invitación a bajar de la ‘torre de marfil’ para aplicar la práctica intelectual (científica y/o artística) a la transformación revolucionaria de la sociedad, transitando el camino de la radicalización política”. Martín Castilla, “Mariátegui ante la muerte de Ingenieros: apropiación simbólica y construcción de un paradigma intelectual”, IdIHCS. UNLP-Conicet, (artículo inédito), La Plata, 2012 [Incluido en el presente dossier, Ed.].

<sup>37</sup> “Edwin Elmore Letts (1890-1925)”, en la página: <http://www.filosofia.org/ave/001/a345.htm>

tenía que lo primero que había que dilucidar era si existía realmente un pensamiento propio y original común a todos nuestros países. No obstante, la iniciativa de Elmore fue tomada con atención y se enmarcaba dentro de un nuevo clima intelectual y político que envolvía a América Latina. Esta posición acercaría a Elmore al educador mexicano Vasconcelos, quien ya hablaba de la “raza cósmica”, y lo alejaba de posiciones chauvinistas como la del poeta, también peruano, Chocano, quien incluso sostenía que un antepasado de Elmore había sido un traidor a la patria en la Guerra del Pacífico. Chocano, además, era enemigo a muerte de Vasconcelos, a quien apoyaban los jóvenes centenaristas como Elmore. Los ánimos llegaron a caldearse a tal extremo que precisamente el día que fallecía Ingenieros en Buenos Aires, es decir, el 31 de octubre de 1925, justamente cuando se inauguraba la editorial Minerva de Mariátegui, Chocano le disparaba a Elmore el balazo fatal que lo llevaría a la muerte dos días después, el 2 de noviembre.

Elmore se sentía cercano espiritualmente a Ingenieros (del mismo modo a como lo hacía con Vasconcelos). Del 26 de enero de 1925 es la única carta que conocemos que Elmore le dirige a Ingenieros cuando estaba en Buenos Aires y se dirigía a Montevideo y en donde le informa que a su regreso piensa instalar en Córdoba comités para la organización de su planeado congreso; pero además le pide que dirija cartas de recomendación a amigos uruguayos suyos para que se pongan en contacto con él para ir reuniendo esfuerzos con el fin de que dicho congreso resulte como se ha planeado.

Para 1923, el Perú vivía días políticos muy intensos caracterizados por la voluntad de Leguía en afirmar su poder autocrático, teniendo para ello que encarcelar a sus adversarios o enviarlos al exilio. Así sucedió tanto con los miembros del Novecientos como con los del Centenario. En ese año precisamente, Ingenieros (al lado de Gabriel Moreau y Aníbal Ponce, entre otros) fundaría su gran revista **Renovación. Boletín de Ideas, Libros y Revistas** (cuyo primer número saldría el 20 de enero de 1923) la cual tendría una vida prolongada, hasta 1930, es decir, incluso después de la muerte de Ingenieros. Es más, el maestro solo la dirigiría dos años, menos de un tercio de su existencia. En sus páginas escribirían Belaunde (lo que hace suponer que sí le “perdonó” su ironía en Madrid), Reynaldo Bolaños, Serafín del Mar, Carlos Manuel Cox, Eduardo Cuadros Pacheco, Honorio Delgado, los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, Haya de la Torre, Luis Heysen, Antonio Herrero, Juan Merel, Magda Portal, Luis Fernán Cisneros, Manuel Seoane y Alberto Ulloa Cisneros. Como se puede apreciar, están presentes representantes tanto del pensamiento reformista del Novecientos como del radicalismo del Centenario.

Ingenieros mantuvo relación con otro intelectual peruano destacado, proveniente no de la filosofía ni de las ciencias sociales, sino de la medicina: Honorio Delgado. Este se ubica también en la generación del Centenario, pues nació en el año 1892 (en Arequipa; moriría en Lima en 1969). Destacó rápidamente por sus dotes intelectuales, y fue a la vez un divulgador e investigador acucioso. En 1916 ya había escrito su **Génesis y tratamiento de**

**La demencia precoz**. Después presentaría su tesis de bachiller en ciencias naturales que tituló **Las grandes cuestiones de la herencia**. En la Facultad de Medicina de San Fernando se graduó de bachiller con una tesis original para su época, **El psicoanálisis**, en 1918, el mismo año que se recibió de médico profesional, destacando como el mejor alumno de su promoción. Delgado sería el introductor del psicoanálisis en el Perú. En el mencionado año, ingresaría a la Universidad de San Marcos como docente, y desde 1930 enseñaría psiquiatría.

Desde el año 1919, es decir, cuando se inicia su correspondencia con Ingenieros, Delgado había logrado que se enseñe psicología general en premédicas, y psicología médica como ciencia básica en medicina, pues lo que deseaba alcanzar era la “psiquiatrización de la enseñanza de la medicina”; ello solo lo pudo conseguir luego de derrumbar prejuicios y una forma de entender la medicina muy tradicional. Dos años más tarde, en 1921, sería integrado como miembro titular de la Academia Nacional de Medicina de Lima. Con este recorrido precoz —pero ya importante— Delgado se animaría a comunicarse con Ingenieros el 26 de junio de 1919 para enviarle su artículo “Los fenómenos biológico y social en la evolución psicológica”. Le pide al maestro que si lo encontraba digno, lo publicase en su **Revista de Filosofía**.<sup>38</sup> La recepción de Ingenieros fue tan favorable que incluso escribe una nota a la colaboración de Delgado y no pierde la oportunidad para elogiar al mismo tiempo a otro científico peruano: Hermilio Valdizán.<sup>39</sup> En carta del 3 de abril de 1920, Delgado le agradece emocionado las líneas elogiosas que Ingenieros le había dedicado. Javier Mariátegui

<sup>38</sup> La **Revista de Filosofía** la fundó en 1915 y se extendería hasta 1929 y contó con una permanente e importante presencia peruana, tanto por colaboradores como por temáticas. Así, podemos encontrar a Mariano Iberico escribiendo sobre Deustua y ambos, en sendos artículos, reflexionando sobre la estética; Honorio Delgado sobre los factores biológicos o la mentalidad místico-romántica y la filosofía científica; Cristóbal de Losada y Puga sobre Bergson y Einstein; Pedro Zulen sobre el neohegelismo y el neorrealismo; Julio C. Tello sobre la investigación científica; Jorge Basadre acerca de Román Rolland. Asimismo, se pueden leer artículos sobre Francisco García Calderón de José María Granillo Posse; sobre el proceso del Tawantinsuyo hasta el momento actual de Antonio Sagara; el propio Ingenieros escribe acerca de la organización social y legal del trabajo en el Perú. En Hugo Edgardo Biagini, Elena Ardissonne y Raúl Sassi, **La Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación (1915-1929). Índices**, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias, Centro de Estudios Filosóficos, 1984. Entre los suscriptores peruanos a esta revista se pueden mencionar a M.J. Bustamante de la Fuente, Juan Bautista Lavalle, Carlos Paz Soldán, Pedro Oliveira, Federico Mostajo, José de la Riva Agüero. Archivo Ingenieros en el CeDInCI.

<sup>39</sup> Hermilio Valdizán nació en 1885, en Huánuco, de manera que está también entre los jóvenes del novecentismo. Luego de ingresar a la Facultad de Medicina de la Universidad Mayor de San Marcos, obtendría el bachillerato en Medicina 1909 con la tesis “La delincuencia en el Perú”, dentro de la óptica del momento que los problemas sociales tienen razones clínicas. Por destacar en su profesión, Valdizán obtuvo una beca del gobierno peruano para Europa. A su regreso obtiene el grado de doctor en medicina en 1915, para lo cual sustentó su tesis “La alienación mental entre los primitivos peruanos”. Su labor profesional fue muy destacada, especialmente en el Hospital Dos de Mayo, así como en el plano docente, pues en 1916 fundaría la cátedra de Enfermedades Nerviosas y Mentales en la Universidad Mayor de San Marcos. Con Honorio Delgado, su gran compañero, publicaría, en 1917, el primer número de la **Revista de Psiquiatría y Enfermedades Conexas**, y en 1919, ambos fundarían el Seminario Psicopedagógico. Desde 1921, Valdizán dirigiría el Asilo-Colonia Víctor Larco Herrera y luego sería designado director del Hospital Psiquiátrico del mismo nombre. Todas estas razones explican mejor la admiración que expresaba Ingenieros sobre estos dos personajes de la medicina peruana.

(hijo menor del Amauta) describe así la relación que Delgado y Valdizán mantuvieron con el filósofo argentino:

José Ingenieros, en marzo de 1920, en su recordada **Revista de Filosofía**, dice: 'Del Dr. Honorio F. Delgado recibimos una erudita monografía crítica sobre **El Psicoanálisis**, que, por su mismo asunto, le ha permitido demostrar una vez más las inclinaciones filosóficas de su temperamento...'. Y, comentando la aparición de la **Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas**, en la misma fecha, sostiene:

Marcará una época en el desenvolvimiento científico e intelectual del Perú la eximia revista de psiquiatría que aparece trimestralmente en Lima, desde julio de 1918. Los trabajos de su director, Hermilio Valdizán, nos son conocidos desde hace muchos años, pues honró con su colaboración a los Archivos de Psiquiatría y Criminología; los de Honorio F. Delgado, redactor jefe, han sido ya gustados por los lectores de la **Revista de Filosofía** [...]. Estos dos hombres jóvenes, preparadísimos, con la mente serena por el estudio y el corazón henchido de entusiasmo, dan un alto ejemplo a la juventud de América, no sabríamos qué loar más en ellos, si el robusto pensamiento o la actividad infatigable [...]. En pocos años han enriquecido (se refiere también a Valdizán), la bibliografía científica peruana con varias decenas de monografías, casi siempre excelentes; además, dicho sea en su honor, han sabido conservar una amplitud de horizontes y de métodos que da al conjunto de su obra una significación propiamente filosófica [...]. Mas que dar una simple información bibliográfica hemos querido, con estas líneas, señalar a la atención de los estudiosos la obra eficaz de estos dos hombres de ciencia, seguramente capaces de promover un activo movimiento de ideas en su país. Les bastará constancia en el esfuerzo para formar escuela.<sup>40</sup>

El 25 de setiembre de 1920, Delgado, entre otras novedades editoriales, le pide a Ingenieros algo que le puede parecer en principio un exceso: que escriba unas líneas de prólogo a un pequeño libro suyo compuesto por artículos que ha escrito para el lector no familiarizado en temas médicos. Por nueva carta de Delgado deducimos que al parecer Ingenieros le promete escribir un prólogo pero más adelante, para una futura obra, lo que despierta en Delgado una onda de admiración y gratitud llamándolo "Ilustre maestro": "Ojalá que la fuerza de admiración al modelo haga que pueda hacer algo comparable a una sola de las muchas y grandes obras del gran argentino" (Lima, 4 de febrero de 1921). Ingenieros envió una nota elogiosa refiriéndose a Delgado que después de un tiempo que el peruano consideraba excesivo fue publicado en la revista **Mercurio Peruano** y le ofrece publicar la

<sup>40</sup> Javier Mariátegui, "Acerca de la vida y obra de Honorio Delgado", en **Investigación en Salud**, Universidad de Guadalajara, diciembre vol. IV, n° 3, Guadalajara, México, 2002, en la página: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/142/14240302.pdf>. Otras colaboraciones de Delgado en **Revista de Filosofía** fueron: "La mentalidad místico-romántica y la filosofía científica" (t. 4, n° 4, 1918), "Concepto dinámico del organismo" (t. 10, n° 5, 1924), "Psicología de los cuentos de hadas" (t. 11, n° 5, 1925) y "Los orígenes de la biología" (t. 11, n° 6, 1925). "Bibliografía de Honorio Delgado", en **Boletín de la Biblioteca Nacional**, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, Año II, octubre de 1944.

nota en la **Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas** (Lima, 11 de julio de 1921).<sup>41</sup>

La última carta que se conoce de Delgado, del 8 de julio de 1924, es sumamente importante, pues le informa al maestro que Manuel Seoane, a la sazón presidente de la Federación de los Estudiantes Universitarios del Perú, había sido expulsado del país por la autocracia de Leguía, y que ha elegido "como lugar de destierro" a Argentina. Cierra sus breves líneas de la siguiente manera: "La personalidad de Seoane y su actividad heroica orientada por ideales de que es Ud. eminente propugnador, hacen baldía la presentación por tercera persona; he querido, sin embargo, tener el placer de condicionar este conocimiento personal, que será grato para ambos y fecundo para el futuro de nuestra causa". Y así fue, en efecto, Ingenieros y Seoane llegaron a congeniar. Seoane es un miembro joven de la generación del Centenario, pues había nacido en 1900 (como Luis Alberto Sánchez, es decir, era seis años menor que Mariátegui y cinco que Haya de la Torre). Fue un destacado dirigente estudiantil que, incluso, le ganó las elecciones de la Federación de Estudiantes al mismísimo Haya de la Torre en 1923, pero como este sufría la persecución de Leguía, Seoane le otorga la presidencia como un acto de generosidad y de apoyo político, aunque nada impidió que fuera deportado ese año. En 1924, sería el propio Seoane quien partiría al exilio, a Buenos Aires, en donde coincidiría con otros desterrados peruanos, como Luis Fernán Cisneros quien en 1921, junto a Víctor Andrés Belaunde, fue expulsado del Perú por el propio Leguía. Con otros peruanos, como Óscar Herrera, Eudocio Ravines, Luis Heysen y Ernesto Cornejo Koster, Seoane formaría la célula aprista de dicha ciudad. La inteligencia de Seoane y su sagacidad política hicieron que en 1928 asumiera tanto la dirección de **Renovación** como la secretaría general de la ULA.<sup>42</sup>

La colaboración de los peruanos en **Renovación** fue abundante y constante, así como continua la información sobre la situación política del Perú, especialmente sobre la lucha de la juventud universitaria en contra del gobierno de Leguía (José Vasconcelos y su "Mensaje a estudiantes", o Carlos Sánchez Viamonte con "Impresión del Perú", aparte de una crítica a Leguía). En varias oportunidades, **Renovación** reproduce artículos publicados en revistas peruanas, especialmente **Mercurio Peruano** (Alberto Ulloa Cisneros sobre Ruy Barbosa, o de John Mackay con "Los intelectuales y los tiempos nuevos") pero también de **Córdoba** (Haya de la Torre y su balance sobre la "Situación estudiantil del Perú", que apareció al lado de la colaboración de su protector Mackay, en setiembre de 1923, es decir, en vísperas de ser desterrado). Sin el ánimo de ser exhaustivo menciono algunos otros colaboradores peruanos, como Ventura García Calderón (sobre Leopoldo Lugones y sobre un libro de N. Pacheco, por ejemplo); Víctor Andrés Belaunde ("El arbitraje obligatorio"), o de Honorio

<sup>41</sup> La admiración que llegó a sentir Delgado por Ingenieros se puede ver en el artículo que escribió a la muerte del maestro argentino, "José Ingenieros", en **Mercurio Peruano** n° 92, 1926

<sup>42</sup> Pita González, *op. cit.*, pp. 35 y ss. Para conocer algo más de Seoane véase Martín Bergel, "Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia", de Manuel Seoane. Estudio Preliminar", en la página: <http://shiel.colmex.mx/textos/Bergel-2.pdf>

Delgado (con “Enigma psicológico de Hamlet”). Pero más copiosa es la presencia de los dirigentes universitarios encabezados por Haya de la Torre. Su presencia sería una costumbre en **Renovación**, tanto que se puede decir que esta publicación fue una tribuna de propaganda aprista, aun conformado como frente amplio y no como partido político. Solo por mencionar algunos títulos, Haya de la Torre ofrecería unas “Declaraciones”, y publicaría “Amenazas de la tiranía en el Perú”, “La bandera de la nueva generación”, “Devoción por Lenin”, “Literatura imperialista”, “La prensa y la Revolución Rusa”, y al alimón con Manuel Seoane, “Dos cartas a Rabindranath Tagore”. El propio Seoane dejaría su huella con “Nueva generación peruana”, “Carta de solidaridad” y “Proclama de estudiantes”. Otros autores de la generación centenarista presente serían el Presidente del Centro Universitario de La Libertad, Luciano Castillo con “El movimiento de reforma estudiantil en la Universidad de Trujillo”<sup>43</sup> y Edwin Elmore (“Esfuerzo civilista del Perú”). Luego que este muriera, la publicación le rendiría homenaje junto a su fundador, Ingenieros.

En la ruptura entre Mariátegui y Haya de la Torre 1928, Seoane se iría con este, aunque nunca llegaron a constituir una relación exenta de conflictos. Por el contrario, Haya de la Torre, al parecer, tenía celos de la gran oratoria y carisma de Seoane, apodado “El Cachorro”, y siempre lo consideró un adversario dentro del aprismo. Es posible que el recuerdo de que Seoane le haya vencido en las elecciones estudiantiles nunca fuera olvidado por el fundador del APRA, que la impronta de ese momento fundacional direccionara sus decisiones frente al temor de volver a perder ante su compañero/rival. Al final de cuentas, Haya de la Torre debió gran parte de su legitimidad inicial como dirigente universitario a una concesión de Seoane; su orgullo debió sentirse menoscabado. Las tensiones entre ambos llegaron al extremo del apartamiento de Seoane del Partido Aprista, pues no estuvo de acuerdo con la cercanía que Haya de la Torre propiciaba con la oligarquía, su otrora enemiga mortal. Al morir Seoane, en 1963, el cortejo fúnebre fue multitudinario, el más grande que se había visto en Lima hasta ese momento.

Para 1925 reencontramos nuevamente el intercambio epistolar entre Ingenieros y García Calderón. La última carta que conocemos de este a su colega argentino data de París, el 28 de junio de 1925, pocos meses antes a la muerte del pensador argentino, ocurrida el 31 de octubre, cuando solo contaba con 48 años. En ella lo invita a pasar por su casa a tomar el té, pero en la *Post Data* le informa que los miembros de la *France Amérique* le han pedido nombres de algunas personalidades para una próxima fiesta que van a ofrecer; García Calderón, obviamente, dio el de Ingenieros. Justo al día siguiente, el 29 de junio, Ingenieros presidiría, en París, una asamblea antimperialista que contaría con la

presencia de destacados personajes, como José Vasconcelos, Víctor Raúl Haya de la Torre, Miguel de Unamuno, Manuel Ugarte, Alcides Arguedas, Miguel Ángel Asturias, entre otros.

No hubo tiempo para más, Ingenieros moriría dejando una vida breve y fecunda, logrando convertirse, sin dudas, en un maestro de la juventud latinoamericana que buscaba cambiar radicalmente el estado de cosas, eliminar el poder de las oligarquías tradicionales y mirar la vida, la política, la cultura, desde las clases populares y en un sentido moderno. Los intelectuales como iluminadores, los que proveían claridad a los nuevos sujetos sociales y políticos que reclamaban su lugar en nuestras naciones.

\*\*\*

Ingenieros pasó de estudiar al individuo a preocuparse por la colectividad, en este caso, por los países latinoamericanos. Y en ese trayecto fue incrementando su influencia sobre los pensadores de las primeras décadas del siglo XX en nuestros países. El caso de los peruanos es solo uno pero representativo de la importancia que adquirió la figura y la obra del filósofo argentino. Como hemos podido observar, el crédito de Ingenieros fue patente tanto entre los intelectuales del Novecientos —especialmente en García Calderón— como entre los ideólogos del Centenario, quizás más en Haya de la Torre que en Mariátegui. En el camino, Ingenieros fue constituyendo una red de amistades, lectores y discípulos peruanos que, sumadas a otras redes, hicieron de nuestros países un espacio transfronterizo de constitución de un campo intelectual en ciernes, que los sucesos posteriores (la crisis económica, el advenimiento de regímenes autoritarios auspiciados por el imperialismo estadounidense, la Segunda Guerra Mundial, entre otros) se encargaron de abortar. Ingenieros, como he tratado de demostrar, no fue “patrimonio” exclusivo de una generación, sino que fue una referencia transversal a ambas (la novecentista y la centenarista), potenciando por eso mucho más su importancia en el pensamiento social peruano.

<sup>43</sup> Hay que anotar que Castillo (Piura 1899) se acercaría luego a Mariátegui, participaría del Grupo de Lima que proyectaba fundar el Partido Socialista, pero posteriormente optaría por apartarse de ese grupo y decidiría fundar su propio Partido Socialista en Piura, norte del Perú, que tuvo alcance solo regional, aunque fue muy importante por la calidad de sus integrantes. Castillo llegaría a ser congresista y postularía sin éxito a la presidencia del Perú. Moriría en 1981 en Lima.



## Cartas de intelectuales peruanos con Ingenieros

1/

83 rueVaneau

París, 20 de diciembre de 1911

Mi querido amigo:

Me dice el amigo Echagüe que está U. en Suiza me da su dirección. Voy a fundar una Revista americana y me sería muy grata su colaboración. ¿Podrá Ud. ofrecerme su artículo para principios de Febrero? Vivamente se lo agradecería. Un fragmento de algún libro inédito que no publique U. hasta fines del año 1912 también me vendría muy bien; cualquier cosa de U. honraré a la Revista.

Sabe que es su admirador y amigo affmo.

F. García Calderón

F. García Calderón

2/

París, 24 de enero de 1912

Mi querido amigo:

Mucho le agradezco su afectuosa carta y las simpatías que me expresa. Yo también le he recordado mucho y leí hace poco un libro suyo, síntesis muy vigorosa (con cuyas ideas no siempre estoy de acuerdo) – **De la Barbarie al imperialismo**.

Mucho estimaré su artículo. Lo necesitaría para antes del 20 de Febrero, a más tardar para ese día. Me dicen que prepara U. un libro sobre el Hombre Mediocre. Algo de él me gustaría mucho, en [...] caso, algo de lo que Ud. sabe tan bien hacer, no imputa aquella nota su aburrimiento a que modestamente se refiere. La Revista es seria (sic)

Mucho celebraré [...], en tanto, le estrecho afectuosamente su mano,

F. García Calderón

3/

París, 11 de abril 1912

Mi querido amigo:

Temía que no le hubiera sido posible enviarme su artículo: gracias mil por su carta. Preferiría el artículo sobre los hombres de genio, aunque ambos deben ser de primer orden. Esperamos nuevas, quedo suyo muy affmo.

F. García Calderón

4/

París, 18 de Abril de 1912

Mi querido amigo:

Mil gracias por su bello artículo, de tanta originalidad no se preocupe por las pruebas: no las recibirá antes del 10 o 19 de

Mayo. Su artículo saldrá en el segundo número, porque el primero ya está en prensa.

Un fuerte apretón de manos de su amigo affmo.

F. García Calderón

5/

[Impreso:] REVISTA DE AMÉRICA

París, 4 de octubre 1912

Mi querido amigo:

Va con ésta un saludo afectuoso. ¿Podrá Ud. enviarme su artículo sobre Tartufo si no lo ha publicado aún? Necesito algo suyo y U. es tan amable conmigo—para el número especial de Enero de la Revista. ¿Puedo contar con U.?

Sabe que es su admirador y amigo

F. García Calderón

6/

Mi querido amigo:

Le esperamos el domingo entrante ya que éste lo pasara U. en Bélgica, a las cinco de la tarde. Le ruego me escriba si puedo contar con U.

Siempre su affmo.

F. García Calderón

Domingo 5 de julio

7/

París, 17 de enero de 1913

Mi distinguido amigo:

Recibo su libro que empiezo a leer con la lentitud que él exige. Es sorprendente la cultura que demuestra y el esfuerzo sintético que traduce. Está U. a la cabeza de los pensadores americanos. Y es quizás el único que puede enfrentarse con los de Europa.

¿Dónde está U. insigne [...]? En Madrid, en Suiza, ó en París? Lo ignoro. Si viene a París ruégole me dé cita. Tendré gran placer en verle.

Suyo, admirador y amigo

F. García Calderón

8/

París, 15 de febrero 1913

Mi querido amigo:

me envían de Madrid su libro sobre sociología argentina. Mil gracias cordiales. Conocía ya algo de él: la síntesis sobre la evolución sociológica [...]. El resto es de primer orden, le felicito y aplaudo tan útil y varia actividad.

Decididamente, ocupa uno de los primeros puestos mi simpa-

tía dice el primero entre los hombres de ciencia de nuestra América. Leo con pasión su psicología en que demuestra U. no solo gran conocimiento de las modernas investigaciones sino un juicio personal, firme, un poco militante quizás.  
Un fuerte apretón de manos de su admirador y amigo

F. García Calderón

9/

[Impreso:] REVISTA DE AMÉRICA

21 de julio 1913

Mi querido amigo:

Mucho le agradezco el envío de su carta que está ya impresa. Excusas otra vez por el incidente ¿Cuándo viene?

10/

[Impreso:]REVISTA DE AMÉRICA

23 de setiembre 1913

Mi querido amigo:

Con mucho gusto publicaré el escrito que me envía. ¿Quiere enviarme su retrato para el suplemento [...]? Le felicito por los elogios que es de enorgullecer a cualquiera. ¡Bravo! Es U. profeta en todas partes y lo merece ampliamente.  
Suyo de siempre

F. García Calderón

11/

28/11/13

Mi distinguido amigo:

Gracias por su recuerdo. Mucho gusto me dará si viene. Ya han criticado su "aguda nota": la encuentran excesiva, etc. Sólo se lo digo para que vea U. cómo andan los humanos juicios.  
Suyo, affmo.amigo

F. García Calderón

12/

[Impreso:]REVISTA DE AMÉRICA

París, 17 de diciembre de 1913

Muy señor nuestro:

Comienza con la presente una serie de enuestas [sic] en que nos proponemos analizar por los escritores representativos de nuestra América Española y Portuguesa, cuestiones palpitantes de poesía, literatura, sociología, política, etc. En un continente que comienza a tener conciencia de su misión y de sus posibilidades admirables; creemos llegado el momento de estas consultas periódicas y esperamos de su amabilidad pronta respuesta a las siguientes preguntas:

1° ¿Cual le parece ser la influencia de las literaturas extranjeras en el moderno desarrollo literario de América?

2° ¿Opina Ud. que existe una literatura americana en prosa y

verso y en qué género le parece que se revela mejor este esfuerzo original [sic] ?

3° ¿Juzga usted que se ha cerrado en nuestro continente un ciclo literario —el llamado modernista— y que se inicia otro de literatura americana? Cuáles son los representantes de esta nueva dirección?

4° El reciente desarrollo de la novela tan poco cultivada en el pasado ¿le parece a Ud. una manifestación de este americanismo literario?

5° ¿Crée Ud. que exista una decadencia actual de la poesía lírica y un renacimiento de la poesía épica en que se revele precisamente el paso del modernismo al americanismo?

Con sentimientos de particular aprecio, nos repetimos de Ud. como sus muy attos y S. S.

COMITÉ de DIRECCIÓN de la REVISTA de AMÉRICA

Hugo A. Barbagelata - F. García Calderón - V. García Calderón  
13/

[Impreso:] HONORIO DELGADO

Lima, 29.6.19

Dr. José Ingenieros,  
Buenos Aires

Ilustre maestro!

Le molesto con el envío de mi artículo "Los fenómenos biológico y social en la evolución psicológica", para que, si lo halla digno de aparecer en su "Revista de Filosofía", me dispense el nuevo favor de publicarlo.

Con mucha admiración por su obra y estimación por su persona, suyo afectísimo.

Honorio Delgado

14/

[Impreso:]

DR. HONORIO F. DELGADO

LESCANO 170, LIMA-PERU 3,4,20

Mi ilustre maestro:

Aún bajo la emoción de la lectura de la muy honrosa nota que dedica Ud., en el número de marzo de su Revista de Filosofía, a mi labor y a la de mi compañero Valdizán, le escribo, agradecido, para decirle que sus palabras serán un estímulo poderoso para continuar en la brecha del esfuerzo intelectual, no poco penoso en este ambiente.

Una vez más reciba Ud. la expresión de mi gran admiración y estima.

Honorio Delgado

15/

[Carta mecanografiada con el membrete:]

FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DEL PERÚ

PALACIO DE LA EXPOSICIÓN – LIMA

Lima, 11 de abril de 1920

Señor doctor don José Ingenieros



Buenos Aires.-

De mi más alta consideración:

El Excmo. Señor Ministro Plenipotenciario Extraordinario de la Nación Argentina en el Perú doctor don Antonio Sagarna, es portador del saludo que envía a Ud. Por mi conducto la juventud del Perú.

Y con este mensaje que lleva para Ud. la admiración y la simpatía de la joven generación de esta república, vá también en nombre de su institución representativa, la solicitud de un retrato y autógrafa suyos, para la galería de nuestra casa estudiantil.

Con el homenaje de mis respetos, al gran maestro argentino, tengo el honor de ofrecerle mis personales consideraciones.

EL PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN DE LOS ESTUDIANTES DEL PERÚ

Haya de la Torre

16/

[Impreso:] DR. HONORIO F. DELGADO

LESCANO 170, LIMA-PERU 25, IX, 20.

Sr. Dr. D. José Ingenieros,

Buenos Aires

Mi ilustre maestro:

La circunstancia, para mi muy feliz, de que Ud. me haya honrado prestando atención a algunos de mis modestos trabajos y haya dicho de ellos cosas que por ser suyas les dan un valor de que antes carecían, hace que me atreva a solicitar de Ud. un prólogo corto para una corta serie de mis artículos que pueden interesar al público culto no médico, que se proponen editar en forma de un pequeño libro elegante los fundadores de una nueva casa editora de aquí. Los artículos que formarán parte del librito son: La rehabilitación de la interpretación de los sueños, La psicología de la locura, La locura de Don Quijote, El enigma psicológico de Hamlet y Psicología de los cuentos de hadas. Los tres primeros son conocidos de Ud. En paquete aparte le envío un ejemplar de los dos últimos, que ampliaré antes de que aparezcan en el librito, al cual tal vez agregue un artículo que solo tengo in mente: Genio y neurosis. Los editores están muy apurados, por eso tal vez no tenga tiempo para escribir este último, aunque lo habrá para esperar su prólogo, que es el que les daría algún valor, o la negativa de Ud.

Le envío también un ejemplar de la edición inglesa de mi artículo sobre la Psiquiatría psicológica, en que defino mi actitud personal en este dominio.

Le pido mil perdones por mi osadía. Sé que le ocasiono una molestia, pero el honor de unas palabras suyas me sugestionan. U. sabe cuán grande es mi admiración por su genio.

Su discípulo y servidor.

Honorio Delgado

17/

[Impreso:]

DR. HONORIO F. DELGADO

LESCANO 170, LIMA-PERU 24.II.21

Mi ilustre maestro:

Su carta ha sido para mi vanidad una compensación perfecta del prólogo que me permití solicitarlo. Es su gran amabilidad de pensar en mi como un posible futuro paralelo suyo en el Perú, un acierto psicológico, literal visión de mis sueños de grandeza. Ojalá que la fuerza de la admiración al modelo haga que pueda hacer algo comparable a una sola de las muchas y grandes obras del gran argentino.

Le agradezco muy cordialmente por la promesa de otro prólogo para el porvenir y por la palabra de aliento que se ha dignado Ud. otorgarme.

He demorado algo la respuesta de su carta por esperar "La Restauración", para acusarle recibo de ella al mismo tiempo. Por desgracia, la espera ha sido baldía.

Con toda estimación.

Honorio Delgado

18/

[Impreso:] HONORIO DELGADO

Ilustre maestro:

No obstante de mi deseo y diligencia, recién en el último número de "Mercurio Peruano" se ha publicado el mensaje que Ud. me envió hace meses. En el próximo número de la "Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas" también lo publicaré. Ahora lamento no haber publicado en "Mercurio" un comentario especial, en lugar del "A propósito". En la "Revista" tal vez lo presente con algunas líneas. También en el próximo número de ésta me ocuparé de la monumental "Restauración", que, como todas sus obras, me ha dejado pasmado de admiración.

Con toda admiración y respeto.

19/

[Impreso:] HAYA DE LA TORRE

Caylloma 441

Lima, junio 16 [1923]

Señor don José Ingenieros

Buenos Aires

Me es muy honroso, adjuntar a U. algunos ejemplares de diarios con informaciones de los últimos sucesos producidos en Lima con motivo de la pretendida consagración oficial de la república proyectada por la tiranía clerical que nos domina a la efigie del Corazón de Jesús.

Esta oportunidad la primera que me brinda la suerte después de la inolvidable visita que tuve el honor de hacerle en mayo de 1922 me es favorable para pedir a U. algunas líneas para nuestra revista **Claridad** (adherida a **Clarté** de París) y alguna palabra de aliento a la agitación anticlerical que realiza para rendir la anacrónica e implacable tiranía que soportamos.

Particularmente interesado en contar con el apoyo moral de

U. reitero a quien llamo orgullosamente maestro, los testimonios de cordial devoción.

Haya de la Torre

Impuesta aquí la más estricta censura telegráfica y postal, me permito pedirle dirigir sus cartas a esta dirección que es la mía:  
Mr. Eward [¿] Hey  
Casilla 930  
(Colegio Anglo-Peruano)  
Lima Perú

20/

Postal

“Vista de Pájaro de Colón, mostrando la calle del frente, República de Panamá”

Sr.

D. José Ingenieros

Viamonte 775

Buenos Aires

Rep. Argentina

Desde el primer alto de mi camino al destierro, envío al gran maestro mi saludo cordial.

Haya de la Torre

Panamá, 20 de octubre de 1923

21/

[Impreso:] HONORIO DELGADO

Lima, 8, VII, 24

Sr. Dr. D. José Ingenieros,

Buenos Aires.

Ilustre Maestro:

El señor Manuel Seoane, presidente de la Federación de los Estudiantes Universitarios del Perú, cuya ardua y meritisima gestión seguramente conoce Ud. ya, sale del país por iniciativa del gobierno, de cuyos manejos está Ud. informado; y ha elegido la República Argentina como lugar de destierro. La personalidad de Seoane y su actividad heroica orientada por ideales de que es Ud. eminente propugnador, hacen baldía la presentación por tercera persona; he querido, sin embargo, tener el placer de condicionar este conocimiento personal, que será grato para ambos y fecundo para el futuro de nuestra causa. Le saluda muy atentamente su admirador y amigo.

22/

Buenos Aires, Enero 26 1925

Querido maestro:

Parto hoy para Montevideo, no habiéndome sido posible pasar a saludarle nuevamente.

A mi regreso de Montevideo y de Córdoba, donde pienso dejar instalados los comités organizadores del proyectado Congreso, será muy grato para mí charlar con Ud. con más latitud que la última vez.

Le estimaré a Ud. mucho se sirva escribir a alguno de sus ami-

gos de la ciudad oriental a fin de que se pongan en contacto conmigo para cambiar ideas buscando el mejor modo de compaginar las voluntades ahora tan dispersas en un esfuerzo de común de concentración de energías.

Le recomiendo encarecidamente la publicación de mi carta abierta a don Enrique José Varona, que adquiere especial actualidad con las últimas declaraciones de Coolidge, Borah y Hughes sobre la política americana.

Suyo siempre,

Edwin Elmore

PS

Las cartas de presentación puede Ud. dirigírmelas a la Legación del Perú en Montevideo c/ o Juan Pedro Paz Soldán.

23/

París, 28 de junio de 1925

Muy estimado amigo:

Me dará usted vivo placer si viene a tomar té con nosotros el próximo domingo a las cinco.

Le saluda afectuosamente su amigo

F. García Calderón

PD.

Me pidieron de “France Amérique” el nombre de algunas personalidades que serán invitadas a una fiesta próxima.



## Una hora con un hombre célebre

### Cómo es José Ingenieros

Reportaje de Abraham Valdelomar

Lanzo a los cuatro vientos del Mundo y a las veinte naciones de Hispanoamérica, para que la reproduzcan y divulguen, esta entrevista mía con José Ingenieros, el autor de *El hombre mediocre* y de diez libros más tan sabrosos y tan llenos de honda meditación, de paciente análisis, y plenos de sabiduría, que son justo título de la fama que circunda el nombre de quien fuera mi interlocutor ayer, en un carro del tranvía eléctrico.

Yo nunca he tratado a un hombre célebre. Tenía al respecto mis expectativas. Suponía que a los grandes hombres habría de encontrarse en lugares solemnes, rodeados de admiradores, o solos taciturnos, en la paz fría de una biblioteca bien provista. Pero a José Ingenieros me lo he encontrado en la calle, así como suena, de la misma manera que se encuentra uno con un compañero de labor o con un amigo anónimo.

José Ingenieros es un hombre como cualquiera otro. Su celebridad, su maravilloso talento, sus notables dotes de escritor, no aparecen en su persona por más que uno los busque. Viste una americana plomiza, usa zapatos amarillos, corbata de color. Casi un huachafo. Su fisonomía incolora no revela ninguna inquietud; bajo su frente ancha y vulgar, no parece vivir ningún problema, en sus ojos no anida ninguna pregunta; es un hombre de fisonomía lastimosamente incolora; si yo le hubiera encontrado en la calle sin que me le hubieran indicado, jamás habría creído que ese señor fuera un sabio. Parece cobrador de la luz eléctrica.

Ante todo José Ingenieros es un *poseur* un gran *poseur*, pero tiene una pose vulgar. No sabe hacer teatro. Habla gesticulando, se da importancia, sabe que se le admira, sabe que cada gesto, cada actitud, cada giro, van a ser consignados en el reportaje. Le han hecho tantos! Pero lo extraordinario de Ingenieros, lo que más me ha maravillado de él es que quien ha estudiado a los locos, a los anormales, a los bienaventurados, quien hicieran tan definitivo estudio de Sáenz Peña, quien como él ha penetrado en los más hondos misterios morbosos, sea un tipo definido en siquiatria. José Ingenieros es lo que los siquiátras llaman un inestable.

Científicamente Ingenieros es un caso. Esto no quiere decir que carezca de talento. Nietzsche era loco y Maupassant murió en un manicomio. José Ingenieros padece lo que podríamos llamar infantilismo persistente. Hace lo posible por convencernos de que es un genio despreocupado, de que vive en un mundo lejano, pero no pasa de ser, descontado su gran talento, un niño grande. Es blando, grasoso, sin músculos; se desvive por hacernos pose ignorando que yo puedo darle lecciones maestras de este mi difícil arte predilecto. No tiene la pose magnífica de D'Annunzio, ni la aristocracia de Rostand; tiene una pose llena

de timideces. Toda la tarde estuvo dudando y por fin no se atrevió a decirme estas tres palabras:

—Soy un genio.

Es inestable, sí. Incoherente, confuso, paradójico, inconexo, de imaginación vacilante. Sus ideas, personalmente, no se detienen ni se precisan. Tiene audacias de expresión lamentable. Pero no hace eco ni convence. En suma, José Ingenieros me ha parecido un pobre gran hombre. Un célebre anodino. Un genio sin interés. Se puede ser un genio y no ser inteligente. Y eso le ocurre a Ingenieros. Conversamos a toda velocidad.

Atolondradamente me saluda, me dice todas las frases que dicen todos los hombres cuando se les elogia. Este señor no ha estudiado una respuesta definitiva para los elogios y esto en él, me parece de una falta de previsión reprochable. Fuma un cigarro y lo enciende con un automático de bencina.

— ¿Ha conocido usted algo de Lima?

— Sí. La Catedral, Belén, el Palacio de Pizarro, el Club, el Zoológico.

— ¿Qué piensa usted?

— Nada...

— Explíqueme usted su impresión definida sobre Lima.

— Lima es muy interesante, lamento mucho no conocerla en detalle...

— ¿Ha observado usted la psicología de sus pobladores? Porque supongo...

— Deme usted un cigarro.

— ¿Cuántos libros ha escrito usted?

— ¡Tantos!... Once libros. Actualmente estoy escribiendo un sistema filosófico basada en las ciencias naturales, fisiológicas y biológicas... Es una labor que me ocupa ya varios años y que me ocupará quince o veinte años más...

— ¿Qué edad tiene usted?

— Después de los treinta años cualquier respuesta resultará tan indiscreta como la pregunta. He observado que la Escuela Normal de Mujeres está dirigida por monjas y esto me ha desconcertado. ¿Qué tienen que hacer las monjas con la pedagogía? Es como si ustedes quisieran que una instalación inalámbrica estuviera dirigida por el prior de la Merced. Supongo que es cuestión de ideas religiosas muy respetables en toda sociedad, pero la religión es una y la pedagogía es otra. Tenga usted un cigarro...

— ¿Ha lamentado usted algo?

— Sí. No conocer el Cusco. Pero de Mollendo a la ciudad de los Incas, hay tres días de ferrocarril. Es una lástima. No lo conoceré nunca.

— ¿Qué le impresionaría en el Cusco?

— Los palacios, los templos...

— ¿Cree usted que se podría ensayar géneros literarios a base de la civilización y la historia de los Incas?

— Eso es literatura. ¿Para qué sirven los poemas y las novelas? La literatura es un medio pero no un fin. Ustedes necesitan caminos y ferrocarriles, como en la Argentina. Yo creo que



la civilización de un pueblo se conoce en el color.

— ¿En el color?

— Sí. El pueblo que tenga a todos sus ciudadanos blancos será el más civilizado.

— Es original.

— Sí. Soy preconizador de la gran civilización. Ferrocarriles, caminos, electricidad, pedagogía. Todo lo demás es secundario.

— Esa es una tendencia futurista a lo Marinetti.

— Eso es bueno cuando hay alma nacional. Ante todo hay que formar el espíritu de las masas. Tener ideales definidos. Hacer una unidad armoniosa.

— Hay que eliminar de todos nuestros pueblos el factor indio. Es necesario reemplazarlos por gente blanca, por cerebros nuevos.

— ¿Ha escrito algunas de estas ideas?

— Preparo solamente un estudio que me absorbe por completo. Mi teoría filosófica basada en las ciencias naturales.

— Sí, y en la biología.

— Todas las teorías filosóficas en boga sólo tienen una base de literatura, palabras, palabras...

— ¿Quiénes son sus autores favoritos?...

— Yo leo todo. Aquí llevo unos folletos de Paz-Soldán...

— Pero habrá sus tipos secretos sus preferidos...

— Yo dirijo la Revista de Filosofía y soy Catedrático de Psicología Experimental, en la Universidad de Buenos Aires. Tiene usted un cigarro?

— Voy a trasladar todas estas frases al periódico.

— Haga usted como guste. Algo más, si quiere invente una interviú así se ahorra usted trabajo y yo también.

— ¿Y si ello le disgustase?

— No se moleste. Todo lo que no interrumpe mi digestión me parece secundario. Un día un periodista enemigo de Ferri, me inventó en Italia unas frases despectivas para el maestro italiano. A los quince días me encontré con él y se quejó amargamente. Yo no había leído el artículo. El me lo mostró. ¿Cómo puedes creer Enrique, le dije, que yo me ocupe de ti en esta forma?...No seas tonto!

Le palmeé el hombro, con cariño y se quedó contento.

— ¿Qué libros lleva usted en la mano?

— Unos folletos sobre Sarmiento. Yo admiro a Sarmiento. Es el hombre que ha hecho la República Argentina...

— Dígame usted algo interesante para mi periódico.

— En la Argentina mueren muchos aviadores... Uno cada semana. Es un progreso muy caro... Cuesta muchas vidas...

— ¿Usted ejerce como médico?

— Sí.

— ¿Dónde nació usted?

— En Buenos Aires.

— ¿Va usted de delegado oficial?

— No. Me han llamado especialmente. La Carnegie.

— ¿Conoce usted a algunos peruanos?

— Sí. A Riva Agüero, a Gálvez, a Belaunde lo conocí en España.

A los García Calderón.

— ¿Nunca ha oído usted hablar de mí?

— No.

— Es raro... ¿Vuelve usted al Perú?

— Sí. De regreso del Congreso de Washington.

Ingenieros, el gran psicólogo, cree que ni mis gestos eran de expectación ante su genio, y en, tanto, yo le analizo como anormal. Tengo tentaciones de hablarle del cemento armado, del desequilibrio interplanetario, y del subjetivismo analítico; pero no me da tiempo. Lo que me llama la atención es que un hombre inteligente como él no haya escogido otro temperamento para hacer la pose. Porque eso de hacerse el tonto por gusto es ineficaz.

Llegamos al Callao. Bajamos. Tomamos una lancha. Subimos al vapor.

— Quiero que me dé usted un autógrafo.

— ¿Para qué?

— En Lima se le admira y el público verá con gusto una idea suya suscrita, especialmente para él.

— ¿Pero qué voy a decir?

— Una idea, un pensamiento cualquiera.

— Me pone usted en un compromiso. Si tuviera aquí mi biblioteca, podría tomar algo, pero en la borda de una vapor, vamos, que no sé...

— Es que no le voy a dejar tranquilo.

— Sí, los periodistas sois como los dentistas. Véalos usted.

Efectivamente, los dentistas habían invadido el vapor. Dentistas en la escala, dentistas en el salón, dentistas en los camarotes, dentistas entre la cerveza...

— ¿Pero me va usted a dar un autógrafo?

— ¡Ay, si yo no sé qué decir, che!

De pronto el gran profesor se sienta ante una mesita de tapete verde. Coge el lápiz, hace como que piensa, se pone la mano en la frente, desiste, hace teatro, y por fin traza con pulcritud las líneas que como un valioso documento ofrecemos a nuestros lectores.

La hora de despedirse. Salimos, un abrazo simpático ingenio argentino. Un abrazo efusivo. El se queda contento y a poco no se ocupa de nosotros y olvida que ha hablado con un periodista. Y yo bajo del barco convencido de que José Ingenieros es un *poseur* empedernido, un efectista que me ha hecho teatro. Pero haciendo teatro José Ingenieros, el inmenso escritor argentino, el admirable analítico, el notable filósofo, ha fracasado. El gran psicólogo ha tenido una falla. No se ha dado cuenta de que el que le estaba haciendo teatro era yo...

Lector: a los grandes hombres hay que tratarlos en sus libros. No hables nunca con un hombre célebre. Son lo mismo que yo, que tú, que el pasajero del tranvía, y que el infeliz transeúnte que va fumando su "mascota".

El Conde de Lemos

[La Crónica, 26 de noviembre de 1915, p.4]

## Más allá de la recepción aprista José Ingenieros en el imaginario intelectual y político peruano\*

Ricardo Melgar Bao\*\*

**El hombre mediocre** sumó quince ediciones peruanas y **Las Fuerzas Morales** (1925) nueve entre los años de 1966 y 2008, contrastando con aquellas cuatro obras de Ingenieros que sólo alcanzaron una edición (Véase anexo 1). En su conjunto prueban dos cosas: la gravitación de Ingenieros en el campo intelectual peruano contemporáneo aherrojada a ese particularismo que signa su recepción ideológica y las preferencias de lectura. Tal proceso con muchas reservas puede discutirse desde el prisma argentino y con algunas desde el caleidoscopio andino. Sorprende el hecho, de que catorce de dichas ediciones se publicasen durante los luctuosos años de la guerra interna 1980-2000, la cual tuvo como uno de sus síntomas la criminalización de los jóvenes. Recordemos que la exaltación del ideal y “los sermones laicos” de Ingenieros, que fueron publicados en revistas estudiantiles y universitarias entre 1918 y 1923, no eran una invitación a la desmovilización moral de los jóvenes lectores peruanos frente a la realidad social, todo lo contrario. Pero no es esta fase de la recepción tardía la que me ahora me preocupa, sino las que se dieron durante su vida.

El proceso de recepción peruana de Ingenieros nos remite más al campo intelectual que al político en el arco temporal estudiado que va de 1897 a 1925, signado por la solidaridad expresada por el escritor José María Barreto desde Lima hacia él y Leopoldo Lugones, directores de la revista **La Montaña**<sup>1</sup> y la noticia de su deceso comunicada por un cable de la agencia AP que motivó la publicación de un sentido artículo de José Carlos Mariátegui.

Decimos recepción peruana y no en el Perú porque sostenemos que su campo intelectual y político no estaba limitado geográficamente al ser significados por sus agendas internas enlazadas a sus redes de paisanaje transfronterizas. Entre uno y otro evento, precisamos los momentos climáticos del proceso de recepción del pensamiento del intelectual argentino considerando: su presencia en la **Revista de América** (1912-1913), su visita a Lima, **La**

**Revista de Filosofía** 1915-1925, la edición de la Biblioteca “La Cultura Argentina”, sus huellas a través a de la revista **Claridad** de Buenos Aires que ayudó a financiar y del boletín **Renovación**, el vocero de la Unión Latinoamericana (ULA).<sup>2</sup> La generación de estudiantes reformistas apreció en el maestro Ingenieros, su juvenalismo, su adhesión al socialismo y a la causa antiimperialista continental, no sus prejuicios hacia los indígenas y los “negros”.

### Breve cartografía de la recepción

La historiografía peruana ha vinculado a Ingenieros, no sin razón, a Víctor Raúl Haya de la Torre, pero se ha distraído de atender las diversas aristas y tiempos de su recepción. Una de ellas que consideramos relevante, tiene que ver con la diáspora del exilio peruano y sus redes, tan insuficientemente estudiada, además de la intelectual que Osmar González, mediante una acuciosa consulta del epistolario de Ingenieros nos ha mostrado que cubre transversalmente a dos generaciones.

Ingenieros ha sido caracterizado desde el prisma de Luis Alberto Sánchez, historiador y dirigente aprista como: “el talentoso fruto de un interesante mestizaje de arielismo y marxismo. Tal vez la amalgama más fecunda y genuina de la realidad latinoamericana de entonces”.<sup>3</sup> Tal apreciación puede ser discutible si nos atenemos a los momentos biográficos que signan más las rupturas ideológicas de Ingenieros que sus líneas de continuidad. Sin embargo, el caso del pensador argentino, se sitúa en la misma dirección que otros procesos de recepción de las ideas. En primer lugar, porque desde un contexto nacional diferente al que reside el intelectual o el político, muchas veces la circulación de sus obras es parcial y discontinua y, generalmente, acusan un sensible retraso con respecto a la fecha de edición. En segundo lugar, porque en el medio intelectual peruano, el principal vehículo de circulación de ideas descansa más en las revistas o periódicos que en los libros. En tercer lugar, porque la recepción de las ideas está

\* Agradezco el apoyo que me fuese brindado por la etnohistoriadora Perla Jaimes Navarro en la elaboración de este trabajo, en particular fueron muy atinados y útiles los cuadros que elaboró y que incluyo como anexos. Agradezco igualmente los oportunos comentarios de Osmar González.

\*\* INAH. MÉXICO.

<sup>1</sup> Dicha publicación y sus animadores padecían la censura, la requisa y el acoso policial y penal en la ciudad de Buenos Aires.

<sup>2</sup> Véase: Alexandra Pita González, **La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920**, México, El Colegio de México-El Colegio de Colima, 2009.

<sup>3</sup> Luis Alberto Sánchez, **La vida del siglo**, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1988, p. 405.

tamizada por las agendas académicas y políticas, así como por las tradiciones ideológicas a las que adhieren sus lectores y simpatizantes. La recepción en suma, posee algo de arbitrariedad y controversia. Por lo anterior, no debe extrañarnos, caracterizaciones sobre el pensamiento del intelectual y político argentino como la realizada por Luis Alberto Sánchez, que dejó fuera sus anclajes positivistas y evolucionistas o que redujo su socialismo al horizonte ideológico del marxismo.

La recepción peruana del pensamiento de Ingenieros tuvo ritmos discontinuos y momentos significativos que tradujeron giros temáticos e ideológicos de interés para los intelectuales peruanos, en relativa consonancia con el de sus pares argentinos. Coadyuvó a favor de ello, el que Ingenieros fuese no sólo un polígrafo y un socialista heterodoxo, sino el hacedor de un mosaico de ideas deudor de algunas teorías y disciplinas científicas y humanísticas. Le siguió la recepción parcial y discontinua de sus estudios filosóficos, criminológicos y psiquiátricos, sus artículos publicados en las páginas de la revista **La Montaña** (1896-1897) de Buenos Aires, revista que captó el interés de algunos intelectuales peruanos. Nada sabemos de la recepción de su revista **Archivos de Psiquiatría y Criminología** fundada en 1902, aunque sí de una temprana edición limeña de un ensayo tipológico de Ingenieros sobre los transgresores de la ley que data del año 1907<sup>4</sup> y la existencia de dos de sus obras sobre este campo disciplinario existentes en la Biblioteca Nacional: **Bases del Derecho Penal y Criminología**.<sup>5</sup>

**La Revista de América** (1912-1913), que editaban los hermanos Francisco y Ventura García Calderón en París signa otro hito. La circulación del libro **El Hombre Mediocre** que proponía un ideal moral a los jóvenes fundado en la experiencia y en la crítica al conservadurismo epocal marcó un giro significativo frente al arielismo rodoniano que había impregnado el imaginario de la generación novocentista y gravitaba en el de la generación del Centenario. Ingenieros relevó el símbolo etéreo y pacífico del arielismo por uno muy aguerrido: "Perseo exhibiendo la cabeza de Medusa" en plaza pública.

Otro punto de inflexión en la emergente recepción peruana sobre Ingenieros tuvo que ver con su fugaz tránsito por Lima y El Callao en 1915. El mismo año, Ingenieros inició la publicación de **La Revista de Filosofía** y fue atrayendo gradualmente el interés de los intelectuales peruanos, en su mayoría pertenecientes a la generación del Centenario. El ala izquierda de esta última, bajo el influjo del movimiento universitario reformista y el auge de los movimientos sociales, prefirió asumir como propias algunas de las ideas juvenilistas, socialistas y antiimperialistas del maestro argentino.

La recepción de la obra de Ingenieros en el Perú, trasciende sus escritos toda vez que debemos incluir en ella, el papel cumplido por las revistas que codirigió o dirigió. Animó la pluralidad de ideas y saberes, pero en la medida en que auspició el debate le imprimió un sello muy especial que seguramente fue muy apreciado por sus lectores. Cada una de las revistas argentinas **La Montaña**, **Archivos de Psiquiatría y Criminología** y la **Revista de Filosofía**, suscitó lecturas, debates, préstamos, canjes, envío de colaboraciones y quizás representaciones, corresponsalías y suscripciones. Los datos disponibles sobre cada revista nos permiten reconstituir tenuemente, cómo los peruanos se insertaron en una red intelectual internacional o constituyeron uno de sus segmentos. Además de ello, estas revistas nos brindan indicios sobre la diáspora de los exilios peruanos. A las revistas dirigidas por Ingenieros desde Buenos Aires que circularon en el Perú, se suma la **Revista de América**, ofreciéndonos información complementaria sobre la recepción peruana de Ingenieros, independientemente de que fuese editada en París por los hermanos García Calderón. El campo intelectual peruano no ha coincidido plenamente con el espacio geográfico del país, los exilios y migraciones de sus cuadros intelectuales así lo ratifican.

#### La recepción de las ideas e imagen de Ingenieros

La figura de Ingenieros tuvo sus primeros atisbos en el imaginario de la intelectualidad peruana gracias a la revista **La Montaña** a finales del siglo XIX, que publicaba textos relevantes sobre diversos tópicos socialistas, científicos y literarios. Sorprende la publicación de una serie de artículos de Edward Carpenter, socialista británico heterodoxo y radical en defensa de los "criminales" en el horizonte europeo.<sup>6</sup> Carpenter propuso una lectura moral y socialista muy crítica acerca de los modos burgueses de representarse y reprimir la criminalidad. El hecho de que la revista tuviese algunos lectores peruanos es probado porque de sus filas, hubo dos manifestaciones públicas de solidaridad contra la censura, la requisita y la multa con que el gobierno quería silenciarla. Los intelectuales José María Barreto residente en Tacna y director de la revista literaria **Letras** y Mario Centore, quien vivía su exilio en la ciudad portuaria de Valparaíso, se pronunciaron con oportunidad contra la censura de que era objeto **La Montaña**.<sup>7</sup> Los editores, agradecieron las palabras de solidaridad de los peruanos por: "...ser la expresión viril de un elevado sentimiento de solidaridad y una profesión de fe socialista que nos estimula en la lucha."<sup>8</sup>

Los datos disponibles sobre la recepción de **La Montaña** no permiten apreciar qué artículos de Ingenieros fueron tomados en cuenta por sus lectores peruanos, sí la manera como éste, al lado de Lugones, supo dotar a la revista de contenidos de actualidad e interés. La afinidad ideológica de los peruanos para con **La Montaña** puede ser apreciada en el hecho de que Emiliano

<sup>4</sup> José Ingenieros, **Nueva clasificación de los delincuentes**, Lima, Tipografía La Abeja, 1907. Ejemplares de dicha edición se encuentran en: Biblioteca Nacional (C364-153) y Biblioteca de la Universidad Católica (Colección Especial X4 2951).

<sup>5</sup> Merecen referirse dos obras sobre la temática criminológica y penal. José Ingenieros, **Las bases del derecho penal**, Buenos Aires, Penitenciaría Nacional, 1910, Código: C344.02-153; **Criminología**, Madrid, D. Jorro, 1913, Código: 364-153.

<sup>6</sup> Edward Carpenter, **Defensa de los criminales. Crítica de la moralidad I**, pp. 203-206; II **La Montaña**, Pluvioso del Año XXVI de la Comuna Año I, n° 10, 15 de agosto de 1897, pp. 227-230; III pp.251-254.

<sup>7</sup> Mario Centore "La Montaña procesada", **La Montaña**, Pluvioso del Año XXVI de la Comuna Año I, n° 10, 15 de agosto de 1897, p. 237.

<sup>8</sup> **La Juventud de América y La Montaña** (Mario Centore y José María Barreto), **La Montaña** (Buenos Aires) n° 10, 15 de agosto de 1897, p. 236.

Leobardo, decide enviar una colaboración de su autoría, titulada "El Bracero", en el cual describe y denuncia las condiciones oprobiosas de existencia y trabajo de los campesinos peruanos, al segundo año de gobierno de Nicolás de Piérola.<sup>9</sup> Para los intelectuales contrarios al régimen de Piérola, tanto los que salieron al exilio como los que se quedaron en el país, Buenos Aires, seguía siendo para ellos un lugar amable para expresar sus ideas, motivación que subyace al acto solidario que dos de ellos tuvieron para con **La Montaña**. El hecho de que el joven escritor José Santos Chocano, que se benefició de la libertad gracias al triunfo de Piérola en la guerra civil de 1895, tuviese cabida en la revista argentina es comprensible si consideramos sus proclividades anarquistas. Sostenía la idea de que el poeta debería ser una especie de redentor de las clases subalternas, un poeta de la multitud, un vate del pueblo. Por esos años Chocano defendía la igualdad, era antimilitarista y elogiaba al pueblo como fuerza insurgente justiciera y anti tiránica, las cuales quedaron plasmadas en sus libros de poesía modernista **Iras Santas** y **En la Aldea**, ambos publicados en 1895.<sup>10</sup>

Se afirma no sin razón que la generación intelectual novocentista signada por sus vínculos con la cultura oligárquica, recibió con interés la lectura de **El Hombre Mediocre**<sup>11</sup> y que varios de sus integrantes sostuvieron intercambio epistolar con Ingenieros.<sup>12</sup> Uno de

ellos, Carlos Chirinos Pacheco, colaborador de la revista **Prisma** en la ciudad de Arequipa dio en 1908 una conferencia sobre la obra **Simulación en la lucha por la vida** (1903) del autor argentino.<sup>13</sup>

Desde el horizonte ideológico antioligárquico la recepción de Ingenieros tuvo otros caminos. En 1915, Ingenieros fue referido por el abogado Manuel A. Quiroga<sup>14</sup> en su argumentación contra el atrasado orden feudal de las haciendas puneñas que sostenía el gamonalismo y que pesaba oprobiosamente sobre los campesinos aimaras y quechuas de dicho departamento sur andino.<sup>15</sup> Quiroga pertenecía a la Asociación Pro Indígena (API) que lideraba Pedro Zulen y era solidario con los movimientos indígenas de Puno.<sup>16</sup>

Tres años más tarde, un pequeño círculo de estudios sobre temas socialistas al que concurrían el periodista José Carlos Mariátegui, los anarquistas Remo Polastri Bianchi, Pedro Bustamante Santisteban y Erasmo Roca, leyeron **Italia en la ciencia, en la vida, en el arte** (1905) y libros diversos de autores como Arturo Labriola, Georges Sorel y Giuseppe Prezolini.<sup>17</sup> Presumimos que la obra de Ingenieros no fue de fácil aceptación. Mientras que los pasajes dedicados al arte pudieron ser bien apreciados, los dedicados a la supremacía de la raza blanca suscitaban algo más que una duda razonable, algo más que un reparo. Los juicios de Ingenieros sobre la raza negra, tendían a degradarla y estigmatizarla, negándole todo horizonte de progreso y de futuro digno y deseable dada su presunta "inferioridad étnica e intelectual". Considerando que la presencia de afrodescendientes en Lima y a lo largo de toda la costa peruana era significativa, las ideas de Ingenieros no podían ser pasadas por alto. Mariátegui y Roca, por conocer sus posiciones hacia la cuestión indígena no podían aceptar sin reservas la tesis de Ingenieros, aunque el primero conservase prejuicios anti negros en sus obras hasta 1928, como agudamente lo señaló años más tarde Nicomedes Santa Cruz, el más importante intelectual afroperuano.<sup>18</sup> Mariátegui por esas mismas fechas acompañaba al escritor Abraham Valdelomar, el cual en sus escritos literarios expresaba parecidos prejuicios anti negros<sup>19</sup> al lado de su entusiasta incaísmo cultural. El hecho de que Valdelomar escribiese su ensayo **Psicología del Gallinazo** de explícitos y desbordados tonos racistas antinegros no sorprende tanto como el hecho de que se le otorgase el primer premio en el Concurso convocado por el Círculo de Periodistas de Lima en 1917. Un anclaje ideológico de esta naturaleza estaba ya presente en la obra de

<sup>9</sup> Emiliano Lebardol, "El Bracero", **La Montaña** (Buenos Aires), Pluvioso del Año XXVI de la Comuna, Año I, n° 10, 15 de agosto de 1897, pp.237-239. (Correspondencia del Perú).

<sup>10</sup> José Santos Chocano, "Fragmentos" ("Para todos" y "Desde la cumbre", **La Montaña** (Buenos Aires), n° 3, 12 Brumario del año XXVI de la Comuna, 1° de mayo de 1897, p. 73. Chocano en su poema "Para todos" escribe: "Yo quiero la igualdad.../Entre el noble señor y el indigente/ no debe haber obstáculo ninguno;/ todos tienen debajo de la frente/ una chispa de Dios y ¡Dios es uno! /La igualdad de razas es mi norma, (...). En su poema "Desde la cumbre" Chocano dice: "Es el poeta un redentor que canta.../¡Oh poetas! El hierro nos reclama, nos reclaman la lucha y el trabajo.../¡Cadáver me hallará quien me recoja, / contraído en mis ímpetus ardientes, / con un pedazo de bandera roja/ entre los duros y apretados dientes!... **Obras Completas**, Madrid, Aguilar, 1954, pp.72-75. La percepción sobre Chocano como figura cercana a los medios anarquistas persistía en 1905. En Santiago de Chile, el 1° de mayo, un grupo anarquista imprimió un volante en imprenta de E. Meyer saludando a Chocano de tránsito en ese país con dirección a la Argentina en los siguientes términos: "Los trabajadores chilenos se honran de tener como huésped a un avanzado representante de los hijos de Atahualpa". Reproducido en **Obras Completas**, p.1537. A su paso por Buenos Aires, Chocano no pudo verse con Ingenieros, en abril de 1905 ya se encontraba en Roma para asistir como delegado a fines de mes al V Congreso Internacional de Psicología, lo que explica que Chocano escribiese en su crónica de viaje: "Por mala suerte mía, al pasar por Buenos Aires no encontré a Leopoldo Lugones y a José Ingenieros, que eran los amigos de mayor confianza con que podía allí contar. Con el curso de los años, Chocano se volvió reaccionario mientras que Ingenieros se radicalizaba hacia la izquierda antiimperialista, sin embargo, en 1922, la amistad entre ambos pervivió, lo prueba un cable fechado en Lima el 10 de junio de 1922 que le remite Chocano a Ingenieros en Buenos Aires y que a la letra dice: "Corresponde con fortísimo abrazo fraternal". Fondo José Ingenieros, CeDInCI, reproducido por Osmar González en su ensayo **Del Novocentismo al Centenario. La influencia de José Ingenieros en dos generaciones en el Perú**. (2011) en este mismo dossier.

<sup>11</sup> En la Biblioteca Nacional del Perú aparece un ejemplar del **Hombre mediocre**, Madrid, Renacimiento, 1913, registrado con el Código: 301.151-153-1913. Merece atención la existencia de otro libro que versa sobre dicha obra: Ramón Carriagos, **Notas al hombre mediocre del Dr. José Ingenieros: la utopía socialista**, Tandil, Tip. El Progreso Vitullo, 1914, registrada con el Código: 301.151-153Z4C.

<sup>12</sup> El parecer de Osmar González, en el estudio más autorizado sobre la recepción de Ingenieros en el Perú referido en la nota 10, nos brinda una valiosa información al respecto.

<sup>13</sup> Juan Guillermo Carpio Munfioz, **Texao: Arequipa y Mostajo: la historia de un pueblo y de un hombre**, Arequipa, J.G. Carpio Munfioz, 1983. p.235.

<sup>14</sup> Véase una aguda reseña biográfica de Manuel A. Quiroga en: Carlos Arroyo, **Nuestro años diez. La Asociación Pro Indígena, el levantamiento de Rumi Maquí y el incaísmo modernista**, Buenos Aires, Libros en Red, (Colección Insumisos Latinoamericanos), 2005, pp.53-54.

<sup>15</sup> Manuel Quiroga, **La evolución jurídica de la propiedad rural en Puno**, Arequipa, Tipografía Quiroz, 1915, p. 114.

<sup>16</sup> Véase: Wilfredo Kapsoli, **Ayllus del Sol. Anarquismo y utopía andina**, Lima, Editorial Tarea, 1984, pp.145-146.

<sup>17</sup> Guillermo Rouillon, **La creación heroica de José Carlos Mariátegui. Tomo I: La edad de Piedra (1894-1919)**, Lima, editorial Arica, 1975, p. 211.

<sup>18</sup> Nicomedes Santa Cruz, "Mariátegui y su preconcepto del negro (1967)" en: **Obras Completas II Investigación (1958-1991)** compiladas por Pedro Santa Cruz Castillo, Buenos Aires, Libros en Red, 2004, pp.144 y ss.

<sup>19</sup> La crítica al racismo de Valdelomar es remitida a una tradición ideológica de fuerte arraigo en la intelectualidad criolla por Gregorio Martínez, **Libro de los espejos: 7 ensayos a filo de catre**, Lima, Ediciones Peisa, 2004, p. 355.

Manuel González Prada, aún en su fase anarquista.<sup>20</sup> En general, retrata los límites de un sector de la intelectualidad democrática en esa Lima donde los negros y los indios coloreaban a las clases subalternas. Los lectores peruanos seguramente, podían aceptar algunas afirmaciones de Ingenieros relativas a la colonización hispano-portuguesa de América como esta:

Al principio el indígena fue inmolado por la avaricia del conquistador, que sólo pensaba en despojarlo ó destruirlo; después surgieron dos tipos económicamente paralelos: el encomendero de indios y el negrero de esclavos africanos. Cuando se organizó algún comercio, las metrópolis indigentes sólo pensaron en ponerle trabas y monopolizarlo usurariamente, á costa de cegar las fuentes de su propia riqueza.<sup>21</sup>

El positivismo spenceriano que orientó a Ingenieros a limitar el horizonte moral y político de la solidaridad socialista se convirtió en toda una provocación ante los peruanos que vivían en una ciudad y en un país multiétnico, donde el horizonte de color teñía fuerte a sus clases subalternas y a sus movimientos de ruptura. Juicios como éste no fueron suscritos ni en la obra de Mariátegui ni en la de Roca:

La solidaridad humana resulta aquí una preocupación lírica é irracional. Los derechos del hombre podrán ser justos para los que han alcanzado una misma etapa de evolución biológica; pero, en rigor, no basta pertenecer á la especie humana para comprender esos derechos y usar de ellos.<sup>22</sup>

Abraham Valdelomar, periodista y escritor de vanguardia, dejó sus impresiones sobre la figura de José Ingenieros durante su tránsito por Lima a fines de noviembre de 1915 y que convirtió en una irónica crónica periodística. En su presentación del pensador argentino destacó en primer término ser autor de **El hombre mediocre** por encima de sus demás libros, dato que no fue soltado al azar, presumimos que apuntaba a lograr sintonía con el conocimiento y las preferencias de su comunidad de lectores para luego caricaturizarlo por sus rasgos psicológicos y su lenguaje corporal.<sup>23</sup> En segundo lugar, Valdelomar hizo gala de ser conocedor de su obra psicológica y psiquiátrica y jugando con el paradigma de la mediocridad encarnado en la figura de Roque Sáenz Peña, deslizó una crítica indirecta al presidente José Pardo representante de la oligarquía. En el imaginario social no se habían borrado las imágenes de cuando Pardo durante su primer gobierno, colmó de honores a Sáenz Peña por su participación en el bando peruano durante la Guerra del Pacífico 1879-1883.<sup>24</sup>

<sup>20</sup> Joël Delhom, "Ambigüités de la question raciale dans les essais de Manuel González Prada" en Victorien Lavou, (ed.), **Les Noirs et le discours identitaire latino-américain**, Perpignan: CRILAUP-Presses Universitaires de Perpignan 1997, pp. 13-39.

<sup>21</sup> José Ingenieros, **Italia en la ciencia, en la vida, en el arte**, Valencia, Editorial Sempere Hermanos, 1905, p. 25.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>23</sup> Abraham ("Conde de Lemos") Valdelomar, "Una hora con un hombre célebre", **La Crónica** (Lima), 26 de noviembre de 1915, p.4, reproducida como anexo por Osmar González en base a la copia encontrada en el Fondo Ingenieros del CeDInCI, en este mismo dossier.

<sup>24</sup> José Pardo en 1905 le otorgó a Roque Sáenz Peña un reconocimiento como "Benemérito del Perú" y dos medallas o durante con motivo de la cere-

monia de inauguración del monumento a Francisco Bolognesi, héroe de la Guerra del Pacífico.

Ingenieros en la entrevista enfiló su acerada crítica a la Escuela Normal de Mujeres bajo la celosa y conservadora administración de la orden francesa de monjas del sagrado corazón desde el año de 1876 en que se fundó:

He observado que la Escuela Normal de Mujeres está dirigida por monjas y esto me ha desconcertado. ¿Qué tienen que hacer las monjas con la pedagogía? Es como si ustedes quisieran que una instalación inalámbrica estuviera dirigida por el prior de la Merced. Supongo que es cuestión de ideas religiosas muy respetables en toda sociedad, pero la religión es una y la pedagogía es otra.<sup>25</sup>

En tercer término, Valdelomar provocó a Ingenieros con una pregunta que para él llevaba implícita una clave de autoctonía antioligárquica. La pregunta condensaba su interés por reivindicar literariamente el pasado prehispánico a contracorriente del hispanismo hegemónico de la intelectualidad oligárquica.<sup>26</sup> "— ¿Cree usted que se podría ensayar géneros literarios a base de la civilización y la historia de los Incas?" La respuesta de Ingenieros fue un voto en contra de quienes integraban desde 1909 al lado del filósofo Pedro Zulen la Asociación Pro Indígena.<sup>27</sup> Descalificó a la literatura por no atribuirle función social en materia de progreso material y agregó:

Ustedes necesitan caminos y ferrocarriles, como en la Argentina. Yo creo que la civilización de un pueblo se conoce en el color. [...] —Hay que eliminar de todos nuestros pueblos el factor indio. Es necesario reemplazarlos por gente blanca, por cerebros nuevos.<sup>28</sup>

La última respuesta de Ingenieros a la pregunta de cuáles eran sus autores preferidos fue evasiva. Afirmó leer de todo, pero agregó un dato relevante para el caso peruano, que se llevaba unos folletos de Carlos Enrique Paz Soldán.<sup>29</sup>

Mariátegui en 1916 supo de la visita de Ingenieros a Lima, no le era un autor desconocido y lo tenía en alta estima, según se desprende de su entrevista a Carlos Octavio Bunge de tránsito por Lima con destino a Buenos Aires después de participar en el II

monia de inauguración del monumento a Francisco Bolognesi, héroe de la Guerra del Pacífico.

<sup>25</sup> Abraham Valdelomar, *ibid.*

<sup>26</sup> "...si se toma en consideración el ambiente cultural, literario e intelectual que todavía imperaba en el Perú de la década de 1910, se cae fácilmente en la cuenta que, desde un inicio, el incaísmo de Valdelomar apareció como una amorosa intromisión en el tema del pasado autóctono del Perú que, por esa época, muchos intelectuales, escritores y artistas todavía despreciaban o consideraban imposible poetizar. En su caso, Valdelomar no ingresó al campo incaísta por error ni por error ni por accidente, sino se dirigió a él con paso seguro e impulsado por móviles y objetivos más o menos definidos, pues estaba firmemente convencido que que, para poder contribuir decididamente a la tarea de realizar "obra nacional", había que hacer arte inspirándose en lo que veía como el punto de unión de la nacionalidad peruana: el mundo fantástico y dorado de la época del imperio de los incas". Carlos Eduardo Arroyo, **Nuestros años diez: La Asociación Pro-Indígena, el levantamiento de Rumi Maqui**, Buenos Aires, Libros En Red, 2005, p. 201.

<sup>27</sup> Pedro Zulen, "Discurso a los indios de Chucuito", **La Crónica** (Lima), 9 de febrero de 1915.

<sup>28</sup> Abraham Valdelomar, *ibid.*

<sup>29</sup> Carlos Enrique Paz Soldán era médico y se desempeñaba como profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de San Marcos, había publicado dos folletos entre 1914 y 1915: **La protección a la infancia en el Perú** y **Un programa de política sanitaria**.





Congreso Científico Panamericano en Washington, a quién le dice que considera a Ingenieros “un hombre admirable”, al hacerlo se diferenció del parecer de su amigo Valdelomar.<sup>30</sup> No parece ser una frase gratuita ya que apreciaba la obra de Ingenieros que ha leído. Mariátegui aceptó haber recibido el influjo de la crítica que realizó Ingenieros a la fiesta de toros en España por representar una especie de “agradable morfina” del pueblo español,<sup>31</sup> al punto de renunciar a su costumbre de asistir a la Plaza de Acho a ver la “fiesta brava”, a coleccionar la revista **Sol y Sombra** y a tener una biblioteca taurina.<sup>32</sup> Todo indica que el escritor peruano había leído la obra de Ingenieros, **Al margen de la ciencia** no sólo por que en ella aparece dicho juicio, sino porque en otro artículo Mariátegui<sup>34</sup> recuperó el parecer del pensador argentino expresado en el capítulo del mismo libro titulado “Elogio de la Risa”.<sup>34</sup>

Mariano Iberico, introductor del pensamiento de Bergson en el Perú y cofundador al lado de Víctor Andrés Belaunde de la revista **Mercurio Peruano**, escribió una reseña de la obra: **Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía** (1918), dos años después de su edición bonaerense y subrayó en ella con cierta complacencia la apuesta de Ingenieros a favor de una nueva Metafísica.<sup>35</sup>

### La Revista de Filosofía y la colección “La Cultura Argentina” en Lima

Se puede proponer que Ingenieros desarrolló una política cultural basada en dos emprendimientos editoriales convergentes cumplidos entre 1915 y 1925: La **Revista de Filosofía** y la Biblioteca “Cultura Argentina” para su país, sin embargo, ambas constituyen referentes ineludibles del proceso de la recepción peruana de sus ideas y proyectos.

La **Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación**, fue fundada y dirigida por José Ingenieros en su primera etapa: marzo de 1915 a fines de 1922 y codirigida al lado de Aníbal Ponce de 1923 al 31 de octubre de 1925, fecha de su deceso. Realizó canjes con la Revista de **Psiquiatría y ciencias conexas**, a partir de 1920, bajo la dirección Hermilio Valdizán y el apoyo de Honorio Delgado.<sup>36</sup>

<sup>30</sup> José Carlos Mariátegui, “Una entrevista a Carlos Octavio Bunge”, **La Prensa** (Lima), 1º de marzo de 1916, reproducido en Mariátegui total, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, tomo II, p. 2392.

<sup>31</sup> José Ingenieros, **Al margen de la ciencia**, Buenos Aires, Lajouane, 1908, p. 251.

<sup>32</sup> “Glosas de la vida cotidiana: 20 de febrero”, **La Prensa** (Lima) 21 de febrero de 1916, reproducido en **Mariátegui total**, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, tomo II, p. 2419.

<sup>33</sup> José Carlos Mariátegui, “La lista negra”, **El Tiempo** (Lima) 2 de septiembre de 1916, reproducido en **Mariátegui total**, op.cit. p. 2645.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 17 y ss.

<sup>35</sup> “El señor Ingenieros dice que, al contrario de las metafísicas aprioristas y de las místicas, la metafísica futura tendrá que basarse en sus hipótesis inexperienciales sobre lo experiencial, es decir sobre el material elaborado por la ciencia. Y anuncia que dicha metafísica aparecerá probablemente en el siglo XXI.

Entonces dispondrán los hombres de una filosofía sincera, impersonal y progresiva, como la ciencia”, Mariano Iberico, **Mercurio Peruano** (Lima) Revista mensual de ciencias sociales y letras, n°21, marzo de 1920, p. 238.

<sup>36</sup> “Revista de Psiquiatría y ciencias conexas”, en **Revista de Filosofía** (Buenos Aires) v.11, n° 2, marzo de 1920, pp. 316-317.

Reprodujo algunos artículos de la revista **El Mercurio Peruano** que dirigía Víctor Andrés Belaunde,<sup>37</sup> y publicó en 1917 una reseña de un libro sobre derecho laboral de Alberto Ulloa Sotomayor, joven profesor de la Universidad de San Marcos.<sup>38</sup> La tercera etapa quedó en manos de Aníbal Ponce hasta el año de 1929 en que se suspendió su edición.<sup>39</sup>

Dicha publicación no puede ser disociada del proyecto editorial que animó Ingenieros titulado “La Cultura Argentina”<sup>40</sup>, el cual tuvo resonancias en otros países del continente. La **Revista de Filosofía** se abrió a muchos campos del saber y expresó algo más que la crisis del positivismo, en la medida en que permitió el ingreso de posturas filosóficas adversas, tópicos renovados del socialismo de la primera posguerra y expresiones del movimiento universitario reformista. Ingenieros supo articular la orientación de la revista a sus afanes editoriales con los que fue dándole cierta fisonomía a la colección “La Cultura Argentina”. Ésta colección llegó al Perú de manera discontinua y fragmentaria salvo a sus contados suscriptores,<sup>41</sup> pero a pesar de ello, su recepción fue importante. Sumando los títulos existentes en la Biblioteca de la Universidad de San Marcos a los que obran en la Biblioteca de la Universidad Católica ascienden a 48 títulos. (Véase anexo 2). La lectura de los libros pertenecientes a esta colección aproximó a los intelectuales peruanos al polo cultural argentino y de manera indirecta los indujo a considerar una veta nativista americana, en consonancia con el clima ideológico del Centenario de la Independencia. Los registros de la colección existentes en la Biblioteca Nacional en la ciudad de Lima refuerzan nuestro aserto sobre su relevancia.<sup>42</sup>

Entre los colaboradores peruanos de la **Revista de Filosofía**, se encontraban intelectuales pertenecientes a posiciones ideológicas divergentes y hasta contrarias como fue el caso del filó-

<sup>37</sup> Cristóbal de Losada y Puga, “Bergson y Einstein”, **La Revista de Filosofía** (Buenos Aires), vol.20, n° 4, julio de 1924, pp. 152-158.

<sup>38</sup> José Ingenieros, “La Organización social y legal del trabajo en el Perú”, de Alberto Ulloa Sotomayor, 1916, **La Revista de Filosofía** (Buenos Aires), v.5, marzo de 1917, pp.311-312.

<sup>39</sup> Mucho habría que decir sobre los colaboradores peruanos, entre los que destacó José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre y otros intelectuales aporistas, pero eso excede la problemática abordada en este artículo.

<sup>40</sup> “El mismo año en que aparece la **Revista de Filosofía** Ingenieros logra consolidar un viejo proyecto: imprimir una gigantesca colección de raigambre nacional. Así es como se introduce en el mercado lector esa serie pocas veces emulada que fue La Cultura Argentina, cuyo propósito manifiesto consistía en poner masivamente al alcance del público la producción de autores locales y extranjeros que desde géneros diversos hubiesen escrito sobre nuestra propia vida [...] El alto nivel de los autores reunidos, la importancia temática y el exiguo costo de cada libro, no sólo produjeron una gran demanda entre nosotros sino que permitieron una fuerte presencia en el resto de América. “, Hugo Biagini, “Introducción” a **La Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación (1915-1929) Índices**, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias, 1984, p.9.

<sup>41</sup> Osmar González refiere algunos nombres encontrados en la carpeta de “Suscriptores de La Cultura Argentina 1915-1925” en el Fondo José Ingenieros del CeDinCl a: Honorio Delgado Carlos Bambarén, autor de **Ideas actuales sobre etiopatogénesis y tratamiento de las llamadas epilepsias esenciales** (1920); a Edilberto Boza autor de **Reformas del Derecho Civil** (1919) y Pedro Oliveira autor de **La política económica de la Metrópoli** (1905) y de **Estudios Sociales** (1921), en: **Del Novocientos al Centenario...**, op. cit.

<sup>42</sup> El inventario que hemos realizado de libros editados por Ingenieros en Buenos Aires bajo el sello de “La Cultura Argentina”, debe tomar en cuenta que quizás algunos se perdieron con el incendio de la Biblioteca Nacional,

sofo Alejandro O. Deustua.<sup>43</sup> Algunos de ellos promovieron abiertamente el desmantelamiento de las conquistas estudiantiles, mientras otros las defendieron. En realidad, esta variopinta presencia no era patrimonio exclusivo de la **Revista de Filosofía**, el propio Ingenieros dio cuenta de su amplitud en 1922 al decir:

En ella escriben idealistas, positivistas, espiritualistas, escépticos y teósofos...no es particularmente adicta a ninguna de esas viejas escuelas y sólo aspira a despertar el gusto por actividades mentales que no se limitan al campo de la ciencia estricta, ni al de la simple imaginación literaria. Algo se ha conseguido ya, pues dos terceras partes de los colaboradores actuales pertenecen a nuestra última generación, después que piensen lo que quieran; con tal que hayan adquirido hábitos de estudio y de reflexión.<sup>44</sup>

José Carlos Mariátegui tuvo una apreciación muy elogiosa de la labor de Ingenieros aunque a costa de omitir sus referentes científicos, explicable dado su interés en colocar en primer plano los temas que eran el centro de sus propias inquietudes:

En su *Revista de Filosofía*, que ocupa el primer puesto en las revistas de su clase de Ibero-América, concedió un sitio especial al estudio de los hechos y de las ideas de la crisis política contemporánea y, particularmente, a la explicación del fenómeno revolucionario.<sup>45</sup>

El parecer de Mariátegui probablemente no fuese el mismo que motivó a los colaboradores peruanos de la **Revista de Filosofía**, entre los que podemos mencionar además de Deustua a: Honorio Delgado, psiquiatra, considerado introductor del psicoanálisis en

el Perú aunque poco tiempo después abjurase de él<sup>46</sup> y Pedro Zulen,<sup>47</sup> filósofo y figura mayor del indigenismo radical; Julio C. Tello,<sup>48</sup> arqueólogo, que sentó las bases de la arqueología nacional y colocó a la cultura Chavín como pivote del desarrollo civilizatorio prehispánico y por último, Mariano Iberico,<sup>49</sup> prestigioso filósofo conocido por ser uno de los más destacados bergsonistas de la época.

## La Federación de Estudiantes y sus Maestros de la Juventud

A principios del siglo XX, el socialismo como corriente de pensamiento y de acción había echado algunas raíces en el Perú, más en el medio intelectual que en las vanguardias obreras escindidas por sus adhesiones al anarquismo, al mutualismo, al catolicismo obrerista y al liberalismo social. La Revolución rusa, aunada a los nuevos aires de la posguerra y de las tensiones derivadas de la crisis económica, política y cultural que vivía el país, incidió positivamente en la juventud universitaria de las capas medias, así como en el movimiento obrero e indígena. El Perú despedía el año 1918 preanunciando el fin del régimen civilista oligárquico, en medio de las jornadas de lucha obrera por las 8 horas y la adhesión solidaria y entusiasta de los estudiantes universitarios. Se iniciaba 1919 con la movilización obrera y popular, el inicio del movimiento de reforma universitaria y la campaña electoral de Augusto B. Leguía, que atraía a las capas medias y a los sectores anticivilistas.

En 1919 en la recepción que la Federación de Estudiantes del Perú le brindó a Alfredo Palacios, diputado socialista argentino, el discurso de orden brindado por Enrique Castro Oyanguren, prestigioso diplomático, escritor y maestro universitario, pero que en sentido estricto no representaba al pequeño sector de profesores que simpatizaban con la reforma universitaria. Traducía dicha elección, la debilidad y ambivalencia ideológica de la directiva de la Federación de Estudiantes. Castro Oyanguren en su disertación pasó revista al legado intelectual argentino sin tomar en cuenta a Ingenieros, aunque sí a un representante del americanismo de la generación del 80 como Martín García Mérou, a José María Ramos Mejía, ensayista que proponía una relectura pos sarmentina de la multitud como unidad paradójica de la civilización y la barbarie, y a quien el propio José Ingenieros reconocía como su mentor, más allá de sus reparos críticos.<sup>50</sup> La reseña de Elmore no reclamó esta omisión,

que seis libros pertenecieron a dos bibliotecas privadas, siendo integrados más tarde como colecciones especiales. En la "Manuel Cisneros Sánchez" existen cinco registros y uno en la "Luis Alayza y Paz Soldán". Los demás títulos fueron adquiridos por la Biblioteca o donados por particulares. Va la relación completa en orden cronológico de edición.: Sarmiento, Domingo Faustino, Conflicto y armonías de las razas en América, 1915 (970-S23); Álvarez, Agustín, La creación del mundo moral, 1915 (XBC-129.82-A45-1915); Moreno, Mariano, Escritos políticos y económicos, 1915 (Código: 982-M79); Alcorta, Amancio, La instrucción secundaria, 1916 (376.982-A35); García Mérou, Martín, Alberdi, 1916 (982.009-A3G); Gorriti, Juan Ignacio de, Reflexiones, 1916 (370.4-G73R); Alberdi, Juan Bautista, Peregrinación de Luz del día ó Viajes y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo, 1916 (869.23-A34L-1916); García Mérou, Martín, Estudios americanos, 1916 (Código: 973-G216-1916); Mármol, José, Armonías, 1917 (869.23-M2A-1917); Pelliza, Mariano A., La dictadura de Rosas, 1917 (982.04-P41); Álvarez, Agustín, South America, 1918 (320.98-A45); Shakespeare, William, Enrique IV, 1918 (828.35-KH4); Ameghino, Florentino, La antigüedad del hombre en el Plata, 1918 (573.3097-A49); Sarmiento, Domingo Faustino, Estados Unidos, 1922 (910.4-S23V-3); Haigh, Samuel, Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú, 1920 (Código: XA918-H16); Pelliza, Mariano A., La organización nacional, 1923; Andrade, Olegario Víctor, Obras poéticas, 1923 (869.23-A57Z6M); Lacasa, Pedro, Lavalle, (982.009-L3L-1924) (Código: 982.05-P414); Hernández, José, Martín Fierro, (869.231-M-1925); Sarmiento, Domingo Faustino, Facundo, Buenos Aires: (982.009-Q9S-1925).

<sup>43</sup> Deustua, Alejandro, "La actividad estética", *La revista de Filosofía* (Buenos Aires), v.15, núm.1, marzo de 1922, pp. 208-220; "Sobre la teoría del valor", v.19, núm.2, marzo de 1924, pp.210-216.

<sup>44</sup> Citado por Hugo Biagini en: "Introducción" a *La revista de Filosofía. Cultura, Ciencias y Educación (1915-1929)*, Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias, Centro de Estudios Filosóficos, p.6.

<sup>45</sup> José Carlos Mariátegui, "José Ingenieros", *Varietades* (Lima), 7 de noviembre de 1925, reproducido en *Mariátegui Total*, Tomo I, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, p. 442.

<sup>46</sup> Honorio Delgado, "Los factores biológico y social en la evolución psicológica", *Revista de Filosofía* (Buenos Aires), vol.10, n° 5, septiembre de 1919, pp. 202-209; "La nueva faz de la psicología normal y clínica", vol.12, n° 4, julio de 1920, pp. 31-37; "Concepto dinámico del organismo", v.20., n° 5, septiembre de 1924, pp.287-294; "Psicología de los cuentos de hadas", v.22, núm.5, septiembre de 1925, pp.180-184.

<sup>47</sup> Pedro S. Zulen, "Del neohegelianismo al neorealismo", *Revista de Filosofía* (Buenos Aires), n° 3, mayo de 1925, pp.408-432.

<sup>48</sup> Julio C. Tello, "La investigación científica", *La Revista de Filosofía* (Buenos Aires), vol.17, n° 2, marzo de 1923, pp.277-288.

<sup>49</sup> Mariano Iberico Rodríguez, "La estética de Witasek", *La Revista de Filosofía* (Buenos Aires), v.19, n° 2, marzo de 1924, pp.283-294; "La Obra de Alejandro O. Deustua", v.20, n° 5, septiembre de 1924, p.261-271.

<sup>50</sup> "El mismo Ingenieros, que se proclama su discípulo, tiene una compleja y dramática relación con él, simbolizada en las peripecias que sufre el comentario adverso que hace de **Las multitudes argentinas**, en el cual, como vimos,



presumiblemente porque la imagen de Ingenieros como las de sus ideas ocupaba un plano menor en el proceso de la recepción intelectual de la generación del Centenario de la Independencia del Perú. Por otro lado, el silencio de Palacios, puede considerarse un acto de cortesía frente a un medio universitario peruano, poco actualizado frente a la trama intelectual argentina del momento.

La visión juvenilista de Ingenieros fue precoz presumiblemente de inspiración kropotkiana,<sup>51</sup> siendo significada por los valores de justicia social, fraternidad y de redención social y se sostuvo a lo largo a su vida. El año de 1895, desde las páginas del diario **La Vanguardia** escribió:

Y cuando ya convencidos de la bondad de la doctrina, de la precisión del sistema, de la justicia del ideal, dudéis un instante de la firmeza de vuestra resolución, tomadla sin vacilaciones, sin temor y sin restricciones. Habréis dado el paso más noble de vuestra existencia; el paso que os lleve del egoísmo a la fraternidad, del desprecio al amor, de la envidia a la dignidad, de la corrupción a la virtud y del martirio a la redención social.<sup>52</sup>

Tendrían que venir otros tiempos, mediados por la primavera arielista y el auge del movimiento universitario continental, para que los jóvenes peruanos al igual que sus pares argentinos y de otros países proclamasen a Ingenieros como su Maestro. Sin embargo, ese proceso fue accidentado en el Perú como veremos a continuación en apretada síntesis.

El clima ideológico en el movimiento estudiantil oscilaba entre el polo civilista oligárquico en el poder y la corriente burguesa que se ofrecía como alternativa de cambio político y cultural y modernización económica del país. A fines de 1918 los estudiantes fueron proclives a la candidatura presidencial de Augusto B. Leguía, no obstante que éste se encontraba en Londres preparando su retorno al Perú. El primer movimiento filo leguista vino de un colectivo de jóvenes universitarios integrado por Erasmo Roca, Hildebrando Castro Pozo y José Antonio Encinas simpatizantes de las corrientes anarquistas y socialistas, editores del semanario **Germinal**, desde cuyas páginas le otorgaron un voto de adhesión a Leguía.<sup>53</sup> En la misma dirección, la Federación de Estudiantes proclamó a Leguía "maestro de la juventud" en ausencia, y poco más tarde, al enterarse de su inminente arribo al puerto de El Callao, nombró una delegación para darle la bienvenida integrada por: Víctor Raúl Haya de la Torre, Raúl

Porras Barrenechea, y Luis García Arrese entre otros.<sup>54</sup> Tres días más tarde, Haya y los demás dirigentes de dicha Federación se pronunciaron a favor de la candidatura presidencial de Leguía.<sup>55</sup> La relación de Leguía con el movimiento estudiantil se mantuvo, más allá del golpe de estado del 4 de julio que asestó contra el presidente José Pardo, tras tener la convicción de que se pretendía violentar los resultados de los comicios que le favorecían frente al candidato oficial. Leguía le había dado cuerda al movimiento estudiantil para golpear a la intelectualidad civilista enquistada en la Universidad de San Marcos.<sup>56</sup> La designación de Leguía como Maestro de la Juventud, fue una distinción que había sido otorgada con anterioridad a Javier Prado en 1917, presidente del Partido Civil opositor a Leguía. Los universitarios peruanos seguían desvinculando su ideal y su mirada continental de cuño arielista de su subalternidad clientelar hacia las élites políticas e intelectuales nativas.<sup>57</sup> Los signos de un nuevo internacionalismo universitario y de una unión intelectual panamericana anunciados en la **Revista de Filosofía**<sup>58</sup> suscitarían mejores alternativas cribadas por el emergente movimiento reformista en los países de la región, convergentes con su pronto desencanto frente a Leguía y su gobierno.

Contados eran los profesores de la Universidad de San Marcos que tuvieron la obra de José Ingenieros como fuente de consulta e inspiración. Eran tiempos en que la incipiente cultura jurídica penal peruana abrevaba en las fuentes suizas, italianas y argentinas, tratando de definir la figura del criminal y de paso la potencialidad de las llamadas "clases peligrosas" que atemorizaban a las élites limeñas. Las grandes jornadas de lucha bajo conducción anarquista (1904), se diferenciaron de los eventos espontáneos tumultuarios hasta en los modos de expresar la violencia. El proyecto de Ley penal de 1916 bajo el liderazgo de Víctor M. Maúrtua tomó cierta distancia del enfoque positivista.<sup>59</sup> La obra de Lombroso y de Ferri, en las primeras cátedras universitarias, dejaban en lugar secundario a la de Ingenieros. El

<sup>54</sup> "La Llegada del Maestro de la Juventud", **El Tiempo** (Lima), 23/1/1919, p.3.

<sup>55</sup> A nombre de la Federación de Estudiantes del Perú, cuya representación tenemos, protestamos de la innoble campaña de difamación iniciada contra Don Augusto B. Leguía, Maestro de la Juventud, campaña que desprestigia únicamente a quienes la realizan y es un ultraje a la cultura del país. [...] Lima, 25 de enero de 1919. Luis García Arrese, Alberto Rey y Lama, Raúl Porras Barrenechea, César Elejalde Chopitea, Humberto Hurtado, Germán Aramburú Lecaros, Víctor M. Arévalo, Víctor R. Haya de la Torre. Publicado en el diario **El Tiempo**, 26/1/1919 y reproducida en Hugo Vallenar Málaga, **Haya de la Torre político de realidades**, en: <http://www.vanguardiaaprista.com/0909bdhayadelatorrepolitico.html>, consultado el 20/10/2011.

<sup>56</sup> El malestar por la pésima calidad de algunos docentes universitarios iba en ascenso, José Carlos Mariátegui y Félix del Valle, insinuaron como sana receta a mediados de 1918, la posibilidad de que los estudiantes los corriesen del claustro. "Los malos catedráticos", **Nuestra Época** (Lima) n° 1, junio de 1918, p.3.

<sup>57</sup> José Carlos Mariátegui y Félix del Valle publicaron comentarios como éste: "Hay una porción de esta juventud que unas veces provoca la risa y otra la pena. Una porción que tiene la sana naturaleza de un payaso con hambre. Es cierto que en San Marcos hay jóvenes de poder mental y de sano espíritu. Pero existe cada 'vivo', cada simulador que hace temblar el edificio, lo cual no es muy difícil, después de todo. Y estos que han hecho de la Universidad una especie de trampolín para la política merecen ser recusados.", "Los Jóvenes universitarios", **Nuestra Época** (Lima), n° 1, 22 de junio de 1918, p. 3.

<sup>58</sup> Ernesto Quesada, "Unión Intelectual Panamericana", **La Revista de Filosofía** (Buenos Aires), v.6, n° 4, julio de 1917, pp.22-23.

<sup>59</sup> José Hurtado Pozo, **La Ley 'importada'. Recepción del Derecho penal en el Perú**, Lima, Centro de Estudios de Derecho y Sociedad (CEDYS), pp. 126 y 141.

lo considera más cercano del arte que de la ciencia. Omitido este escrito en **Sociología Argentina** (1910), pues había sido publicado antes de que su autor estrechara su relación con el 'refutado' mentor, Ingenieros recibe el amigable reproche del criticado: ¡debía publicarlo! [...] Por eso, también las próximas ediciones de **Sociología argentina** contendrán el ensayo crítico de Ingenieros, pero en el futuro este preferirá solo insistir en los méritos literarios antes que en los renunciamentos científicos de Ramos Mejía [...] Un año después de esta crítica Ramos Mejía convoca a Ingenieros como jefe de clínica en la cátedra de enfermedades nerviosas. Un gesto de gran señor — comenta Ingenieros— el que acepta como una 'bonne fortune intelectual' ", Horacio González, **Restos Pampeanos: Ciencia, Ensayo y Política en la Cultura Argentina Del siglo XX**, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 37.

<sup>51</sup> Kropotkin, **Palabras de un rebelde** (1885), Madrid, F. Granada y Ca., 1913.

<sup>52</sup> Juan Antonio Solari, **José Ingenieros en las jornadas fundadoras del Partido Socialista**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1976, p.15.

<sup>53</sup> Luis Alberto Sánchez, **La vida del siglo**, op. cit. p.17.

prisma positivista acerca de la “peligrosidad” ligado al de la admisión de la “culpabilidad” se condesaba en el artículo 51 del texto de 1916.<sup>60</sup> El clima era favorable a la renovación de los estudios criminológicos, por lo que no fue casual que Oscar Miró Quesada, inaugurase la cátedra de Criminología en 1919.<sup>61</sup> A dicho profesor no le era desconocida la obra especializada del pensador argentino como el **Tratado de Criminología Clínica** (1913) o la revista **Archivos de Psiquiatría y Criminología** editada a partir de 1902.

En 1919, la Federación de Estudiantes eligió a los doctores Enrique Paz Soldán y José Antonio Encinas (1888-1958) como sus representantes ante el Consejo Universitario de la Universidad de San Marcos. Encinas, a partir de 1915, se hizo cargo de la Escuela Normal de dicha universidad y fue partidario de la llamada Escuela Nueva. Ambos conocían algunas obras de Ingenieros vinculadas a sus temas de investigación y reflexión. Encinas por su particular interés en la criminología indígena; lo refrenda su ensayo sobre dicho tópico, publicado en 1919.<sup>62</sup> Encinas escribió un libro sobre el movimiento de reforma universitaria publicado *pos mortem*, y aunque no hay referencias puntuales sobre Ingenieros, en vida no pudo escapar a su mirada considerando el lugar que ya había ganado entre los estudiantes.<sup>63</sup> Las estaciones de su exilio a partir de 1924 quedaron fuera de las estancias de Ingenieros en París y México.<sup>64</sup>

Por su lado, el médico Carlos Enrique Paz Soldán tuvo el mérito de ser un pionero de la reforma universitaria, fue un precoz partidario del juvenalismo activo y reformista. Es posible que fuese él quien le entregase a Ingenieros algunas de sus publicaciones a fines de 1915, considerando que tenían proximidad en varios puntos. En 1909 había presentado una propuesta a favor de la hegemonía estudiantil en los órganos de dirección universitaria. Redactó el primer libro dedicado a la “revolución” estudiantil de 1919 y en cuyas páginas reseñó su posición:

Ya otra vez que demandé vuestra atención [el 23/1/1909, RMB], avanzaba la idea de que “la universidad contemporánea debería ser organizada sobre la base de “la hegemonía estudiantil y que esta forma de “organización correspondía a la esencia misma de nuestras instituciones democráticas”, hoy, volviendo sobre este mismo asunto, y ahondándolo más diré, que todos aquellos actos colectivos de la juventud universitaria, que unas veces determinan luchas sangrientas, otras el nacimiento de nuevas y fuertes asociaciones de estudiantes, —como la nuestra— y no pocas resta dentro de la categoría de aquellos fenómenos imprecisos, huelgas y otros,

como la reciente del Cuzco [liderada en 1909 por Demetrio Corazao, RMB], ...no derivan sino de una causa única... de que también nosotros, los estudiantes, debemos intervenir en los actos directivos de la universidad, y de que nuestros ideales pedagógicos deben influir en las orientaciones de la enseñanza superior.<sup>65</sup>

A principios del siglo XX la proyección del pensador argentino iba de menos a más, el punto climático de su gravitación simbólica e ideológica en el imaginario social se debió al movimiento estudiantil peruano que lo proclamó “Maestro de la Juventud” entre 1920 y 1921, es decir, entre el Congreso de Estudiantes del Cuzco y la constitución del primer local de la Universidad Popular en Vitarte, el más importante barrio obrero de la época. Se vivía todavía la plena efervescencia de la joven intelectualidad frente a las clases subalternas y el futuro del país, iniciada con el proceso de convergencia del movimiento estudiantil reformista con el movimiento obrero en demanda de la jornada de ocho horas de trabajo y el freno al alza de las subsistencias.

En ese contexto, Ingenieros ocupó, al lado de Henri Barbusse y Romain Rolland, un lugar algo más que simbólico en las revistas y periódicos de vanguardia. **Claridad**, la revista fundada por Haya de la Torre en su primer número consignó en su portada que salía bajo los auspicios de 14 intelectuales de renombre; colocando a José Ingenieros en primer lugar, le siguieron en orden de enunciación: Eugenio Debs, Jorge F. Nicolai, José Vasconcelos, Alfonso Goldsmichdt, Gregorio Berman, Carlos Vicuña Fuentes, Alberto Palcos, Ana Graves, Gabriela Mistral, Amanda Labarca, Alejandro Korn, Antonio Caso y Juan Enrique Lagarrigue.<sup>66</sup> Cuatro meses después Ingenieros y los demás auspiciadores fueron borrados de la revista coincidiendo con el cambio de orientación y portada que le imprimió Mariátegui a la revista en ausencia de Haya de la Torre que había sido detenido y deportado a Panamá.<sup>67</sup> A lo largo de la existencia de **Claridad**, Ingenieros no fue considerado para las páginas de frases célebres, ni en los comentarios de sus colaboradores, salvo un anuncio que apareció una sola vez recomendando en primer término la lectura de la **Revista de Filosofía**.<sup>68</sup> La presencia de José Vasconcelos dejó sin luz a la de Ingenieros, había ejercido mayor simpatía en sus editores. Es posible que el racismo de Ingenieros haya lastimado un flanco de la recepción peruana. Mariátegui, en diciembre de 1924 dejó entrever el lugar de cada quién en el orden de preferencias: “Actualmente, el pensamiento de Vasconcelos e Ingenieros tiene una repercusión continental. Vasconcelos e Ingenieros son los maestros de una entera generación de nuestra América. Son los directores de su mentalidad.”<sup>69</sup>

<sup>60</sup> Silva Sernaque, **Control social, neoliberalismo y derecho penal**, Lima, Fondo Editorial de la UNMSM, 2002, p. 356.

<sup>61</sup> Wael Hikal, **Introducción a la Criminología**, Managua, editorial Jurídica, 2010, p.65.

<sup>62</sup> José Antonio Encinas, **Causas de la criminalidad indígena en el Perú: ensayo de psicología experimental**, Lima, E. R. Villarán, 1919.

<sup>63</sup> José Antonio Encinas, **La reforma universitaria en el Perú, 1930-32**, Lima, Ediciones 881, 1973.

<sup>64</sup> Encinas fue deportado a Guatemala en 1924, y tras un fugaz ejercicio docente en la Universidad de San Carlos, viajó en compañía de Miguel Ángel Asturias a Londres. Un año después se reencontró en dicha ciudad con Haya de la Torre.

<sup>65</sup> Carlos Enrique Paz-Soldán, **De la inquietud a la revolución: diez años de rebeldías universitarias: 1909-1919**, Lima: Biblioteca de La Reforma médica, 1919, p. 31.

<sup>66</sup> “Bajo los auspicios en América de: ...” **Claridad** (Lima), n° 1, órgano de la Juventud Libre del Perú, primera quincena de mayo de 1923, p.1.

<sup>67</sup> **Claridad** (Lima) n° 6, 2da quincena de septiembre de 1923.

<sup>68</sup> “Lea Ud.”, **Claridad** (Lima), n° 3, 2da quincena de septiembre de 1923, p. 25.

<sup>69</sup> José Carlos Mariátegui, “La Unidad de América Indo-española”, publicado en **Varietades** (Lima), 6 de diciembre de 1924, reproducido en **Mariátegui Total**, Tomo I, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, p.414.





Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui le tuvieron particular aprecio a Ingenieros, salvando la diferencia de que el segundo sólo lo conoció a través de algunas de sus libros y pronunciamientos, en tanto que Haya, tuvo un contacto epistolar con él en 1920 y un encuentro a su paso por la ciudad de Buenos Aires en 1922, en su conocida gira de fraternidad estudiantil reformista. Haya y Mariátegui destacaron el papel de Ingenieros en su triple adhesión al movimiento de Reforma Universitaria, a la lucha antiimperialista latinoamericana y a la Nueva Rusia. Por esas mismas fechas, en la ciudad de Arequipa la vanguardia estudiantil exhibía algunas obras de Ingenieros en su colección de "Libros rojos" en el local de "la Coalición Obrera de los Barrios".<sup>70</sup>

La distinción que recibió José Ingenieros como "Maestro de la Juventud" por parte del movimiento estudiantil peruano se insertó en la segunda fase de su accidentado proceso de reorientación ideológica a partir de 1920 y al lado de Manuel González Prada y de José Vasconcelos, sepultando a las encontradas figuras políticas nacionales que habían recibido tal distinción honorífica: Javier Prado en 1917 y Augusto B. Leguía en 1918.

El ciclo represivo contra los líderes tanto del movimiento de reforma universitaria liderado por Haya de la Torre como del movimiento obrero iniciado en mayo de 1923, tras las exitosas jornadas de lucha contra el intento gubernamental de oficializar el culto al sagrado corazón en el país potenció la diáspora del exilio peruano. Las Universidades Populares "González Prada" que entraron en funcionamiento a partir del año 1921 gracias a tesonero empeño de Haya de la Torre, recogían el mandato del Congreso de Estudiantes Universitarios celebrado en el Cusco el año anterior, al ser aprobada la moción de Abraham Gómez. Hacia 1923 los estudiantes reformistas que fungían de profesores en las dichas universidades, popularizaron entre sus alumnos obreros las figuras de José Ingenieros, José Vasconcelos y Alfredo Palacios. No fue casual que Mariátegui al inaugurar en dicho espacio la serie de conferencias dedicadas a "La Crisis mundial y el proletariado peruano" el 15 de junio de dicho año, le dedicase unas palabras a José Ingenieros.<sup>71</sup>

El Maestro argentino tuvo algunos gestos solidarios para con Haya de la Torre con motivo de su destierro. El primero, unas palabras de aliento que fueron bien recibidas por el movimiento estudiantil peruano y sus dirigentes en el exilio en febrero de 1924:

Creemos que antes de pocos años el ilustre desterrado Haya de la Torre será el líder político y social que encabece a la nueva generación llamada a renovar al Perú. Y también creemos

<sup>70</sup> Héctor Ballón Lozada, **Cien años de vida política de Arequipa, 1890-1990**, Arequipa, UNSA, 1993, p.28.

<sup>71</sup> En el Perú "faltan... maestros universitarios, del tipo de José Ingenieros, capaces de apasionarse por las ideas de renovación que actualmente transforman el mundo y de liberarse de la influencia y de los prejuicios de una cultura y de una educación conservadoras y burguesas...". José Carlos Mariátegui, "La crisis mundial y el proletariado peruano", en reproducido en **Mariátegui Total**, Tomo I, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, p. 845.

que antes de ese tiempo, Leguía habrá desaparecido —¿de que manera?— del escenario político peruano.<sup>72</sup>

Ingenieros apoyó materialmente a Haya en Europa cuando se encontraba con serias dificultades económicas y de salud, al conseguirle el nombramiento de Secretario Adscrito a la Delegación Argentina que participaría a fines de marzo de 1924 en París en el marco del congreso constitutivo de la Asociación Internacional de Derecho Penal.<sup>73</sup>

Encontrándose en Buenos Aires Eudocio Ravines, Luis Heysen, Enrique Cornejo, Oscar Herrera y Manuel Seoane, estudiantes peruanos tenían la esperanza de dialogar con Ingenieros. No eran los únicos, compartían tal deseo otros latinoamericanos que vivían en la misma casa de huéspedes de San Martín. Todos ellos, gracias al argentino Andrés Dillon, integrante de la Unión Latino Americana, pudieron concertar una cita con Ingenieros en su casa, según la versión de Ravines.<sup>74</sup> Prevalcía en el imaginario de estos jóvenes ex profesores de la Universidad Popular "González Prada", una cierta ambivalencia por su rechazo a los mayores de 40 años y la aceptación de lo que ellos consideraban sus "maestros de la juventud" entre los que se encontraba Ingenieros. A estos últimos en sus "apasionadas charlas" se les consideraba que "poseían la clave de los problemas sociales". Sin embargo, en contacto directo con el maestro Ingenieros, vino la estupefacción y el desagrado ante el artilugio higienista y el estilo socarrón que usó Ingenieros para estigmatizar a los indígenas, que no usaban el papel higiénico para limpiarse:

Papel higiénico quiere decir servicios higiénicos —subrayó el Maestro— quiere decir limpieza y salud, disminución de la mortalidad infantil, es decir civilización, hombre blanco. [...] —¿Y que cree que le hace falta a mi país? ... —¡Raza blanca...!<sup>75</sup>

Mientras que en 1925 salía publicada la primera edición peruana de **El Hombre Mediocre**,<sup>76</sup> Haya se reencontraría con Ingenieros en París en más de una oportunidad. En un paseo, Haya dibujó una especie de ritual de pasaje intergeneracional a través de las palabras de Ingenieros: "Pasando una vez frente al templo griego de la Magdalena en París: me decía: 'Ustedes harán la revolución; déjenme a mí unir a los intelectuales y levantar un edificio como éste para la Unión Latino Americana.'"<sup>77</sup>

<sup>72</sup> Luis Alberto Sánchez, **Haya de la Torre y el Apra**, Lima, Editorial Universo, 1980, p. 154.

<sup>73</sup> Alejandro Sux, **El Asilado "silencioso", antología del caso Haya de la Torre: su biografía**, México, Editorial Fren, 1954, p. 16.

<sup>74</sup> El testimonio de Ravines sobre el encuentro con Ingenieros es verosímil. No fue desmentido ni contrastado por sus compañeros al ser publicado en 1952. Retrata de fondo la concepción de Ingenieros sobre la cuestión racial y el proceso civilizatorio, que para países los andinos resultaba inaceptable cuando se habían asumido posturas próximas al indigenismo radical.

<sup>75</sup> Eudocio Ravines, **La Gran Estafa**, México, Libros y Revistas, 1952, pp.88-89.

<sup>76</sup> José Ingenieros, **El hombre mediocre**, Lima, Biblioteca de la Prensa, 1925. Existe un ejemplar de dicha edición en la Biblioteca de la Universidad Católica (B 1034.16 H 1925).

<sup>77</sup> Haya de la Torre, "José Ingenieros (Palabras de tributo)", Londres, noviembre de 1925, **Repertorio Americano** (S. J. Costa Rica), tomo XII, n° 4, 25 de enero de 1926, p. 57.



Días más tarde se realizó un gran mitin antiimperialista en París que congregó a figuras intelectuales de primer orden entre las que se encontraba José Ingenieros, José Vasconcelos y Miguel de Unamuno entre otras. Haya se integró al lado de ellas como uno más de los oradores, en representación de la nueva generación de estudiantes latinoamericanos. En noviembre de 1925, Haya evocó algunos pormenores del discurso de Ingenieros:

No olvidaré jamás su discurso en la sala de la Société des Savantes de Paris durante la demostración antiimperialista que los latinoamericanos realizamos a su llamado el 29 de junio. Me pareció admirable su honradez para rectificarse, para declarar que había sido un equivocado durante la Gran Guerra y un equivocado en su anterior admiración a los Estados Unidos. Con una sinceridad superior declaró que su nuevo camino era el que nuestra generación latinoamericana señalaba y dirigiéndose al auditorio dijo; más o menos estas palabras: "Me alegra ver entre vosotros una gran mayoría de jóvenes menores de treinta años, porque sois los que podréis sentir y realizar la obra de la Unidad, de la Justicia y de la Libertad de nuestra América." Más que nunca, aquella noche memorable, Ingenieros fue maestro; se rectificó con valentía y vivificándose en la nueva fe de nuestra generación se declaró guiado por ella y no guía...<sup>78</sup>

Dicho evento tenía como punto central de su agenda antiimperialista solidarizarse con México que resentía la amenaza norteamericana. Desde el mes de mayo, Ingenieros, contando con el apoyo económico de Alfonso Reyes, el escritor y representante de la Legación diplomática de México en París, pudo atraer a las figuras mencionadas y a un público importante.<sup>79</sup>

Eudocio Ravines da cuenta de que él y Roberto Hinojosa sufrieron "con todo aquello", que los demás peruanos cayeron hasta cierto punto en el juego conversacional higienista que les tendió Ingenieros. La imagen del Maestro argentino se desplomó para Ravines: "Salía desmaravillado y en consecuencia entristecido y disturbado hasta el punto de masticar decepción y amargura. El prestigio del maestro ante mí entraba con rapidez en su menguante..."<sup>80</sup>

¿Caló el discurso de Ingenieros en los demás jóvenes peruanos? Manuel Seoane, el más cercano a Ingenieros por haber participado activamente en la Unión Latino Americana, se desmarcó frente a la cuestión indígena. Frente a ella, sin renunciar a la idea de raza indígena, la revistió de cierto romanticismo en que se atisban los ecos ideológicos de Rousseau y Kropotkin,<sup>81</sup> salvo, al reproducir un prejuicio criollo sobre su presunta melancolía por el pasado prehispá-

nico y su desconfianza hacia el blanco.<sup>82</sup> Oscar Herrera publicó un artículo en defensa de la población indígena. La adhesión de Cornejo y Heysen al igual que Ravines y Seoane al ideario indoamericano del Apra los posicionó en una dirección más acorde con la problemática nacional peruana. Sabían que suscribir el parecer racista de Ingenieros, los hubiese aproximado al bando oligárquico.

## Cierre de palabras

Reiteramos, después de haber explorado el proceso de recepción peruana de Ingenieros, que en su desarrollo tuvo sus momentos y particularismos vinculados a las agendas intelectuales y políticas peruanas. En ese contexto, el campo intelectual peruano resintió el ritmo discontinuo y fragmentario de la circulación de las obras filosóficas, científicas y socialistas del escritor argentino, pero a pesar de ello, fue modelando sus preferencias, decantamientos y debates.

Una revisión de la prensa obrera peruana entre 1904 y 1925 evidenció la ausencia de Ingenieros. No figuraba en las adquisiciones de las bibliotecas obreras, tampoco en la publicación de fragmentos o de frases extraídas de obras de intelectuales latinoamericanos y europeos. Lo anterior ratifica que la recepción de Ingenieros se dio en el seno del campo intelectual peruano más que en el estrictamente político o sindical. Fueron los estudiantes e intelectuales quienes les hablaron de Ingenieros a los obreros sin lograr la recepción esperada.

Mirado el proceso de recepción desde la perspectiva del análisis de las redes intelectuales, constatamos que las revistas jugaron un papel de mediación importante y solventaron un circuito de ida y vuelta a través de los canjes, las reproducciones, las colaboraciones, las cartas y las suscripciones. La propia red seguida a través de las diversas revistas, muestra mudanzas, bajas, nuevas adhesiones y viejas lealtades que han sido parcialmente documentadas.

En la obra de Ingenieros, más allá de su epistolario, se muestra escaso interés por los temas peruanos y por las obras de sus intelectuales. Del lado peruano, se aprecia más en la generación reformista que en la precedente, posturas ambivalentes y críticas frente a un núcleo duro del pensamiento ingenierano sobre las razas negra e indígena. Incluso la vocación antiimperialista fue motivo de disenso y crítica.

El haber integrado al proceso de recepción las revistas de Ingenieros salvo el boletín **Renovación**, que ha sido analizado por Alexandra Pita y Osmar González, deja muchas aristas sin tratar. En la misma dirección al aproximarnos a la recepción de los libros de la colección "La Cultura Argentina" aunque logramos resaltar su impor-

<sup>78</sup> *Ibid.*

<sup>79</sup> Pablo Yankelevich, "La Revolución en México en el pensamiento latinoamericano" en: [biblio.juridicas.unam.mx/libros/6/2923/6.pdf](http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/6/2923/6.pdf) p. 59, consultada 28/10/2011.

<sup>80</sup> *Ibid.* p. 88.

<sup>81</sup> "...Los dos millones de indios que pueblan Bolivia y que a pesar de la Independencia y del 'siglo de la libertad' están condenados a vivir miserablemente encadenados a un señor Escalier, agricultor o a un señor Patiño minero. Cada uno de ellos resume, en una trágica síntesis de dolor, el problema básico del altiplano. Hijos de una raza buena y mansa, que cultivó el amor humano como fuente de todas sus formas sociales, fueron sorprendidos, a mitad de su proceso cultural, por el trabajo dominador de los aven-

tureros ibéricos". Manuel Seoane, **Con el Ojo izquierdo mirando a Bolivia**, Buenos Aires, Librería Imprenta Juan Perrotti, 1926, pp.23-24.

<sup>82</sup> "El indio se abismó en su desesperanza. [...] Allí está inmutable y grave, como sus padres y sus abuelos, mirándonos con reserva indescifrable. Sus labios sonríen, pero en sus ojos flota el velo de su drama interior. Ese hombre se refugia en sus recuerdos. Suspira melancólico, añorando la paz de los tiempos pretéritos, cuando la raza de bronce vivía sin zozobras, sin penurias, dulcemente." *Ibid.*, p.24.



tancia, tuvimos que dejar pendientes la localización y consulta de reseñas, así como los comentarios sobre las obras y autores que concitaron mayor interés, existentes en los diversos medios impresos o referidos en los epistolarios de los intelectuales peruanos.

Con motivo del deceso de Ingenieros, Mariátegui y Haya de la Torre escribieron en diferentes momentos sus respectivos balances sobre su significación histórica. Tanto para Haya<sup>83</sup> como para Mariátegui<sup>84</sup> se trataba de la sensible pérdida de un Maestro para las vanguardias estudiantiles. Haya declaró su admiración por su entusiasta y renovador juvenilismo, más que por “toda su obra de científico”. Lo reivindicó interesadamente como un adelantado, un precursor, un vocero de la lucha por la “Nueva América”. Celebró su “rectificación” en vida, es decir, la de su presunto paso a la retaguardia para dejarle el campo libre a la nueva generación y sus liderazgos emergentes.

En cambio, Mariátegui, prefirió tomar a Ingenieros como motivo para reflexionar sobre la relación entre el intelectual y el poder, la cual, afirmaba, tendía a acentuarse con la vejez y el ablandamiento que le suscitan los homenajes, las medallas, las condecoraciones, los honores al punto de volverlos “humildes funcionarios del orden establecido”. Otros, dice Mariátegui, gustan de la simulación crítica pero aceptan su “servidumbre” conformándose con adquirir un “valor académico”. En cambio, Ingenieros fue un digno ejemplo del intelectual libre, “consciente de la función revolucionaria del pensamiento.” Valoró Mariátegui el hecho de que el maestro siguiese siendo en vida un hombre de estudio sin que desdeseñase la política. Señaló un aporte de Ingenieros a la comprensión de la escena contemporánea de la primera posguerra: “La mayor prueba de la sensibilidad y la penetración histórica de Ingenieros me parece su actitud frente a la posguerra... percibió que la guerra abría una crisis que no se podía resolver con viejas recetas”.<sup>85</sup> Agregó que el viejo maestro aceptaba que el proletariado relevase a la burguesía en la tarea histórica de la “reconstrucción social”. Mariátegui, por último, precisó histórica y culturalmente las limitaciones de Ingenieros frente a las corrientes renovadoras del presente:

La formación intelectual y espiritual de Ingenieros correspondía a una época que los ‘nuevos tiempos’ venían, precisamente a contradecir y rectificar en sus más fundamentales conceptos. Ingenieros, en el fondo, permanecía demasiado fiel al racionalismo y al criticismo de esa época de plenitud del orden demo-liberal. [...] Pero Ingenieros comprendió, sin duda, su caso. Se dio cuenta, seguramente, de que en él envejecía una cultura. Y consecuentemente, no desalentó nunca el impulso ni la fe de los jóvenes.<sup>86</sup>

Haya de la Torre distanciándose de la postura de Mariátegui, consideró necesario impulsar un giro parricida frente a los maestros

de su generación: Ingenieros, Palacios y Vasconcelos. La justificación que dio el líder peruano fue eminentemente política dirigida a reorientar la lucha antiimperialista ofreciéndose él mismo como figura de relevo:

Hay que decir que Haya de la Torre es el descubridor de la lucha antiimperialista en América Latina y que Ingenieros, Palacios y Vasconcelos, son precursores, caudillos, ignorantes, a quienes hay que desenmascarar y acusar tácticamente<sup>87</sup>

Coincidió el afán parricida de Haya con su emprendimiento político de la APRA, había que dejar atrás a las figuras que otrora orientaron a su generación y por ende, a él mismo. Haya, apostaba a someter a las organizaciones antiimperialistas existentes bajo la égida de la APRA o a obligarlas a batirse en retirada, incluyendo la Unión Latino Americana fundada por Ingenieros. Haya pensaba en términos continentales, es decir, indoamericanos. Por su lado, Mariátegui desde la revista **Amauta** pensaba inicialmente en términos del campo intelectual peruano, fue asumiendo a su manera el legado dejado por Ingenieros en su modo de orientar la **Revista de Filosofía**, bajo las coordenadas de actualidad, pluralidad y debate más allá de las fronteras nacionales, las cuales paulatinamente fueron obteniendo un cierto énfasis latinoamericano. La conversión de **Amauta** en una revista latinoamericana tiene a nuestro juicio una deuda no explícita con Ingenieros.

<sup>83</sup> Haya de la Torre, “José Ingenieros (Palabras de tributo)”, *op. cit.* p.57.

<sup>84</sup> José Carlos, Mariátegui, “José Ingenieros”, *op. cit.*, p. 442.

<sup>85</sup> *Ibid.*

<sup>86</sup> *Ibid.*

<sup>87</sup> Carta de Esteban Pavletich a JCM, Buenos Aires, 12 de abril de 1930, reproducida en: José Carlos Mariátegui, **Correspondencia 1915-1930**, tomo 2, Lima, Biblioteca Amauta, 1984, p. 754.

**ANEXO 1: Ediciones peruanas de las obras de José Ingenieros 1966–2008**

Título	Año	Ciudad - Editor	Código	Acervo
<b>El hombre mediocre</b>	1966	Lima, Editorial Lex	301.151-153-1966	BNP
	[1975]	Lima, Eds. Peisa	301.151-153-1975	BNP
	1982	Lima, Peisa	301.151-153-1982	BNP
	[1984?]	Lima, Ed. Lima	301.151-153-1984	BNP
	[1985?]	Lima, s.n.	301.151-153-1985	BNP
	1995	Lima, Ed. Rivera	301.151-153-1995	BNP
	1998	Lima, Vlacabo	301.151-153-1998V	BNP
	1998	Lima, Librería Isabel	301.151-153-1998	BNP
	2001	Lima, Edit. Vlacabo	301.151-153-2001	BNP
	[2002?]	Lima, Chirre	T-301.151-153-2002C	BNP
	[2002?]	Lima, Ed. y Distr. Santa Bárbara	T-301.151-153-2002	BNP
	2003	Lima, Ed. y Distribuidora Palomino	301.151-153-2003	BNP
	[2003?]	Lima, Edit. Toribio Anyarín Injante	T-301.151-153-2003	BNP
	2005	Lima, Chirre	T-301.151-153-2005	BNP
	2006	Lima, Eds. San Santiago,	T-301.151-153-2006	BNP
2008	Arequipa, Edit. San José Más Cultura	301.151-153-2008	BNP	
<b>Las fuerzas morales; El hombre mediocre</b>	2003	Lima, Talls. Gráfs. de Edit. San Marcos	T-301.51-153F-2003	BNP
<b>Las fuerzas morales</b>	[1984?]	Lima, Edit. Lima	177-153-1984	BNP
	[1985?]	Lima, s.n.	177-153-1985	BNP
	[1985?]	Lima, Eds. Culturales Marfil	177-153-1985C	BNP
	[1986?]	Lima, Edit. Lima	177-153-1986	BNP
	[1986?]	Lima, Ed Lima	170.01-153-1986?	BNP
	1993	Lima, Vlacabo	177-153-1993	BNP
	2002	Lima, Eds. Culturales Marfil	T-177-153-2002CM	BNP
	2002	Lima, Eds. Cultura Peruana	T-177-153-2002CP	BNP
	[2002?]	Lima, Edit. y Distr. Santa Bárbara	T-177-153-2002	BNP
2006	Lima, Eds. San Santiago	T-177-153-2006	BNP	
<b>Los tiempos nuevos</b>	[198?]	Lima, Editores Tipo-Offset	94-0.3-153-198?	BNP
<b>Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía</b>	1988	Bendezú (Lima, Tipo Offset)	100-153-1988	BNP

Fuente: Catálogo digital de la Biblioteca Nacional del Perú.

**ANEXO 2: “La Cultura Argentina”, 1915–1925**

Autor	Título	Año	Código	Acervo
Nicolás Avellaneda; introd. Alvaro Melián Lafinur	<b>Escritos literarios</b>	1915	E30 .S23	UNMSM
Domingo Faustino Sarmiento	<b>Conflicto y armonías de las razas en América</b> / con una exposición de sus ideas sociológicas por José Ingenieros	1915	BIRAVA 00786 E30 .S23 BIRAVA 01108	PUCP
Mariano Moreno	<b>Escritos políticos y económicos</b> / ordenados y con un prólogo por Norberto Piñero	191	FJ50 .M79 AR 0085	UNMSM



Autor	Título	Año	Código	Acervo
Andrés Lamas; pról. Alvaro Melián Lafinur Juan Bautista Alberdi	<b>Rivadavia : su obra política y cultural</b>	1915	AR 0085 BIRAVA 01521	PUCP
Agustín Álvarez Juan Bautista Alberdi Esteban Echeverría	<b>Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina</b> <sup>88</sup> <b>La Creación del mundo moral</b> <b>El Crimen de la guerra</b>	1915 1915 1915	JL2011 .A34 1915 BJ1142 .A45 1915 JX1952 .A45 1915	UNMSM UNMSM UNMSM
Domingo Faustino Sarmiento Francisco Ramos Mejía	<b>Dogma socialista, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde al año 1837. Plan económico. Filosofía social</b> <b>Facundo</b> <sup>89</sup>	1915	FJ66 .E19 FJ61 .Q9Z7 191 JL2011 .R21 1915	UNMSM
Florentino Ameghino	<b>El Federalismo argentino (fragmentos de la historia de la evolución argentina)</b>	1915	QH371 .A49	UNMSM
Vicente Gregorio Quesada	<b>Filogenia; principios de clasificación transformista basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas</b>	1915	FJ49 .Q2	UNMSM
José Hernández Olegario Víctor Andrade Juan María Gutiérrez	<b>Historia colonial argentina.</b> Con un estudio biográfico y crítico por C. O. Bunge <b>Martín Fierro</b> <b>Obras poéticas</b>	1915 1915 1915	AR 0069 PQ7797 .H43 1915 PQ7797 .A57	UNMSM UNMSM UNMSM
Lucio Vicente López Martín García Mérou	<b>Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires. Noticias históricas desde la época de la extinción de la Compañía de Jesús en el año 1767, hasta poco después de fundada la Universidad en 1821, con notas biográficas, datos estadísticos curiosos, inéditos o poco conocidos</b> <b>Recuerdos de viaje</b>	1915	LF100.A3 .G96 D919 .L83 PQ7611 .G25 1915	UNMSM UNMSM
Andrés Lamas Bernardo Monteagudo	<b>Recuerdos literarios.</b> Con una introducción de Ricardo Monner Sans <b>Rivadavia</b>	1915 1915	FJ56 .R68Z5 JL2015 .M77E	UNMSM UNMSM
Francisco Javier Muñiz	<b>Escritos políticos</b> / recopilados y ordenados por Mariano A. Pelliza; reedición completa, con una introd. de Álvaro Melián Lafinur <b>Escritos científicos: ciencias naturales argentinas</b> / Seis ensayos publicados con introd. y comentarios de Domingo. F. Sarmiento y con juicios críticos de Bartolomé Mitre y Florentino Ameghino	1916	F 2845 M77 (2 ej.) 508.82 M94	PUCP PUCP
Domingo Faustino Sarmiento	<b>Argirópolis</b> / con una introducción biográfica por Ernesto Quesada	1916	FJ69 .S63 1916	UNMSM
Domingo Faustino Sarmiento	<b>Recuerdos de provincia</b> / con un apéndice sobre su muerte por Martín García Merou	1916	982.05 S23 BIRAVA 00722	PUCP PUCP
Vicente F. López	<b>Manual de la historia argentina: dedicado a los profesores y maestros que la enseñan / Vicente Fidel López;</b> con un estudio sobre el autor por Carlos Iburguren	1916	982 L83	PUCP
Martín García Mérou	<b>Estudios americanos (primera serie),</b> con una introducción de Eugenio Díaz Romero	1916	EB23 .G25	UNMSM
Amancio Alcorta	<b>La Instrucción secundaria</b>	1916	LF60.A3 .A35	UNMSM
Raquel Camaña	<b>Pedagogía social</b>	1916	LB47 .C22	UNMSM
Juan Bautista Alberdi	<b>Peregrinación de Luz del Día</b>	1916	PQ7797.A5 .P45	UNMSM
Domingo Faustino Sarmiento	<b>Recuerdos de provincia</b>	1916	F2961 .S23A	UNMSM
Bartolomé Mitre	<b>Rimas</b>	1916	PQ7797.M5 .R61 1916	UNMSM

<sup>88</sup> Reimpreso en 1923.

<sup>89</sup> Reimpreso en 1923.

Autor	Título	Año	Código	Acervo
Mariano A. Pelliza; precedido por un escrito póstumo de Esteban Echeverría	<b>La dictadura de Rosas</b>	1916	982.042 P41	PUCP
José María Paz	<b>Guerras civiles : memorias póstumas</b>	1917	X1 631	PUCP
José Mármol	<b>Cantos del peregrino</b>	1917	PQ7797 .M26C	UNMSM
Pedro Goyena	<b>Crítica literaria.</b> Con una introducción de Estrada (h)	1917	PQ7614 .G78	
Mariano A. Pelliza	<b>La Dictadura de Rosas</b>	1917	FJ66 .P41	UNMSM
Agustín Álvarez	<b>Educación moral</b>	1917	BJ1142 .A45	UNMSM
Evaristo Carriego	<b>Misas herejes</b>	1917	PQ7797 .C27M 1917	UNMSM
Juan Bautista Ambrosetti	<b>Supersticiones y leyendas</b>	1917	FJ42.30 .A48	UNMSM
Vicente Gregorio Quesada	<b>La Vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII</b>	1917	F14 .Q3	UNMSM
José María Paz	<b>Campañas contra Rosas. Memorias póstumas, tercera y última parte</b>	1917	FJ67 .P3 JX1530 .Q3	UNMSM UNMSM
Vicente Gregorio Quesada	<b>Historia diplomática latino-americana</b>	1918-20	RREE 0040 (3 ej.)	UNMSM
Florentino Ameghino	<b>La antigüedad del hombre en el Plata</b>	1918	E42 .A49 573.3098 A49 VOL.2 (W)	PUCP UNMSM PUCP
Bartolomé Mitre; precedidos por un prólogo de Julio Barreda Lynch	<b>Ensayos históricos.</b>	1918	982.004 M66 (W)	
Agustín Álvarez	<b>South América;</b> ensayo de psicología política	1918	F31 .A45 1918	UNMSM
Carlos Octavio Bunge	<b>Estudios filosóficos</b>	1919	104 B92	PUCP
Domingo Faustino Sarmiento	<b>Viajes</b>	1922	PQ 7797.S27 (3 ej.)	PUCP
Adán Quiroga	<b>Calchaquí</b>	1923	FJ43.C1 .Q9	UNMSM
Pedro Lacasa	<b>Lavalle.</b> Con notas y un estudio preliminar de Mariano de Vedia y Mitre	1924	FJ61 .L31Z5	UNMSM
César Iglesias Paz	<b>Obras completas</b>	1925	PQ7797.I4 .O26	UNMSM





## Mariátegui ante la muerte de Ingenieros: Apropiación simbólica y construcción de un paradigma intelectual

Martín Castilla\*

Mi propuesta retoma un recaudo metodológico que Carlos Altamirano (2002, 2007 y 2008) enuncia en varios de sus trabajos sobre la cuestión de los intelectuales, que consiste en situar la problemática del intelectual en contextos históricos y en realidades locales particulares, evitando así posibles sesgos homogeneizantes producto de la generalización de casos elevados al rango de modelos (el más frecuente es el del intelectual “a la francesa”). Siguiendo ese lineamiento, me propongo analizar algunos aspectos de las disputas sobre las concepciones del intelectual que se despliegan en el Perú de los años veinte. Como disparador del análisis, tomaré la construcción de la representación del intelectual que despliega José Carlos Mariátegui en el artículo denominado “José Ingenieros”, escrito en carácter de homenaje ante la muerte del pensador argentino, y aún no abordado por la crítica. Como señala Pita (2009), la muerte de Ingenieros suscita un gran despliegue de operaciones de apropiación simbólica de su figura por parte de intelectuales argentinos y latinoamericanos. Mariátegui intentará, a partir de un singular y estratégico recorte de la trayectoria y rasgos del intelectual argentino, apropiarse de su figura para conectarla con la tradición que él está inventando, junto a otros jóvenes peruanos: la vanguardia estético-política, a la que se asocia un modelo de intelectual revolucionario que es a la vez agente de acción cultural y de acción política.

Como afirma Martín Bergel (2010), a quien sigo de cerca en este trabajo, para el caso de los jóvenes apristas (entre los que, por cierto, incluye a Mariátegui antes de la ruptura con Haya de la Torre y la configuración populista del aprismo), hay una voluntad de cortar con un paradigma intelectual que había sido muy influyente en toda América Latina desde principios del siglo XIX hasta entrado el siglo XX y que tiene como eje al intelectual modernista, vinculado a la “cultura reformista-iluminista” apuntalada en los años veinte por intelectuales de las metrópolis culturales como Romain Rolland y el grupo *Clarté*, y a nivel local por los “maestros de la juventud” como Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, José Enrique Rodó y el propio Ingenieros (Bergel, 2010: 322). Dicho modelo permanecía activo no sólo en la “generación del 900” o “generación arielista” de José de la Riva Agüero y Francisco García Calderón, sino también en sectores de la “nueva generación” peruana.

Mariátegui y sus congéneres más radicalizados, buscaban deliberadamente trascender el rol de letrados o educadores del pueblo, enfatizando una concepción del intelectual que debe tener necesariamente entre sus cualidades la de ser un hombre de acción, un organizador político, un revolucionario. No obstante, esa faz revolucionaria no pretendía anular las cualidades contenidas en el modelo anterior, sino por el contrario, complementarlas. De allí que Bergel hable de la “doble legitimidad” que sostiene a este emergente paradigma de intelectual: “la de portadores del saber y ejercitantes de prácticas específicamente intelectuales (esencialmente la escritura y el dictado de conferencias), y la de ‘hombres en marcha’, incansables organizadores y propagandistas de la doctrina que impulsan” (Bergel, 2010: 322). A este tipo de práctica dual se refiere Jorge Schwartz (2002) cuando caracteriza la praxis de Mariátegui como una “militancia bifronte”, estética y política al mismo tiempo (en la misma línea Beigel, 2003; 2006).

\* \* \*

Antes de comenzar el análisis propuesto, haré una breve referencia al proceso de emergencia de los intelectuales en América Latina, poniendo una particular atención a su primera configuración denominada alternativamente “intelectual modernista” (Ramos, 1989), “hombre de letras” (Altamirano, 2008), “escritor artista” (Halperín, 1987), y que en el contexto peruano de los años veinte suele ser referido con el término “arielista”. El interés por contar con una descripción de este tipo de intelectual reside en que el nuevo modelo de intelectual presentado por Mariátegui intentará operar sobre aquel, señalando sus límites y marcando elementos asimilables que, complementados con una prescripción sobre la necesidad de volcarse a la acción política, configuran el nuevo modelo de intelectual “revolucionario”.

Hacia el último cuarto del siglo XIX se sacuden los sistemas de autorización de la “república de las letras” y entra en crisis su sistema cultural. Este estaba marcado por una relación entre la literatura y lo político (entendido como esfera burocrática y legal del Estado, y como práctica estatal) en la que la primera proyectaba, autorizándose en una concepción positivista de la “razón”, “los modelos de comportamiento, las normas necesarias para la invención de la ciudadanía, los límites y las fronteras simbólicas, el mapa

\* IDIHCS-UNLP-CONICET

imaginario, en fin, de los estados en vías de consolidación” (Ramos, 1989: 8). La figura central de ese sistema cultural era la del *letrado* quien, a decir de Ángel Rama (1984), formaba parte del sistema de poder y cumplía la función ideológica fundamental de producir discursos de legitimación del orden social capaces de apuntalar la dominación del mundo popular. Para Rama, el letrado formó parte del sistema de poder desde la Colonia, conservando su preeminencia social gracias al mantenimiento del monopolio de la escritura, que reivindicaba como un factor de distinción social y que sustentaba una permanente tendencia aristocrática.

A diferencia de Rama, quien considera que el escritor finisecular seguía siendo un intelectual *orgánico* del poder, Julio Ramos ve en el surgimiento del intelectual modernista la punta del *iceberg* del proceso de emergencia de una autoridad y un lugar de enunciación específicamente literarios. Montados en la crisis de la fe en la razón y en la reacción antipositivista que se vive en el pasaje entre los siglos XIX y XX, este sujeto emergente se sustenta en la consideración de que es el arte y la práctica estética (y ya no la razón y la práctica letrada) lo que le confiere probidad y autoridad en la comprensión privilegiada de los problemas sociales y del proceso histórico. Como afirma Oscar Terán (2008: 155), lo que opera en estos nuevos sujetos es “la idea de que el arte [...] es portador de una verdad diferente, e incluso superior a la verdad del discurso racional o científico: la verdad de la fantasía o la imaginación, que persigue el ideal de belleza”. Ramos considera a estos escritores finiseculares como los primeros intelectuales modernos de América Latina, dado que sus prácticas “comenzaban a constituirse *fuera* de la política y frecuentemente opuestas al Estado, que había ya racionalizado y autonomizado su territorio socio-discursivo” a través de la conformación de una moderna burocracia. Este proceso marca un cambio radical en la relación entre el intelectual, el poder y la política, delimitando un campo que se diferencia del campo letrado (Ramos, 1989: 62-72).<sup>1</sup>

Sin embargo, Ramos considera que la literatura no contó con las bases institucionales que podrían haber garantizado una radical autonomía, dado el carácter dependiente y desigual de la modernización en el continente. Esto provoca para Ramos una “dialéctica entre la tendencia a la autonomización y los imperativos ético-políticos” (1989: 69), tensión persistente que incidirá en la “heterogeneidad formal y funcional de la literatura en América Latina [que] se caracteriza por pugnas entre autoridades emergentes, o a veces residuales, pero siempre irreducibles a la homogeneidad discursiva y funcional que define los campos de autoridad recortados por la racionalización moderna” (Ramos, 1989:

80). De hecho, una de las hipótesis fuertes del trabajo de Ramos es que la autonomía de lo estético funciona, por el contrario, como condición de posibilidad de una repolitización del intelectual, pero ahora, a diferencia del letrado de mediados del siglo XIX, en la crítica a lo político (estatal). Este hecho abre la posibilidad de establecer, en virtud de ese lugar descentrado, alianzas y afiliaciones en los márgenes de la cultura dominante, visibles en la emergencia tanto del antiimperialismo latinoamericanista de Rodó, como en las apuestas más radicales de alianza con lo subalterno de Martí o González Prada (Ramos, 1989: 70-74).

Ahora bien, a pesar del carácter heterogéneo, desigual, incompleto del proceso real de autonomización —que llevó a estos intelectuales a participar activamente de la polémica en torno a la definición de la identidad nacional y continental, desempeñando de hecho una función pública que articulaba mensajes políticos y disputas de poder (Terán, 2008: 158-161)—, la “voluntad de autonomía”, es decir el intento por lograr un lugar de enunciación propio, por construir una nueva identidad social, operó en el plano de las representaciones y los imaginarios sociales como una tendencia efectiva dentro del campo intelectual finisecular (Ramos, 1989: 80). A partir de esta tendencia se configuró una modulación específica sobre la práctica intelectual y sobre el deber ser de los intelectuales, asociada a la ideología del cultivo del “arte por el arte”, a la búsqueda del *ideal* de belleza como brújula, al desarrollo de lo espiritual por sobre lo material y en oposición a lo útil, al rechazo de lo social y lo político considerado como convencional y mediocre, al refugio en la “torre de marfil”, propensa a alimentar un *elitismo esteticista* que encuentra una de sus representaciones modélicas en algunas áreas de la ficción (y la función) pedagógica del *Ariel* de Rodó (Terán, 2008: 158-161).<sup>2</sup> Esta particular representación del intelectual modernista —que prescribe un tipo de práctica intelectual distanciada de la acción específicamente política de organización, movilización, ideologización de fuerzas sociales— operó con fuerza en la constitución de la “juventud” latinoamericana como actor social, desde fines del siglo XIX (y seguirá gravitando con fuerza sobre el campo intelectual de los años veinte, en América Latina en general y en el caso particular de Perú —que aquí nos interesa especialmente—, a pesar de los cambios sociales y culturales que sustentan la emergencia de nuevos sujetos, portadores de otros modelos y prácticas intelectuales).

\*\*\*

En el caso de Perú, tal como afirman Deustúa y Rénique (1984), desde principios de siglo, y más intensamente hacia la década de

<sup>1</sup> Este cambio en las relaciones entre intelectuales, poder y política también es reconocido por Halperin Donghi (1987), quien, no obstante, afirma que, dado que los “escritores artistas” asumían su actividad bajo el signo de una separación y superioridad de destino apoyada en la participación en un mundo distinto y más alto que el de otros campos de la actividad social, esto es, el mundo de las ideas, concebido como un orden de vigencia sólo ideal, declaradamente independiente e implícitamente rival del que gobierna la sociedad de la que forma parte, los intelectuales son “herederos en un mundo secularizado, de un poder espiritual” (1987: 49) y, en ese sentido, “el intelectual nace —en nacimiento doloroso y conflictivo— del letrado colonial” (1987:55).

<sup>2</sup> Considero necesario remarcar que no estoy hablando aquí de *prácticas* que se le puedan atribuir a Rodó (en cuyos ensayos podemos encontrar una clara presencia de preocupaciones políticas, como, por nombrar sólo una, la formación y guía de las “multitudes” para conjurar lo que considera un peligroso avance de las democracias en el continente), y ni siquiera a los propios intelectuales “arielistas” peruanos. Lo que describo es una *representación* normativa de la práctica intelectual construida a partir de lecturas parciales de la obra de Rodó y de los discursos del modernismo en general —convergentes en ocasiones con la prédica del “artepurismo”— que, como veremos, el propio Mariátegui señalará para luego combatir.

1920, se produce una extraordinaria expansión de la esfera educativa y cultural. Si bien la educación primaria se expande de manera relativamente homogénea, junto con la matrícula y la población de maestros, tanto en Lima como en las regiones del interior los ámbitos de educación secundaria y universitaria son muy escasos y frecuentemente muy caros. En la mayoría de los casos, sólo las personas de clase media y alta acceden a los niveles superiores de educación; es por ello que muchos de los nuevos intelectuales asumen vías alternativas de educación y aprendizaje cultural, como el autodidactismo y el periodismo de ideas. Por otro lado, aunque pudieran afrontar los gastos, los provincianos deben migrar permanentemente a las capitales departamentales —frecuentemente, a Lima— para poder acceder a la Universidad. Las presiones por el acceso a la educación universitaria y la democratización de esa institución, llevadas adelante por el movimiento de la Reforma, dan cuenta de la presión que estos nuevos sectores ejercen sobre las instituciones del Estado oligárquico. La experiencia de la migración, tal como lo señala Raymond Williams (2002) para el caso del modernismo y las vanguardias europeas, es un importante factor de relajación de las prácticas intelectuales tradicionales y del surgimiento de perspectivas críticas y rupturistas. Simultáneamente, el predominio en 1900 de las profesiones liberales y literarias, típicas del letrado tradicional, se equilibra ahora con el desarrollo de instituciones y disciplinas técnicas (como la ingeniería y la agronomía), de las ciencias sociales (como la sociología y la antropología) y de todas las áreas del arte y la cultura en las que irrumpen las vanguardias estéticas. Sin embargo, todavía persiste una baja especialización del trabajo intelectual, por lo que muchos de los nuevos intelectuales combinan varias especialidades y múltiples pertenencias disciplinares. En estos años se da un *boom* de publicaciones de libros y revistas especializadas dedicadas en su mayoría a abordar directamente los problemas del país. Correlativamente a estos emprendimientos, surgen muchos grupos intelectuales de redactores, colaboradores y promotores culturales. Otro dato relacionado con este proceso es la masificación del público lector, empujado por el crecimiento de la tasa de alfabetización.

Como afirma Fernanda Beigel (2003, 2006), estos cambios posibilitan que hacia 1923, en consonancia con los procesos de la Revolución Mexicana, la Revolución Rusa y, fundamentalmente, el movimiento de la Reforma Universitaria que en Perú tuvo un fuerte crecimiento y un importante grado de radicalidad, surja, en el campo intelectual peruano, la “nueva generación”. Este nuevo sujeto colectivo que empieza a conformarse en oposición al régimen de Augusto Leguía y que comparte un “gesto semejante en contra del orden oligárquico” (Beigel, 2003: 34) es, no obstante, profundamente heterogéneo, y contiene en su interior proyectos de diferentes grados de radicalidad. En él confluyen actores que adhieren a “los ideales clarteanos, la herencia gonzález-pradista, el juvenilismo rodoniano, el marxismo y el antiimperialismo”. Convergen las vertientes tanto estética como política de las vanguardias latinoamericanas de la época (Beigel, 2006: 143). Esta tensión constitutiva de la “nueva generación” tiene su momento de mayor intensidad en el período comprendido entre los años 1923 y 1928, lustro en el cual se desarrolla un “proceso de defi-

niciones programáticas e ideológicas” (Beigel, 2006: 29), a través de intensos debates que tienen lugar sobre todo en las revistas de la época, que funcionan como ámbito privilegiado de sociabilidad intelectual.

Para Beigel, “el proyecto mariáteguiano cabalga sobre el proceso de definiciones ideológicas de la ‘nueva generación’”. Mi hipótesis de trabajo es que Mariátegui va a operar insistentemente sobre este nuevo sujeto para traccionarlo ideológicamente hacia ese modelo de intelectual revolucionario, o también, de intelectual vanguardista estético-político; esto es, capaz de combinar la acción cultural y la acción política, con el objetivo de lograr una transformación radical —revolucionaria— de la sociedad. Para ello, Mariátegui buscará, paralelamente, bloquear elementos residuales del modernismo asociados con la postulación normativa sobre cierto carácter apolítico o antipolítico de la práctica intelectual, cristalizado en las representaciones del intelectual modernista que describimos anteriormente, vinculada a los sectores ligados al “juvenilismo arielista”, típico de principios de siglo XX, cuyo programa elitista parece resistir la radicalización operada por la Reforma, permaneciendo en la crítica a la impermeabilidad de la sociedad oligárquica a las nuevas elites del conocimiento, en la crítica iconoclasta anti-academicista, o en una posición reformista que no exceda los límites del claustro universitario (Beigel, 2006). Sin embargo, el quiebre buscado por Mariátegui no implicará una ruptura con la faceta estética o cultural presente en ese modelo, sino más bien con el sesgo “artepurista” o con la “fuga esteticista”. Por el contrario, Mariátegui buscará complementar la faz estética/cultural con la dimensión política, delineando una militancia y un tipo de intelectual “bifronte”. Del mismo modo creo, como sugiere Néstor Kohan (2000: 98), que lejos de buscar una exclusión de los sectores arielistas, Mariátegui intentará, por diferentes vías y desplegando diferentes estrategias —entre las que se destaca una refuncionalización de la noción de “ideal”—, conducir a los arielistas hacia las posiciones socialistas.

\* \* \*

Luego de esta breve presentación de algunos aspectos relativos a la emergencia del intelectual moderno en el continente y sus diferentes modalidades, así como a las luchas representacionales por la definición del deber ser del intelectual en los años veinte peruanos, intentaré dar cuenta de una de las estrategias a partir de las cuales Mariátegui busca balizar el tránsito de los sujetos de la “nueva generación” hacia la adhesión a un modelo de intelectual revolucionario que combina la acción cultural —científica, artística (vanguardista)— con la acción política. En este caso, se trata de una apropiación creativa de la figura de José Ingenieros que lo conecta con la tradición que Mariátegui está inventando, junto a otros congéneres, mientras que, simultáneamente, demarca los elementos que resultan inasimilables para ese nuevo paradigma. Me centraré en el texto “José Ingenieros”, publicado en la revista limeña **Variaciones** el 7 de noviembre de 1925, con motivo de la muerte del intelectual argentino, y reproducido luego en San José de Costa Rica por la revista **Repertorio Americano**, el 25 de enero de 1926.

Mariátegui se lanza a la batalla de apropiación simbólica que suscita la muerte de Ingenieros, cuando la “vieja” y la “nueva generación”, en sus diferentes vertientes, se apresuran por presentar sus propias imágenes del intelectual argentino. Como afirma Alexandra Pita (2009), en esa batalla simbólica, donde lo que se disputa es la caracterización y los atributos que se le asignan a Ingenieros — en los que se recortan los propios enunciadores—, los diferentes actores del campo intelectual latinoamericano buscan autorizar sus posiciones teóricas y políticas al señalarse como legítimos herederos, continuadores o inclusive superadores de esa prestigiosa figura.

Un primer punto a señalar es el recorte que hace Mariátegui de la trayectoria intelectual de Ingenieros. Mucho se ha escrito sobre la compleja trayectoria vital de Ingenieros en la que son frecuentes las reformulaciones y los cambios de perspectivas teóricas y posiciones políticas.<sup>3</sup> Alexandra Pita y Paula Bruno (2010), a través de una exhaustiva revisión de textos críticos que abordan esta cuestión, señalan al menos seis estaciones en la trayectoria del intelectual argentino. En la primera, que comprende su producción en la década de 1890, encontramos un Ingenieros en el que se entrecruza una matriz “científico darwiniana” con ideas provenientes de ideologías contestatarias (socialistas y anarquistas), cuya preocupación principal gira en torno de la cuestión social. Militante socialista, aunque sostiene una posición más radical que la reformista-parlamentarista del partido, se lo ha encuadrado en la “figura del intelectual ‘rebelde’ agrupado en torno a una práctica bohemia y modernista” (Pita y Bruno, 2010: 193-194). Luego, hacia fines de siglo XIX, se opera una nueva transición. En ese momento Ingenieros abandona su carácter de francotirador, panfletista y político para convertirse en “hombre de ciencia” que adscribe con fuerza al paradigma positivista (desde disciplinas que él mismo funda, como la psiquiatría y la criminología) e intenta buscar las leyes que le permitan resolver la “cuestión nacional” en la Argentina; esto es, construir una nación moderna, integrada al mercado y a la cultura capitalistas, como garantía de evolución pacífica hacia formas elevadas de progreso. Durante esta segunda etapa (1897-1910) rompe definitivamente con el Partido Socialista y se vincula con instituciones estatales como la Universidad, la Dirección Nacional de Higiene y la jefatura de clínica del Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires. La tercera estación (1911-1914) está marcada por el enfrentamiento con el presidente Roque Sáenz Peña, quien le habría negado la posibilidad de acceder al cargo de titular de la cátedra de Medicina Legal de la Universidad de Buenos Aires (UBA), hecho que motiva la desvinculación de Ingenieros de todas las instituciones estatales y su autoexilio a Europa. En este período publica **El hombre mediocre** (1913), ensayo de gran resonancia continental —comparable con el **Ariel** de Rodó— donde se observa un deslizamiento hacia inquietudes filosóficas en el que emergen incrustaciones espiritualistas que, no sin tensiones con la veta positivista biologicista que continúa activa, llevarán hacia el centro de su pensamiento la noción de “ideal”. Junto con la postulación —

que atraviesa todo su pensamiento, pero se acentúa a partir de este período— de que las minorías cultas deben cumplir el rol de guías de las sociedades modernas (y no los políticos profesionales, pero tampoco, tal como lo demuestra su rechazo de la Ley Sáenz Peña, las “mediocracias” inmaduras para el ejercicio de la democracia), dan lugar a un elitismo aristocratizante y, por momentos, antidemocrático. Entre 1914 y 1917 se delimita un cuarto momento, marcado por las reflexiones sobre la Primera Guerra Mundial, aunque continúa pensando la “cuestión nacional”. En esta etapa funda la **Revista de Filosofía** y encara la publicación de la colección “La cultura argentina”, donde en más de cien volúmenes intenta hacer un muestreo de lo más destacado del pensamiento argentino. La Gran Guerra produce un efecto de distanciamiento de las lecturas europeas y de Europa como horizonte de desarrollo ejemplar para América Latina. Hacia 1917, la Revolución Rusa marca un nuevo momento en la perspectiva teórica de Ingenieros, que se vuelca con mucha inmediatez a pensar el fenómeno revolucionario en una serie de textos luego reunidos en **Los tiempos nuevos** (1925). Este libro, junto con otros como **Hacia una moral sin dogmas** (1917) y **Las fuerzas morales** (1918), enmarca esta etapa. Finalmente, desde 1918 hasta su muerte (en 1925) se delimita una última estación en la que el sacudimiento de las estructuras educativas, producido por la Reforma Universitaria (junto con el que produjo, en todo el orden conservador, el ascenso de la Unión Cívica Radical (UCR) al gobierno) reordena una vez más las posiciones teóricas del intelectual argentino. Combina entonces sus postulaciones sobre la necesidad de un rol preponderante de las minorías ilustradas en la dirección de la sociedad, con algunos elementos deudores de la teoría de las generaciones, de lo que resulta un enlazamiento entre elitismo y juvenilismo que logra una fuerte resonancia sobre el movimiento de la Reforma Universitaria, que lo postulará como autoridad moral y “maestro”. Al mismo tiempo, Ingenieros desarrolla en esta etapa un perfil de intelectual latinoamericanista, posición que toma un cariz antiimperialista cuando reivindica a América Latina como región cultural y política que, si logra unificarse, podría resistir la intervención de Estados Unidos en la región. Ingenieros busca expandir estas ideas durante los últimos años de su vida a través de la publicación del **Boletín Renovación** y la fundación de la Unión Latino Americana, emprendimientos en los que se vincula con importantes referentes del movimiento reformista.

En su necrológica, Mariátegui rescata sobre todo los últimos dos momentos de la trayectoria intelectual de Ingenieros; es decir, las actividades y reflexiones que comprenden el período que comienza con la Posguerra. De esa etapa especialmente el peruano destaca la vinculación con el movimiento de la Reforma Universitaria, la recepción y la evaluación de los sucesos de la Revolución Rusa, y finalmente la actividad latinoamericanista y antiimperialista del intelectual argentino. En este sentido, se hace evidente que obtura completamente la etapa científico-positivista, apenas mencionada como un período de “formación intelectual” al que, como veremos, le atribuye limitaciones permanentes. Del mismo modo, no aparece en el recorte el momento signado por la publicación de **El hombre mediocre** —ausencia que es solidaria de un silenciamiento casi total de toda la veta elitista y aristocratizante del

<sup>3</sup> Para un abordaje de la trayectoria intelectual de José Ingenieros, se puede consultar el texto clásico de Oscar Terán (1987).



pensamiento de Ingenieros—. Tampoco recupera el Ingenieros francotirador socialista del período de **La montaña**, quizás por su proximidad con el Partido Socialista Argentino, vinculado en los años veinte a posiciones socialdemócratas.

Entrando ya en el análisis del texto, encontramos que Mariátegui señala a Ingenieros como uno de los “más altos maestros” del continente, resaltando así la cercanía con el movimiento de la Reforma Universitaria. Es interesante la concepción de “maestro” que despliega Mariátegui, ya que allí se condensan la característica fundamental del intelectual revolucionario (que será proyectada una y otra vez sobre esa figura): la combinación de la legitimidad del saber con otra ligada a la acción sobre su realidad inmediata, a ser “un hombre de su tiempo”. Esa conjunción define el carácter de “maestro”, mientras que la ausencia de esta segunda fuente de autoridad lo relegaría al lugar negativamente connotado del “catedrático”, el “hombre de ciencia”, el “académico”, el “profesor” o el “sabio” (figuras que, por cierto, son centrales en la ficción pedagógica del **Ariel**): “Ingenieros supo ser, además de un hombre de ciencia un hombre de su tiempo. No se contentó con ser un catedrático ilustre; quiso ser un maestro. Esto es lo que hace más respetable y admirable su figura” (Mariátegui, 1994: 441; cursivas mías).

Posicionado en una sensibilidad antiburguesa y vitalista, Mariátegui connota negativamente las figuras legitimadas únicamente por el saber. Cuando aparecen reñidas con la acción, les atribuye signos de decadencia, asociándolas a la vejez, el agotamiento, la decrepitud, la rutina, la domesticidad, la servidumbre y también el conformismo y la comodidad que se atribuye a lo “burgués”:

Las ciencias y las letras, están aún, en el mundo, demasiado domesticadas por el poder. El sabio, el profesor, muestran generalmente, sobre todo en su vejez, un alma burocrática. Los honores, los títulos, las medallas, los convierten en humildes funcionarios del orden establecido. Otros secretamente repudian y desdeñan sus instituciones; pero, en público, aceptan sin protesta la servidumbre que se les impone. La ciencia tiene como siempre un valor revolucionario, pero los hombres de ciencia no. Como hombres, como individuos, se conforman con adquirir valor académico. Parece que en su trabajo científico agotan su energía. No les queda ya aptitud para concebir o sentir la necesidad de otras renovaciones, extrañas a su estudio y a su disciplina. El deseo de comodidad, en todo caso, opera de un modo demasiado enérgico sobre su conciencia (Mariátegui, 1994: 441).

Como se observa en el párrafo anterior, Mariátegui no ataca a la ciencia, sino más bien al ejercicio de la ciencia en un ámbito aislado del mundo. Valora la ciencia cuando trasciende el ámbito cerrado de lo meramente académico, del estudio y de las disciplinas científicas para conectarse con el presente (“su tiempo”, “su época”). Cuando se asocia a fines renovadores —esto es, cuando se orienta hacia el cambio social—, la ciencia tiene “siempre un valor revolucionario”. En la crítica al despliegue de la actividad científica, de las letras, del saber en general, en un espacio

cerrado y desvinculado del contexto social, podemos suponer un ataque a las prácticas reformistas que no van más allá del ámbito universitario. Recordemos que una de las premisas más radicales del movimiento reformista iniciado en Córdoba en 1918 es trascender la esfera propiamente universitaria para fundirse con los sectores sociales subalternos, y que Mariátegui, junto con muchos de sus congéneres, adopta en este sentido una postura radical, observable en el desarrollo del proyecto de la Universidad Popular González Prada. Al mismo tiempo, el énfasis contra el repliegue del contexto opera como una negativización de ese espacio simbólico construido por el modernismo, ese lugar de aislamiento del yo modernista frecuentemente representado por la “torre de marfil”. De ahí que Mariátegui intente mostrar siempre los vínculos de Ingenieros con el “afuera” de ese espacio (“supo ser un hombre de su tiempo”, sensible a la emoción de su época), separándolo de un modelo de “intelectual lírico” o estrictamente científico. Esa legitimidad sustentada en el vínculo con el contexto social que Mariátegui despliega sobre Ingenieros no pretende borrar la legitimidad otorgada por el saber sino que, por el contrario, pretende complementarla: “Ingenieros supo ser, además de un hombre de ciencia un hombre de su tiempo”.

Y si Ingenieros no es para Mariátegui estrictamente un hombre de acción política, en su representación aquel aparece vinculándose a la política a través de la ciencia, avalando y animando este tipo de práctica, ya que lo presenta “consciente de la función revolucionaria del pensamiento” y de que “la ciencia... tenía la misión y el deber de servir al progreso social”, esto es, en la particular resemantización que Mariátegui parece hacer de la noción de progreso, que la ciencia debe estar asociada a fines sociales, de transformación del orden social.

Ingenieros no se entregaba a la política. Seguía siendo un hombre de estudio, un hombre de cátedra. Pero no tenía por la política entendida como conflicto de ideas y de intereses sociales, el desdén absurdo que sienten o simulan otros intelectuales, demasiado pálidos para asumir la responsabilidad de una fe y hasta de una opinión (Mariátegui, 1994: 442)

En este párrafo encuentro, nuevamente, una prescripción sobre la relación entre intelectuales y política, que vuelve a apuntar en un sentido de complementariedad entre esas dos esferas. Si en el primer párrafo citado Mariátegui advertía sobre la connivencia de “las ciencias y las letras con el poder” y en la negativa referencia a intelectuales que se convierten en “funcionarios del orden establecido” (y en oposición a ello caracteriza a Ingenieros como un “intelectual libre” —Mariátegui, 1994: 441—), prescribiendo una necesidad de disyunción entre los intelectuales y lo político-estatal, en este último valora la conjunción entre la labor científica de Ingenieros y la toma de posición respecto de la política “entendida como conflicto de ideas e intereses”. En las antípodas coloca a los intelectuales “pálidos” en los que se vuelve a recortar el intelectual modernista/arielista como figura negativa, decadente, que invita a abandonar.

Estas consideraciones dan paso a una valoración de Ingenieros



por haber aplicado el conocimiento científico a la dilucidación de hechos sociales y políticos recientes, sobre todo “al estudio de los hechos y las ideas de la crisis política contemporánea y, particularmente, a la explicación del fenómeno revolucionario” (Mariátegui, 1994: 442). De hecho, según la organización del relato de Mariátegui, cuando Ingenieros aplica la ciencia al estudio del período de posguerra y de la Revolución Rusa, llega a una suerte de revelación: Ingenieros comprende la inevitabilidad de una revolución proletaria de carácter mundial, estableciendo una posición política afín a ello:

Ingenieros percibió que la guerra abría una crisis que no se podía resolver con viejas recetas. Comprendió que la reconstrucción social no podía ser obra de la burguesía sino del proletariado. En un instante en que egregios y robustos hombres de ciencia no acertaban sino a balbucear su incertidumbre, José Ingenieros acertó a ver y hablar claro. Su libro **Los Nuevos Tiempos** [sic] es un documento que honra a la inteligencia ibero-americana.../ En la revolución rusa, la mirada sagaz de Ingenieros vio, desde el primer momento, el principio de una transformación mundial (Mariátegui, 1994: 442)

De este modo Mariátegui muestra un Ingenieros en el que la combinación de ciencia y política lo pone *en tránsito* hacia convicciones revolucionarias y en el marco de un horizonte socialista, viniendo a superar defectos que atribuye a su primera formación intelectual, “demasiado fiel al racionalismo y al criticismo de esa época de plenitud del orden demo liberal [que] son adversos al *pathos* de la revolución” (Mariátegui, 1994: 442). Esta operación discursiva de apropiación simbólica de ciertas figuras, presentándolas como sujetos *en tránsito* o *en transición* por la comprensión de la verdad o el sentimiento del socialismo, puede observarse también en otros textos de Mariátegui.<sup>4</sup> Ese *tránsito* hacia posiciones radicalizadas, que opera en Ingenieros por la vinculación entre ciencia y política, lo lleva, en la narración de Mariátegui, a superar el racionalismo y el criticismo, para acercarse al sentimiento de los jóvenes, a alentar su “fe” —esto es, según Mariátegui, la creencia en la revolución proletaria mundial que mencionamos antes— estimulándolos, clarificando su conciencia, fortaleciendo “su voluntad y su anhelo de renovación”. En este punto del relato, Mariátegui va a desplegar una operación simbólica sorprendente: va a presentar, a través de una cita compuesta de subtítulos y fragmentos cortados y pegados de **Las fuerzas morales**, un Ingenieros vitalista, casi soreliano, que postula que el pensamiento y la producción de ideales deben estar subordinados a la generación de acciones sociales:

[Ingenieros] no desalentó nunca el impulso ni la fe de los jóvenes —llamados a crear una cultura nueva— con reflexiones escépticas. Por el contrario, los estimuló y fortaleció siempre con palabra enérgica. Como verdadero maestro, como altísimo guía, lo presentan y lo definen estos conceptos: ‘Entusiasta y osada ha de ser la juventud: sin entusiasmo no se sirven hermosos ideales, sin osadía no se acometen honrosas empresas. Un joven sin entusiasmo es un cadáver que anda; está muerto en vida, para sí mismo y para la sociedad. Por eso un entusiasta, expuesto a equivocarse, es preferible a un indeciso que no se equivoca nunca. El primero puede acertar, el segundo no podrá hacerlo jamás. La juventud termina cuando se acaba el entusiasmo... La inercia frente a la vida es cobardía. No basta en la vida pensar un ideal; hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización... El pensamiento vale por la acción social que permite desarrollar’ (Mariátegui, 1994: 442).

En este beligerante fragmento, volvemos a encontrar el énfasis en esa disposición vital que caracteriza al intelectual revolucionario y que lo configura como un sujeto de acción. Pero además, Mariátegui pone en boca de Ingenieros una afirmación sobre la necesidad de que los discursos y las ideas cumplan una función performativa (“el pensamiento vale por la acción social que permite desarrollar”) muy cercana a la propuesta sobre la “perentoria necesidad de un mito y una fe que mueva a los hombres [hacia la revolución social]” que Mariátegui formuló en dos artículos de comienzos de 1925 (“El hombre y el mito”) y “Dos concepciones de la vida”), y que ha sido considerada como una de las características nodales de su marxismo “heterodoxo” (Mariátegui, 1994: 497). Por añadidura, en el recorte que hace de **Las fuerzas morales**, se evita hacer cualquier mención a las prescripciones elitistas sobre el rol de las minorías ilustradas, tópico muy recurrente en la matriz intelectual modernista/arielista y que juega un papel clave en los ensayos de Ingenieros, aún en sus últimos años.

Finalmente, sobre el cierre del texto, Mariátegui destaca el rol que Ingenieros tuvo tanto en la concepción como en la propagandización de la ideología latinoamericanista vinculada a la Unión Latino Americana y el **Boletín Renovación**, aunque no hace mención del antiimperialismo. Además de dicha publicación, el intelectual peruano se refiere a la **Revista de Filosofía**, valorando positivamente la función propagandística que dicha praxis editorialista comporta, y que él mismo se lanzará a desarrollar al año siguiente con la publicación de **Amauta**. Como señala Bergel (2010), la función propagandística y la agitación política son acciones político-culturales valoradas por el nuevo paradigma en construcción del intelectual revolucionario, en tanto se orientan a producir un saldo organizativo para la revolución.

\*\*\*

En el desarrollo de este trabajo se ha dado cuenta de la tensión entre dos paradigmas intelectuales que atraviesa el campo intelectual peruano de los años veinte: el del intelectual modernista/arielista y el del intelectual revolucionario. Esta puja afecta sobre todo al heterogéneo conjunto de jóvenes intelectuales

<sup>4</sup> Por ejemplo, ante el asesinato de Edwin Elmore por José Santos Chocano en 1925, Mariátegui escribe un homenaje donde afirma: “La gran jornada del 23 de Mayo le descubrió al proletariado. Elmore empezó entonces a comprender a la masa. Empezó entonces a percibir en su oscuro seno la llama de un ideal verdaderamente grande. Sintió que el proletariado, además de ser una fuerza material, es también una fuerza espiritual” (Mariátegui, 1994: 313). Del mismo modo, en el “Prólogo” a **Tempestad en los Andes** (1927) de Luis Valcárcel, Mariátegui afirma que este “resuelve políticamente su indigenismo en socialismo” dislocando los discursos y representaciones producidos por el indigenista cusqueño (Castilla, 2010).



englobados bajo en nombre de “nueva generación”, en la que conviven sectores reformistas moderados vinculados al “juvenilismo arielista” propio de entresiglos, y sectores en proceso de radicalización política.

Vimos cómo, en ese contexto y con el fin de capitalizar su legitimidad, Mariátegui proyecta en la representación de Ingenieros que construye las cualidades que considera propias del intelectual revolucionario; esto es, sintéticamente, la combinación de acción cultural y acción política transformadora (o al menos, la voluntad de orientar su práctica intelectual hacia el ámbito de lo político). Para lograrlo, manipula selectivamente algunos momentos de la trayectoria del intelectual argentino y ocluye áreas enteras de su pensamiento. Entre estas operaciones simbólicas se destaca el silenciamiento del elitismo insistente, incómodo para la nueva intelectualidad que tenía como horizonte una alianza con el proletariado entendido como el verdadero sujeto transformador de la historia. En las antípodas de esa prescripción se recorta toda práctica intelectual (científica, artística) que se desarrolle al margen o a espaldas de la realidad social y política, postulado que se asocia al proceder del intelectual modernista/arielista.

Bajo la lógica de conjunción entre acción cultural y acción política, Mariátegui busca delinear una militancia bifronte que, más que excluir a los intelectuales filiados con el modelo modernista/arielista, parece formular una invitación a bajar de la “torre de marfil” para aplicar la práctica intelectual (científica y/o artística) a la transformación revolucionaria de la sociedad, transitando el camino de la radicalización política.

---

## Referencias bibliográficas

- Altamirano, Carlos (2007), **Intelectuales. Notas de investigación**, Bogotá, Norma.
- (coord.) (2002), “Intelectuales” en **Términos críticos de sociología de la cultura**, Buenos Aires, Paidós.
- (dir.) (2008), “Introducción” en **Historia de los intelectuales en América Latina**, T1, Buenos Aires, Katz.
- Beigel, Fernanda (2003), **El itinerario y la brújula: El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui**, Buenos Aires, Biblos.
- (2006), **La epopeya de una generación y una revista**, Buenos Aires, Biblos.
- Bergel, Martín (2010), “La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura vitalista en los orígenes del APRA peruano (1921-1930)” en Altamirano, Carlos (dir.) **Historia de los intelectuales en América Latina**, TII, Buenos Aires, Katz.
- Bourdieu, Pierre (2000), **Intelectuales, política y poder**, Buenos Aires, Eudeba.
- Castilla, Martín (2010), “Un indigenismo contradictorio. Luis Valcárcel y **Tempestad en los Andes**” en Mailhe, Alejandra (comp.). **Pensar al otro/ pensar la nación**, La Plata, Al Margen.
- Deustua, José y Rénique, José Luis (1984). **Indigenismo y descentralismo en el Perú, 1897-1931**, Cusco, Centro de estudios rurales y andinos Bartolomé de las Casas.
- Halperín Donghi, Tulio (1987), “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica” en **El espejo de la historia**, Buenos Aires, Sudamericana.
- Kohan, Néstor (2000), **De Ingenieros al Che**, Buenos Aires, Biblos.
- Mariátegui, José Carlos (1994), **Mariátegui total**, Lima, Amauta.
- Pita, Alexandra (2009), **La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación**, México, El Colegio de México.
- Pita, Alexandra y Bruno, Paula (2010). “Definiendo su propia emoción. Una lectura de **El hombre mediocre** de José Ingenieros” en Weinberg, Liliana (coord.) **Estrategias del pensar**, México, UNAM.
- Rama, Angel (1984), **La ciudad letrada**, Montevideo, FIAR.
- Ramos, Julio (1989), **Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX**, México, FCE.
- Schwartz, Jorge (2002), “Introducción” a **Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos**, México, FCE.
- Tarcus, Horacio (2007), **Marx en la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Terán (2008), **Historia de las ideas en la argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Williams, Raymond (2002), **La política del modernismo**, Buenos Aires, Manantial.

## José Ingenieros

Nuestra América ha perdido a uno de sus más altos maestros. José Ingenieros era en el Continente uno de los mayores representantes de la Inteligencia y el Espíritu. En Ingenieros, los jóvenes encontraban, al mismo tiempo, un ejemplo intelectual y un ejemplo moral. Ingenieros supo ser, además de un hombre de ciencia, un hombre de su tiempo. No se contentó con ser un catedrático ilustre; quiso ser un maestro. Esto es lo que hace más respetable y admirable su figura.

La ciencia, las letras, están aún, en el mundo, demasiado domesticadas por el poder. El sabio, el profesor, muestran generalmente, sobre todo en su vejez, un alma burocrática. Los honores, los títulos, las medallas, los convierten en humildes funcionarios del orden establecido. Otros secretamente repudian y desdeñan sus instituciones; pero, en público, aceptan sin protesta la servidumbre que se les impone. La ciencia tiene como siempre un valor revolucionario; pero los hombres de ciencia no. Como hombres, como individuos, se conforman con adquirir un valor académico. Parece que en su trabajo científico a votan su energía. No les queda ya aptitud para concebir o sentir la necesidad de otras renovaciones, extrañas a su estudio y a su disciplina. El deseo de comodidad, en todo caso, opera de un modo demasiado enérgico sobre su conciencia. Y así se da el caso de que un sabio de la jerarquía de Ramón y Cajal deje explotar su nombre por los chambelanes de una monarquía decrepita. O de que Miguel Turró se incorpore en el séquito del general libertino que juega desde hace dos años en España el papel de dictador.

José Ingenieros pertenecía a la más pura categoría de intelectuales libres. Era un intelectual consciente de la función revolucionaria del pensamiento. Era, sobre todo, un hombre sensible a la emoción de su época. Para Ingenieros la ciencia no era todo. La ciencia, en su convicción, tenía la misión y el deber de servir al progreso social.

Ingenieros no se entregaba a la política. Seguía siendo un hombre de estudio, un hombre de cátedra. Pero no tenía por la política entendida como conflicto de ideas y de intereses sociales, el desdén absurdo que sienten o simulan otros intelectuales, demasiado pávidos para asumir la responsabilidad de una fe y hasta de una opinión. En su *Revista de Filosofía*, que ocupa el primer puesto entre las revistas de su clase de Iberoamérica, concedió un sitio especial al estudio de los hechos y las ideas de la crisis política contemporánea y, particularmente; a la explicación del fenómeno revolucionario.

La mayor prueba de la sensibilidad y la penetración históricas de Ingenieros me parece su actitud frente a la post-guerra. Ingenieros percibió que la guerra había una crisis que no se podía resolver con viejas recetas. Comprendió que la reconstrucción social no podía ser obra de la burguesía sino del proletariado. En un instante en que egregios y robustos hombres de ciencia no acertaban sí o no a balbucear su miedo y su incertidumbre, José Ingenieros acertó a ver y a hablar claro. Su libro *Los Nuevos Tiempos* es un documento que honra a la inteligencia ibero-americana.

En la revolución rusa, la mirada sagaz de Ingenieros vio, desde el primer momento, el principio de una transformación mundial. Pocas revistas de cultura han revelado un interés tan inteligente por el proceso de la revolución rusa como la revista de José Ingenieros y Aníbal Ponce. El estudio de Ingenieros sobre la obra de Lunatcharsky en el comisariato de educación pública de los Soviets, queda como uno de los primeros y más elevados estudios de la ciencia occidental respecto al valor y al sentido de esa obra.

Esa actitud mental de Ingenieros correspondía al estado de ánimo de la nueva generación. Presenta, por tanto, a Ingenieros, como un maestro con capacidad y ardimiento para sentir con la juventud, que, como dice Ortega y Gasset, si rara vez tiene razón en lo que niega, siempre tienen razón en lo que afirma. Ingenieros transformó en raciocinio lo que en la juventud era un sentimiento. Su juicio aclaró la conciencia de los jóvenes, ofreciendo una sólida base a su voluntad y a su anhelo de renovación.

La formación intelectual y espiritual de Ingenieros correspondía a una época que los “nuevos tiempos” venían, precisamente, a contradecir y rectificar en sus más fundamentales conceptos. Ingenieros, en el fondo, permanecía demasiado fiel al racionalismo y al criticismo de esa época de plenitud del orden demo-liberal. Ese racionalismo, ese criticismo, conducen generalmente al escepticismo. Son adversos al pathos de la revolución.

Pero Ingenieros comprendió, sin duda, su ocaso. Se dio cuenta, seguramente, de que en él envejecía una cultura. Y, consecuentemente, no desalentó nunca el impulso ni la fe de los jóvenes —llamados a crear una cultura nueva— con reflexiones escépticas. Por el contrario, los estimuló y fortaleció siempre con palabra enérgica. Como verdadero maestro, como altísimo guía, lo presentan y lo definen estos conceptos: “Entusiasta y osada ha de ser la juventud: sin entusiasmo no se sirven hermosos ideales, sin osadía no se acometen honrosas empresas: Un joven sin entusiasmo es un cadáver que anda; está muerto en vida, para sí mismo y para la sociedad. Por eso un entusiasta, expuesto a equivocarse, es preferible a un indeciso que no se equivoca nunca. El primero puede acertar; el segundo no podrá hacerlo jamás. La juventud termina cuando se apaga el entusiasmo... La inercia frente a la vida es cobardía. No basta en la vida pensar un ideal; hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización... El pensamiento vale por la acción social que permite desarrollar”.

En torno de José Ingenieros y de su ideario se constituyó en la República Argentina el grupo Renovación que publica el **Boletín de ideas, libros y revistas** de este nombre, dirigido por Gabriel S. Moreau, y que sirve de órgano actualmente a la Unión Latinoamericana. Y, en general, el pensamiento de Ingenieros ha tenido una potente y extensa irradiación en toda la nueva generación hispanoamericana. La Unión Latinoamericana, que preside Alfredo Palacios, aparece, en gran parte, como una concepción de Ingenieros.

No revistemos melancólicamente la bibliografía del escritor que ha muerto para tejerle una corona con los títulos de sus libros. Dejemos este procedimiento a las notas necrológicas de quienes del valor de Ingenieros no tienen otra prueba que sus volúmenes. Más que los libros importa la significación y el espíritu del maestro.

José Carlos Mariátegui

[Publicado en **Variedades**, Lima, 7 de noviembre de 1925, reproducido en **Repertorio Americano**, tomo XII, n° 94, San José de Costa Rica, 25 de enero de 1926]



José Vasconcelos

## José Ingenieros y la Revolución Mexicana

Pablo Yankelevich\*

En una marcha no exenta de obstáculos, la Revolución Mexicana ocupó espacios de la política y las ideas en Latinoamérica. Dar cuenta de este fenómeno obliga a considerar la convergencia de dos procesos. En primer lugar, un sostenido interés de los revolucionarios por propagandizar su gesta, tratando de construir un escudo defensivo frente a una política norteamericana empeñada en negar legitimidad a las acciones y propuestas revolucionarias. Entre 1915 y 1920, las fuerzas lideradas por Venustiano Carranza no escatimaron hombres ni recursos en el diseño de una campaña de difusión de sus programas. Enviados especiales, misiones confidenciales, delegaciones de estudiantes y publicistas a sueldo recorrieron la geografía continental, tratando de enderezar noticias e informaciones que mañosamente transmitían las agencias de información y el propio gobierno norteamericano. De esta forma fue decantando la imagen de un país en pie de lucha contra injusticias seculares y agresiones extranjeras. Los combates en defensa de la soberanía nacional, encabezados por la fracción que a la postre resultó victoriosa, sentaron las bases para que en el espacio latinoamericano se articulara una red de vínculos político-intelectuales de perdurable presencia una década más tarde.

En segundo lugar, estas ideas se instalaron en un ambiente latinoamericano sensible a las propuestas mexicanas. En realidad, el espíritu regenerador de esas ideas terminó encontrándose con otras gestadas a la sombra de un proceso signado por el ascenso e incorporación a la lucha política de un sector de clases medias empeñado en impugnar el ordenamiento político vigente. Protagonista de este proceso fueron la juventud universitaria y toda una legión de intelectuales integrantes de la llamada "Generación de la Reforma".

La Reforma universitaria, con su fuerte componente juvenil, aparece como tributaria de una serie de procesos que permitieron definir sus principales contenidos: uno de ellos fue el impacto de la Primera Guerra Mundial. Las elites intelectuales percibieron que aquella guerra clausuraba un ciclo de la historia; el fracaso de todo un modelo civilizatorio fracturó el cosmopolitismo dominante para dar lugar a un resurgir de preocupaciones nacionales. Una Europa devastada obligó a volver la mirada a América, y aquí

la Revolución Mexicana planteó la necesidad de forjar una conciencia nacionalista cargada de un espiritualismo defensivo de reconocibles huellas arielistas. Todo ello, en un escenario internacional donde ya el triunfo de la Revolución Rusa desempeñó un papel decisivo, abriendo horizontes en la conciencia política de aquella Generación. Ante la incertidumbre, la destrucción y las injusticias del capitalismo, Rusia planteó una esperanzadora utopía cargada de promesas sobre una civilización más democrática e igualitaria. En 1921, José Ingenieros publicó **Los tiempos nuevos** y en buena medida, ese título condesa todo un clima de época en América Latina.

El presente trabajo da cuenta de la relación que José Ingenieros sostuvo con México. Interesa desentrañar el itinerario de esta aproximación en la que se conjugaron, por un lado, las lecturas en México de las reflexiones ingenierianas sobre la inauguración de un periodo de inevitable y necesaria revolución social; y por otro lado, los acercamientos de Ingenieros a México como resultado de una sostenida presencia mexicana en el Río de la Plata. Desde inicios del siglo XX, en el campo de la psiquiatría y la criminología, Ingenieros era una figura conocida en México. Entre sus libros, **Histeria y Sugestión** fue leído y comentado, y algunos de sus escritos fueron publicados en la Revista **La Escuela de Medicina**.<sup>1</sup> Sin embargo, las lecturas en México de sus escritos políticos y sociológicos se vinculan al proceso que inaugura el estallido de la Revolución 1910 y de su entrecruzamiento en el ámbito internacional con los procesos abiertos por la Gran Guerra en Europa y el triunfo de los bolcheviques en Rusia.

Hacia finales de la década del diez, intelectuales y políticos mexicanos vinculados al bando victorioso en una Revolución cuya fase armada estaba concluyendo, buscaron contactos y referentes políticos e ideológicos en los que insertar un proyecto de transformación social inédito en la América Latina de entonces. En esta coyuntura, las reflexiones de Ingenieros no tardaron en despertar interés, sobre todo porque los mexicanos advirtieron que su Revolución merecía ser valorada como parte de **Los nuevos tiempos** que anunciaba el pensador argentino.

\* El Colegio de México

<sup>1</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros, "Carta de Manuel Ortiz a José Ingenieros, 26 de noviembre 1908, serie A 6.1, signatura SAA/8-4/4.2, n° 73, f. 1.





La llegada a Argentina de noticias y enviados de México dando a conocer la gesta revolucionaria despertaron el interés y luego la simpatía. Sin duda, la aproximación de Ingenieros a México se debió a las transformaciones que inició en Yucatán el gobernador Salvador Alvarado y que, poco después, cristalizó en el experimento socialista bajo el liderazgo de Felipe Carrillo Puerto. En 1916, Carlos Loveira, emisario de Salvador Alvarado visitó Buenos Aires<sup>2</sup>. Dos años más tarde regresó para publicitar el triunfo del Partido Socialista del Sureste.<sup>3</sup> En 1921 la representación diplomática mexicana en Buenos Aires quedó a cargo de Antonio Mediz Bolio.

Este escritor yucateco en cartas a Alfonso Reyes entonces en Madrid, reflexionaba acerca de la necesidad de hacer en Argentina

un gran trabajo: nos ignoran en absoluto. Conocen y con entusiasmo a algunos de nuestros grandes hombres. A Amado Nervo casi apropiándose, a Luis G. Urbina, a Antonio Caso. Saben en ciertos círculos altos de González Martínez, de Ud., de José Vasconcelos, pero no tienen idea de México.<sup>4</sup>

De este modo, Mediz Bolio jugó un papel decisivo al difundir en espacios de la izquierda argentina, las propuestas y los logros de la revolución en México y en particular en Yucatán. José Ingenieros recordaría tiempo después:

Por feliz coincidencia era Mediz Bolio nativo de Yucatán y amigo de Carrillo; él me dio las más claras explicaciones sobre el contenido social de la Revolución mexicana y sobre la organización sindical de la clase obrera de Yucatán. Pero, más que todo me interesaron sus referencias sobre la personalidad de Felipe Carrillo, que en su verba expresiva y calurosa me pintó como el apóstol de las masas agrarias de Yucatán [...]. De aquellas conversaciones con Mediz Bolio adquirimos todos la convicción de que Felipe Carrillo era, por su fe y por su voluntad, capaz de afrontar con éxito las graves responsabilidades que el gobierno le impondría.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> En 1916 la labor propagandística desplegada en Argentina por este socialista de origen cubano, permitió, entre otros asuntos, inclinar de manera definitiva al Partido Socialista en favor del programa liderado por Venustiano Carranza, al respecto véase: Pablo Yankelevich "El socialismo argentino y la Revolución Mexicana. 1910-1917. Los resultados de una intercepción carrancista" en *Boletín*, n° 9, Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana, UBA-FCE. 1° semestre de 1994.

<sup>3</sup> *La Vanguardia*, Buenos Aires, 21 de enero de 1918. En las elecciones generales en el Estado de Yucatán contendieron en noviembre de 1917 el Partido Liberal Yucateco, de filiación carrancista, postulando a Bernardino Brito Mena y, el Partido Socialista fundado por Salvador Alvarado, que llevó a la gubernatura a Carlos Castro Morales. Estas elecciones jalonan el ascenso del socialismo yucateco que alcanzará su más lograda expresión durante la gubernatura de Felipe Carrillo Puerto (1922-1924). Al respecto véase: Francisco J. Paoli y Enrique Montalvo, *El Socialismo olvidado de Yucatán*, México, Siglo XXI Eds. 1977, y Gilbert Joseph. *La Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos 1880-1924*, México, FCE, 1992.

<sup>4</sup> AAR-CA. Carta de Antonio Mendiz Bolio a Alfonso Reyes, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1921.

<sup>5</sup> José Ingenieros, "En memoria de Felipe Carrillo" en *Nosotros*, Buenos Aires, n° 181, Junio 1924, p.140. A las reuniones con Mendiz Bolio, asistían un nutrido grupo de simpatizantes del Partido Socialista junto a miembros de la generación de la Reforma Universitaria, entre otros, Arturo Orzábal, Roberto Giusti, Anibal Ponce, Gregorio Berman, Julio Barcos y Gabriel del Mazo.

Una casi ininterrumpida presencia de México en el Río de la Plata hilvanaron un imaginario revolucionario: las visitas de Loveira, las informaciones que desde la legación mexicana proporcionaron primero el escritor Mediz Bolio y más tarde el también escritor y ministro Enrique González Martínez, seguido del político Carlos Trejo Lerdo de Tejada; la presencia del filósofo Antonio Caso en 1921 impartiendo un seguidilla de conferencias, además de las visitas de delegaciones de estudiantes universitarios, escritores, periodistas y políticos. De esta manera comenzó crearse una atmósfera favorable a México.

Ingenieros era una figura que buscaron y visitaron estos diplomáticos y viajeros. Desde México, políticos e intelectuales remitían a Ingenieros libros y folletos.<sup>6</sup> Interesaba estrechar vínculos, y este fue el sentido de la designación que recibió, a mediados de 1918, de profesor honorario en la Escuela de Medicina de la Universidad de Morelia. El gobernador de Michoacán y futuro presidente de México, Pascual Ortiz Rubio, de manera personal comunicó esta noticia al médico e intelectual argentino.<sup>7</sup>

En aquellos años, Ingenieros estaba convencido de que la Revolución Rusa anunciaba la posibilidad de transformar radicalmente la vida social de la humanidad. Este experimento inauguró un proceso que entendía mundial en tanto materialización de "una nueva conciencia moral" capaz de regenerar éticamente a las sociedades conforme a nuevos principios de justicia económica, de democracia política y de renovación educativa. Su optimismo en la experiencia soviética, condujo a que con igual intensidad criticara a quienes la repudiaban como a los que intentaban imitarla. Por esta razón, el ejemplo que ponían los soviets no debía ser leído como una fórmula a imponer, sino y por el contrario, bregaba por la búsqueda de estrategias acordes a las diferentes realidades nacionales, "las aspiraciones revolucionarias serán necesariamente distintas en cada país, en cada región, en cada municipio, adaptándose a su ambiente físico, a sus fuentes de producción, a su nivel de cultura y aún a la particular psicología de sus habitantes".<sup>8</sup> En atención a esta postura en su ensayo "Las enseñanzas económicas de la Revolución Rusa", refirió al caso de Yucatán al analizar las condiciones en que los bolcheviques realizaban las expropiaciones agrarias. Se trataba de contrastar experiencias de colectivización agraria, estudiando las conveniencias y posibilidades de modificar el régimen de propiedad privada sobre la tierra a través de expropiaciones que contemplaran indemnizaciones.<sup>9</sup>

Estas argumentaciones fueron conocidas en México, promoviendo el entusiasmo de un núcleo de revolucionarios que desde la vertiente más radical del agrarismo, había iniciado un tránsito

<sup>6</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros, serie A 6.1, Correspondencia diversa, signaturas SAA/8-4/4.1, SAA/8-4/8.1 y SAA/8-4/8.2.

<sup>7</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros. Carta de Pascual Ortiz Rubio a José Ingenieros, 18 de septiembre 1918, Morelia, Michoacán, serie A 6.1, signatura SAA/8-4/4.1.

<sup>8</sup> José Ingenieros, "La significación histórica del movimiento maximalista en Los tiempos nuevos" en *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1961, p. 46.

<sup>9</sup> José Ingenieros, "Las enseñanzas económicas de la Revolución Rusa" en *Los Tiempos Nuevos*, op. cit., p. 147.

hacia un socialismo que, sin adherir a la Tercera Internacional, no disimuló simpatías por la experiencia soviética. Por tanto, no resulta extraño la publicación en México, meses después de su aparición en Argentina, de **Las fuerzas morales de la Revolución Rusa**, texto en el que Ingenieros defendió aquel proceso por significar, “una forma de tantas que la revolución actual podrá revestir en el mundo”.<sup>10</sup> Los argumentos de Ingenieros fueron compartidos plenamente por los editores mexicanos, tal como quedó asentado en el prólogo de aquel folleto:

No seremos nosotros, los visionarios de la causa popular, quienes pretendamos copiar ciega o servilmente los procedimientos de la Rusia de los soviets, quienes intentemos trasplantar el estado social de Rusia a la región mexicana [...]. Nosotros queremos estar preparados para servir en un momento dado a nuestro pueblo, teniendo en cuenta los nuevos ideales [...] pero sin olvidar, ni por un momento, los antecedentes históricos de nuestro país, la idiosincrasia de nuestro proletariado.<sup>11</sup>

## Felipe Carrillo

Según refirió el propio Ingenieros, a principios de 1921, en papel membretado de la Cámara de Diputados de México, recibió una carta de firma desconocida: “Felipe Carrillo”. En ese documento, el futuro gobernador de Yucatán comunicaba haber leído escritos de Ingenieros al tiempo que señalaba su “optimismo” por el “triunfo de los revolucionarios rusos”. La carta fue respondida sin demora, “encareciéndole me favoreciese con informaciones amplias sobre el contenido social de la Revolución Mexicana. Le envié algunos libros que podían interesarle y me retribuyó con publicaciones mexicanas, particularmente yucatecas”. De esta forma, confesó Ingenieros, “quedó establecida mi amistad epistolar con Felipe Carrillo Puerto”.<sup>12</sup>

En realidad, en esa primera carta de abril de 1921, el entonces diputado Carrillo Puerto se dirigió a Ingenieros para presentarse en su calidad de líder de organizaciones campesinas movilizadas en su exigencia de hacer efectivo el reparto agrario que prometía la Constitución de 1917. La publicación en un periódico mexicano de “Manifiesto a los intelectuales y estudiantes de América Latina” firmado por Anatole France y Henri Barbusse, precedido de una breve introducción de José Ingenieros, condujo a Carrillo Puerto a intentar un contacto directo con Ingenieros, sin duda, el latinoamericano más destacado de aquella Internacional del pensamiento nucleado en torno al grupo **Claridad**.

Por otra parte, en aquella misiva Carrillo Puerto dejó asentada las

tres coordenadas sobre las que se desplegaría todo el intercambio epistolar que sostuvo con el autor de **Los tiempos nuevos**: la admiración por su interlocutor, “un hombre tan insigne y de tanto renombre como usted”; el permanente envío de información sobre el acontecer político de Yucatán y las realizaciones gubernativas, y en tercer término, la insistente búsqueda de consejos y orientación sobre la conducción del proceso revolucionario.<sup>13</sup>

En octubre de aquel año, el líder agrario volvió a escribirle. Desde Mérida y en tanto presidente del Partido Socialista del Sudeste, se explayó en una diversidad de temas y consideraciones. La lectura de **Los tiempos nuevos** abrió camino a una reflexión sobre el panorama intelectual mexicano. “Desgraciadamente, se quejaba, las nuevas ideas no tienen todavía eco en las llamadas clases intelectuales” dominadas en su mayoría abogados, “que la dictadura de Porfirio Díaz nos dejó como herencia”. Sin embargo, el espíritu renovador “idealista y revolucionario” se hacía presente en un puñado de hombres con la responsabilidad de conducir los destinos de la Revolución. Carrillo Puerto presentó a Ingenieros a los gobernantes y líderes del México de aquel entonces: el presidente Álvaro Obregón y los más destacados integrantes del gabinete, entre ellos puso especial atención en José Vasconcelos, subrayando los alcances de la campaña alfabetizadora que diseñó desde la rectoría de la Universidad Nacional, para luego convertirse en el primer Secretario de Educación Pública; y en Plutarco Elías Calles, Ministro de Gobernación, “verdadero portaestandarte de los ideales de justicia social” a quien los “plutócratas norteamericanos lo consideran un obstáculo para sus ambiciones imperialistas.”<sup>14</sup>

Las constantes amenazas norteamericanas permitieron construir en México una imagen semejante a la situación que denunciaba Ingenieros respecto a una Revolución Rusa, atacada y bloqueada por las principales potencias europeas. Al tiempo que, el caso mexicano, potenció las posturas antiimperialistas con que Ingenieros se aproximaba al acontecer continental. “Mucho le agradezco, escribía Carrillo Puerto, la gentil promesa de poner su nombre y su pluma al servicio de mi Patria, en caso de ser ésta atacada por los capitalistas yanquis”.<sup>15</sup>

La carta de octubre de 1921 transmitió información sobre los mecanismos constitucionales que permitían la puesta en marcha de la reforma agraria, así como datos y estadísticas para dar “una idea de lo que hemos hecho en Yucatán en el campo del socialismo”. Carrillo Puerto, confesaba ser “un devoto admirador” de su corresponsal y desde ese lugar le rogaba “me de su opinión y sus consejos”. El líder del socialismo yucateco dejó para el final la siguiente noticia:

<sup>10</sup> Este texto fue publicado originalmente en revista **Nosotros** (Buenos Aires, n° 140, vol. XXXVII, año XV, enero de 1921). En octubre de 1921 apareció la edición mexicana, bajo la forma de folleto con el título de **En pro de la cultura de México**. Esta edición estuvo acompañada de un prólogo (La Revolución Rusa como transformadora de la mentalidad humana), redactado por Manlio Fabio Altamirano, diputado federal por Veracruz, quien compartió aquella legislatura con otros líderes radicales, entre quienes destacó Felipe Carrillo Puerto.

<sup>11</sup> Manlio Fabio Altamirano, “La Revolución Rusa como fuerza transformadora de la mentalidad humana” en **En pro de la cultura de México**, México, s.e., octubre de 1921, p. 6.

<sup>12</sup> José Ingenieros, “En Memoria de Felipe Carrillo” en *op. cit.* p.138.

<sup>13</sup> “Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, México, D.F. 13 de abril de 1921” (Acción política y pensamiento histórico de Felipe Carrillo Puerto y José Ingenieros. Correspondencia. Estudio preliminar de Jorge Mantilla Gutiérrez) en **Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán**, Mérida, UADY, 1997, pp. 20-23.

<sup>14</sup> Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, Mérida, Yucatán, 10 de octubre de 1921” en **Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán**, *op. cit.*, pp. 24-34.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 34.



"el Partido Socialista que domina y dirige la opinión pública de la mayoría de Yucatán, me postula su candidato para las próximas elecciones de gobernador constitucional, y en caso de llegar al poder procuraré, por todos los medios, implantar una ley de expropiación y reparto de latifundios [...] que beneficie prácticamente a todos los trabajadores del campo."<sup>16</sup>

Antes que estas líneas llegaran a Buenos Aires, Ingenieros fue sorprendido con un telegrama que envió Carrillo Puerto en noviembre de 1921: "Partido Socialista Sureste triunfó definitivamente, gobernador, diputados, ayuntamientos."<sup>17</sup> Se inauguraba el más radical de los experimentos sociales en la América Latina de entonces; y en el otro extremo de la geografía continental, un intelectual carente de experiencia política práctica observaba expectante desde la ventaja de tener una directa comunicación con el gobernador recién electo, y con la satisfacción de que sus opiniones fueran requeridas.

Entre tanto, el interés que Ingenieros depositó en México, tuvo manifestación en la prestigiosa publicación que dirigía, **Revista de Filosofía**. En ella encontraron espacios diversos materiales que acercaba la legación mexicana, reseñas de libros de autores mexicanos<sup>17</sup>, junto a notas y documentos directamente relacionados a la realidad yucateca.<sup>19</sup>

Por otra parte, los contactos con México, sobre todo en sus aristas culturales se vieron fortalecidas cuando el escritor Enrique González Martínez se hizo cargo de la legación en Buenos Aires en 1922; al tiempo que, desde el otro lado del Atlántico, Ingenieros mantenía un regular intercambio de cartas, en atención a las solitudes de un insaciable lector: "mándeme cosas argentinas",

escribía Alfonso Reyes, "le ofrezco **El Suicida** y **El Plano Oblicuo**".<sup>20</sup> Por otra parte, el gobierno de Álvaro Obregón, seguramente por sugerencia de Vasconcelos, extendió una invitación para que el "escritor y pensador argentino" asistiese a la Fiestas del Centenario en septiembre de 1921. El intelectual argentino no aceptó y tampoco lo hizo cuando el propio Carrillo Puerto, en carta de noviembre de aquel año, le propuso un viaje para conocer Yucatán.<sup>21</sup>

Con regularidad, el gobernador informaba de las realizaciones de su administración: el diseño de una campaña alfabetizadora,<sup>22</sup> la fundación de la Universidad del Sudeste y la puesta en marcha de un novedoso plan de estudios de la carrera de jurisprudencia, así como la muy polémica publicación de folletos sobre la promoción del control natal "para el mejoramiento del proletariado". Estos documentos, indicaba, "tienen el interés de sostener la moral revolucionaria frente de los prejuicios religiosos creadores de hipocresía social".<sup>23</sup> Ingenieros demoraba sus repuestas y el Carrillo Puerto comunicaba su impaciencia "no puede imaginarse usted con que profundo deseo espero sus observaciones", escribió en noviembre de 1921. Tres meses más tarde, y ante un telegrama de Ingenieros avisando que pronto contestaría, Carrillo Puerto apuntó en otra carta de marzo de 1922 "no he tenido el agrado de recibir aquellas prometidas letras, y continúo esperándolas con el afán del que sabe que saboreará algo exquisito."<sup>24</sup>

La respuesta de Ingenieros llegó en junio de 1922. En una amplia carta expuso puntos de vistas y sugerencias sobre el proceso revolucionario: "Yucatán me parece de un interés no sólo americano, sino mundial" en tanto que "están ustedes haciendo un experimento de política social tan interesante como el de Rusia y, aunque de menor escala, lleva la ventaja de no tener a su frente la coalición europea".<sup>25</sup> Dicho lo anterior, pasó a recomendar acciones tendientes a consolidar la gestión gubernativa. En primer término, "por su valor intrínseco en la elevación moral y mental del pueblo de Yucatán, y también por sus efectos de propaganda en el exterior, sería esencial que este gobierno pusiera en primera línea las reformas educacionales". Sugirió entonces dotar a esas reformas de "alguna proyección latinoamericana", para ello pro-

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>17</sup> José Ingenieros, "En Memoria de Felipe Carrillo" en *op. cit.*, p. 143.

<sup>18</sup> Entre los corresponsales destacó José Vasconcelos. En esas cartas, además del intercambio de libros y publicaciones diversas, se advierte el interés del rector de la Universidad de México por estrechar lazos personales e institucionales con Ingenieros. Elogiosos comentarios sobre sus libros, avisos de que algunos de sus artículos serían publicados en la revista **El Maestro**, y una temprana invitación para visitar México exhiben las afinidades y en buena medida la fascinación que Ingenieros despertada en la vanguardia de la intelectualidad revolucionaria mexicana. (CeDInCI, Fondo José Ingenieros, serie: A 6.1, signatura: SAA/8-4/8.2, documento 12). En este sentido, véase también correspondencia con el entonces diputado y futuro historiador marxista Rafael Ramos Pedrueza (CeDInCI Fondo José Ingenieros, serie A 6.1, signatura SAA/8-4/7.1, docs. 18, 19, 20, 21 y 61)

<sup>19</sup> Entre otros materiales publicados en **Revista de Filosofía** véase: "Gral. A. Obregón, Por los ideales pacifistas", (n.º 1, año VIII, enero de 1922); José Castillo Torres, "El Derecho Social en México, (n.º 4, año VIII, julio de 1922), G. Porras Troconis, "El monismo estético de Vasconcelos"; y P. Balges, "Yucatán Socialista" (n.º 5, año VIII, septiembre de 1922); Antonio Caso, "Ensayos críticos y polémicos", (n.º 13, año IX, mayo de 1923). En el caso del artículo "El Derecho Social en México" se trató de una selección de documentos extraídos del **Diario Oficial del Gobierno Socialista del Estado Libre y Soberano de Yucatán** (marzo de 1922) que contenía disposiciones legales respecto al reparto agrario. A pie de página, los redactores de la **Revista de Filosofía** apuntaron que la publicación de estos materiales se realizó atendiendo al interés y "el conocimiento de las corrientes ideológicas predominantes en México [...] Para mejor comprensión de estos documentos agregamos que el gobernador constitucional del Estado es Felipe Carrillo, presidente del Partido Socialista, siendo de igual filiación política la casi totalidad de los diputados del Estado y de los consejos municipales" (n.º 4, año VIII, julio de 1922, p. 132).

<sup>20</sup> AAR-CA. Carta de Alfonso Reyes a José Ingenieros, Madrid, 17 de agosto de

1920.

<sup>21</sup> A inicios de 1921, la cancillería mexicana a través de la legación en Buenos Aires, hizo llegar esta invitación que incluía "los gastos de viaje y de estadía" (ASREM-AREMARG. 1918-1921, leg.16, exp.2, f. 315). Por su parte, Carrillo Puerto escribió a Ingenieros en noviembre de 1921: "Para el Estado de Yucatán sería un alto honor poder llamarle a usted huésped algún día. Yo le ruego se sirva decirme si aquel hermoso sueño podría realizarse algún día, para júbilo de todos". (Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, Mérida, 15 de noviembre de 1921 en **Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán**, *op. cit.*, p. 46).

<sup>22</sup> Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, Mérida, 15 de noviembre de 1921 en **Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán**, *op. cit.*, p. 44.

<sup>23</sup> Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, Mérida, 18 de marzo de 1922 en **Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán**, *op. cit.*, p. 50.

<sup>24</sup> Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, Mérida, 15 de noviembre de 1921 y 18 de marzo de 1922 en **Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán**, *op. cit.*, p. 44 y 48 respectivamente.

<sup>25</sup> "Del Doctor Ingenieros al líder Felipe Carrillo Puerto" en **El Popular**, Mérida, 17 de julio de 1922.

<sup>26</sup> A manera de ejemplo, Ingenieros indicó los autores que aquella colección

puso hacer “por cuenta del gobierno del Estado una edición popular de las mejores obras de escritores latinoamericanos.”<sup>26</sup>

También atendiendo a cuestiones educativas subrayó la necesidad de compilar la nueva legislación revolucionaria que se publicaba en el **Diario Oficial**. Ello se justificaba en tanto conformación de “cuerpo de doctrina” capaz de imprimir nuevos rumbos a la enseñanza jurídica. En consideraciones de orden político recomendó la creación de un Consejo Económico del Estado, que con el tiempo fuese asumiendo funciones legislativas para finalmente reemplazar el Congreso local.<sup>27</sup> Por último, en aquella misiva expuso ideas latinoamericanistas y antimperialistas, sobre las que volvería meses más tarde, cuando el homenaje rendido a Vasconcelos en su viaje a Buenos Aires. En este sentido, recomendó al gobernador interponer sus influencias para que el gobierno de Obregón desplegara en el continente “una propaganda metódica e ilustrada” tendiente a “ir preparando una confederación de países latinoamericanos capaz de enfrentar a los imperialismos europeo y yanqui, cuyo peligro para nuestra autonomía sería ingenuo ignorar”. La necesidad de apuntalar las nacionalidades, orientaron un discurso preocupado por “defender el derecho del pueblo mexicano, y de todos los nuestros, a regirse por el sistema político que crea más conveniente, sin tolerar el contralor de ningún poder extranjero sobre sus leyes y asuntos interiores”.<sup>28</sup> Sobre estos conceptos y el rumbo que percibía en el proceso yucateco, volvió a insistir en otra carta fechada a inicios de julio de 1922:

Aunque la entera contracción a mis estudios me aparta de toda actividad política militante, asisto con simpatía al movimiento de renovación social que se ha acentuado en la humanidad después de presenciar las violencias y los horrores a que conducen las guerras desencadenadas por el imperialismo capitalista [...] Creo que el movimiento de renovación tendrá mayores posibilidades de éxito allí donde coinciden los ideales de justicia social con el sentimiento de las conveniencias nacionales,

debía incluir: “Martí y Varona de Cuba, Bilbao y Lastarria de Chile, Sarmiento y Andrade de Argentina, Juan Montalvo, Rubén Darío, José Enrique Rodó, etc.” Una empresa como ésta, agregó, tendría la ventaja de “atraer las simpatías de los elementos intelectuales” de México y América Latina. (*Ibid.*) Esta recomendación debe apreciarse a la luz de algunas posiciones políticas de Ingenieros en la última etapa de su vida; en particular su antiparlamentarismo y el solidarismo social. Sin abandonar una perspectiva organicista de la sociedad, Ingenieros supuso que el tipo de representación política más idóneo era aquel en el que cada parte desempeñase una función simultáneamente diferenciada y armoniosa para contribuir al desenvolvimiento social. La representación parlamentaria fundada en criterios cuantitativos y topográficos no apuntaba en esta dirección, y en reemplazo propuso una representación atenta a lo que llamó “funciones sociales naturales”, con ellas hacía alusión a las actividades de producción, distribución y consumo, los sectores agrícola, industrial, comercial y bancario; las tareas educativas, culturales, etc. En este sentido, la experiencia de los soviets, significó para Ingenieros el primer intento de llevar adelante un “sistema representativo funcional”, en reemplazo del sistema parlamentario. (Al respecto véase el estudio introductorio de Oscar Terán en **José Ingenieros. Antimperialismo y nación**, México, Siglo XXI Eds., 179). Ingenieros expuso algunas de estas argumentaciones en “Simpatía, Justicia, Solidaridad” en **Revista de Filosofía**, Buenos Aires, n° 1, año VIII, enero de 1922. Este artículo fue reproducido en Yucatán por **El Popular**, Mérida, 4 y 5 de septiembre de 1922 y por la revista **Tierra**, Órgano de la Liga Central de Resistencia, Mérida, 13 y 23 de mayo de 1923.

<sup>28</sup> “Del Doctor Ingenieros al líder Felipe Carrillo Puerto”, *op. cit.*

<sup>29</sup> José Ingenieros se dirige a los socialistas yucatecos en **El Popular**, Mérida,

es decir, donde las crisis económicas tengan por causa la coacción de un capitalismo extranjero [...], por lo poco que sé al respecto, me parece que estas condiciones podrán llegar a realizarse en México; ello permitiría que la lucha contra los privilegios capitalistas fuera al mismo tiempo, lucha contra la opresión extranjera, sumando en favor del mismo ideal los dos sentimientos más arraigados de la conciencia colectiva.<sup>29</sup>

Un accionar revolucionario de contenido socializante, fundado en el análisis e incorporación de las particularidades nacionales, apuntalaron las sugerencias expuestas en otra carta:

Recuerdo haberle recomendado que, aun manteniendo la más completa solidaridad moral con la Revolución Rusa, no convenía adherir a la Tercera Internacional, ni ligarse al Partido Comunista, aunque descartando toda vinculación con la Segunda Internacional y con los socialistas amarillos que servían los intereses de las potencias aliadas, esencialmente reaccionarios en esa época. También le expuse la necesidad de adaptar la acción de su partido al medio en que actuaba, recordándole que la fuerza de los revolucionarios rusos ha sido el profundo carácter nacionalista de su obra.<sup>30</sup>

Sin lugar a dudas, para los yucatecos el principal atractivo de las propuestas ingenierianas fueron sus invocaciones a pensar las transformaciones revolucionarias desde un horizonte que partiera de la comprensión de las peculiaridades locales y nacionales. En este sentido, la lectura de sus textos, y luego las sugerencias que contenían sus cartas, fueron un aliento para continuar una experiencia socialista impregnada de pragmatismo, casi huérfana de referentes teóricos, y con escasas relaciones internacionales. A manera de radares, las cartas de Carrillo Puerto emitían información, pero sobre todo esperaban obtener respuestas que orientaran y validaran la gestión revolucionaria. Ingenieros, en la lejana Buenos Aires, “apartado de toda actividad militante”, a lo largo de 1922 y 1923 recibió las cartas del gobernador Yucateco. Por ellas se enteró de infinidad de asuntos: esfuerzos por abrir nuevas carreteras, inauguración de teatros y museos, puesta en marcha de programas educativos, fundación de bandas infantiles de música, campañas antialcohólicas y de promoción del deporte, reformas en el sistema penitenciario, la sanción de una ley de divorcio, edición de libros, el rescate de zonas arqueológicas, la construcción de monumentos en homenaje indígenas mayas sublevados contra la conquista española, etc.<sup>31</sup> Como ya era costumbre, las misivas cerraban con peticiones de pronta respuesta, “deseando ardientemente que después de enterarse de la marcha de los asuntos de por aquí, nos favorezca con sus bondadosos consejos y cultas observaciones que en mucho nos benefician.”<sup>32</sup>

2 de noviembre de 1922.

<sup>30</sup> José Ingenieros, “En memoria de Felipe Carrillo”, *op. cit.* p. 144.

<sup>31</sup> Véase las cartas de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros del 19 de julio y 4 de agosto y del 9 de febrero, 9 de abril y 18 de junio de 1923 en **Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán**, *op. cit.*

<sup>32</sup> “Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, Mérida, 9 de febrero de 1923” en **Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán**, *op. cit.*, p.72

<sup>33</sup> “Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, Mérida, 4 de agosto de





Las solicitudes de orientación no sólo se referían a asuntos de política interna, sino también a cuestiones internacionales. En 1923 sesionó en Santiago de Chile la V Conferencia Panamericana. México no asistió por el enfrentamiento que mantenía con un gobierno norteamericano que le negaba el reconocimiento diplomático. Carrillo Puerto había leído noticias de que la delegación uruguaya en aquella Conferencia presentaría un proyecto de reformulación de la Unión Panamericana. En agosto de 1922, el gobernador escribió a Ingenieros sobre estos rumores.

“Yo no estoy muy bien enterado de esta cuestión [...] muy encarecidamente le suplico que con su bondad acostumbrada me ilumine [...] enviándome su opinión sobre el asunto y especialmente lo que juzgue acerca del ambiente que encontraría en las distintas naciones el proyecto de Uruguay.”<sup>33</sup>

Los pedidos de “orientación” fueron tan abundantes y en algunos casos tan específicos que no tuvieron respuestas puntuales. Ingenieros se limitaba a dar opiniones generales, y a enviar algunos textos que podían guiar algunos aspectos de la gestión gubernamental. Entre esos materiales, desató el ensayo **La doctrina socialista y los consejos obreros** del senador socialista Enrique del Valle Ibarlucea. Carrillo Puerto dio cuenta de la lectura de este escrito, subrayando que ya trabajaba en la manera en que “se podía adaptar a nuestro medio” la propuesta de establecer el control obrero sobre la producción económica.<sup>34</sup>

Ingenieros miraba a México y a través de los documentos que recibía creía descifrar el carácter “sindicalista del socialismo mexicano”. En esta aproximación, sin duda ocupó un papel relevante las informaciones enviadas por la Confederación Regional Obrera de México. Entendía ese carácter sindicalista como una etapa natural de la organización obrera hasta que las reivindicaciones sociales encontraran cabida en instancias más amplias de expresión política. Respecto a esto último, y en tono optimista indicaba: “en sus últimos documentos la organización capital de las fuerzas políticas obreras usa el nombre de Partido Laborista”. Entre tanto, fijando la atención en Yucatán pasó a advertir “la absoluta necesidad de asegurar equitativas indemnizaciones a todos los latifundistas cuyos bienes fuesen legalmente declarados de utilidad pública”. Además de entender como injusta “toda expropiación no indemnizada” alertaba sobre las formidables resistencias que generaría una acción de este tipo.<sup>35</sup>

En atención a esas “formidables resistencias”, las respuestas de Ingenieros fueron ampliamente difundidas en Yucatán. Sus consejos y muestras de admiración y solidaridad con el socialismo yucateco, fueron usados para ensanchar la legitimidad del gobierno socialista. Así, “las calumnias desatadas a diario contra el Partido Socialista del Sureste” intentaron mitigarse con la difusión de las

opiniones “de un hombre de ciencia incansable, una de las figuras más respetadas en el mundo civilizado”.<sup>36</sup>

## Por la Unión Latinoamericana

El empuje mexicano para que su Revolución fuese comprendida y reconocida en el espacio continental, alcanzó su momento cumbre cuando la visita a Buenos Aires de José Vasconcelos, entonces Secretario de Educación Pública del presidente Obregón. En una reunión organizada por la revista **Nosotros**, un grupo de intelectuales se encargó de tributar un homenaje a toda una generación mexicana que representada por Vasconcelos “merece la simpatía de nuestra América Latina”. El discurso “Por la Unión Latinoamericana”, escrito por Ingenieros, resulta trascendental por lo menos en dos cuestiones. La primera, al hacer evidente el resultado de una campaña propagandística iniciada años antes y que finalmente condujo a la constitución de la más significativa imagen que de la Revolución Mexicana quedó instalada en la conciencia intelectual de América Latina:

No pretendemos ocultar que es grande en nuestras latitudes la ignorancia en cuanto concierne a la gran renovación política, ideológica y social, felizmente iniciada en México en los últimos años. De ello, más que a la distancia, cabe culpar a la mala sana y tendenciosa información que las agencias telegráficas norteamericanas difunden para restarnos las fuerzas morales de simpatía y de solidaridad que tanto necesitáis en nuestro continente [...]. Los escritores [...] aquí reunidos, saludamos [...] a todos los hombres de esa generación de mexicanos que ha emprendido la obra magna de regenerar las costumbres políticas; que ha emprendido la reforma educacional, [...] que ha emprendido la reforma social [...]. Estas hermosas iniciativas [...] hacen que hoy México merezca, además de nuestra simpatía, nuestro estudio. Convertido en vasto laboratorio social, los países de América Latina podremos aprovechar muchas de sus enseñanzas para nuestro propio desenvolvimiento futuro.<sup>37</sup>

La segunda cuestión se refiere al papel que en la Argentina de los años veinte jugó aquella imagen de México al permitir cohesionar un espacio político-intelectual de nítidos contornos antimperialistas y latinoamericanistas. Ingenieros recuperando los argumentos que Manuel Ugarte había enarbolado una década antes<sup>38</sup> en su defensa de México, pasó a valar a Vasconcelos como “uno de los pocos espíritus incontaminados por las pasiones malsanas que dejó la guerra europea, al poder contemplar la situación actual del mundo sin las anteojeras germánicas o aliadas”.<sup>39</sup> Tomar distancia de Europa condujo a un replanteamiento de la cuestión

<sup>33</sup> 1922” en *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, op. cit., p.62.  
<sup>34</sup> “Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, Mérida, 9 de febrero de 1923” en *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, op. cit., p.66.

<sup>35</sup> José Ingenieros, “En memoria de Felipe Carrillo”, op. cit. pp. 143 y 145.

<sup>36</sup> *El Popular*, Mérida, 2 de noviembre de 1922.

<sup>37</sup> José Ingenieros, “Por la Unión Latinoamericana” en *Revista de Filosofía, Buenos Aires*, n° VI, año VIII. 1922, pp. 438, 440 y 441.

<sup>38</sup> Sobre Ugarte y su relación con México revolucionario, véase, Pablo Yankelevich, “Un mirador argentino de la Revolución Mexicana. La gesta de Manuel Ugarte, 1910-1917” en *Historia Mexicana*, México, Colmex, n° 176, Junio de 1995.

<sup>39</sup> José Ingenieros, “Por la Unión Latinoamericana”, op. cit. p. 440.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p.442.



nacional, y cuando ello sucedió quedó al descubierto la amenaza que representaba para América Latina el expansionismo norteamericano:

El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado el régimen de producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía financiera del mundo, con la potencia económica ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando aún más la política en sentido imperialista, hasta convertir al gobierno en instrumento de sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad, esclavizada ya por una férrea bancocracia sin patria y sin moral.<sup>40</sup>

La percepción del fenómeno imperialista y, por tanto la amenaza de una dominación externa permitió redefinir la fisonomía de América Latina.<sup>41</sup> Se trataba de articular propuestas que condujeran a una verdadera “defensa nacional”, sobre la base de multiplicar “las fuerzas morales”, capaces de constituir una nueva conciencia colectiva:

Las fuerzas morales deben actuar en el sentido de una progresiva compenetración de los pueblos latinoamericanos, que sirva de premisa a una futura confederación política y económica, capaz de resistir conjuntamente las coacciones de cualquier imperialismo extranjero. La resistencia que no puede oponer ninguna nación aislada, sería posible si todas estuviesen confederadas.<sup>42</sup>

La visita de quien encabezaba las “fuerzas morales” de México, la única nación que en el panorama continental descrito por Ingenieros, continuaba resistiendo los embates imperialistas, servía de fundamento al exhorto de “no somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas”<sup>43</sup> para proponer en cambio la creación de un agrupamiento, donde los intelectuales asumieran el desafío de liderar “un movimiento de resistencia moral a la expansión imperialista”. Para Ingenieros esta iniciativa de índole internacional, “una Unión Latinoamericana con miras a suplir a la Unión Panamericana” debía conjugarse en el orden interno de cada nación con “un generoso programa de renovación política, ética y social, cuyas grandes líneas se dibujan en la obra constructiva de la nueva generación mexicana”.<sup>44</sup>

<sup>41</sup> Véase Patricia Funes, **Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos**, Buenos Aires, Ed. Prometeo, 2007; y Martín Bergel, “El anti-antinorteamericanismo en América Latina (1898-1930). Apuntes para una historia intelectual” en **Nueva Sociedad**, Buenos Aires, n.º 236, Noviembre-Diciembre de 2011.

<sup>42</sup> José Ingenieros, “Por la Unión Latinoamericana”, *op. cit.* pp.447 y 448.

<sup>43</sup> *Ibid.* p.441.

<sup>44</sup> *Ibid.* pp.448-449. Cabe mencionar la extensa difusión que alcanzó el discurso de Ingenieros, en particular en México y Centroamérica. En Yucatán, Carrillo Puerto gestionó una edición a cargo del Partido Socialista del Sudeste; en Costa Rica fue reproducido en **Repertorio Americano** (San José de Costa Rica. n.º 18, vol. 5, 23 de enero de 1923); mientras que en El Salvador fue publicado con un tiraje de 5000 ejemplares. (AGNM-FDAOPE, exp. 104-b-21, f.182).

<sup>45</sup> José Ingenieros (con el seudónimo de Julio Barrera Lynch), “La farsa pan-

México emergía como baluarte de transformación revolucionaria y de desafiante resistencia al poder norteamericano. En 1923, analizando el desempeño de las naciones latinoamericanas en la V Conferencia Panamericana en Santiago de Chile, Ingenieros lamentaba la ausencia de México, única voz contra “la corruptora diplomacia del dólar”. Único país que no hubiera asistido en calidad de cómplice del panamericanismo, sino como denunciador de los abusos y del peligros de la diplomacia yanqui”.<sup>45</sup>

Esta fue la atmósfera de ideas en la que un grupo de intelectuales argentinos, bajo la dirección de Ingenieros, decidió dar forma a una organización política-intelectual atenta a las preocupaciones continentales. El discurso que pronunció Ingenieros en el homenaje a Vasconcelos en 1922, sirvió de exposición de motivos para la constitución de la Unión Latinoamericana en 1925.<sup>46</sup> Esta organización que sobrevivió un par de años, y que tuvo como órgano oficial al boletín **Renovación** se significa como el más logrado ensayo a través del cual un sector de la intelectualidad Argentina hizo suyas banderas de reformulación social incorporando un horizonte nacional y continental que, sin aspirar a la constitución de un movimiento político, en sus posturas coincidió con aquel otro que Haya de la Torre había empezado a concebir en México: el APRA.<sup>47</sup>

Si se cotejan los puntos programáticos de la Unión Latinoamericana con el contenido de la propaganda mexicana en Argentina, resulta fácil inferir el significado que asumía la defensa de la Revolución Mexicana realizada por aquellos intelectuales. Al promediar junio de 1925, en momentos en que el gobierno norteamericano lanzó una nueva ofensiva contra la administración mexicana, en Buenos Aires no se hicieron esperar las manifestaciones solidarias de la Unión Latinoamericana. El intervencionismo del Departamento de Estado, desató una ola de respuestas contun-

americana en Santiago” en **Renovación**, Buenos Aires, abril de 1923, (reproducido en **José Ingenieros, Antimperialismo y Nación**, *op. cit.*, pp. 463-464).

<sup>46</sup> Redactada por Ingenieros, el acta de fundación de la Unión Latinoamericana fue suscrita en la redacción de la Revista **Nosotros** el 21 en marzo de 1925. En este documento se asignaba a esta organización, entre otros propósitos, el de “coordinar la acción de escritores, intelectuales y maestros de la América Latina, como medio para alcanzar una progresiva compenetración política, económica y moral, en armonía con los ideales nuevos de la humanidad”. El programa político que orientaría su actuación quedaba fundado en los siguientes puntos: solidaridad política entre los pueblos latinoamericanos, condena del panamericanismo, solución arbitral de diferencias jurisdiccionales y reducción de los armamentos, oposición a toda política financiera atentatoria de soberanías nacionales, nacionalización de las fuentes de la riqueza, lucha contra la influencia de la iglesia en la vida pública, extensión de la educación gratuita, laica, obligatoria y de las reforma universitaria y por último, defensa de las formas democráticas de ejercicio del poder. El acta fue suscripta por: Enrique M. Alonso, Carlos A. Amaya, Julio R. Barcos, Alfredo A. Bianchi, Alfredo Brandán Caraffa, Julio H. Brandán, Emilio Cipolletti, Andrés D’Onofrio, A. Dillón, Julio V. González, José Ingenieros, Adolfo Korn Villafañe, Alejandro Lastra, F. Márquez Miranda, Ramón Melgar (h), Eduardo Méndez Calzada, Gabriel S. Moreau, Arturo Orzábal Quintana, Alfredo L. Palacios, Aníbal Ponce, Carlos Sánchez Viamonte, Florentino Sanguinetti, Eduardo Suárez Calimano. (Alfredo Palacios, **Nuestra América y el imperialismo yanqui**. Pról. de Manuel Seoane. Madrid. s.e. 1930. pp.16 y 17). Sobre esta organización véase Alexandra Pita; **La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes de intelectuales y revistas culturales en la década de 1920**; México, Colmex, 2009.

<sup>47</sup> Véase Ricardo Melgar Bao, **Redes e imaginario del exilio en México y América Latina. 1934-1940**, Buenos Aires, Ediciones Libros en Red, 2003.

<sup>48</sup> **Renovación**, Buenos Aires, junio de 1925.



dentes, y cuando en México todavía se escuchaban voces de condena a las amenazas estadounidenses, en un editorial de **Renovación** se apuntó:

En actual caso de México merece por especiales motivos atraer la atención pública. El gobierno de aquella noble nación hermana es el más genuinamente representativo de los intereses y aspiraciones populares, el más intensamente inspirado por anhelos de justicia social de cuantos ejercen su mandato en América. Constituye para todas nuestras naciones un ejemplo admirable ya que se inspira en los ideales nuevos que hoy pugnan, en medio de la desorientación y el caos capitalista, por conquistar la conciencia de los pueblos e implantar a través del mundo un nuevo régimen de justicia y libertad.<sup>48</sup>

## Apóstol y mártir

El acontecer mexicano impactó en Ingenieros fertilizando ideas y acciones de claro corte hispanoamericanista y antimperialista, consecuencia de ello fue el ensanchamiento de sus correspondencias mexicanas. El gobernador de Veracruz, Adalberto Tejeda, de similar matriz agrarista y socialista que Carrillo Puerto, inició un intercambio epistolar, enviado noticias y publicaciones, como muestra del esfuerzo de su gobierno por enfrentar “los intereses plutocráticos que esclavizan a las clases trabajadoras.”<sup>49</sup> Intelectuales como el escritor y diplomático Genaro Estrada, el historiador Alfonso Teja Zabre, el político y diplomático Rafael Nieto y Aron Sáenz, futuro canciller del gobierno de Plutarco Elías Calles, entre otros, cruzaron correspondencia con Ingenieros.<sup>50</sup> Las fuentes de información se expandieron, un lugar privilegiado desde donde fluía la información hacia Ingenieros fueron las legaciones mexicanas en Buenos Aires y en Santiago de Chile. En esta última, el presidente Obregón apostó a Carlos Trejo Lerdo de Tejeda en 1922. Este político que a comienzos de los años treinta ocuparía la titularidad de la Secretaría de Educación Pública, fue un rabioso latinoamericanista convencido de la necesidad de poner coto a la expansión estadounidense. Desde Chile, este diplomático estrechó vínculos con Ingenieros que se acrecentaron cuando un par de años más tarde fue trasladado a Buenos Aires.<sup>51</sup> Resulta indicativo de la consideración otorgada por los revolucionarios mexicanos al intelectual argentino, que cuando el presidente Obregón instruyó el traslado a Buenos Aires de Trejo Lerdo de Tejeda, procediera a enviar un telegrama a Ingenieros informando personalmente de esta decisión.<sup>52</sup>

<sup>49</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros, “Carta de Adalberto Tejeda a José Ingenieros, 8 de septiembre de 1921”, serie A 6.1, signatura SAA/8-4/8.1.

<sup>50</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros, serie A 6.1, signaturas SAA/8-4/4.1 y SAA/8-4/7.3.

<sup>51</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros, véase “Cartas de Carlos Trejo Lerdo de Tejeda a José Ingenieros, Santiago de Chile, 26 de junio y 5 de septiembre de 1923”, serie: A 6.1, signatura: SAA/8-4/8.1, docs. 37, 37 y 38.

<sup>52</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros, Telegrama de Álvaro Obregón a José Ingenieros”, México, 1 de diciembre de 1924”, serie: A 6.1, signatura SAA/8-4/6.2, docs. 29 y 30.

<sup>53</sup> José Ingenieros, “En Memoria de Felipe Carrillo” en *op. cit.* p.140.

El diciembre de 1923, parte importante del ejército mexicano se sublevó contra el gobierno de Obregón y la candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles. Felipe Carrillo Puerto expresó su lealtad a las fuerzas gobiernistas, y ordenó una movilización militar para combatir a los rebeldes. Uno de los regimientos militares de Mérida traicionó a sus mandos y encarceló al gobernador junto con parte de su familia y equipo de gobierno, y los primeros días de enero de 1924, después de un juicio sumario Carrillo Puerto fue fusilado.

Se trató de un asesinato que conmocionó a México. La noticia se esparció en el extranjero y llegó a Buenos Aires. “Cuando el telégrafo anunció en tres líneas que el gobernador de Yucatán había sido fusilado [...] mi primera impresión de congoja fue atenuada por la incredulidad” confesó José Ingenieros. Sucedió que “era tan grande la inmoralidad de las agencias noticiosas y telegráficas, así como de toda la prensa conservadora” que se resistió a creer. No en vano recordaba, “durante los últimos seis años habían fusilado cien veces a Lenin y cincuenta a Trotski. ¿Cómo era posible que se pudiera fusilar a un prisionero civil inerme?” Sin embargo, pocos días después, recibió la confirmación del asesinato a través de un manifiesto de protesta que expidió Luis N. Morones, el líder de la poderosa CROM.<sup>53</sup>

En junio de 1924, publicó el opúsculo **En memoria de Felipe Carrillo** “apóstol y mártir de la justicia social”. Se trató de un emotivo homenaje en memoria “del que fue primer mandatario socialista llevado al poder por un pueblo de nuestra América Latina”. Escribir este texto fue un imperativo moral: “si tuve la dicha de ser su amigo y confidente epistolar en horas de noble inquietud para él, justo es que ahora arrime una piedra para el monumento que en breve le erigiré, no lo dudo, el pueblo entero de México.”<sup>54</sup>

Ingenieros reconstruyó el itinerario de esa amistad epistolar, y se explayó en una serie de consideraciones sobre el “socialismo agrario” mexicano, para afirmar que no se trataba del resultado de un “ideología doctrinaria” que violentaba la realidad social, sino de una política “que emergía de las condiciones misma de la realidad”. Ninguna otra política hubiera resultado más adecuada en México, puesto que los liderazgos salían de las mismas filas campesinas y constituían los portavoces de lo que Ingenieros llamó “el hambre de tierras, en que la población había vivido durante el régimen feudal que siguió al coloniaje español”. Para Ingenieros, la reforma agraria en México reditaba “los célebres proyectos de enfiteusis agraria que honran a nuestro genial Rivadavia”. Curioso parangón entre el proyecto rivadariano y los fundamentos constitucionales mexicanos que en materia agraria recuperaban preceptos del derecho colonial español, sancionando la restitución en posesión y usufructo y no bajo un régimen de propiedad, territorios originalmente otorgados por gracias reales a las comunidades indígenas. Ingenieros necesitaba asideros históricos para descifrar una realidad desconocida, por tanto concluía que el con-

<sup>54</sup> *Ibid.*, p.138.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 142.

<sup>56</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros, “Cartas de Elvia Carrillo Puerto a José

flicto agrario mexicano combinada su semejanza “con el problema en Rusia de una enorme masa campesina desposeída por acaparadores latifundistas, junto a la visión realista del remedio como la señalada hace un siglo en Argentina por Rivadavia.”<sup>55</sup>

Junto a Felipe Carrillo Puerto fueron fusilados tres de sus hermanos. Elvia, también hermana, diputada local, pionera del feminismo y del sufragismo mexicano alcanzó a salvar su vida huyendo a la ciudad de México. Ingenieros cruzó cartas con Elvia, expresando sus condolencias y alentándola a continuar la lucha por “la emancipación humana”.<sup>56</sup> Las respuestas de esta mujer desbordaron amargura ante la liquidación del proyecto socialista en Yucatán, y el “indiferentismo con que el presidente de la república Plutarco Elías Calles” observaba el “derrumbamiento de esa gran obra que atrajo las miradas de la América Latina.” Desde su exilio en la capital del país, escribía a “su amigo” Ingenieros: “puede estar seguro que jamás me acobardará la cruel realidad del régimen burgués en que vivimos, pues mi tendencia ha sido siempre el ideal socialista, que con su sangre mis hermanos supieron reafirmar en mi alma.”<sup>57</sup>

El texto de Ingenieros en memoria de Carrillo Puerto circuló profusamente en México. De ello, en buena medida se encargó Luis N. Morones, entonces Secretario de Industria y Comercio en el gabinete del Presidente Calles.<sup>58</sup> La difusión de este escrito activó a nuevos corresponsales que desde México solicitaban sus obras, su colaboración en revistas y su membresía en organizaciones de prensa.<sup>59</sup>

### Vendrá usted, ojalá que sí...

Con la expresión de este deseo, en abril de 1923 Carrillo Puerto cerró una de las últimas cartas a Ingenieros.<sup>60</sup> Como ya se ha señalado, desde 1920 fueron permanentes las invitaciones que recibió para visitar México, el presidente Álvaro Obregón, José Vasconcelos, el ministro Carlos Trejo Lerdo de Tejada, y por supuesto Carrillo Puerto, reiteraban una invitación que no se concretaba. Finalmente, en 1925 surgió una nueva oportunidad.

En abril de aquel año, Ingenieros viajó a Francia invitado a participar en los actos conmemorativos del centenario del nacimiento del neurólogo Jean M. Charcot. En la capital francesa, se sumó a las tareas de organización de una asamblea antimperialista que en apoyo a México, convocó la intelectualidad latinoamericana

residente en París. Ingenieros firmaba los telegramas de invitación, “ruégote contestes si podríamos contar contigo para acto público solidaridad con el presidente Calles” telegrafió, entre otros, a Manuel Ugarte.<sup>61</sup> La legación mexicana a cargo de Alfonso Reyes financió estas comunicaciones<sup>62</sup> para que, a fines de junio, en la Maison Savant se congregaran decenas de latinoamericanos frente a un escenario presidido por Miguel de Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset, Miguel Ángel Asturias, Víctor Raúl Haya de la Torre, Manuel Ugarte y José Vasconcelos. José Ingenieros inauguró la reunión:

Educado en las ideas socialistas modernas, consciente de las finalidades de su tierra, el general Calles está realizando un gobierno de reparación y justicia conduciendo a México, recatemente a la conquista de las reformas sociales [...]. Son muy pocos los que disienten de su grandioso programa que puede servir de ejemplo a todas las naciones americanas.<sup>63</sup>

En atención a estas actividades, pero en realidad a una trayectoria en defensa de México, volvió a recibir una invitación que esta vez aceptó.<sup>64</sup> A finales de julio, Alfonso Reyes lo despidió en la estación de trenes de París, después de aclarar un desencuentro que Ingenieros tuvo con empleados del consulado mexicano, y que lo condujeron semanas antes a anunciar la cancelación del viaje.<sup>65</sup> “No me haga caso, es que me estoy volviendo loco” confesó a Alfonso Reyes a manera de disculpa. El embajador mexicano no imaginaba que en su país esa “locura” volvería a hacerse presente.<sup>66</sup>

Ingenieros llegó a México los primeros días de agosto de 1925, acompañado del uruguayo Carlos Quijano, entonces joven abogado que hizo las veces de secretario. Al desembarcar en el puerto de Veracruz declaró: “México merece toda mi simpatía, al pisar su suelo no puedo menos que recordar a mi amigo espiritual Felipe Carrillo Puerto” para inmediatamente indicar su interés por conocer de cerca al país, “cambiar impresiones con los intelectuales y los reformadores mexicanos” y dar algunas “conferencias dedicadas a la juventud mexicana”.<sup>67</sup>

Sin embargo, y contrariamente a lo esperado, aquella visita resultó opacada por un desencuentro con la prensa mexicana. Las respuestas del viajero a los reporteros fueron motivo para que su presencia y actividades desaparecieran de las crónicas periodísticas

Ingenieros, Ciudad de México, 7 de noviembre 1924 y 10 de mayo 1925”, serie A 6.1, signatura SAA/8-4/2., docs. 49, 79 y 80.

<sup>57</sup> “Carta de Elvia Carrillo Puerto a José Ingenieros, Ciudad de México, 10 de mayo de 1925” en *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, op. cit., pp.110, 112, 113 y 116.

<sup>58</sup> CEDINCI, Fondo José Ingenieros, “Carta de Luis N. Morones a José Ingenieros, Ciudad de México, 24 de septiembre de 1924”, serie A 6.1, signatura SAA/8-4/6., docs. 30, 31 y 32.

<sup>59</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros, correspondencia varia, serie A 6, signatura SAA/8-4/4.1.

<sup>60</sup> “Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, Mérida, 9 de abril de 1923” en *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, op. cit., p.78.

<sup>61</sup> Citado por Norberto Galasso, *Manuel Ugarte*, Buenos Aires, Eudeba, 1973,

vol. 2, p. 126.

<sup>62</sup> “Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, París, 1 de julio de 1925” en Serge Zaitzeff (Comp. y notas), *Con Leal Franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, México, El Colegio Nacional, vol. 1, 1992, p.327.

<sup>63</sup> Citado en Héctor Agosti, *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Buenos Aires, Juárez Ed. 1975, p. 94. Sobre el mencionado núcleo de intelectuales latinoamericanos residentes en París, sus actividades y filiaciones políticas, véase Arturo Taracena, “La Asociación de Estudiantes Latinoamericanos de París (1925-1933)”, en *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José de Costa Rica. Universidad de Costa Rica, 1989.

<sup>64</sup> Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1927*, México, FCE, vol. 1, 2010, p. 196.

<sup>65</sup> CeDInCI, Fondo José Ingenieros, “Borrador telegrama de José Ingenieros a Plutarco Elías Calles” serie A 6.2, signatura SAA/8-4/10.2, (Correspondencia borradores).

<sup>66</sup> Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1927*, op. cit. p. 197.

<sup>67</sup> *El Universal*, México, 7 de agosto de 1925.

<sup>68</sup> *Ibid.*



ticas. El conflicto se suscitó cuando Ingenieros no quiso dar entrevistas aduciendo razones de fatiga y enfermedad. Molesto por la insistencia, una afirmación ofendió a los periodistas.

Ténganme lástima, ya hablaremos, vengo cansado, no he comido más que fruta, tengo que darme un baño, tengo que descansar [...]. Nada nuevo podría decirles que no lo haya tocado en mis libros. Soy sincero, en ellos podrán encontrar lo que pienso acerca de México. [...] copien de mis libros o inventen una entrevista, después de todo bien duchos en esta clase de manejos están Uds. de seguro.<sup>68</sup>

El rechazo a la prensa se hizo aún más evidente cuando, fastidiado por los destellos de “las máquinas infernales” de los fotógrafos, se negó a ser retratado: “El periódico es una empresa industrial, si me ofrecen 500 dólares por dejarme fotografiar los dedicaré inmediatamente a la educación pública en Veracruz. De lo contrario, retrátenme a traición”.<sup>69</sup>

La prensa capitalina no escondió su enojo y con sorna hizo referencia a la llegada del “distinguido neurótico” argentino.<sup>70</sup> Reuniones con autoridades universitarias y gubernamentales cubrieron el programa de actividades organizado por la cancillería y la Secretaría de Educación Pública;<sup>71</sup> al tiempo que, “por razones de enfermedad” la rectoría de la Universidad comunicó la suspensión de las conferencias programadas.<sup>72</sup> En compañía del presidente Calles y todo el gabinete, la actividad pública de mayor significación fue la devaluación del monumento a Felipe Carrillo Puerto en la Escuela Agrícola de Chapingo. Finalmente a quince días de haber llegado, Ingenieros se despidió en una breve ceremonia a la que asistieron Genaro Estrada por la Cancillería y Roberto Montenegro, Carlos Pellicer y Julio Torri por la Secretaría de Educación Pública.<sup>73</sup>

<sup>69</sup> **Excelsior**, México, 7 de agosto de 1925.

<sup>70</sup> **Excelsior**, México, 8 de agosto de 1925. Un redactor de este periódico, comentando esta respuesta de Ingenieros como la negativa a retratarse, indicó burlesco: “de seguro las conferencias que impartirá serán sobre los desequilibrios del sistema nervioso, las inconveniencias del vegetarianismo y las influencias peligrosas de las exageradas alturas en los hombres mediocres”. (**Excelsior**, México, 7 de agosto de 1925).

<sup>71</sup> *Ibid.* 6 de agosto de 1925.

<sup>72</sup> **Boletín de la SEP**, México, SEP, t. IV, n° 6, 1925. p. 277.

<sup>73</sup> **Excelsior**, México, 28 de agosto de 1925. A nivel de editoriales de prensa, la visita fue acreedora de dos textos, ambos críticos a posiciones que en últimas fechas sostenía Ingenieros. El primero, correspondió a Alfonso Teja Zabre, quien objetó la defensa realizada por Ingenieros del líder marroquí Abd-El Krim en lucha contra el colonialismo franco-español. El editorialista consideró que las distinciones que el gobierno de México haría al visitante, no deberían entenderse como un aval al conjunto de sus posturas. Por el contrario sostuvo: “Muy pocos extranjeros han expresado mejor el problema de América y de México, pero [...] sin duda que todos los que consideramos a España, como algo propio y nos sentimos ligados estrechamente a la tierra de Castilla, juzgaremos que las palabras atribuidas a Ingenieros sobre la guerra de Marruecos y el caudillo Abd-el-Krim no podrán pasar de una salida caprichosa o chispazo de fanatismo doctrinal”. (**El Universal**, México, 3 de agosto de 1925). El segundo artículo, firmado por el ensayista y periodista Carlos Díaz Dufoo, discutía con Ingenieros “las supuestas ventajas de la socialización agraria en Rusia” indicando que “no creo como Ingenieros que Rusia vaya para una ‘democracia funcional’ sino para una autocracia agrícola como ha habido tantas”. (**Excelsior**, México, 20 de agosto de 1925).

<sup>74</sup> “Regreso de Ingenieros” en **Revista de Filosofía**, Buenos Aires, vol. XXV,

En México, las actividades de Ingenieros se concentraron en reuniones privadas, quizás, esa fue la manera que consideró más apropiada de aproximarse a una experiencia que a la distancia había estimado ejemplar. Y en efecto, cuando regresó Buenos Aires, en una larga entrevista, expuso impresiones sobre variados temas de la realidad mexicana: el problema agrario, la escuela de la acción, las huelgas inquilinarias, la política exterior, la cuestión petrolera, etc. El contacto con la realidad mexicana le confirmó que el movimiento transformador “no es una obra de gobierno ni obedece a ninguna ideología definida”, por el contrario “surge de la iniciativa de las masas, tanto urbanas como rurales”, de suerte que, los distintos gobiernos no habían hecho más que traducir en instituciones y legislación las conquistas sociales alcanzadas por la “acción directa de las masas”. Sobre esta composición de lugar, parecía convencido de que la Revolución Mexicana era la materialización más auténtica en América Latina del paradigma civilizatorio presagiado en sus **Tiempos Nuevos**:

La Revolución mexicana es una revolución en el sentido más absoluto del término: político, económico, social y educacional [...]. En México es inconcebible un gobierno que no sea socialista. Y el socialismo de los mexicanos es puramente mexicano, sin vinculaciones internacionales.<sup>74</sup>

Estas fueron sus últimas reflexiones sobre México. Sorpresivamente, murió semanas después de su regreso. Casi de inmediato la Universidad Nacional de México hizo llegar su conternación por la muerte del “profundo pensador americano”.<sup>75</sup> A los homenajes póstumos en la capital argentina, se sumó el ministro Lerdo de Tejada, comunicando su pesar por la pérdida de un intelectual al que “la política revolucionaria de México siempre guardó una especial preferencia”.<sup>76</sup> En efecto, aquella fue una pérdida significativa. Las simpatías por México en Argentina y en buena parte del continente mucho debieron a la “propaganda eficaz” que reconoció haber hecho el propio Ingenieros.<sup>77</sup> Su prédica sir-

septiembre de 1925, p. 476. Ingenieros se explayó sobre la personalidad de Calles: “Debo afirmar mi profunda admiración por el presidente Calles, es un hombre surgido del pueblo, —ex maestro de escuela— cuyas ideas sobre todos los problemas políticos y sociales de su país son claras, definidas y típicamente mexicanas. No hay aspecto del problema gubernativo que no domine a la perfección, y no creo que haya en América, y quizás en el mundo ningún gobernante que interprete más sabiamente y con mayor fidelidad el sentir verdadero de su pueblo”. (*Ibid.* p. 477-478). Años más tarde, Esperanza Velázquez Bringas, que tenía a su cargo el Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, compiló el libro **México ante el Mundo. Ideología del presidente Plutarco Elías Calles** (Barcelona, Ed. Cervantes, 1927) El texto, de marcado sentido propagandístico, reunió una serie de artículos y discursos de Calles precedido de una nota de José Ingenieros: “Calles y las reformas sociales en México”, en la que se reproducen estas declaraciones de Ingenieros. La versión inglesa de este libro corrió a cargo de un periodista norteamericano contratado por Calles, Robert Hammond Murray, quien apareció como editor de **México Before the World, Public Documents and Addresses of Plutarco Elías Calles**. (New York. The Academy Press. 1927). Al respecto véase FAPECF-T-APEC, fondo 3649, serie 2902, gaveta 43, exp. 37, f.1.

<sup>75</sup> **Boletín de la Universidad Nacional de México**, México, SEP, n° 13, t. II, enero de 1926, p.45.

<sup>76</sup> Carlos Trejo Lerdo de Tejada, “México e Ingenieros” en **Nosotros**, Buenos Aires, n° 199, año XIX, diciembre de 1925, p. 629.

<sup>77</sup> José Ingenieros, “En Memoria de Felipe Carrillo” en *op. cit.* p. 141.

<sup>78</sup> Carlos Trejo Lerdo de Tejada, “México e Ingenieros”, *op. cit.* p. 630.

vió al gobierno mexicano de punto de apoyo para justificar políticas que en lo nacional e internacional desafiaban intereses hasta entonces incuestionados en la mayoría de las naciones de la región. Aquella prédica, señaló Lerdo de Tejada, “la consideramos nuestra porque en ella hacemos descansar el presente y el porvenir de todos nuestros pueblos.”<sup>78</sup>

Ingenieros tuvo la agudeza colocar a México entre las coordenadas civilizatorias que jalonan la crisis de la Primera Guerra Mundial y el despuntar de la utopía bolchevique. Desde la Argentina instaló la idea de México como “laboratorio social”, y esta idea tomó cuerpo en las filas de una militancia política-intelectual gestada al calor de la Reforma universitaria. Entre el haz de temas que recorre el pensamiento de esta Generación destacó sin duda alguna, la toma de conciencia del fenómeno imperialista, y en ello la contribución mexicana resultó fundamental.

Los revolucionarios mexicanos hicieron de las amenazas extranjeras, la razón de ser de una ancha campaña de publicidad que tuvo a Buenos Aires como un destino privilegiado. Ingenieros fue interceptado por esa campaña, fue así como el socialismo yucateco y la empresa vasconceliana, recortaron en Argentina una experiencia transformadora traduciendo a una realidad latinoamericana el horizonte socialista abierto por el triunfo bolchevique. Mientras que para los mexicanos, resultó muy atractiva la prédica de Ingenieros sobre la imprescindible atención y respeto a las especificidades nacionales en el diseño de proyectos tendientes a revolucionar la vida social. Argentina comenzó a pensarse como parte de una América Latina que debía enfrentar el reto de incorporarse a *los tiempos nuevos*, y en este sentido México sembró una inquietud claramente expresada por Ingenieros en una conversación con el literato Julio Jiménez Rueda, funcionario de la legación mexicana en la capital argentina: “resulta indispensable conocer a fondo las condiciones de cada uno de los pueblos que forman la entidad total hispanoamericana. Particularmente México que nos sirve de vanguardia.”<sup>79</sup>

## Archivos

Archivo Alfonso Reyes, México, (AAR-CA).  
 Archivo General de la Nación, México, (AGNM). Fondo Documental Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, (FDAOPEC)  
 Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. (ASREM), Archivo de la Embajada Mexicana en Argentina, (ARE-MARG)  
 Archivo Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca (FAPECFT) Fondo Plutarco E. Calles; México, (APEC).  
 Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, Buenos Aires. (CeDInCI).

<sup>79</sup> Julio Jiménez Rueda, **Bajo la Cruz del Sur. Impresiones de Sudamérica**, México, Librería Editorial Manuel Mañón. 1922, p. 78.

## Prensa periódica y revistas

**Boletín de la Universidad Nacional de México**, México.  
**Boletín de la Secretaría de Educación Pública**, México  
**El Popular**, Mérida.  
**El Universal**, México  
**Excelsior**, México.  
**La Vanguardia**, Buenos Aires.  
**Nosotros**, Buenos Aires.  
**Renovación**, Buenos Aires.  
**Revista de Filosofía**, Buenos Aires.  
**Repertorio Americano**, San José de Costa Rica.  
**Tierra**, Mérida.

## Referencias Bibliográficas

Agosti, Héctor; **Ingenieros, ciudadano de la juventud**, Buenos Aires, Juárez Ed. 1975  
 Bagú, Sergio, **Vida ejemplar de José Ingenieros**, Buenos Aires, El Ateneo, 1953.  
 Bergel, Martín, “El anti-antinorteamericanismo en América Latina (1898-1930). Apuntes para una historia intelectual” en **Nueva Sociedad**, Buenos Aires, núm. 236, Noviembre-Diciembre de 2011.  
 Cúneo, Dardo, **La Reforma Universitaria**, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984.  
 Fell, Claude, **José Vasconcelos, Los años del águila**, México, UNAM, 1989.  
 Funes, Patricia, **Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos**, Buenos Aires, Ed. Prometeo, 2007,  
 Galasso, Norberto, **Manuel Ugarte**, Buenos Aires, Eudeba, 1973, vol. 2.  
 Ingenieros, José, **Los Tiempos Nuevos**, Buenos Aires, Ed. Losada, 1961.  
 Jiménez Rueda, Julio, **Bajo la Cruz del Sur. Impresiones de Sudamérica**, México, Librería Editorial Manuel Mañón, 1922.  
 Joseph Gilbert, **La Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos 1880-1924**, México, FCE, 1992.  
 Melgar Bao, Ricardo **Redes e imaginario del exilio en México y América Latina. 1934-1940**, Buenos Aires, Ediciones Libros en red, 2003.  
 Palacios, Alfredo, **Nuestra América y el imperialismo yanqui**. Madrid, s.e. 1930.  
 Paoli, Francisco J. y Enrique Montalvo, **El socialismo olvidado de Yucatán**, México. Siglo XXI Eds. 1977.  
 Pike, Frederick, **The politics of the miraculous: Haya de la Torre and the spiritualist tradition**, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986.  
 Pita, Alexandra; **La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes de intelectuales y revistas culturales en la década de 1920**, México, Colmex, 2009.  
 Portantiero, Juan Carlos, **Estudiantes y Política en América Latina. 1918-1938. El proceso de Reforma Universitaria**, México, Siglo XXI Eds. ,1978.





- Reyes, Alfonso, **Diario. 1911-1927**, México, FCE, vol. 1, 2010, p. 196.
- Taracena, Arturo, **La Asociación de Estudiantes Latinoamericanos de París (1925-1933), en Anuario de Estudios Centroamericanos**. San José de Costa Rica. Universidad de Costa Rica, 1989.
- Terán, Oscar en **José Ingenieros. Antimperialismo y nación**, México, Siglo XXI Eds., 1979
- Walker, Richard, **Students politics in Argentina**, Nueva York, Basic Books, 1968.
- Yankelevich Pablo, "El socialismo argentino y la Revolución Mexicana. 1910-1917. Los resultados de una intercepción carrancista" en **Boletín**, n° 9. Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana. Universidad de Buenos Aires-FCE, 1° Semestre de 1994.
- "Un mirador argentino de la Revolución Mexicana. La gesta de Manuel Ugarte, 1910-1917" en **Historia Mexicana**, México, Colmex, n° 176, Junio de 1995.
- Zañtzeff, S. (Comp. y notas). **Con Leal Franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada**, México, El Colegio Nacional, 1992.

# Historia del libro, la edición y la lectura en la Argentina

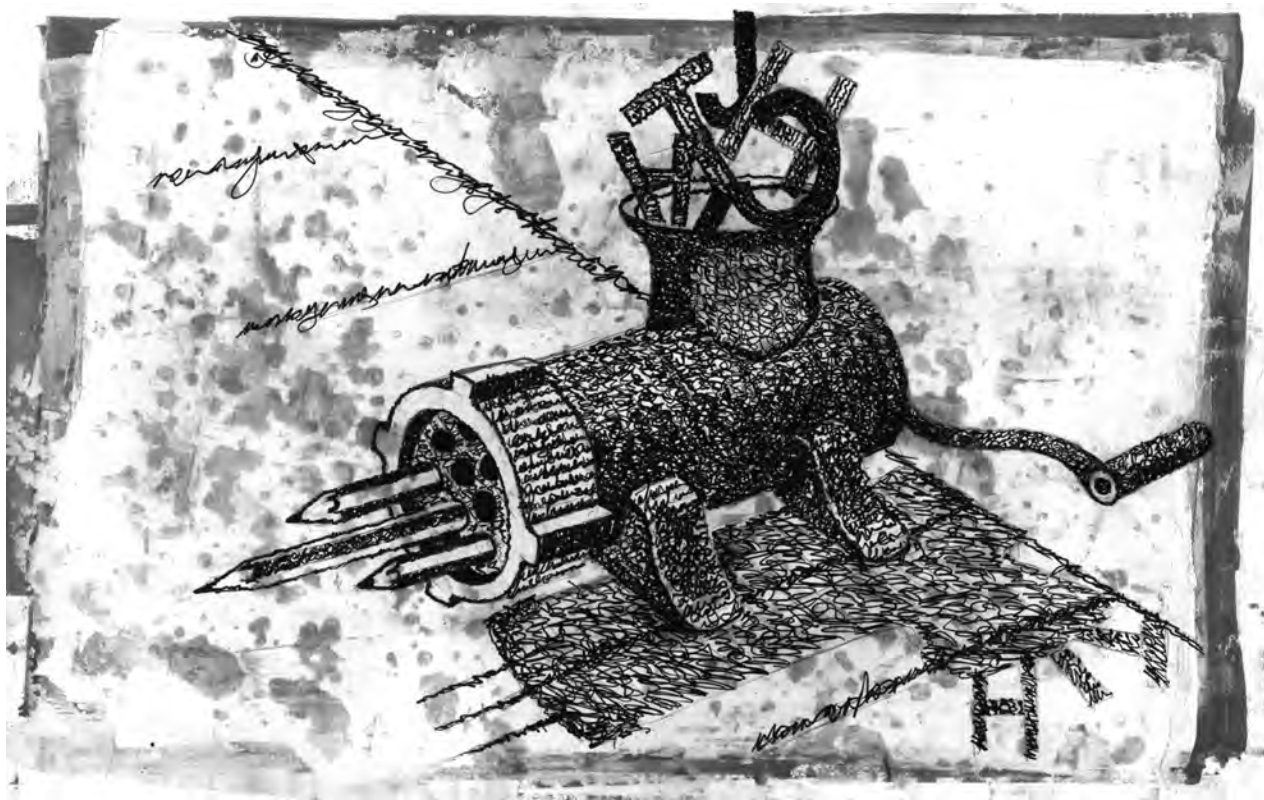
---

La segunda edición de esta sección participa de la voluntad de regularizar la frecuencia de aparición de **Políticas de la Memoria** y, merced a ello, es más breve y concentrada que la primera. Los dos artículos que se presentan en esta ocasión intentan revisar, respectivamente, el vínculo entre edición e *izquierda nacional* y entre edición y *nueva izquierda* en el ámbito porteño.

En el primer caso, el trabajo de Martín Ribadero se propone evaluar la experiencia de la Editorial Indoamérica (1948/49-1955), expresión relevante aunque marginal de una fracción de la cultura de izquierda durante el peronismo —la llamada “izquierda nacional”—, usualmente más atendida en términos de discurso e ideas que de acción cultural y editorial. A la vez, el desplazamiento efectuado permite completar la imagen de un momento editorial que, en general, ha aparecido dominado por las grandes casas en detrimento de las pequeñas pero más claramente ligadas a un proyecto de intervención político-intelectual. La reconstrucción del catálogo de la editorial dialoga así con la del derrotero de un grupo que, de común origen trotskista, expresaría en su selección tanto una búsqueda político-cultural cuanto el impacto y las tensiones introducidos por la experiencia peronista. Enrique Rivera, Aurelio Narvaja, Hugo Sylvester, Carlos Etkin, Jorge Enea Spilimbergo y Adolfo Perelman componen esta página de la cultura de izquierdas, signada a su vez por la centralidad político-editorial que adquiriría en ella la figura de Jorge Abelardo Ramos.

En el segundo artículo, Emiliano Álvarez considera la experiencia de la Editorial Tiempo Contemporáneo (1967-1977), intentando reconstruir un catálogo de difícil restitución y evaluarlo a la luz del vínculo entre política y cultura. Las disyuntivas planteadas a sus principales artífices (los abogados Serebrisky y Wisnasky y el editor Jorge Álvarez, así como las figuras —cruciales en diversos momentos— de Piri Lugones, Ricardo Piglia, Eliseo Verón, Carlos Altamirano y Eduardo Menéndez), y las diversas inflexiones dadas al catálogo en un panorama político velozmente cambiante, son las ventanas por las que asomarse a un momento de la vida intelectual y política argentinas. Y si el balance está sujeto a escrutinio, sin duda la reposición de ese catálogo vuelve disponible una *serie* de enorme importancia para proponer también otras lecturas.

Ana Clarisa Agüero  
Horacio Tarcus



## Política editorial, proyecto intelectual y literatura de izquierda

# Notas sobre el caso de la editorial Indoamérica (1949-1955)

Martín Ribadero\*

La editorial Indoamérica fue parte integral del trabajo desarrollado por el grupo de intelectuales políticos liderados por Jorge Abelardo Ramos durante el peronismo. Entre 1949 y 1955 este colectivo de origen trotskista en el que participaban Enrique Rivera, Aurelio Narvaja, Carlos Etkin, Hugo Sylvester, Jorge Enea Spilimbergo y Adolfo Perelman llevó adelante una prolífica política editorial que, en buena medida, explica la gran difusión que tuvieron sus ideas entre las nuevas generaciones de izquierda en años posteriores. Fracción esencial aunque marginal respecto al resto de las instituciones de esta cultura bajo el peronismo, sin embargo poco es lo que la historiografía ha indagado respecto a su tarea en el campo editorial y cultural. La atención que recibió lo que comúnmente se conoce como la "Izquierda Nacional" por parte de los estudios académicos estuvo centrada en general en el análisis de su discurso histórico antes que en su accionar en la vida cultural e intelectual. Similar situación se observa en la bibliografía militante u oficial, aunque apuntalada desde una perspectiva que intenta revalorizar la pertinencia de su legado.<sup>1</sup>

El objetivo de este artículo es reconstruir la experiencia desplegada por el grupo Ramos a través de la editorial Indoamérica como parte de un proyecto de intervención intelectual. Con ello puede comprenderse no sólo de qué forma sus ideas alcanzaron un

plano material a partir de la difusión de ciertos temas y autores sino también los efectos que el peronismo produjo en esta fracción de la izquierda argentina. Al mismo tiempo, este trabajo puede ser considerado como un aporte a la literatura sobre editoriales y políticas editoriales del período conocido como la "época de oro" que, en términos generales, ha priorizado el análisis de grandes sellos como Losada, Sudamericana y Emecé antes que los pequeños y medianos casos como Indoamérica.<sup>2</sup> Trazar un panorama del catálogo, autores y títulos ofrecidos por parte de esta editorial permite apreciar la diversidad de propuestas editoriales que conformaron el heterogéneo y múltiple espacio cultural durante el peronismo.

### El origen de la editorial Indoamérica

La primera noticia sobre la editorial apareció en el número tres de la revista trotskista **Octubre** a principios de 1947. Dirigida por Jorge Abelardo Ramos y Mauricio Prelooker, en ese mismo año

Aires, Biblos, 2004. En cuanto a la bibliografía militante u oficial los trabajos más representativos son los de Jorge Enea Spilimbergo, **El Socialismo en la Argentina. Del socialismo cipayo a la izquierda nacional**, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1969; Norberto Galasso, **La Izquierda Nacional y el F.I.P.**, Buenos Aires, CEAL, 1983 y **Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional**, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2 vol., 2007; Enzo Regali, **Abelardo Ramos. De los astrónomos a la Nación Latinoamericana. La izquierda Nacional en la Argentina**, Córdoba, Ferreyra Editor, 2011 y Cristina Noble, **Abelardo Ramos. Creador de la izquierda Nacional**, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.

<sup>2</sup> Los estudios sobre editoriales y políticas editoriales en la Argentina han coincidido en considerar que el período 1938-1955 ha sido el de mayor esplendor de esta industria en cuanto a la producción de libros, multiplicación de sellos editoriales y un mercado nacional e internacional en expansión. Sin embargo esta bibliografía no es abundante y en reiteradas ocasiones se privilegió un abordaje más económico que cultural y poco sistemático en cuanto a la actividad de proyectos editoriales de mediano o pequeño capital económico y cultural. Los últimos y renovadores trabajos que proponen una mirada general del período son los de José Luis De Diego (Dir.), **Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000**, Buenos Aires, F.C.E., 2006 y Gustavo Sorá, "Libros para todos y modelo hispanoamericano", en **Políticas de la Memoria**, CeDInCI, Buenos Aires, n° 10, 11, 12, años 2009/2011, pp. 125-142.

\* Profesor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es integrante del Seminario de Historia Intelectual y Recepción de Ideas que dirige el Dr. Horacio Tarcus y coordina Adriana Petra en el CeDInCI, docente de la Universidad de Buenos Aires y doctorando por esa misma casa de estudios. Becario del CONICET.

<sup>1</sup> Los trabajos académicos que han abordado desde el plano del discurso lo que comúnmente se conoce como "Izquierda Nacional" son los de Tulio Halperín Donghi, **El Revisiónismo Histórico Argentino**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970; Oscar Terán "Rasgo de la cultura argentina en la década de 1950", en **En búsqueda de la ideología argentina**, Buenos Aires, Catálogos, 1985; Horacio Tarcus, **El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996; Carlos Altamirano **Peronismo y cultura de izquierda**, Buenos Aires, Grupo Temas, 2001 y Fernando Devoto, "Reflexiones en torno a la izquierda nacional y la historiografía argentina", en Fernando Devoto y Nora Pagano (Eds.), **La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay**, Buenos



se sumaba a esta publicación una de las tantas sectas trotskistas de aquel entonces, asociada a la breve experiencia del semanario **Frente Obrero** que incluía a hombres como Enrique Rivera, Carlos Etkin, Aurelio Narvaja, Hugo Sylvester y Adolfo Perelman. Producto de esta relación entre estos viejos compañeros de militancia, aparecieron en números sucesivos varios artículos firmados por Rivera como parte de un acercamiento cuyo fin era lograr una futura cogestión de la revista y la formación de un partido.<sup>3</sup> Aunque finalmente el acuerdo fracasó, en sus páginas Indoamérica anunciaba la publicación de su primer título: **Vida de Lenin (juventud)** de León Trotsky. Sin embargo, y a pesar de la centralidad que revisió su figura en años posteriores, en este impulso inicial ni Ramos fue parte ni, finalmente, la editorial pudo publicar este libro a fines de ese año. En primer lugar, porque su comienzo fue gracias a los recursos e iniciativa desplegada por Enrique Rivera, Aurelio Narvaja, Hugo Sylvester y Carlos Etkin. Estos fueron los que habían establecido el contacto con la viuda de Trotsky para publicar el libro y quienes aportaron el dinero de su propio patrimonio para afrontar diversos gastos de la editorial.<sup>4</sup> En segundo lugar, porque si bien su aparición había estado programada para fines de 1947 la existencia de una versión apócrifa en las librerías demoró su publicación hasta mediados de 1949. Durante todo ese tiempo los integrantes de Indoamérica se vieron envueltos en una disputa legal contra la editorial Tor por los derechos de autor que reclamaba la esposa de Trotsky, Natalia Sedova, en calidad de abogados representantes.

El caso suscitó una controversia que derivó en acciones legales. La editorial fundada por Juan Torrendell, en 1946 había dado a conocer una versión española que tuvo como principal motivo estrictos fines comerciales. En palabras de Carlos Etkin —apoderado y representante de la viuda de Trotsky—, éste era un “libro apócrifo”, motivo por el cual Indoamérica inició un juicio tanto a su director como al resto de sus miembros.<sup>5</sup> Etkin no solo acusaba a Tor de haber retomado una conocida edición española falsa, sino que al copiarla además había “excluido las correspondientes aclaraciones que el editor español, con un poco más de escrúpulos o de temor, había formulado, en el sentido de que

dicho libro, era simplemente *atribuido* a Trotsky, y de que él, lo había negado”.<sup>6</sup> Sin embargo, esta política de Tor en torno a la publicación de libros apócrifos no era una novedad en aquel entonces. Innumerables fueron las acusaciones y alegatos que se enunciaron en su contra en razón de ediciones apócrifas, editoriales fantasmas, traducciones deficientes o mutilaciones de textos por parte de distintas figuras y espacios de la vida cultural.<sup>7</sup> Fue una vez resuelto este litigio —que implicó el retiro de la obra de las librerías— que la aparición de esta biografía sobre Lenin se concretó, contando para ello con la traducción realizada por Enrique Rivera de la edición original en francés de 1936 con la autorización de la propia viuda de Trotsky.

Ahora bien, si se atiende a la reconstrucción del catálogo de Indoamérica pasaron varios años desde su fundación hasta que pudo ofrecer nuevos títulos. Recién en 1953 se registra un incremento notable de libros y autores publicados como parte de una política más amplia, vital y sostenida. Acaso esta situación consiguiera explicarse por las circunstancias que rodean a todo emprendimiento editorial cuya motivación radica principalmente en “satisfacer inquietudes o vocaciones intelectuales, carentes de todo sentido comercial, y [es allí cuando] la realidad de los problemas económicos-financieros típicos de la actividad termina por imponerse”.<sup>8</sup> Pero quizás, desde otro ángulo, también haya tenido que ver la ausencia de una figura fundamental para la realización de dicha experiencia: el editor moderno. En el espacio amplio y crecientemente diferenciado del campo editorial argentino de 1950 la presencia de este agente resultaba vital para el progreso de un proyecto que, además de los recursos económicos iniciales, necesita de aquel que “conoce y pone en contacto escritores y productores de bienes simbólicos, escoge traductores, coordina la actividad de directores de colección, sigue la labor de correctores, sabe de las artes del papel y de la publicidad y toma decisiones sobre todas esas actividades”.<sup>9</sup>

Si bien uno de los integrantes de Indoamérica como Hugo Sylvester había tenido un vínculo con la editorial Claridad a raíz de la publicación de sus libros sobre derecho laboral, su caso representa la conocida situación de un autor urgido por encontrar editor.<sup>10</sup> Décadas

<sup>3</sup> Estos militantes trotskistas habían publicado el semanario **Frente Obrero** en septiembre de 1945 luego de un impasse producido por el fracaso en la formación del Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS) en 1943. Luego, al sumarse al grupo originario de la revista **Octubre**, publicaron bajo la firma de Enrique Rivera dos artículos: “Trotskismo y tendencias pseudo-trotskistas en el problema nacional”, n° 3 enero-febrero 1947 y “Avanza la gangrena en el trotskismo norteamericano”, n° 4, marzo, abril, mayo de 1947. Estas colaboraciones apuntaban no solo a cogestionar la revista sino también a la formación de un partido político bajo los lineamientos de la IV Internacional.

<sup>4</sup> Según el testimonio de Aurelio Narvaja (h) y de la hija de Etkin, Marina, la financiación de la editorial provino del dinero conseguido a través de la venta de unas propiedades que éste último poseía en la localidad de Cañada del Sauce en Córdoba y de una empresa que compartían varios miembros del grupo que alentaba el turismo hacia las sierras de Córdoba y que tuvo por nombre ETTYT (Empresa de Turismo y Transporte). Entrevistas realizadas por el autor.

<sup>5</sup> Carlos Etkin, integrante y abogado de la editorial Indoamérica, publicó un extenso alegato sobre el juicio realizado a la editorial Tor que llevó por título **Natalia Sedova de Trotsky contra Editorial “Tor”**. **Denuncia y querrela por falsificación del libro “Vida de Lenin”**, Buenos Aires, Indoamérica, 1948.

<sup>6</sup> *Idem.*, p. 9.

<sup>7</sup> Respecto a las políticas de esta editorial, recientemente se ha dicho que “el agudo sentido comercial de Tor puede apreciarse en algunas de sus estrategias de mercado y de manejo del material literario. Podría enumerar muchas, pero me limitaré a las tres más interesantes: el aprovechamiento continuo de las novedades, los libros apócrifos y la creación de editoriales ficticias”. Carlos Abraham, **La editorial Tor. Medio siglo de libros populares**, Buenos Aires, Tren en movimiento, 2012, *op. cit.*, p. 50.

<sup>8</sup> Eustasio Antonio García, **Desarrollo de la industria editorial Argentina**, Buenos Aires, Fundación Interamericana de Bibliotecología Franklin, 1965, p. 31.

<sup>9</sup> Esta definición de editor como un especialista en “relaciones públicas” es propuesta por Gustavo Sorá en su artículo “Libros para todos y modelo hispanoamericano”, en **Políticas de la Memoria**, Buenos Aires, CeDInCl, n° 10, 11, 12, años 2009/2011, p.140. Consideración que es muy próxima a la enunciada por Pierre Bourdieu en “Una revolución conservadora en la edición”, **Intelectuales, política y poder**, Buenos Aires, Eudeba, 2007.

<sup>10</sup> Hugo Sylvester, al igual que parte de sus compañeros, fue abogado aunque recibió en la Universidad del Litoral en 1941. Años después se instaló en Buenos Aires junto a su esposa y se consagró a la escritura de derecho laboral como una forma de obtener ingresos. Producto de esta labor, logró publicar por medio de la Editorial Claridad sus libros **Legislación del trabajo** en 1948, **Régimen del trabajo rural** en 1951 y **Diccionario jurídico del trabajo** en 1960.



después, Sylvester recordaba las dificultades que había enfrentado en 1948 para hallar uno dispuesto a publicar sus escritos:

Yo buscaba editor. Dos meses íntegros recorriendo editoriales. Una y otra. Todas decían que no. La respuesta era casi idéntica: "No queremos enmendar la plana al gobierno...", "ya ha sacado un libro sobre leyes del trabajo...", "podemos tener problemas con el papel...". Hasta que por fin el gallego Zamora, dueño de la editorial Claridad, dijo: "En tres días le contesto". A los tres días llama para decir que aprobaba la idea, que tenía preparado el contrato de edición, que pasara a firmarlo y que por ahora iba a hacer una modesta edición de dos mil ejemplares, para la época bastante importante.<sup>11</sup>

El testimonio permite considerar las dificultades de los miembros de la editorial Indoamérica para asumir esta vital función en la continuidad del proyecto. Al parecer ningún otro integrante habría estado en condiciones de cumplir con las demandas que exige este rol: conocimiento del consumidor, amplia formación cultural y audacia comercial.<sup>12</sup> Pero entonces ¿cómo fue posible que, si se atiende a la reconstrucción de sus actividades, entre 1953 y

1955 Indoamérica haya publicado 21 títulos, organizado una colección denominada "Biblioteca de la Nueva Generación", anunciado casi 30 en preparación y que su nombre figurase en las páginas de distintos diarios y revistas de la época? ¿Qué fue lo que modificó esta situación a todas luces pobre en sus inicios?

### La política editorial de Indoamérica y la difusión de una cultura de izquierda

El despegue de la editorial desde mediados de 1953 estuvo asociado a la figura decisiva de Jorge Abelardo Ramos. Luego de una estadía en Europa que lo llevó a permanecer algo más de un año, regresaba al país y entre las diversas actividades que emprendía el papel de director editorial fue uno de los más significativos.<sup>13</sup> A partir de su arribo y posterior incorporación Indoamérica multiplicó la publicación de libros hasta registrar un total de veintinueve, lanzó una colección llamada "Biblioteca de la Nueva Generación" y en solapas y contratapas anunciaba la aparición de una veintena más. Los libros publicados y en vías de publicación fueron los siguientes:

LIBROS PUBLICADOS POR LA EDITORIAL INDOAMÉRICA		
Autor	Título	Año / Edición
Carlos Etkin	Natalia Sedova Trotsky contra Editorial "Tor": Denuncia y querrela por falsificación del libro "Vida de Lenin"	1948
León Trotsky	Vida de Lenin (juventud)	1949
Manuel Ugarte	El porvenir de América Latina	1953
Abraham León	Concepción marxista de la cuestión judía	1953
León Trotsky	¿Qué fue la Revolución Rusa?: Lecciones de Octubre	1953
Jorge Abelardo Ramos	La revolución nacional en Latinoamérica. Manuel Ugarte y la lucha antiimperialista (folleto)	1953
Carlos Etkin	Tesis sobre el pueblo judío en la revolución nacional latinoamericana	1954
Jorge Abelardo Ramos	Crisis y resurrección de la literatura argentina	1954
Juan José Arévalo	Istmania, o, La unidad revolucionaria de Centroamérica	1954
Víctor Haya de la Torre	¿Adónde va Indoamérica?	1954
León Trotsky	Historia de la Revolución Rusa	1954
Víctor Serge	Vida y muerte de León Trotsky	1954
Juan Ramón Peñaloza (seud. Aurelio Narvaja y Adolfo Perelman)	Trotsky ante la revolución nacional latinoamericana: Una biografía política	1954
Ezequiel Ramírez Novoa	La farsa del panamericanismo y la unidad latinoamericana	1955
León Trotsky	La revolución permanente	1955

<sup>11</sup> Hugo Sylvester, "Historia de un currículum", p.2. Fondo Hugo Sylvester, CeDinCl.

<sup>12</sup> Eustasio Antonio García, **Desarrollo de la industria editorial Argentina**, Buenos Aires, Fundación Interamericana de Bibliotecología Franklin, 1965, p. 29.

<sup>13</sup> Una vez finalizada la experiencia de la revista **Octubre** y publicado el libro **América Latina; un país** en 1949, Ramos viajó a Europa en septiembre de 1951. Antes, había terminado de escribir y entregar a la editorial Raigal un manuscrito que finalmente se publicó a fines de ese año bajo el título **Alem: historia de un caudillo**. En el viejo continente logró asentar su residencia en Roma gracias a un hospedaje para artistas argentinos becados que el gobierno de Perón había impulsado y que fue conocido con el nombre del Palacio de la Farnesina. Desde allí escribió en calidad de periodista bajo la firma de Víctor Guerrero varios artículos y notas para diarios como **Democracia, La Prensa** y **El Laborista** que le permitieron vivir un año y medio antes de su regreso y posterior incorporación a la editorial en mayo de 1953.



COLECCIÓN "BIBLIOTECA DE LA NUEVA GENERACIÓN"		
Autor	Título	Año / Edición
H. García Ledesma (seud. Hugo Sylvester)	n° 1 <b>Stalin y la burocracia contrarrevolucionaria</b>	1954
Jorge Enea Spilimbergo	n° 2 <b>Diego Rivera y el arte en la revolución mejicana</b>	1954
Carlos Etkin	n° 3 <b>Abraham León y el pueblo judío latinoamericano</b>	1954
Enrique Rivera	n° 4 <b>José Hernández y la guerra del Paraguay</b>	1954
H. García Ledesma	n° 5 <b>Lisandro de la Torre y la pampa gringa</b>	1954
Lucía Tristan (seud. Jorge Enea Spilimbergo)	n° 6 <b>Hipólito Yrigoyen y la intransigencia radical</b>	1955

Libros anunciados	Libros anunciados
1. Jorge Abelardo Ramos, <b>América Latina un país</b> (2da, Edición)	15. Carlos Montenegro, <b>Nacionalismo y coloniaje</b>
2. Saúl Hecker, <b>Manuel Ugarte y la degeneración del Partido Socialista</b>	16. Jorge Abelardo Ramos, <b>Trotsky en Latinoamérica (problemas de nuestra revolución)</b>
3. H. García Ledesma, <b>Tito y el nacionalismo gran-ruso</b>	17. José I. Cornejo y Marcelo Massola, <b>Antología de la poesía revolucionaria indoamericana</b>
4. Lucía Tristán, <b>Yrigoyen y la oligarquía antinacional</b>	18. Rómulo Bentancour, <b>Problemas venezolanos</b>
5. Rafael Lescano, <b>Elías Castelnuovo y el destino de la generación de Boedo</b>	19. León Trotsky, <b>Breve historia de la revolución rusa</b>
6. Andrés Ricardi, <b>Jack London y el fascismo yanqui</b>	20. André Breton, <b>La revolución surrealista</b>
7. Juan Carlos Trejo, <b>Codovilla y la traición del Partido Comunista Argentino</b>	21. Alfred Rosmer, <b>Moscú en tiempos de Lenin</b>
8. Rafael Lescano, <b>Manuel Gálvez y la novela argentina</b>	22. Juan José Arévalo, <b>Guatemala democrática y el imperialismo</b>
9. Juan Ramón Peñalosa, <b>Lenin y la cuestión nacional</b>	23. León Trotsky, <b>Literatura y Revolución</b> , (con un poema de Luis Franco)
10. Diego Henríquez, <b>Suárez y el movimiento obrero en Chile</b>	24. H. García Ledesma, <b>La revolución popular en América Latina</b>
11. Juan Juarbe y Juarbe, <b>Albizu Campos y la independencia de Puerto Rico</b>	25. Enrique Rivera, <b>La lucha por un partido revolucionario</b>
12. Alfredo Terzaga, <b>Leopoldo Lugones y su época</b>	26. Hugo Sylvester, <b>Elías Castelnuovo y el arte proletario</b>
13. Rafael Lescano, <b>Trotsky y la crisis del marxismo</b>	27. <b>Frente Obrero en las Jornadas de Octubre</b> (volumen de 70 páginas)
14. Rosa Luxemburgo, <b>La acumulación del capital</b>	28. <b>FORJA y la Década Infame</b>
	29. <b>APRA y la unidad de América Latina</b>

Si bien este proyecto revistió un carácter colectivo, no todos sus integrantes cumplían las mismas funciones en la editorial. Los roles no eran fijos aunque sí es posible detectar actividades principales. El de editor, sin duda, estuvo a cargo de Jorge Abelardo Ramos. Su interés y conocimiento del negocio le permitieron, en comparación con el resto de sus compañeros, desempeñar este papel clave en la continuidad de la empresa.<sup>14</sup> Asimismo, debido a las relaciones que supo cultivar a través de correspondencia e intercambios con diversas personalidades de la cultura y de la política tanto argentina como latinoamericana, Indoamérica pudo publicar a autores como el ex presidente de Guatemala Juan José Arévalo y el aprista peruano Ezequiel Ramírez Novoa. Pero también logró comprometer la colaboración de escritores como Elías

Castelnuovo, Alfredo Terzaga, Saúl Hecker, Juan Ignacio Cornejo y Marcelo Massola. Gracias a sus contactos con distintos medios la editorial consiguió la publicación de reseñas y propaganda de sus libros en diarios como **Democracia**, **Orientación** de Córdoba, **La Vanguardia**, **La Capital** de Rosario y revistas como **De Frente** y **Esto Es**.<sup>15</sup> Además, por intermedio de Víctor Alba se publicó una breve nota del libro **Crisis y Resurrección de la literatura argentina** en el diario mexicano **Excelsior** al mismo tiempo que Juan José Hernández Arregui, quien conducía un programa cultural en Radio del Estado llamado "Vida artística", enunciaba un largo comentario en una transmisión de mayo de 1954.<sup>16</sup> Todo lo cual

<sup>14</sup> Estos intereses de Jorge Abelardo Ramos quedan evidenciados en una carta fechada el 29 de agosto de 1948, en donde le comentaba a su amigo y confidente Alfredo Terzaga sobre la participación en un proyecto editorial y la posibilidad de publicar la obra de algunos escritores nacionales y extranjeros: en "la edición del trabajo de Marcelo [Massola] es necesario encararla ya sea por medio de una suscripción de amigos, de facilidades económicas de alguna imprenta o de una nueva editorial galería de arte en formación en Buenos Aires, cuya financiadora ha solicitado mi colaboración en forma de director. ¿Que me contás? Este último asunto está en marcha y no puedo adelantarte más novedades por ahora, pues se está recién buscando local. Creo que será en la calle Florida, con gran pinta. Yo me haría cargo a mi regreso del viaje, dentro de unos cuatro meses". Archivo Jorge Abelardo Ramos.

<sup>15</sup> Un ejemplo de los buenos contactos que Jorge Abelardo Ramos tuvo con distintos medios lo constituye el caso de la revista dirigida por John William Cooke, **De Frente**. Allí se publicaron varias reseñas sin firma de los libros publicados por Indoamérica. Entre ellos: "El Porvenir de América Latina, de Manuel Ugarte," n° 5, año I, 8 de Abril de 1954, p.27; "Historia de la revolución rusa, de León Trotsky", n° 7, año I, 22 de abril de 1954, p. 27; "Crisis y resurrección de la literatura argentina, de Jorge Abelardo Ramos", n° 13, 3 de junio de 1954, p. 27; "Itsmania, o la unidad revolucionaria de Centroamérica, de Juan José Arévalo", n° 25, 26 de agosto de 1954, p. 27; "José Hernández y la guerra del Paraguay, de Enrique Rivera", n° 26, 2 de septiembre de 1954, p. 26-27.

<sup>16</sup> Víctor Alba, "Breve Historia de Siete Días", en **Excelsior**, 16 de mayo de 1954 y "Crisis y resurrección de la literatura argentina, por Jorge Abelardo Ramos" (desgrabación), mayo de 1954. Archivo Jorge Abelardo Ramos. Respecto al lugar de este programa de radio en las actividades y trayectoria de Hernández Arregui durante el peronismo véase el trabajo de Federico Neiburg, **Los**

admite considerar aquellos atributos a través de los cuales puede atenderse a la presencia de un editor moderno, en cuanto a la solicitud de colaboraciones de otros escritores, intermediar entre productores simbólicos, encarar la tarea de difusión además de dirigir colecciones y dedicarse a la mayoría de los asuntos vitales en el despliegue de una editorial.

Otra actividad desempeñada por los integrantes de Indoamérica estuvo relacionada con la apropiación y traducción de obras que circulaban en el espacio de la izquierda por aquellos años. Así, por ejemplo, Carlos Etkin tradujo **La Historia de la Revolución Rusa** de Trotsky tomando como referencia la versión castellana realizada en 1933 por Andrés Nin pero confrontada con la traducción francesa del escritor Maurice Parijenine. Al mismo tiempo, tradujo y prologó al marxista polaco Abraham León sobre la base de la edición francesa de **Pionniers**. Por su parte, Jorge Enea Spilimbergo y Enrique Rivera tradujeron las biografías sobre Trotsky de Víctor Serge y la de Lenin realizada por el antiguo jefe del ejército rojo. Estas traducciones formaban parte de un proceso de recepción y apropiación que no sólo evidencia el fluido manejo idiomático que supone tal actividad sino una preocupación por acaparar y difundir autores y contenidos que hallaban su finalidad en el deseo de intervenir en la cultura de izquierda.

Desde un ángulo complementario, estas tareas permiten identificar una división de roles que resalta el carácter colectivo del proyecto. Mientras Ramos estaba encargado de la dirección, difusión y contactos con diversos escritores —sin dejar de lado la escritura—, los restantes miembros no sólo escribían sino que traducían, prologaban y presentaban obras y autores tanto latinoamericanos como europeos. De esta manera, en la confección de los libros publicados se empleaban dispositivos textuales y formales que apuntaban a controlar más estrechamente la interpretación del texto y a guiar su lectura para persuadir y seducir al lector.<sup>17</sup> Si se atiende a los canales que acercaban las publicaciones al mercado —aunque es poco lo que puede afirmarse respecto al tiraje de cada ejemplar impreso—, la comercialización y circulación muy probablemente estuviera supeditada a las tradicionales librerías ubicadas en el centro porteño, además de kioscos, suscripciones y hasta la misma editorial.<sup>18</sup> Este tipo de ven-

**intelectuales y la invención del peronismo**, Buenos Aires, Alianza, 1998, *op. cit.*, p. 68.

<sup>17</sup> En más de una oportunidad se ha advertido la importancia que reviste la atención a las formas en la significación de los textos por sobre los análisis exclusivamente semánticos. Respecto de la función de los prefacios y advertencias en el interior los objetos impresos, Roger Chartier sostiene que “partiendo de una representación previa de la lectura, las estrategias de control o de seducción del lector utilizan la materialidad del libro, inscribiendo en el objeto mismo los dispositivos textuales y formales que apuntan a controlar más estrechamente la interpretación del texto: de un lado, los prefacios, memoriales, advertencias preliminares, glosas o comentarios que formulan cómo la obra debe ser comprendida; de otra parte, la organización del texto, en la extensión de la página o en el desarrollo del libro, se encarga de guiar y constreñir la lectura”. Roger Chartier **El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación**, España, Gedisa, 1996, p. 5-6.

<sup>18</sup> Según el testimonio de Marina Etkin, hija de Carlos Etkin, durante un tiempo la editorial funcionó en el estudio de abogacía que compartía su padre con algunos integrantes de la editorial ubicada en el microcentro porteño. Entrevista realizada por el autor.

ta directa era uno de los conocidos medios de que disponían las editoriales para facilitar el acceso de los libros al público y que habían demostrado una amplia efectividad a partir de la década de 1930. Todavía en 1957, recordaba Arturo Peña Lillo —cuando junto con Ramos dieron forma a la colección **La Siringa** para el sello editorial Peña Lillo— la venta de los títulos se realizaba casi con exclusividad a través de kioscos de diarios, incluso de aquellos ubicados en los subterráneos de Buenos Aires.<sup>19</sup>

## La “Biblioteca de la Nueva Generación”

Uno de los aspectos más significativos del trabajo de la editorial fue la colección “Biblioteca de la Nueva Generación”. Sector diferenciado del fondo editorial en cuanto a autores ofrecidos y temas propuestos, ésta se dirigía a un público joven pero sobre todo estaba realizada por jóvenes escritores. Todos los que publicaron bajo esta colección, además de haber sido miembros del grupo, no superaban los treinta y cinco años. Sus preocupaciones y sensibilidades intelectuales giraban en torno a una serie de temas que iban desde el legado del radicalismo, los cruces entre arte y revolución, cultura judía y marxismo alcanzando la crítica al “stalinismo” pregonado por el Partido Comunista.

La pretensión de abordar estas cuestiones a través de esta colección partía de una interpretación de las condiciones políticas, culturales y sociales del momento que surcaba al país. La editorial diagnosticaba que, en las últimas décadas, había existido un marcado retroceso del movimiento obrero internacional amparado en un doble terror ideológico ejercido tanto por el imperialismo “democrático” como por el “stalinismo”, en especial en la juventud argentina. En consecuencia el esfuerzo de publicar estos ensayos estaba dedicado a emprender una lucha ideológica y cultural en un contexto nacional que, tal como se advertía en sus solapas, “actualmente vive un proceso revolucionario de insospechadas proyecciones”.

Para los integrantes de la editorial el problema que debía afrontar el país y la región pasaba por la realización de una unificación de América Latina en su lucha frente al imperialismo. Se entendía en consecuencia que tal tarea —marcada por un contexto que se apreciaba como “revolucionario”— debía ser encabezada por una “intelectualidad proletaria” preocupada por la búsqueda de una “conciencia revolucionaria en las masas”. Pero si en las tapas de los libros que conforman la colección se anunciaba que la dificultad de las tareas de la hora era la oscura visión que éstas tenían en el presente, la búsqueda de un lector apuntaba tanto por los materiales editados como por el conocimiento que se exigía a un público joven y letrado antes que obrero. Ciertamente, la denuncia se esgrimía sobre una falta: el “vacío que más de veinte años de fascismo, guerra imperialista, stalinismo y cipayismo cultural han dejado en la conciencia política de la juventud de América Latina”.

<sup>19</sup> Arturo Peña Lillo, **Memorias de papel. Los hombres y las ideas de una época**, Buenos Aires, Continente, 2004, p. 64.



Se advierte entonces que a través de esta “Biblioteca de la Nueva Generación” los integrantes de la editorial buscaban interpelar a una juventud ilustrada, proponiendo una serie de ensayos que, como puede apreciarse en el listado, estaban centrados en el entrecruzamiento de cultura y política. Todo lo cual supone una labor vinculada a la identificación de un subpúblico, de un lector formado, con conocimientos y saberes suficientes para apreciar los temas y autores puestos en consideración. En este sentido, las repercusiones que tuvieron los títulos de la editorial hacia mediados de 1950 en jóvenes intelectuales de izquierda como Juan José Sebrelli y Ramón Alcalde pueden apreciarse como un signo del alcance que esta empresa tuvo en el espacio universitario nacional.<sup>20</sup> Tal situación se ampliará a principios de los sesenta cuando el discurso de la “Izquierda Nacional” pero sobre todo este trabajo editorial aglutine a un conjunto de estudiantes universitarios como Ernesto Laclau, Félix Schuster, Adriana Puiggrós, Analía Payró, Ana María Caruso y Blas Alberti en torno al Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.<sup>21</sup>

Entre los diversos temas que esta colección abordaba se destaca el conocido problema del lugar del arte y la literatura en la sociedad. Si bien en la izquierda argentina los debates sobre el “arte social” frente al “arte puro” ya habían sido tratados en la década del treinta, la pertinencia de su regreso se afincaba en un contexto diferente marcado por la “revolución nacional” que, enunciaba la editorial, encabezaba el peronismo.<sup>22</sup> Precisamente, el vínculo entre arte y revolución es el tema que Jorge Enea Spilimbergo abordó en su biografía del pintor Diego Rivera en el México revo-

lucionario de la década de 1910 y que llevó por título **Diego Rivera y el Arte en la Revolución Mejicana**. En un registro similar, Enrique Rivera en **José Hernández y la guerra del Paraguay** elaboraba una mirada crítica sobre el conflicto bélico que el poeta había plasmado durante su trabajo en el periódico **El Río de la Plata** y que lo convirtió, según el autor, en parte de una corriente “nacionalista y democrática” a la cual Jorge Abelardo Ramos ya había sumado al escritor modernista e integrante del Partido Socialista, Manuel Ugarte.

Asimismo, esta colección buscaba intervenir en la lucha simbólica que desde hacía años este grupo venía desplegando en el interior de la izquierda. Ese es el objetivo del libro **Stalin y la Burocracia contrarrevolucionaria** que Hugo Sylvester (bajo el seudónimo de H. García Ledesma) escribió en torno al efecto negativo que generó la burocracia soviética al proceso de cambio impulsado por la Revolución Rusa. Esa misma intención despuntaba Carlos Etkin al escribir sobre Abraham León y la preocupación de este intelectual polaco por los vínculos entre la cuestión judía y los movimientos revolucionarios nacionales. De esta manera, la editorial argumentaba que si bien la cuestión judía “tiene derivaciones psicológicas, sentimentales, religiosas, ideológicas [en] esencia son los intereses de clase los que predominan, cuya vigencia no cabe negar, son utilizados por el imperialismo, por el estalinismo y el falso nacionalismo reaccionario para desviar a la colectividad judía de su verdadero camino”.<sup>23</sup>

Sin embargo no fueron sólo el comunismo y el imperialismo los objetos discursivos elegidos a través de los cuales se intentaba afrontar la disputa simbólica. También fue un reconocible motivo de escritura y polémica el lugar que ocupaban en la filigrana antiimperialista políticos de la talla de Lisandro de La Torre e Hipólito Yrigoyen. Los ensayos consagrados a estas dos figuras por parte de Hugo Sylvester y Jorge Enea Spilimbergo respectivamente se entienden y delimitan en la preocupación común por definir un significado para la lucha y el lugar de pertenencia de estas figuras en el panteón antiimperialista. En el caso de De La Torre —cuyo motivo más inmediato tuvo que ver con la aparición de sus obras completas hacia fines de los cuarentas— Sylvester rebatía una difundida imagen de época que asociaba su trabajo a una vocación por lo popular y el combate antiimperialista. Pero si en la diagramación del espacio que ocupaba De La Torre éste era ubicado en la vereda de enfrente de las tareas necesarias para el avance de la revolución nacional, dado sus conocidos vínculos con la “Pampa Gringa”, Yrigoyen y, a través de él, el grupo de la Intransigencia radical liderada por Arturo Frondizi representaban la competitiva aspiración de una pequeña burguesía político-intelectual interesada por “crear una ideología coherente y democrática, y que sirva de equipo de recambio para el caso de una derrota del peronismo”.<sup>24</sup> Este libro de Sylvester

<sup>20</sup> Juan José Sebrelli, “Jorge Abelardo Ramos: Crisis y resurrección de la literatura argentina”, en *Sur*, n° 230, Buenos Aires, septiembre y octubre de 1954, pp. 119-120; Ramón Alcalde “Imperialismo, Cultura y Literatura Nacional”, en *Contorno*, n° 5-6, Buenos Aires, septiembre de 1955, pp. 57-60.

<sup>21</sup> Uno de los aspectos más interesantes y novedosos del colectivo que Ramos lideró en la década de 1960 fue la incorporación de estos estudiantes universitarios como parte de una estrategia de penetración desplegada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Al mismo tiempo, tal situación implicó el surgimiento de nuevos liderazgos, proyectos y temas en un contexto distinto al de mediados de los cincuenta y que es posible seguir en publicaciones como el semanario **Lucha Obrera**. Parte de la tesis doctoral en curso tiene como objetivo abordar este período y comprender el posicionamiento de esta formación en una cultura política de izquierda atravesada por el surgimiento de organizaciones armadas, la “nueva izquierda” intelectual y la difusión del marxismo entre la juventud militante. Un sugerente aunque parcial trabajo sobre el vínculo entre el Frente de Acción Universitaria (FAU) liderado por Ernesto Laclau y el PSIN es el de Martín Bergel, Mariana Canavese y Cecilia Tossounian, “Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau”, en **Políticas de la Memoria**, n° 5, 2004/2005, pp. 149-158.

<sup>22</sup> Sylvia Saitta recuerda que durante la década del treinta un debate representativo sobre el vínculo entre arte y sociedad fue el desarrollado con especial preocupación en las páginas de la revista **Contra**. Entre las diversas cuestiones que aborda, la autora señala que esta publicación había realizado un recorte respecto a las propuestas vertidas por grupos defensores del “arte social” como fue el de Boedo, ya que “si bien se preocupaba por los temas de la miseria, la desigualdad social, el dolor proletario, las huelgas o las manifestaciones, no problematizaba el modo de representación de esos temas”. Con lo cual, frente al “arte social” la revista proponía la búsqueda y despliegue de otras zonas de referencias estéticas y literarias tanto europeas como latinoamericanas. Sylvia Saitta, “Entre la cultura y la política: los escritores de izquierda”, en Alejandro Cattaruzza (Dir.), **Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)**, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 408.

<sup>23</sup> Comentario del trabajo de Carlos Etkin en el libro de Jorge Enea Spilimbergo, **Diego Rivera y el Arte en la Revolución Mejicana**, Buenos Aires, Indoamérica, 1954, p. 60.

<sup>24</sup> Jorge Enea Spilimbergo (Lucía Tristán), **Yrigoyen y la Intransigencia Radical**, Buenos Aires, Indoamérica, 1955, p. 76.

puede ser considerado a su vez como una respuesta al que publicara Frondizi en 1954 que llevó por título **Petróleo y Política**. Su aparición no solo generó la adquisición de una fama como un intelectual devenido en político —reflejo de las propias aspiraciones del grupo liderado por Ramos— sino también un reconocimiento como líder antiimperialista muy cercano a un nacionalismo de izquierda, durante los últimos meses del gobierno de Perón.<sup>25</sup>

Ahora bien, desde una mirada de conjunto de esta colección, ¿cuál era la razón que impulsaba la aparición de estos libros en serie si ya habían sido publicados otros con similares inclinaciones temáticas y autorales? Si se recuerda que esta última ofrecía autores como Haya de La Torre, Juan José Arévalo, Ezequiel Ramírez Novoa, León Trotsky además de Jorge Abelardo Ramos y Abraham León —agrupando cuestiones como el antiimperialismo, el indigenismo, la cuestión judía—, una respuesta factible pasaría por considerar a la colección como parte de una estrategia comercial interesada en ofrecer libros pensados para conformar el apetito político-intelectual de una cada vez más amplia franja de jóvenes estudiantes. De esta manera, la “Biblioteca de la Nueva Generación” puede ser entendida en un doble sentido: por un lado, como un modo de intervenir por parte del grupo Ramos en el espacio de las izquierdas; por el otro, una fuente de ingresos alternativa a las diversas actividades profesionales en cuyo objetivo concurría la necesidad de ocupar un lugar en el mercado de libros consagrados a la literatura de ideas durante los últimos años del gobierno peronista. No obstante, en la publicación de estos títulos convergirían otros motivos, otras razones que explican la variedad de autores y tradiciones que evidencia la reconstrucción del catálogo de Indoamérica. En términos generales, es posible afirmar que en el criterio de selección del fondo editorial también concurrió la necesidad de proponer un modelo de intelectual que era ubicado en el cruce entre cultura y política. Es esto lo que obliga a considerar la convivencia de autores que representaban tradiciones disímiles como fueron León Trotsky, Víctor Haya de la Torre, Abraham León y Manuel Ugarte. Todos aparecían unidos por la común idea de haber sido intelectuales de izquierda con una profunda y reconocida vocación por la praxis. Es así que, en un plano complementario, la publicación de libros de autores y tradiciones ubicadas fuera del trotskismo es otra manera interesante de medir los efectos que el peronismo produjo en torno a las representaciones del intelectual en la cultura de izquierda.

En consonancia con este interés por difundir una representación del intelectual de izquierda otros de índole comercial y aun político impulsaron al mismo tiempo la aparición de determinados autores. En la impresión de los títulos de Trotsky mucho tuvo que ver, además de la admiración hacia su figura, la percepción de una ausencia en el mercado del libro de aquel entonces. Ramos recordaba, entre la exaltación y el discernimiento de un vacío editorial, lo difícil que era poder hallar alguno de sus títulos en las librerías del centro porteño en la década del cuarenta:

<sup>25</sup> Sobre esta tendencia en el interior del radicalismo y su efecto en el panorama político-intelectual nacional véase Carlos Altamirano, “Ideología y debate cívico”, en Juan Carlos Torre (Dir.), **Los años peronistas (1943-1955)**, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Y sus libros ¿quién los conocía en Buenos Aires? Recuerdo ese mismo año (1940), revolviendo la montaña indiscernible de la librería “La incógnita” junto a un gato inmóvil sobre la cima, mientras el propietario don Constantino Caló observaba la calle Sarmiento con su mirada vacía, encontré como una joya polvorienta, un ejemplar usado de *Mi Vida*, en la edición española de Cenit. En otra oportunidad logré descubrir algo así como un incunable en la extinta librería de Menéndez, en la calle Bernardo de Irigoyen. En un estante alto envueltos todavía en su ropaje de papel transparente, aparecieron los dos tomos *intonsos* [sic], de la *Historia de la Revolución Rusa*. Las obras de Trotsky no eran fáciles de obtener: y cuando se las tenía entre manos, todas ellas respiraban una claridad impecable, un exasperante poder lógico que contrariaba lo que la gente de esa época esperaba de la izquierda: sentido común, “lucha antifascista”, unidad de acción.<sup>26</sup>

Diferentes fueron las circunstancias, siguiendo esta perspectiva, que explican la decisión de publicar el libro de Manuel Ugarte **El Porvenir de América Latina**.<sup>27</sup> Por un lado, Ugarte era rescatado como parte de una tradición vigente en el socialismo argentino que Ramos bautizó con el nombre de “nacionalismo democrático revolucionario”. Por el otro, su figura era parte de una operación ideológica que auspiciaba un proyecto político en ciernes: la participación del grupo junto a viejos militantes socialistas en el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). En efecto, en compañía de dirigentes como Enrique Dickmann, Carlos María Bravo y Saúl Bagú los integrantes de la editorial formaron parte de este partido político creado con la venia del peronismo. La apelación a una figura como Ugarte, en esta doble dimensión, habilitaba la legitimidad de tal acción política al tiempo que conformaba un componente esencial en el armado de un discurso que encontraba en su antiimperialismo un elemento de pasaje entre la tradición socialista y trotskista. Sin embargo, lejos estuvo el grupo Ramos de ser el único que reivindicara a este escritor en el panorama de los grupos ideológicos de izquierda. El periódico **Clase Obrera**, dirigido por Rodolfo Puiggrós, en 1954 también encontraba en Ugarte una figura a la cual revindicar y homenajear ante la noticia de su fallecimiento en Francia. De hecho, la conformación de una comisión para recibir sus restos fue lo que originó uno de los escasos encuentros entre hombres de disímiles tradiciones político-culturales pero que brindaban un igual apoyo al peronismo como fueron John William Cooke, Carlos María Bravo, Jorge

<sup>26</sup> Jorge Abelardo Ramos, “Trotsky en América Latina”, en **Marxismo para latinoamericanos**, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1973, p. 254.

<sup>27</sup> El nombre original del libro publicado en 1911 por el editor Sempere fue **El Porvenir de la América latina**. Es por demás evidente que esta recuperación de la figura de Ugarte que realizó el grupo liderado por Ramos comenzó desde el título mismo aunque también es perceptible en la edición final del libro publicado en 1953. En efecto, en la edición original Ugarte había realizado una serie de observaciones en su Tercera Parte sobre cuestiones como la religión, la familia y la educación que están ausentes en la edición de Indoamérica. Inspirado en principios republicano-liberales el escritor argentino proclamaba el desarrollo de una táctica reformista y gradual que, en el contexto del peronismo, parecía tener un tono más bien conservador. Agradezco esta observación a Margarita Merbilháa. Para un estudio sistemático y erudito de la figura de Manuel Ugarte véase su tesis de doctorado, **Trayectoria intelectual y literaria de Manuel Ugarte (1895-1924)**, disponible on-line: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.462/te.462.pdf>.





Abelardo Ramos y Puiggrós. Es así que esta publicación consideraba que esta congregación y muestra de respeto a la figura de Manuel Ugarte “hace justicia histórica a un precursor de nuestra revolución nacional emergente y de la unidad de América Latina”.<sup>28</sup>

Por su parte, la influencia y rescate por el grupo de figuras e ideas vinculadas al aprismo también es nítido si se repasan los títulos y autores publicados. Los libros de Haya de la Torre y Ramírez Novoa evidenciaban una indudable presencia y ascendente en este sector del marxismo argentino de principios de la década de 1950. No obstante, llama la atención la ausencia en el catálogo de la editorial de un autor fundamental del escenario peruano y del marxismo latinoamericano como fue José Carlos Mariátegui. Quizás esto haya tenido que ver con problemas vinculados con los derechos de autor<sup>29</sup>, pero lo más probable es que la figura de Haya de la Torre fuese más potente a la hora de pensar en un tipo de intelectual de izquierda con innegable vocación por la política. Por lo menos esta es la intención que acompaña la presentación del libro en donde se lo presenta como “un conocido dirigente revolucionario-democrático del Perú [que] desde su mocedad interviene en las luchas sociales y políticas de su país”. Con todo, el influjo del aprismo en este grupo tiene otras constataciones si se atiende a la convergencia entre el horizonte nacional-antiimperialista pregonado por Haya de la Torre y el que apañaba el grupo Ramos con su idea de los “Estados Unidos Socialistas de América Latina”. Como fuera, la predisposición a establecer una conexión entre hombre e ideas de izquierdas en torno a una vocación por la política y la visión de un proyecto de unificación latinoamericana recortan los motivos de una política editorial que en años posteriores continuarán a través de la editorial Coyoacán.<sup>30</sup>

## Observaciones finales

La editorial Indoamérica fue parte de un proyecto intelectual que buscaba intervenir en la vida cultural e ideológica de la izquierda durante el peronismo. La reconstrucción de su política editorial, catálogo, autores, tradiciones y traducciones evidencia la vitalidad que existió en una fracción de esta cultura política en un contexto de continua expansión de la industria editorial y del

mercado lector. La presencia de los temas y autores abordados denota uno de los efectos no siempre advertidos que el peronismo produjo en la izquierda argentina. La operación de revisión y selección que el grupo realizó sobre su propia tradición, manifiesta considerar ciertos aspectos constitutivos de esta situación al tiempo que se observa una preocupación por dialogar con otras culturas políticas, aun con aquellas alejadas del trotskismo. Si bien el énfasis estaba puesto en títulos que reflejaran una inquietud en torno de la lucha antiimperialista y la unificación latinoamericana, su elección no estuvo subordinada con exclusividad al contenido de los mismos. Casi todos los autores elegidos comportaban la cualidad de haber sido hombres de izquierda que supeditaron su vocación por la escritura a los encantos de la política, en un momento histórico que relanzaba un proyecto de transformación político-social pero al que era preciso sumar una lucha cultural ya que, entendía la editorial, “ninguna revolución genuina consolidará su triunfo si no transforma su predominio político, transitorio por naturaleza, en predominio cultural”.<sup>31</sup>

Pero también el seguimiento de sus actividades permite observar otros aspectos que caracterizaron a esta formación en base a un análisis detenido de las funciones que cada uno de sus miembros desplegó en su interior. El papel protagónico de Jorge Abelardo Ramos en esta empresa radicó en su capacidad por establecer contactos y relaciones con diversos medios y figuras del campo cultural e intelectual que estribó, en buena medida, en la iniciativa y el reconocimiento que por ese entonces había obtenido como escritor. El lugar de los otros integrantes como Aurelio Narvaja, Enrique Rivera, Carlos Etkin, Hugo Sylvester, Adolfo Perelman y Jorge Enea Spilimbergo, aunque secundario, también puede apreciarse desde el punto de vista de las necesidades colectivas que conlleva la puesta en marcha de toda empresa editorial: capital cultural, económico y división de tareas. Sin embargo la vida interna de este grupo durante todos esos años estuvo atravesada por varias cuestiones que socavaban su continuidad. Las tensiones internas que hacía algún tiempo se habían registrado en el fracaso de la gestión de la revista **Octubre** a principios de 1955 volvían a emerger. En momentos que la editorial había alcanzado una incipiente visibilidad en la cultura de izquierda los problemas internos recobraron fuerza, en un tiempo marcado por la creciente tensión de vida política nacional — marcado por la oposición de la Iglesia y los partidos políticos tradicionales— que, una vez más, obligó a este grupo a tomar partido. Ello supuso no sólo el fin de toda labor editorial como forma de intervención intelectual sino también de este colectivo de intelectuales políticos liderados por Jorge Abelardo Ramos durante el peronismo.

<sup>28</sup> “Manuel Ugarte, el precursor”, **Clase Obrera. Órgano del movimiento obrero comunista**, n° 39, Buenos Aires, mayo de 1954, p. 13. Rodolfo Puiggrós ofreció una conferencia durante este encuentro que posteriormente su periódico publicó bajo el título “Elogio de Manuel Ugarte”. **Clase Obrera. Órgano del movimiento obrero comunista**, n° 46, Buenos Aires, diciembre de 1946, p. 16. Por otra parte, el periódico **Frente Obrero** perteneciente al PSRN y dirigido por los miembros de Indoamérica, había convocado en su primer número a “obreros, estudiantes e intelectuales” a recibir los restos de Ugarte que llegaban de Francia el 6 de noviembre de 1954.

<sup>29</sup> Entrevista realizada a Aurelio Narvaja (h) por el autor.

<sup>30</sup> La editorial Coyoacán fue el más importante emprendimiento cultural lanzado por Jorge Abelardo Ramos tanto por la cantidad de libros publicados como por la difusión que tuvo a principios de la década del sesenta. Entre 1960 y 1963 este emprendimiento publicó cerca de treinta y cinco títulos y a diversos autores como Helio Jaguaribe, Vivían Trías, el anarquista español Abraham Guillén, Carlos Montenegro, Arturo Jauretche, Manuel Ugarte, León Trotsky, Alberto Belloni, Araujo Lima, Joaquín Coca, Eduardo Astesano, Luis Alberto Herrera, Roberto Ares Pons y Luis Alberto Murray entre otros.

<sup>31</sup> Jorge Enea Spilimbergo, **Diego Rivera y el Arte en la Revolución Mejicana**, Buenos Aires, Indoamérica, 1954, p. 2.

## Resumen

La editorial Indoamérica fue parte importante de las actividades, intereses y trayectoria desplegada en la vida intelectual y cultural por el grupo liderado por Jorge Abelardo Ramos durante el peronismo. Proyecto que revestía una aspiración a convertirse en una forma de intervención intelectual, este colectivo emprendió una no siempre advertida labor que llevó a la publicación de veinte libros, la difusión de autores europeos y latinoamericanos y una variedad de temas ubicados en el cruce entre cultura y política. La reconstrucción de esta empresa cultural permite trazar no sólo una mirada más compleja sobre este grupo de intelectuales políticos sino también del espacio editorial y cultural vigente a principios de la década de 1950. En un plano complementario, la proliferación de una literatura de ideas asociada a nombres como León Trotsky, Manuel Ugarte, Víctor Haya de la Torre y Abraham León revela un proceso de selección y apertura hacia distintas variantes y figuras intelectuales, culturales y políticas de izquierda que operaron sobre el trasfondo de una tradición —el trotskismo—, que era revisada en virtud de los efectos que el peronismo produjo en esta fracción de la cultura política argentina.

**Palabras claves:** Editorial, Intelectuales, Literatura de izquierda.

## Abstract

Indoamerica publishing company was an important part of the activities, interests and career exhibited in the intellectual and cultural life by the group led by Jorge Abelardo Ramos during the peronismo. As a project which hid an aspiration to become a sort of intellectual intervention, this group undertook a work not always noticed which led to the publication of twenty books, the dissemination of European and Latin American authors, and a variety of topics located at the convergence between culture and politics. The reconstruction of this cultural venture takes a deeper look not only into this group of political intellectuals, but also into the existing publishing and cultural space in the early 1950s. Additionally, the proliferation of a literature of ideas associated with names like Leon Trotsky, Manuel Ugarte, Victor Haya de la Torre and Abraham Leon reveals a process of selection and opening-up to different variants and intellectual, cultural, and political figures of the left-wing which operated in the background of a tradition —Trotskyism—, which was revised pursuant to the effects that peronismo caused in this portion of the Argentine political culture.

**Keywords:** Publishing company, Intellectuals, Literature of ideas.



# Una editorial de la Nueva Izquierda Tiempo Contemporáneo

Emiliano Álvarez\*

“El mundo no corre ningún peligro si no se arremete contra él con otras armas que no sean los libros”

Karl Marx<sup>1</sup>

Corre el año 1967 y el editor Jorge Álvarez, en su librería de la calle Talcahuano, termina de convencer a dos jóvenes abogados sobre la idea de fundar un sello editorial. Se trata de Alberto Serebrisky y Natalio Wisniacki, quienes a partir de ese momento darán el puntapié inicial para constituir la editorial Tiempo Contemporáneo. La idea de Álvarez es sencilla: necesita generarse su propia competencia para constituir un mercado más sólido y dinámico dentro de la edición de libros que responden a la constelación ideológica de la Nueva Izquierda. En esta operación fundacional de Tiempo Contemporáneo (de aquí en adelante TC), Jorge Álvarez acerca a los abogados recién llegados al mundo editorial, la participación y los oficios de Pirí Lugones como editora. Y lo mismo hará con un joven llamado Ricardo Piglia, quien se convertirá en una pieza clave para el armado del nuevo sello.

A partir de allí TC publicará más de 110 títulos hasta 1977, cuando las condiciones políticas de la última dictadura hagan imposible continuar con el proyecto. En ese largo recorrido de casi 10 años, la editorial será uno de los tantos referentes del proceso de modernización cultural que llevará adelante la Nueva Izquierda intelectual. Rodolfo Walsh, David Viñas, el universo de la intelectualidad francesa desde Sartre hasta Althusser, la problemática del Tercer Mundo, los ecos de la Revolución Cubana, la modernización de las Ciencias Sociales, la literatura del boom, el policial

negro y la lucha armada tendrán su espacio de difusión en este pequeño sello hoy casi olvidado.

El trabajo que aquí presentamos tiene como primer objetivo reponer el catálogo de los libros publicados por TC, pretendiendo con ello recuperar documentalmente parte del universo textual de una época altamente significativa en términos culturales y políticos<sup>2</sup>. La intención de exhaustividad en la recuperación de todos los registros no sabemos si ha sido alcanzada. Los propietarios de TC y sus directores editoriales no han conservado documentación que nos permita saber fehacientemente qué y cuántos libros publicó esta editorial. Igualmente, hemos podido recuperar los datos de más de 110 títulos que nos permiten tener una muestra importante de lo publicado. Tener frente a nosotros una fotografía ampliada del universo libresco de los años sesenta nos permite ingresar a su estudio sin los sesgos previos que los relatos míticos y parcializados han construido de ese momento de la historia. Las interpretaciones que aquí presentaremos sobre el catálogo tienen tal vez, como única virtud, el hecho de poder ser puestas en cuestión por el lector del artículo, quien tendrá a su disposición el Hilo de Ariadna que le permita realizar un recorrido distinto al que hemos establecido nosotros por los libros que publicó TC, y de esa manera podrá tejer nuevas y mejores interpretaciones.

Como segundo objetivo realizaremos una interpretación del catálogo a partir de dos líneas de indagación que se encuentran vinculadas. Primero, nos concentraremos en la relación entre política y cultura que se establece como horizonte fundamental de la editorial y guía el programa de sus publicaciones. Y segundo, consideraremos al libro como forma de mediación de esa relación entre política y cultura. A manera de hipótesis sostendremos lo siguiente: contra las interpretaciones que tienden a establecer para el período una cancelación de la lógica cultural producida por una sobre-

\* UBA. Integrante del Seminario de Historia Intelectual y Recepción de Ideas (CeDInCI-UNSAM)

<sup>1</sup> La frase de Marx es citada por Ricardo Piglia en el editorial del n°1 de la revista *Literatura y Sociedad*, Buenos Aires, 1965, p. 1. Allí no existe referencia precisa sobre el texto de Marx en el cual se encuentra. Estimamos que la frase se corresponde con aquel párrafo famoso de la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* en la cual Marx dice: “Ciertamente, el arma de la crítica no puede sustituir la crítica por las armas; la violencia material no puede ser derrocada sino con violencia material. Pero también la teoría se convierte en violencia material una vez que prende en las masas”, ([www.ub.edu/~L-4\\_Marx-Critica\\_de\\_la\\_Filosofia\\_del\\_Derecho\\_de\\_...](http://www.ub.edu/~L-4_Marx-Critica_de_la_Filosofia_del_Derecho_de_...) pág. 7). Presumiblemente en un gesto vanguardista Piglia tejió esa idea en una serie de significantes que se relacionan con su propio sistema de preocupaciones. El significante *libros* no es frecuente en la obra de Marx, mientras que en Piglia es siempre el punto de partida de sus reflexiones.

<sup>2</sup> Al final de este artículo se encuentra consignados en un cuadro los títulos y autores que hemos podido registrar para la reconstrucción del catálogo de TC



determinación de la política revolucionaria respecto de las prácticas intelectuales, intentaremos demostrar que aquella forma de relación entre política y cultura no fue excluyente, al constatarse, a través de la publicación de ciertos libros de la editorial TC, que los criterios culturales no se desvanecieron totalmente bajo el influjo de las interpelaciones revolucionarias de la época.

La estrategia metodológica general para desarrollar nuestros objetivos está centrada básicamente en ubicar al catálogo de publicación de TC como objeto central de indagación, a partir del cual leer las tramas político-intelectuales de una época. Con ello pretendemos llevar adelante una historia de la edición que centre fuertemente su atención en el libro publicado para tratar de encontrar en él las marcas estructurales de un contexto social del que es al mismo tiempo su resultado y su promotor. No ha resultado sencillo construir esta alternativa. Siempre está presente la tentación de caer en una historia interna de la editorial que en la descripción minuciosa de sus infinitos detalles parece echar luz sobre la totalidad del objeto pero a costa de perder su conexión con fenómenos sociales más amplios. Es cierto que las historias internas no carecen de mención a estos fenómenos, pero ellos suelen aparecer como contextos generales y generalmente difusos, con los cuales es difícil establecer conexiones causales. Esperamos que nuestro esfuerzo a contrario de esta última alternativa haya encontrado algún resultado positivo.

El recorrido propuesto para poner a prueba estas claves interpretativas se inicia con una breve descripción de las redes editoriales de la Nueva Izquierda y las condiciones en las que ellas emergieron durante los años sesenta. Luego nos dispondremos a narrar en detalle la forma en que se estableció TC, exponiendo desde la manera en que se financió, qué objetivos y dificultades tuvo, hasta el modo en que se convirtió en un sitio de sociabilidad intelectual en tiempos en los que la universidad y otros espacios institucionales quedaron vedados para los intelectuales de la época. Por último, desarrollaremos un recorrido por las distintas colecciones que editó TC para tratar de comprender de qué manera ese contexto epocal asumió la forma de libros que hoy llegan hasta nosotros, a través de alguna librería de viejo, sin poder decirnos plenamente de qué pasiones y disputas intelectuales son fruto.

Este trabajo forma parte de una amplia investigación que estamos llevando a cabo sobre las editoriales de la Nueva Izquierda entre 1955 y 1976. El desarrollo parcial de muchos puntos de este trabajo obedece tanto al estado de avance de la investigación como al espacio reducido que implica la publicación de un artículo. En breve esperamos disponer de nuevos y mejores resultados que permitan seguir reconstruyendo el universo libresco de la Nueva Izquierda en nuestro país.

## 1. Las editoriales de la Nueva Izquierda Un breve repaso

Si consideramos la emergencia de la Nueva Izquierda intelectual a partir de la constitución del grupo Contorno, debemos indicar

que ésta no contó en sus orígenes con ningún sello editorial que publicase los libros afines a los intelectuales que circulaban por allí. David Viñas publicaría en 1957 **Un Dios Cotidiano** en Kraft, una vieja editorial vinculada al mundo de la literatura liberal, y Juan José Sebrelli editaría en 1960 su **Martínez Estrada: una rebelión inútil** por Palestra, un sello dirigido por Gregorio Selser, un socialista vinculado al antiimperialismo de los años 50.

Pero si redefinimos esa mirada canónica sobre el carácter inaugural del grupo Contorno y hacemos ingresar la figura de Silvio Frondizi dentro de esta constelación político-intelectual, tal como lo ha hecho Horacio Tarcus en su **El Marxismo Olvidado**, debemos syndicar a la editorial Praxis<sup>3</sup>, fundada por el mismo Frondizi, como el primer antecedente editorial de la Nueva Izquierda. Su existencia fue corta y los títulos publicados fueron muy pocos. Sin embargo su influencia fue importante para muchos intelectuales de la Nueva Izquierda, como es el caso de Ismael Viñas que encontró en el primer título de Praxis **La Realidad Argentina: Ensayos de Interpretación Sociológica** de Silvio Frondizi una fuente de inspiración político-intelectual que puede constatarse en su libro **Orden y Progreso** publicado en 1960<sup>4</sup>. Pero la fugaz historia de este sello hace que debamos considerarlo sólo como un primer hito y buscar más adelante la constitución más firme de un mundo editorial propio de la Nueva Izquierda<sup>5</sup>.

Será recién en 1963 con la fundación del sello La Rosa Blindada que la Nueva Izquierda comience a tener editoriales de mayor envergadura. Si bien los fundadores de La Rosa ya habían creado en 1962 el sello Horizonte<sup>6</sup>, será con la expulsión del Partido Comunista de José Luis Mangieri, Carlos Brocato, Andrés Rivera y Juan Gelman en 1963, que aquel grupo se instale efectivamente en el campo de la Nueva Izquierda, convirtiendo a la revista y editorial La Rosa Blindada en una insignia de ese posicionamiento.

<sup>3</sup> La editorial comienza su actividad en 1956 con la publicación de **La Realidad Argentina: Ensayos de Interpretación Sociológica** de Silvio Frondizi. Luego en 1958 publicará los restantes tres títulos que conforman su breve catálogo: **Doce Años de Política Argentina** de Silvio Frondizi, **La Crisis del Radicalismo** de Marcos Kaplan y **El Materialismo Histórico según Henri Lefebvre**, de Eugenio Werden (seudónimo de autor desconocido)

<sup>4</sup> Véase al respecto Horacio Tarcus, **El Marxismo Olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, p. 150.

<sup>5</sup> No podemos dejar de mencionar aquí a los sellos Clase Obrera de Rodolfo Puiggrós e Indoamérica de Jorge Abelardo Ramos. Ambos fueron creados a comienzos de los años cincuenta y tuvieron una enorme importancia en la problematización del hecho peronista, tema que se convertirá en uno de los ejes constitutivos de las problemáticas elaboradas por la Nueva Izquierda en los años sesenta. Sin embargo, hemos decidido no ubicar a estas editoriales dentro de la constelación de la Nueva Izquierda debido a que las posiciones político-intelectuales de Puiggrós y Ramos quedaron presa de las viejas prácticas del comunismo y de las primeras agrupaciones trotskistas argentinas. No sucede lo mismo con Silvio Frondizi que siendo compañero generacional de Puiggrós y Ramos, logró constituir una posición político-intelectual en franca ruptura con las tradicionales prácticas de la izquierda en nuestro país.

<sup>6</sup> Por la editorial Horizonte publicaron **La Sonrisa del Tiempo** de Carlos Brocato (1962), **Poemas para el Atril de una Pianola** de Raúl González Tuñón y algunos títulos más de poesía de los que no hemos podido consignar los datos precisos. En 1965 volverían a utilizar el sello Horizonte para publicar **Vietcong. Carta de los Guerrilleros, Vietnam Liberado y Guerra del Pueblo, Ejército del Pueblo** de Vo Nguyen Giap y **Trabajos de Estrategia Militar** de Mao Tse- Tung.



to político<sup>7</sup>. Lo mismo ocurre con el grupo fundador de la revista y editorial Pasado y Presente que para la misma época será expulsado de Partido Comunista y comenzará una labor fundamental en el espacio de la Nueva Izquierda. En el plano editorial publicará en ese año de 1963 **Arte y Partidismo** de Vittorio Strada y Rossana Rossanda, dando comienzo así a la mayor empresa de traducción y difusión del marxismo en América Latina dentro del espacio ideológico de la Nueva Izquierda<sup>8</sup>.

También en el año 1963, Jorge Álvarez crea su sello y abre un espacio que captura la sensibilidad cultural y política de los nuevos sectores medios que se incorporan al proceso de modernización de la sociedad argentina. Así como La Rosa Blindada y Pasado y Presente se dirigen a un sector intelectual altamente politizado con un proyecto de ruptura político-cultural bien definido, Jorge Álvarez Editor crea un proyecto cultural que pone a disposición de un público más amplio el registro de la sensibilidad epocal en la cuál se moverá la Nueva Izquierda. Con la aparición de **Cabecita Negra** de Germán Rozenmacher en 1963 se abre el catálogo de esta editorial. Hasta 1969 publicará más de 300 títulos, entre los que se encuentran las publicaciones más vanguardistas de la época. Entre la lista de títulos estarán por ejemplo **El Grado Cero de la Escritura** de Roland Barthes (1967), **La Traición de Rita Hayworth** de Manuel Puig (1968) y **Literatura Argentina y Realidad Política** de David Viñas (1964)<sup>9</sup>.

Como veremos luego, el influjo de Jorge Álvarez será decisivo en la constitución de TC, así como también lo será para toda otra serie de editoriales que, de una u otra manera, se vinculan con la labor de este editor y que también formarán parte de la red de editoriales de la Nueva Izquierda. Un ejemplo de ello es Carlos

Pérez Editor<sup>10</sup>, fundada en 1968 por un ex empleado de Álvarez que luego de hacer sus primeras armas en el mundo editorial en ese trabajo, dirigirá un sello dedicado en gran parte a la publicación de libros políticos, aunque no faltarán en su catálogo algunos libros vinculados con la crítica literaria<sup>11</sup>. Lo mismo ocurrirá con Guillermo Schavelzon que luego de trabajar con Álvarez como editor fundará en 1967 la editorial y librería Galerna. Su catálogo estará en relación directa con las formas, temáticas y autores elegidos por Jorge Álvarez Editor. Una de las marcas históricas que dejará Galerna en el mundo de la cultura estará dada por el hecho de haber publicado la revista **Los Libros**, dirigida por Héctor Schmucler y propiciadora de una renovación fundamental de la crítica literaria en la Argentina<sup>12</sup>. Por último se encuentra Ediciones de la Flor, fundada en 1967 directamente por Jorge Álvarez y dirigida por Daniel Divinsky. Al igual que Galerna, tendrá la misma fisonomía que Jorge Álvarez Editor y entre otras cosas ha pasado a la historia por ser la única pequeña editorial de esa época que existe hasta el día de hoy.

No podríamos cerrar este breve repaso por las editoriales asociadas a la Nueva Izquierda sin mencionar a EUDEBA y al Centro Editor de América Latina (CEAL), ambos vinculados al mítico editor Boris Spivacow. De los sellos fundados en la década del sesenta, sin duda han sido estos dos los que más atención y trabajos han merecido<sup>13</sup>. Su vínculo con la Nueva Izquierda debemos ubicarlo en dos registros. El primero y más importante refiere a la revolución que produjeron en el mundo del libro, modernizando tanto su producción como su consumo. Los miles de lectores que formaron tanto EUDEBA como CEAL fueron luego asiduos consumidores de las editoriales de la Nueva Izquierda. Si bien Spivacow construyó catálogos de un amplio espectro ideológico, no podemos negar la influencia de cierta cultura de izquierda en la elección de piezas claves de ese catálogo como lo serán la **Historia de la Literatura Argentina** de Capítulo, dirigida por Roger Pla o **Historia del Movimiento Obrero**, bajo la dirección de Alberto Plá,

<sup>7</sup> Véase Néstor Kohan, **La Rosa Blindada, una pasión de los '60**, Buenos Aires, ediciones La Rosa Blindada, pp. 19-33. El proyecto de la editorial comandado por José Luis Mangieri, estuvo al comienzo centrado en la publicación de las obras poéticas de escritores vinculados al grupo de poesía El Pan Duro como Juan Gelman, Juana Bignozzi, Luis Navalesi, Héctor Negro, entre otros. También acompañó esa serie de poesía el padre intelectual de todos ellos, Raúl González Tuñón. A medida que el grupo editor se fue politizando y fue ingresando a su etapa guevarista comenzaron a aparecer títulos tales como **El Partido Marxista Leninista** de Fidel Castro (1965). Luego con el acercamiento al maísmo y posteriormente a Vietnam, con su conocida relación con el PRT-El Combatiente, aparecerían títulos como **Obras Escogidas** de Mao-Tse Tung (1974) y los clásicos vietnamitas **Guerra del Pueblo, Ejército del Pueblo** de Vo Nguyen Giap (1971) y **La Revolución Vietnamita** de Le Duan (1971). No podemos dejar de mencionar también otros sellos editorial fundados por José Luis Mangieri como Ediciones Caldén que aparecería en 1967 con **Proceso a Sarmiento** de Juan Bautista Alberdi luego que el gobierno de Onganía clausurara la revista **La Rosa Blindada** y prohibiera la difusión de sus libros.

<sup>8</sup> Este fue el primer libro de la editorial, que demoraría cinco años en volver a editar el siguiente. En 1968 lanza la mítica colección de Cuadernos de Pasado y Presente que se convertirá en su publicación insignia. Habría también que incluir en esa historia editorial de P y P, los sellos que José Aricó fundaría o en los que participaría luego como Signos y Siglo Veintiuno. Al respecto véase Diego García, "Signos: notas sobre un momento editorial", en: **Políticas de la Memoria** n°10/11/12, Buenos Aires, Verano 2011/2012, pp. 149-158 y Raúl Burgos, **Los Gramscianos Argentinos. Cultura y Política en la experiencia de Pasado y Presente**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2004, pp. 125-166.

<sup>9</sup> Véase al respecto Guillermo David, "Pedir Peras" y Juan José Mendoza, "La editorial Jorge Álvarez. 1964-1969" en catálogo de la muestra **Pidamos Peras a Jorge Álvarez**, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 15 de marzo/ 30 de abril de 2011.

<sup>10</sup> Véase al respecto el testimonio de Beatriz Sarlo en "Encuesta: librerías y editoriales en la Argentina" en: **Políticas de la Memoria** n°10/11/12, Buenos Aires, Verano 2011/2012, pp. 173-174.

<sup>11</sup> Entre los libros que se destacan de esta editorial encontramos algunas de las primeras publicaciones en la Argentina de Ernest Mandel como Introducción a la **Teoría Económica Marxista** (1968) y un volumen colectivo llamado **Reforma de la Empresa o Control Obrero** (1968). También deben consignarse dos publicaciones de intelectuales de la nueva izquierda local como **De Montoneros a los Anarquistas** de David Viñas (1971) y una **Antología de la revista Martín Fierro** preparado por Beatriz Sarlo (1969). La editorial pasará a llamarse CEPE luego de 1972 y funcionará hasta el golpe de Estado de 1976.

<sup>12</sup> Al respecto véase Patricia Somoza y Elene Vinelli, "Para una historia de Los Libros", prólogo a la edición facsimilar de la revista **Los Libros**, Colección Reediciones y Antologías, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011, pp. 9-18.

<sup>13</sup> Véase al respecto Hernán Invernizzi y Judith Gociol, **Un Golpe a los Libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar**, Buenos Aires, Eudeba, 2003; Mónica Bueno y Miguel Ángel Taroncher (coords.), **Centro Editor de América Latina- Capítulos para una historia**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2006; Amelia Aguado, "1956-1975 La consolidación del mercado interno", en de José Luis Diego (director), **Editores y políticas editoriales en Argentina. 1880-2000**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006; **Más Libros para Más. Colecciones del Centro Editor de América Latina**, Buenos Aires, Colección Índices y Bibliografías, Biblioteca Nacional, 2008; **Libros para Todos. Colecciones de EUDEBA**, Buenos Aires, Colección Índices y Bibliografías, Biblioteca Nacional, 2012.



que se convertirán en material de consulta para los neófitos que quisieran acercarse de manera crítica a la literatura argentina y al estudio de las clases subalternas. El segundo factor se vincula con la enorme cantidad de intelectuales de la Nueva Izquierda que hicieron sus primeras armas en el mundo editorial y se ganaron muchas veces la vida con los encargos que les realizaba Spivacow. Para citar solamente a los intelectuales vinculados a TC podemos ver que Eliseo Verón, por ejemplo, preparó y prologó la primera edición argentina de **Antropología Estructural** de Claude Lévi-Strauss para EUDEBA en 1963, y que Carlos Altamirano, junto a Beatriz Sarlo, tendrían una amplia labor en CEAL preparando múltiples ediciones y publicando sus primeros escritos.

Podemos caracterizar a EUDEBA y CEAL como los grandes paraguas bajo los que fue posible la emergencia de muchas de las editoriales de la Nueva Izquierda, como las que hemos citado más arriba y de otras como Granica, Nueva Visión, Rodolfo Alonso Editor o Ediciones Periferia, de las cuales no hicimos mención pero que también fueron emprendimientos significativos en el mundo de las ediciones de la Nueva Izquierda. Quedan sin mencionar pequeños emprendimientos como por ejemplo Ediciones Barrilete vinculada a la revista del mismo nombre, dirigida por Roberto Santoro, o la serie de libros que editó la revista **Crisis**, entre los cuales se encuentran clásicos de la época como **La Patria Fusilada** de Francisco Urondo (1974). La lista de estas pequeñas editoriales es larga y, en muchos casos, se trata de sellos que llegaron a sacar sólo un libro, con el afán de incidir de alguna manera en las ideas de la época. Un ejemplo de esto último es el sello Puente Alsina, creado por dos integrantes de las Cátedras Nacionales, Horacio González y Miguel Kurtz, con el objetivo de imprimir un libro: **El Príncipe Moderno y la Voluntad Nacional-Popular** de Antonio Gramsci (1971). Se trataba de una edición pirata del libro **Notas sobre Maquiavelo, la Política y el Estado Moderno** (1962), compilado por Palmiro Togliatti y traducido por José Aricó para la edición en español de Lautaro. Horacio González cambió el título del libro y elaboró el prólogo con el afán de capturar a Gramsci para la izquierda peronista y acabar con los usos que el grupo Pasado y Presente hacía del marxista italiano. Aquel objetivo no sabemos si fue logrado. Al menos ha quedado escrita esa pequeña página en la historia de las editoriales de la Nueva Izquierda que también merece ser considerada.

## 2. Los orígenes de Tiempo Contemporáneo y su proyecto político-cultural

En Viamonte 1463 se encontraban los estudios de los abogados Alberto Serebrisky y Natalio Wisniacki. Ambos habían estudiado derecho en la Universidad de Buenos Aires a comienzos de los sesenta y básicamente se conocían de la militancia política en la facultad. Por casualidad coincidieron en su actividad profesional al abrir sus respectivos estudios en el mismo edificio. Esta vecindad, su pasión por la lectura y la política, los llevó a pensar la posibilidad de editar algún libro<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> Entrevista a Alberto Serebrisky, mayo de 2012.

A tres cuerdas de sus estudios, en Talcahuano 485, estaba emplazada la librería de Jorge Álvarez, que desde 1964 hasta 1969 funcionaría como foco de atracción, circulación, reunión y edición de muchos escritores e intelectuales vinculados al espacio de la Nueva Izquierda. Por allí transitaban y allí editaban sus libros Rodolfo Walsh, Francisco Urondo, Rogelio García Lupo, David Viñas, una joven Beatriz Sarlo, Juan José Saer, Leopoldo Torre Nilson, Beatriz Guido, Oscar Masotta, Germán García, entre otros. Serebrisky y Wisniacki se convirtieron en asiduos visitantes de ese mítico espacio inaugurado por Jorge Álvarez y allí el mismo Álvarez les propuso asesorarlos y participar accionariamente en la conformación de la editorial que los abogados tenían en mente fundar.

Fue así que a fines de 1967, en el estudio de Serebrinsky, comenzaría a funcionar TC. Como ya indicamos, para ello sería fundamental la participación y asesoramiento de Piri Lugones y de Ricardo Piglia, quienes establecerían un plan editorial, sobre todo en el área de literatura, y organizarían las relaciones con un conjunto de escritores e intelectuales de la Nueva Izquierda. Así comenzarían a frecuentar el estudio de la calle Viamonte David Viñas, León Rozitchner, Juan José Sebrelí y Rodolfo Walsh, entre otros. Luego se acercaron para dirigir algunas de las colecciones de ciencias sociales y también editar sus propios libros Eliseo Verón, Horacio Ciafradini, Oscar Braun, Carlos Altamirano y Eduardo Menéndez, un joven antropólogo, hoy olvidado, que tendrá una importante participación en la dirección y publicación de los libros políticos de TC.

Con este elenco de participantes la fisonomía de la editorial quedará definida. La presencia de la generación Contorno, los nuevos científicos sociales, los participantes de la nueva crítica literaria y la figura emblemática del escritor solitario que enfrenta al poder representada por Walsh, llevarán a TC a inscribirse dentro de esa constelación político-cultural característica de la Nueva Izquierda en la Argentina.

Para Ricardo Piglia esa constelación de la que participa el proyecto editorial de TC estaba organizada bajo las siguientes líneas:

Frente a la política de izquierda que levantaba el PC, que tenía que ver con una poética y un determinado tipo de circulación de textos, nosotros habíamos empezado a tratar de construir una noción de izquierda que incorporara más ciertas nociones de vanguardia, que incorporara más elementos de lo que nosotros considerábamos la vanguardia. Si había una política ahí era llevar a la discusión de izquierda discusiones que no fueran automáticamente las posiciones del realismo soviético y del último Lukács, con las que nosotros estábamos empezando a abrir una discusión. Si tuviera que hacer una síntesis del proyecto de TC, diría que se trataba de generar un espacio distinto que no fuera el del PC y hacerlo circular en el ámbito de la discusión literaria y cultural<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Entrevista con el autor, Buenos Aires, julio de 2012.

Para Alberto Serebrisky el proyecto de TC combinaba la posibilidad de constituir un catálogo de excelencia que al mismo tiempo expresase una fuerte impronta política:

Teníamos buenos títulos pero también nos interesaba la política. Teníamos buenos libros aunque sabíamos que los libros no iban a hacer la revolución. Pero nuestros libros ilustraban a la gente. A nosotros nos daba orgullo que la editorial en sus proyectos siempre estuviese comprometida. Hasta la Serie Negra expresa un poco la realidad social de ese momento.<sup>16</sup>

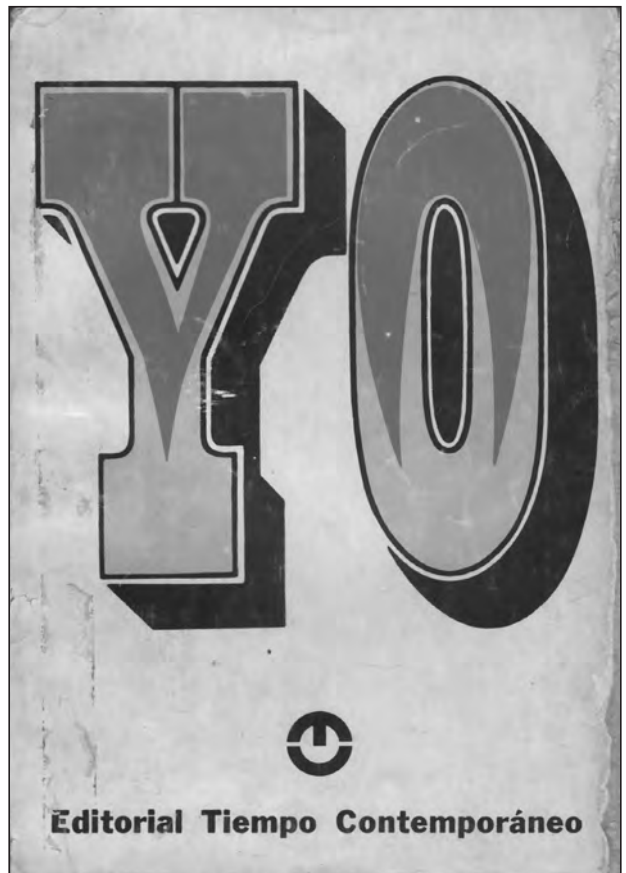
Ricardo Piglia sintetiza todavía más el lugar en que TC instala su horizonte de publicaciones: "Tiempo Contemporáneo forma parte de un movimiento confuso de modernización de las armas de la izquierda: marxismo y estructuralismo, marxismo con las vanguardias".<sup>17</sup>

Como veremos más adelante esa combinación estará dada por el peso en la difusión de las teorías estructuralistas en algunas colecciones y también por la incorporación de un nuevo canon literario que pretendería resignificar y legitimar, por ejemplo, el policial negro norteamericano. El punto de confusión al que refiere Piglia va a instalarse entre esa renovación de las armas de la crítica de la izquierda y un conjunto de organizaciones de izquierda que demandan otras armas. Por ahora basta decir que en este proyecto editorial los nombres más importantes de la intelectualidad local, junto con los movimientos teóricos y literarios más avanzados del momento, se fusionarán en TC para dar sentido a los significantes que atraviesan la época: Revolución, Latinoamérica, Cuba, Tercer Mundo, Peronismo y Marxismo.

Bajo ese telón de fondo, la editorial comenzará a funcionar con el capital aportando por Serebrisky, Wisniacki y Álvarez. La estructura será pequeña y siempre funcionará en el estudio en el cual los dos abogados combinarán hasta 1976 la labor de letrados con el oficio de editores. Dando cuenta así de que TC no sería nunca una fuente de ingresos para sus propietarios sino una apuesta político-cultural sostenida por la pasión que imponía el espíritu de la época. En palabras de Serebrisky:

La verdad es que la editorial era una pasión. Nos pasamos 10 años poniendo plata, no sacando. Hay un viejo dicho que dice que una editorial se puede hacer una sola vez en la vida. Por el esfuerzo, por la ocupación, por la fuerza que uno le puede poner. De la editorial en 10 años no retiramos un peso. Al final sacamos algo pero no fue el motivo obtener ganancia. Cada uno seguía trabajando como abogado. Era una locura si te lo ponés a pensar pero lo hacíamos con pasión.<sup>18</sup>

### 3. El Catálogo de TC y su trama político-intelectual. Una lectura posible.



En 1968 se publicará el primer libro de la editorial. Se trata de una recopilación de escritos de grandes personajes políticos y literarios argentinos titulado **YO**, con selección y prólogo de Ricardo Piglia. El libro contiene una serie de textos de estilo autobiográficos que van desde Juan Manuel de Rosas hasta llegar al Che Guevara, pasando entre otros por Sarmiento, Borges, Arlt, Cortázar. Piglia comienza el prólogo diciendo: "Como nos ha enseñado la lingüística el YO es, de todos los signos del lenguaje, el más difícil de manejar..."<sup>19</sup> y de esta manera instala las coordenadas de la teoría estructuralista que acompañará fuertemente el proyecto editorial de TC. De tal manera es así que en el resto del prólogo poca referencia se hará a cuestiones de historia y política nacional que bien podrían ser el foco de interés de la compilación. La apuesta de Piglia es presentar estos textos, relativamente conocidos, para leerlos en clave de la lingüística moderna, tal como lo viene haciendo la nueva crítica literaria a la francesa, que por esos años comienza a difundirse en nuestro país de la mano de la revista **Los Libros** y de los trabajos de Eliseo Verón.

<sup>16</sup> Entrevista con Alberto Serebrisky, Buenos Aires, mayo de 2012.

<sup>17</sup> Entrevista con el autor, Buenos Aires, julio de 2012

<sup>18</sup> Entrevista con Alberto Serebrisky, Buenos Aires, mayo de 2012

<sup>19</sup> AAVV: **Yo**, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1968, p. 5



Piglia elige no hacer hincapié en una posible lectura política del texto, se detiene en la posibilidad de un análisis formal que no expone directamente el signo de lo político que marcará fuertemente también el destino editorial de TC y que en la elección de los autores seleccionados para este libro resulta evidente. El comienzo respecto a la relación entre cultura y política es cauto.

Durante ese mismo año aparecen siete títulos más, entre los que se destacan **Cinco Miradas sobre Cortázar**, **Cuentos Recontados** compilados por Pirí Lugones, y **Cuentos** de Leroi Jones propuestos por Piglia. La literatura se vuelve así en el puntapié inicial de la editorial y el formato de las recopilaciones deja entrever la marca de Jorge Álvarez en la fundación del sello. En su propia editorial había impuesto esta modalidad, buscando llamar la atención de un nuevo público de clase media que estaba ávido por "ponerse al día" con la literatura y los temas de actualidad.

Con la salida, ese mismo año de 1968, de una recopilación de cuentos de Enrique Wernike en la colección "Ficciones", puede entreverse un gesto político que definirá un poco la identidad que Piglia quiso darle a TC. Publicar a Wernike, entre otras cosas, significaba editar a un autor que había sido expulsado del Partido Comunista y que luego de transitar por una escritura realista pasó a formas minimalistas del relato, al estilo de Miguel Briante. La misma operación puede leerse en la publicación de los cuentos de Bernardo Kordon, que saldrán a la calle en 1969. Con ese libro Piglia volvía a editar a un autor ex militante del Partido Comunista que había roto relaciones unos años antes a raíz del conflicto Chino-Soviético. Desde ese momento Kordon se acercaría al maoísmo sin nunca afiliarse a alguna agrupación de ese signo<sup>20</sup>. En aquel momento Piglia también se acercaba al maoísmo y se filiaba a la militancia dentro de la agrupación Vanguardia Comunista.

Ya para 1969 Pirí Lugones deja de participar en la editorial y queda en manos de Piglia el proyecto literario, que de allí en más impondrá su sello personal publicando en la colección "Ficciones" a James Balwin, Norman Mailer, Ira Levin y Uwe Johnson. Editar a estos autores americanos estaba en relación con otro proyecto político-cultural que propondrá TC: se trataba de poner en cuestión el canon de la literatura liberal y europea del grupo Sur. En ese mismo registro puede leerse el mayor logro literario de la editorial y del mismo Piglia, al organizar la salida de las novelas policiales de la "Serie Negra", con la cual se pretendía generar nuevas legitimidades para ese género literario. En la elección del género policial Piglia establece una línea de continuidad con la estimación y la difusión que de él habían hecho tanto Borges como Walsh, pero impone su marca personal al seleccionar para la "Serie Negra", autores norteamericanos que, además de ser poco estimados por Borges, tendrán la característica de representar la otra cara política de Estados Unidos. Muestra de ello es Dashett Hammet, el célebre escritor estadounidense juzgado por el macartismo por su afiliación al Partido Comunista.

<sup>20</sup> Véase Horacio Tarcus (Director), **Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina**, Buenos Aires, Emecé, 2007, p. 341.

El policial negro, además, pretendía atacar otros dos frentes. Por un lado, intentaba poner en cuestión el realismo social por el que bregaba la URSS y sus seguidores, por otro, buscaba una alternativa al realismo mágico impuesto por el Boom. Tal como lo comenta Ricardo Piglia: "percibíamos que por medio de estos géneros había una manera de intervenir en el debate sobre el realismo y la literatura social, porque además habíamos descubierto que en general esos escritores eran marxistas"<sup>21</sup>. Aquí vemos cómo se plasmó en la literatura el proyecto de modernización de las armas de la izquierda, mezclando sutilmente en la "Serie Negra" el marxismo y el gesto de vanguardia.

En 1969 aparece la colección a la que estamos haciendo referencia con dos títulos: **A todo riesgo** de José Giovanni y **¿Acaso no matan los caballos?** de Horace MacCoy. En total la "Serie Negra" contará con 21 títulos, cuya última entrega será **La verdad desnuda** de Richard Prather editado en 1977. Éste será también el último libro que publique TC<sup>22</sup>.

En aquel mismo año de 1969 lanzan la colección "Mundo Actual" con varios títulos importantes, tales como **Moral Burguesa y Revolución** de León Rozitchner, **Los Ejércitos de la Noche** de Norman Mailer y **¿Quién Mató a Rosendo?** de Rodolfo Walsh. Será con este libro de Walsh que la editorial encontrará su primer éxito en el mercado, logrando dos ediciones y varias reimpressiones. Walsh había llegado a la editorial de la mano de Ricardo Piglia, quien lo había conocido por intermedio de Pirí Lugones. Y fue el mismo Piglia quien lo convenció a Walsh de editar en formato libro su investigación sobre el asesinato de Rosendo García a manos del vandorismo. Su primera versión había aparecido en forma de folletín, en el periódico CGT de los Argentinos en siete entregas consecutivas entre los números 3 y 9 durante el año 1968. La primera edición del libro sale a la calle en mayo de 1969, unos días antes del Cordobazo. En un mes se agota y TC decide sacar una segunda edición que aparece en el mes de agosto de ese mismo año, con una nota preliminar de Walsh. La primera línea de esa nota da cuenta de "la muerte a balazos" de Augusto Vandor ocurrida el 30 de junio también de ese año. Según Walsh ese hecho "no disipa uno solo de los cargos que pesaban contra él ni borra una sola coma de lo que aquí se afirma..."<sup>23</sup>. Hacia el final de la nota Walsh también da cuenta del asesinato a manos de la policía de su colega y compañero del sindicato de periodistas Emilio Jauregui, tras una manifestación contra la presencia de Rockefeller, el 26 de junio. Recuerda también el encarcelamiento de los dirigentes sindicales de la CGT de los Argentinos, Ongaro, Tosco y Di Pascuale para terminar de exponer los elementos que conforman el núcleo del conflicto político de la época. De ahí en más el libro se convertirá en un testimonio clave de la época y

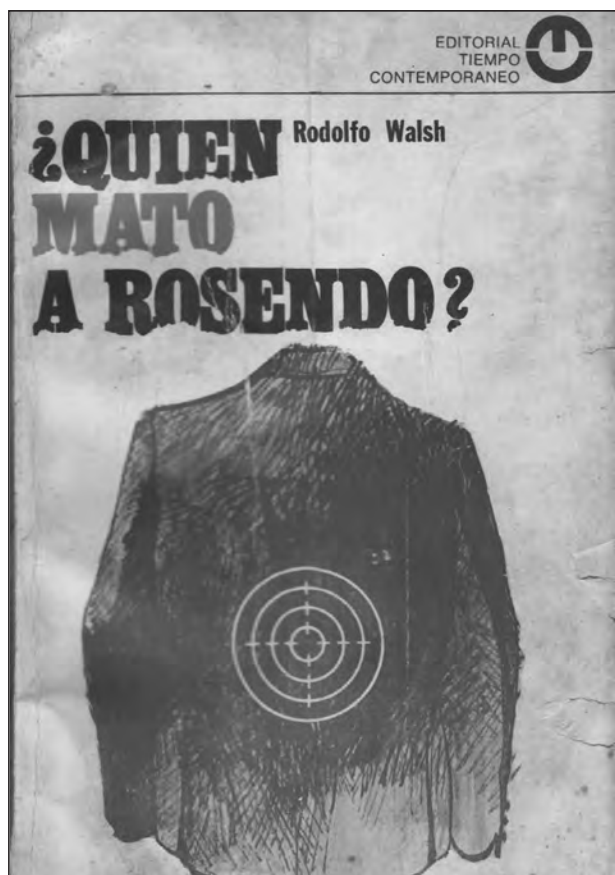
<sup>21</sup> <http://www.riversideagency.com.ar/noticias/noticia.php?nota=178&n=Entrevista-a-Ricardo-Piglia>

<sup>22</sup> Si bien la editorial fue clausurada en 1976 por el gobierno militar, un empleado de TC se quedó con los originales de Prather y los editó al año siguiente por su cuenta pero con el sello de Tiempo Contemporáneo, según relata Serebrisky (Entrevista realizada en Buenos Aires, mayo 2012)

<sup>23</sup> Rodolfo Walsh, **¿Quién Mató a Rosendo?**, 2ª edición, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1969, p. 5.



en una de las pruebas con las cuales se intentará acusar a Walsh de haber participado en el asesinato de Vandor. Las circunstancias históricas en las que aparece **¿Quién Mató a Rosendo?** colorarán a TC en el ojo de la tormenta política que comienza a gestarse en la Argentina. Si el objetivo de Serebrisky y Wisniacki era lograr que su proyecto editorial tuviese un vínculo con la realidad política, el libro de Walsh les permitirá alcanzar esa meta como nunca antes ni después.



Entre 1969 y 1970 aparecen dos nuevas colecciones: “Análisis y Perspectivas” y “Signos”. Ambas estarán dirigidas por Eliseo Verón dentro de la Biblioteca de Ciencias Sociales que a partir de ese momento se convertirá en el segundo pilar de la editorial, acompañando las publicaciones de literatura y ensayos políticos conducidas por Ricardo Piglia. Como veremos, el ingreso de Verón es altamente significativo tanto para la editorial como para el mundo intelectual local, ya que a partir de ese momento se pondrán en circulación y discusión los debates más avanzados en materia de teoría social, vedados en la universidad intervenida por el gobierno militar de Onganía.

Verón también dirigirá a partir de 1972 la colección “Comunicaciones”, dedicada a recopilar y traducir artículos aparecidos en la revista francesa **Communications**. Allí autores centrales del estructuralismo francés como Barthes, Kristeva, Genette, Metz serán publicados por primera vez en nuestro país. Con la

labor realizada por Verón en estas tres colecciones se constituye una de las huellas más importantes de la recepción de la teoría estructuralista en nuestro país. Si bien ya en 1968<sup>24</sup> con la aparición de **Conducta, Estructura y Comunicación** del propio de Verón y **Ciencia y Estructura** de Oscar Masotta —publicados por Jorge Álvarez Editor— se producen los dos hitos más importantes del desembarco del estructuralismo por estas tierras a través de elaboraciones propias de intelectuales locales, la labor editorial de Verón en TC para continuar la difusión de esta teoría será uno de los esfuerzos más sostenidos y de mayor calidad, junto con el trabajo que también por esos años realizará José Szabón a través de la compilación de una serie de libros sobre el estructuralismo levistraussiano editados por Nueva Visión entre 1969 y 1973.

Entre los libros dedicados a la teoría estructuralista que se destacan en estas tres colecciones están sin duda **El Proceso Ideológico**, una compilación realizada por Verón donde aparecen artículos de Louis Althusser, Christian Metz y Umberto Eco, entre otros, publicado en 1973; **Análisis de Michel Foucault** una compilación de artículos sobre el filósofo francés, preparada y traducida por José Szabón, que representa un punto decisivo en la recepción de Foucault en la Argentina en el año 1970<sup>25</sup>; y por último podríamos citar la publicación de **Análisis Estructural del Relato**, otra compilación elaborada por Verón a partir de las discusiones que aparecieron en la revista **Communications** desde 1966, con artículos de Tzvetan Todorov, AJ Greimas, Roland Barthes y otros. No podemos dejar de destacar que en la colección “Análisis y Perspectivas” aparece la segunda edición revisada y ampliada de **Conducta, Estructura y Comunicación** del mismo Eliseo Verón, en donde se reflejan las polémicas a nivel internacional que la primera edición había provocado y que había logrado instalar al sociólogo argentino en el *mainstream* de las ciencias sociales. Esta reedición también es significativa en el plano local en relación a las polémicas que la primera había generado entre la vertiente del marxismo fenomenológico y el marxismo estructuralista que Verón había hecho circular a comienzo de la década del sesenta. En 1970 ese marxismo fenomenológico leído a través de Sartre y Merlau-Ponty por la generación Contorno, perdía lugar frente a un marxismo cada vez más tri-

<sup>24</sup> Resulta importante destacar que en la segunda edición de **Conducta, Estructura y Comunicación** de Eliseo Verón que aparece por TC en 1972, se consigna el *copyright* de la primera en 1963 por Jorge Álvarez. Sin embargo la fecha de aparición de esa primera edición es de 1968. Al respecto podemos conjeturar lo siguiente: en 1963 Verón regresa de su viaje de estudios por Francia, donde conoce a Ronald Barthes. En ese mismo año edita por EUDEBA la primera edición argentina de **Antropología Estructural** de Claude Levi-Strauss. Seguramente le lleva la idea de **Conducta...** a Jorge Álvarez que como ningún otro editor del momento lee muy bien las modas de la época y tal vez por ello registra para su editorial un libro que todavía no había sido escrito pero que sabe que será fundamental. Prueba que el libro no estaba elaborado, por lo menos en su versión final para la primera edición, el hecho que muchos artículos hacen referencia a publicaciones posteriores a 1963, como ocurre con el artículo “Muerte y Transfiguración del análisis marxista” que discute con libros de Sebreli aparecidos entre 1964 y 1966.

<sup>25</sup> Mariana Canavese, “Hacia un intento de explicación de la circulación temprana de Foucault en Argentina”, Primer Encuentro Nacional de Teoría Crítica “José Szabón”, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina, 18 al 20 de noviembre de 2010.





butario de la lectura estructuralista de Althusser, hecho que Beatriz Sarlo retrata muy bien en su estudio preliminar a **La Batalla de la Ideas**<sup>26</sup>. Precisar el lugar que ocupó Eliseo Verón y la editorial TC en el ingreso y consolidación de un nuevo marxismo en nuestro país, resulta una tarea a realizar que excede los objetivos de este trabajo y que merece ser llevada adelante.



Verón no sólo se encargará de difundir teoría social en sus colecciones, también dedicará un espacio importante a editar varios libros relacionados con el contexto político inmediato, tratando de intervenir en él desde las ciencias sociales. En 1970 aparecen dos compilaciones que tendrán una fuerte difusión en el debate político de la época. Se trata de **América Latina: Reforma o Revolución** realizado por James Petras y Maurice Zeitlin y **Ciencias Sociales: Ideología y Realidad Nacional** compilado por Rosalía Cortés. En el caso de **América Latina...** se trata de la traducción de un libro aparecido en Nueva York en 1968, que cuenta con una buena selección de escritos de intelectuales de toda América, entre los cuales se encuentran Rodolfo Stavenhagen, Teotonio Dos Santos,

<sup>26</sup> Véase Beatriz Sarlo, "Estudio preliminar" a **La Batalla de las Ideas. 1943-1973**, Buenos Aires, Ariel, 2001, pp. 80-105.

Aníbal Quijano, Eduardo Galeano y Milcíades Peña. **Ciencias sociales: Ideología y ...** también será presidido por un intelectual extranjero como Alain Rouquie, siguiendo una vieja tradición argentina de priorizar la mirada europea sobre los problemas del país. A diferencia del libro anterior que tendrá un fuerte contenido académico, este otro será el que contenga mayor carga de escritura política, ya que en él se refleja la disputa que en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires se había desatado entre las "Cátedras Nacionales" y las "Cátedras Marxistas". De allí que el título del libro fuese **Ciencias Sociales: Ideología y Realidad Nacional**, con la pretensión de mostrar la posición peronista de las "Cátedras Nacionales" a través de los artículos de Gonzalo Cárdenas y Roberto Carri, contra la posición de un marxismo académico, o si se quiere de una sociología profesional que utiliza las herramientas del marxismo, representado por Eliseo Verón, Francisco Delich y en alguna medida por Francisco Marsal. Sobre un registro polémico similar Eliseo Verón publicará en la colección "Signos" su libro **Ideología, Lucha de Clases y Conocimiento** (1974) en el cual establecerá una historia de la sociología en la argentina fuertemente marcada por la posición que la disciplina debe establecer con respecto a su compromiso político con la realidad.

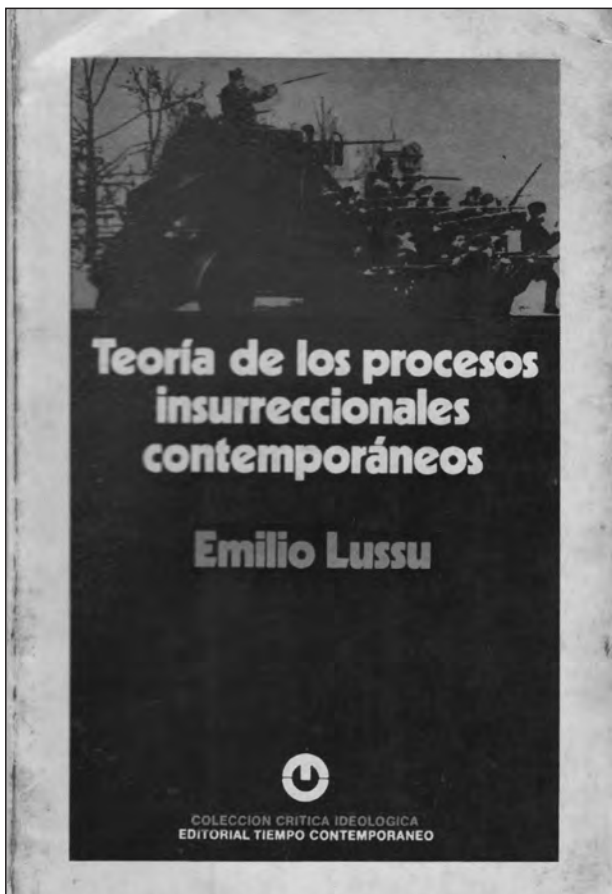
Entre 1971 y 1973 se constituyen las dos últimas colecciones importantes que desarrollará TC que le imprimirán el sello político más fuerte de todo el catálogo. Carlos Altamirano ingresa a la editorial para dirigir la colección "Teoría y Política"<sup>27</sup>. En ella aparecerán por primera vez en la historia de TC dos libros abiertamente marxistas y con pretensiones más militantes que teóricas o académicas. El primero es **Lenin, Ciencia y Política** una compilación de artículos de Nicola Badaloni, Emilio Sereni y Antonio Pesenti, extraídos de la revista italiana **Crítica Marxista**<sup>28</sup>, una publicación asociada al Partido Comunista italiano (PCI). El segundo es **Teoría Marxista de la Violencia** de Gilbert Mury, un marxista francés que había polemizado fuertemente en el Partido Comunista Francés (PCF) con las tesis de Althusser<sup>29</sup>. También dentro de esta colección se publicará **La Vía Chilena: un balance necesario** de Mario Toer (1974). El libro se lo había encargado el propio Altamirano a Toer en el contexto de la militancia que compartían en el Partido Comunista Revolucionario (PCR). El origen dentro de la militancia política que tiene el libro se trasluce en su argumento central. Según Toer fue la ausencia de una milicia propia por parte de la Unidad Popular para defender el gobierno de Allende, el gran error político de las fuerzas de izquierda del país vecino. Con esta colección se inaugura un tono político militante dentro de TC que no podemos registrarlo en los anteriores títulos.

<sup>27</sup> Allí lo acerca Ricardo Piglia, con quien había compartido en breve labor editorial en el sello Estuario durante los años 1967 y 1968. Además para aquel momento ambos formaban parte de la redacción de la revista **Los Libros** (Entrevista a Ricardo Piglia, Buenos Aires, julio de 2012). Igualmente Altamirano ya había conocido a Serebrisky y Wisnasky en los cursos particulares que todos ellos tomaban con León Rozitchner (información extraída de entrevista realizada a Carlos Altamirano por Horacio Tarcus, Buenos Aires, 30/08/2012)

<sup>28</sup> Los artículos pertenecen a la revista **Crítica Marxista, Quaderni n°4**, Roma, 1970.

<sup>29</sup> David Caute, **El Comunismo y los Intelectuales Franceses (1914-1966)**, Barcelona, Oikos-Tau Ediciones, 1968, p. 336

La otra colección será “Crítica Ideológica” y estará dirigida por Eduardo Menéndez quien pondrá su foco de atención en la problemática del imperialismo y en la emergencia revolucionaria dentro de los países del Tercer Mundo. Entre los seis títulos que publica la colección se destaca **Teoría de los Procesos Insurreccionales Contemporáneos** de Emilio Lussu publicado en 1972. Se trata de una especie de manual, en donde Lussu, a partir de su experiencia en la Insurrección de Asturias, da una serie de claves prácticas para afrontar las dificultades y oportunidades de la lucha insurreccional. En mucho se parece este libro a **La Insurrección Armada** de A. Neuberg que en el mismo año de 1972 edita La Rosa Blindada y que será utilizado entre otros por el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) para la formación de cuadros armados.



Así como la edición de **¿Quién Mató a Rosendo?** será el punto más alto de TC en su vínculo directo con la realidad política del país, la aparición de las colecciones dirigidas por Altamirano y Menéndez se convertirán en el intento más importante de intervención en esa realidad política. Sin duda la creciente agitación y violencia política que atraviesa la Argentina se traduce en la posibilidad de publicación de estas colecciones. Tan fuerte es el impacto de ese movimiento que en la solapa del libro de Lussu puede leerse el siguiente comentario:

Su esfuerzo teórico señala y califica además el distanciamiento cada vez más profundo entre las llamadas prácticas teóricas y prácticas políticas. Su trabajo debe ser leído permanentemente a partir de la expresa enunciación de que es el producto de un “militante”. Este señalamiento debe ser colocado en la perspectiva de que el análisis de la Revolución sigue siendo el aporte de los Lenin, Trotski o Mao, y que junto a ellos sólo se expresa el vacío de un “pensamiento académico” para quienes el cambio revolucionario sigue siendo una meditación metafísica

Aquello que tanto se ha dicho para este período respecto a ese movimiento en el mundo de la cultura en el que lo político comienza devorar lo propiamente intelectual parece haber llegado también a TC. Contraponer la lógica del “militante” contra el “pensamiento académico” es una torsión definitoria que pone en juego los parámetros desde los que una editorial puede hablar sobre su vínculo entre cultura y política. Sin duda el marxismo clásico aportado por Altamirano y el pensamiento político insurreccional que difundió Menéndez, lejos estaban del marxismo althusseriano de Verón o del marxismo sartreano de los integrantes de Contorno que publicaron en TC, modos de un marxismo que todavía conservaban esa forma de intervención intelectual a través del “pensamiento académico” que se denuncia en la solapa del libro de Lussu. Sin embargo, la aparición de esta postura política más radical, que tanto será expugnada en los balances posteriores sobre el mundo intelectual de la década del sesenta, no fue asumida por la editorial en su conjunto. Muestra de ello es que en el mismo año en que sale la colección “Crítica Ideológica”, Verón edita los escritos estructuralistas de la revista **Communications** y un año antes Piglia publica **El Escritor y Su Lenguaje** de Jean-Paul Sartre en la colección “Trabajo Crítico”. Quizás éste sea el elemento más interesante del proyecto editorial de TC, un espacio donde circulan peronistas, marxistas académicos, maoístas y otras tantas vertientes más, sin por ello convertirse en la expresión editorial de alguna de esas posiciones ideológicas. Podríamos caracterizar a TC como un espacio panizquierdista que no cayó preso de las condiciones de una época en la cual la definición política sobre la pertenencia a tal o cual lineamiento ideológico resultaba crucial.

#### 4. El final de Tiempo Contemporáneo. La supervivencia de la cultura en medio de la violencia política

TC albergó todos los signos de una época en la cual convivieron y muchas veces se vincularon la literatura de vanguardia, el latinoamericanismo revivido por la revolución cubana, la modernización de las ciencias sociales, el imperio de las tradiciones intelectuales francesas, la revolución de las costumbres, la peronización de gran parte de la sociedad argentina y la reacción conservadora de otra parte también importante, y por último, las balas. En la publicidad más importante que TC realiza a página completa en el n°1 de la revista **Los Libros** del año 1969 y que aquí hemos reproducido, pueden verse condensados los signos de estos tiempos. A la serie de plumas que parece repetirse infi-



**COLECCION NUMEROS**  
 4 miradas sobre Cortázar  
 Wladimir Cortázar,  
 4. Fernández Retamar,  
 8. Ravasi, Mario Vargas Llosa.  
 Narradoras alemanas de hoy  
 Wolfgang Iser, Uwe Johnson,  
 Robert Musil, Peter Weiss.  
 Un relato inédito de Roberto Arlt  
 Antología mínima de  
 Gerardo Vargas Llosa.  
 Antología mínima de  
 Herman Melville.  
 Cinco narradoras  
 hispanas de hoy  
 Ana María Gillet, Claude Simon,  
 M. Le Carré, Jean Pierre Faye.

**EN PRENSA:**  
 Antología mínima de  
 Francis Scott Fitzgerald  
 Realismo: ¿Mito, doctrina o  
 tendencia histórica?  
 George Lukács, T. W. Adorno,  
 Ronald Jackson, Ernest Fenner,  
 Roland Barthes.

**COLECCION FICIONES**  
 Cuentos de Le Roi Jones  
 Cuentos de Enrique Wernicke  
 La Frontera  
 Tilly Dörny  
 Philippe David Vilas  
 Cuentos de Norman Mailer  
 Cuentos de Bernardo Kordon  
 ¿Por qué estamos en Vietnam?  
 Norman Mailer

**COLECCION ANTOLOGIAS**  
 Cuentos Recontados  
 Germán García, F. De Giovanni,  
 Benito Gallo, M. Nájera Limer,  
 Pedro Orgambide, David Vilas,  
 Domingo Sáenz.  
 Yip  
 Jorge Luis Borges, Julio Cortázar,  
 Ernesto Guevara, Juan D. Perón,  
 Roberto Arlt y otros.

**EN PRENSA: SERIE NEGRA**  
 Cuentos policíacos de  
 la Serie Negra  
 Dashiell Hammett,  
 Raymond Chandler,  
 Erle Stanley Gardner, Frédéric Brown,  
 James M. Cain, Ross Macdonald,  
 Peter Cheyney.  
 A todo riesgo  
 José Gussone

**COLECCION MUNDO ACTUAL**  
 Correspondal en España  
 Ilya Ehrenburg  
 La cuestión judía en la Argentina  
 Juan José Sobrón  
 ¿La paz indeseable?  
 Lewin Leonard  
 ¿Quién mató a Rosendo?  
 Roberto Walim  
 Puerto Rico en Nueva York  
 Jesús de Quilichao  
 Moral burguesa y revolución  
 León Roizitchner  
 La pre-revolución francesa  
 André Gide, Jean-Marie Vincent,  
 Ernest Mandel, Paul Maitron,  
 Roland Barthes.

Distribuye Librecol  
 Humberto IP 545 - 30-7518  
 Buenos Aires - H. Argentina

**EDITORIAL TIEMPO CONTEMPORANEO**

ISSUE Julio 1969

nitamente se le interpone una bala rompiendo la monotonía de la composición gráfica. Ese objeto que irrumpe puede llevarnos por los lugares ya transitados en la reflexión sobre el período respecto a las derivas del mundo intelectual, y a que de esa manera hablemos sobre lo inevitable de cierto derrotero político.

Pero también podemos, sin obviar lo que en esa gráfica emerge, extender nuestra mirada en el resto de la composición, volcar la atención sobre el catálogo que allí se detalla y preguntarnos qué otros libros publicó TC. Así encontraremos que a fines del año 1975, en medio de un alto grado de violencia política, se publican dos tomos de **El Idiota de la Familia** de Jean-Paul Sartre, que TC había planeado editar desde el año 1973 pero que por demoras en la traducción realizada por Patricia Canto, recién pudo aparecer dos años después. Las dificultades en la traducción hicieron necesario que Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano realizaran una revisión técnica de la misma, demorando aún más el proceso de publicación. Lamentablemente no llegaron a tiempo para revisar el tercer tomo que completaba la obra, el golpe de marzo de 1976 lo impidió. Hoy ese tercer tomo se encuentra inédito y sus originales de traducción perdidos. Sólo por casualidad puede uno encontrarse, en una librería de viejos, con los dos tomos que llegaron a salir.

La historia de la editorial TC puede considerarse como un intento de traducir en la realidad esa frase de Marx que hemos utilizado como epígrafe de este artículo ¿Cómo pensar si no los más de 110

libros que conforman el catálogo de la editorial, en donde se intenta sin cesar la articulación entre cultura y política? La publicación de libros fue la forma de mediación que muchos intelectuales siguieron eligiendo para definir su posición en el conflictivo escenario social que atravesó la Argentina de aquellos años. Y libros cuyo contenido no necesariamente indicaba que la lógica cultural quedaba subsumida en la lógica de la política revolucionaria. ¿Cómo pensar si no un proyecto de tamaño envergadura cultural como la edición de **El Idiota de la Familia** de Sartre a fines de 1975, poco antes que el PRT-ERP intentará copar el Batallón Viejo Bueno? Ciertamente es que aquella edición de la última obra importante de Sartre resultó fallida. Pero igualmente resulta significativo que en medio de un clima político, social y económico hostil, una pequeña editorial de la Nueva Izquierda siguiera insistiendo en publicar libros y en particular ese libro. La obra de Sartre significaba el fin de una época cultural y política de occidente, donde el existencialismo y el estructuralismo junto con el marxismo entrarían definitivamente en crisis<sup>30</sup>, y por cuestiones del destino sería también la manifestación del fin de un ciclo político-cultural en nuestro país.

La tragedia, decía Oscar Terán en el epílogo de **Nuestros Años Sesentas**, es el resultado del despliegue de la *hybris* que, con su fuerza sobrehumana, quiebra las reglas de la *polis* juntando aquello que no se debe juntar, para extender luego una cadena de sucesos dramáticos que sólo al consumarse en una larga serie de desgracias pueden permitir el reestablecimiento del equilibrio perdido. Hoy, que esa cadena de desgracias parece haber culminado, podemos seguir preguntándonos, como Terán, qué fue lo que allí, en los años sesentas, se juntó que no debía juntarse; o también podemos hacer cesar esa pregunta y abrir nuevos interrogantes que desplacen el signo trágico para continuar constatando que muchas apuestas intelectuales no fueron subsumidas por la lógica de la violencia política y que hasta hoy esas apuestas han quedado marginadas del relato que sobre los años sesentas y setentas se han construido desde el retorno de la democracia.



<sup>30</sup> Ver al respecto: Perry Anderson, **Tras las Huellas del Marxismo Occidental**, México, Siglo XXI, 2000, pp. 34-65.



Título	Autores	Colecciones	Director de Colección	Año de Edición
Ciencias sociales: Ideología y realidad nacional	A. Touraine, M. Nikolski, M. V. Novikov, O. Falis Borda, J. Mansal, E. L. Menéndez, G. H. Cardenas, R. Carr, E. Veron, F. Delich	Análisis y Perspectivas	Eliseo Verón	1970
América Latina: reforma o revolución	R. Stavenhagen, I. Wiala, M. Halperin, M. Kling, T. Dos Santos, J. P. Morray, M. Teubal, G. Ary Dillo Soares, F. B. Pico, M. Zeitlin, J. Petras, T. Di Tella, A. Quijano Obregon, E. Galeano, O. Delgado, G. Polit, P. González Casanova, J. D. Connor	Análisis y Perspectivas	Eliseo Verón	1970
La organización social de la muerte	David Sudnow	Análisis y Perspectivas	Eliseo Verón	1971
Conducta Estructura y Comunicación	Eliseo Verón	Análisis y Perspectivas	Eliseo Verón	1972
El proceso ideológico	C. Levi-Strauss, L. Althusser, A. Schaff, N. Belmont, C. Geertz, Th. Herbert, F. Rastier, Eliseo Verón	Análisis y Perspectivas	Eliseo Verón	1973
Los Extraños. Sociología de la Desviación	Howard Becker	Análisis y Perspectivas	Eliseo Verón	1971
Ritual de la interacción	Irving Goffman	Análisis y Perspectivas	Eliseo Verón	1970
Teoría de la comunicación humana	P. Watzlawick, J. Helmick Blavyn, D. D Jackson	Análisis y Perspectivas	Eliseo Verón	1971
La Paz Blanca. Introducción al Etnocidio	Robert Jaulin	Análisis y Perspectivas	Eliseo Verón	1973
Los Objetos	A. Molis, J. Baudrillard, P. Boudon, H. Van Lier, E. Whal y V. Morin	Comunicaciones	Eliseo Verón	1974
Análisis de las imágenes	Gh Metz, U. Eco, Umberto, J. Durand, G. Penluon, E. Mohin, S. Pasquier, P. Freshault-Denuelle, J. Berth, J. L. Schaefer	Comunicaciones	Eliseo Verón	1972
La semiología	Roland Barthes, Claude Bremond, Tsvetan Todorov, Christian Metz	Comunicaciones	Eliseo Verón	1972
Lo verosímil	Roland Barthes, Marie-Claire Booms, Olivier Bugelin, Gérard Genette, Jules Grin, Julia Kristeva, Christian Metz, Violette Moyn, Tsvetan Todorov	Comunicaciones	Eliseo Verón	1972
Análisis estructural del relato	Roland Barthes, AJ Greimas, Claude Bremond, Jules Grin	Comunicaciones	Eliseo Verón	1972
Investigaciones retóricas II	J. Cohen, T. Todorov, J. Simeyay, C. Bremond, Grupo U. J. Durand, L. Lonzi, P. Kuentz, G. Genette	Comunicaciones	Eliseo Verón	1974
Investigaciones retóricas I. La antigua retórica - Ayudamemoria	Roland Barthes	Comunicaciones	Eliseo Verón	1974
Las verdades que mienten. Un análisis de la ideología de los textos para niños	Bonazzi, Marina - Eco, Umberto	Critica Ideológica	E. L. Menéndez	1975
Teoría de los procesos insurreccionales contemporáneos	Emilio Lussu	Critica Ideológica	E. L. Menéndez	1972
En nombre de la ciencia	H. L. Neiburg	Critica Ideológica	E. L. Menéndez	1973
Del Colonialismo al Socialismo	Jacques Amault	Critica Ideológica	E. L. Menéndez	1974
Imperialismo y Tercer Mundo	Yves Benot	Critica Ideológica	E. L. Menéndez	1974
Valor y precio de producción	E. von Bohm-Bawerk, R. Hilferding	Economía y Sociedad	Horacio Clafardini	1975
Acumulación y centralización del capital en la industria argentina	E. Cmilio, E. Lifschitz, E. Gasparoz, H. Clafardini, M. Turkieh	Economía y Sociedad	Horacio Clafardini	1973
Teoría del capital y la distribución	Oscar Braun, Maurice Dobb y otros	Economía y Sociedad	Horacio Clafardini	1973
La oferta de la moneda	Suzanne de Brunhoff	Economía y Sociedad	Horacio Clafardini	1975
El imperialismo y la acumulación de capital	Nikolai Bojurn	Ficciones	Horacio Clafardini	1974
Cuentos	Bernardo Kordon	Ficciones	Ricardo Piglia	1969
Cosas Concretas	Enrique Wernicke	Ficciones	Ricardo Piglia	1969
Chip el del ojo Verde	Ira Levin	Ficciones	Ricardo Piglia	1968
Al encuentro del hombre	James Baldwin	Ficciones	Ricardo Piglia	1972
El cuarto de Giovanni	James Baldwin	Ficciones	Ricardo Piglia	1971
Cuentos	Le Roi Jones	Ficciones	Ricardo Piglia	1969
Rebelión Después	Lincoln Silva	Ficciones	Ricardo Piglia	1968
La España	Mariano Mella	Ficciones	Ricardo Piglia	1970
Para hacer el amor en los parques	Nicolas Casullo	Ficciones	Ricardo Piglia	1970
¿Porque estamos en Vietnam?	Norman Mailer	Ficciones	Ricardo Piglia	1969
Costa Bárbara	Norman Mailer	Ficciones	Ricardo Piglia	1971
La frontera	Regis Debray	Ficciones	Ricardo Piglia	1971
El mundo Alucinante	Reynaldo Arenas	Ficciones	Ricardo Piglia	1968
Un viaje lejos hacia no sé dónde	Uwe Johnson	Ficciones	Ricardo Piglia	1970
Viaje terrible	Roberto Arlt, Prólogo de Adolfo Prieto	Ficciones	Ricardo Piglia	1972
Antología Mínima	Francis Scott Fitzgerald	Ficciones	Ricardo Piglia	1974
Impostergable	Jorge Canavalle	Ficciones	Ricardo Piglia	1971
Condin	Panath Istrati	Ficciones	Ricardo Piglia	1971
Tácticas del poder de Jesucristo y otros ensayos	Jay Haley	Frontera	Ricardo Piglia	1972
Interacción Familiar. Aportes fundamentales en teoría y práctica	G. Bateson, A. Ferreira, D. Jackson	Fundamentos	s/d	1974
La psicología Red Ideológica	Carlos L. Szustre	Fundamentos	s/d	1974
Trabajo Psicológico y Pedagógico con niños de clases populares	Frank Riessman	Fundamentos	s/d	1974
Psicoterapia e Interacción de Recursos Terapéuticos: su inserción político social	Juan Pundik	Fundamentos	s/d	1976
El Informe Psicológico: usos y comunicación de los descubrimientos psicológicos índice psicoanalítico de Hampstead. El caso de Andy. Psicoanálisis de un niño de dos años	Walter Koppfer	Fundamentos	s/d	1975
El cuerpo productivo. Teoría del Cuerpo en el modo de producción capitalista	John Bolland, Joseph Sandler	Fundamentos	s/d	1975
El idioma de la familia : Gustavo Flaubert de 1821 a 1857	Didier Deleuue, Francois Guery	Fundamentos	s/d	1975
Paris Mayo de 1968 (La Pre Revolución Francesa )	Jean-Paul Sartre	Libros Fundamentales	s/d	1975
Corresponsal en España	A. Gorz, E. Mandel, R. Barthes, P. Matur, J. M Vincent	Mundo Actual	s/d	1969
Puerto Rico en Nueva York. Sociología de una Inmigración	Illa Ehrenburg	Mundo Actual	s/d	1968
Mar del Plata, el ocio represivo	Jesús de Guindéz	Mundo Actual	s/d	1969
La cuestión judía en la argentina	Juan José Sebréll	Mundo Actual	s/d	1970
	Juan José Sebréll	Mundo Actual	s/d	1973



Título	Autores	Colecciones	Director de Colección	Año de Edición
De vuelta a casa	A. Touraine, M. Nikolski, N. V. Novakov, O. Falis Bordsa, J. Marsal, E. L. Menéndez, G. H.	Mundo Actual		1969
Moral Burguesa y Revolución	Le Roi Jones	Mundo Actual		1969
La paz indeseable	Leon Reichner	Mundo Actual		1968
Los ejércitos de la noche	Lewin Leonhard	Mundo Actual		1970
Miami y el sitio de Chicago	Norman Mailer	Mundo Actual		1970
Militarismo e imperialismo en Brasil	Paulo Cannabrawa Filipe	Mundo Actual		1970
¿Quién mató a Rosendo?	Rodolfo Walsh	Mundo Actual		1969
Chile: los gorilas estaban entre nosotros	Hélio Prieto	Mundo Actual		1973
Cinco miradas sobre Cortázar	J. Cortázar, M. Vargas Llosa, A. M. Simo, J. Lezama Lima, R. Fernández Retamar	Numero3		1968
Antología Micimma	Norman Mailer	Numero3		1969
Cuatro Narradores Franceses de Hoy	A. Robbe-Grillet, C. Simon, J. M. Le Clezio, J. P. Faye	Numero3		1969
Cuatro Narradores Alemanes de Hoy	Robert Musil, Peter Weiss, Uwe Johnson, W. Borchert	Numero3		1968
Un relato inédito de Roberto Arlt	Roberto Arlt	Numero3		1968
Antología mínima de Mario Vargas Llosa	Vargas Llosa, Mario - Poniatowska, Elena - otros	Numero3		1969
Realismo : ¿Mito, doctrina o tendencia histórica?	G. Lukacs, T. W. Adorno, R. Jakobson, E. Fischer, R. Barthes	Numero3		1969
Cuentos recontados	German García, F. De Giovanni, Beatriz Guido, Manuel Mujica Lantze, Pedro Orgambide, David Viñas y Dalirio Saenz	S/Coleccion		1968
Yo	Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Ernesto Guevara, Juan Domingo Perón, Roberto Arlt y otros	S/Coleccion		1968
Cuentos Policiales de la Serie Negra	D. Hammett, R. Chandler, R. McDonald, J. M. Cain, P. Cheyney, E. Gardner, F. Brown	Serie Negra		1973
Mar calmo	Charles Williams	Serie Negra		1975
Una mortaja	Dashiell Hammett	Serie Negra		1973
El Hombre Flaco (El Hombre Delgado)	Dashiell Hammett	Serie Negra		1970
La maldición de los Dan	David Goodis	Serie Negra		1971
Al caer la noche	David Goodis	Serie Negra		1971
Un gato del pantano	Horace McCoy	Serie Negra		1974
¿Acaso no matan a los Caballos?	Horace McCoy	Serie Negra		1969
Luces de Hollywood	James Hadley Chase	Serie Negra		1974
Eva	James M. Cain	Serie Negra		1974
Una Serenata	Jose Giovanni	Serie Negra		1977
A Todo Riesgo	Jose Giovanni	Serie Negra		1969
Alias 'Ho'	Jose Giovanni	Serie Negra		1970
EL Ultimo suspiro	Jose Giovanni	Serie Negra		1970
Historia de un loco	Jose Giovanni	Serie Negra		1970
Un tal La Roca	Jose Giovanni	Serie Negra		1973
El simple arte de amar	Raymond Chandler	Serie Negra		1971
Pecos de Colores	Raymond Chandler	Serie Negra		1970
Sangre Española	Raymond Chandler	Serie Negra		1975
Viento Rojo	Raymond Chandler	Serie Negra		1974
La Verdad Desnuda	Richard S. Prather	Serie Negra		1974
Cuba: diez años después	Richard S. Prather	Serie Negra		1977
Música Beat	L. Horowitz, R. Fager, A. Hochschild, C. Mesa Lago, J. Kahi, M. Zeitlin	Signos		1970
Los tupamaros	A. Becker, F. Davis, T. Dockstader, R. Gleason, N. Heintoff, A. Lee, R. Merton, L. Neal, M. Pai	Signos		1970
Ensayos sobre la significación del cine	Alan Labrousse	Signos		1971
Análisis de Marshall Mc Luhan	Christian Metz	Signos		1971
Imperialismo, Luchas sociales y conocimiento	Edgard Morin y otros	Signos		1972
Metalogos	Eliseo Verón	Signos		1969
Desarrollo del Capital Monopolista en Argentina	Gregory Bateson	Signos		1969
Análisis de Michel Foucault	Oscar Braun	Signos		1970
Historia del Movimiento Obrero Argentino, Inmigrantes asalariados y lucha de clases. 1	Pierre Burgelin, Oliver Revault d'Albonnes, Michel Amiot, Sylvie Le Bon, Georges Ganguilhem, B. Balan, G. Dulac, G. Marcy, J. P. Ponthus, J. Proust, J. Siefmann, E. Verly, Selección: José Szabon	Signos		1970
La "via chilena": un balance necesario	Mario Toer	Teoría y Política		1973
Argentina: educación y capitalismo dependientes	Esteban Pardo y Fernando Mateo	Teoría y Política		1974
Teoría Marxista de la Violencia	Gilbert Murry	Teoría y Política		1975
Lenin, ciencia y política	Nicola Badaloni, Emilio Sereni, Antonio Pesenti	Teoría y Política		1974
El complejo de Edipo en la tragedia	Andre Green	Teoría y Política		1973
Balance de Hemingway	Bataille/Lievry/Otros	Trabajo Critico		1976
Por una vanguardia revolucionaria	Edoardo Sanguinetti	Trabajo Critico		1973
El escritor y su lenguaje	Jean Paul Sartre	Trabajo Critico		1972
Cien Años de Soledad. Una interpretación	Josefina Ludmer	Trabajo Critico		1971
Literatura y sociedad	Z.J. Solovey, Pierre Macherey, Louis Althusser, Alain Badiou, Ricardo Piglia, Armandia Giudice	Trabajo Critico		1972
Introducción a la literatura fantástica	Tsvetan Todorov	Trabajo Critico		1974
		Trabajo Critico		1972



**Resumen:**

Este trabajo que aquí presentamos pretende reponer el catálogo de los libros publicados por la editorial Tiempo Contemporáneo entre 1968 y 1977, con el objetivo de recuperar documentalmente el universo textual de esta editorial por considerarla altamente significativa dentro de la producción intelectual de la Nueva Izquierda en nuestro país. Sobre la reposición de ese catálogo pretendemos además analizar la relación entre política y cultura que se establece como horizonte fundamental de la editorial para programar sus publicaciones. Contra las interpretaciones que tienden a establecer para el período una cancelación de la lógica cultural producida por una sobredeterminación de la política revolucionaria en las prácticas intelectuales, intentaremos demostrar que aquella forma de relación entre política y cultura no fue exclusiva, al constatarse a través de la publicación de ciertos libros que los criterios culturales no se desvanecieron totalmente bajo el influjo de las interpelaciones revolucionarias de la época

**Palabras Clave:** Intelectuales, historia de la edición, cultura y política

**Abstract:**

The work presented here is intended to replace the catalog of books published by the publishing contemporary time between 1968 and 1977, with the aim of recovering the textual universe documentary of this publishing highly significant considering it within the intellectual production of the New Left in our country. Replenishment of that catalog also intend to analyze the relationship between politics and culture that is set as the publisher fundamental horizon to schedule their publications. Against interpretations that tend to establish for a cancellation period of cultural logic produced by an overdetermination of revolutionary politics in intellectual practices, it demonstrates that this form of relationship between politics and culture was not exclusive, which were found through the publication of certain books that cultural criteria not vanished completely under the influence of the revolutionary era interpellations

**Key Words:** Intellectuals, publishing history, culture and politics

# Sobre la Historia Intelectual

Carlos Altamirano\*

Entre el 12 y el 14 de septiembre de 2012 se desarrolló en Medellín el Iº Congreso de Historia Intelectual de América Latina. Organizado por el Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL) y realizado en la Universidad de Antioquia, el evento contó con 21 mesas temáticas, 250 ponencias e invitados de casi todos los países de Latinoamérica. Se abordaron, entre otros, temas relativos a la nueva historia intelectual en nuestro continente, la historia y la sociología de los intelectuales, el rol de la Universidad en el pasado y en el presente, la historiografía literaria y el valor de la prensa y de las revistas en la cultura latinoamericana y la historia del libro y la edición en América Latina.

Desde la misma convocatoria se reconocía en el Karl Mannheim de *Ideología y Utopía* el gesto fundacional de la sociología de la cultura, al que se sumaban los nombres de figuras como Julien Benda, Georg Lukács, León Trotsky y Antonio Gramsci como hitos en el proceso de autorreflexión intelectual.

En nuestro continente, se remitía a una tradición abierta por el dominicano Pedro Henríquez Ureña con sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* y que reconocía desarrollos en autores como el mexicano Alfonso Reyes, el colombiano Baldomero Sanín Cano, el venezolano Mariano Picón Salas, el argentino Sergio Bagú, el peruano Jorge Basadre y el brasileño Gilberto Freyre. Y añadía: José Luis Romero o Rafael Gutiérrez Girardot aportaron, ya hace más de medio siglo, el marco político, sobre todo socio-cultural sobre el cual reconstruir la historia de los intelectuales y sus diversas funciones, en el proyecto de la construcción de nuestra agitada vida republicana. Y reconocía como un hito en la maduración de estos estudios en nuestro continente la reciente aparición de los dos gruesos volúmenes de *Historia de los intelectuales en América Latina*, obra colectiva que dirigió Carlos Altamirano.

No es casual, pues, que los organizadores hayan ofrecido a Altamirano la presidencia honoraria del Congreso y el discurso de apertura, cuya versión escrita tiene *Políticas de la Memoria* la satisfacción de ofrecer a sus lectores.

## I.

Empiezo por el lado de lo general. Desde hace ya dos o tres décadas se habla de una nueva historia intelectual. Bajo esa etiqueta, en verdad, no se halla un campo de estudios unificado por un paradigma conceptual o una problemática dominantes, sino que se aglomeran orientaciones, estrategias y prácticas de investigación que, apenas se las examina, son muy variadas. ¿Cómo identificar, en efecto, como expresiones de una misma disciplina o subdisciplina lo que hacen Carl Schorske en *Viena Fin-de-Siècle*, Hayden White en *Metahistoria* y Pierre Rosanvallon en *La consagración del ciudadano* o en *El pueblo inhallable*? Aunque podrían también ser otros nombres, cito estos tres porque aparecen como referencia frecuente cuando se afirma y se discute sobre la renovación que la historia intelectual ha experimentado en las últimas décadas. Ahora bien, la heterogeneidad de los programas se percibe apenas se leen las reflexiones metodológicas con que los autores acompañan sus trabajos. Detengámonos un momento en esos escritos programáticos.

Publicado en 1979, el libro de Schorske reúne una serie de ensayos históricos que tienen como fondo común la relación entre política y cultura en la Viena de entre siglos, la Viena de Sigmund Freud y de Arthur Schnitzler, del músico Arnold Schoenberg, del pintor Oscar Kokoschka y del arquitecto Otto Wagner. Al explicar el proyecto que animó su investigación, Schorske destaca la cuestión crítica que halló en el camino: cómo estudiar la correspondencia que pudiera existir entre los diferentes sectores de la cultura intelectual, de la literatura a la música. Esa relación no podía darse como descontada ni tampoco podía concebirse, como ocurría en el pasado, recurriendo a nociones sinópticas del tipo “espíritu de época”, nociones que postulaban antes que demostrar la unidad de una cultura. Desde la segunda mitad del siglo XX, observa el historiador norteamericano, las disciplinas humanísticas que eran esenciales para la investigación que se proponía llevar a cabo se habían vuelto cada vez más independientes entre sí y habían desarrollado métodos propios de análisis para

\* UNQUI/CONICET



el estudio intrínseco de sus objetos, fueran textos, obras pictóricas, planos urbanos o composiciones musicales. Se habían generado así universos especializados de erudición, que el historiador intelectual no podía ignorar si pretendía hacer observaciones y juicios pertinentes respecto de esos ámbitos de creación.

Sin embargo, la ruta que había seguido la evolución de las disciplinas humanísticas era la de una deshistorización cada vez mayor de sus métodos y de sus preocupaciones. El historiador intelectual, anota Schorske comentando el recorrido de su búsqueda, no podía pasar por alto el conocimiento específico que estas disciplinas ofrecían, pero no obtendría de ellas la unidad supuesta de la producción cultural. Quedaba en sus manos rastrear los patrones unitarios que el momento histórico imprimía al conjunto de la cultura a través de la pluralidad empírica de los varios campos de la creación intelectual. De estas comprobaciones resultará lo que podríamos llamar el programa de Carl Schorske para la historia intelectual, con dos líneas que se entrecruzan. Una de las líneas es vertical o diacrónica, y con ella se establece la relación de un texto o un sistema de pensamiento con expresiones anteriores de la misma rama de actividad cultural (pintura, política, etc.). La otra es horizontal o sincrónica, y permite analizar la relación del objeto intelectual estudiado con lo que surge en otras ramas u otros aspectos de la cultura en la misma época. Y concluye con una analogía: “La línea diacrónica es la urdimbre de la tela de la historia cultural, y la línea sincrónica, la trama. El historiador es el tejedor, pero la calidad de la tela depende de la resistencia y el color del hilo”.<sup>1</sup>

No encontraremos ninguna de estas preocupaciones en la introducción metodológica que Hayden White antepone a **Metahistoria**, que tiene más facetas y teóricamente es más ambiciosa que la de Schorske. Objeto del libro, como reza el subtítulo, es la “imaginación histórica en la Europa del siglo XIX”, cuya evolución se propone trazar a través de las obras históricas de Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt, y de las obras de los principales filósofos de la historia, como llama a Marx, Nietzsche y Croce. Pero su propósito no se restringe a la investigación de ese objeto: el autor pretende también hacer una contribución al debate contemporáneo sobre el conocimiento histórico como tal.

White advierte que considerará la obra histórica “como lo que más manifiestamente es”: “una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*”. Dicho en otras palabras: enfocados en su aspecto más evidente los escritos historiográficos pertenecen al campo de los géneros literarios y el método que el autor juzga más apropiado para estudiar dichos textos es, según su propia definición, “formalista”. En el lenguaje teórico de White la noción de formalismo no tiene un sentido genérico, sino que está anudada con determinadas tradiciones de estudios literarios, notoriamente las que llevan los rótulos de formalismo ruso y estruc-

turalismo francés con sus derivas postestructuralistas, con su caudal de teoremas y modelos inspiradores asociados con nombres como los de Roland Barthes, Michel Foucault, Jacques Derrida, elenco al que el autor incorpora a otros dos teóricos de la literatura: al canadiense Northrop Frye y al norteamericano Kenneth Burke. De ese universo, es decir, de la retórica y la crítica literaria extrae White gran parte de “los principios interpretativos” que presiden su estudio. Lo que está en el centro de su teoría de la obra histórica no son las relaciones de adecuación o de verdad entre la reconstrucción del pasado que contiene determinada narración histórica y los sucesos efectivamente acaecidos en el mundo al que el texto se refiere, es decir, la obra histórica en tanto operación de conocimiento. Digamos que White es escéptico respecto de los alcances cognitivos del saber histórico, que puede aspirar en el mejor de los casos a la condición de saber protocientífico. La intención realista de la obra histórica no parece tener a sus ojos más credenciales de verdad que las pretendidas por las novelas realistas.

Aquello que le interesa es la concepción específica de la historia que se manifiesta en obras históricas particulares, concepción que puede ser caracterizada analizando los diferentes niveles de explicación que ellas encierran: 1) explicación por la trama del relato, que puede adoptar forma novelesca, trágica, de comedia o satírica; 2) la explicación por la argumentación formal enunciada, orden en que White discierne los modos mecanicista, organicista, formista y contextualista; 3) la explicación que remite a la dimensión ideológica de toda obra histórica y que el autor clasifica, inspirándose en Karl Mannheim, en posición conservadora, anarquista, liberal y radical, consideradas como actitudes típico-ideales. Los diferentes estilos historiográficos resultan, finalmente, de la “combinación particular de modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica”.<sup>2</sup> En su examen de las obras del siglo XIX que toma en consideración buscará definir el estilo historiográfico que toma cuerpo en cada una de ellas.

Los niveles de análisis, sin embargo, no se agotan en las dimensiones puestas de relieve por los principios interpretativos señalados hasta aquí. A los ojos de White ellos constituyen sólo niveles de superficie de las obras históricas. Esas dimensiones manifiestas (o, como las llama, epistemológicas, estéticas y morales)<sup>3</sup> remiten a un nivel más profundo, de naturaleza poética y lingüística antes que teórica. Escribe nuestro autor: “Para figurarse ‘lo que realmente ocurrió’ en el pasado [...] el historiador tiene que prefigurar como posible objeto de conocimiento todo el conjunto de sucesos registrados en los documentos. Este acto prefigurativo es poético en la medida en que es precognoscitivo y precrítico en la economía de la propia conciencia del historiador”. ¿Con qué recursos cuenta el historiador intelectual para encarar este suelo último de la conciencia histórica? Con los que ofrece la teoría retórica de los tropos y sus categorías —metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía—. Esa teoría, en que con-

<sup>1</sup> Carl Schorske, **La Viena de fin de siglo. Política y cultura**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, p. 19.

<sup>2</sup> Hayden White, **Metahistoria. La imaginación en la Europa del siglo XIX**, México, FCE, 1992, p. 38.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 10.

vergen la retórica clásica y la nueva, “proporciona una base para clasificar las formas estructurales profundas de la imaginación histórica en determinado período de evolución”.

**Metahistoria** apareció originalmente en 1973 y los puntos de vista de su autor, que no hará sino radicalizar sus posiciones en ensayos sucesivos, provocaron réplicas polémicas en el campo de los historiadores. Entre ellas las de quienes, como Carlo Ginzburg y Roger Chartier, estaban construyendo simultáneamente una poderosa obra en el terreno de la historia cultural. El cargo que se le hará a White es el de “ficcionalizar” el texto historiográfico, al punto de colocarlo a la par de los textos de imaginación. Nada irritaba tanto a los historiadores como la indiferencia de White por los procedimientos cada vez más complejos que se habían elaborado desde el siglo XIX por controlar los argumentos que contienen las narraciones y por validar las pruebas o las evidencias de esos argumentos. No negaban que la imaginación jugara un papel en el trabajo del historiador, tanto en el curso de la investigación como a la hora de componer su relato. Lo que al final entregaba, como producto de ese trabajo, no podía identificarse, sin embargo, como un fruto de la imaginación. El autor de **Metahistoria**, que cuenta también con adeptos, sobre todo entre los historiadores intelectuales, respondió a sus críticos. No tengo la intención de internarme en esta polémica. Quisiera únicamente agregar que White agitó las aguas y contribuyó, al igual que Paul Ricoeur y otros autores, a que los historiadores tomen conciencia, para decirlo con las palabras de Chartier, de que “sus discursos, cualquiera sea la forma que tomen, es siempre un relato”.<sup>4</sup>

El proyecto de Pierre Rosanvallon también es ambicioso, pero no sólo el objeto de estudio que tiene en la mira es otro, sino que igualmente son otros sus criterios de métodos respecto de los que vimos en Schorske o en White. En un breve artículo de 1986, “Para una historia conceptual de lo político”, escrito según el autor en el “período de redacción de una obra dedicada a la historia de la democracia en Francia”, Rosanvallon trazó las líneas de un programa de investigaciones.<sup>5</sup> Su centro de interés es el campo político, un objeto que durante mucho tiempo había sido compartido por filósofos, historiadores de las ideas e historiadores de los acontecimientos, aunque los especialistas en cada uno de estos sectores del saber, comenta Rosanvallon, hacían su trabajo sin interesarse por el que llevaban a cabo los otros. Después llegó el largo capítulo de des crédito de esos géneros tradicionales, que envejecieron mientras la renovación historiográfica avanzaba por las diferentes líneas de la historia social, durante muchos años sinónimo de la nueva historia en Francia (aunque no sólo allí, agreguemos). El paisaje intelectual y académico francés, que es el que Rosanvallon considera, comienza a cambiar a partir de la década de 1980 y un signo saliente de esa mutación ha sido la reactivación de la filosofía política.

Sin restarle significación a este hecho, el autor cree que lo más interesante no radica en la posición eminente asumida por la filosofía política, sino en “la formación progresiva de una *historia conceptual de lo político*”, fenómeno que no remite a una disciplina exclusiva sino a una convergencia de especialistas de varias disciplinas en el análisis de lo político. Para esbozar el contorno de este espacio de convergencia, Rosanvallon cita obras de filósofos políticos como Pierre Manent y Claude Lefort, del crítico literario Paul Bénichou, de historiadores como François Furet, Bronislaw Baczko y Marcel Gauchet, del antropólogo Louis Dumont, entre otros. ¿Qué observa de común en los autores que menciona? Que para ellos, escribe, “lo político no es una ‘instancia’ o un ‘dominio’ entre otros de la realidad: es el lugar donde se articulan lo social y su representación, la matriz simbólica en la cual la experiencia colectiva se arraiga y se refleja a la vez. ¿La cuestión? La de la modernidad, su advenimiento y su trabajo”.<sup>6</sup>

Este estado de convergencia de hecho, más implícita que explícita, debe ser superado para dar formulación rigurosa a una historia conceptual de lo político, observa Rosanvallon. Y después de hacer una somera revisión crítica de la historia tradicional de las ideas en sus diferentes variantes, para distinguirlas de lo que propone, indica las líneas de su programa. El objetivo de una historia conceptual de lo político, sostiene el autor, es: “1) hacer la historia de la manera como una época, un país o unos grupos sociales procuran construir respuestas a lo que perciben más o menos confusamente como un *problema*, y 2) hacer la historia del *trabajo* efectuado por la interacción permanente entre la realidad y su representación, definiendo *campos histórico-problemáticos*”.<sup>7</sup> ¿Por qué llamarla historia conceptual de lo político? Porque “la inteligibilidad de las situaciones y el principio de activación se anudan y se ponen a prueba en torno de conceptos: la igualdad, la soberanía, la democracia, etcétera”. Para Rosanvallon el dominio a investigar no se restringe a las grandes obras del pensamiento político occidental moderno –o sea: la historia conceptual de lo político no debe ser concebida como un diálogo en la cumbre, entre Montesquieu y Rousseau, por ejemplo–. Ella debe preocuparse por incluir en el ámbito de observación y análisis lo que se designa como cultura política. Es decir, “el modo de lectura de los textos teóricos, las obras literarias, la prensa y los movimientos de opinión, los panfletos y los discursos de circunstancia, los emblemas y los signos”.<sup>8</sup> En **Le sacre du citoyen** (1992) y **Le peuple introuvable** (1998), Rosanvallon dará pruebas de la fecundidad de su proyecto.

Se podrían añadir otros nombres conspicuos, como los de Quentin Skinner (**Reason and Rethoric in the Philosophy of Hobbes**, 1996, **Visions of Politics**, 2002) y John G. A. Pocock (**The Machiavellian Moment**, 1975), de la llamada Escuela de Cambridge.<sup>9</sup> Quienes se hallan familiarizados con la cultura germánica podrían, a su vez, invocar igualmente una larga y valiosa nómina de estudio-

<sup>4</sup> Roger Chartier, “L’histoire entre récit et connaissance”, en R. Chartier, **Au bord de la Falaise**, París, Albin Michel, 2009, p. 104.

<sup>5</sup> Pierre Rosanvallon, “Para una historia conceptual de lo político”, en **Prismas. Revista de historia intelectual**, n° 6, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2002, p. 123. El primer fruto del programa esbozado en el artículo fue **Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France**, París, Gallimard, 1998.

<sup>6</sup> Rosanvallon, “Para una historia conceptual de lo político”, loc. cit., p. 126.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 129.

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> Bajo el título de **Lenguaje, política e historia**, 2007, la Universidad Nacional de Quilmes tradujo el importante conjunto de estudios teórico-metodológicos de Skinner, **Visions of Politics. Volume I: Regarding Method**.



sos, de Friedrich Meinecke a Reinhart Koselleck, pasando por Karl Lowith y Hans Blumenberg. Pero creo que el breve repaso de las posiciones de Carl Schorske, Hayden White y Pierre Rosanvallon basta para advertir que la nueva historia intelectual se declina en plural. ¿Qué elemento común se halla en todas las variedades de historia intelectual, sean nuevas o viejas? La atención privilegiada que se presta a las significaciones, se hable de ideas, representaciones o discursos, y al “trabajo” de esas significaciones en un área de alcance variable (una ciudad, un país o unidades espaciales más amplias) y en un tiempo histórico determinado. La sumaria revisión que hemos hecho nos muestra también que la historia intelectual mantiene relaciones con disciplinas más o menos vecinas, relaciones de alianza, de préstamos, de fertilización mutuas. Como la filosofía y los estudios literarios, según vimos. También la historia política figura entre esas disciplinas contiguas. Si observamos, para no ir lejos, el renacimiento de la historia política que se registra en América Latina, hay que concluir que, al menos en algunas de sus orientaciones, en particular la que imprimió a sus trabajos François Xavier Guerra, la convergencia con la historia intelectual resulta indudable.

## II.

Dejo ahora el paisaje general para referirme a algo más circunscrito y localizado, así como más familiar para mí. La denominación *historia intelectual* es de adopción reciente en la Argentina. Quienes identificamos nuestras investigaciones con ese campo de estudios, sin embargo, no partimos de cero. Sabemos que apenas se comienza a sondear algún sector en el dominio de las significaciones — discursos, imágenes, visiones del mundo — nos encontramos con que otros exploradores nos han precedido y han dejado sus marcas: datos, ordenamientos, opiniones, análisis, valoraciones. Los que llegamos después, aunque pretendamos decir algo nuevo, trazar deslindes o genealogías diferentes, prestar atención a lo que permaneció inobservado o contrariar una verdad establecida, nos beneficiamos de ese trabajo precedente. A veces sacamos provecho de la erudición de los estudios previos, otras de la sagacidad de la interpretación que ofrecen. Es cierto que no siempre se obtiene alguna de estas recompensas, pero no es posible saberlo de antemano, sin hacer la prueba.

La historia de las ideas fue el género historiográfico que encauzó durante mucho tiempo el estudio histórico de las significaciones. También en la Argentina ese género ha sido largamente practicado. Para citar sólo algunos títulos de la primera mitad de nuestro siglo XX: **La evolución de las ideas argentinas** (1918), de José Ingenieros; **La metafísica de Alberdi** (1934), de Coriolano Alberini; **Influencias filosóficas en la evolución nacional** (1936), de Alejandro Korn; **Historia crítica de la historiografía argentina** (1940), de Rómulo Carbia; **Las ideas políticas en Argentina** (1946), de José Luis Romero. Por cierto, no hay un hilo que corra de la historia de las ideas a la historia intelectual tal como se la entiende actualmente. Existen brechas, discontinuidades, reconfiguraciones, entre ambas. La historia intelectual cuenta con la ventaja del gran avance que han conocido la historia social y política del país y de Hispanoamérica

en los últimos cuarenta años. Tiene a su alcance, además, un conocimiento más rico y articulado de la historia de las naciones europeas y de los Estados Unidos, conocimiento producido por investigadores cada vez más especializados también en lo referente a la historia del proceso intelectual de esas naciones. Esto último es importante para el estudio de la historia intelectual de países como los hispanoamericanos, que formaron sus lenguajes ideológicos a partir de los lenguajes europeos. Lo que distingue a la nueva historia intelectual, sin embargo, no son únicamente estas ventajas, sino los instrumentos conceptuales y hermenéuticos que ha forjado (a veces importándolos de otras disciplinas) para la interrogación de los textos, para el análisis de los modos de producción de significados, prestando atención al lenguaje figurativo como al argumentativo, a los usos diferentes de las significaciones y a los efectos que sobre éstas tienen los cambios de contexto. No obstante, agreguemos, en aquella tradición, la de la historia de las ideas, no encontramos sólo reliquias, testimonios de un saber que ya no es el nuestro, modos de historiar que ya han cumplido su ciclo. Todavía podemos aprender de lo que se ha escrito bajo su signo. Estoy seguro de que cualquiera de entre nosotros podría hacer un reconocimiento parecido al que hago aquí, o aun más rico, apenas se disponga a inventariar lo producido en el propio país en el estudio de las significaciones.

Como dije antes, la historia intelectual como campo de investigación no tiene muchos años en mi país y me parece que todavía nos encontramos en la situación de que hablar de historia intelectual signifique, antes que nada, referirse a recorridos marcados individualmente y a lo que cada uno ha elegido y elige hacer dentro de ese sector de trabajo. Aunque lo que vaya a recordar sea un recorrido personal, se trata, como suele ocurrir, de un recorrido hecho de encuentros y de interacción con otros. La labor intelectual solitaria suele ser la excepción, no la regla, y cuando se observa con atención siempre se detectan “microsociedades” o grupos intelectuales.<sup>10</sup>

Creo que fue la historiadora Hilda Sabato la primera que entre nosotros empleó esa expresión con el sentido que actualmente tiene también en la Argentina, en un artículo de 1986, “La historia intelectual y sus límites”, publicado en el número 28 de **Punto de vista**. Después, algunos de quienes estábamos interesados en los aspectos intelectuales del proceso histórico argentino nos empeñamos en rebautizar con esa denominación nuestra propia labor, apropiándonos de un término sin uso en la Argentina, aunque contara en el medio académico anglo-sajón con una larga tradición de estudios. Al designar lo que hacíamos y nos proponíamos hacer como historia intelectual no buscamos sólo ostentar un nombre novedoso: queríamos ayudar a que surgiera bajo esa designación un campo de investigaciones abierto a las orientaciones que en varias partes del mundo estaban renovando el análisis histórico de las significaciones.

<sup>10</sup> Seguimos aquí a Randall Collins: “lo que entendemos por grupo intelectual es sólo que sus miembros se encuentran cara a cara con la suficiente frecuencia como para construir intercambios intensos de interacción ritual, forjar ideas-emblemas, identidades, energías emocionales que persisten y a veces dominan otras [...]”. **The Sociology of Philosophies. A global theory of the intellectual change**, Harvard University Press, 2000, p. 21.



¿Era indispensable la redenominación? ¿No existía acaso un sector de conocimientos muy próximo, el de la historia de las ideas, que se ocupaba del pensamiento en la historia, tenía un prestigioso pasado en la historiografía occidental y en el país había sido cultivado por estudiosos distinguidos, de muchos de cuyos trabajos eruditos todavía seguíamos aprendiendo? Sin embargo, la ruptura simbólica con la historia de las ideas nos pareció necesaria. Ocurre muchas veces en el dominio de las disciplinas intelectuales que la distancia respecto de lo más cercano se vuelve un movimiento obligado si se quiere abrir un nuevo curso. Veámos que la historia de las ideas se hallaba capturada en dos versiones con las que no nos identificábamos. Aparecía, por un lado, acantonada en un lugar subalterno dentro del ámbito de la historiografía, como una forma tradicional de hacer historia frente a las formas nuevas representadas por la historia económica y social (todavía no se percibía la renovación que iba a experimentar la historia política). O, por el otro, en su forma más nueva, era cultivada en el marco de una historia de la identidad nacional o latinoamericana, historia de matriz filosófica a la que el pensador mexicano Leopoldo Zea había dado gran impulso y era practicada entre los argentinos por estudiosos como Arturo Roig. Este polo, en que percibíamos una tentación muy fuerte por la esencialización del ser latinoamericano, tampoco nos atraía. La conclusión que extraíamos de este cuadro era la de que si se quería hacer surgir y dar paso, en nuestro país, a otros modos de observar y examinar desde un punto de vista histórico el trabajo de las significaciones en el seno de experiencias de grupo o individuales, había que establecer la diferenciación.

Una primera estación del recorrido fue para varios una cátedra universitaria, la de Pensamiento Argentino y Latinoamericano, que tenía como titular a Oscar Terán en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires. Después sería el seminario que Terán creó en el Instituto Ravignani de la misma universidad y, finalmente, el Programa de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, que durante varios años funcionó también bajo la dirección del mismo Terán. El anuario **Prismas. Revista de historia intelectual**, que se publica desde 1997 y del que han sido editores Adrián Gorelik, Elías Palti y Jorge Myers, es uno de los frutos del trabajo colectivo del grupo reunido en esa universidad.

Hablé más arriba de elección, de lo que cada uno ha elegido y elige hacer en relación a determinada órbita de trabajo. Pero las elecciones nunca son enteramente libres, siempre obran sobre ellas no sólo restricciones y posibilidades exteriores a quien elige, sino también elecciones hechas en el pasado. Quienes ya no éramos jóvenes al ingresar en el terreno de la historia intelectual debimos, pues, ajustar y negociar nuestras nuevas preocupaciones cognitivas con el bagaje que ya llevábamos incorporado. En mi caso, ese equipo hecho de conceptos, esquemas de percepción y formas de razonamiento provenía, fundamentalmente, de la sociología de la literatura, terreno en que durante varios años había trabajado con Beatriz Sarlo. Con un pie en la crítica literaria y otro en la sociología de la cultura, debía mucho a la obra de Pierre Bourdieu y al análisis cultural de Raymond Williams. El

interés por la historia intelectual argentina y latinoamericana había sido muy estimulado por la lectura de los trabajos de Tulio Halperin Donghi, de Adolfo Prieto, del David Viñas de **Literatura argentina y realidad política**. No podría omitir de este inventario el nombre de un ensayista de difícil clasificación porque escribía en las fronteras de varias disciplinas, el uruguayo Carlos Real de Azúa. La lista debería ser más larga, pero con los autores consignados basta para recordar que considero que mi trabajo se halla variadamente endeudado con el esfuerzo cumplido por otros.

Como se puede leer en un texto que escribí hace varios años, “Para un programa de historia intelectual”, en el centro de mi interés se halla la intersección entre historia intelectual, historia política e historia social de las élites culturales. Entiendo que cada uno de estos términos designa ámbitos de investigación con problemas, medios conceptuales y tareas propios, ámbitos irreducibles unos a otros, aunque puedan iluminarse recíprocamente. Para hacer más claro lo que busco decir voy a valerme de lo que afirma Reinhart Koselleck respecto de las relaciones entre historia conceptual e historia social. “Sin conceptos comunes —escribe— no hay sociedad, sobre todo no hay unidad de acción política. Y al contrario, nuestros conceptos se fundan en sistemas político-sociales que son más complejos, como para poder ser comprendidos sólo como comunidades de lengua bajo determinados conceptos guía. Una ‘sociedad’ y sus ‘conceptos’ se encuentran en una relación de tensión, que también caracteriza las disciplinas científicas asociadas a ellos”.<sup>11</sup> Creo que este esquema con el que Koselleck describe las relaciones entre los conceptos del lenguaje político y los sistemas político-sociales que operan como sus contextos —relaciones hechas de reciprocidad y de exceso de uno respecto del otro (el sistema social es más complejo; el concepto es más rico en significados que su contexto)— puede servir para indicar cómo entiendo la intersección entre historia intelectual, historia política e historia de las élites culturales.

En el prefacio a **El tiempo de los profetas**, Paul Bénichou observa que “cuando se consideran las doctrinas de la era romántica, hay que tener siempre presente que su objeto no es sólo constituir la sociedad moderna, sino a la vez fundar los derechos de la corporación espiritual que la emite. Toda definición del orden social consagra como guía a aquel que la formula...”.<sup>12</sup> Ahora bien, ¿quiénes son los productores de definiciones del orden social sino la gente de saber, los doctos, los letrados o, como los llamamos hoy, los intelectuales? La observación de Bénichou podría aplicarse no sólo a las descripciones sociales de nuestros doctrinarios románticos —por ejemplo, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento—, sino también a las que produjeron los pensadores y escritores que los sucedieron. ¿Acaso en la visión sociológica de José Ingenieros no podemos detectar el punto de vista del hombre de saber y la representación idealizada de su misión? Fueron estas ideas, que se hallaban alimentadas también

<sup>11</sup> Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos e historia social”, en Peter Ludz (comp.), **Sociología e historia social**, Buenos Aires, Sur, 1974, p. 8.

<sup>12</sup> Paul Bénichou, **El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica**, México, FCE, 1984, p. 10.



por la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu, que enseña que debe prestarse atención no únicamente a los mensajes sino también a esa clase de personas que son los productores de mensajes, las que me llevaron a plantear que la historia intelectual no podía ser indiferente a la historia de los intelectuales.

El interés por promover una historia de los intelectuales en América Latina estuvo asociado a estos razonamientos. No voy a repetir ahora lo que ya escribí en la introducción al primero de los dos volúmenes que componen esa historia.<sup>13</sup> Aquí sólo quiero resaltar lo que fue un primer criterio en el momento de concebir el proyecto de la obra: la historia de los intelectuales no debía confundirse con ni reducirse a una historia intelectual, como quiera que ésta se definiera —como una historia de las ideas, del pensamiento, de los grandes textos de la tradición latinoamericana—. Una historia de los intelectuales debía ser la historia de un actor que inscribía su acción en diferentes arenas, la más visible de las cuales era la arena del debate cívico, aunque la intervención de los intelectuales en la escena política estaba lejos de agotar sus ámbitos y formas de actividad. Por cierto, la producción discursiva y las creaciones culturales eran dimensiones esenciales de la práctica intelectual. Los objetos, las fuentes y las tareas de una historia de las élites culturales, sin embargo, excedían los de una historia organizada en torno de obras, corrientes de pensamiento, movimientos artístico-literarios.

A la inversa, tampoco creo que la historia intelectual tenga una función subsidiaria, que no sea más que una dependencia de la historia de los intelectuales. Lo que esta última pueda enseñar no exime a la historia intelectual de sus tareas, las tareas de lo que podríamos llamar una hermenéutica crítica y cuyo centro radica en el análisis de discursos y significaciones considerados como hechos históricos. La relación de los enunciados de un discurso escrito con lo que solemos llamar su contexto no es inmediata y rara vez resulta transparente, como supone el tratamiento documentalista de los textos, frecuente entre los historiadores. Esa relación ha de ser explorada a través de las convenciones del género discursivo, de las palabras que emplea, sus esquemas argumentativos y su retórica figurativa, esto es, a través de las estructuras formales por medio de las cuales el texto dice lo que dice. ¿No ofrece recursos para esto la historia de los intelectuales? Me parece que sí, aunque sólo algunos y no siempre de la misma importancia para el trabajo de la interpretación.

Por supuesto, el peso que se asigne a cada uno de los diferentes medios críticos que se pueden emplear depende de la complejidad o densidad de los textos y del interés cognitivo que en cada caso guíe la investigación. Doy algunos ejemplos para hacer menos abstracto el planteo. Al explorar la literatura de la izquierda argentina preguntándome por las representaciones que allí se habían forjado sobre el peronismo, lo que me motivaba era describir e interpretar el cambio experimentado por una cultura política en el decenio que va de 1956 a 1966. El lenguaje estereotipado, hecho

de afirmaciones axiomáticas y fórmulas perentorias y repetitivas, la *langue de bois*, como se llama en Francia al lenguaje formado por clisés, era lo primero que salía al paso en libros y folletos, artículos y panfletos, donde abundaban las polémicas, las refutaciones y las luchas de autoridad. Lo que me interesaba en esa producción ideológica no era detectar estilos personales, sino esquemas argumentativos y narrativos, los tópicos, según los denomina Marc Angenot, encerrados en discursos militantes. Un camino semejante seguí al buscar qué se decía de la clase media en esa misma cultura, es decir, qué predicados e imágenes aparecían ligados al sujeto “clase media” en el interior de determinada cultura política en determinado período.

Me propuse un ejercicio diferente al analizar cómo obraba en el **Facundo** de Sarmiento el tópico orientalista. La presencia de dicho tópico en ese clásico del pensamiento hispanoamericano había sido ya señalada muchas veces, de modo que no consideraba hacer un descubrimiento al enfocarlo. Lo que, en cambio, a mi entender pasó inobservado fue que ese tópico no tenía únicamente una función exotista (o sea: sugerir literariamente la lejanía del paisaje y las costumbres que el autor evocaba en su texto), sino también una función explicativa del caudillismo hispanoamericano. Y traté de hacer la prueba de esa hipótesis heurística en un artículo. Ese uso alegórico del orientalismo sobreentendía a un lector familiarizado con las claves del discurso orientalista, es decir, los otros miembros de la élite ilustrada que eran los primeros destinatarios del **Facundo**. Me pareció que la interpretación propuesta hallaba si no confirmación, al menos plausibilidad en la lectura que hizo Alberdi del texto de Sarmiento en ese clásico de nuestra literatura polémica que son las **Cartas quillotanas**.

Digamos, para resumir, que bajo el nombre de historia intelectual le he prestado atención a diferentes tipos de hechos de discurso. Empleé igualmente diferentes procedimientos, según colocara bajo el foco una problemática de grupo, una corriente de opinión o una obra individual, la elaboración que un autor hace de un tema del discurso social, su puesta en forma, o lo que está en el aire en un momento dado, lo que “se dice” en el discurso social. No voy a hacer la alabanza y menos aun la recomendación de estos modos de recortar los objetos de estudio: estoy hablando de experiencias de trabajo, no de modelos. Concibo la historia intelectual como un empeño por ampliar y, a la vez, hacer más rica, nuestra comprensión del mundo histórico, pero ese esfuerzo no sigue un solo y único canon.

Por último, en lo que concierne a las tareas de una historia intelectual en América Latina, que es la preocupación que animó la convocatoria a este congreso, me atrevo a decir que entre nosotros ella también ha de declinarse en plural y que de los frutos de su labor debe esperarse una visión renovada, seguramente más compleja del pasado de nuestros países. Creo que una mejor comprensión de nuestra historia puede ayudar a discernir con más elementos de juicio las posibilidades que encierra el presente para nuestros pueblos.

<sup>13</sup> Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales en América Latina. I De la ciudad letrada al modernismo**, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.

# ECOS ARGENTINOS DE LA CONTIENDA EUROPEA

## La historiografía sobre la Primera Guerra Mundial en la Argentina

Emiliano Gastón Sánchez\*

Cuando se lean las siguientes notas se verá, una vez más, que la grandeza de la guerra no existe sino para los que, siglos más tarde, la contemplan a través de los libros que no dicen la verdad, que sintetizan arbitrariamente el tiempo y el espacio, que callan las ignominias, las vergüenzas, las crueldades, la bajeza, las traiciones, los dolores, todas las complicaciones que trae consigo este estado mórbido, para no examinar sino lo que falsamente llaman las “grandes líneas”, trazadas *ex post facto*, después del resultado final...

Roberto J. Payró, **Corresponsal de guerra: cartas, diarios, relatos (1907-1922)**

### La centralidad de la Primera Guerra Mundial para la historia del siglo XX

Ocho millones y medio de muertos, dieciocho millones de heridos y seis millones de inválidos fue el horrendo saldo que dejó la hecatombe iniciada en agosto de 1914 y de la que participaron treinta y cinco Estados a lo largo de sus cuatro años de duración. La Primera Guerra Mundial produjo un quiebre de tal magnitud en la vida política y en la cultura europea que puede ser considerada como uno de los acontecimientos capitales en la historia del siglo XX y como la matriz de la cual emergieron la gran mayoría de los desastres que jalonaron el siglo pasado. Es por ello que suele ser pensada como el punto de partida de las diversas caracterizaciones de esa centuria ya sea “el siglo XX corto”, la “era de las catástrofes” o la “época de la guerra total”.

En ella confluyeron una serie de procesos políticos, económicos y culturales de larga duración y que en parte contribuyen a explicar su desencadenamiento. En primer lugar, la Gran Guerra mostró a la humanidad las dimensiones técnicas de la primera guerra industrial del siglo XX y puso en crisis a las concepciones decimonónicas del progreso, afectando a los cinco continentes del globo, unidos por un nuevo estadio del desarrollo capitalista, el imperialismo, cuyo correlato también era perceptible en la circulación y resignificación de las matrices intelectuales en los escenarios extraeuropeos.

Luego, la guerra reveló el exitoso resultado de uno de los experimentos de ingeniería social más espectaculares de su tiempo y que tuvo lugar en el tránsito del siglo XIX al XX: la nacionalización de las masas, es decir, la edificación de una nueva identidad colectiva construida desde el Estado mediante la “invención de

tradiciones” y su difusión a través de instituciones como la escuela y el ejército. Este proceso de transformación “de campesinos a franceses”, por decirlo en términos de Eugen Weber, se verificó cabalmente en agosto de 1914 cuando miles de voluntarios eligieron ir a morir al frente, privilegiando así su identidad nacional en detrimento de cualquier otra.

Sin embargo, la Primera Guerra también puede ser considerada como una verdadera bisagra en la historia contemporánea desde el punto de vista de sus legados. Al tiempo que fue la sepultura del mundo edificado afanosamente por la burguesía liberal del siglo XIX, alumbró el nacimiento de los dos movimientos políticos más importantes del siglo XX: los fascismos y el comunismo. Ambos fenómenos son inexplicables sin la guerra que les dio origen, no sólo porque son hijos de la crisis, la derrota o los anhelos nacionalistas insatisfechos en la firma de los tratados de paz, sino también porque su aspiración de ser los demiurgos de un mundo y un hombre nuevo está fuertemente marcada por las consecuencias del conflicto bélico.

La magnitud de la contienda que se extendió entre 1914 y 1918 afectó directa o indirectamente a casi todos los países del globo. El propósito de este artículo es analizar la producción historiográfica referida a las diferentes repercusiones producidas por la Primera Guerra Mundial en la Argentina. Como ha señalado hace unos años Olivier Compagnon, la Gran Guerra parecería no haber existido en América latina a juzgar por la escasa producción historiográfica abocada a analizar las consecuencias que el conflicto bélico trajo para los países del continente.<sup>1</sup> Los motivos de esa

\* CONICET-UNTREF/UBA

<sup>1</sup> Olivier Compagnon y Armelle Enders, “L’Amérique latine et la guerre”, en Stéphane Audoin-Rouzeau y Jean-Jacques Becker, **Encyclopédie de la Grande Guerre, 1914-1918. Histoire et culture**, París, Bayard, 2004, pp. 889-901; Olivier Compagnon, “Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l’Amérique latine entre 1914 et 1918”, en **Relations Internationales**, n° 137,



ausencia probablemente respondan a la escasa trascendencia otorgada a la Gran Guerra en las periodizaciones del siglo XX latinoamericano, las cuales suelen optar por otras coyunturas históricas como la crisis de 1929 o la Revolución Cubana. A ello puede agregarse también el hecho de que América latina no haya sido terreno de los enfrentamientos militares, a excepción del combate naval de Cabo Coronel en Chile y su continuación en la batalla de las Islas Malvinas de finales de 1914.

Algo parecido ocurre en la Argentina donde la Primera Guerra Mundial pierde centralidad a manos de periodizaciones más consensuadas que optan por otros hitos políticos locales como los festejos del Centenario en 1910, el ascenso del radicalismo al poder en 1916 o el primer quiebre del orden constitucional en 1930.

Este artículo se abre con un primer apartado dedicado a una breve caracterización de las diferentes tendencias que han marcado a la historiografía europea sobre la Gran Guerra. A continuación, se desarrolla una revisión de la producción académica existente sobre las diferentes repercusiones que la Primera Guerra Mundial produjo en la Argentina. Y, a modo de cierre, ensaya un balance sobre la misma.

### Las tres configuraciones de la historiografía europea sobre la Gran Guerra

En el ámbito de la historiografía europea, la Primera Guerra Mundial ha sido, sin lugar a dudas, una de las áreas privilegiadas por la investigación y los estudios históricos abocados al siglo XX. Durante los casi cien años que han transcurrido desde su estallido hasta la actualidad, un flujo constante de obras destinadas a los públicos más diversos han sido editadas en el mundo entero. A lo largo de esos años las diferentes generaciones de historiadores han pensado y estudiado a la Gran Guerra desde diversas perspectivas que se fueron modificando no sólo al calor de los acontecimientos políticos que jalonaron la pasada centuria sino también por las novedades metodológicas inherentes a la profesionalización de la disciplina histórica.

Una aclaración se impone para evitar cifrar excesivas expectativas sobre este estado de la cuestión. Dadas las dimensiones de la producción histórica ligada a la Primera Guerra Mundial, no alcanzarían varias vidas de intensa labor para dar cuenta de la totalidad de esa enorme literatura. Más de 50.000 títulos son conservados en la *Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine* (BDIC) en Nanterre y otro tanto ocurre en el *Imperial War Museum* de Londres o el *Australian War Memorial* de Camberra, sin contar a las revistas académicas dedicadas exclusivamente a esta problemática.

París, PUF, 2009, pp. 31-43 y "1914-18: The Death Throes of Civilization. The Elites of Latin-America face the Great War", en Jenny Macleod y Pierre Purseigle (eds.), *Uncovered fields: perspectives in First World War studies*, Leiden, Brill Academic Publishers, Colección History of Warfare Vol. 20, 2004, pp. 279-295.

De forma que sería ilusorio, imposible y, ante todo, excesivamente pretencioso intentar cumplir con un balance historiográfico de esas magnitudes. Hecha esta salvedad sobre el carácter tentativo e incompleto de estas reflexiones, es posible dar una visión de conjunto acerca de los diferentes abordajes de este complejo objeto histórico por las sucesivas camadas de historiadores.

En su ensayo historiográfico sobre la Gran Guerra, Antoine Prost y Jay Winter sostienen la existencia de tres grandes configuraciones historiográficas que permiten aglutinar el campo de estudios sobre la Primera Guerra Mundial.<sup>2</sup> La primera de esas configuraciones historiográficas comenzó a gestarse muy tempranamente durante los años de la inmediata postguerra. Caracterizada por una imbricación entre combatientes e historiadores y entre testimonios e historia, en ella se constata una atención privilegiada sobre las cuestiones diplomáticas ya que, mediante la publicación de documentos históricos de las cancillerías europeas, buscaba intervenir en la "querrela sobre las responsabilidades" que se había desatado en los inicios del conflicto y que volvió a adquirir fuerza durante la firma de los tratados de los miembros de la Triple Entente con las naciones vencidas.

Ligado a ello, esta perspectiva privilegiaba el accionar de los jefes de Estado, los grandes hombres de la política nacional y de los ejércitos. Sin dudas, esa particular combinación de historia política, militar y diplomática adquiere su máxima expresión en el libro ya clásico de Pierre Renouvin, *La Crise européenne et la Grande Guerre*, en el cual los aspectos económicos y sociales del conflicto bélico son prácticamente desestimados.<sup>3</sup>

A pesar de que el autor había sido combatiente durante la guerra, donde perdió un brazo en la batalla de Chemin des Dames, su libro condensa una perspectiva caracterizada por la ausencia del combate y de los combatientes, deliberadamente excluidos de un relato que priorizaba una mirada de la guerra desde los cuarteles generales, las embajadas y los gabinetes presidenciales y no desde las trincheras y los padecimientos de los combatientes.<sup>4</sup>

Luego de una fuerte caída en la producción histórica causada por un desplazamiento de los intereses tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial y que se prolongó más allá de la segunda postguerra, a comienzos de los años '60 una nueva generación de historiadores produjo un retorno a los estudios sobre la Gran Guerra que marcó los comienzos de una segunda configuración historiográfica.

<sup>2</sup> Antoine Prost y Jay Winter, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Éditions du Seuil, Colección 'L'Histoire en débats', 2004.

<sup>3</sup> Pierre Renouvin, *La Crise européenne et la Grande Guerre (1914-1918)*, París, Félix Alcan, Colección "Peuples et civilisations", dirigida por Louis Halphen et Philippe Sagnac, Vol. XIX, 1934.

<sup>4</sup> La única excepción a esta perspectiva digna de mencionarse, dado que recopila las voces de los combatientes de trincheras, es el libro de Jean Norton Cru, *Témoins*, París, Les Étincelles, 1929. Para un análisis de su recepción y significación en la historiografía de la Gran Guerra véase, Christophe Prochasson, "Les mots pour le dire: Jean-Norton Cru, du témoignage à la histoire", en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n° 48-4, París, Belin, octubre-diciembre 2001, pp. 160-189.

La historia de las naciones en guerra que había marcado a la primera generación de investigadores dio paso a una historia de las sociedades y los pueblos durante el conflicto. Sin embargo, este pasaje a una historia social de la guerra no implicó la desaparición de antiguas temáticas como la historia militar o diplomática, las que ahora se integran en una historia de la guerra que también da cuenta de las estructuras económicas, los grupos sociales y el papel del Estado durante el conflicto bélico.

Probablemente, la síntesis más acabada de esta nueva perspectiva sea el libro de Marc Ferro, un intento de realizar una “historia total” de la Primera Guerra Mundial, en el que se analizan los aspectos propiamente militares del conflicto, las razones económicas y geopolíticas que explican su desencadenamiento, pero que también presta atención a la vida en las retaguardias, a los trabajadores, los empresarios y los variados climas de sensibilidad imperantes en los países que participaron de la contienda.<sup>5</sup>

La tercera configuración historiográfica se caracteriza por un desplazamiento de los intereses hacia el análisis de lo simbólico y lo cultural que se inició a comienzos de la década del '90 aunque, estrictamente, dicho corrimiento no es un fenómeno exclusivo de los estudios abocados a la Gran Guerra, más bien se inserta en el marco de un proceso más amplio que incluyó a la renovación de la historia política, la emergencia de la historia cultural y la historia de los intelectuales.

Un buen indicio de ese desplazamiento puede ser ilustrado por las temáticas convocantes de dos grandes coloquios internacionales organizados en Francia bajo la dirección de Jean Jacques Becker. El primero de ellos tuvo lugar en Nanterre en 1988 bajo el título de *Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918* y el segundo, que se realizó en 1992, ya giraba en torno a una nueva perspectiva como su título lo indica: *Guerre et cultures*. Este rápido pasaje de las “sociedades” a la “cultura” como el epicentro de atención privilegiado en los estudios de la Gran Guerra coincidió además con la inauguración en el mismo año del *Historial de la Grande Guerre* en Peronne, Francia, sellando así los inicios de la llamada “Generación de 1992”.

Esta nueva perspectiva centrada en el plano de lo simbólico y de las representaciones ha dado lugar a una importante renovación en los estudios sobre la guerra, desarrollando nuevas líneas y temáticas de investigación entre las que podemos señalar: el rol de los intelectuales, músicos y artistas durante la Gran Guerra, el papel desempeñado por la opinión pública y la prensa durante el conflicto, la ocupación del espacio público y el despliegue a partir de la postguerra de los “lugares de la memoria” (monumentos, recordatorios, panteones, etc.), las artes del espectáculo y la propaganda durante la guerra, las prácticas significantes de los combatientes del frente y de los diferentes actores sociales en los “frentes internos”, la participación de las mujeres y los niños en el esfuerzo bélico, las patologías psicofísicas de los com-

batientes y la dimensión cultural de la violencia de guerra, entre otros novedosos tópicos.<sup>6</sup>

En suma, si la primera configuración explicaba la historia a través de las decisiones de los principales actores políticos y militares durante el conflicto bélico, y mientras que la segunda ponía el foco en el juego de las fuerzas y actores sociales, la tercera configuración historiográfica hace de la cultura el ámbito privilegiado para la investigación histórica de la Primera Guerra Mundial.

## La historiografía sobre la Gran Guerra y la Argentina

A pesar de que esta renovación de la historiografía ha comenzado a influir en los estudios dedicados a otras áreas geográficas durante el conflicto bélico más allá del Viejo Continente,<sup>7</sup> estas innovaciones son casi desconocidas en los estudios sobre los efectos producidos por la Gran Guerra en América Latina<sup>8</sup> y, en particular, en la Argentina.

Las investigaciones dedicadas a estudiar el impacto de la Gran Guerra en nuestro país, se han abocado, principalmente, a dos perspectivas historiográficas: por un lado, la historia económica y, por el otro, la historia diplomática, fuertemente ligada a una historia política más bien tradicional, que centra la atención en las grandes figuras de la política local del período.

Dentro de la vertiente de la historia económica, el estallido de la Primera Guerra Mundial es señalado en la bibliografía académica como los inicios de una coyuntura crítica y como un período de profundas transformaciones —desarticulación del comercio mundial, drástica caída del producto bruto interno, inestabilidad de los patrones monetarios, adopción de medidas proteccionistas, etc.— a las que no pudo escapar la economía argentina. En estas investigaciones se analizan los problemas que debió enfrentar una economía abierta basada en un modelo agroexportador excesivamente dependiente del dinamismo de su comercio exterior, como así también, el conjunto de medidas implementadas por las administraciones conservadora y radical para palear dicha situación, el incipiente des-

<sup>5</sup> Marc Ferro, *La Gran Guerra (1914-1918)*, Madrid, Alianza, 1984 [original francés 1969].

<sup>6</sup> Es imposible dar cuenta aquí de los trabajos más representativos de cada uno de estos nuevos tópicos pues la bibliografía es francamente abundante. A modo tentativo, ya que concluye en el año 2003, puede consultarse el exhaustivo listado bibliográfico incluido en el libro de Prost y Winter, *Penser la Grande Guerre*, *op. cit.*, pp. 291-327.

<sup>7</sup> Cfr. Glenford Howe, *War and Nationalism. A Social History of West Indians in the First World War*, Kingston, Ian Randle Publishers, 2002; Hew Strachan, *The First World War in Africa (1914-1918)*, Oxford, Oxford University Press, 2004; Gouqui Xu, *China and the Great War: China's pursuit of a new national identity and internationalization*, Nueva York, Cambridge University Press, Colección Studies in the social and cultural history of modern warfare, 2005 y Kees Van Dijk, *The Netherlands Indies and the Great War, 1914-1918*, Leiden, KITLV Press, 2007.

<sup>8</sup> Para el caso de América Latina pueden consultarse los clásicos de Percy Alvin Martin, *Latin America and the War*, Gloucester, Massachusetts, 1967 [original inglés 1925] y Joseph Tulchin, *The aftermath of war: World War I and U. S. Policy toward Latin America*, Nueva York, New York University Press, 1971. Para un análisis más reciente e influenciado por estas nuevas perspectivas historiográficas pueden consultarse los estudios ya citados de Olivier Compagnon.





arrollo de un proceso de industrialización por sustitución de importaciones y las fuertes presiones ejercidas por las potencias sobre la Argentina en el marco de la guerra económica y comercial.<sup>9</sup>

Desde la otra perspectiva de análisis, la historia diplomática, la mayoría de los estudios analizan los avatares de la política exterior argentina durante la Gran Guerra y las dificultades suscitadas por el mantenimiento de la neutralidad frente a las presiones de los países combatientes. Sin embargo, estas investigaciones suelen abocarse con mucha mayor atención al estudio de la crítica coyuntura del año 1917, que marca el punto más álgido de las repercusiones de la contienda europea en la Argentina.

En febrero de ese año, los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas con el Imperio Alemán y luego ingresaron en la guerra como respuesta al restablecimiento de la guerra submarina ilimitada impulsada por Alemania. Esto trajo aparejado fuertes presiones diplomáticas para que los países del continente adaptaran la misma postura aunque en el caso argentino, dichas presiones no lograron modificar el rumbo de la política neutralista del presidente Hipólito Yrigoyen. La gravedad de la situación se incrementó a partir de abril de 1917 a raíz del hundimiento por los submarinos alemanes de varios buques de bandera argentina: el 4 de abril fue hundido el *Monte Protegido*, el 6 de junio, el *Oriana* y el 22 de junio el *Toro*. Ese clima de hostilidad originó una fuerte polarización de la opinión pública entre "neutralistas" y "rupturistas" que se disputaban las calles de la ciudad median-

te movilizaciones que buscaban forzar la ruptura de relaciones con el Imperio Alemán.

Mientras el gobierno argentino gestionaba las reclamaciones correspondientes por vía diplomática, un incidente marcó la última escalada de la crisis, el *Affaire Luxburg*. En septiembre, el gobierno de los Estados Unidos difundió una serie de telegramas cifrados del ministro alemán en la Argentina, el conde Karl Graf von Luxburg, que iban dirigidos al káiser Guillermo II. En ellos se refería en términos despectivos sobre el presidente Yrigoyen y su ministro de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredon y recomendaba a las autoridades alemanas proceder al hundimiento de los buques argentinos "sin dejar rastros". Obviamente, cuando estos telegramas tomaron estado público, el presidente se vio obligado a entregar los pasaportes al diplomático germano pero aún así no rompió relaciones con el Imperio Alemán. La gravedad de estos acontecimientos del año 1917 explican la atención privilegiada que le han otorgado algunos estudios sobre las relaciones internacionales de la Argentina durante la Gran Guerra.<sup>10</sup>

A su vez, las graves tensiones continentales que desató el ingreso en la guerra de los Estados Unidos y los intentos de hegemonía continental a través de su política panamericana para la región han acaparado la atención de varias investigaciones en las que se destacan los estudios de Beatriz Solveira,<sup>11</sup> quien además ha realizado un importante recopilación de documentos diplomáticos procedentes del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto (AMREC), fruto de su investigación doctoral sobre las relaciones exteriores argentinas entre 1914 y 1922.<sup>12</sup>

Por último, en el ámbito de las relaciones internacionales se destacan algunos estudios de caso sobre las relaciones bilaterales de la Argentina durante los años de la Gran Guerra con Francia, Rusia y México.<sup>13</sup> Las relaciones con Brasil durante el conflicto

<sup>9</sup> Véase, Guido Di Tella y Manuel Zymelman, "El desarrollo industrial argentino durante la Primera Guerra Mundial", en *Revista de Ciencias Económicas*, Año XLVII, n° 6, abril-mayo-junio de 1959, Serie IV, pp. 221-224; Joseph Tulchin, "The Argentine economy during the First World War", en *The Review of the River Plate*, Vol. CXLVII, n° 3750, 19 de junio de 1970, pp. 901-903, Vol. CXLVII, n° 3751, 30 de junio de 1970, pp. 965-967 y Vol. CXLVIII, n° 3752, 1 de julio de 1970, pp. 44-46; Jane Van Der Karr, *La Primera Guerra Mundial y la política económica argentina. Un estudio de la legislación fiscal y presupuestaria durante los años del conflicto*, Buenos Aires, Troquel, 1974; Roger Gravit, "Argentina and the First World War", en *Revista de Historia*, n° 108, San Pablo, 1976, pp. 385-417; *Ídem*, "The Anglo-Argentine Connection and the War of 1914-1918", en *Journal of Latin American Studies*, Vol. 9, n° 1, mayo 1977, pp. 59-89; Bill Albert, (con la colaboración de Paul Henderson), *South America and the First World War. The impact of the war on Brazil, Argentina, Perú and Chile*, Cambridge —New York—Melbourne, Cambridge University Press, 1988 y Marcelo Rimoldi, "Argentina-Brasil: la problemática de la integración económica durante la Gran Guerra", en *Investigaciones y Ensayos*, n° 43, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, enero-diciembre de 1993, pp. 533-582. Aspectos parciales sobre las vicisitudes de la economía argentina durante la Gran Guerra son estudiados en Peter Smith, "El comercio de la carne en tiempos de guerra", en *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, Colección Biblioteca Argentina de Historia y Política n° 31, 1986 [original inglés 1969], pp. 73-84; Adolfo Dorfman, "El despertar de la conciencia industrial", en *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar-Hachette, Biblioteca Dimensión Argentina, 1970, pp. 323-363; Javier Villanueva, "El origen de la industrialización argentina", en *Desarrollo Económico*, Vol. 12, n° 47, octubre-diciembre 1972, pp. 451-476; Jorge Fodor y Arturo O'Connell, "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX", en *Desarrollo Económico*, Vol. 13, n° 49, abril-junio 1973, pp. 3-65; Carl Solberg, "Crisis energética: política del petróleo durante la Primera Guerra Mundial, 1914-1918", en *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, Colección Biblioteca Argentina de Historia y Política n° 18, 1986 [original inglés 1979], pp. 47-86; Andrés Cisneros y Carlos Escudé (dirs.), *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Parte II, Tomos X, "Las relaciones económicas de la Argentina con Gran Bretaña y los Estados Unidos, 1880-1943", Buenos Aires, Nuevohacer-GEL, 1999, pp. 46-55 y pp. 204-216.

<sup>10</sup> Véase, Percy Alvin Martin, *Latin America and the War*, Gloucester, Massachusetts, 1967 [original inglés 1925], pp. 173-263; Andrés Cisneros y Carlos Escudé (dirs.), *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Parte II, Tomo VII, "La Argentina frente a la América del Sur, 1881-1930", Buenos Aires, Nuevohacer-GEL, 1999; *Ídem*, Tomo VIII, "Las relaciones con Europa y los Estados Unidos, 1881-1930", Buenos Aires, Nuevohacer-GEL, 1999; Juan Archibaldo Lanús, *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1930*, Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 51-130.

<sup>11</sup> Harold Peterson, *La Argentina y los Estados Unidos*, Tomo II, 1914-1960, Buenos Aires, Hyspamérica, Biblioteca Argentina de Historia y Política n° 17, 1985 [original inglés 1964], pp. 9-52; Joseph Tulchin, *La Argentina y los Estados Unidos. Historia de una desconfianza*, Buenos Aires, Planeta, 1990, pp. 95-120; Beatriz Solveira de Báez, "El ABC como entidad política: un intento de aproximación entre Argentina, Brasil y Chile a principios de siglo", en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, Año II, Vol. II, n° 2, primer semestre de 1992, pp. 157-183; *Ídem*, "La Argentina y el pacto panamericano propuesto por Wilson", en *Investigaciones y Ensayos*, n° 42, enero-diciembre de 1992, pp. 475-515; *Ídem*, *La Argentina, el ABC y el conflicto entre México y Estados Unidos (1913-1916)*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1994.

<sup>12</sup> Beatriz Solveira de Báez (estudio introductorio y selección), *Argentina y la Primera Guerra Mundial según documentos del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, Tomo I, 1979 y Tomo II, 1994.

<sup>13</sup> Beatriz Solveira, *Las relaciones con Rusia durante las presidencias de Yrigoyen y Alvear*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1995; Pablo Yankelevich, *La diplomacia imaginaria. Argentina y la Revolución Mexicana 1910-1916*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1994; Hebe Carmen

europeo, han motivado varios artículos de Marcelo Rimoldi que permiten pensar en el nuevo cariz que adquieren las relaciones entre las potencias sudamericanas neutrales —desde la búsqueda de una complementariedad económica frente al cierre de los mercados europeos hasta los planes de mejoras en las comunicaciones terrestres y fluviales— y los cambios que estas sufrieron hacia 1917 tras el ingreso de Brasil en la guerra.<sup>14</sup>

Íntimamente ligadas a esta perspectiva, cabrían de ser destacadas las investigaciones realizadas por los historiadores de tendencia radical, las cuales suelen hacer hincapié en la política exterior del yrigoyenismo, su visión americanista y la férrea defensa de la neutralidad durante la Gran Guerra, acotadas sobre todo al estudio de la coyuntura crítica de 1917 cuando el reciente gobierno de la Unión Cívica Radical debió afrontar las mayores presiones internas y externas desde el inicio de la guerra. A ellas deberían agregarse también los estudios dedicados a analizar las críticas posiciones sostenidas por la Argentina durante su participación en la Sociedad de las Naciones en 1920.<sup>15</sup>

Sin embargo, es justo reconocer que existen algunos casos en los que estas demarcaciones historiográficas y metodológicas distan de ser tan nítidas, ya que algunas investigaciones proponen una mirada global sobre los efectos que la Primera Guerra Mundial produjo en la Argentina, a través de un prisma que yuxtapone la historia política, las relaciones internacionales y la historia económica examinadas de forma conjunta e integral.<sup>16</sup>

Pelosi, “La Primera Guerra Mundial. Relaciones internacionales franco-argentinas”, en **Temas de historia argentina y americana**, n° 4, UCA, Buenos Aires, 2003, pp. 155-184 y Guillermo Stamponi, **Una visión argentina de la Revolución Rusa: informes diplomáticos reservados y confidenciales**, Buenos Aires, APCPSEN, 2009.

<sup>14</sup> Marcelo Rimoldi, “Argentina-Brasil; dinámica de relación en la coyuntura 1914-1918”, en **Temas de Historia Argentina I**, UNLP-FHCE, Serie Estudios/Investigaciones, 1994, pp. 39-71 y “El espacio de frontera argentino-brasileño y el transporte terrestre y fluvial como alternativa de encuentro (1914-1919)”, en **Investigaciones y ensayos**, n° 55, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, enero-diciembre de 2005, pp. 305-339.

<sup>15</sup> Ricardo Ryan, **La política internacional y la presidencia de Yrigoyen**, Buenos Aires, s/ed., 1921; Lucio Moreno Quintana, **La diplomacia de Yrigoyen**, La Plata, Editorial Inca, 1928; Luis Alén Lascano, **Pueyrredón, el mensajero de un destino**, Buenos Aires, Raigal, 1951; AA.VV., **Hipólito Yrigoyen. Pueblo y Gobierno**, Buenos Aires, Raigal, Vol. III, Tomo IX, “Neutralidad”, 1953 y Vol. IV, Tomo X, “Sociedad de Naciones”, 1953; Roberto Etchepareborda, “Hipólito Yrigoyen y el conflicto bélico”, en **Mayo. Revista del Museo de la Casa de Gobierno**, Tomo II, n° 2, 1960, pp. 64-86; Gabriel Del Mazo, **Política internacional americana del presidente Yrigoyen**, Montevideo, s/ed. 1960; Luis Alén Lascano, **Yrigoyen y la Gran Guerra**, Buenos Aires, Korrigán, 1974; Gabriel Del Mazo, **Las presidencias radicales. La primera presidencia de Yrigoyen**, Buenos Aires, CEAL, Biblioteca Política Argentina n°1, 1983, pp. 148-209; Roberto Etchepareborda, **Yrigoyen/1**, Buenos Aires, CEAL, Biblioteca Política Argentina n° 19, 1983, pp. 127-159; Monserrat Llairo y Raimundo Siepe, **La democracia radical. Yrigoyen y la neutralidad 1916-1918**, Buenos Aires, CEAL, 1992; *Ídem*, **Argentina en Europa. Yrigoyen y la Sociedad de las Naciones (1918-1920)**, Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1997; Carlos Goñi Demarchi, José Scala y Germán Berraondo, **Yrigoyen y la Gran Guerra. Aspectos desconocidos de una gesta ignorada**, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998 y Ángel Luis Benvenuto, **Intransigencia argentina en Ginebra (1920)**, Buenos Aires, Corregidor, 2004.

<sup>16</sup> Raimundo Siepe, **Yrigoyen, la Primera Guerra Mundial y las relaciones económicas**, Buenos Aires, CEAL, Biblioteca Política Argentina n° 388, 1992 y Ricardo Weinmann, **Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico**, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1994.

Ahora bien, a pesar de que las repercusiones del conflicto bélico europeo excedieron largamente el plano de la economía y de la política exterior, hasta hace pocos años los efectos producidos por la Gran Guerra en la sociedad y la política argentina era un área temática que prácticamente no había sido explorada.

En nuestro medio son escasas las investigaciones que se han propuesto analizar las repercusiones de la Gran Guerra desde la historia social estrictamente dicha, a excepción de los estudios de Fernando Remedi sobre las transformaciones que la guerra produjo en la alimentación de los sectores populares cordobeses a raíz de la caída del empleo y de los ingresos conjuntamente con un incremento de los precios internos de los alimentos.<sup>17</sup> Estos artículos tienen además el valor agregado de ser los únicos que han prestado atención a las repercusiones de la guerra en el interior del país, permitiendo matizar y complejizar la hegemonía porteña en los estudios sobre las repercusiones de la Gran Guerra en la Argentina.

Por su parte, en una serie de estudios monográficos, María Inés Tato avanzó en el análisis de algunos aspectos ligados a la recepción política y social de la contienda europea en la Argentina, desde una mirada que se ha beneficiado con la renovación de la historia política, extendiendo las fronteras de lo político para dar cabida en sus estudios a los actores y sus prácticas junto a las representaciones y los discursos.

Sus investigaciones reconstruyen los alineamientos de las diferentes fuerzas políticas y sociales respecto de la política exterior argentina, las manifestaciones callejeras en favor de la neutralidad o la ruptura de relaciones con los imperios centrales, las liturgias cívicas y las ideas de nación que en ellas se pusieron en juego, los debates en el seno de las élites políticas e intelectuales que acompañaron la polarización de la opinión pública porteña entre “neutralistas” y “rupturistas” en la ya señalada crisis 1917 junto al profuso movimiento asociativo y el frondoso activismo social que floreció en Buenos Aires para brindar su apoyo a determinadas naciones en guerra.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Fernando Remedi, “La guerra en la cocina. Las consecuencias alimentarias de la Primera Guerra Mundial en Córdoba”, en **Revista de la Junta de Historia Provincial de Córdoba**, n° 17, 1999, pp. 96-131 y “La sociedad en la guerra. Alimentación y Primera Guerra Mundial en Córdoba (Argentina)”, en **Prohistoria**, Año VII, n° 7, Rosario, 2003, pp. 153-176.

<sup>18</sup> María Inés Tato, “Nacionalismo e internacionalismo en la Argentina durante la Gran Guerra”, en **Proyecto Historia**, n° 36, San Pablo, junio de 2008, pp. 49-62; *Ídem*, “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, en Beatriz Moreyra y Silvia Mallo (coords.), **Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI**, Córdoba-La Plata, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti” / Centro de Estudios de Historia Argentina Colonial (CEHAC) – FHyCE, UNLP, 2008, pp. 725-741; *Ídem*, “La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial”, en **Temas de historia argentina y americana**, n° 13, UCA, Buenos Aires, julio-diciembre de 2008, pp. 227-250 y “La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno a la Primera Guerra Mundial”, en María Inés Tato y Martín Castro, **Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina**, Buenos Aires, Imago Mundi, Colección Bitácora Argentina, 2010, pp. 33-63. Para un análisis de la crisis del 1917 desde la sociología histórica véase, Alfredo Pucciarelli y María Cristina Torti, “La construcción de la hegemonía compartida: el enfrentamiento entre neutralistas, rupturistas e yrigoyenistas”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villaruel, **Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de**



Por otra parte, el decurso de la Primera Guerra Mundial trajo graves consecuencias en el movimiento obrero argentino. En primer lugar, obligó a sus organizaciones y corrientes a tomar posición frente al comportamiento del movimiento obrero europeo, en especial, en el caso de los socialistas. En segundo lugar, los efectos económicos y políticos que la guerra produjo en el país desataron un incremento de la conflictividad social, sobre todo durante la presidencia de Yrigoyen, como es el caso de las huelgas marítimas de 1916 o la gran huelga ferroviaria de 1917 y que adquirieron su máximo potencial en la Semana Trágica de enero de 1919. Por último, el estallido de la Revolución Rusa desató graves tensiones al interior de las organizaciones socialistas y anarquistas, muchas de las cuales propiciaron rupturas y distanciamientos que serán luego algunos de los grupos fundadores del Partido Comunista en la Argentina.

Esos conflictos sociales junto a los posicionamientos y las tensiones que la Primera Guerra Mundial imprime sobre esas fuerzas políticas ha merecido la atención de un puñado de estudios detallados y específicos, en los que se destacan los artículos de Roberto Pittaluga sobre la recepción de la Revolución Rusa en el anarquismo argentino y de algunos análisis sobre los efectos de la Gran Guerra, en particular, las consecuencias del nuevo rumbo impuesto por la Revolución Rusa en las filas del socialismo argentino a través de las propuestas y los posicionamientos de ciertas figuras emblemáticas como el caso de Enrique Del Valle Iberlucea.<sup>19</sup>

la memoria, 1912-1946, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 71-123.

<sup>19</sup> Emilio Corbiere, **Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)**, Buenos Aires, CEAL, Biblioteca Política Argentina n° 58, 1984; Liliana Da Orden, "Entre internacionalismo y nacionalismo. El enfoque de la nación en Juan B. Justo", en **Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral**, Año IV, n° 6, Santa Fe, UNL, primer semestre de 1994, pp. 55-72; Beatriz Solveira, "El socialismo y la neutralidad argentina durante la Primera Guerra Mundial", en Nilsa Alzola y Dinko Cvitanovic (comps.), **La Argentina y el mundo en el siglo XX**, Bahía Blanca, Centro de Estudios del Siglo XX, UNS, 1998, pp. 392-402; Roberto Pittaluga, "Lecturas anarquistas de la Revolución Rusa", en **Prismas. Revista de historia intelectual**, n° 6, UNQUI, Bernal, 2002, pp. 179-188; *Ídem*, "De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la Revolución Rusa (Argentina, 1917-1924)", en **Sociohistórica. Cuadernos del CISH**, n° 11/12, UNLP, La Plata, 2002, pp. 69-98; Daniel Campione, "¿Partido revolucionario o partido de gobierno. La fundación del Partido Socialista Internacional", en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds), **El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo**, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 145-157; Marina Becerra, "Guerra y Revolución", en **Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique Del Valle Iberlucea**, Rosario, Prohistoria, 2009, pp. 109-161 y Augusto Piemonte, "Cuestión nacional y desarrollo económico en tiempos de la Gran Guerra. El Partido Socialista de Argentina en su relación con el librecambio", en **Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDinCi**, n° 10/11/12, verano de 2011/12, pp. 214-223. Sobre el movimiento obrero durante la guerra pueden consultarse, entre otros: Ofelia Pianetto, "Coyuntura histórica y movimiento obrero. Córdoba, 1917-21", en **Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral**, Año I, n° 1, Santa Fe, UNL, segundo semestre de 1991, pp. 87-105; Eduardo Sartelli, "Las apuestas del movimiento obrero en la crisis de la Primera Guerra Mundial, 1916-1922", en **Boletín del Centro de Estudios de Historia Obrera**, n° 5, Facultad de Humanidades y Arte, UNR, mayo de 1993, pp. 25-33; Damián Bil, "La industria gráfica en la Argentina: situación durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918)", en **Actas de VI Congreso de la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo**, Buenos Aires, 2003 y Silvana Palermo, "Protesta laboral, nacionalismo e internacionalismo. La huelga ferroviaria de 1917 en tiempos de la Gran Guerra", en **Actas de la XXI Jornadas de Historia Económica**, AAHE – UNTREF, 2008. Aspectos parciales de la política de Yrigoyen frente a los conflictos obreros pueden consultarse en libro clásico de David Rock, **El radicalismo argentino, 1890-1930**, Buenos Aires, Amorrortu, 2001 [1977], pp. 118-186.

Dada la enorme importancia del número de extranjeros residentes en la Argentina hacia 1914, otro aspecto de la recepción social de la contienda europea que ha sido estudiado es el de las reacciones de las colectividades frente a la guerra, la labor del asociacionismo de los extranjeros radicados en la Argentina y el importante flujo de reservistas extranjeros y de voluntarios argentinos que cruzaron el Atlántico para combatir en los campos de batalla de Europa, entre los que se destacan un estudio pionero de Federico Lorenz sobre los voluntarios argentinos y las recientes investigaciones de Hernán Otero sobre la colectividad francesa en la Argentina ante la guerra.<sup>20</sup>

Si bien es indudable que este conjunto heterogéneo de producciones historiográficas ha contribuido a mejorar el conocimiento sobre diversos aspectos ligados a las repercusiones que la Gran Guerra produjo en la Argentina, es posible afirmar que la renovación europea en los estudios sobre la Gran Guerra, en particular aquellos ligados al ámbito de la historia cultural e intelectual propiamente dicha, son en gran medida desconocidos en nuestro medio, a excepción de los trabajos recientes de Hernán Otero y María Inés Tato.<sup>21</sup>

A diferencia de otras temáticas o perspectivas, las repercusiones que la Gran Guerra produjo en el ámbito de la cultura y los intelectuales han recibido menos atención por parte de los investigadores. Dado que la gran mayoría de los miembros de la élite política e intelectual de la Argentina había tomado a Europa como referente y modelo de civilización en el cual debería nutrirse la cultura argentina y tenía sólidos vínculos e influencias del pensamiento europeo, el impacto que la guerra produjo en el campo intelectual argentino ha merecido varios estudios sobre las reacciones y los nuevos posicionamientos de los intelectuales frente a la contienda europea.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> Ronald Newton, **German Buenos Aires, 1900-1933: Social Change and Cultural Crisis**, Austin & Londres, University of Texas Press, 1977, pp. 32-67; Federico Lorenz, "Voluntarios argentinos en la Gran Guerra", en **Todo es Historia**, n° 373, agosto de 1998, pp. 72-91; Hebe Carmen Pelosi, "Francia y América Latina durante la Primera Guerra Mundial", en **Argentinos en Francia, franceses en Argentina. Un biografía colectiva**, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, pp. 133-141; Emilio Franzina, "La guerra lontana: il primo conflitto mondiale e gli italiani d'Argentina", en **Estudios Migratorios Latinoamericanos**, CEMLA, Año 15, n° 44, abril de 2000, pp. 57-84; Hernán Otero, **La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial**, Buenos Aires, Sudamericana, Colección Nudos de la Historia Argentina, 2009; *Ídem*, "Yrigoyen y la Argentina durante la Gran Guerra según los agregados militares franceses", en **Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral**, Año XIX, n° 36, Santa Fe, UNL, primer semestre de 2009, pp. 69-90; *Ídem*, "Emigración, movilización militar y cultura de guerra. Los franceses de la Argentina durante la Gran Guerra", en **Amnis. Revue de civilisation contemporaine Europes/Amériques** [en línea], n° 10, 2011, puesto en línea el 1 de abril de 2011, <http://amnis.revues.org/1137> y María Inés Tato, "El llamado de la patria. Británicos e italianos residentes en la Argentina frente a la Primera Guerra Mundial", en **Estudios Migratorios Latinoamericanos**, Vol. 26, n° 71, CEMLA, julio de 2011.

<sup>21</sup> En este sentido también habría que destacar la importancia del seminario de doctorado "La cultura en armas: intelectuales, política y memoria en torno a la Gran Guerra. Perspectivas europeas y argentinas", dictado por Patricio Geli en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en el año 2009.

<sup>22</sup> Tulio Halperín Donghi, "Estudio Preliminar", en **Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)**, Buenos Aires, Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino IV, 1999, pp. 55-85; Susana García e Irina Podgorny, "El sabio tiene una patria. La Gran Guerra y la comunidad científica argentina", en **Ciencia Hoy**, Vol. 10, n° 55, febrero-marzo de 2000, pp. 24-34;

Por su parte, la prensa periódica de gran tirada y los semanarios populares del período han sido grandes proveedores de datos e informaciones precisas para muchas de las investigaciones señaladas aunque en ellas, el análisis de las publicaciones periódicas más relevantes y los posicionamientos de la opinión pública han recibido un tratamiento efímero y parcial, que suele limitarse a trazar un estado del campo periodístico argentino mediante una taxonomía estática que distingue entre la prensa aliadófila, germanófila o neutral y durante la coyuntura de 1917, entre "neutralistas" y "rupturistas". Sin embargo, contamos con un conjunto de investigaciones específicas sobre diferentes aspectos ligados al papel de la prensa durante el conflicto.<sup>23</sup>

José Fernández Vega, "La literatura de la Primera Guerra Mundial y el prisma de Borges", en **Tramas para leer la literatura argentina**, Vol. VI, n° 11, 2000, pp. 27-44; Omar Acha, "La revolución rusa de José Ingenieros: elitismo y progresismo", en **Herramienta. Revista de debate y crítica marxista**, Año VII, n° 20, invierno de 2002, pp. 163-182; Clara Alicia Jalif de Bertranou, "Diez años de la cultura argentina del Centenario a través de la revista *Nosotros*. Opiniones sobre la I Guerra", en Jalif de Bertranou (comp.), **Argentina en el espejo. Sujeto, nación y existencia en el medio siglo (1900-1950)**, Mendoza, EDIUNC, Serie Estudios n° 46, 2006, pp. 223-242; Silvina Cormick, "El continente americano durante la Gran Guerra: un elemento de disputa entre rupturistas y neutralistas. Las miradas de Manuel Ugarte, Ernesto Quesada, Alfredo Palacios y Leopoldo Lugones", en **Cuadernos de Política Exterior**, Rosario, CERIR; María Inés Tato, "Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos ante la Primera Guerra Mundial", en **Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas/Anuario de Historia de América Latina**, Graz, Institut für Geschichte Karl-Franzens – Universität Graz, n° 49, 2012 y "En defensa de la causa aliada. La militancia de Alberto Gerchunoff durante la Primera Guerra Mundial", en **Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe**, Vol. 23, n° 1, Tel Aviv, 2012. Aspectos parciales del impacto de la guerra en el mundo intelectual argentino pueden consultarse en Alejandro Eujanian, "El novecentismo argentino: reformismo y decadentismo. La revista *Cuaderno* del Colegio Novecentista, 1917-1919", en **Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral**, Año X, n° 21, Santa Fe, UNL, 2001, pp. 83-105; Verónica Delgado, "Reconfiguraciones de debates y posiciones del campo literario en el semanario *La Nota* 1915-1920", en **Anclajes. Revista del Instituto de análisis semiótico del discurso**, Vol. VIII, n° 8, diciembre de 2004, pp. 81-99 y "Sobre los vínculos entre España y Argentina en *La Nota*", **Olivar. Revista de literatura y cultura española**, Año, 11, n° 14, 2010, pp. 103-114.

<sup>23</sup> Yves Saint Geours, "La France et l'Opinion argentine (11 novembre 1918 – 14 juillet 1919)", en **Cahiers des Amériques Latines**, Serie "Sciences de l'Homme", n° 16, segundo semestre de 1977, pp. 127-151; Federico Lorenz "La Gran Guerra vista por un argentino", en **Todo es Historia**, n° 352, noviembre de 1996, pp. 48-65; Teresa Álvarez y Nilsa Alzola de Cvitanovic, "La historia europea como proceso político integrado a través de *Caras y Caretas*: la Primera Guerra Mundial (1914-1918)", en **Revista Interamericana de Bibliografía (RIB)**, Washington, OEA, n° 1-4, 1997, pp. 3-22; José Fernández Vega, "Crisis política y crisis de representación estética. La Primera Guerra Mundial a través de *La Nación* de Buenos Aires", en **Prismas. Revista de historia intelectual**, Año 3, n° 3, Bernal, UNQUI, 1999, pp. 143-163; Hebe Carmen Pelosi, "Publicaciones de la francofilia argentina", en **Temas de historia argentina y americana**, n° 1, UCA, julio-diciembre de 2002, pp. 64-96; Olivier Compagnon, "Si loin, si proche..." La Première Guerre mondiale dans la presse argentine et brésilienne", en Jean Lamarre y Magali Deleuze (dirs.), **L'envers de la médaille. Guerres, témoignages et représentations**, Québec, Les Presses de l'Université Laval, 2007, pp. 77-91; Magali Chiochetti, "La Vanguardia y la Primera Guerra Mundial. Una construcción y confrontación de identidades políticas", en **Cuadernos de H Ideas**, La Plata, UNLP, Año I, n° 1, 2007, pp. 59-90; Fedra López Perea y María Marta Rotondaro, **De maximalistas, germanófilos y extranjeros. El impacto de la Revolución Rusa en la oligarquía argentina visto a través de la prensa, 1917-1919**, Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Internacionales, 2009 y Katrin Hoffmann, "¿Construyendo una "comunidad"? Theodor Alemann y Hermann Tjarks como voceros de la prensa germanoparlante en Buenos Aires, 1914-1918", en **Iberoamericana. América latina, España, Portugal**, Vol. IX, n° 33, 2009, pp. 121-137.

## A modo de balance

Luego de este breve derrotero a través de la producción historiográfica sobre las diferentes repercusiones que la Primera Guerra Mundial produjo en la Argentina, es posible ensayar un balance tentativo. Ante todo, es evidente que no existe un campo de investigaciones consolidado sobre esta temática sino más bien una serie de trabajos monográficos que muestran la potencialidad del mismo.

En segundo lugar, existe una marcada desproporción en las temáticas que han acaparado la atención de los historiadores, destacándose los análisis sobre las relaciones internacionales y la historia económica como las perspectivas que han brindado la mayor cantidad de estudios frente a otras áreas o temáticas más incipientes como ser aquellas ligadas a la historia política y la historia cultural. Sin embargo, dicha desproporción no es sólo temática sino también cronológica ya que existe una atención destacada sobre la crisis de 1917 mientras que los otros años de la guerra han merecido mucha menos atención.

Por último, es notoria la hegemonía porteña en los estudios analizados y la ausencia de investigaciones sobre las repercusiones de la guerra en el interior del país.

En suma, la historia sobre las repercusiones que la Primera Guerra Mundial desató en la Argentina sigue aguardando por trascender las "grandes líneas" del relato de la que se quejaba Roberto Payró hace casi cien años, escribiendo desde la pequeña Bélgica ocupada por las tropas alemanas.

### Resumen

Luego de una breve reconstrucción sobre las tendencias que han caracterizado a los abordajes sobre la Gran Guerra en Europa, este artículo pretende exponer las principales líneas y discusiones historiográficas sobre las repercusiones producidas por la Primera Guerra Mundial en la Argentina.

### Palabras Clave

Primera Guerra Mundial; historiografía; Argentina

### Abstract

After a brief reconstruction of the trends that have characterized the approaches on the Great War in Europe, this article present the main lines and historiographical discussions on the impact produced by the First World War in Argentina.

### Keywords

First World War; historiography; Argentine





# La descomposición del marxismo

Georges Sorel

José Szabón señalaba años atrás que la historia del marxismo no era otra que la historia de sus crisis. Si esto es así, nada más productivo, pues, para pensar críticamente la historia del marxismo, que reponer aquellos textos de este extenso *dossier* que jugaron un rol clave en los debates del siglo XX pero que las diversas ortodoxias silenciaron u olvidaron. En ese sentido, recogimos en números pasados un estudio sobre el intelectual estadounidense Max Eastman así como un debate clave desplegado en las páginas de **Socialisme ou Barbarie** de París sobre la cuestión de los sujetos de la revolución y las formas organizativas. En el mismo espíritu, iniciamos ahora con el texto de Sorel la publicación de un *dossier* sobre las “crisis del marxismo”. Le seguirán en próximos números otros textos también profusamente citados de segunda o tercera mano, ampliamente conocidos por las referencias de Gramsci o de Mariátegui, pero inasequibles hoy, como los de Masaryk, Croce o Henri de Man. El texto de **La descomposición del marxismo (1908)** se publica por primera vez en forma íntegra en castellano y está precedido de una introducción de Daniel Szabón, quien también tuvo a su cargo la traducción a partir del original francés.

## Introducción a *La descomposición del Marxismo* de Georges Sorel

A lo largo de toda su vida y a través de las distintas etapas que fueron dibujando las cambiantes orientaciones de su pensamiento político, Georges Sorel (1847-1922) se caracterizó por la originalidad con la que dio cuenta de las variadas influencias recibidas y la creatividad con la que las tradujo en puntos de vista propios. Tal rasgo, a su vez, se refleja en la diversidad de autores y corrientes ideológicas que de modo directo o lejano reconocen la inspiración en alguna estación del recorrido soreliano: los nombres de Croce, Labriola, Gramsci, Benjamin y Mariátegui, pero también los de Maurras, De Man, Mussolini o Schmitt, ilustran la amplitud de lecturas y recuperaciones que mereciera quien, hacia el final de sus días, pudo recapitular “la multiplicidad de opiniones” que había

expresado, manifestación de “la libertad que disfruta el espíritu cuando razona sobre las cosas producidas por la historia”.<sup>1</sup>

Primo del historiador Albert Sorel, mayormente autodidacta en materia filosófica, este ingeniero de puentes y calzadas retirado comienza a incursionar en el terreno filosófico-político poco antes de abandonar su cargo público, hacia la última década del XIX, en obras como **Contribution à l'étude profane de la bible** y **Le procès a Socrate**, que revelaban las preocupaciones moralistas de un espíritu, según su propia definición, “conservador”. El descubrimiento de Proudhon lo llevará a incursionar en el socialismo; de estos años datan sus primeros contactos con la obra de Marx y Engels, su temprana intención de “examinar a fondo el marxismo”, así como su colaboración con las revistas socialistas **L'Ere nouvelle** y **Le Devenir Social**.

El período siguiente de su vida, entre 1897 y los primeros años del nuevo siglo, marca su progresivo alejamiento de las posiciones “ortodoxas” dentro del movimiento socialista, tanto política como, sobre todo, teóricamente. Así, el abandono de **Le Devenir Social** se corresponde con su participación en el debate que en la II Internacional opone al socialismo “oficial” de Karl Kautsky con el revisionismo de Eduard Bernstein, tomando partido por esta última postura. Serán también los años de entusiasta participación política como *dreyfusard*. Es esta etapa la más rica en contribuciones teóricas sobre los alcances y limitaciones del marxismo en cuanto instrumento de conocimiento y como herramienta de lucha revolucionaria.

Los años que sigan, de 1903 hasta 1908, verán aparecer las expresiones más conocidas de la producción soreliana, cuando publique la trilogía conformada por **Reflexiones sobre la violencia**, **Las ilusiones del progreso** y **La descomposición del marxismo**, que corona el movimiento rupturista que aleja a Sorel del “socialismo par-

<sup>1</sup> “Avant-propos” a **Matériaux d'une théorie du prolétariat**, Slatkin, París, 1921 (original de 1918).



lamentario”, optando por lo que distingue como “socialismo proletario”. De esta etapa datan el profundo desprecio por la democracia representativa (incluyendo al propio movimiento dreyfusista del que formara parte), el nacimiento del “teórico del sindicalismo revolucionario” y su “hermoso hallazgo”, la teoría de los mitos.

Sin embargo, la creciente insatisfacción que le provocará la absorción del movimiento obrero en el sistema de partidos, producirá un nuevo giro, dando origen al período “derechista” del pensamiento de Sorel. Entre 1908 y la I Guerra Mundial frecuentará, cada vez más asiduamente, los círculos conformados por escritores, publicistas y militantes de los movimientos conservadores y nacionalistas franceses: el abandono de sus colaboraciones con **Le mouvement socialiste** (en la que participara desde 1904), la abortada publicación de **La Cité française**, revista que en 1910 proyectara junto con Georges Valois, figura principal del movimiento monárquico, la creación del no menos conservador **L'indépendance**, y el inicio de sus relaciones con Charles Maurras y la *Action française*, donde participará con entusiasmo del “Cercle Proudhon”, muestra el alcance del viraje. Es en esta evolución del pensamiento soreliano, la más árida en contribuciones intelectuales (sólo produce un libro, **Materiales para una teoría del proletariado**, publicado recién en 1921), donde encuentran su principal apoyo las caracterizaciones que hablarán del “fascismo” soreliano.<sup>2</sup>

No mucho puede decirse de los últimos años de Sorel: el triunfo de la revolución bolchevique le producirá un entusiasmo por el movimiento comunista (y por Lenin en particular) que lo acompañará hasta su muerte, en 1922; paralelamente, su figura empieza a constituirse en faro en el medio político y sindical italiano, donde será leído con avidez. El final de su vida lo encontrará al anciano publicista todavía esperanzado de ver antes del final “la humillación de las arrogantes democracias burguesas, hoy cínicamente triunfantes”.

## Socialismo moralizante y socialismo científico

Sorel desembocará en el marxismo a partir de una inquietud suscitada por lo que considera el sentido descendente de la evolución moral de la civilización, y la concurrente inquietud por los fundamentos del conocimiento en su búsqueda de verdades sólidas en las que apoyar la dimensión precedente. Claro ejemplo de síntesis de ambas dimensiones de su pensamiento lo constituye la figura de Joseph Proudhon, cuya obra impacta decisivamente sobre Sorel en su reclamo de una ética surgida de condiciones de lucha. De la temprana oposición entre Teoría y Acción en la obra soreliana se podrá rescatar el aforismo proudhoniano según el cual las ideas “nacieron de la acción y deben volver a la acción”;<sup>3</sup> este cami-

no conducirá a nuestro autor a la búsqueda de una nueva ciencia, propia de la edad industrialista en la que se encuentra la sociedad.

Pero si bien Sorel llega a Marx y al socialismo movido por el anhelo de verdades cuya solidez descansa en la sistematicidad del estudio y en su adecuación a las particularidades del mundo moderno, sus inquietudes distan de calmarse con las obras de los teóricos del materialismo dialéctico. Por el contrario, y a partir de las lecturas de Vico y la temprana influencia recibida de Henri Bergson, sus escritos de los años '90 impugnan fuertemente el determinismo del organicismo biologicista en su tratamiento de la “naturaleza humana”, reclamando una separación entre el “medio natural” y el “artificial” como dominios de la ciencia, siendo sólo el segundo propiamente cognoscible, por ser fruto de la actividad humana.

El sentido último de las inquietudes cognoscitivas de Sorel refiere siempre a la cuestión de la *libertad*: la recusación del positivismo y la adscripción del hombre a la esfera de la “naturaleza artificial”, apuntan a demostrar la futilidad de las pretensiones deterministas de ciertas concepciones de la ciencia respecto al conocimiento de la actividad humana, ya que la libertad del hombre radica en su distintiva capacidad de “construir artefactos que no tienen modelo alguno en el medio cósmico”.<sup>4</sup> La asociación entre *libertad* y *creatividad* encontrará su desarrollo a partir de una apropiación particular de la noción de *praxis* que reafirmará su convicción profunda en la indeterminación última de la vida humana.

## Un marxismo *sui generis*

La aproximación soreliana al *corpus* teórico del materialismo histórico se había venido dando, como vemos, en forma coincidente con una progresiva inquietud epistemológica, dando como resultado un conocimiento profundo, si bien fragmentario, de la obra de Marx y Engels, así como una actualizada lectura de los principales teóricos que se reclaman marxistas para esos años, especialmente la de Antonio Labriola, así como de los de la II Internacional, particularmente los de Eduard Bernstein.

Para esos años la recepción de la obra de Karl Marx en Francia era aún parcial y fragmentaria y sobre todo filtrada a través de textos de divulgación como los de Paul Lafargue o Jules Guesde (además de obras mucho más complejas como la de Antonio Labriola). El propio Sorel, además de la obra de Labriola, ha leído de Marx fundamentalmente **El Capital**, además del **Manifiesto...**, **El 18 Brumario...**, **Miseria de la filosofía** y la “Crítica al programa de Gotha”. Un concepto tan central como el de *alienación*, que hubiera sido de gran relevancia para el enfoque soreliano, está ausente del tratamiento del marxismo en los medios franceses para esos años. Por otro lado, no deben olvidarse los intentos de Sorel por lograr una cercanía mayor con los textos confrontando la versión francesa con la original, a pesar de sus dificultades con el alemán, tarea que habla a las claras de una lectura mucho más metódica

<sup>2</sup> La línea que con más firmeza filia en el antipositivismo soreliano y el nacionalismo francés el origen “ideológico” del fascismo italiano es la seguida por Zeev Sternhell; cf. su trilogía Zeev Sternhell, **La droite révolutionnaire. Les origines françaises du fascisme. 1885-1914**, 1984; **Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France**, 1987 y **Naissance de l'idéologie fasciste**, París, Gallimard, 1989.

<sup>3</sup> Proudhon, **De la justice dans la Révolution et dans la Église**, 1860.

<sup>4</sup> “L'ancienne et la nouvelle métaphysique”, 1935 (orig. “Le procès de Socrate”, 1889).



de Marx que la que podía encontrarse en la mayor parte de los medios socialistas franceses de la época.

Este abordaje revela su originalidad desde el comienzo: en una serie de artículos aparecidos hacia 1896,<sup>5</sup> Sorel puntualiza que la relación postulada por “los marxistas” entre infraestructura y superestructura no es nunca tan mecánica en Marx como la (mala) lectura de muchos de sus seguidores haría creer. El rechazo a una interpretación que entiende a la “estructura jurídica” como “engendrada” por la económica se corresponde con la exigencia de distinguir entre la centralidad de las bases económicas como mecanismo de “esclarecimiento” de las “manifestaciones sociológicas” y el verdadero conocimiento de “la cosa apoyada” sobre tales bases.<sup>6</sup>

La incomodidad que le produce el mencionado sesgo determinista vuelve aún más indigesto un componente central de la teoría marxista: en su prefacio a la obra de Labriola —con quien compartiera por entonces la inquietud contraria al mecanicismo de sus versiones vulgarizadas—, la crítica a la noción de “progreso” (que cristalizará, doce años más tarde, en **Las ilusiones del progreso**) le sirve como expediente para dirigirse contra la concepción de Marx de la historia.

Este aspecto del pensamiento marxista es crucial para Sorel, ya que al identificar a las filosofías “progresistas” del XIX con un pensamiento “providencialista” y utópico (esto es, conservador), debe distinguirlas de la filosofía de la historia subyacente en el marxismo. Por ello Sorel se apura a aclarar que el *de te fabula narratur* de Marx a los lectores alemanes de **El Capital** debe entenderse sólo como impugnación a la creencia de especificidad de la historia de Alemania, y no como postulación de un camino histórico prefijado. Del mismo modo, el entusiasmo con el que leerá la obra de Vico por esos mismos años no le impedirá rechazar sus *corsi e ricorsi*, no menos fijos y predeterminados que el modelo de progreso lineal.

## La “vuelta a Marx”

Los años inmediatamente posteriores verán profundizarse esta reinterpretación de Marx a través de un tamiz particularmente cerrado respecto de los componentes más proclives a ser entendidos en un sentido determinista.<sup>7</sup> En estos años se relaciona con figuras como Vilfredo Pareto, rompe con Antonio Labriola y se vincula con figuras del revisionismo de fin de siglo como Saverio Merlino en Italia y, sobre todo, Bernstein, a favor de quien intervino con entusiasmo en su debate contra Karl Kautsky al interior de la II Internacional, convencido de que la victoria de este último significaría “la ruina total del marxismo”, al despojarlo de todo interés científico.<sup>8</sup>

<sup>5</sup> Ellos son “Superstition socialiste?”, noviembre 1895, “La science dans l'éducation”, febrero-mayo 1896 y “Progrès et développement”, marzo 1896, todos en **Le Devenir Social**.

<sup>6</sup> “Préface” a Arturo Labriola, **Essais sur la conception matérialiste de l'histoire**.

<sup>7</sup> “La necessità e il fatalismo nel marxismo”, cf. *infra*.

<sup>8</sup> “Les polémiques pour l'interprétation du marxisme: Bernstein et Kautsky”, **Revue française de sociologie**, 1900.

Hacia fines de siglo, irán apareciendo escritos en los que discutirá con lo que se le aparecen cada vez más como limitaciones del propio *corpus* teórico marxista.<sup>9</sup> La irritación que produce a Sorel toda postulación de “previsibilidad” y “determinación” del mundo lo llevará a una cuidadosa lectura de los fundamentos del conocimiento científico en la que los tópicos centrales del mismo (necesidad, libertad, determinación, predicción) son revisados críticamente. De esta revisión no quedará indemne la adhesión soreliana al marxismo, la cual deberá requerir una “descomposición” del término para poder sobrevivir.

Frente a lo que concibe como “idealismo determinista”, Sorel intentará un “volver a Marx” que reivindique la primacía de la materialidad de las condiciones de vida por sobre las elaboraciones de la conciencia humana. Las “ensoñaciones sobre el porvenir” suplantán al verdadero conocimiento científico, que permite constatar las modificaciones a las que se ve sometido el transcurso de la historia, pero jamás deducir de ellas el futuro. El error principal de este idealismo radica para Sorel en ignorar la especificidad de los diferentes niveles de la vida humana, y suponer que pueden remitirse todos a su “sustrato” económico.

Esta evolución teórica se da en el contexto de las transformaciones que atravesaba el movimiento obrero francés (así como el alemán), por las que dejaba de lado sus formas más radicales de recusación al régimen capitalista, sustituyéndolas con una progresiva inclusión en el sistema representativo. A la “revisión” de la modalidad de acción de la socialdemocracia alemana encarnada por Bernstein se le añadirá coyunturalmente la entusiasta participación de Sorel en el Caso Dreyfus —que años después repudiaría con amargo desencanto—, que se combinaba bien con la necesidad de dotar al proletariado de un sentido distinto para su acción revolucionaria al apagado motor de sus condiciones de vida, por entonces en sostenido avance.

Sorel redefine entonces las coordenadas maestras de la causa del movimiento obrero ubicándolo en su “vida interna”: es el “socialismo en nuestros corazones”, definido a partir del “sentido que damos a nuestra vida”. Esta reformulación de la opción bernsteiniana del elemento movilizador del socialismo frente al escatológico,<sup>10</sup> conlleva una paralela redefinición de su elemento cognoscitivo, desplazado del campo económico al terreno de las construcciones mentales, a la *psicología*.

De esta forma, va cobrando forma una sorda impugnación de los fundamentos epistemológicos del modelo marxista, buscando desnudar sus límites y en el mismo movimiento postular la alternativa de un conocimiento “verdaderamente” científico. Tal operación se realiza a través de movimientos de re-interpretación de la obra de Marx que busca a la vez que restaurar el sentido pri-

<sup>9</sup> Ellos son: “La science dans l'éducation”, **Le Devenir Social**, de 1896, y “La crisis del socialismo científico” (**Critica sociale**) “Nuovi contributi alla teoria marxista del valore” (**Giornale degli economisti**), “Osservazioni intorno alla concezione materialistica della storia” (**Sozialistische Monatshefte**) y “La necessità e il fatalismo nel marxismo” (**Riforma Sociale**), todos de 1898.

<sup>10</sup> “El movimiento es todo, el fin no es nada”, citado en Sorel 1899a, p. 296.

migenio de sus escritos (desvirtuados por lecturas erróneas o interesadas), fundar un esquema político-científico que permita superar la “crisis del socialismo científico”.

La ubicación de la obra del propio Marx respecto al modelo impugnado es por ahora ambigua; no es a él sino a los “marxistas” a quienes les cabrán recusaciones firmes por el “idealismo” que subordina las complejidades e imperfecciones del “mundo real” a la abstracta elegancia que domina en el mundo de las ideas. La predominancia de los enfoques “teóricos” supone un peligroso intento de “socratizar” al marxismo, relegando el análisis de lo real, siempre caótico, anárquico, azaroso, indeterminado.

De allí la necesidad de ser fieles al “espíritu” del autor de **El Capital** (que no a su letra): si Marx ha privilegiado la dimensión económica en su análisis, cayendo por acción u omisión en planteos que escamotean el caos bajo la ilusión de la “unidad de los opuestos” dialéctica, se hace necesario recuperar el componente fundamental del materialismo en su dimensión fundamental: la *historia*. El fluir de la sucesión temporal aparece para Sorel desprovisto de argumento alguno más allá de la mera “fuerza” que los hace posibles, es decir, sin ningún tipo de “razón” en el sentido de “necesidad histórica”; este será el punto de partida para lo que será en los próximos años su acción política y teórica principal, que desembocará en su obra principal, **Reflexiones sobre la violencia**.

### El Mito: contra las ilusiones del optimismo

Esta línea anti-intelectualista de la obra soreliana (en sintonía con las corrientes decadentistas y vitalistas del *fin-de-siècle* francés) habilitará en pocos años un juego de equivalencias que llevará al deslizamiento de la crítica a los socialistas “teóricos” a los “políticos”, frente a los cuales Sorel privilegiará la perspectiva del conocimiento directo de los propios trabajadores. Para el cambio de siglo, Sorel pasa de la hermenéutica del marxismo a una modalidad más directa de intervención política; sus artículos críticos son reemplazados por otros dedicados al análisis de la situación del movimiento obrero; es el inicio de su etapa ligada al “sindicalismo revolucionario”, en la cual entrará en relación con figuras como Fernand Pelloutier, Édouard Berth y Hubert Lagardelle.

En este contexto, en 1902 afirmará que la sociología debía adoptar “una actitud claramente subjetiva... que subordine de este modo todas sus investigaciones al tipo de solución que quiere recomendar” dado que “todas las clasificaciones y relaciones que se establecen entre los fenómenos... dependen de la finalidad práctica que se persigue”.<sup>11</sup> Esta declaración de fe pragmatista, que preanuncia la abundante presencia que tendrán en sus escritos las referencias a Bergson y William James, marca la orientación de la producción soreliana en estos años.

Será así que cuando en 1905 aparezcan sus **Reflexiones sobre la violencia**, su postulación de la utilidad práctica de las construcciones mentales que guían a los hombres a la acción revolucionaria es corolario esperable de este recorrido: “...los hombres que participan en los grandes movimientos sociales imaginan su más inmediata acción bajo la forma de imágenes de batallas que aseguran el triunfo de su causa. Propuse denominar *mitos* a esas concepciones”. Tales “mitos” no se oponen al conocimiento “verdadero”, sino que por el contrario permiten un conocimiento fidedigno de la realidad referida, ya que, a diferencia de la “falsa” ciencia, no se separan de ella, al no caer en el “idealismo” de subsumir la experiencia concreta en categorías abstractas. Complementando a Marx con Bergson, Sorel hablará de “intuición”, “evocación instintiva”, “percepción instantánea” o “experiencia integral” que permiten la comprensión inmediata del fenómeno por parte del sujeto.

Si el mito encuentra su razón de ser en el fin concreto hacia el que va dirigida su utilización, reconocer la naturaleza de la realidad, y lograr operar sobre ella en un sentido determinado, tal reconocimiento parte de una dualidad constitutiva del objeto sobre el que se quiere operar, que distingue entre “una zona clara y otra oscura”, siendo siempre esta última la preponderante. En todas las “producciones del espíritu” (ciencia, religión, arte, moral, derecho, economía) es palpable la preeminencia de la “oscuridad” sobre las “luces”, que se corresponde con la reivindicación de un “pesimismo” frente al “optimismo” del racionalismo que pretende la transformación del mundo de acuerdo a la realización de ideales abstractos. El pesimismo, en cambio —“metafísica de las costumbres antes que teoría del mundo”— si concibe una “marcha hacia la liberación”, lo hace a partir del “conocimiento experimental que hemos adquirido de los obstáculos que se oponen a la satisfacción de nuestros proyectos”.<sup>12</sup>

La vindicación de la “oscuridad” y de una actitud “pesimista” para oponerse a las pretensiones utópicas del idealismo ilustrado se corresponden con su rescate del Pascal de los **Pensées** como contrafigura del Iluminismo, línea que desarrollará en **Las ilusiones del progreso**, en 1908. Lejos de considerar esta oscuridad como obstáculo para las transformaciones que se pretenden operar sobre el mundo, el gran aporte del marxismo del que la “nueva escuela” de Sorel se considera parte estriba en el necesario reconocimiento de este carácter misterioso de lo real, indispensable para su modificación; nos permite apreciar la “complejidad inextricable” de los fenómenos históricos.<sup>13</sup> Así, el mito de la huelga general le permite al movimiento proletario “representarse de manera total, exacta y sorprendente” este profundo misterio que es el socialismo “como una catástrofe cuyo proceso no puede ser descrito”.

### Un marxismo en descomposición

Por esta vía Sorel avanza en su deconstrucción de la obra de Marx, intentando despojarlo de sus elementos “utópicos” e “idealistas”

<sup>11</sup> Introduction à l'économie moderne, p. 386.

<sup>12</sup> Reflexiones..., p. 149.

<sup>13</sup> Las ilusiones..., p. vi.



y preservando su núcleo esencial, la postulación de la lucha de clases como inherente al funcionamiento del conjunto social y su corolario, el papel revolucionario del proletariado. Su **Descomposición del marxismo**, aparecida en 1908 y reeditada dos años después, complementa el esfuerzo de **Las ilusiones del progreso**: si esta última filiaba el “optimismo” cientificista y las teorías del “progreso” eterno en la confianza burguesa en el avance del conocimiento y la economía, en la **Descomposición...** delimita los aspectos rescatables de la obra del autor del **Manifiesto...** de los que deben expurgarse de ella.

Tomando como referencia la heterodoxia de Bernstein frente a la línea oficial de Kautsky, Sorel emprende aquí su ataque final contra el marxismo de “los marxistas”, al que opondrá un “marxismo de Marx” que en muchas ocasiones supone una hermenéutica que va más allá de la letra de su obra para recuperar su “espíritu” y así evitar, como en el modelo bernsteiniano, que la doctrina marxista quede condenada a la “esterilidad” a la que la reduciría el “inmovilismo” de Kautsky. En esta operación deconstruccionista, y en línea con sus obras anteriores, los dardos más pesados de Sorel se dirigen contra el marxismo de los “escritores socialistas”, categoría que se desliza en varias ocasiones entre una crítica anti-intelectualista que retoma motivos ya vistos en **Reflexiones...** y el rechazo a los “políticos profesionales”.

En ambos casos lo que se rechaza es tanto la distancia desde la que se analizan las condiciones del proletariado como el “utopismo” de suponer líneas de acción para el desarrollo futuro de la lucha social y para la construcción del modelo societario venidero. La impugnación soreliana rechaza subsumir el proceso revolucionario en formas políticas estatistas; la subordinación del movimiento obrero, verdadero nervio de la lucha de clases, a la conducción de los políticos y consecuentemente a reglas de funcionamiento típicas de esta esfera, supone despojarlo del protagonismo de la acción revolucionaria, diluyéndose así su potencial rupturista en una reconversión adaptativa que se reciclaría al interior del sistema en lugar de suponer una salida del mismo. Este es el hilo que une al blanquismo revolucionario del '48 con el reformismo de las *trade-unions* británicas, de creciente importancia hacia comienzos de siglo, ya que ambos disuelven la especificidad proletaria en los marcos del sistema político, y ambos lo hacen embargados por un similar “optimismo”, sea el de las aptitudes de la conducción partidaria, sea el de las posibilidades de ascenso e integración social.

Si el blanquismo y el *tradeunionismo* coinciden en cierto modo en la figura del denostado “Intelectual”, cuyas “fortalezas” son el partido político y el Estado, el propio Marx sólo logra sobrevivir a costa de una profunda revisión que lo libera de toda supervivencia utópico-intelectualista. Así, si el camino emprendido por Sorel no desemboca en un abandono definitivo del autor del **Manifiesto** —como el que seguirá pocos años después el belga Henri de Man en su **Más allá del marxismo** (1926)— es a costa de una reformulación profunda de su obra que hace de él un precursor de su propia teoría. Con la audacia que lo caracteriza, Sorel no vacila en construir a sus predecesores, afirmando que si se

analiza el famoso capítulo XXIV de **El Capital** “estamos en presencia de lo que he denominado un *mito social*”, y que si Marx nunca sospechó que preanunciaba de este modo a Sorel, esto fue producto de que su “apasionamiento” político “le impidió reconocer realidades muy claras”.

Así deconstruido, el marxismo se resuelve en Sorel en mera herramienta para la lucha de clases, al tiempo que abandona toda pretensión de conocimiento sobre la sociedad resultante del triunfo del proletariado y sobre todo cualquier intento de conducción del actor revolucionario, que encuentra en sí mismo, a través del sindicalismo revolucionario, las armas organizativas con las que entablar la lucha final, cuya inminencia se anuncia, con tonos milenaristas. Si bien el texto se cierra con la confiada esperanza de que la clase obrera logrará esquivar la tentación de quedar absorbido dentro de los marcos de la sociedad burguesa, hacia comienzos de la nueva década esta certidumbre ya no pudo seguir en pie; será entonces tiempo de otros compañeros de ruta, en los que la juventud nacionalista ocupará de algún modo el lugar dejado vacante por los trabajadores en las expectativas revolucionarias de Sorel.

Daniel Szabón

## La descomposición del marxismo

Georges Sorel

### Prefacio del autor

Durante mucho tiempo los escritores socialistas creyeron que Marx había creado un cuerpo de doctrinas por las que se podía alcanzar un resultado triple: demostrar que los ataques dirigidos contra el capitalismo por las clases obreras son consecuencias irrefutables de un análisis científico de la producción; basar en la filosofía la esperanza en una revolución muy cercana, que iba a reemplazar al capitalismo por el comunismo; y encontrar, en una novedosa investigación de la historia, las reglas capaces de dirigir de manera segura la política de los partidos revolucionarios. En Alemania el sistema marxista era visto como estando por encima de toda crítica; el orgullo de sus partidarios estaba justificado, en cierta medida, por la pobreza de los argumentos que los profesores de las universidades alemanas le habían opuesto al marxismo.

En un libro publicado en 1886, y que de acuerdo a Charles Andler fue "autoridad en la ciencia",<sup>14</sup> un famoso profesor de Viena les reprochaba a Marx y a Engels no haber descrito el mundo que aspiraban ver realizado. Decía: "Considero que la exposición de un estado social perfecto no sólo es algo *completamente científico*, sino hasta indispensable, si queremos que el movimiento socialista alcance sus objetivos, aunque sea sólo en parte".<sup>15</sup> Es evidente que en Austria todavía se entiende el término *científico* en un sentido arcaico, que ya no se le conoce en Francia. No existe ningún medio de producir semejante cuadro del futuro sin caer en fantasías, o incluso en el absurdo.

Agregaba: "Por más exacta que sea, ninguna crítica de las instituciones existentes está *justificada*, en la medida en que no se haya mostrado lo suficiente la posibilidad de un estado mejor... Las naciones nunca se decidirán a una experiencia social profunda si antes no se construye una teoría del derecho público socialista, de acuerdo a datos conformes con la experiencia".<sup>16</sup> ¿Es que acaso el autor toma a los socialistas por estudiantes a los que tiene que tomarles examen? Sin esperar su permiso, las clases obreras entraron en lucha contra las instituciones existentes; no las critican, sino que las asedian. Las clases propietarias se hacen fabricar por sus publicistas teorías del derecho público destinadas a disculpar sus capitalizaciones. Estos publicistas de la derrota burguesa son los que transforman una guerra muy real en una discusión ideológica, de la que no se preocupan en absoluto los intérpretes serios del movimiento proletario.

<sup>14</sup> Anton Menger, *Le droit au produit intégral du travail*, traducción francesa, p. I [El derecho al producto íntegro del trabajo en su desarrollo histórico, Buenos Aires, Americalee, 1944].

<sup>15</sup> Menger, *op. cit.*, p. 150.

<sup>16</sup> Menger, *op. cit.*, p. 157.

Los marxistas han llevado su maldad hasta el punto de no tener en cuenta los principios considerados esenciales para cualquier socialismo por Anton Menger, quien no puede terminar de resolver "si la base de la organización jurídica futura estará formada por el derecho al producto integral del trabajo o el derecho a la existencia" de acuerdo a su doctrina.<sup>17</sup> En 1886 todavía no se conocía la carta de Marx sobre el Programa de Gotha; si nuestro autor hubiera podido sospechar que, de acuerdo a Marx, después de la revolución social los salarios se deberían regular siguiendo principios tomados del régimen capitalista, lo hubiera borrado de la lista de autores socialistas. En efecto, no se podría ser socialista si se formulan opiniones que no entren en las clasificaciones establecidas por un profesor tan notable como Anton Menger.

Debido a su gusto por las investigaciones bibliográficas, los profesores alemanes se ocuparon mucho por investigar las fuentes de las que podrían haber abrevado Marx y Engels. Como Engels había afirmado que su amigo había renovado el socialismo introduciéndole la teoría del plusvalor y la concepción materialista de la historia,<sup>18</sup> Menger se esfuerza por establecer que Engels estaba mal documentado sobre los antiguos escritores socialistas,<sup>19</sup> que William Thompson es el verdadero inventor de la plusvalía<sup>20</sup> y que es preciso ser "ignorante o charlatán" para atribuirle a Marx una doctrina que tomó de predecesores que a veces lo superaron "en profundidad y penetración".<sup>21</sup> Todos sabemos hasta qué punto las discusiones relativas a las prioridades científicas engendran polémicas violentas, y qué poco permiten aclarar los principios.

La esterilidad de la crítica alemana fue constatada por un autor lleno de tacto y delicadeza, Benedetto Croce, quien felicita a Werner Sombart por haber roto en 1894 con los usos de sus colegas universitarios y haber buscado verdaderamente penetrar en el pensamiento íntimo de Marx.<sup>22</sup>

Hay que reconocer que el sistema de Marx presenta dificultades considerables para la crítica, dado que el autor nunca ofreció una exposición didáctica. Benedetto Croce dice que **El Capital** es "una mezcla extraña de teorías generales, polémicas y sátiras amargas, ilustraciones y digresiones históricas".<sup>23</sup> Hay que tratar de descubrir el pensamiento del autor, y ese trabajo no deja de ofrecer múltiples causas para el error. A menudo se le ha dado demasiada importancia a reflexiones breves que surgen en medio de relatos, las que "tomadas rigurosamente son inexactas, y que nos parecen (y en efecto, lo son) cargadas y repletas de verdades".<sup>24</sup> Hay que hacer un verdadero trabajo de interpretación cuando las fórmulas de Marx son presentadas bajo una forma satírica, como

<sup>17</sup> Menger, *op. cit.*, p. 144 et pp. 147-148.

<sup>18</sup> Menger, *op. cit.*, pp. 113 y 138. Menger no busca las fuentes de la concepción materialista de la historia, que le parece falsa (p. 170), pero que conoce muy mal.

<sup>19</sup> Menger, *op. cit.*, p. 74 y p. 133.

<sup>20</sup> Menger, *op. cit.*, p. 78, p. 114, pp. 137-138.

<sup>21</sup> Menger, *op. cit.*, p. 3.

<sup>22</sup> Benedetto Croce, *Matérialisme historique et économie marxiste*, trad. francesa, p. 99 [Materialismo histórico y economía marxista, Buenos Aires, Imán, 1942].

<sup>23</sup> Croce, *op. cit.*, p. 94, cf. pp. 129-132.

<sup>24</sup> Croce, *op. cit.*, p. 130.





a veces ocurre. Por último, encontramos aquí y allá grandes imágenes cuyo sentido se les parece haber escapado hace tiempo a los marxistas, y que sólo hoy adquieren todo su valor, luego de que el sindicalismo revolucionario nos muestra de modo tan claro lo que es la lucha de clases.

La actitud de los discípulos de Marx contribuyó mucho a hacer estéril toda crítica; es que, en efecto, la crítica se ejerce normalmente sobre los desarrollos que produce una escuela a partir de la doctrina de un maestro, y no tanto sobre la misma doctrina. Pero ocurre que los marxistas, en lugar de desarrollar la obra magistral, se entregaron a fantasías tan numerosas que las personas serias generalmente no los consideraron como intérpretes autorizados de Marx. Por lo tanto, éste permaneció aislado.

Por ejemplo, a nadie se le ocurrió creer que el materialismo histórico pudiera consistir en las paradojas, extravagancias o ingenuidades que escribió Paul Lafargue sobre los orígenes del derecho, la moral o las religiones.<sup>25</sup> A Marx nunca se le hubiera ocurrido que “el panteísmo y la transmigración de las almas de la Cábala son expresiones metafísicas del valor de las mercancías y de su intercambio”.<sup>26</sup> Asombrado ante el escaso impacto que tuvieron sus descubrimientos, Lafargue declaró que, debido a la ignorancia y los prejuicios de los historiadores burgueses, los socialistas tienen el “monopolio” del materialismo histórico.<sup>27</sup> Kautsky publicó en la revista oficial de la socialdemocracia alemana casi todas las gracias que Lafargue presentó como aplicaciones del marxismo, otorgándoles de este modo una verdadera aprobación, lo que contribuyó bastante a que se viera a la escuela marxista como ridícula.

Al constatar que las personas competentes separaban tan completamente a Marx de sus discípulos, éstos se vieron llevados a suponer que su maestro debía ocupar un lugar totalmente extraordinario en la historia del pensamiento humano. Se lo veía, por ejemplo, como la única persona con méritos para ocupar el lugar abandonado por Hegel<sup>28</sup> como árbitro soberano de la filosofía. Así escribió Charles Bonnier, en 1895: “Un reproche que se les hace con frecuencia a los socialistas es que ni Marx ni **El Capital** encontraron todavía su sucesor. Esto sólo prueba la incapacidad de nuestra época por comprender tanto la historia de la filosofía como la filosofía de la historia. Así como Hegel no encontró

sucesor hasta mediados de este siglo, los sucesores de Marx no aparecerán más que cuando haya terminado el período del capitalismo”.<sup>29</sup> Mientras tanto, había que resignarse a la esterilidad de la escuela marxista. Todavía más curiosa es esta frase de Lafargue: “Es arriesgado tocar la obra [de Marx y Engels], de esos dos gigantes del pensamiento, aun para ponerla fuera de discusión; hasta la transformación de la sociedad capitalista, los socialistas de ambos mundos no podrán más que *vulgarizar* sus teorías económicas e históricas”.<sup>30</sup>

Estos sentimientos de humildad religiosa que expresaba tan inoportunamente Lafargue parecen haber existido entre un gran número de marxistas, y haberles impedido seguir los excelentes consejos que les proponía Benedetto Croce en 1897: “Liberar al pensamiento de Marx de la forma literaria que éste le dio, estudiar de nuevo y por completo las cuestiones que se planteó, dárles fórmulas nuevas y más precisas, nuevos desarrollos y nuevas ilustraciones históricas”. Para cumplir este programa,<sup>31</sup> hubiera sido necesaria una gran independencia de espíritu; los marxistas preferían hacer resúmenes, que a Croce le parecían más oscuros que el texto del maestro. En una parte muy grande de la literatura marxista se puede apreciar un esfuerzo constante por reproducir las frases de **El Capital**, de suerte que a veces se creería que estos autores están más familiarizados con los mecanismos de composición de quienes se dedican a la liturgia que con los modernos métodos científicos.

Así, la escuela marxista se caracterizaba por fantasías visiblemente extrañas al sistema de Marx y por un inmovilismo cercano a la servidumbre. La doctrina podía por lo tanto parecer intacta en medio de la debacle universal, porque la vida se retiraba cada vez más de ella. Hace diez años se hubiera podido comparar al marxismo con un árbol muy viejo, cuya corteza endurecida encierra un corazón carcomido. Fue entonces que Charles Andler anunció que había llegado el momento de escribir la historia de la descomposición del marxismo; pero Bernstein acababa de realizar audaces intentos para devolverle vida al árbol, cuyo fin no era tan próximo como pensaba el profesor de francés.

Marx había escrito **El Capital** a través de observaciones hechas sobre Inglaterra, pero durante los treinta años que siguieron a su publicación se habían producido muchos cambios importantes en la industria, la vida y la política inglesas. El mejor medio que se podía emplear para rejuvenecer al marxismo parecía ser retomar las investigaciones en el punto donde las había dejado el maestro, y completar a **El Capital** en razón del desarrollo de las clases obreras en Inglaterra. En el prefacio de su libro Marx les había dicho a los alemanes que debían ir a buscar en la patria del capitalismo las tendencias fundamentales que caracterizan al régimen moderno; había escrito esta frase, al mismo tiempo vaga y paradójica, que tantas veces se reprodujo como una ley histórica de alcance maravilloso: “El país más desarrollado industrial-

<sup>25</sup> Creo que la obra maestra de este género es el artículo sobre el *mito de la inmaculada concepción* incluido en **Le Devenir social** de mayo de 1896. El autor, por otro lado, no habla de la inmaculada concepción de la Virgen, exenta del pecado original, sino del nacimiento virginal de Cristo. En las últimas líneas nos enseña que en un Concilio “por la mayoría de un voto, la Iglesia cristiana, fundada sobre el antiguo mito femenino de la inmaculada concepción, decidió que la mujer tenía un alma, al igual que el hombre”. Evidentemente, Lafargue posee una selección especial de los concilios.

<sup>26</sup> **Devenir social**, agosto 1895, p. 477. Benedetto Croce recogió muchas de las metidas de pata que cometió Paul Lafargue en el artículo sobre Campanella, del cual tomó este lindo hallazgo. Se podría agregar esta: el autor toma a la palabra *Sefirot* por un término masculino singular, cuando es femenino y plural.

<sup>27</sup> P. Lafargue, **La méthode historique de Karl Marx**, p. 4. Véanse, en una nota en la p. 14, entretenidas reflexiones sobre “las zorras metafísicas y éticas, la Justicia, la Libertad y la Patria, que hacen la calle en los discursos académicos y parlamentarios, los programas electorales y los reclamos mercantilistas”.

<sup>28</sup> Sobre las analogías todavía mal determinadas entre Marx y Hegel, cf. Benedetto Croce, *op. cit.*, pp. 133-136.

<sup>29</sup> **Devenir social**, julio 1895, p. 370.

<sup>30</sup> **Devenir social**, abril 1897, p. 290.

<sup>31</sup> Croce, *op. cit.*, p. 114.

mente les muestra a los que lo siguen en la escala industrial la imagen de su propio futuro”.

El fenómeno que más impresiona al observador de la Inglaterra contemporánea es, evidentemente, el *tradeunionismo*. Cuando Bernstein consideraba esta forma de organización sindical como destinada a imponerse en todos los países que marchan en la vía del capitalismo, creía ser fiel a los principios más indiscutidos de Marx. Pero los representantes oficiales de la escuela no admitían que se pudiera ser tan audaz como para reconocer, gracias a principios que declaraban sagrados, hechos contrarios a la tesis de la lucha de clases. El *tradeunionismo* tiene por objeto regular amistosamente los conflictos que se producen entre patronos y trabajadores; si se generaliza, se hace imposible afirmar que el mecanismo de producción capitalista agrava los conflictos industriales hasta llegar a transformarlos en lucha de clases. Los viejos amigos de Bernstein, que no se podían explicar cómo éste pudo dedicarse a observar la obra de su maestro para completarla, en lugar de hacer resúmenes de resúmenes como ellos, pensaron que un escándalo semejante tenía que ser producto de causas muy impuras: lo acusaron de haber sido comprado por los capitalistas, y lo trataron igual de mal que en la Edad Media se trataba a los excomulgados. Prefiero no insistir en este desagradable capítulo de la historia de la socialdemocracia.

Bernstein, convencido de que permanecía fiel al espíritu de Marx, buscó explicar de qué forma el desarrollo de la doctrina del maestro lo pudo llevar a resultados tan contrarios a las tesis que enseñaba la escuela. Se vio llevado así a preguntarse si el sistema primitivo de Marx no encerraba principios contradictorios, entre los que se encontrarían los que corresponderían a sus nuevas concepciones. En 1899 propuso una teoría sobre la cual me parece que no se ha prestado la atención suficiente.

Según Bernstein, habría en el socialismo moderno dos corrientes principales: “una *constructiva*, que continúa las ideas de reforma expuestas por los pensadores socialistas; la otra toma su inspiración de los movimientos populares revolucionarios y de hecho sólo apunta a *destruir*. De acuerdo a las posibilidades del momento, una aparece como *utópica*, *sectaria*,<sup>32</sup> *pacíficamente evolucionista*, y la otra como *conspiradora*, *demagógica*, *terrorista*. Mientras más nos acercamos a los tiempos presentes, más categórica es la consigna: por un lado, emancipación por la *organización económica*, por el otro, emancipación por la *expropiación política*... La teoría marxista buscaba combinar el fondo esencial de ambas corrientes... Pero esta combinación no significaba la supresión del antagonismo; era más bien un acuerdo de compromiso como el que Engels les proponía a los socialistas ingleses en su texto, **La situación de la clase obrera en Inglaterra**: subordinación del elemento específicamente socialista al elemento político-radical y social-revolucionario. Y más allá de la evolución llevada a cabo por la teoría marxista en el

curso de los años, nunca se pudo deshacer de este acuerdo, ni de su dualismo”.<sup>33</sup>

Esta forma de concebir las cosas indignó mucho a Kautsky, quien poco después respondió que Marx había reconciliado al socialismo utópico y al movimiento revolucionario en una unidad más alta (!); que en consecuencia, no existía ni dualismo ni acuerdo de compromiso; y que el supuesto descubrimiento de Bernstein sólo tenía por objeto despojar al marxismo de su espíritu revolucionario, que constituye su vida. El único dualismo que se podía reconocer en la actividad de Marx y Engels consistiría en el hecho de que fueron a la vez hombres de ciencia y hombres de lucha; el hombre de ciencia sopesa los pros y contras antes de tomar una resolución, mientras que el hombre de lucha está obligado a actuar sin haber tenido siempre el tiempo como para reflexionar detenidamente. “Deducir de la dualidad de sus funciones contradicciones en sus teorías, o incluso errores de orden intelectual, no es apreciar a tales hombres con la imparcialidad de la historia”.<sup>34</sup>

Kautsky estaba convencido de que Marx había utilizado tan bien las investigaciones e hipótesis que se habían hecho antes que él, que había llegado a la verdad científica. Reconocer que el marxismo habría soldado artificialmente dos sistemas contradictorios, era aceptar que había algo insuficiente en la doctrina: por nada del mundo Kautsky aceptaría pronunciar una blasfemia semejante. Según él, la socialdemocracia habría cometido una grave imprudencia si se hubiera embarcado en vuelos nuevos que no se sabía dónde llevaban, en lugar de aplicar toda su inteligencia a defender los principios seguros que había recibido.

Las ideas de Bernstein fueron recibidas con mucho agrado por quienes deseaban que el marxismo escapara del inmovilismo en el que Kautsky pretendía retenerlo. Al señalar la incoherencia de esos sistemas, Bernstein mostraba la necesidad de buscar nuevos equilibrios entre las tendencias fundamentales del socialismo moderno, equilibrios siempre inestables y provisorios. De este modo, la vida se introducía en una doctrina hasta entonces condenada a la esterilidad; pero era una descomposición del marxismo.<sup>35</sup>

En Francia el estudio de las organizaciones sindicales condujo a preguntarse si no habría que considerar una descomposición del marxismo distinta a la que examinara Bernstein. Lo que el marxismo tomó de las antiguas tendencias socialistas constituye lo que más llama la atención; pero podría ocurrir que Marx hubiera agregado algo que constituiría lo que llamaré el marxismo de Marx: esta parte quedó oculta mucho tiempo, ya que todavía no

<sup>32</sup> Sectario, en el idioma de Marx, quiere decir doctrinario; cf. “Las pretendidas escisiones de la Internacional”, p. 24 [N. del T.: nota agregada en la 2ª edición].

<sup>33</sup> Eduard Bernstein, **Socialisme théorique et social-démocratie pratique**, trad. francesa, pp. 53-54 [hay traducciones castellanas de Claridad de Buenos Aires y de Siglo XXI de México].

<sup>34</sup> Kautsky, **Le marxisme et son critique Bernstein**, trad. francesa, pp. 68-70 [hay traducciones castellanas de Claridad de Buenos Aires y de Siglo XXI de México].

<sup>35</sup> Para gran escándalo de sus contemporáneos, Bernstein proclamó que la meta final no era nada y que el movimiento era todo (*op. cit.*, p. 278). Entraba de este modo en el espíritu de la filosofía contemporánea, que no se ocupa ni del punto de partida ni del de llegada de las cosas que cambian, si no de las fuerzas que a cada instante inclinan al movimiento en el sentido que se constata. [N. del T.: nota agregada en la 2ª edición].



existían las organizaciones obreras que le correspondieran, y Bernstein no la reconoció, ya que sólo conoce Inglaterra y Alemania. Me propongo mostrar aquí de qué modo concibo esta nueva forma de comprender la descomposición del marxismo.

Julio de 1907

## I.

### Formación de las utopías — Pasaje a las reformas sociales antes de 1848.

#### Ascenso de los obreros a la pequeña burguesía por asociación de producción y por el *tradeunionismo*. La paz social en Vidal y en Considérant

a) Los escritores a los que se les da el nombre de utopistas apeplan constantemente a los sentimientos de justicia cuando exhortaban a reconstruir la sociedad. En toda organización real existen situaciones por las que el derecho establecido hiera la opinión; no podría ser de otro modo. Por más perfeccionado que esté un sistema jurídico, nunca se lo puede aplicar perfectamente a todos los casos, al igual que la ciencia no se puede adecuar perfectamente a la naturaleza. Sólo se podría crear una aparente identificación universal introduciendo flexibilidad en un sistema cuya característica es la de ser rígido: arbitrariedad en el derecho, y empirismo en la ciencia. Una vez que la opinión ha recibido el impacto de los casos anormales, exige que se proceda a cambiar las reglas jurídicas, con vistas a hacer desaparecer las discordancias que le chocan. Así es como se ejecutan reformas, para aumentar el respeto por el derecho y consolidar al sistema existente.

Por ejemplo, por más que todas nuestras legislaciones matrimoniales estén fundadas sobre la doctrina eclesíástica del matrimonio, que proclama la indisolubilidad de la unión sexual, hubo que admitir que ciertos casos exigían la separación de los esposos. En nuestros días los literatos insistieron con tanta fuerza sobre ciertos inconvenientes de esta separación, que se adoptó en Francia una ley sobre el divorcio, que a muchos les pareció necesaria para reforzar el respeto debido al matrimonio.

Como son sobre todo las personas de letras las que actúan de este modo sobre la opinión, señalándole los prejuicios que produce la aplicación de ciertas reglas, puede decirse que existe siempre, al lado de la justicia de los juristas, una justicia novelesca, llena de arbitrariedades y paradojas, en la que pueden abreviar todos a quienes les gusta imaginar los cambios sociales. Los utopistas no se dan cuenta de que la contradicción es la condición del movimiento histórico del derecho. Ven en ella la prueba de un error que se ha cometido respecto de los principios que gobiernan al conjunto de la sociedad; buscan crear un mundo completamente lógico. Pero a sus adversarios no les resulta muy difícil mostrar que sus proyectos generarían consecuencias que chocarían con mayor frecuencia a nuestros sentimientos que lo que ocurre con las costumbres actuales. La menor reflexión basta

para mostrar que no puede ser de otra manera, ya que una sociedad tendría que estar compuesta por alienados para que sus ideas no estén en general conformes con sus costumbres.

Los razonamientos de los reformadores sociales parecen más serios cuanto más se refieren a los detalles, ya que de este modo pierden el carácter paradójico de las utopías. Las analogías por medio de las que se imaginan el paisaje del mundo son tanto más fáciles de admitir cuánto menos difiera ese paisaje del que se ve frente a los ojos; los proyectos parecen más prácticos en la medida que parezcan conciliables con un mayor número de intereses existentes. Por lo tanto, llegará el día en que las escuelas sociales, llevadas por el deseo de obtener siempre un éxito más amplio, limiten sus ambiciones a propagar la idea de reformas; es entonces cuando logran capturar con más fuerza a la opinión pública.

Todos los grandes utopistas del siglo XIX tuvieron como sucesores a personas que abandonaron las ambiciones primitivas de los fundadores para adoptar una actitud reformista, es decir, una actitud conservadora. En este sentido menciono una página curiosa de la carta de Proudhon a Considérant, llamada "Advertencia a los propietarios". Esta carta es del 1° de enero de 1842; en ese momento el fourierismo ya había realizado su evolución, como lo expone muy bien Proudhon: "Fourier declara, y lo confirma con su ejemplo, que al comenzar los estudios y las experiencias sociales hace falta ubicarse completamente por fuera de las ideas civilizadas, y romper bruscamente con todas las nociones contrarias a su *armonía*. Es lo que llama *proceder por spagat*, término tomado de los acróbatas del trapecio. ¡Pero cómo? ¡Todo ese inmenso trabajo de la humanidad no se habría producido, la historia no tendría ningún sentido y todo ese movimiento no habría sido más que una larga decepción! Ni siquiera Ud. lo piensa, señor redactor. De otro modo yo le preguntaría qué es lo que significa este escrito sobre la *Política general* que tan fuerte impresión produjo, y en el que Ud. se muestra como profundo socialista, ya que permanece dentro de los datos de la sociedad actual".<sup>36</sup>

Poco tiempo antes de la revolución de 1848 una de las personas que más impresión causaría en la Asamblea del Palacio de Luxemburgo, François Vidal, terminaba su célebre libro sobre **La répartition des richesses** con reflexiones que muestran bien las consecuencias a las que habían llegado tantas utopías desarrolladas desde hacía más de treinta años: "La verdadera cuestión hoy en día se reduce a buscar de qué modo *sería posible neutralizar en parte* los efectos funestos de nuestras instituciones económicas. A examinar el provecho que podríamos obtener, en 1846, con nuestras leyes, nuestras costumbres y nuestros prejuicios, de los principios de asociación y de organización aplicados como *paliativos* para aliviar la miseria y mejorar la suerte de esos miles de nuestros semejantes que no pueden esperar pacientemente al futuro y alimentarse con ilusiones, que piden ganarse la vida trabajando y que podrían producir mucho más que sus necesida-

<sup>36</sup> Proudhon, **Oeuvres**, París, t. II, pp. 55-56. De hecho, Fourier procedía como todos los utopistas, tomando sus ideas paradójicas del mundo contemporáneo.

des, si se supiera utilizar sus brazos, si se les quisiera proporcionar un adelanto y los instrumentos necesarios, a título de préstamo. ¡Por cierto que estamos muy lejos de la tierra de los utopistas! Así presentado, el problema queda singularmente circunscripto, y caemos bruscamente de las alturas del ideal de vuelta a tierra, bajo el imperio de la realidad y la necesidad. Es un mundo muy distinto, pero en definitiva es donde estamos condenados a vivir: ¡debemos resignarnos!<sup>37</sup>

Acabamos de ver producirse una evolución, que parece necesaria, de la utopía a la práctica. También se puede considerar que esta evolución se produce de la imaginación a la inteligencia, de lo novelesco al derecho, del absoluto a lo relativo, o de lo simple a lo complejo.<sup>38</sup>

Los reformadores sociales esperaban llevar a todos los partidos a aceptar sus proyectos. Vidal aseguraba que los economistas más inteligentes estaban conmocionados, que en las cátedras oficiales se hablaba de asociación y organización, y que se abandonaban las doctrinas negativas de la escuela llamada liberal. "Los socialistas no pretenden transformar a la sociedad de un solo golpe, ni trastornar al mundo: lo que pretenden es convertirlo".<sup>39</sup>

b) François Vidal buscaba encontrar los medios para proporcionarles a los trabajadores los instrumentos y avances indispensables. Por lo tanto, se trataba de organizar mejor el trabajo, y ese era la meta que se habían propuesto todos los utopistas desde Fourier y Saint-Simon, pero en una escala prodigiosamente más grande.

El primero creía haber encontrado un medio para hacer que los obreros estén más atentos a su tarea; el segundo quería colocar al frente de todas las grandes empresas a especialistas particularmente capaces. Más tarde se esperaba que la solución práctica del problema económico la dieran las asociaciones obreras (que hoy en día se conocen como cooperativas de producción). Durante mucho tiempo se alabó la participación en las ganancias como medio para crear una economía de orden superior, que le aseguraría a la gran industria las ventajas que la pequeña había obtenido del interés que tenían los antiguos trabajadores convertidos en patrones respecto al éxito de sus negocios. Muchos pensaban que la participación en las ganancias tendría éxito allí donde la asociación obrera parecía incapaz de prosperar.

Hoy los fabricantes de reformas sociales estarían bastante dispuestos a admitir que el contrato colectivo encierra una virtud misteriosa análoga a aquella que Louis Blanc le atribuía a la asociación, y de la que tanto se burlaba Proudhon. Los obreros, por el solo hecho de que utilizarían al sindicato como intermediario,

adquirirían un lugar más alto en el mundo económico y se volverían menos proletarios y con derecho a una mejor remuneración. Se ha comparado a veces al sindicato con un banquero, que eleva más sus pretensiones mientras más poderoso es el arsenal del que está armada la industria, y por lo tanto cuanto más grandes son los beneficios extraordinarios que ésta puede obtener: el contrato colectivo sería entonces una especie de comandita referida a la mano de obra, mientras que la comandita del Código de Comercio refiere al dinero.

Si en verdad el *tradeunionismo* produjera los resultados que les atribuyen sus defensores, tendría una consecuencia doble de desarrollar el sentimiento de responsabilidad en los obreros, y de darles un lugar jurídico más cercano al que tradicionalmente le corresponde al propietario. De este modo habría progreso económico y progreso jurídico: por lo que ya no sería exacto decir, como hacían Marx y Engels en el **Manifiesto Comunista**: "el siervo, a pesar de su servidumbre, se había elevado al nivel de miembro de la comuna; el pequeño burgués se había convertido en burgués, a pesar del yugo del absolutismo feudal. Por el contrario, el obrero moderno, en lugar de elevarse por el progreso de la industria, desciende cada vez más por debajo de la condición de su propia clase".<sup>40</sup>

c) El ascenso hacia la burguesía es lo que más le llamó la atención a Paul de Rousiers en sus viajes a Inglaterra y Norteamérica. Creo que esta observación es la que está en la base de todos los juicios favorables que le merece el *tradeunionismo*. Considera que el gobierno inglés siguió una política prudente al nombrar a secretarios de sindicatos como jueces de paz, trabajando así para facilitar la constitución de una aristocracia obrera que entre en pie de igualdad en los marcos de la antigua sociedad.<sup>41</sup>

En la obra citada más arriba, Vidal expresaba muy claramente las intenciones conciliatorias de sus contemporáneos: "Los socialistas no buscan la guerra social; por el contrario, quieren prevenirla. Exigen reformas para conjurar las revoluciones. Lejos de provocar el odio entre las distintas clases de ciudadanos, predicán la concordia y la asociación".<sup>42</sup> "Lean los periódicos populares: todos predicán la paz, el orden, la unión, la tolerancia, la verdadera caridad; todos se esfuerzan por moralizar al pueblo, por desarrollar en él el corazón y la inteligencia, las facultades más nobles, los sentimientos más generosos; todos proclaman con generosidad el debido respeto a los intereses existentes, todos maldicen la pereza y glorifican el trabajo. Los periódicos redactados por obreros han transformado a los proletarios, ¡han hecho más que todos los profesores de moral! Esos obreros, antes indisciplinados e impacientes contra toda autoridad, comprenden hoy la necesidad del orden, la jerarquía y la disciplina".<sup>43</sup>

<sup>37</sup> François Vidal, *Répartition des richesses*, pp. 471-472.

<sup>38</sup> Cf. Sorel, *Insegnamenti della economia contemporanea*, p. 97.

<sup>39</sup> Vidal, *op. cit.*, pp. 464-465. [N. del T.: En la primera edición, el párrafo continuaba con esta frase: "Por mucho tiempo se había imaginado que el mejor procedimiento a emplear para aliviar la miseria era apelar a la justicia: los hombres de todas las clases se podrían poner de acuerdo respecto del bien, pero pueden tener diferencias sobre lo útil. Ahora, lo que los escritores reformistas esperan lograr que se adopte prácticamente es una teoría industrial!"]

<sup>40</sup> **Manifiesto comunista**, trad. de Andler, pp. 39-40.

<sup>41</sup> De Rousiers, *Le trade-unionisme en Angleterre*, p. 309.

<sup>42</sup> François Vidal, *op. cit.*, p. 465.

<sup>43</sup> François Vidal, *op. cit.*, p. 467. El autor le exige al gobierno proteger a las clases pobres, "dirigir el gran movimiento socialista que se prepara". Debería reclamar para las clases laboriosas "garantías contra la omnipotencia de los empresarios de la industria, contra los abusos de la competencia. Pero, ¡ay!, el mismo poder está a la discreción de los manufactureros y los grandes comerciantes... No hay más poder. Los ministros se agitan y algunos



Es así que los socialistas de ese tiempo se presentaban como los profesores de la paz social. Se encuentra el mismo acento en el **Manifiesto de la Démocratie** publicado por Considérant.<sup>44</sup> El autor se proponía darles a sus lectores contemporáneos el medio para hacer desaparecer las causas de los conflictos económicos. Quería que el derecho sustituyera gradualmente a la fuerza y la industria a la guerra; esperaba ver la realización del régimen democrático y cristiano que hasta entonces no había sido reconocido más que bajo una forma abstracta, en la proclamación de la libertad y la igualdad. Se trataba de hacer desaparecer a una oligarquía que aplastaba no sólo al proletariado sino también a la burguesía, y que ya dominaba al gobierno.<sup>45</sup> “Por suerte las filas de la burguesía son numerosas y las inteligencias se despiertan. Se abre camino el sentimiento de las miserias materiales y morales de las clases trabajadoras, y de la necesidad de remediarlas. La caridad social las penetra y les da calor, y las clases burguesas comienzan por su parte a ver que *no están menos interesadas que las proletarias* en la introducción de garantías en el orden industrial y en la resistencia a las invasiones de la aristocracia financiera”.<sup>46</sup>

Los autores modernos que se ocupan de la reforma social no agregaron demasiado a lo que habían dicho los antiguos socialistas; sólo reemplazaron la apología de la asociación por la apología del *tradeunionismo*. Quizás sean incluso menos científicos que sus predecesores, ya que todos los utopistas esperaban que sus recetas produjeran un gran incremento de la producción, mientras que los reformistas contemporáneos están mucho menos preocupados por el progreso económico. Se podría decir que en este sentido los utopistas se aproximan al marxismo, pero se alejan de él en que creían que deben producir planes para dirigir la industria, mientras que el marxismo cree que ésta se dirige muy bien a sí misma.

## II

### Lucha de pobres contra ricos — Los blanquistas Intervención de los partidos — El estado popular y sus máquinas

#### Recuerdos de la Revolución: identificación establecida entre el régimen feudal y el capitalismo Ascenso del proletariado a la burguesía por la autoridad

a) Vayamos ahora al segundo elemento que entró en el socialismo moderno, el elemento revolucionario. Por mucho tiempo la idea de revolución estuvo identificada con la lucha de pobres contra ricos. Esta lucha es tan antigua como el mundo civilizado, ha desgarrado las ciudades helénicas, y no parece que se haya modi-

grandes comerciantes los conducen”. Esto es por entero lo que hoy en día se llamaría un programa de monarquía social. [N. del T., luego de la referencia bibliográfica, agregado a la 2ª edición].

<sup>44</sup> Este documento fue reproducido en la revista *L'Ère nouvelle*, febrero de 1894 [hay traducción castellana como “Manifiesto político y social de la democracia pacífica” en el volumen colectivo: Alfredo Cepeda (ed.), *Los utopistas*, Buenos Aires, Hemisferio, 1950].

<sup>45</sup> *Ère nouvelle*, pp. 177-178.

<sup>46</sup> *Ère nouvelle*, p. 172.

ficado demasiado con el transcurso del tiempo. Constituye una forma rudimentaria de lucha de clases, con la cual a menudo se la confunde.<sup>47</sup>

## O

Antes de 1848 existía un gran temor ante la idea de una revuelta de pobres. Considérant, por ejemplo, decía, en su **Manifiesto de la Démocratie**: “¿Qué ocurrirá con la civilización, qué ocurrirá con los gobiernos y con las clases altas, si, al extenderse por toda Europa el feudalismo industrial, las innumerables legiones de la esclavitud moderna se sublevaran al grito de ‘¡Vivir trabajando o morir combatiendo!’ ¡Pues bien! Si la sabiduría de los gobiernos, de la burguesía inteligente y liberal, de la ciencia, no terminan de percatarse, es seguro que el movimiento que arrastra a las sociedades europeas marcha derecho a las revoluciones sociales, y que vamos hacia una *jacquerie* europea”.<sup>48</sup> Más adelante señalaba el peligro del comunismo, “medio violento, expoliador, revolucionario, y además, *ilusorio*”, que seducía a los espíritus por su extrema sencillez: “Esas fórmulas son muy sencillas y muy inteligibles para las *masas famélicas* y desprovistas, a las que no pueden más que parecerles perfectamente justas, en tanto la sociedad les niega el derecho al trabajo, aún más sagrado que el derecho de propiedad, que deriva de aquel”.<sup>49</sup>

b) Los hombres que a lo largo del siglo XIX se presentaron como los más auténticos adeptos de la tradición revolucionaria, los verdaderos representantes de los pobres y los más decididos partidarios del combate en las calles, aquellos a los que Bernstein designa bajo el término de *blanquistas*, no estaban menos decididos que Considérant a impedir el regreso a la barbarie; su ideal no era en absoluto un movimiento de *jacques*. Bernstein vio muy bien que los juicios sobre ellos se detuvieron demasiadas veces en ciertos aspectos muy secundarios de su táctica. No podría definirse a los blanquistas esencialmente como hombres de complot; la forma de llegar al poder les era indiferente. A sus ojos poseer el poder era resolver todas las dificultades;<sup>50</sup> la fuerza creadora que posee un partido político revolucionario que ha adquirido el poder es enorme, y muchos creyeron que era infinita. Tal partido, una vez llegado al gobierno, es mucho más fuerte de lo que podría serlo un partido conservador, dado que no tiene nada que preservar, ya que considera a las condiciones económicas como fenómenos subordinados.

Gracias a la intervención de un partido que encabeza la revolución el movimiento histórico adquiere un ritmo totalmente nuevo e imprevisible: ya no se trata de una clase de pobres que actúan bajo

<sup>47</sup> Hago notar, por ejemplo, que el socialdemócrata holandés Rienzi (Van Kol) cae constantemente en esta confusión en **Socialisme et Liberté**.

<sup>48</sup> Rienzi, *op. cit.*, pp. 242-243.

<sup>49</sup> *Ère nouvelle*, p. 166.

<sup>50</sup> *Ère nouvelle*, p. 170. Considérant alude aquí a su famoso artículo sobre la “teoría del derecho de propiedad”, aparecido en **La Phalange** en mayo de 1839.

<sup>51</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 50.



la influencia de sus instintos, sino a personas instruidas que razonan sobre los intereses de un partido, como lo hacen los jefes de las casas especuladoras sobre la prosperidad de sus negocios.

Los partidos políticos son coaliciones formadas para conquistar las ventajas que puede otorgar la posesión del Estado, tanto si sus promotores están impulsados por el odio, si buscan ventajas materiales, o si sólo tienen la ambición de imponer su voluntad. Por más hábiles que puedan ser los organizadores de un partido, nunca podrían agrupar más que un estado-mayor muy débil, encargado de actuar sobre las masas descontentas, llenas de esperanzas lejanas y dispuestas a realizar sacrificios inmediatos. En caso de éxito, el partido les hará grandes concesiones: pagará los servicios prestados en forma de transformaciones económicas, jurídicas y religiosas, cuya repercusión puede superar infinitamente las previsiones. Muy a menudo los jefes de los partidos que más profundamente alteran a la sociedad pertenecen a la aristocracia, a la que la revolución tocará muy directamente. Es porque estas personas, al no haber encontrado en su clase los medios para hacerse con el poder, han debido reclutar un ejército fiel entre clases cuyos intereses están enfrentados con los de su familia. La historia muestra que se tendría una idea muy errada de las revoluciones si se las supusiera realizadas por los motivos que a menudo el filósofo se vio llevado a atribuirles a sus promotores.

Cuando los acontecimientos han tenido lugar hace un largo tiempo, las pasiones que habían conducido a los primeros sujetos del drama parecen triviales comparadas con los grandes cambios que tuvieron lugar en la sociedad, y a los cuales se intentan poner en relación con las tendencias oscuras de las masas.<sup>52</sup> En general los contemporáneos vieron las cosas en el orden inverso, interesándose más bien en la competencia que existía entre los estados-mayores de los partidos. Sin embargo, debe señalarse que en nuestros días, en los que se le otorga tanta importancia a las ideologías, todo partido está obligado a hacer gala de doctrinas: los políticos más audaces no podrían conservar su prestigio si no se las arreglaran para establecer una cierta armonía entre sus actos y los principios que se supone que representan.

La introducción de los partidos políticos en un movimiento revolucionario nos aleja mucho de la sencillez primitiva. Al comienzo, las revueltas habían estado embriagadas por la idea de que su voluntad no podía encontrar ningún obstáculo, ya que poseían la mayoría del número. Les parecía evidente que no tendrían más que designar a delegados para formular una nueva legalidad conforme a sus necesidades. Pero luego aceptan la dirección de personas que tienen intereses distintos a los suyos; estas personas están dispuestas a ayudarlos, pero a condición de que las masas les entreguen el Estado, el objeto de su codicia. Es así que la revuelta de los pobres puede servir de base a la formación de un *Estado popular*, compuesto por burgueses que desean continuar

la vida burguesa, que mantienen ideologías burguesas, pero que se presentan como mandatarios del proletariado.

El Estado popular se ve llevado a extender cada vez más sus tentáculos, porque las masas se vuelven cada vez más difíciles de engañar, cuando ya pasó el primer instante de lucha y sin embargo se tiene que sostener su ardor en tiempos de calma. Esto exige complicadas *máquinas electorales*,<sup>53</sup> y en consecuencia un gran número de favores que conceder. Al aumentar constantemente el número de sus empleados, va constituyendo una clase de intelectuales con intereses separados de los del proletariado de productores. Refuerza así la defensa de la forma burguesa contra la revolución proletaria. La experiencia muestra que por mucho que esta burguesía de dependientes tenga una pobre cultura, no está menos ligada a las ideas burguesas. Vemos incluso a través de muchos ejemplos que si algún propagandista de la revolución ingresa en el mundo gubernamental se convierte con la mayor facilidad en un excelente burgués.

Se podría por lo tanto decir que por una especie de paradoja los políticos que se consideran como los verdaderos poseedores de la idea revolucionaria, son conservadores. Pero después de todo, ¿acaso la Convención fue algo distinto? ¿No se ha dicho a menudo que había continuado las tradiciones de Luis XIV, preparando el camino para Napoleón?

c) Los recuerdos de la Revolución dominaron durante mucho tiempo la propaganda de los socialistas. Se buscaba identificar, por ejemplo, las ganancias capitalistas con los derechos señoriales y los *diezmos* que la burguesía suprimió sin indemnizaciones en el pasado. No se dejó de señalar que muchas fortunas burguesas provenían de la venta de bienes nacionales, que se había realizado en condiciones singularmente favorables a los compradores. Se buscaba hacer comprender que el Estado popular podía inspirarse en esos memorables ejemplos para liquidar al capitalismo con pocos gastos.

Los políticos revolucionarios no se ubicaban en absoluto en el mismo punto de vista que los utopistas cuando razonaban sobre la propiedad. Éstos estaban preocupados sobre todo por la organización del trabajo, mientras que los políticos no veían más que rentas que compartir; su concepción era la de los intelectuales, a los que tanto les cuesta considerar a la propiedad como un medio de producción, y que la entienden más bien como título de posesión. La ley (como hacía a menudo en las ciudades anti-

<sup>52</sup> Para Fustel de Coulanges, las multitudes son los verdaderos agentes históricos, y los intereses conducen el mundo (P. Giraud, *Fustel de Coulanges*, p. 202 y pp. 207-208). [N. del T.: nota agregada en la 2ª edición].

<sup>53</sup> Ostrogorski ha dado muchos detalles interesantes sobre el funcionamiento de las *máquinas norteamericanas* en su libro sobre *La Démocratie et l'organisation des partis politiques [La democracia y los partidos políticos]*, Madrid, Trotta, 2008]. Léase sobre todo el cap. VI del libro V, donde da la siguiente definición de una *máquina*: "Conjunto de personas escalonadas jerárquicamente, ligadas una a la otra por una devoción personal, pero sobre una base mercenaria y preocupadas únicamente por satisfacer sus apetitos, explotando la fortuna de los partidos políticos" (t. II, p. 347). Nos muestra que en Nueva York, luego de haberse demostrado que Tweed, que había sido el *boss* de Tammany-Hall, era culpable de robos espantosos, mantuvo la estima de los pobres de la ciudad, que vieron en él a una víctima de los ricos (t. II, p. 401): siempre la antigua lucha de pobres contra ricos.



guas) debería racionar a los ricos, imponiéndoles enormes cargas, que proporcionarían los recursos que permitirían hacer más agradable la vida de los pobres. De este modo, los problemas económicos se encuentran en un segundo plano, mientras que las órdenes dadas por los dueños del Estado pasan al primero.

¿Qué querían los antiguos legisladores? Mantener en la ciudad a un número suficiente de ciudadanos aptos para llevar las armas y defender las tradiciones nacionales. Hoy en día diríamos que su ideal era burgués. ¿Y los hombres de la Revolución, que querían? Aumentar en una proporción muy grande al número de propietarios acomodados: crearon una burguesía cuya potencia aún no se ha extinguido. ¿No podría desembocar en consecuencias totalmente análogas el Estado popular, inspirándose principalmente en las necesidades económicas contemporáneas? En efecto, la transferencia de las rentas puede realizarse de forma indirecta, pero segura, por medio de una legislación social que tenga en cuenta las condiciones de la gran industria: crear medios de arbitraje que le permitan al *tradeunionismo* ejercer una acción constante sobre los salarios; reemplazar al pequeño comercio de productos por servicios públicos de alimentación, a la explotación de las viviendas obreras por alquileres municipales, y la usura de los pequeños prestamistas por instituciones de previsión; encontrar recursos fiscales en los grandes impuestos percibidos sobre las clases ricas, de forma tal que la ganancias extraordinarias que se producen en las industrias regresen en obras democráticas. Gracias a esos procedimientos, el obrero puede convertirse en un pequeño burgués,<sup>54</sup> y así volvemos a llegar a las mismas conclusiones que anteriormente: adscripción del proletariado a la burguesía.

### III

#### Dualismo en el **Manifiesto Comunista** – medidas revolucionarias y teorías cercanas a las de los utopistas Temor que experimentaba Bernstein respecto a la capacidad política de la socialdemocracia Abandono del marxismo por parte de los políticos

El dualismo que señaló Bernstein aparece, de modo indiscutible, en las medidas provisionales que el **Manifiesto Comunista** proponía adoptar en caso de revolución victoriosa. En 1872, al reeditar su obra, Marx y Engels declaraban no prestarle una importancia particular a estos consejos prácticos, pero es singular que en los prefacios escritos en 1872, 1883 y 1890 no encontremos ninguna indicación capaz de orientar a los lectores. Supongo que ellos mismos percibían la dualidad del sistema, y no se atrevían a realizar incursiones un poco prolongadas en el terreno de la práctica política, dado que temían desorganizar el edificio.

No me parece que Andler haya reconocido demasiado bien las fuentes del **Manifiesto Comunista** en el comentario que le hizo

<sup>54</sup> Esto es lo que intenta producir la legislación de Nueva Zelanda. Esto lo vieron bien todos los observadores atentos.

en 1901; de haber tomado las tesis de Bernstein como punto de partida habría estado bien inspirado. Distingue las proposiciones entre jurídicas, económicas y pedagógicas. Me cuesta ver el nombre de jurídicas al lado de medidas que se parecen a las órdenes que da un conquistador al día siguiente a su victoria para destruir a los vencidos: expropiación de la propiedad de la tierra y afectación de su renta a los gastos del Estado; impuestos muy progresivos; abolición de la herencia; confiscación de los bienes de todos los emigrados y rebeldes. Estas supuestas medidas jurídicas tendrían por otro lado el objeto de arruinar a todos los intereses preservados por el derecho privado, y el de suprimir todo el derecho privado al cabo de una generación. No se debe olvidar que el derecho, al igual que la ciencia, considera a las cosas como si fueran eternas. Por lo tanto, no creo que se les pueda dar el nombre de jurídicas a reglas cuya aplicación es de duración tan limitada sin cometer un grave contrasentido.

Las otras propuestas están tomadas manifiestamente de la literatura de los utopistas: centralización del crédito, explotación de los transportes por parte del Estado, multiplicación de las manufacturas nacionales y mejoramiento de las tierras de acuerdo a un plan general, trabajo obligatorio para todos, organización de ejércitos industriales, en particular para la agricultura, acercamiento entre agricultura e industria, educación pública y gratuita de todos los niños y reunión de la educación con la producción material. No veo bien por qué Andler pone aparte este último proyecto, al que denomina pedagógico, que pertenece del modo más evidente a la organización del trabajo.

El conjunto del **Manifiesto Comunista** ofrece las mayores analogías con la literatura de los utopistas, a tal punto que se ha podido acusar a Marx de haber plagiado el **Manifiesto de la Démocratie** redactado por Considérant. No sólo los fenómenos están a menudo presentados de la misma forma, sino que además encontramos razonamientos que es muy tentador identificar con los de los utopistas. Por ejemplo, al final del primer capítulo leemos: "He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando la sociedad e imponiendo a ésta por norma las condiciones de su vida como clase. Es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella."<sup>55</sup>

No tengo conocimiento de que se haya llegado a determinar exactamente cuáles son los postulados empleados por Marx y Engels en el **Manifiesto Comunista**. Su lenguaje rico en imágenes pudo interpretarse tanto como siendo el de los utopistas, condenando a la burguesía en nombre de la justicia eterna, como alentando a la revuelta de los pobres.

El **Manifiesto**, sin embargo, no encierra ninguna fórmula con un aspecto blanquista tan marcado como la que se encuentra al final

<sup>55</sup> Manifeste communiste, p. 40 [trad. tomada de: **Manifiesto Comunista**, Moscú, Progreso, 1973].

de la **Miseria de la filosofía**: “el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es la lucha de una clase contra otra clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, implica una revolución total. Por cierto, ¿puede causar extrañeza que una sociedad basada en la oposición de las clases llegue, como último desenlace, a la contradicción brutal, a un choque cuerpo a cuerpo? No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político. No hay jamás movimiento político que, al mismo tiempo, no sea social. Sólo en un orden de cosas en el que ya no existan clases y antagonismo de clases, las evoluciones sociales dejarán de ser revoluciones políticas. Hasta que ese momento llegue, en vísperas de toda reorganización general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será siempre: ‘Luchar o morir; la lucha sangrienta o la nada. Es el dilema inexorable’”.<sup>56</sup> Marx y Engels eran originalmente tan favorables a las ideas blanquistas que en 1850 consideraban a los blanquistas como el verdadero partido proletario, mientras que, de acuerdo a Bernstein, “el partido proletario francés, en 1858, eran los obreros reunidos alrededor del Palacio de Luxemburgo”.<sup>57</sup>

Al considerar la situación del Partido Socialista en Alemania, Bernstein se espantó de ver lo inferior que era la capacidad de este partido respecto al papel que podría estar llamado a jugar en caso de revolución violenta. En efecto, no pensaba que el poder pasaría otra vez a una burguesía radical, como en 1848; quien debería asumir todas las responsabilidades sería la extrema izquierda del parlamento, es decir, el grupo socialista.<sup>58</sup> Esta perspectiva le sugería reflexiones muy pesimistas: “La soberanía del pueblo, incluso cuando se la proclama legalmente, no hace en absoluto [del pueblo] un factor determinante real. Puede poner al gobierno bajo la dependencia de aquellos frente a los cuales debería ser fuerte: los funcionarios, los políticos profesionales, los *propietarios de periódicos*. ... La dictadura del proletariado quiere decir —allí donde la clase obrera no dispone ya de organizaciones económicas muy fuertes, y donde todavía no ha adquirido, a través de su aprendizaje en asambleas autónomas, un grado muy elevado de independencia moral— la dictadura de los oradores de clubes y de los escritores”.<sup>59</sup>

Por eso, para preparar al socialismo para que cumpla la misión que debería corresponderle en caso de una revolución, era necesario retomar el estudio de los problemas que los marxistas descuidaron por tanto tiempo. “La cuestión social, que se les había presentado a los utopistas en toda su dimensión, como cuestión política, jurídica, económica y moral, [se había] concentrado en la cuestión obrera”.<sup>60</sup> Había llegado el momento de corregir y completar la obra de los utopistas, aprovechando las experiencias rea-

lizadas desde hacía medio siglo. Así, nos veíamos llevados a una *descomposición del marxismo*, ya que de aquí en más los prejuicios blanquistas ya no se mezclarían con los estudios que se hicieron sobre la administración y la política práctica.

Mientras que Bernstein se esforzaba de ese modo por concentrar la atención de los socialistas alemanes sobre las partes de la doctrina que éstos habían descuidado, el trabajo natural de la evolución de los partidos llevaba a los jefes del socialismo a abandonar los puntos de vista marxistas, pero siempre negando cualquier cambio alguno. El 5 de diciembre de 1899, Bebel pronunciaba en Berlín un discurso en el cual salía a la luz el más puro socialismo de Estado; incluso se atrevió a volver a las cooperativas subvencionadas por el Estado, condenadas por Marx en su carta de 1875 sobre el programa de Gotha.<sup>61</sup> No obstante, no se dejaba de considerar a Bernstein como un herético, para seguir pareciendo fieles a las antiguas esperanzas revolucionarias, que seguían siendo caras a muchos obreros (sobre todo en Berlín), y para no darles armas a los anarquistas, a los que tanto odiaba la socialdemocracia. Por lo demás, los políticos socialistas alemanes estimaban que no tenían ninguna necesidad de preocuparse por realizar las investigaciones a las que los conminaba Bernstein, puesto que, al igual que un marqués del Antiguo Régimen, un diputado es una persona que lo sabe todo sin necesidad de aprenderlo.

Pero, ¿es acaso el marxismo únicamente lo que suponía Bernstein? Esto es lo que habría que saber. ¿No hay en él algo más que las fórmulas que se cita, y cuyo valor cada vez parece ser más discutible? ¿No sería acaso una concepción filosófica, apta para esclarecer las luchas sociales, antes que una compilación de preceptos políticos? Esto es lo que vamos a examinar, someramente, oponiendo a los utopistas y a los blanquistas algunos de los elementos fundamentales del marxismo.

#### IV

##### Diferencias entre Marx y los utopistas Falta de crítica jurídica de la propiedad privada Sofisma de Thompson y de Pecqueur Organización de la producción realizada por el capitalismo Regularización de los salarios por el equilibrio económico Trabajo futuro fundado en las costumbres legadas por el capitalismo

a) De acuerdo a muchos escritores contemporáneos, Marx habría dejado una gran laguna en su obra al no fundar una teoría de la propiedad: el profesor Anton Menger, por ejemplo, dice: “Falta en él el complemento necesario de la teoría del plusvalor, es decir,

<sup>56</sup> Estas dos frases son de George Sand [trad. tomada de *Miseria de la Filosofía*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s.f.].

<sup>57</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 51. [N. del T.: En la edición original de 1908, esta frase comenzaba: “Al ser un documento destinado a ser adoptado por una asociación, es posible que Marx y Engels no pudieran presentar todo su pensamiento. Durante mucho tiempo se mostraron muy favorables a las ideas blanquistas...”, etc.]

<sup>58</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 60.

<sup>59</sup> Bernstein, *op. cit.*, pp. 297-298.

<sup>60</sup> Merlino, *Formes et essence du socialisme*, p. 244.

<sup>61</sup> La socialdemocracia alemana es oficialmente marxista, pero siempre conservó muchas ideas lassallianas: así fue que en 1875 se adoptó el programa de Gotha, a pesar de las críticas de Marx; su carta no fue conocida más que en 1891. El espíritu lassalliano se hizo preponderante una vez que los socialistas obtuvieron buenos resultados electorales: los éxitos electorales llevan fatalmente al socialismo de Estado.



una crítica jurídica de la propiedad privada de los medios de producción y de las cosas útiles, y en consecuencia un examen profundo del derecho al producto integral del trabajo".<sup>62</sup> Muchos jóvenes universitarios, que consideran a Marx un perro muerto, partieron de este juicio solemne pronunciado por el profesor austríaco para hacer críticas jurídicas a la propiedad; toda esta literatura pseudo-científica se forma por un amontonamiento de sofismas oscuros, desprovistos de todo interés, e indignos de merecer el honor de una refutación.<sup>63</sup>

Creo que hay felicitar calurosamente a Marx por no haber tomado el camino que se le reprocha no haber seguido, y considero que su actitud en este punto es de importancia capital. Desde este punto de vista, no se le podría hacer ninguna corrección a su sistema: todo autor que haga una crítica jurídica de la propiedad privada se colocaría por fuera del marxismo. He aquí una constatación muy decisiva que debemos hacer al comienzo de nuestras investigaciones.

Por otro lado, ¿cómo podríamos intentar hacer el trabajo al que nos invita Menger? Para ello deberíamos apoyarnos en los principios del derecho moderno, pero ¿acaso no están fundados sobre la existencia de la propiedad privada burguesa? Por poco que se adopten en cierta medida los principios de materialismo histórico, tal labor no puede más que aparecernos como un tejido de sofismas. Menger no percibe lo absurdo de la empresa porque no da cuenta por completo de las relaciones que existen entre toda superestructura ideológica y la economía. Pero para un marxista, la disociación que suponían los utopistas, y que todavía suponen ciertos filósofos sin filosofía, es un contrasentido.

Es bien cierto que ningún sistema ideológico puede ser perfectamente coherente. Permanecen siempre en el derecho reglas antiguas que no pueden explicarse correctamente más que por medio de la historia, las cuales, tomadas aisladamente, podrían recibir interpretaciones fantasiosas. Por otro lado, existen leyes excepcionales, que fueron introducidas bajo la influencia de los caprichos de alguna persona poderosa, y que forman islotes que el jurista intenta delimitar con rigor. Finalmente, de tiempo en tiempo, las circunstancias políticas ejercen su influencia sobre la jurisprudencia, perturbando el trabajo de los doctrinarios. Los espíritus penetrantes pueden servirse de estos elementos esporádicos para ilustrar una teoría de las relaciones naturales que deberían existir entre las personas, y partiendo de esta teoría para juzgar el derecho existente, podrían criticar o declarar caducas a las partes que no concuerdan con su teoría.

Este método es adecuado para seducir los espíritus que están más preocupados por la lógica que por la historia y la economía. Efectivamente, a sus ojos no existe ninguna diferencia esencial entre los distintos elementos jurídicos. Como no existe ningún medio para hacer que todos entren de manera perfectamente satisfactoria en sistema alguno, cada uno de nosotros tiene el

derecho a fabricar una construcción que sería tan legítima como cualquiera, mientras que se la pueda ilustrar con ejemplos. La ausencia de toda consideración sobre la infraestructura económica se hace sentir entonces del modo más lamentable, ya que no existe ningún modo de elegir de forma filosófica: el método marxista no permite ninguna de estas fantasías.

La mayor parte de las veces los sofistas que destruyeron a la propiedad por razón demostrativa procedieron de un modo todavía más arbitrario. Partieron de fórmulas vagas que toman del lenguaje corriente, y en las cuales se encuentran ciertas analogías con los términos jurídicos; fue así como la teoría ricardiana del valor engendró casi de inmediato sofismas relativos a la propiedad. Así se expresa el profesor Menger, que encuentra al socialista inglés William Thompson tan superior a Marx: "Como un gran número de economistas ingleses, y particularmente Ricardo, Thompson parte de la idea de que *el trabajo es la única causa del valor de cambio*. De ese hecho económico extrae la consecuencia de que es a quien ha creado el valor por su trabajo a quien debe volver por entero el producto integral de su trabajo".<sup>64</sup> Pero de qué forma se ha podido operar este pasaje de la economía al derecho, eso es lo que Menger omite explicarnos; debe parecerle demasiado simple como para detenerse en ello, y sin embargo es algo bastante difícil de justificar.

Creo que se puede reconstituir el razonamiento de Thompson de esta manera: suponemos una sociedad igualitaria, en la cual las herramientas están en manos de personas cuya única función es la de vigilarlas, y que reciben por eso una remuneración por su servicio de guarda;<sup>65</sup> si admitimos que la única causa de la riqueza creada es el trabajo del obrero, nadie, fuera de éste, tiene ninguna reivindicación que hacer valer sobre esta riqueza. Pero habría que demostrar que este razonamiento es válido jurídicamente para nuestra sociedad, no jugar sobre los sentidos del término *causa* en el lenguaje corriente y en el derecho.

Pecqueur presenta sus concepciones bajo una forma mucho más desarrollada, y gracias a la franqueza a veces algo ingenua de este autor, es más sencillo seguir el rumbo de sus ideas: "Toda riqueza material es debida al trabajo combinado con la materia, o mejor, a la fuerza inteligente del hombre actuando sobre la materia... *La materia nos es dada colectiva e igualitariamente por Dios*, pero el trabajo, es del hombre. San Pablo ha dicho que aquél que no quiera trabajar no tiene derecho a la comida. En esta frase se encuentra en germen toda la economía social y política del porvenir".<sup>66</sup> En efecto, es posible suponer fácilmente que de estas premisas deberían surgir consecuencias comunistas o muy cercanas al comunismo igualitario, pero el autor no consideraría estos principios como evidentes si no estuviera de antemano decidido a condenar al régimen capitalista.

<sup>62</sup> Menger, *op. cit.*, p. 138.

<sup>63</sup> N. del T.: el final del párrafo fue agregado en la 2ª edición.

<sup>64</sup> Menger, *op. cit.*, p. 76.

<sup>65</sup> A lo sumo pueden recibir un salario igual al del obrero mejor pago en la utopía de Thompson (Menger, *op. cit.*, p. 177).

<sup>66</sup> Pecqueur, *Théorie nouvelle d'économie sociale et politique*, p. 497. Este libro es de 1842.

Frente a Rossi, que había dicho que no se debe llamar ocioso al que administra sabiamente su fortuna, ahorra una parte y contribuye a la producción con sus capitales, Pecqueur responde: "Producir, es trabajar: decir que nuestros capitales trabajan por nosotros, es decir un absurdo... Para producir de verdad, haría falta involucrarse y esforzarse personalmente, y Ud. no lo hace. El capital es una *materia* que nada puede sin el trabajo del hombre,<sup>67</sup> ya que toda riqueza viene del trabajo. Por lo que el capital no podría trabajar en lugar del hombre, de su poseedor o propietario. Incluso si la *materia capital* pudiera trabajar como un ser moral y dotado de una actividad espontánea, al igual que el hombre, aun así no podría representar al hombre frente a la sociedad, ya que, en cuanto al trabajo, ni siquiera el hombre puede representar al hombre. La presencia personal es obligatoria".<sup>68</sup>

La producción es un deber que se les impone a todos, y cada productor es un funcionario. Todos son igualmente necesarios para la sociedad, y deben ser retribuidos equitativamente, si se entregan al trabajo con igual buena voluntad.<sup>69</sup> En cuanto a intentar demostrar la legitimidad de tal sistema, es algo imposible. Verdaderamente Marx hizo bien al no introducirse en este laberinto de sofismas.

b) Los utopistas estaban convencidos de que el capitalismo ya no estaba en condiciones de dirigir una producción que se había vuelto demasiado grande para los particulares. Hoy en día una concepción como esta nos parece muy extraña, ya que después de medio siglo hemos visto a la industria realizar demasiados prodigios, y porque su estado anterior a 1848 nos parece completamente rudimentario. Por eso nos cuesta no ver a los utopistas como bastante ingenuos. Pero para apreciar correctamente el cambio que tuvo lugar en las ideas, debemos tener en cuenta el cambio que sufrió el mismo capitalismo.

Recordemos que una de las tesis más esenciales de Marx es la del pasaje del capitalismo comercial y usurario al capitalismo industrial. Este constituye la forma plenamente desarrollada de la sociedad burguesa. En la época de los utopistas el capitalismo industrial estaba todavía subordinado; al comenzar sus artículos de 1850 sobre **La lucha de clases en Francia**, Marx observa que bajo el reino de Luis Felipe el gobierno estaba entre las manos de lo que se denominaba aristocracia financiera (banqueros, reyes de la bolsa y los ferrocarriles, concesionarios de minas de hierro y carbón, propietarios de bosques y parte de los grandes propietarios de tierras), mientras que la burguesía industrial estaba en la oposición. En particular, Marx muestra el papel de Grandin y Faucher, que combatieron con fuerza a Guizot y que representaban los intereses industriales. La misma situación poco más o menos existía en Inglaterra: en una nota del capítulo XX del III volumen del **Capital**, Marx dice que los comerciantes estaban aliados con la

aristocracia terrateniente y financiera en contra del capital industrial (por ejemplo, Liverpool contra Manchester y Birmingham), y que "el capital comercial y la aristocracia financiera de Inglaterra no reconocieron íntegramente la hegemonía del capital industrial hasta que no se abolieron los aranceles sobre el trigo".<sup>70</sup>

Anteriormente las empresas capitalistas estaban dirigidas por personas sin ningún conocimiento científico, ya que se las manejaba del mismo modo que los negocios comerciales o usurarios. Causaba espanto comprobar la desproporción existente entre la capacidad de los directores de fábrica y la ciencia de la época. Hoy en día la ciencia produjo inmensos progresos, pero en ninguno de sus aspectos ha permanecido ajena a los ingenieros que dirigen los talleres. El problema que más preocupaba a los utopistas se encuentra resuelto por el capitalismo contemporáneo. Si aún existen excepciones, es porque el régimen industrial todavía no ha triunfado por completo en todas partes, y porque la aristocracia financiera todavía ejerce su mala influencia sobre cierta cantidad de negocios.

El problema de la organización del taller no parecía ser menos difícil que el de su dirección. La Edad Media había dejado como herencia hábitos de gran brutalidad entre los oficiales artesanos, por lo que era natural que la disciplina de las manufacturas fuera muy dura. Por otro lado, los contra maestros tenían que sostener una guerra cotidiana contra la mala voluntad de los obreros, que no se podían acostumbrar fácilmente a llevar adelante tareas complicadas, que exigían mucha atención y movimientos rápidos. Hubo una lucha terrible, sobre todo en Inglaterra: ciertos industriales consideraban que los antiguos trabajadores, acostumbrados a las herramientas tradicionales, eran incapaces de plegarse a las nuevas exigencias.<sup>71</sup> Esta educación terminó por realizarse sin recurrir a los medios más o menos graciosos que inventaron los utopistas. Para lograr que una docena de máquinas se pusieran a tejer algodón bajo la dirección de un único trabajador, no se tuvieron en cuenta las teorías furieristas sobre la *papillone*.<sup>72</sup>

De esta forma, el capitalismo resolvió los problemas a los cuales los utopistas les buscaban soluciones totalmente ilusorias. Creó las condiciones que permitirán el pasaje a una nueva forma social. No se necesita pedirles a los reformistas que inventen nuevos aparatos científicos, ni que les enseñen a los hombres cómo servirse de ellas

<sup>69</sup> Pecqueur, *op. cit.*, pp. 583-586.

<sup>70</sup> **Capital**, trad. francesa, t. III, primera parte, p. 360 [trad. tomada de **El Capital**, México, Siglo XXI, 1976].

<sup>71</sup> No me parece que Marx haya dado una idea del todo completa de esta lucha en **El Capital** (t. 1, cap. XV, "La fábrica"; Ure, de quien toma sus principales datos, cuenta que los primeros tejidos mecánicos fracasaron porque Wyatt era de naturaleza demasiado blanda; treinta años más tarde, Arkwright tuvo éxito, porque tenía "la energía y la ambición de un Napoleón" (**El Capital** t. 1, p. 183, col. 2, y Ure, **Philosophie des manufactures**, traducción francesa, t. 1, pp. 21-31). Este último libro fue traducido en 1836. Sobre la brutalidad de los antiguos obreros ingleses que trabajaban la lana, cf. Ure, *op. cit.*, p. 13 y pp. 267-271. Para la época en la que escribió Marx ya se habían producido grandes cambios.

<sup>72</sup> Término que proviene de *papillon*, "mariposa", y que Fourier emplea para nombrar una de las tres "pasiones" principales que animan el comportamiento humano; la *papillonne* o "pasión mariposera" refiere al deseo constante de cambio y variedad. Nota del traductor.

<sup>67</sup> La distinción entre *trabajo muerto* o capital y *trabajo vivo* entró en la literatura marxista a través del **Manifiesto Comunista**, que tantas cosas tomó de la literatura vulgar contemporánea.

<sup>68</sup> Pecqueur, *op. cit.*, p. 512. De acuerdo a Drumont, el trabajo es una pena que todos deben sufrir de forma personal (**Libre parole**, 25 de septiembre de 1909).





para obtener el máximo provecho. El capitalismo industrial resuelve este problema todos los días, a tuestas y progresivamente. Al descubrir esta generación de las condiciones de la sociedad nueva, Marx hizo que todo utopismo se volviera inútil, y hasta algo ridículo.

De ahora en más el socialismo ya no se tendría que ocupar de los medios que podrían servir para que la sociedad evolucionara en un sentido progresivo. Marx protesta vivamente contra la pretensión de los lassallianos de exigir la institución de cooperativas subvencionadas por el Estado con vistas a preparar el camino para la solución de la cuestión social. En su "Crítica al Programa de Gotha", consideraba que esta actitud constituía una desviación del socialismo, que debía estar contenido en la lucha de clases. El socialismo sólo tiene que ocuparse de la organización revolucionaria de los *brazos*, mientras que el utopismo quería darles consejos a la *cabeza* de la industria.

c) Los utopistas estaban increíblemente preocupados por reparar la riqueza de manera razonable. En su época no sólo la aristocracia terrateniente y los usureros parecían tomar una parte desmesurada, sino que también el régimen de la pequeña industria conservaba situaciones de privilegio difíciles de defender para ciertas categorías de asalariados. Proudhon afirmaba, en 1846: "En Lyon existe una clase de personas que, gracias al monopolio del que la municipalidad les hace disfrutar, reciben un salario superior al de los profesores de las facultades y los jefes de gabinete de los ministerios: son los palanquines... No es extraño que un hombre gane 12, 15 y hasta 20 francos por día. Es asunto de pocas horas... Los palanquines de Lyon son hoy lo que fueron siempre: borrachos, depravados, brutales, insolentes, egoístas y cobardes."<sup>73</sup>

El capitalismo hace desaparecer la mayor parte de estas anomalías. Tiende a producir una cierta igualdad del trabajo entre las distintas partes de la fábrica, pero como requiere de un número considerable de personas particularmente activas, atentas o experimentadas, se las ingenia para darles suplementos salariales a quienes le proporcionen de ese modo un mejor servicio. No es por consideraciones de justicia que se regula por medio de ese cálculo, sino sólo por la búsqueda empírica de un *equilibrio regulado por los precios*. El capitalismo logra así resolver un problema que parecía insoluble, en la medida en que lo habían estudiado los utopistas. Resolvió la cuestión de la igualdad de los trabajadores, sin dejar de tener en cuenta las desigualdades naturales o adquiridas, que se traducen en desigualdades en el trabajo.<sup>74</sup>

Sabemos que Marx postuló la regla que afirma que "todas las clases que sucesivamente conquistaron el poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad ente-

ra a su régimen de adquisición"<sup>75</sup>, y emplea en varias ocasiones el mismo principio para saber qué es lo que ocurriría con el mundo luego de una revolución proletaria. Es así que proclama la desaparición de la familia burguesa, porque los proletarios no se encuentran en condiciones de poder practicar la unión sexual siguiendo ese modelo. "Los proletarios no tienen patria", por lo que la noción de patria debe desaparecer. En su carta de 1875 sobre el Programa de Gotha afirma que se aplicará para los salarios "el principio que regula actualmente el intercambio de mercancías, en la medida que se intercambian valores idénticos". Es, afirma, "un derecho burgués" que, siendo igualitario, produce desigualdades en cuanto a su contenido.

Jules Guesde estaba dentro de la tradición marxista cuando el 24 de junio de 1896, en la Cámara Legislativa, dijo que el problema del trabajo no podía ofrecer dificultades importantes en una sociedad colectivista. En efecto, a través de tanteos se llegaría a fijar la duración de trabajos lo suficientemente cortos para las profesiones menos requeridas, de forma tal de atraer a ellas la cantidad exacta de personas que se necesite. "El juego de la oferta y la demanda bastará para determinar sin arbitrariedades ni violencia esta distribución, que hasta hace poco nos parecía un problema sin solución".<sup>76</sup> Otros pensaron que en lugar de ofrecerles a los trabajadores el anzuelo de una mayor cantidad de tiempo libre, sería más práctico continuar ofreciéndoles el de un salario elevado;<sup>77</sup> esta solución parece implicar un atractivo más poderoso. Pero lo esencial aquí es sólo mostrar que el socialismo supone poder regular la distribución por un mecanismo tomado de la época capitalista.

En definitiva, el marxismo está mucho más cerca de la economía política que se conoce como manchesteriana que del utopismo. Este es un punto capital sobre el que hay que llamar la atención; he mostrado otras analogías muy profundas en los **Insegnamenti sociali della economia contemporanea**. Por otro lado, en varias ocasiones los apóstoles del *deber social* señalaron el gran peligro que supone el *manchesterianismo* para el orden: divide a la sociedad en dos clases, entre las que no se establece ningún lazo, las que en consecuencia terminan por verse como enemigas. Los utopistas, igual que los actuales apóstoles del *deber social*, no

<sup>73</sup> Proudhon, **Contradictions économiques**, t. I, pp. 131-132 [trad. castellana: **Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la Miseria**, Buenos Aires, Américalee, 1945]. Les reprochaba su indiferencia frente a la revuelta de los trabajadores de la seda: "Con tal que se mantengan sus privilegios, nunca se mezclarán con la política".

<sup>74</sup> En la "Crítica al programa de Gotha" se leen observaciones notables sobre esta igualdad de derecho y desigualdad de las condiciones.

<sup>75</sup> **Manifiesto Comunista**, p. 38. La Revolución fundó todo su derecho sobre las condiciones de existencia de los propietarios agrícolas que explotaban tierras que antaño les fueron concedidas feudalmente: se consideró que los descendientes de quienes antiguamente habían dado esas concesiones carecían de títulos, y el *domaine utile* de los plebeyos se convirtió en la propiedad plena del Código Napoleónico. P. Viollet estima que se puede afirmar que todas las tierras francesas se convirtieron en censales, dado que todos le pagamos al Estado derechos de transmisión del patrimonio que representan los antiguos derechos de *relief* [relevamiento] de *lods* [laudemos] y de *ventes* [ventas] (*Précis de l'histoire du droit français*, primera edición, p. 607). El derecho de los plebeyos se convirtió en el derecho general de los franceses.

<sup>76</sup> Jules Guesde, **Quatre ans de lutte de classe à la Chambre**, t. I, p. 96. Gabriel Deville escribió, en 1883: "No será por placer que se trabajará... se tendrá por guía única al interés, el interés que es el punto de partida de todos los actos del hombre y que domina todas las relaciones del individuo con el medio ambiente... No existirá para nadie ni obligación directa que surja de una legislación especial [de participar en trabajos peligrosos o repugnantes] ni obligación indirecta que resulte de la imposibilidad de lograr vivir haciendo otra cosa". (Gabriel Deville, **Le Capital**, París, 1ª edición, p. 35 [Buenos Aires, Claridad, 1946]). [N. del T.: la referencia a Deville fue agregada en la 2ª edición]

<sup>77</sup> Gabriel Deville acepta estas dos soluciones.

querían admitir la lucha de clases. Por lo tanto, mezclar al marxismo con las concepciones de los antiguos socialistas sería exponerse a cometer errores muy graves.

Vamos a examinar ahora lo que Bernstein denomina como blanquismo, y encontraremos divergencias no menores entre el blanquismo y el marxismo.

## V

### Lo que hay de esencial en las nociones revolucionarias de Marx: idea de clase Teoría antigua de la destrucción del Estado Los intelectuales — Analogía de la revolución blanquista y de la teoría hegelianas, diferencias de acuerdo a Bernstein Los mitos sociales

a) El blanquismo,<sup>78</sup> en el fondo, no es más que la revuelta de los pobres conducida por un estado-mayor revolucionario. Tal revuelta puede pertenecer a cualquier época, independientemente del régimen de producción. Marx, por el contrario, considera una revolución hecha por un proletariado de productores que adquirieron la capacidad económica, la inteligencia del trabajo y el sentido jurídico, bajo la influencia misma de las condiciones de producción. En el cuadro esquemático que se encuentra en el penúltimo capítulo del primer volumen de **El Capital** se dice que así fue como se disciplinó, unió y organizó a la clase de trabajadores. Creo que aquí Marx describe un proceso hacia la razón: de la *disciplina* se marcha a la *organización*, es decir, hacia una constitución jurídica. Sin cierta constitución jurídica ni siquiera se podría decir que exista una clase plenamente desarrollada.

Los pobres pueden dirigirse a los ricos para recordarles que deberían cumplir con ellos el deber social que la filantropía y la caridad cristiana imponen a las clases superiores. Pueden incluso sublevarse para imponer su voluntad y precipitarse sobre las cosas buenas que estaban colocadas fuera de su alcance. Pero en uno u otro caso no existe ninguna idea jurídica que la sociedad pueda adquirir. El futuro depende de la buena voluntad de los jefes que encabezarán el movimiento. Puede que conduzcan a los hombres hacia una de esas sociedades apacibles, a las que Renan no consideraba aptas para sostener la carga de una alta cultura política y nacional;<sup>79</sup> o bien a una sociedad análoga a la de la Edad Media, en la cual "la voz tonante de los profetas, interpretada por San Jerónimo, espanta a los ricos y poderosos, y en beneficio de los provechosos pobres, reales o supuestos, impide todo desarrollo industrial, científico y mundano";<sup>80</sup> o bien, finalmente, a una *jaquerie*, como temían los utopistas.

<sup>78</sup> Hago notar, una vez más, que aquí no se trata tanto de las ideas de Blanqui sino de la tradición jacobina a la que Bernstein definió con el término "blanquismo".

<sup>79</sup> Renan, *Histoire du peuple d'Israël*, t. III, p. 279. Da como ejemplo a los pueblos budistas.

<sup>80</sup> Renan, *op. cit.*, t. II, p. 540.

Ninguna de estas hipótesis hubiera sido adecuada para Marx. Nunca le simpatizó la moral del renunciamiento budista: veía al futuro bajo la forma de un prodigioso desarrollo industrial. En cuanto a la *jaquerie*, no olvidemos el horror con el que habla de los revolucionarios rusos que querían tomar como modelo al cosaco Razin, jefe de una insurrección contra el zar Alexis, padre de Pedro el Grande.<sup>81</sup> La sociedad nueva se tiene que constituir sobre el progreso tecnológico, la ciencia y el derecho.

En la época en la que escribió Marx no tenía frente a sus ojos la suficiente cantidad de experiencias obreras como para hacerse una noción perfectamente clara de los medios que podrían permitirle al proletariado alcanzar el grado de madurez que consideraba necesario para realizar su revolución emancipadora. Generalmente se limitó a dar fórmulas sumarias y simbólicas, casi siempre felices, pero cuando quería pasar a la práctica corriente, como hombre de acción, su inspiración fue mucho menor. No hay que olvidar que sólo actuamos bajo la acción de *recuerdos que están mucho más presentes en nuestra alma que los hechos actuales*. Por lo tanto, Marx debía mostrarse mucho más retardatario como hombre práctico que como filósofo: como casi todos sus contemporáneos, sufría la influencia de los modelos que dejó la Revolución, aun cuando su doctrina económica debería haberlo conducido a reconocer la extrema diferencia que existía entre ambas épocas.

Es por eso que nos equivocáramos mucho si buscamos la verdadera inteligencia del marxismo en los consejos que Marx y Engels les dieron a sus contemporáneos: "Pasaron de largo impasiblemente al lado de los errores más groseros del blanquismo", dijo Bernstein.<sup>82</sup> Es cierto, aunque probablemente esto no se deba tanto a la dialéctica hegeliana como supone el autor.

El marxismo difiere particularmente del blanquismo en que descarta la *noción de partido*, que era central en la concepción de los revolucionarios clásicos, para volver a la *noción de clase*.<sup>83</sup> Pero ya no tenemos la noción vaga y vulgar de clase del sociólogo, entendida como un amontonamiento de personas de la misma condición; tenemos una sociedad de productores, que adquirieron las ideas que corresponden a su estado, y que consideran que tienen una unidad completamente análoga a la de las unidades nacionales. Ya no se trata de conducir al pueblo, sino de llevar a los productores a pensar por sí mismos, sin apoyarse en una tradición burguesa.

b) En todos los países y en todos los tiempos, el partido tiene como objeto conquistar el Estado y utilizarlo en provecho de los intereses del partido y de sus aliados. Por el contrario, hasta estos últimos años los marxistas decían que querían suprimir el Estado; esta doctrina se presentaba con un lujo de detalles, y a veces incluso de paradojas, que no dejaban ninguna duda acerca de su sentido. Naturalmente, las cosas cambiaron de aspecto cuando

<sup>81</sup> **L'Alliance de la démocratie socialiste et l'Association internationale des travailleurs**, pp. 62-63 y p. 104.

<sup>82</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 63.

<sup>83</sup> Los utopistas se ocupaban mucho de las clases, pero todavía no entendían este término en el sentido moderno.



Los éxitos electorales llevaron a los jefes socialistas a ver que la posesión del poder ofrece grandes ventajas, aun cuando esta posesión fuera mínima, como la que se puede obtener por la conquista de municipalidades. Es el espíritu de Estado el que recuperó su lugar en el marxismo, debido a una razón puramente material: la organización de los obreros socialistas como partido político.

En el **Estudio sobre el socialismo científico**, escrito en 1883 por Gabriel Deville y editado como prefacio de su análisis de **El Capital**, se lee: "Contrariamente a lo que afirma cierto burgués que ha entrado en el socialismo como el gusano en la fruta, para satisfacer sus apetitos malsanos desorganizándolo,<sup>84</sup> el Estado no es el conjunto de los servicios públicos ya constituidos, es decir, algo que no necesita más que de correcciones aquí y allá. No se trata de perfeccionar el Estado, sino de suprimirlo... Para destruir algo, no es un buen sistema comenzar por fortificarlo. Y favorecer la acumulación del Estado de los medios de producción, es decir, de dominación, sería aumentar su capacidad de resistencia".<sup>85</sup> Podríamos citar muchas otras opiniones emitidas en la misma época sobre el peligro que corre el socialismo por la extensión de los servicios públicos.

Creo que si Engels escribió su libro sobre **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**, es porque tenía la idea de mostrar a través de la historia que la existencia del Estado no es tan necesaria como piensan muchas personas. Se leen allí, por ejemplo, estas conclusiones: "Al llegar a cierta fase del desarrollo económico, que estaba ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, esta división hizo del Estado una necesidad. Ahora nos aproximamos con rapidez a una fase de desarrollo de la producción en que la existencia de estas clases no sólo deja de ser una necesidad, sino que se convierte positivamente en un obstáculo para la producción. Las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como surgieron en su día. *Con la desaparición de las clases desaparecerá inevitablemente el Estado.* La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado allí a donde desde entonces estará su sitio: el museo de antigüedades".<sup>86</sup>

Para comprender bien la transformación que se ha operado en el pensamiento socialista, debemos examinar cuál es la composición del Estado moderno. Es un cuerpo de Intelectuales investido de privilegios, que posee medios llamados políticos para defenderse contra los ataques que le proponen otros grupos de Intelectuales, ávidos de poseer los beneficios de los empleos

públicos. Los partidos se constituyen para conquistar estos empleos, y son análogos al Estado. Podríamos por lo tanto precisar la fórmula que Marx postuló en el **Manifiesto Comunista**: "Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías".<sup>87</sup> diríamos que todas nuestras crisis políticas consisten en el desplazamiento de Intelectuales por otros Intelectuales. Por eso, siempre tienen como resultado mantener el Estado, y a veces incluso reforzarlo, aumentando el número de los co-interesados en su suerte.

Marx oponía la revolución proletaria a todas aquellas que han quedado en la historia. Consideraba que esta revolución futura estaba destinada a hacer desaparecer a "toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial".<sup>88</sup> Tal fenómeno implicaría la desaparición de los de las fortalezas de los Intelectuales, que son el Estado y los partidos políticos. En la concepción marxista, la revolución es realizada por los productores, quienes, habituados al régimen de taller de la gran industria, reducen a los Intelectuales a no ser más que empleados de oficina, cumpliendo la menor cantidad de tareas posible. En efecto, todos saben que mientras más débil sea su personal administrativo mejor conducido se considera un negocio.

Pueden encontrarse muchos testimonios relativos a las opiniones de Marx sobre los Intelectuales revolucionarios en la circular de la Internacional del 21 de julio de 1873. Importa muy poco si los hechos por los que se acusa a los amigos de Bakunin son rigurosamente exactos; todo lo que importa es la apreciación que hace Marx de esos hechos. Lo que se reprueba con la mayor energía es todo el blanquismo, con sus estados-mayores burgueses.

Marx le reprocha a su adversario haber formado una asociación política tan autoritaria que se podría creer que está inspirada por un espíritu bonapartista.<sup>89</sup> "Hemos reconstituido así todos los elementos del Estado autoritario, y con más fuerza que antes. Importa poco si a esa maquinaria le damos el nombre de *Comuna revolucionaria organizada de abajo hacia arriba*. Además, Bakunin califica a su organización de Estado revolucionario nuevo".<sup>90</sup> Encabezando esta asociación estaban los principales destinatarios de la cólera de Marx, sus iniciadores burgueses: "Decir que los cien hermanos internacionales deben servir de intermediarios entre la idea revolucionaria y los instintos populares es cavar un abismo infranqueable entre la idea revolucionaria aliancista y las masas proletarias; es proclamar la imposibilidad de reclutar cien guardias fuera de las clases privilegiadas". De este modo, habría un estado-mayor de burgueses revolucionarios, que trabaja sobre las ideas y le dicen al pueblo lo que debe pensar, y un ejército popular que queda como *carne de cañón*, de acuerdo a la expresión de Marx.<sup>91</sup>

Es sobre todo contra los "aliancistas" italianos que encontramos

<sup>84</sup> Se trata de Paul Brousse, antiguo amigo de Bakunin, que se había convertido en el jefe del partido de las reformas; de ahí provenía el nombre de *possibilistas* que se les daba a sus amigos. Seguía la política que debía convertirse en la del partido socialista actual: intentar emplear la potencia de la administración para mejorar la situación de ciertos grupos de trabajadores, y pronunciar en la ocasión discursos revolucionarios. Una crítica muy violenta de esta política encabeza la primera edición del **Programa del Partido Obrero Francés**, publicada en 1883; esta introducción desapareció de las ediciones actuales.

<sup>85</sup> Gabriel Deville, *op. cit.*, pp. 16-17.

<sup>86</sup> Engels, **Orígenes de la sociedad**, trad. francesa, p. 281 [**El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**, Moscú, Progreso, 1981].

<sup>87</sup> **Manifiesto Comunista**, p. 39.

<sup>88</sup> *Op. cit.*

<sup>89</sup> **L'Alliance de la démocratie**, p. 11.

<sup>90</sup> **L'Alliance de la démocratie**, p. 14.

<sup>91</sup> **L'Alliance de la démocratie**, p. 15.

los reproches más violentos. Como Bakunin, en una carta del 5 de abril de 1872, se había congratulado de que en Italia existía "una juventud ardiente, enérgica, completamente desplazada,<sup>92</sup> sin carrera y sin salida [que se arrojaba] perdiendo la cabeza hacia el socialismo revolucionario", Marx señalaba al respecto lo siguiente: "Todas las supuestas secciones de la Internacional italiana están dirigidas por abogados sin causas, médicos sin enfermos ni ciencia, estudiantes de billar, viajeros y otros empleados de comercio, y sobre todo periodistas de la pequeña prensa... Apropiándose de todos los cargos oficiales de las secciones, la Alianza logró forzar a los obreros italianos a que, para entrar en comunicación entre ellos y con los otros consejos de la Internacional, tuvieran que pasar por las manos de los aliancistas desclasados que encontrarán en la Internacional una carrera y una salida".<sup>93</sup>

Es difícil mostrar un desagrado mayor por la invasión de organizaciones proletarias por parte de intelectuales que traen los hábitos de las *máquinas políticas*. Marx percibe muy claramente que tal forma de proceder no puede llevar a la emancipación del mundo de los productores. ¿Cómo podrían éstos poseer la capacidad necesaria para dirigir la industria, si se los obliga a colocarse bajo la tutela de los políticos para organizarse? Este es un absurdo que a Marx no podía dejar de parecerle indignante.

c) Probablemente Bernstein no se equivocaba cuando estimaba que Marx fue llevado a mostrar simpatías por el blanquismo debido a la similitud que creía percibir entre la revolución blanquista y el cambio brusco que la dialéctica hegeliana le había hecho concebir en la historia próxima.<sup>94</sup> Pero Bernstein se equivoca cuando supone que existe una analogía fundamental entre las ideas blanquistas y las concepciones que Marx deduce del hegelianismo; sólo hay una analogía accidental respecto al aspecto que tomaron los acontecimientos de 1848. Para esa época se plagiaba tanto como se pudiera a la Revolución, y más adelante Marx habría de tratar como farsa a esta imitación de los hombres del '93. Los blanquistas, pobremente provistos de ideas, no veían ninguna dificultad en proceder como en los años del Terror: medidas dictatoriales a favor de los pobres, proscripciones y transformaciones tan rápidas que toda contraofensiva de los adversarios exigía una contrarrevolución que tendría que ser muy peligrosa para la seguridad de los nuevos intereses; después de la Revolución Francesa, los temores de ese peligro, constituirían una garantía muy fuerte a favor de los resultados obtenidos. El blanquismo sabía que no tenía demasiada influencia en el país; debía tener un programa de revolución concentrada, y quería dar el salto hacia una época nueva con la misma audacia con la que se hace suceder a dos contrarios en la dialéctica de la escuela hegeliana.

El blanquismo no estaba necesariamente apegado a la idea de una revolución absoluta; como todos los partidos, tuvo que tomar una actitud variable, de acuerdo a sus intereses políticos. Desde

el momento en que estuvo seguro de que en Francia el apoyo de un diputado socialista era de utilidad,<sup>95</sup> el partido revolucionario no despreció los medios de influencia que podía obtener de sus relaciones con el gobierno.

La dialéctica hegeliana había llevado a Marx a adoptar una forma de concebir la revolución que hace imposible esta evolución que sufrió el blanquismo, como la debe sufrir todo partido político. Bernstein es muy crítico de esta dialéctica hegeliana, debido a que concentra a la revolución en un solo acto, lo que le parece poco compatible con las necesidades de la vida política en nuestros países modernos. De haber ido hasta el fondo de la cuestión, hubiera reconocido algo todavía más importante: que su maestro describió siempre a la revolución bajo una forma mítica, y que, en consecuencia, el acuerdo entre el marxismo y el blanquismo sólo era aparente. El primero habla de una conmoción ideal, que expresa en imágenes, mientras que el segundo habla de un cambio que supone dirigir en razón de las circunstancias que se presentan.

El penúltimo capítulo del primer volumen del **Capital** no puede dejar ninguna duda sobre el teoría de Marx; presenta a la tendencia general del capitalismo por medio de fórmulas que muchas veces serían muy discutibles, si se las aplicara al pie de la letra a los fenómenos de su época, y todavía con más razón a los actuales. Podría decirse, y se ha dicho, que las esperanzas revolucionarias del marxismo eran vanas, puesto que los trazos de ese cuadro perdieron su realidad. Se ha vertido una infinita cantidad de tinta a propósito de esta catástrofe final que debía estallar luego de una revuelta de los trabajadores. No hay que tomar este texto al pie de la letra; estamos en presencia de lo que he denominado una *mito social*. Tenemos un esbozo muy colorido, que da una idea muy clara del cambio, pero del cual ningún detalle podría discutirse como un hecho histórico previsible.<sup>96</sup>

Al buscar de qué forma los espíritus se han preparado para las revoluciones, es sencillo reconocer que siempre recurrieron a mitos sociales, cuyas fórmulas variaron de acuerdo a la época. Nuestro tiempo exige una literatura más sobria que la que se utilizaba en el pasado, y Marx tuvo el mérito de desembarazar a su mito revolucionario de todas las fantasmagorías que tantas veces han hecho buscar una tierra de Jauja.

El mito no se presta a una descomposición del cambio en capas sucesivas, de las que fuera posible hacer una serie y que, desplegadas a lo largo de un extendido espacio de tiempo, pudieran ser vistas como formando una evolución. Esta transformación es

<sup>92</sup> Evidentemente, debe entenderse por esto: desclasada.

<sup>93</sup> *L'Alliance de la démocratie*, pp. 48-49.

<sup>94</sup> Bernstein, *op. cit.*, p. 49. Bernstein creía que 48 horas bastarían para cambiar la orientación de una sociedad.

<sup>95</sup> Todos los periódicos han citado a menudo ejemplos en este sentido.

<sup>96</sup> Señalé esta explicación en 1900, en el Prefacio a la edición francesa del *Socialismo* de Colajanni, p. XII; la retomé al final de la *Introduction à l'économie moderne*, y usé en gran medida los mitos sociales en las **Reflexiones sobre la violencia**. Se me objetó que Marx no parece haber sospechado nunca que empleaba imágenes míticas; esto es porque era muy apasionado y porque, en muchas ocasiones, la pasión le impidió reconocer realidades muy claras. Por otro lado, los hombres de acción perderían toda fuerza de iniciativa si razonaran con el rigor de un historiador crítico. [N. del T.: en la 1ª edición la nota sólo consistía en una referencia a la *Introduction...*; el resto fue agregado en la 2ª.]



necesaria en toda acción llevada adelante por un partido político, y se ha operado cada vez que los socialistas han entrado a los parlamentos. Es imposible con el mito, que presenta a la revolución en bloque, como una totalidad indivisible.<sup>97</sup>

## VI

### Renacimiento de la idea revolucionaria: papel de Ferdinand Pelloutier

Reacción del sindicalismo sobre los marxistas

Depuración del marxismo — Huelga general

La democracia y el *tradeunionismo* protegido

Imposibilidad de prever el futuro — Los renacimientos

El análisis anterior nos lleva a reconocer que el marxismo no se podría transformar como lo pensaba Bernstein: no se lo podría conciliar con un proyecto de organización industrial y política, ni tampoco con una doctrina sobre la justicia que permita juzgar a los jefes de talleres y de Estados. Está encerrado por entero en la preparación del proletariado revolucionario, por lo que no es apto para razonar sobre los que mandan en la sociedad, de quienes los utopistas no dejan de ocuparse. Se debería decir del marxismo que es una *filosofía de los brazos* y no una *filosofía de las cabezas*,<sup>98</sup> ya que sólo tiene una cosa en mente: llevar a la clase obrera a comprender que todo su futuro depende de la noción de lucha de clases; comprometerla en un camino en el que, organizándose para la lucha, pueda encontrar los medios para prescindir de sus patrones; persuadirla de que no debe tomar ningún ejemplo de la burguesía. Por otro lado, no se podría confundir al marxismo con los partidos políticos, por más revolucionarios que sean, porque éstos están obligados a funcionar como los partidos burgueses, modificando su actitud de acuerdo a las necesidades que imponen las circunstancias electorales, y llegando a acuerdos por necesidad con otros grupos que tienen clientelas electorales análogas, mientras que el marxismo sigue invariablemente ligado a la consideración de una revolución absoluta.

Hace algunos años se podría haber pensado que los tiempos del marxismo ya habían pasado, y que como muchas otras doctrinas filosóficas iba a tener que ocupar su lugar en la necrópolis de los dioses muertos; únicamente un accidente histórico podría devolverle la vida. Para eso, haría falta que el proletariado se organizara con intenciones netamente revolucionarias, es decir, manteniéndose completamente por fuera de la burguesía.

Distintas circunstancias llevaron a ciertas personas, que habían visto de cerca las formas de actuar de los políticos, a intentar llevar a cabo un esfuerzo en ese sentido. Es extremadamente notable que no conocieran al marxismo más que de una forma muy superficial: sin duda, habían leído los folletos y periódicos gues-

distas, en los cuales no habían encontrado nada que pudiera darles alguna satisfacción. Las fórmulas en las que se resumía al marxismo en Francia les parecían inútiles, falsas, o susceptibles de enredar las ideas.

Uno de los propagandistas del sindicalismo revolucionario y anti-político fue Fernand Pelloutier, sobre cuyo mérito no se podría insistir demasiado. En otro lugar escribí: "Llevado a la flor de la edad por una atroz enfermedad, muerto en condiciones cercanas a la miseria",<sup>99</sup> Pelloutier no pudo dar en sus escritos más que una idea muy pobre de lo que hubiera podido producir. Pero cuando llegue la hora de la justicia histórica, se le rendirá homenaje a las tareas tan importantes que comenzó, y este gran socialista será ilustre, mientras que se habrá olvidado desde mucho tiempo atrás a los que ocupan los primeros lugares en nuestros parlamentos, y que representan el socialismo a ojos de los maravillados burgueses.<sup>100</sup>

Pelloutier tenía un sentido muy claro de la necesidad de fundar al socialismo actual sobre una separación absoluta de las clases, y sobre el abandono de cualquier esperanza de una renovación política. Veía en las Bolsas de Trabajo la organización más completa de las tendencias revolucionarias del proletariado; en 1900 invitaba a todos los que no quisieran alistarse en el "partido" a "proseguir más metódicamente y más obstinadamente que nunca la obra de educación moral, administrativa y técnica necesaria para hacer viable una sociedad de hombres libres". En el mismo folleto decía que es necesario "probarle experimentalmente a la multitud obrera, en el seno de sus propias instituciones, que es posible un gobierno [propio y por sí misma], así como armarlo contra las sugerencias irritantes del capitalismo".<sup>101</sup>

Al seguir de cerca esta organización del sindicalismo revolucionario y adversario de los políticos, ciertas personas que habían reflexionado largamente sobre el marxismo se dieron cuenta de que el nuevo movimiento ofrecía singulares analogías con la doctrina de su maestro. Constataron también que los jefes de los partidos socialistas sólo podían decir sobre estos temas cosas de una pobreza desesperante. Hasta entonces se había reivindicado para el marxismo la comprensión de la preparación revolucionaria del proletariado,<sup>102</sup> y se veía que los doctores del marxismo estaban desorientados frente a una organización concebida de acuerdo al principio de la lucha de clases, entendida de manera estricta. Para salir del atolladero, estos doctores denunciaron indignados una contraofensiva del anarquismo, dado que muchos anarquistas, por consejo de Pelloutier, habían entrado en los sin-

<sup>97</sup> Cfr. la "Carta a Daniel Halévy", que forma el Prefacio de las **Reflexiones sobre la violencia**.

<sup>98</sup> Llamé la atención sobre este punto en los *Insegnamenti sociali*.

<sup>99</sup> Georges Sorel, *Insegnamenti sociali*, pp. 53-54.

<sup>100</sup> Pelloutier definió de este modo el papel de los militantes, tal y como él lo practicaba: "Puros de toda ambición, pródigos con nuestras fuerzas, dispuestos a comprometer a nuestras personas en todos los cambios de batalla, y luego de haber vapuleado a la policía y mofarnos del ejército, a retomar impasibles las pesadas tareas sindicales, oscuras pero fecundas" (Fernand Pelloutier, *Le Congrès général du Parti socialiste français*, p. VII).

<sup>101</sup> Fernand Pelloutier, *op. cit.*, p. VIII.

<sup>102</sup> Antonio Labriola, *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire*, trad. franc., 1ª edición, pp. 40-41 [**La concepción materialista de la historia**, La Habana, Ciencias Sociales, 1970].



dicatos y en las Bolsas de Trabajo. Pero las palabras importan poco al que quiere ir hasta el fondo de las cosas; el culto de las etiquetas es bueno para los parlamentarios.

La *nueva escuela* sólo pudo adquirir lentamente una idea de su independencia en relación con los antiguos partidos socialistas. No pretendía formar un partido nuevo, que viniera a disputarles a los demás su clientela obrera; su ambición era muy distinta, era comprender la naturaleza del movimiento que para todos parecía ininteligible. Procedió de forma completamente distinta a lo que hiciera Bernstein: fue rechazando de a poco todas las fórmulas que provenían tanto del utopismo como del blanquismo, purgando así al marxismo tradicional de todo lo que no era específicamente marxista, y buscando conservar sólo lo que de acuerdo a ella era el núcleo de la doctrina, lo que le aseguraba la gloria a Marx.

Los autores que habían criticado a Marx le habían reprochado haber hablado en un lenguaje lleno de imágenes, que no les parecía conveniente para una investigación que pretendiera ser científica. Por el contrario, son las partes simbólicas, que antaño se consideraban de dudoso valor, las que representan el valor definitivo de la obra.<sup>103</sup>

Se descubre así que la catástrofe —la gran piedra del escándalo para los socialistas que querían que el marxismo fuera acorde a la práctica de los políticos de la democracia— se corresponde perfectamente con la huelga general, que para los sindicalistas revolucionarios representa el advenimiento del mundo futuro. No se puede acusar a éstos de haber sido engañados por la dialéctica hegeliana, y tampoco son imitadores del blanquismo, dado que rechazan la dirección de los políticos, incluso de los más avanzados. Así, por la observación de los hechos que se manifiestan en el proletariado, llegamos a comprender el valor de las imágenes que emplea Marx, y éstas a su vez nos permiten apreciar mejor el alcance del movimiento obrero.

Del mismo modo, la noción de lucha de clases había permanecido como algo bastante vago mientras no se tuvo frente a los ojos a organizaciones obreras concebidas como lo hacía Pelloutier, como organizaciones de productores que conducen sus asuntos por sí mismos, sin tener necesidad de recurrir a las luces que poseen los representantes de las ideologías burguesas. En el folleto ya citado, Pelloutier exponía la situación de sus amigos del siguiente modo: “Proscritos del Partido, debido a que, sin ser menos revolucionarios que Vaillant y Guesde, y tan resueltamente partidarios de la supresión de la propiedad individual, somos además lo que ellos no son, rebeldes a toda hora, hombres verdaderamente sin dios, sin patrón y sin patria, enemigos irreconciliables de todo despotismo, moral o material, individual o colectivo, es decir,

de las leyes y las dictaduras (incluidas la del proletariado) y amantes apasionados de la cultura de sí”.<sup>104</sup> Hombres animados con sentimientos de este tipo no pueden más que poner en práctica la doctrina de la lucha de clases, bajo una forma rigurosa.

Los esfuerzos que el gobierno francés realizó después del *affaire Dreyfus* para granjearse la buena voluntad de las personas más destacadas del mundo obrero contribuyeron en mucho para dejar en claro la naturaleza de las relaciones que existen entre el socialismo y la democracia. Dado que hoy en día la evolución está de moda, era imposible que no se considerara a la democracia como una etapa entre la sociedad aristocrática del Antiguo Régimen y el socialismo: nobles, burgueses, pequeños burgueses, obreros; la escala descendiente de las fortunas correspondería a un movimiento hacia el gobierno de los más pobres. Marx creía que el régimen democrático tiene como ventaja que la noción de lucha de clases se hace mucho más fácil de entender, dado que la atención de los obreros ya no se veía atraída por las luchas contra la realeza o la aristocracia. Por el contrario, la experiencia nos enseña que la democracia puede trabajar eficazmente para impedir el progreso del socialismo, orientando al pensamiento obrero hacia un *tradeunionismo* protegido por el gobierno. Este peligro de la democracia aparece con gran claridad desde que tenemos frente a los ojos dos formas opuestas de organización sindical.

Así, nos vemos llevados a observar con desconfianza las revoluciones políticas, que no son posibles sin que el partido que triunfa tenga detrás de sí a las masas obreras organizadas. Una campaña en común contra el poder permite anudar relaciones que pueden preparar una evolución del sindicalismo hacia el *tradeunionismo* protegido. Los católicos realizan los mayores esfuerzos para agrupar trabajadores en sindicatos a los que les prometen el oro y el moro, con la esperanza de atemorizar a los políticos radicales y salvar a la Iglesia. El *affaire Dreyfus* puede muy bien compararse con una revolución política: hubiera resultado en una deformación completa del socialismo, de no ser porque la entrada de muchos anarquistas en los sindicatos hizo que para esa época éstos se orientaran hacia el sindicalismo revolucionario, reforzando la noción de lucha de clases.

No debemos esperar que el movimiento revolucionario pueda seguir nunca una dirección convenientemente determinada de antemano, ni que pueda ser conducido de acuerdo a un plan maestro, como la conquista de un país, o que se lo pueda estudiar científicamente desde otra época que no sea su presente.<sup>105</sup> Todo en él es imprevisible.<sup>106</sup>

<sup>103</sup> N. de. T.: en la edición original, el párrafo termina con estas frases: “Gracias a las enseñanzas de Bergson, hoy sabemos que el movimiento se expresa sobre todo por medio de imágenes, que las fórmulas míticas son las que encierran el pensamiento fundamental de un filósofo, y que la metafísica no podría utilizar el lenguaje apropiado para la ciencia. Por otro lado, la *nueva escuela* sólo pudo llegar a una inteligencia completa del sindicalismo revolucionario recurriendo a esas partes que por mucho tiempo se dejaron de lado.”

<sup>104</sup> Pelloutier, *op. cit.*, p. VII.

<sup>105</sup> Una de las mayores ilusiones de los utopistas ha sido creer que se puede deducir el plano del futuro cuando se conoce bien al presente. Contra tal ilusión, ver lo que dice Bergson en *L'Évolution créatrice*, en particular las pp. 17, 57, 369. Bergson compara nuestra personalidad con “una punta que se inserta en el futuro penetrándolo sin cesar” (p. 219 [*La evolución creadora*, en *Obras escogidas*, México, Aguilar, 1963, p. 612]); esta bella imagen muestra bien cómo la previsión es imposible para nuestra inteligencia.

<sup>106</sup> En la edición original, finalizaba de este modo: “Tampoco debemos subvertirnos contra los hechos que parecen alejar el día de la victoria, como tantas veces lo hicieron los antiguos teóricos del socialismo”. N. del T.



Debemos estar preparados para encontrarnos con muchas desviaciones que parecerán volver a poner todo en cuestión. Habrá momentos en los que se creará perdido todo lo que se había visto como adquirido definitivamente. En ciertos momentos incluso podrá parecer que el *tradeunionismo* será victorioso. Es justamente por este carácter del nuevo movimiento revolucionario que debemos evitar dar fórmulas que no sean fórmulas míticas: la desproporción que existiría entre el estado realizado y el estado esperado podría llevar al desaliento. La experiencia nos muestra que por esta vía muchos excelentes socialistas se vieron llevados a abandonar el partido.

Cuando nos sorprenda el desaliento, recordemos la historia de la Iglesia, una historia sorprendente, que desconcierta todos los razonamientos de los políticos, los eruditos y los filósofos, que a veces podría creerse que fue conducida por un genio irónico al que le gustara acumular absurdos, y en la que el desarrollo de las instituciones estuvo atravesado por mil accidentes. En muchas ocasiones las personas más reflexivas pudieron decir que su desaparición no era más que cuestión de algunos años, y sin embargo sus aparentes agonías fueron sucedidas por momentos de rejuvenecimiento.

Quienes hacen la apología del catolicismo se sintieron tan impactados por la incoherencia que presenta esta historia que pretendieron que no se la podría explicar sin hacer intervenir los designios misteriosos de la Providencia. Considero las cosas desde un aspecto más simple: veo que la Iglesia se ha salvado a pesar de las faltas de los jefes, gracias a las organizaciones espontáneas; en cada momento de rejuvenecimiento se constituyeron nuevos órdenes religiosos, que sostuvieron al edificio en ruinas, e incluso lo volvieron a levantar.<sup>107</sup> Ese papel de los monjes no deja de tener analogías con el de los sindicatos revolucionarios que salvan al socialismo: las desviaciones hacia el *tradeunionismo*, que son la amenaza siempre temible para el socialismo, hacen recordar esos relajamientos de las reglas monásticas que terminan por hacer desaparecer la separación que sus fundadores habían querido establecer entre sus disciplinas y el mundo.

La experiencia prodigiosa que nos ofrece la historia de la Iglesia es perfectamente conveniente para alentar a los que fundan grandes esperanzas en el sindicalismo revolucionario, y que aconsejan a los obreros que no busquen ninguna alianza sabiamente política con los partidos burgueses. Porque la Iglesia sacó más provecho de los esfuerzos que tendían a separarla del mundo, que de las alianzas que acordaron papas y príncipes.

[Traducción de Daniel Szabón a partir de :  
Georges Sorel, **La décomposition du marxisme**,  
París, Marcel Riviere, 1910, 2ª edición].

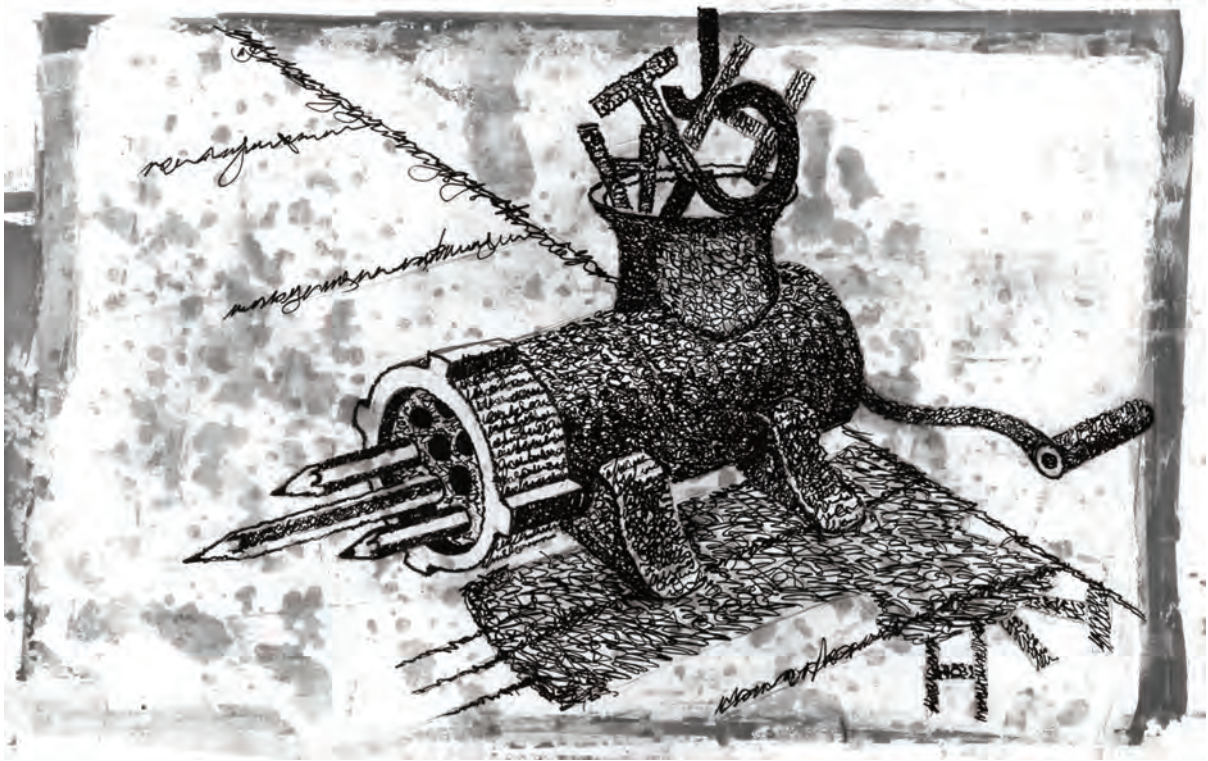
<sup>107</sup> En un pasaje citado a menudo, Maquiavelo dice que la religión hubiera desaparecido si San Francisco y Santo Domingo no la hubieran devuelto a sus principios en sus órdenes mendicantes (*Décades*, III, I [*Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Buenos Aires, Losada, 2004]). De acuerdo a una célebre leyenda, Inocencio III habría tenido una visión en la que San Francisco (otros dicen Santo Domingo) sostenía a la iglesia de Latran, amenazada por la ruina. [N. del T.: en la 1ª edición la nota sólo decía: "Es una concepción de la actividad de los primeros franciscanos que fue muy popular en la Edad Media].

## Una encuesta de *Políticas de la Memoria*

# Peronismo y Cultura de Izquierdas

---

El ascenso y la hegemonía política del kirchnerismo configuran una experiencia de indudable impacto en la historia contemporánea argentina. Al asumir decididamente algunas banderas progresistas, y al recubrirlas de una retórica que hace gala de una vocación transformadora y de justicia, el kirchnerismo cautivó a porciones significativas de las sensibilidades afines a las izquierdas. Como supo señalar Carlos Altamirano en el prólogo a la reedición de su **Peronismo y cultura de izquierda** de 2011, el movimiento encabezado por Néstor y Cristina Kirchner ha prohiado una renovada zona de contacto entre esos dos polos evocados en el título de su libro, una situación difícilmente imaginable una década atrás. Así dispuesto el escenario, hay que decir que el debate en torno a este fenómeno, acerca de sus raíces en el pasado y sus implicancias presentes y futuras, está lejos de haberse agotado. Puede decirse que una corriente de opinión orbita en torno a la creencia de que el kirchnerismo constituye una oportunidad única de cambio en la historia de un país que ha navegado varias crisis en las últimas décadas, y que el peronismo es la única fuerza capaz de llevar a cabo políticas de transformación social; mientras que otra desgrana argumentos que buscan poner en duda que los resultados reales de la política practicada por el kirchnerismo tengan como correlato una efectiva radicalización de la democracia, al tiempo que advierte acerca del pesado lastre que el rumbo estratégico de desarrollo elegido puede traer aparejado para las generaciones venideras. Con todo, el tono encendidamente ideológico y las asperezas propias de las coyunturas políticas han tendido a imantar las diversas posturas a los casilleros preestablecidos de “kirchnerismo” y “anti-kirchnerismo”. Ante este marco, desde **Políticas de la Memoria**, el anuario de investigación e información del CeDInCI, que cuenta entre sus principales propósitos la interrogación crítica del pasado y el presente de las izquierdas argentinas y mundiales, se propone disponer un espacio para este importante debate bajo la forma de una encuesta a una serie significativa de intelectuales, militantes y figuras del espacio cultural y político.



- 1) Si es cierto que la cultura de izquierdas remite a la tradición ilustrada, y la cultura peronista (hoy hegemónica) proviene, vía el nacionalismo, de la tradición historicista romántica, ¿cualquier futuro para la izquierda debería implicar deshacerse de sus raíces iluministas o bien reafirmar las promesas incumplidas de la modernidad? ¿Cree usted que la tradición de izquierdas debería buscar algún tipo de aproximación, articulación o síntesis con la tradición historicista-romántica-nacionalista? ¿O debería actualizar su programa teórico y político sobre la base de una reafirmación crítica de su tradición histórica? ¿Qué retos adicionales le ha planteado a estas tensiones el escenario así llamado posmoderno?
  
- 2) Se ha señalado que la cultura de izquierdas, de hondas raíces en la Argentina de 1890-1943, quedó condenada a la marginalidad desde la emergencia del peronismo y hasta el presente. Se ha dicho también que la cultura de izquierdas, si bien se reactiva en momentos críticos (1955-58, 1969-73, 1982-83; 1989, 2001-02), queda restringida al catastrofismo y la testimonialidad cuando el peronismo logra rehacer su hegemonía. ¿Cree usted que el único lugar que le queda la izquierda es el de la espera mesiánica del momento de la Gran Crisis, o puede construir, incluso en el marco de la hegemonía peronista/kirchnerista, poder social y político? En ese caso, ¿dónde anida hoy la cultura de izquierdas?

## Zona de tensión

# Encuesta sobre peronismo y cultura de izquierdas

Gerardo Aboy Carlés / Ezequiel Adamovsky / Gonzalo Aguilar / Eduardo Anguita / Martín Bergel / José Pablo Feinmann / José Fernández Vega / Nicolás Freibrun / Alejandro Grimson / Roberto Jacoby / Alejandro Kaufman / Martín Mosquera / Amílcar Salas Oroño / Jorge Sanmartino / Beatriz Sarlo / Daniel Szabón / Pablo Solana / Pablo Stefanoni / Horacio Tarcus

### Gerardo Aboy Carlés

#### 1.

Las tradiciones político intelectuales suelen ser un complejo artificio del historiador. Si bien autores y actores declaran muchas veces por sí mismos esta inscripción, lo cierto es que en general elementos característicos de tradiciones supuestamente antagónicas se encuentran muchas veces yuxtapuestos o hibridados en discursos sincréticos más o menos acabados. Hay en la re-construcción de tradiciones mucho de aquellos intentos de esbozar tipologías ideales que buscaban construir una síntesis paradigmática a partir de ciertos rasgos distintivos de dudosa encarnadura empírica. La tradición historicista romántica aparece como el nombre con el que se caracteriza a una serie de discursos que reaccionaron polémicamente al pensamiento que nutrió las revoluciones de los siglos XVII y particularmente XVIII, comúnmente denominada como tradición ilustrada. La apelación a derechos universales del Hombre, independientemente de lugar y circunstancias, encontraría un límite infranqueable en la irónica sentencia de de Maistre “no hay *hombres* en el mundo. Durante mi vida he visto franceses, italianos, rusos, etc; sé incluso, gracias a Montesquieu, que se puede ser persa: pero en cuanto al *hombre*, declaro no haberlo encontrado en mi vida; si existe, es en mi total ignorancia.”

Suele suceder que nos encontremos con figuras cuyo encasillamiento no resulte tan sencillo como el de un Paine o un de Maistre. El propio Rousseau, verdadero puente entre ambas tra-

diciones, debería advertirnos sobre los riesgos de ciertos excesos linneanos. Este rodeo me permite confesar sin más cierta incomodidad que siempre me ha producido la sumaria adscripción del pensamiento de izquierda a la tradición ilustrada, un tópico devenido en sentido común. Si cierto es que el ideal de emancipación humana inscribe a la izquierda en la senda iluminista, no menos verdadero es, para dar sólo un ejemplo, que buena parte del holismo del Marx maduro, aquel que en el prólogo del 59 resalta la coacción social sobre la voluntad humana, abrevia directamente, como documentara Engels, en la producción reaccionaria europea de medio siglo atrás. El historicismo marxista que alcanza su máxima expresión en el Gramsci de los **Cuadernos** fue un intento de producir categorías capaces de mediar entre aspiraciones universales y realidades particulares.

En la realidad argentina esta situación es aún más compleja y ello no sólo por las aristas románticas que rodearon el desembarco de la nominación *socialista* en estas costas. La creciente separación entre las fuerzas orgánicas de izquierda y los movimientos nacional-populares ha reforzado retroactivamente la imagen de una exclusión que no hace justicia al complejo debate de ideas de las primeras décadas del siglo pasado, debate que se reactivaría a fines de los años cincuenta. Como ocurriría poco después en Perú, donde el indigenismo de izquierda y el APRA construirían una filiación en el romanticismo renaniano de González Prada, en nuestro caso, la Reforma Universitaria fue un verdadero laboratorio de esas articulaciones dispares. El antiguo refor-





mista devenido yrigoyenista, Gabriel del Mazo, es tal vez uno de los intelectuales políticos más importantes y relegados por nuestra historiografía. Reformista de izquierda, construirá en las décadas siguientes la obra más importante de hibridación entre el decadentismo de matriz reaccionaria y un programa de izquierda democrática. Sus epígonos son los cultores del nacionalismo de izquierda de las décadas del 50 y 60, de Ramos y Hernández Arregui a Puiggrós y Astesano, quienes navegarían las aguas de la nacionalización de las izquierdas que siguieron a Argelia y Cuba.

Estimo que los puentes entre lo que llamamos tradiciones encontradas son más amplios que lo que comúnmente se señala. En buena medida, es el desplazamiento en la representación de sectores subalternos por fuerzas que hicieron énfasis en la idea de nación lo que tendió a ocultar esta circunstancia y lo que produjo que la izquierda organizada volviera sus ojos hacia el siglo XIX, en un gesto tan decadentista de encontrar paraísos perdidos como el que crecientemente desarrollaron sus rivales nacionales respecto de opuestas deidades.

Creo que el escenario intelectual abierto hace unas décadas, con el quiebre de los grandes relatos y la puesta en cuestión de todo universal considerado como un "particular generalizado" potencia los espacios para pensar mediaciones entre ambas tradiciones, entre aquellas aspiraciones universales y realidades particulares que mencionamos.

## 2.

El primer dato que me parece necesario destacar es que la cultura de izquierda permea distintos espacios sociales, culturales y políticos de la sociedad. Desde organizaciones sociales y áreas del sindicalismo hasta fuerzas político partidarias, están atravesadas por aspiraciones, prácticas y esquemas de comprensión del mundo que reconocen una raigambre en lo que comúnmente llamamos "tradición de izquierda". Las organizaciones que se autodefinen como de "izquierda" están muy lejos de monopolizar la representación de un espacio que las trasciende holgadamente y, aunque en alguna oportunidad puedan abrirse a un discurso más amplio y menos excluyente, estimo que esta aparente debilidad de la izquierda organizada es la contracara de una mayor gravitación comunitaria. Cualquier cartografía de la izquierda que intente ubicarla en espacios excluyentes: el oficialismo o la oposición, el sistema político o la sociedad, es una empresa hoy destinada al fracaso. Del oficialismo al FAP y el FIT o incluso franjas del radicalismo, de organizaciones sociales territoriales a comisiones internas, cierta sensibilidad de izquierda tanto en su formato tradicional como en versiones hibridadas en cierto nacionalismo popular, parece un dato incontestable. La heterogeneidad es muy amplia, al punto de que distintas franjas del pensamiento de izquierda encuentran una mayor comunidad en la acción con sectores ajenos a ese universo que entre sí mismas, un dato que no es una exclusiva novedad argentina ni latinoamericana.

El actual oficialismo nunca monopolizó la representación del peronismo. Junto al más evidente aporte de la izquierda nacional-popular cobijó cuadros y organizaciones provenientes de la izquierda reformista que sufrieron la frustración de experiencias coalicionales previas. Ello parece un dato insoslayable de la experiencia

iniciada en 2003 independientemente de cualquier metamorfosis que pueda tener lugar en nuestros días.

Indudablemente, cierta mayor plasticidad de las experiencias nacional-populares para vertebrar identidades que superasen el esquema económico corporativo tendió a marginalizar tanto a las organizaciones de la izquierda tradicional como a sus intelectuales políticos. En ese marco, su devenir fue dispar: algunos se sumaron a los movimientos nacional-populares impregnando con diverso grado de fortuna su devenir (en el caso del peronismo esta incorporación tuvo un papel fundacional en un movimiento ciertamente polifacético), otros optaron por la tan mesiánica como trágica práctica del entrismo; finalmente, quienes se mantuvieron al margen de las nuevas experiencias corrieron dos riesgos: ensayar un decadentismo que añoraba la Argentina prepopulista quedando diluidos en la dinámica de la polarización como actores menores de una reacción tradicional, o, por el contrario, tratar de sostener la identidad en una apuesta catastrófica a la espera de una oportunidad siempre esquiva.

Tal vez, el principal problema de una izquierda que permea importantes espacios de la sociedad y la política argentina no sea ni su dispersión ni su heterogeneidad. Tampoco su ubicación en el oficialismo ni en la oposición, sino su creciente incapacidad para construir poder desde el llano, o para expresar una voz nítida desde un poder en el que no pocas veces consume sus días en batallas ajenas.

## Ezequiel Adamovsky

### 1.

La relación entre Romanticismo e Ilustración no puede plantearse como una oposición excluyente: varias expresiones intelectuales del primero *retoman* aspectos del legado de la Ilustración. En el caso francés, la influencia del Romanticismo se encuentra no sólo entre ultramontanos, sino entre los republicanos o historiadores liberales como Guizot o Thierry. En Argentina, Esteban Echeverría es a la vez una figura crucial de la tradición liberal y uno de los introductores del historicismo romántico y de algunos debates del socialismo europeo. Algunas de las vertientes del Romanticismo efectivamente pueden considerarse una reacción antiilustrada, pero otras son más bien contrarias al capitalismo o al liberalismo, que es otra cuestión.

Lo mismo vale para el nacionalismo: efectivamente, hay uno de raigambre romántica que esencializa a las naciones. Pero el nacionalismo está presente en una gran variedad de tradiciones intelectuales, muchas de las cuales no son románticas (incluyendo algunas de izquierda). Por otra parte, no todas las experiencias llamadas "populistas" movilizaron una ideología nacionalista agresiva: la del propio Perón no exaltaba la idea de una esencia cultural nacional. Su idea de "pueblo" era ciertamente homogeneizadora, pero no más que la que tenían los ilustradísimos jacobinos. Honestamente, no veo que el peronismo haya sido nunca un movimiento "anti-ilustrado" (aunque sí acogió varios intelectuales de esa orientación) sino, en todo caso, antiliberal. Y de todos modos, el peronismo kirchnerista ni siquiera es antiliberal en lo político (salvo retóricamente en algunos temas puntuales, como en su revisionismo histórico).

En referencia a la cultura de izquierda, es incorrecto presentarla como ajena al Romanticismo. Como mostró Michael Löwy, existe una tradición de “romanticismo revolucionario o utópico” que comienza con los jacobinos y continúa en varias expresiones del socialismo europeo, para concluir en el marxismo de Marx, Lukács, Bloch, Benjamin, Marcuse o Mariátegui. Un marxismo radicalmente anti-romántico sólo surgiría con la codificación de las ideas de Marx que realizó Plejanov en su lucha contra los populistas rusos, y que luego se transfirió a toda la Segunda Internacional. A menos que restrinjamos el sentido de “izquierda” a esa versión empobrecida del marxismo, no puede sostenerse que el Romanticismo no sea una de sus fuentes nutrientes.

Por todo lo antedicho, no me parece productivo pensar la relación entre izquierda y peronismo como un problema de conflicto entre Iluminismo y Romanticismo. La tradición de izquierda, tomada en su conjunto, *fue siempre Iluminista y Romántica* en formulaciones variables.

Reformulo entonces la pregunta del siguiente modo: la izquierda argentina se definió a partir de una serie de ideas, valores, prácticas que la tornaban un movimiento distinguible, y que procedían casi todos de la izquierda europea, de modo que podría decirse que formaban parte de una misma tradición. ¿Cómo se vincula esa tradición con el movimiento peronista?

Me valgo de un cierto esquematismo en honor a la brevedad. La tradición de izquierda incluía en Argentina, como elementos centrales: a) un compromiso del mejoramiento de la vida de los trabajadores/oprimidos por vías diversas, pero que siempre incluían algún tipo de antagonismo respecto de la burguesía; b) un repertorio de formas organizativas fundadas en lazos voluntarios y vínculos impersonales de representación; c) un conjunto de valores y consignas asociadas a todo ello (anticlericalismo, antifascismo, internacionalismo, etc.); d) un universo de referencias culturales y morales heredado del “proceso de civilización” europeo, que valoraba positivamente las conductas calificadas como “cultas” o “racionales” de acuerdo a los estándares de la cultura europea e, implícitamente, condenaba moralmente las que se desviaban de esa norma.

La irrupción del peronismo significó una fuerte sacudida para esa tradición, toda vez que hizo propias algunas de sus banderas, pero de modos que interferían fuertemente con otras. Respecto del punto a: el peronismo expresó en diversos momentos una identidad trabajadora con fuertes elementos clasistas. El punto de tensión aquí tenía que ver con la *dirección política* de este movimiento (Perón), que fue anti-clasista, razón por la cual no podía plantearse fácilmente un acercamiento. Este foco de tensión continúa hoy, en otro formato. El kirchnerismo no promueve el clasismo en absoluto, pero sí coquetea con un discurso “antioligárquico” y, si bien no toma medidas intrínsecamente contrarias al capital, no cabe duda que sus políticas promueven una distribución del ingreso algo mejor que la que tendríamos con otros partidos en el poder. Ya que el propio movimiento obrero ha perdido bastante del clasismo cultural que conservaba en los años cuarenta, el contexto invita a volver a utilizar un esquema derecha-izquierda para organizar el arco político, esquema en el que el kirchnerismo ocuparía la “centroizquierda”. Y eso, naturalmente, vuelve a poner en aprietos a la izquierda, toda vez que inevitablemente disputa un espacio con superposiciones.

Sobre el punto b: en el peronismo los lazos personales y afectivos siempre tuvieron un lugar más prominente que en la izquierda, razón que explica parcialmente las tensiones (aunque considerando los “cultos a la personalidad” en la izquierda, no habría que exagerar este punto). Visto por debajo, sin embargo, el panorama se complejiza: a nivel de las bases, el peronismo siempre tuvo una estructura organizativa bastante anárquica, que contrasta con la disciplina izquierdista. La izquierda podría aprender más de una lección de la capacidad de crecimiento, la cercanía con el bajo pueblo y la resiliencia que tiene una estructura menos piramidal.

El punto c es más complejo: el peronismo “oficial” fue hostil a todo lo que olera a comunismo, además de hacer propias algunas de las ideas del fascismo. Pero ni el clericalismo, ni el fascismo, ni formas de nacionalismo agresivas tuvieron un lugar de peso en el peronismo “popular” (llamémoslo así). A pesar de eso, la heteronomía del movimiento no facilitó a la izquierda la comunicación con las bases peronistas. Esa complicación hoy se acrecienta, toda vez que el kirchnerismo no contiene el tipo de ideas derechistas extremas que sí tenía el peronismo de antaño (aunque sí, en algunos sectores, un fuerte antiizquierdismo).

La ambivalencia también aparece en la cuestión d: las medidas y el discurso del peronismo clásico fueron bastante “civilizatorios”, aunque el movimiento tuvo expresiones “plebeyas” de desafío a la cultura letrada que pusieron los pelos de punta a más de un izquierdista. Baste recordar las descalificadoras descripciones de la “turba” con respecto de “candombe” que abundaron en la prensa socialista y comunista en 1945. El movimiento peronista abrió también las puertas a una afirmación étnico-racial de las porciones de la población que no eran de origen exclusivamente europeo y que la izquierda vernácula más bien había ignorado o despreciado. En este punto puede decirse que la condición periférica de Argentina le jugó a la izquierda una mala pasada: la cultura letrada que heredó de Europa le hizo asumir una actitud elitista respecto del bajo pueblo realmente existente. En este sentido —y sólo en este— la cultura del peronismo fue más “proletaria” que la de la izquierda. En el escenario actual el problema reaparece de otro modo. El kirchnerismo —a diferencia de Perón— sí se viene presentando, culturalmente, como expresión plebeya y de una “Argentina mestiza” (sin abandonar por ello el programa de la cultura letrada). La izquierda, por su parte, sigue siendo un movimiento culturalmente “letrado”, lo que se traduce en algunas prácticas antiplebeyas. En este punto es quizás donde la izquierda local tenga más para reflexionar sobre su propio legado y limitaciones.

Además, todo este ejercicio de comparación se complejiza más luego de 1955, con el giro “nacional-populista” de la izquierda y la radicalización de importantes secciones del peronismo. Las fronteras entre peronismo a izquierda se volvieron entonces todavía más confusas. Por todos estos elementos, no resulta empíricamente adecuado preguntarse por la relación entre “izquierda” y “peronismo” asumiéndolas como dos tradiciones perfectamente delimitadas. En algunos momentos —1945, la Resistencia— el peronismo popular (no el de Perón) fue parte de la izquierda. Una parte vernácula, en conflicto con la de origen más europeo, pero una parte al fin. En otros, el carácter heterónimo de su dirigencia le imprimió una identidad con elementos más claramente no-



izquierdistas o incluso derechistas. En fin, sin ser de izquierda en el sentido de compartir las características distintivas de la cultura de izquierda europea, el movimiento peronista fue canal para el tipo de anhelos populares que la izquierda canalizó antes del peronismo. A pesar de ello, el desencuentro entre ambas culturas políticas fue y es bastante comprensible (diría inevitable), tomando en cuenta el carácter contradictorio y heterónimo del propio peronismo y los sesgos elitistas de la izquierda local.

En fin, los motivos del desencuentro devienen más de la cultura, de tradiciones estrictamente políticas y de los contenidos sociales de cada uno, que de alguna adhesión a la filosofía de la Ilustración o del Romanticismo. Hoy por hoy, con las características del peronismo actual, no veo posible o deseable que la izquierda confluya con él. Pero sí puede aprender bastante de la historia del movimiento peronista: en la masividad y el apego emotivo que adquirió, hay más de una clave que, inversamente, ilumina las limitaciones de la izquierda.

## 2.

No creo que haya que explicar la irrelevancia de la izquierda por el éxito del peronismo. Después de todo, la izquierda se volvió bastante irrelevante en casi todo el mundo luego de los años setenta. No tengo espacio para extenderme, pero por mencionar al menos algunos de los aspectos "culturales" a los que refiere esta encuesta, la izquierda necesita replantearse su propio carácter de clase (es decir, el peso de la "clase profesional-gerencial" en sus prácticas elitistas y en su ideología), su epistemología autoritaria centrada en la idea de que la "correcta línea política" emerge de un conocimiento "científico", su estética y vocabulario añejos, su imaginación productivista y su mirada androcéntrica, obrerocéntrica y eurocéntrica. A todo esto, habría que sumar los problemas propiamente estratégicos, organizativos y de proyecto de sociedad futura, que también son muchos. En fin, la izquierda enfrenta una titánica tarea de replanteo interno, que seguramente requerirá todavía muchos años para poder cristalizar en un movimiento que vuelva a ser políticamente relevante. Desde hace al menos treinta años asistimos a un doloroso proceso mundial de reexamen, del que (muy) lentamente se van cosechando frutos. Si la izquierda local tendrá o no un futuro, depende de su propia capacidad de regenerarse, antes que de la competencia del peronismo. Nunca he escuchado de boca de los principales líderes kirchneristas que ellos sean "de izquierda" o que se propongan otra cosa que "un capitalismo en serio". Si el kirchnerismo, con un programa "desarrollista" en lo económico y "progresista" en lo cultural, aparece hoy como una fuerza "de izquierda", es menos por la naturaleza intrínseca de su propuesta, que por el hecho de que la oposición se ha situado a la derecha del gobierno y de que no existe una izquierda socialista relevante. El hecho de que el gobierno, luego de 2008, haya sacado provecho de evocaciones camporistas, y de que hoy haya jóvenes que imaginan que "la liberación" pasa por el kirchnerismo, indica que hay una demanda social de izquierdismo con la que la izquierda que tenemos no consigue conectarse. Mientras el espacio político de una alternativa socialista siga estando vacante, el kirchnerismo seguirá captando las expectativas de mucha gente de izquierda, por eso de que es mejor un pájaro en mano que cien volando. Pero el problema no es del kirchnerismo, insisto, sino de la izquierda: es la izquierda la que tiene que demos-

trar que, de tanto en tanto, es capaz de atrapar un pájaro y retenerlo en su mano.

La cultura de izquierdas anida hoy en varios movimientos sociales, en los militantes de diversas agrupaciones y en cantidad de artistas e intelectuales, en los miles de jóvenes que cada año se acercan a diversas organizaciones o a las universidades, buscando un sitio para trabajar por el cambio social. Está en las lecturas, en las letras de las canciones, en las remeras, incluso en la cultura de masas. En fin: está por todas partes. Pero esta cultura viva no encuentra todavía un canal político que le permita expandirse. Las organizaciones de la izquierda tradicional la vampirizan, transformándola en cultura muerta: no creo que de allí surja ninguna opción de izquierda real (aunque, ¿quién sabe?, no es imposible que alguna de ellas sea capaz de mutar en otra cosa y reconectarse así con el curso de la historia).

Como en buena parte del mundo, también en nuestro país existe una mirada de pequeñas organizaciones que expresan el aspecto vivo de la cultura de izquierdas en su trabajoso proceso de regeneración. Se las suele llamar "izquierda independiente" o "nueva izquierda", y tratan de abrirse camino en un campo minado por el desánimo que produce la ideología capitalista, por la represión y la cooptación estatales, por sus propias limitaciones y por los ataques de la izquierda tradicional. De su éxito depende la incierta posibilidad de que alguna vez podamos detener el camino de barbarie al que nos conduce el capitalismo.

## Gonzalo Aguilar

### 1.

Para discutir el kirchnerismo creo que lo primero que hay que plantear es que pertenece al peronismo y, por lo tanto, a un partido (o a un "movimiento") que después de ser derrotado por primera vez en las urnas en 1983, logró recuperarse y convertirse en la única opción partidaria que parece capacitada para ganar las elecciones presidenciales (situación que, seguramente, se extenderá por mucho tiempo). Esto quiere decir que más allá de las innumerables diferencias que tienen entre sí el menemismo y el kirchnerismo forman parte de un mismo ciclo: al menemismo le correspondió diluir y devorarse a la derecha; el remanente es un político como Macri, más afín a hacer alianzas con algunos sectores del peronismo que con cualquier otro partido (curiosamente, el político de derecha que haga alianzas con sectores no peronistas, como fue el caso de F. de Narváez, corre el riesgo de fracasar estrepitosamente). Al kirchnerismo, en cambio, le correspondió cooptar a la izquierda basándose en los derechos humanos y en la tradición más progresista del peronismo (lo que no le impide apoyarse en uno de los enemigos internos centrales de esa tradición: la burocracia sindical). ¿En qué se parecen si son opuestos en la política económica, de derechos humanos y de derechos civiles aunque buena parte de sus dirigentes sean los mismos? Básicamente en el privilegio dado al *pragmatismo* y en la destreza para tratar las pasiones políticas, sean las frías del menemismo o las cálidas del kirchnerismo. Considero que verlos como parte de un mismo ciclo permite entender que las opciones que se manejan actualmente sean del mismo partido (la continuidad del heredero de Cristina o la opción Scioli) y puedan derivar tanto en una continuidad del actual gobierno como o en un

giro hacia la derecha. Aunque sean muy diferentes entre sí (el menemismo y el kirchnerismo), no hay que dejar de ver nunca el delgado hilo que los une: la de la hegemonía del peronismo lograda a partir de los años 90 (además, la oposición podría subrayar los cambios que desencadenó el menemismo en algunos rubros claves — transporte, educación, deporte— y que han tenido cambios importantes pero que no han revertido lo hecho en los noventa).

Frente a este panorama (el peronismo como la fuerza más importante de la democracia), la izquierda ha quedado totalmente desorientada y no ha podido salir de la actitud catastrófica que encarnan las izquierdas de tipo trotskista ni de la civilizatoria, propia de la tradición socialista que se remonta a Juan B. Justo. Quizás uno de los problemas está en pensar que el peronismo se sostiene en el poder en buena parte gracias a una retórica encubridora (la idea está en la pregunta de la encuesta y tiene una larga tradición en las objeciones desde la izquierda al peronismo). Esta idea es errónea en su concepción de las relaciones entre lenguaje y política así como también es erróneo criticar esta retórica en base a su falsedad sin reflexionar antes sobre su eficacia. La retórica a veces encubre lo real; otras lo produce. La retórica no es solo un medio o una herramienta usada con fines espurios sino la capacidad de articular demandas en términos claros. Pese a contar con los intelectuales más lúcidos, a la izquierda le falta una retórica (o un lenguaje) para intervenir en la actual disputa entre el gobierno y los medios masivos que han reducido a la oposición a ser meros espectadores.

La izquierda también quedó desubicada porque si frente a la referencia nacional del peronismo podía erigir la referencia de clase, lo cierto es que en el escenario posmoderno mientras las cuestiones nacionales siguen encendiendo las pasiones políticas, la referencia a la lucha de clases está debilitada. No sólo por los cambios en el mundo del trabajo sino porque surgieron una cantidad de luchas (femenismo, movimientos gays, centralidad del consumo, ecología) en las que la cuestión de clase cuenta muy poco. Fue esa zona vacante la que con la perspicacia que lo caracteriza ocupó el peronismo cambiando desde el poder la visión de un problema y de una lucha (creo no equivocarme si digo que en el 2004 a nadie de los sectores progresistas se le hubiera ocurrido que el matrimonio civil igualitario podía convertirse en ley nacional en el 2010).

## 2.

Como esa Gran Crisis nunca se va a producir y, en última instancia, podría beneficiar a otros sectores antes que a las izquierdas, creo modestamente que la única manera de construir un poder social y político debería basarse en objetivos restringidos que hagan la opción de izquierda deseable. Para mí estos objetivos deberían ser tres: primero, y más importante, concentrarse en ganar las ciudades. Buenos Aires y en mucha menor medida Córdoba y Mendoza podrían llegar a inclinarse, si la política es sostenida, por gobiernos de izquierda. Rosario es un buen ejemplo y lo que se hizo en esa ciudad difiere de lo que han hecho otros gobiernos municipales. El otro objetivo debería pasar por la política mediática: imponer estilos y temas en los medios es clave si se quiere avanzar en un crecimiento electoral (Victoria Donda probó algo de eso durante la campaña, con éxito). Esta política no



debería limitarse a los periodos electorales. Finalmente, falta una crítica concreta del peronismo: no me refiero a una crítica académica sino a la capacidad de generar una diferencia que no pueda ser asimilada por el peronismo (algo difícil de lograr, sin duda). En este sentido, una de las cuestiones centrales sería que la izquierda pudiera imponer una agenda. Este es uno de los aspectos más difíciles porque el peronismo no sólo tiene el poder sino que tiene una gran cantidad de temas en carpeta (petróleo, Malvinas, derechos humanos, la mística de Evita, "cambio de mentalidad" en relación con la moneda) que sabe usar con gran habilidad. Como no hay planificación a largo plazo (y ese es el corolario del pragmatismo), cualquier tema es pertinente. La oposición en este punto falla: en vez de hacer énfasis en la inflación, pone el acento en el INDEC; en vez de criticar la lucha por la acumulación mediática, se insiste con la libertad de prensa. Creo que la izquierda podría poner el énfasis en tres temas:

1) El tema central de la agenda para mí debería ser la pobreza y cómo erradicarla. En el imaginario social la pobreza se ha instalado como un dato definitivo, ineliminable y con el que hay que aprender a convivir. El peronismo en este terreno se siente muy cómodo porque en su tradición la pobreza es un valor y no necesariamente una consecuencia de las políticas sociales. La izquierda, en cambio, podría insistir en una buena nueva: se puede eliminar la pobreza ("redistribución de la riqueza" me parece un término muy técnico que no conforma ni a ricos —porque piensan que les van a sacar plata— ni a pobres —porque el tema de la riqueza les es ajeno—). Habría que explotar el lugar común: "cada vez hay más pobreza" y plantear, como se hizo en Brasil, el slogan inverso: "Por menos pobres".

2) El tema de la educación es central y la oposición debería insistir en que lo hecho por el menemismo no ha sido totalmente revertido. No hay que olvidarse que una de las banderas que flameó con insistencia Cristina Kirchner antes de llegar al poder fue la educación, tema del que últimamente habla menos.



3) La reforma impositiva es un tema con poco *glamour* pero clave a largo plazo. Evidentemente no es conveniente y no sé si los tiempos de la política argentina permiten una reforma que llevaría varios años, pero hay que imponer el tema, hay que hacerla y sería bueno que se hiciera con un sesgo de izquierda.

El camino que hace día a día este gobierno hacia los lugares comunes del populismo no puede ser objeto solamente de una indignación legalista. Algunos teóricos pueden estar equivocados con que el populismo sea la única vía de acceso a la política (el juicio a las Juntas en los ochenta sigue siendo la mejor refutación de este aserto) pero no deja de ser verdadero que no se puede hacer política sin considerar al populismo como un elemento dinámico y una referencia ineludible del horizonte de la acción política en la Argentina actual. Entender el populismo para superar lo (y no verlo como pura retórica), es el gran desafío de la izquierda.

### Eduardo Anguita

Creo que sería un grave error pensar en que existe una identidad kirchnerista rígida. En su versatilidad y en sus reacomodamientos radica lo que para mucho permite su fortaleza y para otros es una indudable muestra de debilidad. Quien escribe estas líneas fue militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT ERP) y no coincidía (desde un lugar irrelevante por cierto y aceptando su compromiso revolucionario por encima de sus posturas personales) con la visión del peronismo planteada por Mario Santucho que lideraba las posiciones políticas de la dirigencia perretista. A principios del 73, recién vuelto de Cuba donde estuvo tras la fuga de Rawson, Santucho estaba convencido de que la llegada de Perón a la Argentina era para salvar el capitalismo. El mismísimo Fidel Castro le había marcado sus diferencias con esa postura. Quien escribe estas líneas, cuando se creó el ERP 22 de agosto, pensó en sumarse a esa fracción, para dar apoyo al gobierno de Cámpora. Fue Daniel Hopen, un tipo más que lúcido, quien me advirtió algo sustantivo en los procesos revolucionarios: "En el ERP 22, lamentablemente, no hay capacidad dirigente. El único líder es el Negro Robi...". Hopen ya había dado el paso fuera del PRT y este humilde militante siguió los consejos de quien era su referente teórico y conceptual. Poco tiempo después, pero eso ya es otra historia, yo caía preso y en el 76 Hopen era secuestrado y está desaparecido.

Esta pequeña introducción puede servir para que el lector despeje la cuota de subjetividad que cada cual tiene, de acuerdo a su historia, con el peronismo y la izquierda. Ya a esa altura sobaban los ejemplos de militantes, dirigentes sindicales e intelectuales que se sumaban al peronismo sin dejar de ser de izquierda ni tener el complejo de que perdían "su cultura de izquierda(s)". Pero en ese entonces, para muchos militantes —incluidos los de Montoneros o FAR o FAP— había un tema crucial: la organización revolucionaria. Ni más ni menos que el núcleo de acero, en términos más leninistas. El partido de cuadros era condición *sine qua non* para una revolución hecha e izquierda.

Pasadas cuatro décadas o más, no hay en vistas una revolución en aquellos términos, ni una guerra fría con un bloque soviético y otro norteamericano. El Peronismo, como tantos movimientos populares, está instalado ahora en el inconsciente

colectivo de buena parte de la militancia social y política como la memoria de la resistencia y de la heroicidad. Siguiendo a Alejandro Horowicz en su buen estudio de **Los cuatro peronismos**, me animaría a decir que también estuvo instalada la idea del peronismo como puerta de acceso al neoliberalismo. Pero cosas similares pasaron con otros bloques con historia política, más o menos democrática, más o menos popular (o "populista" en una versión pretensiosa de ciertas mentes que se consideran "la izquierda").

Néstor Kirchner no inventó la pólvora. El territorio político en el cual se desarrolla esta etapa de la Argentina tiene muchos vasos comunicantes con las historias argentinas (en plural) y jamás cerró las puertas a las miradas y las conductas "por izquierda". Al revés, son más que valoradas las trayectorias de militancia y compromiso a la hora de sumar cuadros de organizaciones sociales, sindicales, de derechos humanos, académicos, comunicadores, etc. Y logró armar un gobierno de mayorías con consignas que, ni remotamente, lograban consensos de más del 25% de la sociedad hasta pocos años atrás. No sólo los de los juicios a genocidas sino también en prácticas que colocan al Estado con un rol activo y hasta capaz de actuar sobre empresas multinacionales.

Una última consideración, para poder limitar la extensión de este brevísimo texto al pedido de los organizadores. Se creó un mito entre cierta gente de "izquierda". El de que pertenecer a esa cultura requiere ser sumamente conservador. Es decir, mirar un relato del pasado en el que uno se delata como de izquierda cuando lleva a *kit* completo de cosas anteriores (ciertas lecturas o dogmas o personajes centrales de la historia que no estuvieron contaminados por el policlasismo peronista). Y, la verdad, ser de izquierda era otra cosa totalmente distinta para muchos que no despreciábamos la teoría ni el análisis serio del presente que nos tocaba vivir. Ser de izquierda era organizar a los sectores sociales más desposeídos, buscar a los grupos y personas con más disposición y audacia para ser representantes en sus lugares de trabajo o sus barrios. Era la decisión de encontrar el momento justo para disputar a los poderosos y dar muestras al resto de la sociedad de que el cambio era posible. Era, en definitiva, ir sumando fuerzas para que la correlación resultara, paso a paso, más favorable para los sujetos sociales y políticos decididos a liberar al país y al pueblo. Es cierto, el paso a paso parecía una eyaculación precoz. Pero eso es visto con el diario del lunes.

Ahora es difícil saber si los centros de poder internacional tienen respuestas y fuerzas para detener este camino —no transitado anteriormente, ni por casualidad, porque no tiene muchas similitudes con el primer peronismo— como tampoco es fácil advertir si tendrá la fuerza propia como para consolidarse o sufrirá, como tantas veces en el continente, el embate de las fuerzas que se opusieron históricamente a la permanencia de las fuerzas populares en el ejercicio del gobierno.

Tampoco se puede anticipar si cierta parte de la dirigencia se mantendrá sólida y unida en caso de que haya embates fuertes de las multinacionales y de sectores conservadores. Menos aún se puede predecir si la sociedad marcará límites a la disociación que a veces se crea entre funcionarios del Estado y el hombre y la mujer común. En fin, las dudas pueden desgranarse y son motivo de consideraciones para no comprar ningún *kit* completo a la hora de las imprescindibles abstracciones e imprescindibles valo-



raciones que cada persona o grupo político haga de este territorio extenso y en movimiento llamado kirchnerismo.

Pero, más allá de eso, en algo uno puede definirse como revolucionario, aun sin tener una cultura de izquierda. Es en la disposición a poner el cuerpo y comprender cabalmente que, para ganar una disputa, hay que atreverse.

### Martín Bergel

Muchos elementos que hacen a lo que genéricamente podemos llamar cultura de izquierda están presentes en innumerables experiencias sociales, culturales y políticas de la actualidad. Señalo sólo uno de esos elementos, quizás el más expresivo de la ola de movilización social que siguió a la crisis de 2001: el de la autoorganización. Movimientos sociales, empresas recuperadas por sus trabajadores, colectivos de arte, espacios socioculturales, editoriales independientes, asambleas ciudadanas, grupos ambientalistas, iniciativas de educación popular, medios de comunicación comunitarios, y un largo etcétera, continúan surgiendo y desarrollándose en todo el país. Al mismo tiempo, si su mera existencia es poco o nada conocida, y su labor se lleva a cabo casi imperceptiblemente para el resto de la sociedad, es porque con pocas excepciones esas experiencias comparten un doble déficit caro a la cultura autogestiva que se expandió desde el 2001: el de construirse a partir de disposiciones culturales demasiado auto-centradas, poco propensas a abrirse al contacto y la mezcla, de un lado; y el de carecer de una expresión política capaz de articularlas, potenciarlas, y darles visibilidad, de otro. No en vano la cuestión del pasaje de lo social a lo político, o, si se prefiere, de construcción de un segundo nivel de lo político (aceptada la inherente politicidad de cada una de las prácticas de ese tejido social), permanece como uno de los más acuciantes problemas ya no sólo de resolución, sino siquiera de planteamiento, para las experiencias de "nueva izquierda" que emergieron en Argentina y en el mundo con posterioridad a la caída del Muro de Berlín. Añadamos de paso, ya en perspectiva histórica, que la debilidad de la izquierda en la Argentina de mitad del siglo XX en adelante debe bastante a esa tendencia a la subcultura y a las dificultades de hacerse permeable a los lenguajes y preocupaciones de la sociedad más vasta (y no me refiero con ello a los desencuentros con los motivos movilizados por el peronismo desde su emergencia, sino a una más genérica y amplia dificultad de penetrar la pluralidad de manifestaciones de la vida social y cultural de las clases medias y populares, incluidas sus formas de consumo, sus prácticas y sus estéticas, sus aspiraciones y ansiedades, etc.).

Pero en la actual coyuntura, y en aras de una respuesta acotada, no quiero extenderme mucho más en las limitaciones de las izquierdas. Ocurre que con frecuencia esas y otras limitaciones han sido motivo de escarnio y aun de autoflagelo. En cambio, no sucede algo semejante con la tradición peronista, que ha sabido construir figuras ideológicas y argumentos retóricos que suelen inmunizar y tornar aceptables sus aristas más controvertidas. Atraídos inicialmente por el arco de políticas progresistas del gobierno, y en ese camino imantados por la populización de la cultura y la política e incluso por el humor antiizquierdista de buena parte del kirchnerismo, muchos intelectuales y figuras pro-

venientes de la izquierda se muestran indulgentes y realizan concesiones impensadas años atrás a aquella tradición. De allí que, a contrapelo de esa tendencia, en la actual querrela entre peronismo y cultura de izquierda me interesa tomar un camino diverso al tanto más transitado del examen de las deficiencias, sin duda existentes, de las izquierdas. En lo que sigue, ensayaré desmontar críticamente tres argumentos contiguos provenientes del primer polo (el peronismo) que tienen notable eficacia en el combate cultural y el concomitante debilitamiento del segundo (la cultura de izquierdas). Se trata de construcciones ideológicas que datan de antiguo en la historia de los imaginarios políticos en Argentina, pero que han conocido una notable y pregnante reactivación en los últimos años:

#### 1. *La izquierda es utópica, abstracta e idealista. Sólo el peronismo "muere lo real".*

Mucho se puede discutir acerca de la eficacia de los ideales y principios considerados utópicos dentro de la cultura de izquierdas. Digamos solamente una cosa: la productividad de esos ideales, así como de las irrupciones que sin cristalizar en transformaciones sociales o institucionales producen cisuras en los modos de pensar la política, no debe medirse con arreglo a sus concreciones inmediatas y tangibles. Es propio de esos fenómenos inaugurar horizontes que darán lugar a inscripciones y reapropiaciones a veces muy distantes en tiempos y espacios, y por ende difíciles de mensurar. El enunciado "Proletarios del mundo, uníos!", pronunciado en 1848, cuando la clase obrera era una realidad no sólo inexistente en la mayor parte de los países del globo sino de muy reducida presencia en la propia Inglaterra, perfectamente podría haber sido tachado de utópico e idealista por los populistas de los siglos XX y XXI. Y sólo neciamente podrían negarse las innumerables materializaciones y los poderosos efectos políticos que ese predicado tuvo en su posteridad. Quizás es más difícil todavía medir la eficacia del Mayo Francés, para muchos poco más que un *happening* que se evaporó rápidamente sin dejar secuelas en lo real. Sin embargo, y aunque no resulte posible trazar relaciones lineales, no deberían despreciarse sus efectos en la afectación de subjetividades que pudieron incidir en la transformación de las relaciones sociales existentes.

Pero no me interesa tanto discutir eso, sino una operación ideológica crucial del discurso populista argentino. Tomo un ejemplo de muchos otros que circulan entre nosotros. En una nota a propósito de las manifestaciones opositoras al gobierno, el periodista oficialista Luis Bruschtein escribió que el odio "tiene raíces históricas en la Argentina donde la supuesta ilustración siempre apareció enfrentada al progresismo real de las masas". Y a continuación reforzaba la idea con una referencia a Jauretche (L. Bruschtein, "Odiólar", *Página/12*, 22 de septiembre de 2012; agradezco la referencia a Pablo Hupert). Aunque esa indicación tenía como fin ofrecer una explicación de los masivos cacerolazos antigubernamentales hegemonizados por la derecha, a menudo se escuchan asertos que se deslizan en dirección similar dedicados a los críticos de izquierda. De la frase de Bruschtein me interesa el sintagma "progresismo real de las masas". Es indudable que el peronismo histórico, y en menor medida el kirchnerismo, produjeron significativas



mejoras materiales en la población. Pero la historia de las reformas sociales y culturales progresivas en Argentina —tanto las que tuvieron amplio alcance como las que tuvieron impactos focales, tanto las desarrolladas desde el Estado como aquellas impulsadas por la propia sociedad civil—, está lejos de reducirse a la historia del peronismo. El problema es que “progresismo real de las masas” para el gobierno es sólo aquello que se aviene a encolumnarse e identificarse en bloque con él. La palabra “real” quiere decir eso. Todo otro progresismo, todo otro que no se encolumna, es declarado irreal. Y esa es una de las operaciones ideológicas básicas del populismo. Dicho de otro modo: no es que sólo los movimientos populistas “muerden lo real”, como se sugiere repetidamente en un subtexto interminable. Es que el populismo es una enorme descarga ideológica, y de gran efectividad, que proclama la irrealdad de todos los progresismos alternativos a su esfera. El populismo es el movimiento perpetuo que declara poseer el monopolio de los progresismos de masas. Todo lo demás es marginal, utópico e, incluso, funcional a la derecha.

El populismo construye así un núcleo central de su acervo ideológico en su proclamada distinción respecto a las ilusiones abstractas de las izquierdas. Una y otra vez declara correr con ventaja porque de veras entiende y se confunde con lo real, a diferencia de la exterioridad constitutiva del izquierdismo. Ese es quizás el más poderoso mito de origen del peronismo, cultivado a partir del venturoso encuentro inicial de Perón con el pueblo al que aspira a la izquierda. Luego, además de todas las inyectivas ramplonas de la literatura *nacampopiana* de los años '50 en adelante, las referencias a figuras como el alma bella hegeliana o las manos sucias sartreanas dieron lustre intelectual a esa distinción. Pero esa renuncia del “realismo populista” a la dimensión utópica de la política frecuentemente retorna como elemento conservador. Así, nos dicen hoy muchos amigos kirchneristas, *no es posible* una política sin gobernadores e intendentes patrimonialistas y clientelistas, *no es posible* un sindicalismo ajeno a prácticas mafiosas y corruptas, *no es posible* un modelo económico alternativo a la minería extractivista y a la sojización. Al renunciar siquiera a invertir como problemas esas y otras varias rocas duras de lo real, los propios kirchneristas colocan una tapia a las posibilidades de transformación de su movimiento. He allí entonces la esencia del conservadurismo populista: muy a menudo, en su pretendido amor por lo real el populismo acaba por confirmar a lo real en aquello que ya es.

Claro que se cometería una injusticia mayúscula si se atribuyese esa propensión a la *realpolitik* al conjunto de sectores que se reconocen en la tradición peronista. Algunos pocos pero significativos espacios, que se cuentan no casualmente entre aquellos que buscan producir una zona de conjunción entre el peronismo y la cultura de izquierda, se colocan en una posición diferente. Y mucho más importante: los momentos estelares de la historia peronista, aquellos que proyectaron a Perón y a Néstor y Cristina Kirchner como grandes líderes, han sido *momentos de invención*, de producción de novedades respecto a lo real existente. De allí que pueda decirse que, frente a las poderosas pinzas que sujetan y restan sustancia a las democracias occidentales en Europa y Estados Unidos, y que parecían también tener atenzada a la Argentina a comienzos de siglo, el decisionismo de los Kirchner constituye quizás el dato político más relevante

de la última década en el país. En cambio, y sobre todo en los últimos años de batalla cultural y “ceguera nacional-popular” (la expresión, tomada de un debate puntual de hace un par de años, es de Ricardo Forster), el grueso de los militantes que siguen a la presidenta, y entre ellos destacadamente los jóvenes, parecen haberse acomodado al realismo populista. Y es que pareciera que el peronismo extravía sus momentos de imaginación allí cuando deja de ser política para transformarse en ideología.

## 2- Sólo el peronismo es capaz de encarar transformaciones sociales; incluso más, sólo el peronismo sabe y puede gobernar.

Esta proposición se sustenta en el hecho de que en la sinuosa historia de la democracia liberal argentina, le ha correspondido al peronismo en el poder buena parte de los cambios sociales progresivos, mientras que la mayoría de los otros gobiernos elegidos por el voto secreto y universal no ha podido culminar sus mandatos. Este dato proveniente del pasado histórico es indubitable. Pero lo que me preocupa es su actual uso ideológico. En efecto, en el debate público se escucha con frecuencia, incluso desde voces no kirchneristas o antikirchneristas, la atribución al peronismo de poderes *cuasi* mágicos. Un curioso gen alojado en aquellos que se consideran peronistas les aseguraría facultades para gobernar; por contraste, ese gen sería del todo ajeno a cualquiera que no se proclame peronista. Lo que se ha terminado de conformar en los tiempos kirchneristas, a modo de una supuesta ley de hierro politológica o sociológica, es la noción de que sólo a los peronistas les es dado gobernar.

De esa creencia, no me interesa ahora tanto su justeza respecto al pasado, ni tampoco sus capacidades descriptivas del presente. Dada su silenciosa irradiación, prefiero llamar la atención sobre sus potenciales poderes performativos en el futuro. Esto es, que con arreglo a aquello que se afirma, la carga ideológica de ese predicado sancione a todo no-peronista con aspiraciones como inherentemente incapacitado para gobernar o para encarar políticas efectivas de transformación. Que se trate de un ingrediente eficaz cuyas premisas colaboren en la producción de la verdad que se viene a postular. Y que, a través de ese procedimiento veladamente tautológico, se opere contra la dimensión contingente de la política, reduciendo el espacio de emergencia de posibilidades alternativas.

En suma, pareciera que incluso algunos escépticos lectores del Laclau de **La razón populista** acuerdan ahora con él en que sólo hay política allí donde hay populismo. Pero la propia historia de los movimientos populistas latinoamericanos ofrece ejemplos que demienten ese aserto. Si hay voces seguramente alarmadas en exceso que aluden a una cierta tendencia a la *priistización* de la Argentina (esto es, a la perpetuación del peronismo en el poder y a la virtual absorción en su seno de todo el sistema político), y hay también los kirchneristas que siguiendo inconfesadamente un anhelo semejante prefieren ver a Scioli o a algún gobernador del interior a la cabeza del gobierno en el 2015 antes que a cualquier no-peronista de izquierda o centroizquierda, un espejo distinto y quizás más cercano que el del PRI mexicano lo ofrece el varguismo brasilero. Numerosos estudios de diferentes ópticas y concebidos en momentos y climas muy diversos han trazado puntos de comparación entre

el peronismo y el movimiento prohijado por Getulio Vargas. Es sabido que ambas experiencias tienen muchos puntos en común, pero también muchas diferencias. Lo que aquí me interesa resaltar es simplemente que el Brasil ofrece un caso en el que la izquierda derrotó al populismo. Sin dudas, fue el golpe militar de 1964, y la larga dictadura que le siguió, quienes impactaron más directamente en el varguismo. Pero su última encarnación de peso, el Partido Democrático Trabalhista (PDT) del caudillo Leonel Brizola, comenzó a deshilarse recién luego de la sorpresiva victoria que le propinara el joven Partido de los Trabajadores (por ese entonces una fuerza mayoritariamente marxista, auspiciada por una suerte de federación de movimientos sociales) en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1989. Mientras el partido liderado por Lula arribaba así sorpresivamente al segundo turno, donde estuvo a punto de vencer al favorito Fernando Collor de Mello, el PDT comenzaba un lento declive que vino a significar la sepultura final de los herederos del populismo clásico en el Brasil. Ciertamente para finalmente llegar al poder el PT acabó abandonando buena parte de su fisonomía inicial, esa que lo había situado en el lugar del partido de izquierda más importante y a la vez renovador del mundo en los albores de la caída del Muro de Berlín. Pero la referencia viene simplemente a cuento de que la historia es más abierta e incierta de lo que a menudo imaginamos. El del Brasil nos muestra un caso en el que un país dominado a mediados de los años '50 por un movimiento populista, unas décadas después pudo estarlo por una fuerza política proveniente de la cultura de izquierda.

### 3-. En Argentina, la cultura popular es mayoritariamente peronista.

En este caso, se trata de un juicio menos explícito, pero que a menudo funciona como un sobreentendido a partir del dato obvio de la actual hegemonía electoral y política del kirchnerismo, muy especialmente en los estratos populares. Sin dudas, quien se proponga establecer su veracidad se topará ante un problema de muy difícil resolución, que puede ser encarado en diversos tipos de investigaciones específicas sin necesariamente arribar a una conclusión definitiva. Aquí simplemente me gustaría trazar algunas conjeturas tendientes a problematizar ciertos deslizamientos de sentido que se observan usualmente. Señalo una anécdota a modo de ejemplo: hace un par de años, en charla informal de sobremesa con amigos mayoritariamente simpatizantes del gobierno se señaló que el fenómeno asociado a Los Redonditos de Ricota pertenece a la cultura nacional-popular. Si por esa noción entendemos una referencia a la cultura popular producida en Argentina, es obvio que estamos ante una expresión que le pertenece plenamente. Pero lo que en verdad se sugería en esa ocasión es que la cultura del rock vinculada a Los Redondos es peronista.

Mi impresión en cambio es que, a diferencia de lo que pudo ocurrir durante el peronismo clásico, la vinculación entre el kirchnerismo y el mundo popular es mucho más indirecta e inestable. Luego de la crisis de la versión argentina del Estado de Bienestar, y de la crisis de representación política que tuvo lugar en el 2001 (que, según algunas visiones, no ha sido suturada por completo), el voto parece asumirse de un modo mucho más episódico e instrumental. Más allá de los sostenidos esfuerzos del kirchneris-



mo por encontrar cauces organizativos, el 54% por ciento de los sufragios obtenidos por la presidenta no suelen traducirse en otras expresiones visibles que no sean las del momento electoral. Así, como sugiriera recientemente Pablo Stefanoni en un análisis de las masivas movilizaciones opositoras del año pasado, pareciera que luego de las conmemoraciones del Bicentenario estamos ante el curioso caso de un populismo que ha perdido la batalla de las calles (al menos transitoriamente). Pero incluso la propia noción de la existencia de una cultura nacional-popular completamente autocontenida, de dudosa existencia en el pasado, hoy resulta todavía más ilusoria. Desde las primeras décadas del siglo XX, sino antes, nos hemos visto cotidianamente atravesados por el sinnúmero de estímulos de lo que el antropólogo brasileño Renato Ortiz denominó *cultura internacional-popular*. El rock, por caso, en sus múltiples variantes, es una de sus más fecundas y extendidas expresiones.

Pero si el que acabo de mencionar es un consabido rasgo constitutivo de las sociedades modernas, también es bien conocido que en las últimas décadas las identidades unanimistas han experimentado poderosos embates. En la Argentina, en diálogo implícito con las perspectivas que contemporáneamente desarrollaba Zygmunt Bauman, fue Ignacio Lewkowicz a comienzos de los años 2000 el que emprendió con mayor sistematicidad un camino exploratorio de los elementos de la "sociedad de la fluidez". La yuxtaposición de la hegemonía mercantil, la precarización y la polivalencia laboral, y el advenimiento de las nuevas tecnologías digitales, habrían dispuesto un escenario dispersivo de fragmentos sociales diseminados e identidades astilladas. El kirchnerismo representa sin dudas una afanosa reacción ante esa nueva situación. Pero se trata de una respuesta estructurada en dos momentos claramente diferenciados: si en el primero de ellos el kirchnerismo de la transversalidad puede pensarse como un intento de construcción de una política en homología formal con esa sociedad fragmentaria —un ensayo por enhebrar parte de ese



conjunto diverso de identidades sin violentarlas en exceso en sus respectivas singularidades—, desde el año 2008 aproximadamente asistimos a una cada vez más decidida tentativa por volver a construir un pueblo—Uno allí donde reina lo múltiple. La así llamada “batalla cultural”, con episodios estelares como las celebraciones del Bicentenario y el *revival* de la cuestión Malvinas, pero con una mirada de iniciativas adicionales de descarga ideológica sobre la sociedad provenientes desde agencias del gobierno y grupos afines, ha estado dirigida a ese cometido. Como también la búsqueda por construir una cultura popular hegemónica y duraderamente peronista. El tiempo nos dirá del éxito del kirchnerismo en esa iniciativa.

### José Pablo Feinmann

#### 1.

El momento más revolucionario de nuestra historia (me refiero al siglo XX) estuvo en manos de la izquierda peronista y sucedió el día en que Héctor J. Cámpora se hizo cargo del Gobierno. Ese día se “tomó la casa”. Si se habla del peronismo como una totalidad sin contradicciones internas no se habla del peronismo sino de una objetividad sin matices, sin, por decirlo así, significantes internos siempre enfrentados y que han llegado a la sangre en varias oportunidades. El proyecto de la izquierda peronista quedó trunco por sus errores (una valoración de la violencia y una fascinación con la Muerte, en tanto punto máximo de realización del compromiso del militante) y por la respuesta jamás vista en el país de la derecha empresarial, católica y militar. Miles y miles de desaparecidos no son una casualidad. Una política represiva tan extrema responde a un peligro también extremo. Si “la izquierda” lucha contra el poder de la expropiación capitalista, nada hubo más de “izquierda” que los militantes de esa generación, que cuestionaron ese poder con más decisión que nadie. Esa tragedia la conocemos. Pero, ¿cuánto hubo de político para poder llevar a cabo la embestida que el poder resistió por medio de la sangre? Hubo que reinterpretar y hasta reinventar a un líder de masas, hubo que plegarse a un movimiento popular enorme y aprender a manejar sus consignas y su lenguaje. Hubo que realizar el gran esfuerzo de creer en lo que se hacía. De creer que las masas peronistas y las conducciones territoriales y clandestinas podrían generarle al líder del movimiento hechos revolucionarios que éste no tendría más remedio que aceptar.

Si la “otra” izquierda responde a la tradición iluminista ahí se encuentran sus fracasos. Alberdi detestaba a la generación iluminista: actuaba sin conocer la verdad de los hechos históricos, nunca los interrogaba, les imponía una ideología ya “cerrada”, las luces de la eterna vanguardia solitaria. En cambio, el historicismo romántico se plegaba a las necesidades del país, en los hechos y en su hermenéutica estaba el camino de la acción. Rivadavia envía al interior su Constitución de 1826. Ningún caudillo la acepta. Alberdi, en cambio, propone aceptar a Rosas como un hecho que le asegura el orden que su generación necesita para el trabajo del pensamiento. Que fracasó, claro que fracasó. Quién no fracasó en este país. Pero señaló que la metodología es estar donde está el pueblo. O la clase obrera, o los morochos peronistas,

donde realizaron su política de entrismo los militantes de la izquierda en los setenta. Asesinados luego por el propio Perón y la derecha de su movimiento.

#### 2.

Los años que transcurren entre 1890 y 1943 son nefastos para la condición de los humildes, de los inmigrantes apaleados y perseguidos. ¿Ese fue el momento más brillante de la izquierda argentina? Lo siento: es penoso entonces. Fue penoso adoptar el positivismo como ideología. Aplicar dogmáticamente al Marx de sus escritos coloniales, lo más flojo de su producción. Más hizo un plebeyo como Irigoyen por las masas empobrecidas que los iluminados de esa izquierda que supongo son Ingenieros, Ponce y la revista *Dialéctica*, Agosti, Rodolfo Ghioldi y paro de nombrar. ¡Tan lejos estuvimos de tener a un José Carlos Mariátegui!

El gobierno de Cristina Fernández de Kirchner tiene un espíritu latinoamericanista en un continente que ha conseguido estar más unido que nunca. Ha juzgado a los asesinos. Enfrenta a un monopolio feroz, que tiraría a cualquier gobierno “iluminista” en dos días. Y muchas cosas más. No todas ni mucho menos. Siempre discutimos lo mismo. ¿Lo que se hace es todo lo que se puede hacer? Es una discusión interminable. Un buen militante político debiera siempre mirar la vereda de enfrente, la vereda de reemplazo al gobierno “cuestionado” por no llegar más hondo, por no ser más de izquierda. Es histórico: siempre la “cultura” de izquierda ha terminado por ubicarse cerca o junto a la derecha por juzgar que los gobiernos nacional-populistas (palabra atroz para la “cultura” de izquierda) son insuficientes. Este peronismo, el que hoy gobierna, también pertenece a la “cultura” de izquierda (la palabra “cultura”, ¿por qué se la niegan al peronismo?). Es la herencia de la “diezmada” generación del setenta tratando de hacer algo con energía y un entusiasmo que se ha contagiado a muchos jóvenes que regresan a la militancia. Ojalá se pueda hacer algo más. Pero con la IV flota dando vueltas por aquí, con la amenaza de la Triple frontera (excusa de cualquier manotazo de la “guerra preventiva”), con el poder mediático digitado desde la Embajada de los Estados Unidos y con el panóptico que han instalado en las Malvinas, se ve difícil. La cosa es: mercado libre y monopólico o economía keynesiana, con intervención y regulación por parte del Estado y destotalización del poder monopólico. Todo lentamente: si hay que dar dos pasos hay quedar dos. Es tan reaccionario dar uno como tres.

**Nota I:** Hoy existe una sola modernidad. La modernidad terror, la modernidad capitalista mediática en guerra contra el terrorismo. El posmodernismo —que fue una lateralidad de la modernidad capitalista y antimarxista— hace rato que murió. Lo mató el atentado a las Torres que volvió a universalizar la Historia.

**Nota II:** Un hombre de izquierda no debiera ser “antiperonista”. Puede ser —con serios motivos— no peronista. Pero ese “anti” suele llevarlo a pensar desde el resentimiento o el elitismo racionalista, iluminista. Los gorilas tienen que ser gorilas porque saben defender sus intereses: la oligarquía, la Sociedad Rural, los monopolios, la Libertadora y los tantos intelectuales de izquierda que la saludaron con fervor. Pero alguien que quiera entender el espesor de nuestra historia tiene que poder acercarse al peronismo,

tocarlo, olerlo, vivirlo. El costo de no hacerlo es alto: irse a la vereda de enfrente por no entender cómo las masas adhieren a “eso”. También esta historia es larga. Y muy actual.

### José Fernández Vega

#### 1.

El contraste entre iluminismo y nacionalismo que sostiene la pregunta me parece demasiado unilateral. Es cierto que el marxismo compartió muchos presupuestos del iluminismo: una filosofía optimista de la historia con una amplia confianza en la ciencia. La lista de coincidencias es amplia y bien conocida, pero no estaría completa sin el costado crítico.

Siguiendo a Hegel, crítico del racionalismo de Las Luces, Marx denunció los formalismos, las ilusiones y los crímenes que la exaltación ilustrada de la modernidad pretendía ocultar. ¿De qué otro modo entender su proyecto de crítica a la economía política heredada, por ejemplo? Hegel fue acusado de romántico por aquellos liberales para quienes su filosofía política representaba un hito en la deriva hacia el irracionalismo que desembocó en el fascismo. Pero en **Dialéctica de la Ilustración**, una culminación marxista de la línea hegeliana, se demuestra que racionalismo burgués y totalitarismo no se oponen sino que se complementan.

El marxismo político se acercó al nacionalismo cada vez que lo consideró necesario; sin embargo, nunca pensó que éste fuera el horizonte último de la emancipación. Así, apoyó distintas luchas por la unidad nacional durante el siglo XIX y, en el siguiente, los combates antiimperialistas del mundo colonial y neocolonial (las posiciones sobre el mundo colonial del XIX no fueron siempre felices, hay que subrayarlo). Es verdad que los “socialismos nacionales” generaron grandes polémicas en el pasado, y que el stalinismo fue una especie de socialismo nacionalista, cerrado en sí mismo, por decir lo menos. También el nacionalismo colonizó muchas veces a la izquierda radical. Pero, en todo caso, todos estos problemas se suman a la cuenta de la propia izquierda.

En un ensayo sobre Fukuyama y el fin de la historia, Anderson presenta cuatro alternativas para el futuro del socialismo. O bien sigue vegetando hasta desaparecer, como tantas nobles corrientes del pasado; o renace con su antiguo esplendor en algún punto aún impredecible del futuro, o bien sostiene su nombre pero traiciona sus principios; o, finalmente, los defiende pero recombinándolos con los de otras visiones (y aquí se abren muchas opciones como la ecológica o la liberal, por ejemplo, u otras que no alcanzamos a imaginar). “El olvido, la sustitución de valores, la mutación, la redención”, resume Anderson.

Transcurrieron más de veinte años desde estas reflexiones y todavía no hay un veredicto. No puede sorprender, por tanto, que a escala nacional las respuestas de la izquierda ante el kirchnerismo muestren versiones de todas estas alternativas al mismo tiempo. Dicho de otro modo: la izquierda como potencia intelectual, pero desmovilizada; o dispuesta a una cooptación lisa y llana; o bien abierta a una alianza táctica o estratégica. La última alternativa es la oposición cerril (sectaria o “republicana”).

El problema para quienes, ante todo, nos definimos como *anti-antikirchneristas* es desarrollar, como los socialistas que en otras épocas y países se enfrentaron a situaciones comparables,

una visión que se proyecte más allá del nacionalismo y la sociedad de mercado, y no calle las evidentes miserias del llamado “modelo” pero sin despreciarlo sistemáticamente por burgués, antirrepublicano (o antiiluminista). En sus escritos teológicos juveniles, Hegel también buscaba, sin encontrarlas, las vías para una adecuada dialéctica entre reforma y revolución, en un contexto político que le dejaba mucho menos lugar a la esperanza que el nuestro.

#### 2.

Una de las observaciones más impactantes de Altamirano en su **Peronismo y cultura de izquierda** es que el Partido Comunista (PC) se quedó sin caracterización alguna del peronismo luego de 1946, cuando se hizo patente que la definición del movimiento como un “nipo-nazi-fascismo” era grotesca. Diversas variantes de la izquierda actual se hallan en una situación análoga. Una década después de la irrupción del kirchnerismo, no aportaron una caracterización específica y matizada, histórica e internacionalmente situada, de ese fenómeno. La consecuencia es que nos sigue faltando una base sólida para una discusión inteligente y eficaz. Todo lo que nos rodea son actitudes complacientes o históricas, distantes o próximas hacia el gobierno o, mejor dicho, hacia las iniciativas con la que éste suele conmovir el panorama nacional: la minería privada o la nacionalización petrolera, la política previsional inclusiva o la corrupta administración del transporte, los juicios a los genocidas o la ley antiterrorista. Una visión sistemática brilla por su ausencia en una cultura como la izquierdista que compensaba su raquitismo social con la lucidez para captar las corrientes subterráneas que determinan los procesos políticos en curso.

Además, la izquierda no revisó sus fracasos recientes. La caída de la dictadura llevó al establecimiento de un diseño *normal* de régimen democrático capitalista. El hundimiento del alfonsinismo encontró a la izquierda en una situación de insignificancia. Pese a toda su euforia previa, la izquierda dejó el terreno libre para la contrarrevolución neoliberal y la mayor regresión a todo nivel que haya vivido el país. A su vez, la autodestrucción de este sistema de poder a partir de 2001, que afectó al mismo tiempo la confianza en el mercado y en la representación política, sin amenazas visibles a la derecha, ofreció a la izquierda un escenario de derrumbe. Pero fue incapaz de aprovecharlo por una típica combinación de sectarismo y desorientación. La izquierda todavía no pudo asimilar que Kirchner le haya soplado la dama partiendo de una situación de extrema debilidad política, encaminando la economía, identificándose con el progresismo y sin respaldarse en la represión sistemática de la protesta. Ahora, sin embargo, el kirchnerismo se enfrenta a la hipoteca de su falta de visión estratégica (ferrocarriles, etc.) y las consecuencias de una grave crisis mundial.

Es posible, sin embargo, que la izquierda pueda jugar un papel relevante en la poco estudiada renovación sindical que se viene consolidando en estos años, y que obedece a motivos tanto políticos como generacionales. En ese contexto, el sectarismo partidario necesariamente se atenúa, y muchos cuadros sindicales tienen una formación de izquierda adquirida en partidos con los que se frustraron.





**Nota:** Aunque soy responsable de estas opiniones, agradezco las discusiones mantenidas con Alejandro Margetic, Roberto Amigo, Ezquiel Sirlin y Roberto Jacoby.

### Nicolás Freibrun

#### 1.

En mi opinión, cualquier posición política que se identifique con un legado perteneciente o próximo al universo de izquierda no puede dejar de soslayar la idea fundamental de que una de las vertientes clave de ese imaginario gravita sobre la categoría de *crítica*. En efecto, la idea de *crítica* conserva aún validez, inclusive asumiendo la crisis de sentido por la que atravesó el pensamiento de izquierda en relación con la hegemonía capitalista de fin del siglo XX en el marco de una cultura en muchos aspectos posmoderna. Asumido ese contexto de crisis, y vinculado con la escena local kirchnerista, algunos supuestos históricos del ideario de izquierda presentan potencialidades que le permiten volver a reformular la discusión central entre democracia, capitalismo y Estado. Sin inscribir entera ni necesariamente su identidad política y su discurso en una tradición nacionalista y romántica, el kirchnerismo se articula alrededor de formas de la cultura peronista, al tiempo que las excede. En cierto modo, convive con esa tensión. Por una parte, ese exceso obedece a la crisis histórica del peronismo y a la matriz estadocéntrica y populista sobre la que había forjado su identidad política. Por otra parte, esto se debe a que el kirchnerismo refuerza aspectos de crítica social que no se conciben enteramente con elementos del peronismo y que sí se hallan más explorados en posiciones relativas a la izquierda e incluso vinculados con aspectos de un liberalismo democrático. En este marco, un encuentro más fructífero entre peronismo y cultura de izquierda tiene que comprenderse a la luz de los cambios que ambas identidades han atravesado, cambios que exigen nuevos lenguajes y perspectivas para pensar y hacer la política. Hija de la modernidad y simultáneamente inscrita en una “modernidad capitalista periférica”, la izquierda debe poder incorporar y asimilar otras tradiciones del discurso, entre las que no se descarta una relación —siempre compleja y contradictoria— con las instituciones del Estado. Imagino que, para la renovación y la conformación de un nuevo ideario político proveniente del acervo cultural de la izquierda, resulta necesaria de igual modo la participación de actores políticos que históricamente quizá han constituido su identidad política desde la cultura peronista, pero que, al traspasar esos muros de referencia identitaria hoy menos rígidos, pasan a integrar un universo popular más amplio. La izquierda cuenta con un aspecto sustancial que no solo es indisoluble, sino que, además, es constitutivo de su legado: la *producción teórica de categorías* como un elemento fundamental en la construcción del análisis de la realidad social.

#### 2.

La complejidad que alberga la cultura de izquierda al momento de abordar los procesos sociohistóricos admite otras interpretaciones, más allá de posiciones políticas de corte catastrofista. Si se observan algunas de las discusiones clave hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, puede darse cuenta de que, en torno al

debate sobre la crisis del capitalismo y las estrategias por seguir, las posiciones catastrofistas figuraban por entonces como posibles y legítimas. En ese sentido, sin embargo, estas fueron una de las estrategias consideradas, imposibles de ser asimiladas a todo el pensamiento de izquierda. En contra de cualquier idea mesiánica o redentora, contribuciones como las de Walter Benjamin (en contra del determinismo del progreso) o Antonio Gramsci (en contra del catastrofismo económico), este último de importante recepción intelectual en la Argentina, relativizaron más aún la idea de un derrumbe “natural” del capitalismo como opción posible para el cambio, introduciendo la importancia de la acción subjetiva y de la organización política e ideológica de las masas. Los dos ejemplos indican que la izquierda alberga en su seno puntos de vista que han quebrado una dinámica objetivista de las relaciones sociales. Pero ya adentrándonos en el contexto de la sociedad contemporánea, el carácter progresivo de muchas de las políticas kirchneristas ha generado condiciones sociales para que un discurso y una práctica de izquierda alcancen mayor visibilidad y protagonismo. Ciertamente que esto no deja de representar contradicciones para la izquierda. Al no cuestionar de raíz el carácter capitalista de la sociedad y al obtener del Estado su principio de legitimidad fundamental —y en ese sentido se liga con el peronismo—, la emergencia del kirchnerismo pone en tensión algunos criterios fundantes de la izquierda. Pero al mismo tiempo, esto revela la tarea fundamental de examinar qué entendemos por *pensamiento y práctica de izquierda* en el contexto de una sociedad como la actual que, por el momento, ha abandonado la perspectiva de una superación del capitalismo luego del triunfo de la democracia política y el liberalismo económico-político. Además, en América Latina, muchos de los procesos de cambio en un sentido progresivo se han articulado históricamente desde el Estado, lo cual indica que este no solo representa el dominio de una clase social, sino que también ha funcionado como articulador de intereses populares. Así pues, una izquierda a la altura de las circunstancias políticas actuales debe despojarse de cualquier esencialismo de un sujeto finalista (i. e.: la clase obrera es el sujeto de la transformación *hacia* la revolución), al tiempo que articularse con otros actores de cambio *diversificando* sus demandas y objetivos políticos. Sobre todo, y por cierto un punto no menor, tiene que comprender su autoconstitución discursiva en sociedades socio-económicamente más complejas y políticamente más fragmentadas que antaño. Una intervención lúcida que permita proyectarse en el futuro no puede dejar de pensar las determinaciones históricas que conforman el Estado, las relaciones sociales de producción, la acción colectiva, la esfera pública o la subjetividad de una época. Así, la cultura de izquierda no es ajena a la innovación política y conceptual. Bien por el contrario, allí reside una de sus más creativas incursiones históricas. Actualizar esa dimensión es una tarea imprescindible y una deuda pendiente en nuestro país.

### Alejandro Grimson

#### 1.

Los marxismos han tenido una relación compleja, productiva, desafiante con la llamada “cuestión nacional” desde hace mucho tiempo. Cuando hoy se escucha a partidos de izquierda afirmar que

toman en cuenta la cuestión nacional porque su programa y sus consignas son antiimperialistas, se constata un gran empobrecimiento del debate. Las tareas vinculadas a fortalecer todo proceso de autodeterminación son una condición necesaria, pero absolutamente insuficientes para abordar “la cuestión nacional”. Específicamente, en Argentina la cuestión nacional radica en comprender que no se trata ni de un país europeo ni un epifenómeno de Europa (al menos de Europa tal como la hemos imaginado). El peronismo, desde el 17 de octubre, reveló eso de modo contundente. Desde ese momento podría afirmarse que la “cuestión nacional” es en buena medida el peronismo.

No es posible una política de izquierda que no comprenda los sentimientos de humillación y orgullo de los trabajadores y sectores excluidos. Al mismo tiempo, la dificultad se presenta cuando se constata que esos sentimientos en determinadas coyunturas abren un espacio para que sectores políticos actúen en contra de los sectores sociales que los apoyan, como de modo patente sucedió con la Triple A y con el menemismo, pero no sólo en estos casos.

Un sinnúmero de términos e ideas propios e irrenunciables para la izquierda, paradigmáticamente la cuestión de la igualdad, provienen de la tradición de la revolución francesa. Eso no implica, en absoluto, que la tradición ilustrada pueda sostenerse como una totalidad ajena a los procesos históricos. En primer lugar, porque una parte decisiva de los marxismos del siglo XX se edificaron sobre la base de postulados teleológicos. Esos postulados no sólo podían prefigurar el futuro de la humanidad, sino que tenían implicancias políticas prácticas. Toda identificación política, todo sentimiento, todo movimiento que no estuviera previsto en aquellos relatos era analizado a partir de potentes ideas sobre la verdadera y la falsa conciencia, de partido, vanguardia y una noción muy precisa de “revolución”. Podía medirse la distancia entre las identidades políticas realmente existentes y las identidades políticas de la deontología.

La historia otorgó un mentís a esos relatos y a las políticas derivados de ellos, no sólo porque dichas revoluciones no fueron lo esperado, sino porque no se produjeron en contextos de democracia capitalista y, además, porque a veces las clases trabajadoras lograron cambios sociales efectivos, menores o mayores, desde otras identificaciones y visiones políticas. En ese sentido, la “política científica” y las teleologías resultaron perniciosas para las luchas por una igualdad radical en las condiciones sociales y en los derechos.

Así, una gran parte de la izquierda ha considerado al nacionalismo, en el mejor de los casos, como un momento útil para despertar una conciencia internacionalista que se consideraba necesaria e inexorable. O, en el peor de los casos, como un obstáculo a enfrentar para alcanzar la conciencia de clase.

Observando los procesos históricos resulta claro el modo en que se concibió la “conciencia de clase”. Es decir como una completa abstracción. Se adjudicaron a la clase trabajadora o a otros sujetos sociales características potenciales o propiedades políticas que, en los hechos, sólo existieron en la imaginación de quienes realizaban los pronósticos. Sin embargo, es no sólo posible sino necesario mantener y reinventar las nociones radicalizadas de justicia, igualdad, democracia participativa, reconocimientos a la diferencia sin por ello desconocer las contradicciones y com-

plejidades de los procesos sociales. Para afirmarse a ideas absolutas de justicia no es una condición creer que realmente serán alcanzadas, como si hubiera una afuera del proceso histórico de tonos variados. Complementariamente, tampoco es necesario creer que esa justicia es lo contrario absoluto de la injusticia actual, como si toda realidad, inexorablemente, también estuviera exenta de todos los matices.

Comprender la dinámica de los procesos históricos en los que estamos inmersos implica también comprender las pequeñas transformaciones y los significados que ellas tienen en las vidas reales de los seres humanos sojuzgados, explotados, humillados. Juzgar los procesos a partir de ideas absolutas nos permite alimentar nuestro inconformismo (lo cual es necesario) pero no hacer política (lo cual es decisivo). Juzgar los procesos renunciando a los horizontes utópicos nos permitirá adherir y participar de los cambios progresivos (lo cual es imprescindible) pero abdicando de tensionarlos en una dirección igualitaria contrarrestando a otras fuerzas existentes (lo cual es mero seguidismo). Por ello, hay principios pero no hay teleología, hay ideas absolutas pero no hay política que intervenga que se reduzca al principismo.

## 2.

La pregunta que debemos hacernos es por qué cada vez que llega el mesías en lugar de construir el socialismo mundial reconfigura la hegemonía capitalista. La crisis europea y mundial actual indicaría que otra vez la Gran Crisis está entre nosotros. Pero sabemos, por la experiencia histórica y por las características de la coyuntura, que de esta gran crisis no surgirá la sociedad que hemos soñado, sino una nueva articulación hegemónica capitalista. Esa diferencia es decisiva porque mientras que el mesianismo está a la espera y celebra los síntomas de toda crisis estructural, eso expresa nuevamente la distancia entre esa supuesta “vanguardia” y las clases que pretenden representar. Estas últimas no pueden más que lamentar profundamente esta crisis, ya que saben que están hoy perdiendo conquistas, beneficios y derechos. En ese sentido, uno de los problemas de la izquierda ha sido no tener políticas simples: cuando los sectores más postergados logran una vida mejor se celebra y se defiende, cuando tienen una vida peor se critica y se enfrenta.

Esto se conecta profundamente con la relación entre izquierda y peronismo en la Argentina. La disyuntiva, el parteaguas, se planteó entre la peronización de la izquierda y la búsqueda de desperonización del pueblo. A mi juicio, un balance exhaustivo de estas opciones debe ser realizado y debatido. Que ninguna fórmula conocida nos ha llevado a lograr lo que la izquierda pretendía, resulta claro. Sin embargo, creo que la pretensión y el anuncio reiterado del “fin del peronismo” ha revelado que condena inexorablemente a la izquierda a la marginalidad. Para permanecer fieles a dicha ilusión no sólo es necesario ser terco, sino también estar dispuestos a amarrarse a modelos de análisis muy poco permeables al contraste con los procesos reales.

En ese sentido, respondo claramente a la pregunta: en todo proceso hegemónico es factible que la izquierda construya poder social y político. Cuando existen procesos redistributivos, por más parciales y modestos que sean, la izquierda no podrá construirse a partir del denunciaísmo de aquello que los sectores populares perciben como algo que los favorece. Si se plantea una coyuntura



económica, incluso basada en actividades extractivas, donde se verifican procesos que sectores de trabajadores perciben como mejoras y conquistas, la izquierda no podrá edificarse sin tornarse comprensible por los sectores que desea defender y representar.

Debe entenderse que las tradiciones de la izquierda y las tradiciones populistas se encuentran de modos muy distintos arraigados en nuestra cultura política nacional. Pretender el “fin de peronismo” es vivir fuera de la realidad, así como pretender cualquier fin del pensamiento y la cultura de izquierda es una pedantería ignorante y autoritaria. Cuando la izquierda se disfraza de peronismo no sólo no le cabe el sayo, sino que termina apoyando medidas que van en contra de sus más básicas concepciones.

Finalmente, puede parecer que propongo un imposible: no desperonizar al pueblo, no peronizar a la izquierda. Permítanme decir que en realidad sí es necesario soñar con construir utopías populares, así como buscar que la izquierda esté inserta en las lógicas populares. Sucede que, a mi juicio, la pregunta de la izquierda durante el siglo XX ha sido cómo se convierte en la dirección política del proletariado para conducirlo a su destino. Creo que hoy la pregunta de la izquierda es cómo puede contribuir en cada espacio laboral, social, cultural y político a fortalecer las tendencias que apunten a una fuerte redistribución económica y simbólica, contrarrestando todas las tendencias a la concentración económica y política. No es lo mismo. En la perspectiva del siglo XX la cuestión es cómo y cuándo la izquierda se reuniría con su papel histórico. Necesitamos constatar que la historia se está haciendo y que nuestros papeles serán los que podamos construir en los hechos.

### Roberto Jacoby

#### 1.

La polaridad conceptual y genética que propone la encuesta se formula sobre la base de supuestos difíciles de defender. Ante todo me resulta anacrónica. La propia noción de “cultura de izquierdas” es un artefacto de construcción reciente. Por lo que recuerdo, “izquierdista” podía equivaler a apresuramiento inconsciente de las condiciones históricas o bien a un ser bienpensante genérico. Uno no se definía como izquierdista sino como “revolucionario”. En todo caso, era el otro quien ponía el mote ya fuera que significara “Ultra” o “tibio”.

Naturalmente que se puede hablar de una izquierda en un sentido tan vasto que abarca desde el anarquismo hasta la socialdemocracia más proyanqui pasando por innumerables trotskismos, comunismos, socialismos, sindicalismos y... peronismos.

Como bien se sabe, la composición del peronismo incluyó desde su origen a muchos sectores de estas “izquierdas” y, más aun, los entrelazamientos de cuadros marxistas con el movimiento y con sus alas sindicales son inextricables en todas las etapas en y fuera del poder.

En segundo lugar, encuentro que la problemática planteada es inespecífica. Me resulta difícil comprender qué significaría “actualizar el programa teórico y político” de una izquierda ilustrada, iluminista, cuando en ninguna parte de las preguntas se hace referencia o se encuentran implícitas nociones tales como clases sociales, lucha de clases, fuerzas sociales, correlación de fuerzas, alianzas

de clases, estrategia revolucionaria, entre otras tantas nociones centrales a la tradición marxista. Sin duda debería ser un programa fuera de la tradición de izquierda. Despojada de contenido concreto el término puede cobijar desde Carrió al Partido Comunista Revolucionario (PCR), desde Bussi a Binner, desde Sebrelí a Cooke o Abal Medina, de Altamira a Abelardo Ramos. Se debe considerar de izquierda a la fuerza social y política que lleva adelante e instaura con éxito los propósitos, propuestas y planes tradicionalmente planteados por la izquierda, es decir no la revolución socialista ni la dictadura del proletariado.

#### 2.

Los movimientos revolucionarios marxistas se encontraban en una *impasse* marcada por la implosión de la Unión Soviética a la que el nuevo milenio dio las respuestas más inesperadas y heterodoxas, para nuestra fortuna, en América del Sur. Reducir el marco histórico de la pregunta a la Argentina dice algo acerca de las perplejidades teóricas que impregnan a muchas corrientes de pensamiento que no logran enfrentar con frescura las inmensas sorpresas que nos deparó la historia a quienes la sobrevivimos.

¿Quién habría previsto que el giro a la izquierda del peronismo no sucedería en 1962 sino —atravesando una guerra interna implacable en el 73-75— en el 2003? ¿Quién podría imaginar que una coyuntura electoral desencadenaría —en las particularísimas condiciones de las crisis políticas y sociales del 2001-2002— un gobierno burgués que se reclama, con indudable éxito, democrático, popular, antiimperialista y pro paz, banderas del Partido Comunista por décadas? ¿Acaso alguien puede señalar seriamente algún período más favorable en toda la historia argentina (y no voy a hacer la lista de cambios y logros que todos tenemos más o menos registrada)? Que no exista ninguna fuerza política capaz de aprovecharlo para prolongar su carácter ascendente, es otra cuestión, pero eso no puede imputarse al kirchnerismo.

El final de la segunda pregunta invita a definir las opciones que propone al vago sujeto social “izquierda” que postula. ¿Quiénes esperan la Gran Crisis (y más aun la propician con la conocida teoría “Cuanto peor mejor” y por eso apoyan a La Rural, la FAA, la Comisión de Enlace, Moyano, y desfilan por los canales de cable y particularmente TN, intentando demoler al kirchnerismo) y quiénes esperan construir poder aun dentro de la hegemonía K (brevemente el Frente Amplio Peronista, donde los remanentes del socialismo arcaico se entretajan con radicales, maoístas, trotskistas y ex K y, cómo no, algunos sindicatos e intelectuales peronistas)?

Pensar que todo el poder reside en el gobierno de Cristina es negar la realidad e intensidad de los enfrentamientos de todo tipo y nivel que suceden en la sociedad. Es no entender la excepcionalidad (y por eso, la fragilidad) de esta política que sobrevive por una sucesión de milagros.

Todos los gigantescos cambios que se produjeron en la Argentina en estos diez años —relévenme de mencionarlos, pero baste decir que no se comparan con nada que haya sucedido nunca en la historia argentina— se sostuvieron, como les gusta decir, en un par de locos. Lo mismo se puede decir de Bolivia, Ecuador, Venezuela, Brasil o Uruguay. Sería interesante que los antagonistas revisen en su memoria y señalen un período más democratizante, incluyen-

te, renovador en la estrategia internacional, generador de crecimiento, recuperador de los centros de decisión.

No es lo menos curioso de la actual situación latinoamericana que todas las tesis fracasadas y opuestas de las diferentes izquierdas que disputaban la escena desde los '50 en adelante hubieran tenido parte de razón, en alguna medida y en algún lugar. Con todo el dolor del alma habrá que reconocer cuánta razón tenían quienes sostenían que el cambio sucedería por una rebelión de caudillos militares como sucedió en Venezuela.

Nos guste o no, aceptemos el acierto de los trotskistas que apostaron al trabajo entrista que llevó a los gobiernos del Partido dos Trabalhadores (PT) en Brasil. No menos éxito tuvieron los teóricos que proponían organizaciones indigenistas andinas como camino de desarrollo de los movimientos populares. Y por supuesto, la vieja tesis del PC, de un gobierno burgués de amplia coalición que triunfe por la vía electoral cuyo mayor triunfo fue Gelbard, fugaz ministro de Economía. Pero no existe ya la Unión Soviética que pueda festejar el logro.

Queda el maoísmo que afortunadamente nunca logró tomar las ciudades desde el campo. No así, la República Popular China, que construyó sobre su cultura de izquierda una forma de capitalismo exitoso y desalmado, y con la que la Argentina sostiene una compleja relación de complementariedad y dependencia.

### Alejandro Kaufman

#### 1.

La formulación contiene como premisa una confusión entre historia de las ideas y cultura política (salvada la complejidad que atañe a cada una de ellas). En tanto historia de las ideas puede señalarse o discutirse la remisión del pensamiento político de izquierda a la tradición ilustrada, y un conjunto de enunciados definidos conceptual e ideológicamente como “peronismo” a la denominada tradición historicista romántica. Si en cambio mentamos las “culturas” de la izquierda o del peronismo, en tanto culturas no son reductibles a tradiciones intelectuales en términos de historia de las ideas sin incurrir en un arrasamiento de las formas concretas en que lo que denominamos cultura se presenta sociohistóricamente como conjuntos de prácticas, percepciones, formas de la acción colectiva, es decir, como una trama polisémica en la que se producen múltiples transacciones entre enunciados y prácticas cuyas adscripciones ideológicas no pueden sino ser diversas, heterogéneas y contradictorias. Es frecuente la confusión entre plexos normativos, como lo son las arquitecturas que estructuran y organizan ideas, con las formas concretas con que se inscriben en la vida práctica. Personas con ideologías de izquierda han podido concurrir en el orden de la vida práctica a contextos culturales peronistas donde desplegaron líneas de acción interpretadas en continuidad con la historia de la izquierda. No se pretende aquí tanto dar cuenta del asunto como señalar la dificultad que la pregunta formulada parece no registrar. Es justamente el escenario “así llamado posmoderno” el que profundizó la problematización de la heterogeneidad entre “ideas” y “prácticas”, abriendo un horizonte de discusión acerca de la interpretación de las culturas de izquierda en nuevos términos, algo de lo cual muchos profesantes de ideas de izquierda no se ente-



raron. Tampoco podría reducirse la discusión sobre la relación entre peronismo e izquierda a lo aquí señalado, aunque, no obstante, me parece sintomático el planteo, dado que parece confirmar la perseverancia en aplicar de manera prescriptiva plexos normativos a prácticas sociales concretas. Si hay una tarea que requiere la reafirmación crítica de la tradición histórica de la izquierda es revisar una discrepancia que en la historia del siglo XX se saldó dogmáticamente, mediante violencia totalitaria en el peor de los casos. En las tramas de la vida práctica concreta se inscriben modalidades culturales heterogéneas que abarcan desde las costumbres y las creencias populares hasta las prácticas religiosas. Frente a todo ello la tradición ideológica de la izquierda actuó de manera prevaleciente en forma unívoca e imperativa, con consecuencias catastróficas, trágicas, que no se terminan de asimilar. Entonces: hay una arena cultural donde se dirimen matrices polivalentes. El compromiso ético político con la historia social de la izquierda requiere más que nunca reconocerlas, admitir su existencia sin repulsión moral ni normativa, en procura de modalidades convivenciales, no exentas de conflicto ni crítica, pero superadoras de abstracciones prescriptivas. En ese terreno sería deseable actualizar el debate alrededor de las formas actuales —contradictorias, problemáticas— en que se desenvuelve el legado argentino de 1945.

#### 2.

Lo señalado en el primer punto forma parte a mi parecer del problema argentino que Cooke definió como “hecho maldito del país burgués”, y del que gran parte de las izquierdas no lograron sustraerse, con la consecuencia de que en varias ocasiones, empezando paradigmáticamente por 1955, y reviviendo condiciones semejantes en 2008, la Gran Crisis, todo lo contrario de un momento de emancipación con perspectiva mesiánica, confluyó con la irrupción represora del populismo en procura de ahogar sus aspectos igualitarios y redistributivos. La idea de que en esos momentos de dispersión institucional burguesa aparente podría elevarse



una construcción sociopolítica apropiada para la izquierda asumió en la práctica un sentido contrario, de funcionalidad a las clases dominantes represoras de lo popular. Dicho esto sin perjuicio — *malgré* incluso el peronismo— de que en cada uno de los momentos señalados afloraron experiencias genuinas de izquierda, que desde mi punto de vista forman parte de la historia de los oprimidos, y rinden homenaje al núcleo duro vigente de la tradición de la izquierda, en relación con los valores emancipatorios esenciales y la caracterización estructural del capitalismo como régimen de propiedad privada de los medios de producción. El último siglo de historia política mundial, sin embargo, mostró que el núcleo duro de la izquierda —que insisto en definir como plenamente vigente— resulta insuficiente para dar cuenta de la acción colectiva emancipatoria. No son los intelectuales, ni los filósofos, ni las teorías quienes podrán definir el curso emancipatorio de la historia, sino las luchas concretas de los oprimidos, comprendida la “servidumbre voluntaria” y la decisiva complejidad con que se nos presenta el curso socio histórico. Caracterizamos instantes emancipatorios como emergencias que irrumpen para dislocar el orden establecido, y que acompañamos siempre que las interpretemos en ese sentido, pero la capitalización de los impulsos críticos del capitalismo a favor de construcciones de mayor alcance, susceptibles de producir los cambios denominados en la modernidad como “revolucionarios” no encuentran otro cauce ni destino que la voluntad, el pretexto o la pobreza argumentativa. En ese marco, la cultura del peronismo se instala como una experiencia colectiva concreta, susceptible de crítica y de apuesta, pero no de corrección prescriptiva del modo en que nos tiene acostumbrados cierta tradición de izquierda.

### Martín Mosquera

#### 1.

Una perspectiva de recepción crítica del legado ilustrado debería comenzar por diferenciar dicha tradición de ciertas corrientes particulares, como el positivismo y el racionalismo, con las que, posmodernismos varios mediante, se la ha tendido a identificar. En el mismo sentido, es necesario revisar por abusivos y simplistas los análisis críticos que tienden a convertir a la “razón ilustrada” en una entidad efectivamente operante en la historia, responsabilizándola del grueso de los males de la modernidad capitalista, subordinando explicaciones causales socio-económicas más adecuadas. Del mismo modo en que resultaría impropcedente recuperar en bloque el legado iluminista, y pretender, por ejemplo, retornar a una idea ilustrada de Razón, también debe asumirse la necesidad de una praxis dialógica con otras tradiciones culturales de la modernidad (romanticismo, historicismo, etc.). La construcción de una nueva hegemonía cultural y moral, por ejemplo, no puede prescindir del recurso al mito, como bien señalara Mariátegui.

Sin embargo, todo esto es demasiado general. Es necesario precisar, entonces, que la discusión sobre la recepción crítica del legado cultural ilustrado pone en juego consideraciones, en primer lugar, epistemológicas y recién de un modo indirecto tiene consecuencias sobre la práctica política. Esta consideración, aunque obvia, es necesaria contra un exceso *filosofista* del que adolece buena parte del pensamiento crítico contemporáneo, por el

cual tiende a identificarse ciertos planos discursivos (como el epistemológico o el ontológico) con el terreno estrictamente político. Con arreglo a nuestro tema, esto significa que es limitado el alcance de la filosofía política sobre el romanticismo, el mito o el historicismo. Es necesario tener un mito político efectivo, por ejemplo, que convoque a la evaluación crítica y teórica. Y como el actual proceso político es lo que suscita esta interrogación, es necesaria cierta contundencia al respecto: en la actual etapa, el mito político del peronismo (incluso cierta recuperación gubernamental del setentismo revolucionario) es más un vehículo de legitimación de la hegemonía política de un gobierno bonapartista antes que un instrumento con potencialidad crítica o disruptiva. Se trata de un dispositivo simbólico, hoy denominado *relato*, del que hay que reconocer su eficacia en manos de la intelectualidad oficialista, considerando el halo épico con el que se recubrió un “modelo” de expectativas populares bien modestas y de fuerte compromiso con lo peor de la *realpolitik*.

Reconocer como una posibilidad efectiva la transformación de las condiciones presentes, abrir el futuro hacia expectativas de emancipación y justicia, requiere no sólo de los escrutinios críticos de la razón sino también, y de un modo fundamental, del recurso a los mitos y símbolos donde anidan los anhelos populares de una vida mejor. La reconstrucción de una perspectiva socialista para nuestro tiempo tiene poco por recuperar del mito de la “comunidad organizada entre el capital y el trabajo” y mucho del momento utópico que recorre los momentos de auto-actividad y auto-organización popular. Momentos donde el pueblo, convertido en “fuerza beligerante”, concretiza la utopía y expande el presente al proyectar, aquí y ahora, la posibilidad de cambiar la vida y transformar la sociedad.

#### 2.

El kirchnerismo, surgido en una etapa marcada por la crisis de hegemonía de 2001, supo articular algunos elementos que lo proyectaron como una experiencia política de largo alcance: ha trabado compromisos estratégicos con el desarrollo del agro-negocio y de un modelo extractivo (aunque desviando parte de la renta agraria para el estímulo de algunas industrias de ensamble local), a la vez que ha otorgado ciertas concesiones sociales y democráticas a los sectores populares. Un fenómeno político de esta naturaleza, populista o nacionalista, portador de ciertas dosis de reformismo social, significó siempre un importante desafío para la izquierda anticapitalista, como lo atestigua la experiencia del peronismo y el desencuentro histórico de la clase trabajadora con la cultura y las organizaciones de la izquierda marxista.

La izquierda tradicional, y su estrategia de “espera mesiánica de la Gran Crisis”, se encuentra desarmada para intervenir en una coyuntura de estas características, expresando una impotencia estratégica general. Reconstruyamos someramente los fundamentos teóricos de este “mesianismo”. En la izquierda trotskista —para tomar el ejemplo paradigmático— la sexagenaria caracterización de la etapa del capitalismo como de estancamiento crónico (derivada de la célebre tesis de Trotsky respecto a que las fuerzas productivas “han cesado de crecer”) conduce a una estrategia política de ofensiva permanente, según la presunción de que las rebeliones espontáneas de los sectores populares, la irrupción del movi-



miento obrero y el desprestigio de los gobiernos burgueses serían más o menos inevitables e inminentes, compungidas las masas por la crisis capitalista que arrojaría a los trabajadores a la lucha, generando el caldo de cultivo para el desarrollo de la organización de vanguardia. Por tanto, la actividad política se reduce en lo fundamental a la agitación (para favorecer la rebelión de las masas) y la propaganda (para ganar a los mejores elementos de la vanguardia). El trotskismo, decía Sartre, es el “arte de la espera”.

Saludablemente, la izquierda militante de nuestro país desde hace tiempo no se reduce a las organizaciones partidarias tradicionales. Desde hace más de una década asistimos a un lento y molecular proceso de recomposición política de las clases subalternas que tiene su mejor expresión en un conjunto de experiencias organizativas que están comenzando a refundar el “anticapitalismo militante”. Para nosotros, varios elementos fundamentan la expectativa de que la militancia social desarrollada durante los últimos años constituya el embrión de una nueva izquierda en nuestro país. En primer lugar, el compromiso con el desarrollo de una nueva cultura política y el afán de superar los marcados rasgos aparatistas, sectarios y burocráticos de la izquierda tradicional, así como sus tendencias auto-proclamatórias que inhiben la confluencia sana entre diferentes corrientes políticas. En segundo lugar, una perspectiva estratégica que tiende a concebir la lucha política como construcción de hegemonía, es decir, como el progresivo despliegue de una nueva constelación intelectual, moral y cultural, con sus propios valores y prácticas, instituciones políticas y relaciones sociales. Estos momentos de anticipación social y política de una nueva sociedad no constituyen “islas de comunismo” como quería el mal envejecido autonomismo (desconociendo las limitaciones estructurales que impone el capitalismo a la expectativa de construir una sociedad comunista en su propio seno, tal como ya lo señalara Marx en su discusión con los cooperativistas). Se trata más bien de experiencias de empoderamiento de las clases subalternas, de transformación subjetiva y organizativa de las mismas, de visibilización material de las posibilidades de organizar bajo nuevas bases los diferentes aspectos de la producción y reproducción de la vida social. La constitución de una cultura socialista, la politización de la vida cotidiana, las experiencias moleculares anti-burocráticas, son la condición y el reaseguro para las disputas propiamente políticas, no su reemplazo.

En alguna medida, podemos pensar que la situación de “crisis de alternativa” en la que está inmersa la militancia anticapitalista, fruto de la dura “derrota histórica” que sufrió la izquierda como señalara Perry Anderson, nos ubica en una etapa similar a los orígenes del movimiento socialista. Las estrategias a desarrollar pueden encontrar, entonces, algunos paralelos. La creación de una contracultura socialista y la construcción de relaciones sociales solidarias en el marco de experiencias organizativas populares es una tarea de primer orden (como antaño promovían los viejos anarquistas y socialistas en bibliotecas populares y cooperativas, y hoy lo hacen los movimientos sociales, en bachilleratos populares y emprendimientos productivos). Este tipo de intervenciones tienen un énfasis “defensivo”, propio de una etapa que tiene por objeto desandar décadas de retrocesos materiales y subjetivos de las clases subalternas, pero también un alcance estraté-

gico. Si algo podemos concluir del hecho de que las tentativas revolucionarias del pasado hayan concluido en nuevas relaciones de opresión y dominación es que las tareas relativas al desarrollo de la auto-actividad y la auto-organización de las clases subalternas adquieren un valor fundamental.

Actualmente, existen condiciones para proyectar la confluencia de estas experiencias organizativas en una herramienta política de nuevo tipo. Abandonadas las concepciones micro-políticas ingenuas, que eliminaban el momento específico de la articulación política, se abre la posibilidad para avanzar teórica y prácticamente en la tarea de repensar la cuestión de la organización (para lo que disponemos de los significativos debates sobre la materia que atravesaron a la larga tradición del movimiento socialista, opacados por la insuperable atracción que ejerció el “modelo bolchevique”). Es necesario, en esta perspectiva, superar las lógicas sectarias y ensimismadas del “mini-partido”, para utilizar la expresión de Hal Draper, y concebir la constitución de una herramienta política en términos procesuales, donde la izquierda socialista y anti-burocrática se constituya en *tendencia* dispuesta a auto-organizarse políticamente en conjunto con otras experiencias populares y corrientes políticas tendencialmente anti-capitalistas. En el horizonte de refundar la izquierda revolucionaria en nuestro país ésta empieza a ser la tarea fundamental de nuestra coyuntura.

### Amílcar Salas Oroño

#### 1.

Hay algo excepcional en los tiempos actuales, esto es, en el capitalismo periférico del siglo XXI, el de la crisis financiera internacional. En líneas generales, sería el segundo momento de cambio multiplicador en las identidades político-partidarias desde la caída del muro de Berlín. Entre lo que sucede en América Latina y lo que está pasando en Europa es evidente que estamos frente a cambios de magnitud en términos de “fronteras políticas”, en lo que tiene que ver con las líneas que definen los discursos, acciones y comportamientos políticos. Quien recibe fuertemente estas consecuencias es, precisamente, la denominada “cultura de izquierda”. Se ha vuelto bastante difícil discriminar una distintiva “cultura de izquierda”, un lenguaje común, que sea propio de una “visión de izquierda”: por ejemplo, ¿cuáles son los productos artísticos —musicales, pictóricos, literarios— emblemáticamente de izquierda hoy en día? ¿Qué objetualidades/externalidades proyectan esa “cultura de izquierda”? Pareciera que la dispersión de la producción (de signos), propia de esta etapa del capitalismo, que se potencia en este tramo de la historia, también ha afectado a la izquierda. La “cultura de izquierda” ya no tiene la misma funcionalidad contenedora (identitaria) de antaño; ya no logra convertirse en ese espacio cobertor y organizador que, en términos de una economía psicológica, liberaba posibilidades para otras acciones. En el pasado, *ser de izquierda* significaba participar de una “cultura de izquierda” que, a través de ciertos elementos, sistematizaba la realidad de determinada forma. Hoy no existen esos elementos univerzalizables.

¿Dónde puede verse más claro esta declinación de la “cultu-



ra de izquierda"? En el debilitamiento del *internacionalismo* propio de la "cultura de izquierda", algo que le es constitutivo, originario. Si la noción de izquierda nace con la Revolución Francesa, lo es también el "impulso universal" que se deriva de la mística de la Declaración. Ya en estos últimos tiempos, y luego de la oxigenación ideológica que supuso el levantamiento zapatista —y luego Seattle o el FSM—, ahora hay una fuerte "retracción" internacionalista. No es una vuelta clásica al nacionalismo, pero es un momento en el que un aspecto clave de la cultura (tradicional) de izquierda queda relegada. Supongo "tradicional", porque los procesos políticos que viven, por ejemplo, varios países latinoamericanos, contienen elementos propios de una "cultura de izquierda"; y en ese sentido, la anterior "hermandad" de izquierda pareciera proyectarse en la "hermandad" latinoamericana. Pero está claro que son otros vínculos. Este "internacionalismo" en retroceso desvirtúa las formas del siglo XX de lo que se conoció como "solidaridad" de izquierda.

En líneas generales, hay que admitir que ciertas "tradiciones" se van disolviendo; en ese sentido, habrá que ver en qué medida la tesis de una "crisis civilizatoria" también afecta este plano. La "cultura de izquierda" tal como la conocimos, con la que se socializaron millones (!) de personas durante los siglos XIX y XX alrededor del planeta pareciera encontrar un punto de freno. Los indignados, las rebeliones árabes o los movimientos de "ocupación" de los espacios públicos en EE.UU u en otros países, no creo que puedan "encadenarse" entre sí tan fácilmente, como muchos analistas suponen. Pero lo que tiene menos sentido todavía es encuadrar movimientos tan diferentes en el marco de la (anterior) "solidaridad internacionalista" de la "cultura de izquierda". Eso pareciera corresponder a otra etapa histórica, incluso de la propia izquierda.

Aquella "hospitalidad militante" (de izquierda), que podía explicarse en circunstancias muy disímiles, tiende a desaparecer. En términos concretos: por ejemplo, cuando se encuentran dos "militantes de izquierda" de un continente y otro, ya no se verifican esos inmediatos interreconocimientos de empatía directa; se han abierto brechas culturales que quiebran los pizarrones —para utilizar una imagen de Mao— que antes formaban a todos (los de izquierda). Ya no hay una línea que marque una "cultura de izquierda" universal. Hay (otras) culturas militantes, o subculturas, no estrictamente de izquierda (salvo las formas de irradiación de los partidos de izquierda) que generan esas autoidentificaciones a la distancia, pero no bajo el signo usual de lo que se denominó "cultura de izquierda". Habrá que ver, entonces, qué pasa con la izquierda sin una propia "cultura", y sin su inherente internacionalismo.

## 2.

En el marco de estas *transiciones* para la izquierda (señaladas en la respuesta anterior), la perspectiva no puede darse por agotada definitivamente, de ninguna manera. Pueden reconocerse con mayor o menor claridad "decisiones políticas de izquierda" en ciertos gobiernos, pueden constatarse "discursos de izquierda", y otras realidades susceptibles de encuadrarse, no sin dificultad, dentro de la noción de izquierda. Es decir, quizás como "cultura de izquierda", como conjunto de símbolos y signos, se esté ago-

tando, pero eso no quiere decir que la noción de izquierda se anule. Quizás no pueda transmitirse como cultura, pero existe aún como principio de sistematización de la realidad, a través de cierto enfoque y aproximación de la dialéctica social.

Tampoco puede decirse que la izquierda está "refugiada" en alguna actividad concreta o adherida a algún sujeto social específico. Ni que se anide en una profesión, estilo artístico o modelos sociales.

Volviendo sobre el caso argentino, hay que admitir que no es un período de la historia de nuestras formas de comunicarnos, del lenguaje social argentino, que sea propicio para la izquierda, que suponga una reflexión, análisis, disposición para la construcción de las respuestas —"sin teoría no hay movimiento". Hoy en día, los mediadores socioculturales principales son los periodistas, que hablan de todo, y dicen cualquier cosa. En ese sentido, la estructura socio-simbólica es lo menos favorable no ya a una "cultura de izquierda" sino siquiera a una "actitud" de izquierda. La izquierda es una reflexión a una situación previa, es la posición alternativa, el paso que viene después, el "sepulturero" de algo que existe: surge como contestación a un punto de partida anterior, como una reflexión sobre lo que está. Es lo que puede ver de otra manera eso que encierra, por ejemplo, el "jeroglífico de la mercancía". Luego, en el tiempo, habrá una salida práctica oportuna, pero como parte de una contextualización ideativa previa.

Se equivoca la izquierda (argentina, para el caso) si cree que entrando a la velocidad de los canales de información —*twitter*, redes sociales, televisión, etc.— y adaptándose a esos medios va a resolver la cuestión de su fragilidad en el sistema político o su presencia en el sistema social en general. Todo lo contrario, quizás se diluya aún más lo que es su particularidad: la reflexión, el análisis, el distanciamiento con la realidad. Ser de izquierda es una postura, emblemáticamente, fenomenológica, de procesar la realidad a través de los conceptos. No se debe perder de vista esta circunstancia. Y eso es justamente lo que tiene para "ofrecer" en el marco del kirchnerismo: tiene que saber cómo hacer para aportar aquello que le es idiosincrático. Lo paradójico es que debe hacerlo en el marco de coyunturas y percepciones colectivas que —por circunstancias que no es aquí donde deban describirse— se identifican con el kirchnerismo.

El kirchnerismo no es simplemente un determinado gobierno; hay una etapa histórica que puede enunciarse como kirchnerista, en tanto hay trazos y estilos que corresponden a esta época, y figuras públicas emblemáticas, músicas, consumos. Así como hubo una etapa peronista o menemista, también hay una etapa kirchnerista. Incluso buena parte de quienes se reconocen y se autoidentifican como de izquierda son, en ese sentido, kirchneristas (en la práctica): participan de los circuitos sociales singularmente recreados durante la etapa kirchnerista, sobre todo en lo que tiene que ver con su socialización a través del consumo.

Desde un punto de vista argumental, la izquierda tiene que también poder procesar esto, y no simplemente colocarse por fuera siguiendo lo que es un posicionamiento electoral frente al gobierno. Puede seguir con las disposiciones "tácticas" que quiera pero hace falta que pueda elaborar su aporte "estratégico", proyectual, ideológico: si los *procesos históricos* se guían por las determinaciones de los *proyectos políticos* que lo promueven, la izquierda

tiene que estar en esa elaboración, en ese aporte, en esas ideas constructoras de la dialéctica general. Lo estuvo, a su manera, hace diez años, en el *proceso histórico* que supuso el 19 y 20 de diciembre del 2001. Puede mantener la distancia que quiera, pero incorporando y metabolizando (desde la crítica) analíticamente la experiencia social de la que participa. Como siempre ha sido: ser de izquierda es un desafío frente a la realidad, y a las formas de la realidad. Ahora toca superar esta duplicidad y contribuir a elaborar conceptualmente la etapa, a participar de lo que son los *proyectos políticos*: más que nunca, una "guerra de posiciones".

**Jorge Sanmartino**

### 1.

Pienso que la izquierda ha sido en su gran mayoría una *izquierda kantiana*, y en eso radica tanto su fortaleza como su debilidad. Su esencia es pensarse como potencia universal. La alabanza al universalismo fue plasmado con gran belleza en las páginas del **Manifiesto**, en el cual Marx pinta la carrera del productivismo y la globalización, donde todo lo sólido se desvanece en el aire. La izquierda anticapitalista llevó siempre el sello de la modernidad, porque el mismo comunismo realizado no es más que el reino de la abundancia superado el límite de la productividad capitalista. En esto continúa la tradición liberal democrática. Los derechos universales del hombre, la libertad, la igualdad ¡¡y Bentham!! Este es el componente kantiano del ideario de la izquierda, incluso de la izquierda marxista. Es el gran aporte de la izquierda a las luchas por la emancipación. Sin el ideario universalista de una sociedad sin explotadores ni explotados, no existiría un horizonte de emancipación humana. Pero la izquierda es kantiana también porque es unilateralmente *Moralitat* y no *Sittlichkeit*, exige transformar la realidad desde la raíz, arrasar con el pasado, las significaciones y el orden simbólico ordinario, una conciencia moral que considera que el mundo es desarmonía y construye uno propio desde el poder de su pensamiento. Lo universal como demanda imposible posee un potencial subversivo fundamental. Sin esa negatividad radical, ese loco frenesí lleno de estruendo y furia, no habría suelo para la emergencia de la positividad institucional. Por eso, aunque el universalismo abstracto de la conciencia moral revolucionaria se coloca por fuera de una sociedad a la que desprecia por estar corrompida, que abjura de las costumbres y la tradición según el *ethos* aristotélico y que reivindica Hegel como fundamento de una comunidad, ese universalismo unilateral y abstracto, puro deber ser más que realidad, sin anclaje en la historia y la tradición nacional es, sin embargo, un momento decisivo de la historia. Como dice Žižek, hay que desgarrar implacablemente las coacciones de la universalidad concreta orgánica premoderna, y afirmar plenamente el derecho infinito de la subjetividad en su negatividad abstracta. A pesar de que el terror revolucionario era un callejón sin salida, había que pasar por él para llegar al Estado moderno. Hace bien entonces la izquierda en sospechar del Estado como aquella "bella unidad orgánica" de Novalis y otros románticos o de la habermasiana capacidad ética de la acción comunicativa y su política del acuerdo. Pero los peligros del universalismo han sido demasiado patentes para no tomar esta exigencia como un objetivo que debe ser mediado por la tradición y la cultura popular. El poder negativo de la razón no deja



de ser solo un momento de la histórica ético-política. Al socialismo le ha pasado lo mismo que a la razón cuando en la **Fenomenología del Espíritu** ella fue capaz de derrotar a la fe: coronó su victoria con el asombro de que al final ¡la fe seguía existiendo! El socialismo, habiendo asumido el carácter universal de la clase obrera no pudo más que rendirse ante la evidencia: la tradición cultural, los mitos nacionales, la religión, los fantasmas del pasado evocados por el nacionalismo y el romanticismo ¡existen y hasta son agitados como un principio esperanza para afrontar los desafíos del futuro! El socialismo entonces, igual que la ilustración, se dio también sus propios mitos, como el progreso indefinido o la ciencia del socialismo científico, en que las potencias de la historia, a pesar de todo, siempre trabajan a nuestro favor. El sesgo del universalismo abstracto transformó al socialismo en una receta de cocina, lo desertificó, dejándolo sin nutrientes teóricos y sin un suelo nacional. Desde los estudios de la historia ética política de Italia realizados por Antonio Gramsci sabemos que la política nacional no es una simple refracción internacional sino un complejo y abigarrado proceso, condicionado sí, pero irreductible a cualquier lógica trascendente. El socialismo latinoamericano sufrió como nadie el cosmpolitismo. Por eso las filosofías del comunismo como revelación, de la aparición oscura, por ejemplo en Badiou, sustraído al tejido de evidencias, prejuicios y experiencias cotidianas, apartado de la doxa popular y no-representativa parecen multiplicar, en vez de enderezar, las carencias del materialismo althusseriano. O el comunismo inmanentista de Negri, donde la política como tal es impensable. Hoy el proceso de mundialización del capital implica una nueva escala móvil de espacios estratégicos, mundial, regional, nacional. Pero la dimensión nacional-popular es el punto de partida del verdadero universalismo, desde el cual se podría evitar el populismo del sentido común y el iluminismo elitista, sin dejar de hundirse en el barro de la experiencia popular pero sin abandonar la crítica radical de todo lo establecido. Una última cuestión, que la tribuna del revisionismo histórico y el romanticismo político suelen



olvidar, y es que la tradición universalista está presente en la tradición nacional, en la cultura popular por lo menos desde la independencia, cuando Moreno traducía, desde **La Gazeta de Buenos Aires**, a Rousseau, y se continuó con toda la tradición radical de Castelli y Monteagudo, para mencionar sólo a los más destacados jacobinos de mayo.

## 2.

Comencemos por la explicación convencional. Ella parte de que el clivaje político fundamental en Argentina nunca ha sido el de izquierda y derecha, salvo quizá un pequeño período a principios del siglo XX con el anarquismo y el socialismo. Radicales y conservadores o peronistas y anti-peronistas han sido las verdaderas fracturas de la política argentina, es decir, los antagonismos por donde pasaron las verdaderas luchas de poder y no la confrontación de ideas, siempre restringidas a pequeños círculos intelectuales. El resultado ha sido la marginalidad de la izquierda política en contraste con su fecundo aporte cultural. El resto de la explicación la conocemos: el carácter trágico del divorcio entre los sujetos interpelados por la izquierda y la izquierda misma, la ausencia de realismo político, la pérdida de un lenguaje popular, el síndrome del alma bella. Esta explicación se hace extensiva incluso a toda América latina donde, salvo algunas excepciones como Chile, se dice, predominaron los movimientos nacional-populares y no los partidos clasistas. ¡Y hasta se ha sostenido la desaparición misma del antagonismo derecha e izquierda! El resultado es o una izquierda melancólica y nocturna o un puñado de mesiánicos fuera de quicio. Pero ¿qué pasaría si de pronto comprendiéramos que ese carácter trágico y discordante es en realidad la figura del propio peronismo? Pongamos como ejemplo su crítica dependencia de las ideas y los movimientos políticos de la izquierda. Aunque como ideología no pueda más que combatir la lucha de clases, de ella dependió y depende dramáticamente. Para conquistar los corazones proletarios tuvo que derrotar al socialismo y al comunismo, aunque debió asumir su programa de reforma social y laboral. Su regreso en el '73 solo se efectivizó gracias al ascenso popular y la radicalización de izquierdas que con epicentro en el Cordobazo liquidó a la dictadura. ¿Cómo entender el tercer peronismo sin la revolución cubana y el ascenso continental protagonizado por movimientos y partidos que enarbolaban las banderas del socialismo? El peronismo, que forjó su doctrina en oposición al marxismo, que la combatió en los sindicatos, en las universidades, en los colegios y fábricas, no hizo más que, como decía Borges hablando de los espejos, reproducirla de manera infinita y abominable. Esa trágica existencia la sobrellevó más que ningún otro el mejor de los peronistas: John W. Cooke. Los comunistas en Argentina somos nosotros, dijo Cooke mientras su declive se hizo inexorable a medida que se acercó a la revolución cubana y la contemplaba como la culminación de toda revolución nacional. ¡El delegado de Perón! Su fatalidad personal, su alejamiento del General, su perenne aislamiento, ¡pero qué drama digno de un izquierdista! ¡Cuánta bella y sublime tragedia hay en el peronismo! Es que para Cooke como para esa colección exótica de izquierdistas peronistas, el socialismo era la etapa superior del peronismo. A secas el peronismo era sólo una promesa, un sujeto sin verbo, un atolladero. La verdad del peronismo como

movimiento popular residió en el potencial igualitarista que la izquierda ofreció como identidad y anhelo durante más de un siglo y medio. El peronismo no se concibe sin combatir a la izquierda, pero es inconcebible sin ella. Esta contradicción viviente es la expresión del carácter transformista del peronismo, es decir, de su capacidad para hacer suyas las demandas populares que la izquierda asume como arietes anticapitalistas, y normalizarlas como actos cotidianos de gobierno. Lo paradójico de su existencia es tender a la autonomía estatal sin poder alcanzarla nunca. Su triunfo es al mismo tiempo su disolución. Ahora podemos ver, desde un ángulo distinto, la resurrección del clivaje izquierda derecha. En realidad atravesó toda la vida política durante la historia del siglo XX dentro y fuera del peronismo. Sin comprender el peso decisivo que la izquierda tuvo en la vida política nacional, dentro y fuera de los grandes partidos nacionales, la explicación de los procesos populares se nos vuelve un jeroglífico. El énfasis sobre el carácter trágico de la izquierda induce a pensar la actuación y eficacia de la izquierda únicamente como partido de vanguardia partisano e independiente, un error que le quita a la propia izquierda una visión más amplia y fecunda de su propio derrotero, con sus aportes, aciertos y equivocaciones, con sus agrupamientos, literatura y su expansión capilar por todo el tejido de la sociedad argentina. Tampoco se debería separar tajantemente la esfera cultural de la política, como si la batalla por las ideas que en los años 60 de desarrolló en el campo intelectual y cultural, no hubiese sido un factor de primer orden para moldear la percepción de amplísimos estratos populares sobre lo que era y lo que debía ser la Argentina como país y sociedad. E implica deshistorizar la lucha de clases, pues los procesos reales nunca se dan *a priori* con el molde ideológico y organizativo que esperamos los intelectuales sino mediante formas complejas y contradictorias, y el peronismo ha sido su máxima expresión, como lo ha retratado muy bien desde el punto de vista de la conciencia obrera Daniel James en su consagrado libro.

Y esto nos lleva al punto central y contemporáneo de la discusión sobre el peronismo y la izquierda, me refiero naturalmente al concepto de hegemonía acuñado por Gramsci. No encuentro un concepto más adecuado para definir la tarea política e intelectual que tenemos por delante el amplio y heterogéneo mundo de la izquierda. En mi opinión el concepto de hegemonía es crucial para la política de izquierda justamente cuando se dan fenómenos híbridos y transformistas, porque no busca tanto el evento de crisis total y ruptura dramática que pueden darse contra dictaduras o gobiernos antipopulares como en los 90, sino que encuentra el momento de escisión en la capacidad de superar dicha experiencia en un sentido anticapitalista partiendo del "buen sentido" popular, es decir, de los antagonismos existentes y las herramientas reales y efectivas con que cuentan las clases subalternas en un momento dado. No intenta imponer su visión exclusiva y apriorística sino que articula visiones, sentidos y significados que están en disputa. No se contenta con la democracia radical ni abandona la perspectiva clasista, al revés, la sumerge en el proceso histórico real y la coloca sobre cualquier visión esencialista y sociológica de la clase. Exige una teoría de la política y del Estado que abandone el economicismo y el instrumentalismo, y entienda el conflicto tanto *contra* como *en* el Estado,

en las altas esferas del poder como en la epidermis de las relaciones cotidianas, en el conflicto entre el capital y el trabajo como en los múltiples conflictos sociales, articula la exigencia de soberanía nacional y la defensa del medio ambiente con una perspectiva socialista y democrática de la economía y las relaciones de poder. No hay una receta para el éxito, pero entender que la izquierda ha sido y sigue siendo un actor fundamental en la arena política argentina permite ser menos melodramáticos y más autoafirmativos, a condición de no reducir el mundo de la izquierda y comprenderla en toda su variada, amplia y rica tradición.

### Beatriz Sarlo

#### 1.

Para comenzar por el presente, ese “escenario llamado posmoderno”. La cultura de izquierda, en sus distintas vertientes, fue sensible a las transformaciones técnicas del mundo simbólico. Hoy eso significa captar las novedades del espacio cultural que se intersecta y se superpone con el político.

Hace tres décadas el tema de algunos sectores de izquierda fue el de los “nuevos” sujetos. Si se lo piensa en la perspectiva actual, y sobre todo en la futura, esos nuevos sujetos se constituyen en la cruce con las nuevas tecnologías. No se trata solamente de una “esfera pública electrónica”, como se llamó a la televisión en el pasado, sino de la dinámica de una esfera pública virtual, horizontalizada y que discute permanentemente sus jerarquías.

Los últimos dos siglos han mostrado que grandes giros ideológico-políticos se producen en relación y a veces fusionados con giros comunicativos y tecnológicos. Las políticas de izquierda (tendientes al discursivismo argumentativo y marcadas por su etapa de nacimiento: la del giro libresco de la cultura) definirán una parte de sus objetivos y seguramente muchas de las cualidades de sus sujetos dentro de las configuraciones de una nueva cultura. Así como la cultura de izquierda tradicional era inseparable de la idea del “periódico” (comunistas, socialistas, anarquistas compartieron la certidumbre sobre la capacidad ilimitada de este instrumento), las nuevas culturas de izquierda necesitan seguir la transformación que las impulsa hacia el horizonte técnico de la nueva era. Eso implica grandes desafíos que no pueden resumirse en la oposición iluminismo-historicismo romántico.

En cuanto a “la reafirmación crítica de una tradición histórica de izquierda”, tengo mis dudas, si se examina la historia de la izquierda argentina posperonista. Salvo las estructuras partidarias que durante mucho tiempo permanecieron idénticas a sí mismas (un ejemplo para entendernos: el Partido Socialista Democrático, que tuvo escasas cualidades de izquierda, para decirlo atenuadamente), casi todas las agrupaciones de la izquierda y muchos de los intelectuales que aceptaron esa nebulosa denominación, trataron de hacer cuentas con el “iluminismo”. Ya sea, primero, por la adhesión a la revolución cubana: voluntarista, plebiscitaria, mesiánica cuando encaró diversas experiencias guerrilleras; a la revolución china: una traducción localizada y llena de color local de tesis muy elementales del hegel-marxismo y del stalinismo; a los regímenes populistas, explicándolos en términos que disolvían los lastres iluministas y los reencuadraban en perspectivas historicistas.

Los argentinos conocemos extraordinariamente bien estas mezclas, donde Althusser podía alojarse en el guevarismo de Cristianismo y Revolución. Así se buscó, desde hace cincuenta años, una interpretación de los movimientos populares que sostuviera algún tipo de síntesis teórica, histórica y, naturalmente, política. Los efectos de lenguaje son importantes: iluminismo tiene casi exclusivamente connotaciones peyorativas. Quien eventualmente acepta la denominación dentro de la izquierda intelectual, lo hace como desafío polémico. No sucede eso con el historicismo.

#### 2.

No sé si puede hablarse de una “cultura de izquierdas”. Prefiero pensar en dos direcciones.

La primera es la del pensamiento crítico. No existe ninguna posibilidad de una cultura de izquierda que no lo tenga como disciplina intelectual. Diría más: el pensamiento crítico es la *forma mentis* de la cultura de izquierda. Más todavía: la izquierda podría definirse como la instancia crítica sistemática de una sociedad.

La segunda es la de las líneas temáticas que se cruzan en un espacio que podría llamarse, para usar la denominación histórica, “de izquierda”, pero que no excluye a otras manifestaciones ideológicas. Tal el caso del ambientalismo: si bien es condición actual de un campo de izquierda, es mucho más inclusivo que la definición de ese campo virtual. Los “nuevos derechos”: identidad de género, reconocimiento legal de las opciones identitarias, etc. plantean otras cuestiones, todavía más difíciles de encarar conservando un eje en la izquierda. Podrían convertirse en exitosos administradores y organizadores de la política de izquierda si desplazaran la centralidad que tiene la desigualdad económica, social y política.

Sólo con los “nuevos temas” la izquierda deviene un fenómeno cultural. Por otra parte, las políticas identitarias son, en última instancia, particularistas. La izquierda tiene que incorporarlas porque no hacerlo equivaldría a ignorar que se vive en una esfera pública hecha de particularismos. Pero la desigualdad no es solamente cultural ni identitaria sino de base socio-económica. Si la izquierda se retira de este territorio, no hay culturalismo progresista que pueda salvarla, ni volverla significativa para la mayoría, que no se define solo por una identidad cultural sino en relación a las desigualdades económicas, laborales, educativas, urbanas y territoriales.

Finalmente, vivimos en Argentina. La izquierda tiene el tema democrático-institucional como uno de sus campos obligados. No es aconsejable una transacción entre derechos, que implique que la sensibilidad por las desigualdades materiales sostenga, al mismo tiempo, una negación de las desigualdades políticas, la arbitrariedad institucional, el acceso diferenciado al aparato del Estado y el control de los recursos por minorías que no responden por sus actos.

### Daniel Szabón

El cuestionario parte de una serie de postulados por lo menos discutibles. Ni la relación entre izquierda e “iluminismo” es lineal, ni existe una distancia infranqueable con el historicismo, el nacionalismo o el romanticismo. Por el contrario, estos elementos convivieron siempre en tensión en las diferentes formas con-





cretas que históricamente adoptó dicha "cultura".

Por su parte, la separación tajante entre izquierda y "cultura peronista", y el pretendido carácter "hegemónico" de esta última, dicen más sobre los supuestos de las preguntas que sobre los problemas aludidos. Reducir analíticamente fenómenos políticos complejos no parece ser la mejor forma de comprenderlos en su despliegue histórico, única dimensión en la que se puede juzgar el sentido de las posturas y acciones que adopta. No percibir la difícil coexistencia en distintas fuerzas políticas de elementos que buscan la transformación de las condiciones sociales, políticas y económicas, con otros dirigidos a su preservación, es negarle a la izquierda una posibilidad clara de intervención. Es no ver que una parte de tales fuerzas *ya están dentro* del kirchnerismo.

Este cuestionario supone que existen líneas *a priori* que la izquierda "debería" adoptar o evitar, de acuerdo a un curso de acción previamente conocido. Pero el mapa nunca es el territorio; la naturaleza de la política requiere combinar la mirada cenital con una más cercana al terreno sobre el cual se pretende intervenir. Sólo cuando la izquierda intenta traducir su programa de transformación social y económica en medidas, posturas y acciones concretas, recién en ese momento, empieza a actuar *políticamente*.

No hacerlo, limitarse a ser una "cultura" crítica, la circunscribe al terreno simbólico. Es sintomático que muchos le nieguen al kirchnerismo lo que no dudaron en otorgarle a los episodios de diciembre de 2001, cuando las potencialidades rupturistas de las consignas pronunciadas fueron leídas como propias de la "cultura de izquierda". Para esta forma de entenderla, tal cultura es más fácil de encontrar en el registro discursivo que en el de las acciones.

Por el contrario, la experiencia kirchnerista llevó a cierta izquierda a moverse en el territorio mucho más escarpado de las realizaciones concretas. Pasó a formar parte de un movimiento más amplio que pretende la transformación de las condiciones sociales, aunque para ello deba aceptarlas en gran medida. Esto supuso enfrentar las dificultades y desafíos propios de toda intervención política.

En función de decisiones tácticas, algunas de sus pretensiones de cambio se dejaron de lado, siquiera momentáneamente. Para articular acciones con una diversidad de actores sociales, debe convivir con ocasionales "compañeros de ruta" con los que en muchos casos no comparte valores o concepciones del mundo.

Esto también implicó reformular (al menos coyunturalmente) su concepción del Estado como mero agente de reproducción, para apreciar las posibilidades que brinda su manejo en función de objetivos más inmediatos pero, por lo mismo, mucho menos ambiciosos. Y adaptarse a las modalidades de acción de la política de partidos, abandonando el recurso del desenlace revolucionario o la impugnación global del sistema económico y político.

Desde luego, nada obliga a la "cultura de izquierda" a conformarse a esta aceptación de las áridas condiciones de la política "realmente existente". Pero el precio a pagar por evitar este gris destino puede ser resignarse a vivir "anidando" en reductos encapsulados, al margen de toda contaminación, siempre idéntica a sí misma. Si en cambio prefiere formar parte del tejido vivo del conjunto social, si está dispuesta a intervenir en él, deberá abrirse a

la aceptación de sus condiciones de existencia.

Éstas incluyen elementos culturales que históricamente cierta izquierda ha sido reacia a aceptar, considerándolos simplifadamente como meros elementos de reproducción de la estructura social. Pero en las condiciones de funcionamiento de la vida colectiva residen *también* las de su modificación. El peso relativo de los elementos transformadores y conservadores en el kirchnerismo depende del desarrollo de la contienda política, tanto al interior de dicho espacio como frente a sus adversarios externos. No puede ser fijado de antemano, no forma parte de ninguna tradición esencialmente definible. No está determinado.

Si el peronismo ha logrado sobrevivir en el tiempo, tomando hoy la forma de kirchnerismo, ha sido por su capacidad para absorber las tensiones sociales estructurales y canalizarlas en forma política. Por tal motivo, y al igual que todos los fenómenos políticos colectivos de cierta complejidad, es un espacio en disputa. En esta disputa, la izquierda debe intervenir activamente, dentro o fuera del kirchnerismo, pero siempre en su terreno de acción: la lucha política.

## Pablo Solana

### 1.

Creemos que hay elementos en la historia política de las izquierdas en Argentina y América Latina que ya abordaron esa revisión, que buscaron superar la distancia entre la izquierda y los movimientos populares de masas existentes en el capitalismo periférico y colonial. A partir de esa relectura crítica se constituyó una de las más novedosas vertientes de la izquierda anticapitalista en el continente, que se identifica como latinoamericanista, antiimperialista, popular y plebeya. Tal vez haya sido Mariátegui quien más claramente puso en cuestión los paradigmas de izquierda ajenos a la realidad social y política latinoamericana. El "socialismo indoamericano" surge como respuesta a una configuración social distinta a la analizada en los textos clásicos del marxismo europeo, pero no sólo eso: la propuesta de un socialismo que deba ser "ni calco ni copia, sino creación heroica" habilitó replanteos políticos y orgánicos que alimentaron la búsqueda de nuevas ideas y nuevas vías al socialismo. La revolución cubana, y los pensamientos de Fidel y el Che, constituyeron otro mojón imprescindible para comprender el decurso de esa "nueva izquierda" con pretensiones revolucionarias y socialistas, nutrida además por aprendizajes contrahegemónicos a partir de las luchas concretas de la época en Nuestra América.

En Argentina ese vínculo se manifestó, por ejemplo, en los orígenes mismos de ese gran movimiento histórico que fue el peronismo. Como señala Horacio Tarcus en la Introducción al **Diccionario biográfico de la izquierda argentina**: "El movimiento obrero peronista (...) se nutre de una gran masa obrera que lleva consigo concepciones, prácticas de organización y movilización y un imaginario forjados en el sindicalismo y el socialismo". Ya después del golpe del 55, la resistencia peronista se iría apropiando, con mayor o menor claridad, de conceptos como "lucha de clases". En ese contexto surgieron expresiones organizadas que resultaron "puentes" efectivos entre una vertiente de izquierda con vocación revolucionaria y ese movimiento "nacional y popular" volcado a la resisten-

cia. Ejemplo de esto fueron John W. Cooke y la agrupación Acción Revolucionaria Peronista, que vinculó al peronismo revolucionario con el ideario del Che y la revolución cubana, y apoyó al Ejército Guerrillero del Pueblo que impulsó Jorge Massetti en el norte argentino. Nutrieron esa tradición también las Fuerzas Armadas Revolucionarias, organización conformada por ex integrantes del Partido Comunista con el objetivo de apoyar al Che en Bolivia, que después terminó fusionada con Montoneros. El Peronismo de Base con su propuesta de “alternativa independiente” de la clase obrera, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, e intelectuales como Puiggrós o Hernández Arregui, permitieron a algunas de las vertientes de izquierda tejer lazos con el nacionalismo popular. También la “nueva izquierda” surgida en los 60 y 70, si bien de conformación mayoritaria no-peronista, encontró en estas expresiones canales de diálogo con el peronismo incluso en el marco de las categorías marxistas que le resultaban más afines, como muestra el debate que Carlos Olmedo, dirigente de FAR, mantuvo con el PRT en forma pública a través de revistas como **Cristianismo y Revolución** durante 1971.

Creemos que esta tradición se encuentra vigente. El historiador Miguel Mazzeo denomina “nueva nueva izquierda” a diversas expresiones surgidas a partir de las resistencias al neoliberalismo en los 90 y de parte de los “nuevos movimientos sociales” que, visualizados a partir de su protagonismo en la crisis del 2001-2002, en la actualidad se desarrollan “politizando” sus construcciones sociales y buscando dar “carnadura social” a sus planteos políticos, que anidan en la tradición latinoamericanista y popular y se enriquecen reactualizando definiciones más afines al ideario libertario que al de la izquierda clásica, como la democracia de base y la lucha contra el patriarcado.

## 2.

Definitivamente creemos que la izquierda debe superar la testimonialidad y la espera crónica de la Gran Crisis, y volcarse con energía cotidiana y efectividad a construir poder social y político tras un ideario socialista, como tarea estratégica. A la vez, entendemos que esto no podrá realizarse en el marco de la hegemonía peronista/kirchnerista (que en la actual etapa propone un “capitalismo en serio”, algo diametralmente opuesto al ideario de izquierda). Creemos que la izquierda debe encarar esa tarea en forma creadora, sabiendo confrontar con esa hegemonía kirchnerista cuando agrede los intereses populares (enfrentando al modelo extractivista, por ejemplo), y sabiendo a la vez destacar sus aciertos (por caso, en la geopolítica latinoamericana). Pero sobre todo, esa perspectiva estratégica de la izquierda se alimentará construyendo poder social y político (poder popular) desde las bases y con vocación transformadora, siempre con independencia y más allá de cualquier hegemonía gubernamental.

Dicho esto, cabe aclarar que la identidad peronismo/kirchnerismo, como toda referencia al peronismo, necesita de precisiones. Según nuestra mirada el kirchnerismo no expresa un proyecto “nacional y popular” del que la izquierda no debería ser ajena, sino un modelo neodesarrollista acorde a la nueva etapa que el capitalismo requiere, como señalan Mariano Féliz y Emiliano López en su libro **Proyecto neodesarrollista en la Argentina**.

Claro que esta mirada no debe habilitar lecturas “gorilas”. Por

el contrario, reivindicando la tradición de una izquierda popular y plebeya, debemos seguir esforzándonos por recrear nuestros planteos políticos, sin claudicar en los objetivos estratégicos anticapitalistas y principios emancipatorios. Creemos que eso se expresa con más claridad, en la actualidad, a través del bolivarianismo que en Venezuela permitió la confluencia de sectores de ideología nacional con expresiones de la izquierda revolucionaria tras una prédica socialista; eso expresa el proceso vigente en Bolivia, fruto de la unificación de movimientos indígenas con un ideario nacional-latinoamericano; y podemos suponer que algo de esa tradición se expresa, a su modo, en la elección de esa guerrilla novedosa surgida en Chiapas hace casi dos décadas cuando, aun desde sus concepciones radicales respecto al Estado, eligió incorporar en su propio nombre la denominación “... de Liberación Nacional”.

La “cultura de izquierdas” hoy anida en muy diversos ámbitos, tantos como expresiones de izquierda podamos encontrar, que no son pocas en nuestro país. Dicho esto, nos parece útil proponer un camino que vaya revirtiendo y superando esa fragmentación, desarrollando una práctica militante que haga su propio trabajo de arraigo popular y de sedimentación identitaria. Una “nueva nueva izquierda” o “izquierda independiente” (de las lógicas del poder de las clases dominantes y el capital, pero también de los dogmatismos de la vieja izquierda) es necesaria. Y posible, como se ve, por ejemplo, en la Coordinadora de Organizaciones y Movimientos Populares de Argentina (COMPA). Se trata de un espacio que puja por tener cada vez más protagonismo, aunque hoy sea más reconocible a través de su importante desarrollo en el movimiento universitario, los movimientos barriales, la militancia de solidaridad latinoamericanista, el desarrollo de grupos políticos culturales, y en forma más incipiente en colectivos de pequeños productores y en la nueva generación de trabajadores que impulsa un sindicalismo clasista y de base. Se trata, como decimos, de movimientos y organizaciones que se identifican en esta vertiente de la izquierda que reivindicamos, readeuada a las condiciones históricas actuales.

## Pablo Stefanoni

### 1.

Es difícil responder a esta pregunta por fuera de las dinámicas reales de las izquierdas y de los sujetos que deberían renovar la “tradición de izquierda”. En mi opinión, no es posible pensar una actualización *tout court* de los amplios debates y discusiones que Altamirano trata en el libro en las condiciones del mundo actual. La propia idea de pueblo es hoy problemática —al menos en el sentido de los años 50, 60 ó 70—. Aunque sigue habiendo obreros y sindicatos, la clásica interpelación obrera parece arar en el desierto (y creo que decir que ahora hay una pluralidad de sujetos no resuelve mucho las cosas). Así, el propio clivaje izquierda/derecha encuentra cada vez más problemas. No creo que tenga sentido seguir pensando qué hacer con el peronismo, a menudo ello conduce a “hacerse peronista” (o kirchnerista), a veces a partir de tardíos “descubrimientos” del peronismo.

Aunque creo que sigue siendo políticamente productivo, la vigencia del término izquierda no se relaciona en mi opinión con su capacidad para armar un “gran clivaje” izquierda/derecha. Su



potencialidad se vincula a objetivos más limitados pero no menos potentes: una agenda de izquierda puede poner en debate temas que ni el nacionalismo ni el indigenismo van a propiciar, en pos de una democratización radical de la sociedad. Además de una agenda anticonservadora en el terreno ético-moral, la izquierda debería reponer lecturas socioeconómicas del conflicto social que las visiones binarias del nacionalismo sólo lee en términos organicistas. Lo mismo vale para discusiones sobre posibles articulaciones Estado/mercado que indigenistas y poscoloniales intentan resolver con cuestionamientos genéricos a la civilización occidental y los nacionalistas mediante lecturas politicistas (empresarios “patriotas” o “antipatriotas”, por ejemplo) o ilusiones desarrollistas de matriz “cincuentista”. La anulación de la pertinencia de la vigencia del término “izquierda” suele generar, a menudo, un silencio sobre esa agenda que es neurálgica a la hora de pensar el cambio político, social y cultural.

Creo que la luz de los actuales procesos latinoamericanos, no se trata de reclamar el privilegio ontológico de la izquierda sobre otras matrices y tradiciones, sino de pensar una posible articulación entre izquierda, nacionalismo popular y democrático e indianismo/decolonización para pensar un proyecto emancipatorio que dé cuenta y luche contra una pluralidad de opresiones. Esto no tiene nada de particularmente nuevo; lo nuevo, en todo caso, es que ya no se trata sólo de un debate teórico en un auditorio universitario, sino de una discusión que define tomas de posición concretas frente a los gobiernos “populares” realmente existentes. Pero esas articulaciones están llenas de puentes y precipicios.

## 2.

Creo que el problema es que lo que podríamos llamar la “cultura de izquierda” se ha debilitado al extremo, al menos si hablamos de una cultura asentada en cierto tipo de instituciones (partidos, sindicatos, espacios culturales...). Por otro lado, pervive —e incluso se ha expandido— un sentido común o sensibilidad que en general pivotea en el nacionalismo de izquierda, el latinoamericanismo, etc. Pero el debilitamiento de la “cultura de izquierda” es un fenómeno más general. Es notable que en el ámbito latinoamericano, en los que suelen ser llamados gobiernos radicales (Venezuela, Bolivia, Ecuador) sus fuentes de radicalidad no provienen tanto de la izquierda como del nacionalismo (clivaje patria/antipatria, estatizaciones, antiimperialismo, etc). En estos países, izquierdas más bien débiles y dispersas encontraron en el nacionalismo (y el indigenismo) tablas de salvación para revivir. Entretanto, las izquierdas que alcanzaron el gobierno (Brasil, Uruguay y en parte el Partido Socialista chileno) sufrieron en mayor medida los impactos de las crisis ideológicas de la socialdemocracia y del marxismo, y evolucionaron hacia una centroizquierda que hizo que aunque se mantiene “la cultura” de izquierda, sus posiciones carecen de un horizonte de transformaciones en el que insertar las reformas en marcha y son rehenes de un posibilismo a menudo bastante extremo (eso no quita que en las alas izquierdas de estos partidos se siga hablando incluso de socialismo pero ello está desarticulado de proyectos de transición efectivos y viables).

En el caso argentino, lo que en el libro Altamirano llama las “izquierdas tradicionales” o están casi en vías de disolución (el

Partido Comunista) o hace tiempo que es difícil calificarlas como de izquierda (el Partido Socialista). Por otro lado, están los grupos trotskistas que mantienen un peso más bien testimonial o acotado a ciertos espacios no generan culturas políticas ni irradiaciones ideológicas significativas: es notable que pese a la cantidad de dirigentes intelectuales que militan en forma profesional estos grupos no hayan podido (o querido) producir una obra significativa sobre la historia, la economía o la política argentina. Notablemente, el maoísmo (Partido Comunista Revolucionario) muestra una fuerte ductilidad para participar en frentes de masas: universidades, la Corriente Clasista y Combativa, Plataforma 2012, con posiciones generalmente nacionalistas. Pero en todos estos casos creo que se trata de culturas de izquierda residuales —y a menudo desacopladas de los “estilos de vida” de los propios militantes— e incapaces de dar cuenta de muchos de los fenómenos del mundo actual.

Finalmente hay una variedad de agrupamientos que suelen combinar ciertas visiones “populistas” sobre el pueblo con influencias más nuevas como Antonio Negri, el zapatismo e ideas sobre la construcción de poder popular territorializado (como el Frente Darío Santillán, algunas agrupaciones piqueteras y universitarias, etc.). Quizás sean estos los que han renovado en parte la cultura militante, aunque en general tienen muchas dificultades para crecer más allá de ciertos espacios específicos y suelen afrontar diversos tipos de crisis.

## Horacio Tarcus

La izquierda es una heredera crítica del proyecto de la Ilustración, crítica pero heredera al fin. Karl Marx, el más influyente de los fundadores teórico-políticos de la principal familia de las izquierdas (el socialismo y sus descendientes, los comunismos del siglo XX, con todas sus variantes), no sólo suscribió sino que radicalizó el programa de la Ilustración. Hizo suya, colocándola en el corazón mismo de su sistema teórico, la idea matriz iluminista de que el mundo, tanto el físico-natural como el humano, debía ser concebido como una totalidad estructurada cuya intrínseca racionalidad y cuyas leyes de movimiento podían ser aprehendidas conforme a un método (o un conjunto de métodos) adecuado(s) (llámese método científico o dialéctica). Esa capacidad humana de descifrar no sólo los secretos del mundo físico-natural sino también, y sobre todo, los jeroglíficos de la actividad humana estaba, en el núcleo teórico del pensamiento marxiano, intrínsecamente vinculada a la capacidad de transformarlos. La transformación revolucionaria de la sociedad era posible porque ésta era cognoscible. Pero, añade Marx, y éste es sin duda el meollo de la “filosofía de la praxis” de raíz hegeliana, ésta es cognoscible en la medida en que es transformable. El conocimiento es concebido aquí no como pasiva contemplación o reflejo de lo real en la mente humana, sino como praxis humana transformadora, inherente a la acción del trabajo sobre la naturaleza y a la acción política sobre la sociedad.

Ahora bien, si es cierto que Marx cuestiona lo que para el materialista ilustrado es el fetichismo de la “objetividad”, la “realidad objetiva” exterior al sujeto del conocimiento —al postular el carácter relacional de lo social (el mundo social mismo como praxis

humana totalizada)—, no es menos cierto que al mismo tiempo no solo no desconoce sino que está imbuido de la confianza racionalista, propia de la Ilustración, de una realidad estructurada como un todo susceptible de ser aprehendida (sean sus leyes de hierro, de bronce o de corcho) y al mismo tiempo transformada (ya sea la Naturaleza por el trabajo, la ciencia y la técnica; ya sea la sociedad por el Proletariado).

La confianza de Marx en la razón —ciertamente, una razón dialéctica, immanente al proceso histórico—, en las ciencias, en el progreso —en cuyo altar se sacrificaban milenarias tradiciones, creencias y culturas—; y, en definitiva, en la intrínseca unidad, universalidad y potencial autoemancipación del género humano, no eran meras creencias decimonónicas, adherencias susceptibles de ser extirpadas quirúrgicamente de su sistema de pensamiento. El proyecto del socialismo como sistema universal, susceptible de exceder y trascender al capitalismo, heredando y potenciando más allá de los estrechos límites nacionales de las burguesías y sus Estados valores universales, prometiendo no sólo la emancipación social (de clase), o la emancipación de la mujer, o la de los jóvenes, o la de las minorías oprimidas, sino la emancipación humana misma, se fundaba en esas ideas matrices de la Ilustración.

Asistimos, en las últimas décadas, al fracaso de este proyecto colosal, tanto en sus versiones socialdemócratas como comunistas, sean ésta la soviética o la china, la yugoslava o la vietnamita. Aunque estos proyectos estaban agotados desde mucho tiempo antes que 1989, puede afirmarse que no existe hoy, más allá de focos puntuales de resistencia social emancipatoria (o reaccionarios, como los fundamentalismos religiosos), un proyecto global alternativo a la arrasadora globalización capitalista.

Con este fracaso, asistimos pues al impúdico triunfo mundial del único proyecto universalista que quedó en pie: la globalización del capital. Mientras las izquierdas no logren refundar un proyecto alternativo, digamos una alterglobalización, ciertas resistencias a la misma van a nutrirse del pensamiento reaccionario de la anti-Ilustración, sea en una u otra de sus vertientes.

El movimiento anti-ilustrado, que de modo emergente cuestionaba ya con Vico la existencia de leyes universales y afirmaba la unicidad de cada una de las culturas, alcanzó su primer umbral con Hamann, el teólogo alemán que sostenía que la verdad no podía ser universal sino particular, pues la razón era un pobre instrumento humano exterior a las cosas mismas y por lo tanto incapaz de descifrar los designios de Dios al crear el mundo, las plantas y los animales. Fue su discípulo Herder —y sigo aquí el hilo del conocido ensayo de Isaiah Berlin, “La contra-ilustración”— quien atacó el carácter abstracto y totalizante de la razón ilustrada en nombre de un conocimiento fundado en la individualidad y el “sentir dentro”. No hay, pues, criterios racionales y universales que permitan fundar idea alguna de Progreso, pues cada cultura o totalidad orgánica tiene su propio “centro de gravedad”. Si bien Herder no fue nacionalista, los nacionalismos culturales y políticos se sirvieron a gusto de su obra. Por su parte, al famoso ataque de Burke contra los principios revolucionarios franceses en nombre de los “miles de hilos”, invisibles a la razón ilustrada, que atan a los seres humanos dentro de un todo históricamente sagrado, se sumaron las influencias y sombras

doctrinas de Joseph de Maistre: no es posible fundar un orden social en la razón, pues esta es controvertible y por lo tanto destructible; el único modo de someter la naturaleza agresiva del hombre es bajo la autoridad inapelable de una iglesia, un Estado o una élite aristocrática. La razón conduce, pues, a la discusión y finalmente a la rebelión; siendo la “irracionalidad” la efectiva garantía de la paz, el orden y la seguridad.

Siguiendo estas líneas necesariamente generales, señalemos que fueron los nacionalismos anti-ilustrados europeos los que nutrieron el pensamiento nacional-populista latinoamericano. Contra la idea de una línea civilizatoria de origen europeo o norteamericano, levantaron formas alternativas de desarrollo nacional, regional y local a la expansión del capitalismo en sus territorios. El clásico e influyente ensayo de Fermín Chávez, **Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina** (1956), se fundaba precisamente en una serie de dualismos que remitían a la confrontación Ilustración / Anti-Ilustración: Civilización (europea) / Barbarie (americana); Liberalismo (europeo) / Nacionalismo (argentino, latinoamericano); constitución formal / constitución real/material (fundada en las costumbres, tradiciones, suelo...); Buenos Aires / Provincias; élites letradas (doctores, intelectuales) / Pueblo (trabajadores + ejército); Progreso / Soberanía; ideas “espúreas”, “postizas”, “ficticias”, producto de “infusión”, “transplante”, “importación” / cultura “raigal”, “endógena”, “originaria”; “saber libresco” / “saber popular”.

Ciertamente, el triunfo del programa anti-ilustrado alimentando las culturas de resistencia al proyecto civilizatorio del capitalismo no sucedió repentinamente en 1989. Los nacionalismos primero y los populismos enseguida después desafiaron con éxito el universalismo y el racionalismo de las izquierdas clásicas, ya desde los años 1940. De nada sirvieron las críticas de aquellos que, como Borges, mostraron las paradojas del origen “foráneo” del nacionalismo, o del anti-intelectualismo que profesaban los propios intelectuales nacionalistas. Numerosos estudios han señalado el repliegue del programa izquierdista de raíz ilustrada y la progresiva adopción de las ideas y valores del programa anti-ilustrado por parte de lo que dio en llamarse la “nueva izquierda” en América Latina. Claudia Gilman mostró en su libro de referencia el efecto desarmante que tuvo para las izquierdas clásicas y sus intelectuales, esto es, para cualquier programa basado en ideas, programas, proyectos, la inesperada irrupción en enero de 1959 de una “revolución sin teoría”; acto seguido, una ola de anti-intelectualismo culposo cundió en la segunda mitad de los años sesenta entre los propios escritores cuando la pluma del intelectual aparecía como ineficaz frente al fusil del guerrillero y un privilegio frente a la herramienta manual del pueblo trabajador.

Sin embargo, este anti-intelectualismo de raíz populista tenía precedentes a la Revolución cubana, como lo evidenciaba en nuestro país ya en la década de 1950 un filósofo argentino formado en la Sorbonne y desde las páginas de una revista sofisticada y para minorías como **Contorno**: el peronismo, escribía León Rozitchner, había venido a “desnudar” con su caída la crisis argentina; y en ese sinceramiento, los intelectuales de origen burgués o pequeño-burgués habían puesto de manifiesto su inoperancia y su desconcierto. Debían buscar puentes hacia la clase obrera, pues era ella la que representaba la negación dialéctica del orden burgués. La



razón en acto del proletariado podía subsanar la inoperancia de la razón abstracta del intelectual ilustrado. Aunque este programa se enarbolaba en nombre del marxismo, era el triunfo de Sorel sobre Marx. Siguiendo el camino abierto por Puiggrós y por Ramos, también esta franja de intelectuales marxo-frondicistas pondrían el eje en la “liberación nacional”. Ciertamente, añadían “y social”, aunque la dimensión social de la emancipación humana (esto es, el socialismo) se desdibujaba crecientemente frente al ensanchamiento de la liberación nacional (esto es, el peronismo).

Lo mostró Carlos Altamirano en el libro que se cita en la pregunta bajo la forma de autoculpabilización de las clases medias, así como también Oscar Terán había revelado en **Nuestros años sesentas** cómo el “proceso al liberalismo” que postulaba un nazionalista como García Mellid, por citar un título emblemático de los años 1950, fue progresivamente asumido por la intelectualidad de izquierda, que se peroniza masivamente entre fines de la década de 1960 e inicios de la siguiente.

El proceso kirchnerista en curso, aprovechando no solo el “viento de cola” del alza de los precios de las *commodities* sino también el de la crisis de la modernidad, atrajo buena parte de lo que quedaba de la intelectualidad de izquierdas. Aunque nadie se atreva a afirmar que se trata de una revolución, bien puede afirmarse que el kirchnerismo aparece como un proceso de transformaciones sociales y políticas significativas que no fueron jamás anunciadas en programa alguno ni debatidas en ninguna instancia colectiva. Los intelectuales ilustrados de los ‘60 sucumbieron a los encantos anti-intelectualistas de una “revolución sin teoría”; hoy, otra franja intelectual izquierdista, sucumbe ante el encanto irresistible de la reforma sin programa. Estos intelectuales parecen haber sacado la conclusión que la función clásica con la que estaban comprometidos (cuestionar las prácticas políticas, sociales y culturales conforme a cierto entramado de valores y razones universalistas, llámese “socialismo”, “anarquismo”, etc.) los mantenía confinados en la marginalidad. Es así que buena parte de los últimos izquierdistas ilustrados asumieron no sin torsiones la impotencia de la razón crítica y pasaron a ser los legitimadores de las transformaciones prácticas; cansados de buscar en vano la realización de la razón, se convirtieron en racionalizadores de lo real, del rol de ilustrados pasaron al papel de ilustradores.

Entre ellos, mentar la tradición ilustrada de la izquierda es, como dice el refrán, mencionar la sogá en la casa del ahorcado. Cualquier estudiante de filosofía política podría señalar frente a estas dos grandes tradiciones de la modernidad, la ilustrada y la anti-ilustrada, innumerables ejemplos de claroscuros, tensiones, préstamos. Todos sabemos que Rousseau fue romántico al mismo tiempo ilustrado, que Hegel y Goethe ensayaron síntesis entre el pensamiento ilustrado y el romanticismo, que Herder admiraba a Diderot y que a su modo intentó concebir una Idea de Humanidad que articulase la suma de las culturas, que fue el joven Marx —influido por Rousseau— el que ensayó la crítica más acerba a la ideología de los derechos del hombre; que el último Marx reconsideró su juicio despectivo acerca de los populistas rusos; que Horkheimer y Adorno mostraron que la lógica de los totalitarismos modernos no era otra que la razón instrumental; y que la historia del socialismo, de William Morris a E.P.

Thompson, y de Pierre Leroux a Michael Löwy pasando por Benjamin, se vio atravesada por el pensamiento del ala revolucionaria del romanticismo.

Todo esto es bien conocido. Pero lo que me interesa remarcar es la vigencia fundante y matricial de estas dos grandes líneas, la ilustrada y la anti-ilustrada, en la conformación de las ideologías contemporáneas, en la medida en que estas grandes líneas continúan alimentando las culturas políticas del presente. Las grandes figuras políticas e intelectuales de la época contemporánea —el jacobino y sus herederos, los izquierdistas, por una parte; y el anti-ilustrado y sus herederos, los nacionalistas y los populistas, por otra— serían incomprensibles sin acudir a ellas. Se me dirá que en las izquierdas reales y en las culturas políticas realmente existentes estas figuras existen confundidas. Ciertamente. Pero insisto: todas las políticas que buscan fundarse en ideas, proyectos, programas, remiten en última instancia a la tradición ilustrada y jacobina. Y todas las políticas que reniegan de esos fríos instrumentos exteriores y buscan fundar su legitimidad en la bondad y la sabiduría intrínsecas de la cultura, la religión y la tradición de un pueblo, remiten en última instancia a la tradición historicista y nacionalista anti-ilustrada.

Generalizo, desde ya. Pero es para remarcar la dificultad con la que se encuentran amplias franjas de la izquierda intelectual para discernir entre estas dos grandes tradiciones más allá de sus préstamos y sus cruces, para aceptar incluso su existencia histórica. La izquierda ilustrada —un Habermas, por citar un caso emblemático dentro de la izquierda moderada— no duda en asumir críticamente la herencia de la Ilustración. En el otro extremo, el populismo (que siempre fue anti-ilustrado) tampoco vacila en asumir su herencia. El problema se plantea para el arco de intelectuales izquierdistas que, proveniente de la izquierda ilustrada, viene haciendo suyo el programa de la anti-ilustración (ya sea por la vía del posmodernismo, ya sea por la del populismo, o por una yuxtaposición entre ambas): el reconocimiento mismo de estas dos vertientes históricamente rivales y antagónicas lo sume en una franca incomodidad. Producto de esa mala conciencia, viene llevando a cabo las más forzadas operaciones de inscripción en la tradición anti-ilustrada a esos herederos críticos de la Ilustración que fueron Gramsci, Benjamin y Mariátegui, los tres y a su modo cabalmente socialistas e internacionalistas, los tres enemigos de los nacionalismos.

La izquierda no puede sino nutrirse de esta confrontación histórica entre estas matrices rivales, que persiste en el presente. El romanticismo o el posmodernismo han planteado críticas fecundas a la Ilustración que la izquierda no puede sino conocer a fondo, y en cierto modo y hasta cierto punto, pueden nutrir su propia crítica al programa ilustrado (sin ir más lejos, en este mismo número de **Políticas de la memoria**, publicamos la crítica de Sorel al marxismo). Como señalaba Anderson en la Introducción a **Spectrum**:

La derrota es una experiencia difícil de dominar: siempre hay la tentación de sublimarla. Mas para superarla es necesario poder mirar a la cara a los adversarios teóricos, sin indulgencia ni autoengaño. Eso exige una cultura de curiosidad y crítica que no se contente con mantenerse en las tradiciones de la



propia izquierda, donde la inclinación general de las tendencias políticas al autoensimismamiento se ha intensificado en general debido a la mentalidad de sitio experimentada por cualquier formación minoritaria.

Sin embargo, la izquierda no tiene nada para ganar y tiene todo para perder si se subsume o se hibrida con el nacional-populismo. Las experiencias históricas de izquierdas subordinadas a (o integradas en) los nacionalismos terminaron no solo en penosas asimilaciones, sino en verdaderas catástrofes (desde los comunistas turcos masacrados tras su integración en el seno del nacionalismo de Mustafá Kemal, pasando por los comunistas chinos asesinados en 1927 en el marco del apoyo de la Komintern al nacionalismo de Chian Kai-Shek, hasta llegar a los Montoneros en el peronismo de los años 1970).

La izquierda no puede desconocer la penetrante crítica foucaultiana de la modernidad, pero tampoco puede olvidar que el autor de **Qué es la Ilustración** apoyó de modo entusiasta la llamada Revolución Islamista del Ayatolah Komeini: una verdadera contra-revolución teocrática que, por otra parte, ni siquiera se privó de actualizar las viejas tecnologías religiosas de dominación con otras más modernas de propaganda, vigilancia y guerra. Entonces, si cuestionamos desde la izquierda “las ilusiones del Progreso”, debemos saber también que si renunciamos de antemano a establecer colectivamente (políticamente) cualquier criterio de valoración y elección entre dos culturas, dos etapas o dos regímenes, el desarme teórico es fatal. Ya no sería posible, siquiera, hablar de revoluciones o contrarrevoluciones, términos que no harían más que delatar megarrelatos de inspiración teleológica...

Los significativos avances que, con respecto al ciclo neoliberal, representan los nuevos gobiernos nacional-populistas latinoamericanos —quienes, con sus enormes variantes, expresan la emergencia todavía insegura de un nuevo ciclo neo-desarrollista en el continente— deberían ser un punto de reconocimiento y de partida para la izquierda. Su tarea, precisamente, no nace de su eventual fracaso: al contrario, comienza más allá del keynesianismo. La izquierda dogmática, sin embargo, los tiene que negar, pues hace años que viene anunciando apocalípticamente el Fin del capitalismo y, por lo tanto, la inviabilidad de cualquier retorno neokeynesianismo (mucho más en la periferia capitalista). Para el Partido Obrero (PO), el Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS) o el Partido Comunista Revolucionario (PCR), el kirchnerismo es lisa y llanamente inconcebible. Otro sector de la izquierda asistió atónito al acontecimiento que fue incapaz de concebir: entonces arrojó lejos los trastos de la teoría y se prosternó ante los hechos. Tampoco puede pensar el kirchnerismo, solo puede racionalizarlo.

Entre la izquierda dogmática, por un lado, y la pragmática, por otro, ha quedado un margen estrecho, pero sin embargo es posible vislumbrar que una izquierda virtual habita allí: no tiene expresiones políticas, pero está presente y activa en espacios sociales, culturales e intelectuales muy diversos. La apuesta política potencial de ese sector, ante la eficacia de los populismos realmente existentes, generadores de cambios sociales (no revolucionarios pero significativos) y verdaderas maquinarias de construcción y reproducción de poder, es, pues, difícil, pero no imposible. Por lo

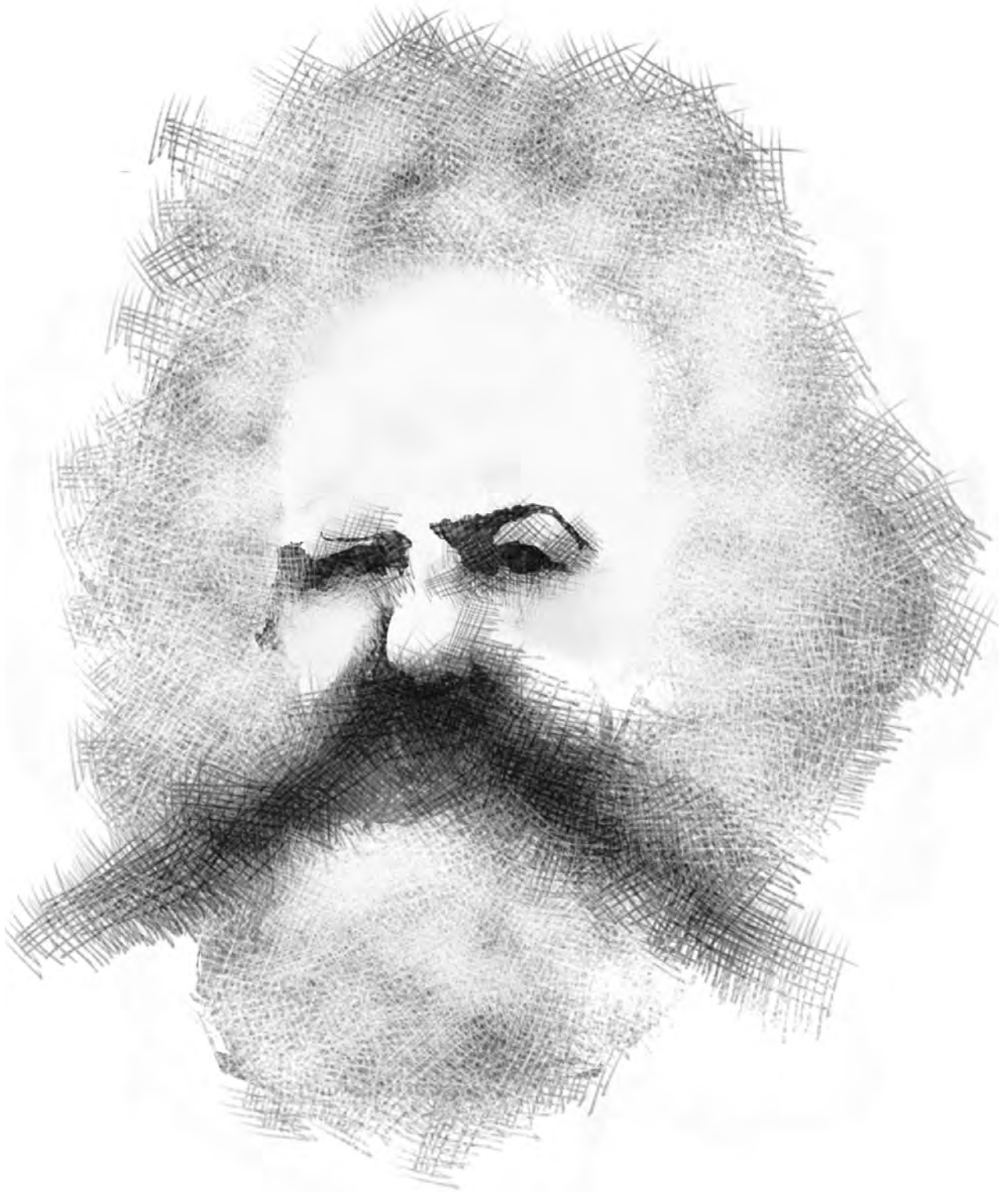
pronto, no tendría por qué pagar el costo de negar la realidad, ni tampoco el de mimetizarse con ella.

Entonces, si ha de haber un movimiento socialista en el siglo XXI digno de ese nombre, o que recupere la dignidad que una vez tuvo ese nombre, será sobre la base de renovar, reactualizando y reformulando la promesa emancipatoria, universalista e internacionalista del siglo XIX, por lejana que nos parezca hoy. La izquierda de raíz ilustrada, en sus vertientes más ricas (de Lukács a Gramsci pasando por Benjamin y Adorno) hace casi un siglo que viene poniendo en cuestión el racionalismo abstracto, el determinismo tecnológico y la teleología con que se informó buena parte del proyecto socialista del siglo XX. Sin embargo, hay algo del proyecto ilustrado al que la izquierda no puede renunciar, a riesgo de dejar de ser sencillamente izquierda: a postular un programa que imagine, que anticipe, por así decirlo, la realidad, proyecto concebido conforme a los postulados de la razón, por más historizada, consensuada, anti-instrumental y deseante que hoy concibamos a dicha razón.

El enorme desafío, entonces, consiste en articular un nuevo proyecto civilizatorio pluricultural que logre exceder los marcos nacionales y estatales de las burguesías locales, capaz de construir vínculos e instituciones más allá de las relaciones mercantiles, que pueda imaginar y ensayar formas de organización y gestión colectivas de la economía, las comunicaciones, los transportes y el conjunto de la vida social y política más allá de la oposición irreductible entre nacionalismo e imperialismo, Plan y Mercado, control central total y “mano invisible”; sin que quedemos atrapados en el chantaje de tener que escoger entre el burócrata y el capitalista, entre las “manos sucias” del Comisario y la “pureza” del Alma bella.

Ciertamente, es un proyecto que está lejos de las prácticas políticas de la izquierda dogmática que domina el presente, un proyecto que podría nutrirse de Gorz, del ecosocialismo y demás utopías posindustriales, de la voluntad de exceder la sociedad salarial a través de la extensión de las asignaciones universales y de la esfera del trabajo no asalariado, así como de los “modelos de socialismo” postulados por autores como Robin Blackburn, Diane Elson, Jon Roemer o Erik Olin Wright, basados no en la negación imaginaria y burocrática de un mercado abolido por decreto el Día Después de la Revolución, sino en su progresiva socialización. Proyecto de discusión colectiva, de reelaboración y refundación de mediano y largo aliento, que no espera cosechar éxitos políticos inmediatos, sino que necesita —como postulaba Perry Anderson una década atrás— una combinación de realismo crudo en el diagnóstico, intransigencia frente a los poderes dominantes y crítica radical de los mitos que atan a los oprimidos a su pasado: “Hoy en día, es el espíritu de la Ilustración, antes que los evangelios, lo que más nos hace falta”.

Un proyecto, pues, que dé cabida a los anhelos libertarios, internacionalistas, solidarios y universalistas de todos aquellos que aspiramos a un mundo distinto del que nos ofrecen, por una parte, el capitalismo globalizado, y por otra, como premio consuelo a las desdichas de la izquierda, los nacional-populismos realmente existentes.



# El marxismo hoy

---

En las últimas tres o cuatro décadas, la teoría de la historia se ha convertido en una de las áreas más vitales de la producción intelectual marxista, desplazando relativamente a la economía, la epistemología o la historiografía. Desde que Gerald Cohen publicara **La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa**, y un grupo de marxistas internacionales (el propio Cohen, Jon Elster, Phillipe Van Parijs, Robert Brenner, E. O. Wright, entre otros) comenzara a reunirse anualmente para discutir sus trabajos, el llamado “marxismo analítico” coparía buena parte de la escena intelectual, alterando sustancial y duraderamente los estándares de rigor necesarios para escribir sobre Marx y marxismo en términos teóricos. Pero el marxismo analítico anglosajón no sólo renovarían el discurso marxista: reabrían un diálogo intenso con otras tradiciones teóricas y despertaría ecos fuera de las ciudadelas de la intelectualidad roja. En el mundo de habla castellana esta tradición ha recibido una atención dispar y fue objeto de una ambigua recepción. Los principales textos y representantes del “marxismo analítico” son en general conocidos, aunque no necesariamente en profundidad. Hasta el momento ha sido más bien baja la producción de obras inspiradas en esta corriente teórica, o bien destinadas a discutirla, evaluarla o impugnarla. España ha sido el espacio de mayor receptividad, tanto por el volumen de sus traducciones (**Zona Abierta** tradujo y publicó durante los años ochenta y primeros noventa un gran volumen de textos) como por la cantidad de escritos de autores locales, entre los que se destacan las obras de Andrés de Francisco y Francisco Herreros Vázquez. México ha brindado una recepción algo más limitada, aunque Paulette Dieterlen ha escrito y publicado una excelente obra de difusión. En Argentina es poco lo que se ha escrito, y menos lo publicado. Quien más atención le ha prestado al marxismo analítico es Ariel Petrucelli, y se pueden sumar algunos textos de Roberto Gargarella, Fernando Lizárraga y algunas tesis hasta ahora inéditas (como las de Juan Grijera o Pablo Gilabert), y no mucho más.

En este número **Políticas de la Memoria** se congratula de presentar un *Dossier* dedicado a la teoría de la historia en los rigurosos términos impuestos por el marxismo analítico.

En primer término, publicamos una versión ligeramente reducida (con la autorización expresa de su autor) del artículo que Vivek Chibber publicara en 2011 en **Historical Materialism**. Este trabajo realiza una puesta al día de las discusiones contemporáneas sobre el materialismo histórico. Expone con detalle y rigor a la que considera la concepción canónica ofrecida por Gerald Cohen, basada en una concepción tecnológica sustentada en la tesis de la primacía de las fuerzas productivas; desarrolla a continuación las críticas que esta interpreta-



ción ha recibido; y ahonda por último en una serie de intentos recientes por rescatar a la teoría de las críticas, mostrando cómo sus tesis se van debilitando. Concluye sosteniendo que las diferentes defensas de la tesis de la primacía de las fuerzas productivas no resultan convincentes, pero que de sus fracasos emerge claramente una teoría alternativa, basada en la lucha de clases.

En segundo lugar, publicamos un texto de Federico Mare en el que su autor reseña con rigor, defiende con entusiasmo e incluso critica parcialmente, el reciente libro de Ariel Petruccelli **Materialismo histórico: interpretaciones y controversias** (Prometeo, 2010). Mare argumenta que en este libro se desarrolla una interpretación alternativa del materialismo histórico, que iría más allá de la dicotomía que ha dominado los debates (o centralidad de las fuerzas productivas o prioridad de la lucha de clases) y que ordena incluso la perspectiva del artículo de Chibber. Este *tertium quid* se funda en la prioridad concedida a las relaciones de producción.

De conjunto, ambos trabajos conforman una suerte de compendio del estado actual de las discusiones internacionales sobre la teoría marxista de la historia. Finalmente publicamos un texto de José Fernández Vega en el que el autor, tras comentar un intercambio de ideas polémico que tuviera lugar recientemente en la **New Left Review**, reseña y analiza los postulados de F. Jameson en su nuevo trabajo **Representing Capital**, un ensayo en el que se propone una relectura del tomo I de **El Capital**. Ambos aportes, sostiene José Fernández Vega, tornan nítidos los principales problemas políticos del presente, resultando, así, relevantes para la comprensión de la actualidad de la cultura de izquierda.

Vivek Chibber es Doctor en Sociología graduado en la Universidad de Wisconsin. Actualmente es Profesor Asociado en la Universidad de New Cork (USA). Además de una extensa lista de artículos especializados, ha publicado dos libros: **Postcolonial Theory and the Specter of Capitalism** (Londres, Verso Press, 2012) y **Locked in Place: State-Building and Late Industrialization in India**, (Princeton University Press, 2003).

Federico Mare nació en Buenos Aires en 1977, es historiador y docente. Reside en Mendoza desde 2002; y es uno de los fundadores (en 2005) del colectivo La Hidra de Mil Cabezas, dedicado a la investigación, divulgación y rememoración de la historia de los movimientos sociales en "clave benjaminiana". En el marco de este proyecto ha guionado y/o coordinado varios documentales radiofónicos y audiovisuales, escrito o compilado (y prologado) numerosos cuadernillos, dado charlas y talleres, organizado ciclos de cine-debate y conferencias, y coordinado actividades artístico-conmemorativas. También ha escrito la nota biográfica de Gustav Landauer, para la nueva edición castellana de **Incitación al socialismo**, que Anarres/Terramar lanzará este año en el marco de la colección "Utopía Libertaria".

José Fernández Vega es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y profesor de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Entre sus escritos se destacan **Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón** (2005) y su último libro, **Lugar a dudas. Cultura y política en la Argentina** (2011).

**Dossier | El marxismo hoy**

# Qué vive y qué ha muerto en la Teoría Marxista de la Historia

Vivek Chibber

**Introducción**

El debate sobre el Materialismo Histórico es un área en la cual, por más de un cuarto de siglo, los protagonistas se han esforzado por discutir con claridad y siguiendo escrupulosamente el hilo argumental de unos y otros. Gran parte del reconocimiento por introducir esta cultura en los debates marxistas debe concedérselo a Gerald Allan Cohen, cuyo libro **La Teoría de la Historia de Karl Marx: una defensa**, casi por sí solo elevó la calidad de los argumentos sobre el tema.<sup>1</sup> El libro de Cohen se distinguió por resucitar la versión canónica del materialismo histórico, que señalaba a las fuerzas productivas humanas como el motor que impulsa a la historia.

Por más de cinco décadas, el materialismo histórico canónico fue visto como la interpretación natural de las bastante elusivas afirmaciones de Marx respecto de si tenía o no una teoría distintiva del desarrollo histórico. Fue sólo en los años sesenta, en parte bajo la influencia del maoísmo, en parte en celebración de los recientes movimientos anti-coloniales, que esta teoría fue puesta bajo ataque, no sólo por la izquierda mayoritaria sino también por la Nueva Izquierda. El materialismo histórico tecnológicamente determinista ahora se enfrentaba a una versión que elevaba a la lucha de clases a una posición de primacía.

Los teóricos que ganaron popularidad dentro de la Nueva Izquierda —Althusser, Gramsci, Habermas, entre otros— constantemente minimizaron la importancia de las fuerzas productivas, y levantaron la importancia de las clases y la lucha de clases, como corazón del materialismo histórico. La versión del materialismo histórico centrada en la lucha de clases recibió su propio envión, primordialmente a través de la obra del historiador Robert Brenner, quien lanzó un directo desafío a Cohen y al determinismo tecnológico, argu-

mentando no sólo que esa teoría era defectuosa, sino que puede haber sido una teoría a la que el Marx tardío no habría adherido.<sup>2</sup>

Así, hacia finales de los años ochenta, los debates sobre la teoría de la historia comenzaron a aglutinarse en torno a dos polos: el materialismo histórico canónico y la versión de la lucha de clases, cada uno de los cuales podía reclamar algún grado de fidelidad a los dispersos comentarios de Marx sobre el tema, y cada uno de los cuales estaba fundamentado en argumentos cuidadosamente elaborados.

En este ensayo me propongo examinar los intentos más recientes para salir de bloqueo mutuo entre las diferentes versiones del materialismo histórico; los intentos en cuestión son los de Alan Carling y los del equipo formado por Erik Wright, Andrew Levine y Elliott Sober.<sup>3</sup> Lo que vuelve interesantes a estos dos trabajos es que reconocen a Brenner y a Cohen como los dos modelos contendientes del materialismo histórico, y ambos despliegan argumentos que están localizados en el debate Cohen-Brenner, ya sea explícitamente (Carling), o implícitamente (Wright, Levine y Sober). Ambos trabajos reconocen los desafíos planteados por Brenner a la versión canónica del materialismo histórico, y se empeñan en modificar esta versión para volverla inmune a las críticas de marras. Pero aunque estos intentos de rescate alcanzan inicialmente algún grado de éxito, al final fallan en una de dos formas: o bien simplemente no llegan a convencer, o bien terminan debilitando las afirmaciones de la teoría en tal medida que ésta pierde su sabor distintivamente marxista. Y esto constituye un veredicto a favor de la versión alternativa del materialismo histórico, basada en la lucha de clases o en las relaciones de propiedad.

<sup>1</sup> Cohen, 1978.

<sup>2</sup> Sobre lo primero, ver Brenner, 1986, y sobre lo último, ver Brenner, 1989.

<sup>3</sup> Los trabajos relevantes son Carling, 1991; Carling, 1993; Wright, Levine y Sober 1993.





## Los dos componentes del materialismo histórico

El hecho de que las dos interpretaciones del materialismo histórico se aglutinen alrededor de las relaciones de propiedad y del carácter propulsor de las fuerzas productivas no es casual. Al hacerlo, se basan en dos diferentes componentes de la teoría misma. La teoría marxista de la historia, de hecho, contiene dos sub-teorías analíticamente distintas: una de ellas es una teoría de las *formas sociales*, y la otra es una teoría de las *transiciones* de una forma social a la otra. La primera está fundamentalmente ocupada en individualizar diferentes tipos de sistemas sociales o modos de producción; la última tiene como objeto los mecanismos por medio de los cuales la historia se desplaza a través de los modos de producción. La teoría de las formas sociales es vista, comprensiblemente, como una suerte de sirviente de su prima más ilustre: sirve para identificar los tipos societales individuales que han poblado el registro histórico, analiza sus dinámicas internas y, finalmente, identifica su secuencia. Una vez que este trabajo preparatorio está terminado, entra en escena la teoría de las transiciones históricas para proporcionar una explicación de la secuencia general de los modos de producción que han sido identificados. Está encargada fundamentalmente de explicar los mecanismos que entran en juego una vez que un modo de producción se precipita hacia su crisis final y que, por lo tanto, rigen la consolidación del nuevo modo.

## La teoría de las formas sociales

Los marxistas insisten en que la historia puede ser dividida en períodos discretos, o épocas, y que cada época tiene su propia dinámica económica distintiva, o “leyes de movimiento”. Los mecanismos que generan estas diferentes dinámicas, y que sirven para distinguir a una época respecto de la otra, son el conjunto de relaciones de propiedad —relaciones de producción— prevalecientes en un momento dado. Las relaciones de propiedad también forman el basamento de las relaciones de clase.

*La micro-dinámica de las relaciones de producción* Al nivel micro, las relaciones de producción establecen aquello que Brenner ha llamado “reglas de reproducción” para los agentes individuales. Esto es así en virtud del hecho de que, por definición, las relaciones de propiedad gobiernan la distribución de los bienes productivos en un orden social. Los bienes poseídos por los agentes sociales determinan las estrategias abiertas a ellos para su reproducción individual. Como lo señala concisamente Erik Wright: “lo que tienes determina lo que tienes que hacer” para ganarte la vida.<sup>4</sup> Esta es una afirmación estructural muy poderosa; a saber: que es posible predecir, aunque sea a un nivel bastante general, las elecciones reproductivas hechas por los agentes, en base a los bienes a su disposición. Un productor rural con derechos seguros sobre su tierra probablemente adoptará una estrategia eco-

nómica muy distinta a la de un productor que ha sido privado de tales derechos, y así sucesivamente.

Las relaciones de propiedad no generan automáticamente relaciones de clase. Lo hacen sólo cuando *desigualmente* asignan poder sobre los bienes, de modo que un grupo de agentes puede hacer valer reclamos sobre las actividades productivas de otro. Cuando el primer grupo puede, de hecho, vivir de las demandas que hace sobre el trabajo del otro, los marxistas consideran que esto es una relación de explotación y, por lo tanto, una relación de clase. El hecho de que los bienes productivos están distribuidos desigualmente significa que una clase *puede* explotar a la otra; la *enumeración* precisa de tales derechos determina *cómo* una clase explota a la otra. Así, por ejemplo, el hecho de que en el feudalismo los señores rurales disfrutaban de derechos superiores, aunque no absolutos, sobre sus tierras significa que pueden reclamar algo del trabajo de sus campesinos [*tenants*] como renta; pero como sus reclamos no son absolutos, y como los campesinos también tienen derechos parciales sobre la tierra en virtud de la costumbre, los señores deben blandir la amenaza de la fuerza física para efectivizar sus reclamos. Esto contrasta con los derechos de los propietarios rurales en el capitalismo, que gozan de derechos exclusivos sobre la tierra; en este caso, las amenazas físicas resultan superfluas como medio para reclamar la renta, ya que la expulsión de los campesinos se convierte en una opción mucho más realista. La “renta” es, por lo tanto, común al feudalismo y al capitalismo, pero se extrae a través de mecanismos muy diferentes en cada sistema. Un tipo particular de estructura de clase genera un correspondiente régimen de explotación.

Cuando el acceso a los recursos productivos está distribuido desigualmente, esto no sólo fija a los agentes en una relación interdependiente y de explotación, sino que, al hacerlo, asegura que la relación sea fundamentalmente conflictiva. El ejercicio de los derechos de propiedad siempre trae consigo algún tipo de dominación política, ya sea en el punto de producción, o a un nivel institucional, donde los derechos de propiedad están asegurados. Esta dominación —la usurpación forzada de parte del producto social— a su turno genera resistencia por parte de las clases productoras. Esto, a su vez, requiere que las clases dominantes aseguren su dominación política sobre los productores como una precondition para la explotación de estos últimos, colocando así a los grupos en un conflicto permanente. Aunque los marxistas han demorado en reconocerlo, la teoría de las formas sociales está comprometida con alguna forma de antropología filosófica —una descripción mínima de la naturaleza humana— que debe incluir el supuesto de que los agentes tienen un interés en la autonomía. Sin el compromiso con la autonomía como un impulso humano básico, es imposible justificar la idea —a la cual los marxistas están muy apegados— de que la explotación necesariamente genera resistencia y, a través de ella, lucha de clases.

La lucha de clases desempeña un rol dual en la teoría de la historia. Por un lado, forma un eje fundamental del conflicto político en cualquier formación social. Por otro lado, constituye el medio por el cual las sociedades se desplazan de un conjunto de rela-

<sup>4</sup> Wright, 2005

ciones de propiedad a otro; es el mecanismo que impulsa a la historia hacia adelante. Esto no debería causar sorpresa. La lucha de clases tiene que ver con los términos en que los actores se aseguran acceso a los medios de producción: el afianzamiento de sus derechos de propiedad, la intensidad y el nivel de explotación, etc. Un corolario natural de todo esto es que tales luchas también deberían conducir a cambios en el marco básico de propiedad. Los marxistas han insistido en esto durante todo el siglo pasado. La contribución de Brenner reside en haber argumentado, correctamente a mi entender, que hasta el advenimiento del capitalismo todas las transiciones previas han sido *consecuencias no deseadas* de la defensa de los derechos de propiedad *existentes*. Las transiciones, a su turno, han sido catalizadas por profundas crisis económicas durante las cuales los medios normales de extracción de excedente se rompen, aumentando súbitamente el nivel de conflicto entre productores y gobernantes. La resolución de la crisis —el resurgimiento de una estable extracción de excedente— no necesita traducirse en la forma de nuevas relaciones de propiedad, pero crea una ventana para que tales cambios epocales ocurran. Si ocurren o no es un resultado contingente de la lucha de clases.

---

## La teoría de las transiciones

La teoría de las formas sociales efectúa algunas afirmaciones bastante fuertes sobre la dinámica interna de una época histórica, y sobre el mecanismo por medio del cual nuevas formas sociales emergen. Lo que tiene para decir sobre las transiciones desde una formación social a otra, sin embargo, es básicamente formal: que serán generadas por la lucha de clases. Tiene muy poco para decir acerca de las características sustantivas de la transición, y especialmente acerca de la nueva forma social. El aspecto y los elementos estructurales de la nueva formación dependen de qué clase finalmente asegura su hegemonía luego de una crisis sistémica. Por lo tanto, la secuencia real de las formas sociales no puede predecirse sobre la base de esta teoría solamente, ya que la misma enfatiza las contingencias de la lucha de clases.

En esta fase entra en escena la teoría de las transiciones. Este componente del materialismo histórico está orientado específicamente al momento de la transición desde un modo de producción a otro. Su principal función es estipular un conjunto de condiciones que *restringen* la transición hacia un nuevo modo de producción. Según esta teoría, cualquiera que sea el conjunto de relaciones de producción que emerja como la nueva forma dominante —cualquiera que sea la clase que establezca su predominio— debe exhibir ciertas características. De hecho, de acuerdo con la teoría tradicional, la clase sucesora en realidad sólo estaría restringida por *una* característica particular: debe ser una clase capaz de garantizar el continuo desarrollo de las fuerzas productivas. En cualquier coyuntura histórica, esto reduce drásticamente el rango de candidatos que pueden suceder a una formación social abrumada por la crisis. Cuán estrechos sean concebidos estos límites es algo que depende de qué tan estrictamente se entienda que operan las condiciones determinantes; es decir, de cuán fuertemente sea interpretada la teoría. En su forma más débil, la teoría simplemente pre-

dice que el nuevo modo de producción *preservará* el nivel de desarrollo promovido por el anterior; en su forma más fuerte, insiste en que la clase que establece su dominio será la adecuada para el *más rápido* desarrollo de las fuerzas productivas. El debate sobre el materialismo histórico versa básicamente acerca de lo fuerte que es la afirmación que la teoría puede defender.

\* \* \*

En el transcurso del siglo XX, el término “materialismo histórico” ha abarcado, a grandes rasgos, a las dos teorías recién bosquejadas. Para la mayoría de los marxistas de la Segunda Internacional y posteriores, había una división del trabajo básica entre los dos componentes. La teoría de las formas sociales estaba primordialmente ocupada en individualizar diferentes tipos de sistemas sociales o modos de producción: identificaría sus relaciones de producción distintivas, mostraría las “leyes del movimiento” y las formas de lucha de clases específicas a cada tipo, y la manera en que la lucha entre clases conducía a la muerte de un orden social y al surgimiento del siguiente. La teoría de las transiciones servía para explicar por qué el tránsito a través de los modos de producción no es arbitrario, en un sentido muy específico: el modo de producción que reemplaza al anterior no está simplemente determinado por los caprichos de la lucha de clases, sino que está restringido por los requerimientos funcionales de las fuerzas productivas. Estas restricciones son lo que imparten una cierta lógica al derrotero de la historia. No es tan simple como que la historia es impulsada hacia adelante por las contingencias de la lucha de clases. La propia resolución de los conflictos de clases en ciertas coyunturas clave —esto es, cuando las formaciones sociales se hunden en la crisis— está gobernada por las demandas de las fuerzas productivas. La clase vencedora, la que establece su dominio, será la que se ajuste a estas demandas. Se sigue que las clases que en efecto *ganaron* en momentos clave *eran* las más adecuadas para esa tarea. Y esto significa, finalmente, que hay un determinismo bastante fuerte con respecto a la trayectoria de la historia humana. Si fuese a ser “repetida” [*re-played*] desde algún punto de partida inicial, el sendero de desarrollo observado sería relevantemente similar, quizá incluso idéntico, al seguido en esta iteración particular. La historia está, en este sentido, gobernada por leyes.<sup>5</sup>

---

## Lo que está en juego

Ahora podemos apreciar lo que está en juego en el debate que rodea al materialismo histórico. El asunto central parecería ser: ¿cuál de los dos componentes del materialismo histórico debería portar la carga explicativa primaria?, ¿la teoría de las formas sociales o la teoría de las transiciones? Esto, a su vez, parecería depender justamente de cuán estrechas son las restricciones impuestas por las fuerzas productivas sobre las nuevas relacio-

<sup>5</sup> No quiero que esto sea tomado como una invitación a debatir acerca de las leyes en el desarrollo histórico. Simplemente he tratado de explicar aquello que los marxistas quieren decir cuando dicen que existen tales “leyes”.



nes de producción. Mientras más fuertes sean las restricciones, menor será el rol de la lucha de clases para explicar el movimiento desde una época histórica hacia la otra.

En su versión más dura, la teoría de las transiciones insiste en que las demandas funcionales de las fuerzas productivas son tan fuertes que, cuando los modos de producción se precipitan en las crisis, el rango de posibles relaciones de producción sucesoras puede ser reducido hasta sólo una: el conjunto que resulta capaz de garantizar el máximo desarrollo de las fuerzas productivas. Como veremos, esta parece ser la interpretación ofrecida por Cohen. Según el materialismo histórico estrictamente canónico de Cohen, una vez que el conjunto de relaciones de producción "A" se hunde en su crisis final, los candidatos a relaciones de producción sucesoras se reducen a sólo uno: el conjunto "B", ya que este es el que está mejor adaptado para el futuro desarrollo de las fuerzas productivas. La lucha de clases es el mecanismo que hace que ocurra la transición hacia "B", pero el hecho de que "B" haya sucedido a "A" estaba, en un sentido, inscripto en el sistema. La explicación sobre por qué el modo de producción "B" sigue al modo "A" no necesita hacer ninguna referencia a los *detalles* concernientes a la lucha de clases. La explicación de por qué "B" —y no los conjuntos de relaciones de producción "C" o "D"— siguió a "A" tiene que ver con los efectos virtuosos de B para las fuerzas productivas. Nótese que, en esta versión del materialismo histórico, cada uno de los dos componentes hace su trabajo en una dimensión distinta: la teoría de las formas sociales explica la dinámica *dentro* de una forma social, mientras que la teoría de la transición explica el movimiento *desde* una forma social hacia otra. Consideremos ahora las consecuencias si hacemos que las restricciones sean menos estrictas. Una versión más débil de la teoría de la transición diría que las relaciones de producción capaces de reemplazar a las que están sumidas en la crisis no son necesariamente aquellas que resultan ser las *mejores* para el futuro desarrollo de las fuerzas productivas, sino simplemente aquellas que son *adecuadas* al *actual desarrollo* de las fuerzas productivas, incluso si lo son a un nivel menor al máximo. Así, las relaciones de producción potencialmente sucesoras en coyunturas históricas particulares se expanden de un único conjunto a varios conjuntos posibles. Nótese cómo esto afecta a la carga soportada por cada componente del materialismo histórico. Supongamos que nos interesa explicar la transición desde la forma social "A" hasta la forma social "B", tal como lo hicimos en el párrafo anterior. En la versión más demandante de la teoría de la transición, también tal como se delineó en el párrafo previo, el hecho de que "B" siguiera a "A" estaba inscripto en el sistema, ya que "B" era de hecho el conjunto de relaciones de producción más apropiado para el futuro desarrollo de las fuerzas productivas. Pero si abandonamos este supuesto, el potencial sucesor de "A" se amplía hasta incluir no sólo a "B", sino también a "C" y a "D", si los dos últimos también promoverían el continuo desarrollo de las fuerzas productivas, incluso si lo hicieran a tasas más bajas que aquellas logradas por "B". Ahora bien, la lucha de clases comienza a asomar ampliamente como una explicación sobre cuál de los conjuntos de relaciones de producción toma el lugar de "A" después de la muerte de este último. En esta versión menos

demandante de la teoría de las transiciones el conjunto de relaciones de producción que termina sucediendo a "A" *dependerá* de los *hechos* de la lucha de clases. Podría ser el conjunto "B", pero, dependiendo de qué clases estén mejor organizadas y consigan ganarse el apoyo de las otras clases, también podría resultar que sea el conjunto "C" o "D". Los requerimientos funcionales de las fuerzas productivas ahora sólo explican *el rango* de potenciales relaciones de producción que pueden suceder a "A"; aquella que *realmente* sucede a "A" desde adentro de este rango debe ser explicada por la lucha de clases. El trabajo explicativo de la lucha de clases —y, por ende, de la teoría de las formas sociales— se ha expandido dramáticamente.

A medida que se debilitan las restricciones que la teoría de la transición coloca sobre el proceso de transición, el peso explicativo de la teoría de las formas sociales crece de manera proporcional. Cuanto más se reduzcan las demandas que las fuerzas productivas ejercen sobre las relaciones de producción sucesoras, más dependerá la explicación de cuáles relaciones de producción reemplazan efectivamente a las que están declinando de las alternativas de la lucha de clases, y menos de la relación "legaliforme" [*law-like*] entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. El rango de "futuros" posibles en cualquier punto nodal, que marca el cambio desde una forma social a otra, se incrementa en forma drástica; esto significa, de manera crucial, que el poder del materialismo histórico como teoría sobre la *generalidad* del registro histórico también se debilita. Puede explicar por qué la historia humana resultó del modo que resultó, *post hoc*; pero no puede formular un argumento fuerte en cuanto a que *debía* tomar el curso que en realidad tomó. Si los movimientos de clase y la dinámica organizacional hubiesen sido diferentes, la secuencia de las formaciones sociales también podría haber sido diferente, y por lo tanto, sobre esta base, también la trayectoria general de la historia.

Estas son las implicancias para el materialismo histórico si los argumentos en apoyo de una teoría de la transición fuerte no pueden hallar una justificación segura. El punto crítico, entonces, consiste en examinar si hay alguna razón para creer que los requerimientos funcionales de las fuerzas productivas pueden ejercer fuertes restricciones sobre la emergencia de nuevas relaciones de producción, a medida que la historia se mueve hacia adelante. En lo que sigue, examinaremos qué argumentos, en efecto, han sido propuestos —por Cohen, Carling, y Wright, Levine y Sober— para apuntalar la versión canónica del materialismo histórico, la cual reclama que las fuerzas productivas de hecho ejerzan tal poder. Cohen y Carling tratan de apuntalar la versión más ambiciosa del argumento, en la cual las restricciones de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción alcanzan sus exigencias más estrechas. Wright, Levine y Sober, reconociendo las dificultades de estos argumentos, responden debilitando las afirmaciones y presentando un materialismo histórico que contiene una teoría de las transiciones menos ambiciosa. Mostraré que Wright, Levine y Sober tienen razón en su pesimismo acerca de la maniobra de Cohen; ni él, ni Carling pueden articular un argumento convincente en favor de la plausibilidad

del materialismo histórico canónico. Pero el remedio buscado por Wright, Levine y Sober tiene un costo. Su versión menos ambiciosa del materialismo histórico es ciertamente más plausible, pero es una versión en la cual el peso explicativo se aleja marcadamente de la teoría de la transición hacia la teoría de las formas sociales. Por lo tanto, aunque publicitan sus argumentos como una versión defendible del materialismo histórico canónico, en realidad es una versión que no puede sino recostar su peso sobre la teoría de las formas sociales, y no sobre la teoría de la transición. De este modo, lejos de refrendar al materialismo histórico canónico, sus escritos hacen emerger una concepción teórica *alternativa*. Lo que nos queda, para todo propósito *práctico*, es una versión que hace hincapié en el papel prominente de la “lucha de clases” en la historia.

### El materialismo histórico canónico de Cohen

La rigurosa presentación de un materialismo histórico canónico por parte de G.A. Cohen ha generado una auténtica avalancha de respuestas. La mayor parte de ellas han cuestionado la defensa de la teoría tal como él la desarrolla, y lo han hecho muy convincentemente. Por lo tanto, voy a describir su argumento de manera resumida, y a exponer rápidamente sus debilidades, ya que aquí no digo nada que sea especialmente novedoso. El sentido de esta sección es el de un ejercicio para despejar el camino, con la intención de echar los cimientos para el núcleo del ensayo; esto es, un examen de los intentos de Carling y Wright, Levine y Sober de salvar a la teoría.

A Cohen debe dársele el crédito de haber enunciado, más claramente que nadie antes que él, lo que implica precisamente el materialismo histórico canónico. De manera convencional, la teoría ha sido descripta como compuesta por las dos siguientes tesis:

**(i) La tesis del desarrollo:** las fuerzas productivas tienen una tendencia autónoma a desarrollarse a lo largo de la historia.

La capacidad de desarrollarse de este modo sugiere un cierto poder que no sólo es independiente de las estructuras y circunstancias sociales, sino que está *por sobre* ellas. Tal como argumenta Cohen, el poder independiente de las fuerzas productivas parece estar sostenido por el hecho de que el cambio social rara vez involucra una regresión en el nivel del poder productivo social. De hecho, parece que las estructuras sociales conectadas a la producción tienden, en general, a ser propicias para un mayor desarrollo de las fuerzas productivas. De esto, sugiere Cohen, podemos arriesgar una afirmación adicional y más fuerte, a saber:

**(ii) La tesis de primacía:** la naturaleza de las relaciones de producción en una sociedad es explicada por el nivel de sus fuerzas productivas.

En la interpretación de Cohen, esta afirmación involucra un compromiso con la presencia de una relación funcional entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción: las últimas son seleccionadas sobre la base de su funcionalidad para el mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Ahora bien, antes de seguir

con la discusión de las vicisitudes de esta teoría, debemos notar que la tesis de primacía, tal como la enuncia Cohen, merece una ampliación. Así como está, la teoría de Cohen afirma que las relaciones de producción que emergen en la transición hacia un nuevo modo de producción serán propicias para el mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Pero puede haber, en cualquier momento, una variedad de relaciones de producción que son capaces de tal función. No es suficiente que las fuerzas productivas seleccionen, sin mayor especificación, cualquiera de estas relaciones de producción rivales. Como señalan Wright, Levine y Sober, sería irracional para los actores sociales, en base a los supuestos de Cohen, elegir relaciones de producción que sean menos que óptimas para el mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Más aun, Cohen insiste en que las fuerzas productivas explican las relaciones de producciones *reales* en un modo de producción. Si el mecanismo de selección no fuera optimizador, todo lo que podría explicar es que las relaciones de producción seleccionadas no constituyen frenos para las fuerzas productivas; en otras palabras, todo lo que podría decirse con confianza es que las fuerzas productivas seleccionan cualesquiera relaciones de producción que no ponen frenos adicionales a las fuerzas productivas. La teoría no podría explicar por qué este conjunto de relaciones de producción fue seleccionado de hecho, que es en realidad lo que debería hacer.<sup>6</sup> Por lo tanto, tenemos que añadir un tercer componente a la teoría:

**(iii) La tesis de optimalidad:** las relaciones de producción seleccionadas por las fuerzas productivas son las óptimas para mayor desarrollo de estas últimas.

Por consiguiente, el materialismo histórico canónico afirma que las relaciones de producción, en cualquier modo de producción, perduran porque son óptimas para el mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Ahora bien, de aquí se sigue que para que este argumento tenga poder, no es suficiente observar que las relaciones de producción que surgen con respecto a un nuevo modo de producción son las mejores en el sentido recién especificado; debe mostrarse también que fueron seleccionadas *porque* eran óptimas, y no como resultado de una feliz coincidencia. Esto exige que los devotos del materialismo histórico canónico aduzcan un mecanismo capaz de este tipo de discriminación. Requiere la presencia de algún factor que sirva para tamizar al conjunto existente de posibles relaciones de producción y seleccione al más adecuado para fomentar el desarrollo de los poderes productivos de la sociedad. En ausencia de tal mecanismo, el materialismo histórico no tendría una teoría de la historia. Tendría solamente un modo de clasificar el derrotero que la historia ha tomado. Sólo podría señalar que la historia *se ha* desarrollado de este modo, y no que *tenía que* haberse desarrollado así. Es comprensible que el debate sobre el materialismo histórico canónico, desde la publicación del libro de Cohen, se haya enfocado en gran medida en la plausibilidad de este supuesto.

<sup>6</sup> Ver Cohen, 1978: 170–1. La importancia de este punto fue apreciada por primera vez por Wright y Levine, 1980, y se amplía en Wright, Levine y Sober 1993: 31–2.



La selección de un organismo o institución por su funcionalidad puede depender de dos tipos amplios de mecanismos: uno intencional, y uno —por así llamarlo— darwiniano. El primero depende de la posibilidad de una selección consciente hecha en base a los efectos benéficos que el organismo o institución en cuestión habrá de producir; el otro se sustenta en la eficacia de un circuito de retroalimentación que conecta los efectos del organismo o la institución con las posibilidades para su reproducción, de modo que sólo sobrevivan en el tiempo aquellas instituciones u organismos que posean los apropiados atributos generadores de efectos benéficos. Los mecanismos intencionales pueden, a su turno, dividirse en dos tipos: uno conspirativo, en el cual los actores seleccionan instituciones por medio de algún tipo de deliberación colectiva, y uno no-conspirativo, en el cual las decisiones son tomadas individualmente y se agregan en un patrón social. Algunas caricaturas del marxismo clásico a veces han presentado la transición al socialismo como la selección de nuevas fuerzas productivas por medio de una especie de conspiración de la clase trabajadora; una versión del primer tipo de explicación intencional. Pero mientras esto puede tener un grano de plausibilidad como pronóstico del conflicto dentro del capitalismo, parece salvajemente extravagante como un modelo general de las transiciones epocales. Los mecanismos no-conspirativos, a diferencia de sus contrapartes, usualmente adoptan la forma de algún tipo de explicación estructural y, por lo tanto, son más plausibles. Los actores son vistos como poseedores de un conjunto de preferencias, y las instituciones son seleccionadas por ellos en la medida en que coinciden con el ordenamiento de tales preferencias. En este caso, se trataría de la preferencia por instituciones que incrementan de manera óptima la productividad del trabajo.

Cohen ofrece un materialismo histórico que depende de un mecanismo intencional no-conspirativo.<sup>7</sup> En otras palabras, él sugiere que las nuevas relaciones de producción son seleccionadas por agentes sociales sobre la base de su capacidad de aumentar la productividad, y que las elecciones son realizadas individualmente. Lo que resulta implausible en esta teoría no es que sea imposible imaginar agentes sociales que buscan seleccionar relaciones sociales mientras utilizan este tipo de cálculo. Lo que la hace difícil de aceptar, como han señalado los críticos, es la presunción de que dichos agentes *serán capaces* de hacerlo de la manera especificada. Esto es así porque no hay garantía para presumir que a los agentes alguna vez les será presentado un menú de opciones en la manera requerida por la teoría de Cohen, permitiéndoles, no simplemente elegir entre sus ítems, sino también rechazar una opción a favor de otra. En otras palabras, los agentes tienen que ser conscientes, no sólo de la *posibilidad* de relaciones de producción alternativas, sino también de su *disponibilidad*, y no hay ninguna razón para suponer que tal será el caso. Además, una vez que un conjunto es adoptado, tenderá a generar intereses en su defensa, sobre otros fundamentos, que no son los de la maximización de productividad; por ejemplo, sus efectos sobre el poder de clase. Se sigue que, por ende, los agentes

se organizarán en defensa de relaciones de producción menos productivas, y es dudoso que, dada la probable oposición, el poder necesario pueda ser reunido constantemente para abandonar un conjunto recién elegido a favor de otro conjunto que, de repente, aparece como un candidato más atractivo.<sup>8</sup>

La versión canónica del materialismo histórico de Cohen, entonces, parece flaquear, incapaz de soportar el peso de la tesis de optimalidad. Frente a esto, hay dos medios para salvar al materialismo histórico en su forma canónica. Primero, podríamos tratar de aducir otro tipo de mecanismo capaz de sustentar el carácter funcional de las relaciones de producción y así preservar la teoría en su forma actual; segundo, podríamos diluir las afirmaciones de la teoría, de modo de volverla más plausible, pero también de preservar su núcleo más reconocido. El trabajo de Alan Carling representa un esfuerzo en el primer tipo de empresa, mientras que Wright, Levine y Sober presentan una teoría que pretende lograr lo segundo, defendiendo una interpretación más débil de la tesis sobre la direccionalidad. De estos esfuerzos nos ocuparemos ahora.

### La síntesis de Carling

Alan Carling ha presentado su versión del materialismo histórico como aquella que no sólo preserva la afirmación acerca de la primacía de las fuerzas productivas, sino que también constituye una síntesis de Brenner y de Cohen. De tener éxito, este esfuerzo podría legítimamente reclamar el haber inaugurado la siguiente etapa en la agenda de investigación marxista, como así también el haber puesto fin a uno de los debates más importantes en los años recientes. El argumento de Carling procede en dos pasos: primero, provee una teoría de los *orígenes* capitalistas que, según se nos informa, une sin costuras el materialismo histórico de Cohen con el de Brenner; en segundo lugar, ofrece una teoría de la *expansión* del capitalismo, la cual se erige, precisamente, sobre la presencia del mecanismo selectivo que Cohen no pudo aducir y, por ende, resucita al materialismo histórico canónico.<sup>9</sup>

En la explicación de Brenner sobre el surgimiento del capitalismo, su emergencia en Inglaterra, como así también su no-emergencia en Francia y Europa del Este, es atribuida a las divergentes respuestas a la Peste Negra, las cuales, a su vez, fueron explicadas por las diferentes capacidades de clase de los señores en las diferentes regiones. Mientras que la clase señorial francesa fue incapaz de revertir los derechos de propiedad sobre la tierra de los campesinos, su contraparte al Este del Elba resultó capaz de introducir una nueva servidumbre sobre los productores-campesinos. Sólo en Inglaterra el patrón medieval de crecimiento económico fue quebrado por el surgimiento de nuevas relaciones sociales y de propiedad, y ese quiebre, argumenta Brenner, se debió a una configuración de fuerzas única en la región:

<sup>7</sup> Cohen 1988: 89–92.

<sup>8</sup> Ver Carling, 1993: 39–40.

<sup>9</sup> Ambos argumentos pueden hallarse en Carling, 1993, aunque la síntesis de Brenner y de Cohen está completamente desarrollada en Carling, 1991.



mientras los señores no pudieron imponer una nueva servidumbre como sus contrapartes de Alemania del Este, sí se mostraron capaces de prevenir el tipo de ganancias sobre la tierra hechas por los campesinos franceses, gracias al legado histórico del villanaje. Así, los campesinos ingleses pudieron escapar a la servidumbre de sus contrapartes de Europa del Este, pero, en contrapartida resultaron incapaces de obstruir la profundización de derechos señoriales sobre la tierra, lo cual culminó en la emergencia de derechos de propiedad completos y, por ende, en el capitalismo. La ruptura inglesa es, de este modo, atribuida al hecho de que su clase señorial era más fuerte que la francesa pero más débil que la alemana; pudo prevenir el surgimiento de un campesinado libre, pero fue incapaz de empujar a sus productores a la servidumbre generalizada.

Carling sostiene que podemos conceptualizar los tres casos como modelos, por así llamarlos, o formas del poder feudal: un modelo "francés", uno "polaco" y uno "inglés". Cada uno representa una forma institucional diferente de feudalismo, con sus correspondientes constelaciones de poder y sistemas de organizar la extracción de excedentes. Se asumen dos condiciones de trasfondo: primero, que en cualquier región signada por diferentes formas de feudalismo, tal como los modelos recién mencionados, hay una perdurable descentralización política que asegura una correspondiente permanencia de las distintas variantes de las formas feudales; segundo, que la región está sometida al recurrente ciclo de explosiones y declinaciones demográficas que caracterizaron al desarrollo medieval europeo. Cada período de colapso demográfico también debilita las estructuras de propiedad existentes y por ende crea la oportunidad para una transmutación en las relaciones de propiedad, o de *tipos* dentro de esas relaciones. En una región marcada por formas feudales heterogéneas, sostiene Carling, el colapso ocasionado por el ciclo demográfico y la lucha de clases por el re-establecimiento del control señorial permite un rango de posibles resoluciones, desde la preservación de las formas existentes hasta la transición de una de ellas a un nuevo modo de producción, pasando por cambios en la prevalencia de algunas formas sobre otras. Entre las tres, argumenta Carling, la variante "inglesa" del feudalismo es la más propicia para una eventual transmutación al capitalismo.

En la medida en que haya un feudalismo "inglés" entre las variantes, y mientras el ciclo demográfico continúe, habrá, en algún momento, un avance desde la forma Inglesa del feudalismo hacia el capitalismo. Una vez que esta transición inicial es exitosa, entra en acción el segundo componente de la teoría de Carling. Recuérdese que la debilidad de la teoría de Cohen reside en que es incapaz de inspirar confianza en la existencia de algún mecanismo que selecciona a las relaciones de producción óptimas para el desarrollo de las fuerzas productivas. Carling ahora argumenta que es posible imaginar la presencia de un mecanismo darwiniano que selecciona al tipo de relaciones de producción que el materialismo histórico canónico requiere. Y este mecanismo es la competencia inter-social. Según parece, esta competencia puede adoptar dos formas: una directamente económica, tal como ocurre cuando el capitalismo penetra en regiones pre-capitalistas por medio del comercio o la inversión directa; o, más directamente, bajo la modalidad de un

enfrentamiento militar. Las sociedades con mayor eficiencia productiva tienen más éxito en movilizar recursos para la guerra y, por lo tanto, a la larga, son más aptas para disfrutar del éxito militar sobre sociedades rivales y menos productivas. Carling es un tanto opaco sobre este asunto, pero, presumiblemente, la conquista debe ser seguida por una forzosa imposición de las relaciones de producción de los vencedores, que alteran el viejo régimen de una manera más favorable para el crecimiento. El avance de las fuerzas productivas continúa entonces, en esta teoría, por medio de la competencia entre sociedades dotadas de diferentes tipos de relaciones de producción.

[Sin embargo], Carling parece consciente, dolorosamente, de que la teoría de la selección competitiva que él ofrece corre el peligro de ser sepultada bajo una montaña de salvedades. "Tal vez", admite, "todo lo que pueda decirse es que la historia exhibe un sesgo impuesto por la primacía competitiva; un sesgo más débil que una tendencia pero considerablemente más fuerte que nada en absoluto".<sup>10</sup> Quizás, pero esto parecería muy lejano al materialismo histórico canónico que Cohen ha resucitado y que Carling tan admirablemente trata de defender.

---

## El materialismo histórico reconstruido de Wright, Levine y Sober

Si las fuerzas productivas no son exitosas en seleccionar las relaciones de producción óptimas para un continuo desarrollo de las fuerzas productivas, ¿debe entonces ser descartado, también, el compromiso marxista con una teoría del desarrollo histórico? En una serie de artículos posteriormente compilados en un libro, Erik Wright, Andrew Levine y Elliott Sober argumentan valientemente que en realidad no es así. El materialismo histórico en su forma más fuerte, como se encarna en la tesis de optimalidad, puede no ser defendible; sin embargo, un materialismo histórico más matizado y concesivo puede retener el núcleo de lo que el materialismo histórico canónico trata de defender, mientras descarta su equipaje más embarazoso. Wright, Levine y Sober entienden que la motivación central detrás del proyecto de Cohen es una defensa de la direccionalidad de la historia, generada endógenamente a través de la dinámica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Argumentan que si se los reconstruye apropiadamente, estos componentes centrales de la teoría todavía pueden ser defendidos. La historia todavía puede ser vista como impulsada por medio del desarrollo de las fuerzas productivas, y todavía puede considerarse que la dirección de este desarrollo es algo que va hacia un poder productivo cada vez mayor.

---

## Abandonando la tesis de optimalidad

En el corazón de la reconstrucción del materialismo histórico por parte de Wright, Levine y Sober está el abandono de la tesis de

---

<sup>10</sup> Carling, 1993: 51.



optimalidad. Ellos concuerdan —y de hecho se cuentan entre los primeros en argumentarlo—, en que no puede asumirse que exista algún mecanismo que pueda servir para seleccionar a las relaciones de producción óptimas para un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.<sup>11</sup> Pero si las fuerzas productivas carecen de esta capacidad: ¿en qué sentido tiene el marxismo una teoría de la historia? ¿Cuáles son los límites a la contingencia que ahora se introduce en la teoría? Wright, Levine y Sober argumentan que, mientras las transiciones hacia nuevos modos de producción se vuelven efectivamente menos predecibles, todavía hay apreciables límites a la posible variedad de resultados; no es que “cualquier cosa funciona”. En particular, sostienen que si bien ahora hay una mayor variedad de relaciones de producción como probables candidatas para la selección, también es cierto que el nuevo conjunto deberá ser uno que, como mínimo, preserve el nivel de desarrollo técnico existente. En la medida en que las nuevas relaciones de producción tengan más probabilidades de preservar el nivel existente de desarrollo que de permitir su regresión, el resultado agregado será que el desarrollo de las fuerzas productivas será “resistente a la declinación” [*sticky downwards*]. Esto no significa que nunca retrocederán; tales casos de regresión, sin embargo, serán históricamente raros, y será mucho más típico que las fuerzas productivas continúen avanzando o, al menos, permanezcan estacionarias.

En esta versión del materialismo histórico, la teoría de las formas sociales ocupa una posición mucho más prominente que en la versión enunciada por Cohen. En vez de haber un conjunto de relaciones de producción compatible con las fuerzas productivas durante un período de transición, ahora emerge un espectro de tales conjuntos. Cuál de todos realmente ocupará el lugar de sucesor dependerá de los detalles de la lucha entre clases sociales. Así, el peso explicativo, cuando tratamos de aprehender la secuencia real de las formaciones sociales, se ha desplazado lejos de la teoría de las transiciones en su forma clásica. La razón por la cual esta debería ser vista como una versión del materialismo histórico canónico, y por qué podría ser considerada interesante, tiene dos partes: primero, el abanico de relaciones de producción que constituye el “menú” de opciones en una coyuntura dada todavía es limitado; no es el caso de que, una vez que descartamos la tesis de optimalidad, “todo es posible en cualquier coyuntura”.<sup>12</sup> Segundo: los límites del espectro de candidatos entre los cuales será seleccionado un nuevo conjunto de relaciones de producción son tales que, cualesquiera relaciones de producción tomen su lugar, preservarán la relación “legaliforme” entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; la relación, por supuesto, según la cual las relaciones de producción deben ser compatibles con un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.<sup>13</sup> Esto preserva lo que Wright, Levine y Sober asumen como la motivación central del materialismo histórico, la idea de que la historia tiene una *dirección* clara, desde menores a mayores niveles de productividad.

<sup>11</sup> Ver Wright and Levine, 1980.

<sup>12</sup> Wright, Levine and Sober, 1993: 90.

<sup>13</sup> Wright, Levine and Sober, 1993: 91.

En la nueva versión del materialismo histórico, el impulso hacia un continuo desarrollo de las fuerzas productivas es apreciablemente más débil que en el materialismo histórico canónico de Cohen. Ahora resulta posible que haya largos lapsos de la historia en los cuales no hay un sostenido progreso tecnológico. Incluso en las transiciones hacia nuevos modos de producción, todo lo que se requiere es que el nuevo conjunto de relaciones de producción sea de un tipo que resuelva el problema de incompatibilidad que generó la crisis. A pesar de esta considerable amplitud, los autores argumentan que la teoría todavía retiene su compromiso con una direccionalidad en la historia, ya que se cumplen las siguientes condiciones:

- i. La probabilidad de permanecer estacionaria es mayor que la de retroceder.
- ii. Existe algún conjunto alternativo de relaciones de producción más favorable al desarrollo las fuerzas productivas.
- iii. La probabilidad de moverse hacia este nuevo conjunto de relaciones de producción es más grande que la de retroceder.<sup>14</sup>

Si estas condiciones se verifican, entonces, la historia tiene una dirección: desde fuerzas productivas poco productivas a otras más productivas. Y en la medida en que esto sea así, también existirá un determinado límite a la variedad de nuevos modos de producción posibles en cualquier nivel dado de las fuerzas productivas; por lo que el abandono de la tesis de primacía no implica que “cualquier cosa sirve”. Wright, Levine y Sober son asombrosamente breves en la discusión de su nueva teoría, como también en su comparación del nuevo producto con el más viejo. Por lo tanto, para apreciar la carga del nuevo y más débil materialismo histórico resulta de algún interés examinar sus implicaciones.

---

### Desde el materialismo histórico débil al materialismo histórico minimalista

Para comenzar, debemos notar que ahora hay una ambigüedad acerca de qué afirmación que se postula exactamente con respecto a las fuerzas productivas. Una vez que abandonamos la tesis de optimalidad, emergen dos posibles “curvas” en la trayectoria del desarrollo histórico. *Materialismo histórico débil*: las relaciones de producción que ocurren en un tiempo dado lo hacen porque son favorables —aunque no necesariamente óptimas— al continuo desarrollo de las fuerzas productivas. *Materialismo histórico minimalista*: las relaciones de producción que ocurren en un tiempo dado lo hacen porque, mínimamente, mantienen el nivel existente del desarrollo de las fuerzas productivas, incluso cuando no las desarrollan de manera sistemática.

Por supuesto que el materialismo histórico débil es la más fuerte de las dos versiones, porque sostiene que existe un impulso hacia adelante en las fuerzas productivas y, al hacerlo, insiste en que estas ejercen una restricción significativa sobre el menú den-

<sup>14</sup> Wright, Levine y Sober, 1993: 79.

tro del cual las nuevas relaciones de producción son seleccionadas. El materialismo histórico minimalista sostiene una afirmación mucho más débil; esto es, que la propiedad por la cual las fuerzas productivas seleccionan a las relaciones de producción es la habilidad de estas últimas de sostener el nivel de desarrollo de las primeras. Lo que las relaciones de producción hacen, entonces, es prevenir una *regresión* de las fuerzas productivas. Pero, precisamente a causa de sus ambiciones más débiles, este materialismo histórico minimalista corre el riesgo de ser de menor —o quizás muy escaso— interés. Qué tan interesante resulta es un tema sobre el que luego volveré. Me gustaría primero examinar si hay suficiente músculo en la teoría de Wright, Levine y Sober para defender al materialismo histórico débil por sobre el materialismo histórico minimalista.

Wright, Levine y Sober no ofrecen ninguna razón de peso para esperar que el materialismo histórico débil tenga más posibilidades de ser verdadero que el materialismo histórico minimalista. Considérense sus argumentos sobre las perspectivas de desarrollo de las fuerzas productivas. Las dos razones centrales aducidas sobre por qué deberíamos esperar una tendencia acumulativa hacia el desarrollo son las siguientes: primero, aunque no todos los agentes pueden tener un interés en incrementar la productividad, pocos agentes se beneficiarán de su constante *reducción*; segundo, aunque no haya un perdurable interés social en reducir la productividad, hay buenas razones para suponer que siempre habrá agentes con un interés en *incrementarla*. Incrementar la productividad permite la disminución del esfuerzo, y dado que todos los agentes tienen un interés en disminuir su propio esfuerzo, se puede esperar que adopten nuevas innovaciones dondequiera que las encuentren.<sup>15</sup> La capacidad productiva de la sociedad será por lo tanto ciertamente resistente a la declinación [*sticky downwards*] y, dependiendo de la fuerza del segundo mecanismo, tendrá un sesgo hacia el desarrollo.

Pero es precisamente la fuerza del segundo mecanismo lo que debemos cuestionar. Es verdad que los agentes tienen *un* interés en reducir el esfuerzo y por lo tanto en incrementar la productividad. Pero el interés en reducir el esfuerzo también tiene que ser sopesado con otros intereses que los agentes pueden considerar no menos importantes. En primer lugar, está el tema de quién se beneficia de los *frutos* del esfuerzo. La presencia de una clase señorial efectivamente organizada, o de un portentoso estado monárquico, puede servir para usurpar una parte suficiente del nuevo producto como para neutralizar todo incentivo positivo para producirlo. Esto no atañe únicamente a los efectos de las extracciones sobre el bienestar material, sino también a la opresión añadida que surge de la incrementada presencia política y militar de los extractores.

Este tipo de presencia incrementada “rebalsaría” sobre otras dimensiones, como la libertad y la autonomía, las cuales, según

<sup>15</sup> Wright, Levine and Sober, 1993: 81. Nótese que esta afirmación está en el micro-nivel. Puede haber agentes que tengan un interés en prevenir reducciones en el esfuerzo-trabajo de *otros*, y por ende podrían tener un interés en la reducción del esfuerzo a escala social.

los propios supuestos del materialismo histórico, forman parte de las preferencias centrales de los agentes humanos —no menos que el deseo de reducir el esfuerzo. Incluso si ignoramos tales externalidades, podría haber, y a menudo es así, efectos más directos y odiosos de las nuevas innovaciones, como riesgos añadidos, que los productores podrían no estar dispuestos a asumir. No sólo no hay razón para creer que los agentes, tras considerar sus efectos netos, adoptarán las nuevas innovaciones en sus propios regímenes de trabajo; hay buenas razones para creer que puede haber agentes con un activo interés en *prevenir* la adopción de tales tecnologías por parte de *otros*. Esto es muy obvio en el caso de las clases dominantes, que tienen un interés directo, por ejemplo, en prevenir la adopción de tecnologías que podrían incrementar la autonomía de los productores, o incrementar sus propios costos de monitoreo, etcétera. Wright, Levine y Sober abordan este asunto al nivel del agente, mientras hacen abstracción de todo lo relativo a las estructuras sociales en las cuales los agentes están situados. Es sin duda verdadero que los agentes estarán inclinados a adoptar innovaciones que reducen sus propios esfuerzos, ya que cualquier reducción semejante corresponde a sus intereses materiales. Sin embargo, en una sociedad de clases, la reducción del esfuerzo para un grupo puede muy bien incrementar el esfuerzo laboral de otros; y podría muy bien desestabilizar el proceso de extracción de excedente si resulta en un mayor poder para los productores inmediatos. Por ende, es totalmente posible que los gobernantes preferirán un orden social menos productivo, en la medida en que les prometa mayor estabilidad en su reproducción.

El resultado de todo esto es que, en ausencia de un ambiente apropiado, compuesto fundamentalmente por el tipo de relaciones de propiedad adecuadas, simplemente no hay razón para asumir que el impacto neto de nuevas innovaciones sobre los intereses de los agentes será tal que facilitará la *constante* aceptación de nuevas innovaciones. Nótese que lo que está en juego aquí no es la adopción de nuevas tecnologías por individuos particulares, sino, en cambio, la presencia de un mecanismo que permita su *difusión* a través de la sociedad en su conjunto. Es por esta razón que Brenner, y algunos de sus defensores, han insistido que en ausencia de una compulsión por innovar, los productores optarán por estrategias más conservadoras, enfocadas más en *proteger* niveles existentes de bienestar y contrarias a tomar los tipos de riesgos requeridos para incrementarlo. Si la trayectoria del desarrollo histórico depende de los efectos netos de los dos mecanismos aducidos por Wright, Levine y Sober, en particular de los efectos del segundo, hay, por lo tanto, escasas garantías para aceptar el materialismo histórico débil por sobre el materialismo histórico minimalista.

Pero si el materialismo histórico minimalista es la versión que la reconstrucción de Wright, Levine y Sober puede sostener, de ello se sigue que lo que nos queda no es una teoría que predice un continuo movimiento ascendente de las fuerzas productivas, sino una en el cual las fuerzas productivas son vistas simplemente como resistentes a la regresión: su nivel de desarrollo tiende a ser resistente a la disminución. Pero si este es el caso, la teoría debe admitir la posibilidad de largos períodos de estancamiento histórico:



períodos de estado estacionario en la reproducción de las fuerzas productivas.<sup>16</sup> Esto no necesita ocurrir sólo dentro de un modo de producción. Hay razones para esperar que, en transiciones hacia nuevos modos de producción, relaciones de producción no-desarrollistas se combinarán felizmente con las fuerzas productivas, siempre y cuando no fueren una regresión de estas últimas.<sup>17</sup>

## Las implicaciones de un materialismo histórico minimalista

Ahora bien, hay dos conclusiones que pueden surgir de un desplazamiento hacia el materialismo histórico minimalista. Primero, puede admitirse que las afirmaciones más poderosas acerca de las restricciones impuestas por la teoría de las transiciones no pueden ser sostenidas, y que el menú de opciones en una coyuntura dada de la historia es bastante grande. En otras palabras, podría declararse simplemente la muerte del materialismo histórico canónico. Esto hace, por cierto, que la teoría sea más plausible, pero tiene implicaciones que caen como cascada sobre otras regiones del materialismo histórico. Considérese lo que significa para la ambición de explicar el desarrollo histórico como si fuese un artefacto de la relación “legaliforme” entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En la teoría de Cohen, parte del atractivo de sus afirmaciones procede del rol claramente identificable que las fuerzas productivas desempeñan en el desarrollo histórico. Si bien hay otros factores que impiden el crecimiento en la sociedad y que interactúan con los efectos de las fuerzas productivas, puede asumirse con confianza que estas son, por así decirlo, causalmente superiores; tendrán la capacidad de dominar y superar los efectos de otros mecanismos, de modo tal que el efecto neto redundará en el desarrollo. La teoría de Cohen, en este respecto, es un avatar directo de la tradición monista del materialismo histórico codificada por la Primera Internacional. Admitir la posibilidad de que puedan emerger relaciones de producción que sólo preservan el nivel existente de las fuerzas productivas —o que incluso podrían revertirlas de algún modo hasta concordar con los intereses de las nuevas clases dominantes— remueve el monismo a favor de una visión más pluralista de la causación en el desarrollo histórico. Mientras las fuerzas productivas (apenas) retienen su capacidad hacia un curso ascendente, la realización de esta capacidad es ahora contingente respecto de su interacción con otros mecanismos en la sociedad, y el resultado neto no precisa ser necesariamente a favor del crecimiento.<sup>18</sup> Pero si esto es verdad, es difícil ver, entonces, por qué el derrotero real de la historia debería ser explicado por la “dialéctica” entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Este dúo ahora ejerce una restricción, pero es tan amplia como para hacer que su recompensa explicativa sea muy magra. El trabajo explicativo en cualquier análisis concreto de las

transiciones históricas ya no se fundará en la influencia causal de las necesidades funcionales de las fuerzas productivas, sino en el curso de los eventos tal como los impulsa la lucha de clases.

Una segunda reacción ante el posible desplazamiento hacia el materialismo histórico minimalista consiste en afirmar lo siguiente: mientras que, en efecto, es verdad que una crisis modal puede no disparar el surgimiento y consolidación de relaciones de producción nuevas y promotoras del crecimiento, esto no puede quedar como un estado de cosas indefinido. Tarde o temprano, una clase con los apropiados intereses también desarrollará la capacidad requerida. Incluso más: podemos presumir que con cada iteración del ciclo, esta probabilidad deberá acrecentarse, especialmente si el nivel de las fuerzas productivas es marginalmente mayor en cada ciclo.<sup>19</sup> Por ende, mientras las fuerzas productivas por sí mismas pueden no generar relaciones de producción nuevas y más apropiadas, sirven al menos para poner a éstas últimas en la agenda. En consecuencia, las fuerzas productivas todavía serían factores explicativos relevantes en el caso de que nuevas relaciones de producción sean adoptadas, precisamente porque fue su desarrollo previo el que creó la posibilidad para el surgimiento de las nuevas relaciones de producción.

Este argumento es análogo a otro que Wright, Levine y Sober suscriben para el surgimiento del Estado de Bienestar. Tradicionalmente, los marxistas han argumentado que el Estado de Bienestar es el producto de la lucha de clases, en particular, del creciente poder organizativo de la clase trabajadora. Sus críticos de las corrientes dominantes han rechazado este argumento, señalando que otros factores —no de clase— han jugado un rol crucial, un dato injustificadamente ignorado por los marxistas. Wright, Levine y Sober señalan que hay dos dimensiones para el surgimiento del Estado de Bienestar, que necesitan ser distinguidas: el *hecho* de su surgimiento, y las variaciones en su forma, oportunidad [*timing*], etcétera. El hecho de que el Estado de Bienestar haya surgido sólo dentro del capitalismo y, más específicamente, el hecho de que surgiera cuando lo hizo en la amplia historia del capitalismo, es explicado por la lógica de clase y de lucha de clases. Pero la oportunidad [*timing*] real de la legislación de bienestar, y las variedades de tales Estados, puede no ser explicada directamente por medio de la lucha de clases, tal como los marxistas tradicionalmente intentaron argumentar. Fue el desarrollo de grandes movimientos de la clase trabajadora en los países industrializados lo que puso a este tipo de Estado en la agenda; pero una vez que estuvo en la cuenta, la oportunidad [*timing*] precisa de su adopción como así también el preciso diseño institucional involucrado pudieron ser explicados por otros factores, a los cuales frecuentemente aluden los análisis no marxistas: geopolítica, maniobras burocráticas, otros movimientos, etcétera.

Es en este sentido que las fuerzas productivas también operarían como una causa para el surgimiento de relaciones de producción nuevas y más propicias. En ambos casos, un conjunto de cau-

<sup>16</sup> Wright, Levine y Sober 1993: 80.

<sup>17</sup> Wright, Levine y Sober parecen reconocer esta posibilidad. Ver Wright, Levine y Sober, 1993: 37–9.

<sup>18</sup> Ver la discusión sobre el modo de producción asiático en Wright, Levine y Sober, 1993: 52, n. 11.

<sup>19</sup> Erik Wright me sugirió esto en los comentarios a un artículo que escribí hace algunos años.

sas —las fuerzas productivas en el caso de transiciones epocales, y los movimientos de clase trabajadora en el caso del Estado de Bienestar— pone nuevos desarrollos en la agenda, mientras que otro conjunto selecciona las formas particulares de entre los ítems de la agenda. Por ende, en ambos casos, el primer conjunto de causas retiene relevancia explicativa.

Quisiera sugerir que la analogía establecida es falsa. La fuerza del argumento de Wright, Levine y Sober depende aquí del significado asignado a “poner algo en la agenda”. En su interpretación, se asume que significa que el agente causal funciona como una *causa estructural* del resultado. En casos que involucran causación estructural, el factor causal (estructural) básico no es el disparador para el evento que está siendo generado; sin embargo, un incremento en el peso de la causa estructural sirve para incrementar la probabilidad del resultado predicho. Una vez que la magnitud de la causa estructural alcanza cierto umbral, incrementa radicalmente la posibilidad de que algún *disparador* haga que el resultado predicho ocurra.

La relevancia de los movimientos de clase trabajadora para la formación de los Estados Benefactores es un ejemplo exitoso de causación estructural. Nótese que, para que esto funcione, es necesario que esté presente algún mecanismo que vincule la causa estructural -el poder de la clase trabajadora- con el resultado. Y este vínculo es proporcionado por los *intereses de clase* de los trabajadores: dado que los trabajadores tienen un interés en la formación de un Estado que desmercantilece la fuerza de trabajo, proteja a los trabajadores frente a las fluctuaciones de los mercados, socialice el trabajo doméstico, etc., un creciente índice de su poder asociativo vuelve más probable que tal poder sea realmente utilizado para alterar a los Estados existentes hacia la provisión de bienestar. La efectiva cadena de acontecimientos que lleva a la formación del Estado de Bienestar —mediante victorias electorales, reforma burocrática ilustrada, guerra civil, etc.— puede ser considerada como algo ajeno a la discusión. Son eventos relevantes para explicar no el *hecho* de que exista el Estado de Bienestar, sino su oportunidad [*timing*], su forma particular, y cosas por el estilo. Para obtener explicaciones de por qué el Estado de Bienestar surgió en primer lugar, todo lo que tenemos que conocer es el hecho del poder de la clase trabajadora, y el hecho de sus intereses en tales Estados.

Ahora bien; no es del todo claro que exista un mecanismo que conecte a las fuerzas productivas como causa estructural con algunos disparadores comúnmente aceptados, los cuales podrían generar transiciones que incorporan la relación “legaliforme” de las fuerzas productivas con las relaciones de producción. En otras palabras, no es posible demostrar que crecientes niveles de las fuerzas productivas son una causa estructural del surgimiento de nuevas relaciones de producción. Considérese nuevamente la estructura del argumento: mientras el nivel de las fuerzas productivas se incrementa gradualmente en el tiempo, las crisis en los modos de producción serán resueltas de tal manera que resulta más probable que se establezca un conjunto de relaciones de producción nuevo y más adecuado. En términos de estruc-

tura, esto es muy parecido al caso del poder de la clase obrera y el Estado de Bienestar: si el factor causal crece en magnitud, incrementa las posibilidades del tipo de desenlace predicho por la teoría. Pero hay una diferencia: mientras que hay un claro mecanismo en el caso examinado más arriba, que vincula la causa reconocida con sus efectos, es imposible discernir un vínculo correspondiente en el caso de las fuerzas productivas. En otras palabras, ¿por qué los incrementos en las fuerzas productivas harían más probable a un nuevo y adecuado conjunto de relaciones de producción?

Si fuésemos a arriesgar una simetría completa con el caso del Estado de Bienestar, el argumento tendría que presumir un *interés* de parte de los actores sociales en nuevas relaciones de producción, como así también un incremento en su *capacidad* para que esto ocurra. *Dado* este interés en nuevas relaciones de producción, un crecimiento en la capacidad de los actores sociales será usado para acelerar la emergencia de nuevas relaciones de producción. Pero ya he argumentado que, mientras es cierto que los agentes sociales tienen un interés en una productividad incrementada, *ceteris paribus*, éste puede ser —y típicamente lo es— sofocado por otros intereses, amenazados por las externalidades que acompañan a fuerzas productivas mejoradas. Por lo tanto, no hay ninguna razón para asumir que la situación de clase de todos los actores históricos incluirá un interés en este tipo de desarrollo. Más aún, incluso si existe tal interés, no hay razón para creer que fuerzas productivas más poderosas aumentarán la capacidad de los actores relevantes en la dirección necesaria. Es verdad que una mejor productividad incrementará el excedente social y por ende generará mayores recursos. Pero la *distribución* de estos recursos no puede darse por hecha. Puede que fácilmente fluya hacia actores sociales con un fuerte interés en la reproducción del orden existente. Por lo tanto, un incremento en el nivel técnico de las fuerzas productivas no tendrá un efecto determinado sobre la probabilidad de que nuevas relaciones de producción reemplacen a las que están afectadas por la crisis. Es difícil ver cómo esto podría ser prejuzgado. Si las divergencias entre este caso y el caso del Estado de Bienestar son como se las ha explicado, entonces la opción de considerar a las fuerzas productivas como una causa estructural detrás de nuevas relaciones de producción no está disponible para Wright, Levine y Sober. Y si no puede contar como una causa estructural, es engañoso decir que pone nuevas relaciones de producción “en la agenda” en el sentido en que el poder de la clase obrera puso al Estado de Bienestar “en la agenda”.

---

### **El materialismo histórico minimalista es una teoría de la lucha de clases**

Vamos a hacer un inventario. He argumentado que, si Wright, Levine y Sober rechazan la tesis de optimalidad, como deben hacerlo si pretenden salvar al materialismo histórico, quedan entonces dos interpretaciones del materialismo histórico disponibles para ellos: el materialismo histórico débil, que afirma que la progresión de las relaciones de producción en la historia es tal





que facilita el mayor desarrollo de las fuerzas productivas, aunque no en un nivel óptimo; y el materialismo histórico minimalista, que se reduce simplemente a la aserción de que la progresión de relaciones de producción es tal que las fuerzas productivas simplemente no retroceden. En su exposición de la nueva versión del materialismo histórico, Wright, Levine y Sober insinúan que es la segunda de las dos versiones débiles de la teoría canónica la que mejor podría sostenerse. El peso de mi argumento ha sido que, en efecto, esta es la versión que ellos deben aceptar. Sobre la base de sus propios supuestos, es difícil sostener una tesis que argumente a favor del continuo desarrollo de las fuerzas productivas a lo largo de la historia. No hay mecanismo disponible que pudiera servir para seleccionar consistentemente relaciones de producción que aumentan el crecimiento, incluso si estas últimas no necesitan ser óptimas. Más aún, los agentes pueden, de hecho, tener entre sus intereses el sacrificar relaciones de producción promotoras del crecimiento y adoptar unas que estén sesgadas hacia otros intereses, como la estabilidad o el poder político. Lo que queda, entonces, es una teoría que argumenta que aquello que está gobernado por leyes en el curso observado de la historia es meramente que las relaciones de producción a lo largo de las épocas serán tales que prevengan una regresión en el nivel de las fuerzas productivas.

Las implicaciones de todo esto tienen largo alcance. El materialismo histórico minimalista es ciertamente plausible como una teoría del desarrollo histórico. Pero su fuerza explicativa está considerablemente debilitada para entender la secuencia real de las formas sociales observadas en la historia. Esta secuencia ya no puede ser explicada por las necesidades funcionales de las fuerzas productivas. Recuérdese que, a medida que el conjunto de relaciones de producción permisibles se amplía de modo tal que el número de candidatos se incrementa, los requerimientos funcionales de las fuerzas productivas retroceden como mecanismo de selección de las nuevas relaciones de producción. Si las relaciones de producción tipo "B" son las que siguen a las relaciones de producción tipo "A", ello no se debe necesariamente a su adecuación a las necesidades de las fuerzas productivas, ya que también habrá relaciones de producción de tipo "C", "D", "E", etc. que se ajusten a los requisitos de preservar el nivel existente desarrollo productivo. El hecho de que haya sido "B" la que siguió a "A", y no uno de los otros conjuntos, tendrá que ser explicado recurriendo a otros factores; más probablemente, a la lucha de clases. Como lo sugerí anteriormente, mientras los potenciales candidatos a nuevas relaciones de producción crecen en cantidad, la contribución explicativa de las fuerzas productivas decrece.

Pero esto significa que cuanto más se relajan las demandas del materialismo histórico canónico, tal como lo hacen Wright, Levine y Sober, tanto más se ve la teoría obligada a conceder mayor peso al rol de la lucha de clases para el explicar el curso real del desarrollo histórico. En otras palabras, conforme la teoría es debilitada, vira en dirección a convertirse en una teoría de la historia basada en la lucha de clases. *El costo de hacer más plausible a la teoría es que empieza a lucir más y más como una teoría de la historia de la lucha de clases.*

Nótese que esto no significa que las fuerzas productivas ahora se vuelven irrelevantes para la teoría. Lo que sucede es que cambia la naturaleza de su rol. En la versión más fuerte de la teoría, tal como la desarrolla Cohen a través de la tesis de optimalidad, las fuerzas productivas seleccionan a las relaciones de producción particulares que reemplazan a aquellas que han entrado en crisis. Pero a media que la teoría es debilitada, no puede asumirse que las fuerzas productivas gocen de este tipo de poder. Por así decirlo, deben quedarse con una sola de entre una lista de relaciones de producción, todas las cuales tienen en común la propiedad necesaria, la cual, en el materialismo histórico minimalista, consiste en prevenir una regresión hacia niveles más bajos de productividad. Lo que las fuerzas productivas hacen ahora no es seleccionar a un conjunto particular de relaciones de producción, sino, en cambio, seleccionar en contra de aquellas que inducirían una regresión en el nivel de las fuerzas productivas. El rol selectivo de las fuerzas productivas se desplazó desde seleccionar un conjunto *particular* de relaciones de producción a seleccionar *contra* una *clase* de relaciones de producción. Las fuerzas productivas ahora fijan el (bastante amplio) límite sobre el rango de potenciales relaciones de producción que reemplazarán a las decrepitas relaciones existentes, mientras que la selección dentro del rango permisible de relaciones de producción será decidida por la lucha de clases.

Así, *por su propia lógica*, la búsqueda de un materialismo histórico defendible ha llevado a una reversión del equilibrio entre la teoría de las transiciones y la teoría de las formas sociales. De algún modo, perversamente, la ambición de defender al materialismo histórico canónico ha debilitado tanto sus afirmaciones que su teoría rival ha emergido como una opción más natural y robusta. Por lo tanto, el *dictum* de Marx respecto a que "la historia de todas las sociedades existentes hasta el presente es la historia de la lucha de clases", se presenta como la versión más defendible del materialismo histórico.

[Traducción de Fernando Lizárraga de *Historical Materialism* 1º 19.2, Londres, 2011, pp.60-91/

[Edición y revisión técnica de Ariel Petruccelli y Fernando Lizárraga]

## Referencias y bibliografía

- Aston, Trevor Henry y C.H.E. Philpin (eds.) (1985), **The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe**, Cambridge, Cambridge University Press.
- Brenner, Robert (1986), "The Social Basis of Economic Development", en **Analytical Marxism**, editado por John Roemer, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1989), "Marx and the Bourgeois Revolution", en **The First Modern Society: Essays in English History in Honour of Lawrence Stone**, editado por A.L. Beier, David Cannadine y James M. Rosenheim, Cambridge, Cambridge University Press.

- Callinicos, Alex (2004), "Preface", en **Making History: Agency, Structure, and Change in Social Theory**, Second Edition, Historical Materialism Book Series, Leiden, Brill. Carling, Alan H. (1991), **Social Division**, London, Verso.
- (1993), "Analytical Marxism and Historical Materialism – The Debate on Social Evolution", **Science and Society**, 57, 1: 31–65.
- (2006), "Karl Marx's Theory of History and the Recovery of the Marxian Tradition", **Science and Society**, 70, 2: 275–97.
- (2009), "Problems of the Deep: Intention and History", **Science and Society**, 73, 1: 97–109.
- Cohen, Gerald Allan (1978), **Karl Marx's Theory of History: A Defense**, Princeton, Princeton University Press.
- (1988), **History, Labour and Freedom: Themes from Marx**, Oxford, Oxford University Press.
- (2002), **Karl Marx's Theory of History: A Defense**, Second Edition, Princeton, Princeton University Press.
- Gellner, Ernest (1988), **Plough, Sword, and Book: the Structure of Human History**, Chicago, University of Chicago Press.
- Hilton, Rodney (ed.) (1976), **The Transition from Feudalism to Capitalism**, London, Verso.
- Katz, Claudio J. (1989), **From Feudalism to Capitalism: Marxian Theories of Class Struggle and Social Change**, Westport, Greenwood Press.
- Mann, Michael (1986), **The Sources of Social Power: Volume 1, A History of Power from the Beginning to AD 1760**, Cambridge, Cambridge University Press.
- Martin, John E. (1983), **Feudalism to Capitalism: Peasant and Landlord in English Agrarian Development**, Atlantic Highlands, Humanities Press.
- Rigby, Stephen H. (1987), **Marxism and History: a Critical Introduction**, Manchester, Manchester University Press.
- Wright, Erik Olin (1983), 'Giddens' Critique of Marxism', **New Left Review**, 1, 138: 11–35.
- (2005), "Foundations for a Neo-Marxist Class Analysis", en **Approaches to Class Analysis**, editado por Erik Olin Wright, Cambridge, Cambridge University Press.
- Wright, Erik Olin y Andrew Levine (1980), 'Rationality and Class Struggle', **New Left Review**, 1, 123: 47–68.
- Wright, Erik Olin, Andrew Levine y Elliott Sober (1993), **Reconstructing Marxism: Essays on Explanation and the Theory of History**, London, Verso.

### Resumen

Durante los años 1980 y 1990, el debate sobre la Teoría Marxista de la Historia se focalizó, en gran medida, en el trabajo de Robert Brenner y su interpretación centrada en las relaciones de propiedad, y en el intento de G.A. Cohen de revivir la concepción determinista clásica. En este artículo examino dos argumentos influyentes, de Erik Wright y sus colegas, y de Alan Carling, que reconocen importantes debilidades en el trabajo de Cohen pero que también tratan de construir una versión más plausible de su teoría. Muestro que, en gran parte, los intentos de rescatar a Cohen no son exitosos. Y, en la medida en que tornan plausible al argumento, lo hacen al precio de convertirlo, les guste o no, en una forma de teoría de la lucha de clases. Concluyo en que esto marca el ocaso de la versión clásica del materialismo histórico, pero también observo que no nos deja con una comprensión voluntarista de la historia, como temen algunos de sus defensores.

**Palabras clave:** Clase, lucha de clases, explotación, modo de producción, tesis de optimalidad, relaciones de producción, fuerzas productivas, formas sociales.

### Abstract

During 1980 and 1990, the debate on Marxist Theory of History focused largely on Robert Brenner's work and his interpretation of property relations, and in Cohen's attempt to revive the classical deterministic conception. In this article I examine two influential arguments, of Erik Wright and colleagues, and Alan Carling's, that recognize significant weaknesses in Cohen's work but also try to build a more plausible version of his theory. I show that, in large part, the attempts to rescue Cohen are unsuccessful. And, if they make plausible the argument, they do so at the price —they like it or not— of converting it in a form of theory of class struggle. I conclude that this marks the decline of the classic version of historical materialism, but I also note that does not leave us with a voluntarist understanding of history, as some of its supporters fear.

**Key Words:** Class, class struggle, exploitation, production mode, optimality theory, relations of production, productive forces, social forms.



## El “modelo PRP” hacia una nueva teoría marxista de la historia

### Acerca de *Materialismo histórico: interpretaciones y controversias* de A. Petruccelli\*

Federico Mare

Los pensamientos más altos no son los más complicados.  
Las complicaciones residen en el proceso que han  
debido atravesar para aparecerse nítidos

R. González Pacheco, **Carteles**

Allá por el año 1972, en París, durante una entrevista que le hiciera Shigehiko Hasumi para la revista japonesa *Umi*, Michel Foucault declaró:

Tengo que decir que estoy especialmente molesto por cómo una serie de marxistas europeos practican el análisis histórico, y también me molesta su modo de referirse a Marx. [...] El primer reproche [...] que planteo a estos marxistas que denomino “blandos”, es la desconfianza que tienen respecto al materialismo histórico, a la realidad histórica con la que se enfrentan, y su respeto infinito por los textos, algo que los encadena necesariamente a la tradición académica del comentario de textos [...]. Mi segundo reproche está ligado al primero, y se refiere a la historia, Me parece que también en esto un grupo de marxistas [...] están de tal forma aprisionados por el canon, prendidos en las reglas que han creído extraer de los textos de Marx, que no son capaces de realizar un análisis histórico efectivo [...]. En esto consiste por tanto el reproche de pereza, el reproche de academicismo, el reproche de falta de inventiva que yo critico en todos aquellos a los que denomino marxistas “blandos”. [...] Han clausurado el uso que se puede hacer de Marx y lo han encorsetado en el interior de una tradición puramente académica. Esto, por otra parte, es algo interesante, pues ellos mismos se encuentran pillados en el interior de una extraña contradicción. Y así [...] dicen: el marxismo es una ciencia [...]. Un discurso científico se caracteriza, al menos actualmente, por un determinado número de rasgos y, entre ellos, por los siguientes: toda la ciencia tiene un fundador, pero el desarrollo histórico de esta ciencia no es nunca, ni puede ser, el puro y simple comentario de texto de ese autor [...]. Los marxistas, algunos marxistas que consideran al marxismo como una ciencia, deben saber, en nombre de esa ciencia y a partir de ella, en qué se equivocó Marx. Cuando un marxista me dice que el marxismo es una ciencia yo le respondo: creé que usted practica el marxismo como una ciencia el día en que me muestre, en nombre de esa ciencia, en qué se equivocó Marx<sup>1</sup>

Esta severa crítica que el pensador francés le hiciera al talante “escolástico” del marxismo estructuralista, bien podría ser redirigida a un segmento considerable del marxismo argentino, aunque éste mayormente no comulgue con las ideas de Althusser y Balibar. Pero de algo estoy completamente seguro: el autor del libro que aquí reseño no es merecedor de tal reproche. Ya en su ópera prima —crítica demoledora al determinismo tecnológico de Gerald Cohen a la vez que reafirmación rotunda del materialismo histórico, basadas ambas en una relectura sagaz y minuciosa de Marx— afirmaba sin tapujos:

Debemos advertir [...] que si nuestra demostración no resultase posible o convincente seríamos partidarios de un alejamiento de Marx, hacia posturas menos lineales y que den mayor cabida a los sujetos y a las luchas sociales y/o de clases. Pero pensamos que no es necesario dar este paso, porque el Marx de Cohen no es un Marx auténtico, o no es, al menos, el Marx de los últimos años y el de los escritos más minuciosos y elaborados.<sup>2</sup>

Un marxista argentino aceptando la *falsabilidad* del materialismo histórico es, ciertamente, un “detalle” que no se debe pasar por alto. Desde luego, cabe la posibilidad de que dicha aseveración sea retórica hueca y que se tenga decidido de antemano, por razones extracientíficas, no alejarse de Marx por nada en el mundo. Pero no es el caso. Puedo asegurar que nuestro autor —parfraseando a Foucault— practica el marxismo como ciencia en tanto y en cuanto ha mostrado o intentado mostrar, sin medias tintas y en no pocas ocasiones, *en qué se equivocó Marx*. Una valiente opción que, sin dudas, está en las antípodas de la exégesis esclerosada del *magister dixit* tan en boga.

\* \* \*

Ariel Petruccelli es uno de los intelectuales marxistas más lúcidos y renovadores de la Argentina contemporánea. Su heterodoxo pensamiento, fruto de una síntesis teórica muy original —

\* Ariel Petruccelli, *Materialismo histórico: interpretaciones y controversias*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

<sup>1</sup> Michel Foucault, *Estrategias de poder. Obras esenciales, volumen II*, Barcelona, Paidós, 1994 (1999), pp. 146-149.

<sup>2</sup> Ariel Petruccelli, *Ensayo sobre la teoría marxista de la historia*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1998, p. 21. Para una reseña de esta obra, que fue prologada por Carlos Astarita, ver Hernán Camarero, “Una revalorización crítica del materialismo histórico frente al determinismo tecnológico. Acerca del libro de Ariel Petruccelli”, en: *Herramienta*, n° 9. Buenos Aires, marzo de 1999.

y nada frecuente por estas tierras— entre la *episteme* del marxismo analítico y la *doxa* del marxismo libertario, entre el rigor científico (lógico y empírico) del llamado *September Group* y la utopía revolucionaria del socialismo antiautoritario,<sup>3</sup> se destaca, sobre todo, por su espíritu crítico y su vocación polémica.

Nació en Lanús, Gran Buenos Aires, en el año 1971, pero desde muy joven vive en la ciudad de Neuquén. En 1997 egresó, con el título de profesor de Historia, de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue, institución académica donde dicta actualmente la cátedra paralela de Teoría de la Historia. Como docente, se desempeña también en los niveles medio y terciario. Ha publicado, amén de numerosos artículos, cuatro libros: el ya referido **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia, Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral-Có** (Buenos Aires, El Cielo por Asalto/El Fracaso, 2005), la obra que aquí reseño y, en conjunción con esta última —al escribirlas, el autor las concibió como partes de un mismo todo—, **El marxismo en la encrucijada** (Buenos Aires, Prometeo, 2010)<sup>4</sup>. Integra el colectivo El Fracaso —editor de **La Poronguita** y **El Cascotazo**— y también la revista **Nuevo Topo**. Asimismo, en el campo de la militancia, participa del sindicalismo docente de su provincia e integra la Comisión de Formación Permanente de ATEN (Capital).

Ha incursionado en campos tan variados como la epistemología de las ciencias sociales, la teoría de la historia, los debates de la izquierda anticapitalista, la coyuntura política nacional y mundial, los movimientos sociales, la divulgación histórica, el sindicalismo docente, la historia regional (neuquina) y la praxis contracultural, destacándose sobre todo en los tres primeros, donde ha realizado valiosos aportes; aportes que, por razones de espacio, aquí sólo puedo abordar muy parcialmente. Baste con señalar que el pensamiento de Petruccioli constituye un excelente ejemplo de la vitalidad del marxismo en los albores de este agitado siglo XXI. Una vitalidad que deja al desnudo —al menos en el campo de las ideas— la falsedad y fatuidad del discurso posmoderno y la tesis fukuyamiana del *end of history*.

\*\*\*

<sup>3</sup> Si he afirmado que dicha síntesis es “hada frecuente por estas tierras” es porque, lamentablemente, ni el marxismo libertario (Rosa Luxemburg, Anton Pannekoek, Otto Rühle, Paul Mattick, Andreu Nin, etc.), ni el marxismo analítico (Gerald Cohen, John Roemer, Jon Elster, Erik Olin Wright, Philippe van Parijs y otros), gozan de un gran predicamento en Argentina, sobre todo el segundo, que es muy poco conocido, incluso en el seno de la propia intelectualidad marxista. Desde luego, hay salvedades destacables, como —entre otras— las de Fernando Lizárraga y Eduardo Sartelli.

<sup>4</sup> Para una visión panorámica de **El marxismo en la encrucijada**, no por ello exenta de profundidad analítica, ver la reseña de Nicolás Torre Giménez, “El materialismo histórico y las críticas posmodernas”, en: **Herramienta web**, n° 11, sep. de 2012. Dado que, para el propio Petruccioli, **El marxismo...** es la prolongación y culminación de **Materialismo...** y que, de hecho, bien podrían haber sido editados como volúmenes de una misma obra, se recomienda la lectura complementaria de ambas reseñas. En **El marxismo...**, el autor lleva a cabo, capítulo tras capítulo, una puesta al día del materialismo histórico de cara a los principales desafíos teóricos de la contemporaneidad: la sociología histórica de autores como Giddens y Mann, el posmarxismo, el “sistemismo” de Bunge, el posmodernismo y el giro lingüístico.

*Materialismo histórico*. El rótulo parece categórico y unívoco, tan diáfano en su significado que no podría entrañar mayores dificultades de conceptualización ni divergencias teóricas de importancia. Sin embargo —se sabe— no es así. A primera vista, el materialismo histórico sería simplemente, en sintonía con su nombre, un paradigma que tiene como axiomas la *historicidad* de la vida social y la *materialidad* de los factores que, en primera o última instancia, la determinan. Pero no bien se empieza a hilar más fino y se plantea de lleno la cuestión de cómo se debe entender en concreto esa historicidad y esa materialidad, se descubre cuán problemático y controvertido es el concepto.

Para algunos marxistas, la historia es esencialmente teleológica, finalista; un curso evolutivo universal y unilineal, rígidamente ordenado en una secuencia de etapas necesarias que concluye en el socialismo; un devenir inexorable, sustraído por completo a la voluntad de los sujetos; un progreso impersonal que tiene su *primum mobile* en el desarrollo de unas *fuerzas productivas* reducidas, generalmente, a su dimensión tecnológica. Por el contrario, para los marxistas que ven en la *lucha de clases* poco menos que la única causa eficiente de la dinámica social, su Demiurgo absoluto, la historia resulta ser algo indeterminado, contingente, impredecible, completamente maleable por los actores colectivos, desmenuzable en infinidad de trayectorias singulares irreducibles a cualquier generalización.

Los dos extremos del materialismo histórico tienen asidero —preciso es admitirlo— en las obras de Marx y Engels. El determinismo tecnológico, desde las primeras formulaciones de Kautsky y Plejanov hasta la más novedosa y sofisticada elaboración de Gerald Cohen, pasando por la clásica *vulgata* estalinista, ha buscado su sostén exegético principalmente en el “Prefacio” de la **Contribución a la crítica de la economía política**, mientras que el voluntarismo militante y el culturalismo thompsoniano han revalorizado **El manifiesto comunista** y los escritos más políticos como **El 18 brumario de Luis Bonaparte** y **La guerra civil en Francia**.

Pero existe un *tertium quid*, una tercera posición. Ese *tertium quid* es mucho más que una expresión de deseo. Lo hallamos implícitamente en la práctica historiográfica de autores de primerísima línea como Eric Hobsbawm, Perry Anderson, Isaac Deutscher, Pierre Broué, Geoffrey de Ste. Croix, Josep Fontana, Robert Brenner, Albert Soboul y Pierre Vilar. Pero durante décadas, esta vertiente de la historiografía marxista careció de un marco teórico acorde a su rica producción. No es que estos historiadores no hayan reflexionado sobre su práctica y la de sus colegas. Lo han hecho, y a menudo con notable agudeza. Mas ninguno de ellos encaró a fondo la revisión crítica de las dos concepciones anteriormente mencionadas, ni el desarrollo *in extenso* de un nuevo sistema teórico. Aquí y allá encontramos en sus escritos observaciones críticas y matizaciones de encomiable lucidez. Pero estas reflexiones son demasiado embrionarias y fragmentarias, y no lo suficientemente incisivas ni generales. No constituyen ninguna tercera posición madura y explícita.<sup>5</sup> De hecho, a menudo van de

<sup>5</sup> Esto en parte explica por qué los marxistas tienden a identificar solamente dos posiciones (determinismo tecnológico y “luchismo”) en lugar de tres.



la mano con tácitos —y no tan tácitos— planteos deterministas o voluntaristas; incongruencia de la cual, al parecer, dichos autores no se han percatado.

También ese *tertium quid* tiene fundamento en el *corpus* marxiano. Lo tiene, ante todo, en infinidad de disquisiciones económicas, sociológicas e históricas puntuales implícitamente inspiradas en él. Pero también lo hallamos sumariamente explicitado en el inicio de **El 18 brumario**. “Los hombres —escribe Marx— hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”<sup>6</sup>. Aunque el pensador de Tréveris deja bien claro en este pasaje que no es ningún “talibán” del determinismo histórico, ni tampoco un pregonero del voluntarismo absoluto, por desgracia omite indicar en qué punto exacto del espectro que media entre ambos extremos se ubica. Es cierto que el viejo Engels, en varias de sus cartas, echó algo de luz sobre este asunto con su “vuelta de tuerca” a la determinación. Postuló su carácter mediato, indirecto, no automático. Habló de una determinación *in letzter Instanz* (en última instancia) de la superestructura por la base material, que deja a la primera cierto margen de autonomía relativa respecto a la segunda. Mas no aclaró en dichas cartas dónde radica exactamente la primacía de lo económico: si en las fuerzas productivas o en las relaciones de producción.

El gran mérito de Ariel Petruccelli en **Materialismo histórico: interpretaciones y controversias** —obra que retoma y desarrolla lo expuesto hace catorce años en su **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia**—<sup>7</sup> es precisamente el haber dotado a esa tercera posición *in nuce* de un sólido entramado conceptual de fundamento. Nuestro autor propone un materialismo histórico que, sin restarle importancia a las fuerzas productivas y a la lucha de clases, otorga la prioridad causal a las *relaciones de producción*. Esta propuesta, que por razones de concisión designaré *modelo PRP* (modelo de la primacía de las relaciones de producción), abriga un enorme potencial teórico y abre perspectivas más que promisorias a la historiografía.

Para un ejemplo muy reciente de este enfoque dicotómico, ver Vivek Chibber, “What is living and what is dead in the marxist theory of history”, en: **Historical Materialism**, vol. 19, n° 2, 2011 [Nota de ed: hay versión castellana en este mismo número].

<sup>6</sup> Kart Marx, **El dieciocho brumario de Luis Bonaparte**, Montevideo, La Comuna, 1995 (1852), p. 9.

<sup>7</sup> En su **Ensayo...**, Petruccelli sentó las bases sobre las que habría de edificar, con **Materialismo...**, su renovadora propuesta teórica. Dicha fundamentación consistió, esencialmente, en una reconceptualización de tres categorías tan medulares del pensamiento marxista como lo son las de *fuerzas productivas*, *relaciones de producción* y *determinación material*. Una reconceptualización que llevó a cabo en dos frentes: el de la exégesis *analítica* del inmenso *corpus* marxiano en su totalidad, y el de la confrontación polémica con la interpretación tecnologizante —tanto en su variante “vulgar” clásica como en la variante más actual y elaborada de G. A. Cohen (**Karl Marx's Theory of History**, 1978. Hay traducción castellana: **La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa**, Madrid, Siglo XXI, varias ediciones). Volveré obligadamente sobre estas cuestiones más adelante, puesto que la obra aquí reseñada, en su desarrollo argumentativo, las retoma.

Han pasado ya más de treinta años desde que Perry Anderson, en las conclusiones a su magistral estudio comparativo de la génesis y el desarrollo del absolutismo monárquico en la Europa moderna,<sup>8</sup> levantara la bandera de una ciencia histórica marxista plenamente crítica, antidogmática; un materialismo histórico reconciliado con la empiria, libre de esquematismos y propensiones especulativas. Más de treinta años desde que el gran referente de la **New Left** británica instara a los historiadores marxistas a ampliar la gama de modos de producción precapitalistas y acabar de una buena vez con ese ruinoso lecho de Procusto que era la tétrada ortodoxa *comunismo primitivo-asiatismo-esclavismo-feudalismo*. Sin embargo, fuera de proponer la novedosa categoría de *modo de producción pastoril-nómada*, no hizo ningún aporte concreto por la positiva (aunque sí por la negativa, sometiendo a una crítica demoledora la pertinencia del concepto de asiatismo y el uso indiscriminado del rótulo “feudalismo”). Es que Anderson no contaba con las coordenadas teóricas adecuadas para afrontar esa ingente tarea, hecho que le condujo inconscientemente a una recuperación acrítica de la noción polanyiana de *embeddedness* (“imbricación”) y una consecuente sobreestimación *idealizante* de las superestructuras precapitalistas.

Recién con el modelo PRP —esbozado en el **Ensayo...** y desarrollado en **Materialismo...**— esa vertiente de la historiografía marxista que, profundamente disconforme con el encorsetamiento del evolucionismo tecnologizante, tampoco se sentía del todo cómoda en las aguas del indeterminismo “luchista” y/o culturalista, estaría en condiciones de revertir su cuadro de anemia teórica. El desafío era el de deshacerse de una tradición anquilosada de agobiante rigidez, sin caer en el extremo opuesto del empirismo —cultivado tanto por cierta historia militante como por los *cultural studies* a lo Raymond Williams y Edward Thompson—. O sea, no *menos* teoría, sino *mejor* teoría. Una teoría que tenga un alto nivel de abstracción, sistematización y generalización, al mismo tiempo que un respetable grado de flexibilidad empírica. Pienso que el modelo PRP de Petruccelli reúne ambos requisitos: *amplitud de miras* y *ductilidad*. En su obra cumbre, el historiador británico Geoffrey de Ste. Croix —el más prominente de los helenistas marxistas— hizo la siguiente reflexión:

El enfoque tradicional del historiador tiene muchas virtudes, y su esencia —es decir, la insistencia en reconocer la *especificidad* de la situación histórica en un período (o incluso área) determinado— no tiene por qué abandonarse, ni tan siquiera ponerse en peligro, siempre y cuando vaya combinada con un enfoque sociológico. [...] Nos topamos con un problema con el que se enfrenta cualquier historiador, a saber, cómo conciliar una atención plena y escrupulosa ante cualquier tipo de testimonio sobre el tema de su elección y el estudio de la bibliografía moderna que lo trate con la posesión de una metodología general de la historia y una teoría sociológica capaz de permitirle sacar el máximo partido a sus investigaciones. Pocos de nosotros —si es que se da algún caso— logran establecer exactamente el equilibrio

<sup>8</sup> Perry Anderson, **El Estado absolutista**, México, Siglo XXI, 1998 (1974), p. 411.



entre estos dos desiderata tan distintos. Se ha dicho que el sociólogo logra saber “cada vez menos de cada vez más cosas”, y el historiador, en cambio, “cada vez más de cada vez menos cosas”. La mayoría de nosotros solemos también caer decididamente en una u otra de estas categorías.<sup>9</sup>

Creo que el modelo PRP es un gran paso en la búsqueda de ese difícil punto de equilibrio entre la ambición teórica y el rigor empírico; punto de equilibrio que, en definitiva, es inherente a todo quehacer científico que se precie de serio.

Pero habiéndose hallado esta vía de superación, queda en pie, no obstante, otro desafío: *difundir* dicho modelo tanto en el campo académico como militante, dado que en estos doce años que han transcurrido desde la edición del **Ensayo...**, en ninguno de ambos medios se lo conoce debidamente. En tal sentido, espero que la presente reseña contribuya a salvar este inconveniente.

\*\*\*

En el breve capítulo I —que cumple en el plan general de la obra una función introductoria—, y luego de recordarle al lector que Marx, por desgracia, “no escribió ninguna obra sistemática en la que expusiera su concepción”<sup>10</sup>, Petruccelli da cuenta del amplio consenso existente dentro y fuera del marxismo en torno a la creencia según la cual el corto “Prefacio” a la **Contribución...** es el texto que más se aproximaría a una teoría general del materialismo histórico. Y dado que en ese pasaje Marx hace de las fuerzas productivas el “primer motor” de la historia, resultó inevitable que el determinismo tecnológico se consolidara rápidamente como la versión ortodoxa del marxismo, pasándose por alto muchos otros textos posteriores en los que Marx explícita o implícitamente tomaría distancia de esa infortunada incursión suya en los dominios especulativos de la *Geschichtsphilosophie*. Pero Petruccelli nos recuerda que, junto a esta concepción de la historia, existió desde el principio otra que, por el contrario, apoyándose en otros escritos de los “padres fundadores” —muy especialmente en **El Manifiesto...** de 1848—, enfatizaba la lucha de clases y el inmenso poder transformador de la *praxis*. Nada estimuló más la reflexión y el debate en el seno del marxismo que esta difícil coexistencia, que esta *tensión* entre el factor objetivo y el factor subjetivo con obvias e importantes implicaciones políticas (fatalismo vs. voluntarismo).

Petruccelli considera, y acuerdo con él, que, con independencia de lo que crean sus portavoces, el determinismo tecnológico es una especie tan férrea de determinismo que conduce virtualmente al fatalismo —esto es, a la negación radical de la libertad humana—,<sup>11</sup> y que, a la inversa, el “luchismo” a ultranza supone postu-

lar la indeterminación total del devenir histórico; dos opciones que, más allá de las preferencias filosóficas que se tengan, no se condicen con la realidad de la historia *tal como ha sido y es*. Acertadamente a mi juicio, el autor ve en su modelo PRP la salida a este atolladero, pues, como se verá más adelante, dicho modelo postula un decurso histórico que si bien está “determinado” (en el sentido débil de *condicionado*) objetivamente por las estructuras de la sociedad —sobre todo por la económica—, deja un margen de incidencia no menor a los factores subjetivos o agenciales —principalmente el de la lucha de clases—. ¿El corolario? Una historiografía que sigue siendo ciencia porque el pasado humano no es pura contingencialidad, pero que tampoco es ciencia nomotética —al modo de las ciencias naturales— porque no puede descubrir leyes (regularidades universales en el espacio y en el tiempo). Vale decir, una historiografía que sigue siendo ciencia porque se puede discernir en el pasado la existencia efectiva de *tendencias* más o menos generales.

Luego, nuestro autor intenta dar cuenta de las razones por las cuales la mayoría de los marxistas son refractarios a desertar de las filas del determinismo tecnológico. Dos son los motivos que señala, a saber: el conservadurismo “escolástico” y el temor a que la centralidad del análisis sociológico *de clase* quede comprometida, socavada en sus cimientos. Sin embargo, Petruccelli demuestra que ese temor es infundado, ya que el modelo PRP constituye un basamento alternativo no menos sólido, siendo perfectamente posible con él preservar dicha centralidad *sin renunciar al materialismo histórico*.

\*\*\*

En el capítulo II, el más extenso del libro, el autor se emplea a fondo en la crítica exhaustiva del determinismo tecnológico de Cohen; empeño que lo lleva necesariamente a desmontar pieza por pieza, con paciencia y método, los dos grandes presupuestos de dicha concepción marxista: la *tesis de la primacía* y la *tesis del desarrollo* de las fuerzas productivas. Según la primera tesis, en la relación causal *bidireccional* (mutuo condicionamiento) existente entre fuerzas productivas y relaciones de producción —verdadero meollo de la concepción materialista de la historia—, son las primeras las que tienen mayor peso o influencia.<sup>12</sup> De acuerdo a la segunda, las fuerzas productivas tienden a *progresar* en todo tiempo y lugar, salvo contadas excepciones que, desde un punto de vista

variante mal extrapolada de evolucionismo que fue el *darwinismo social*. Por mi parte, acotaría que, junto con su validez empírica, el fatalismo histórico ofrece otro frente de discusión, uno más filosófico: ¿es saludable bregar por una meta política sin más argumento que su presunta inexorabilidad, prescindiendo de valores éticos? Opino que no.

<sup>12</sup> Que el desarrollo de las fuerzas productivas *explique* las mutaciones que experimentan las relaciones de producción no significa, para Cohen, que siempre lo primero preceda cronológicamente a lo segundo. Puede suceder lo contrario, y la historia ofrece muchos ejemplos de ello. Cohen soratea este inconveniente apelando a la explicación *funcional*: puede que las relaciones de producción cambien *antes* que las fuerzas productivas, pero lo hacen *para* (con la finalidad de) que éstas puedan desarrollarse. Aunque Petruccelli, a diferencia de Jon Elster, acepta —con reservas— la legitimidad teórica de la explicación funcional, no avala el uso que Cohen hace de ella para defender la tesis de la primacía de las fuerzas productivas. Volveré sobre esta cuestión más adelante.

<sup>9</sup> Geoffrey E. M de Ste Croix., **La lucha de clases en el mundo griego antiguo**, Barcelona, Crítica, 1988 (1981), pp. 49-50.

<sup>10</sup> Petruccelli, **Materialismo...**, *op. cit.*, p. 13.

<sup>11</sup> Con todo, nobleza obliga, hay que admitir —como hace Petruccelli al darle la razón a Plejanov— que el fatalismo histórico, más allá de toda consideración acerca de su validez empírica, ha distado mucho de ser, en los hechos, una idea políticamente desmovilizadora, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX y los albores del XX, cuando estaba tan de moda esa



teórico, resultan enteramente irrelevantes. Lo novedoso y encomiable de la teoría coheniana es que intenta explicar (que lo consiga o no es harina de otro costal) por qué las fuerzas productivas tienden a desarrollarse universalmente. En efecto, con anterioridad a la publicación de **La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa**, los partidarios del determinismo tecnológico daban por sentada dicha tendencia sin explicarla.

Ahora bien: sin el sostén de la tesis del desarrollo, la tesis de la primacía de las fuerzas productivas se vendría a pique, como el propio Cohen reconoce con franqueza. Si las fuerzas productivas no poseyeran ese *plus* que es la tendencia inmanente al crecimiento, ¿qué otra cosa habilitaría a decir que su vínculo interactivo con las relaciones de producción es asimétrico en vez de igualitario? ¿Cómo se podría justificar la prioridad causal otorgada a las primeras en detrimento de las segundas? Consciente Cohen de este problema, procura justificar la tesis del desarrollo. Lo hace argumentando que los seres humanos viven en situación de escasez, y que para remediarla, ponen su *raciocinio* al servicio de la innovación tecnológica. Vale decir que el desarrollo de las fuerzas productivas sería universal porque universal es también la combinación de escasez y racionalidad que lo motoriza. Arguye además que los casos de regresión tecnológica constituyen una rareza histórica perfectamente soslayable en su teorización.

Petruccelli cuestiona ambos axiomas. En relación a la racionalidad, sostiene que "aun aceptando [...] que es un *atributo* humano universal, los problemas que la misma genera parecen demasiados como para que sea capaz de generar una *tendencia universal* como lo es el desarrollo de las fuerzas productivas"<sup>13</sup>. De todos ellos puntualiza cuatro: 1) la divergencia entre racionalidad individual y colectiva (puede que el aumento de la productividad sea socialmente beneficioso, pero no necesariamente —como en el caso de la esclavitud— dicho aumento ha de ser ventajoso para todos los miembros de la comunidad); 2) la diferencia entre racionalidad de los medios y racionalidad de los fines (la primera es realmente efectiva; la segunda, hartamente complicada, si no imposible. Por muy racional que sea, por ejemplo, un genocidio en su planificación y ejecución, nada habilita a pensar que también lo es en sus fundamentos y objetivos); 3) la contradicción entre racionalidad de corto y largo plazo (lo que hoy promete ser provechoso, en el futuro puede resultar contraproducente, como en el caso del monocultivo, cuyo alto rendimiento se paga a la larga con el deterioro ambiental); y 4) los límites informativos de la razón (los agentes, a la hora de tomar decisiones, barajan datos incompletos y no siempre veraces). Nuestro autor le reprocha a Cohen que, siendo marxista, reproduzca acriticamente una concepción antropológica tan "deshistorizada" e ideológica como la del *homo aeconomicus*, un anacronismo que inevitablemente remite al pensamiento liberal burgués. Por otra parte, la verdad está de su lado cuando advierte que ni la consideración de la escasez como un *problema a solucionar*, ni la preferencia por la vía de solución tecnológica, revisten un carácter racional-universal (a lo

largo de la historia, muchos pueblos no problematizaron la escasez; y otros que sí lo hicieron, no la combatieron aumentando la productividad sino controlando la natalidad, emigrando o haciendo la guerra a sus vecinos). En ambas, la cultura —el sistema de creencias y valores— cumple un rol decisivo. Petruccelli remata su crítica con esta justa observación:

Lo que le reprocharía a Cohen es que la suya es una concepción a-histórica de la racionalidad, o para ser más preciso, una concepción menos histórica de lo conveniente. Una cosa es la universalidad de la racionalidad (que yo acepto); otra la historicidad contextual de sus objetivos, sus medios y sus manifestaciones. Los objetivos perseguidos difieren con los contextos, así como la manera de satisfacerlos. Cohen acepta este punto, pero su argumento parece implicar que el núcleo universal se impondrá a la larga sobre las características contextuales: de allí que la tendencia al desarrollo sea universal. Mi argumento es que el peso de las características contextuales hace que el núcleo universal no pueda establecer ninguna tendencia histórica universalmente válida<sup>14</sup>.

La crítica del autor al otro axioma en que Cohen apoya su tesis del desarrollo, el de la escasez, apunta al corazón mismo de su definición. El pensador canadiense define la escasez como una situación *universal* en la cual las sociedades, o no pueden satisfacer totalmente sus necesidades, o deben hacerlo al alto precio de trabajar demasiado —en tiempo y/o intensidad— y a disgusto. A la luz de la evidencia histórica y etnográfica, Petruccelli constata que: 1) no todas las colectividades experimentan necesidades superiores a sus recursos, 2) a veces la subsistencia se logra trabajando relativamente poco y 3) no siempre la producción material es percibida como un mal necesario, pudiendo en ciertas ocasiones constituir un fin en sí mismo y un motivo de disfrute. Nuestro autor concluye el tema con un apartado dedicado íntegramente a la escasez en la historia. Un pasaje lleno de datos jugosos y reflexiones agudas que, por razones de espacio, deberé obviar<sup>15</sup>.

Pero —apunta Petruccelli— más allá de esto, lo cierto es que la evidencia empírica desmiente la tesis del desarrollo. *Facts are facts*: no hay ningún progreso *arrollador* de las fuerzas productivas a escala *universal*, a escala mundial y omnihistórica. Dicho progreso es un atributo exclusivo del capitalismo, único modo de producción que posee una *lógica interna* (la competencia de capitales) capaz de promoverlo. La historia del *homo sapiens* está plagada de ejemplos de "estancamiento" tecnológico. De hecho, la mayor parte de la misma se dio en un contexto material de fuerzas productivas notablemente estables. Por lo demás, incluso los casos de abierto retroceso técnico son menos extraños de lo que Cohen y otros marxistas creen (el autor trae a colación varios ejemplos contundentes, como el del Imperio Romano de

<sup>13</sup> Petruccelli, **Materialismo...**, *op. cit.*, pp. 40-41.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 47-48

<sup>15</sup> Como por ej., la superior suficiencia económica de los grupos cazadores-recolectores respecto a las sociedades agropastorales [sic] y la revalorización —nada maltusiana— del importante papel que le cupo al factor demográfico en la transición del Paleolítico al Neolítico (Cfr. *ibid.*, pp. 56-67).

Occidente, las ciudades-estado mayas, la civilización micénica, los califatos árabes y el megalitismo; lista a la cual, indudablemente, se le podrían agregar muchos otros casos, como el de Angkor, la cultura rapa nui, Tiahuanaco, el reino de Monomotapa, el imperio hitita, la civilización olmeca y la Groenlandia vikinga).<sup>16</sup>

No obstante, es importante señalar que la posición de Petruccelli en esta materia resulta, a la postre, bastante más mesurada de lo que *prima facie* parece. Es probable que, en su afán polémico de distanciarse de Cohen, por momentos su exposición pierda matices. Sea como fuere, lo cierto es que al final del quinto párrafo señala:

Pero puesto que después de todo los seres humanos somos racionales, y puesto que la escasez ha sido un fenómeno bastante extendido, quizá ello ayude a explicar por qué, *mirada en su conjunto, la historia humana muestra una acumulación de fuerzas productivas*; acumulación que no es el resultado de una tendencia universal, pero que tampoco puede ser explicada como la resultante de puros accidentes: después de todo *el crecimiento de las fuerzas productivas se constata (aunque sea a largo plazo) en muchísimas sociedades humanas, entre ellas las que han mostrado mayor capacidad expansiva. La explicación de la evolución productiva de la humanidad se debe situar en algún punto intermedio entre la tendencia universal y la mera contingencia.*<sup>17</sup>

Conuerdo en gran medida: el desarrollo tecnológico está lejos de ser universal, pero tampoco es puramente accidental. Es una *tendencia moderadamente general*. Pero no creo que la combinación de racionalidad y escasez alcance por sí sola —dada su excesiva simplicidad— a explicar dicha tendencia. Una formulación alternativa, meramente tentativa, podría ser la siguiente: en la producción material de su existencia, por variadas razones (no sólo para incrementar la producción y la productividad, sino también, por ejemplo, para producir bienes de uso más confortables o refinados) *las sociedades tienden* —salvo que haya grandes obstáculos de orden natural o cultural (condiciones climáticas, tabúes religiosos, etc.)— *a no desaprovechar las oportunidades de progreso técnico que se le presentan*. Ahora bien: esas oportunidades no necesariamente son de gran envergadura, ni el resultado de una búsqueda premeditada y sistemática, ni frecuentes, ni autóctonas. Pueden ser muy *modestas, casuales, infrecuentes y exógenas*. La fiebre tecnológica y productivista es, sin duda, un rasgo exclusivo del capitalismo. No lo es, en absoluto —aunque muchos anticapitalistas románticos postulen lo contrario—, *cierto grado* de preocupación práctica por la tecnología y la productividad. Ni los querandíes de las pampas sudamericanas, ni los *sioux* de las praderas norteamericanas —por citar dos casos entre muchos— tuvieron una *mentalidad capitalista* ni nada semejante cuando comenzaron a valerse del caballo.

Otro elemento que conviene destacar es que el autor no niega que exista cierta correspondencia entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Lo que plantea es que dicha correspondencia es demasiado genérica como para justificar el determinismo tecnológico. Es indudable que ciertas fuerzas productivas no son compatibles con ciertas relaciones de producción, pero las alternativas de correspondencia son tan numerosas que hablar de *determinación* no tiene mayor sentido.<sup>18</sup> Por caso, el uso del arado ha estado extendido en formaciones sociales tan variadas, con entramados de relaciones de producción tan disímiles, que todo lo que se podría decir a favor de su “poder de determinación” es que demanda una vida sedentaria y excluye el nomadismo, una verdad tan evidente como insulsa. Se trata, pues, de un condicionamiento bastante laxo, no de una determinación fuerte, unívoca; y la teoría coheniana, para ser consistente, demanda esto último. Asimismo, el hecho de que abundan en la historia ejemplos de fuerzas productivas “soportando” relaciones de producción adecuadas pero no *óptimas*<sup>19</sup> también habla a las claras de un tecnologicismo inconsistente —crítica acertada que Petruccelli recoge de Van Parijs.

Otra válida objeción que el autor le hace a Cohen es que, en muchos casos, las relaciones de producción cambian sin que antes lo hayan hecho, ni después fueran a hacerlo, las fuerzas productivas que supuestamente las coaccionan, ya sea “etiológicamente” (como causa) o “teleológicamente” (como finalidad). Sin duda, esta *dependencia relativa* de las relaciones de producción asesta un duro golpe a la tesis de la primacía de las fuerzas productivas.

No obstante, conjetura Petruccelli, “la transición al capitalismo parecería entrañar una vindicación explícita de la tesis de la primacía de las fuerzas productivas”, ya que a diferencia de otras transiciones intersistémicas, aquélla “parece haber sido cuando menos influida por las presiones para el desarrollo de las fuerzas productivas”<sup>20</sup>. Esto es cierto, pero nuestro autor rápidamente opone cuatro convincentes reparos: 1) no hay pruebas satisfactorias a favor de la presunta *inexorabilidad* de la industrialización europea, ni de que ésta haya estado principalmente motivada por la pujanza de las fuerzas productivas; 2) la historia del capitalismo es un segmento ínfimo de la historia universal, aun si se excluyen los tiempos prehistóricos; 3) el único caso de desarrollo capitalista *endógeno* es el occidental; y 4) sólo el capitalismo “parece tener un mecanismo interno que impulsa sistemáticamente el desarrollo tecnológico”<sup>21</sup> (la competencia de capitales). Con todo, admite de inmediato, estos reparos deben ser tomados con pinzas, puesto que los fenómenos históricos —en este caso la géne-

<sup>16</sup> Para ilustrarse con más ejemplos históricos, ver el artículo de la **Wikipedia** sobre el llamado “colapso societal” en el siguiente enlace: [http://en.wikipedia.org/wiki/Societal\\_collapse](http://en.wikipedia.org/wiki/Societal_collapse) (consultado el 10/2/2012).

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 66-67. La cursiva es mía.

<sup>18</sup> No tiene mayor sentido *para la historiografía*. Si puede tenerlo —aclara Petruccelli— para una sociología histórica a lo Michael Mann, que opera a una escala muy *macrohistórica*. Por ejemplo, sería lícito señalar que la gran industria moderna se corresponde con el trabajo salariado, o que el pastoreo nómada tiene correlato en la posesión común de la tierra. Ahora bien: este tipo de constataciones, para el historiador, son obviedades de escaso valor.

<sup>19</sup> Léase: relaciones de producción que no son las que mejor se ajustan, en términos de *rendimiento*, al nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas.

<sup>20</sup> Petruccelli, **Materialismo...**, *op. cit.*, p. 93.

<sup>21</sup> *Ibid.*



sis del capitalismo— son imposibles de replicar y analizar en condiciones de laboratorio; y nadie puede saber con certeza qué hubiese realmente sucedido con las sociedades no occidentales si el capitalismo occidental no hubiese existido, o bien, si se hubiera incoado o expandido más tarde. El imperio otomano, la Persia Kayar, la India mogol, la China *Qing*, el Japón *Tokugawa*, el *Tawantinsuyu* incaico, la *Excan Tlatoloyan* azteca, etc., ¿hubieran a la larga arribado al modo capitalista de producción, u a otra variante de régimen industrial, si su trayectoria histórica no se hubiese visto alterada por el imperialismo europeo y estadounidense? Imposible saberlo —los futuribles son pura especulación—

Nuestro autor considera que la teoría de Cohen constituye, tanto por (a) su impronta especulativa y finalista, como por (b) sus pretensiones universalistas y omnihistóricas, una *Geschichtsphilosophie* que traspasa los límites de la ciencia. Esta apreciación resulta controvertida; controvertida no por a, sino por b. Universalidad y omni-historicidad no necesariamente implican *acientificidad* (por caso, el propio modelo PRP es universal y omnihistórico). Lo que definiría a la teoría coheniana como una *filosofía sustantiva de la historia* (Danto) es, aparte de cierta despreocupación empírica, ese *teleologismo* que se trasunta de la tesis del desarrollo.<sup>22</sup>

En el *excursus* del capítulo II, Petruccelli fija posición respecto al "giro normativo" que Cohen inicia a fines de los 80; un giro que,

<sup>22</sup> Petruccelli dedica también un párrafo del capítulo II al determinismo tecnológico "débil" que el marxista Francisco Herrerros Vázquez propone como alternativa superadora en su libro *Hacia una reconstrucción del materialismo histórico* (Madrid, Istmo, 2005). El autor español sostiene que, cuando el desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción con las relaciones de producción, y se desata, a raíz de ello, una crisis de magnitud *sistémica*, la lucha de clases entra en un *crescendo* cuyo desenlace será la salida de dicha crisis; salida que consistirá en la aparición o generalización de nuevas relaciones de producción. Hasta aquí, nada nuevo bajo el sol. Pero Herrerros plantea —y en esto sí se aparta del "Prefacio" de Marx a la **Contribución**...— que esas nuevas relaciones de producción no necesariamente serán más adecuadas para las fuerzas productivas existentes que las relaciones antiguas. Puede ocurrir que la lucha de clases desemboque en unas relaciones de producción tan o más retardatarias que las anteriores; solo que, en ese caso, las nuevas relaciones verán disminuidas en el largo plazo sus posibilidades de perpetuarse y propagarse. Herrerros, asimismo, aclara lo siguiente: que las crisis sistémicas se resuelvan en la arena de la lucha de clases, no significa que dicha resolución sea el *desideratum de una clase victoriosa consciente*. Puede suceder que el desenlace sea la consecuencia no deseada de un conflicto ciego. Ahora bien: Petruccelli demuestra que Herrerros se equivoca al creer que todo esto compromete al esquema coheniano. El determinismo tecnológico "duro" es perfectamente compatible con el modelo teórico del español. Dos son las razones: 1) a largo plazo —que es el que maneja Cohen—, se terminarían imponiendo las relaciones de producción que son *funcionales* a las fuerzas productivas; y 2) dado que la lucha de clases tiene, para el pensador canadiense, una importancia *marginal*, éste no tendría ningún problema en conceder que aquélla presenta formas más complejas de lo que comúnmente se cree. De este modo, Petruccelli termina arribando a la conclusión de que Herrerros, más que revisar el determinismo tecnológico "duro", simplemente lo *matiza*; razón por la cual se hace acreedor a las mismas críticas que él le dirigiera a Cohen, ya que en ningún momento el teórico español rompe con las tesis del desarrollo y la primacía de las fuerzas productivas. Además, alega, no es cierto que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción constituya siempre un problema grave para la reproducción de la sociedad —es decir, un problema que presiona irremisiblemente en dirección a un cambio de dimensiones sistémicas—. Hay muchas soluciones nada revolucionarias, como la estabilización poblacional y la expansión territorial.

contrariamente a lo que podría suponerse a la ligera, no contradice en nada su determinismo tecnológico —de hecho, nunca se retractó de él—. El decidido vuelco del pensador canadiense hacia el campo de la filosofía política y la ética normativas, el debate público con los "peso pesados" del neocontractualismo liberal (Rawls, Nozick, etc.) y el empeño puesto en dotar al socialismo de una sólida y actualizada fundamentación moral, son muy bien recibidos por nuestro autor, quien rechaza la tesis de la inexorabilidad y científicidad del socialismo. Si el socialismo no está inscrito en la gran marcha evolutiva de la historia, si el porvenir está *abierto* a distintas *opciones de sociedad*, entonces la política se sustrae —en sus fines— a la esfera de la *verdad objetiva*, la esfera del *ser* propia de la *episteme*, y queda incorporada a la esfera de los *valores subjetivos*, la esfera del *deber-ser* propia de la *doxa*. Ahora bien: decir que el debate político está más allá de la ciencia no significa negar su racionalidad, sino aceptar —como Weber— que se trata, en último término, de una "guerra de dioses", esto es, de un debate filosófico basado en valores extracientíficos.<sup>23</sup>

Aunque comparto esta postura, considero que la fundamentación ética del socialismo, sin excluir ni minimizar el pensamiento normativo, debe trascenderlo renovando vínculos con la tradición utópico-romántica (Kropotkin, Landauer, Benjamin, Fromm y Michael Löwy, entre muchos otros) y el existencialismo (Sartre y Camus), injustamente relegados durante décadas en el seno de la izquierda militante a causa de la hegemonía detentada por el "socialismo científico". La eticidad del socialismo radica también en la *construcción de sentido* (anticipación utópica, antropología filosófica, estética del compromiso, política de la memoria, etc.), y la construcción de sentido, sin contradecir la ética normativa *en su letra*, la rebasa ampliamente *en su espíritu*.

\* \* \*

El capítulo III fue concebido con fines ilustrativos. Se trata, en palabras del autor, de "una puesta prueba de la teoría"<sup>24</sup>. El modelo PRP es contrastado empíricamente mediante un *estudio de caso*, a saber: el de la decadencia del esclavismo antiguo y la caída del Imperio Romano de Occidente. Para ello, Petruccelli —quien no es un erudito romanista en condiciones de realizar una investigación exhaustiva de primera mano— recurre a una amplia bibliografía historiográfica y sociológico-histórica (Ste. Croix, Anderson, Bloch, Lot, Dockès, Weber, Jones, Ferrill, Wickham, Wood, Parain y otros), consumando una puesta a prueba convincente.

No obstante, la cautela aconseja esperar a que se pronuncien los expertos; aunque debo confesar que no soy muy optimista al respecto, dado que, en general, los historiadores especializados cultivan un *empirismo particularizante* poco o nada compatible con la teorización de amplias miras. No se puede negar que la desconfianza de la historia erudita hacia la sociología histórica tiene

<sup>23</sup> Lo que, en política —una vez estipulados los fines—, sí puede estar bajo la órbita del escrutinio científico son el diagnóstico de las condiciones imperantes, la elección de los mejores medios y la evaluación de las consecuencias de la acción (deseadas o no).

<sup>24</sup> Petruccelli, *Materialismo*..., *op. cit.*, p. 105.

motivos justificados. A menudo, demasiado a menudo, la especulación teórica, cegada y sesgada por el apriorismo, derrapa en un rígido esquematismo que, lejos de fecundar el quehacer historiográfico, lo entorpece con sus exigencias tributarias de conformidad. Cuando las categorías de análisis dejan de ser herramientas útiles de pensamiento crítico y se convierten en moldes estrechos de pensamiento dogmático, la teoría se vuelve funesta. Pero también ocurre con excesiva frecuencia que, en nombre de un rigor académico malentendido, los historiadores destierran de su reino no sólo a esa forma perniciosa de sociología histórica, sino a la sociología histórica *en general*, confusión en la cual —como reza el refrán inglés— terminan “arrojando el bebé con el agua del baño”. Puede que el modelo PRP sea falseado, pero, aun así, nadie que tenga buena fe y seriedad intelectual podrá decir que es un lecho de Procusto.

Las exigencias de concisión desaconsejan un tratamiento detallado de este capítulo, habida cuenta su carácter eminentemente ilustrativo. Baste entonces con señalar lo más esencial.

En el tercer capítulo, Petruccelli se aboca a la tarea de refutar la interpretación *tecnológica* de la transición del esclavismo clásico al colonato tardoimperial, y en vistas a ello apela a dos argumentos: 1) no está nada claro que la esclavitud fuera estructuralmente incapaz de propiciar o soportar el desarrollo de las fuerzas productivas; y 2) a contramano de lo que comúnmente se cree, la decadencia de dicho régimen de explotación no trajo aparejado ningún progreso técnico *general* de la economía romana (de hecho, la generalización del *colonatus* coincidió con un descenso de la productividad agrícola). Retomando la vieja tesis weberiana, nuestro autor conceptúa la crisis del esclavismo romano como una *crisis de abastecimiento*. La detención de la dinámica expansionista, el cese de las guerras de *razzia* y conquista contra los pueblos bárbaros y la estabilización de las fronteras del imperio, provocaron una fuerte contracción del comercio de esclavos. Encarecida cada vez más en sus costos, la esclavitud se fue volviendo progresivamente una práctica antieconómica, y el colonato, una opción crecientemente rentable.

Sin embargo, a la larga, esta solución resultaría funesta para las clases dominantes, ya que supuso la “servilización” en masa del campesinado y la agudización del conflicto de clase, un panorama que, amén de minar internamente su hegemonía, comprometería externamente el poderío militar del imperio (los campesinos eran la gran cantera de reclutamiento del ejército) en circunstancias geopolíticas cada día más aciagas (invasiones bárbaras). En síntesis —siempre siguiendo a Petruccelli, con cuya argumentación concuerdo—, la caída del Imperio Romano de Occidente estuvo efectivamente ligada a la decadencia de la esclavitud, pero la decadencia de la esclavitud no se debió a que esta institución trabara o retardara el desarrollo de las fuerzas productivas, sino a la gran contracción de la oferta de esclavos. No es cierto que los importantes cambios verificados en la estructura económica del Bajo Imperio, en su entramado de relaciones de producción, hayan estado precedidos o acompañados, o fueran siquiera sucedidos, por un *gran salto hacia adelante* en mate-

ria de capacidad tecnológica. Al contrario, hubo un retroceso notorio y duradero, a tal punto que Europa occidental tardaría —como bien ha apuntado Michael Mann— más de un milenio en recuperar el nivel de productividad agrícola alcanzado durante el apogeo del esclavismo.

En suma, a través de este estudio de caso, Petruccelli consigue no sólo demostrar la endeblez empírica del determinismo tecnológico, sino también probar la validez fáctica de su modelo PRP. Consigue lo último en tanto logra establecer una conexión causal satisfactoria entre el derrumbe del Imperio Romano de Occidente y las mutaciones *ex ante* de sus relaciones de producción (declinación de la esclavitud y generalización del colonato).

\* \* \*

El capítulo IV es de corte netamente exegético. En él Petruccelli se propone dos objetivos conexos: demostrar que los escritos del Marx tardío, así como lo mejores pasajes del Marx maduro, desautorizan —mayormente de forma implícita pero también a veces de forma explícita— la interpretación tecnologizante de la concepción materialista de la historia (las tesis del desarrollo y de la primacía de las fuerzas productivas), a la vez que avalan el modelo PRP.

Nuestro autor comienza por reconocer que existe, en efecto, un Marx tecnologicista; hecho destacable en tanto y en cuanto entraña la admisión —nada corriente en el seno de la intelectualidad marxista— de que no hay un solo Marx sino *varios*, y que entre éstos hay tensiones e incluso contradicciones. Sabido es que, por lo general (siempre hay meritorias excepciones), los intelectuales marxistas, al defender su versión de Marx —sin importar cuál sea ella—, hacen verdaderos *tours de force* hermenéuticos para que el pensamiento del maestro quede imbuido de una coherencia monolítica que en realidad no tiene, como se verá a continuación. Frente a este perfeccionismo póstumo, frente a esta hermenéutica de taxidermistas, Petruccelli prefiere vérselas con el pensamiento marxiano tal como es, en toda su *vitalidad*, es decir, en toda su complejidad y mutabilidad. No sorprende entonces que dedique algunas páginas al Marx tecnologizante, dando las referencias bibliográficas pertinentes y citando algunos de los fragmentos más significativos, como el “Prefacio” a la **Contribución...** y la carta a Annenkov del 28 de diciembre de 1846.<sup>25</sup>

“Pero sucede que hay otros textos”<sup>26</sup>, nos recuerda de inmediato Petruccelli. Y luego cita la categórica carta de Marx de 1877 al consejo editorial del periódico ruso **Ottechestviennie Zapiski**, donde el pensador alemán desautoriza a su seguidor Nikolai Mijailovsky por haber pretendido hacer de él el portavoz de una

<sup>25</sup> Resulta llamativo que el autor omita mencionar la famosa digresión acerca de la tecnología, su significado e importancia, que Marx hiciera al comienzo del capítulo XIII del tomo I de **El capital**. En ella afirma que la tecnología constituye “la *base material* de toda organización particular de la sociedad” (la cursiva es mía). Nótese que *no dice* que la tecnología forme parte de la base material, sino que la tecnología es la base material. Cfr. Kart Marx, **El capital: crítica de la economía política**, t. I. México, Siglo XXI, 1996 (1867), vol. 2, p. 453.

<sup>26</sup> Petruccelli, **Materialismo...**, *op. cit.*, p. 135.





*Geschichtsphilosophie* en clave evolucionista-tecnológica, allende los dominios de la ciencia histórica. Posteriormente, Petruccelli cita varios pasajes de **El capital** que implícitamente avalan la tesis de la primacía de las relaciones de producción.

Pero volviendo a la contundente carta de 1877 a la redacción del **Ottechestviennie Zapiski**, hay que tener en cuenta que si bien nuestro autor tiene razón cuando asevera que el viejo Marx acabó por repudiar explícitamente el determinismo tecnológico, subsiste el problema de que aquél nunca hizo la autocrítica, o sea, nunca asumió públicamente haber adherido *en el pasado* a dicha concepción. No es un detalle menor: al no retractarse, Marx involuntariamente coadyuvó a la victoria de quienes, en su nombre, bregarían por un materialismo histórico tecnologizante; máxime si se considera que la mencionada carta no llegó nunca a ser publicada por sus destinatarios, permaneciendo inédita e ignota durante muchísimos años.

Al final del capítulo IV, Petruccelli refuerza su posición con más citas a Marx. Logra dejar claro con ellas que el pensador alemán, más allá de algunas oscilaciones, en sus análisis privilegió las relaciones de producción por sobre las fuerzas productivas y prescindió de la controversial tesis del desarrollo. En algunos casos, Marx plantea que las primeras cambian con independencia de las segundas. En otros, asume que el progreso tecnológico no es universal. Y hasta da cuenta de ejemplos de estancamiento o retroceso de las fuerzas productivas. En todo este paneo que hace el autor sobre el *corpus* marxiano, se destacan sobre todo los **Grundrisse** y los **Apuntes etnológicos**.

\* \* \*

En el capítulo V, nuestro autor encara con mayor grado de determinismo y profundidad la defensa de su modelo PRP. Inicia este cometido aportando un dato muy evidente y revelador que, sin embargo, pocas veces ha sido puntualizado, a saber: que Marx, a la hora de diseñar su tipología de las formaciones económico-sociales, tuvo en cuenta a las relaciones de producción y no a las fuerzas productivas.

Posteriormente, Petruccelli echa luz sobre dos categorías tan clave del materialismo histórico como lo son las de *correspondencia* y *determinación*; dos categorías que, por desgracia, han sido distorsionadas y "colonizadas" por el determinismo tecnológico en pos de su autojustificación exegética. Apoyándose en teóricos como Raymond Williams y Mihailo Markovic, el autor sostiene que Marx, en general, manejaba esos términos *en sentido "débil"* y no en sentido "fuerte". Dicho de otro modo, cuando el pensador alemán decía que las relaciones de producción *X* se corresponden con —o están determinadas por— las fuerzas productivas *Y*, no estaba planteando una determinación absoluta, rígida, mecánica, unívoca, sino cierto *condicionamiento*. ¿Qué se debe entender por condicionamiento? Dos cosas: fijación de *límites* y ejercicio de *presiones*. Las opciones son siempre más de una, y hasta pueden ser muchas, pero nunca son infinitas. Hay opciones que siempre quedan *excluidas* (límites) y otras que son más *probables* que las res-

tantes (presiones). Expresando esta idea de un modo más formalizado, podríamos decir que, por ejemplo, las fuerzas productivas *Y* no se corresponden únicamente con las relaciones de producción *X*<sub>1</sub>, sino también con *X*<sub>2</sub>, *X*<sub>3</sub> y *X*<sub>4</sub>, mas no con *X*<sub>5</sub>, *X*<sub>6</sub> y *X*<sub>7</sub>. Por otra parte, *X*<sub>3</sub> es más probable que *X*<sub>2</sub> y *X*<sub>4</sub>.

Al entender de esta manera más flexible los conceptos de correspondencia y determinación, el devenir histórico deja de responder a leyes férreas, sin por ello volverse caótico. Se nos presenta, pues, como un entramado de *tendencias*. Ésa es la concepción de Petruccelli, que comparto; y es también la concepción que él, con acierto, le atribuye al Marx tardío. Y si en ocasiones Marx parece sostener un determinismo más extremo, es porque, en su afán por desmarcarse del indeterminismo idealista —tan de moda en la Alemania de su tiempo—, e inmerso como estaba en una acalorada polémica con la derecha hegeliana, tiende a *polarizar* su discurso. Además, como bien apunta nuestro autor, no hay que perder de vista que la **Contribución...**, aun cuando su "Prefacio" trasunta "un incuestionable tono generalizador" que da pie a interpretaciones universalistas, "tiene como objeto empírico de referencia al modo de producción capitalista"<sup>27</sup>.

Otro concepto clave que Petruccelli analiza en este capítulo es el de *primacía explicativa*. Partiendo de la constatación empírica de que los fenómenos son *complejos* —no reductibles a una única causa—, se establece no obstante un orden etiológico, una jerarquía causal. A un determinado factor, a *X* variable, se le asigna más peso o importancia que al resto. Este *pluralismo causal asimétrico* o *multicausalismo jerarquizado* es equidistante a esos Escila y Caribdis de la etiología que son el *monismo* o *reduccionismo monocausal*, para el cual existe o cuenta un único factor explicativo —concepción que ha perdido bastante vigencia pero que aún tiene sostenedores—, y el *pluralismo causal uniforme* o *multicausalismo simétrico*, que identifica múltiples variables sin jerarquizarlas —una moda intelectual que está haciendo verdaderos estragos en los medios académicos—.<sup>28</sup>

El autor problematiza el concepto de primacía causal señalando que si bien la causa primaria es, como otros la han definido, una *condición de posibilidad*, no todas las condiciones de posibilidad tienen el mismo peso etiológico, pues no todas participan de la causación primaria. Hay condiciones de posibilidad que son *necesarias* —o sea, *sine qua non*— y otras que son meramente *aleatorias*. Y dentro de las primeras, se debe distinguir a las *pasivas* (límites), por las cuales un fenómeno resulta simplemente *facti-*

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>28</sup> Un multicausalismo que renuncia *a priori* a cualquier tipo de jerarquización causal es infalseable, y por ende, pseudocientífico. Con demasiada frecuencia, cuando un especialista sentencia con tono sorbonesco que "se trata de un fenómeno complejo", entre líneas hay que leer: *si enumero todas y cada una de las causas posibles, sin dejar ninguna en el tintero; y si evito jerarquizarlas, no sólo me ahorro un esfuerzo analítico considerable, sino que, además, dejo conformes a todos y nadie podrá impugnar lo que digo*. Es hora de complejizar la noción de complejidad. No hay ninguna razón objetiva por la cual la realidad social deba estar *etiológicamente nivelada*. La multicausalidad simétrica, uno de los peores flagelos que hoy se abaten sobre las ciencias sociales, constituye una falacia. Es una variante de *petitio principii* o "petición de principio".

ble, de las *activas* (presiones), que lo tornan *altamente probable*. Son estas últimas, obviamente, las que poseen mayor jerarquía causal. La textura biológica del ser humano y el medio geográfico son condicionantes pasivos de la realidad social, mientras que la estructura económica actúa, por lo general, como condicionante activo. En definitiva, lo que hace Petruccelli a partir de su aguzada relectura del *corpus* marxiano es transferir la primacía explicativa del materialismo histórico desde las fuerzas productivas a las relaciones de producción.

En el tercer apartado del capítulo V, el autor retoma la reconceptualización de las categorías de fuerzas productivas y relaciones de producción que llevara a cabo hace más de una década en su **Ensayo...**; una decisión que lo lleva nuevamente a analizar los textos de Marx y discutir con el marxismo tecnologizante de Cohen.

En cuanto a las fuerzas productivas, señala que éstas no sólo abarcan a los medios de producción y la fuerza de trabajo, sino también a las *relaciones de trabajo*, esto es, las relaciones de los productores directos *entre sí* (división del trabajo, cooperación, supervisión) y sus relaciones *con los medios de producción*, a las que denomina respectivamente *relaciones sociales* y *técnicas de trabajo*. De hecho, dándole a su planteo una “vuelta de tuerca” que no le había dado en su **Ensayo...**, llega a afirmar que las fuerzas productivas *son* las relaciones de trabajo, ya que concibe a éstas de un modo *sustantivo* en vez de formal —o sea, las relaciones de trabajo incluyendo no solamente a las relaciones de trabajo *propriamente dichas* (los “nexos entre”), sino también a los propios *elementos* de esas relaciones (la fuerza de trabajo y los medios de producción).<sup>29</sup>

Con respecto a las relaciones de producción, sostiene que no se reducen a las *relaciones de apropiación* —aunque éstas sean las más importantes—, pues incluyen también a las *relaciones de trabajo*.<sup>30</sup> Vale decir que las relaciones de trabajo pueden ser conceptuadas *tanto* como fuerzas productivas como relaciones de producción. En palabras de Petruccelli, “las fuerzas productivas [...] serían las relaciones de trabajo vistas desde la perspectiva de la capacidad de producción”<sup>31</sup>. No es un detalle menor: en más de una ocasión, Marx dio cuenta de la importancia que tienen las relaciones de trabajo no sólo como parte de la base material que determina la vida social, sino también como *factor directo de productividad* (por ej., halló la clave de la génesis del modo de pro-

ducción *específicamente* capitalista en una innovación tan poco tecnológica como la división manufacturera del trabajo).

Ahora bien: si las fuerzas productivas *son* las relaciones de trabajo, y si las relaciones de trabajo son relaciones de producción, ¿qué sentido tiene hablar de la primacía de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas/relaciones de trabajo? Lo tiene —aclara el autor— en tanto nos estemos refiriendo a las *relaciones de producción en sentido restringido*, es decir, a las *relaciones de apropiación*. O sea, las relaciones de apropiación (relaciones de producción en sentido restringido) tienen la primacía sobre las relaciones de trabajo (fuerzas productivas).<sup>32</sup>

Pero junto a dicha primacía existe, para Petruccelli, otra más general e importante: la primacía de las relaciones de producción *en sentido amplio* (relaciones de apropiación y de trabajo) o *muy amplio* (*idem* más relaciones de distribución) sobre la superestructura. Vale decir, la primacía de las *relaciones económicas* en su totalidad, de la *estructura económica* o, en suma, de la *base material*, sobre la llamada *superestructura*.

Otra propuesta interesante que hace el autor es la de red denominar las categorías de *coerción económica* y *coerción extraeconómica* con los términos “*coerción mercantil*” y “*coerción extramercantil*” (respectivamente), ya que, como señala, la coerción económica de la clase ociosa sobre la clase productora de ningún modo constituye un rasgo distintivo del capitalismo. Lo que sí es distintivo del capitalismo es la coerción mercantil generalizada, la coacción del mercado a gran escala —el hecho de que un gran segmento de la población esté desposeído de los medios de producción y se vea obligado a vender su fuerza de trabajo para poder subsistir—.

En el último apartado del capítulo V, Petruccelli realiza una disquisición muy sagaz sobre *lo económico* y su primacía. En primer lugar, aclara que lo económico nunca existe en estado puro, ni siquiera en el capitalismo, aunque en él, indudablemente, es donde más se aproxima a ese estado de pureza —en las formaciones sociales precapitalistas la economía está muy o completamente imbricada con las otras dimensiones (el parentesco, la religión, la política, etc.)—. La sociedad no es simple. La sociedad es *altamente compleja*. Pero su complejidad no está hecha de compartimentos estancos, sino de *esferas interconectadas* en todas las direcciones. La sociedad es, pues, una totalidad compleja e integrada. No se trata —empleando la terminología kantiana— de un *compositum* o *totum syntheticum* sino de un *totum analyticum*. Por lo tanto, cuando se discierne *lo económico*, sólo es lícito hacerlo *analíticamente*, pues de lo contrario se incurriría en una reificación.

En segundo lugar, el autor —basándose en autores como Godelier y Mann— distingue las *funciones* de las *instituciones*. En las socie-

<sup>29</sup> Más abajo, el autor hace la siguiente aclaración: “Las fuerzas productivas no son cosas aisladas, elementos atómicos. Las fuerzas productivas se tornan *reales* (y no meramente *potenciales*) por medio de relaciones definidas. Un martillo no es una fuerza productiva (real) hasta tanto no sea empleado por un operario. Las fuerzas productivas, pues, tienen carácter relacional” (Petruccelli, **Materialismo...**, *op. cit.*, p. 194).

<sup>30</sup> Petruccelli también advierte al lector que el término marxiano *Produktionsverhältnisse* (“relaciones de producción”) es sumamente ambiguo a causa de su polisemia. En sentido muy amplio, alude a todas las relaciones económicas que conforman la estructura material de la sociedad; en sentido menos amplio, excluye a las relaciones de distribución; y en sentido restringido, excluye no sólo a las relaciones de distribución, sino también a las relaciones de trabajo, convirtiéndose por lo tanto en un sinónimo de “relaciones de apropiación”. De más está decir que esta ambigüedad ha generado infinidad de malentendidos y diálogos de sordos.

<sup>31</sup> Petruccelli, **Materialismo...**, *op. cit.*, p. 190.

<sup>32</sup> Petruccelli justifica esa tesis con un argumento muy convincente: a tal punto consideraba Marx que lo verdaderamente esencial del capitalismo era la relación trabajo-capital, que definió como igualmente *capitalistas* a dos formas tecnológico-organizativas tan diferentes como la manufactura y la gran industria.



dades precapitalistas es harto frecuente que las funciones económicas estén enmarcadas en instituciones “no económicas” o, mejor dicho, en instituciones que están muy lejos de poder ser reducidas a tales funciones (por ej., la Iglesia medieval, las *poleis* griegas, los ejércitos de ocupación, el mecenazgo renacentista, los clanes de la vieja Escocia, el vasallaje feudal, las misiones jesuíticas, la guerra de corso, las fundaciones piadosas del Egipto faraónico, la *minka* incaica, etc.). Ahora bien: de esto no se deduce que lo económico tenga, en las sociedades precapitalistas, una importancia menor, marginal, sino que no existen instituciones *específicamente económicas*. Lo económico *en sí* —esto es, las funciones económicas, que no son otra cosa más que las relaciones de producción en sentido muy amplio (relaciones económicas o estructura económica)— mantiene, hechas las debidas matizaciones, su primacía.

Y en tercer lugar, Petruccelli defiende la primacía de las relaciones de producción sobre los antagonismos de clase. Lo hace con un argumento muy simple, pero, sin embargo, generalmente pasado por alto. En todas las sociedades existen relaciones de producción, pero no en todas hay división de clases; no en todas, las relaciones de apropiación tienen carácter de *explotación*. A la luz de la evidencia histórica, se constata que mientras la producción material es universal, la estructura clasista —aunque muy extendida— no lo es.

\* \* \*

En el capítulo VI el autor aborda varias cuestiones de relevancia. La primera de ellas es la problematización del concepto de *propiedad*. En efecto, este término tiene una fuerte connotación jurídica, y, como se sabe, el derecho forma parte de la superestructura y no de la base material. ¿Significa esto que Marx, al priorizar tanto en sus análisis el régimen de propiedad, traicionó sin darse cuenta su materialismo? En absoluto. Como bien explica Petruccelli, hay un sentido técnico o legal de la palabra “propiedad”, y un sentido lato o genérico, que es el de *posesión*. Cuando Marx hablaba de propiedad, estaba refiriéndose no solamente a la propiedad *strictu sensu* sino también a formas jurídicas “débiles” (como el arriendo, la *enfiteusis* romana, el *feudo* y el *manso* medievales, la *merced de tierra* hispanocolonial, etc.) e incluso fácticas de posesión (consuetudinarias o ilegales). Para salvar este inconveniente, el autor prefiere hablar de *relaciones de apropiación* en lugar de relaciones de propiedad.

La segunda cuestión que se examina es la del *Estado*. Petruccelli critica la idea muy extendida según la cual dicha institución es de carácter puramente *superestructural*. En virtud de los impuestos, los empréstitos, el gasto fiscal, la inversión pública, la acuñación de moneda, la política cambiaria, las empresas públicas y otros mecanismos, el Estado —señala el autor— “está parcialmente integrado en la economía de una sociedad”<sup>33</sup>. Por lo tanto, su grado de autonomía relativa respecto a las clases sociales depen-

derá, en buena medida, de su fortaleza y autarquía económicas (otros factores condicionantes son la política interna y la coyuntura internacional).

La tercera problemática que se analiza es la de *género*. También aquí nuestro autor advierte un malentendido muy común: el de homologar el reduccionismo de clase con el materialismo histórico. Esta corriente de pensamiento no es para nada homogénea. Y si es cierto que una parte del marxismo otorga la primacía explicativa a la lucha de clases —algo que, sin duda, conlleva el relegamiento de las mujeres y la invisibilización de la opresión masculina—, también es verdad que otra —en la que se inscribe Petruccelli— prioriza las relaciones de producción, y las relaciones de producción abarcan no sólo las relaciones de clase, sino también las de género. Así como el Estado no es puramente superestructural, tampoco el patriarcado lo es. Ambos tienen fundamento *material*. Ambos *participan* de la estructura económica de la sociedad. Ahora bien: decir que el patriarcado detenta importantes funciones económicas, no quiere decir que sea una institución económica (tiene también un carácter gentilicio, religioso, político, etc.), ni que la opresión de género se reduzca a su faceta económica (puede ser también sexual, cultural, política, religiosa, etc.).

Sí se puede sostener, en cambio, que la dimensión crucial o fundamental del patriarcado es la *material* —siempre y cuando se tenga el cuidado de incluir en ella, aparte de la producción económica, la *reproducción biológica*, cuya importancia no siempre es debidamente valorada por los marxistas—. Dicho de otro modo, la opresión masculina está *determinada* (condicionada primariamente) por las relaciones de producción y reproducción. Queda, no obstante, un punto por dilucidar: ¿cuál es, en concreto, el fundamento material *económico* del patriarcado? Petruccelli, siguiendo a la teórica feminista Iris Young, considera que es *un tipo especial de relaciones de trabajo*: la llamada *división sexual del trabajo*, la especialización laboral de los géneros por mandato social.<sup>34</sup>

Pero, ¿qué hay de las relaciones de apropiación? El autor nos responde: “hay situaciones —históricamente más bien extrañas— en las que quizás la opresión de la mujer no tenga que ver tanto o solamente con la división del trabajo sino también con las mismísimas relaciones de *apropiación*”<sup>35</sup>. Y luego le concede a Ste. Croix que uno de esos raros casos sería el de la Grecia antigua. Discrepo totalmente con Petruccelli en este punto. A mi juicio, lo que él considera una rareza histórica, para mí es un *denominador común* de casi todas las sociedades patriarcales. La desigualdad abismal entre los sexos en materia de derechos patrimoniales y sucesorios, la inclusión de la mujer (hija o cónyuge) dentro de la *patria potestad* del varón (padre o marido), la subordinación de las viudas al poder tutelar de un pariente varón, la institución de la dote, la inhabilitación profesional y comercial de la mujer, etc., son fenómenos harto frecuentes en la historia. Por esta razón,

<sup>33</sup> Petruccelli, *Materialismo...*, op. cit., p. 204.

<sup>34</sup> De allí —comenta el autor— que en las sociedades “primitivas” patriarcales existan tabúes que prohíben a las mujeres practicar la caza. Y de allí también que, en las sociedades industriales modernas, las mujeres hayan visto mejorar su condición a medida que se incorporaban al mercado de trabajo.

<sup>35</sup> Petruccelli, *Materialismo...*, op. cit., p. 211.

considero que la base material del patriarcado está conformada —amén de por las relaciones de reproducción y de trabajo— por las *relaciones de apropiación*.

Sí coincido con Petruccelli en que la propuesta de Ste. Croix de considerar a las mujeres como una clase es inconveniente. Pero sólo parcialmente coincido con las razones que el primero esgrime, que son las de Perry Anderson. Es cierto que la división sexual del trabajo tiene un importante componente *reproductivo* que vuelve a la categoría de género irreductible a la de clase. Pero el argumento de que las mujeres no son una clase porque su trabajo no es productivo ni genera un excedente, me resulta discutible. Labores como el tejido, la molienda, el ordeño o la avicultura, por caso, no tienen nada de improductivas cuando sus productos engrosan el tributo en especie que la familia campesina le entrega al señor feudal; y todas ellas son labores que solían hacer las mujeres. Ejemplos como éste se podrían citar muchísimos más.

Otra cuestión que el autor aborda es la de los pares conceptuales *estructura/superestructura* y *ser social/conciencia social*, señalando que no son homologables. Por una parte, la estructura económica es sólo *una* de las dimensiones que constituyen el ser social —aunque la más gravitante—. Y por otra, no toda la superestructura está subsumida en la conciencia social —lo ideológico y lo jurídico caben dentro de lo simbólico, pero lo político sólo parcialmente—.

Luego de dedicarle algunas páginas a la discusión teórica con Eduardo Sartelli —en las que vuelve a confrontar su modelo PRP con la concepción tecnologizante— y la reivindicación de la teoría de Brenner sobre la transición al capitalismo, Petruccelli se pregunta: “¿Pero qué explica a las relaciones de producción?”. La respuesta es tan escueta como controvertida: “Pues bien, las relaciones de producción imperantes en una sociedad en un tiempo determinado se explican principalmente por las relaciones de producción *precedentes*”<sup>36</sup>. Escueta porque lamentablemente el autor no la desarrolla, apenas si la esboza. Y controvertida porque así como existen numerosos ejemplos históricos que la avalan, también existen muchos otros que la ponen en jaque. Si, por caso, la generalización del colonato tardorromano puede explicarse a partir de la crisis del esclavismo precedente, la implantación de la encomienda en América durante el siglo XVI no podría atribuirse a las relaciones de producción prehispánicas sino al hecho mismo de la Conquista. Otro tanto podría decirse de la introducción del feudalismo en la Inglaterra medieval o la reducción al ilotismo de los mesenios por parte de Esparta. En todos estos casos —y podrían citarse muchos más—, las nuevas relaciones de producción tienen un carácter *exógeno*. Son básicamente el resultado de una guerra y no de una dinámica interna ligada a las relaciones de producción.

Lo anterior demanda, a mi juicio, la siguiente reflexión: plantear que el devenir histórico está “determinado” (condicionado primariamente / limitado y presionado) por estructuras económicas

altamente estables cuya sucesión *sólo en algunos casos* se presenta como “necesaria” —es decir, como el resultado de la lógica interna de dichas estructuras—, implica una teoría de la historia con un *coeficiente de “contingencialidad”* considerable. Y esta constatación abre las puertas a otra no menos importante: en los momentos históricos de crisis y transición estructurales (las *condiciones iniciales altamente sensibles* de las que habla la teoría del caos), la lucha de clases (*pequeñas variaciones no tan pequeñas a largo plazo*) puede arrebatarle a las relaciones de producción su primado (*efecto mariposa*). Desde luego, esto no refuta el modelo PRP. Sólo lo matiza y flexibiliza.

En el tercer apartado, Petruccelli analiza las controvertidas categorías de *clase* y *lucha de clases*. Luego de recordarle a sus lectores que dicha controversialidad se debe en buena medida al hecho de que Marx nunca llegó a teorizar *in extenso* sobre ellas, y que no es partidario de su reificación —una tentación muy corriente en los medios militantes—, el autor fija tácitamente su posición respecto a la crítica culturalizante de E. P. Thompson al enfoque estructural de Althusser. Concordando con Ste. Croix, propone armonizar dichas posturas en vez de enfrentarlas, ya que, desde un punto de vista lógico, no hay ninguna razón por la cual la noción *objetiva* de clase (lugar en la estructura económica, ubicación en el entramado de relaciones de producción) excluya la *subjetiva* (identidad cultural colectiva fraguada “experiencialmente” en la lucha de clases). En este sentido, el planteo de Petruccelli se vería favorecido si evocara la clásica distinción marxiana entre clase *an sich* y clase *für sich* (“en sí” y “para sí”). Por otro lado, y también en coincidencia con Ste. Croix, el autor concibe la lucha de clases como una dinámica social animada por *la explotación y la resistencia a la explotación* (“resistencia” en el más amplio de los sentidos: desde el trabajo a desgano hasta la rebelión, pasando por el sabotaje y la huelga), entendiendo que solamente en algunos casos entraña conciencia de clase y acción política colectiva. Y desde esta cabeza de playa, combate con éxito las posiciones anticlasistas weberianas de muchos historiadores especializados en sociedades precapitalistas (el helenista Finley por ejemplo), que, confundiendo la parte con el todo, creen refutar al marxismo demostrando que las “clases” (*conscientes*) y la “lucha de clases” (*política*) son extrañas a su objeto de estudio.

En el cuarto párrafo, Petruccelli vuelve a defender el materialismo histórico de quienes lo tildan de “economicista”. Pero esta vez la argumentación no apunta a demostrar que el sambenito del reduccionismo monista es un mero espantajo, sino a una razón epistemológica más general.

El problema no es refutar o criticar al economicismo; el problema consiste en proponer una concepción de la sociedad y de la historia capaz de competir ventajosamente con él. Porque sean cuales fueran los defectos y falencias de las concepciones economicistas [“duras” y “blandas”], resulta indiscutible que, cuando menos, dotan al investigador de un criterio orientador para decidir por dónde comenzar una investigación, y para discriminar lo relevante de lo irrelevante. Es cierto que los economicistas suelen concluir sus investigaciones donde quizás haya que comen-

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 229.



zarlas, que sus criterios para discriminar la relevancia factual pueden ser equivocados o insuficientes, y que muchas veces no son conscientes de las dificultades de su teoría. Pero una mala teoría es mejor que la ausencia de teoría. Sin ninguna concepción teórica, huérfano de toda construcción hipotética, el investigador está condenado a sumergirse en un mar de datos, hechos y documentos a los que no sabe qué preguntar, es incapaz de jerarquizar, ni sabría cómo ordenar. Sin una base teórica sólo puede ser portador de los más sencillos prejuicios de su sociedad.<sup>37</sup>

Otro lugar común que el autor desmiente es que Marx, al postular una *legalidad tendencial* de carácter general u omnihistórico —la primacía de *lo material* y el dinamismo de *lo social*—, haya negado la existencia de legalidades tendenciales intrahistóricas o particulares, circunscritas a contextos sociales específicos. Lo uno no excluye lo otro. Recuérdese en este sentido que Marx fue muy insistente y lapidario en sus críticas a los anacronismos teóricos (“robinsonadas”) de los economistas clásicos, siempre propensos a la abstracción deshistorizante; y que era plenamente consciente de que cada modo de producción tiene sus propias pautas ecológicas, demográficas y económicas.

El quinto apartado está dedicado al análisis crítico de las categorías alternativas a la de clase (*grupos de estatus, estamentos, órdenes, castas*, etc.). En este cometido, Petruccelli acude nuevamente a Ste. Croix, a quien cita *in extenso*. Las objeciones del historiador británico son las siguientes: 1) los grupos de estatus y otros afines resultan, en su factura teórica, un tanto endeblés y difusos; 2) suelen carecer de una *vinculación orgánica* entre sí y entrañan más bien una yuxtaposición, por lo que son más descriptivos que explicativos; 3) los ordenamientos estamentales existen objetivamente, y se debe ponderar su gravitación, pero de ningún modo excluyen ni relegan la división y el conflicto de clases; 4) si en el análisis histórico se privilegia dichos ordenamientos *estáticos* de la sociedad en desmedro de la división y el conflicto *dinámicos* de clases, buena parte de los procesos históricos quedarían inexplicados (el organicismo, como ideología, puede explicar la continuidad; pero no puede explicar, subrepticamente transmutado en teoría científica, el *cambio*; y la historia, se sabe, *también* es cambio).

Una quinta objeción que acotaría, basándome en Marx y su concepto de *ideología*, sería la siguiente: así como es mala psicología juzgar a las personas en base única a lo que creen y dicen de sí mismas, obviando lo que efectivamente hacen, es mala sociología hacer lo mismo con las sociedades. Que las fuentes primarias concernientes a una sociedad pretérita determinada den por sentada, naturalizándola, la exclusividad o la supremacía de cierto ordenamiento estamental, no significa que el historiador deba hacer otro tanto. Georges Duby, al que nadie podría acusar seriamente de “obcecación marxista”, supo distinguir perfectamente entre el imaginario medieval de los tres órdenes (*oratores, bellatores y laboratores*) y la dura realidad feudal de las dos clases (señores y cam-

pesinos). Prescindir de la pregunta *Cui bono?* es un lujo que ningún historiador verdaderamente crítico puede darse.

Los detractores de la categoría de clase alegan también —y esto es algo que Petruccelli omite tratar en su libro— que es un grave error asimilar ciertos grupos sociales con las clases. Un ejemplo típico serían los esclavos del Imperio Otomano, pues —se podría argüir— ¿qué semejanza económica puede haber entre un opulento y poderoso eunuco y un desgraciado galeote? Otro ejemplo sería el de los negros en la Sudáfrica del *Apartheid*. Identificar a ese grupo racial con la clase obrera sería un error, ya que no todos eran asalariados. Ahora bien: lo que resulta decisivo en este punto son las *proporciones*. El meollo del asunto no es determinar si la estratificación por estatus o la segregación racial se superponen o no con la división de clases, sino *cuánto* se superponen, o sea, cuál es el grado de divergencia. Los esclavos privilegiados del Imperio Otomano y los sudafricanos negros de clase media durante el *Apartheid* eran un porcentaje ínfimo. Su existencia no desautoriza el análisis de clases; sólo lo matiza. Porque todo conocimiento científico comporta cierta cuota de simplificación. La ciencia nunca puede ser *la realidad misma*. Producir teoría social no significa clonar la sociedad *tal como es*, sino describirla y explicarla *en sus líneas maestras*, y ello implica una *selección y jerarquización* de la evidencia en función de una hipótesis previa. No es regodearse con las excepciones sino calibrar su importancia. Y por sobre todas las cosas, discernir *tendencias* más o menos *generales*.

En el párrafo final del capítulo VI nuestro autor examina una cuestión tan delicada y candente como la de la presunta *primacía* de la categoría de clase respecto a otras alternativas como las de género, etnia y raza. En vistas a validar dicha primacía, el autor pasa revista a diversos argumentos sugeridos por el sociólogo marxista Erik O. Wright. El primero de ellos, asociado al determinismo tecnológico, es que las relaciones de clase, en virtud de su conexión privilegiada con el desarrollo de las fuerzas productivas —a través de las relaciones de producción—, gozan de un “*plus*” *en términos de dinamismo y direccionalidad*; pero como Petruccelli rechaza la tesis del desarrollo (no así Wright, que la considera decisiva), descarta de plano ese argumento. El segundo argumento es que las relaciones de clase son las que tienen mayor *impacto sobre la existencia y conciencia* de las personas; pero tanto el sociólogo estadounidense como nuestro autor desestiman esta opción por juzgarla demasiado subjetiva y elusiva, y por ende, inadecuada para orientar la indagación científica. Y el tercer argumento es que los movimientos sociales no clasistas dependen de la lucha de clases; pero ambos lo objetan arguyendo que, de forma simétrica, los movimientos sociales clasistas dependen de las luchas no clasistas, con lo cual la situación sería de paridad.

Prescindiendo ya de Wright, Petruccelli acaba afirmando que la primacía de la opresión de clase sobre las restantes (masculina, étnica, racial, imperialista, etc.) se debe a su imbricación con la estructura material de la sociedad, a su conexión íntima con las relaciones de producción. En el caso del racismo, la xenofobia y el imperialismo, es evidente que, si se considera puramente su dimensión cultural, el clasismo lleva las de ganar. Desde luego, aclara el autor,

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 233.



esas tres formas de opresión suelen tener un alto contenido económico; pero cuando es así, resulta muy arbitrario diferenciarlas de la opresión de clase, de la que podrían ser en realidad —aunque nunca totalmente— sus máscaras ideológicas.

Harina de otro costal es el patriarcado, pues el autor admite que participa de la estructura económica. Pero como se ha indicado anteriormente, para Petruccelli dicha participación es menor, pues sólo abarca las relaciones de trabajo, sin alcanzar lo que para él es el núcleo de la base material, a saber: las *relaciones de apropiación*. Dado que, por razones ya expuestas, considero que el patriarcado sí alcanza ese núcleo, que sí participa de las relaciones de apropiación, juzgo equivocada esta vía de argumentación en favor de la primacía de la opresión de clase. Fuera del hecho *cuantitativo* de que ésta afecta más vidas humanas que la opresión de género (*grosso modo*, 90% contra 50%) no vislumbro ningún otro argumento para sostener la primacía de una sobre otra. Pero en ese caso, habría que sopesar las relaciones de reproducción, y ello, sin duda, tendería a contrarrestar dicha primacía, aunque no veo el modo de saber cuánto. Estimo, por ende, que el problema permanecerá irresuelto. De cualquier modo, como bien señala Petruccelli,

Cuando se discuten cuestiones referidas a las clases sociales y a la situación de las mujeres o de cualquier grupo social oprimido, las dimensiones *explicativas* y *evaluativas* suelen confundirse. Por ello habría que despejar una habitual confusión. Son cosas diferentes la *importancia explicativa* atribuida a un fenómeno para entender el desenvolvimiento social, y la *percepción subjetiva* o la *valoración moral* que de él hacemos. Cuando los marxistas decimos que son las relaciones entre las clases las que más influyen en el desarrollo social a largo plazo, no estamos diciendo que las clases oprimidas sean más oprimidas que otros grupos sociales (como las mujeres o los inmigrantes); ni tampoco que el sufrimiento de estos últimos sea menor. [...] No existe ninguna necesidad evidente o lógica que haga que la liberación racial deba marchar de la mano de la transformación de la estructura de clases, y viceversa. Para los socialistas, desde luego, la convergencia de estos dos procesos es un anhelo basado en consideraciones éticas (se debe luchar contra cualquier tipo de opresión) y políticas (la causa socialista se ve potencialmente favorecida si logra incorporar demandas específicas de diferentes grupos); pero nada garantiza que marchen necesariamente juntos. El argumento de que las luchas de las etnias oprimidas o de las mujeres requieren de la transformación de la estructura de clases para triunfar es sencillamente falso. El nexo entre socialismo y liberación sexual o racial no es algo necesario: depende de opciones políticas. La convergencia es posible, mas no inevitable; y el triunfo de cualquiera de estos movimientos puede ocurrir sin el triunfo de los otros (y aun a costa de ellos).<sup>38</sup>

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 213 y 248. La historia abunda en ejemplos de dicha divergencia. Tómese por casos a la descolonización de Posguerra, en la que muchos movimientos de liberación nacional (el Congreso Nacional Indio por ej.) desligaron su antiimperialismo del anticapitalismo, y al *civil rights movement* de la minoría afroamericana estadounidense en los años 60, cuyo antirracismo fue mayormente ajeno al clasismo obrero.

Fuera de las serias dudas que abrigo respecto a la primacía de las relaciones de clase sobre las de género, en todo lo demás estoy de acuerdo. No estarlo sería incurrir, pienso, en la falacia denominada *argumentum ad consequentiam*. Demostrar la inconveniencia política de una afirmación no es demostrar su falsedad lógica.

\* \* \*

Como el espacio apremia y nunca he sido demasiado afecto a las recapitulaciones, daré conclusión a este extenso artículo con un puñado de muy breves y no siempre hilvanadas reflexiones que, no obstante, confío le servirán al lector para ampliar un poco más sus horizontes de comprensión en relación al autor y su obra.

**Materialismo histórico: interpretaciones y controversias** de Ariel Petruccelli y su modelo PRP representan un invaluable aporte no sólo a la teoría marxista de la historia y la sociedad, sino también a la teoría de la historia y la sociedad *a secas*. La clave de esta empresa intelectual radica en una *profundización* de la relectura de Marx iniciada a fines de la década del 70 por el marxismo analítico. Profundización digo, y no cambio de paradigma, pues no hay ruptura epistemológica. El autor se mantiene fiel en todo momento a las tradiciones teórico-metodológicas más caras de una escuela que tanto ha abrevado en la filosofía analítica anglosajona: extremo rigor intelectual, claridad expositiva, espíritu crítico y ese celo antimetafísico y deshegelianizante por el cual el Grupo de Septiembre decidiría jocosamente autodenominarse *non-bullshit marxism*. Profundización decía, y no mera reiteración, porque Petruccelli, en confrontación con el determinismo tecnológico de Cohen, desarrolla con solvencia un modelo macroteórico de amplísimas miras basado en la primacía de las relaciones de producción.

El autor logra, con su modelo PRP, dar coordenadas bastante precisas a esa trascendental pero elusiva frase con que Marx inició **El 18 brumario de Luis Bonaparte**, y que he citado al comienzo del presente escrito. Las “circunstancias” de las que hablaba el pensador germano son fundamentalmente las *relaciones de producción*. Éstas no anulan la actuación de las clases sobre el telón de fondo de la historia. Tampoco le imponen un libreto fatalista donde se reservan para sí el omnímodo y omnipotente rol de *deus ex machina*. Pero sí la proveen de un *escenario* que la condiciona fuertemente (límites y presiones).

El modelo PRP, no obstante su alto nivel de abstracción y generalización, carece de excesos especulativos y rigideces esquemáticas, exhibiendo un grado satisfactorio de flexibilidad y ductilidad empíricas. Más teoría, pero también *mejor* teoría.

Descubro en la *marginalidad* académica del autor otro ejemplo más de la creciente —y nunca suficientemente protestada— divergencia entre las figuras del intelectual clásico y el *homo academicus* posmoderno. La especialización sin contrapesos, la decadencia del ideal humanístico de la *cultura general*, la pulverización del objeto de estudio, la devaluación de la síntesis, la hipertrofia de la descripción, la recusación de la teoría y el desinterés por el



debate, tornan más actuales que nunca las acerbas críticas que Ortega y Gasset, hace más de ochenta años, dirigiera a lo que llamó, sin reparos, *la barbarie del "espacialismo"*.<sup>39</sup>

A quienes no conociendo aún la producción teórica de Petruccelli, juzguen temerarios los elogios que le dispense, sólo puedo sugerirles que la conozcan, y que no minimicen el influjo sutil que suele ejercer sobre la intelectualidad de nuestro país esa forma tan perniciosa de acriticidad que es la fascinación por lo foráneo. Aunque a algunos que hacen del hábito una virtud les parezca lo contrario, la teoría de la historia no está vedada a la *intelligentsia* argentina.

Sería por demás fructífero que el autor incursionara en el campo de la *sociología histórica*. Al hacerlo, pondría a prueba el modelo PRP más ambiciosamente, y así lograría enriquecerlo, desarrollarlo, rectificarlo, ilustrarlo... Y también difundirlo entre los historiadores, sociólogos y antropólogos, ya que la sociología histórica está más cerca de su práctica investigadora que la teoría general de la historia y la sociedad. De hecho, ya empezó a recorrer ese camino al redactar el capítulo III, que no en vano se titula "Puesta a prueba de la teoría: decadencia y caída del mundo antiguo".

Por último, es digno de destacar el empeño que el autor pone en comprender y comunicar con ecuanimidad, profundidad y fidelidad el pensamiento de sus adversarios; en evitar las logomaquias estériles; en polemizar sin chicanas, respetando a rajatabla el *fair play*, sin espantajos ni sambenitos de por medio; y en cultivar la *bona fides* hermenéutica. Digo que es digno de destacar porque en el campo intelectual marxista de Argentina, al que el autor indudablemente pertenece, todos esos males abundan. Quienes valoran el materialismo histórico y se sienten agobiados por esa malhadada costumbre de convertir automáticamente la disidencia teórica en defección política y el debate de ideas en una caza de brujas, se sentirán reconfortados al leer la obra de Ariel Petruccelli.

#### Resumen:

En **Materialismo histórico: interpretaciones y controversias**, el intelectual marxista argentino Ariel Petruccelli se empeña a fondo en la tarea de desarrollar aquel *modelo PRP* (modelo de la primacía de las relaciones de producción) que esbozara hace 14 años en su **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia**. Recién con esta ambiciosa sistematización macro-teórica, toda una rica vertiente de la historiografía marxista que, profundamente disconforme con el encorsetamiento del evolucionismo tecnologizante, tampoco se sentía del todo cómoda en las aguas del indeterminismo "luchista" y/o culturalista, estaría en condiciones de revertir finalmente su cuadro de anemia teórica. El desafío asumido por el autor es el superar una tradición anquilosada de agobiante rigidez (el

marxismo de la *primacía de las fuerzas productivas*), sin caer en el extremo opuesto del empirismo cultivado tanto por cierta historia militante como por los *cultural studies* a lo Raymond Williams y Edward Thompson (marxismo de la *primacía de la lucha de clases*). O sea, no menos teoría, sino mejor teoría. Una teoría que tenga un alto nivel de abstracción, sistematización y generalización, al mismo tiempo que un respetable grado de flexibilidad empírica. El modelo PRP de Petruccelli reúne ambos requisitos: amplitud de miras y ductilidad.

**Palabras clave:** Marxismo; materialismo histórico; teoría de la historia

#### Abstract:

In **Materialismo Histórico: interpretaciones y controversias [Historical Materialism: interpretations and controversies]**, Argentine Marxist intellectual Ariel Petruccelli devotes his best efforts to developing that *PPR model* (primacy of the production relations) that he sketched some 14 years ago in his **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia [Essay on the Marxist Theory of History]**. Only now, with this far reaching macro-theoretical systematization, a whole rich trend within Marxist historical studies —both in deep disagreement with the strictures of the technologically minded evolutionism and uncomfortable in the waters of the struggle-oriented and/or culturalist indeterminism—, could finally be in good shape to get over its situation of theoretical weakness. The challenge the author has faced is that of overcoming a tradition paralyzed by an overwhelming stringency (the *primacy of productive forces* Marxism), without falling on the opposite end, i.e., the kind of empiricism practiced by certain militant historiography as well as by the so called cultural studies, such as in the cases of Raymond Williams and Edward Thompson (*primacy of class struggle* Marxism). In summary, not less theory, but better theory instead. A theory that has a high level of abstraction, systematization and generalization and, at the same time, a good deal of empirical flexibility. Petruccelli's PPR model meets both requirements: a wide scope and ductility.

**Key words:** Marxism; historical materialism; theory of history

<sup>39</sup> Ver José Ortega y Gasset, **La rebelión de las masas**, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1995 (1929), cap. XII, p. 154

# Crisis, representación y capital

José Fernández Vega\*

## 1.

A comienzos del presente año, cuando ya habían transcurrido más de un lustro desde el inicio de la crisis mundial (por adoptar una fecha convencional según la cual estalló en agosto de 2007), Francis Fukuyama se mostró sorprendido por la escasa repercusión que había logrado la izquierda en todo ese turbulento período.<sup>1</sup> En efecto, parecen brillar por su ausencia voces intelectuales autorizadas de izquierda que indiquen un camino alternativo o al menos brinden una interpretación poderosa y clarificadora del presente.

Al nivel de la militancia, no sólo las corrientes izquierdistas de EE.UU. parecen incapaces de inspirar suficiente confianza pese a la desorientación de los dirigentes capitalistas, las movilizaciones que ocuparon Wall Street y al sufrimiento que la crisis ocasiona en lo que Fukuyama denomina “las clases medias” (categoría elástica que incluye a los trabajadores). Este es un hecho evidente en EE.UU., explicable, en parte, por conocidas razones históricas que llevaron a la izquierda política a una situación de endémica debilidad en ese país. Sin embargo, también en Europa escasean ejemplos en un sentido contrario. Si bien es cierto que la socialdemocracia conquistó el poder en Francia, lo perdió en España y en otros países. A causa del tembladeral económico, los oficialismos europeos caen unos tras otros tanto si son conservadores, socialdemócratas o liberales.

También es verdad que aumenta la polarización electoral, y que no está dicha la última palabra (los analistas consideran que la crisis europea durará largos años, sobre todo en el área meridional), pero la izquierda no consigue desplazar a los partidos tradicionales ni muchas veces siquiera superar a nuevas formaciones ultraderechistas. Una flamante agrupación griega de izquierda, pese a los tremendos sacrificios a los que es sometida la población del país, no logró imponerse en las últimas elecciones ante un desprestigiado partido conservador que rápidamente confor-

mó una alianza con los socialdemócratas (poco antes desplazados del poder) y otra corriente de izquierda moderada.

Todas las variantes de la izquierda europea parecen resentir la crisis del sistema político y, en particular, la de los partidos. Esta última se había manifestado, desde luego, mucho antes del colapso de los mercados, el cual no hizo sino agravarla. Los movimientos callejeros espontáneos, como el 15-M español, no tienen a ninguna agrupación de izquierda como referencia programática o moral.

## 2.

Poco después de la aparición del artículo de Fukuyama, un número de la principal revista intelectual de la izquierda internacional reproducía un tenso debate entre el historiador del arte T. J. Clark y Susan Watkins, directora de esa publicación, la **New Left Review**.<sup>2</sup> El primero acusaba de parálisis al frente anticapitalista y proponía rescribir la genealogía de la izquierda para desconectar a ésta de los horrores históricos llevados a cabo en su nombre. En su réplica, Watkins encontró muchas falencias teóricas en los fundamentos de ese planteo pero, por supuesto, reconoció el problema de fondo que motivó la intervención de Clark: la debilidad de la izquierda y la insatisfacción ante su condición política e intelectual contemporánea.

El debate no se deja resumir en pocas frases; sin embargo, merece ser mencionado porque pone de relieve algunas de las encrucijadas que plantea la actualidad para todo un sector de la cultura política. Clark se muestra desconsolado por la situación en la que se encuentra la tradición política en la que militó toda su vida, desde sus inicios en el Situacionismo inglés. Aun más, considera que toda una épica de la emancipación, tradición surgida en la temprana modernidad, parece haber sucumbido. La última de las versiones de esa épica, el marxismo, habría errado por completo el cálculo respecto del final de la burguesía, clase a la que consagró magníficos análisis realizados desde la crítica social como desde la estética o la historia.

\* FFyL-UBA-CONICET

<sup>1</sup> Francis Fukuyama, “The Future of History: Can Liberal Democracy Survive the Decline of the Middle Class?”, **Foreign Affairs** (Nueva York), enero-febrero 2012, n° 1, vol. 91.

<sup>2</sup> T. J. Clark, “For a Left with No Future” y Susan Watkins, “Presentism?”, ambos en: **New Left Review** (Londres), marzo-abril 2012, II, n° 74.



Sería preciso volver a considerar el problema antropológico de la violencia y la guerra, y reconcentrarse en el de la miseria. Todos estos males son inherentes a la vida social, como la derecha supo admitir, y así pudo evitar cualquier ilusión piadosa o utópica de redención. La izquierda, prosigue Clark, se halla anclada en un puro presente sin futuro, y solo clama orgullosa por su pasado. El debate entre reforma y revolución ha sido, entre tanto, superado por los tiempos.

Watkins le respondió con elegante firmeza. En su artículo exploró los sustentos filosóficos —metafísicos— de ciertos postulados de Clark y los rechazó con ejemplificaciones históricas dirigidas a desmitificarlos y neutralizar sus pretensiones explicativas. De mismo modo, intentó poner al descubierto el coqueteo de Clark con lemas posmodernos (“no hay futuro, sólo presente” sería uno de ellos).

La masa de referencias que los dos textos movilizan parece infinita y, con todo, jamás abruma la lectura; lejos de ello, la vuelven fascinante. Desde el surgimiento de la economía monetaria hasta las visiones nietzscheanas del socialismo, la pintura de Brueghel y las políticas de John Milton o Raymond Williams, toda una serie de testimonios dispares se conjuran aquí al servicio de un único tema: la condición de la izquierda. Y resulta por supuesto muy notable que la discusión, tan culturalmente sofisticada, evidencie de manera simultánea que su refinamiento no tiene correlato alguno a nivel de la incidencia social de la cultura militante que representa, ni resiste la comparación con el modesto nivel de expectativas políticas reales que se hallan en juego en la polémica. ¿Es la erudición una cualidad distintiva de los derrotados?

En su reflexión final, Watkins pide paciencia a las urgencias izquierdistas y “presentistas” de Clark: la crisis actual no llevará a ningún derrumbe capitalista, algo que ya había entendido la generación de Bernstein; tampoco generará una respuesta política automática (pese a que se encamina hacia su primer lustro de existencia). Pero sin esa reacción popular y lúcida, las perspectivas son ominosas, como la propia Watkins advierte con realismo. ¿Conseguirá esta crisis reformular el poder europeo con un nítido giro a derecha que desmantele todo vestigio de reformismo social y restablezca las condiciones de miseria popular previas al Estado de bienestar y a la fuerza sindical que lo exigía?

Los problemas de la izquierda abarcan todo tipo posible de registros: debilidades intelectuales en el diagnóstico de la situación y pérdida de presencia cultural en general, atrofia organizativa y vacilaciones políticas, desconcierto programático y tenue influencia social en un contexto de crisis sistémica todo a lo ancho del llamado mundo desarrollado. Las respuestas del poder ante la crisis son los habituales ataques al empleo y al nivel de vida popular. Sus programas económicos de rescate se traducen en despidos, flexibilizaciones laborales, aumento de precios e impuestos y ajustes a los presupuestos sociales, de salud y educación.

### 3.

En este oscuro escenario internacional, la principal personalidad marxista de EE.UU., el crítico cultural Fredric Jameson, dio a conocer un nuevo libro donde propone una lectura del volumen I de **El Capital** de Karl Marx en la convicción de que la obra puede ayudar a comprender nuestro presente pese al casi siglo y medio de transformaciones sociales y económicas que nos separan de la edición original de ese primer tomo, el único de la obra que Marx alcanzó a publicar durante su vida.<sup>3</sup> No es claro, sin embargo, que Jameson se haya propuesto releer a Marx a causa del estallido de la crisis. En julio de 2008, precisamente para la época en que estaba escribiendo su libro, Jameson visitó el CeDInCI y habló del tema,<sup>4</sup> pero la dimensión de la crisis todavía no resultaba tan clara como pocos meses después, cuando se derrumbó Lehman Brothers. Sólo entonces el desconcierto político general siguió a los temores económicos.

Las crisis económicas suelen reavivar la curiosidad, si no por el marxismo político, al menos por las concepciones y teorías del propio Marx. En el contexto de su obra, el volumen I de **El Capital** ocupa, por supuesto, un lugar privilegiado. Pero en la actual crisis, las propuestas económicas alternativas al dogma neoliberal dominante parecen provenir de las escuelas keynesianas más que de ningún otro sector del pensamiento.

Por cierto que a lo largo de los años se acumularon numerosos libros sobre **El Capital**, por no hablar de Marx y del marxismo como corriente política, posición teórica, visión de la sociedad o de la historia. Sin embargo, en el último cuarto de siglo, y por razones políticas e históricas evidentes, ese impulso bibliográfico se ralentizó notablemente, sin perder todo su impulso. De hecho, y sólo como ejemplo, Jameson destaca un libro de Michael Lobowitz, **Following Marx**, aparecido en 2009.

**Representing Capital** no es otro manual como aquellos que, durante más de un siglo, han intentado volver accesible la obra cumbre de Marx, a menudo al precio de una simplificación excesiva del núcleo dialéctico de su pensamiento. Jameson intenta, por el contrario, una interpretación a la vez actual y, al menos de algún modo, también políticamente intensa. Sin volver inaccesible al texto, tampoco lo consagra a la vulgarización. Su estilo es claro y preciso, pero la variedad de fuentes que menciona, y la amplitud de perspectivas que recorre en sus análisis interdisciplinarios, se dirigen a un público educado, aunque no necesariamente especializado.

Jameson es un notable lector cuya amplia trayectoria crítica logró proyectarse con mayor energía en el panorama intelectual inter-

<sup>3</sup> Fredric Jameson, **Representing Capital. A Reading of Volume One**, Londres, Verso, 2011.

<sup>4</sup> Un resumen de su charla informal en el CeDInCI puede leerse *on line* en: <http://www.cedinci.org/boletines/be9.htm#2>

nacional a partir de su pionera obra sobre el posmodernismo aparecida en 1991, un celebrado esfuerzo de síntesis cultural y sociopolítica.<sup>5</sup> Constituye una ironía que la que quizá es la última contribución mayor del marxismo sea un libro donde se registra el más arrollador triunfo histórico del capital en el plano cultural.

La crítica literaria, la teoría política y económica, así como el psicoanálisis concurren en los multifacéticos trabajos de Jameson. Pocos años más tarde, Perry Anderson lo describió como el gran escritor del marxismo de nuestros días. Por sus vastos intereses, erudición y energía política, comparó su obra con la de Lukács y Adorno (autor sobre el que Jameson escribió un estupendo ensayo).<sup>6</sup> **Representing Capital** adquiere entonces una relevancia especial, puesto que es, al mismo tiempo, el único de una larga serie de libros producidos por el autor que se consagra exclusivamente al estudio de quien es su principal referente teórico-político: Karl Marx.

**Representing Capital** se ubica con justicia a la altura de las obras mayores de Jameson. En una extensión relativamente breve, revisa un texto fundamental para la autocomprensión de la modernidad y moviliza para ello una serie de referencias, impresionante en cuanto a su alcance y variedad. Sus análisis ponen en juego temas freudianos y literarios, históricos o propios de la táctica política. El espectro de autores aludidos abarca varias épocas. Cosmopolita, la visión de Jameson nunca se restringe a lo que su cultura de origen tiene para ofrecer (una limitación habitual en sectores completos del mundo académico anglo-americano). Mide cuestiones tratadas en **El Capital** con problemas complejos y vigentes, como la crisis de representación, un tema que reconoce derivaciones tanto en la teoría estética como en la política (y, según agrega Jameson, en la economía política).

Presente en el título, la noción de representación constituye un núcleo argumental del libro. Sus distintos capítulos acompañan una lectura de **El Capital** en la que, además de comentar sus principales temas —el enigma de la creación del valor (según la expresión del propio Marx), el papel de la tecnología bajo el capitalismo, etc.— incluyen discusiones filosóficas y análisis retóricos de las figuras conceptuales a las que recurre Marx. Jameson no sólo conecta esos temas y conceptos con Hegel o con las discusiones políticas contemporáneas a la obra de Marx, sino también con las visiones de intérpretes filosóficos posteriores como Sartre o Althusser.

En una de sus originales tesis centrales (y que confieren más vigencia a su trabajo), Jameson sostiene que **El Capital** es una obra acerca del desempleo. La expansión incesante del capitalismo y sus constantes innovaciones productivas no pueden disociarse de la miseria de masas que produce, como quizá se pudo imaginar durante la *golden age* del capitalismo de posguerra.

Alienación y mercantilización extremas son el resultado de la globalización, pero también de la separación entre trabajadores y medios de vida. El capital crea empleo, pero —por si hiciera falta aclararlo en las actuales circunstancias— también lo destruye en su busca de rentabilidad.

La intención teórica central de Jameson no es un análisis de las categorías o realidades de la economía política, sino la exploración del capitalismo como *totalidad*, si bien pretende separar esta noción de cualquier proyecto filosófico vigente en **El Capital**. Para Jameson, “Toda lectura creativa de **El Capital** es un proceso de traducción”, vale decir, necesita adaptar el instrumental de observación provisto por Marx a condiciones nuevas y a procesos de abstracción que Marx llegó a imaginar, pero jamás consideró que podrían volverse dominantes.

Totalidad alude asimismo a la geografía. El capitalismo es un fenómeno mundial y la mercancía es su célula colonizadora. La expansión del capitalismo es indisoluble de sus crisis, el florecimiento precede al colapso. La dinámica de este sistema no sólo es veloz y mundial, también es contradictoria: su triunfo es su derrota.

¿Qué sector del planeta opone todavía una frontera a traspasar por el capital? ¿Dónde encontrará hoy nuevos territorios para su despliegue? Vender heladeras en India o más automóviles en China no parece ecológicamente sustentable. Con todo, para Jameson la izquierda parece demasiado apegada a la idea de no incrementar la productividad y conservar culturas y entornos comunitarios. Como sabemos, para bien o para mal, Marx no pensaba así. El socialismo, según él, configuraba lo más moderno; ello implicaba que sería más transformador y superador, más productivo y por supuesto más humano. La izquierda romántica y conservadora es melancólica, no apunta hacia un cambio ni hacia el futuro, asegura Jameson.

#### 4.

Jameson sostiene, en otra afirmación sorprendente, que **El Capital**, pese a todo su impacto histórico posterior, es una obra que no brinda conclusiones políticas. La palabra revolución no figura en **El Capital** sino para referir innovaciones técnicas. Con todo, esa obra significó en sí misma una revolución para la teoría política, la cual, a partir de ella, precisó medirse con la omnipresencia del capital y con su eficaz infiltración tanto en el aparato del Estado como en la propia teoría constitucional. Esto es algo sobre lo cual algunos teóricos europeos (Habermas ahora también entre ellos) están insistiendo en sus intervenciones sobre la crisis, pues ella deslegitima peligrosamente al sistema democrático. Lo somete, sin mediaciones ni contrapesos, al despotismo del capital financiero.

Las teorías políticas de la modernidad hasta Marx se caracterizaban por ser, en definitiva, variedades de alguna teoría constitucional. Por ello, de alguna manera, el capitalismo liquidó a la teoría política. Marx habría aplicado en su obra un lenguaje que no se distingue radicalmente del anarquismo, una corriente con

<sup>5</sup> Hay traducción castellana: Fredric Jameson, **Teoría de la posmodernidad**, Madrid, Trotta, 1996.

<sup>6</sup> Perry Anderson, **Los orígenes de la posmodernidad**, Barcelona, Anagrama, 2000; para la traducción castellana del libro sobre Adorno, véase: Fredric Jameson, **Marxismo tardío. Adorno o la persistencia de la dialéctica**, Buenos Aires FCE, 2010, trad. Ma. J. de Ruschi.





la que sin embargo polemizó. Así, Jameson coincide con la clásica interpretación de Karl Korsch en el sentido de que el marxismo (el de Marx) ofrece, por así decir, dos niveles de lengua. El político, esto es, el de la lucha de clases, y el económico o vinculado a la ley del valor y la acumulación del capital. Para Jameson, pese a la admiración que sentía por los avances científicos de su tiempo (Darwin, etc.), Marx no pretendió fundar una ciencia sino ofrecer una teoría. Queda entonces relevado de las acusaciones de positivismo que se le suelen dirigir.

**Representing Capital** culmina con un balance, a la luz del presente, de la obra que analiza. En él se explica que la globalización hace todavía más transparentes los análisis de Marx y que en relación a ella existe en la actualidad una dicotomía entre aquellos fatalistas que no imaginan nada mejor, y los voluntaristas que consideran dadas las condiciones para el establecimiento de algo distinto. Entre estas dos posiciones, un retorno a **El Capital** nos posibilitaría apreciar, por ejemplo, que el desempleo de masas de la actualidad ya no puede solucionarse, como sucedía en el pasado, con un retorno parcial de los desocupados a la vida rural o con su emigración a dominios coloniales. Esos caminos ya están cerrados.

El desempleo es la contrapartida de la presión del capital por multiplicar su productividad. Esta observación puede sonar obvia, pero no podría ser más actual. Se trata de conseguir fuerza de trabajo cada vez más barata y, al final, como subraya Jameson, ya no hay quien compre la producción. En palabras del propio Jameson su libro trata en realidad sobre “esa máquina infernal que es el capitalismo”, pero aclara que no es un libro político. **Representing Capital** es un logro intelectual y una muestra de la energía y vitalidad de la izquierda, aunque llevada a cabo por un teórico decano. Su complemento militante queda entonces en suspenso. Por desgracia, no se trata de un déficit peculiar de esta obra, sino de la cultura política en la que, dicho sea de paso, se inscribe con tanto vigor.

### Resumen

A partir del estallido de la actual crisis mundial era de esperar que la izquierda intelectual y también la política despertaran del letargo en las que los sumió el hundimiento del socialismo real. Sin embargo, hasta el momento no fue así, más allá de algunas excepciones. Este artículo comenta un intercambio de ideas polémico que tuvo lugar en la **New Left Review** y el ensayo de de F. Jameson, **Representing Capital**, en el que se propone una relectura del tomo I de **El Capital**. Ambos aportes recientes son relevantes para la comprensión de la actualidad de la cultura de izquierda. A partir de la revisión de estas dos fuentes, según se argumenta aquí, se vuelven más nítidos algunos problemas políticos determinantes del presente.

**Palabras clave:** Crisis; Polémica; Marx.

### Abstract

Since the outbreak of the current world financial crisis, many thought that the Left would recover from the shock it suffered with the fall of the so-called real existing Socialism. Until now, though, this was not the case. This article focuses on two different texts, both recent and relevant to understand the current state of the Left culture. The first is a discussion that took place in the **New Left Review**, and the second is F. Jameson's last book, **Representing Capital**, where he offers a new reading of volume I of **Das Kapital**. It is argued here that these two sources show very clearly some of the main political problems of the present.

**Key Words:** Crisis – Debates - Marx.

# El camino que lleva a la ciudad

## Juan José Sebreli, una memoria de Buenos Aires\*

Adrián Gorelik\*\*

Le fatiche degli stolti saranno il loro tormento, perché essi non sanno la strada che va in città.  
*Eclesiastés* X:15,  
 citado por Natalia Ginzburg como acápite de su novela

**La strada che va in città**, 1941

Al menos por ahora, no existe más que una elección posible y esa elección sólo puede hacerse entre dos métodos excesivos por igual: o plantear un real completamente permeable a la historia, e ideologizar; o bien, por el contrario, plantear un real finalmente impenetrable, irreductible y, en es caso, poetizar.

Roland Barthes, **Mitologías**, 1957

Entre una realidad transparente y una realidad opaca, entre la ideología y la poesía: los extremos a los que Barthes veía condenada la tarea crítica *in toto* en la mitad del siglo parecen muy pertinentes para definir, más restrictivamente, los puntos límite entre los que basculaba el ensayo de interpretación en Buenos Aires para la misma época: entre la crítica ideológica y el intuicionismo lírico. De hecho, es en esos años cincuenta cuando una figura como Ezequiel Martínez Estrada, representante cabal del ensayo intuicionista, es revalorado y encuentra en la nueva generación (la de los nacidos en torno a 1930, generación atravesada por la cuestión del peronismo y marcada por la implantación profesional de las ciencias sociales) lectores y seguidores como hasta entonces no había tenido, al tiempo que surge una nueva variante del ensayo político-cultural que va a lograr enorme repercusión en la conformación de las matrices ideológicas del período: una constelación de elementos que componen la “izquierda nacional”, nacionalismo, populismo, marxismo, en el comienzo mismo del ciclo de radicalización política que iba a eclosionar una década más tarde.

Juan José Sebreli es uno de los ensayistas más característicos de ese período y eso quizás se deba a que él no “elige” entre aquellos dos “métodos excesivos” de los que hablaba Barthes, sino que les hace lugar a ambos. La omnipresente primera persona, marca de agua de un género (y de una generación) en que cuenta tanto la experiencia como el compromiso, en Sebreli se desliza de la evocación literaria a la causalidad sociológica y al *dictum* ideológico sin solución de continuidad —y eso ocurre tanto en sus ensayos como en sus memorias propiamente dichas, en las que la subjetividad aparece casi siempre velada por afirmaciones generalizantes y los recuerdos, por enumeraciones de archivo, como si su propia biografía fuese para él “completamente permeable a la historia”.

Hay otro rasgo que le confiere a todos sus escritos un aire autobiográfico: Sebreli desvuelve en ellos un ejercicio de ajuste continuo de posiciones. La necesidad programática de justificar cada uno de sus desplazamientos ideológicos (del malditismo peronista al marxismo antipopulista, y de allí al republicanismo antiperonista) subrayando sus esenciales continuidades, el acierto en las grandes líneas a pesar de equivocaciones circunstanciales, le da a su obra memorial un tono de autoexamen —cuyo límite aparece por cierto en una fórmula que utiliza con frecuencia, por ejemplo cuando recuerda sus divergencias con Victoria Ocampo acerca del peronismo: “ella casualmente acertaba por malas razones, y yo estaba en el error por buenas razones”.<sup>1</sup>

Pero más allá de los usos de la primera persona y de la autoreferencialidad en sus escritos, la práctica memorialista *stricto sensu* ocupa un lugar muy importante en la obra de Sebreli. Buena parte de su obra de madurez compone una suerte de ciclo memorial integrado por una variedad de formas literarias: viñetas autobiográficas, anecdotarios y retratos de autores contemporáneos (**De Buenos Aires y su gente**, 1982; **El riesgo del pensar**, 1984; **Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades**, 1997), largas entrevistas sobre su vida y su obra (**Las señales de la memoria**, 1987), ensayos programáticos en los que aborda cuestiones ligadas muy centralmente a su propia experiencia (como la “Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires”, de 1997). De modo que su autobiografía oficial publicada en 2005, **El tiempo de una vida**, puede ser pensada, básicamente, como la reorganización del conjunto de relatos memoriales que compuso al comienzo de la década de 1980. Justamente cuando se iniciaba en Buenos Aires el interés tanto historiográfico como político-cultural por el medio intelectual de los años cincuenta y sesenta, Sebreli comienza su prolífica actividad de memorialista en pos de fijar el sentido de aquella época que lo tuvo como protagonista y administrar los roles diversos que cada uno jugó en ella; por eso, todo su ciclo memorial ronda en torno de la etapa en la que escribe los ensayos más originales e influyentes, que arranca en

\* Este trabajo se realizó como parte del proyecto colectivo “El recuerdo letrado”, sobre memorialismo en América Latina, dirigido por Jorge Myers y Sergio Miceli (Centro de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes / Departamento de Sociología, Universidad de San Pablo). Cabe aclarar, por tanto, que no se va a encontrar aquí un análisis de la vida y obra de Sebreli, sino apenas una interpretación de sus representaciones sobre ellas, según aparecen en sus textos autobiográficos.

\*\* UNQ / CONICET.

<sup>1</sup> Ver Juan José Sebreli, **Las señales de la memoria**, Buenos Aires,

Sudamericana, 1987, p. 170.

<sup>2</sup> Sobre este libro y, más en general, sobre el fenómeno del ensayo político-



sus artículos juveniles en **Sur** y **Contorno** en los años cincuenta y encuentra su forma acabada —y su temprana consagración— en el libro **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, de 1964.<sup>2</sup>

Pero **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** es algo más que su mejor y más famoso libro; también es el libro que produce la primera disputa seria sobre su legitimidad intelectual —a través de una controversia que marcará el lugar de Sebrelí en el círculo cultural de Buenos Aires—, y el que abrirá uno de sus grandes temas futuros, la ciudad como objeto de indagación y como sujeto constituyente de su propia biografía, retomado una y otra vez en el ciclo memorial. Es decir que aquel momento culminante que significa **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** en la vida de Sebrelí produce las dos grandes cuestiones en que dividirá su atención autobiográfica: la ciudad, a la que mira como niño, adolescente y adulto con una pasión propia, y la polémica intelectual, que desenvuelve una disputa por su lugar y el de su obra en el campo cultural argentino. Por ello, aquí me propongo analizar las representaciones autobiográficas de Sebrelí poniendo en diálogo su ciclo memorial con ese libro, intentando comprender el camino que lo llevó a estudiar Buenos Aires como parte central de los caminos que él mismo recorrió dentro de la ciudad y de su mundo intelectual.

## La ciudad fracturada

También para Sebrelí **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** encierra, implícito, un relato autobiográfico.<sup>3</sup> Cada vez que ha vuelto al libro en sus memorias, lo ha presentado como resultado de sus caminatas obsesivas por Buenos Aires, un vagabundeo sin rumbo que Sebrelí coloca bajo la advocación retrospectiva de la figura del *flâneur*, de rigor desde los años ochenta para pensar las relaciones entre ciudad y escritura. Esta *vague* teórica ha otorgado un nuevo prestigio al ensayo como forma especialmente adecuada para develar los misterios de la ciudad moderna, y le permite a Sebrelí reivindicar aquel libro desde un ángulo si no completamente inapropiado —ya que sus más perdurables pasajes tienen que ver con esa mezcla de intuición y observación densa que caracteriza los mejores ejemplos del género—, sin duda extraño a su programa de escritura original.

Recordémoslo brevemente: el programa quedaba expuesto en la forma de manifiesto metodológico en un primer capítulo —titulado sin margen para la duda “El método”— en el que se postulaba una sociología marxista de la vida cotidiana como perspectiva adecuada para combatir en tres frentes simultáneos: el de la sociología, el del marxismo y el del ensayo mismo. El uso adecuado de los dos primeros buscaba complementarlos para superar sus límites respectivos (contra la

cultural y sus relaciones con las ciencias sociales, ver el preciso trabajo de Sylvia Saïtta, “Pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), **Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina**, Buenos Aires, Paidós, 2004. Allí se detalla que en los primeros 14 meses de publicado **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** agotó ocho ediciones vendiendo unos 40.000 ejemplares, *ibid.*, p. 126.

<sup>3</sup> Cfr. J. J. Sebrelí, **Las señales de la memoria**, *op. cit.*, p. 194, y el nuevo prólogo a **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 20.

<sup>4</sup> Sebrelí dedicó su primer libro a la crítica al maestro ensayista: **Martínez**

sociología empirista, norteamericana y burguesa, la teoría marxista; contra el economicismo reductivo de sus cultores mecanicistas, la aproximación microscópica al tejido social) y, juntos, operar como un macizo instrumental científico contra las aproximaciones impresionistas del ensayo. En este punto, el contramodelo implícito era **La cabeza de Goliath**, porque publicado en 1940 era ya una referencia clave en la tradición de “explicaciones de Buenos Aires”, y porque la ruptura con el pensamiento de Martínez Estrada fue uno de los rotundos gestos iniciales con que Sebrelí construyó su figura de crítico irreverente.<sup>4</sup>

El libro apelaba a un heterogéneo contingente de referencias: de la trilogía básica sebreliana compuesta por Hegel, Marx y Sartre, a Gilberto Freyre y el Informe Kinsey; de Henri Lefebvre a la ecología urbana de Chicago. Esta última puede ofrecer un buen ejemplo de la libertad metafórica con que Sebrelí toma sus referentes: hay muy poco en el libro del tipo de *survey* que había caracterizado a la Escuela de Chicago, pero de la inspiración “ecológica” surge la cifra que lo organiza: la división de la ciudad en cuatro clases sociales (Las burguesías, Clase media, Lumpen, Obreros) fijando cada una a un territorio urbano específico (“uno de los modos primarios e inmediatos con que [...] toman conciencia de su ubicación objetiva dentro de la sociedad”). Y puede afirmarse que en esa estructura organizativa se encuentra una de las razones de su éxito: a través de un esquema tan sencillo como original, Sebrelí le ofreció una cartografía social ordenada y autoevidente a una sociedad que atravesaba uno de los momentos de mayores cambios en la dinámica metropolitana, al mismo tiempo que produjo el efecto “científico” que ponía al libro fuera de la tradición miscelánea del ensayo de interpretación de Buenos Aires —es decir, lejos de **La cabeza de Goliath**.

**Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** presenta, entonces, una ciudad de fronteras internas duras, contra la representación más asentada de Buenos Aires como un territorio de divisiones laxas, marcado por la movilidad social y una ampliación mesocrática que recorría buena parte del siglo XX como un hilo común entre la integración inmigrante del radicalismo y la modernización desarrollista, y con la que había contribuido, en gran manera, el peronismo. El mapa fracturado de Sebrelí desconoce esos procesos socio-urbanos multiplicando las fronteras de la clásica representación espacial del conflicto en Buenos Aires (la del enfrentamiento norte/sur), evocando ahora el imaginario de la “invasión” —plebeya, “cabecita negra”— producido durante el peronismo, aunque en negativo: aquella invasión contra la ciudad decente fracasó, nos dice el libro, y dejó una Buenos Aires alienada y espectral —y la profusión de ejemplos de la literatura de los años veinte y treinta que Sebrelí usa como *insights* interpretativos para la ciudad de 1960 contribuye a dar ese clima de ciudad congelada y anacrónica. Es el mapa de la afirmación malditista del peronismo que le permitió conjugar a Sebrelí, en el ciclo que va de su artículo de 1956 en **Contorno**, “Aventura y revolución peronista”, a su libro **Eva Perón, ¿aventurera o militante?** de 1966, buena parte de los tópicos ideológicos de la izquierda peronista de los años setenta.

<sup>5</sup> **Estrada, una rebelión inútil**, publicado en 1960, aunque las principales hipótesis ya habían aparecido en un artículo de 1954: ver J. J. Sebrelí, “Martínez Estrada o el alma encadenada”, **Capricornio**, n° 8, Buenos Aires, diciembre de 1954.

<sup>5</sup> Carlos Altamirano, “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”,

Se trató, como mostró elocuentemente Altamirano, de un peronismo para consumo de una clase media que tenía que purgar la falta de haber sido antiperonista; esa autoculpabilización tomó forma en una “literatura de expiación” que **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** culmina, reuniendo “el cuadro de estigmas” contra la clase media con especial acrimonia.<sup>5</sup> Y sin duda esa capacidad de interpelación a un público (que por intermedio de esa literatura se convertía en un nuevo actor político) es la segunda razón del éxito del libro. O, mejor, las dos razones se combinan en una: la ciudad fracturada de **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** ofrecía el orden que aquella clase media que se reconocía en el libro se vería llamada a subvertir, cumpliendo la tarea pendiente de la invasión —esta vez no sólo peronista y plebeya, sino revolucionaria.

Ya en los años setenta, Sebrelí renegó de su papel catalizador entre la clase media y el peronismo, y lo siguió haciendo a lo largo de todo el ciclo memorial; pero aunque siempre presenta esa autocrítica en términos políticos, como parte de su superación de aquel “peronismo imaginario”, revulsivo y liberador, lo que sobresale con más fuerza con el paso del tiempo es lo que no ha revisado: el sostenido repudio a la clase media. De hecho, la dureza con que Sebrelí describe en las memorias a su familia *en tanto* familia tipo de clase media (individualismo, búsqueda del ascenso a cualquier precio, simulación y moralismo, sordidez, represión y pasividad que reierten en autoritarismo con los más débiles), mantiene intacta la caracterización de **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, que si bien apelaba a extrapolaciones de Wright Mills o Kinsey, se fundamentaba más localmente en las novelas y las crónicas de Roberto Arlt y, a pesar de la estentórea ruptura con Martínez Estrada, en el recelo elitista ante la masificación mesocrática de **La cabeza de Goliath**.<sup>6</sup>

## La conquista del centro

Las memorias de Sebrelí operan sobre ese mapa duramente escindido de su libro de dos maneras. Por una parte, con el natural decadentismo de los memorialistas urbanos (para quienes la edad de oro de la ciudad es siempre el preciso período del cual ellos mismos son testimonio), desmintiendo aquella estratificación: su modo de la nostalgia se presenta siempre bajo la forma de la adversativa (“No quiero idealizar el barrio, pero...”), para mostrarse inmediatamente como el último testigo de una Buenos Aires más amable y al mismo tiempo fascinante, el último caminante, el último tertulio, el último lector, el último espectador de los cines del suburbio.<sup>7</sup> Por otra parte, Sebrelí vuelve a esa ciudad con el recuerdo de su propia experiencia de infancia y juventud, en el que es posible advertir que si fue alguien bien dispuesto a superar todas las fronteras socio-urbanas que encontrase, al mismo tiempo, la existencia de esas fronteras era para él mucho más palpable que la facilidad con que se movía a través de ellas.

La topografía de las memorias de Sebrelí se reparte entre Constitución, el viejo barrio de clase media baja de su infancia y juventud que escon-

de, incrustado, el mundo enrarecido de la estación de trenes, abierto hacia el bajo fondo en el que comenzará a aventurarse temprano, y “la zona”, el reducido núcleo de manzanas del centro-norte donde se adensaron en los años cincuenta todos los símbolos de la vida cultural de Buenos Aires. Pero es en este segundo sector de la ciudad —y en esos años cincuenta— donde se ubica el clímax del relato memorial, porque es el campo de tensión hacia el que confluyen los hechos principales de la biografía y donde se entrelaza hasta la indistinción la polémica intelectual con la crónica urbana.<sup>8</sup> Así, el camino del barrio al centro —ese lugar de la escritura, la condición misma que permite narrar desde allí el resto de la ciudad— está presentado en las memorias como un *Bildungsroman*: el relato de la ocupación fulminante de una posición prominente por parte de un joven curioso sin más capital que su talento y ambición intelectuales —y Julien Sorel, “el héroe novelesco que más me impresionó desde que se me reveló a los quince años”, sobrevuela desde el comienzo de esa sección de la autobiografía—; un viaje del sur al centro con única escala a mitad de camino, en la vieja Biblioteca Nacional de San Telmo, justamente para acumular recursos para la empresa.<sup>9</sup>

La historia de esa conquista ha sido relatada varias veces. Con poco más de veinte años, la Facultad de Filosofía y Letras apenas comenzada y la única experiencia de haber editado con unos compañeros los cinco números de la revista **Existencia**, Sebrelí ingresa (“sin proponérmelo y sin esfuerzo alguno”) como colaborador en **Sur**.<sup>10</sup> Es invitado por Héctor A. Murena —mayor que Sebrelí, aunque tampoco llegaba a los treinta—, quien estaba abocado a una actualización de la revista de Victoria Ocampo que en breve se demostraría infructuosa; pero todavía en 1952, **Sur** mantenía intactos su prestigio y su centralidad en la cultura argentinas.<sup>11</sup> La escena condensa extraordinariamente el momen-

Saïtta (*op. cit.*, p. 130) ya señaló aquel en que, como si fuera una información objetiva sobre el frustrado erotismo de la clase media, Sebrelí parafrasea sin citar la célebre escena de **El amor brujo** en que Irene masturba a Balder en el sofá.

<sup>7</sup> Este decadentismo ya hacía su aparición, fugaz pero significativa, en la dedicatoria de **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**: “A Luis Irazú, habitante de Montevideo, esa ciudad que es la Buenos Aires de antes” (el Sebrelí adulto lo va a explicar diciendo que él ya era un nostálgico precoz a los 19 años). Un ejemplo tomado al azar de uno de los textos del ciclo memorial: “En los primeros años del siglo XX, la calle Florida al atardecer era un salón al aire libre. [...] Esos hábitos inconcebibles en la calle multitudinaria, apresurada y anónima de hoy todavía se mantenían en parte en la Florida de los años cincuenta que yo conocí”, en J. J. Sebrelí, **Cuadernos**, Buenos Aires, Sudamericana, 2010, p. 71.

<sup>8</sup> Los capítulos sobre la ciudad de la infancia son los que primero vieron la luz, en 1982, presentados como parte de una autobiografía inédita titulada **Vida de un pequeño burgués** (ver **De Buenos Aires y su gente**, p. 11); en la autobiografía de 2005, **El tiempo de una vida**, ocupan, con algunas correcciones y ampliaciones, las primeras 100 páginas. Los capítulos sobre la juventud, que articulan la formación intelectual con lo que aquí llamo la “ocupación del centro”, también reordenan y reescriben textos publicados en la década de 1980, pero con varios añadidos en los que luego me detendré; ocupan 150 páginas y su interés está concentrado en el momento inicial de la carrera de Sebrelí, con apenas un par de breves extensiones hacia mediados de la década de 1960 y el relato de su rol en la creación del Frente de Liberación Homosexual en 1971. La parte final, “Madurez”, ocupa unas 40 páginas.

<sup>9</sup> La cita sobre Julien Sorel, en **El tiempo de una vida**, p. 125, en el primer capítulo (“Lecturas”) de la segunda parte, titulada, precisamente, “La novela de formación. Juventud”.

<sup>10</sup> La cita en **Las señales de la memoria**, 170.

<sup>11</sup> Ver John King, **Sur: An analysis of the Argentine Literary Journal, 1931-1970**, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

<sup>12</sup> Ver J. J. Sebrelí, “Celeste y colorado”, **Sur**, n° 217-18, Buenos Aires, noviem-

**Prismas**, n° 1, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1997, pp. 117-118.

<sup>6</sup> Analicé el recelo elitista de Martínez Estrada contra la inmigración (Sebrelí lo traspone a la clase media que desciende de ella) en “A Buenos Aires de Ezequiel Martínez Estrada”, **Tempo Social. Revista de sociología da USP**, vol. 21, n° 2, São Paulo, 2009. Respecto de los usos de la literatura de Arlt como insumo sociológico en **Buenos Aires...**, hay muchos ejemplos; Sylvia



to de efervescencia cultural y renovación generacional que se abría en medio del peronismo (y todos los pasos iniciales de Sebrelí tienen esa alta capacidad simbólica): Murena opera como eslabón de la tradición martinezestradiana con la nueva generación en el espacio de una revista poco hospitalaria para ambos, y Sebrelí va a ser el encargado de rebasarlo, mostrándose como una de las voces más expresivas de ese tiempo. En 1952, guiado por la noción sartreana de *compromiso*, propone en "Celeste y colorado" salir de la histórica exasperación dicotómica de la cultura y la política argentinas, cuya más viva encarnación entonces era la antinomia peronismo/antiperonismo, haciendo explícito en **Sur** el programa que apenas comenzaba a enunciarse colectivamente en el nutrido grupo de publicaciones que surgían en (y alrededor de) la Facultad de Filosofía y Letras.<sup>12</sup> Y en 1953 abre en tapa el primer número de la más influyente de todas ellas, **Contorno**, con un artículo en el que libra otra batalla generacional, la demolición del vanguardismo criollista de los años 1920 con sus estribaciones en la cultura de **Sur** y el *establishment* modernista —ya Sarlo ha señalado que ese texto de Sebrelí fue lo más parecido a un manifiesto que tuvo la revista de los hermanos Viñas en sus inicios.<sup>13</sup>

Así que con unos certeros golpes de escritura, Sebrelí sale del anonimato gris del barrio clasemediero y pasa a ocupar las posiciones principales en el antagonismo cultural e ideológico del período. Nuevo lugar que le permite erigirse en cronista privilegiado de ese polo magnético que giraba en torno de la esquina de Viamonte y Florida, con la revista **Sur**, la Facultad de Filosofía y Letras, las galerías de arte, las librerías a las que llegaban las novedades francesas, los bares donde se cruzaba la bohemia intelectual con la artística; polo que en muy pocos años iba a sumar, como en estratos geológicos de la cultura porteña, los hitos de la vanguardia pop, la "manzana loca" del Instituto Di Tella y la Galería del Este.

Significativamente, **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** apenas le dedica una página y media a "la zona", para describir con desdén irónico los hábitos culturales de la izquierda intelectual; un desprecio que traduce en términos político-ideológicos el alejamiento de Sebrelí de **Contorno** —su rechazo de la opción de la revista por el frondismo—, y en términos culturales su repudio del emergente clima pop —leído casi lukácsianamente como decadencia—, pero que en términos más amplios no puede ocultar el carácter autobiográfico, su ataque al "fetichismo cultural" de la clase media intelectual que fue precisamente el rasgo más marcado del propio ingreso de Sebrelí a ese mundo.<sup>14</sup> En las memorias, en cambio, su actitud respecto de aquel núcleo de la vida cultural porteña es muy distinta: si bien no abandona su papel desmitificador, que cumple también bajo la forma de la devaluación adversativa (siempre comienza su reconstrucción aclarando que "la calle Viamonte no fue nunca el Quartier Latin

o Montparnasse ni Bloomsbury o Chelsea ni el Village"), el detallado y simpático costumbrismo que le dedica muestra la importancia clave que tuvo para él ese territorio mágico que se estableció en los años cincuenta en esas pocas cuadras, en las que estaban todos los que tenían que estar y se concentraban todas las miradas, dándole a alguien como Sebrelí una tan natural como inaudita notoriedad.<sup>15</sup>

Ese centro creaba la posibilidad de una zona neutra, de puro intercambio intelectual sin la carga ominosa de los orígenes: "Murena y yo vivíamos en Constitución, a pocas cuadras de distancia uno del otro, pero si teníamos que vernos nunca se nos ocurría citarnos en ese barrio. Lo hacíamos en Viamonte, adonde llegábamos en tranvía cada uno por su lado".<sup>16</sup> Pero son esos orígenes, al mismo tiempo, los que lo constituyen a Sebrelí en la *diferencia*: frente al linaje aristocrático de Victoria Ocampo —y de buena parte del núcleo de **Sur**— y frente al arraigo de los Viñas en ese movimiento político tan criollo como el yrigoyenismo, Sebrelí se muestra siempre muy consciente de su pertenencia al novísimo contingente de intelectuales de clase media, sin capital cultural ni social, un tipo de intelectual que si bien presenta casos notorios en Buenos Aires desde comienzos del siglo XX, va a volverse mayoritario a partir de la ampliación de la base escolar y la matrícula universitaria en las décadas de 1940 y 1950. Sebrelí se muestra siempre muy consciente porque la lectura "de clase" le permite articular herramientas que provienen del marxismo con la figura sartreana del *resentimiento* (que si como figura de la crítica es habitual entre los miembros de su generación, en Sebrelí convergerá con una identificación más personal, coloreando su modo de verse siempre *contra* los otros). Es muy típico de Sebrelí el gesto que hace de esa desventaja de clase y status un valor, alimentando el carácter épico con que piensa su vida. Pero aquí me interesa subrayar otra *diferencia*, más sutil, que recorre todo el ciclo memorial y ha sido posibilitada por esa coyuntura precisa de la historia cultural argentina en que emerge la figura de Sebrelí; una *diferencia* que lo separa también, y sobre todo, del resto de la clase media que va a ocupar la escena a partir de la década de 1960 —y explica su interpretación de la década como declinación cultural. En efecto, es la transición peculiar que se vive en los años cincuenta lo que permite la doble percepción de Sebrelí en sus memorias, que va a subrayar machaconamente su carácter de *outsider*, al mismo tiempo que va a poder rememorar aquel espacio conquistado sin sentirse un arribista, con la nostalgia decadentista de quien ha formado parte de una aristocracia extinta —y a pesar de que su propia presencia haya sido una de las evidencias más clamorosas de que esa extinción era inevitable.

## Hacia los márgenes

Pero no es posible pasar tan rápido, si se trata de las memorias de Sebrelí, del tema del *outsider*, porque es una cuestión decisiva en su autorrepresentación, en la que la voluntaria soledad ideológica y la ausencia de alcurnia social se potencian con la doble marginalidad del autodidacta y el homosexual, para presentar una vida de ascética lucha contra la corriente. En principio, la ubicuidad que le permitió dejar marcas importantes en las dos revistas que simbolizan las transformaciones culturales de los años cincuenta, **Sur** y **Contorno**, es presentada

bre de 1952. Ver el análisis de ese artículo que hizo Oscar Terán en uno de los primeros —y todavía de los mejores— estudios de historia intelectual de aquel período: "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", en su **En busca de la ideología argentina**, Buenos Aires, Catálogos, 1986; ahí se califica la importancia del texto de Sebrelí caracterizándolo como "programa" generacional.

<sup>13</sup> Ver J. J. Sebrelí, "Los martinfierrietas, su tiempo y el nuestro", **Contorno** n° 1, Buenos Aires, noviembre de 1953. Beatriz Sarlo, en posiblemente el primer estudio crítico sobre **Contorno**, calificó el artículo de Sebrelí como la "declaración de principios" grupal; ver "Los dos ojos de Contorno", **Punto de Vista**, n° 13, Buenos Aires, noviembre de 1981.

<sup>14</sup> **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, Buenos Aires, Siglo XX, 9ª edición, pp. 109-110.

<sup>15</sup> **Las señales de la memoria**, op. cit., p. 163.

<sup>16</sup> *Ibid*, p. 164.

<sup>17</sup> "Atrapado simultáneamente desde lados opuestos [...] quedé atrapado



como una opción tercera por una pureza intelectual que habría sido igualmente revulsiva para ambas (y es notorio que Sebrelí piensa su propio papel biográfico en las coordenadas existenciales que había formulado como mandato para toda su generación en “Celeste y colorado”).<sup>17</sup> Aquí la representación se ha desplazado de la figura de Julien Sorel al mito cinematográfico del “hombre que se va”: aquellos personajes que “venidos de alguna desconocida región, llegaban a un pueblo o a una pequeña ciudad y la depuraban [...] y que, una vez concluida su especie de misión, se iban solos, dejando tras de sí la bella obra cumplida y a la bella mujer. Eran individuos épicos: con sus solas fuerzas y con su sabiduría, estos solitarios regeneraban a una comunidad entera, y en una mañana o en un atardecer se marchaban hacia nuevas regiones”. La cita es muy gráfica, aunque no es de Sebrelí, sino de Carlos Correas, que habla allí de las fantasías compartidas con Oscar Masotta, los otros dos vértices del “trío existencialista”, el único grupo que Sebrelí reconoce haber integrado alguna vez.<sup>18</sup>

Quien sepa algo de Sebrelí debe haberse extrañado de la ausencia de esos dos nombres hasta aquí, porque si los años cincuenta y “la zona” fueron el meollo espacio-temporal de su biografía, la composición del trío fue lo que le otorgó el sentido pleno de una misión (como en el mito cinematográfico, incluyendo la necesaria cuota de aventura). En la acción colectiva residió buena parte del impacto y la eficacia intelectual de la doble provocación en que se embarcaron: la de la ideología, en el paso vertiginoso entre 1953 y 1955 del “anti-antiperonismo” a un peronismo negro capaz de irritar por igual al liberalismo de Sur y al izquierdismo universitario de Contorno, mientras enarrecía el diálogo con la izquierda nacional de Rodolfo Puiggrós o Jorge Abelardo Ramos; y la del ejercicio de la homosexualidad —abierta en los casos de Sebrelí y Correas, insinuada y ambigua en el de Masotta—, que contrastaba con la masculinidad exasperada de David Viñas y con el entero universo de valores de la izquierda, pero también, debido al gusto del trío por los bajos fondos y los sectores marginales, con el refinamiento del grupo Sur.

Esa acción colectiva está en la base de la expansión de las fronteras urbanas que airea por momentos el mapa rígidamente segmentado de Buenos Aires, *vida cotidiana y alienación* y ofrece algunos de los pasajes más sorprendentes y perturbadores de las memorias de Sebrelí: las travesías por el submundo del comercio homosexual que empuja las representaciones de Buenos Aires hacia los márgenes de la *ciudad decente*; las estaciones de tren, los descampados suburbanos, los hoteles sórdidos y los cines baratos, las playas de camiones, todos esos circuitos clandestinos que parecían reservados a la crónica roja (cuyos archivos el joven Sebrelí revisa con pasión) y a la “picaresca del arrabal porteño” (tradicción que Sebrelí filia en Enrique González Tuñón y Roberto Arlt para culminar en su admirado *Alias Gardelito*).<sup>19</sup> La irrupción de esos mundos marginales en que el lumpen se

entremezcla con los nuevos sectores obreros ofrece a su vez casi las únicas ocasiones en que **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** se permite introducir rasgos del novedoso proceso socio-urbano que definía la Buenos Aires de los años cincuenta: la formación aluvional y espasmódica del Gran Buenos Aires, quintaesencia urbana de la mitología peronista.<sup>20</sup> Viceversa, quizás sea esa débil presencia del Gran Buenos Aires —y su correlato: el encierro sobre una ciudad de los años veinte y treinta cuya dinámica social y su misma geografía se habían transformado irremisiblemente— la marca que señala con mayor elocuencia que **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** fue escrita en —y para— “la zona”, ese lugar que hizo posible la escritura pero, ciego y autosuficiente, sólo permitió ver la ciudad ya existente para la tradición literaria de Buenos Aires. Y justamente por eso, la cuestión de la marginalidad muestra su potencial, el registro en sordina de esa evidencia.

Es posible entender mejor el modo fantasmático en que el Gran Buenos Aires aparece en **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** si se lo pone en paralelo con “La narración de la historia”, el cuento de Carlos Correas cuya publicación en la revista *Centro* en 1959 produjo un célebre escándalo que derivó en la incautación del número y llevó a juicio a Correas y a Jorge Lafforgue, director de la revista.<sup>21</sup> El protagonista del cuento es un estudiante de filosofía que vive con su madre cerca de Constitución y en una noche de ronda, en la misma estación de trenes (y precisamente a través del cruce de miradas que Sebrelí describiría en **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** y repetiría con variaciones en su ciclo memorial, celebrando las relaciones fugaces y anónimas que permite la gran ciudad), “consigue” un “morochito”, un “reserito moderno, un pequeño aventurero”, mezcla de vividor ingenuo y soñador, duro y tierno a la vez: un “chongo”.<sup>22</sup> La relación se desenvuelve en esa periferia interna a la ciudad que son los medios de transporte y se consume en el filo proletario entre la ciudad y el Gran Buenos Aires, cruzando apenas la General Paz, lugar ambiguo de la libertad y el miedo, de la aventura y la barbarie; más en general, el cuento traza un mapa del deseo que pone el corazón multitudinario de la ciudad secreta en la estación Constitución y se abre en abanico, desde el cono marginal de la ciudad céntrica (el Bañerío Municipal) hacia los

---

basta señalar que entre 1940 y 1960 Buenos Aires duplica su población (de unos 3,5 millones a casi 7 millones de habitantes) y que todo ese crecimiento se produce fuera de la Capital, en los partidos del Gran Buenos Aires.

<sup>21</sup> En el film documental *Ante la ley. El relato prohibido de Carlos Correas* (2011), de Emiliano Jelicé y Pablo Klappenbach, se ha reconstruido brillantemente el caso contra el cuento y todo el contexto que lo produjo, mostrando con elocuencia la condena moral contra la homosexualidad en la propia izquierda.

<sup>22</sup> “Oh, ya nos entenderíamos. Pero, verdaderamente, vos serías mi chiquito, mi muñeco, mi chongo”, Carlos Correas, “La narración de la historia”, *Revista Centro*, n.º 14, Buenos Aires, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, cuarto trimestre de 1959, p. 17. Respecto de la expresión “chongo”, ese resto erótico-etnográfico de la transgresión imaginaria del peronismo, Sebrelí le dedica un capítulo en su “Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires” y reivindica haber sido el primero en usarlo en un texto de análisis sociológico en **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**. El cruce de miradas —la escena primaria de la deriva erótica a la que Sebrelí vuelve una y otra vez— lo describe así: “Lazos ocultos de deseos y hábitos afines, rastros secretos de necesidades coincidentes, que la mirada común no advierte, conectan de pronto a seres solitarios, aparentemente distantes y extraños entre sí, entremezclando fugazmente sus vidas. En una esquina cualquiera, en un café, la gente permanece dispersa y al azar, pero basta una mirada imperceptible —como en el *puzzle* del cazador oculto en el bosque— y la situación que allí se desarrolla adquiere un significado, una unidad, una lógica”, en **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, *op. cit.*, p. 142.

<sup>23</sup> En “Historia secreta de los homosexuales en la Argentina”, Sebrelí descri-

---

entre dos fuegos, en medio de los bandos rivales, combatido por ambos; una incómoda posición en la que, con frecuencia, me encontraría sin buscarlo, por mi tendencia a superar las dicotomías y maniqueísmos y juzgar los opuestos en forma dialéctica”, escribe Sebrelí en la introducción a la nueva edición de **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, *op. cit.*, p. 11. Carlos Correas, *La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa* [1991], Buenos Aires, Interzona, 2007, pp. 22-23.

<sup>18</sup> Ver J. J. Sebrelí, “Toribio Torres: un hombre argentino”, *Revista Centro*, n.º 14, Buenos Aires, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, cuarto trimestre de 1959.

<sup>20</sup> Para notar la centralidad del Gran Buenos Aires en la realidad urbana de 1960,



tres puntos cardinales del Gran Buenos Aires, Avellaneda, San Martín, San Isidro. El espacio desde el cual se debía producir la "invasión" imaginaria del peronismo, apenas descrito, funciona para reforzar su potencialidad mítica con el ingrediente de la liberación sexual (y **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** fogonea también ese doble mito, la mayor liberalidad de las relaciones sexuales en el "círculo mágico" del barrio obrero frente a la reprimida sexualidad de la clase media).

## La legitimidad de la bastardía

De ese mapa del deseo, de todos modos, es el cono céntrico el que más interesó siempre a Sebrelí, el circuito secreto de bares y boliches dudosos que ligaba el colorido lumpen del Bajo y el Puerto con la bohemia intelectual de "la zona", en el mismo epicentro de la ciudad letrada.<sup>23</sup> No es difícil imaginarse al "trío existencialista" conectando con pasión genética esos mundos opuestos, aunque es más complicado representarse ahora esa mezcla tan especial que componían, entre el gusto por la provocación y una discreción, tan porteña (y tan años cincuenta), que Correas ha descrito magníficamente en **La operación Masotta** al referirse a una fotografía de los tres que se había publicado a comienzos de los años ochenta: "En la calle vestíamos comúnmente, al uso, no prescindiendo del saco y la corbata. Bebíamos poco; ya éramos bastante retozones e histriónicos sin necesidad de alcohol; la foto aparecida en **Capítulo** presenta sobre la mesa una acumulación concertada de jarras-pingüino, de vasos y una botella de vino, para hacer creer (a la posteridad) que éramos borrachos. Comíamos y fumábamos moderadamente y hacíamos el amor insignificadamente. En suma, éramos frescos y ascetas y, por fuera, esmerados, juiciosos; sólo por dentro (esto es, de manera irreal) éramos monstruos ávidos y depredadores".<sup>24</sup>

La aparición en 1991 de ese libro excepcional que Correas escribió sobre Masotta permite captar la intensidad triangular de la relación: "en fin, vivíamos en el tufo, cada uno obsesionado por el otro", escribió Masotta en una carta reproducida por Correas; "vivíamos *huis clos*, como debía ser [...] entrañablemente cómplices y a la vez cada uno desolado con el deseo de que los otros dos resultaran muertos", completa el propio Correas.<sup>25</sup> Se trata de una biografía colectiva cruel y caprichosa, de una crudeza desesperada que, como una caldera que hubiera acumulado presión durante cuarenta años, estalla bajo la forma de un manifiesto existencialista fuera de tiempo, cuya verdad se sostiene en la fuerza subje-

tiva con que el propio autor se expone a su causticidad, él mismo ejemplo viviente del fracaso de aquel programa ético que habrían formulado entre los tres.<sup>26</sup> Una biografía colectiva que, centrándose en Masotta y relegando a Sebrelí a un segundo plano (aunque vital: "Conocí a Oscar Masotta por Juan José Sebrelí. Cuando conocí a Sebrelí, en enero de 1953, cesó mi soledad", afirma Correas desde la introducción), muestra las asimetrías de ese triángulo: también Sebrelí sólo se había ocupado de escribir sobre Masotta hasta la aparición del libro de Correas; y en verdad hay en ambos, en Sebrelí y Correas escribiendo sobre Masotta, algo de la bella mujer que queda abandonada en el pueblo ante la partida del héroe.

No cabe duda que en medio de esa cadena memorial formada por continuas reescrituras de un conjunto básico de textos que Sebrelí compuso en los primeros años ochenta, la publicación de **La operación Masotta** señala un momento de cambio, que se manifiesta en la autobiografía de 2005, **El tiempo de una vida**, en primer lugar, en el capítulo que dedica a Correas completando el triángulo (el texto sobre Masotta tuvo una primera versión en 1979), y más en general, en el detalle con que Sebrelí se refiere a su propia homosexualidad.<sup>27</sup> No porque hasta entonces la hubiera ocultado, en absoluto: Sebrelí fue uno de los fundadores del Frente de Liberación Homosexual en 1971, y desde el temprano escándalo de su lectura de un texto sobre la homosexualidad en Oscar Wilde, en 1952, durante un acto de la revista **Existencia**, pasando por referencias continuas en casi todas sus obras, hasta su "Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires" —texto en el que trabajó desde los años ochenta y publicó en 1997—, siempre colocó el tema en el centro de su atención intelectual, dejando traducir nítidamente el lugar que tenía en su vida. Sin embargo, no es fácil encontrar referencias explícitas a su propia experiencia homosexual en el curso del ciclo memorial: la cuestión era asumida más bien como un *a priori*, un hecho implícito tomado con naturalidad discreta que no merecía ser abordado en el plano de la subjetividad. En **El tiempo de una vida**, por el contrario, se vuelve explícito, con escenas sobre la iniciación sexual en la temprana adolescencia, relatos del tipo de relaciones amorosas fugaces que Sebrelí dice haber preferido en la adultez (en donde la cuestión de la *flânerie* urbana asume toda su carga erótica) y una narración de su primera amistad homosexual en la Facultad que, significativamente, es caracterizada en términos casi idénticos a los que había usado Correas al describir su relación con el propio Sebrelí.<sup>28</sup>

Ahora bien, no parece ser sólo la franqueza brutal de Correas al tratar el tema lo que impacta a Sebrelí, ni la directa implicancia que tiene lo

be la importancia del centro para la cultura homosexual en los siguientes términos: "El 'centro' por constituir la mayor concentración de gente y por tanto ofrecer la mayor variedad de intercambios y, también, de anonimato, constituye la 'región moral' por excelencia de los homosexuales. El centro es lo opuesto a la familia, al hogar con la autoridad de los padres, y al barrio con la mirada vigilante de los vecinos. [...] El viaje al centro equivalía a una fuga simbólica de la monotonía cotidiana, hacia la libertad y la aventura...", en J. J. Sebrelí, **Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades**, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, p. 342.

<sup>24</sup> Carlos Correas, **La operación Masotta**, op. cit., p. 71. La fotografía aparece en Carlos Mangone y Jorge A. Warley, "La revista 'Contorno'", **Capítulo. Historia de la literatura argentina**, tomo 5, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 438. Esta segunda edición de **Capítulo** fue dirigida por Susana Zanetti; junto con el n° 13 de **Punto de Vista** dedicado a **Contorno** (noviembre de 1981, con el artículo de Beatriz Sarlo citado y una entrevista de Sarlo y Carlos Altamirano a David Viñas), muestra el comienzo del interés historiográfico por los años cincuenta y por esta generación de críticos.

<sup>25</sup> Carlos Correas, **La operación Masotta**, op. cit., pp. 39 y 26 respectivamente.

<sup>26</sup> Curiosamente, fue el relato de ese fracaso lo que devolvió a Correas a la

escena intelectual en los años 1990, cuando fue recuperado como "cronista negro" por diversas publicaciones; en el año 2000, se suicidó. Hugo Vezzetti hizo una aguda lectura del libro de Correas en "Oscar Masotta y Carlos Correas", **Punto de Vista**, n° 41, Buenos Aires, diciembre de 1991.

<sup>27</sup> El primer registro de **La operación Masotta** lo hace Sebrelí en 1997, introduciendo cambios en su viejo ensayo sobre Masotta (a partir de la reproducción de fragmentos de cartas que Correas había publicado) y dando cuenta del libro en una nota al pie en la que lo describe como "el único caso de ensayo negro en la Argentina" y lo critica por sus "exageraciones y deformaciones esperpénticas"; ver J. J. Sebrelí, "El joven Masotta", en **Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades**, op. cit., p. 393. Debo a Horacio Tarcus el dato de que Sebrelí publicó el artículo sobre Masotta por primera vez en 1979, en ocasión de su muerte en Barcelona, en la revista **Nova Arte**; luego apareció en 1984 en **El riesgo del pensar**.

<sup>28</sup> En **El tiempo de una vida**, p. 170, escribe Sebrelí: "cuando encontré a Héctor, se acabó la soledad...". Poco más adelante, él mismo cita las palabras que Correas le dedicó en **La operación Masotta** ("Cuando conocí a Sebrelí, en enero de 1953, cesó mi soledad"), haciendo evidente la paráfrasis.

<sup>29</sup> Comenzando por el relato del noviazgo entre ambos (la fórmula es de

que aquel narra en los contenidos de su propia biografía.<sup>29</sup> Creo, por el contrario, que el impacto de **La operación Masotta** en las memorias de Sebrelí hay que entenderlo en el modo en que la homosexualidad es integrada por Correas a un programa de escritura que la convierte, ya no en una cualidad adicional del *outsider* (como una medalla de la que no hace falta hacer ostentación porque está ahí, a la vista de todos), sino en la potencia magnética que tensionaba el espíritu de la bastardía en ese triángulo de fuerzas del que pareciera que no han podido escapar. De ahí que, ante la evidencia rotunda del libro de Correas, Sebrelí deba retomar el control del relato de su propia homosexualidad, especialmente porque también en ese plano él cuenta con la ventaja de haber sido el único verdaderamente fiel al programa juvenil, ante la ambigüedad manipuladora de Masotta y el bisexualismo frustrante de Correas.

Una y otra vez Sebrelí nos recuerda que él fue el vértice clave del triángulo.<sup>30</sup> También fue él, sin dudas, quien abrió una serie de temas que movilizarían a los tres: el existencialismo, Arlt, la crítica a Martínez Estrada, el peronismo como aventura plebeya. Pero cuando se leen las memorias, se tiene la sensación de que la reivindicación de ese lugar lo debilita, o peor, que muestra la falta de confianza de Sebrelí en que todo lo que vino después le haya permitido mantenerlo. Todo en el trío parece haber sido un combate cuerpo a cuerpo por la *legitimidad de la bastardía*, un arma que blandían contra el mundo establecido y contra ellos mismos, con el filo doble de la ideología de la marginalidad, que si puede revestirse de autenticidad, al mismo tiempo carcome toda la empresa con el fantasma de la impostura y la vuelve tan dependiente del reconocimiento externo. Así, Sebrelí dirá de Masotta: “sensible como era al éxito”; y Correas de Sebrelí: “hambriento de fama, ha sido el que primero y más vastamente ha llegado a ser conocido por su fama”.<sup>31</sup> Y si se piensa que esas frases infamantes fueron escritas décadas después, se puede notar la fuerza duradera de la dinámica mutuamente descalificatoria que caracterizó esa amistad triangular, saturada de motivos arltianos: la traición se imponía entre ellos como puro acto, pero persistía como dilema moral.

El modo principal de la deslealtad de Masotta y Correas al programa juvenil es, en las memorias de Sebrelí, la “integración” de ambos al “sistema institucional”. En el caso de Masotta, la acusación entra en el terreno de lo conocido sobre el personaje: su integración culmina una cadena de “traiciones” que incluyen su pasaje oportuno del existencialismo al estructuralismo y su conversión en cacique del arte pop y el lacanismo, ya en los años sesenta, bien establecido en las instituciones de la vanguardia artística y la

investigación social. Pero cuando se advierte que la misma acusación de integración la reitera Sebrelí con Correas (una de las figuras más improbables para recibirla), queda claro que en ambos casos remite a un momento anterior, crítico en la vida del trío: el regreso de Masotta y Correas a la Facultad de Filosofía y Letras después de la caída del peronismo, cuando abandonan a Sebrelí en la perseverancia autodidacta —es la caída del peronismo, por cierto, el momento en que la amistad triangular comienza a desvanecerse, como si hubiera sido el original lugar que encontraron para posicionarse ante el régimen el sentido último de su existencia como grupo. Masotta no prosperó como estudiante de Filosofía, aunque eso no le impidió ser una figura clave en la renovación intelectual de los años sesenta, y Correas se convirtió en un (convencidamente gris) profesor de filosofía, alejándose del ambiente intelectual.<sup>32</sup> Fijado en aquella escena primaria de la traición juvenil, Sebrelí sigue sosteniendo en 2005 una acusación que se resiste a advertir algunas de las peculiaridades de aquella “integración”: el hecho de que Masotta usó la misma bastardía como combustible de su originalidad; y que Correas buscó deshacerse sólo de su componente autodidacta, convirtiéndose laboriosamente en un profesor “serio”, pero usando esa nueva legitimidad como máscara, como refugio para conservar intacta la pureza del odio bastardo, amasándola durante años para darle la forma de ese manifiesto literario que afecta, traduce y transforma, retrospectivamente, todo lo que Sebrelí escribió, volviendo a reavivar el fantasma de la impostura.

Y ahora quizás pueda entenderse mejor el papel decisivo que tuvo para Sebrelí el debate sobre su obra con Eliseo Verón y Masotta en 1966.<sup>33</sup> A propósito de la aparición de **Eva Perón, ¿aventurera o militante?**, Verón reunió en un análisis crítico ese libro con **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** para mostrar —Barthes mediante— que detrás de su fachada contestataria se ocultaba una operación mitificadora: el uso ostentoso de conceptos de apariencia técnica que reproduce un saber naturalizado y, principalmente, produce un nuevo mito, “el mito del análisis marxista”.<sup>34</sup> Es evidente que buena parte de los rasgos que componían para Verón el discurso mítico está directamente asociada, como ya señaló Saitta, a la definición misma del género ensayístico: la ausencia de datos en apoyo de las interpretaciones, el carácter metafórico de las mismas, la apelación a un puro pacto de creencia en la voz del autor. Y esto convierte a este debate en uno de los escasos ejemplos públicos en la Argentina de la batalla —típica del período en toda América Latina— entre “sociología científica” y ensayismo (y cabe agregar que, también de forma típica para la época, si para Verón el ensayo como forma llevaba implícito el mito, así la ciencia social, el saber marxista).

Correas y la retoma Sebrelí). Es también significativo que el fracaso de ese noviazgo sea explicado por Sebrelí con términos similares a los que Correas dedicó a su relación (no homosexual) con Masotta: “éramos bastante semejantes como para desearnos”; ver introducción a **La operación Masotta (s/n)** y **El tiempo de una vida**, p. 205.

<sup>30</sup> Correas se acercó a Sebrelí por el impacto que le había producido leer “Celeste y Colorado”; fue también Sebrelí el que presentó Masotta (con quien habían compartido el colegio secundario, pero intimaron recién en la Facultad) a David Viñas y al propio Correas (“relaciones decisivas” para Masotta en esos años, subraya); ver **El tiempo de una vida**, p. 152. Correas describió cómo se presentó a Sebrelí a través de una carta “arrobada [...] de la que tampoco quiero acordarme y que Sebrelí debe guardar”; y para mostrar que en efecto la guardaba y, sobre todo, que en efecto era arrobada, Sebrelí reproduce un largo fragmento en el capítulo sobre Correas de **El tiempo de una vida**, pp. 201-202.

<sup>31</sup> La cita de Sebrelí en **El tiempo de una vida**, p. 193; la de Correas, en **La operación Masotta**, p. 28.

<sup>32</sup> Que el reingreso a la Universidad fue un momento crítico para los tres, lo con-

firma Correas al recordar las opciones que se abrían ante ellos a la caída del peronismo: “O bien egresados universitarios *titulados* con el funcionamiento docente ordinario como prestigio lucrativo; o bien *outsiders* más o menos desviacionistas, más o menos esotéricos, más o menos vanguardistas o rupturistas, y más o menos monetariamente premiados (para esta segunda figura tenemos nuestras autoridades: Bataille, Blanchot)”; poco antes, había señalado en nota que la Universidad del frondismo le resultaba a él y a Masotta “ridícula”, aclarando sobre su decisión de reingresar a ella: “Debo suponer que odiábamos a la Universidad al mismo tiempo —o porque— la teníamos por un correccional donde purgar los viejos delitos de un peronismo errado y de la chafalonía intelectual”, **La operación Masotta**, p. 60.

<sup>33</sup> La polémica ya ha sido muy bien analizada por Beatriz Sarlo, **La batalla de las ideas (1943-1973)**, Buenos Aires, Ariel, 2001, donde se reproducen los textos del debate; y por Sylvia Saitta, “Pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)”, *op. cit.*

<sup>34</sup> Eliseo Verón publicó “Muerte y transfiguración del análisis marxista” en 1966 en la revista **Marcha** de Montevideo; ver reproducción en B. Sarlo, **La batalla de las ideas**, *op. cit.*, p. 423 y ss.

<sup>35</sup> Sebrelí respondió también en **Marcha**, en 1967, con “Verón: la ciencia ofi-



Sebreli rápidamente colocó el ataque en el marco puesto por el debate entre existencialismo y estructuralismo en Francia (reservándose implícitamente el papel de Sartre), y se atrincheró en la figura del *outsider*, igualada a la del intelectual crítico sin más, convirtiendo su autodidactismo en virtud exaltada (el único camino para pensar con autonomía, deshaciéndose de los tutores espirituales), y presentando por ende los títulos de legitimidad académica de Verón como la evidencia flagrante de su ilegitimidad intelectual.<sup>35</sup> Y si bien es posible pensar que la impugnación de Verón fue clave para el descrédito de Sebreli en el círculo de la renovación intelectual de Buenos Aires, en su ciclo memorial él pudo elaborar ese ataque como el del contrincante histórico que da la medida de la hazaña del autodidacta. La intervención de Masotta en la polémica, en cambio, tuvo otra dimensión, personal, mucho más difícil de asimilar, ya que asumió para Sebreli la forma de la doble traición, la del intelectual que abandona la causa común y la del amigo que rompe los códigos exponiendo los secretos a los que ha tenido acceso justamente en su calidad de amigo.<sup>36</sup>

Lo principal de la acusación de Masotta no fue la ilegitimidad en sí: él mismo se reconocía ilegítimo en el debate y ya en el acto de lanzamiento de su libro sobre Roberto Arlt, publicado un año antes con presentación de Sebreli, había hecho la apoteosis de ese reconocimiento.<sup>37</sup> Como vimos, para el credo del “trío existencialista”, la ilegitimidad era una instancia ideológica, cuyo costado necesario de impostura intelectual (el “plagio metódico”, en términos de Correas) debía limarse con el tiempo. Masotta lo hizo explícito por los tres. En una dedicatoria de su “Merleau-Ponty y el relacionismo italiano”, de 1958, le escribió a Correas: “Hay aquí algunas mentiras que no dejan de turbarme: quien escribió esto sabe mucho más de lo que realmente yo sé. La trampa consiste en aparentar estar en posesión de lo que uno está solamente en vías de conquista”. Y en la dedicatoria a Sebreli del mismo año, escribió: “Si no encontrás [en el texto] nada más que pedantería, te pediría que entonces sepas esperar por mí, como yo mismo lo hago”.<sup>38</sup> Dentro de esa lógica (el conocimiento como conquista, la apariencia como camino), lo que Masotta le recriminó a Sebreli en la polémica fue la mala fe, el ocultamiento deshonesto tras la ilegitimidad (usando “la figura sartreana del bastardo”

cial contra el marxismo”, texto que reprodujo con el título de “Polémica con Eliseo Verón” en **Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades**, en 1997 (versión que también puede verse en el libro citado de Sarlo).

<sup>36</sup> Escribió Masotta: “Quienes conocen de cerca a Sebreli no ignoran que los reproches que hace a Verón [...] no tienen la menor seriedad. ¿Cómo podría tener el más mínimo sentido el reproche de ‘estructuralismo’, cuando Sebreli carece de toda experiencia teórica de los problemas metodológicos que la lingüística estructural y la antropología estructural han planteado o ayudado a plantear al pensamiento contemporáneo. Pero se dirá: de dónde extraigo yo el derecho y la audacia para hacer ese tipo de afirmación. Contesto: es un poco sencillo, pero simplemente de mi conocimiento personal de Sebreli”, “Anotación para un psicoanálisis de Sebreli”, en **Conciencia y estructura** (1968), Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010, p. 249 (también reproducido en el libro citado de Sarlo). Masotta explicó que el texto fue escrito para intervenir en el debate, pero que por la prohibición del gobierno de Onganía de la circulación de **Marcha** en Buenos Aires, decidió que no tenía sentido publicarlo y lo hizo recién en su libro de 1968. Y es evidente que este desplazamiento en el tiempo (de un texto que por otra parte sólo se justifica en esa polémica) subraya la deslealtad, dándole al texto el sentido de una declaración de principios y mostrando que la publicidad era un aspecto fundamental en la ruptura con el amigo.

<sup>37</sup> Ver Oscar Masotta, “Roberto Arlt, yo mismo” (1965), en **Sexo y traición en Roberto Arlt**, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

<sup>38</sup> Cfr. respectivamente **La operación Masotta**, p. 56, y **El tiempo de una vida**, p. 198.

<sup>39</sup> La explicación de las correcciones, en **Buenos Aires, vida cotidiana y alie-**

como coartada) para evadir la responsabilidad del estudio serio. Una acusación que, como veremos para finalizar, parece seguir resonando en el modo en que Sebreli revisa su propia obra.

## La vuelta del ensayo

En 2003, luego de cuarenta años de la primera edición —y de una veintena de reediciones en las dos décadas siguientes—, Sebreli publicó una nueva versión de **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** con algunas correcciones importantes, un largo prólogo en el que revisa la historia del libro y un texto en el que se propone continuar aquel análisis en la ciudad del presente (“Buenos Aires, ciudad en crisis”). El modo de intervención de Sebreli en esta reedición viene a confirmar el lugar central de la obra en su carrera, como punto cúlmine de su programa crítico y su trabajo más memorable. Pero si el prólogo busca explicar las condiciones de producción del libro para presentarlo como *documento histórico*, las correcciones lo desmienten, ya que muestran la convicción de Sebreli de que es posible convertirlo en un texto *actual*. Especialmente perturbador, en este sentido, es el cambio de tiempo verbal (“traspuse al pretérito verbos utilizados abusivamente en tiempo presente”), que transforma aquella lectura de Buenos Aires en directo (y en todo caso, de esa co-presencia del ensayo salían algunos de sus hallazgos) en un remedo de análisis histórico, dando a entender además que el Sebreli del 2000 sigue pensando la ciudad de 1960 en idénticos términos.<sup>39</sup>

Y creo que esta ambivalencia es una manifestación clara de la más general que Sebreli experimenta ante su producción ensayística, que no ha logrado modificar a pesar de la nueva legitimidad ganada por el género en las últimas décadas, de la que también es muy consciente. De hecho, en este prólogo de 2003 parecen coexistir comunicados diferentes Sebreli: el que con la misma prosa de juventud sigue afirmando que su libro es una superación del “intuitivismo lírico sociologizante” de Martínez Estrada, y el que apela a Benjamin para una reivindicación del ensayo en términos de experiencia, intuición sociológica y percepción literaria.

En verdad, el retorno de la forma ensayo no es sencillo, al menos no para quienes, como Sebreli, siguen cultivando aquellos dos “métodos excesivos” que Barthes veía como condición de la coyuntura crítica en 1956; es decir, que parecen aceptar la inestabilidad constitutiva del género y al mismo tiempo desean producir un juicio definitivo, capaz de traducir la realidad en una imagen fija. Por eso, quizás el rasgo más sintomático de este nuevo prólogo sea el momento en que aparece un tercer Sebreli, que se autocritica: “No obstante faltaba en aquel libro una teoría de la ciudad, ausencia que intento salvar en el nuevo texto que lo complementa, ‘Buenos Aires, ciudad en crisis’”.<sup>40</sup> *Una teoría de la ciudad*: luego de recorrer el largo cami-

**nación seguido de Buenos Aires, ciudad en crisis**, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 9. No hace falta haber leído a Pierre Menard para saber lo que significa una reescritura. Tomo un ejemplo al azar: donde en la primera edición decía “La clase media ejerce lo que Sartre ha llamado ‘oficios de opinión’”, en esta última corrige “La clase media ejerció lo que Sartre ha llamado ‘oficios de opinión’”: el cambio de tiempo convierte la observación inmediata en juicio histórico, que congela la opinión en lugar de relativizarla: habría habido un período en el pasado (¿el año 1960?) en que la clase media hacía tal o cual cosa.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 17.

no que lo llevó a la ciudad, y justo en el momento en que no sólo la crítica cultural, sino hasta el campo específico de conocimiento urbano ha reconocido la productividad de las miradas fragmentarias como forma más adecuada de abordar la multidimensionalidad que atraviesa (y enrarece) el binomio ciudad/sociedad, el ensayista-memorialista de Buenos Aires no puede abandonar la sospecha de que la seriedad está en otra parte. Lo que nos devuelve a aquella polémica: como suele suceder en la tradición del pensamiento social latinoamericano, el impresionismo es una acusación que se muerde la cola, y la marginalidad, un fantasma que acosa incluso a quienes creen haberla asumido como programa.



La fotografía ha sido extraída de Carlos Mangone y Jorge A. Warley, "La revista 'Contorno'", **Capítulo. Historia de la literatura argentina**, tomo 5, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 438.

#### Resumen

Desde comienzos de los años ochenta Juan José Sebreli ha desarrollado una abundante literatura memorial, cuyo centro se ubica en la etapa en la que escribió los ensayos más originales e influyentes, que arranca en sus artículos juveniles en los años cincuenta y encuentra su forma acabada en el libro **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, de 1964. Aquel momento culminante que significó este libro en la vida de Sebreli produjo las dos grandes cuestiones en que divide su atención autobiográfica: la ciudad y la polémica intelectual. Este texto se propone analizarlas, intentando comprender el camino que lo llevó a estudiar Buenos Aires como parte central de los caminos que él mismo recorrió dentro de la ciudad y de su mundo intelectual.

**Palabras clave:** Juan José Sebreli; autobiografía; Buenos Aires

#### Abstract

Since the early eighties Juan Jose Sebreli has developed a copious memorial literature centered at the stage when he wrote his most original and influential essays, which starts in his juvenile articles in the fifties and finds its finished form in the book **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación** of 1964. This book signified a climax on the life of Sebreli and produced the two major issues in which he divides his autobiographical attention: the city and the intellectual controversy. This paper aims to analyze both, trying to understand the road that led Sebreli to study Buenos Aires as a central part of the roads he walked within the city and its intellectual world.

**Keywords:** Juan José Sebreli ; autobiography; Buenos Aires





# Descubriendo a Gramsci en Córdoba

## Contribución a un epistolario de José María Aricó (1956–1963)

Adriana Petra  
Horacio Tarcus\*

Una vez pasados los tiempos más duros del repliegue y descrédito del marxismo que siguió al derrumbe comunista de 1989/1991, en los últimos años la personalidad intelectual de José María Aricó (1931-1991) vino siendo objeto de reediciones y reconsideraciones. Siglo XXI reeditó en 2005 **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina**. Fondo de Cultura Económica, por su parte, ha reeditado en 2010 su **Marx y América Latina** y dos años después dio a conocer su curso inédito **Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo**, ambas obras editadas por Horacio Crespo. En septiembre de 2001 varias instituciones —el CeDInCI entre ellas— convocaron a unas “Jornadas Internacionales José María Aricó” que se celebraron en Córdoba, y en febrero de 2012 la Universidad de Princeton llevó a cabo una jornada para discutir su obra y elaborar una edición en inglés de sus escritos. Respondiendo a estos múltiples estímulos y conscientes de que hay diversas investigaciones en curso que tienen como centro o como referencia obligada a la obra de Aricó, es que damos a conocer este tramo de su epistolario juvenil. Hasta donde hemos podido indagar, el epistolario de Aricó anterior a su exilio en México se ha perdido. La correspondencia conservada a partir del año 1977 fue depositada por su esposa y sus hijas en la Biblioteca Aricó de la Universidad de Córdoba, pero nuestros reiterados esfuerzos para consultarla a lo largo de estos años han sido vanos.

Felizmente, hay cinco piezas de la correspondencia juvenil de Aricó que conservó Héctor P. Agosti y que publicamos a continuación. Dos de ellas se conservan en el Fondo Héctor Agosti del CeDInCI y las otras tres se hallan entre otros papeles del mismo Agosti que conservó su hermano Carlos y que preserva el Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor P. Agosti (CEFMA) del Partido Comunista de la Argentina. Lamentablemente, en ninguno de ambos reservorios se conservaban las respuestas de Agosti a Aricó. De cualquier modo, como veremos, las cartas son sumamente iluminadoras de la formación político-intelectual del joven Aricó, desde su primer descubrimiento de Gramsci hacia 1956 hasta la maduración del proyecto de la revista **Pasado y Presente** en 1963, cuya

inminente aparición le anuncia a Agosti en la que —hasta donde sabemos— es la última misiva. Por otra parte, a falta de las cartas de Agosti hemos acudido a su diario inédito, que se conserva también en el CeDInCI, sobre todo a aquellos tramos en que hace referencia a sus relaciones con los jóvenes comunistas de Córdoba.

Aricó había nacido en Villa María, provincia de Córdoba, el 27 de julio de 1931. Hijo de una familia de modestos trabajadores, se afilió al Partido Comunista argentino en 1947. Se había integrado al movimiento estudiantil reformista en sus luchas contra el gobierno peronista, siendo encarcelado varias veces en este período. Ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba, pero abandona los estudios formales y profesionaliza su militancia, llegando a ocupar la secretaría de organización de la Federación Juvenil Comunista de Córdoba.

Como se desprende de la Carta I —y se intuía por el relato de **La cola del diablo**—, Aricó ha descubierto la obra de Gramsci a partir de una atenta lectura de la obra de Héctor P. Agosti (1911-1984), el referente cultural del PC. En sus ensayos de crítica cultural, concebidos conforme a una matriz gramsciana, Agosti había intentado entroncar la tradición comunista de su época con la tradición democrática decimonónica, como lo revelan sus obras **Echeverría** (1951), **Para una política de la cultura** (1956), **Nación y cultura** (1959) y **El mito liberal** (1959). En 1952 había tomado además el timón de la revista **Cuadernos de Cultura**, desde la cual intenta una renovación del universo cultural comunista, atenta sobre todo a la obra de Antonio Gramsci y los desarrollos del marxismo italiano de la posguerra.<sup>1</sup> En ese contexto fue, por esos mismos años, el promotor de las primeras traducciones de Gramsci al castellano a través de la Editorial Lautaro.<sup>2</sup>

\* Adriana Petra (CeDInCI / UNSAM), Horacio Tarcus (CeDInCI / UNSAM / CONICET).

<sup>1</sup> Sobre la difusión de la cultura italiana de posguerra en la Argentina, ver Adriana Petra, “El momento peninsular. La cultura italiana de posguerra y los intelectuales comunistas argentinos”, en **Izquierdas** n° 8, Santiago de Chile, 2010. <http://www.izquierdas.cl/revista/wp-content/uploads/2011/07/Petra.pdf>

<sup>2</sup> Para el itinerario de este autor, v. la entrada “Agosti, Héctor P.”, en Horacio Tarcus (ed.), **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda”. 1870-1976**, Buenos Aires, Emecé, 2007.



Corría 1956, año en que se habían sucedido acontecimientos conmovedores como el XX Congreso del PCUS con el célebre discurso de Kruschev y la invasión soviética a Hungría. A nivel local, desde la caída del gobierno de Perón se manifestaba en todo el país un clima de efervescencia política y emergían los primeros signos de modernización cultural. Entre la apertura y la regresión, novedosas lecturas del marxismo atraían a los intelectuales, y sobre todo a los jóvenes.<sup>3</sup> El propio Aricó, en la primera carta, refiere el hecho de que “cada vez más importantes sectores de la juventud estudiosa se aproximan al marxismo en búsqueda de una explicación coherente de la crisis actual del país”.

Aricó tenía veinticinco años cuando en 1956 concibió su primer ensayo: una dura crítica a un libro clásico del marxista italiano Rodolfo Mondolfo de reciente traducción a través de la Editorial Raigal: **El materialismo histórico en Federico Engels y otros ensayos**.<sup>4</sup> Mondolfo, anticipándose a Lukács y al giro que representó el “marxismo occidental”, distinguía allí por primera vez la filosofía de la praxis de Marx, tal como la habían leído en clave historicista Antonio Labriola y el joven Croce (años después, Gramsci), de la filosofía determinista-materialista de Engels, lectura que habría sentado tradición en el marxismo contemporáneo, sobre todo en Lenin y el bolchevismo soviético. A esta edición Mondolfo había añadido, entre otros, un nuevo ensayo, “Gramsci y la filosofía de la praxis”, publicado originariamente en la revista italiana **Crítica Sociale** en 1955. En este ensayo, Mondolfo comentaba tramos de los recientemente editados **Quaderni del carcere** para fijar su posición sobre el itinerario del marxismo en Italia y puntualizar sus afinidades y diferencias con Gramsci. Para Mondolfo, Gramsci recupera una genuina lectura marxiana de la filosofía de la praxis en las antípodas “de la teoría y la práctica del bolcheviquismo ruso”, en contradicción con ciertos tramos de su obra que tienden hacia ellas, más visibles sobre todo en el **Maquiavelo** donde postula su teoría de la construcción hegemónica a través del “Moderno Príncipe”, esto es, el Partido.<sup>5</sup>

En suma, la aparición del libro de Mondolfo, con su notable versación filosófica sumada a su autoridad política de viejo socialista y antifascista exiliado, para mejor discípulo directo de Labriola y coetáneo de Gramsci, representaba un desafío a la estrategia de los comunistas argentinos que venían dando a conocer las traducciones de los **Cuadernos de la cárcel**.

Es así que el primer movimiento de Aricó, manifiesto en el texto que reproducimos como Documento VI, consiste en cerrar la posibilidad de que la lectura gramsciana del marxismo se volviese, como quería Mondolfo, contra el leninismo y abriera una vía de salida a alguna forma de socialdemocracia. Aunque paradójica-

mente el mismo Aricó iba a recorrer muchos años después (en la década de 1980) el camino ofrecido por Mondolfo de “desleninización” del marxismo a través del historicismo, su primer ensayo es una enfática defensa del linaje leninista del concepto gramsciano de hegemonía.<sup>6</sup> Como se desprende de la Carta I, Aricó lo envió para su publicación al suplemento literario de **Orientación**, pero este diario cordobés estaba dirigido por el intelectual radical Antonio Manuel Sobral, dueño de la editorial Raigal donde había aparecido el libro de Mondolfo (Sobral era también director de la Escuela “Víctor Mercante” de Córdoba, donde había estudiado Aricó). Y el director del suplemento, para colmo de males, era Roberto Bixio, el traductor del libro de marras. Cerrado el camino de la publicación en Córdoba, Aricó envió el trabajo a **Cuadernos de Cultura**. El ensayo aparecerá un mes después (CC n° 33, Buenos Aires, diciembre de 1956), pero entre tanto un administrativo del partido, Alfredo Helman, entonces secretario privado de Victorio Codovilla, le informa que Agosti ha leído el texto y se ha interesado en contactarlo. Es probable que sea Helman quien le provee la dirección de Agosti, y es así como se inicia el intercambio epistolar.

Observemos que en la Carta I (noviembre de 1956) aparece un Aricó que si bien es un encuadrado militante político, manifiesta una voluntad intelectual como para encarar una investigación de largo aliento sobre la cuestión de la tierra en la Argentina inspirada en la perspectiva gramsciana de la “cuestión meridional”; un Aricó que busca para esa tarea el apoyo y la orientación de Agosti. Ciertamente, identifica también en la propia obra de Agosti referencias a un “quiebre” en la tradición liberal progresista de Mayo, síntoma de cierto malestar respecto de la línea cultural partidaria más ortodoxa. Pero estamos aún ante un Aricó colocado en un rol discipular.

En la Carta II (enero 1957) Aricó avanza considerablemente, pues se permite sondear a Agosti acerca de sus afinidades con las posiciones del filósofo argentino Carlos Astrada (1894-1970) respecto de la dialéctica. Nos revela un Aricó abierto a lecturas extrapartidarias: ha conocido personalmente a Astrada en Córdoba, ocasión en que han dialogado sobre marxismo; y lee la revista **Liberación** que dirige el entonces trotskista Milcíades Peña. En su carta a Agosti debe mencionarla como una “revistucha trotskista”, pues no era otro el código comunista.

Astrada le había solicitado a Peña la publicación de una carta que dirigiera a Ernesto Giudice contestando a la crítica que éste hiciera de su libro **Hegel y la dialéctica**,<sup>7</sup> y que **Cuadernos de Cultura** se negó a publicar. Peña la dio a conocer en el segundo número de su revista **Liberación nacional y social**.<sup>8</sup>

<sup>3</sup> Para un amplio panorama de las nuevas lecturas de Marx puede consultarse: Horacio Tarcus, “El corpus marxista” (1955-1976), en Noé Jitrik, **Historia de la literatura argentina**. Vol. X. **La irrupción de la crítica**, Buenos Aires, Emecé, 1999.

<sup>4</sup> La edición original italiana era de 1912. Quince años antes se había llevado a cabo una primera traducción argentina: **El materialismo histórico en Federico Engels**, Rosario, Ed. Ciencia, 1940.

<sup>5</sup> Mondolfo, op. cit., p. 403 y ss.

<sup>5</sup> Para un recorrido genealógico del concepto de hegemonía, ver Perry Anderson, **Las antinomias de Antonio Gramsci**, Barcelona, Fontamara, 1978.

<sup>6</sup> “A propósito de un libro de Carlos Astrada. La teoría del reflejo y la lógica según Lenin”, en **Cuadernos de Cultura** n° 28, Buenos Aires, marzo 1957.

<sup>7</sup> “La teoría del reflejo... y el ‘reflejo’ de un sectarismo masivo”, en **Liberación** n° 2, Buenos Aires, diciembre 1957. Para un tratamiento de este debate, ver Horacio Tarcus, **El marxismo olvidado en la Argentina**. **Silvio Frondizi y Milcíades Peña**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, p. 320 y ss.

Astrada, luego de tomar distancia crítica de su formación filosófica heideggeriana, se había orientado a mediados de los años 1950 hacia el marxismo, publicando una serie de libros y artículos bajo el signo de Hegel, de Marx y de Lenin, de notable erudición y mostrando un espíritu independiente de cualquier ortodoxia (que no fuera la propia). Si la nueva orientación se vislumbra ya en su obra de transición, la del primer ajuste de cuentas con su maestro Heidegger (**La revolución existencialista**, 1952), los primeros libros de esta nueva época en el pensamiento de Astrada son **Hegel y la dialéctica** (1956), **El marxismo y las escatologías** (1957) y **Marx y Hegel** (1958). Luego de un largo itinerario filosófico bajo el signo de un nacionalismo existencialista, que lo llevó a acompañar políticamente la experiencia del peronismo, Astrada redescubre, vía Hegel, a Marx y a Lenin, y busca establecer cierto acercamiento con los comunistas argentinos (cuando los comunistas, por su parte, iniciaban cierto acercamiento al peronismo propiciado por Juan José Real en 1952). Producto de este encuentro será la edición de **El marxismo y las escatologías** por parte de un sello editorial oficioso o cercano al partido (Editorial Procyon), que inspiraba el mismo Agosti. Pero el encuentro va a ser fugaz. Por un lado, la mayor parte de los “filósofos” comunistas del partido no estaban a la altura de la formación filosófica profesional de Astrada. Pero por otro, el giro hacia el marxismo del autor de **El mito gaucho**, con su pasado nacionalista y existencialista, fue recibido con recelo y desconfianza por los comunistas. Y el recelo se transformaba en acusación abierta de “revisiónismo” cuando la lectura, por parte de Astrada, de Hegel, Marx y Lenin, no se encuadraba en la ortodoxia establecida.

El caso es que Astrada, en el libro en cuestión, señalaba brevemente que la teoría del conocimiento como “reflejo”, como “copia” de lo real en la mente humana, tal como había sido formulada por Lenin en su obra **Materialismo y empiriocriticismo** y luego convertida por el *diamat* soviético en “teoría del conocimiento del materialismo dialéctico”, está en flagrante contraste con la dialéctica marxista” (p. 87). El propio Lenin habría llegado a un conocimiento de dicha dialéctica años después, durante la primera guerra, como lo probaban las notas de lectura de Hegel reunidas póstumamente en sus **Cuadernos Filosóficos**.

Algunos extractos de estos **Cuadernos** habían sido dados a conocer por Henri Lefebvre y Norbert Guterman en 1938, provocando ya por entonces malestar en las filas de la ortodoxia comunista.<sup>9</sup> En 1956 Editions Sociales de París, la editorial del PCF, ofreció una traducción francesa de los **Cahiers Philosophiques** de Lenin que circuló ampliamente por todo el mundo latino. Aunque omitía cualquier contrastación con **Materialismo y Empiriocriticismo**, la vieja cuestión volvía a ponerse sobre el tapete y se hacía ahora mucho más candente, cuando florecían, de

Lefebvre a Sartre, las lecturas historicistas y humanistas de Marx en contra de la ortodoxia “materialista” soviética. Era ahora Carlos Astrada en Buenos Aires, con su acostumbrada erudición, quien ponía justamente el dedo en la llaga del canon filosófico de los comunistas, citando las anotaciones de Lenin sobre Hegel a partir de la edición francesa de los **Cahiers**.

Desde el lugar de la ortodoxia respondió a la herejía Ernesto Giudice, quien al reseñar el libro de Astrada en **Cuadernos de Cultura**, defiende la teoría leninista del “reflejo” (alegando que el conocimiento no es para ésta sólo copia pasiva de la realidad externa, sino que a este primer momento sigue un segundo momento *activo*) y achaca a Astrada un resabio de “idealismo” que lo llevaría a “ver todavía el marxismo a través de algunos elementos del existencialismo”. A esta defensa de la ortodoxia marxista, Giudice agrega una desafortunada referencia al pasado político de Astrada.

La carta de Astrada publicada en **Estrategia** tiene dos partes. En la primera desarrolla su crítica de la lectura mecanicista de la teoría del reflejo, apoyándose sobre todo en los **Cuadernos filosóficos** de Lenin, en que el revolucionario ruso, sobre la base de una lectura de primera mano de la **Gran Lógica** de Hegel rectifica viejas posiciones materialistas mecanicistas. Astrada entiende la dialéctica no en términos del automovimiento, del despliegue del objeto que ulteriormente se refleja en el sujeto, sino en términos de una dialéctica sujeto/objeto, “vale decir que ambas actividades o movimientos suponen la unidad sujeto-objeto y el carácter procesal histórico-dialéctico de esta unidad dinámica”. En la segunda parte, responde vigorosamente a las insinuaciones acerca de sus antiguos compromisos políticos y devuelve la crítica hacia Giudice y los comunistas, a quienes su sedicente “punto de vista materialista y militante” no les impidió ayer “ir del bracete con lo más pintoresco, ominoso y colonialista de la oligarquía argentina” ni hoy elogiar la “sensibilidad democrática” del gobierno de facto.

Aricó, en su carta a Agosti, toma distancia de los “ataques” políticos de Astrada al Partido. Pero apelando al gramscismo compartido, tiene la audacia de preguntarle a Agosti si no es justo considerar que Astrada tiene razón contra Giudice. Desglosando sus interrogantes en cinco puntos organizados en torno a las críticas gramscianas al idealismo, pero sobre todo al materialismo vulgar de Bujarin y los socialdemócratas alemanes desarrolladas en las notas reunidas bajo el título **El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce**, el joven cordobés apunta a establecer las notables semejanzas entre las críticas de Astrada y las reflexiones de Gramsci en torno al mecanicismo que dominaba las interpretaciones “ortodoxas” del marxismo. ¿No plantea tam-

<sup>9</sup> Lenine, **Cahiers sur la dialectique de Hegel**, Paris, Gallimard, 1938. Traduit de russe par Henri Lefebvre et N. Guterman. La “Introduction”, fue traducida al castellano al año siguiente en México como: N. Guterman y Henri Lefebvre, **Qué es la dialéctica**, México, América, 1939, traducido por Rodrigo García Treviño. Años después, con la misma traducción, se editó en Buenos Aires: Henri Lefebvre y N. Guterman, **Qué es la dialéctica**, Buenos Aires, Dédalo, América, 1959. Lefebvre vuelve sobre el tema en: “Lenin philosophe”, en **La Pensée. Revue du rationalisme moderne** n° 57, Paris, 1954, pp. 18-36. y en: **Problèmes actuels du marxisme**, Paris, PUF, 1959, en el capí-

tulo “Lenin”. Este libro, inmediatamente posterior a su expulsión, fue precisamente publicado por Aricó en las ediciones de Nagelkop de Córdoba en 1965 como **Problemas actuales del marxismo**. No pasaría mucho tiempo más para que el “corte epistemológico” leniniano fuera puesto al servicio de la “nueva izquierda”: V. Michael Löwy, “De la Gran Lógica de Hegel a la Estación Finlandia de Petrogrado”, en **Dialéctica y revolución. Ensayos de sociología e historia del marxismo**, México, Siglo XXI, 1975, pp. 117-37, traducción de la edición francesa de Anthropos.





bién Gramsci la “unidad inescindible de sujeto-objeto” desde el momento en que coloca el devenir histórico del hombre en el centro de la filosofía de la praxis? ¿No había llegado el momento de encarar una necesaria *revisión*? ¿Medirse y combatir con las ideologías modernas no era una tarea fundamental para el marxismo y condición de posibilidad para crear su propio grupo de intelectuales?

Todas estas preguntas precisaban respuestas que el propio Agosti, sugiere Aricó, estaría en condiciones de ofrecer. No sabemos qué contestó el autor de **Echeverría** a la extensa misiva del joven discípulo que busca aprovechar al máximo la ayuda prometida por su maestro. Sí podemos afirmar que la apelación no pasó inadvertida, al menos en su fuero interno. En su diario personal, con fecha 29 de diciembre de 1957, Agosti apunta que le habían informado sobre la carta de Astrada aparecida en **Estrategia** y de las acusaciones de sectarismo que se le dirigían por la negativa de **Cuadernos de Cultura** a publicarla. Lo que no puede decirse, escribe, es que fue Rodolfo Ghioldi quien determinó esa negativa. Sin embargo, esto estaba lejos de ser lo importante, pues había un hecho más trascendente:

Hay que afrontar un debate mundial sobre el marxismo que aquí tiene sus repercusiones. La crisis Lefebvre en Francia, las proposiciones de Sartre sobre el marxismo, el “marxismo abierto” que se pregonaba entre nosotros, etc., todo ello requiere evidentemente ser afrontado de manera pública, aboliendo las formas rutinarias. Puede ser —debe ser— el programa para 1958.

Desde este momento, la relación entre Agosti y Aricó se estrechó en torno a esta voluntad compartida de “revisar” la vieja ortodoxia cultural comunista vía Gramsci. En el marco del deshielo que parecía abrir la era Krushev, una cierta revisión filosófica podía ser tolerada en las filas partidarias mientras dicha revisión no se trasuntara en la esfera política. Tal es así que un año después Aricó recibía la noticia de que le sería encomendado el cuidado de las siguientes ediciones castellanas de la obra de Gramsci que estaban en curso por la Editorial Lautaro. El entusiasmo y agradecimiento por la tarea que le se ofrecía ocupan la breve Carta III (4 de agosto de 1959), a la par de las excusas por la prometida y nunca concretada colaboración en **Cuadernos de Cultura**, insistentemente solicitada por Agosti.

La carta IV (28 de noviembre de 1959) encuentra a Aricó abocada a la traducción de **Literatura y Vida Nacional**, que le había sido encargada por Lautaro junto a la revisión de **Los Intelectuales y la organización de la cultura**. Este volumen aparecerá al año siguiente traducido por Raúl Sciarreta y el primero recién en 1961. Un año después va a traducir y prologar las **Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno** (1962). La faceta de editor del joven Aricó despierta en preocupaciones sobre las formas de la traducción, la conveniencia de las notas, los alcances y límites de un posible prólogo. El empeño es tal que en 1962, también por intermediación de Agosti, se pondrá al frente de un proyecto, que él mismo concibe, de reedición total en cinco volúmenes de los textos que componen los **Cuadernos de**

**la cárcel**. Problemas económicos de la editorial dirigida por Sara Jorge y su expulsión de las filas partidarias dejan trunca la idea, que no concretará tampoco en el futuro.

En mayo de 1959, Agosti no sólo había terminado de escribir el que consideraba su libro, **Nación y Cultura**, sino que en el lapso de tres meses había escrito otro volumen, **El Mito Liberal**, cerrando un ciclo en el que la política parecía absorber todas sus energías, a riesgo de convertirlo, según confesión escrita en su propio diario, en un “grafómano carente de interés”. La satisfacción, sin embargo, estaba lejos de ser completa. A un año del triunfo electoral de Arturo Frondizi, que con tanto entusiasmo había recibido, todas las esperanzas se cerraban con la “más ignominiosa traición a todo cuanto se había postulado para conseguir el sufragio popular”. Esto tenía serias consecuencias, entre las más significativas aquella que David Viñas había bautizado como la “generación traicionada”. El concepto podía discutirse, escribía Agosti, pero estaba señalando algo concreto, una actitud de los jóvenes, incluyendo los jóvenes comunistas, de ruptura con los mayores, de repudio en bloque a todo cuanto les antecedió que era necesario examinar en sus proyecciones últimas. “¿Será que también ellos se sienten, frente a nosotros, una generación traicionada?”, se pregunta. En el medio de estas meditaciones el talentoso discípulo cordobés le devuelve un elogioso comentario de **El Mito Liberal**, al que califica de extraordinario, al tiempo que lo coloca, junto a **Nación y Cultura**, como el eslabón fundamental de una urgente reconsideración de la historia nacional bajo la advocación gramsciana que era necesario encarar, una historia muy diferente en su forma y sus alcances a los “limitados” materiales que publicaba el partido.

Esta carta tiene una referencia al punto de partida de otra línea de trabajo crucial en la vida de Aricó: el de la relación entre el historicismo de Mariátegui con el de Gramsci. El futuro autor de **Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano** acaba de descubrir **El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy**, reunión de ensayos que ediciones Amauta de Lima había publicado en 1950 y llega a lo que considera “una evidencia clara: la similitud de formación, de interés intelectual, de sufrimientos entre Gramsci y Mariátegui que podría dar lugar un interesante paralelo histórico. ¿Lo pensó alguna vez?”.

La última carta de 1959 se cerraba con una promesa de Aricó a quien ya entonces consideraba “su amigo”: escribir un artículo sobre Gramsci para **Cuadernos de Cultura**. Si esto no ocurrió, en cambio sí se concretará un viejo proyecto: editar una revista cordobesa, un “engendro” que llevaría por nombre **Pasado y Presente**. A la defensa de este proyecto está dedicada la carta número V, pues la idea no parecía contar con el entusiasmo de Agosti, empeñado en que todos los esfuerzos se focalizaran en **Cuadernos de Cultura**. Aricó se extiende largamente en la justificación del emprendimiento cordobés, no sólo porque impulsaría la tan ansiada consolidación del frente cultural del partido en la provincia, sino porque a su juicio se trataba de una publicación única en el país, tanto por la amplitud de sus colaboradores como por la diversidad de los problemas que se proponía tratar. **Cuadernos de Cultura**, constreñida



por imperativo de las circunstancias a ser una revista “comunista”, no podía cumplir el papel de cooptación de la intelectualidad de izquierda que, en consecuencia, caía presa de los “aventureros”. Al fin y al cabo, los problemas de **Cuadernos** pasaban menos por la falta de colaboración de los que, como él y sus camaradas, estaban ganados por cierta “pachorra” provinciana, que por la falta de apoyo de la dirección del partido, cuya conciencia respecto de la importancia de la labor cultural era dudosa.

La constancia de Agosti en ofrecer las páginas del órgano de cultura del comunismo argentino a sus jóvenes camaradas encontró un eco de resultados drásticos. Bajo su estímulo y consejo, el joven cordobés Oscar del Barco preparó un texto que tenía como objetivo refutar un artículo de Raúl Olivieri, miembro de la Comisión de Estudios Filosóficos del partido, que llevaba el título “El problema del determinismo en el materialismo dialéctico”. No se trataba sino del viejo tema de la relación sujeto-objeto, de la preeminencia de la “objetividad de lo real” sobre la conciencia (*diamat*) o bien de la primacía de la praxis humana, sobre el cual Aricó había interrogado a Agosti cuatro años antes. Nuevamente, se planteaba la opción entre la canonización de la epistemología materialista de la preeminencia del objeto sobre el sujeto propia de **Materialismo y Empiocrítico**, o bien la recuperación para una filosofía de la praxis de aquel idealismo hegeliano que concebía el lado activo/productivo de la realidad del sujeto cognoscente/actuante.

En efecto, según le indica Aricó al final de lo que será su última carta, refutar aquello que de materialismo metafísico había en el planteo de Olivieri, y por extensión del partido todo, bajo el amparo de Gramsci había sido una “empresa común”, aunque lo fundamental le correspondiera a Del Barco. La esperanza de que tal intervención saliera “lo mejor posible” y el cuidado que, según Aricó, habían puesto en el “tono” utilizado, no fue suficiente y la polémica se desató con la consecuencia reservada a los herejes: Aricó y sus compañeros de empresa fueron expulsados del partido. No debería quedar inadvertido que en su última intervención en el debate, del Barco acudió en apoyo de sus tesis a otros filósofos marxistas contemporáneos (Luporini, Lukács, Banfi, Sartre, Merleau-Ponty, Geymonat, etc.), entre los cuales se cuenta el hasta hace poco denostado Rodolfo Mondolfo...<sup>10</sup>

La sucesión de cartas son suficientemente reveladoras de una afirmación en el pensamiento de Aricó, desde el lugar discipular del inicio hasta la posición de relativa paridad que asume en esta última misiva. Es que Aricó emprendió, desde el prisma gramsciano, una lectura histórica y política más radical que su maestro

Agosti, en el marco de una Córdoba que desde la década de 1950 se industrializa y moderniza rápidamente, emergiendo de su seno un movimiento obrero particularmente combativo y autónomo y una Universidad que continúa siendo un centro de acción intelectual y política, especialmente el movimiento estudiantil que se radicaliza a partir de la Revolución Cubana (1959).<sup>11</sup> Es así que Aricó, del Barco y los gramscianos cordobeses no quieren quedar atados al juego político institucional que les propone jugar Agosti, de engrosar en el marco del partido el espacio del gramscismo a expensas de los materialistas encuadrados en la línea soviética. Los jóvenes, abiertos al universo apasionante de lecturas críticas que se les abrían en el mundo al calor de la radicalización política del continente (no olvidemos que en 1959 estalla la Revolución cubana) no tenían por qué cargar con el lastre de la vieja biblioteca de los ortodoxos ni soportar la policía intelectual de Rodolfo Ghioldi.

Es así que en mayo de 1963, Aricó lanza, con el grupo de jóvenes comunistas cordobeses (Oscar del Barco, Héctor Schmucler, Samuel Kieczkowski y otros) la revista **Pasado y Presente**. Paradójicamente, **Cuadernos de Cultura**, la revista que Agosti les había abierto, debe abortar la “Operación Gramsci”. Lautaro ya no publicará los volúmenes faltantes de los **Cuadernos de la cárcel**.<sup>12</sup> Sin embargo, la revista de Agosti contribuyó indirectamente a la fama del grupo y la revista cordobesa consagrándoles todo un número de respuesta de título elocuente: “Afirmación militante del marxismo-leninismo”.<sup>13</sup>

Paralelamente es separado un núcleo de jóvenes militantes en Buenos Aires, dirigidos por otro discípulo gramsciano de Agosti, Juan Carlos Portantiero, que forma Vanguardia Revolucionaria, de existencia efímera. Ambos grupos, y sobre todo Portantiero y Aricó, establecen desde entonces y a lo largo de varias décadas una relación política e intelectual de vastas proporciones en la vida político-intelectual argentina.

En suma, casi todos los actores de estos años abandonarán el Partido, incluso los “ortodoxos” de ayer. Alfredo Helman lo hará en 1966 al frente de una fracción en dirección a la lucha armada. Raúl Sciarreta también se apartará hacia 1967, rumbo al althusserianismo y luego al lacanismo. El propio Giudice hará lo propio en 1973, en dirección a cierto nacionalismo. Héctor P. Agosti, en cambio, se quedará en las filas del partido hasta su muerte en 1984, habiendo perdido la “batalla general contra el dogmatismo” en la que se embarcó desde mediados de la década del ‘50 y cuyo objetivo inminente era retener a esos jóvenes que lo habían tomado como maestro “porque —anota en su diario— se trata de un grupo de muchachos inteligentes, que es necesario alentar, porque constituyen la única posibilidad real, perceptible, de nuestro relevo”.

<sup>10</sup> La polémica se extendió a lo largo de sucesivos números: Raúl Olivieri, “El problema del determinismo en el materialismo dialéctico”, en **Cuadernos de Cultura** n° 58, julio-agosto de 1962, pp. 11-30; Oscar del Barco, “Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la ‘objetividad’”, en **Cuadernos de Cultura** n° 59, septiembre-octubre de 1962, pp. 29-41; Raúl Olivieri, “El materialismo dialéctico y la objetividad”, en **Cuadernos de Cultura** n° 60, noviembre-diciembre de 1962, pp. 23-39; “Respuesta a una crítica dogmática”, y Raúl Oliva y Raúl Sierra [Sciarreta], “Crítica a una crítica revisionista”, en **Cuadernos de Cultura** n° 63, mayo-junio de 1963, pp. 34-57 y 58-82 respectivamente. Un tratamiento de este debate puede encontrarse en Néstor Kohan, **De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano**, Buenos Aires, Biblos, 2000.

<sup>11</sup> V. Adriana Petra, “En la zona de contacto”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero (eds.), **Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura**, Córdoba, Al margen / Entre culturas, 2010.

<sup>12</sup> Aparecerán más de una década después, en traducción de Manlio Macri, por editorial Granica: **Pasado y Presente**, Buenos Aires, Granica, 1974; y **EL “Risorgimento”**, Buenos Aires, Granica, 1974.

<sup>13</sup> **Cuadernos de cultura** n° 66, enero-febrero de 1964.



## I. DE JOSÉ MARÍA ARICÓ A HÉCTOR P. AGOSTI

Córdoba, 5 de noviembre de 1956

Sr. Héctor P. Agosti  
Buenos Aires

Estimado camarada.

Por el compañero Alfredo Helman me he enterado que mi trabajo “¿Marxismo v. Leninismo?”<sup>1</sup> sería publicado en el próximo número de **Cuadernos de Cultura** y que Ud. deseaba establecer una comunicación conmigo. Me apresuro a escribirle esta carta con el fin de agradecerle la publicación de dicho escrito que me colma de satisfacción, ya que para todo joven comunista es motivo de orgullo publicar en la mayor revista cultural que tiene el país.

Estuvo siempre en mis pensamientos poder llegar a establecer una comunicación epistolar con Ud. ya que me siento identificado con la orientación que ha impreso a su estudio y obras. Por su intermedio, a través de **Defensa del realismo, Cuaderno de bitácora, Echeverría** y **Cuadernos de Cultura**, llegué a conocer ese gran pensador que fue Antonio Gramsci, a quien trato de estudiar profundamente, no por el mero goce estético, sino porque entiendo —como entiende ud— que sus meditaciones “constituyen un aporte primordial para la elaboración de una teoría marxista de la cultura y asumen singular interés para los argentinos por la similitud de algunos problemas de la formación nacional de la cultura y de sus comunes fuentes liberales” (H.P.A.).

El artículo sobre Mondolfo tiene una serie de limitaciones ya que en un principio fue escrito con el propósito de publicarlo en el diario **Orientación** de Córdoba, en su página literaria. Pero el encargado de la sección se negó a publicarlo aduciendo que de hacerlo identificaría la página con una corriente determinada. Yo consideraba importante publicarlo en dicho diario ya que él aparecía ante los ojos de mucha gente amiga nuestra como encarnando una posición marxista “independiente”, no dogmática. No sé si Ud. conocía que el traductor —y sin duda el autor de las solapas— del libro de Mondolfo, Roberto Bixio, era el subdirector de dicho diario. Por otro lado en Córdoba hay mucha gente honesta que no ve claramente la posición revisionista de Mondolfo y a quien se podía confundir. Porque lo importante de este momento es que cada vez más importantes sectores de la juventud estudiosa se aproximan al marxismo en búsqueda de una explicación coherente de la crisis actual del país.

**Cuadernos de Cultura** cumple eficazmente su función. Lo lamentable es que en Córdoba no se toma con suficiente preocupación su difusión. Con el último número hemos tenido una experiencia interesante. Los universitarios retiraron por primera vez una cantidad para ser distribuida entre los estudiantes y han obtenido excelentes resultados. En dos días colocaron arriba de 20 ej. lo

que demuestra las enormes posibilidades que existen. Pero he observado que este último número se vende en más de cinco librerías, lo que es importante.

He leído en **La Prensa** que ha pronunciado un cursillo sobre la crisis cultural argentina en la Casa de la Cultura. ¿Es posible conseguir el texto o el guión de dichas conferencias? En Córdoba no tenemos la suerte de contar con nada parecido a dicha organización cultural y nos tenemos que conformar con leer los anuncios de sus actividades en los diarios.

También he visto que en la colección **El Pensamiento Argentino** de Lautaro se anuncia la publicación de un libro suyo intitulado: **Cultura y Nación**. ¿Es de próxima aparición? Pienso que en dicho libro muchos de los elementos dados en su informe a la Conferencia Nacional de Intelectuales<sup>2</sup> serán desarrollados, cosa que me interesa profundamente, como le dije anteriormente.

Está en mis propósitos estudiar el proceso histórico nacional y encuentro en su informe sugerencias esclarecedoras que será necesario desarrollar. Dice Ud. “Después de la organización hemos padecido una falta de correspondencia adecuada entre la cultura y la Nación que la legislación escolar de 1884 intentó resolver en los moldes del liberalismo pedagógico” y por otro lado: “la singularidad del fenómeno cultural argentino deriva de la existencia de la oligarquía terrateniente más poderosa de América, la más claramente conciente de sus fines de clase y la más fortalecida en su poder; esta clase fue la que deformó sutilmente la cultura argentina, apartándola del sentimiento popular y nacional de sus orígenes”.

Creo que a partir de dichas afirmaciones se puede hacer —y se tiene que hacer— un estudio profundo de esta quiebra de la continuidad progresista de Mayo. A mí me interesa en particular hacer el estudio desde el punto de vista de nuestro problema central: *el problema de la tierra*. Pero un poco me asusta la magnitud del estudio que hay que encarar, que en un principio tendrá que hacerse como dice Gramsci: “desde un punto de vista monográfico”. Estoy tratando de interesar a un conjunto de compañeros para hincar un estudio de este tipo, siguiendo un plan, y creo que lo lograremos. Hay muchos problemas, de militancia, de estudio, personales que se interponen pero veremos lo que se puede hacer. Ud. podría ayudarnos por correspondencia a superar las dificultades que surgen en el proceso del estudio. Podría también sugerirnos la bibliografía adecuada. Personalmente creo que el estudio de Gramsci sobre la “cuestión meridional”, nos sería de suma utilidad pero hasta ahora han sido inútiles mis esfuerzos para conseguirlo.

Todas estas son ideas, pero pensamos que un estudio de este tipo nos ayudará a conocer más profundamente nuestro país y especialmente el lugar donde trabajamos: Córdoba.

<sup>1</sup> Publicado en **Cuadernos de Cultura**, n° 33, diciembre de 1957.

<sup>2</sup> La Primera Conferencia Nacional de Intelectuales Comunistas se realizó en Buenos Aires en setiembre de 1956. El informe presentado por Héctor P. Agosti fue incluido en su libro **Para una política de la cultura**, Buenos Aires, Procyón, 1956.

Aquí concluyo compañero Agosti, como ud. apreciará por esta primera carta, los cordobeses somos un poco “caraduras”, pero espero nos sepa disculpar el atrevimiento.

Quedando a la espera de su apreciada respuesta lo saluda muy afectuosamente.

José María Aricó

M/D. José María Aricó  
Santa Rosa 1234, dep. A  
Córdoba

Con esta carta le adjunto un comentario que hice sobre el libro de Vere Gordon Childe titulado: **Los orígenes de la civilización**. Quizás se pueda publicar con una nota necrológica porque acabo de enterarme por **La Nación** que dicho reputado investigador acaba de desaparecer en Australia.<sup>3</sup>

Fuente: Fondo Héctor P. Agosti, CeDInCI.

---

## II. DE JOSÉ MARÍA ARICÓ A HÉCTOR P. AGOSTI

Córdoba, 13 de enero de 1957

Sr. Héctor Agosti  
Picheuta 537 – 2º F  
Buenos Aires

Mi estimado Camarada y Amigo:

He recibido su carta de fecha 16 de noviembre donde respondía a una anterior mía.

En el lapso transcurrido desde entonces ha llegado a mis manos el N° 33 de **C. de Cultura** con el artículo sobre Mondolfo y veo que han tenido la buena idea de incorporarle las citas que faltaban en el original. Por lo demás creo que este número ha salido bastante bien. El artículo de Lu Ting Yi es sumamente interesante y valioso, lo mismo que los artículos sobre Arquitectura y el Editorial. El del camarada Macri sobre Agustín Alvarez, me pareció bastante discutible en lo que se refiere a la apreciación de la generación del 80 ¿No le parece? Lo que dentro de muy poco tiempo se va a convertir en una perentoria necesidad es la publicación de un índice general de **Cuadernos** (y podría ser también completado anualmente) porque ya es bastante complicado manejarse con los 33 números aparecidos.

Me ha interesado mucho lo que me cuenta referente a sus planes para el año 58. La preparación de un curso sobre Gramsci ser-

virá para hacer penetrar su conocimiento en la masa de los estudiosos progresistas... porteños (aunque me alegra la perspectiva de una publicación como libro de dichas conferencias, así tendremos posibilidad de disfrutarlas). Y si por parte de Lautaro se concreta la publicación de Croce, creo que este año va a ser “un año filosófico”.

Aprovecho que estamos hablando de Gramsci para requerir su opinión sobre algunas cosas leídas en el **Croce** que me plantearon algunas dudas.

En el N° 2 de **Estrategia** (una revistucha trotskista) Carlos Astrada publica una carta protestando con **C. de Cultura** por cuanto éste no habría accedido a publicarle su respuesta al comentario sobre su libro **Hegel y la dialéctica** que hiciera Ernesto Giudice en el N° 28 de nuestra revista, incluyendo luego el texto de la nota de Giudice. Por supuesto en mi opinión una respuesta de este tipo no puede aparecer en **C. de C.** fundamentalmente por el hecho que a un artículo crítico de la importancia del de Giudice, responde con una serie de ataques al Partido, que solamente demuestran la ignorancia de nuestra línea política y la posición de “magíster” intocable que adopta, abandonando toda modestia y espíritu de autocrítica. Recuerdo que cuando Astrada estuvo en Córdoba, tuve el gusto de conocerlo y conversar largo y tendido sobre marxismo. En dicha oportunidad se despachó contra la posición del Partido, justamente en lo referente a los católicos y los peronistas —aparte del hecho de insistir sobre la supuesta “ignorancia” del marxismo de nuestros dirigentes.

Pero yo quería ir a otra cosa. Astrada intenta demostrar que hay una variación fundamental en el tratamiento de la teoría del reflejo en los dos libros de Lenin: **Materialismo y Empiriocriticismo** y **Cuadernos Filosóficos**. Ya que dice:

“Este cambio en la concepción del “reflejo”, manifiesto en Lenin que se opera en el lapso que va de **Materialismo y Empiriocriticismo** a las notas de **Cahiers** es lo que fundamentalmente me ha permitido afirmar que Lenin en su nueva y depurada concepción de la dialéctica desecha implícitamente los falsos supuestos naturalistas y los provenientes del materialismo ingenuo que, lastrándola en su marcha, le impedían la ceñida aprehensión de su objeto, es decir de lo real como proceso integral que transcurre históricamente” (pag. 89).

En otra parte dice que le habría faltado a Lenin en su primer libro “enunciar la unidad de forma y contenido, como Hegel, y la inescindible de sujeto-objeto...”

El problema sería el siguiente: ¿No tendría razón Astrada al pensar en dicho cambio producido? Al pensar que muchos tratadistas actuales del marxismo introducen en dicha concepción del mundo una serie de rasgos, elementos y posiciones naturalistas, realistas ingenuas? ¿Sería justa la posición de Astrada al intentar rechazar hasta la misma terminología (DIAMAT) usualmente empleada por los marxistas-leninistas? Estas preguntas se me presentan por cuanto Gramsci, en cierta manera, también las plan-

<sup>3</sup> México, Fondo de Cultura Económica, 1954.



tea, como así también otras cosas que sería necesario tener en cuenta. Veamos:

- I) Gramsci —como Astrada— señala que la denominación “materialismo dialéctico” es incorrecta pues se presta a confusiones, y utiliza en su lugar la designación de “filosofía de la praxis” (término usado por Labriola y por nuestro Emilio Troise). Y dice:

“Se podría también aquí ver cómo la terminología es convencional, pero tiene su importancia en la determinación de errores y desviaciones cuando se olvida que es necesario siempre elevarse a las fuentes culturales para identificar el valor exacto de los conceptos, ya que bajo el mismo sombrero pueden encontrarse diferentes cabezas. Es de observar por otro lado, que el jefe (caposcuola) de la filosofía de la praxis jamás ha llamado “materialismo” a su concepción y hablando de materialismo francés lo critica y afirma que la crítica deber ser aún más exhaustiva. Así no adopta jamás la fórmula de “dialéctica materialista” sino “racional” en contraposición de “mística”, lo que da al término “racional” un significado bastante preciso” (M. Storico, pag. 152)

- II) Gramsci afirma que salvo Labriola —y Lenin por supuesto—, el común de los marxistas ha utilizado al materialismo vulgar metafísico, para completar al marxismo. Y dice

“...por otro lado, los denominados ortodoxos, preocupados por encontrar una filosofía que fuese, según un punto de vista muy restringido, más comprensiva para una “simple” interpretación de la historia, han creído ser ortodoxos, identificándola fundamentalmente con el materialismo tradicional” (pag. 81).

“La filosofía de la praxis, en su fundador, ha revisado toda esta experiencia, de hegelismo, feurbachismo, materialismo francés, para reconstruir la síntesis de la unidad dialéctica: ‘El hombre que camina sobre sus piernas’. La división ocurrida con el hegelismo se ha repetido en la filosofía de la praxis, es decir de la unidad dialéctica se ha retornado por un lado al materialismo filosófico, mientras la alta cultura moderna idealista ha tratado de incorporar lo que de la filosofía de la praxis le era imprescindible para encontrar algún nuevo elixir” (pag. 87).

- III) En la pág. 44 Gramsci dice que el marxismo es un “monismo” y agrega: “no ciertamente un monismo materialista ni idealista sino identidad de los contrarios en el acto histórico concreto, es decir actividad humana (historia-espíritu) en concreto ligada indiscutiblemente a una cierta “materia” organizada (historizada), a la naturaleza transformada del hombre”. Filosofía del acto (praxis, desarrollo) pero no del acto “puro” sino del acto “impuro”, real, en el sentido más profundo y mundano de la palabra”.

- IV) **Materialismo Stórico**, p. 142: “El concepto de objetivo del materialismo metafísico parece que quiere significar una objetividad que existe aún fuera del hombre pero cuando se afirma que una realidad existiría aún cuando no existiese el hom-

bre o se hace una metáfora o se cae en una forma de misticismo. Conocemos la realidad sólo en relación con el hombre y como el hombre es un devenir histórico, también el conocimiento y la realidad son un devenir, también la objetividad es un devenir, etc.”

¿No estaría Gramsci planteando aquí esa “unidad inescindible de sujeto-objeto” de la que hablaba Astrada? Y no obligaría esto a revisar la forma del planteamiento de “objetividad del mundo exterior”? Y dice más claro aún:

“Para la filosofía de la praxis el ser no puede ser separado del pensar, el hombre de la naturaleza, la actividad de la materia, el sujeto del objeto. Si se hace esta separación se cae en una de las tantas formas de religión o en la abstracción sin sentido” (pag. 56).

Creo que sería interesante que alguien —y pienso que puede ser Ud.— se refiriera a esto, quizás sobre la base de la crítica del último de Astrada (las **Escatologías** incluido). Porque las protestas de Astrada contra el “marxismo oficial” quizás expresen una necesidad a la que hay que responder. Y surge en mi cabeza el recuerdo de un pasaje sumamente interesante del mismo libro de Gramsci, cuando se refiere a las tareas que tiene que cumplir la filosofía de la praxis. Si por un lado tiene que combatir ideologías modernas en su forma más refinada para poder así constituir el propio grupo de intelectuales independientes, por el otro debía educar a las masas populares cuya cultura era medieval. Y dice Gramsci: “la nueva filosofía se ha combinado en una forma de cultura que era un poco superior a la media popular (muy baja) pero absolutamente inadecuada para combatir las ideologías de las clases cultas, mientras la nueva filosofía había nacido justamente para superar la más alta manifestación cultural del tiempo: la filosofía clásica alemana, y para suscitar un grupo de intelectuales propio del nuevo grupo social de los cuales era la concepción del mundo” (pag. 84)

Por otro lado encuentro en Astrada coincidencias sugerentes con Gramsci:

¿Cuándo Astrada dice que “Marx fija sobre su base dialéctica, una doctrina económico-social, la formulación de la misma es sin duda de tipo naturalista, de acuerdo con el espíritu y las ideas de la ciencia natural, imperantes en la época (el subrayado me pertenece) (**Hegel y la Dialéctica**, pág. 93) no afirma lo mismo que Gramsci en su capítulo “Sobre la traducibilidad del lenguaje científico y filosófico?” (pág. 53): La expresión tradicional que la “anatomía” de la sociedad está constituida por su “economía” es una simple metáfora extraída de las discusiones desarrolladas alrededor de las ciencias naturales y de las clasificaciones de las especies animales?

¿Cuando Astrada dice que “hay una dialéctica de la ciencia de la naturaleza, en la referencia de esta última a la historicidad de la respectiva existencia humana que hace ciencia” (pag. 91) no concuerda con la afirmación de Gramsci que “la materia no es de considerar como tal sino como social e históricamente organizada

para la producción y por consiguiente la ciencia natural esencialmente como una categoría histórica, una relación humana”?

En mi opinión la aparición de Gramsci significará un gran desarrollo de la discusión y la crítica del marxismo dentro de un vasto sector de los intelectuales. Y creo que lo recibirán, como dijiera Rodolfo Ghioldi de otro libro: “Con la avidez con se goza en una noche pesada de verano un golpe de aire fresco”. Ayudaría evidentemente a curar muchas concepciones mecanicistas que subsisten en las interpretaciones habituales del marxismo.

Perdóneme compañero Agosti si me he excedido un tanto en la extensión de estas consideraciones pero quisiera desde ya aprovecharme de su prometida ayuda para esclarecer algunas dudas que tengo y que pienso Ud. es el compañero indicado para resolverlas.

Le adjunto a la presentación un artículo de Howard Fast aparecido en un diario local, a los efectos de su información. Apareció en el espacio habitual que **La Voz del Interior** dedica a los artistas antisoviéticos. Quizás le pueda servir de algo, aunque más no sea para entristecerse al ver como se desbarra lo que fuera un gran escritor americano.

Con respecto a los trabajos que pienso escribir le puedo decir que tengo en la cabeza un montón de ideas pero no logro concretarlas hasta ahora. Ya le dije que me interesa un tema que en Ud. es una constante: las razones de la ausencia de jacobinismo de la burguesía argentina (expresado en términos gramscianos). Pero es un tema tan vasto que equivale a escribirse una historia argentina. Tengo deseos de preparar una crónica sobre el libro **Castelli, el adalid de Mayo**, como así también un artículo sobre la Revolución de Mayo y M. Moreno. He visto que la editorial Raigal ha editado bajo el cuidado de Gregorio Weinberg el libro de Juan M. Gutiérrez: **Escritores Coloniales Americanos**, que me interesaría leer y si es posible comentar. Gutiérrez me interesó siempre y hace unos días he tenido la gran satisfacción de encontrar en una librería de viejo la biografía que sobre él escribiera Ernesto Morales. Como Ud. ve, ideas no faltan, lo que falta es el tiempo para llevarlas a la práctica. Y además el dinero para comprar la montaña de materiales que están apareciendo, pues me acojo a lo que Ud. tan bien ha expresado en “Vindicación del lector”: “Cuando la lectura deja de ser un entretenimiento sin trascendencia para convertirse en un hábito de cultura, entonces el sentido de la propiedad de los libros comienza a dominar al lector”. Por lo que le pediría —perdóneme el atrevimiento— que si **C. de C.** recibiera libros de las editoriales (como es usual en estos casos) de vez en cuando se me podría remitir alguno que Ud. considere estoy en condiciones de comentar (sobre Historia).

He conversado con otros compañeros respecto a la conmemoración de Aníbal Ponce y debo confesarle que hay mucho interés al respecto: nuestra idea es que Ud. podría venir y dar una serie de conferencias (hay posibilidades de conseguir la Facultad de Filosofía). En Córdoba tendríamos que empalmarla con los festejos del 40 aniversario de la Reforma Universitaria.

En cuanto a la situación del trabajo cultural estoy plenamente de acuerdo con Ud. Es lamentable y triste a la vez porque estamos desperdiciando condiciones óptimas. Es necesario, como Ud. dice, examinar rápidamente esta situación. Con respecto a Smukler [sic] no hay ninguna novedad, salvo la que pasó al Partido.

Perdóneme si he sido extenso en esta carta. Creo que es mi deber eximirlo de la obligación de responderla en su totalidad, en mérito al poco tiempo de que Ud. dispone, pero presentada la ocasión hay que saberla aprovechar ¿No le parece?

Esperando con impaciencia su respuesta. Lo saluda cordialmente.

José María Aricó

---

### III. DE JOSÉ MARÍA ARICÓ A HÉCTOR P. AGOSTI

Córdoba, 4 de agosto de 1959

Estimado compañero Agosti:

Acabo de conversar con el compañero Schmucler quien me transmitió su pedido respecto al cuidado de las ediciones castellanas de los libros de Gramsci. Como Ud. comprenderá apenas conocida la noticia, me apresuré a escribirle estas líneas para contestarle que estoy en un todo de acuerdo y con un inmenso deseo de poner manos a la obra. Como Toto no acertó a explicarme con todos los detalles en qué consistiría mi tarea, espero que Ud. o la editorial me escriban al respecto. Si es lo que yo pienso se tratará de revisar las traducciones ya encaradas. Creo que esta labor es imprescindible tratándose de los escritos de Gramsci, por la naturaleza de éstos y en los hechos —en mi opinión— las traducciones de Gabriela Moner (**Cartas de la Cárcel**) e Isidoro Flaumbaum (**Materialismo Histórico**) dejan mucho que desear. Esta última, a pesar de estar revisada, tiene una serie de errores tipográficos —inadmisibles en un libro de su precio— pero lo que es peor, algunos gruesos errores de traducción. En mi caso, quiero aclararle que no soy un profundo conocedor del italiano, pero sí un enamorado ferviente de Gramsci y creo estar en condiciones de realizar esta tarea. Por otro lado estoy estudiando el idioma y con mi profesora —una compañera— podremos sortear los obstáculos más gruesos. En mi opinión de lo que se trata con los escritos de Gramsci, es de reflejar con la mayor exactitud posible, sacrificando en algunos casos la forma, lo que quiere señalar. Y esto exige una larga asiduidad con la obra del general escritor italiano.

Con respecto a este problema, quedo en espera de sus indicaciones, agradeciéndole desde ya la confianza que ha dispensado. Trataré en todo lo posible de no defraudarlo.

Schmucler me transmitió también su pedido de colaboración en **C. de Cultura**. La verdad es que no estoy escribiendo nada, salvo resúmenes de libros que leo y... la redacción de volantes y





declaraciones. No es solamente por falta de tiempo. En lo profundo responde a cierta pereza en tomar un tema, estudiarlo en profundidad y escribir las conclusiones. Casi siempre me quedo a mitad del camino y los proyectos son abandonados. En la actualidad estoy estudiando seriamente economía y filosofía y creo que podré hacer algo, aunque más no sea alguna crónica bibliográfica. En este sentido creo que me ayudaría el “encargo” serial, es decir que Ud. o la revista me sugieran algunos temas o crónicas que uds. consideren interesantes y yo podría aportar. ¿Sería mucho exigir de mi parte? Si esto es así le ruego que me perdone lo que es fruto de mi inexperiencia. Estoy leyendo su libro (**Nación y Cultura**) y pienso escribir algo sobre él en **Mediterránea** o **Meridiano**, dos publicaciones locales. De todas maneras apenas lo termine de leer le enviaré —si Ud. me lo permite— mis modestas opiniones.

Hasta pronto compañero Agosti, y vuelvo a reiterarle mi agradecimiento.

José Aricó

Fuente: Fondo Héctor P. Agosti, Partido Comunista Argentino.

#### IV. DE JOSÉ MARÍA ARICÓ A HÉCTOR P. AGOSTI

Córdoba, 28-9-1959

He recibido su carta del 24 de agosto y le ruego que me disculpe el atraso de esta respuesta. Como Ud. conocerá he recibido dos cartas de la editorial Lautaro donde se me encarga concretamente la traducción de **Literatura y vida nacional** y la revisión de la traducción de **Los Intelectuales...**

En mi respuesta, le decía a la editorial que estaba muy contento con la tarea encomendada. Sólo me resta agradecerle la decisiva participación que Ud. tuvo en esta cuestión y la confianza que de tal manera me dispensa. He comenzado con entusiasmo a leer **L.V.N. [Literatura y vida nacional]** lo mismo que otros escritos de Gramsci y dentro de unos días estaré en condiciones de iniciar el trabajo. La editorial me preguntaba si sería necesario o no hacerle notas y prólogo a dicha obra y la verdad que diferí una respuesta para una mejor ocasión, ya que pienso dentro de unos días —apenas consiga algo de dinero— viajar a Buenos Aires. Pero con respecto a este problema pienso que un prólogo sería conveniente, por lo menos para orientar al lector en el conocimiento de la realidad de la que partía Gramsci. La necesidad —es decir la profunda vigencia histórica— de sus planteos, la repercusión de esas notas en la Italia de postguerra y la validez que puedan tener como puntos de referencia para un análisis marxista de nuestros problemas culturales. En cuanto a la conveniencia o no de la inclusión de notas aclaratorias creo que habría que limitarse a anotar exclusivamente lo que impida una comprensión cabal del texto. ¿No le parece? Espero conversar personalmente con Ud. sobre este y otros problemas.

Con relación a **C. de Cultura** estoy dispuesto a adquirir un compromiso de colaboración, por lo que he decidido aceptar su sugerencia de escribir un artículo sobre Gramsci. Es más, ya he comenzado a elaborarlo y espero tenerlo listo para fines de octubre, aunque necesitaría algunos materiales de consulta que espero conseguir en Bs. As., por ejemplo los **Scritti Giovanili**, el n° de **Rinascita** que trae el artículo de Togliatti sobre actualidad del pensamiento y la acción de Gramsci y el folletito sobre la Cuestión meridional. ¿Es posible conseguirlos? ¿A qué librería me recomienda dirigirme?

Le comunico que no he recibido el libro de [Juan María] Gutiérrez que **C. de C.** dice haberme enviado para comentarlo. Posiblemente se trate de un error, pero de todas maneras continúa en pie mi compromiso de comentar algunos de los libros que se recibiesen (aunque con la situación particular que atraviesa la revista no creo que reciban muchos libros). En cuanto a lo de la iniciativa que debemos tener, tiene Ud. toda la razón del mundo, pero en Cba. por diversas circunstancias hay quienes hablan hasta de cierta “pachorra” instintiva de los cordobeses —somos un poco haraganes en este sentido y el encargo social (la coerción aceptada) puede jugar el papel del tábano del cuento. Por otro lado, en mi caso particular, no siempre logro enlazar correctamente la diversidad de tareas que se me presentan, aunque pienso que debo hacer más esfuerzos y partir más de la necesidad de sentirse “un poco dueño del barco”...

He terminado de leer **El Mito Liberal** y me parece un libro extraordinario. Pienso que es el capítulo que faltaba a **Nación y Cultura** para convertirse —de tal manera— en el más serio esfuerzo hecho en el país por desentrañar la contradictoria realidad cultural. Nuestro partido está logrando una gran madurez en el conocimiento profundo de nuestro país y su libro (o sus libros) es una muestra clara del aporte de los comunistas a la cultura nacional. Mucho queda por recorrer pero lo ya hecho demuestra que ha quedado muy atrás la época en que el marxismo estaba en pañales en la Argentina —como dijera R. Ghioldi— y que el materialismo histórico se está convirtiendo en nuestras manos (vaya lo de “nuestra” en sentido figurado sin hacer mención personal) en un precioso instrumento de conocimiento. El suyo es un libro profundamente sugerente, amplio, polémico, que ayuda a plantear los problemas desde nuevos puntos de miras. Por ejemplo, el capítulo “Formas y contenido de la cultura”, que me parece el más rico en este sentido. Creo que Ud. da el ejemplo de utilización creadora del marxismo en general y en ese capítulo, de las ideas de Gramsci, nos ayudará a quienes somos simples grumetes del barco en el que Ud. es “veterano” (sin licencia) a encontrar el camino para la comprensión cabal de nuestra nación. Creo que este libro prolonga y supera los anteriores, aunque desde el punto de vista formal, es decir de realización, creo que es inferior al **Echeverría**. Aunque es evidente que mucho de lo que en este era sugerido, esbozado, se ha convertido en algo desarrollado, totalmente homogéneo en **Nación y Cultura**, lo que muestra en Ud. un constante espíritu de búsqueda y una madurez en permanente ascenso. Le aseguro que quienes nos sentimos preocupados por los problemas de nuestra herencia cultural —que felizmente para la clase obrera y nuestro

país somos cada vez más numerosos— le estaremos sinceramente agradecidos por esta hermosa meditación. La distinción que Ud. formula entre las corrientes liberales y democráticas del siglo pasado (y del presente) es extremadamente sugerente y puede permitírnos, si la aplicamos con suficiente flexibilidad y conocimiento de la historia, no extraviarnos en los contradictorios hechos del periodo de la Organización, la Revolución del 90, etc. Su demostración clara de las deficiencias de estas corrientes y del nacionalismo nos coloca en una posición privilegiada para realizar un análisis objetivo —es decir al margen de las facciones— de nuestro pasado y los problemas irresueltos y podremos pasar a la ofensiva en un terreno en el que todavía estamos a la defensiva (y muestra de ello es la limitación de los escritos sobre historia que aparecen en nuestros materiales). Por eso creo que en esta etapa ayudaría la edición en castellano de **Il Risorgimento** (que aún no sé si se piensa editar). En mi artículo quisiera referirme un poco a este problema que se puede resumir así: El profundo crecimiento de las fuerzas populares, fundamentalmente de la clase obrera, obliga a replantearse los problemas de nuestra historia nacional por aquello de que “Si escribir historia significa hacer historia del presente, es un gran libro de historia aquel que en el presente ayuda a las fuerzas en desarrollo a devenir más conscientes de sí mismas y con ello más activas y realizadoras (**Il Risorgimento**, p. 63). Esta labor la deben realizar sin desmayo nuestros investigadores y nuestros dirigentes. Le recuerdo que en la biografía realizada por Lombardo Radice y Carbone, ellos cuentan como planteaba la necesidad de que los dirigentes del Partido conociesen profundamente la historia de la creación del Estado Unitario Italiano y encuentro también en una nota de **Problemas de la Paz**<sup>4</sup> que esa idea del genial pensador italiano se lleva a la práctica ya que en los cursos anuales del P.C. Italiano se incluye como materia obligatoria la Historia de Italia. En nuestro proyecto de programa y nuestras tesis están contenidos los rasgos fundamentales de nuestra historia que pueden permitirnos realizar ese trabajo y la idea de festejar el 150 aniversario de la Revolución de Mayo puede ser un punto de arranque de una profunda labor en este sentido.

Perdóneme querido Agosti si me he dejado llevar por un tema que me apasiona. Siguiendo el consejo de De Sanctis he comenzado a releer **Nación y Cultura** y **El Mito Liberal** y quizás prepare un comentario para algún periódico local. A propósito ¿qué le pareció la nota que publicó **Clarín** de un tal F. S. Solero sobre su libro?<sup>5</sup> Creo que le hubiera convenido releer el libro antes de “meter la pata” como hizo, adjudiándole una idea que le haría recaer en pecado de determinismo económico, es decir, directamente lo contrario de lo que Ud. ha sostenido siempre.

Una última cosa antes de despedirme. Ha llegado a mis manos un librito de Mariátegui llamado **El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy**. Lo componen una serie de ensayos entre los que se cuentan las dedicadas a Italia y sus personalidades cultu-

rales de la época que en él estuvo (es decir de la tercera década). Y me encuentro con una evidencia clara: la similitud de formación, de interés intelectual, de sufrimientos entre Gramsci y Mariátegui que podría dar lugar a un interesante paralelo histórico. ¿Lo pensó alguna vez? Sabe Ud. si existe algún material donde Mariátegui hable de Gramsci, ya que habla y en extenso de algunas personalidades que estuvieron muy cerca de él como Piero Gobetti pero apenas menciona **L'Ordine Nuovo** y su director.

Hasta luego, querido amigo y espero verlo pronto si tengo suerte de viajar a Bs. As. De todas maneras espero sus noticias

José Aricó

Fuente: Fondo Héctor P. Agosti, Partido Comunista Argentino.

#### V. DE JOSÉ MARÍA ARICÓ A HÉCTOR P. AGOSTI

Córdoba, 28 de enero de 1963

Estimado Agosti:

Le ruego que me disculpe no haya contestado antes sus líneas. La verdad es que esperaba verlo durante mi reciente viaje a la Capital. Posiblemente Carlitos le haya dado más noticias sobre lo ocupados que estuvimos hasta el lunes, que fue el día que le hablé por teléfono para coordinar una cita, sin dar con nadie en su casa. El martes tuve que regresar y por ello no pude repetir el llamado. Es una lástima porque tenía muchas cosas que conversar con Ud. Esperemos que dentro de poco tiempo podamos vernos y reiniciar la charla comenzada.

Los adultos me habían encomendado la tarea de verlo por algunos otros problemas que requieren su opinión. Especialmente en lo que hace al trabajo cultural aquí todos estamos acordes en que debe ser encarado con el máximo de seriedad y de constancia. Ellos eran de la idea de que Ud. se hiciese un viajecito por ésta hacia fines de febrero, cuando ya habríamos tenido tiempo de madurar algún plan de trabajo provisorio. Creo que esta vez puede ser algo serio. Como ya le habrá escrito Toto [Schmucler] el trabajo por editar la vieja revista, que era nuestro proyecto siempre reiterado, marcha viento en popa y esperamos que para finales de marzo la cosa se concrete. Sería una revista trimestral, redactada por un equipo amplio (en el plano de la militancia política y del campo de conocimientos a los que se aplican) de colaboradores que trataríamos de encuadrar, en un proceso de trabajo más o menos largo, en comisiones o grupos de estudios de diversos problemas. En este momento estamos en una campaña de búsqueda de fondos y suscripciones, pues tenemos el propósito de conseguir unas 100 en la ciudad. Recuerdo que la idea de una revista cordobesa le atraía a Ud. muy poco, y que creía que era más útil que nos metiésemos a trabajar en **Cuadernos**. Posiblemente si tuviéramos la oportunidad de conversarlo in-extenso llegaríamos a un acuerdo, pero quiero adelantarle des-

<sup>4</sup> **Problemas de la Paz y el socialismo** (1958-1961) es la revista oficial del comunismo internacional que se edita en Praga y se reedita en Buenos Aires.

<sup>5</sup> Se refiere al crítico y escritor Francisco J. Solero, colaborador de **Sur** y luego de **Contorno**.



de ya los elementos de los cuales partimos para considerar que si queremos hacer un trabajo cultural profundo y comenzar a dar la batalla en el plano ideológico-cultural en nuestra provincia, un punto de partida hasta cierto punto imprescindible es la revista:

- 1) Porque la redacción de una revista del tipo que planteamos obliga ya a trabajar con un equipo de hombres —en Cba. es de alrededor de 20 personas— que muchos de ellos comenzaron recién a escribir cosas, a prepara artículos, a resumir libros. Podrían hacerlo para otros materiales o publicaciones, pero Ud. sabe cuan difícil es asegurar esto. La revista tendría una presencia física, sería hecha por la gente de la provincia, tendría un poder de atracción especial.
- 2) Sería una revista de frente único. Escribirían personas que en nuestras publicaciones no lo hacen habitualmente ni saben si lo pueden hacer porque en las condiciones particulares del país, quienes escriben en **C/C.**, por ejemplo, son comunistas, es decir miembros de un partido determinado, al cual ellos no pertenecen.
- 3) No existe una publicación de este tipo, en el país. Y el hecho de que no exista hace que muchas personas que mantienen una seria posición de respeto hacia nuestra organización, y que están dentro de la izquierda pueden ser convertidas en piezas de manobras de aventureros del tipo de los que se acaban de lanzar a la publicación de la revista de la Liberación nacional.<sup>6</sup> Lo que en mi opinión no es más que otra de las tantas publicaciones que bajo el manto de la izquierda se dedican a hacer cada vez más duro el camino del encuentro de las fuerzas populares.
- 4) Que la revista puede ser el pivote para una serie de iniciativas culturales que pueden ser realizadas bajo nuestra orientación y dirección. Y que los núcleos que se formen en los pueblos para su colocación pueden convertirse luego en los núcleos unitarios del trabajo cultural.

Como verá, creo que las razones enunciadas tienen cierto peso. Convenimos con Ud. en que hay un riesgo: que el trabajo con **Pasado y Presente** —pues así se llama nuestro engendro— nos lleve a no trabajar con **C. de Cultura** o no colaborar con ella, a no venderla, etc. Pero como Ud. y yo sabemos este es un problema que no depende de la existencia o no de otra revista sino de algo que está más arriba, esto es, de la existencia en las direcciones de una conciencia de la importancia de la labor cultural, de la formación de comisiones estables que tomen el trabajo de colocación de **Cuadernos** y de algunas otras cosas. Con respecto a nuestra colaboración en **Cuadernos**, es nuestro propósito aumentarla (o mejor, dirá Ud. iniciarla). De todas maneras, una nueva publicación siempre da como resultado la ampliación del equipo de hombres que trabajan en la cultura y esto no puede dejar de beneficiar tanto a **Cuadernos** como el conjunto de la labor.

<sup>6</sup> Se refiere a la **Revista de la Liberación** que publicó en La Plata tres números entre 1963 y 1964. Estaba dirigida por José D. Speroni y Ricardo Piglia era su secretario de redacción. Entre sus redactores principales se contaban Carlos Astrada, Milciades Peña y José Szabón. Juan Carlos Portantiero será entrevistado por Piglia en el n° 2 ("13 preguntas a J.C. Portantiero", **Revista de la Liberación** n° 2, La Plata, segundo trimestre 1963, pp. 12-13).

Me gustaría que me enviase una carta respondiendo in extenso a la argumentación que aquí ligeramente le reseño, ya yo no sé cuándo podremos conversar personalmente.

Con respecto al artículo de Olivieri creo que Del Barco lo tiene ya listo. Algunas cosas las hemos hecho en común, pero en lo fundamental le pertenece. Trataremos que salga lo mejor posible, en cuanto al lenguaje comprensivo y el "tono" utilizado.

Sobre las ediciones futuras de Gramsci no hay noticias. O mejor dicho hay noticias bastante desalentadoras. La editorial anda con tales dificultades financieras que considera prematuro pensar en la reedición de Gramsci. Como Ud. comprenderá esto hace que todos mis planes, inclusive financieros se vengán abajo. Posiblemente en abril, al cambiar de "trabajo" tenga que dedicarme a las traducciones y no creo que las pueda conseguir. Espero que si en sus manos existe alguna posibilidad de hacerse conseguir algunas algunas (por ej. del tipo de las editadas por Platina o Futuro) no deje de hacerlo. Pues si no trabajo en este tipo de cosas me tendré que meter en alguna oficina y someterme al infernal horario a que están acostumbradas. Y adió los planes de trabajo y estudio.

Espero verlo pronto. Ud. dirá si las vacaciones lo acercan a nuestra provincia, como otras veces, si podemos coordinar alguna cita. De todas maneras, quedo aguardando con cierta impaciencia su respuesta. Saludos a toda su familia y un abrazo cordial de

José Aricó

Fuente: Fondo Héctor P. Agosti, Partido Comunista Argentino.

## VI. JOSÉ MARÍA ARICÓ, "¿MARXISMO VERSUS LENINISMO?"

### ¿Marxismo versus Leninismo?

Bajo el sello editorial de Raigal, y como complemento de su libro **El materialismo histórico en Federico Engels**,<sup>7</sup> acaba de aparecer un extenso ensayo del profesor Rodolfo Mondolfo, con el título **En torno a Gramsci y a la filosofía de la praxis**.

Dos motivos nos impulsaron de inmediato a su lectura. La personalidad del profesor Mondolfo, por una parte, vastamente conocida en el país y especialmente en nuestra ciudad —de cuya universidad fue profesor— por sus valiosos trabajos sobre filosofía griega y últimamente por la meritoria traducción de la **Lógica** de Hegel. Por otro lado, por tratarse de un ensayo sobre Antonio Gramsci, filósofo casi desconocido por el público lector argentino. Digo casi porque la editorial Lautaro en el año 1950 editó sus **Cartas desde la Cárcel**. Gramsci, secretario del Partido Comunista Italiano, muer-

<sup>7</sup> Rodolfo Mondolfo, **El materialismo histórico en Federico Engels**, Buenos Aires, Raigal, 1956, 413 páginas. Traducción Roberto Bixio.

to el 27 de abril de 1937 luego de permanecer once años en las cárceles mussolinianas, escribió en la prisión el más sólido monumento del marxismo italiano, sus **Cuadernos de la Cárcel**, lamentablemente aún no traducidos al castellano. La publicación de dichos cuadernos en la Italia de posguerra provocó una ola de polémicas y controversias entre todos los sectores políticos y culturales, en los que los agudos planteos gramscianos fueron penetrando cada vez más profundamente y hoy constituyen el punto obligado de partida, no sólo para el análisis de la cultura italiana, sino quizás también para la nuestra, tan semejante en su problemática a aquella.

Por ello era obligado el pronunciamiento de Mondolfo sobre Gramsci, más aún cuando los dos, siguiendo las enseñanzas de Antonio Labriola, por distintos caminos, se esforzaron por oponer a las deformaciones economicistas-mecanicistas del marxismo una interpretación más justa, revalorizando el verdadero pensamiento marxengelsiano al respecto.

Pero la previa lectura de las solapas del libro puso de manifiesto inmediatamente qué propósitos guiaban al profesor Mondolfo al escribir dicho ensayo. Dice la solapa: “Esta inspiración de libertad humana, tan esencial a la filosofía de la praxis, ha sido desconocida no sólo por los adversarios, sino aún más por los partidos y gobiernos que quisieron y quieren servirse del marxismo para un sistema político de dictadura y totalitarismo. La deformación que significa semejante interpretación y las contradicciones que implica son destacadas en el último ensayo agregado a la presente edición, en el Apéndice que la distingue de las ediciones anteriores”.

Al análisis de algunas de dichas supuestas “deformaciones” y “contradicciones” está dedicado este artículo, como intento de ubicar en su justo lugar algunos conceptos fundamentales del marxismo-leninismo.

Todo el análisis de Mondolfo gira alrededor de un concepto de indudable importancia política y cultural: el concepto de hegemonía.

Su coincidencia con Gramsci habría consistido en haber mantenido una “oposición común tanto al determinismo materialista y catastrófico como al voluntarismo de la espontaneidad y del mito revolucionario”, pero su divergencia estriba en que Gramsci apoyó y desarrolló la teoría de la hegemonía de Lenin y Stalin, mientras que Mondolfo sostiene que dicha concepción señala una burda deformación del marxismo.

El concepto histórico-político de hegemonía constituye la esencia del leninismo, como desarrollo del marxismo en la nueva época del imperialismo. Es la profundización de la doctrina marxista del Estado. Marx y Engels habían mostrado, a través de numerosos escritos, la significación del Estado, cómo su esencia se reduce a ser el aparato coercitivo —sociedad política— de dominio de las masas. Pero cómo también las clases dominantes se servían de organizaciones privadas (en lo fundamental los partidos políticos) que encontraban en la sociedad civil, para ejercer una demostración ideológica de las masas. El Estado cambió su función con el advenimiento del proletariado. De órgano de poder y dominio de

la minoría sobre la mayoría, pasa a ser instrumento de poder y guía de la mayoría trabajadora contra las clases explotadoras. Por ello el proletariado no sólo aplica su dictadura (dictadura del proletariado, como dice Marx) sobre la burguesía, sino que edifica todo su poder sobre la base de la dirección y la guía de todos los sectores populares. Este es el sentido del término hegemonía —utilizado repetidamente por Gramsci— y que señala la capacidad del proletariado de agrupar bajo su dirección a todas las fuerzas nacionales y populares. Es decir que el momento de la fuerza es acompañado por el momento de la conciencia, de la dirección política de los sectores aliados (del “consenso”, diría Gramsci). Esta es una condición necesaria, y mérito de Lenin es haberla desarrollado y profundizado. El proletariado podrá triunfar sobre la burguesía si sabe colocar bajo su dirección política y cultural a todos los sectores populares, fundamentalmente, los campesinos.

Esto presupone la creación de la conciencia de clase en el seno del proletariado. Es decir, la conciencia de los fines históricos que el proletariado tiene que cumplir, la conciencia socialista.

Y entonces surge un problema fundamental no resuelto por Mondolfo. Dentro de la sociedad capitalista, ¿Cómo se forma esa conciencia socialista? ¿Es un producto mecánico de la madurez económico-política del sistema capitalista, a través de un proceso de “subversión de la praxis” que no sabemos cómo se produce? ¿Cómo esta madurez del sistema se hace conciencia en el proletariado? Por supuesto, en el nivel de la superestructura, de la ideología. Pero en la sociedad actual, con la existencia de importantes organismos “civiles” (partidos políticos, iglesias, escuelas, prensa, etc.) que son vías de infiltración de la ideología burguesa en el seno de las masas, ¿se puede afirmar que la clase obrera sola, espontáneamente, puede producir la ideología socialista? De ninguna manera. “la historia de todos los países atestigua que la clase obrera, abandonada a sus propias fuerzas, sólo es capaz de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos”.<sup>8</sup> La conciencia socialista únicamente puede surgir sobre la base de un conocimiento profundo del desarrollo científico de la época y de la generalización de la experiencia proveniente de las luchas obreras y populares. Esa ideología socialista es introducida desde afuera de la clase obrera y es lo que permite llevar a la misma la convicción profunda del papel histórico que tiene que desempeñar para la liquidación de la sociedad basada en la explotación del hombre. En este sentido quizás convenga transcribir una cita de Emilio Sereni que ilustra admirablemente lo planteado. “En nuestra sociedad —escribe Sereni— la ideología de la burguesía es la dominante y basa este dominio en la espontaneidad de las masas. El abandono de estas masas a la espontaneidad capitalista, no solamente impide el acceso a la cultura y la hegemonía cultural, sino que la imposibilita para el desarrollo de su lucha política liberadora. Más aún, impide su constitución como clase para sí, como dice Marx, porque para un proletariado producto de la diferenciación y degradación de todas las clases, de la confluencia a las grandes ciudades de una población de diverso origen regional, nacio-

<sup>8</sup> V. I. Lenin, “¿Qué hacer?”, en **Obras escogidas**, Buenos Aires, Problemas, 1946, tomo 1, p. 163.



nal, religioso, de diversa capacidad profesional, su constitución como clase implica la conquista de una conciencia de clase, la supresión de la espontaneidad, de los prejuicios corporativos, nacionalistas y otros que comporta la variedad de origen de los proletarios”.<sup>9</sup> Por ello, a diferencia de las otras clases que fueron dominantes, el proletariado, para convertirse en clase para sí, debe nuclearse en el seno del Partido de la clase obrera, que expresa el momento de la conciencia socialista, producto de la comprensión de las leyes de desarrollo de la sociedad. Así el partido obrero cumple la función de acelerar la formación de la conciencia de clase, de convertir en unitaria y coherente la disgregada —porque aún existen elementos heterogéneos de distintos campos culturales— concepción del mundo que está en la mente de cada uno. De tal manera y a través de la acción profunda del partido, el marxismo deviene una filosofía histórica, porque se difunde, se convierte en la concepción propia de las masas, se hace política.

El leninismo, y con él Gramsci, afirman por consiguiente la necesidad de la existencia del partido político del proletariado. Es decir, de “un núcleo directivo consciente y enérgico que en virtud de un plan realista guíe y organice dinámicamente a la clase proletaria”. Y esta posición no supone —como equivocadamente cree Mondolfo— abandonar las exigencias que Marx, en el prefacio a **Critica de la Economía Política**, plantea como condiciones para el triunfo de un cambio social y que son:

- 1) La idea de que la humanidad sólo se propone aquellos cometidos que puede resolver (y el cometido surge cuando existen las condiciones materiales de su resolución).
- 2) Una formación social no aparece antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas por las cuales aquella es aún suficiente

Según Mondolfo, la teoría y la acción del leninismo (o “bolcheviquismo ruso” como equivocadamente lo llama) contrarían estas exigencias, porque a la madurez del sistema anteponen la acción del partido “capaz de instaurar el socialismo allí donde se verifique la condición, puramente negativa, de la mayor debilidad en el eslabón del imperialismo capitalista”.

Esto a nuestro entender constituye un error manifiesto. Es claro que ningún partido por su sola voluntad puede cambiar las condiciones objetivas de la sociedad. Pero aquí se trata de otra cosa. Se trata de que por diversas circunstancias históricas el mundo capitalista actual está *maduro* para la revolución. ¿Cuáles son esas circunstancias según Stalin?

- 1) La dominación del capital financiero en los países adelantados del capitalismo y como conclusión la agudización de la crisis revolucionaria en los países capitalistas.
- 2) La exportación intensificada de capital a los países coloniales y dependientes y con ello la agudización de la crisis revolucionaria en los países coloniales

<sup>9</sup> Emilio Sereni, “Libertad y espontaneidad de la cultura”, en **Cuadernos de cultura**, n° 2, Buenos Aires, diciembre de 1950, p. 29.

3) El desarrollo desigual de los países capitalistas, con el consiguiente aumento de la lucha por un nuevo “reparto” del mundo.

Es decir que contra el frente del imperialismo se fue desarrollando la unidad de todas las clases explotadas, desde las naciones imperialistas hasta los países dependientes y coloniales, y por tanto, apareció la posibilidad de romper el frente imperialista. Por todo ello ya Lenin en 1914 definió al capitalismo monopolista como el preludio de la revolución socialista.

Esta situación exigía de los marxistas consecuentes una revalorización de la teoría de la revolución proletaria y del partido, exigía “...la necesidad de un nuevo partido —con relación a la vieja democracia— lo bastante intrépido para conducir a los proletarios a la lucha por el poder, lo bastante experto para orientarse en las condiciones complejas de la situación revolucionaria y lo bastante flexible para sortear todos y cada uno de los escollos que se interponen en el camino... Sin un partido así no se puede ni pensar en el derrocamiento del imperialismo”.<sup>10</sup>

Estos elementos eran nuevos. No existían en la época de Marx y Engels por lo que se hacía necesario ubicar el marxismo frente a las nuevas condiciones. Cabían dos posiciones. Pensar que la doctrina de Marx era algo intocable, es decir, permanecer en la senda de un marxismo dogmático y considerar como lo hicieron Kautsky y consortes (y ahora lo reafirma Mondolfo) que la revolución únicamente sobrevendría y triunfaría en los países cuyas “condiciones objetivas favorables” (y por dichas condiciones ellos entendían pura y exclusivamente un elevado desarrollo económico y capitalista) lo permitiesen. O pensar que la doctrina de Marx y Engels “no es un dogma sino una guía para la acción” y desarrollarla en consonancia con las nuevas situaciones planteadas. Este fue el camino que eligieron Lenin y Stalin y el que siguió Gramsci, el que siguen todos los partidos revolucionarios del mundo. Este camino se basó en que “hoy se debe hablar de la existencia de condiciones objetivas para la revolución en el sistema general de la economía imperialista mundial considerada como un todo, aparte de que la existencia dentro de este sistema de algunos países con un desarrollo industrial insuficiente no puede representar un obstáculo insuperable para la revolución, si el sistema en su conjunto, o para decirlo con más precisión, *puesto que* el sistema en su conjunto está ya maduro para la revolución”.<sup>11</sup> Estas palabras de Stalin están corroboradas por los hechos, ya que en Rusia, donde según los cánones socialdemócratas no estaban aún “maduras” las condiciones, triunfó la revolución proletaria y se instauró el primer estado obrero. Esta revolución triunfó porque el proletariado, bajo la dirección del Partido Comunista, luego de tomar el poder de manos de la burguesía, instauró la dictadura del proletariado sobre las clases terratenientes y burguesas, basándose en la unión de los obreros y los campesinos, que arrastraron tras de sí a todas las capas populares. Ese fue el mérito de los bolcheviques guiados por el marxismo-leninismo.

<sup>10</sup> J. V. Stalin, “Fundamentos del Leninismo”, en **Cuestiones del Leninismo**, Buenos Aires, Problemas, 1947, p. 103.

<sup>11</sup> J. V. Stalin, op. cit., p. 36.



¿Qué hicieron los socialistas de derecha cuando en 1918 se produjo la revolución obrera en Alemania, es decir, en un país con “condiciones objetivas favorables” y con un partido socialdemócrata absolutamente mayoritario? Se dedicaron a la represión sangrienta del proletariado (asesinato de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, etc.), o la permitieron, y modelaron una constitución “ultraavanzada” que se desmoronó cual castillo de naipes ante el avance del nazismo. Exactamente lo mismo ocurrió en la Italia del año 1920.

O tomemos un ejemplo que aporta Mondolfo cuando señala que el caso del laborismo inglés demuestra cómo a la madurez histórica objetiva corresponde una madurez subjetiva (!) de la clase trabajadora, sin necesidad de que el partido le imponga su dictadura (!). ¡Pero si el tradeunionismo inglés es el caso típico de cómo se castra la energía de las masas negándose a darles una teoría revolucionaria! ¿Cuántas veces estuvo en el poder el laborismo en Inglaterra? ¿Construyó alguna vez —o lo intentó siquiera— una sociedad socialista basada en la caducidad de la explotación del hombre por el hombre? ¿Impidió alguna vez que el voraz imperialismo inglés explotase inicualemente a sus colonias? El ejemplo del laborismo inglés es precisamente el camino que no debe elegir el proletariado en su lucha por el poder. Y si Mondolfo quiere estar en la buena compañía de Marx y Engels en este caso, podría leer —y no es la única— la carta que el 7 de octubre de 1858 dirige Engels a Marx, en la que enjuicia el oportunismo del proletariado inglés de la siguiente manera: “el proletariado se va aburguesando de hecho cada vez más; por lo que se ve, esta nación, la más burguesa de todas, aspira a tener en resumidas cuentas, *al lado* de la burguesía, una aristocracia burguesa y un proletariado burgués”. Es claro que esto tiene una explicación. La acumulación de superbeneficios provenientes de la explotación colonial permite a las grandes potencias imperialistas corromper a las capas superiores de sus obreros y crear una aristocracia obrera que es utilizada como freno de las luchas proletarias, manteniéndolas en el lecho de Procusto de las simples reivindicaciones económicas. Esta es la raíz social del oportunismo, que se muestra en sus aspectos típicos en el movimiento obrero norteamericano.

En el problema de las relaciones dialécticas entre el partido y la clase, existe la posibilidad de incurrir en dos graves errores: por un lado subestimar al partido, confiar en la espontaneidad de las masas, confiar en que las masas por sí solas pueden adquirir una conciencia socialista. Esto es tradeunionismo. Y la experiencia histórica demuestra los fracasos a que conduce esta desviación oportunista, economista, del marxismo. Por el otro lado, subestimar el papel de la clase es blanquismo, es llevar a la clase a la aventura, despegarse de ella, de sus instintos, grados de evolución, de su iniciativa revolucionaria. Es interrumpir el contacto vital que tiene que existir entre partido y clase. Es “izquierdismo”.

Desde un supuesta lucha contra el izquierdismo aventurerista bolchevique (en su folleto “Sobre la acción de Bakunin”, Mondolfo habla hasta de una “orientación bakuniana” en el leninismo), Mondolfo en realidad cae en los brazos del oportunismo, de todos aquellos que quieren convertir a Marx en un vulgar liberal adocenado. En todo el ensayo de Mondolfo campea la idea “liquida-

dora” del partido. Nosotros creemos que sólo un partido férreamente unido a través de una teoría revolucionaria —el marxismo-leninismo— es capaz de salvar a las masas del tradeunionismo y llevarlas a la conquista del poder. En eso estamos avalados por innumerables escritos de Marx y Engels y por la historia. Lo dice el surgimiento en la posguerra de ese magnífico campo socialista compuesto de naciones que agrupan a más de novecientos millones de habitantes. Todos aquellos que, reivindicando al marxismo, silencien o deformen la acción que en tal sentido le corresponde al partido del proletariado, trabajan por colocar a las masas bajo el manto “protector” del filisteo pequeño-burgués.

\*\*\*\*

Refutar cada uno de los errores de Mondolfo sería una tarea que escaparía de los márgenes de esta simple nota bibliográfica —de por sí bastante extensa— pero creíamos que era necesario puntualizar algunas observaciones para ubicar en su justo término la posición revisionista del marxismo que ocupa Mondolfo.

Córdoba, julio de 1957

José María Aricó

[Transcripto de: **Cuadernos de Cultura** n° 33, Buenos Aires, diciembre de 1956, pp. 91-96]

# Reseñas críticas

A propósito de Paula Bruno, **Pioneros Culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910**, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011, 240 pp.

Este libro es la adaptación de la tesis leída por la Doctora Paula Bruno en la Universidad de Buenos Aires hace dos años. Se trata, como dice la autora-investigadora del CONICET y profesora en la Universidad de Buenos Aires, de un acercamiento a la vida cultural argentina durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX a través de las biografías de cuatro personajes de gran importancia: Eduardo Wilde (1844-1913), José Manuel Estrada (1842-1894), Paul Groussac (1848-1929) y Eduardo Holmberg (1852-1937). Estos hombres hicieron sus primeros pasos como intelectuales en la década de 1860, momento en el que, con el fin del “rosismo” se comenzó a organizar una comunidad intelectual particular que experimentaba constantes modificaciones por la llegada de figuras de otras latitudes —el propio Groussac es un ejemplo— que convivían con las locales, las que estaban emergiendo y las que ya estaban consolidadas. Más allá de las diferencias entre estos intelectuales —detalladamente analizadas en el libro— todos ellos surgieron a la sombra de los prohombres de la patria —Sarmiento, Alberdi, Mitre— y se tuvieron que hacer un lugar en un contexto complejo y en constante transformación. Su crepúsculo como figuras prominentes de la cultura argentina se produjo en un momento en que se profundizó la modernización del mundo cultural y los nuevos defensores del ensayo positivista, por un lado, y las nuevas figuras profesionales especializadas, por el otro, llegaron al centro de la escena, dejándolos entre aturdidos y fuera de contexto.

El libro se estructura siguiendo este planteamiento general y presenta, después de una introducción, cuatro capítulos biográficos dedicados a cada uno de los personajes, y un último apartado titulado “Ensayo final. Coordenadas de una época”, seguramente el más sugerente por todo lo que tiene de síntesis y de potencialidad explicativa, en el que Bruno plantea las ideas fundamentales del

libro y articula los cuatro personajes para dar al lector una compleja visión de conjunto de la vida cultural argentina del período.

Desde el principio, el lector tiene claro que se encuentra ante una apuesta metodológicamente interesante y con una gran potencialidad: estudiar algunos hombres de la “Generación del 80” desde una perspectiva cultural que sirve para matizar una parte de la historiografía que ha puesto el énfasis en sus vinculaciones con la política y el poder en el momento histórico de la llegada a la presidencia de Julio A. Roca. Se trata, por tanto, de trascender la “fotografía de 1880” y pensar en una perspectiva a medio plazo para explorar las singularidades de la vida cultural de esta época, tradicionalmente pensada en términos de transición cultural. Desde esta perspectiva, Bruno se sitúa como parte de una corriente que se ha ido consolidando en los últimos años en la historiografía argentina, que ha puesto en cuestión clasificaciones clásicas —“Generación del 80”, “roquismo”, “oligarquía”, entre otras—, que veían los actores sociales en bloques compactos, y ha estudiado sus fracturas en todo nivel y, para el caso de los intelectuales, ha planteado categorías como “cosmopolitas y nacionalistas” (Lilia Ana Bertoni) o “liberales reformistas” (Eduardo Zimmermann). Así, más que dar cuenta de un todo homogéneo, los intelectuales escogidos ponen de manifiesto la diversidad constitutiva de una esfera cultural en constante transformación, marcada por las presidencias de Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento y Nicolás Avellaneda, en sus primeras décadas, y por la determinante llegada de Julio Roca en 1880, más tarde.

Teniendo en cuenta esta renovación historiográfica, la autora es deudora de la mejor historiografía francesa que ha analizado recientemente el método biográfico como herramienta de aproximación a una época histórica (François Dosse y Sabina Loriga, entre otros) y se inscribe en la línea de la historia social de los intelectuales al intentar combinar circunstancias biográficas con procesos políticos y económicos. Así, a pesar del marcado énfasis cultural, Bruno no deja de lado los elementos políticos, intenta

asumirlos como una parte central del análisis y, desde el principio, enfatiza la vinculación de los cuatro intelectuales con el poder político y cultural (las relaciones y los intercambios de Mitre con Estrada, Groussac, Wilde y Holmberg así lo demuestran). Esta relación, argumenta Bruno, los obligó a definirse culturalmente y los llevó a preguntarse si había alguna tradición cultural en la que debían inscribirse o si, por el contrario, era necesario forjar una nueva. La respuesta fue dubitativa —oscilaron entre el parricidio y la reivindicación tibia— y probablemente eso hizo que fueran considerados por la historiografía como unos intelectuales en transición. Sin embargo, su propuesta fue muy clara en su relación con la política y se postularon como figuras alejadas del doble perfil de hombre de letras y hombre político que había definido los destinos de la nación previamente. Desde diferentes perspectivas, los cuatro consideraron la política como un ámbito que bloqueaba las posibilidades de desarrollo de la cultura nacional desde la cual pensaban que tenían que proyectar sus actividades. Pese a todo, esto no los llevó inexorablemente a cuestionar las instituciones: rechazar la política y ocupar cargos en el Estado no eran incompatibles. Trabajar o no para el Estado no fue motivo de duda para estos intelectuales; participar o no de la vida política, sí. Así, Groussac y Holmberg se mantuvieron fuera de las dinámicas políticas pero se hicieron fuertes como directivos de importantes instituciones (la Biblioteca Nacional y el Jardín Zoológico respectivamente); Estrada y Wilde, en cambio, ocuparon cargos en las cámaras, sobre todo a partir de 1880, e ingresaron con diferentes niveles de compromiso en el mundo político, aunque lo trataron siempre despectivamente. Por ello, según Bruno, ninguno de ellos puede ser considerado simplemente como parte de un grupo de escritores al servicio del Estado o de cómplices de un régimen.

En líneas generales, la propuesta del libro es volver a pensar los años que van desde 1860 a 1910 como un período con una dimensión cultural propia y que no se corresponde estrictamente con la mirada desesperanzada de sus protagonistas, miembros de una élite cultural que se



desarrolló en un escenario que presentaba múltiples vías de inserción institucional para la acción de unos “pioneros culturales” —la expresión de la autora es muy afortunada— que presentaron proyectos para conducir la Argentina, situando alternativamente la redención en la cultura, la ciencia y la política, y ocupando puestos institucionales de importancia a partir del trascendental período abierto en la década de 1880.

Tal como recoge François Dosse en *La Apuesta biográfica*, Walter Benjamin afirmó que “la vida de un individuo está contenida en una de sus obras, en uno de sus hechos y que en esta vida hay una época entera”. Una parte importante de la potencia sugerente de esta frase se puede encontrar en las páginas de este libro. Éste es un gran mérito que hace de este libro una lectura de referencia para comprender un poco mejor la Argentina del cambio de siglo.

**Maximiliano Fuentes Codera**  
(Universidad de Girona)

*A propósito de Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (coords.), Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2012, 352 pp.*

En su rol de coordinadores del Seminario de Historia Intelectual de América Latina (siglos XIX-XX) de El Colegio de México, Alejandra Pita González y Carlos Marichal Salinas han impulsado diversos encuentros destinados al análisis y discusión de problemáticas relativas al estudio de las ideas y los intelectuales latinoamericanos. Un primer resultado de ese esfuerzo colectivo se materializó en el libro *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX* (2004), el cual aborda el modo en que distintos intelectuales y políticos latinoamericanos pensaron la identidad de América Latina a lo largo del período escogido. *Pensar el antiimperialismo* constituye una suerte de segundo eslabón en el camino por explorar indagaciones intelectuales sobre la identidad latinoamericana partiendo, en este caso, de la centralidad que adquirió el imperialismo en los intentos por definir la especificidad de América Latina.

Ahora bien, si la pregunta por la identidad y originalidad de la región ha sido una de las constantes de la historia del pensamiento latinoamericano desde los albores de la vida

independiente, en este caso el estudio se ciñe al período entre 1900-1930. Este recorte temporal encuentra su razón en un intento por ilustrar cómo la política expansionista desplegada por los Estados Unidos hacia la región desde finales del siglo XIX operó una transformación en las formas de concebir a la gran nación del norte que moldeó a su vez nuevas miradas sobre América Latina. Así, la noción de Norteamérica como modelo de civilización era reemplazada por la del gran coloso del norte cuyo avance sobre los países de la región constituía un serio peligro para la soberanía y el progreso de los países latinoamericanos. Consecuentemente, el diagnóstico acerca de las dificultades que experimentaba América Latina para consolidar su camino hacia el progreso dejaban de ser asociados a los males intrínsecos y constitutivos de la región —raza y medio, entre otros— para colocarlos en factores externos: el imperialismo yanqui. En torno a esta reconfiguración en los modos de pensar a Norteamérica y su relación con las naciones latinoamericanas emergieron una serie de discursos críticos que la historiografía ha englobado bajo la categoría de “antiimperialistas”.

Este planteo, aludido aquí en forma muy esquemática, es el que funda y ordena la empresa que coordinan Pita González y Marichal Salinas en tanto ésta se presenta como un intento por rescatar una serie de autores y textos claves que, desde distintos enfoques ideológicos, estéticos y analíticos, han tenido como temática común al imperialismo norteamericano. De allí que esta obra se emparene con el clásico estudio de Oscar Terán —“El primer antiimperialismo norteamericano”, en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986— en su intento por ampliar el corpus de autores entonces presentado por ese investigador. En consonancia con ese interés, *Pensar el antiimperialismo* ha recortado, del amplio espectro que componen los escritos e intelectuales críticos del expansionismo norteamericano del período, las formulaciones esgrimidas por Paul Groussac, Carlos Pereyra, Isidro Fabela, Salvador Mendieta, Máximo Soto Hall, Luis Araquistain, Alberto Ghirardo, Joaquín Edwards Bello, Manuel Seoane, Scott Nearing y Joseph Freeman. Cabe aquí destacar que los textos originales de estos autores han sido digitalizados e incorporados a la página *Web* del Seminario en una apuesta por facilitar el acceso y la difusión de estas obras del pensamiento latinoamericano (ver: sección “Biblioteca digital” en <http://shial.colmex.mx/>)

Antes de referir a los ensayos incluidos en el libro resulta pertinente examinar el modo en

que en él Pita González y Marichal Salinas han abordado la cuestión del antiimperialismo. A fin de discutir su identificación con el nacionalismo “más craso”, los organizadores del volumen enfatizan que las formulaciones críticas del expansionismo norteamericano han carecido de homogeneidad ideológica, conceptual e instrumental. Es por ello que advierten contra la asignación a priori de significados posibles, y auspician —retomando una propuesta de Martín Bergel— un acercamiento al antiimperialismo como un *concepto flexible* que permita dar cuenta de su diversidad de significación. Si este supuesto queda evidenciado en el tratamiento de los textos incluidos en el libro, los coordinadores se preguntan si es posible encontrar un principio de unidad que ordene los distintos discursos antiimperialistas correspondientes al período bajo estudio y, para ello, exploran los conceptos de género y generación sopesando su utilidad para tal propósito.

El examen de los autores y textos antiimperialistas seleccionados para esta ocasión se abre con un trabajo de Paula Bruno sobre el intelectual francés radicado en Argentina: Paul Groussac. La autora recompone la trama de significaciones con que esta figura organizó su valoración acerca de España y Estados Unidos para centrarse en los desplazamientos que la intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana de 1898 operó sobre aquellas consideraciones. La radicalización de su crítica hacia Norteamérica conjuntamente con la reivindicación de un legado hispano antes denostado permite inscribir, señala Bruno, a Groussac dentro del registro del primer antiimperialismo latinoamericano. En el segundo artículo, Andrés Kozel y Sandra Montiel analizan las reflexiones del historiador mexicano Carlos Pereyra en torno a la política exterior norteamericana. A partir del contraste entre una serie de textos del autor fechados entre 1905-1908 y su obra *El Mito de Monroe* (1916) buscan resaltar las transformaciones en el posicionamiento de Pereyra desde su inicial defensa del panamericanismo hacia su posterior denuncia que lo enmarcaría en la estela de los discursos antiimperialistas abiertos tras la guerra del 98. El siguiente estudio corresponde a Luis Ochoa Bilbao quien aborda la figura del intelectual, político y diplomático mexicano Isidro Fabela y su obra *Estados Unidos contra la Libertad* (1918). El trabajo que emprende el autor no se reduce a un mero análisis textual de un libro que aspiraba a ser una historia del imperialismo norteamericano sino que intenta reconstruir el sentido implicado en una obra realizada por un funcionario del gobierno de Venustiano Carranza que tenía por misión obte-

ner el reconocimiento internacional del México constitucionalista. Luego, Margarita Silva H., estudia el proyecto unionista centroamericano a partir del itinerario del nicaragüense Salvador Mendieta y del análisis de sus trabajos *Páginas de Unión* (1903) y los tres tomos de *La enfermedad de Centro América* (1<sup>o</sup> T: 1912 - 3<sup>o</sup> T: 1934). Atendiendo a la influencia que el positivismo, la teosofía y el naturalismo de Zola ejercieron sobre este intelectual, la autora da cuenta de la relevancia que Mendieta asignó al proyecto de Unión Centroamericana para consolidar la zona como nación y emprender su regeneración social. En quinto lugar, María Oliva Medina examina tres obras del guatemalteco Máximo Soto Hall publicadas en 1899 y 1927-1928 con el propósito de señalar el modo en que la problemática de la expansión norteamericana penetró sus ensayos y escritos literarios y el modo en que éstos permiten dar cuenta de la evolución conceptual del imperialismo. Por su parte, Blanca Mar León Rosabal se detiene en la trayectoria intelectual de Luis Araquistain y en el análisis de su libro *La agonía antillana* (1928) en el cual el periodista español reflejó su experiencia de viaje por el Caribe antillano. La autora busca allí dilucidar las condiciones que hicieron posible esa representación de la situación de las ex colonias españolas y lo condujeron hacia un total escepticismo respecto a las posibilidades de afirmación soberana de esas naciones. Posteriormente, Alexandra Pita González y María del Carmen Grillo exploran las influencias modernistas, anarquistas y arielistas del escritor argentino Alberto Ghiraldo a fin de comprender las imágenes y los símbolos con que ese intelectual elaboró su denuncia del imperialismo norteamericano y su contrapropuesta defensiva de unión hispanoamericana en *Yanquilandia Bárbara* (1929). El artículo de Fabio Moraga recorre el trabajo *El nacionalismo continental* (1925, ampliado y reeditado en 1935) de Joaquín Edwards Bello para desentrañar la evaluación del escritor chileno acerca de la condición de decadencia en que su propia nación —y América Latina en general— se encontraban tras la independencia y escrutar su ideal de unidad continental con el que aspiraba a asegurar la preeminencia de la nación chilena. El anteúltimo ensayo corresponde a Martín Bergel quien, a partir del estudio del itinerario juvenil del apista peruano Manuel Seoane y del registro de su viaje a Bolivia publicado en el libro *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia* (1926), aborda los momentos primigenios de la constitución de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) a fin de iluminar algunas de las prácticas desarrolladas por su núcleo inicial y la conformación de su

ideario político en el cual el antiimperialismo ocuparía un lugar central. Finalmente, el artículo de Carlos Marichal Salinas se propone una tarea que permanece aún poco explorada por los historiadores latinoamericanos: la pesquisa del universo de escritores antiimperialistas norteamericanos. En ese sentido, el autor reseña parcialmente los principales autores, libros y revistas que conformaron ese espacio intelectual y se detiene luego en la revisión de *Dollar Diplomacy: a study in american imperialism* (1925) de Nearing Scott y Joseph Freeman el cual ha sido uno de los textos más influyentes de esa tradición.

Los ensayos incluidos en *Pensar el antiimperialismo*, tal como proponen Pita González y Marichal Salina, amplían el repertorio de discursos críticos y denuncialistas del intervencionismo y expansionismo norteamericano sobre la región formulados tanto por intelectuales latinoamericanos como, también, por estadounidenses entre 1900 y la década de 1930. Asimismo, refieren al modo en que sus reflexiones sobre el desarrollo del gran coloso permearon sus propias consideraciones sobre la identidad latinoamericana resultando, en mucho de los casos, en una recuperación positiva del legado hispánico cuyos valores e ideales eran contrapuestos a los de la civilización sajona o anglosajona. Pero, tal vez, lo que trasluce con mayor fuerza en los distintos artículos es la preocupación que esos intelectuales mostraron por la afirmación de la soberanía de sus naciones tanto como por las vías y posibilidades de asegurar su progreso. Sin duda, estas problemáticas anidan en todas las expresiones antiimperialistas del período pero, quizás, sea posible sopesar en qué medida las preguntas que reflejan estos textos remiten principalmente a una cuestión identitaria o si se articulan mejor en torno a los interrogantes que sus propias coyunturas abrían acerca de la factibilidad del ingreso de los países de América Latina en la senda de la modernidad.

Silvina Cormick  
(UNQ)

---

A propósito de Mina Alejandra Navarro, *Los jóvenes de la "Córdoba libre!"*. **Un proyecto de regeneración moral y cultural**, México, Nostromo Ediciones, 2009, 235 pp.

En *Los jóvenes de la "Córdoba libre!"*, Navarro nos invita a descubrir a la "generación del 14"

cordobesa, esto es, a los jóvenes intelectuales que en 1916 se reúnen para dar vida a la *Asociación Córdoba libre* y, una vez iniciada la Reforma Universitaria, se convierten en su usina ideológica. Aunque algunas notas de la época y memorias señalaban a los miembros de la asociación como protagonistas clave de la modernización cultural de la ciudad y específicamente de la Reforma, no se contaba aún con una reconstrucción de los principales episodios y figuras, ni con un análisis de su relevancia. Navarro llena ese vacío, pues no sólo presenta las ideas de los jóvenes profesionales que, como Deodoro Roca, Saúl Taborda, Arturo Orgaz y Arturo Capdevila, se reconocían miembros de la generación del 14, sino que además se preocupa por las instancias materiales implicadas en la circulación de esas ideas. Los cuatro capítulos del libro arrojan luz sobre las características de la regeneración intelectual y moral emprendida por "*Córdoba libre!*": la trayectoria intelectual de sus protagonistas, la resistencia pública que opusieron los partidarios de la cultura clerical, así como el apoyo ofrecido por los impulsores de la modernización laica, el aliciente que significó la llegada a la ciudad de Ortega y Gasset a fines de 1916, y también los contactos con fracciones renovadoras porteñas como el Partido Socialista y el activo —y hoy prácticamente olvidado— Ateneo Universitario. Esta cuidadosa investigación realiza un aporte sustantivo a la historia de la cultura cordobesa y de la universidad argentina, aporte que se inscribe dentro de un conjunto de trabajos recientes que vienen enriqueciendo la mirada sobre ambos campos.

En el primer capítulo, Navarro se detiene en la genealogía que construyeron los jóvenes del 14 con la Asociación de la Joven Generación Argentina de 1838, y descubre allí un hilo significativo para revisar la historiografía sobre el proceso de modernización cordobés. Mientras que en Buenos Aires tendieron a oponerse liberales y conservadores, en Córdoba se registraría una dialéctica entre clericalismo y laicismo. Pues, a pesar de que desde Sarmiento la "ciudad docta" quedó asociada a lo reaccionario y monacal, Navarro registra la existencia de una fracción laica que entró tempranamente en tensión con la cultura clerical, y que a partir del impacto de la Gran Guerra se preguntó por la posibilidad de una "democracia americana". Además de los itinerarios de Roca y Capdevila, un índice de ese laicismo es el hallazgo de "Las ideas sociales de Echeverría", monografía escrita en 1912 por Orgaz y reproducida en el Anexo del libro. El interés programático por el protagonista más



radical de la generación del 37, así como el hecho de que el texto haya sido elaborado para aprobar el curso de Sociología de la Facultad de Derecho son una clara prueba de ese filón laico, que encontró difusión incluso al interior de la “archicatólica” Universidad de Córdoba. En ese sentido, quedan aún por revisar los puntos de contacto y diferencia entre la modernización alentada por “Córdoba libre!” y el profesor del curso, pues Enrique Martínez Paz no sólo propagó ideas sociales laicas, sino que entre 1914 y 1918 dirigió la *Revista de la Universidad de Córdoba* y, en los años de mayor radicalidad del movimiento reformista, fue identificado por los estudiantes como un importante referente, a tal punto que éstos alentaron su candidatura a rector en las conflictivas elecciones de 1918 que marcan el inicio de la Reforma.

El segundo capítulo revisa las memorias y los periódicos para reconstruir paso a paso el proceso que llevó a la fundación de “Córdoba libre!”. Entre esas instancias se encuentran la organización en 1916 de un ciclo de conferencias populares en la Biblioteca Córdoba, la censura intentada por la Iglesia a través del diario *Los Principios*, la defensa de la libre expresión que emprendió el diario *La Voz del Interior*, la aparición del manifiesto con el que los jóvenes profesionales lanzan “Córdoba libre!” y la campaña liberal, cuya primera manifestación fue la conferencia de Alfredo Palacios en el teatro más importante de la ciudad. El capítulo concluye con el repaso del itinerario de Capdevila. Allí Navarro destaca que el laicismo y el americanismo fueron sus constantes ideológicas y también el punto de convergencia con Leopoldo Lugones. A esto podemos añadir un episodio que ilumina la multiplicidad de rasgos de la política anticlerical proyectada por los ideólogos de la Reforma: la destacada participación de Capdevila en el movimiento cordobés lo lleva en 1921 a la dirección del *Boletín de la Facultad de Derecho*, donde publica dos capítulos inéditos de *El dogma de obediencia*, libro en el que Lugones todavía se muestra admirado por la Revolución Rusa y la concibe como la última instancia de la libertad griega en su lucha contra la obediencia cristiana.

El tercer capítulo se detiene en la primera visita de Ortega y Gasset. Da cuenta del aliciente que las conferencias del filósofo madrileño brindaron al proyecto regeneracionista cordobés y las huellas juvenilistas que dejaron en el *Manifiesto liminar* de 1918, firmado por los representantes de la Federación Universitaria de Córdoba pero redactado por Roca y corre-

gido por Taborda. A partir de esa lúcida reconstrucción cabe preguntarse si el antipositivismo de Ortega fue tan monóticamente aceptado entre los partidarios de la “nueva sensibilidad” como ha propuesto Coriolano Alberini o si se deben considerar también las reticencias a esa filosofía que mostraron Alejandro Korn, José Ingenieros y otros filósofos locales cercanos al socialismo. Otro interrogante es si “Córdoba libre!” tomó el discurso juvenilista únicamente de Ortega o, más bien, ese discurso emerge de un proceso de recepción de los intelectuales identificados con la “renovación española”, entre los que se encontraba el filósofo catalán Eugenio d’Ors, quien a instancias de Roca llega en 1921 a la Universidad reformista de Córdoba.

El último capítulo Navarro lo reserva al itinerario de Saúl Taborda, el pensador más original de “Córdoba libre!”. El análisis que allí ofrece tanto de la constante antiliberal que recorre el pensamiento de Taborda como de las distintas recepciones de su obra constituye un interesante aporte para un estudio futuro de este intelectual tan poco comprendido en su época.

En definitiva, a lo largo de sus doscientas páginas el libro ofrece una amplia reconstrucción del escenario cordobés que ayuda a comprender la rápida articulación alcanzada por la Reforma, pero también sugiere varias líneas de investigación para continuar precisando tanto la historia cultural cordobesa como la historia de la universidad argentina.

**Natalia Bustelo**  
(CeDInCI-UBA-CONICET)

---

*A propósito de Luis Ignacio García, La crítica entre culturas. Estética, política, recepción, Santiago de Chile, TEHA, Facultad de Artes, Universidad de Chile, 2011, 185 pp.*

Los libros son artefactos extraños, raros, fascinantes. Si no estuvieran tan naturalizados, se volverían completamente ininteligibles. En un punto, un libro es comparable a un edificio: permanece ahí, incólume, cuando el tiempo que lo vio nacer ya caducó. Y sin embargo, esa persistencia hace que se actualice a cada momento, difiriendo siempre de sí mismo. Por eso, un libro, como un edificio, es siempre una cita anacrónica, una temporalidad múltiple, y en él convergen y divergen diferentes estratos. El libro, es necesario señalarlo, es la forma *moderna* en la que, a partir

de la invención de la imprenta, el pensamiento se ha expresado. Pero no deberíamos aquí confundir entre un proceso histórico y los modos de entenderlo. Así, recién hacia la segunda mitad del siglo XX fue posible asumir que el pensamiento era inescindible de las formas de su escritura, bajo cuyas leyes se rige, en lo que se conoce como “giro lingüístico”. Roger Chartier, por otro lado, abrió un novedoso campo de problematizaciones en la historia intelectual al señalar que “no existe texto fuera del soporte en el que se presenta para ser leído”. Una historia material de las ideas, imprescindible para avanzar en una teoría material de la cultura, entonces, busca indagar en las redes de circulación, en los espacios de sociabilización, en las prácticas de transmisión —ya sea de escritura o de lectura—, en los soportes materiales, y en los diferentes sentidos y valores que en un determinado campo social adquiere el libro. Dicha perspectiva permite, por tanto, restituir la historicidad de los procesos sociales y culturales por medio de los cuales las ideas se transmiten, se transmutan, se modifican. Este doble giro, “lingüístico” y “material”, ha permitido desplegar en toda su potencialidad y productividad el espacio de problematización de la escritura y de la lectura. En resumen, para comenzar a desvelar los misterios del libro y de aquello que atesora en su interior, no es sólo necesario interrogar su contenido, sino también sus formas.

**La crítica entre culturas** de Luis García no es estrictamente sobre libros, y sin embargo, ellos son sus principales protagonistas. El trabajo de García nos coloca en la intersección entre libros, cultura, historia, política, estética, bajo el presupuesto de que pensar uno de estos términos, es pensar las relaciones que entre ellos se establecen. El principal motivo del libro es la interrogación por las alternativas de la recepción de las teorías materialistas de la cultura de Walter Benjamin y de Bertolt Brecht en Argentina y América Latina. Con todo, sus nombres aparecen más bien como puntos nodales de una serie de cuestiones que buscan problematizar los procesos de transmisión cultural. Uno de los aspectos que más se destacan del aporte de García es la ductilidad por la que pasa por contextos, autores y campos diversos. Quisiéramos detenernos sólo en algunos.

*El método.* El tema de la “recepción” tiene una larga tradición tanto en filosofía como en historia intelectual. La perspectiva utilizada por García plantea un productivo cruce entre, por un lado, las miradas renovadoras que, como



las de Hans-Robert Jauss o Chartier, ponen el acento en la lectura como un proceso activo, dador de sentido, que supone interrogar los horizontes epocales que se abren con cada nueva lectura, y, por otro lado, entre aquellas tradiciones latinoamericanas que, como la “antropofagia” de Oswald de Andrade, el “Pierre Menard” de Jorge Luis Borges, el “barroco” de José Lezama Lima o las “ideas fuera de lugar” de Roberto Schwarz, buscaron resignificar el lugar subordinado de las culturas latinoamericanas en relación a las culturas europeas. Este doble movimiento, entonces, le permite a García escapar tanto del viejo modo de pensar la recepción como el pasaje de un “original” a su “copia” (el estudio de las “fuentes”), esto es, como un proceso pasivo, cuanto de los nacionalismos latinoamericanistas que han buscado en distintos sitios una esencia cultural irredenta, desconociendo los procesos de transculturación que felizmente desustancializan toda cultura.

*La hipótesis.* Tendríamos que decir que el trabajo de García brega, aunque no lo haga explícito, en una línea de pensamiento que de José Carlos Mariátegui a José Aricó ha postulado la hipótesis del “beneficio del atraso”. Su contribución a esta línea estaría dada por la tematización de las formas asimétricas pero productivas en las cuales se produjeron las lecturas de Benjamin y Brecht. Lo interesante es notar, justamente, que estos autores poco importan en sí mismos. La pregunta a responder es qué se ha hecho con ellos, a partir de ellos, a través de ellos. Estos nombres, como la idea de autor en Foucault, sólo remiten a los nudos problemáticos que supieron articular y que, en un contexto temporal y espacial diferente, abren todo un nuevo horizonte de sentidos. De este modo, el “atraso”, en analogía con ciertas discusiones marxistas de los 60, abriría la posibilidad de salirse del teleologismo y de la determinación apriorística para plantear un campo que, por su propia constitución, asume una condición heterodoxa, condenada a una repetición que es siempre, a la vez, diferencia.

*La escala.* Hay una cuestión central en el trabajo de la historia intelectual que es la de establecer cuáles son las escalas en los análisis, ya que en ellas se ponen a jugar no sólo diferentes elementos que hacen a la indagación, sino que también llevan a establecer relaciones de naturaleza diferente entre esos mismos elementos. Dicho de otro modo, no es lo mismo el comentario erudito que se detiene sobre un texto en particular, que la reflexión sobre las variaciones de un conjun-

to de ideas en la larga duración. Pues bien, ambas cuestiones se hallan en este libro, mostrando la pertinencia que, para cada caso, tiene el considerar escalas de tiempo y espacio diferentes. Así, por ejemplo, el segundo capítulo —“Constelación austral. Walter Benjamin en Argentina”— ofrece una delimitación espacial muy acotada —más que la Argentina, habría que decir el espacio rioplatense— en un marco temporal muy amplio, que nos lleva de los 30 a la actualidad. Aquí, las variaciones contextuales de época muestran por qué se privilegió determinados pasajes de la obra de Benjamin sobre otros, y cuáles fueron los posibles sentidos que ellos adquirieron. Como reverso de dicho procedimiento, el capítulo tres —“Brecht y América Latina. Modelos de *refuncionalización*”— analiza la suerte de Brecht en un contexto espacial muy amplio y problemático como es Latinoamérica pero en un periodo que, podríamos decir, se reduce a los conflictivos años 60 y 70. Si bien el análisis poco ilumina sobre los ricos episodios que toma —como el desarrollo del teatro experimentalista de Enrique Buenaventura en Colombia o la experiencia del “Teatro Arena” que se produjo en Brasil bajo la dirección de Augusto Boal—, sí muestra, a partir de contextos diferentes, la diversidad de sentidos posibles que se hallan dentro de los textos. El capítulo cuatro, “Entretelones de una ‘estética operatoria’. Luis Juan Guerrero y Walter Benjamin”, se analiza el caso de la “Estética operatoria” de Guerrero —una figura clave para comprender las reformulaciones del campo filosófico argentino de los 30— muestra, en oposición a los casos recién señalados, el análisis en detalle, a partir de sus referencias y filiaciones, de un texto específico. El cruce de nombres y tradiciones que en la “Estética” de Guerrero se dan, es un campo fértil para mostrar los deslizamientos de sentido, las referencias contradictorias, las presencias incompatibles. Ésta serían las cuestiones que Bourdieu ha señalado como de malentendido estructural por el cual las ideas viajan sin su contexto. Por último, el capítulo que cierra, con el itinerario de Ricardo Piglia entre los 70 y 80, quizás sea el más rico en cuanto a las relaciones que se establecen entre texto y contexto, y en los modos en que ambos puedan iluminarse mutuamente.

*El material.* Indudablemente, y como decíamos al principio, el principal material sobre el que trabaja *La crítica entre culturas* es el material escrito en su formato moderno, el libro. Sin embargo, las operaciones que sobre ellos se hacen remiten a un mundo mucho

más amplio y complejo que el de la cultura escrita. En primer término, porque el trabajo busca sumergirse en el mundo de la estética y de la política, en donde imágenes y representaciones artísticas adquieren un estatus particular. Así, por ejemplo, este trabajo pone en *valor* una serie de figuras literarias que permiten dibujar una forma de aproximación propia, es decir, de apropiación del legado cultural de Occidente, a partir de reconocer el lugar su-bordinado del continente. En segundo lugar, porque en los libros, o más precisamente a partir de su circulación, es posible desplegar toda una serie de circuitos, redes, afinidades, filiaciones y cruces que dan cuenta de los soportes materiales y de las condiciones históricas de los procesos de transmisión cultural de las ideas. Podríamos nombrar, en este sentido, algunos ejemplos de lo más interesantes: los intercambios, marginales pero sumamente significativos, entre el Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt y la Argentina por medio de la figura de Guerrero que, si bien no llegaron a materializarse, permiten mostrar las redes internacionales en las que se movían algunos intelectuales argentinos; o la serie que se establece con los trabajos de Piglia, que trazan un recorrido particular que va desde la revista *Literatura y sociedad* a mediados de los 60, pasando por *Los libros* en los 70 para terminar en *Punto de vista* y ese singular espacio que se abrió en la inmediata post-dictadura en los 80. En este recorrido se destaca no sólo una producción intelectual estricta, sino también toda una serie de políticas intelectuales que se materializaron en trabajos editoriales y de traducción de gran trascendencia, operaciones culturales que son situadas en la misma jerarquía que la producción crítica o teórica. En tercer lugar, el material aquí trabajado pone en evidencia un tipo de *afinidad electiva* que, en el hiato que se produce entre texto y contexto, despliega el espacio que permite indagar la diferencia de sentidos que el nombre de Benjamin ha posibilitado: desde el tópico de “la crisis de la cultura” de los 30 y la necesidad de una reformulación del status del arte que llevan a proponer a Guerrero el carácter “operatorio” en las prácticas artísticas, pasando por la inclinación “mesiánico-mística” del ensayismo del Murena “tardío” en la cual el problema de la “traducción” y la “metáfora” adquieren una dimensión política crucial, hasta las reformulaciones que se dieron en un sector importante de la izquierda intelectual argentina —nucleada principalmente en torno a *Punto de vista*— a partir de la crisis del marxismo y de la modernidad que eclosionó en los 80.



Para terminar, podría decirse —con García— que la historia intelectual, en conjunción con la historia de la cultura, debe ser entendida como una práctica intelectual que tiene un *sentido* eminentemente político y cultural. Es decir, la labor intelectual —que la propia producción de García nos ofrece— busca reproducir, como un doble, el gesto político-cultural de aquello que analiza. Así, es posible plantear una doble operación: sobre el presente y sobre el pasado. En éste, al poner en evidencia su inconclusión, el poder de su evocación, su condición inestable. Sobre el presente, al hacer saltar el tiempo homogéneo del que hablaba Benjamin, al mostrarnos su propia historicidad. En definitiva, es esa repetición, ese doble juego, esa escritura que escribe reescribiendo, esa fascinación y extrañeza que condensan los libros, en donde es posible cruzar historia y política, pasado y presente. En otras palabras, las consideraciones aquí planteadas serían las condiciones que permitirían una aproximación a la cultura y las ideas desde la perspectiva de una estética materialista.

**Sebastián Malecki**  
(UNC)

A propósito de Pablo Ansolabehere,  
**Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)**, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2011, 366 pp.

Pablo Ansolabehere comienza su libro **Literatura y Anarquismo en Argentina** invitándonos a recordar una anécdota del joven, casi niño, Roberto Arlt. Hacia fines de 1909 Arlt participó junto a otros vecinos de la quema de una bandera española en repudio por el fusilamiento del maestro y educador anarquista Francisco Ferrer; una anécdota que condensa la dimensión casi cotidiana que tenía el anarquismo en la sociedad argentina del centenario y, en consecuencia, la marca cultural que muchas de sus prácticas político-culturales dejaron en ella. Como el autor explica, la elección de la figura de Roberto Arlt no es arbitraria ya que vamos a leer “un trabajo sobre literatura”. Sin embargo, lo que aquí es destacable, es el hecho de que el libro que nos ocupa no es sólo un ensayo de crítica literaria que cumple sin duda con todas las reglas del arte, sino que nos invita a otra experiencia, a otro recorrido: el de la historia cultural, cuyas preguntas y herramientas el autor maneja con destreza. Es así que Ansolabehere no sólo se encarga de revelarnos la trama profunda que vincula al anarquismo con la literatura de entresiglos, sino que conduce nuestra mirada hacia un panorama de la cultura argentina del período. La periodización elegida también cruza de una manera particu-

lar la investigación: 1879 —año de publicación de **La vuelta de Martín Fierro** y del folletín **Juan Moreira**— y 1919 —fecha en que se produce la Semana Trágica. Cierre y apertura de un género literario; cierre de las movilizaciones de protesta monopolizadas por el anarquismo.

El autor transita, entonces, con una mirada bifronte, por zonas reconocibles para el historiador de la cultura: los públicos, la circulación de textos, la apropiación social de ciertas prácticas, el lugar del artista-escritor y militante y la construcción de contextos socioculturales y políticos. Estos tópicos pero, ante todo el abordaje que de ellos realiza, le permiten realizar preguntas acerca de los géneros y temas literarios de una riqueza infrecuente en los trabajos sobre el período. A los historiadores, nos resulta particularmente atractiva, tanto la forma en que Ansolabehere lee los distintos géneros literarios como así también los documentos más diversos. Es esa forma particular de leer lo que le da a su investigación una particular densidad textual, permitiéndole armar familias temáticas donde el anarquismo algunas veces ocupa el centro y otras los márgenes en el panorama cultural de la época. Esta lectura densa y las preguntas que organizan el libro sobre el lugar del anarquismo en la literatura y la cultura son una forma de intervención que permite abrir otras perspectivas a los historiadores del anarquismo. En un mundo bastante poblado de libros, intervenciones en reuniones académicas y artículos variados sobre el mundo ácrata, nuevas preguntas y nuevas perspectivas son, naturalmente, bienvenidas.

Ansolabehere no debate con los trabajos que han abordado la política del anarquismo pero sí muestra diferencias profundas entorno a las lecturas culturales del mismo, por ejemplo, sobre el teatro anarquista y la relación con el ideario que sostienen algunos dramaturgos cuyas obras circulan por el circuito comercial. Allí el autor nos revela esa tensa relación entre política e “ideología de artista” que emerge en el cambio de siglo y establece diferencias de análisis con los estudios que sobre la cultura anarquista se han desplegado.

El libro se desarrolla a lo largo cinco capítulos, que atienden cinco problemas diferentes pero que van encadenándose en el relato de Ansolabehere. Ese encadenamiento forma parte de uno de los logros estructurales del libro, huellas que son retomadas y que permiten explicar otras marcas.

Es así como en el capítulo uno define los rasgos más importantes de la literatura anarquis-

ta y permite ver la operación político-cultural que busca hacer del público un sujeto colectivo consciente para que la literatura opere sobre él, transformándolo en un sujeto revolucionario; en pos de ese objetivo, el periodismo ocupa para los anarquistas un lugar central. El cierre del capítulo uno descansa en la referencia a la versión folletinesca publicada en el diario **La Protesta** de una investigación periodística de Alberto Ghiraldo para el diario **La Nación** sobre los presos gauchos, asunto que deja al descubierto las tensiones interpretativas, dentro del anarquismo finisecular, acerca de la figura del gaucho. Tensiones establecidas entre el lugar execrable que este sujeto ocupa en el relato corriente de la política criolla y la construcción de un gaucho ideal, víctima de la explotación de los poderosos. Tanto el folletín **Sangre y Oro**, como el lugar que su autor ocupa en el campo literario argentino como escritor anarquista ayudarán a Ansolabehere a articular zonas destacadas de los capítulos restantes.

El segundo capítulo, profundiza la cuestión que tiene al criollismo en su centro. Allí se extenderán los debates entre las tradiciones internacionalistas del anarquismo, acentuadas por su original carácter inmigratorio y la reciente presencia criolla en el movimiento. Este nuevo público, real o anhelado, sienta las bases para algunas intervenciones culturales del anarquismo novedosas que tienen al gaucho en su centro y que ven posible la alianza con el criollo. Si por un lado el gaucho es revestido de las virtudes innatas del explotado, por otro es presentado como un representante de la barbarie moderna y de ese estigma de inferioridad racial que se completa, en el caso argentino, con la convivencia natural entre el hombre de las pampas y el componente más decadente y enfermo que tiene la sociedad, el indio. Esa discusión entre diferentes posturas hacia el interior del anarquismo, pone de manifiesto ideologías aún no estabilizadas, coyunturas internas y diálogos con una zona de la literatura criolla y la cuestión nacional que van más allá de los debates en el propio seno del fenómeno anarquista.

El libro aborda, en el capítulo siguiente la relación entre las posturas intelectuales de la bohemia finisecular y las distintas formas de adhesión al anarquismo, ya que, más allá de todos los “ismos” de fin de siglo, y aun cuando muchos de ellos contradecían al escritor y artista anarquista, lo concreto es que, es en esta bohemia, en su sociabilidad y en sus códigos de vida, donde muchos escritores ácratas se refugian, encontrando allí su lugar de identidad y legitimación intelectual. Entre las representaciones de la bohemia francesa al pro-

mediar la primera mitad del siglo XIX lograda por Murger y las propuestas teóricas de Bourdieu, Ansolabehere enhebra las características particulares de los actores de la bohemia porteña, sus ritos, lugares y señas particulares. Ese espacio cultural denso y variopinto, retratado aquí con precisión, es el lugar donde el autor nos sitúa, para comprender y acompañar el camino que lleva a muchos intelectuales que adhieren al anarquismo a constituirse en *escritores-artistas*.

Más adelante Ansolabehere se adentra en el estudio de la paulatina transformación de las miradas sociales sobre el anarquismo. Una nueva consideración y otro tipo de reacciones sociales van sucediendo a la primera recepción del anarquismo. Las prácticas anarquistas van entrando en la lógica de la criminalización, la imagen que comienza a dominar es la del tira-bombas y al poco tiempo la del pistolero organizado. Es por eso que las leyes de excepción (Ley de Residencia y Ley de Defensa Social) y la fundamentación parlamentaria para su concreción contribuyeron a construir al anarquista como un “fuera de la ley”. Ese tránsito es revisado por el autor a partir de una biblioteca amplia que va desde la literatura en clave naturalista a las obras sociológicas y los diversos textos estatales sobre el tema.

Finalmente, el último capítulo cierra el libro abriendo preguntas en varias direcciones. Por un lado el libro de Pierre Quiroule le había permitido a Ansolabehere transitar la utopía de la ciudad anarquista y su narración ficcional y es a través de esta narración de la ciudad utópica que se abre una ventana para poder navegar sobre el concepto de utopía en la filosofía y las derivas que se van trazando en diversas experiencias textuales. Este último capítulo cierra el espacio temporal del libro ya que la estación de arriba es la que nos muestra la ciudad anarquizada de la Semana Trágica, de barrios del suburbio movilizadas por la represión y de sepeños públicos donde se expresa descarnadamente el drama de los sectores populares.

Ansolabehere logra demostrar a lo largo del libro que la cultura y la literatura anarquista son márgenes de la experiencia social del fin de siglo, ricos en experiencias intelectuales y que la huela que este fenómeno generó dejó impregnados otros discursos literarios y otras zonas de la cultura y la sociedad a las que habitualmente consideramos en el centro de la escena. Asimismo, este libro muestra cómo trabaja el investigador de la cultura para iluminar la opacidad de textos que en principio no nos muestran grandes atributos literarios y, en el mismo sentido,

la importancia de abordar el estudio de publicaciones de pequeño formato. Todas señales y caminos que nos invitan a continuar investigando y preguntándonos por el rico pasado de la cultura anarquista en el Río de la Plata.

**Analia Rey  
(UBA)**

*A propósito de Alejandro E. Parada,*  
**El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en Argentina,** Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 2012, 322 pp.

La Bibliotecología es hasta el día de hoy considerada una disciplina de perfil antes que nada técnico, una suerte de “pariente pobre,” casi paría entre las sobresalientes Ciencias Sociales de las que proviene. Sin embargo, no han faltado en nuestro país esfuerzos por instalarla en diálogo con los nuevos desarrollos que en las últimas décadas conoció la Historia del Libro, la Edición y la Lectura, provenientes de disciplinas como la Sociología de la Cultura, los Estudios Culturales y la Historia Social de la Cultura o la Historia Intelectual. El reciente libro de Alejandro Parada debe inscribirse dentro de dichos esfuerzos.

Doctorado en la Universidad de Buenos Aires, especializado en la Historia del Libro y las Bibliotecas e interesado por la relación que guarda con la tradición bibliotecaria argentina, director de la Biblioteca “Jorge Luis Borges” de la Academia Argentina de Letras, Secretario de Redacción de la revista *Información, cultura y sociedad* (INIBI-FFyL) y autor de obras como *El mundo del libro y la lectura durante la época de Rivadavia* (1998), *De la biblioteca particular a la biblioteca pública* (2002), *Bibliografía cervantina editada en la Argentina* (2005), *El orden y la memoria en la Librería de Dupontail Hermanos: un catálogo porteño de 1929* (2005), *Cuando los lectores nos susurran* (2007), *Los libros en la época del Salón Literario* (2008), *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (2009) y *Martín Fierro en el Azul: catálogo de la colección martinfierrista de Bartolomé J. Ronco* (2012), Parada interpela a los lectores y abre el campo dando paso a una discusión necesaria: la investigación de la disciplina en nuestro país no puede acometerse sin determinar históricamente su trayectoria.

En esta nueva obra, el autor hace visible la

potencialidad interdisciplinar de la Bibliotecología y propone a las bibliotecas como una cantera todavía no explorada en relación al estudio de la microhistoria, la Historia del Libro, la Edición, la Lectura e incluso, de manera más osada, la Historia de la Información, involucrando para ello el rol que desempeñan los bibliotecarios y su participación activa en la formación de lectores en las bibliotecas. De esta forma acerca el campo de la bibliotecología a otras disciplinas que la enriquecen, especialmente la historiografía, poniéndolo a jugar desde una perspectiva social y política.

Plantea a su vez la necesidad de incluir en la confluencia de la Historia del Libro y la Historia de la Lectura el rol del bibliotecario como formador de recorridos y experiencias en los lectores, pero también en los investigadores, que acuden a ellos en busca de las fuentes que alimentan sus trabajos. Es por ello que Parada subraya que resulta imperioso reconstruir la totalidad del campo cultural, incorporando a su vez la Historia de las Bibliotecas que ha jugado un papel esencial hasta el momento ignorado en este tipo de estudios.

Es en este punto que se detiene a afirmar que las reflexiones teóricas comenzaron en la génesis de un proyecto político y social, como lo fue la creación de la Primera Biblioteca Pública de nuestro país, tema central de su libro *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (2009) y retomado nuevamente en esta obra. En una tesis arriesgada de perfil sociológico contempla a la sociedad civil como actora y gestora de los cambios que impulsó la Revolución de Mayo en el ámbito de la educación, rastreando el antecedente posible de las bibliotecas públicas en los tiempos de la Colonia, germen que madura y surge como experiencia innovadora en 1810, pero que no es, en todo caso, original sino que se constituye la conclusión esperada de un proceso de emancipación iniciado con anterioridad. Para Parada, es un error considerar como punto de inicio de la Historia de las Bibliotecas Públicas a un hecho histórico como la Revolución de Mayo, puesto que este es, precisamente, la marca de madurez de dicho proceso.

El volumen que nos presenta reúne una serie de ensayos, muchos de ellos avanzados a lo largo de los últimos años en su revista *Información, cultura y sociedad*, reagrupados en cuatro núcleos bien diferenciados: la primera parte reflexiona sobre el desarrollo alcanzado por la Historia del Libro y de las Bibliotecas a partir del auge de los nuevos estudios culturales, en la que esboza posibles caminos



de exploración que incluyen la materialidad de los libros, el encuentro entre la Historia del Libro y las Bibliotecas con la Historia de la Lectura y la potencialidad de la disciplina para de-sarrollar estudios dentro de la micro-historia.

La segunda parte se aboca a descubrir las relaciones entre la política y las bibliotecas sugiriendo como ejemplo la creación de la Primera Biblioteca Pública que debería servir para la proyección y desarrollo de un marco teórico que permita avanzar en la investigación de la disciplina continuando con la tarea iniciada por autores como Paul Groussac, Ricardo Levene, José Torre Revello y María Ángeles Sabor Riera, entre otros.

La tercera parte aborda las prácticas bibliotecarias y lectoras indagando en recursos y fuentes habitualmente consideradas poco valiosas, como son los reglamentos, pero que se constituyen como “fieles representaciones de su época” al dejar al descubierto los modelos posibles de consulta, el uso público de los patrimonios culturales y sus formas de apropiación. Por último, una cuarta parte se dispone a observar las prácticas de lectura en relación con las de escritura, tomando en primer lugar el caso del diario personal llevado por Bartolomé Mitre, donde registra el recorrido como lector que signó su formación juvenil; y en segundo lugar, las representaciones de la lectura femenina en **Fray Mocho**, resaltando la presencia destacada que tenían las mujeres en las páginas de la revista popular como destinatarias del discurso editorial.

Buscando actualizar y continuar con una tradición de investigación bibliotecológica que remite a figuras como Pepita Sabor, recientemente fallecida, **El dédalo y su ovillo** de Alejandro Parada se propone reubicarla como un espacio de reflexión atravesado por lo social, lo político, lo histórico y lo cultural. Se trata pues de un libro que a la vez que “visualiza gran parte de la decadencia actual en la formación bibliotecaria, en la ausencia de una sólida formación histórica” (Romanos, 2012), apuesta fuertemente a incluir en los estudios historiográficos a la Bibliotecología, revelando una faceta menos pragmática y más sociológica de la disciplina, aspirando a inscribirla en los estudios culturales y a hacer visible la potencialidad de exploración en el cruce transversal con otras áreas que pueden ser consideradas sus pares.

**Karina Jannello**  
(CeDInCI / UNSAM)

*A propósito de Felipe Pigna, **Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras. Desde los orígenes hasta 1930**, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2011, 600 pp.*

El libro que firma Felipe Pigna da lo que promete: una entretenida compilación de historias de algunas mujeres (“las nuestras”) que se destacaron por su desobediencia, su incorrección, su rebeldía y su lucha en un marco que les era hostil. Para contarlas, el libro parte de algunas premisas sencillas: tanto la vertiente griega (Pandora) como la bíblica (Eva) han maltratado a la mujer. Al contrario, esta obra sostiene, con Charles Fourier, que “los progresos sociales y cambios de época se operan en proporción al progreso de las mujeres hacia la libertad”.

La crítica académica a este libro es tan merecida como predecible. Seguramente las y los especialistas tendrán muchas precisiones que hacer, algunas ausencias que señalar y varios matices que agregar en cada uno de los tramos. Sin embargo, esta reseña no pretende juzgarlo por lo que nunca prometió ser —un trabajo de rigurosa metodología historiográfica o una búsqueda crítica en su materia— sino apuntar algo breve sobre los efectos que produce gracias al aparato publicitario que lo impulsa y la celebridad del nombre que lo rubrica.

El volumen presenta sucesivas y apretadas síntesis de los contextos históricos que Pigna ya abordó en libros anteriores y luego, el resultado de la extenuante tarea de retomar, redigir y compilar (con su correspondiente cita) gran parte del enorme caudal de trabajo producido, desde hace ya varias décadas, en la historia de las mujeres y alrededores, con fuerte hincapié en tres referencias insoslayables: Lily Sosa de Newton, Dora Barrancos y la **Historia de las Mujeres** dirigida por Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y María Gabriela Ini. Sin distinción, la narración se sirve tanto de trabajos académicos como de relatos novelados; de ellos se extraen, también, los jugosos fragmentos de cartas o comentarios personales de las protagonistas que hacen tan atractiva la lectura.

En ese sentido, el libro que firma Pigna no descubre una nueva clave de lectura, ni relee las historias ya contadas, ni sorprende con algún hallazgo documental, sino que reúne a las “notables”, aquellas que la historia de las mujeres fue complejizando (Mariquita Sánchez de Thompson) o redescubriendo (Aurelia Vélez) o sumando al canon de la literatura (Eduarda Mansilla) o reconstruyendo (“las lavanderas”). Se diría

una colección de *hits* en las que todas pierden el apellido y, luego de la primera mención de su nombre completo, se convierten en Mercedes, Encarnación o Juana quienes interactúan con Alberdi, Sarmiento o Rosas. Cada una de ellas protagoniza en pocas carillas, o incluso en un par de párrafos, una breve historia que la tiene por heroína bajo un título recurrente: “Que las hay, las hay”, “Seducidas y abandonadas”, “Mariquita reloaded” y así.

En varias ocasiones el narrador se despacha contra la inveterada masculinidad, la doble moral y el borramiento de la participación de las mujeres en la “historia oficial”; a la que, estampando su “marca Pigna”, acusa de pretendidamente seria y decididamente antipopular. La voz que relata estas historias no se priva, tampoco, de opinar o buscar una opinión consensuada con la lectora o el lector (en ese orden los apela el texto), en general, a partir de la condena o la indignación (¡Qué barbaridad lo que le hicieron a Camila!)

Más allá del efectismo en el que se solaza y de los vicios que repite es necesario observar cómo **Mujeres tenían que ser** logra intervenir con miles de ejemplares en un público muy amplio. Receptores que suelen escapar a la academia, y de los que ella más se aleja cuando desconoce o lapida este tipo de divulgación. Particularmente cuando rechaza la demanda de un mercado editorial que desde hace años encontró la veta comercial de estas historias, y que bien podría ser una oportunidad más que algo sospechado por su masividad o su supuesto simplismo. Lejos de esos pruritos, este libro tiene como efecto nada menor el de difundir cierta mirada progresista, condenatoria del machismo y respetuosa de los derechos de las mujeres. Incluso en alguna nota de promoción periodística, Pigna se despachó con una opinión rápida sobre el femicidio y la despenalización del aborto. Pero atención, al mismo tiempo, el gesto que ensalza a las mujeres trae aparejada una densa mirada moralista ya que, sin variación, ellas son presas de una ética que las salva para la historia en tanto “desobedientes”, “incorrectas”, “rebeldes” y “luchadoras”. De hecho, las elegidas parecen condenadas a la virtud y a un accionar que, por más rechazo que cosechaba en sus tiempos, es redimido por la historia como la acción correcta. Y, no sin cierta paradoja, devienen cautivas de su propia condición: “mujeres tenían que ser”. Así, en las geografías más disímiles y a través de los siglos ellas son, ante todo, mujeres y luego, casi por añadidura, escritoras o políticas, promotoras culturales o intelectuales. La insistencia en ese esencialismo reduccionista es el peor defecto que recorre el libro (del cual, es justo

decir, no está exenta parte de la historia de las mujeres). Acento que se refuerza con la dedicación a una mujer, su hermana, y la justificación de una obra que respondería al pedido explícito de sus lectoras: “¿para cuándo un libro dedicado a nuestras mujeres?”

En fin, el tema estaba en el aire, era título cantado para el primer puesto de ensayo de la temporada y pobló las playas locales a pesar de los contundentes setecientos veintidós gramos que agregaba al bolso de bañistas y bañistas. ¡Pigna tenía que ser!

**Laura Fernández Cordero**  
(UBA-CeDInCI-CONICET)

---

A propósito de Gabriel Di Meglio, **Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1516 hasta 1880, Tomo I, Buenos Aires, Sudamericana, 2012, 480 pp.**

El reciente libro de Gabriel Di Meglio trasluce desde el título su propósito pero también deja entrever por lo menos dos elecciones o definiciones que el autor debió tomar para concretar una obra de estas características. En primer lugar la definición del sujeto a seguir históricamente: las clases populares. Un término que Di Meglio reconoce como “arbitrario y un poco impreciso”, con una vaguedad que, lejos de ser meramente negativa, le permite incorporar toda una serie de grupos populares (y de allí el plural: clases) que se caracterizan por su heterogeneidad. Ahora bien, ¿quiénes conformaban esos grupos? Entre las demarcaciones que señala el autor encontramos que en su gran mayoría no eran blancos, no contaban con respetabilidad social y se encontraban en una relación de subordinación con otras clases.

La segunda definición que presenta el título es el recorte del espacio y el tiempo. Se indica que el libro tratará sobre la Argentina entre 1516 y 1880. Sin embargo, tal como lo señala Di Meglio, en buena parte del tiempo que toma el libro la Argentina “no era ni siquiera un proyecto”. La proyección retrospectiva ha sido en este caso una decisión tomada desde el plan inicial de la obra, que pretendía abarcar hasta la actualidad con el aporte de Ezequiel Adamovsky (finalmente publicado como una segunda parte individual). Sin embargo, este mapa anacrónico no impidió a Di Meglio sumar otras regiones cuando era oportuno. Además, no parece menor señalar que el libro pretende llegar a un público amplio de manera tal que un título más ajustado a la realidad his-

tórica suponía seguramente un paso atrás a la hora de seducir a los futuros lectores.

El cuerpo del libro consta de siete capítulos divididos en dos partes tomando a la Revolución de Mayo como quiebre. El relato en general sigue un recorrido cronológico que se centra en las problemáticas específicas que condicionan la vida de las clases populares. Para ello, el autor recaba en los aportes de la historiografía que en las últimas dos décadas ha generado una infinidad de trabajos sobre regiones y tiempos específicos. Estos aportes son recopilados en un ensayo bibliográfico que cierra el libro y da cuenta de la trascendencia de los nuevos trabajos historiográficos que en buena medida hicieron posible la realización de la obra, impensable hace apenas tres décadas.

De todos modos, el libro se destaca al constituir un logrado intento de cubrir un espacio historiográfico de encrucijada en la medida que se propone la difusión de una serie de saberes académicos pero no por ello se resigna a perder la complejidad que suponen los textos de historiadores profesionales. Sin caer en los maniqueísmos tradicionales que configuran la trama de sentidos de los libros históricos más vendidos, Di Meglio busca llegar a un público amplio desde un relato que encuentra en su vivacidad uno de los mayores méritos en contraste con aquellos clásicos que versaban sobre “el pueblo” pero que finalmente terminaban tratando históricamente a dicho “pueblo” como una entelequia que tenía por intereses aquellos que el historiador atribuía o entendía oportunos. Di Meglio repone a los sujetos y grupos vivos, con sus problemáticas cotidianas, sus padecimientos y sus conflictos porque, claro está, no se trata de una historia de las clases populares que se agota en ellas mismas sino que estamos ante un relato que dimensiona el contexto en que dichas clases actúan y sobre todo disputan sus intereses.

En estas dos últimas características del libro, su tratamiento histórico y su construcción relacional, encontramos una señal que entendemos positiva a la hora de construir un abordaje histórico de las clases populares. Éstas posicionan al libro de Di Meglio en un lugar particular que lo aleja de los primeros relatos que entendían a la multitud y a su acción como irracional e impulsiva pero también de aquellas otras más cercanas temporalmente que de forma prejuiciosa atribuían un destino inequívoco para las clases populares y por tanto estudiaban los procesos históricos reales contrastándolos con ese supuesto destino para entender, en casi todos los casos, por qué no

se había producido lo que se entendía que debería haber pasado, o para decirlo en otras palabras, en qué se había fallado. De este modo, al estudiar lo que efectivamente ocurrió, con pulso microhistórico pero con preguntas amplias, crecen las posibilidades de interpretar las propias lógicas de acción o los intereses concretos que guían en numerosas ocasiones la agenda de las clases populares.

Justamente y para cerrar estas breves líneas, es destacable la pregunta que guía el final del libro cuando se repone la posibilidad de encontrar en la clase obrera argentina que se forjará posteriormente, una serie de líneas históricas que trascienden barreras que demarcaban las propuestas que entendían a los inmigrantes como el punto de partida. Al parecer, las prácticas previas de las clases populares conformaron también una experiencia que no merece descartarse ante la llegada de los inmigrantes sino que ocupará un lugar, secundario en muchos casos, pero un lugar al fin en las nuevas prácticas de las clases populares en la Argentina de masas.

**Fernando Gómez**  
(UBA-CONICET)

---

A propósito de Ezequiel Adamovsky, **Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1880 hasta 2003, Tomo II, Buenos Aires, Sudamericana, 492 pp.**

**Historia de las clases populares en la Argentina** es una extrañeza en un campo disciplinar poco acostumbrado a emprendimientos que se salgan de los marcos de las monografías y las compilaciones, algo que comparte con los demás títulos de la colección “Historia Argentina”. Asimismo, que las protagonistas de sus más de cuatrocientas páginas sean las clases populares agrega un plus a aquella grata extrañeza. Por si esto fuera poco, el libro se caracteriza por una prosa fluida que prescinde por completo de citas y referencias bibliográficas, como un gesto para seducir a lectores/as no moldeados/as por el oficio de historiador/a.

Una primera advertencia: el libro reseñado es la segunda parte de una historia que, lejos de haber comenzado en la década del ochenta del siglo XIX, se remonta a los primeros años del siglo XVI. Pensado en un comienzo como un libro en coautoría, la acumulación de páginas terminó perfilando dos tomos, el primero de los cuales estuvo a cargo de Gabriel Di Meglio. Cada uno de los volúmenes muestra las mar-





cas de un origen común que nos invitan a leer la historia completa. Sin embargo, cada uno tiene su propia identidad expresada no solo en el contenido sino también en su morfología.

El tomo II de *Historia de las clases populares...*, con un clásico criterio cronológico, distribuye sus doce capítulos entre tres partes. La primera, que comprende el período 1880-1945, agrupa los cinco capítulos iniciales. Los tres siguientes conforman la segunda parte del libro, abarcando los años que transcurren entre 1945 y 1973. La tercera parte reúne los últimos cuatro capítulos que van desde 1973 hasta 2003. Las motivaciones de esta subperiodización no son explicitadas, aunque podemos imaginarnos que los tres arcos temporales cubren los distintos tipos de regímenes de dominación y acumulación capitalista predominantes, en cuyo marco se desarrolló la historia de las clases populares.

Las primeras páginas refieren a una historia que se desarrolló en el contexto de un capitalismo argentino que se desplegaba al ritmo de su incorporación al mercado mundial como productor-exportador de bienes agrícola-ganaderos. En esta primera parte, el autor presenta, con un claro acento polanyiano, los rasgos característicos que desde entonces acompañaron al país emergido tras “la gran transformación”. Ya en estas páginas entran en escena los tópicos que cruzarán transversalmente todo el libro: el perfil de las clases populares, sus condiciones materiales de existencia, sus formas de organización y lucha, sus ideologías e identidades, las tensiones entre la cultura popular-plebeya y la cultura de masas, los clivajes no clasistas (étnicos/raciales, sexo/género, generacional, campo-ciudad, ecológico). Otras temáticas igualmente recurrentes son los perfiles estatales (represión y ampliación/deterioro de la ciudadanía), las formas de gobierno y sus políticas hacia las clases populares, las formas de explotación, las prácticas represivas paraestatales. Uno de los aportes específicos de este apartado gira en torno a la desmitificación de ciertas imágenes como el “crisol de razas”, la “blanquitud” y la “modernización”, empresa que el autor ya encaró en su *Historia de la clase media argentina*. Otros aportes refieren a la violenta creación de los mercados de tierras y de fuerza de trabajo, al rol protagónico del movimiento obrero de corte clasista, la vigencia de ideologías de izquierda (anarquismo, socialismo, sindicalismo revolucionario, comunismo), las tensiones entre la cultura popular y la de masas en experiencias como el tango y el fútbol.

La segunda parte, cuyos perfiles estaban moldeados por un capitalismo que tuvo que satisfacer sus ansias de acumulación vía sustitución de importaciones, gravita en torno a una experiencia que, producida en gran parte por el accionar de las clases populares, condicionó el devenir de la sociedad argentina en todos sus planos: el peronismo. El impacto de dicha experiencia fue tan fuerte que cambió radicalmente la cultura política heredada, dando origen al clivaje peronismo/antiperonismo. Durante aquellos años, dos fueron los momentos de fuerte plebeyización: las jornadas de octubre de 1945 y la resistencia post 1955. Hacia finales de este período el mundo obrero vivió la revitalización del sindicalismo clasista y la emergencia de una contracultura rockera.

La tercera parte abarca todo el ciclo neoliberal, desde su prehistoria hasta su decadencia. Durante los primeros años de este período el Estado mostró su perfil más represivo y preparó las condiciones para el ingreso triunfal del capital financiero, con sus políticas de exclusión y descolectivización. El movimiento obrero fue drásticamente debilitado por la masiva ola de despidos. El deporte, la música y la religiosidad popular también sufrieron cambios. A la vez que el peronismo sobrellevó grandes transformaciones, el territorio barrial y las “redes clientelares” remplazaron a los sindicatos y la “burocracia sindical”. Sin embargo, una masa de desocupados se animó a desobedecer al desempleo, poniendo en pie un nuevo movimiento: el movimiento piquetero. No pocos elementos de esta identidad estuvieron moldeados por ideologías y tradiciones de izquierda. Las últimas líneas del libro se ocupan de las jornadas decembrinas de 2001 y de la posterior “normalización democrática”.

Hasta acá lo que se puede resumir del contenido *material* del libro en una breve reseña. Pero, ¿cuál es su espíritu? ¿Qué ambición le da sentido?

Con este libro el autor ofrece una historia de la sociedad argentina, con sus avatares y transformaciones, desde la perspectiva de las clases populares. Busca y logra reponer la agencia de estas últimas en la historia de nuestro país. La pluma con la cual el autor narra esta historia está informada por el programa de estudio de las clases subalternas, inspirado en las notas de Gramsci y la obra de Guha. Así pertrechado, el autor va al cruce de la historiografía de los “sectores populares”, del cual sale airoso. En esta línea, logra mostrar el constante hacerse de estas clases, la continua redefinición de sus fronteras superiores en torno a su relación anta-

gónica con las clases dominantes. Los carriles sobre los cuales discurre su narrativa son dos: 1) la desigualdad persistente moldeada por el ordenamiento social capitalista, inaugurada con la gran transformación y; 2) el binomio de tendencias contrapuestas en torno a integración/antagonismo, donde se vislumbra la influencia de la obra de Daniel James. Despunta un tercero, aunque algo rezagado, con el poder clasificador del Estado. Logrando de esta forma una sólida coherencia argumental.

En la columna del *debe* podríamos señalar que el libro no logra resolver satisfactoriamente dos tensiones. La primera refiere la dificultosa convivencia del consabido carácter discontinuo que presenta la historia de las clases subalternas, con la pretensión de presentar una historia *continua* para todo el período abordado. La consecuencia de esta tensión irresuelta es que en muchos tramos las protagonistas de esta historia inadvertidamente son desplazadas de la escena por el protagonismo de las élites, el Estado, las clases dominantes. En este punto un giro benjaminiano enriquecería el relato. La otra tensión es casi ineludible en el marco del gran trabajo de síntesis encarado por el autor. Aunque el libro se caracteriza por la asimilación de bibliografía “clásica” y reciente, algunos tramos interpretativos del libro reproducen sentidos comunes provenientes de las líneas historiográficas hegemónicas en el campo. Ejemplos de esto son la temporalidad del anarquismo, el carácter heterónimo del movimiento obrero durante la segunda mitad de la década peronista, la informalidad absoluta del partido peronista, entre otros. Aquí la lectura en los márgenes del campo disciplinar brindaría elementos para desandar aquellos sentidos comunes.

Por supuesto, estas observaciones no quitan valor a un libro que esta llamado a ser una referencia obligada para los y las estudiosas interesadas en la historia de las clases populares en la Argentina del largo siglo XX.

**Agustín Nieto**  
(UNMDP/Gestar)

---

A propósito de Gerardo Leibner, **Camaradas y Compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay**, Montevideo, Editorial Trilce, 2011, 632 pp.

El libro de Gerardo Leibner **Camaradas y Compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay** salió a la luz en el año

2011 como resultado de más de una década de investigación. Se trata de un trabajo profundo y comprometido que reconstruye buena parte de lo que fue la vida política y social de los comunistas uruguayos entre 1941 y 1973. El libro se divide en dos grandes períodos que corresponden a lo que el autor denomina “La era Gómez” (1941-1955) y “La era Arismendi” (1955-1973), inicialmente pensados para ser publicados como tomos separados. En ambos, no sólo se estudia el núcleo dirigente partidario y su línea política, sino que se incorpora una abundante cantidad de fuentes (orales y escritas) para reconstruir con éxito la “ideología social” de los comunistas que permitió la concordancia necesaria entre la doctrina política y la militancia cotidiana. La centralidad del estudio de las subjetividades, es decir, las cualidades más salientes de los sujetos devenidos objeto de estudio, permite entonces comprender la profunda impronta cultural que la militancia comunista imprimió en miles de uruguayos, muchos de los cuales hoy siguen participando en el Frente Amplio, principal fuerza política del país.

La primera parte del libro comprende los años que el autor denomina de “prehistoria” partidaria, término que revela cierta subestimación del período anterior a 1955 en el que las prácticas denominadas de “secta” impidieron incidir mayormente en la sociedad. A pesar de la cantidad de militantes en este período, el Partido no pudo convertirse en una fuerza política capaz de imponer su agenda. Como en buena parte de los partidos comunistas de América Latina, los cambios en la línea soviética provocaron desajustes y reacomodamientos permanentes en la estructura partidaria. En este sentido, el cambio hacia la línea de Frente Popular desde 1935 requirió de una dirección capaz de adaptarse a las nuevas condiciones, y fue entonces cuando Eugenio Gómez tomó el liderazgo máximo en el partido. Desde entonces, las fracciones, pugnas y depuraciones signaron lo que el autor considera prácticas propias de una “secta”, que achicaron al Partido en los años siguientes aunque permitieron una mayor cohesión interna. A pesar de esto, el movimiento antifascista y antinazi permitió el acercamiento de numerosos intelectuales y de cierta cantidad de obreros. La derrota electoral en 1950 trajo aparejadas duras acusaciones contra elementos “oportunistas”, que desatarán una fuerte crisis interna, concluida a mediados de 1955, cuando Gómez fue desplazado. Rodney Arismendi comenzará a perfilarse a partir de entonces como el nuevo líder máximo del Partido, dando inicio a la segunda parte del libro que comprende los años 1955-1973.

Según relata Leibner, el derrocamiento de Arbens en Guatemala marcó el inicio de la apertura del comunismo uruguayo, rompiendo con largos años de aislamiento. Sumado a esto, los procesos de desestalinización desatados luego del XX Congreso del PCUS en 1956 preparó el terreno para que Arismendi pudiera realizar una “revolución interna” que no sólo afectaría a la dirección partidaria, sino también a su militancia. Desde su nuevo lugar como líder máximo del PC, Arismendi desplegó una serie de medidas que fortalecieron notablemente el comunismo en esos años. Entre ellas, el planteo de una “revolución democrático-popular y antiimperialista” que desembocara en una “república democrático popular”, sería una de las principales notas de originalidad frente a los otros PC latinoamericanos que habían supeditado la ofensiva al impulso de las “burguesías nacionales”. Arismendi fue un férreo defensor de la “vía pacífica” posibilitada por el contexto internacional. Por su parte, frente a la Revolución Cubana el PC uruguayo desplegó un fuerte apoyo pero insistía en esta vía pacífica, siguiendo el consejo del “Che” Guevara en Uruguay de “avanzar por cauces democráticos hasta donde se pueda ir”. Empezaría entonces un crecimiento cuantitativo y cualitativo del Partido que le permitiría aumentar su inserción en las masas. En suma, el libro de Leibner nos sumerge en el mundo comunista, prestando especial atención a la reacción y a la forma de operar de la militancia, que no fue homogénea ni lineal, ni frente a los cambios de dirección en el partido ni frente a las “tormentas ajenas” proveniente de los vaivenes de la política soviética.

**Alexia Massholder**  
(UBA-CONICET)

---

*A propósito de Vania Markarian, El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2011, 164 pp.*

Durante los años sesenta, una generación de jóvenes militantes conformó su identidad política en múltiples escenarios de América Latina. Vania Markarian aborda este proceso en el Uruguay y explora el movimiento estudiantil de 1968, cuyo efecto radicalizador sacudió a los sectores de la izquierda. Para comprender la irrupción de estos jóvenes en la militancia, Markarian llama a incorporar al análisis aquello que justamente no fue específico de la política: una dimensión más relacionada al significado de

“ser joven” que a la adhesión a una doctrina. La historiadora propone: “preguntarse por el surgimiento de la juventud como actor político en el seno de la izquierda y, en seguida, prestar atención a las reacciones de los diferentes grupos frente a la circulación de pautas culturales específicamente juveniles que provenían principalmente de Europa y los Estados Unidos”. Markarian pone en un primer plano los nuevos patrones generacionales para ofrecer una lectura que articula la rebeldía juvenil y su impacto en los valores tradicionales y formas de organización de la izquierda. De este modo, la autora ilustra cómo ciertas innovaciones del movimiento del 68 se arraigaron a un nuevo universo que no sólo fue político sino cultural.

En contraste con la producción regional, los estudios sobre la historia del Uruguay no han atendido en profundidad la relación entre la política y la cultura en los años sesenta y este trabajo responde a dicho vacío. Al tiempo que es relevante para quienes investiguen el impacto de los jóvenes en el escenario político, social y cultural de la época, este libro es una contribución al estudio de las izquierdas en América Latina y una lectura imprescindible para abordar la historia de la izquierda uruguaya. Su valor también radica en el abordaje analítico que borrona aspectos que la historia ha presentado en “términos muy generales” o con demasiada rigidez: se detiene en las contradicciones, las paradojas, y desecha el intento de reducir un escenario del período a una imagen inmóvil y nítida.

En el capítulo primero, la autora narra la irrupción de las manifestaciones estudiantiles y la dinámica de acción y represión entre los jóvenes y la policía. Markarian pone atención en los modos de protesta que la juventud impulsó en el movimiento: manifestaciones relámpago, barricadas, la apropiación de la calle a través de marchas, festivales e incluso clases al aire libre. Estas innovaciones reflejaron una cultura que “impulsaba a reclamar espacios de poder para las nuevas generaciones” al tiempo que imprimía una dimensión física de la acción militante vinculada a la destreza y a una “entrega” propia de la juventud. En el capítulo siguiente, Markarian desarrolla las repercusiones que estas novedades provocaron en las formas de organización tradicionales de la gremial estudiantil y describe su radicalización. A través de una detallada documentación, la autora muestra cómo los sectores tomaron posición sobre la lucha callejera, debatieron la forma de promover los cambios sociales y discutieron el papel de los estudiantes en la revolución.



En el capítulo tercero, Markarian da visibilidad al ambiente cultural en el que los militantes estaban inmersos y señala a la sensibilidad y a la emoción como elementos fundamentales para la iniciación política de esta generación. A través de ejemplos tomados de la fotografía, el cine, el canto popular, la danza, y otras experiencias artísticas, la autora analiza la imagen heroica de la militancia y los dos significados de “lo revolucionario” que logró incluir tanto a quienes apoyaban la lucha armada como a quienes no. Con ánimo de romper la memoria hegemónica del militante comprometido, Markarian rescata las voces de otros jóvenes que conformaron su identidad política al margen de los sectores de izquierda y la mística revolucionaria. Tanto el artista y poeta Íbero Gutiérrez, estudiante asesinado en 1972, como la revista contracultural **Los Huevos del Plata**, ilustran casos en los que la vida política y la juventud se conjugaron en experiencias más atentas a la cultura global de masas, a Bob Dylan y a la música beat.

Al concluir, la autora identifica al movimiento del 68 como el terreno en el cual la izquierda uruguaya adquiere rasgos singulares y fundamentales para entender su desarrollo histórico. Si la tendencia es visualizar dicho movimiento como un período de radicalización que impactó en la “izquierda tradicional”, Markarian cuestiona el grado tajante de este corte en el caso de Uruguay. Contrario al paisaje homogéneo que impone el uso de estas categorías, el entendimiento de la “nueva izquierda” uruguaya debe incluir los matices, la coexistencia de diferentes posiciones en relación a la lucha armada, es decir, las zonas “de confluencia y encuentro que caracterizaron la experiencia de los jóvenes iniciados en la militancia en 1968”. Más aún, Markarian sugiere que esa heterogeneidad fue no sólo la que posibilitó un frente de oposición común a la represión de Pacheco en 1968, sino la que permite explicar la fundación del Frente Amplio en 1971.

**Cecilia Lacruz**  
(UDELAR)

A propósito de Carlos Altamirano,  
**Peronismo y cultura de izquierda**, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011, 270 pp.

En los últimos años el peronismo como tema ha sabido congregarse una abundante literatura posible de ser observada, en un primer momento, en la mesa de cualquier librería. Esta progresiva producción acaso esté motivada por el renova-

do interés que, por ejemplo, existe en el campo académico y que se tradujo en una multiplicación de congresos, conferencias, investigaciones y, finalmente, publicaciones. Pero también por la cantidad innumerable de divulgadores, políticos, periodistas y editores que, desde diversos ambientes e intereses, abonaron a la proliferación de obras que tratan con una cuestión que parece no agotar ni mermar el apetito de una franja insistente de lectores.

En las listas de títulos y autores que circulan hoy día habría que sumar la reedición de un libro, sin duda, ya clásico en la materia como es **Peronismo y cultura de izquierda** de Carlos Altamirano. Publicado originalmente en 2001, su aparición es una nueva oportunidad de acceder a él después de muchos años de ausencia. Este hecho no sólo remedia dicha situación sino también habilita una renovada lectura de un libro que se ha vuelto imprescindible para comprender tanto el peronismo como el devenir de la izquierda argentina en los últimos cincuenta años.

En una primera mirada esta edición no comporta demasiada novedad respecto a su versión original. Esta integrada casi por los mismos capítulos e hilados por una igual preocupación, esto es, la relación tensa y cambiante que sostuvieron el peronismo y la cultura de izquierda durante gran parte del pasado siglo. En el capítulo uno, la batalla por la significación ante la emergencia del peronismo por parte de las distintas fuerzas de izquierda funciona como una idónea presentación del problema general que atraviesa al libro al mismo tiempo que es un notable aporte a una cuestión que en su momento no había sido debidamente indagada.

En el capítulo dos Altamirano amplía este examen pero abordando otras figuras, temas y formaciones de la vida intelectual argentina. La existencia de dos visiones históricas contrapuestas sobre el país a partir de la llegada del peronismo fue un tópico que, una y otra vez, imantó hacia el debate ideológico a diversos escritores, publicaciones y sectores que abarcaba desde un Ezequiel Martínez Estrada o un Carlos Alberto Erró pasando por la revista **Cursos y Conferencias** hasta el por aquel entonces diputado peronista John William Cooke. A diferencia de este capítulo que opera en un tiempo signado por la presencia del movimiento encabezado por Perón, el tercero aborda la querrela que suscitó en el interior de las elites culturales la política represiva llevada adelante por el gobierno de la “Revolución Libertadora”. El caso emblemático de la polémica entre Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges ofició, según el autor, como un oportuno

momento en donde el primero impugnaba, en un doble movimiento, el apoyo que el segundo había prestado a la dictadura y su lugar en el mundo literario argentino.

Los capítulos siguientes tienen como eje común las transformaciones y entrecruzamientos que se produjeron en el interior de la cultura de izquierda durante los años sesenta y setenta. Allí, Altamirano traza un mapa completo de las principales preocupaciones e influencias que circulaban entre las nuevas generaciones provenientes en su mayoría de los sectores medios. Interpretar al peronismo, delimitar el lugar ocupado por la izquierda y un profundo cuestionamiento de su propia pertenencia de clase —alimentadas por las ideas de Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui— fueron algunos de los aspectos más salientes de una cultura que comenzaba a evidenciar ciertos cambios cualitativos respecto a décadas anteriores. Todo ello, nos recuerda el autor, en un panorama surcado por la expansión del marxismo, el estructuralismo y el impacto de la revolución cubana. Por último, la incorporación del texto “¿Qué hacer con las masas?” que había aparecido en el volumen **La batalla de las ideas** de Beatriz Sarlo, delimita otro de sus objetivos: comunicar el conjunto de sus reflexiones abordadas desde la historia política e intelectual.

Más allá de la repetición que estos ensayos suponen respecto de su primera versión, la reaparición del libro supone atender a ciertas cuestiones que le otorgan una nueva significación. En efecto, la obra adquiere un renovado sentido y un pleno derecho de publicación gracias al actual contexto político e ideológico argentino. El giro hacia la izquierda que un sector del peronismo supo construir en los últimos años reflató una vieja pero vital pregunta, sobre todo para las distintas tendencias que conforman la izquierda argentina: ¿cuál es hoy la relación y/o el lugar de esta cultura respecto del peronismo? La construcción de un relato nacional-popular que remite a valores anclados en el “setentismo”, una impronta juvenilista, el rescate de la figura de Eva Duarte y la política de derechos humanos constituyen para Altamirano muestras por demás elocuentes de que es el peronismo quien, una vez más, se las ingenia para reabrir un ciclo ideológico y cultural que parecía cerrado a fines de los noventa. Uno de los efectos más notorios de la difusión de estos discursos y prácticas ha sido configurar un “reencantamiento ideológico con la política” y, en un plano más general, un clima de “hiperestesia emotiva” en muchos jóvenes y adultos. Frente a este cuadro, la cultura de izquierda vuelve a estar inmersa en una bús-

queda de toma de posición y definición, obliga a repensar los cimientos donde se fundaron su tradición, valores y visiones de futuro. Es aquí, entonces, que el libro si bien no traza una respuesta a estas cuestiones —lejos es su objetivo—, logra ser un estimulante punto de partida para calibrar mejor aquellos puntos que un presente aparentemente esquivo plantea a esta cultura política.

Ahora bien, lo singular y relevante de considerar su publicación no acaba en estas coordenadas de tipo contextuales. El capítulo dedicado a la trayectoria de Juan Carlos Portantiero manifiesta el continuo interés de Altamirano por explorar nuevas formas de abordar esta antigua preocupación. En consonancia con una renovación y expansión que experimentan los estudios biográficos y la historia social de los intelectuales, este apartado permite observar y comprender de cerca las preocupaciones, amistades intelectuales y actividades que este reconocido intelectual de la “nueva izquierda” desplegó en distintos momentos de su itinerario, ya sea en las filas del Partido Comunista en su juventud o en su trabajo como sociólogo universitario durante los años setenta. No obstante, lo trascendente de esta aproximación radica en otro aspecto, además del aporte innegable que refiere el conocimiento de una figura como Portantiero. La reconstrucción de su trayectoria funciona como un más que pertinente acceso al mundo cultural y político de la izquierda en el cual estuvo inserto y desde el cual enunció y tomó posición sobre diversos temas. Así, el seguimiento de sus rasgos biográficos e ideas se imbrican en una historia social y cultural que permiten distinguir su singularidad dentro del panorama de la cultura de izquierda, sin por ello obviar aquellos aspectos que compartió con otros intelectuales de izquierda. La lucha interna frente a la política cultural del Partido Comunista, su ruptura y posterior participación en el grupo **Pasado y Presente**, junto a su desempeño en el convulsionado departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de los años setenta, son todos instantes, quizás los más sobresalientes, de un camino intelectual que, en la mirada de Altamirano, se desdobra hasta iluminar las tensiones, debates y sensibilidades que coloreaban dichos ambientes.

A pesar de lo que puede sugerir una rápida lectura de su índice, **Peronismo y cultura de izquierda** no ha perdido ni un gramo de actualidad y densidad sobre los temas y problemas que delinearon históricamente el escenario ideológico, cultural e intelectual argentino. El status de “clásico” y su distinción dentro del

panorama editorial actual acaso logre explicarse por esa viva capacidad que todavía conserva para plantear preguntas, sugerir exploraciones, señalar certezas —muchas— pero sobre todo estimular la indagación de una relación que, se avizora, lejos esta de agotarse.

**Martín Ribadero**  
(UBA-CONICET)

---

*A propósito de Karin Grammatico, **Mujeres Montoneras, una historia de la Agrupación Evita 1973-1974**, Buenos Aires, Luxemburg, 2011, 129 pp.*

La creación de un espacio específico para las mujeres en el peronismo data de 1949 cuando Eva Perón fundó el Partido Peronista Femenino; hacia 1954 ese espacio se convirtió en la denominada Rama Femenina, que junto a la Rama Masculina y la Rama Sindical conformaban las tres secciones del movimiento peronista. Este entramado organizativo recobró vida a principios de los años setenta, y en circunstancias vinculadas al retorno de su prolongado exilio, Juan Perón pidió a su entonces esposa que retomara aquel legado, que reorganizara la Rama Femenina. Acompañada por José López Rega, fue recibida por las hermanas de Eva Duarte, por Héctor Cámpora, Juan Ignacio Rucci y Rodolfo Galimberti. En su discurso clamaba por la unidad, apelando para ello a la figura de Eva, pero las luchas intestinas estaban esperando su oportunidad para desnudarse. Para 1973 la agrupación Montoneros anunció que dejaba a un lado la vía armada, y en su lugar se dispuso a desarrollar una serie de “frentes políticos de masas” como una forma de luchar a la vez por el legado histórico y por espacios de poder concretos, razón por la cual pronto entraron en abierta disputa con la “ortodoxia” peronista.

**Mujeres Montoneras** reconstruye la historia, breve pero intensamente representativa, de uno de esos frentes de masas: la Agrupación Evita. Creada en el convulsionado mes de septiembre de 1973, su itinerario nos permite asomarnos a la profundidad de las luchas internas del movimiento peronista setentista; a los conflictos táctico-estratégicos de Montoneros; y a un momento en el que la figura femenina cuestionó crecientemente el lugar de subordinación que ocupaba, tanto en esferas domésticas como en la escena política. Grammatico identifica agudamente que, junto a los conflictos con el isabelismo, la derecha peronista, con las fuerzas armadas, etc., hubo otra zona de problemas menos evidentes, ligados a la experiencia mili-

tante y femenina, que con sus sutilezas y profundidades conforman su objeto de investigación. Para abordar dicho objeto se sirve de una diversidad de fuentes que incluyen los testimonios personales, y también de herramientas metodológicas de la historia reciente, en diálogo con aquellas propias de los estudios de género. Puede que debido a esto, además de estar sólidamente argumentado, el libro atienda a una dimensión tan frecuentemente obturada en la investigación histórica como la emotiva. Al indagar en cómo vivieron esas mujeres la creación de la agrupación, se abren problemas que quien reduce la existencia de la Agrupación Evita a la campaña de repatriación del cadáver de Eva no puede siquiera plantearse.

En su exploración la autora se acerca a la lógica de los actores y se encuentra, por ejemplo, con que las mujeres montoneras vivieron la creación de un espacio específicamente femenino como una forma de aislamiento, de despromoción, una suerte de castigo que las alejaba de los espacios de poder. Con que, si bien eran rechazadas por la Rama Femenina de Isabel Perón, paradójicamente compartían con esas otras militantes peronistas una concepción de la mujer como sujeto político a partir de su condición de madres y esposas. Pues también las aguerridas mujeres montoneras hacían política a través de su condición de madre-esposa, aún cuando sus compañeros montoneros negaban en su discurso la diferencia entre varones y mujeres en tanto que sostenían que la única división existente era entre explotadores y explotados (no obstante lo cual los lugares de conducción política persistieron masculinos). Y se encuentra, por último, con que luego de un primer momento de resistencias e incomodidades, la militancia femenina en barrios y villas se tradujo en una serie de programas y actividades en las que se conformó una experiencia colectiva significativa. El capítulo “Los trabajos y los días” relata la manera en que la militancia de base las enfrentó al entrecruzamiento entre lo público y lo privado, “lo personal es político,” consigna del movimiento feminista de la época, fue vivido en carne propia. Esos trabajos, truncados por la violencia y la represión de los años posteriores, dejaron huellas en las experiencias vitales que Grammatico recupera con sensibilidad e inteligencia, pues su uso de la dimensión emotiva en el análisis no busca conmovir sino comprender una época, un problema, una forma de vincularse con la política, una generación, un género y un desenlace trágico.

**Laura Prado Acosta**  
(UNQ-CONICET)



A propósito de Vera Carnovale, **Los combatientes. Historia del PRT-ERP**, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011, 310 pp.

La historia del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) abarca un lapso de poco más de diez años, desde 1965 (cuando fue creado el partido) a la derrota final en los primeros años de la dictadura. La prolija investigación de Vera Carnovale combina el trabajo de las fuentes documentales con los testimonios de antiguos militantes. Por un lado, ofrece una historia razonada de la creación, las tendencias internas, los debates y giros tácticos, los programas y las acciones. Por otro, en un registro más cercano al ensayo político, interviene sobre las memorias de esa experiencia: discute sobre todo con quienes revisan esa trayectoria a partir de una clave explicativa que señala la “desviación militarista”.

A la nostalgia de una revolución truncada por los errores de quienes estaban destinados a conducirla (lo que la autora llama la “impugnación prescriptiva”), se opone en esta obra la voluntad de explorar lo que hizo posible esa empresa tal como efectivamente sucedió, sobre todo la configuración (política y moral, siempre subjetiva) de ideas y fantasmas, esquemas de percepción y de acción, valores e identidades, que otorgaban un sentido al destino trágico de esa comunidad de militantes.

El PRT se constituyó, hacia 1974, en la organización más importante de la izquierda revolucionaria. Puede decirse que en su trayectoria y en su fracaso se condensa una experiencia más amplia, la de los proyectos revolucionarios que poblaron el continente después del triunfo de la guerrilla cubana. Al interés histórico y al impacto sobre los debates de las memorias militantes se agrega, entonces, la importancia de una deliberación sobre ese pasado, una base indispensable en la reconstrucción de una política y una cultura de izquierda en la Argentina.

La obra se propone investigar ese colectivo con un foco en la “subjetividad”, un rubro más que un concepto, capaz de exponer un nudo problemático abierto, con más preguntas que respuestas. Esa dimensión subjetiva de la formación militante es explorada a través de las construcciones de la figura del enemigo, de las tensiones y las visiones partisanas en torno del “hombre nuevo” y de las prácticas de formación y disciplinamiento internas a la organización.

En una reconstrucción cercana a la que ofrecen los protagonistas, esa función subjetiva se muestra moldeada por la intensidad coligada de la voluntad y de las creencias. En verdad el cortejo de las virtudes (sacrificio, heroicidad, martirio), anudados a la fuerza de los mandatos de una organización total, da cuenta de una configuración identificatoria en la que la máxima exaltación del yo de la acción, de la decisión y el coraje, coincidía con el extravío de una razón (“revolucionaria”) que despreciaba los obstáculos del mundo. Nada lo muestra mejor que el gesto de Mario Santucho cuando, el 24 de marzo de 1976, convocaba a los “Argentinos, a las armas” a contramano de una sociedad que mayormente se preparaba a recibir con alivio las promesas de orden de una nueva dictadura.

El mandato moral sintetizado en la voluntad de “ser un revolucionario” a toda costa (como recordaba Pablo Giusani) parece determinante en la “trágica historia de las sectas armadas” (en palabras de Helios Prieto, un protagonista mayor de esa experiencia), y se impone sobre los análisis, las posiciones, los documentos, que parecen indicar otro curso de acción. Por supuesto, la historia de los “combatientes” no agota los sentidos ni los efectos de esa experiencia. Queda pendiente una investigación sobre el trabajo político del partido en los diversos frentes (político, sindical, cultural, universitario), así como de las publicaciones, **Nuevo Hombre** (desde 1972) y el diario **EL Mundo**, en los meses en que pudo editarse. ¿Hubo un curso posible que no quedara entrampado en las visiones y la moral de la guerra total?

La exploración de esa guerra a través de las figuras del “enemigo” muestra bien la singular asociación de las pasiones de un grupo cerrado (el odio, la venganza) con la fascinación y la identificación con una forma militar idealizada. Esa guerra es sobre todo un estadio superior de la moral militante. Y busca proyectar esa valoración sobre el enemigo; incluso busca presentar al propio ejército como más apegado a las tradiciones y las virtudes militares respecto de aquellos que finalmente los aniquilaron con métodos que transgredían toda moral. “Militarización”, entonces, no es sólo la consecuencia inevitable de una lucha concebida como una guerra, sino que resume y condensa un conjunto de valores antes que una efectiva formación en las disciplinas militares.

Finalmente, el tópico del “hombre nuevo” es indagado como una formación compleja, tensionada. Por un lado, está el peso de las “virtudes proletarias” (amasadas en el ideario del

cristianismo): ascetismo, humildad, espíritu de sacrificio, solidaridad y amor al prójimo (fe, esperanza y caridad, podría decirse). Por otro, está el heroísmo del guerrillero, el “revolucionario total” que entrega su vida y a cambio se autoriza a matar. Cristo y el Che encarnan esas dos fisonomías contrastadas del hombre nuevo. El libro explora muy bien la “encerroña trágica” (evoco un término de Fernando Ulloa), las paradojas e imposibilidades encarnadas en esos mandatos inconciliables.

De allí también los dos sentidos de la “ética sacrificial”: la del humilde que entrega su vida de a poco en el amor al prójimo o la del guerrero que la ofrece entera en el combate y alcanza su verdadera estatura de héroe en la “muerte bella”. En un caso o en otro, lo “nuevo” de esa proyectada revolución antropológica se amasaba con tradiciones morales de muy larga duración. En la medida en que el discurso y las proclamas destacaban las historias combatientes, en ese sustrato identitario proyectado emergían las virtudes de la nobleza guerrera, componente esencial de las tradiciones militares. De allí la paradoja mayor, si cabe: la de un ejército que se pretendía del pueblo mientras conformaba sus ideales en el surco de una de las tradiciones más aristocráticas de Occidente.

**Hugo Vezzetti**  
(UBA-CONICET)

A propósito de Marina Franco, **Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976**, Buenos Aires, FCE, 2012, 352 pp.

Suele reclamarse que la memoria y la historiografía sobre la historia reciente tienen aún por delante la ineludible tarea de adentrarse con mayor sistematicidad en la dimensión de las responsabilidades colectivas. Este reclamo encuentra su legitimidad en la constatación de una generalización aparentemente incommovible de memorias y relatos centrados en las bondades imaginarias de una amplia variedad de actores sociales poco dispuestos a re-conocer y/o re-pensar el grado y la naturaleza de la responsabilidad que a cada uno le cupo en la configuración de las condiciones de posibilidad de la instalación y el funcionamiento del terror estatal. Es en este escenario que el último libro de Marina Franco representa una valiosa intervención.

Motivado por un confesado desvelo (“cómo fue posible que la sociedad argentina llegara a las



espirales de violencia que después de varias décadas confluyeron en la salvaje dictadura militar de 1976”) la autora aborda el período constitucional 1973-1976 buscando allí las olvidadas cuando no silenciadas líneas de continuidad de este período con aquél abierto en 1976 en términos de políticas represivas estatales.

Así, presta particular atención tanto a la dimensión de la discursividad emanada desde el gobierno peronista — especialmente en lo que refiere a la construcción de figuras tales como “la subversión”, “la infiltración marxista”, “la amenaza comunista”, entre otras, que luego, tras 1976, serían retomadas por las FFAA en el poder — como a la de las medidas y políticas estatales específicas en relación con la violencia insurgente, medidas y políticas materializadas tanto en leyes y decretos como en prácticas tanto más difusas como cotidianas que conformarían un escenario político-institucional signado por el estado de excepción. Es de destacar que en su análisis la autora otorga un lugar destacado a las formas en que aquellos discursos y políticas hallaron eco y/o consenso en variados espacios sociales tales como la prensa, los partidos políticos, etcétera.

Es ésta, ante todo, una intervención audaz toda vez que aborda lo que la propia autora denomina el “tabú” sobre la represión protagonizada por el peronismo. Y en ese irreverente abordaje su pluma confronta con rigor historiográfico imágenes y representaciones del período que están ampliamente extendidas en círculos militantes, políticos y aun académicos; por ejemplo, una postulada ajenidad de Perón respecto de las prácticas represivas ilegales del período 1973-1976, prácticas que — no puede dejar de decirse — incluyeron el asesinato de militantes sociales y/o políticos del campo popular. Es, a su vez, una intervención de gran solidez analítica. La investigación está muy bien documentada a partir de un corpus de fuentes primarias tan nutrido como heterogéneo y pertinente. Y, un elemento destacable — y de fundamental importancia tratándose de una intervención historiográfica — es la nutrida información que ofrece, es decir, su sólida reconstrucción fáctica; en este terreno el libro se diferencia de otras escrituras sostenidas menos en la investigación rigurosa que en certezas de carácter impresionista. Finalmente, la trama narrativa fundamenta bien la hipótesis propuesta: “el período constitucional 1973-1976 constituyó un proceso de lenta deriva hacia el autoritarismo desde el seno y a través de las instituciones del propio régimen democrático, de algunos sectores o de algunas prácticas paralelas o clandestinas”.

Es tan esperable como deseable que el libro genere debate dentro y fuera del espacio académico: no sólo porque la temática no está suficientemente discutida sino, fundamentalmente, porque continúa teñida de silencios, nociones y representaciones — emanadas del espacio militante — que empañan parte de las respuestas posibles a aquella perturbadora pregunta del “cómo fue posible”. Porque, en definitiva, lo que esta reconstrucción histórica viene a demostrar es que no es poca — sino más bien mucha — la responsabilidad que le cupo al principal movimiento político del país (el peronismo) en la configuración de las condiciones de posibilidad del terrorismo estatal instalado ¿a partir del 24 de marzo de 1976? Y porque esta responsabilidad es puesta en palabras, precisamente, en el contexto de un gobierno, también peronista, que no sólo se jacta discursivamente sino que además impulsa y ejecuta, políticas públicas reparatorias en materia de derechos humanos, principalmente en lo que hace a la de la judicialización de represores.

También esperable, aunque no tan deseable, es que el objetivo del libro y su gran aporte, esto es, la “relativización del corte de 1976 para mostrar continuidades de corto, mediano y largo plazo”, constituya, al mismo tiempo, el blanco de sus críticas. Porque si bien es cierto que — como tan sólidamente fundamenta el texto — no pueden desmerecerse las continuidades en materia de política represiva entre el período 1973-1976 y el abierto a partir de entonces, también lo es que no faltarán voces que impugnen el riesgo de desdibujar la ruptura *sustantiva* que el golpe de Estado de 1976 representó (no ya en términos imaginarios o de memoria sino reales). Si así fuera, no habrá que caer en la trampa, porque ya se sabe, ya ha sido dicho: aunque las modalidades represivas del régimen instaurado en 1976 reconozcan “antecedentes” en el período anterior, la sistematicidad con la que esas modalidades fueron implementadas — y sus dimensiones cuantitativas — tornaron a la última dictadura en un régimen de naturaleza muy diferente al anterior. Y, sin embargo, no por eso, aquellos antecedentes deben ser desterrados de la memoria colectiva, no al menos de una que incluya en el horizonte de sus expectativas futuras la construcción de una cultura política más atenta al valor de lo que sin mayores preciosismos y por comodidad muchos llaman *la verdad histórica*.

Vera Carnovale  
(CONICET-CeDInCI/UNSAM)

## FICHAS DE LIBROS

Carl Schorske, **La Viena de fin de siglo. Política y Cultura**. Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011, 376 pp.

La historia cultural con la aparición del libro de Carl Schorske tuvo uno de sus puntos más altos. Siglo veintiuno editores, en consonancia con una política de reposición de libros clásicos en este campo, publicó el año pasado una renovada edición de **La Viena de fin de siglo** que coloca, finalmente, al alcance del público argentino y latinoamericano una obra imprescindible. El objetivo general que atraviesa la obra de Schorske es investigar los efectos refractarios que produjo el quiebre del liberalismo político en la cultura vienesa entre fines del siglo XIX y principio del XX. Crisis que tuvo otras manifestaciones en Europa a comienzos del siglo XX, la particularidad de esta experiencia radicó en la velocidad y espesura que revistió el cambio social y político producido por la caída liberal. Las innovaciones originadas por lo que tiempo después se identificó con el nombre de “escuelas vienesas”, fueron parte de un palpable y vertiginoso proceso de reformulación crítica y subversiva de diversas tradiciones que modificaron para siempre la vida cultural e intelectual de la capital imperial. A través del recorrido propuesto por Schorske, pueden constatar y evaluarse los aportes que produjo una camada de jóvenes de clase media protagonistas sensibles del descalabro de la herencia liberal-racional y, al mismo tiempo, autores de una serie de estudios y expresiones culturales de inigualable aporte a la cultura occidental. Freud en el campo de la psicología, Klimt y Kokoschka en el arte, Otto Wagner en la arquitectura y Schoenberg en la música fueron los nombres representativos de una generación de intelectuales críticos que formaron parte de los mejores y más visibles ejemplos de un fenómeno de ruptura y creación cultural. Schorske no sólo repone este mundo en franca transformación sino que logra construir una manera de adentrarse en el análisis de la cultura y de esta manera posibilitar el estudio de otras manifestaciones inscriptas en latitudes y espacios diferentes.

Por el encuadre histórico cultural que se expone en **La Viena de fin de siglo**; por el tipo de vínculo que se establece entre política y cultura; por el manejo y conexión que realiza entre arte, psicología, arquitectura y música y, sobre todo, por el lenguaje utilizado es que la obra y su autor se han convertido en una de las principales referencias y preferencias ineludibles en el campo de la historia cultural habitado por otros nom-

bres consagrados como Roger Chartier, Peter Burke o Robert Darnton, entre otros.

---

José Fernández Vega, **Lugar a dudas.**

**Cultura y política en la Argentina,** Buenos Aires, Editorial Las Cuarenta, 2011, 202 pp.

El libro de José Fernández Vega propone una aproximación a la cultura argentina desde una perspectiva ensayística. El mismo está compuesto por tres secciones que abordan las tensas relaciones establecidas entre el arte, la literatura y la filosofía con la política desde mediados del siglo XX hasta la actualidad. Reelaboración parcial de textos ya publicados y otros inéditos, el libro recorre temas, problemas y figuras que configuraron momentos centrales en la cultura nacional. Un aspecto destacado del mismo es la escritura clara y amena. En el mundo de los filósofos de formación profesional como Fernández Vega esta materia no siempre ha estado entre sus principales preocupaciones. Sin embargo, la variedad y complejidad de cuestiones que aquí se abordan no fueron un impedimento para la elaboración de un registro que se adecua muy bien con un interés por desbordar el ámbito académico y más específicamente filosófico. En efecto, el autor evidencia no sólo un amplio manejo y entendimiento de crítica literaria, experiencias y figuras artísticas —como Andy Warhol, Marcel Duchamp y León Ferrari— y temas filosóficos, sino también una nítida percepción de las dificultades que comporta el lenguaje académico a la hora de la divulgación. Es a partir de la simpatía no exenta de crítica sobre la última obra de Oscar Terán donde mejor se observa esta compartida inquietud por conjurar distintos saberes pero sobre todo por el estilo. Mucho más aún, si el interés por la actualidad de la obra de Carl Schmitt implica un exhaustivo y por momentos muy logrado análisis del libro erudito de Jorge Dotti sobre el pensador alemán.

Por su parte, el análisis de las obras y trayectorias de Jorge Luis Borges y Rodolfo Walsh dan cuenta del objetivo trazado pero ahora en el ámbito de la literatura argentina. Si Walsh es destacado por ser un cabal ejemplo —quizás el más dramático— de las vicisitudes afrontadas por los escritores ante la radicalización política de los años setenta, Borges acaso lo sea por haber sido “la figura apolítica más politizada del siglo XX argentino”, de acuerdo a sus constantes campañas por establecer un modo de concebir la literatura en especial aquella vinculada con el género policial. Una deriva actual de estos

crucos entre cultura y política, aunque en un contexto histórico distinto, Fernández Vega lo encuentra en la controversia pública que suscitó la retrospectiva organizada por León Ferrari en 2004. La misma puso en evidencia dos aspectos centrales en la vida cultural y política argentina del presente milenio: por un lado, un marcado declive de la influencia político-cultural de la Iglesia Católica en su intento por impedir la muestra y por el otro, el amplio apoyo que recibió el artista del campo cultural y sobre todo por parte de un público proclive a la defensa de la libertad de expresión. Las razones de ambos sucesos, concluye el autor, se encuentran en las inflexiones que la crisis del 2001 produjo en la producción cultural y la política nacional.

---

Carlos Abraham, **La Editorial Tor. Medio siglo de libros populares,** Buenos Aires, Editorial Tren en Movimiento, 2012, 255 pp.

Tor fue uno de los sellos más prolíficos y polémicos del mundo editorial argentino durante el siglo XX. El libro de Carlos Abraham tiene como objetivo indagar sobre esta empresa que por más de cinco décadas desarrolló una activa política de publicación. La ausencia de una investigación sobre este emprendimiento y las escasas referencias por parte de la literatura dedicada al estudio de la industria editorial y aun de la historia cultural, constituyen dos de los principales motivos que animaron al autor a investigar las actividades, figuras y difusión alcanzada por esta editorial y librería familiar fundada por Juan Carlos Torrondelet en 1916. Extraña afirmación, si se atiende a los trabajos ya clásicos en la materia que han reparado en esta editorial tanto en sus políticas como su lugar en el panorama del impreso en la Argentina. A pesar de ello, el libro es una minuciosa, precisa y necesaria reconstrucción de esta experiencia editorial que tuvo como fin buscar la realización de fines comerciales antes que culturales o políticos. La publicación de más de diez mil títulos de libros, dos mil revistas de distintos géneros —policial, aventuras, ciencia ficción, entre otros— y una amplia distribución a lo largo de varios países latinoamericanos conformaron el sustrato material y geográfico de una labor desarrollada durante décadas.

Sin embargo, la editorial Tor también tuvo otras características que colaboraron en el diseño de una marcada singularidad en el interior del mercado editorial argentino. Como bien demuestra el autor, innumerables fueron los juicios, impugnaciones y cuestionamientos que recibió por parte de un amplio abanico de personali-

dades de la cultura que incluía en un extremo a José Luis Romero y en el otro al editor Arturo Peña Lillo. A la crítica por la publicación de libros apócrifos y creación de editoriales ficticias se sumaron las recibidas por la baja calidad del papel utilizado, traducciones deficientes, ausencia de aparato crítico y mutilación de textos. Más allá de estas objeciones realizadas por distintos nombres de la cultura, la conclusión de Abraham es que fueron precisamente este tipo de políticas las que permitieron que una variada y económica literatura pueda ser consumida por vastos sectores subalternos y, en consecuencia, contribuir a la edificación de una cultura popular en Argentina.

---

Kepa Artaraz, **Cuba y la Nueva Izquierda. Una relación que marcó los años 60,** Buenos Aires, Editorial Capital Intelectual, 2011, 301 pp.

La revolución cubana sigue vigente. Por lo menos en el interés que todavía despierta en ciertos académicos e intelectuales europeos. El libro del investigador español Kepa Artaraz es un intento más por comprender las derivas que generó el proceso cubano en el espacio cultural, ideológico y político de Europa y Estados Unidos durante los años sesenta. Con motivo de sus cincuenta años, Artaraz revisa un aspecto que si bien fue percibido en su momento, no había sido debidamente abordado por parte de la literatura especializada. Allí pueden revistarse algunos episodios de esta historia, como por ejemplo el apoyo prestado por Sartre y Simone de Beauvoir a la revolución que, en una de sus variantes, brindó una nueva oportunidad para la propagación de la figura del “intelectual comprometido” que encarnaba el propio filósofo francés. Otro tanto respecto a aquellos hechos que colocaron en una zona de tensión el vínculo entre estos y el proceso comandado por Fidel Castro. Uno de los episodios más significativos y quizás más determinantes estuvo relacionado con los efectos que produjo el “endurecimiento ideológico” en Cuba y que derivó en el encarcelamiento del escritor cubano Heberto Padilla en 1971. Esto fue lo que, según el autor, provocó una “indignación internacional de los intelectuales” dado que “atentaba contra la naturaleza misma de lo que se consideraba como prerrogativa del intelectual de criticar a quien le pareciera”. Asimismo, el libro se interesa por rastrear y calibrar otras repercusiones generadas por el proceso cubano en el plano internacional tomando como objeto el Movimiento de Derechos Civiles de los Estados Unidos y las protestas estudiantiles en Francia e

Inglaterra. Y aunque no aborda de forma comparativa las disímiles recepciones que tuvo para la izquierda de cada uno de estos países la revolución—a lo que habría que sumar un uso singular de Pierre Bourdieu como marco teórico—, el trabajo de Artaraz es una idónea senda para explorar el marco transnacional de una convulsionada pero vasta circulación de ideas y figuras intelectuales forjadas a partir de su triunfo en 1959.

---

Héctor Pavón, **Los intelectuales y la política en la Argentina. El combate por las ideas 1983-2012**, Buenos Aires, Editorial Debate, 2012, 652 pp.

La relación entre intelectuales y política ha sido uno de los temas más abordados por parte de la literatura tanto académica como militante, en todas sus variantes. Sin embargo, no existía un libro centrado en historiar integralmente la vida intelectual argentina de las últimas tres décadas. El libro del periodista Héctor Pavón, centrado en los encantos que la política produjo en dicho lapso en los intelectuales argentinos, buscó seguramente llenar ese vacío. Publicado por una editorial que le garantizará circulación y difusión, el trabajo de Pavón se interesa por rastrear los posicionamientos asumidos por un cierto número de intelectuales frente a distintas coyunturas o momentos claves que marcaron a fuego la dinámica política y cultural del país en el período. Para ello, identifica algunos debates intelectuales, como los que sostuvieron los intelectuales de izquierda en el exilio durante la última dictadura militar, el papel desplegado por el grupo conocido como “Esmeralda” cuando el gobierno de Alfonsín, así como aquellas revistas, figuras y espacios que durante la década del noventa hasta la “era Kirchner” supieron convertirse en importantes partícipes de la vida pública nacional.

El recorrido por algunas de las tantas publicaciones del período, el señalamiento de algunos temas que lograron concitar el interés de la *intelligentsia* y la claridad expositiva procedente de su ejercicio como periodista, no logran sin embargo articular una obra a la altura de su cometido. El autor no dialoga con ninguna de las vertientes de la sociología de la cultura o de la nueva historia de los intelectuales (Sirinelli, Ory, Dosse, Winock, etc.) donde podría haber acudido en busca de método y estructuración teórica. Sin apelar a la construcción de genealogías, ni abordar el problema de las generaciones intelectuales, ni considerar los espacios de sociabilidad inte-

lectual ni trabajar a fondo el universo de las revistas, la obra aparece como una suma poco articulada de datos sobre posicionamientos políticos de cierto número de figuras intelectuales. El libro, además, no logra eludir una pregunta fundamental, ausente en las más de sus seiscientas páginas: ¿cuál es el motivo que impulsa su aparición? Pavón ensaya una respuesta. En un acto de sinceridad acaso no suficientemente percibida, afirma que en la actualidad existe un interés muy especial en los medios de comunicación por los intelectuales, en el que mucho tuvo que ver el debate que sostuvieron en un programa televisivo Beatriz Sarlo y Ricardo Forster. A su vez, esta demanda por parte del público por la palabra del intelectual es expresión de su necesidad por comprender una actualidad política marcada por una progresiva y áspera disputa ideológica. En efecto, esta consideración no reviste ninguna duda. El interés que suscitó el intercambio entre Sarlo y Forster tuvo una importante aunque puntual repercusión pública y mediática. Por lo tanto, no sería muy desatinado suponer que el libro, finalmente, encuentre allí su más legítima aunque limitada razón de publicación.



# Normas para el envío de originales

Invitamos a enviar artículos y reseñas originales para su publicación en **Políticas de la Memoria**. Los textos enviados deberán ser inéditos y no ser sometidos simultáneamente a la consideración de otras publicaciones.

**Políticas de la Memoria** publica trabajos que contribuyan al estudio y reflexión de los debates actuales en torno a los estudios sobre:

- » las izquierdas y los movimientos sociales en la Argentina y en el mundo,
- » las teorías críticas y emancipatorias; y
- » las políticas de archivo, preservación y representación de la memoria colectiva, desde diversas tradiciones disciplinares.

Las contribuciones recibidas serán evaluadas por el Comité Editorial, el cual puede considerar la necesidad de evaluaciones externas. Del mismo modo, este Comité se reserva el derecho de solicitar contribuciones o reseñas bibliográficas a especialistas cuando lo considere oportuno.

Por otra parte, sólo se considerarán los artículos y reseñas enviados a este Comité que se ajusten a las normas de publicación que se detallan a continuación. El orden de publicación de las contribuciones aceptadas será establecido por este Comité y su publicación estará sujeta a la disponibilidad de espacio en cada número.

## Normas generales de presentación de los trabajos

- a) Los trabajos serán enviados a la siguiente dirección: **politicadela memoria@cedinci.org** Se remitirá una copia en formato electrónico word y dos copias en papel impreso. Los impresos serán presentados en papel tamaño A4, con márgenes usuales, centrado, sin sangrías ni otras especificaciones de formato de párrafo o espaciados. El texto debe presentarse en letra Times New Roman, tamaño 12, espaciado 1 y medio.
- b) En la primera página del trabajo deberá constar.
  - » Título, nombre completo de autora/autor, institución.
  - » Resumen de contenido, en castellano y en inglés, de entre 120 y 150 palabras, seguido de tres palabras clave.
  - » Las aclaraciones acerca del trabajo (agradecimientos, mención de versiones previas, etc.) se indicarán mediante un asterisco en el título, remitiendo a pie de página.
- c) Extensión (en caracteres con espacio)

**Intervenciones:** hasta 20.000 caracteres;

**Notas de Dossier:** hasta 50.000 caracteres;

**Notas de Investigación:** hasta 50.000 caracteres;

**Introducciones a Documentos inéditos:** hasta 20.000 caracteres

**Reseñas críticas:** hasta 5000 caracteres.

a) Sistema de citas

» **Sistema cita-nota:** las referencias de las citas deberán estar enumeradas de manera correlativa en el cuerpo del texto, y colocadas las referencias al pie de página/final del documento. A continuación detallamos las especificaciones formales del texto (orden, tipo de letra y puntuación):

» **Libros:** nombre del autor, apellido, **título**, lugar de edición, editorial, fecha de publicación, volumen o tomo. Ej.: Mike Hammersley y Peter Alkinson, **Etnografía**, Buenos Aires, Paidós, 1994.

» **Artículos de revistas y periódicos o capítulos de libro:** nombre del autor, apellido, "título del texto", nombre y apellido del/a compilador/a o editor/a del libro o revista, *nombre del libro o revista*, editorial, lugar de edición, número de revista, tomo, volumen y páginas del capítulo o artículo citado, fecha de publicación. Ej.: Robert Stake: "Case Studies", en N. Denzin (ed.), **Handbook of Qualitative Research**, London, Sage Publications, 1994.

De elegir este formato no es necesario listar nuevamente la bibliografía al final, excepto si se consulta bibliografía no citada en el texto («Bibliografía consultada»).

» **Sistema autor-fecha:** en el texto se anota la referencia entre paréntesis indicando: (nombre del autor, año de edición: número de página). Ej.: (Velazco, 1997: 27).

Al final se consignarán los datos completos de la obra como «Referencias bibliográficas», en orden alfabético de autores (apellido, nombre) según el ejemplo:

» Velazco, Hugo (1997), **La lógica de la investigación etnográfica**, Madrid, Trotta.

e) **Se solicita además utilizar:**

» Negritas (bold) para títulos de libros o publicaciones periódicas (**Clarín**, **Ficciones**)

» Itálicas para enfatizar y para palabras extranjeras (*tertium datur*)

» Comillas tipográficas "xxx" (y no "xxx"). En caso de entrecorillado dentro de citas usar comillas simples ("xxx 'xxx' xx")

» Guiones cortos para palabras compuestas (político-social), y

» Guiones largos para frases interpoladas —xxx— (control + alt + -)

» Numerales: 1º, 2º (y no 1ro. ni 2da.)

Evitar los subrayados, los espaciados a fuerza de golpes del pulgar en el espaciador así como todas las formas tipográficas propias de la máquina de escribir.